Sara María Lara Flores

Los olvidados del campo: *jornaleros y jornaleras agrícolas en América Latina*

ANTOLOGÍA ESENCIAL

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

CLACSO

Sara María Lara Flores

Los olvidados del campo: *jornaleros y jornaleras agrícolas en América Latina*

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Lara Flores, Sara María
Sara María Lara Flores : los olvidados del campo : jornaleros y jornaleras agrícolas en América Latina / Sara María Lara Flores ; compilación de Hubert Francis Marie Carton de Grammont Barbet. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; México : Universidad Autónoma del Estado Mexicano, 2021.
Libro digital, PDF - (Antologías)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-722-925-7

1. Comunidades Rurales. 2. Estudios Sociales. I. Carton de Grammont Barbet, Hubert Francis Marie, comp. II. Título.
CDD 307.72

Otros descriptores asignados por CLACSO
Sociología rural / Sociología del trabajo /Mercado laboral / Agricultura / Jornaleros /México / América Latina

Sara María Lara Flores

Los olvidados del campo: *jornaleros y jornaleras agrícolas en América Latina*

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Compilado por ***Hubert C. de Grammont***

Introducción de ***Hubert C. de Grammont, Mónica Bendini, Paola Mascheroni, Jorge Pantaleón, Andrés Pedreño***

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

CLACSO

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Comité Editorial de Libros del IISUNAM
Presidente
Dr. Miguel Armando López Leyva • IISUNAM

Secretario
Dr. Hubert Carton de Grammont • IISUNAM

Integrantes
Dra. María Alejandra Armesto • FLACSO / Dra. Margarita Camarena Luhrs • IISUNAM / Lic. Virginia Careaga Covarrubias • IISUNAM / Dr. José Gandarilla Salgado • CEIICH / Dra. Angela Giglia Ciotta • UAM-Iztapalapa / Dr. Fernando González González • IISUNAM / Dra. Fiorella Mancini • IISUNAM / Lic. Adriana Olvera Hernández • IISUNAM / Dra. Catherine Vézina • CIDE

LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES
CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN CLACSO 978-987-722-925-7
ISBN IISUNAM 978-607-30-4736-4

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.
El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.
La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Asdi

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Introducción 11
Hubert C. de Grammont, Mónica Bendini, Paola Mascheroni, Jorge Pantaleón, Andrés Pedreño

Primera parte. Género

Violencia y contrapoder: una ventana al mundo de las mujeres indígenas migrantes, en México 39

La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad "salvaje" 59

La producción de flores de exportación en México: un espacio de empleo femenino 87

Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada 107

Las obreras agrícolas: un sujeto social en movimiento 129

El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo 149

Segunda parte. Mercados de Trabajo

Trabajadores mexicanos en la agricultura de Quebec 165
Sara María Lara Flores y Jorge Pantaleón

Precarización del trabajo asalariado en la agricultura 195

Espacios de producción y de trabajo en México y Argentina.
Un estudio comparado en regiones frutihortícolas de exportación 227
Sara María Lara Flores y Mónica Bendini

El trabajo en la agricultura: Un recuento sobre América Latina 271

Reestructuración productiva y flexibilidad laboral en la
agricultura mexicana 305

Análisis del mercado de trabajo rural en México
en un contexto de flexibilización 333

Notas metodológicas para el estudio del mercado de trabajo rural 357

Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las
empresas hortícolas 375
Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Flexibilidad productiva y trayectorias laborales:
La floricultura de exportación en México 413

Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de
organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana 435

Nuevas tendencias en las empresas y en el mercado de trabajo
rural mexicano 577
Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Mercado de trabajo rural y organización laboral
en el campo mexicano 599

Tercera parte. Migración

Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa 635
Sara María Lara Flores, Kim Sánchez y Adriana Saldaña

El lugar de los trabajadores agrícolas en la geografía de las migraciones en América Latina 667

Los territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales. Cuatro casos del contexto mexicano 705

Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses 729
Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Movilidad y migración de familias jornaleras:
Una mirada a través de genealogías 769

Los "encadenamientos migratorios" en regiones de agricultura intensiva de exportación en México 795

Espacio y territorialidad en las migraciones rurales. Un ejemplo en el caso de México 831

Circulación territorial y encadenamientos migratorios de los jornaleros agrícolas en el noroeste del país 851

Características de las migraciones rurales hacia regiones hortícolas en el noroeste de México 873

Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco 889
Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, EE.UU.) 945
Sara María Lara Flores, Hubert C. de Grammont y Martha Judith Sánchez Gómez

Sobre las autoras y los autores 973

Introducción*

La voz de las y los invisibles

Hubert C. de Grammont, Mónica Bendini, Paola Mascheroni, Jorge Pantaleón, Andrés Pedreño

Es un gusto introducir este volumen que recoge parte de la prolífica obra de Sara María Lara Flores. Sara fue una pensadora social crítica, pionera de la sociología rural latinoamericana en los estudios sobre la división sexual y étnica del mercado de trabajo y sobre la movilidad de los trabajadores y trabajadoras rurales.

Sus aportes académicos tuvieron en el centro de interés a los grupos sociales más vulnerables y postergados del campo. Como se verá en los artículos que componen este libro, su producción fue seminal para el desarrollo de nuevas líneas de trabajo, así como de herramientas teóricas y metodológicas que aún hoy nos invitan a profundizar en nuestras reflexiones y miradas sobre la realidad social.

El pasaje de Sara por nuestras vidas nos deja muchas huellas en lo académico y en lo personal. Quienes tuvimos la fortuna y el privilegio de compartir con ella, recordamos su agudo sentido crítico, su creatividad y rigurosidad empírica, pero también su inmensa generosidad académica, su calidad humana y su fuerte compromiso con los más postergados.

Ello evidencia su fuerte compromiso para con todas las personas y grupos que encarnan modos de alteridad, y que conllevan frecuentemente relaciones sociales asimétricas. Sara, fiel representante de una ética de trabajo y de vida, buscaba darles visibilidad y voz. Los jornaleros agrícolas en y fuera de México, las relaciones de género, la migración y la movilidad intra e internacional han sido campos de acción a los que Sara ha aportado tanto en el orden intelectual como en el quehacer ético

* Agradecemos encarecidamente a Wendy Rodríguez Bernal por el trabajo de búsqueda y digitalización de los numerosos textos de Sara que fueron impresos sólo en papel.

y metodológico. Y como tal, fiel a esta tradición intelectual y política, Sara nos transmite y nos indica una senda a proseguir.

El semblante dulce de Sara apenas se tensaba cuando hablaba de su México amado. Cuando nos relataba sus andanzas en el trágico mayo del 68 mexicano que acabó en la masacre de la plaza Tlatelolco; cuando se refería a las desigualdades y a cómo la violencia del narco se había infiltrado en todo el tejido social a través de esas fracturas; cuando nos hacía partícipes del sufrimiento de los migrantes y jornaleros o se esperanzaba con sus luchas.

1. Apuntes biográficos: la investigación académica como compromiso social

Sara nació en la ciudad de México en 1949 en una familia que se distinguía por sus preocupaciones sociales. Su abuelo paterno, don Isidro Lara Sevilla –masón, miembro del Ateneo de la Juventud e impresor de profesión– publicó al inicio de la Revolución Mexicana un periódico, más bien un pasquín, anti-huertista que le valió ser arrestado el 2 de septiembre de 1913 por el temible Secretario de Gobernación, Aureliano Urrutia, encarcelado y amenazado de ser fusilado si no abandonaba su actividad periodística (Lara y Lara, 1985). Por supuesto, este hombre de carácter recio no dejó de escribirlo hasta 1917, aún bajo las peores circunstancias. En los años treinta, participó en la organización de la cooperativa de colonos "Plutarco Elías Calles" que llevó a cabo la urbanización de la colonia popular Ex-Hipódromo de Peralvillo (Ciudad de México) y dotó de terrenos a muchas familias humildes. Esta fuerte figura familiar marcó el imaginario de su nieta. A lo largo de su vida Sara mantendrá siempre un compromiso social muy claro con los desfavorecidos. Cuando era estudiante de antropología participó activamente con grupos de obreras del norte de la ciudad de México; se implicó en el movimiento estudiantil del 68, y luego, durante 4 años, apoyó a los presos políticos encerrados en Lecumberri. Finalmente, como investigadora siempre buscó que sus investigaciones sirviesen para darle visibilidad social a los jornaleros y jornaleras del campo, uno de los grupos sociales más pobres de toda sociedad. Al interior de la intelectual siempre hubo una militante social.

De 1968 a 1977, Sara estudió antropología social en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en donde se recibió *Cum Laude* con el grado de Maestra en Ciencias Antropológicas con la tesis *Comunidad campesina, conciencia social y formas de lucha de los asalariados agrícolas*, dirigida por la Dra. Luisa Paré. En 1997 se recibió en el doctorado en sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con la tesis *Flexibilidad productiva y relaciones de género en el mercado de trabajo rural* (mención honorífica), dirigida por el Dr. Enrique de la Garza Toledo.

De 1981 a 1996 fue profesora en la ENAH. Ingresó en esta institución para fundar y coordinar la licenciatura de Antropología Social en Enseñanza Abierta. Esta licenciatura se pensó para formar jóvenes indígenas bilingües, maestros y maestras de la Secretaria de Educación Pública que enseñaban en comunidades del estado de Oaxaca. Luego, siempre animada por la misma preocupación de la vinculación social, fue Coordinadora del Departamento de Servicio Social y finalmente Coordinadora de la División de Estudios Superiores de la misma Escuela.

Ingresó como investigadora titular en el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1996. Desde esta casa de altos estudios ejerció diferentes responsabilidades como Directora de la *Revista Mexicana de Sociología* y Jefa del Departamento de Publicaciones (1997-2001), o miembro de su Consejo Interno. Su última responsabilidad en el IIS fue presidir la comisión encargada de elaborar la Agenda de Investigación del Instituto de Investigaciones Sociales (2018-2019) para los años venideros. Este importante documento marca las actuales pautas para la contratación de las y los nuevos investigadores no solo en el marco de una renovación acelerada de la planta académica del Instituto, sino de la profunda transformación de la sociedad a nivel mundial.

Recibió numerosos reconocimientos y premios a lo largo de su carrera. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores en su nivel III. Recibió el premio Sor Juana Inés de la Cruz otorgado por la UNAM (2011). Fue miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias. Fue titular de diferentes Cátedras en Francia y Canadá.

En México, impartió cursos en licenciatura y posgrado, primero en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, luego en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fue directora de más de 30 tesis, asesora de alumnos de intercambio académico y posdoctorandos, tanto nacionales como de otros países. Consideraba que la formación de nuevos profesionales era una tarea esencial de su quehacer académico. Asimismo, fue solicitada para dar cursos en diferentes Instituciones de Educación Superior del país, pero sus principales colaboraciones fueron con universidades extranjeras en Francia, España, Canadá y el Cono Sur, en donde tuvo una estrecha relación de trabajo, tanto de docencia como de investigación.

Participó activamente en la vida de tres asociaciones académicas latinoamericanas, la Asociación Mexicana de Estudios Rurales (AMER) de la cual fue una activa promotora durante los años de su creación y fortalecimiento, la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU) y la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo (ALAST). Su trabajo en estas dos últimas asociaciones le parecía complementario porque siempre defendió la necesidad de utilizar los conceptos de la sociología del trabajo, adaptados a la problemática agrícola, para analizar las formas de explotación de los asalariados del campo bajo el dominio de las agroindustrias transnacionales.

Sin embargo, su principal tarea fue la investigación. Dirigió 10 proyectos de investigación nacionales y cinco internacionales en Canadá, Francia, España y el Cono Sur. Participó en otros 19 proyectos tanto en México como diferentes países. Durante la última década, participó en dos grupos de trabajo de CLACSO. Publicó como autora y coordinadora nueve libros, y cerca de 100 artículos, tanto en revistas científicas como en capítulos de libros. Muchos de ellos en Francia, Canadá, España, Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos.

Se dedicó al estudio de la problemática de las y los asalariados agrícolas, con énfasis en México, pero con una visión continental, por ser no solo uno de los grupos sociales más pobres y vulnerables de la sociedad mexicana, sino el menos visible a pesar de su enorme importancia para asegurar la alimentación de la población urbana en pleno auge.

Sara fue una apasionada por su trabajo y una intelectual con la voluntad de aportar un conocimiento capaz de contribuir a la solución de las

desigualdades e injusticias que aquejaban la sociedad en la cual vivió. Por eso, siempre sus preocupaciones académicas fueron de la mano con la vinculación social, la necesidad de dar visibilidad a la vida de los pobres y la posibilidad de generar datos útiles para la elaboración de políticas públicas para mejorar el bienestar social, en particular las condiciones de migración, vida y trabajo de los asalariados agrícolas y sus familias.

Esta fue una característica de toda su obra. Buscó, más allá de las teorías, entender el lado humano involucrado en todos los aspectos de la vida, del trabajo y de las migraciones de los jornaleros y las jornaleras agrícolas. En 2005 coordinó una amplia investigación, en colaboración con la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, sobre las condiciones de migración, vida y trabajo de los jornaleros indígenas de los estados de Oaxaca, Guerrero y Veracruz, que representaban entonces alrededor del 70% de los asalariados migrantes hacia las principales regiones hortícolas del noroeste del país (C. de Grammont y Lara, 2004).

2. Un recorrido por la obra de Sara

A lo largo de medio siglo de investigación, los temas abordados por Sara fueron cambiando en la misma medida en que la vida y el trabajo de los jornaleros y jornaleras fue evolucionando, siempre con una perspectiva de género.

El libro está organizado en tres ejes principales: género, mercados de trabajo y migración. Estos ejes, que muestran el carácter comprometido y riguroso de su obra, se traslapan ampliamente en la medida en que supo combinarlos estrechamente en su vasta producción académica.

2.1. Género

Es a mediados de la década de los ochenta, después de dejar la coordinación de la licenciatura de Antropología Social en Enseñanza Abierta de la ENAH que Sara empieza a trabajar sobre el tema de las mujeres asalariadas en las empresas hortícolas del noroeste del país, esencialmente

orientada a la exportación hacia Estados Unidos. En 1986 salió un libro muy exitoso sobre *La mujer y la política agraria en América Latina* (1986), editado por Magdalena León y Carmen Diana Deere, que marcó un punto de inflexión de los estudios feministas en el mundo rural latinoamericano. Al igual que para muchas otras mujeres, este libro avivó el interés de Sara por esa problemática aún poco trabajada.[1]

En 1988 publica sus dos primeros artículos sobre la participación de las mujeres campesinas e indígenas en el trabajo asalariado agrícola (Lara, 1988a, 1988b). Tanto por su formación en antropología social como por su experiencia previa con las comunidades campesinas de Oaxaca, su punto de partida era explicar las razones que impulsaron a las familias campesinas pobres, en particular a las mujeres, a migrar hacia los enclaves hortícolas, más que analizar el crecimiento de la demanda en mano de obra por parte de las mismas empresas. Se interesó primero por los cambios en las estrategias de sobrevivencia de las familias campesinas pobres (la oferta de mano de obra temporal), aunque muy pronto se orientará hacia el estudio de las transformaciones de las estrategias de las empresas hortícolas (la demanda de mano de obra temporal).

A partir de 1989, establece una estrecha relación con el "Grupo de Estudios Sobre la División Social del Trabajo" (Groupe d'étude sur la division sociale et sexuelle du travail, GEDISST) en París. Aprovechando un año sabático, realiza una estancia en este colectivo de investigación (1989-1990), lo que le permite adentrarse con la teoría de las relaciones sociales de género (*rapports sociaux de sexe*), contribuyendo activamente en la transformación de los estudios latinoamericanos sobre la mujer con mirada de género.

Recordemos, aunque sea de manera excesivamente sintética, por qué se dio este pasaje de lo que fueron "los estudios de la mujer", en boga desde la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta, hacia los estudios

1. Sobre el trabajo femenino en América Latina entre los años 1970-1990, se puede consultar los trabajos pioneros de: Edna Ramos de Castro (Brasil), Verónica Riquelme (Chile), Magdalena León (Colombia), Ximena Aranda Baeza (Chile), Diana Medrano (Colombia), Ximena Valdés (Chile), Sylvia Venegas (Chile), Marta Roldán (Argentina), Lucía Salamea (Ecuador), Mónica Bendini (Argentina), María Aparecida Moraes Silva (Brasil), entre otras. En México, ver Lourdes Arizpe, Josefina Aranda Bezaury, Angelina Casillas Moreno, Emma Zapata Martelo, Pilar Alberti Manzanares, Ofelia Becerril Quintana, y los trabajos del Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP) dirigido por Paloma Bonfil y Blanca Suarez, entre otras.

de género que se impusieron paulatinamente a partir de las últimas décadas del siglo pasado. Para ello, retomamos las palabras de Danièle Kergoat (2001), una de las principales intelectuales que participó en la elaboración de esta nueva teoría, fundadora y directora del GEDISST, con la cual Sara colaboró estrechamente.[2]

> Las situaciones de hombres y mujeres no son producto de un destino biológico, sino ante todo son construcciones sociales. Hombres y mujeres (...) forman dos grupos sociales que están implicados en una relación social específica: las relaciones sociales de género. Estas, como todas las relaciones sociales, tienen una base material, (...) el trabajo, y se expresan a través de la división social del trabajo entre los géneros, llamada, más concisamente: división sexual del trabajo (...).
>
> Son mujeres antropólogas que le dieron un contenido nuevo al mostrar que reflejaba no una complementariedad de las tareas [entre hombres y mujeres], sino una relación de poder de los hombres sobre las mujeres (...).
>
> La división sexual del trabajo es la forma de división social del trabajo que surge de las relaciones sociales de género (...). Su característica es la asignación prioritaria del hombre al ámbito productivo y de la mujer al ámbito reproductivo (...). Esta forma de división social del trabajo tiene dos principios organizativos: el principio de separación (existe el trabajo de los hombres y el trabajo de las mujeres) y el principio jerárquico (el trabajo de un hombre "vale" más que el trabajo de una mujer) (p. 78).[3]

Sin duda, esta relación académica con el GEDISST fue muy provechosa para Sara. Regresando de su sabático, analiza, a la luz de la teoría de género, la literatura existente sobre los asalariados agrícolas en México publicada desde finales de la década de los sesenta, y concluye (Lara, 1991):

---

2. También se puede consultar el texto de Helena Hirata y Danièle Kergoat (2005).

3. Traducción de H. C. de Grammont.

> En ese trabajo me ha interesado (...) mostrar al asalariado agrícola como un *grupo que participa de una dinámica de relaciones sociales de clase y de sexo* (subrayado por la autora), y al mercado de trabajo rural como el espacio en donde se ponen en tensión estas relaciones.
> No he pretendido hacer la apología de las obreras agrícolas como un grupo olvidado. Es cierto que existen muy pocos trabajos que se refieren a ellas, pero más bien he intentado hacer notar que es preciso abordar su estudio a través de las dinámicas de las relaciones sociales en las que ellas son partícipes, de modo que su situación en el mercado de trabajo no sea vista como resultado de una "condición" imposible de superar o como una especificidad que las distingue de la clase obrera que solo ha podido ser pensada en masculino.
> Tampoco busco aumentar la larga lista de denuncias sobre la situación de "las mujeres", porque creo que un pensamiento feminista positivo debe intentar comprender los mecanismos de reproducción de las relaciones sociales, pero también debe buscar en dónde están las posibilidades de cambio.
> Mi planteamiento ha ido en el sentido de mostrar que las Ciencias Sociales abordan a los sujetos como si lo universal estuviese dado por las características masculinas (...). Me parece que los estudios que he tratado de analizar, en particular los que se refieren al asalariado rural, son una clara ilustración de este problema (p. 112).

A partir de ahí, incorpora la teoría de la división sexual del trabajo a su trabajo de investigación, su tesis de doctorado, en donde plasma sus propias ideas y, luego, en todas sus investigaciones sobre los mercados de trabajo rural y las migraciones de las y los jornaleros agrícolas.

En 1995, publica una compilación sobre las mujeres en el mercado de trabajo agrícola enfocado hacia México, Ecuador, Chile, Argentina y Brasil, cuyo eje analítico se inscribe claramente en la teoría de la división sexual del trabajo (Lara, 1995):

> Este libro trata de las mujeres que laboran como asalariadas en los campos agrícolas de varios países latinoamericanos. Analiza su trabajo, las condiciones en las que viven y laboran, la forma como estas

> condiciones se reflejan en su salud, tanto mientras están ocupadas como cuando están desempleadas, y la manera como ellas simbolizan e imaginan su vida y su trabajo.
> Sin embargo, no es un libro que se limite a hablar solo de las trabajadoras pues analiza también las relaciones en las que ellas se encuentran insertas dentro de las empresas, en la casa, en las calles, en los asentamientos o en las colonias, entre otros muchos espacios. Y es que nuestra intención no ha sido crear un campo autónomo de análisis que estudie a las mujeres como si ellas constituyeran una particularidad o una especificidad apartada de un universo comúnmente pensado en masculino. Aunque nos preocupa darles visibilidad social a las asalariadas del campo, ya que muy pocos se han interesado en estudiarlas, también nos preocupa que puedan ser contempladas a la luz de las relaciones sociales de las que forman parte; relaciones que son de clase, de género y generacionales (p. 7).

De igual forma, siempre se preocupa por difundir los trabajos de colegas de diferentes países, en sus libros por supuesto, pero también promoviendo su publicación en revistas como lo hizo junto con Helena Hirata, del GEDISST, en el número temático sobre "Género, relaciones sociales de sexo y trabajo en América Latina", en la *Revista Mexicana de Sociología* (2003, p. 4), con textos de colegas de nacionalidad francesa, brasileña, uruguaya y mexicana.

2.2. Mercados de trabajo

Durante la última década del siglo pasado, su reflexión se centra en el análisis de las transformaciones de los mercados agrícolas por la inserción cada vez más importante de mujeres, en gran medida indígenas, en la agricultura empresarial más moderna del país: la producción de flores de ornamento en el Estado de México y la hortícola en Sinaloa. Constata que esta incorporación masiva de mujeres no es solamente el resultado del incremento de la pobreza de las familias rurales como lo observó en sus dos primeros artículos sobre este tema (1988a, 1988b), sino de la voluntad de los empresarios de incrementar los procesos de

flexibilización y precarización del trabajo para incrementar la productividad de sus empresas. Es la primera autora que se inspira de una metodología pensada para el estudio del sector industrial, la sociología del trabajo, adaptándola a la agricultura. Después de varios años de trabajo de campo y novedosa reflexión escribe su libro *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible de trabajo en la agricultura mexicana* (1998), que ganó el Premio de "Estudios Agrarios" otorgado por la Procuraduría Agraria del gobierno federal mexicano. Esta obra marca un hito en los estudios sobre la inserción de las mujeres en los mercados de trabajo y las relaciones de género en la agricultura latinoamericana.

Concordamos con las palabras del Dr. Enrique de la Garza Toledo, quien, en su presentación del libro, dice:

> El estudio de Sara Lara sobre la reestructuración productiva en el campo no solo es pionero porque aplica postulados que en nuestro país no habían sido utilizados para este sector, sino porque se sitúa en la frontera de la polémica internacional acerca de la pertinencia de estos alcances teóricos y su posible reconstrucción a través de una concepción diferente del cambio social, diferente del evolucionismo, del estructuralismo y de la acción puramente racional (pp. 14-15).

Con ello rompe con una tradición iniciada por los fisiócratas franceses en el siglo XVIII y retomada, sin excepción, por todas las corrientes de estudiosos del mundo rural: la agricultura no se puede comparar con la industria porque se sostiene en la posesión de un bien natural, la tierra, y su productividad depende esencialmente de las bondades del medio ambiente. Lo pudo hacer porque percibió que, por primera vez en su historia milenaria, la agricultura había iniciado un nuevo período de desarrollo con tecnologías y formas de organización del trabajo similares a las utilizadas en la industria que permiten controlar cada vez mejor los avatares de la naturaleza. Termina su capítulo 2, "Globalización económica y flexibilidad productiva en la agricultura", con la siguiente reflexión:

> Resumiendo, podemos decir que la flexibilidad productiva en la agricultura mexicana consiste en una selección de elementos y de formas

> de organización diferentes, que si bien suponen la incorporación de nuevos métodos de producción y nuevas formas de organizar el trabajo, como sucede en la industria, adoptan ciertas modalidades que nos hacen pensar que no se trata de innovaciones tendientes a mejorar los métodos de producción masiva, de tal manera que pudiéramos hablar de un modelo "neofordista" (...) (p. 91)

A su vez, termina el siguiente capítulo sobre los *Efectos de la flexibilidad productiva en el mercado de trabajo*, diciendo:

> Este fenómeno [la división sexual del trabajo], que ha podido verse con más nitidez en la industria, comienza a ser motivo de análisis en el sector agrícola, en donde se observa una marcada tendencia a la feminización del empleo en aquellos sectores de punta en los que han sido introducidas nuevas tecnologías y nuevas formas de organización del trabajo.
> El estudio del mercado de trabajo rural, en países como México, nos permite mostrar que la segmentación es un proceso que abarca a todos los sectores y se vuelve intrínseco en la operación de los nuevos modelos productivos. Al mismo tiempo, puede verse cómo la flexibilidad se construye socialmente, a través de una gestión del empleo y del trabajo que se traduce en precarización para los sectores más desprotegidos socialmente (pp. 118-119).

Concluye su libro con una reflexión fundamental, cuando plantea:

> La nueva gestión del trabajo no solo se apoya en ciertas características de la mano de obra sino contribuye, en cierta manera, a modelar la estructura de las familias de los trabajadores, de sus comunidades y de las regiones en donde se implantan esas empresas.
> Esto último invita a una reflexión sobre el futuro de este tipo de agricultura (...) es forzoso constatar que la mayoría de estos polos se construyen sobre la miseria de los pueblos, circunvecinos o lejanos (...) en ese contexto, cabe hacer una pregunta fundamental: ¿cómo conciliar este desarrollo con la pobreza que genera al mismo

> tiempo? ¿Cómo lograr la integración de la agricultura en el mercado mundial de las zonas más favorecidas sin provocar la marginación de amplias regiones pobres? (p. 283).

Y responde:

> Un modelo de desarrollo económico que ha favorecido la producción de cultivos de exportación no tradicionales, creando un mercado de trabajo que se sustenta en la minorización de ciertos sectores, no puede ser la base para un desarrollo regional equilibrado ni para permitir la consolidación de relaciones laborales más humanas (...) (p. 284).

Alude ahí a la gran contradicción del capitalismo. Es un sistema social que vive de la reproducción de la desigualdad, no las puede eliminar todas porque se eliminaría a sí mismo. Solo las puede transformar para obtener nuevas ventajas.

Poco después de este libro, publica dos artículos más que complementan sus reflexiones sobre los mercados de trabajo agrícolas. En el primero (Lara, 2000), hace una revisión en la evolución de los estudios de los mercados de trabajo rural a lo largo de las últimas tres décadas del siglo pasado, y destaca dos limitaciones metodológicas de estos estudios. Por el lado de los estudios desde las regiones de expulsión de la mano de obra, por enfocarse exclusivamente en la unidad de producción campesina y, por lo tanto, en el jefe de familia. Por el lado de las regiones hortícolas en donde se ubican las empresas contratantes, por limitarse a estudiar las condiciones de vida y trabajo de los jornaleros, sin estudiar los mercados de trabajo como el espacio en donde se realiza la venta de la fuerza de trabajo.

Luego, reflexiona sobre la metodología que utilizó para escribir su libro, cuyo

> (...) objetivo ha sido caracterizar el mercado de trabajo en sus aspectos cualitativos (...) comprender las características actuales de ese mercado de trabajo y las condiciones en las cuales tienen que

> competir los trabajadores, hombre y mujeres, para poderse emplear. Por eso creo haber puesto una atención particular en la organización de los procesos de trabajo y en las estrategias empresariales (p. 181).

Para finalmente destacar los puntos problemáticos que, en su opinión, quedan por resolver. Insiste sobre la necesidad de analizar:

> la dinámica de las comunidades de origen de la fuerza de trabajo y sus estrategias de reproducción, (...) así como las estrategias de género con las que los hombres y mujeres se insertan en dicho mercado (...), las redes sociales que permiten a los jornaleros acceder a las empresas contratantes, arribar a las regiones en donde se concentra la demanda, organizar su vida cotidiana en los campamentos y albergues en los que tienen que residir mientras trabajan, las formas como se reproduce su identidad y su cultura. Todo ello es parte de la agenda para el estudio de un tema en el cual aún hay mucho por explorar (pp. 181-182).

En suma, plantea la necesidad de abarcar la totalidad social en la cual viven y se desempeñan los asalariados agrícolas y sus familias, para conectar en un mismo sistema analítico las dinámicas de los mercados de trabajo establecidas por las empresas con las estrategias de adaptación de los jornaleros agrícolas.

En el segundo artículo (Lara, 2001), publicado en un libro coordinado por Norma Giarracca quien entonces era coordinadora del GT de Desarrollo rural de CLACSO, después de hacer un amplio recuento de la evolución de los diferentes enfoques utilizados para analizar los mercados de trabajo agrícolas, reflexiona sobre su segmentación en el contexto de la flexibilización productiva que se incrementa con la incorporación masiva de mujeres, niños e indígenas. Concluye proponiendo que "la teoría sociológica debe construir las herramientas teórico-metodológicas adecuadas para dar cuenta de los nuevos procesos que están teniendo lugar en el mercado de trabajo rural" (p. 376).

También, junto con Enrique de la Garza Toledo y José Luis Torres Franco (2001), incursiona en el sector manufacturero fabril para

constatar las similitudes en la flexibilización del trabajo sexuado en la industria y en la agricultura.

Retoma sus reflexiones sobre este tema en un artículo posterior (Lara, 2006):

> En este escenario [de globalización] cobran sentido las preguntas que la Sociología del Trabajo se hace actualmente y, no solo eso, sino que las redimensiona a partir de una realidad en la cual el trabajo nunca ha estado atrapado en los estancos de su versión industrial del período del Estado Benefactor, del empleo formal, de las regulaciones sociales y el rol que en ello jugaron los sindicatos (pp. 337-338).

No obstante, Sara nunca abandona sus trabajos etnográficos para abordar diferentes temas estrechamente conectados con su reflexión principal, tal como las condiciones de vida y trabajo de los jornaleros y las jornaleras en los enclaves hortícolas en donde se emplean, sus dinámicas familiares, tanto en sus lugares de origen, como durante el proceso migratorio. El dato concreto le parece tan importante como el análisis social más general. Van de la mano. Mantiene siempre su preocupación por difundir la marginalización, pobreza y vulnerabilidad social de esta población, tan importante para la vida de cualquier país, pero a la vez ignorada por la sociedad, sobreexplotada por la mayoría de sus patrones, abandonada por las políticas públicas.

2.3. Migración

El tercer tema, que Sara empieza a trabajar hacia finales del siglo pasado, es el de las dinámicas de las migraciones tanto internas como internacionales. Inicia con las migraciones internas de los trabajadores asalariados en la agricultura que hoy involucran no solo hombres adultos sino familias enteras, y que, como en todos los países de gran tamaño, pueden cubrir distancias de varios miles de kilómetros.[4] Si bien es

4. Por ejemplo, son 3.500 kilómetros desde Oaxaca, lugar de origen de una amplia población de jornaleros agrícolas migrantes, hasta el Valle de San Quintín en Baja California, en donde hay un importante

difícil cuantificar la importancia numérica de esta población migrante, una estimación reciente plantea que son alrededor de un millón de personas, desplazándose a lo largo y ancho del país durante el año para trabajar temporalmente en los cultivos intensivos en mano de obra (C. de Grammont, en prensa). A la vuelta de este siglo Sara le dedica más tiempo a este tema que la preocupa, entre otras cosas, porque gracias a su amplia experiencia de campo percibe que, en las últimas décadas, se había construido una estrecha relación entre las migraciones de los jornaleros agrícolas a nivel nacional y las migraciones internacionales. Esta intuición, propiamente antropológica, le permitió poner en duda la continuidad del esquema migratorio dicotómico anterior que suponía una división social y territorial de las migraciones con dos grandes flujos que no se mezclaban: por un lado, los migrantes hacia las metrópolis y hacia Estados Unidos que provenían esencialmente de la población rural mestiza (campesinos medios o acomodados) del centro del país; por el otro, las migraciones internas campo-campo que eran esencialmente migraciones de campesinos mestizos pobres del centro y sur del país. Este esquema se transformó profundamente con la mundialización, de tal manera que hoy vivimos dos nuevos procesos: la población indígena participa ampliamente en todos los flujos migratorios, tanto nacionales como internacionales, y ambos flujos migratorios se interconectan estrechamente.[5]

Sin embargo, comprobar esta conexión planteaba por lo menos dos dificultades mayores. La primera era de orden político, porque la migración internacional provoca fuertes tensiones entre el gobierno estadounidense y el mexicano en torno a la ilegalidad de gran parte de las

enclave hortícola para la exportación a Estados Unidos; y son 2.800 kilómetros desde la región chole de Chiapas de donde migran jornaleros para trabajar en la cosecha de la uva de mesa en la costa de Hermosillo, Sonora.

5. Es importante señalar que connotados especialistas de las migraciones desatacaron, desde principios de la década de los 90, que: "El cambio más significativo entre la época de las contrataciones [del programa Bracero, 1942-1964] y la situación contemporánea se dio en el origen socioeconómico de los migrantes. Mientras que antes de 1940 eran hijos de propietarios acomodados y entre 1940 y 1965 predominaron los ejidatarios, en el período más reciente les tocó el turno a jornaleros y trabajadores no agrícolas. Juntos, estos dos grupos de gente carente de tierra llegaron a ser mayoría entre el de emigrantes (...)" (Massey *et al.*, 1991, pp. 73-74). Actualmente, en términos relativos la población indígena migra más que la población mestiza, a pesar de ser la población más pobre del país (Chávez Galindo, 2007; Granados Alcantar y Quezada Ramírez, 2018; citados por C. de Grammont, en prensa)

migraciones mexicanas hacia Estados Unidos. Sin duda, la ilegalidad del cruce fronterizo le da un carácter particular a la migración internacional frente a la nacional. La politiza a tal punto que se transforma en un campo de investigación en sí, perfectamente definido, con una problemática determinada por la frontera. Aun así, eso no significa que no pueda existir una estrecha relación entre ambos flujos migratorios. Simplemente supone que, cuando se conectan, la problemática migratoria se complejiza. La segunda era de orden metodológico, por la falta de datos estadísticos que permitan seguir los flujos a nivel nacional e internacional. A Sara le quedaba claro que, para solventar esas limitaciones, había que realizar nuevas investigaciones con un nuevo enfoque teórico y metodológico. Es cuando propone la idea de los "encadenamientos migratorios", o sea, la capacidad de los jornaleros de circular constantemente entre diferentes regiones de agricultura intensiva en mano de obra, tanto a nivel nacional como internacional.[6] Esta idea complementa los planteamientos hechos previamente por varios autores, como son: los "campos migratorios" (Simon, 1981), los "territorios circulatorios" (Tarrius, 1993), los "territorios migratorios" (Faret, 2003) o la conformación de "archipiélagos" (Quesnel y Del Rey, 2005).

Organiza, entonces, varios proyectos de investigación sobre el tema de la construcción de los territorios migratorios y los encadenamientos entre la migración nacional e internacional. Destaca el macroproyecto interinstitucional "La construcción de territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales", financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (2004-2007), con la colaboración del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, El Colegio de San Luis, la Universidad Autónoma de Morelos y El Colegio Mexiquense, un equipo de 6 investigadores responsables y 29 becarios de licenciatura, maestría y doctorado. El objetivo principal fue la realización de cuatro estudios regionales con la publicación de un libro sobre *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva* (2011).

6. Sin excluir la posibilidad de circular entre diferentes mercados de trabajo para trabajar tanto en la agricultura como en el trabajo informal en el turismo, o en la ciudad.

En un segundo momento, se plantea la realización de un estudio de caso de las migraciones realizadas por una familia de un pueblo zapoteco oaxaqueño, Coatecas Altas, en donde tenía una larga amistad con diferentes familias de jornaleros agrícolas. Utiliza una compleja metodología antropológica, la encuesta genealógica.[7] Logra reconstruir la historia migratoria de varias familias, de las cuales destaca una con la genealogía de cinco generaciones de migrantes. Con ello comprueba cómo, a lo largo de casi un siglo, las migraciones regionales se transformaron en migraciones nacionales para enlazarse paulatinamente con las internacionales (Lara, 2010). Deja en claro que, para muchas familias, las migraciones nacionales fueron, y siguen siendo, un peldaño necesario para poder pasar hacia Estados Unidos, meta siempre deseable por los mejores salarios pagados en este país, a pesar de los peligros y costos cada vez más altos en el cruce de la frontera. Plantea que esta metodología puede ser adecuada para estudiar la movilidad de la población, tan compleja de captar por la combinación de los diferentes flujos simultáneos de los miembros de la familia, incluso de la comunidad, que permiten construir "territorios de circulación", sobre la base de una división migratoria sexual y generacional en el marco de las estrategias de reproducción familiar. Una de sus conclusiones es que:

> Se trata de una movilidad que integra a la mayor parte de los miembros de las familias de Coatecas, poblado que ha dejado de producir lo necesario para retener a su población, llevando a sus miembros a vincularse en circuitos de migración, en torno a un conjunto de lugares que componen un amplio territorio migratorio (*ibid*., p. 201).

Insiste sobre la necesidad de entender las complejas dinámicas del control de "los territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales", a partir de la mundialización. Precisa:

7. La aplicación de esta metodología supone tener una gran confianza por parte de las personas entrevistadas por el carácter eminentemente personal de las preguntas que se hacen para reconstruir la historia migratoria, sobre varias generaciones, de cada persona de las familias entrevistadas.

> (…) nos ha interesado conocer la forma como, en torno a estas zonas de agricultura intensiva, se generan movilidades y se producen encadenamientos de migraciones nacionales e internacionales, el modo como se conectan con los mercados de trabajo a distinta escala, los mecanismos que favorecen la creación de pequeños núcleos de poblamiento que sirven de escalón para acceder a nuevos destinos y/o nuevos mercados, y la forma como cada grupo significa esos lugares de agricultura intensiva y hace de ellos una parte de su territorio de migración o de circulación (Lara, 2012).

Finalmente, en la última década de su vida, se interesa por los programas gubernamentales que buscan controlar las migraciones temporales de los trabajadores agrícolas, tanto a nivel internacional como nacional. Frente al crecimiento de los flujos migratorios, en particular del sur hacia el norte, estos programas, pensados para diferentes mercados de trabajo (agrícola, agroindustrial, construcción, *care*), tienen dos objetivos esenciales: surtir la demanda con mano de obra "adecuada", en cantidad y calidad, sin reconocer por supuesto su "calificación"; e impedir su permanencia en los países receptores. Se trata de establecer flujos migratorios temporales perfectamente adaptados a una demanda flexible, que asegure el regreso de los trabajadores al terminar su contrato laboral. En la agricultura, este período cubre esencialmente las temporadas de cosecha de hortalizas y frutas, y la zafra de cultivos agroindustriales como la caña de azúcar, el tabaco, la palma africana, el café, etc. Con ello se intenta lograr una gobernanza global de la fuerza de trabajo temporal que no propicie la migración definitiva de estos trabajadores. Para lograr tal propósito es necesario cumplir dos condiciones, la primera a nivel de los gobiernos y la segunda a nivel de los trabajadores. A nivel gubernamental estas políticas deben ser globales, "dejan de ser materia de un solo país para volverse regionales e incluso continentales, donde el Norte, como bloque, cierra filas para detener la llegada de los migrantes (…)" (Lara, Pantaleón, Martin, 2019, p. 8). A nivel de los trabajadores es necesario "reducir las personas a simple fuerza de trabajo, a una mercancía utilizable o desechable según las necesidades (…), aprovechar el trabajo vivo" (Castracani, 2018, p. 57), sin tener que preocuparse por su

reproducción social, la cual sigue siendo responsabilidad exclusiva de los países (o regiones) pobres, expulsores de dicha mano de obra.

Así, a partir de la vuelta de este siglo, se impuso una nueva dinámica migratoria de los jornaleros que consiste en pasar de migraciones temporales espontáneas o controladas por los propios empresarios agrícolas, a migraciones organizadas por los gobiernos a nivel nacional e internacional. Estos programas se abren primero en los países que atraen la mano de obra temporal, luego se implementan también en algunos países expulsores. En el caso de México, dos programas cambian la dinámica migratoria hacia el norte: el PTAT (Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales) canadiense instituido en 1974 y el H-2A estadounidense creado en 1986. Si bien hasta finales del siglo pasado ambos programas tuvieron poco impacto en la organización de los flujos migratorios de los trabajadores agrícolas temporales, crecieron notablemente en las últimas dos décadas. Por su lado, a partir del año 2002, México implementa el Subprograma de Movilidad Laboral Interna del Sector Agrícola (SUMLISA), bajo la responsabilidad de la Secretaría del Trabajo del gobierno federal, pero de común acuerdo con los empresarios del sector siempre preocupados por controlar los flujos migratorios de esta población. Actualmente, estos programas se expanden en muchos países, tanto del sur como del norte, con convenios gubernamentales de colaboración binacional para asegurar el control, de ida y vuelta, de los migrantes temporales desde sus lugares de origen hasta los lugares de trabajo.

De tal manera, a partir del año 2004, Sara amplía su trabajo de investigación hacia la provincia de Quebec, gran receptora de mano de obra temporal para sus granjas hortícolas. En 2009, establece un primer proyecto de investigación sobre el tema migratorio México-Canadá con Jorge Pantaleón del Departamento de Antropología y Patricia Martin del Departamento de Geografía, ambos de la Universidad de Montreal (UDM). En 2012 y 2016 realiza con ellos dos estancias anuales de investigación para estudiar el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales. De esa fructífera colaboración resultaron varios libros y artículos sobre las migraciones del Sur hacia el Norte Global. Recordemos solo el libro publicado por CLACSO en 2015, *Hacia el otro Norte: Mexicanos en Canadá*, coordinado por Sara María Lara Flores, Jorge Pantaleón y Martha Judith Sánchez Gómez.

En 2010, junto con Martha Judith Sánchez Gómez, crea en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM el Seminario Institucional de Migración México-Canadá-Estados Unidos, que co-coordina hasta el año 2019. En 2015, coedita con Martha Judith el libro *Los programas de trabajadores agrícolas temporales ¿Una solución a los retos de las migraciones en la globalización?*, que aborda la problemática de los programas gubernamentales para organizar y controlar las migraciones temporales desde los países pobres hacia los países ricos (Estados-Unidos, Canadá y Europa). En este libro Sara publica su primer artículo sobre los mercados de trabajo en la horticultura de la provincia de Quebec, en coautoría con Jorge Pantaleón. Concluyen, primero, que la búsqueda de jornaleros agrícolas, de preferencia indígenas, en México y Guatemala no se debe a la falta de mano de obra local como se suele argumentar, sino a un proceso de "etnización" de la fuerza de trabajo por la necesidad de bajar los costos de la mano de obra para mantener la rentabilidad de las empresas hortícolas en el marco de la creciente competencia propiciada por el Tratado de Libre Comercio de Norte América. Segundo, que la reciente introducción de mano de obra guatemalteca responde a la voluntad de crear una "segmentación étnica" cada vez más marcada, para presionar aún más sobre el nivel de los salarios. Viejo proceso utilizado desde tiempos atrás en México, caracterizado como migración por "relevo étnico", para limitar las posibilidades de permanencia y estabilización de esta población.

Su último libro sobre este tema, *Las nuevas políticas migratorias canadienses: Gobernanza neoliberal y manejo de la otredad* (2019), co-coordinado con Jorge Pantaleón y Patricia Martin, sale apenas un par de semanas antes de su fallecimiento el 28 de noviembre 2019. Para cerrar las conclusiones del trabajo reafirma lo que fue su constante preocupación a lo largo de su vida:

> Además, nos queda claro que debemos trabajar para formular nuevos vocabularios, nuevas metodologías y marcos discursivos que puedan movilizar una amplia defensa de los derechos de los migrantes en la era contemporánea. La investigación presentada en este volumen representa un paso importante en esa dirección (p. 324).

La idea de construir teorías concretas a partir de los hechos vividos por la gente que llevarían incluso a la elaboración de nuevas metodologías, y de crear un nuevo lenguaje capaz de reflejar procesos sociales inéditos, aparece en diferentes partes de su obra, reflejo de su voluntad de romper la dicotomía entre la práctica y la teoría, la investigación aplicada y la abstracta.

3. Tejedora de redes

Sara tenía un modo comprometido y generoso de entender la ciencia, la academia y las propias relaciones humanas. A lo largo de su vida, fue armando una amplia trama con la gente con la que interactuaba. Entre las virtudes que Sara detentaba con sencillez, destaca su capacidad para formar grupos de investigación y redes, no solo por su habilidad organizativa sino por su capacidad de escuchar, valorizar la palabra ajena, alentar a los demás (en particular a los alumnos) y su altruismo. Sara fue la artífice de la creación de numerosos círculos de colegas y amistades, que supo entretejer con el mismo ahínco, ternura y paciencia que una artesana elabora sus huipiles. Fue un nodo por el cual aún hoy se cruzan redes de sociólogos y antropólogos rurales latinoamericanos, europeos y norteamericanos con los que mantenía un diálogo muy fructífero.

La contribución de Sara fue clave para animar el trabajo colectivo en cuatro espacios internacionales. Primero, del año 2000 al 2012 colaboró estrechamente, como profesora invitada, en la Maestría en Sociología de la Agricultura de la Universidad del Comahue, Neuquén, Argentina, dirigida por Mónica Bendini. Asimismo, de 2010 a 2012 codirigió con la propia Mónica Bendini el proyecto de investigación binacional sobre "Trabajadores migrantes en regiones agrícolas de exportación en Argentina y México", financiado por el Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología (CONACYT) de México y el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovaciones (MINCYT) de Argentina. Luego, participó en la formación de un grupo internacional sobre Trabajo Rural y Migración que congregó un nutrido grupo de investigadores latinoamericanos y españoles, dirigido por Andrés Pedreño de la Universidad de Murcia, España. A partir de un proyecto de la Fundación Carolina, el grupo realizó el Seminario

Internacional Migraciones, Cadenas Globales y Desarrollo Rural, en Montevideo, del cual surgió el libro colectivo *De Cadenas, Migrantes y Jornaleros: los Territorios Rurales en las Cadenas Globales Agroalimentarias* (Talasa, 2014). Más tarde, co-coordinado con Martha Judith Sánchez Gómez el seminario ya señalado sobre Migración México-Canadá y Estados Unidos, que actuó durante una década como espacio de conocimiento sobre temáticas conexas a la migración y a las movilidades sociales en las migraciones hacia América del Norte. Seminario que permitió fortalecer un grupo de trabajo muy activo entre investigadores mexicanos y canadienses, y producir artículos y libros sobre esta temática. Finalmente, en el marco del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Sara tuvo un papel decisivo en la conformación de un grupo de trabajo sobre "Transformaciones agrarias y trabajadores rurales" que, desde el año 2013, reúne unos 60 investigadores de América Latina y España con la preocupación central en el empleo rural y las múltiples vulnerabilidades y desigualdades a las que están sujetos los trabajadores y trabajadoras agrarios y rurales.

Estas redes y grupos permitieron una fructífera colaboración entre un amplio abanico de colegas, tanto aquellos de renombre como de jóvenes en formación, que se materializó en viajes cruzados entre los distintos países, investigaciones y publicaciones conjuntas, trabajos de campo en diferentes regiones, participación en cursos de posgrados y tribunales de tesis, seminarios y eventos académicos en los temas de interés común. Sin embargo, esta apertura y horizontalidad se ha manifestado no solo con investigadores y estudiantes, sino también con las personas protagonistas de los análisis que encaramos los cientistas sociales. Sara buscaba siempre dar cabida a esos actores, porque en su opinión son interlocutores indispensables para cualquier modalidad de construcción del conocimiento social. Buscaba invitar, en sus seminarios, a personas directamente involucradas en la problemática social de los y las asalariados(as) del campo: activistas de ONG o del movimiento social (sindicalistas, dirigentes de migrantes o de los *dreamers* en Estados Unidos), personal de los programas sociales del gobierno federal (en particular del Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas), trabajadores(as) sociales, etc. Darles voz propia a los actores sociales era una de sus constantes preocupaciones.

Esta constante inquietud evidencia su compromiso para con todas las personas y grupos que encarnan modos de alteridad, y que conllevan frecuentemente relaciones sociales asimétricas. Sara, fiel representante de una ética de trabajo y de vida, buscaba darles visibilidad y voz.

La articulación de estos grupos con otros espacios internacionales como la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU), la Asociación Internacional de Sociología Rural (IRSA), el Congreso Ibero-latinoamericano de Estudios Rurales (CIER), la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), la Asociación Latinoamericana de Estudios del Trabajo (ALAST), la Asociación de Estudios Sociales Latinoamericanos (LASA), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), entre otras, posibilitó potenciar y ampliar las distintas redes y el alcance de sus debates.

La diversidad de investigadores e investigadoras que fue uniendo Sara, con perspectivas intelectuales, disciplinarias y de orígenes institucionales variados fue fruto de aquella facultad acogedora tan propia y particular de ella. Y esas redes de intercambio hoy tienen vida propia gracias a la voluntad permanente de Sara.

Finalmente, tal vez por vicio de oficio, sabemos que los ciclos de vida personales son parte del engranaje de ciclos de vida familiares y de otros más amplios. El legado de vida que nos deja Sara se retroalimenta en la familia que construyó, junto con Hubert, Paloma, Nuria, sus hermanas, yernos y nietas.

Las y los invitamos a la lectura, y con ello a celebrar la obra y la vida de Sara.

Bibliografía

C. de Grammont, Hubert. (en prensa). Los efectos de la mundialización sobre las migraciones laborales de la población rural mexicana. *Interdisciplina*, (México: CEIICH-UNAM).

C. de Grammont, Hubert y Lara Flores, Sara María. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco*. México: IIS-UNAM.

Castracani, Lucio. (2018). Importar el trabajo sin las personas: la racialización de la mano de obra agrícola temporal en Canadá. *Revista Theomai, 38*, pp. 55-67, (Quilmes: UNQ). En http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero38Issn

Chávez Galindo, Ana María. (2007). Migraciones indígenas en México, pp. 79-94. En Instituto Interamericano de Derechos Humanos, *Migraciones indígenas en las Américas*. San José: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

De la Garza, Enrique; Lara Flores, Sara María y Torres Franco, José Luis. (2001). Flexibilidad y trabajo femenino en la industria manufactura en México. *Revista Mexicana de Sociología, 63*(2), 113-136, (México).

Faret, Laurent. (2003). *Les territoires de la mobilité. Migration et communautés transnationales entre le Mexique et les États-Unis*. París: CNRS Editions.

Gómez Oliver, Luis. (2016). *Evolución del empleo y de la productividad en el sector agropecuario en México*. Santiago de Chile: CEPAL; FIDA.

Granados Alcantar, José Aurelio y Quezada Ramírez, María Félix. (2018). Tendencias de la migración interna de la población indígena en México, 1990-2015. *Estudios Demográficos y urbanos, 33*(2), 327-363.

Hirata, Helena y Kergoat, Danièle. (2005). Les paradigmes sociologiques à l'épreuve des catégories de sexe. *Papeles del CEIC, 17*, (París).

Kergoat, Danièle. (2001). Division sexuelle du travail et rapports sociaux de sexe, pp. 78-88. En Jeanne Bisilliat y Christine Verschuur, *Genre et économie : un premier éclairage*. Génova: Graduate Institute Publications.

Lara Flores, Sara María. (1988a). El papel de la mujer en el campo: nuevas estrategias, pp. 145-166. En Jorge Zepeda P. (Comp.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*. México: El Colegio de Michoacán.

Lara Flores, Sara María. (1988b). El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo, pp. 189-200. En Josefina Aranda (Comp.), *Las mujeres en el campo*. México: Instituto de Investigaciones Sociológicas, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

Lara Flores, Sara María. (1991). Las obreras agrícolas: un sujeto social en movimiento. *Nueva Antropología, 39*, pp. 99-114, (México).

Lara Flores, Sara María (Coord.). (1995). *El rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNSRID; Nueva Sociedad.

Lara Flores, Sara María. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara Flores, Sara María. (2000). Notas metodológicas para el estudio del mercado de trabajo rural, pp.171-186. En Roberto Diego Quintana (Coord.), *Buscando huellas en la arena*. México: Plaza y Valdés Editores; UAM-X.

Lara Flores, Sara María. (2001). Análisis del mercado de trabajo rural en México, en un contexto de flexibilización, pp. 363-382. En Norma Giarracca (Comp.), *Una nueva ruralidad en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Lara Flores, Sara María. (2006). El trabajo en la agricultura: un recuento sobre América Latina, pp. 323-343. En Enrique de la Garza (Coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*. Barcelona: Anthropos; UAM-I.

Lara Flores, Sara María. (2010). Movilidad y migración de familias jornaleras: una mirada a través de genealogías. *Empiria, 19*, pp. 183-203, (Madrid: UNED).

Lara Flores, Sara María (coord.). (2011). *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva.* México: Colegio mexiquense-IIS/ UNAM-Miguel Ángel Porrúa.

Lara Flores, Sara María. (2012). Los territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales. Cuatro estudios de caso en México. *Política y Sociedad, 49*(1), 89-102, (Madrid: Universidad Complutense).

Lara Flores, Sara María; Martin, Patricia y Pantaleón, Jorge (Coords.). (2019). *Las nuevas políticas migratorias canadienses: Gobernanza neoliberal y manejo de la otredad*. México: IIS-UNAM; Universidad de Montreal.

Lara Flores, Sara María; Pantaleón, Jorge y Sánchez Gómez, Martha Judith (Coords.). (2015). *Hacia el otro Norte: Mexicanos en Canadá.* Buenos Aires: CLACSO.

Lara Ruiz, Miguel y Lara Ruiz, Spencer. (1985). Los *"Carranclanes"*, pp. 113-150. En *Mi pueblo durante la Revolución*, vol. 1. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

León, Magdalena y Deere, Carmen Diana (Eds.). (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina*. Bogotá: ACEP; Siglo XXI.

Massey, Douglas S.; Alarcón, Rafael; Durand, Jorge y González, Humberto. (1991). *Los ausentes, el proceso social de la migración internacional en el occidente de México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Alianza editorial.

Pedreño Cánovas, Andrés. (2014). *De cadenas, migrantes y jornaleros: Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*. Madrid: Talasa ediciones.

Quesnel, André y Del Rey, Alberto. (2005). La construcción de una economía familiar de archipiélago. Movilidad y recomposición de las relaciones intergeneracionales en el medio rural mexicano. *Estudios demográficos y urbanos, 20*(2), 197-228.

Sánchez Gómez, Martha Judith y Lara Flores, Sara María (coord.). (2015). *Los programa de trabajadores agrícolas temporales ¿Una solución a los retos de las migraciones en la globalización?* México: IIS-UNAM.

Simon, Gildas. (1981). Réflexions sur la notion de champ migratoire international. *Hommes et Terres du Nord,* numéro spécial, pp. 85-89.

Tarrius, Alain. (1993). Territoires circulatoires et espaces urbains. *Annales de la Recherche Urbaine, 52*, pp. 51-60.

Primera parte

Género

Violencia y contrapoder: una ventana al mundo de las mujeres indígenas migrantes, en México*

En México, la participación femenina en el mercado de trabajo y en los flujos migratorios nacionales e internacionales se ha incrementado notablemente las dos últimas décadas.[1] Pero ¿en qué condiciones se ha dado? y ¿qué ha significado para las mujeres dicha participación? Sobre todo, para las mujeres indígenas que se incorporan en situaciones de mayor vulnerabilidad.

Este texto se interroga sobre las condiciones en las que se da la incorporación de las mujeres en el sector agrícola de exportación en México, un sector que genera una fuerte demanda de mano de obra a nivel nacional, lo que provoca importantes flujos de migración en los que las mujeres, algunas de ellas indígenas, participan de manera significativa.[2]

Me interesa mostrar que la incorporación de la mano de obra femenina al mercado de trabajo pone en juego desigualdades de sexo que se traducen en una segmentación entre ramas y sectores de la economía. Pero, a la vez, moviliza desigualdades étnicas entre trabajadores y trabajadoras, provocando una segmentación en los puestos de trabajo.

---

* Extraído de Lara, S. (2003). Violencia y contrapoder: una ventana al mundo de las mujeres indígenas migrantes, en México. *Estudios Feministas*, *11*(2), 381-397, (Florianópolis: USC). [ISSN 1806-9584].

1. Entre 1970 y 1997 la participación de las mujeres en la PEA pasó de 19% a 37%.

2. De acuerdo con datos de la ONU, las mujeres constituyen casi la mitad de la población mundial que emigra, principalmente en las migraciones internas rural-urbanas. En México, se calcula que para el año 2000 el número de personas que no vivía en sus pueblos natales alcanzó la cifra de 18 millones, mayoritariamente del sexo femenino (por cada 100 mujeres que migran hay de 91 a 93 hombres) (Corona, 2000).

La inserción de las mujeres en la economía mexicana se da en las ramas, los sectores y en los puestos de trabajo más precarios,[3] como es el caso de en la agricultura de exportación. Esta realidad remite a un orden social estructurado por el entrecruzamiento de relaciones sociales de género y étnicas, como relaciones de dominación y de violencia al interior de una clase social. Sin embargo, no solo muestra la desigualdad en la que se insertan hombres y mujeres a la economía, sino las jerarquías que se producen entre unos y otras, evocando una pertenencia étnica.

El análisis en términos de género y de etnia (y no de raza)[4] supone un enfoque relacional que subraya el carácter fundamentalmente social de las distinciones basadas en el sexo o en la diferencia sexual, de la misma manera que la etnicidad refiere a la comprensión de un proceso social de designación, atribución y apropiación de identidades que mantiene de manera duradera la diferencia entre "nosotros" y "los otros", sustentando las bases de la constitución de desigualdades, jerarquías y discriminaciones (Goldberg-Salinas, 1996).[5]

Las migraciones crean situaciones de ruptura, de movimientos y de cambios, que modifican en diferentes direcciones tanto las relaciones de género, como las relaciones étnicas. A la vez, crean situaciones de solidaridad y permiten el surgimiento de redes sociales. En México, las mujeres indígenas que migran solas, en familia, o en grupos creados *ad hoc* para ir a trabajar a las empresas productoras de hortalizas, se sitúan en la convergencia misma de estas relaciones, soportando las mayores

3. Se entiende por *empleo precario* aquel que se lleva en condiciones de una fuerte vulnerabilidad: empleo temporal, a tiempo parcial, con salarios más bajos, escasa o nula protección legal, en establecimientos no aptos para el trabajo que se lleva a cabo; o aquel que se realiza en forma clandestina, de manera informal y sin contar con establecimientos fijos (Pook, 2001).

4. En el caso de México, el concepto de "raza" como distinción fenotípica de individuos de diferente color de piel no tiene la misma aplicación que en otros países (como en Estados Unidos de Norteamérica o en Brasil), en tanto que la mayor parte de la población puede considerarse racialmente "mestiza". Sin embargo, la diferencia entre "mestizo" o "ladino" e "indio" supone un racismo que más que apoyarse en el color de la piel lo hace en referencia a la pertenencia a un grupo social, cuyo estigma de alteridad pasa por diferencias culturales.

5. Chantal Rogerat (1996) señala bien cómo se trata de un proceso que mantiene de manera duradera estas distinciones, aun cuando cambien las diferencias que tanto para el "nosotros" como para los "otros" justifiquen y legitimen esas distinciones (p. 85).

cargas de violencia racista[6] y sexista. Dichas relaciones de asimetría no se generan en el momento mismo en el que ellas migran, pues las desigualdades de clase, de género y étnicas se expresan en todos los ámbitos sociales, desde los lugares de donde provienen hasta los de arribo. Lo que me interesa analizar en este trabajo es cómo los procesos migratorios hacen intervenir nuevos actores en el escenario, y colocan a estas mujeres en una situación de mayor vulnerabilidad.

La hipótesis principal de este artículo es que la incorporación de las mujeres en las migraciones rurales y en el trabajo asalariado las hace partícipes de una organización del trabajo que sin utilizar la violencia directa, entendida como agresiones físicas,[7] pone en marcha un sistema de dominación en el cual convergen: clase, género y etnia. Una dominación que se inscribe en los cuerpos sexuados y etnicizados de los trabajadores, lo que legitima no solo el lugar que ocupan en el trabajo sino en la sociedad. La transversalidad de las relaciones de clase y de género (Kergoat, 1984), con relaciones étnicas, e incluso generacionales (estas últimas que no he explorado en este texto) crean las condiciones para una mejor utilización de la fuerza de trabajo, sin que las empresas tengan que recurrir directamente a la violencia física.

A la vez, situadas en un contexto de extrema precarización y vulnerabilidad, resulta interesante que esas mujeres puedan transformar esas relaciones, a través de "prácticas sociales" que les permiten movilizar solidaridades de género e interétnicas, rebasando en mucho el ámbito de la familia. En este sentido, puede sugerirse que tales prácticas constituyen el paso entre el sujeto y el colectivo (Kergoat, 2001).

Este trabajo se apoya en una investigación cuantitativa y cualitativa llevada a cabo por un equipo de investigadores en las empresas agrícolas ubicadas en cuatro estados del noroeste del país (Sinaloa, Sonora, Baja

6. Racismo entendido en un sentido amplio que no se refiere estrictamente a la raza biológica, sino a las actitudes, comportamientos y prácticas sociales discriminatorias, que incluyen la conflictualidad entre culturas y grupos étnicos (Taguieff, 1987).

7. El concepto de *violencia*, entendida en términos de Christophe Dejours (1999) como sujeción ejercida por la fuerza sobre el cuerpo, considera que las nuevas formas de organización del trabajo generan sufrimientos, injusticias, patologías mentales y somáticas, pero no utilizan directamente la violencia, en cambio, y paradójicamente, hacen estallar la violencia en los márgenes, bajo formas patológicas e individualizadas (pp. 25-26).

California Sur y Jalisco).[8] De un lado, saca conclusiones de una encuesta aplicada a 8.117 hogares de jornaleros agrícolas migrantes, que reagrupa a 32.573 personas. De otro lado, se basa en entrevistas en profundidad con trabajadoras, trabajadores, empresarios y contratistas sobre el impacto de la reestructuración sobre las formas de organización del trabajo, así como en la observación de campo.

En primer lugar, presento una visión general de las características de la incorporación de las mujeres en el sector agropecuario y en las migraciones rurales. En segundo lugar, explico la manera en que las empresas agrícolas de exportación han puesto en marcha una forma de organización del trabajo basada en una división sexual y étnica de las tareas. Analizo cómo esta división del trabajo se apoya sobre relaciones de dominación, que generan distintas formas de violencia entre los trabajadores. Finalmente, explico cómo se generan redes sociales y nuevas configuraciones familiares, a través de las cuales las mujeres tejen solidaridades para hacer frente a la discriminación y a la violencia.

1. Características de la incorporación femenina al mercado de trabajo y a las migraciones rurales

En México, el incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo, en las dos últimas décadas, se asocia a la estrategia de flexibilización productiva de las empresas globales, que consiste en la deslocalización de ciertos segmentos de los procesos productivos para el ensamble y subensamble de productos, principalmente en el sector manufacturero (maquiladoras) y en el terciario.[9] El fenómeno de subcontratación se ha extendido mundialmente. Helena Hirata (1992) muestra cómo estos procesos de deslocalización constituyen el lado oscuro de las empresas globales, al generar una fuerte explotación en las empresas

8. Proyecto sobre "Empresas, migración y mercado de trabajo", coordinado por Hubert C. de Grammont, en el marco del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

9. Sin embargo, también debe señalarse la importancia que han tenido en la incorporación de las mujeres al trabajo: el descenso en las tasas de fecundidad, los cambios en la edad de las uniones matrimoniales y en el espaciamiento de los embarazos, así como el incremento en los niveles de escolaridad en algunas capas de la población (Ariza y De Oliveira, 2000).

subcontratistas, principalmente de las mujeres que allí trabajan.

No obstante, el incremento de la participación femenina en el trabajo asalariado se da en el marco de un mercado laboral fuertemente segmentado tanto a nivel de ramas y sectores productivos como en términos de puestos y condiciones de empleo. En México, mientras la población masculina se distribuye de manera equilibrada entre el sector de servicios (32%), la industria manufacturera (27,1%), el sector agropecuario (27%) y el comercio (13,4%), la población femenina se ocupa fundamentalmente en el sector servicios (45,7%), en el comercio (26,3%), seguidos de la industria manufacturera (21%) y de la agricultura (9,2%). Sin embargo, debe agregarse que una tercera parte de estas mujeres laboran en servicios personales, como empleadas domésticas, y en el comercio informal (De la Garza, Lara y Torres, 2001).[10]

En la agricultura, los procesos de mundialización y concretamente la puesta en operación del Tratado de Libre Comercio con Norte América (TLCAN) han alentado la instalación y desarrollo de un conjunto de empresas agrícolas orientadas a la exportación de nuevos cultivos: principalmente de hortalizas frescas o congeladas, frutas exóticas y flores.[11] La localización de estas empresas, fundamentalmente al noroeste del país, corresponde a las ventajas que allí pueden encontrar en términos de cercanía al principal mercado hacia donde dirigen sus productos (EE. UU. y Canadá), clima, agua, acceso a la tierra, pero sobre todo a la posibilidad de contar con una mano de obra no solo barata, sino sumamente flexible.

Los procesos de reestructuración en la agricultura han propiciado la incorporación de nuevas tecnologías (producción en invernadero, uso

10. (De la Garza, Lara y Torres, 2001). En cambio, los hombres se ubican en servicios profesionales y en el comercio formal.

11. A nivel nacional se calcula que existen 1.454 empresas agroexportadoras, de las cuales unas doce son de capital norteamericano (SECOFI, 1999). Sin embargo, las más grandes son empresas mexicanas que se asocian con capital norteamericano, en forma de *joint venture*, para la exportación de una gran diversidad de hortalizas tanto por su cantidad (una centena de productos), como por la calidad (orgánicas, *baby vegetables*, hortalizas para comidas exóticas, etc.). En promedio, estas empresas producen en un área de mil a dos mil hectáreas, una pequeña parte en invernadero; cuentan con sus propios empaques (*packings*) tanto del lado mexicano como en Estados Unidos, utilizan las tecnologías más modernas en el ramo y controlan toda la cadena de enfriamiento y de distribución hasta que el producto llega al consumidor. Operan en México, Estados Unidos, Canadá y Centroamérica (C. de Grammont, 2001).

de transgénicos, plasticultura, sistemas de fertirrigación, nuevos métodos computarizados de embalaje, etc.). Sin embargo, se han apoyado más en el uso flexible en términos contractuales, de especialización y calificación. El perfil que la mano de obra femenina ha cumplido ampliamente con estos requerimientos, lo que explica su inserción en el sector agrícola, principalmente como mano de obra asalariada.

En la agricultura, la participación de las mujeres no es significativa (9,2%) en comparación con los hombres (27%), pero, además, su incorporación se da básicamente como trabajadoras agrícolas (90%). Tan solo 10% de la población femenina económicamente activa ocupada son agricultoras, es decir, se encuentran dirigiendo una explotación agrícola o pecuaria. En cambio, en el caso de los hombres su participación como agricultores asciende a 46%, si bien más de la mitad son también trabajadores.[12]

La situación marginal que tienen las mujeres como agricultoras está directamente relacionada con su falta de acceso a la tierra.[13] En este sentido, su participación en la agricultura se da como trabajadoras y no como jefas de una explotación. La *Encuesta Nacional de Empleo 1999* (INEGI, 1999) registró un 90% de trabajadoras, de las cuales 23% son jornaleras laborando en una explotación diferente a la propia, una mínima parte son empleadas de una agroempresa (1%) y 66% laboran sin recibir ningún pago, en calidad de trabajo familiar o como intercambio de fuerza de trabajo en la comunidad, lo que permite resolver la falta de dinero para cultivar las parcelas.[14]

---

12. Hablamos de 5,7 millones de trabajadores agropecuarios a nivel nacional, 4,2 son hombres y 1,5 mujeres.

13. En México predominan las formas de tenencia de la tierra comunal y ejidal. Una heredada desde la época prehispánica y la otra como resultado de las demandas de tierra hechas durante la Revolución Mexicana. Ambas modalidades establecieron que un solo miembro sería el representante de la parcela de cada familia, designándose regularmente como "jefe de hogar" al varón. En 1971, México fue el primer país latinoamericano en reconocer la igualdad jurídica entre hombres y mujeres en su legislación agraria. Sin embargo, en la práctica, la tradición, así como los usos y costumbres del medio rural siguieron beneficiando a la población masculina (Deere y León, 2002).

14. En las comunidades campesinas se acostumbra el intercambio de bienes y de trabajo, como un sistema tradicional de "dando y dando" (llamado *tequio* o *mano vuelta*), lo que permite poner en producción una parcela con el mínimo de inversión monetaria. El porcentaje de hombres en este renglón también es importante (45% del total de hombres trabajadores). Es relevante que la *Encuesta Nacional de Empleo* desenmascare este tipo de trabajo impago, que otras fuentes estadísticas lo contabilizan como "trabajo familiar".

Cuadro 1. Población ocupada en la agricultura por sexo y tipo de ocupación

Tipo de actividad	Total	Hombres	%	Mujeres	%
Total productores	*3.756.988*	*3.566.739*	*46*	*190.249*	*10*
Propietarios	1.151.693	1.085.471	14	66.222	4
Ejidatarios	1.797.454	1.734.437	22	63.017	3
Otros	808.841	746.831	10	61.010	3
Total trabajadores	*5.708.186*	*4.145.164*	*54*	*1.563.022*	*90*
Jornaleros	2 .516.113	2.126.010	27	390.103	23
Empleados	163.936.153	416	3	10.520	1
Trabajadores sin pago	3.028.137	1.865.738	24	1.162.399	66
Total sujetos agropecuarios	**9.465.174**	**7.711.903**	**100**	**1.753.271**	**100**

Fuente: *Encuesta Nacional de Empleo 1999* (INEGI, 1999).

La importancia del trabajo asalariado entre la población dedicada a las actividades agropecuarias, y especialmente del trabajo no pagado, que asciende a más de tres millones de personas, entre hombres y mujeres, se explica por la crisis y pauperización de la economía campesina. A la vez, permite entender la magnitud y las condiciones de incorporación de esta población a las migraciones nacionales e internacionales.[15]

En base a la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en México (2001)* observamos que la migración que se dirige hacia las empresas hortícolas del noroeste del país es numerosa y proviene en su mayoría (70%) de tres estados de la república (Guerrero, 29,3%; Oaxaca, 24,2% y Veracruz, 17,6%) ubicados al sur del país, en donde se concentra la población de habla indígena.[16] Más de la mitad de esa población tiene tierra en su pueblo de origen, pero no la cultiva por falta de recursos, por lo que se ve obligada a buscar otras fuentes de ingresos. La migración se ha convertido en una de las principales estrategias de reproducción de esas

15. Se calcula en 4 millones la población que migra hacia Estados Unidos y en 2,5 millones a los que migran internamente, de los cuales más de un millón circulan en las distintas regiones hortícolas del noroeste del país. Cabe señalar que se trata de estimaciones, en la medida que las estadísticas no logran captar la magnitud y frecuencia de la migración temporal.

16. El 36,5% del total de esa población habla una lengua indígena (28% son bilingües y 8,5% solo hablan la lengua indígena).

familias. La mayoría (60%) migra de manera temporal para laborar en las cosechas de diversos productos hortícolas, por períodos de seis a ocho meses, y regresan a sus pueblos en la temporada de lluvias, los que pueden cultivar sus tierras. Pero, el deterioro ecológico y la falta de otras fuentes de ingreso en sus lugares de origen está haciendo que una parte cada vez mayor se integre a un tipo de migración "golondrina", que los lleva de un lugar a otro siguiendo los ciclos de cosechas en diferentes regiones.

La presencia de las mujeres en estos flujos de migración es significativa, representan el 45,6% del total de los migrantes, mientras la población infantil (de 0 a 14 años) asciende al 40% de la población masculina y femenina, lo que muestra que la mayor parte de la migración es de carácter familiar. Sin embargo, es importante mencionar que esta participación de mujeres y de niños no supone un simple acompañamiento de los hombres, sino su incorporación al trabajo asalariado. Las mujeres representan el 41,3% del total de los migrantes que trabajan y los niños el 21,8%.

La inserción al trabajo se da desde la infancia, sin embargo, en el caso de las mujeres se realiza principalmente entre los seis y los 19 años, en una proporción mayor que en el caso de los hombres, y desciende a partir de los 20 años. En cambio, a partir de los 40 años el porcentaje de mujeres que trabajan es menor al de los hombres, lo que nos permite constatar que las mujeres se integran al trabajo en edades más tempranas y salen más pronto del mercado laboral que los hombres, debido al envejecimiento prematuro.

Es importante mencionar que un 10% de las mujeres solo hablan su lengua nativa, mientras que en el caso de los hombres esta proporción desciende al 6%. Asimismo, el 40% de las mujeres no saben leer ni escribir, mientras el porcentaje se reduce a 29% para los hombres. Entre la población que ha asistido a la escuela encontramos que la media de años de asistencia escolar se reduce a 4 años para las mujeres, mientras que es de 5 años en el caso de los hombres. Todo ello hace más vulnerable la inserción de las mujeres indígenas al mercado de trabajo.

Cuadro 2. Miembros del hogar que trabajan por grupo de edad y sexo

Grupo de edad	Hombres		Mujeres		Total
De 6 a 11 años	121	29%	1.149	12%	2.361
De 12 a 14 años	1.367	10%	1.283	13%	2.650
De 15 a 19 años	3.136	23%	2.251	28%	5.387
De 20 a 24 años	2.360	18%	1.420	15%	3.780
De 25 a 29 años	1.395	10%	952	10%	2.347
De 30 a 34 años	989	7%	708	7%	1.697
De 35 a 39 años	826	6%	640	6%	1.466
De 40 a 44 años	679	5%	409	4%	1.088
De 45 a 49 años	505	4%	263	3%	768
De 50 y más años	978	7%	390	4%	1.368
Total que trabaja	**13.447**	**100%**	**9.465**	**100%**	**22.912**

Fuente: *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en México (2001).*

En términos generales se puede concluir que, si bien los procesos de reestructuración y de flexibilización han incrementado el empleo femenino, este se da en las condiciones más precarias, y es en el sector agrícola en donde se expresa más brutalmente.

2. División sexual del trabajo, género y etnicidad

La competencia que enfrentan las empresas agroexportadoras mexicanas en el mercado internacional las ha llevado a fundamentar sus ventajas en una flexibilidad "salvaje" (De la Garza, 1993) de la fuerza de trabajo. Es decir, una flexibilidad que se apoya sobre distintos métodos de coacción de los trabajadores con el fin de lograr su completa disponibilidad en términos de horarios y ritmos de trabajo, así como para adaptarse a las distintas tareas que se requieren cotidianamente.[17] A la vez, dicha flexibilidad les permite contar con una mano de obra calificada, o al menos especializada en relación al uso de las nuevas tecnologías que

17. Por ejemplo, después de cosechar, los trabajadores pueden ser solicitados para transportar productos químicos, las mujeres para hacer la limpieza de los empaques o en las oficinas de la empresa.

se han puesto en marcha (invernaderos, hidroponía, biotecnología, sistemas computarizados de empaque, etc.).[18]

La gestión de la mano de obra se ha convertido en piedra angular del éxito de dichas empresas en el mercado internacional, frente a los productores norteamericanos o de otros países que producen el mismo tipo de productos.[19] De esta forma, basan su competitividad tanto en el mejoramiento tecnológico como en una organización del trabajo que les ofrece una gran flexibilidad, haciendo uso de una mano de obra sumamente barata y empleada en condiciones de extrema precarización.

De esta manera, se genera una demanda particular de mano de obra para cada etapa del proceso productivo: los migrantes: hombres, mujeres y niños, se emplean para laborar en las cosechas de diferentes productos y para otras tareas en pleno campo. En cambio, la población local que vive en la región es solicitada para trabajar: las mujeres en los invernaderos, empaques y fábricas de procesamiento de productos, y los hombres (que representan la minoría), para realizar tareas de supervisión del personal, manejo y reparación de maquinaria o en otras tareas de apoyo.

Esta división entre población local y migrante es mucho más que una división de tareas, es una división sexual y étnica del trabajo sustentada en relaciones de poder que se extienden a todos los ámbitos del trabajo y de la vida cotidiana. Son desigualdades que se expresan en las formas de contratación y de remuneración, en los servicios y prestaciones, en las condiciones de trabajo y de vida que se les ofrecen a los distintos tipos de trabajadores.

Así, mientras la población local accede directamente a las empresas para solicitar empleo, los migrantes tienen que pasar por una cadena de intermediarios y enganchadores que los traslada de sus lugares de origen a las empresas, sin que conozcan previamente las condiciones en las que serán empleados; mientras los primeros laboran en espacios cerrados y con ciertas condiciones de higiene, los segundos laboran a campo abierto,

18. Por ejemplo, extender horarios de trabajo, proponer mejoras en las formas de trabajo para hacerlas más eficientes, calificarse en nuevas actividades, etcétera.

19. Estados Unidos es el principal país exportador de frutas y hortalizas frescas, principalmente de manzanas, naranjas, uvas, tomates, lechugas, brócoli y cebollas. A la vez, es el principal importador mundial de estos productos en invierno. Siguen en importancia los Países Bajos, España (como líder mundial en la exportación de cítricos), Italia y Francia (Cook, 2000).

en contacto con la tierra, pesticidas y agroquímicos, bajo el sol y con un calor extremo (40° en promedio), sin contar con baños ni agua potable para beber; mientras los locales viven libremente en sus propias casas, los migrantes viven en campamentos al interior de las empresas y tienen prohibido salir de allí o recibir a personas extrañas a la empresa; mientras los primeros deciden libremente cuando dejan de trabajar para una empresa, los segundos viven bajo la amenaza de trabajar para la empresa, al menos hasta pagar el gasto del traslado desde sus lugares de origen; mientras los locales pueden ejercer sus derechos cívicos y participar en la vida política de la región y del país, los migrantes resultan como extranjeros en su propio país y sus derechos cívicos son restringidos.[20]

Los campamentos se encuentran ubicados en terrenos cuya propiedad es de los patrones. Por lo mismo, son lugares cerrados que se consideran propiedad privada, y son vigilados "a mano armada" por un trabajador de confianza de la empresa ("campero"). La mayoría de las habitaciones que se asignan a los trabajadores son de materiales precarios (cartón, láminas de asbesto, plásticos). Los campamentos no tienen suficientes WC ni regaderas para toda la población que alojan (pueden tener hasta 5.000 personas), no cuentan con agua corriente y las familias viven allí en hacinamiento en cuartos de 3 por 3 metros, con pisos de tierra. Para sobrevivir, los migrantes se ven obligados a hacer sus compras en una tienda manejada por el propio "campero", quien les vende los productos más caros que en el comercio local. No tienen fácil acceso a servicios médicos, ni de educación.[21]

El conjunto de los trabajadores está sometido a condiciones de trabajo precario, puesto que los salarios son bajos y no hay ninguna forma de protección laboral (no se firman contratos, se escamotean las prestaciones sociales o no se otorgan). La mayoría son pagados por tarea, lo que

20. Por ejemplo, no pueden participar en elecciones locales y muchas veces se les impide participar en votaciones nacionales por no ser residentes del lugar, tampoco pueden participar abiertamente en la formación de sindicatos o de asociaciones con fines de defensa de sus derechos como ciudadanos y como trabajadores. Los sindicatos son creados por los propios patrones y no defienden los intereses de los trabajadores, pero permiten a las empresas cubrir los requisitos legales de permitir la libre afiliación de sus trabajadores.

21. Los campamentos se encuentran situados en la propiedad privada de los patrones, por lo cual ha sido necesario llegar a acuerdos con ellos para permitir la entrada de servicios de salud (Instituto Mexicano del Seguro Social), de educación (Secretaría de Educación Pública) y legales (Ministerio Público, Comisión Nacional de Derechos Humanos, etc.), para dar atención a los trabajadores.

hace que los trabajadores laboren bajo ritmos de trabajo extenuantes, algunos con exigencias de calificación e implicación, que suponen cargas excesivas que se autoimponen los propios trabajadores para lograr incrementar sus ingresos, sin necesidad de que sean los empleadores los que tienen que ejercer una violencia física en contra de ellos.

En el caso de la población local, las mujeres se encuentran en situación de mayor desventaja frente a los hombres. Ellas laboran principalmente en los invernaderos, empaques o fábricas de procesamiento (productos enlatados), y aunque en su trabajo descansa la calidad de los productos que se exportan, opera un mecanismo sexista de naturalización de sus competencias,[22] lo que permite que la calificación con que cuentan y la implicación que les solicitan las empresas no les sean reconocidas ni pagadas. Las mujeres aparecen como naturalmente más capacitadas para estas labores, y más dispuestas a colaborar, aun si ellas se han calificado en las empresas y en el hogar (Lara, 1993).[23] Esto, sin duda, constituye una forma de violencia simbólica que se ejerce al desvalorizar su trabajo y legitimar que sus salarios sean más bajos.

Sin embargo, la población migrante, hombres y mujeres, se encuentra en una situación de mayor vulnerabilidad e indefensión. La pobreza extrema en la que viven y la falta de alternativas en sus lugares de origen los lleva a desplazarse cientos de kilómetros para lograr emplearse. Pero es el proceso de etnización al que son sometidos lo que legitima las condiciones de trabajo y de vida que se les ofrecen. Bajo argumentos racistas, hombres, mujeres y niños son tratados con menosprecio en los campos de trabajo y en los campamentos.

Si bien las empresas no utilizan formas directas de violencia[24] para obligar a los trabajadores a aceptar las condiciones deplorables de trabajo y de

22. Véase Kergoat (1984, 1990), Hirata (1990), entre otros trabajos en donde han analizado la calificación como construcción social sexuada.

23. En otros textos he mostrado cómo la mayoría de las empacadoras son hijas y nietas de otras empacadoras que las han entrenado en el oficio de empacar, lo que requiere de un fuerte aprendizaje para seleccionar los productos por tamaño, color, grado de maduración. Las empresas aprovechan estas competencias adquiridas previamente.

24. De acuerdo con Dejours (1999): *"la violence suppose un comportement, c'est-à-dire un ensemble d' actes, de gestes –ou de décisions ayant pour conséquences des actes ou des gestes–* dûment *observables".* Y agrega, *"Une conduite est violente lorsqu'elle met* à *exécution une intention de destruction ou d'altération de l'objet ou de la personne désignée pou cible. (…) y a donc intention, mais pas seulement intention. (…) y a aussi mis en acte"* (p.15).

vida que les ofrecen, ponen en marcha un sistema de jerarquías de orden sexual y étnico, que genera una violencia entre los propios trabajadores, violencia que se extiende al ámbito doméstico, sea en los campamentos en donde conviven grupos de diferentes orígenes étnicos, sea en los hogares en donde las mujeres constituyen el eslabón más vulnerable, que soporta la cadena de desigualdades de clase, de género y étnicas.

3. Violencia y solidaridad

La situación migratoria, como lo señala Catherine Quiminal, desestabiliza profundamente las familias y los itinerarios individuales (Golub, Morokvasic y Quiminal, 1997). Son situaciones de desestabilización justamente porque ponen en tensión las relaciones de sexo, ya de por sí asimétricas, al interior de las familias y de los grupos sociales.

Esta desestabilización, en el caso de la población que analizo, se produce porque las tensiones se agudizan al salir de sus lugares de origen. Las agresiones que sufren los migrantes desde el momento mismo en el que salen de sus pueblos de origen, mientras laboran y viven en los campamentos de las empresas, se mantiene a todo lo largo de los ciclos migratorios y muchas veces continúa cuando regresan a sus lugares de origen. Pero, a la vez, desestabiliza las relaciones sociales al interior de las familias y de los grupos étnicos.[25]

La cadena de abusos y violencias múltiples afecta principalmente a las mujeres y a sus hijos. Si bien los abusos de poder, de parte de la población local, se ejercen en contra de los indígenas en general, y se expresan en el ámbito laboral al imponerles las cargas más duras de trabajo, las peores condiciones laborales y de vida, en el caso de las mujeres indígenas dichos abusos llegan a la violencia física y sexual de parte de otros trabajadores porque son mujeres.

Pero, la violencia física, como tal, estalla fácilmente y en sus formas más brutales entre los propios trabajadores de diferente origen étnico

25. Por ejemplo, la migración crea familias escindidas, parejas que tienen que vivir una conyugalidad a distancia durante largos periodos de su ciclo familiar. También genera reacomodos en la división sexual de tareas y lleva a las mujeres a asumir nuevas cargas y responsabilidades comunitarias.

al disputarse los escasos recursos que tienen en los campamentos (los cuartos para vivir, el agua, la leña, los baños, etc.). Es esta violencia la que alimenta el estigma del indígena agresivo que requiere un estricto control en los lugares de trabajo y en los campamentos. A la vez, estalla fácilmente en el espacio doméstico, como violencia familiar.

La promiscuidad y el hacinamiento en el que se vive en los campamentos, la violencia que se desata por el acceso a los escasos recursos, la convivencia entre grupos de diferente origen étnico y costumbres de vida distintas, el alcoholismo y la drogadicción, crean un ambiente de tensión permanente y de violencia. Las mujeres, sobre todo las más jóvenes y solteras, se encuentran permanentemente en una situación de amenaza. Son frecuentes los problemas generados por violación a menores, robo y embarazo de adolescentes.

Pero la violencia física contra las mujeres, por lo regular, proviene de los miembros de sus propios grupos étnicos o de sus familiares. Las mujeres, desde niñas, no solo son sometidas a ritmos de trabajo en los campos al igual que los hombres, sino que al regresar a los campamentos son las que deben asegurar las tareas domésticas, que en el contexto de escasez de recursos de los campamentos se convierte en una carga excesiva. Además de ser sometidas a abusos sexuales.

No obstante, las situaciones migratorias también contribuyen a la puesta en marcha de nuevas formas de solidaridad que rebasan en mucho la familia. A la vez, hacen posible la inserción de las mujeres en nuevas relaciones sociales que les permiten atenuar la violencia de parte de sus maridos y escapar al control de la familia y del grupo étnico. Incluso, hacen posible, en ocasiones, que las mujeres tomen el control de los hogares como "jefas de familia" y se incorporen en nuevas configuraciones de hogares en donde el rol de proveedor de los hombres desaparece.[26]

La mayoría de los migrantes se desplazan en familias nucleares compuestas por parejas solas o con sus hijos (48,2%); otros lo hacen en

26. El concepto de *configuraciones* utilizado por Jacqueline Heinen (2001) hace referencia al pensamiento de Norbert Elias, para ilustrar la complejidad de vínculos que unen al individuo el conjunto social en el que vive y actúa. Asimismo, para dar cuenta de las formas cambiantes que toman las familias y para significar que las relaciones entre ellas se establecen en términos de interacción. En el caso que analizamos, esas configuraciones son con frecuencia el resultado de la migración masculina hacia los Estados Unidos, y el abandono de mujeres e hijos en los campos de noroeste del país.

familias compuestas, es decir en pareja con algunos parientes, y a veces con paisanos. Sin embargo, resulta interesante ver que surgen nuevas configuraciones provocadas por la migración, de hogares con jefatura de hombres o mujeres solos, acompañados de sus hijos, con parientes y/o paisanos. En base a los datos de nuestra encuesta a hogares de jornaleros migrantes encontramos cierta presencia de las mujeres como jefas de hogar, lo que da muestra de este fenómeno.

Estas nuevas configuraciones generan una solidaridad entre parientes lejanos y rituales, así como con otros miembros de la comunidad étnica. Funcionan como estructuras cambiantes y flexibles a lo largo del ciclo migratorio, y permiten reunir los precarios recursos de que cada familia o individuo dispone para migrar. Asimismo, ayudan a enfrentar, de manera colectiva, las distintas contingencias que se suceden desde el momento que se sale de la comunidad hasta que se regresa a ella o se encuentra otro lugar de residencia alternativo. Son, a la vez, la base de una etnicidad en positivo que funciona como estrategia de identificación y de reconocimiento de un "nosotros" que busca la valorización de un grupo sometido a un proceso de etnización discriminatorio.

Cuadro 3. Tipos de hogar de los migrantes

Tipo de hogar	Número de casos	Porcentaje
Nuclear	*3.912*	*48,2*
Pareja sola	604	7,4
Pareja con hijos	3.308	40,8
Extensa	*1.005*	*12,3*
Pareja sin hijos con parientes y/o paisanos	187	2,3
Pareja con hijos con parientes y/o paisanos	818	10,1
Monoparentales	*1.528*	*18,8*
Jefa sola con hijos	396	4,9
Jefa sola con hijos, parientes y/o paisanos	178	2,2
Jefa sola de grupo de parientes	144	1,8
Jefa sola de grupo sin parentesco	3	0,0
Jefe solo con hijos	192	2,4
Jefe solo con hijos, parientes y/o paisanos	74	0,9

Jefe solo de grupo de parientes	494	6,7
Jefe solo de grupo sin parentesco	47	0,6
Unipersonales	*1.666*	*20,5*
Mujeres solas	131	1,6
Hombres solos	1.535	18,9
Otras configuraciones	*6*	*0,1*
Total	**8.117**	**100**

Fuente: *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en México (2001).*

La participación de mujeres en la jefatura de estos hogares, así como en la migración femenina individual, asciende a 10%.[27] Las jefaturas femeninas, en ocasiones, se convierten en una amenaza potencial para el orden masculino. Muestran la capacidad de las mujeres para asumir su rol como proveedoras, poniendo en peligro los fundamentos del control masculino (Doumit El Khoury, 1996). No solo porque ello les permite disponer de un ingreso propio, y porque pueden administrar por sí mismas los recursos de su trabajo y del de sus hijos, sino que a veces eso les permite escapar al control y la violencia ejercida por sus padres, sus maridos (muy seguido, ausentes por la migración hacia Estados Unidos) o la familia del marido. Si bien supone que asuman otras contingencias, por el hecho de atreverse a migrar solas.

Por otra parte, y paradójicamente, siendo las mujeres indígenas las que se enfrentan a una cadena de discriminaciones de clase, de género y étnicas han sido las que han creado espacios de interacción para enfrentar las distintas formas de violencia. Con ayuda de la "trabajadora social"[28] que atiende los campamentos, han creado "comités" de organización para el abasto de leña, la distribución del agua potable, el uso de lavaderos y de letrinas, así como para la limpieza de áreas comunes.

27. Tomando en cuenta la polémica que existe para definir lo que significa "jefaturas de hogar", me parece pertinente considerar a las "jefaturas femeninas" como aquellas en donde las mujeres tienen la autoridad sobre el conjunto de sus miembros, toman, en lo esencial, las decisiones relativas a los gastos cotidianos y a largo plazo, al mismo tiempo que asumen la contribución económica principal para solventar los gastos del hogar (Doumit El Khoury, 1996).

28. La "trabajadora social" es contratada por la empresa para manejar los conflictos que surgen en los campamentos en relación a los servicios. A través de ella, se permite que las instituciones de salud y de educación entren a los campamentos a atender a la población allí alojada. Su papel en la vida cotidiana de los campamentos es central.

Pero, lo que resulta especialmente revelador, es la capacidad de participar en la organización de guarderías, en donde las mujeres que trabajan dejan a sus hijos más pequeños mientras van a los campos. Estas guarderías, que pagan en parte las empresas y en parte los trabajadores, son atendidas por mujeres de diferentes grupos étnicos, que hablan distintas lenguas indígenas. Su organización supone un esfuerzo de conciliación, tanto para atreverse a dejar a sus hijos (situación que no es común en el caso de las mujeres campesinas), como para solventar las diferencias culturales entre los distintos grupos étnicos.

También, a través de estos comités, las mujeres no solo han logrado negociar con los patrones ciertas mejoras en las condiciones de vida de los campamentos, como la instalación de escuelas y de clínicas de salud, sino que consiguen que las empresas les paguen a ellas directamente su salario y el de sus hijos. Esto les permite una mejor utilización de su salario en el bienestar de la familia, e impide que los hombres lo cobren por ellas y lo gasten en alcohol o en juegos de azar. Puede decirse que, a través de su participación en los comités ciertas mujeres logran un contrapoder que no tienen en sus pueblos.

Los pueblos o comunidades son espacios de poder masculino que se sustenta en la posesión y gestión de la tierra, en la organización de la vida religiosa, política y civil. En ellos, las mujeres tienen pocas posibilidades de intervenir, en la media en que por lo regular están excluidas como agricultoras. Las bases de este poder masculino se debilitan en los campamentos en tanto espacios domésticos de reproducción social. Las condiciones de precariedad y la disputa por los recursos más elementales para la sobrevivencia llevan a interactuar a las mujeres de diferentes etnias y a rebasar sus "diferencias culturales", lo que resulta ser una experiencia interesante, aun si poco generalizada.

Conclusiones

La reestructuración del sector agrícola, en México, ha creado una demanda particular de mano de obra femenina e indígena, alentando la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado y en las migraciones

rurales. Sin embargo, las preguntas que surgen al respecto se interrogan sobre el carácter de las relaciones sociales que sustentan una organización del trabajo que legitima su incorporación en condiciones de desigualdad y precarización.

¿Cómo una organización del trabajo que no recurre directamente a la violencia consigue clasificar a los trabajadores en una estructura fuertemente jerarquizada? La hipótesis que ha sustentado esta contribución es que esa organización se apoya sobre relaciones sociales de dominación. Una dominación sexual y étnica de los trabajadores, que valida no solo el lugar que ocupan en el trabajo sino en la sociedad.

Nuestra pregunta ha sido la siguiente: ¿Cómo las empresas logran, sin recurrir a la violencia física directa, ejercer una dominación en forma de amenazas, engaños, presiones, hostigamiento, pero sobre todo de menosprecio? Situación que, finalmente, logra tener el mismo efecto que la violencia directa. Pero, además, cómo ello desata los peores sentimientos vis a vis del "otro" al interior de los propios trabajadores (de los locales contra los migrantes, de los hombres contra las mujeres, de los miembros de un grupo étnico en contra de otro grupo distinto). A la vez que permite que la violencia más brutal se exprese al interior de las familias.

La experiencia analizada también nos lleva a preguntarnos ¿cómo las mujeres indígenas, que representan el eslabón más frágil de una cadena de dominaciones de clase, de género y étnicas pueden rebasar sus diferencias y constituirse en sujetos colectivos? Es decir, cómo logran romper las barreras que impone la pertenencia a un grupo étnico con la finalidad de resolver un problema cotidiano que las afecta como mujeres, de tal manera que la violencia que cada una de ellas enfrenta en lo individual busca cauces de intermediación colectiva.

Es posible entonces adelantar la hipótesis de que las migraciones crean nuevos escenarios, capaces de restructurar las relaciones de género y étnicas que se dan en las comunidades de origen de los migrantes. No en el sentido de que desaparezcan las asimetrías que caracterizan dichas relaciones, pero de crear nuevos escenarios en donde las mujeres indígenas logran generar espacios de interacción que les dan las armas para un contrapoder, que no tienen en sus pueblos de origen.

Bibliografía

Ariza, M. y De Oliveira, O. (2000). *Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres*. México: Mecanoscrito.

C. de Grammont, H. (2001). El campo mexicano a fines del siglo XXI. *Revista Mexicana de Sociología, 4*, pp. 81-108.

Cook, R. (2000). Tendencias internacionales en el sector de frutas y hortalizas, pp. 1-29. En R. Schwentesius y M. Á. Gómez-Cruz (Coords.), *Internacionalización de la horticultura*. México: CIESTAAM; Mundi Prensa.

Corona, R. (2000). Medición de la migración interestatal. *Demos, 13*, pp. 7-10.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*. México: IIE-UNAM; UAM-I.

De la Garza, E.; Lara, S. y Torres, J. L. (2001). Flexibilidad y trabajo femenino en la industria manufacturera de México. *Revista Mexicana de Sociología, 63*(2), 113-136.

Deere, C. D. y León, M. (2002). *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. México: PUEG; FLACSO.

Dejours, C. (1999). Violence et travail. *Travailler, 3*, pp. 7-10.

Doumit El Khoury, A. (1996). Les femmes chefs de famille: état de la recherche et réflexions méthodologiques, pp. 14-47. En J. Bisilliat (Dir.), *Femmes du Sud, chefs de famille*. París: Karthala.

Goldberg-Salinas, A. (1996). Femmes et rapports sociaux de sexe dans les travaux sur les migrations en France. *Les Cahiers du Mage, 3*, pp. 77-86.

Golub, A.; Morokvasic, M. y Quiminal, C. (1997). Evolution de la production des connaissances sur les femmes immigrés en France et en Europe. *Migrations & Société, 9*(52), 19-35.

Heinen, J. (2001). Introduction. *Cahiers du Genre, 30*, pp. 5-26.

Hirata, H. (1990). Nouvelles technologies, qualification et división sexuelle du travail: une perspective comparative. Ponencia presentada en el *XII Congreso Mundial de Sociología*, Madrid, España.

Hirata, H. (1992). *Autour du modèle japonais.* París: L'Harmattan.

Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI). (1999). *Encuesta Nacional de Empleo 1999*. México: INEGI.

Kergoat, D. (1982). *Les ouvrières*. París: Le Sycomore.

Kergoat, D. (1984). Plaidoyer pour une sociologie des rapport sociaux: de l'analyse critique des catégories dominantes à la mise en place d'une nouvelle conceptualisation, pp. 207-220. En M. A. Barrère-Maurisson *et al.*, *Le sexe du travail: structures familiales et système productif*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.

Kergoat, D. (1990). Qualification et rapport sociaux de sexe : le cas de ouvrières et celui des infirmières. Ponencia presentada en el *XII Congreso Mundial de Sociología*, Madrid, España.

Kergoat, D. (1998). La division du travail entre les sexes, pp. 165-180. En D. Kergoat, J. Kergoat, J. Boutet, H. Jacot y D. Linhart (Dirs.), *Le monde du travail*. París: L'Harmattan.

Kergoat, D. (2001). Le syllogisme de la constitution du sujet sexué féminin: le cas des ouvrières spécialisés. *Travailler, 6*, pp. 105-114.

Lara, S. (1993). Le conditionnement des produit maraîcher dans l'état de Sinaloa: ou comment une solidarité se façonne a travers solidarités et conflits. *Cahiers du GEDISST, 7*, pp. 97-109.

Lara, S. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Pook, C. (2001). Vulnerabilidad laboral y vulnerabilidad metodológica: desafíos del nuevo escenario, pp. 271-289. En X. Días y E. Hola (Eds.), *Trabajo, flexibilidad y género: tensiones de un proceso*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer.

Rogerat, C. (1996). Introduction : problématiques de l'immigration. *Les Cahiers du Mage : Marché du Travail et Genre, 3*, pp. 74-76.

Secretaría de Comercio y Fomento Industrial (SECOFI). (1999). *Directorio de empresas agroexportadoras*. México: Documento inédito.

Taguieff, P. A. (1987). *La force du préjugé: essai sur le racisme et ses doubles*. París: Galimard; Éditions la Découverte.

La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad "salvaje"*

El campo latinoamericano está involucrado actualmente en un proceso de reconversión productiva que afecta a todos los sectores de la economía configurando nuevas relaciones de producción que amplían la participación femenina, sobre todo en el trabajo asalariado.

En este trabajo nos interesa analizar cómo el proceso de reconversión productiva de la agricultura latinoamericana, producto del reordenamiento del sistema agroalimentario mundial y de la nueva división internacional del trabajo, se acompaña de una feminización del asalariado rural que interviene en la producción y el procesamiento de los cultivos de exportación "no tradicionales", como son los de las flores, las frutas y las hortalizas.

Sostenemos como hipótesis que, en la década actual, esta feminización se vincula estrechamente con un nuevo modelo productivo orientado hacia el exterior, el cual hace descansar las ventajas comparativas del sector agroexportador latinoamericano en el clima, los recursos naturales y la existencia de una mano de obra no solo barata sino sumamente flexible gracias a la cual puede suplir la falta de tecnología y los problemas de acceso a un mercado dominado por las empresas transnacionales.

---

* Extraído de Lara, S. (1995). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad "salvaje", pp.13-34. En S. M. Lara (Coord.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: El rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNRISD-ONU; Nueva Sociedad. [ISBN 980-317-088-0].

El reordenamiento del sistema agrícola mundial y la nueva división internacional del trabajo

Desde el período de la posguerra, y hasta entrada la década de los sesenta, la producción agropecuaria de varios países latinoamericanos se orientó a apoyar el proceso de industrialización sustitutiva, aportando materias primas y alimentos para una población urbana en constante expansión.

Varios estudios (véase Bartra, 1977; Gutelman, 1974; Hewitt, 1978) han ilustrado el papel que jugó la agricultura mexicana durante más de 30 años como proveedora de alimentos baratos para una población urbana en constante expansión, de materias primas para la industria de transformación, y como generadora de divisas a través de las exportaciones agrícolas tradicionales que permitieron mantener una balanza comercial con saldos favorables.

En Chile, por su parte, de 1929 hasta comienzos de la década de los sesenta, se aplicó un modelo de crecimiento "hacia adentro" que impulsaba una serie de políticas de precios, subsidios, comercio exterior, transporte y otros, que crearon las condiciones para llevar adelante un proceso de concentración urbana y de industrialización (Gómez y Echeñique, 1988; Valdés, 1993).

A nivel internacional, Blanca Rubio (1995) analiza cómo la agricultura latinoamericana cumplió también la función de proveedora de materias primas para el sector manufacturero. Los países dependientes se orientaban a la exportación de productos "tropicales", entre los que destacaba como cultivo de vanguardia el algodón, mientras los países desarrollados aportaban al mercado bienes de clima templado.

Bajo este modelo de desarrollo, la producción agrícola tuvo un carácter masivo. Primero, porque se destinaba básicamente al consumo de amplios sectores de la población. Segundo, porque el desarrollo industrial exigía grandes volúmenes de productos susceptibles de transformarse a bajos precios. Pero, sobre todo, porque esta vocación del sector agrícola suponía una producción en constante expansión.

Las reformas agrarias de varios países latinoamericanos, y el desarrollo de métodos y tecnologías tendientes a elevar la productividad,

como la "revolución verde" (Hewitt, 1978; Paré, 1975), permitieron apoyar este proceso.[1] Gracias a ello pudo satisfacerse la demanda efectiva de alimentos a bajos precios, con un mínimo de importaciones de productos agrícolas y mantener bajos los salarios.[2]

El carácter masivo de esta producción se tradujo en una importante concentración de recursos que marginó a los pequeños campesinos en una agricultura de tipo doméstico y de auto-subsistencia. Mientras tanto, las grandes propiedades privadas, contando con el apoyo de los Estados, pudieron acaparar recursos (tierras de mejor calidad, agua, créditos, subsidios, etc.) y reorientar su producción hacia los cultivos comerciales de mayor demanda y altos rendimientos, lo que generó una importante polarización social y económica en la mayor parte de los países de la región (Bengoa, 1979; CEPAL, 1986; Hewitt, 1978).

Pese a que las desigualdades económicas y sociales se aceleraron en el medio rural, bajo este modelo de crecimiento el proceso de industrialización permitió conformar una clase trabajadora urbana con un nuevo estilo de consumo que amplió el mercado interno. La expansión, por toda América Latina y otros países del Tercer Mundo, de las empresas transnacionales dedicadas al procesamiento de alimentos contribuyó, aún más, a desarrollar este tipo de agricultura.

Durante la década de los setenta, estas empresas extendieron sus filiales allí donde existían importantes mercados potenciales, recursos abundantes y políticas favorables para el capital extranjero. La disponibilidad de tierras, de mano de obra y de materias primas baratas convirtió a América Latina en un espacio privilegiado para el capital transnacional, sobre todo para el procesamiento de alimentos de alto

1. En México, los rendimientos de maíz prácticamente se duplicaron entre 1940 y 1970, pasando de un promedio de 565 kg/ha a 1.194 kg/ha, y los de trigo casi se triplicaron, pasando de 772 kg/ha a 2.817 kg/ha Al mismo tiempo, entre 1940 y 1950, el incremento en el uso de maquinaria (tractores, combinadas, cosechadoras, etc.) fue espectacular. Según Cynthia Hewitt (1978), el valor de la maquinaria agrícola poseída por los grandes agricultores se quintuplicó durante este período, se duplicó en los ejidos y aumentó dos veces y media en las pequeñas explotaciones privadas. En la década siguiente este crecimiento fue menos espectacular, pero se mantuvo a una tasa promedio anual de 8,5%. De la misma manera, el uso de fertilizantes creció, tan solo en diez años (1950-1960), catorce veces.

2. En 1945 las importaciones de productos agrícolas ascendían al 13,9% de todas las importaciones, en 1950 estas se habían reducido al 8,8%, y al 3,7% en 1955, lo que permitió orientar las divisas a la compra de maquinaria y tecnología en el extranjero (Hewitt, 1978; p. 101).

valor agregado como frutas y hortalizas, productos cárnicos y lácteos, forrajes, jugos y bebidas, entre otros. En tanto que fue desplazándose la producción de cultivos básicos, especialmente de cereales y de otros productos de consumo popular, proceso que se acompañó de un cambio en el patrón alimentario que se hizo extensivo a las clases populares.[3]

Es importante resaltar el carácter masivo de la producción de este período, y la tendencia a su homogeneización, en gran parte como resultado de las exigencias de las empresas procesadoras para contar con un abastecimiento regular de productos estandarizados, y también como producto de la implantación de paquetes tecnológicos difundidos por las grandes corporaciones transnacionales a través de la "revolución verde". Además, las agroindustrias y las empresas agroexportadoras incorporaron toda una serie de métodos taylorizados y fordistas para la transformación y acondicionamiento de productos agrícolas, a través del uso de cadenas, bandas y transportadores en las plantas procesadoras y en los empaques de productos frescos. A la vez que establecieron sistemas de trabajo de tipo industrial muy diversos, según la magnitud de las empresas.

No obstante, en la década de los ochenta, varios fenómenos que se suscitan a nivel mundial provocaron un cambio en las tendencias de la producción. La entrada de la CEE al mercado mundial como potencia agroexportadora, la caída de los precios del petróleo y el endeudamiento de gran parte de los países del Tercer Mundo, así como una serie de políticas proteccionistas en los países europeos, restringieron las exportaciones mundiales y generaron una enorme cantidad de excedentes agrícolas, situación que condujo al derrumbe de los precios y a la recesión de una parte importante de los mercados.

Entre otros elementos que propiciaron esta situación en el mercado internacional, cabe destacar las dificultades que comenzaron a enfrentar los llamados cultivos tradicionales de exportación, como el algodón,

3. Se trata de la sustitución de una alimentación tradicional por productos enlatados, cereales precocidos, platillos congelados, confitería, bizcochos, jugos, néctares, y otros alimentos tipo "chatarra" (papas fritas, tostadas, etc.) que se publicitan ampliamente bajo diversas marcas (Arroyo, 1979). En México, por ejemplo, se desarrolla ampliamente el consumo de bebidas gaseosas que se integra a la dieta de la población de bajos ingresos, consumiéndose aproximadamente cinco botellas semanales por habitante (Burbach y Flynn, 1979).

el henequén y el azúcar, al ser sustituidos por productos sintéticos. En el caso del café, el tabaco y el cacao, la entrada al mercado mundial de los países africanos que inundaron el mercado, y la reducción en la demanda, debida a la crisis, dificultó su comercialización (Rubio, 1995). De esta manera, la inserción de los países latinoamericanos al mercado mundial, a través de los productos tropicales que constituían materias primas para el sector industrial de los países desarrollados, pierde importancia.

Según Blanca Rubio (1995), a partir de ese momento la producción agrícola dejó de cumplir un papel básicamente nacional y entró a la lógica de la internacionalización bajo una nueva división del trabajo. En ella, los países desarrollados mantienen la preponderancia mundial del mercado cerealero[4] y con ello la hegemonía política, mientras los países latinoamericanos se convierten en importadores netos de granos, base del consumo popular, y se insertan en el mercado internacional como proveedores de una serie de productos suntuarios.

Esta producción, lejos de orientarse a cubrir necesidades alimentarias de la población, busca dinamizar los mercados estimulando un consumo banal que sigue los caprichos de las modas,[5] y se destina básicamente a cubrir la demanda de una población reducida compuesta principalmente por las clases medias y altas de los países ricos.[6] Es el caso de la producción en Chile de nectarines, manzanas, ciruelas, kiwis y uvas de mesa (Gómez y Echenique, 1988; Rodríguez y Venegas, 1989; Valdés, 1988); de la producción de flores de corte, plantas y follaje en Colombia, Costa Rica, Ecuador y, recientemente, en México (Lara y Becerril, 1995; Bolaños y Rodríguez, 1988, Waters y Salamea, 1994); o de la producción de una gran variedad de hortalizas en México, Costa Rica, Guatemala y Argentina (Barrón, 1990,1993; Benencia, 1993; Lara, 1992b).

4. Tan solo Estados Unidos, Canadá, Francia y Alemania exportan el 70% del trigo en 1990; Estados Unidos y Francia producen el 79% de las exportaciones mundiales de maíz (Rubio, 1995).

5. En el caso de las flores, se trata de modas en las que intervienen incluso los grandes estilistas europeos (Ives Saint-Laurent, Christian Dior, etc.), dictando los colores y las variedades. Mientras que en las hortalizas han surgido modas que propician el consumo de productos naturales, supuestamente más dietéticos y sanos, o de ciertas comidas que resultan "exóticas", como la comida china, la japonesa y la mexicana. En algunos casos, se trata de ciertas hortalizas, como el tomate *cherry* o el perejil chino, que sirven simplemente para adornar los platillos.

6. Tan solo Alemania, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón y Canadá concentran el 54% de las importaciones mundiales de hortalizas.

El desarrollo de las exportaciones agrícolas no tradicionales y la feminización del asalariado rural

La participación de las mujeres como asalariadas en la producción y procesamiento de hortalizas, flores y frutas no es reciente, y varios estudios dan cuenta de ello para diferentes países latinoamericanos (ver Lara, 1990). Aunque esta participación incluye el trabajo de las mujeres en las actividades de campo, especialmente en la cosecha de productos, es en los empaques de productos frescos y en las agroindustrias en donde parece haberse concentrado su intervención.

Cuando el sector agroexportador crece y las transnacionales dedicadas al procesamiento de alimentos se extienden en América Latina, se desarrolla un esquema de organización del trabajo basado en una división sexual de tareas, que sirve de base para la introducción de los nuevos sistemas de empaque y transformación. La construcción de verdaderas fábricas de acondicionamiento de hortalizas en Sinaloa (Lara, 1993), de empresas empacadoras y congeladoras de fresa en Michoacán (Arizpe y Aranda, 1981), la instalación de modernos *packings* de fruta en la Comuna de Santa María, en Chile (Aranda, 1982; Rodríguez y Venegas, 1989; Valdés, 1988), y de flores en la Sabana de Bogotá, Colombia (Medrano, 1982; Silva, 1982), se acompañan de una importante incorporación de mano de obra femenina.

Dentro de estos espacios se introducen una serie de máquinas, cuya finalidad es darle acabado y presentación a las frutas, las flores y las verduras que se exportan en fresco o se transforman. Así, aparecen las cribadoras y las calibradoras para seleccionar los productos por tamaño; las rellenadoras y desinfectadoras para garantizar su higiene; las enceradoras, selladoras y etiquetadoras que dan el acabado final; todas ellas conectadas entre sí por medio de bandas y transportadores, que en los empaques más modernos son accionados por medio de computadoras. En las agroindustrias se instalan también máquinas de lavado, rellenado de latas, enfriadoras, pasteurizadoras, selladoras, etiquetadoras y otras.

El trabajo de las mujeres, en la mayoría de los casos, consiste en tareas parcializadas y repetitivas como lo es la alimentación manual de estas máquinas; en tanto que la mano de obra masculina es la responsable

de ponerlas en operación, de realizar el mantenimiento y la supervisión de estas. Por otra parte, dado que se trata de productos cuyo resultado depende en gran parte de la naturaleza, el trabajo de las mujeres es el que asegura la calidad del acabado y la presentación. Son ellas las que, con sus ojos y sus manos, van a suplir todas aquellas dificultades de las máquinas para seleccionar los productos, observar pequeñas imperfecciones en ellos, distinguir con precisión grado de maduración, color y tamaño de las frutas y las verduras, o punto de apertura en los botones de las flores, según lo demanda el mercado.[7] Así mismo, ellas van a limpiar, pelar y picar manualmente las verduras y las frutas que se enlatan, aún en las plantas procesadoras más modernas.

A principios de la década de los ochenta, aparecieron en América Latina varios estudios que destacaban el proceso de feminización del asalariado rural, analizando las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres que participan como asalariadas en este sector (ver Arizpe y Aranda, 1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Medrano, 1982; Roldán, 1981; Rooner, 1981; Silva, 1982). Más tarde, Carmen Diana Deere y Magdalena León (1986) realizaron una síntesis de lo que significó en esa década la incorporación de las mujeres como asalariadas. Según señalan, en todos los casos que reseñan se encontró que las mujeres ocupaban los puestos más inestables, con empleo temporal, pagadas por tarea o "a destajo", situación por la cual las mujeres necesitan intensificar sus esfuerzos para alcanzar las mismas metas que los hombres. Concluyen que la integración de las mujeres al trabajo en este sector no había significado un cambio radical en sus condiciones de vida ni en su posición social.

A pesar de ello, o justamente porque las mujeres ofrecían, desde entonces, ventajas para las empresas, se desarrolló ampliamente en esa década y hasta la fecha su participación en el sector agroexportador y agroindustrial de varios países latinoamericanos.

En Chile, la producción de fruta se inicia en la década de los sesenta, impulsada por el Plan Frutícola de CORFO. La superficie plantada

7. En el caso del tomate, por ejemplo, es necesario distinguir varios tamaños, siendo muy severas las determinaciones de las medidas que debe tener el tomate que se destina a exportación (calidad US1). A la vez, en el mercado se pueden solicitar tres tipos de colores que marcan el grado de madurez del producto: verde, rayado y rojo. Normalmente se exporta el verde o rayado. En cuanto a las flores, especialmente en las rosas, existe también una exigencia en el punto de apertura del botón (A, doble AA y otras).

aumenta de 66.000 ha en 1974 a 178.000 ha en 1992, generando un incremento de la producción de 500.000 t. a 2,3 millones de toneladas en el mismo período, en tanto que las exportaciones pasan de 60.000 a 1,2 millones de toneladas (Jarvis *et al.*, 1993). No obstante, es en la década de los ochenta cuando registra un crecimiento súbito y acelerado, sobre todo en los valles nortinos.[8] De esta manera, Chile se coloca como líder mundial en la exportación de fruta fresca, participando con el 14% de las exportaciones mundiales y, aproximadamente, con la mitad de la producción generada en el hemisferio sur (*Ibídem*.).

Según Sylvia Venegas (1992), el total de trabajadores y trabajadoras que participan actualmente en la fruticultura chilena asciende casi a 300.000 personas, que representan más de un tercio de la fuerza de trabajo agropecuaria del país y un 60% de los asalariados del sector. La mayoría de estos trabajadores son temporeros (84% del total en el período de máxima demanda), entre los cuales las mujeres representan alrededor del 52%, cifra que asciende a 125.000 trabajadoras. Ellas laboran principalmente en los *packings*.

En el mismo rubro de la fruticultura, la expansión que se ha dado en Argentina y en Uruguay ha sido muy significativa. En Argentina, en el Alto Valle del Río Negro y Neuquén, lugar donde se concentra la producción de peras y manzanas, durante la década de los ochenta la producción osciló de 800.000 a 1.000.000 de t. de manzanas, lo que significa un crecimiento anual de 0,64%, y la de peras pasó de 130.000 a 250.000 en el mismo período, con una tasa anual de 5,51 %. Una parte importante de esta producción se orienta a la exportación en fresco hacia Europa y Brasil, o a la elaboración de jugos concentrados que se exportan hacia Estados Unidos (Bendini *et al.*, 1994). En Uruguay destaca la producción de uva, duraznos, peras, ciruelas y membrillos, que se concentra en la región de Canelones y Montevideo. Esta producción también se ha ido incrementando notablemente en la última década (Chiappe y Piñeiro, 1994).

En cuanto al empleo, el estudio de Bendini y otras autoras (1994) señala que el circuito frutícola argentino involucra actualmente a 30.000 trabajadores directos, de los cuales aproximadamente 11.000 son mujeres.

8. En Copiapó alcanza tasas de crecimiento del 22% anual, en los valles de Elquí y del Limarí las tasas fueron del 17% y del 19%, respectivamente (Venegas, 1992).

Por su parte, la frutivinicultura uruguaya, que muestra una alta intensidad en la utilización de mano de obra, concentró en 1980 el 11% de los trabajadores rurales del país, y la horticultura al 15%. Las mujeres participan en las tareas de raleo, cosecha, clasificación, empapelado y encajonado de fruta (Chiappe y Piñeiro, 1994).

En el caso de la producción de flores, indudablemente destaca Colombia como el segundo país exportador a nivel mundial, después de Holanda. Este país inicia la producción de flores en 1969 con pequeñas superficies dentro de la Sabana de Bogotá y en 1980 ya había plantadas 800 ha de invernadero; para 1990 estas ascendían a 3.200, en tanto que las exportaciones de flores habían pasado de 11.535 t. en 1975 a 92.722 t. en 1990. Se calcula que en 1990 este sector había dado empleo a no menos de 85.000 personas, de las cuales 70% eran mujeres (Arango, 1985).

En el caso de México, el *boom* de la floricultura se da en los ochenta, pasando de 205 ha de invernadero a 400 ha, que se cultivan actualmente. El estado de México es el lugar donde se concentra el 75% de la superficie total cultivada bajo invernadero. A pesar de que se trata de un sector aún pequeño, cabe destacar su dinamismo ya que el 95% de esta producción se destina a la exportación, principalmente hacia Estados Unidos. Además, se calcula que en estas 400 ha se había dado empleo, durante todo el año, a más de 7.000 personas, de las cuales entre el 70% y el 80% son mujeres. Ellas participan tanto en la producción, dentro de los invernaderos, como en el empaque y clasificación de flores (Lara, 1994; Lara y Becerril, 1995). También en Ecuador la producción de flores ha crecido notablemente en la última década, junto con otros cultivos no tradicionales como verduras y frutas frescas, cuyas exportaciones se duplicaron entre 1986 y 1989, y aumentaron más de cuatro veces entre 1985 y 1990, lo que ha incrementado el empleo femenino (Waters y Salamea, 1994).

En cuanto a las hortalizas, las exportaciones en México ascendieron en 1970 a 14,3 millones de dólares, aumentaron a 166 millones en 1980, y en 1990 llegaban a 460,6 millones de dólares (Rubio, 1995). Tan solo en el caso del tomate fresco, estos valores fueron de 35, 166 y 428 mmd en los mismos períodos (Piñones y López, 1994). El empleo generado en este sector también ha ido en ascenso. Según datos de la Unión Nacional de Productores de Hortalizas, mientras en 1982 se calculaba que la

horticultura había creado 350.000 empleos, en 1990 se había empleado un total de 1.200.000 trabajadores, de los cuales 950.000 se ubicaron en las actividades directas de predio y empaque, y 250.000 en actividades indirectas de transporte y comercialización (UNPH, 1982; CNPH, 1990).

Sabemos, por estimaciones hechas por el Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas (PRONSAJ, 1989 y 1991) y por otras investigaciones de campo en regiones productoras de frutas y hortalizas (Barrón, 1990; Suárez, 1993; Lara, 1992), que existe una importante participación femenina en la cosecha de estos productos, pero en la selección, empaque y acondicionamiento las mujeres representan, aproximadamente, el 90% de la mano de obra contratada.

Mientras el rubro de las exportaciones de productos no tradicionales se ha ido incrementando en varios países latinoamericanos, los productos de exportación tradicionales y los cereales o granos han perdido dinamismo. De acuerdo con datos analizados por Blanca Rubio (1995), el valor de las exportaciones del sector de frutas y legumbres en América Latina, que en 1970 representó el 10,19% del total de las exportaciones agrícolas de la región, ascendió al 22,97% en 1990, en tanto que en ese mismo período la producción de café, cacao, té y especias pasó del 29,84% al 17,08%, la de caucho natural de 0,13% a 0,06% y las fibras textiles de 8,94% a 3,80%.[9] En lo que se refiere a la producción de cereales, la tasa de crecimiento anual de las exportaciones, que en 1970 era de 10,75% descendió a -2,32% en 1991.

El impacto que ha tenido este cambio en el patrón de cultivos sobre trabajo amerita un análisis particular para cada país, pero el descenso de las exportaciones de cereales y de productos de exportación tradicionales han limitado el empleo en ese sector. Mientras que el desarrollo de la producción de frutas, hortalizas y flores ha generado una demanda importante de fuerza de trabajo, y una creciente participación de mano

9. En México, el algodón, que tuvo una importancia fundamental para el desarrollo del país, en particular como medio de obtención de divisas, declina estrepitosamente. Mientras que entre 1955-1968 se sembraron en promedio 824.000 ha y se tuvo una producción anual de 2,3 millones de pacas (5,1% de la producción mundial), en el ciclo productivo 1992-1993 la producción ascendió a 133.000 pacas y se sembraron solamente 43.000 ha (Echanove, 1994). Salamea y Waters analizan el comportamiento de la producción de banano en Ecuador, dentro de este mismo libro. [N. de la E. Se refiere a la primera edición. Ver la referencia editorial al comienzo del capítulo].

de obra femenina que interviene principalmente en el empaque y acondicionamiento de esos productos. En este sentido es que hablamos de una "feminización" del asalariado rural en la región.

Reestructuración productiva y competencia desleal

A pesar de que se extiende a gran velocidad por toda Latinoamérica la producción de cultivos de exportación no tradicionales, amparada en un esquema de ventajas comparativas, su inserción en el mercado mundial no es evidente. Los productores latinoamericanos se enfrentan actualmente a un clima de fuerte competencia, y es que, a diferencia de otras décadas, actualmente los países desarrollados se convierten en sus principales competidores en el mercado de productos no tradicionales.[10]

Este problema tiene que ver, de un lado, con el surgimiento de bloques comerciales y la instauración, en su interior, de mecanismos proteccionistas.[11] De otro lado, se relaciona con las nuevas estrategias de las empresas agrícolas transnacionales, que han reorientado sus inversiones hacia los países desarrollados en donde encuentran una población con mayor capacidad de compra, y hacia los sectores productivos con mayor valor agregado.[12] De esta manera, se han introducido a las ramas agrícolas de cultivos no tradicionales, aunque no abandonan la producción masiva, especialmente de cereales y productos cárnicos (Green, 1989).

---

10. De acuerdo con datos de Blanca Rubio (1995, p. 33), en 1990 "Estados Unidos era el primer exportador de frutas frescas a nivel mundial, el segundo de carne y el quinto de tomate. Francia era el tercero de carne y el primero de manzanas. Alemania era el cuarto de carne, el tercero de frutas en conserva, el cuarto de papas y el séptimo en conservas y legumbres. Holanda era el primero de legumbres, flores, papas y tomates. España el segundo de frutas frescas y legumbres, por mencionar los más importantes".

11. En el caso de la fruta proveniente del hemisferio sur, que se dirige a Europa, la CEE ha establecido cuotas y aranceles que le permiten regular su entrada (Jarvis *et al.*, 1993), mientras que en el caso de las flores mexicanas el TLC fijó un arancel para las rosas mexicanas, que es la variedad que más se exporta hacia ese país y que solo se desgravará en 15 años.

12. Varias empresas instaladas en el Tercer Mundo se reubican en los países desarrollados en donde las ventas se incrementaron (particularmente en Estados Unidos aumentaron en 249%), mientras que decrecieron en los países no desarrollados, especialmente en África y en América Latina. Por ejemplo, Unilever, que tenía el 20% de su facturación en África y el 12% en Estados Unidos, entre los años cincuenta y sesenta, para los ochenta reduce a 8% en África y se incrementa a 18% en Estados Unidos (Green, 1989).

Otro elemento que interviene en esta situación es que las empresas transnacionales han desarrollado un interés particular en la comercialización de productos selectos,[13] más que en su elaboración, apoyándose en grandes campañas publicitarias (Green, 1989). Así, controlan la producción agrícola mundial, sin necesidad de invertir directamente en ella. En este sentido, la competencia de los países latinoamericanos no solo consiste en una lucha por las mismas plazas comerciales, sino por ingresar a esos mercados controlados por las compañías comercializadoras.

Las estrategias de los productores latinoamericanos para volverse competitivos han sido muy variadas, y es aquí donde resalta la cuestión de que el proceso de globalización no tiene un impacto homogéneo en todos lados. Bien al contrario, genera una diversificación que resulta de las distintas respuestas que dan los actores sociales a esta situación, basándose en recursos locales. Así, los productores parten de sus condiciones ecológicas, demográficas, económicas, políticas y culturales, y desde allí elaboran estas estrategias. En tanto que las empresas transnacionales tienen que luchar en cada espacio para dominar sus esferas de influencia y de inversión (Long, 1994).

La reestructuración productiva del sector agrícola latinoamericano ha seguido caminos propios que tienen que ver con una historia particular y con situaciones concretas, si bien se detectan elementos en común. Entre estos, la orientación de la producción hacia los cultivos de exportación no tradicionales, aunque eso no implica el abandono de productos tradicionales;[14] la diversificación de cultivos; la concentración de la producción en las grandes empresas, aún si se mantienen las medianas y pequeñas explotaciones; la incorporación de nuevas tecnologías y la reorganización de los procesos de trabajo.

Ante el riesgo constante de saturar los mercados y provocar el derrumbe de los precios, las empresas tratan de no inundar los mercados

13. Luis Llambí (1993, p. 8) plantea que: "el abordaje típico es establecer, en un primer momento, solo relaciones mercantiles mediante el empleo de intermediarios o corredores (*brokers*) locales. Más tarde, y gradualmente, buscan asociarse con empresas locales a través de formas altamente flexibles de financiamiento como el otorgamiento de licencias, los contratos de suministro de largo plazo, o los acuerdos de tipo *joint venture*".

14. Waters y Salamea (1994) señalan la importancia que sigue teniendo en Ecuador la producción de banano, que si bien se ha reducido en superficie ha incrementado sus rendimientos al 100% en la última década.

con un mismo tipo de productos. Buscan diversificar su producción y orientarla a cubrir demandas específicas. De este modo, intentan acceder a nichos de mercado que se crean sobre todo para complementar la producción de los países ricos, complementariedad que a veces se limita a la temporada invernal, cuando la producción local de los países desarrollados es insuficiente.

En México se detectan, actualmente, al menos 90 variedades de hortalizas que se producen en el noroeste del país[15] para exportarse principalmente en invierno a Estados Unidos. En la floricultura se ha desarrollado una amplia gama de variedades de rosa, así como otras nuevas especies como *gypsophilia, statis, gerbera, limonium, liatris,* etc., que complementan la producción norteamericana de esas mismas especies en temporada alta (Lara y Becerril, 1995). En Chile, según Sylvia Venegas (1992), la diversificación de la fruticultura se nota principalmente en los valles de Maipó, Cachapoal y Teno-Lontué, en donde desde los años ochenta se muestra una tendencia a producir otros frutales además de la uva de mesa que se mantiene como producto principal en el país, especialmente en los valles nortinos.

Una característica dominante del sector, en la situación actual, es la tendencia a la concentración en unas cuantas empresas. En Uruguay, Chiappe y Piñeiro (1994) señalan que en 1961 había más de 6.000 establecimientos que producían manzana deliciosa, mientras que en 1980 eran 3.455 los productores de todas las variedades de manzana. En Argentina, Bendini *et al.* (1994) encuentran hoy en día que solo el 2,8% del total de las empresas son las que comercializan el 24% de la producción de manzanas frescas. En tanto que, en México, la floricultura de exportación se encuentra a la fecha en manos de unas 50 empresas de las cuales solo 17 tienen perspectivas de crecer, la mayoría de ellas porque están integradas a un consorcio en donde operan de manera coordinada (Lara y Becerril, 1995).

15. Algunos de estos productos –como, por ejemplo, *kailán, bok shoi, yan shoi* y otros– ni siquiera aparecen en las estadísticas, porque su cultivo es muy reciente y se producen como pequeños lotes (Caraveo, 1991). En el estado de México se han diversificado enormemente las variedades de rosa, produciéndose al menos ocho, y otras 12 nuevas especies algunas de las cuales se envían directamente a Japón (Lara y Becerril, 1995).

En algunos casos encontramos que esta concentración de capitales se asocia a una concentración de la tierra. En Chile, por ejemplo, Venegas (1992) plantea que en la década de los ochenta el 48% de las empresas había comprado más tierras; este porcentaje se eleva al 78% después de 1980; las superficies que compraron en promedio superan las 100 ha. Sin embargo, también se detectan otras formas de operación más flexibles de las empresas, que no implican la compra de tierras. En México, por ejemplo, hay compañías comercializadoras y transnacionales que controlan la producción de exportación a través de formas de subcontratación o "agromaquila" (Caraveo, 1991). Esta modalidad permite aprovechar las ventajas comparativas del país y bajar los costos, descentralizando ciertas partes de los procesos de trabajo.[16] Mediante estas modalidades de inversión, las compañías agroalimentarias aportan la tecnología, y a veces el capital, pero sobre todo se encargan de la comercialización, mientras que los productores nacionales toman a su cuenta la producción, la selección y el empaque. Otra estrategia ha sido la integración de las distintas fases productivas por parte de las empresas más grandes, en particular las que se refieren al empaque y acondicionamiento. Pero, sobre todo, se busca actualmente acceder de manera directa al mercado, lo que muy pocos consiguen.

Las empresas florícolas colombianas que logran controlar las exportaciones a Estados Unidos son aquellas que cuentan con una terminal floral refrigerada de 5.000 m^2 en el aeropuerto de Bogotá, una flotilla de aviones privados y un gran almacén en Miami en donde reciben los embarques (Lara, 1994).

En Chile, tan solo seis empresas controlaban en 1986 el 52% del monto total de cajas de fruta exportada, y de ellas tres son compañías transnacionales dedicadas a la comercialización mundial de frutas y hortalizas.[17]

16. Según Gómez y Caraveo (1991), en 1986 existían en México 14 establecimientos de maquila de exportación, participando en los rubros de selección, preparación, empaque y enlatados. Entre ellas, se encuentran las siguientes transnacionales: Sanbonmatsu, El Centro Vessey y Cía., Sanborn Inc., Castle and Cook Inc., Agree Sales, Produce Specialists, Guimarra, Peter Aguirre, Bud de California, Driscoll Strawberry Associates Inc., Tanimura and Antle, Oshita Marketing Inc. En el estado de Sonora, en esta misma fecha, operaban tres compañías: Hitachi, Pepsico y Mitsubishi.

17. Aunque existen empresas nacionales muy fuertes como David del Curto, grupo tradicional que desde 1955 se dedica a la comercialización de estos productos, desde la década de los ochenta se han expandido las transnacionales dedicadas a este rubro, como es la Standard Trading S.A. formada en Chile en 1981,

La reconversión productiva indudablemente ha comprendido también una serie de cambios tecnológicos introducidos en distintos niveles. Por ejemplo, el uso de la biotecnología y la biogenética para adaptar las variedades al clima local, así como para apurar o retardar el crecimiento de las plantas y ajustarlas a la demanda; el desarrollo de nuevas técnicas de producción bajo invernadero o túnel y otras formas de "plasticultura" para el caso de las flores y las hortalizas, que usan sistemas mecánicos o computarizados para climatizar estos espacios; el uso de máquinas atomizadoras para la aplicación de insumos, así como la introducción de modernos sistemas de riego; además, una serie de innovaciones en el proceso de empacado y de conservación, con sistemas más flexibles que permiten un empaque rápido y reduce los riesgos en las fases poscosecha.

El problema principal de estas innovaciones es que muy pocos pueden adquirirlas, además de que coloca a los países no desarrollados en una dependencia tecnológica enorme con respecto a los países desarrollados que las producen. Esta dependencia se inicia con la adquisición de semillas y material reproductivo,[18] continúa con la mayor parte de los insumos, hasta llegar a los sistemas de publicitación de los productos y a los métodos de comercialización, a los cuales hoy en día se accede a través de redes electrónicas que permiten conectarse inmediatamente con todas las plazas en donde se genera una demanda. De esta manera, a pesar de la reconversión del sector agrícola, la competencia por parte de los propios países desarrollados, la vulnerabilidad de los mercados, la rapidez con la que se vuelven obsoletos los productos, las grandes fluctuaciones de precios, la dependencia tecnológica y el monopolio de la comercialización que mantienen las grandes empresas, colocan a los países latinoamericanos en

filial de la Castle and Cook, Inc., empresa norteamericana que opera en 52 países y es la más grande del mundo dedicada a la producción y comercialización de frutas y hortalizas. También opera la United Trading Co., creada en 1983, vinculada al mercado de fruta en el Medio Oriente, Estados Unidos y Europa, y la Unifrutti Traders Ltda., constituida en 1983, dueña de una amplia flota naviera que cubre los países árabes y cuenta con una vasta red distribuidora en Estados Unidos (Gómez y Echenique, 1988).

18. En el caso de la producción de flores de corte para exportación, las inversiones en material reproductivo (bulbos y esquejes), son muy elevadas ya que las variedades más cotizadas a nivel internacional se producen en Holanda, Francia, Gran Bretaña y Japón. Los países productores necesariamente tienen que importar dicha materia, cuya patente la mantienen las empresas productoras, algunas de ellas vinculadas a grandes transnacionales dedicadas a distintas actividades productivas y a la comercialización de flores.

una permanente situación de desventaja. Por eso, las llamadas ventajas comparativas han tenido que descansar sobre las bondades del clima, el uso intensivo y depredador de los recursos naturales, así como en una organización sumamente flexible de la fuerza de trabajo.

Esta flexibilidad no es solo aquella que ha caracterizado a los procesos agrícolas por los ciclos naturales. Tampoco es solo la flexibilidad contractual del trabajo, en términos de horarios y de temporalidad en el empleo, o la flexibilidad salarial traducida en formas de pago a destajo, como se ha dado tradicionalmente en el sector desde hace décadas. La nueva flexibilidad en la agricultura "posfordista" supone, además, el uso de una mano de obra con mayor calificación, capaz de controlar y dominar varias actividades dentro de los procesos productivos ofreciendo cierto grado de polivalencia. A la vez, requiere de una mayor implicación del trabajador, y su incorporación a formas de trabajo que tienden a lograr la "calidad total" de los productos, como se está dando en otros sectores de la economía con el fin de lograr competitividad en el mercado internacional.

¿Agricultura posfordista y flexibilidad primitiva?

Cuando hablamos de agricultura posfordista nos referimos a un proceso complejo, en el cual se combinan distintas formas productivas.[19] Es decir, no existe un modelo homogéneo y universal que signifique una ruptura con el antes y un ahora dominado por la flexibilidad. Varios sistemas de trabajo, y todo tipo de combinaciones, se presentan de manera paralela o simultánea "en mancha de leopardo" (Castillo, 1994), tanto a nivel micro de las empresas como en el conjunto de la sociedad.

El moderno sector agroexportador de los países latinoamericanos, aún bajo su tendencia concentradora, incluye la producción de pequeños y medianos campesinos integrados a través de distintas modalidades, empresas medianas y grandes con tecnologías atrasadas y métodos

19. Otros conceptos, como *neofordismo* o *neotaylorismo*, intentan dar cuenta de que lo que está en marcha es un modelo en el cual continúa la producción en masa, ahora flexibilizada, o la introducción de nuevas tecnologías que suponen modificaciones sin limitar el poder del capital sobre el proceso de trabajo (ver De la Garza, 1993).

de organización en cadena, así como empresas que han comenzado a incorporar sistemas de producción flexibles.

En este contexto aparecen al menos dos aspectos diferentes de la flexibilidad: la flexibilidad tecnológica y la flexibilidad de la mano de obra. En el primer caso, podemos decir que prácticamente son las grandes empresas las que han logrado acceder a las nuevas tecnologías que ofrecen mayor flexibilidad en la producción, mientras que el conjunto del sector se apoya sobre la flexibilidad de la mano de obra.

La introducción de nuevas tecnologías ha tenido efectos diferentes sobre el uso de la mano de obra. En algunos casos se traduce en la aparición de nuevos puestos y en otros en su desaparición.[20] Por ejemplo, las innovaciones mecánicas que suponen la introducción de máquinas como: atomizadores, cajones "*bins*" (de 350 a 500 t.), autoelevadores, sistemas de riego, sistemas de nivelación con rayo láser, tijeras neumáticas, entre otros, reemplazan mano de obra que utiliza básicamente su fuerza física por mano de obra reconocida como calificada. La mayoría de las veces se trata de hombres a los que se les otorga cierto *status* y garantías laborales en las empresas.

Otras innovaciones químicas, agronómicas o biológicas pueden hacer aumentar, disminuir o mantener igual la contratación de mano de obra y exigir mayor calificación de ella, o al revés, conducir a una descalificación de tareas. Aunque no existe todavía un estudio que sistematice el impacto diferencial que tienen estos cambios en la división sexual del trabajo, es posible pensar, por las experiencias que han sido analizadas en otros sectores (Hirata, s.f.), que la mecanización de tareas se acompaña de una masculinización de puestos. Danièle Kergoat (1984) dice al respecto que "detrás de cada máquina por lo regular se crea un puesto masculino". Mientras que en lo que se refiere a la flexibilidad laboral, podría señalarse que la constante es encontrar formas de empleo precario asociadas a un proceso de feminización.[21]

---

20. Chiappe y Piñeiro (1994) encuentran que la introducción de la mayoría de las innovaciones mecánicas conduce a una reducción del personal utilizado en la fruticultura uruguaya. Bendini *et al.* (1994) plantean que hay un desplazamiento de personal que no necesariamente supone su expulsión de la rama.

21. En Europa varios estudios resaltan la creciente participación que tienen actualmente las mujeres en distintas ramas de la economía, contratadas bajo diversas modalidades de empleo flexible que implican su precarización, como el trabajo a tiempo parcial, los contratos de duración determinada, y otros (ver

La gestión de la mano de obra se convierte así en el lugar por excelencia de conflictos y tensiones, y es que, aunque se ha resaltado el carácter enriquecedor del trabajo en sus formas flexibles, por cuanto que propone una nueva forma de relación de los trabajadores con el proceso de trabajo, en la práctica se trata de un modelo excluyente y jerarquizante. Tanto en los países desarrollados como en los no desarrollados, tiende a crear una élite de trabajadores, la mayor parte de las veces integrada por hombres adultos ligados a las actividades centrales de las empresas que gozan de las bondades del modelo, frente a una masa de trabajadores temporales sometidos a largos períodos de desempleo o formas de subempleo, compuesta por mujeres, niños, migrantes y jóvenes, quienes realizan todo tipo de tareas bajo formas de trabajo sumamente precarias (Lara, 1992b).

La composición del sector agroexportador latinoamericano, en donde conviven pequeños, medianos y grandes productores, así como la estructura interior de las empresas, en las cuales se combinan distintas formas de trabajo, ha propiciado una flexibilidad primitiva[22] que se sustenta en formas de empleo muy precarias. Se trata de una flexibilidad que no está relacionada directamente con la reconversión del sector, ni es parte de un nuevo modelo productivo. Ya existía, imponiéndose con base en una arbitrariedad patronal que se ejerce sobre los grupos más desprotegidos de la sociedad, entre ellos las mujeres. De eso se desprende que las condiciones laborales que se ofrecen a las trabajadoras agrícolas no hayan cambiado respecto a décadas anteriores.

No obstante, lo que es nuevo y resulta de la reconversión productiva del sector es la introducción de formas de organización que exigen mayor implicación y calificación de parte de los trabajadores, más productividad e intensificación de las actividades que desempeñan, así como la capacidad de realizar distintas tareas dentro del proceso productivo, garantizando en todas ellas una gran calidad en los productos para que estos puedan alcanzar competitividad en el mercado internacional.

Barrere-Maurisson, 1985; Kergoat, 1984). Para el caso de Japón, véanse varios trabajos publicados en Hirata (1992). En América Latina investigaciones recientes dan cuenta también de este proceso (ver Benería y Roldán, 1992; ILO, 1989; Rangel de Paiva Abreu y Sorj, 1993).

22. Se refiere a aquella que es "producto de la escasa maduración de las relaciones tayloristas-fordistas, que han existido desde que hay empresa capitalista" (De la Garza, 1993).

Estas formas de organización se implantan en las empresas modernas del sector agroexportador usando principalmente mano de obra femenina. Pero coexisten con formas de producción campesinas y con sistemas de trabajo en cadena que se mantienen sobre todo en los empaques y fábricas de procesamiento, donde también sigue predominando el empleo femenino. Así, se asienta sobre una división sexual del trabajo que, lejos de conducir a una relación diferente y enriquecedora con el proceso productivo, mantiene la arbitrariedad empresarial y las asimetrías de género, porque introduce mayores exigencias (calificación, polivalencia, implicación, etc.), que no se traducen en mejores condiciones laborales.

Para las mujeres, sigue predominando el empleo temporal en horarios discontinuos, que pueden prolongarse hasta 16 horas en temporadas de fuerte demanda sin que exista contrato de trabajo, o solo en contadas ocasiones y con límite de tiempo. Pero ahora se les exige pasar de un puesto a otro y conocer bien las actividades que en cada uno se requiere realizar. Sigue pagándose por tarea, aunque ahora se introduce el pago por productividad y se incorpora el criterio de calidad y de implicación para fijar sus salarios. Sigue careciéndose de prestaciones sociales, ahora con el argumento de que estas constituyen rigideces que limitan la operación de las empresas.

El caso de la floricultura mexicana (Lara y Becerril, 1995) nos permite ejemplificar los cambios en la organización del trabajo. En los invernaderos esta organización se basa en equipos de trabajadoras plurifuncionales, a las que se les pide conocer bien todo el ciclo biológico de distintas flores (desde el enraizamiento de bulbos y esquejes, hasta el corte). A estos equipos se les paga de acuerdo a la productividad que logran en su área de trabajo, la cual tiende a aumentar en relación con la capacidad de cada trabajadora. El funcionamiento de todo el invernadero está a cargo de dicho equipo de trabajo y este es responsable de que la producción alcance su mayor nivel y calidad en las temporadas altas, que se limitan a unas cuantas semanas al año (San Valentín, Día de las Madres y el mes de diciembre).

Los agrónomos que trabajaban en los invernaderos y habían sido contratados al arrancar las empresas, en la década de los ochenta fueron sustituidos poco a poco por las trabajadoras que ellos mismos capacitaron,

quedándose solo un número reducido que sirven de asesores. Al lograr esto, las empresas no solo bajaron sus costos, sino que consiguieron una atención cotidiana de las flores por parte de las trabajadoras, prescindiendo así de los ingenieros. Se agrega a ello otra ventaja, el amplio conocimiento que ellas tienen de todo el proceso productivo. Esto permite que las trabajadoras puedan pasar de un puesto al otro, lo que incluye no solo distintas tareas en el invernadero y con distintas variedades de flores, sino en los empaques, donde predominan los sistemas de trabajo a destajo y en cadena.

Los empleadores señalan que prefieren contratar mujeres jóvenes porque son más dinámicas, y aceptan con mayor facilidad los cambios organizativos. A la vez, según ellos, tienen más resistencia para mantener los ritmos de trabajo durante las temporadas "pico", cuando hace falta intensificar la productividad. Nosotras pensamos que las mujeres jóvenes constituyen la mejor opción para estas empresas porque se trata de un personal que cuenta con un buen nivel de escolaridad (al menos primaria completa y a veces estudios de secundaria y bachillerato), lo que sirve de base para lograr su capacitación en las empresas. Además, ofrecen una gran flexibilidad para pasar de un puesto al otro, y de un cultivo a otro, abarcando todas las fases del proceso productivo. Pero, como se trata de jovencitas, la mayoría de ellas solteras y sin experiencia laboral, a las que no se les reconoce ninguna calificación, las empresas pueden mantener más bajos los salarios que si contrataran hombres adultos con alguna calificación, o si mantuvieran su *staff* de técnicos e ingenieros.

Los ejemplos de esta nueva situación aún han sido poco estudiados, tenemos más casos que ilustran la participación femenina en la cosecha y en los empaques de frutas y legumbres, bajo las mismas condiciones que se describieron hace más de una década y han sido mencionados arriba. Sin embargo, el ejemplo de la floricultura mexicana, y algunos ejemplos en la producción de hortalizas bajo invernadero, hacen pensar que no solo hay un proceso de feminización del asalariado que interviene en este sector, producto del desarrollo de este tipo de agricultura y de un crecimiento de la demanda de mano de obra femenina, sino de una participación que privilegia a las mujeres para la introducción de estos nuevos sistemas de trabajo.

Esta preferencia por mujeres jóvenes nada tiene que ver con las cualidades supuestamente "femeninas" para manejar las flores o las verduras. Se trata de un mecanismo que permite hacer de la mano de obra femenina una ventaja comparativa. Primero, porque se aprovecha una calificación que no es reconocida, y que ha sido adquirida dentro del proceso de trabajo, aun si descansa en calificaciones "tácitas" obtenidas previamente por las mujeres en el trabajo doméstico.[23] Segundo, porque las pocas alternativas que tienen las mujeres para emplearse en el medio rural, aun si tienen un alto grado de escolaridad, hace de ellas una mano de obra muy flexible, dispuesta a ser contratada por períodos cortos, en horarios discontinuos y pagada por tarea. Tercero, porque las hace responsables de la calidad de los productos y de que estos lleguen al mercado en el momento preciso, intensificando su productividad a costa de su desgaste físico.

A manera de conclusión

La tendencia que muestra el empleo en la producción de cultivos no tradicionales en varios países latinoamericanos expresa una situación que ya se ha dado en otras ramas productivas y otros momentos históricos. Esto es, los cambios tecnológicos y la organización del trabajo que acompaña estos cambios, que frecuentemente se asocian a la incorporación de mano de obra femenina. Así sucedió con la expansión de las manufacturas y del trabajo a domicilio en el siglo XVIII, y, más tarde, con la revolución industrial y la introducción de cadenas, líneas de montaje y formas de producción en masa (Kergoat, 1982). Ahora, la flexibilización de los procesos de trabajo confirma este fenómeno. Ello nos obliga a reflexionar acerca de su significado y nos plantea una serie de interrogantes, que solo podrán ser resueltos a medida que contemos con un cúmulo de estudios que den cuenta de lo que sucede en distintos contextos sociales.

23. Hay, a este respecto, toda una discusión acerca del concepto de calificación. El número 7 de los *Cahiers du GEDISST* (1993) presenta varios trabajos que analizan distintos aspectos de esta problemática.

En otros países, la producción de hortalizas, de flores o de frutas está a cargo de pequeños productores con trabajo familiar, o de empresas que utilizan migrantes e indocumentados (Lara, 1992b), mientras que en América Latina se extiende el trabajo femenino. En algunos casos acompañado de trabajo infantil y de indígenas como en México, o de jóvenes estudiantes como en Chile.

Pero, lo que nos conduce a hablar de feminización de la moderna agricultura de exportación latinoamericana, no solo es que ha crecido la incorporación de mujeres al mercado de trabajo, como resultado del desarrollo de los cultivos no tradicionales que demandan su intervención, sino la diversidad de formas de participación en prácticamente toda las fases de los procesos productivos, trabajando con técnicas artesanales, con sistemas taylorizados y fordistas, igual que bajo los métodos de producción flexible.

Es muy probable que la pobreza rural que ha generado el nuevo modelo de desarrollo y la actual división internacional del trabajo, conduzca a generalizar este esquema de trabajo hacia otros grupos, y que las mujeres hayan servido para abrir brecha, de la misma manera que sucedió en el caso de las manufacturas y de los sistemas de producción en masa. Lo que significa que esta situación sería transitoria para la agricultura, pero no para las mujeres, quienes no tienen otras alternativas de empleo en el medio rural.

En resumen, la reconversión del sector agrícola latinoamericano ha descansado más sobre una flexibilidad de la mano de obra que sobre una flexibilidad tecnológica, y se ha sustentado en una "flexibilidad salvaje" (De la Garza, 1993) que busca eliminar las trabas en el uso de una fuerza de trabajo, más que en encontrar una relación diferente entre trabajador y proceso productivo. En efecto, en este esquema se puede involucrar a otros sectores tan desprotegidos como las mujeres: los más pobres, los excluidos, los niños o los indígenas. Por el momento, esta estrategia se apoya en una asimetría de género que los cambios tecnológicos y la modernización solo han reforzado.

Bibliografía

Aranda, X. (1982). El díptico campesina-asalariada agrícola. En M. León, (Ed.), *Las trabajadoras del agro.* Bogotá: ACEP.

Arango, G. (1985). *Estructura económica colombiana.* Bogotá: Universidad, Colección Profesores.

Arizpe, L. y Aranda, J. (1981). Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural. Un estudio de caso de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer,* Pátzcuaro, México.

Arroyo, G. (1979, enero-marzo). Firmas transnacionales agroindustriales, reforma agraria y desarrollo rural. *Investigación Económica, 147,* (México: UNAM).

Bartra, A. (1977). Seis años de lucha campesina. *Investigación Económica, 36*(3), (México: UNAM).

Barrere-Maurisson, M. A. (1985). Gestión de la main d'oeuvre et formes familiales: du paternalisme a la récherche de la flexibilité. *Economie et Societé,* (París).

Barrón, M. A. (1990). Integración de las mujeres al mercado de trabajo de las hortalizas. *Economía Informa, 180,* (México: UNAM).

Barrón, M. A. (1993). *Los mercados de trabajo rurales: el caso de las hortalizas en México*. Tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.

Bendini, M. *et al.* (1994). El mercado de trabajo y los cambios técnicos en la agroindustria frutícola argentina: las trabajadoras de los galpones de empaque de manzanas y peras. Ponencia presentada en el *IV Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, 7-9 de diciembre, Concepción, Chile.

Benencia, R. (1993). Transformaciones en la organización del trabajo en la horticultura argentina. Ponencia presentada en el *Primer Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo,* 22-26 de noviembre, Ciudad de México, México.

Benería, L. y Roldán, M. (1992). *Las encrucijadas de clase y género: trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México: COLMEX; FCE.

Bengoa, J. (1979). Economía campesina y acumulación capitalista. *Economía campesina.* Lima: DESCO.

Bolaños, B. y Rodríguez, H. (1988). La incorporación de la mujer en el proceso productivo de las flores en Costa Rica. *Ciencias Sociales, 39,* (San José).

Burbach, R. y FIynn, P. (1979, enero-marzo). Objetivos agroindustriales en América Latina. *Investigación Económica, 147,* (México: UNAM). [Segunda edición en francés, (1993). *Cahiers du GEDISST, 7,* (París: IRESCO-CNRS)].

Caraveo, F. de J. (1991). La producción de hortalizas en el sur de Sonora. En *La agroindustria y la organización de productores en México.* Chapingo: CIESTAM.

Carton De Gramont, H. (1982). *Jornaleros agrícolas de México.* México: Macehual.

Carton De Gramont, H. (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano*. México: Juan Pablos editor.

Carton de Gramont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado.* México: IIS-UNAM.

Castillo, J. J. (1994). ¿De qué posfordismo me hablas? Más sobre reorganización productiva y organización del trabajo. *Sociología del Trabajo, 21,* Nueva época, (Madrid: Siglo XXI).

CEPAL. (1986). *Economía campesina y agricultura empresarial.* México: Siglo XXI.

CNPH. (1990). *XX Convención anual* y *XXXI Asamblea general ordinaria*. México: CNPH.

Chiappe, M. y Piñeiro, D. (1994). El sector frutícola en el Uruguay: efectos del cambio técnico sobre la fuerza de trabajo. Ponencia presentada en el *XVIII International Congress of Latin American Studies Association,* 10-12 de marzo, Atlanta, Estados Unidos.

Deere, C. D. y León, M. (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina.* Bogotá: ACEP; Siglo XXI.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México.* México: UNAM; UAM-I.

Echanove, F. (1994). Las políticas neoliberales y la desaparición del oro blanco de nuestro país. Ponencia presentada en el *Seminario Internacional sobre Nuevos Procesos Rurales en México: Teorías, Estudios de Caso y Perspectivas,* del 30 mayo al 3 junio, Taxco, México.

Gómez, S. y Echenique, J. (1988). *La agricultura chilena: las dos caras de la modernización*. Santiago de Chile: FLACSO-Agraria.

Gómez-Cruz, M. Á. (1991a). *La producción de hortalizas en México y el TLC*. Chapingo: CIESTAM.

Gómez-Cruz, M. Á. (1991b). *El consumo de hortalizas en México*. Chapingo: CIESTAM.

Gómez-Cruz, M. Á. y Caraveo, F. de J. (1990). La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales. *Revista de Comercio Exterior, 40*(12), (México).

Gómez-Cruz, M. Á. y Caraveo, F. de J. (1991). *La agromaquila hortícola, nueva forma de penetración de los monopolios internacionales en la agricultura mexicana*. Chapingo: CIESTAM.

Green, R. H. (1989, agosto). El comercio agroalimentario mundial y las estrategias de las transnacionales. *Revista de Comercio Exterior, 39*(8), (México).

Gutelman, M. (1974). *Capitalismo y reforma agraria en México*. México: ERA.

Hewitt, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*. México: Siglo XXI.

Hirata, H. (s.f.). *Nouvelles technologies, qualification et division sexuelle du travail: une perspective comparative*. París: GEDISST-CNRS, mimeo.

Hirata, H. (1992). *Antour du "modèle" japonais*. París: L'Harmattan.

International Labour Office (ILO). (1989). *Women in the world of work: statistical analysis and proyections in the year 2000*. Génova: ILO.

Jarvis, L. *et al.* (1993). *El empresario fruticultor: fortalezas y debilidades de un sector heterogéneo, Notas Técnicas*. Santiago de Chile: CIEPLAN.

Kergoat, D. (1982). *Les ouvriéres*. París: Ed. Sycomoro.

Kergoat, D. (1984). Les femmes et le travail a temps partiel. *Travail et Emploi, 21,* (París).

Kergoat, D. (1984a). Plaidoyer pour une Sociologie des rapports sociaux. En M. A. Barrère-Maurisson *et al., Le sexe du travail : structures familiales et système productif*. Grenoble: PUG.

Lara, S. M. (1990, junio). Las relaciones sociales de género-sexo en el sector del asalariado rural: una revisión crítica de los estudios en México. Ponencia presentada en la *Reunión Latinoamericana de Antropología de la Mujer,* El Colegio de México, México.

Lara, S. M. (1992a). La flexibilidad del mercado de trabajo rural: una propuesta que involucra a las mujeres. *Revista Mexicana de Sociología, 92*(1), (México: IIS-UNAM).

Lara, S. M. (1992b). Efectos de la flexibilidad en el mercado de trabajo rural. *Trabajo, 9,* (México).

Lara, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa. Ou comment á travers solidarités et conflits se construit une qualification. *Cahiers du GEDISST, 7,* (París: IRESCO-CNRS).

Lara, S. M. (1994). *La producción de flores en México: un nicho dentro del Sur*. S.d.: mimeo.

Lara, S. M. y Becerril, O. (1995). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural: el caso de la floricultura de exportación en el estado de México. En H. C. de Grammont (Coord.), *Globalización y regiones en el campo mexicano: de la reorganización social a la rebelión.* México: Juan Pablos editor.

León, M. (Ed.). (1982). *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Long, N. (1994). Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural. Ponencia presentada en el *Seminario Internacional sobre Nuevos Procesos Rurales en México: Teorías, Estudios de Caso y Perspectivas*, del 30 mayo al 3 junio, Taxco, México.

Llambí, L. (1993). *Reestructuraciones mundiales de la agricultura y la alimentación: el papel de las transnacionales y los grandes estados.* Caracas: Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, mimeo.

Medrano, D. (1982). Desarrollo y explotación de la mujer: efectos de la proletarización femenina en la agroindustria de las flores en la Sabana de Bogotá. En M. León (Ed.), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Paré, L. (1975). El Plan Puebla: una revolución verde que está muy verde. *Ediciones de Sociología Rural, 2,* (Chapingo: ENA-UACH).

Pedrero, M. y Embriz, A. (1992). Los mercados de trabajo en las zonas rurales. *Estudios Sociológicos.* México: CES-COLMEX.

Piñones, S. y López, M. Á. (1994). Competitividad internacional en el sector de frutas y hortalizas: principales tendencias en la década de los ochenta. Ponencia presentada en el *Seminario Internacional sobre Nuevos Procesos Rurales en México: Teorías, Estudios de Caso y Perspectivas*, del 30 mayo al 3 junio, Taxco, México.

PREALC. (1989). *Cambio tecnológico, empleo y trabajo.* Santiago de Chile: OIT, Cuaderno N° 133.

PRONSAJ. (1989). *Programa de desarrollo social para los jornaleros agrícolas del valle de Cuiacán*. Sinaloa: Gobierno del estado de Sinaloa, mimeo.

PRONSAJ. (1991). *Diagnóstico de las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros agrícolas del valle de San Quintín, B. C.* México: mimeo.

Rangel de Paiva Abreu, A. y Sorj, B. (1993). *O trabalho invisível: estudos sobre trabalhadores a domicilio no Brasil.* Rio de Janeiro: Rio Fundo Editora.

Rodríguez, D. y Venegas, S. (1989). *De praderas a patronales, un estudio sobre la estructura agraria y el mercado laboral en el Valle de Aconcagua.* Santiago de Chile: GEA; Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Roldan, M. I. (1981). Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras de tomate en el estado de Sinaloa, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Pátzcuaro, México.

Rooner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Pátzcuaro, México.

Rubio, B. (1995). Agricultura mundial, estructura productiva y la nueva vía de desarrollo rural en América Latina (1970-1992). En H. C. de Grammont (Coord.), *Globalización y regiones en el campo mexicano: de la reorganización social a la rebelión.* México: Juan Pablos editor.

Silva, A. E. (1982). De mujer campesina a obrera florista. En M. León (Ed.), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Suárez, B. (1993). Del trabajo casero al empaque: el aguacate y el mango de Michoacán. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, del 29 de julio al 5 de agosto, México.

UNPH. (1985). *XV Convención anual y XXVI Asamblea general ordinaria*. Mazatlán; Sinaloa: s.d.

Valdés, X. (1988). Feminización del trabajo agrícola de las temporeras. En *Mundo de Mujer, continuidad y cambio.* Santiago de Chile: Centro de estudios de la Mujer.

Valdés, X. (1993). Cambios en la división sexual del trabajo y en las relaciones sociales de género entre la hacienda y la empresa exportadora.

Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, del 29 de julio al 5 de agosto, México

Venegas, S. (1992). *Una gota al día... Un chorro al año, el impacto de la expansión frutícola.* Santiago de Chile: Grupo de Estudios Agro-Regionales; Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Venegas, S. (1993). Las temporeras de la fruta en Chile. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, del 29 de julio al 5 de agosto, México.

Waters, W. y Salamea, L. (1994). Gender issues in the reestructuring of ecuatorian agriculture. Ponencia presentada en el *XVIII International Congresss of the Latin American Studies Association*, 10-12 de marzo, Atlanta, Estados Unidos.

La producción de flores de exportación en México: un espacio de empleo femenino*

Introducción

La floricultura es considerada como una rama de la horticultura ornamental que se dirige a la producción de flores para corte, follaje y plantas en maceta. En ambos casos se trata de productos cuyo consumo cumple una necesidad subjetiva. Es decir, a diferencia del conjunto de las actividades agrícolas que se orientan a la producción de alimentos o de materias primas, la floricultura tiene como fin un consumo suntuario o de lujo.

Actualmente, la producción mexicana de flores de corte ha ido adquiriendo presencia a nivel nacional por el valor que generan sus exportaciones y porque constituye una fuente de empleos permanentes en el sector rural, especialmente de empleos femeninos. Se considera que será una de las ramas de la producción agrícola que más pueden desarrollarse, junto con la producción de hortalizas y frutas con la firma del Tratado de Libre Comercio, ya que se piensa que estos productos podrán competir ventajosamente en los mercados norteamericanos y canadienses, ampliándose así el empleo rural.

No obstante, la situación que prevalece actualmente en el mercado internacional para estos productos es crítica, pues se inserta en un nuevo orden mundial dominado por los grandes bloques económicos, frente a los cuales competimos con los mismos productos en condiciones de extrema

* Extraído de Lara, S. M. (1995). La producción de flores de exportación en México: un espacio de empleo femenino, pp. 69-94. En X. Valdés *et al.* (Eds.), *Mujeres, relaciones de género en la agricultura*. Santiago de Chile: CEDEM. [ISBN 956-7236-08-9].

desigualdad. El caso de la floricultura ilustra claramente este problema. Se trata de una producción que se dirige fundamentalmente hacia los Estados Unidos (93% del total de las exportaciones), en donde se enfrenta a un mercado controlado por los importadores (*holdings* o *brokers*), teniendo como principales competidores a los propios productores norteamericanos.

Los productores que han logrado mantenerse en el sector, haciendo frente a esta competencia, han tenido que llevar a cabo un importante proceso de reestructuración, cuyas consecuencias se reflejan directamente en el mercado de trabajo. En este estudio, nos interesa analizar los efectos de esta reestructuración en el empleo rural, un empleo que se caracteriza por ser básicamente femenino. Para ello, hemos tomado como base el estudio de la principal zona productora de flores de exportación, que se ubica en el estado de México, analizando el caso de un consorcio, que se proyecta como el modelo actual de empresa moderna.

1. La floricultura mexicana

Características de la producción

Si bien la producción de flores en México es antigua y está estrechamente vinculada a un consumo popular de carácter religioso y ritual, la floricultura como sector productivo orientado a la exportación comienza en los años treinta y cuarenta comercializando hacia el extranjero ciertas especies que se recolectaban, como las orquídeas y otras plantas de ornato. Sin embargo, comienza a impulsarse por el propio Estado a partir de la caída de los precios del petróleo y la necesidad de abrir otras fuentes generadoras de divisas. Es así que, en 1977, FIRA abre por primera vez una línea de crédito para apoyar a los productores de bajos ingresos con tasas preferenciales, y en 1978, el Banco de Comercio Exterior comienza a realizar estudios de factibilidad para la producción de ornamentales en México dirigidos a la exportación (García 1988, p.16).

De esta manera, entre 1978 y 1981, se genera un gran interés de parte de unos cuantos empresarios mexicanos para comenzar a producir flores de exportación, creando la Asociación Nacional de Productores y

Exportadores de Ornamentales (ANAPROMEX), que encuentra apoyo del Instituto Mexicano de Comercio Exterior (IMCE) y de la Dirección General de Economía Agrícola de la SARH.

A su vez, en 1984, el Banco de México abre dos líneas de crédito para financiar este tipo de producción, a través de FOMEX (Fondo de Fomento de Exportaciones de Manufacturas) y de FIRA. Más tarde, en 1987, se publica el Programa de Financiamiento en Apoyo de la Horticultura Ornamental que da a conocer las acciones de fomento y promoción de la floricultura de exportación (FIRA, 1989).

Bajo esta cobertura institucional se inician en diferentes partes del país algunas empresas. La producción de flores comienza así a incrementarse, extendiéndose en los estados de México, Puebla, Michoacán, Morelos y Baja California, en donde se dan las condiciones adecuadas para producir flores con inversiones relativamente modestas en comparación con la inversión que se requiere en otros países.

Actualmente, en México hay dos formas de producir flores de corte: a cielo abierto y bajo cubierta. En el primer caso, se trata de una producción que se realiza a la intemperie, que está caracterizada porque la inversión que se requiere no es muy alta, y por lo mismo accesible a los productores de bajos ingresos que pueden realizarla en pequeñas parcelas, a veces ubicadas dentro del mismo solar en donde habitan. Sin embargo, existe también un grupo de medianos productores que cultivan a cielo abierto entre una y dos hectáreas, utilizando para ello mano de obra asalariada y familiar.

Las especies florícolas cultivadas de esta manera son: clavel, crisantemo, gladiola, margarita, *cempazuchitl*, nardo, nube, alhelí, polar, rosa, ave del paraíso y agapando, que se producen a partir de material reproductivo adquirido en el mercado nacional. Este material ha ido degenerándose y haciéndose propenso a plagas y virus, dando como resultado una flor de mala calidad y bajos rendimientos, que se destina fundamentalmente al mercado nacional. Se distribuye en mercados locales y regionales, a través de una cadena de intermediarios que controlan la Central de Abastos y el mercado de Jamaica (García, 1988).

La segunda forma de producir flores es bajo cubierta, pero hay dos tipos de tecnologías. Una de ellas es la producción en túneles de plástico,

cuya inversión no se encuentra al alcance de los productores campesinos de bajos ingresos, a menos que cuenten con el apoyo de alguna institución financiera como FIRA que ofrece créditos blandos.

La otra forma de producir bajo cubierta es en invernadero. Si bien existen productores que utilizan esta tecnología, cultivando entre una y tres hectáreas, de hecho, son las grandes empresas y los consorcios los que tienen acceso a la tecnología adecuada y a los canales de comercialización necesarios para orientar esta producción hacia el mercado exterior. Se estima que para producir en invernadero se requiere de una inversión aproximada de un millón y medio de nuevos pesos por hectárea, porque es indispensable la importación de esquejes y bulbos, la construcción de invernaderos con aire controlado y con sistemas de riego por aspersión, la instalación de cámaras refrigeradoras, y una estricta organización del proceso de trabajo que garantice la calidad final del producto para su exportación. Las especies que se producen en invernadero son principalmente rosas, claveles, *gypsofilia*, pompón, gerbera, *lilium*, *astromeria*, fresias y otras nuevas especies, mientras que en túnel se producen crisantemos, margaritas y pompones (CMF y CFEM, 1992).

En 1986 se calculaba que existían en el país aproximadamente 25.000 familias que se dedicaban a la floricultura, la gran mayoría producía a cielo abierto, de las cuales 5 o 6 mil se encontraban en el estado de México. En tanto que existían unos 600 productores medianos y unas 80 empresas, que producían a gran escala bajo cubierta (Camacho *et al.*, 1989).

Inserción de la floricultura mexicana en el mercado mundial

El mercado al cual se orienta principalmente la producción de flores de invernadero en México son los Estados Unidos. Este país es el segundo importador de flores de corte a nivel mundial, después de Alemania. Entre 1981 y 1985, el valor de sus importaciones ascendió de 102 millones de dólares a 220 millones y, según estimaciones recientes, estas se incrementaron a 463,6 millones de dólares en 1990, y a 480 millones de dólares en 1991 (SARH, 1992), lo que significa que entre 1981 y 1991, estas se cuadruplicaron, siendo Colombia el principal proveedor de flores cortadas.

Las importaciones norteamericanas provenientes de Colombia representaron el 78,3% del valor total de las importaciones de flores cortadas en 1981 y el 60% en 1985, seguido de los Países Bajos, que aportaron el 12% y 25% respectivamente en esas fechas, en tanto que las importaciones mexicanas solo significaron el 0,6% en 1985 (UNCTAD; GATT, 1987, p. 218). Para 1990 las exportaciones de Colombia ascendieron a 92.722 toneladas de flores, y significaron ventas por 300 millones de dólares (Arango, 1985), mientras que en 1991 nosotros logramos exportar solo 15.000 toneladas (SARH, 1992); una sexta parte de lo que exporta Colombia.

A pesar de que ocupamos el 16° lugar entre los países exportadores de flores en el mundo, nuestras desventajas dentro del mercado norteamericano son muy fuertes. La Estrategia Nacional a Mediano Plazo (1992-1999) de Desarrollo y Promoción de Exportaciones de Flores que ha diseñado la SARH en 1992, se propone como objetivo global "incrementar las exportaciones de flores frescas a 50.000 toneladas para 1996", lo que representaría un incremento de 35.000 toneladas con respecto a 1991. Además, se plantea diversificar la producción a 20 productos, dirigiéndolos hacia cuatro mercados asiáticos (Japón, Corea del Sur, Hong-Kong y Singapur) y dos mercados americanos (Estados Unidos y Canadá).

No obstante, se trata de "cuentas alegres" porque desde 1989 la floricultura mexicana está en crisis. Una crisis que ha afectado tanto a los pequeños productores que producen a cielo abierto para el mercado regional y nacional, como a las grandes empresas orientadas a la exportación.

En el primer caso, se trata de problemas que tienen que ver con una producción masiva sin control de tecnología, que ha provocado la contaminación de aguas y suelos, propagación de enfermedades, y consecuentemente el descenso en los rendimientos. Esto, aunado a la falta de créditos blandos y de una organización eficiente para la comercialización, ha llevado a un verdadero "callejón sin salida", sobre todo a los pequeños productores.

En cuanto a las grandes empresas, uno de los problemas más fuertes es que han invertido en el sector personas que no tenían ninguna experiencia en la agricultura, ni conocían las condiciones del mercado al cual intentaban acceder. De esta manera, inundaron el mercado

con productos de mala calidad, lo que repercutió en una caída de los precios. En estas condiciones ha sido difícil enfrentar la fuerte competencia en el mercado mundial, los problemas de comercialización y de dependencia tecnológica.

Las empresas exportadoras producen principalmente rosas que se envían hacia los Estados Unidos, en donde se compite fuertemente con las importaciones colombianas y con la propia producción norteamericana de California, Florida y Colorado. Además, tienen que pasar por una cadena de importadores y mayoristas, que encarecen fuertemente los productos mexicanos, colocándolos en desventaja frente a los que han sido producidos en ese país.

Por otra parte, para lograr la calidad que se exige en el mercado internacional es indispensable adquirir el material reproductivo (semillas, bulbos y esquejes) en las casas que se han especializado y tienen la patente de las especies y variedades de mayor demanda en el mercado. La mayoría de ellas se encuentran en Francia y en Holanda, y las empresas mexicanas que pretenden exportar dependen de ellas.

Como se trata de inversiones muy fuertes, la mayor parte de las empresas tienen créditos con la banca y con los fideicomisos para la importación del material reproductivo y para la instalación de invernaderos. A la fecha, muchas de estas empresas no han logrado solventar los créditos otorgados, declarándose en quiebra total. Como resultado de esta crisis ha desaparecido un importante número de empresas, de tal manera que si en 1988 se registraron 80 empresas exportadoras (Camacho *et al.*, 1989), para 1991 solo se identificaron 56. Pero de esas 56 empresas, solo 17 concentraron el 74% del total de las exportaciones, con valores superiores a los 100 mil dólares, enviando su producción principalmente a los Estados Unidos, salvo 5 que vendieron también a Japón, Canadá, Francia o Alemania (SARH, 1992).

Actualmente, las empresas que se sostienen han tenido que generar una serie de mecanismos tendientes a su reestructuración, con el fin de lograr competitividad en un contexto caracterizado por una crisis de larga duración. El caso del consorcio VisaFlor nos permite ilustrar este proceso, y mostrar los efectos de esta reestructuración sobre el mercado de trabajo.

2. La producción de flores en el estado de México

Importancia de sector en el estado

El estado de México se destaca en la década de los ochenta como el principal estado productor de flores en el país y se mantiene hasta la fecha. En este estado, la floricultura formaba parte de una de las familias campesinas, pero comienza a desarrollarse comercialmente en las décadas de los cuarenta y cincuenta, produciendo a cielo abierto especies como el agapando, la gladiola y el alcatraz que tenían una gran demanda en el mercado nacional. Más tarde, en 1970, aprovechando el clima y la tradición de la región, familias japonesas introducen en el municipio de Villa Guerrero otras variedades comerciales como ave del paraíso, crisantemo y alhelí (Millán, 1991).

Con la llegada de estas familias y la producción de nuevas especies de flores comerciales, se fueron generando fuentes de empleo para los habitantes de la región. Primero, porque los japoneses rentaron terrenos ejidales y de pequeña propiedad, alquilando la fuerza de trabajo de sus dueños para que les ayudaran a cultivar la flor. Segundo, porque al concluirse los contratos de arrendamiento la gente del lugar se interesó en la producción de flores y comenzó a cultivarlas de manera independiente.

Al descubrir las posibilidades económicas que brindaba la floricultura con dos o tres cosechas anuales, esta se extendió por toda la región, en detrimento de los huertos de frutales que existían anteriormente y por los cuales se obtenían menores ganancias, ya que era una producción solo de temporada, con fuertes problemas de plagas y enfermedades. De esta manera, se modificó totalmente el patrón de cultivos y se abrieron las posibilidades para el arriendo y la compra de parcelas.

Es a principios de los ochenta que se instalan en la región empresas dedicadas a la producción de flores de exportación en invernadero. La primera empresa de ese tipo fue Visaflor, cuyo nombre proviene de una variedad de rosa llamada "visa". Esta empresa, pionera en la rosicultura, surge con capital local, al cual poco a poco fueron integrándose otros capitales de origen industrial.

Algunos funcionarios radicados en la ciudad de México también vieron en este negocio una manera fácil de hacer dinero, aprovechando las ventajas financieras creadas por las devaluaciones de 1982 y 1987, lo que les permitió beneficiarse del cambio de moneda a través de las exportaciones.

Para 1988, ya existía en el estado de México el mayor número de empresas productoras de flor de exportación del país, ubicadas principalmente en el municipio de Villa Guerrero. Ese mismo año, se cultivaron en este estado 3.750 hectáreas, es decir, más de la mitad de la superficie nacional (6.700 has). El crecimiento tan inusitado de la floricultura en el estado de México produjo un verdadero *boom*, que se manifestó en el desarrollo de una gran cantidad de actividades comerciales, industriales y de servicios, teniendo un impacto económico impresionante en la región. Sin embargo, el efecto social más fuerte de este *boom* de la floricultura es que intensificó el trabajo asalariado, en particular el trabajo femenino.

Con la instalación de grandes empresas florícolas en el estado de México, se fueron generando fuentes de trabajo permanentes que proporcionaron salarios más altos a la población trabajadora, en comparación a los que podían ofrecer los pequeños productores de cultivos tradicionales (Camacho, 1989, p. 182). Estos últimos producen flores solo en ciertas temporadas, por lo que contratan mano de obra eventual, básicamente para la cosecha, mientras que las empresas que producen flores de exportación en invernadero contratan todo el año mano de obra permanente que se incrementa de manera significativa en las épocas de gran demanda, como son el 14 de febrero (día de San Valentín), el 10 de mayo (día de las Madres) y fin de año.

Además, el hecho de que estas empresas empleen básicamente a mujeres jóvenes ha provocado cambios muy importantes en la región. Antiguamente, las familias más pobres se veían obligadas a enviar a sus hijas hacia las ciudades de Toluca o de México, para trabajar en el servicio doméstico. Su incorporación en las empresas florícolas fijó la mano de obra en la región, elevó el nivel de vida de muchas familias campesinas y otorgó cierto margen de libertad a esas mujeres.

Hacia 1989 se inicia una crisis de la floricultura que perdura hasta la fecha, afectando a todos los productores y, consecuentemente, a la mano de obra empleada por ellos. Esta crisis se vincula estrechamente con un crecimiento desordenado del sector y un mercado sumamente competitivo.

En el municipio de Villa Guerrero muchas empresas han quebrado; actualmente se mantienen tres grupos: VisaFlor, MegaFlor y el grupo de Villa Guerrero. Sin embargo, indudablemente es el consorcio VisaFlor el que se ha constituido como el grupo de vanguardia, y ha logrado no solo sortear la crisis sino crecer, en tanto que los otros grupos se han visto duramente golpeados y han vendido varias de sus empresas.

No obstante, a la fecha el estado de México participa con 2.800 ha (950 ha menos que en 1988) que representan cerca del 50% de la superficie total en el país. De esta superficie 300 ha (75% del total nacional) se cultivan bajo invernadero y el restante a cielo abierto; además, esta entidad participa con cerca del 65% de la producción total y con el 70% de las exportaciones del país.

Magnitud del empleo

En México se carece de las estadísticas necesarias para conocer con precisión la magnitud de la producción florícola. Los datos suelen ser aislados y contradictorios, lo que en gran medida se debe a que la mayor parte de la superficie destinada a la producción de flores está en manos de pequeños productores campesinos (aproximadamente 25.000 a nivel nacional) que cultivan a cielo abierto para mercados locales o para el mercado nacional, superficie que puede variar significativamente de un ciclo al otro dependiendo de las posibilidades financieras y de las estrategias productivas de estos campesinos. Por otro lado, aunque la producción de invernadero que se destina a la exportación ocupa una parte muy pequeña de la superficie nacional (400 ha), también presenta variaciones importantes que tienen que ver con los problemas de comercialización y de tecnología. Por la misma razón, se hace sumamente complicado determinar el número de trabajadores/as que intervienen en esta actividad.

De acuerdo con el estudio de Guillermo A. García (1988, p. 23), una hectárea de flores crea entre 15 y 30 empleos permanentes, es decir más de 5.000 jornales durante todo el año. Por su parte, J. Francisco Camacho y otros investigadores (1989, p. 168) calculan que se requiere aproximadamente entre 18 y 20 trabajadores por hectárea en forma permanente.

Finalmente, en el trabajo de Oralia Millán (1991) se asegura que en una hectárea de invernadero se necesita no menos de 15 a 17 jornales diarios, mientras que una hectárea de producción a cielo abierto requiere de 12 a 15 jornales. Este último cálculo es interesante porque busca hacer una diferencia entre la producción a cielo abierto y la producción bajo invernadero.

Para los fines de este trabajo solo intentaremos caracterizar el mercado de trabajo en la producción de flores bajo sistema de invernadero. Primero, porque este tipo de producción utiliza fundamentalmente mano de obra asalariada, la mayoría proporcionada por mujeres, en tanto que la producción a cielo abierto combina mano de obra familiar y asalariada, y presenta características sumamente heterogéneas a nivel nacional.

De acuerdo a los datos de campo que recopilamos en el consorcio VisaFlor, sabemos que hasta 1990 se contrataba un promedio de 18 trabajadores por hectárea en invernadero. Sin embargo, con la crisis de la floricultura el grupo ha tenido que llevar a cabo una profunda reorganización de su esquema operativo y, a partir de 1991 se contratan solamente a 8 trabajadores por hectárea en invernadero, lo que significa 524 empleos permanentes sobre las 65,5 hectáreas que hoy constituyen la superficie de operación de este consorcio, duplicándose estos empleos (1.048) en los meses de febrero y mayo. Además, los puestos de empaque, almacén, transporte, etcétera hacen que el consorcio actualmente esté ocupando en total a 1.200 trabajadores regulares, 250 ingenieros agrónomos, 8 directores generales, 1 vicepresidente y 1 presidente.

Extrapolando los datos de este consorcio podemos decir que, antes de la reestructuración, la producción de flores en invernadero generó aproximadamente 7.200 empleos permanentes en las 400 hectáreas que se cultivaron a nivel nacional. En el estado de México, en donde se cultivaron 300 hectáreas, se crearon 5.400 solo en la fase de campo, lo que pudo incrementarse más de un 50% al tomar en cuenta las otras fases del proceso de trabajo (selección, empaque, almacén, transportación, etcétera), y hasta el 100% durante la temporada alta.

Estas cifras muestran un sector con una gran capacidad para generar empleos en relación a otros sectores de la agricultura, incluso en comparación con un sector muy dinámico como son las hortalizas. Por

ejemplo, para el tomate se requirió contratar, en 1985, a 150.000 personas sobre una superficie de 22.419 hectáreas, lo que representa un promedio de 7 personas por hectárea entre campo y empaque; es decir, menos de la mitad que en el caso de la producción de flores en una empresa reestructurada. Además, se trata de un empleo de tipo eventual que se concentra en los meses de octubre a abril, cuando se lleva a cabo la cosecha (Barrón, 1993, pp. 69-70).

3. Empleo y reestructuración en una empresa moderna

El consorcio que estudiamos se encuentra integrado por 50 socios y 8 empresas (VisaFlor, Flores de Tenancingo, Flores Selectas, VillaFlor, ZumpaFlor, Flores de Oro, BetaFlor y CosmoFlor). Cuenta actualmente con una superficie total de 110 hectáreas, de las cuales se cultivan 65,5 en invernadero (21,7% del total estatal) produciendo rosa y nuevas especies para exportación.

La reestructuración que ha llevado a cabo este consorcio para hacer frente a la crisis comprende varios elementos, entre los cuales destaca una nueva forma de organizar la producción, la comercialización y el uso de la fuerza de trabajo.

En cuanto a la producción, este consorcio ha introducido una estructura de funcionamiento flexible que reúne empresas de distinto tamaño, orientadas no solo al mercado externo sino a cubrir una demanda interna de flores, que exige la misma calidad que para la exportación. A su vez, ha diversificado las variedades de rosas para satisfacer las distintas demandas en el mercado nacional e internacional, y ha introducido en su esquema productivo unas diez nuevas especies para públicos muy distintos.

En realidad, esta estructura productiva se conecta con un sistema de comercialización moderno, cuyo objetivo es ampliar el mercado, cubriendo todo tipo de demandas. De esta manera, se trata de un consorcio que no se orienta únicamente a la producción de flores de exportación para los Estados Unidos. Vende la mayor parte de su producción a este país, pero ha comenzado a exportar hacia Alemania y Japón, de la misma manera que busca abrir un mercado de calidad en México.

Además, ha incorporado al consorcio, en calidad de socios accionistas, a las empresas que le proporcionan el material reproductivo y a las empresas comercializadoras de Estados Unidos y Japón, evitándose así pasar por una cadena de intermediarios que encarecen el producto final y lo ponen en desventaja en el mercado internacional.

Finalmente, ha reorganizado su esquema productivo racionalizando al máximo el uso de la fuerza de trabajo, con el fin de abaratar sus costos. De esta manera no solo ha reducido considerablemente al personal empleado, sino que ha incrementado su productividad mediante un sistema de trabajo y de remuneración que lo hace más eficiente.

De esta forma, el consorcio estudiado sortea la crisis actual, e incluso logra crecer comprando otras empresas que se han declarado en quiebra en la región. Sin embargo, cabe preguntarse de qué manera esta reestructuración impactará el empleo a nivel regional, de llevarse a cabo en el conjunto del sector.

Proceso de trabajo, puestos y actividades de la población trabajadora

El proceso de trabajo para la producción de flores en invernadero se organiza en torno a cuatro fases: plantación, manejo, corte de la flor, empaque y embalaje. Este proceso se caracteriza por tener un grado de tecnificación mayor que la producción a intemperie. Las empresas modernas cuentan con sistemas de refrigeración, automatización del riego (por aspersión), sistema de extracción y calentamiento de aire, clasificación de las flores mediante una máquina calibradora, máquinas desfoliadoras para quitar los excesos de hojas a los tallos y darles una mejor presentación, así como sistemas computarizados de control de las existencias. Sin embargo, lo más importante de la organización de este proceso de trabajo es que en las empresas más modernas se da bajo una estricta división sexual del trabajo.

En el caso de corte y manejo, se trata de una actividad que se lleva a cabo en el invernadero. Las trabajadoras que intervienen en esta fase tienen que cuidar el desarrollo y crecimiento de la planta hasta que esta puede ser cortada, desempeñando las tareas que se describen en el cuadro. Las mujeres que se encargan de hacerlo garantizan que la

planta produzca tallos rectos, sanos y vigorosos, para lograr una flor de calidad que pueda competir en el mercado internacional. Por su parte, el puesto de encajonadora consiste en la selección, clasificación y presentación del producto cosechado. Es un lugar en donde se decide qué flor alcanza la calidad necesaria para que se envíe a exportación, dándole una presentación atractiva de acuerdo a las exigencias de los clientes.

En ambos espacios, invernadero y empaque, las tareas que realizan las trabajadoras requieren de un conocimiento preciso de las características que debe tener la flor para lograr la calidad de exportación. Es decir, necesitan saber con exactitud el punto de corte, las variedades de rosa roja y de color, detectar las plagas y enfermedades que se presentan más comúnmente en la planta, el momento en que se debe desbotonar, pinchar, desyemar o descabezar un tallo, y definir cuándo una flor tiene la calidad de exportación o cuándo debe seleccionarse para el mercado nacional y local.

En cuanto a los hombres, ellos son contratados en el invernadero para las labores de preparación del suelo, la plantación de esquejes o bulbos, labores de riego, fumigación y mantenimiento del invernadero. En tanto, que en el empaque, la mano de obra masculina es contratada para la recepción de la flor en la cámara fría, para el manejo de la máquina calibradora, para acarrear los carritos llenos de paquetes seleccionados y empapelados, o para hacer la limpieza de los tallos de desecho que se depositan fuera de la sala de empaque. En ocasiones también realizan tareas de corte y manejo o de empaque, no obstante, tanto en el invernadero como en el empaque la mano de obra femenina constituye el 70% del total de la mano de obra empleada.

Es importante señalar que existen diferencias significativas en la organización de estos procesos de trabajo según el tamaño de la empresa, el avance tecnológico, las posibilidades de financiamiento y el esquema organizativo. Incluso dentro del mismo consorcio estudiado, se presentan cambios en la organización del trabajo de una empresa a la otra. No obstante, en cualquier caso, los puestos de corte y manejo, así como el de empaque y selección, son claves dentro del proceso productivo y son fundamentalmente mujeres quienes los desempeñan.

Condiciones de trabajo en las empresas productoras de rosas de exportación

Las formas de contratación y de pago que se utilizan actualmente en el consorcio estimulan la productividad individual, sobre todo de las trabajadoras encargadas del corte y manejo, así como las del empaque.

Mientras que anteriormente se contrataba a todo el personal por un salario fijo que se establecía en torno al salario mínimo, hoy en día las trabajadoras de corte y manejo tienen un área de trabajo asignada que varía de acuerdo al rendimiento personal. Las trabajadoras inician con una superficie de 1.800 metros cuadrados que se va incrementando de acuerdo a su aptitud, y pueden llegar a tener asignados 2.800 metros, por los cuales se les paga un sueldo proporcional.

Las trabajadoras que tienen 1.800 metros son la mayoría, y su sueldo asciende a 19.500 pesos, menos los descuentos correspondientes al Seguro Social, impuestos, etcétera, en tanto que las trabajadoras que tienen un área de 2.800 metros ganan 31.000 pesos con sus respectivos descuentos. Durante la temporada alta, en la cual laboran horas extras, estos montos pueden ascender a 21.600 en el primer caso y a 50.000 en el segundo.

En el empaque, las encajadoras ganan 180 pesos por cada paquete seleccionado de 25 tallos. Se afirma que las trabajadoras llegan a ganar un promedio de 23.500 a 28.000 pesos por día, lo que significa que lograron hacer de 130 a 150 paquetes en un día en temporada normal, con horarios de 7 de la mañana a 4 de la tarde. Sin embargo, algunas de las trabajadoras entrevistadas señalaron que realizaban de 170 a 230 paquetes, y en temporada alta las más veloces lograban empacar hasta 400 paquetes al día, lo que les da ingresos hasta por 72.000 pesos diarios, trabajando horas extras en horarios que se extienden a las diez u once de la noche.

No obstante, los ingresos que se obtienen durante la temporada alta en invernadero y empaque no rebasan las 6 semanas al año, dos semanas antes del día de San Valentín (14 de febrero), dos antes del día de las madres (10 de mayo) y dos en el mes de diciembre (para las fiestas navideñas y de Año Nuevo). Normalmente, el tiempo promedio para empacar es de 6 a 10 flores por minuto y en invernadero la trabajadora corta entre 8 y 10 flores por minuto.

Cabe señalar que también las formas de pago y de contratación varían mucho, según la magnitud de la empresa. Por ejemplo, en una empresa pequeña de 0,5 hectáreas y en otra de 3 hectáreas, las trabajadoras contratadas realizaban tanto las tareas de corte y manejo en invernadero, como el empaque y encajonamiento, recibiendo salarios de 12 a 15 mil pesos, mientras que los hombres desempeñaban las tareas de supervisión, mantenimiento y fumigación, con salarios de 19 a 25 mil pesos. Además, las grandes empresas cuentan con las prestaciones que establece la Ley, es decir, seguro médico, aguinaldo, prima dominical y vacaciones, mientras que, por lo regular las empresas pequeñas no ofrecen ningún tipo de seguridad social a sus trabajadores.

Perfil de las trabajadoras

A pesar de las diferencias que se dan entre las empresas en las formas de organizar los procesos de trabajo y de contratar a sus trabajadores, se puede decir que el perfil de la mano de obra empleada en el sector es el mismo.

En cuanto a las características de mano de obra femenina, podemos avanzar los resultados de una encuesta aplicada a 40 trabajadoras de invernadero y empaque, en cuatro empresas productoras de rosa, tres de ellas ubicadas en el municipio de Villa Guerrero y una localizada en el municipio de Tenancingo. Dos son empresas del consorcio estudiado y otras dos son pequeñas empresas independientes.

Se observó que el 65% de las trabajadoras de la muestra tienen entre 13 y 22 años (un promedio de 17 años), contrastando con el 5% que tienen entre 43 y 46 años. La información que arroja esta muestra coincide con el estudio de J. F. Camacho y otros investigadores de la Universidad de Chapingo (1989, p. 169), quienes detectaron que en 1988 la edad promedio de las trabajadoras oscilaba entre 16 y 20 años (promedio de 18 años). Alicia E. Silva de Rojas (1981, p. 33) encuentra que la edad promedio de las obreras floristas en Colombia es de 18 años, mientras que los datos de Diana Medrano (1981, p. 10), también en Colombia, confirman un promedio de edad de 20 años, ya que el 43% de las trabajadoras que ella encuesto tenían entre 15 y 25 años. En cualquier caso, los datos confirman la tendencia general a la contratación de mano de obra femenina bastante joven en el sector florícola.

En relación al lugar de origen de esta mano de obra femenina, el 55% son originarias de Villa Guerrero, donde se encuentran localizadas 3 de las empresas estudiadas, y el resto son de los municipios cercanos. Es decir, no hay migración interestatal para cubrir la demanda de fuerza de trabajo en este sector, sino que se trata de mano de obra local.

Respecto al nivel de estudios de las trabajadoras, el 22% tiene primaria incompleta, el 37% tiene primaria completa, el 22% tiene secundaria completa y un 15% tiene estudios de secretaría, computación o programador analista. Esta última situación es muy interesante pues en VisaFlor encontramos que algunas de las trabajadoras habían hecho estudios de secretaría o de computación y se encontraban laborando como encajonadoras, empapeladoras o en corte y manejo.

Es importante resaltar que el 20% de las trabajadoras empezaron a trabajar a los 13 años, siendo el 70% las que iniciaron de los 13 a los 17 años. La antigüedad del 20% de las trabajadoras se encuentra entre 2 y 10 años, mientras que una parte considerable (33%) tiene apenas unos días, y hasta menos de un año.

Algunas conclusiones

Como podemos observar, el panorama general que ofrece actualmente la floricultura en México es aún incierto, porque se trata de un sector nuevo que, a diez años de haber surgido, enfrenta una crisis severa de la que muy pocos han logrado salir librados. No obstante, se trata de un sector que muy probablemente tenderá a crecer, de la misma manera que lo está haciendo el sector frutihortícola de exportación, porque en el nuevo modelo de crecimiento de nuestro país se ha puesto énfasis en nuestra vocación agroexportadora, y en las ventajas comparativas que ofrece esta producción, entre otras cosas, porque es fuente generadora de empleo (Lara, 1993).

El problema que hoy vemos es que no es la floricultura en general la que crea empleos, ni tampoco la floricultura de pequeños productores. Según hemos podido constatar en el estado de México, la producción de flores a cielo abierto demanda mano de obra básicamente para la

cosecha y, en su defecto, ha crecido en detrimento de una diversidad de cultivos que antes se daban en la región. Además, ha provocado serios problemas de contaminación de aguas y suelos, y la calidad de los productos que genera no permite su exportación, en tanto que la comercialización en el mercado nacional se encuentra en manos de una serie de intermediarios que finalmente son los que se benefician más de esta producción.

Por su parte, la producción de invernadero, que es la que ha ampliado el mercado de trabajo en la región, especialmente para las mujeres jóvenes, padece hoy en día una serie de problemas. Esta producción requiere de fuertes inversiones para la instalación de invernaderos, compra de material reproductivo (esquejes, bulbos o semillas) que se importan de Francia y Holanda. Actualmente los créditos para financiar estas cuantiosas inversiones son escasos y caros, muchos productores a la fecha han caído en la quiebra por no poder cubrir sus deudas con la banca, como señalamos arriba. Por esta razón, se ha ido estrangulando el sector, y actualmente solo son una cincuentena de empresas las que continúan operando a nivel nacional, de las cuales únicamente 17 tienen perspectivas de crecer.

A lo anterior hay que añadir que la competencia que debe enfrentar este sector en el mercado internacional es muy fuerte, y a menudo desleal. De esta manera, las empresas se han visto obligadas a llevar a cabo una reestructuración a fondo de su esquema operativo, lo cual ha tenido un fuerte impacto sobre la mano de obra.

Dada la situación general que enfrenta la floricultura en nuestro país, podemos pensar que solo las empresas como VisaFlor tienen posibilidades de lograr competitividad en el mercado internacional. Esto supone no solo grandes inversiones de capital, sino un esquema de funcionamiento flexible. En el caso del consorcio estudiado, esto se ha conseguido mediante la integración de un conjunto de empresas y la asociación con capital transnacional, que controla las fases hacia arriba (empresas que se especializan en la producción de material vegetativo, en la construcción de invernaderos, en la fabricación de insumos, etc.), y hacia abajo (importadores, mayoristas, capital financiero, etc.) del proceso de trabajo.

Por otro lado, se apoya en una organización de la producción que permite la especialización de la mano de obra mediante una estricta división sexual de tareas. A su vez, implementa una serie de formas de trabajo y de pago que le permiten elevar la productividad del trabajo, gracias a que ofrece mejores condiciones de trabajo que las pequeñas o medianas empresas. Estas, intentan sobrevivir a las dificultades de la crisis, restringiendo aún más los salarios y las prestaciones de sus trabajadores.

No obstante, es importante tomar en cuenta que estas nuevas formas de organización del trabajo que implementan las empresas modernas han sido puestas en marcha utilizando básicamente mano de obra femenina y joven. Se puede pensar que esto es así porque las mujeres no tienen otras alternativas de empleo mejores en la región, a pesar de que tengan un alto nivel de escolaridad, en relación al promedio rural. Además, se trata de una población muy joven, con escasa experiencia laboral y mayor disponibilidad para adaptarse a los nuevos esquemas de organización.

Podemos concluir que las posibilidades de crecimiento del sector florícola de exportación, en la situación que prevalece en el mercado internacional, se encuentran en empresas como la estudiada, que se proyectan como el modelo actual de empresa moderna agroexportadora en nuestro país. En este sentido, es de preverse que el mercado de trabajo que puedan desarrollar tenderá a privilegiar el empleo de mujeres jóvenes, con cierto grado de escolaridad y escasa experiencia laboral. De tal manera, el sector florícola de exportación crecerá como un espacio de empleo femenino y precario.

Bibliografía

Arizpe, L. y Aranda, J. (1981). Empleo agroindustrial y participación de las mujeres en el desarrollo rural: un estudio de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, Michoacán. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Organización Internacional del Trabajo (OIT), 24-28 de agosto, Pátzcuaro, México.

Arango, G. (1985). *Estructura económica colombiana.* Bogotá: Colección Profesores, Universidad.

Barrón, M. A. (1993). *Los mercados de trabajo rurales: el caso de las hortalizas en México*, Tesis de Doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.

Becerril, O. (1993). ¿Cómo las trabajadoras agrícolas de la flor hacen femenino el proceso de trabajo? Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, del 29 de julio al 5 de agosto, México.

Camacho, J. F. *et al.* (1989). *Situación actual y perspectivas de la floricultura en el estado de México*. Tesis profesional de licenciatura, Dpto. de Sociología Rural, Universidad Autónoma de Chapingo, México.

Consejo Mexicano de la Flor, A. C. (CMF) y Consejo de la Flor del Estado de México (CFEM). (1992). *Anteproyecto: Centro de demostración florícola CNIH-CMF*. México: mecanoscrito.

FIRA. (1987, 31 de agosto). Experiencia de una empresa productora de flor para exportación. *Boletín Informativo, 19*(188), (México).

FIRA. (1989, 31 de mayo). La floricultura en México y la comercialización internacional. *Boletín Informativo, 21*(205), (México).

García, G. A. (1988). *Canales de comercialización de flores en México*. Tesis profesional de licenciatura, Dpto. de Fitotecnia, Universidad Autónoma de Chapingo, México.

Guzmán, B. (1991, abril). Flores para el mundo. *Agricultura Tropical, 28*(1), (Colombia: ACIA).

Instituto Mexicano de Comercio Exterior (IMCE). (s.f.). *Mercado de flores y plantas de ornato en los Estados Unidos*. México: IMCE.

Lara, S. M. (1992). La flexibilidad del mercado de trabajo rural. *Revista Mexicana de Sociología, 92*(1), (México: IIS-UNAM).

Lara, S. M. (1993a). Efectos de la flexibilidad en el mercado de trabajo rural. *Trabajo, 9*, (México: CAT-SEP; UAM-I).

Lara, S. M. (1993b). La feminización de los mercados de trabajo rurales: la cara de la flexibilidad en el campo latinoamericano. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, del 29 de julio al 5 de agosto, México.

Lara, S. M. (1993c). Le conditinnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa. Ou comment à travers solidarités et conflits se construit une qualification. *Cahiers du GEDISST, 7: La qualification, un enjeu des rapports sociaux de sexe*, (París: IRESCO-CNRS).

Medrano, D. (1981). Efectos de los procesos de cambio social sobre la condición de la mujer rural: el caso de las obreras floristas de la agroindustria exportadora de flores de la Sabana de Bogotá. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Organización Internacional del Trabajo (OIT), 24-28 de agosto, Pátzcuaro, México.

Millán, O. (1991). Orígenes de la floricultura en Villa Guerrero. *Hojas de Sal*, *1*(0), (México: Instituto Mexiquense de Cultura).

SARH. (1992, diciembre). *Estrategia nacional de mediano plazo (1992-1999) de desarrollo y promoción de las exportaciones de flores. Datos básicos para su Elaboración*. S.d.: SARH.

Silva de Rojas, A. E. (1981). Efectos del empleo de mano de obra femenina en la industria de las flores: un estudio de caso en Colombia. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Organización Internacional del Trabajo (OIT), 24-28 de agosto, Pátzcuaro, México.

Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada*

Uno de los argumentos que más han afectado a las trabajadoras rurales es que constituyen una mano de obra no calificada, porque las habilidades que despliegan en los procesos de trabajo, por las cuales son preferidas por los empleadores, no corresponden a un proceso formal de calificación, sino a una cualidad natural. Este argumento es sostenido sistemáticamente por quienes las contratan, e incluso es aceptado por los trabajadores y por las mismas trabajadoras.[1]

Se ha hecho tan común hablar de la "descalificación" femenina, que se parte de ella como si se tratara de una premisa, que se puede constatar en diferentes sectores, al observar los puestos que ocupan las mujeres, los salarios que reciben y las dificultades que encuentran para ascender en los escalafones laborales. Aunque se señale que esto es resultado de la desigualdad de oportunidades que enfrentan las mujeres dentro del sistema social, se plantea con frecuencia que la causa es el bajo nivel de escolaridad femenina, como si la calificación dependiera estrictamente de la escolaridad y ello determinara las formas de acceso de las mujeres al mercado de trabajo (González Salazar, 1988).

En primer lugar, la escolaridad femenina varía mucho según el sector que se analice, las regiones que se estudien y el tipo de trabajadoras que

* Extraído de Lara, S. M. (1995). Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada, pp. 165-186. En S. González y V. Salles (Coords.), *Relaciones de Género y Transformaciones Agrarias: estudios sobre el campo mexicano.* México: El Colegio de México. [ISBN 968-12-0635-5].

1. El estudio realizado por Josefina Aranda y Lourdes Arizpe en Zamora, Michoacán (1981, p. 17), señala que "la gran mayoría de las obreras piensa que su baja escolaridad les ha impedido ingresar a otros empleos".

se seleccione. Por ejemplo, la población sin ningún grado de instrucción es casi el triple en el sector rural respecto a las zonas urbanas, y la mayoría de la población no instruida es femenina (Pedrero y Ambriz, 1992). Sin embargo, en el sector agroexportador constatamos que son las trabajadoras locales quienes tienen un mayor nivel de escolaridad entre los asalariados.

A propósito de las trabajadoras de las hortalizas, un estudio realizado en Sinaloa detectó que 38% de las entrevistadas tenía primaria completa, 56% había cursado parcialmente la educación primaria y 12% había iniciado estudios de secundaria (Salazar, 1986, p. 35). En Baja California, Lucila Díaz Ronner (1981) encontró que casi la mitad de las trabajadoras nacidas en ese estado y de las migrantes sinaloenses había terminado la primaria. Algunas tenían estudios de secundaria. Por el contrario, las trabajadoras migrantes de los estados del sur de la República, que llegan a trabajar en el corte de hortalizas, tienen menor grado de escolaridad y es entre ellas donde se encuentran los mayores índices de analfabetismo.[2] Pero en este mismo estudio se señala que, de la población ubicada en campamentos y que declaró estar estudiando, 7,8% cursaba secundaria y 1,8% preparatoria.

Aunque Josefina Aranda y Lourdes Arizpe (1981) encuentran que el 16% de las trabajadoras de la fresa que fueron entrevistadas no tenía ningún estudio, el 3,7% había cursado la secundaria o la preparatoria, pero como ellas mismas lo señalaban, esto no constituía una garantía para que tuvieran acceso a otro tipo de empleos con mayores ingresos o prestigio, por eso preferían trabajar en la agroindustria, pues ganaban más allí que en una oficina o en algún comercio.

A nivel nacional, un estudio reciente (Martínez, 1992) señala que el grado de instrucción de hombres y mujeres dentro de la población económicamente activa no presenta diferencias significativas, e incluso se observa que la escolaridad de las mujeres ha ido en ascenso.[3] En parti-

2. Un estudio reciente de Pronasol (1991) realizado en campamentos y colonias de trabajadores en este mismo estado encontró que más del 35% de la población mayor de 15 años era analfabeta.

3. Según Alicia Martínez (1992), en 1988 el nivel de instrucción de la PEA muestra una situación similar entre hombres y mujeres en las categorías de sin instrucción y primaria incompleta, constituyendo en ambos casos un 20%. Respecto a la primaria completa hay una proporción levemente mayor de mujeres; pero el porcentaje de mujeres con formación en el nivel secundario es notoriamente más alto (37%) que el de los hombres (29%). Esta proporción se invierte en los niveles superiores, en los que sigue habiendo

cular, la proporción de mujeres que ingresan a la modalidad de capacitación para el trabajo es mayor que la de los hombres.[4] Sin embargo, ello no se ha traducido en mejores oportunidades de trabajo para las mujeres, ni en un incremento de sus ingresos o en mayores posibilidades de acceso a puestos de dirección; tampoco ha facilitado la inserción femenina en las grandes empresas (Ibarra, 1993).

Si bien el espectro de opciones de empleo para las mujeres se ha modificado debido a su creciente participación en ramas tan dinámicas de la economía como lo son la industria maquiladora de exportación y el sector agroexportador, siguen interviniendo en las fases de los procesos de trabajo que son intensivas en mano de obra, con empleos eventuales y horarios discontinuos, con retribuciones a destajo y con muy pocas posibilidades de ascender en las jerarquías laborales, es decir, bajo condiciones de trabajo sumamente precarias (Lara, 1993).

Por otro lado, es en el sector servicios donde continúa encontrándose el mayor porcentaje de PEA femenina (52,6%), y aunque es difícil tener datos precisos respecto a la llamada economía informal, se sabe que este sector va en aumento y que el número de mujeres que participan en él es mayor que el de hombres.[5] Esto significa que aun si el índice de escolaridad femenina ha aumentado, este no está influyendo en un cambio sustancial en el mercado de trabajo al cual tienen acceso las mujeres.

Si esto es así, es porque el lugar que ellas ocupan en el mercado de trabajo no depende estrictamente de su formación escolar, y porque la calificación que tienen corresponde a los puestos que se les ofrecen dentro de un mercado de trabajo distinto al masculino. Es decir, en ramas y sectores de la producción diferentes, con formas de empleo y de remuneración también diferentes (Kergoat, 1984b).

---

una mayor participación masculina (28%) en comparación con la femenina (29%). En los últimos años, el ingreso de mujeres a las universidades ha ido en aumento.

4. Este tipo de formación, que otorgan las propias empresas, algunos sindicatos o centrales obreras y el Estado, mediante la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, se ofrece a adultos que han quedado al margen de las oportunidades del sistema de educación formal (Martínez, 1992, p. 13).

5. Según datos del INEGI, actualmente uno de cada tres habitantes incorporados a la PEA se ubica en el sector informal (*La Jornada*, 1993, 4 de enero, p. 19). En 1980, el 35% de la PEA masculina estaba en este sector, en tanto que este porcentaje era del 47% en el caso de la PEA femenina (Martínez, 1992).

En este trabajo me interesa analizar qué saberes se movilizan en el ejercicio de una tarea femenina, dónde se aprenden y cómo se transmiten, con el fin de dar a la noción de calificación una dimensión genérica, poniendo en evidencia la relación diferencial de hombres y mujeres frente a la calificación.

Basándome en el ejemplo de las empacadoras de hortalizas en el estado de Sinaloa, me propongo mostrar, primero, que las habilidades que estas mujeres despliegan en el proceso de producción no son naturales, sino sociales; o sea, que son el producto de un aprendizaje, aunque este no haya tenido lugar en un espacio formal o de manera institucionalizada. En segundo lugar, que este aprendizaje es un proceso que supone una transmisión sistemática de conocimientos, tanto en el hogar como en los empaques, proceso que hoy en día involucra a más de cuatro generaciones de trabajadoras. Además, la tarea de empacar no es únicamente una habilidad técnica, sino que integra también una serie de competencias gracias a las cuales las empresas hortícolas logran acceder al mercado internacional. No obstante, se escatima la condición de "obreras calificadas" a estas trabajadoras, porque tanto empresarios como trabajadores aplican una noción sexista de la calificación, que permite devaluar la fuerza de trabajo femenina y someterla a condiciones laborales de extrema precarización.

Para poder mostrar esta posición, considero importante analizar cómo el empaque de hortalizas se convierte en un trabajo femenino en esta región, cómo se aprende y se transmite, cómo se ejerce y evoluciona con los cambios tecnológicos introducidos con la modernización agrícola.

Contenido de los saberes de las mujeres empacadoras

Desde que surgió la horticultura sinaloense, a principios de siglo, mujeres y niños fueron contratados para apoyar el trabajo masculino de plantar y cosechar las hortalizas; pero ya desde esta época se contrató mano de obra principalmente femenina para los empaques.

La organización del trabajo de los empaques era, al principio, muy simple: el tomate se transportaba en carros tirados por mulas desde el campo

hasta unos grandes tejabanes donde algunos hombres lo vaciaban en tinas para lavarlo; después lo acomodaban en largas mesas para que unas mujeres lo seleccionaran por tamaño y color, y otras lo empacaran.

Poco a poco, la producción hortícola del estado de Sinaloa representó una fuerte competencia para los productores norteamericanos de Florida, por lo que, a raíz de la crisis de 1929, cuando se expidieron en Estados Unidos normas muy estrictas para la importación de hortalizas, los productores sinaloenses se vieron obligados a mejorar no solo la calidad de los productos que enviaban a ese país, sino también su presentación (Carton de Grammont, 1990). Es así como comenzaron a construirse verdaderas "fábricas" para el acondicionamiento de productos, es decir, espacios para seleccionar, empacar, almacenar y refrigerar las hortalizas, antes de ser transportadas y distribuidas a su destino final.

La actividad de las mujeres empacadoras se volvió entonces sumamente importante para el desarrollo de las empresas. Aunque aparentemente su trabajo consistía solo en tornar de las tinas el producto ya clasificado, envolverlo en un papel de china y acomodarlo en rejas de madera, tarea que no parece implicar ningún grado de complejidad por el cual ellas pudieran ser consideradas como resultado de una calificación, su labor suponía una gran responsabilidad y una capacidad particular para manejar situaciones relacionales complejas.

En efecto, su trabajo debía efectuarse con gran habilidad y rapidez, ya que se trataba de productos perecederos con los que existe siempre premura de empacarlos y refrigerarlos para que no se deterioren. Desde entonces, ellas fueron las responsables de que cada caja llevara un producto estrictamente clasificado por color y por tamaño, de acuerdo con el tipo de demanda del mercado. Esa labor supone una gran responsabilidad, ya que una carga completa de tomate que se envía a Estados Unidos puede ser devuelta al productor si se encuentran irregularidades en el empaque.

Las empacadoras eran también las encargadas de conseguir a un grupo de seleccionadoras que las abasteciera rápidamente del producto clasificado, y de formar con ellas un equipo de trabajo eficiente. Hoy en día esta situación sigue siendo crucial para las mujeres empacadoras, ya que su salario se establece "por tarea", y por eso su productividad depende, en gran medida, de la celeridad de sus seleccionadoras. A su vez, encontraban en

la empacadora una maestra que les enseñaba la técnica de seleccionar y de empacar, así como una "ética profesional", es decir, el sistema de trabajo en equipo y la manera de comportarse para lograr el respeto de los demás.

Puede decirse que existía entre ellas una especie de alianza, revestida muchas veces por relaciones de parentesco reales, o creadas exprofeso (por ejemplo, la empacadora era madrina de las seleccionadoras de su equipo), y que operaba como una red de solidaridades básicas garantizando el trabajo en los empaques.

En épocas de gran demanda de hortalizas en el mercado internacional, era común que las jornadas de trabajo se prolongaran más de doce horas. Entonces, la empacadora se comprometía a negociar con las familias de las seleccionadoras la autorización para que estas pudieran quedarse a trabajar hasta altas horas de la noche, a cambio de que el jefe del empaque les pagase las horas suplementarias; ella se responsabilizaba de su buen regreso a casa. Además, en caso de ser necesario, negociaba con el jefe los permisos para que las seleccionadoras dejaran de ir a trabajar cuando así lo necesitaran, debido a sus compromisos familiares.

La incorporación de las mujeres a los empaques generó múltiples conflictos al interior de los hogares campesinos, sobre todo por parte de los padres, los maridos o los hermanos, porque se rompía con la tradición de que se quedaran en el hogar.[6] Por eso se hizo necesaria la intervención de las mujeres empacadoras, quienes cumplían con el papel de intermediarias entre las empresas y las familias campesinas. La empacadora, que por lo regular era una mujer de edad madura y respetada en la comunidad, se convertía así en la garante moral de quienes le eran confiadas para trabajar en los empaques, la mayoría de ellas jovencitas y solteras. Ella garantizaba a los familiares de sus seleccionadoras el respaldo moral necesario para que fueran a trabajar fuera de sus hogares, y al mismo tiempo se convertía en la negociadora de sus condiciones de trabajo con la empresa.

Por eso, una de las cualidades desplegadas por las mujeres empacadoras fue la de manejar las relaciones de solidaridad en el interior de su equipo de trabajo, y las relaciones de conflicto o de tensión con la empresa. Esta capacidad se extendía incluso fuera del ámbito laboral, porque la disponibilidad

6. Esta situación es descrita también por Aranda y Arizpe (1981), y se ejemplifica con los discursos de los padres que se oponían a que sus hijas trabajaran por el miedo de que fueran robadas o violadas.

exigida a las trabajadoras en el empaque suponía la no disponibilidad en sus hogares, aunque esto no las eximía de cumplir con sus tareas domésticas, todo lo cual llevó a las trabajadoras a desarrollar diferentes formas de ayuda entre ellas para cuidar a sus niños y para realizar los quehaceres domésticos.

La modernización agrícola y la entrada de nuevas tecnologías modificó, sin duda, el contenido de esta tarea, pese a lo cual su práctica sigue demandando la calificación técnica y la capacidad negociadora de las empacadoras, tanto en la fábrica como en sus hogares, obligándola a movilizar en ambos espacios un universo de solidaridades y de conflictos.

Adquisición y transmisión de saberes

Los saberes que permiten formar a una empacadora se adquieren en un tiempo y un espacio que van más allá del hogar y de su formación como "futuras madres" (Kergoat, 1984a). La capacidad técnica y la experiencia personal en el manejo de situaciones relacionales se aprenden también en la fábrica y "sobre la marcha".

Desde niñas, las trabajadoras se familiarizan en la rutina del hogar con el manejo de las frutas y legumbres, las cuales dentro del empaque constituyen la "materia de trabajo". Aprenden a conocerlas y a manipularlas, limpiándolas, cortándolas o cocinándolas. Se familiarizan también con el propio empaque, porque sus abuelas, sus madres, y en general las mujeres de la comunidad, pasan sus vidas en la "fábrica". Ellas mismas permanecen allí en sus vacaciones y días de descanso escolar, aprendiendo a seleccionar o a empacar, "jugando" o "ayudando" a otras mujeres hasta que ingresan a ese espacio como aprendices, entre los 14 y los 16 años.

Se trata de un aprendizaje colectivo y no individual, inculcado sistemáticamente, aunque de manera informal, con una duración indeterminada, imposible de medir o cuantificar; sobre todo porque lo que se aprende no es solo una manera particular de ser obrera, sino de ser mujer.

El aprendizaje de esta tarea se opera por socialización: los gestos técnicos se observan al ser realizados por otra mujer, lo que conlleva no solo una relación con el producto, sino entre personas, entre mujeres.

Es un gesto a la vez técnico y social, que se acompaña con un lenguaje del oficio (jerga), y con una mímica en la cual está inscrito un simbolismo del cuerpo que expresa el placer y el sufrimiento del trabajo (Zarca, 1988, pp. 247-273). De esta manera, el empaque es más que un centro de trabajo, es un espacio de socialización y de encuentro con otras mujeres y con hombres, una escuela donde se aprende una técnica y el manejo de relaciones sociales complejas y contradictorias.

Mediante la transmisión de saberes, que se da entre mujeres de diferentes edades, se tejen relaciones de maestra/aprendiz que trascienden el ámbito laboral. Por eso, no todas las mujeres que asisten a un empaque aprenden a empacar. Solo se "califican" las que, además de adquirir una habilidad técnica, son capaces de asimilar el conjunto de saberes que integran el oficio y el estilo de vida que lo acompaña.

Parte de la ética de una empacadora es la de cumplir con los compromisos que se establecen tanto con el patrón como con las familias de las mujeres que se llevan al empaque. Eso las obliga a estructurar su vida personal de una manera particular: las empacadoras son por lo regular "jefas de hogar".[7] Sus historias de vida muestran que constantemente han sido abandonadas por sus compañeros o sus maridos y que son sus madres las que realizan el trabajo doméstico y cuidan a sus hijos mientras ellas trabajan. Así, desde hace más de cuatro generaciones la madre deja de empacar para cuidar a los hijos de sus hijas cuando estas llegan a ser empacadoras. El esquema se repite en una especie de relevo permanente, garantizando la mano de obra femenina en los empaques.[8]

7. Roldán (1981) encuentra en Sinaloa que casi el 15% de sus entrevistadas eran "jefas de hogar", entre las que se incluían viudas, separadas y abandonadas. En el caso estudiado por Aranda y Arizpe (1981), 5,7% eran divorciadas, viudas o abandonadas. Sin embargo, nuestro trabajo de campo nos muestra que muchas mujeres que declaran tener esposo, de hecho, viven solas porque sus maridos migran o tienen otras mujeres. De la misma manera, muchas jovencitas declaradas como "hijas de familia", en realidad son madres solteras que permanecen con sus padres o con su madre, a pesar de haber tenido hijos. Las entrevistas hechas recientemente en un empaque de hortalizas en Sinaloa indican que más de la mitad de las trabajadoras no tenían pareja y eran responsables del sostén de sus padres e hijos. No obstante, es un fenómeno difícil de cuantificar porque las mujeres no declaran su situación real porque se sienten avergonzadas.

8. En el trabajo de campo recogimos historias de vida de mujeres de distintas generaciones, empezando con las abuelas, mujeres de 80 a 90 años, que habían sido las primeras empacadoras en Sinaloa, hasta terminar con sus nietas o bisnietas, mujeres de 15 a 19 años. Ellas declararon que, si en un momento habían tenido pareja, se trató de situaciones muy coyunturales, dado que la constante movilidad debida a su trabajo y las prolongadas jornadas laborales no les permitían cumplir con sus compromisos familiares, por lo que terminaron siendo abandonadas por sus compañeros.

Esta forma *sui generis* de vivir conformando familias de mujeres de diferentes generaciones, sin apoyo masculino, forma parte de su identidad como trabajadoras. Sin embargo, ello muestra que, si bien la división sexual del trabajo ha podido cambiar integrando a las mujeres masivamente al sector asalariado, las relaciones sociales de sexo no se han transformado.

Efectos de las "nuevas tecnologías" sobre el oficio

La introducción de nuevas tecnologías no tiene un impacto unívoco sobre la calificación obrera. Esta puede variar como consecuencia de las diferentes estrategias empresariales o de la resistencia obrera, según los contextos sociales particulares y el comportamiento de los mercados de trabajo y de productos. Sin embargo, la entrada de nuevas tecnologías y la "taylorización" de los procesos de trabajo producen cambios evidentes, algunos de los cuales apuntan a la reformulación de determinadas competencias, mientras otros tienden a su desaparición.

En la producción de hortalizas, la modernización del proceso de trabajo y la automatización de los empaques es consecuencia de la intensificación de la competencia entre los productores americanos y los sinaloenses en el mercado internacional, lo que genera nuevos puestos de trabajo y nuevas figuras obreras.

Ciertas tareas se mecanizan, lo que implica la operación de máquinas más o menos sofisticadas, según la magnitud de la empresa. Aparece, por ejemplo, el jefe de bandas, que controla mecánicamente o por computación el movimiento de las bandas por las que corre el producto, y la acción de los transportadores por los que arriban las cajas. Se crean también los puestos de conductores de carros montacargas, encargados de transportar y estibar las cajas en los almacenes, y los puestos de los responsables de los cuartos de refrigeración y gaseado. Se contrata a los ingenieros que diseñan el empaque y a los mecánicos que dan mantenimiento a toda esa maquinaria. Estos puestos suponen un adiestramiento más o menos complejo, por lo cual se les reconoce una calificación.

Por el contrario, otras tareas desaparecen o se simplifican y se hacen rutinarias y parcializadas. La selección del producto continúa realizándose manualmente. Las seleccionadoras reciben, por medio de bandas, un producto lavado y clasificado automática y previamente por tamaño gracias a la operación de las cribadoras. Su trabajo consiste en retirar los productos defectuosos y, en el caso del tomate, clasificarlo de acuerdo con el color, lo que indica el grado de maduración. Pero ahora es la cadena, controlada por el jefe del empaque, la que impone el ritmo de trabajo. Las empacadoras dejan de depender de la "buena voluntad" de las seleccionadoras que antes las abastecían rápidamente del producto.

Los nuevos métodos de gestión de la mano de obra que acompañan estas tecnologías transforman las relaciones entre empacadoras y seleccionadoras, ya que ahora es el jefe del empaque quien se encarga de contratar al personal, de organizar los equipos de trabajo, de decidir quién debe aprender a empacar y quién puede enseñar esta tarea. Frecuentemente, esta elección se hace con criterios sexistas que ponen en conflicto a las trabajadoras. Además, se transforma el sistema de valores y de códigos comunes, porque se ponen en práctica incentivos de carácter individual para aumentar la productividad de las trabajadoras, trastocando las relaciones de solidaridad entre ellas.

La introducción de nuevas tecnologías conduce así a una reformulación de la competencia de las empacadoras, que no solo deben adaptar su lenguaje gestual a las bandas y a las nuevas formas de organización del trabajo, sino que ahora también deben integrar nuevas formas de solidaridad y nuevos conflictos a su capacidad para manejar las situaciones relacionales.

A pesar de todo, la destreza de las empacadoras sigue siendo necesaria para el funcionamiento de los empaques. Ellas son las responsables de que cada caja que se exporta contenga un producto estrictamente seleccionado por color y por tamaño, sin ningún tipo de imperfección, lo que supone una vigilancia rigurosa del trabajo que las seleccionadoras realizan, al ritmo establecido por las bandas.

Pese a la intervención del supervisor para decidir quién aprende y quién enseña, siguen siendo las mujeres empacadoras de la región las depositarias de un saber acumulado por cuatro generaciones. En este

sentido, aun si individualmente son "reemplazables", cada temporada los empresarios se disputan a las mejores empacadoras del ciclo anterior, que son indispensables para garantizar la calidad del empaque, así como la transmisión de los saberes que implica la realización de esta tarea.

Esta situación es aún más clara actualmente, porque las empresas agroexportadoras se ven obligadas a llevar a las empacadoras de Sinaloa a las regiones a donde han extendido sus operaciones para que allí enseñen a empacar a otras mujeres,[9] y siguen dependiendo en muchos casos de ellas para abastecerse de un equipo de seleccionadoras a quienes puedan trasladar lejos de sus lugares de origen, gracias a que las empacadoras obtienen la confianza de sus familias.

Lucila Díaz Ronner (1981), por ejemplo, encontró en Baja California que la mayoría de las mujeres empacadoras de hortalizas eran originarias de Sinaloa y que el tiempo de experiencia entre las de 19 a 25 años era de 6,5 años; en tanto que para las mujeres mayores de 25 este promedio se extendía hasta 14 años. Además, observó que entre estas trabajadoras había tanto mujeres analfabetas, como con estudios de secundaria, por lo que, evidentemente, el factor escolaridad no jugaba ningún papel importante en su inserción como empacadoras.

La implementación de nuevas tecnologías en los empaques, el desarrollo y la expansión de las empresas hortícolas dedicadas a la exportación descansan sobre calificaciones preexistentes de las trabajadoras y, lejos de provocar un movimiento de descalificación global de la fuerza de trabajo, producen la refuncionalización de algunas competencias.[10]

---

9. El crecimiento de las empresas más grandes y modernas se ha dado mediante un mecanismo de expansión a otros estados de la república, de tal manera que hoy puede decirse que existe un corredor de agricultura de exportación que incluye a Baja California Norte, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Michoacán y Guerrero.

10. Una de las estrategias de modernización de las empresas agroexportadoras en los últimos años ha sido la de diversificar su producción, ampliando las variedades de productos. Así, tan solo en la producción de tomate se ha pasado de tres variedades (maduro, verde y roma) a siete (maduro, verde, roma, *cherry*, *saladette*, tomatillo e industrial). Mientras en los años setenta se manejaba un cuadro básico de 24 productos, hoy se tienen 90 variedades. Una diversidad tan grande de productos ha exigido la readaptación de los conocimientos de las trabajadoras para participar en los distintos procesos productivos.

Prácticas defensivas e identidad de oficio

En el proceso de trabajo, los saberes que portan los trabajadores es adaptado a las distintas necesidades, de modo que ofrecen soluciones concretas a problemas específicos. Sin embargo, el capital humano allí objetivado es valorizado de maneras diferentes. Lo que se considera "trabajo calificado" es el resultado de la relación entre los requerimientos de las empresas para cubrir los puestos de trabajo y la experiencia adquirida por los obreros en sus trayectorias personales, lo que se traduce necesariamente en conflictos y negociaciones entre empresas y trabajadores (Dubar, 1987, pp. 3-14).

En el caso que estudiamos, hemos visto que las tareas que realizan las empacadoras son sumamente importantes dentro del proceso de trabajo; no obstante, los puestos que ellas ocupan no tienen el estatus de puestos "calificados". Solo se reconoce como capacidad particular de las empacadoras la rapidez con la cual trabajan, ignorándose el conjunto de saberes que se incorporan en su actividad, porque la noción de calificación que se aplica en este proceso de trabajo es construida bajo una óptica patronal y masculina. Eso crea tensiones tanto entre las trabajadoras y los empleadores, como entre ellas y el resto de los trabajadores.

Para que una mujer llegue a convertirse en empacadora, es necesario que comience como seleccionadora, la que clasifica el tomate que se destina al mercado nacional, que tiene menos exigencias de calidad que aquel que se orienta a la exportación. Según la habilidad que se logra adquirir en una o en varias temporadas, se puede pasar a ser seleccionadora de tomate de exportación. Durante este tiempo, cuya duración es muy variable, algunas mujeres comienzan a ayudar a las empacadoras con el fin de ejercitarse en la tarea, hasta que el jefe del empaque, después de varias temporadas, reconoce su capacidad y contrata a la antigua aprendiz como empacadora.

Acceder al trabajo de empacadora tiene varias ventajas. Su única materia de trabajo será empacar, en tanto que como seleccionadora se desempeñan otras tareas, como limpiar el local y las bandas, o ayudar a los hombres en su trabajo. Además, las empacadoras logran el control de su ritmo de trabajo porque se les paga por tarea, mientras que las seleccionadoras ganan por día y están sometidas al ritmo impuesto por las bandas.

No obstante, si las empacadoras obtienen ingresos significativamente superiores a otros, esto no es el resultado de una mayor valorización de su trabajo, sino de la autoconstricción que ellas se imponen al trabajar por tarea para incrementar su salario. Esto marca una diferencia con otros trabajadores del empaque que son clasificados y pagados como obreros calificados porque su labor parece importante, dado que están encargados del manejo de alguna máquina (por ejemplo, los choferes, los conductores de los carros montacargas que sirven para estibar las cajas o los supervisores de bandas), o porque se supone que tienen un mayor grado de responsabilidad (por ejemplo, los almacenistas o jefes de empaque). Su calificación se considera resultado de una formación más o menos sistemática y, aun si solo se requieren unos cuantos días para aprender este trabajo, en ningún caso se argumentaría que es natural que un hombre pueda encargarse de una máquina porque desde niño se ha familiarizado con las herramientas, ni que pueda fácilmente dirigir al personal de una empresa porque desde su infancia se le ha enseñado a dar órdenes.

Una reacción en contra de esta manera de valorar el trabajo fue la formación de sindicatos femeniles de trabajadoras de los empaques, creados durante la década de los años treinta en el estado de Sinaloa.[11] La mayoría de las demandas interpuestas por estos sindicatos en contra de los patrones se refería a los aumentos salariales y a la lucha en contra de los despidos injustificados, pero sobre todo al reconocimiento de la fuente de trabajo de las empacadoras y las seleccionadoras. Aun si no plantearon demandas que les permitieran gozar de mejores condiciones

11. La información acerca de estos sindicatos fue recopilada personalmente en el Archivo de la Junta de Conciliación y Arbitraje de Sinaloa, ubicado en Culiacán. Allí se encuentran los registros de varios sindicatos mixtos de trabajadores de los campos y empaques tomateros del estado.
Resulta especialmente interesante la formación de algunos sindicatos que aparecen como "femeniles", ubicados en el municipio de El Fuerte, y en particular, la existencia de la Unión Feminista de Obreras y Empleadas del ramo Tomatero y Similares, que operaba en Los Mochis, vinculada muy estrechamente con el Sindicato Industrial de Oficios Varios. Este sindicato es el que abanderó la lucha de los cañeros en los años treinta para la expropiación del ingenio de Los Mochis, que fue cedido a los peones como ejido durante el periodo cardenista.
La información sobre la creación de esta Unión Feminista, sus líderes, las contradicciones que sufrió a lo largo de su corta existencia (1931-1935), las demandas que interpusieron y las movilizaciones que realizaron, son analizadas en la tesis de doctorado que realizo para la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

de trabajo como mujeres (guarderías, incapacidad por maternidad, permisos de lactancia, etc.), les permitieron desplegar prácticas defensivas, tendientes a proteger sus condiciones de empleo. En particular, las empacadoras lucharon para que su labor fuese respetada como tal, es decir, para que no se les obligase a desempeñar otras tareas en la empresa, como frecuentemente se hace con las seleccionadoras. También fue una exigencia la posibilidad de formar sus propios equipos de trabajo sin la intervención de los empleadores ni de los dirigentes sindicales.

No obstante, estas agrupaciones desaparecieron en menos de una década al transformarse en sindicatos mixtos controlados por las grandes centrales obreras con dirección masculina. Así, el combate cotidiano de las empacadoras, desprovistas de órganos de lucha propios, se ha dirigido desde entonces en contra de los empleadores y los líderes sindicales, para tratar de que valoricen sus saberes y otorguen un estatus dentro de las jerarquías profesionales y salariales a los puestos que ellas ocupan. Esta lucha se extiende incluso a sus hogares y a sus comunidades, buscando legitimar allí su situación como trabajadoras, lo que contribuye a crear en ellas un sentimiento de pertenencia a un grupo con el mismo trabajo y con una historia común.

Esta lucha cotidiana no se apoya en una organización sindical o de clase. Se trata de una negociación que se basa en una multiplicidad de estrategias que movilizan la solidaridad de las trabajadoras para conseguir mejores condiciones de trabajo, lo que es fuente permanente de conflictos con los patrones y con el resto de los trabajadores.

Conclusiones

Aunque suele decirse, en los empaques, que fue por la escasez de mano de obra masculina local que se contrató la femenina, podemos observar que desde que se inició la horticultura sinaloense a principios de siglo ha habido faltantes de mano de obra para la cosecha, que se han cubierto con trabajadores migrantes, primero originarios de las regiones serranas del estado de Sinaloa y más tarde por población indígena de los estados del sur de la república. ¿Por qué no fue esa la alternativa en los empaques?

Mi hipótesis es que la tarea de empacar requiere una calificación y supone un tipo de empleo sumamente flexible. Mientras que los trabajadores de los campos son contratados para realizar la cosecha de hortalizas durante jornadas que terminan con la luz del día, las trabajadoras de los empaques tienen horarios de trabajo que pueden extenderse toda la noche si así lo impone una fuerte demanda de exportación. De la misma manera, pueden ser contratadas por unas cuantas horas de labor. Por otra parte, en los campos los jornaleros son empleados por diferentes patrones, lo que les permite que al terminarse la cosecha en una explotación busquen empleo en otra. Así, esta mano de obra migrante puede permanecer hasta seis meses en la región, alternando su trabajo en distintas explotaciones hasta que termina la temporada de cosecha, para regresar después a sus lugares de origen o continuar su marcha hacia otras regiones del país. Por el contrario, en los empaques los patrones buscan asegurarse una mano de obra calificada, dispuesta a permanecer con ellos durante toda la temporada de cosecha, aceptando los altibajos impuestos por el mercado, lo que se traduce en fuertes variaciones de horarios y en una gran discontinuidad en la duración del empleo.

Me parece que esta es la razón por la cual los empaques surgen como un espacio femenino desde su inicio. Son las mujeres de la región las que aprenden el oficio de empacar y lo transmiten a otras, garantizando así la calificación de una tarea que día con día se va haciendo más importante para las empresas, pero que al no ser reconocida como calificada permite el abaratamiento de la fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, es la mano de obra más flexible, porque guardando la norma social que las identifica como "amas de casa" (Arias, 1992), ellas son despedidas y contratadas de un momento a otro, sin generar conflicto social.

Los conocimientos y destrezas exigidos por la tarea de empacar prueban claramente que los saberes de estas mujeres constituyen una calificación, porque no se aprenden de un día para otro, ni son un don natural. Son prácticas diferenciadas sexualmente, aprendidas tanto en el ámbito familiar como en el empaque, transmitidas y aprendidas en ambos espacios de una manera colectiva y no individual, lo que moviliza la solidaridad entre las trabajadoras y genera en ellas una identidad

profesional. Pero al mismo tiempo, su valorización supone una relación que propicia conflictos de clase y de género.

Esto último es resultado de la noción de calificación que comúnmente manejan empleadores y trabajadores, y que es aplicada en la administración del personal. Los elementos sobre los que se apoya esta noción valorizan ante todo la adquisición de conocimientos mediante una formación escolar garantizada por títulos o diplomas y la incorporación de esos conocimientos a los esquemas profesionales; el control de la tecnología, la rareza de ciertos saberes y el hecho de que aparezcan como insustituibles, así como la magnitud de su demanda en el mercado de trabajo.

Para la economía neoclásica, por ejemplo, la calificación es un capital humano característico del factor trabajo, que puede ser medido objetivamente por medio de la productividad marginal y que se traduce directamente en diferencias salariales. Otros enfoques señalan que no se trata de un valor intrínseco del trabajador, sino de una articulación entre diferentes elementos que tienen que ver fundamentalmente con las exigencias que plantea un puesto y con la formación de los trabajadores, articulación que supone una confrontación entre los empleadores, que demandan determinadas cualidades de la mano de obra para acceder a un tipo de puesto, y los sindicatos, que se orientan más bien a lograr la valoración de los saberes y la experiencia de los trabajadores. Ambas estrategias se ponen en juego dentro de las negociaciones salariales y se traducen en un determinado escalafón dentro de las empresas, legitimando así las jerarquías salariales (Dubar, 1987).

Para algunos, la calificación no tiene existencia más que en el campo del trabajo y responde a un tipo de organización de la producción y de la empresa. Según esta lógica, cada proceso plantea un problema de organización particular y recibe una solución singular, y cada puesto de trabajo se define en función de esas necesidades. Este enfoque privilegia el mercado y la organización del trabajo como espacios de constitución y valoración de saberes. De esta manera, dar cuenta de la calificación significa "relacionarla con la dinámica de los métodos de producción", equipos y formas de organización (Reynaud, 1987, p. 87).

Por el contrario, otro tipo de enfoque hace énfasis en el proceso de socialización, y en este sentido la calificación es abordada más desde

el ángulo de su formación que del espacio de trabajo. Se trata de una aproximación biográfica de la calificación que toma en cuenta las trayectorias sociales de los individuos (Segrestin, 1986). Bajo este punto de vista, no se reduce a un conjunto de competencias técnicas, sino que integra otros elementos, como la experiencia personal y los saberes adquiridos por medio de un proceso de socialización, valorando los espacios de aprendizaje "no formales" que integran la dimensión cultural de las calificaciones (Monjardet, 1987).

Esta última es una forma sugerente de aproximarse al concepto de calificación, cuando se la concibe como un conjunto de competencias adquiridas en un espacio formal, como la escuela; cuando para medirla y legitimarla en un escalafón se toma en cuenta su duración temporal o su "rareza" en el mercado de trabajo; cuando se avala mediante diplomas y se le valora solo en el espacio laboral, entonces se ignora todo lo que es experiencia personal y trayectoria individual y desde esta perspectiva toda la formación de las mujeres y la manera en que adquieren sus conocimientos son subestimadas.

Sin embargo, a pesar de las posibilidades que ofrece este sistema de análisis de la calificación, que enfatiza la importancia que tienen las trayectorias individuales en la formación y adquisición de saberes por parte de los individuos, su limitación consiste en que no plantea que toda formación resulta de un proceso que se inscribe dentro de las relaciones sociales de clase y de sexo. Es decir, que las trayectorias individuales son resultado de la posición diferencial de las mujeres y de los hombres en la división sexual del trabajo.

De hecho, esto es lo que define, no solo en la empresa sino en la sociedad, el lugar que ocupan las mujeres en el mercado laboral y en la organización empresarial. A su vez, es lo que explica las diferencias en su formación y en sus trayectorias laborales (Doniol Shaw, 1986; Kergoat, 1982, 1984a, 1984b; Hirata, 1986).

El "fetichismo" de la calificación consiste en mostrarla como un producto neutro y asexuado, que de hecho les niega a los saberes femeninos el estatus de calificados. En primer lugar, porque aunque se valoran las habilidades que las mujeres pueden desempeñar con sus propias manos en un proceso de trabajo, esto no se considera calificación, sino

capacidad natural. Además, su experiencia personal o su capacidad relativa, lejos de valorarse, se presenta como una característica propia del sexo femenino, y pocas veces se reconoce la importancia del proceso de socialización en la adquisición de sus saberes, en lo que ellas han aprendido tanto en el trabajo doméstico como en los oficios o empleos que tradicionalmente se les ofrecen.

El caso de las empacadoras permite mostrar que su habilidad y su destreza en el manejo de las hortalizas no solo las adquieren en sus casas, mediante las tareas que realizan en la cocina, sino durante varias temporadas de trabajo en los empaques, comenzando como aprendices desde que son niñas. Pero como solo se legitima la calificación de manera individual a partir de un aprendizaje obtenido en el espacio de trabajo por medio de canales formales y reconocido mediante títulos o diplomas, las características por las que ellas son contratadas quedan fuera de este ámbito. Como lo hemos visto, estas cualidades resultan de un aprendizaje colectivo y son adquiridas por transmisión oral o gestual de una generación a otra, por lo que su duración no puede medirse. Más aún, como lo que se toma en cuenta es la rareza de los saberes, sus habilidades resultan abundantes porque son registradas como "femeninas" y, por lo tanto, se consideran como algo que toda mujer tiene naturalmente.

Por último, como lo que se privilegia en la calificación son las competencias técnicas para manipular, regular y supervisar cualquier tipo de máquinas, aunque las tareas que desempeñan las empacadoras rebasan el simple gesto manual de meter los tomates en una caja, aparecen como resultado de su "incompetencia técnica" porque suponen la actividad de sus manos al desnudo (Kergoat, 1984a, 1984b).

La hipótesis de que cada puesto de trabajo y la calificación que requiere se definen en función de las necesidades "técnicas" que plantea un proceso de producción, no toma en cuenta que cada puesto se define de una manera diferente si se trata de hombres o de mujeres. Así, aunque no necesariamente todas las mujeres tengan "dedos de hada", los puestos que se les ofrecen solo implican la realización de tareas simples, para desempeñarse con sus propias manos, mientras que detrás de cada máquina solo se concibe a un operador masculino.

Los planteamientos de Danièle Kergoat (1982, 1984a y 1984b) permiten desentrañar esta fetichización de la calificación porque la analiza como una práctica social en la cual intervienen relaciones de clase y de sexo. Ella sugiere invertir el razonamiento, comúnmente aceptado, de que las mujeres ocupan los puestos "no calificados" porque carecen de formación, y propone en su lugar aceptar que tienen una calificación que responde a los puestos que se les ofrecen. Cuando se demanda mano de obra femenina no es por su "descalificación", sino porque, aunque los empleadores conocen sus "calificaciones tácitas" (Bryn y Wood, 1984), desacreditan estos saberes apoyándose en una noción sexista de la calificación.

El estudio de cualquier proceso productivo en donde intervengan mujeres puede mostrar el sesgo de la noción de calificación aplicada en la definición de cada puesto. Permite comprobar que en la mayoría de los casos ellas ocupan los puestos en donde se quiere desvalorar a un máximo la fuerza de trabajo, y para eso el argumento de la "feminidad" resulta ser un excelente recurso.

Por medio del estudio de las mujeres empacadoras de hortalizas he querido mostrar ese sesgo de clase y de género que existe en la noción de calificación. Si se ignoran las calificaciones femeninas no es solo por el interés de clase de los empleadores para desvalorar esta fuerza de trabajo, sino porque los propios trabajadores, tanto hombres como mujeres, participan en las relaciones de sexo que explican la negación de las competencias que portan las mujeres.

Bibliografía

Aranda, J. y Arizpe, L. (1981). Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural: un estudio de las obreras en el cultivo de la fresa en Zamora, México. Ponencia presentada en el *Seminario tripartito regional para América Latina sobre el desarrollo rural y la mujer*, Organización Internacional del Trabajo (OIT), Pátzcuaro, México.

Arias, P. (1992). Dos nociones en tomo al campo. En *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC*. México: El Colegio de México; Fundación F. Ebert; El Colegio de la Frontera Norte.

Bryn, J. y Wood, S. (1984). Qualifications tacites, division du travail et nouvelles technologies. *Sociologie du Travail, 4*, pp. 407-563, (París).

Carton de Grammont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado.* México: IIS-UNAM.

Deniot, J. (1983). Métiers ouvriers. *Sociologie du Travail, 3*, 355-362, (París).

Departamento de Estadística Nacional (DEN). (1927). *Sonora, Sinaloa y Nayarit: estudio estadístico, económico y social.* México: DEN.

Díaz Ronner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación. El caso del municipio de Ensenada, Baja California Norte, México. Ponencia presentada en el *Seminario tripartito regional para América Latina sobre el desarrollo rural y la mujer,* Organización Internacional del Trabajo (OIT), Pátzcuaro, México.

Doniol Shaw, G. (1986). Ergonomie, qualification et division sexuèlle du travail. Ponencia presentada en las *Journées de Nantes,* París, Francia.

Dubar, C. (1987). La qualification à travers les Journées de Nantes. *Sociologie du Travail, 29*(1), (París).

González Salazar, G. (1988). La participación de la mujer en la actividad laboral de México. En *La mujer y el trabajo en México.* México: ST y PS, Serie Cuadernos Laborales 31.

Hirata, H. (1986). La qualification masculine: notes à partir du cas japonais et brésilien. Ponencia presentada en el *Première Rencontre Sociologie du Travail, Bilan et Perspectives: La Sociologie face à la "qualification",* Nantes, Francia.

Ibarra, A. (1993, mayo). Situación actual y políticas para promover el empleo de la mujer en México Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Ponencia presentada en el *Foro sobre mujer, trabajo, salud y pobreza,* El Colegio de México, México.

Kergoat, D. (1982). *Les ouvrières.* París: Le Sycomore.

Kergoat, D. (1984a). Pladoyer pour une sociologie des rapports sociaux. De l'analyse critique des categories dominantes à la mise en place d'une nouvelle conceptualisation. En M. A. Barrère-Maurisson *et al., Le sexe du travail. Structures familiales et système productif.* París: PUG.

Kergoat, D. (1984b). Qualification et division sexuelle du travail. *Revue CFDT. Cadres, 313,* Numéro spécial sur La Qualification (París).

Lara, S. M. (1993, mayo). Mujer, trabajo y pobreza en el medio rural mexicano. Ponencia presentada en el *Foro sobre mujer, trabajo, salud y pobreza*. El Colegio de México, México.

Martínez, A. (1992, julio). Políticas hacia la mujer en el México moderno: consideraciones para diseñar una agenda política. Ponencia presentada en el *Seminario sobre gobierno y sociedad: políticas regionales hacia la mujer (Centroamérica y México)*, FLACSO, Sede México.

Monjardet, D. (1987). Compétence et qualification comme principes d'analyse de l'action policière. *Sociologie du Travail, 29*(1), (París).

Pedrero, M. y Ambriz, A. (1992, mayo-agosto). Los mercados de trabajo en las zonas rurales. *Estudios Sociológicos, 10*(29).

Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas (Pronasol). (1991). *Diagnóstico de las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros agrícolas en el Valle de San Quintín, B. C.* México: mecanoscrito.

Reynaud, J. D. (1987). Qualification et marché du travail. *Sociologie du Travail, 1*, (París).

Roldán, M. I. (1981). Trabajo asalariado y condición de la mujer en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México. Ponencia presentada en el *Seminario tripartito regional para América Latina sobre el desarrollo rural y la mujer*, Organización Internacional del Trabajo (OIT), Pátzcuaro, México.

Ruiz, L. V. (1987). *Cannery, Women-cannery Lives: Mexican Women, Unionization, and the Californian Food Processing Industry, 1930-1950.* Albuquerque: University of New Mexico Press.

Salazar, G. (1986). *Las obreras agrícolas en el cultivo de hortalizas. Estudio de caso en el valle de Culiacán, Sinaloa.* Tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Segrestin, D. (1986). Repères pour une approche culturelle de la qualification. Ponencia presentada en las *Journées de Nantes*, París, Francia.

Zarca, B. (1988). Identité de mêtier et identité artisanale. *Revue Française de Sociologie, 29*(2), 247-273, (París).

Las obreras agrícolas: un sujeto social en movimiento*

Introducción

A veinte años de haberse suscitado la tan mencionada polémica entre los llamados "campesinistas" y "descampesinistas" o "proletaristas", esta continúa presente como si se tratara de un telón de fondo en el escenario de los estudios agrarios.

Me parece que, si esto es así, no es por un afán de vivir del recuerdo o de revivir viejos desacuerdos por parte de los que continuamos trabajando en ese terreno de la investigación. Bien al contrario, aun aquellos jóvenes que comienzan a incursionar en los estudios agrarios se refieren a dicha polémica, porque ella constituyó un parteaguas dentro de la cuestión campesina. Afortunadamente ha habido un proceso de "mutación teórica" que ha modificado los puntos de interés y los enfoques, de tal modo que esa "bipolaridad" ha estallado dando como resultado un sinnúmero de problemáticas que hoy en día ocupan nuestra atención.

Por ejemplo, actualmente nos interesamos más en las estrategias de reproducción y de sobrevivencia de las comunidades campesinas ante la crisis, que en los mecanismos económicos de extracción de plusvalía y de formación de las tasas de ganancia. Parece no preocuparnos tanto saber si los campesinos cuentan con una conciencia en sí o para sí, pero nos hemos volcado al estudio de sus representaciones simbólicas y de sus procesos de identificación sin intentar demostrar si estas son

* Extraído de Lara, S. M. (1991). Las obreras agrícolas: un sujeto social en movimiento. *Nueva Antropología, 11*(39), 99-114, (México). [ISSN 0185-0636].

o no una deformación de la realidad. Siguen siendo una inquietud permanente de los estudios agrarios las formas de organización y de lucha campesinas, pero hoy no nos interesa definir si esas movilizaciones son de carácter "pequeñoburgués" o "proletario", simplemente intentamos comprenderlas.

Ese vuelco que se ha dado en nuestros puntos de interés no deja de confirmarnos la importancia de realizar estudios en términos de relaciones sociales y de seguir tratando de abordar la realidad de manera dialéctica, lo que constituye una de las grandes herencias que ese pasado nos legó. Aunque estamos conscientes de que es necesario crear nuevos conceptos y buscar otros métodos de análisis para dar cuenta de esta realidad en toda su complejidad, de tal manera que nos sea posible entender el sentido de las transformaciones y la emergencia de nuevos sujetos sociales.

En este trabajo me interesa reflexionar sobre la forma en que se analizó al asalariado agrícola, grupo social que constituyó un foco de atención particular para algunos de nosotros durante las décadas de los setenta y los ochenta, involucrándonos necesariamente en la polémica.

Intento mostrar la dificultad de las categorías empleadas en los estudios de esa época para dar cuenta de que el asalariado agrícola es un grupo social complejo, que no solo enfrenta relaciones de clase. La presencia de mujeres, de niños y de indígenas hace evidente que en su interior existe una dinámica de relaciones sociales y culturales entre sexos, generaciones y grupos étnicos diferentes, que no fue abordada. En particular, me interesa hacer notar la dimensión genérica de esas relaciones sociales, y demostrar que las mujeres participan en esa dinámica como un *sujeto social en movimiento.*

Una polémica que las ignoró

El reciente proceso de feminización del asalariado rural, en México y en América Latina, ha despertado el interés por conocer las características de esta población. Desafortunadamente, los trabajos que abordan su estudio aún son escasos y las investigaciones de carácter general, sobre los

asalariados agrícolas, han sido elaboradas pensando en un grupo social masculino. Las mujeres, los niños y los indígenas constituyen, cuanto mucho, el objeto de un capítulo especial, o de una referencia particular, como si se tratara de una desviación a la norma establecida por una mano de obra masculina y en edad adulta.

Las tesis de K. Kautsky (1970) y de V. I. Lenin (1971), acerca de las consecuencias sociales del desarrollo del capitalismo en la agricultura tuvieron una influencia muy importante en esos estudios. De allí, varios autores retoman los elementos básicos para el análisis de la estructura agraria, así como la conceptualización de los asalariados agrícolas en términos de "proletariado".

Se asume, en lo esencial, el análisis de las clases sociales en el campo que Lenin desarrolla y su conceptualización del proletariado agrícola como el estrato inferior del campesinado que no puede subsistir de su tierra y tiene que vender su fuerza de trabajo para complementar sus ingresos. El proceso de proletarización se analiza solo en función de la posesión de la tierra, lo cual privilegia sobremanera al jefe de familia en detrimento del papel desempeñado por el resto de sus miembros (1971, pp.163-164).

Con base en esos criterios, algunos autores analizan la estructura social del campo mexicano (Bartra, R., 1974; CIA, 1974; Gutelman, 1971; Pozas y Horcasitas, 1971; Stavenhagen, 1969), otros elaboraron sofisticadas tipologías de los asalariados agrícolas que iban del campesino pobre al proletario (véase C. de Grammont, 1982, 1986; Paré, 1977) en donde no cabían claramente las mujeres, ni los niños, porque guardan una relación diferente con los medios de producción.

R. Stavenhagen (1969) es el primero en hacer un análisis de la estructura agraria de México en términos de clases sociales. Distingue a la "clase media" campesina de la burguesía rural, por el tamaño y forma de la propiedad. Define como jornaleros a los agricultores sin tierra, y en particular a los que migran constantemente los considera como "el comienzo de un proletariado agrícola" (pp. 95-96).

El Centro de Investigaciones Agrarias (1974), en su estudio *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*, hace una caracterización de la estructura social con base en información estadística muy completa. En

él se tomaban en cuenta, para la determinación de los diferentes sectores que integran esta estructura, no solo la tierra y su productividad, sino otros indicadores como el monto de los ingresos familiares. Allí, se considera como jornaleros a aquellos que dependen para su subsistencia básicamente de la venta de su fuerza de trabajo, debido a que no cuentan con tierra o esta es escasa (pp. 425-429). Se hace una referencia respecto a los jornaleros migrantes que viajan con sus familias sin contar con una morada permanente, pero no se dice que estos "acompañantes", mujeres y niños, sean también parte de esta clase social.

En el libro de Ricardo Pozas y de Isabel Horcasitas, intitulado *Los indios en las clases sociales de México* (1971), el proletario agrícola es definido, al igual que en los trabajos antes mencionados, como "el sector de los asalariados de la agricultura que está formado básicamente por los que se dedican a ella sin poseer la propiedad de la tierra" (p. 150). Se distinguen en este sector al "semiproletariado", al "subproletariado" y al "lumpenproletariado".

El semiproletariado se concibe como "un nivel de clase integrado por los sectores que expulsan los centros rurales a causa del incremento demográfico y la falta de fuentes de trabajo". En él están implícitas las mujeres, porque se dice que estos sectores se dedican, entre otras cosas, a los servicios domésticos y al comercio ambulante en las grandes ciudades. El subproletario, en este esquema, se forma con las reservas de jóvenes que carecen de tierra y de trabajo. En ambos grupos se incluyen a los indios que migran a las ciudades o a las regiones más desarrolladas para trabajar allí de forma temporal en el corte de caña y de café, así como en la pizca de algodón, constituyéndose en un verdadero "ejército de reserva". Finalmente, en este trabajo se identifica como "lumpenproletariado" a lo que sería la excrecencia del sistema capitalista: prostitutas, limosneros, jugadores, etc. (pp. 152-155).

A pesar de las críticas que recibió este libro en su momento, por la rigidez de cómo aplica el criterio de propiedad de los medios de producción al estudio de las clases sociales (Bartra, R. 1974, p. 150), y por presentar un esquema bipolar de las clases sociales en el campo, en donde se coloca al campesinado dentro de la burguesía (Paré, 1977, p. 48), es el único trabajo en el cual yo encuentro un intento por ubicar a otros

sectores que no están directamente relacionados con la posesión o propiedad de la tierra, como las mujeres y los jóvenes. Otros trabajos posteriores simplemente van a ignorar o subestimar la presencia de estos grupos en el concepto global de "proletario".

Preocupados por los efectos que provocaría en la estructura agraria mexicana el desarrollo del capitalismo, Roger Bartra (1974, p. 169) y Gutelman (1974, p. 269) pusieron el énfasis en el "proceso de descampesinización" o de "proletarización" del campesinado. Otros, sin negar este proceso, resaltaron las capacidades de la economía campesina para reproducirse y adaptarse al modo de producción capitalista (Cfr. Bartra, A., 1979; Paré, 1979), por lo que recibieron el nombre de "campesinistas".

Es en este punto en donde se situó la polémica, pero esta nunca hizo referencia a la dimensión genérica de este proceso (Cfr. Bartra, A. 1979; Feder, 1977; Paré, 1979). Al tomarse como punto de partida la relación del campesinado con los medios de producción, en particular con la tierra, dejaron de lado a los sectores que por lo regular no tienen acceso a ella.

Paradójicamente, fue en las filas de los llamados "campesinistas" que se emprendió el estudio acerca de los asalariados agrícolas. El libro de Luisa Paré, *El proletariado agrícola en México* (1977), es sin duda el que marcó la pauta de los estudios posteriores sobre este sector. Los que participamos como equipo en esta investigación estábamos convencidos de que los campesinos no se extinguirían.

Pese a que no se trata de un trabajo que aborde de manera general la situación de los asalariados agrícolas en el país, su carácter totalizador está en su enfoque, porque no solo se analiza su ubicación en la estructura económica, sino que se intenta comprender sus formas de conciencia social, de organización y de lucha, a partir de su estrecha vinculación con el campesinado. Esta concepción va a guiar el análisis de Luisa Paré y a sustentar su interrogante: se trata de "¿proletarios agrícolas o campesinos sin tierra?". Es a partir de esta pregunta que desarrolla una tipología de los asalariados agrícolas.

Su tipología se basa en la noción de proletarización como proceso, en el que intervienen como factores determinantes el ritmo de acumulación y la concentración de los medios de producción. Así, los diferentes tipos de trabajadores que ella encuentra son el resultado de los

diferentes momentos que se dan, "desde las situaciones preproletarias, hasta la completa separación del trabajador de los medios de producción y su sostenimiento básicamente a partir de la venta de la fuerza de trabajo" (1977, p. 54).

Otros elementos, además de la situación que se guarda con respecto a la tierra y a los medios de producción, van a ser considerados para dar cuenta de la heterogeneidad de este proletariado: la eventualidad o permanencia en el trabajo, los niveles de calificación, la relación entre el lugar de trabajo y de residencia, y el tipo de empresa a la que se vende la fuerza de trabajo (1977, pp. 60-61). Sin embargo, está ausente la distinción que surge por sus diferencias genéricas, de edad y de pertenencia a algún grupo étnico.

Esta "ausencia" está en los trabajos de todos los que colaboramos en esa investigación acerca del proletariado en México. En el libro *Ensayos sobre el problema cañero,* Luisa Paré (1979a) aborda la contradicción entre los ejidatarios cañeros y sus hijos, quienes trabajan como peones en las parcelas de sus padres por no poseer un pedazo de tierra, lo que provoca entre ellos fricciones y dificulta su organización (p. 85). Yo analizo, los obstáculos que aparecen para la constitución de una organización común de los jornaleros, debido a que unos forman parte de una comunidad campesina y mantienen lazos y formas de organización tradicionales, mientras otros están integrados al sistema en una relación claramente definida entre capital y trabajo (pp. 166-178). De hecho, detrás de estas contradicciones está implícita la diferenciación étnica y de edad en este grupo social, pero nosotras fuimos incapaces de abordarlas desde esta perspectiva y dar cuenta de la dimensión genérica de esta heterogeneidad social.

Es probable que en las regiones donde realizamos nuestra investigación, el Valle del Mezquital y el ingenio cañero de Atencingo, la presencia de las mujeres en los campos de trabajo no fuera significativa. Sin embargo, no me parece que esta haya sido la causa de nuestra ceguera, porque al elaborar las tipologías tomamos en cuenta la importancia social y política de las variables más que su magnitud estadística.

Otros estudios posteriores sí dan cuenta del trabajo de las mujeres y de los niños al analizar a los asalariados agrícolas. Es el caso del libro

sobre *Jornaleros agrícolas de México* de Mario Aguirre Beltrán y Hubert Carton de Grammont (1982), que reúne dos ensayos.

En el primero, M. Aguirre Beltrán describe las labores que requiere la producción de la piña, en la región de Loma Bonita, Oaxaca. Señala en cuáles tareas se contratan mujeres y cómo esto es una forma más de "extracción de plusvalía", porque tanto a ellas como a los niños se les paga menos que a los hombres (pp. 124-126).

Por su lado, Grammont presenta una sofisticada tipología de los asalariados agrícolas que toma como variables: la migración, el tipo de empleo (de planta o eventual), la calificación del trabajador, la posesión o no de tierra. Agrega "rasgos" que permiten comprender mejor la situación de los trabajadores: la edad y el grado de alfabetización, y estudia las distintas formas de retribución que reciben los trabajadores (salario en especie, en dinero, en especie y dinero). Al final analiza "el trabajo de la mujer y del niño" (pp. 89-92), conceptualizándolo como un mecanismo que utiliza el jornalero para compensar el deterioro de su propio salario. Eso lo lleva a analizar la participación de las mujeres y de los niños solo como complemento del trabajo del hombre, y a ignorar que estos grupos adscriben con una dinámica propia en el mercado de trabajo.

Más tarde, en 1986, Grammont publica un libro colectivo, *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano,* integrado por diez estudios de caso realizados en importantes regiones de atracción de mano de obra en el país.

Un estudio que ahí se publica acerca de las corrientes migratorias de campesinos de los altos de Sinaloa hacia los valles, elaborado por J. Hirata y otros autores, muestra la importancia que adquiere cada día la migración de familias completas que van a ocuparse en las labores de la producción de hortalizas. Señala cómo hay comunidades "que quedan prácticamente abandonadas por todas las personas en edad de trabajar", ya que incluso las mujeres forman parte de este flujo migratorio (pp. 109- 113). Otro, de Florencio Posadas, que también estudia la migración rural hacia Sinaloa, proveniente de otros estados de la república. Su muestra está constituida por 45 personas, 19 hombres, 17 mujeres y 9 niños. Es sorprendente que estas regiones, en donde la participación

de la mano de obra femenina es significativa, se estudie un proletariado como si este fuera "unisex".

La tipología que aquí presenta C. de Grammont incluye como variable de diferenciación de los trabajadores la pertenencia a una etnia, ya que constata que es "un factor discriminativo de los asalariados del campo de suma importancia" (p. 21). Pero no parece que el género o la edad de los trabajadores le hayan parecido igualmente importantes para formar parte de los indicadores de su tipología.

Considero que una tipología, de esta naturaleza, no puede dar cuenta de la realidad en toda su complejidad. En primer lugar, porque al tomar como variable fundamental la relación con los medios de producción dejan fuera a las mujeres y a los niños. Pero también porque ciertas variables, como calificación y tipo de empleo, se utilizan como un dato dado sin cuestionar su significación. En este sentido, se aplican al análisis de lo social nociones parciales que no pueden explicar por qué las trayectorias laborales de los trabajadores, hombres, mujeres y niños, indígenas y no indígenas, siguen caminos diferentes.

Con estas categorías es difícil que se analice a las obreras agrícolas como parte del asalariado rural, sin que necesariamente se considere que ellas están ahí solo en calidad de "acompañantes" o de "complemento del trabajo del hombre". En la realidad, es posible constatar que cada día es mayor el número de mujeres solteras, con hijos o sin ellos, que se incorporan al mercado de trabajo de manera independiente. Yo diría que es justamente porque raras veces cuentan con un pedazo de tierra, y porque han sido formadas para el hogar para asumir su función como futuras madres, que no tienen otra opción que ser asalariadas, ocupando los peores puestos y en los empleos más precarios.

El libro de Enrique Astorga *Mercado de trabajo rural, la mercancía humana* (1985) se interesa en analizar el lugar y la forma en cómo se realiza la fuerza de trabajo, más que en el estudio de los jornaleros. Plantea de una manera original el comportamiento de este mercado que, en sus diferentes fases, se asemeja al mercado de productos, comenzando con la promoción y recolección de peones en los lugares de origen, su transporte y almacenamiento, hasta llegar al consumo de la fuerza de trabajo en los lugares en donde se concentra la demanda.

Define la demanda como "los requerimientos de jornadas que necesita el proceso productivo". Estas jornadas corresponden a las diversas labores que hay que realizar en beneficio de determinado producto y están en función del desarrollo tecnológico existente en un momento dado (p. 49). Sin embargo, muestra también que la asignación de los trabajadores a las distintas labores implica una "clasificación" de la fuerza de trabajo. Por ejemplo, en la cosecha de la vid se emplea básicamente a mujeres y a niños al igual que en el empaque de plátano y del tomate, mientras que a los indígenas se los contrata para el corte del algodón o para las plantaciones de tomate (pp. 25, 47).

Creo que es el primer autor en destacar que la especialización de la demanda no solo es geográfica, por regiones y productos, sino social, estableciendo exigencias de edad, sexo, habilidad, horario, residencia, etcétera. Desafortunadamente, tampoco analiza el significado de la diferenciación sexual y étnica del mercado de trabajo (p. 53).

Su concepción del mercado de trabajo, como una serie de momentos en donde la "mercancía humana" pasa de la producción de peones hasta su consumo, no toma en cuenta que cada uno de esos momentos son diferentes según se trate de hombres o de mujeres; de indígenas o no indígenas y de población local o migrante. El "hombre-peón" no es solo hombre, su socialización en la comunidad ha sido significativamente diferente según su sexo social y, en este sentido, sus habilidades y capacidades para el trabajo han sido orientadas en sentidos distintos. Si bien todos son concentrados, transportados y almacenados, las relaciones sociales de sexo atraviesan todas estas etapas. El consumo mismo de su fuerza de trabajo no solo es diferente, sino desigual.

Si partimos, como él lo hace, de que son las necesidades de las plantas las que "se vuelven órdenes para los jornaleros" (p. 61), o como Grammont plantea que "es el carácter naturalmente simple de muchas labores lo que permite la incorporación del trabajo del niño y de la mujer al proceso productivo" (1982, p. 89), tendríamos que asumir que se trata de una clasificación natural, y que esta clasificación no supone jerarquías ni desigualdades como sucede en la realidad.

Por otro lado, este estudio, al igual que los anteriores contempla la participación de las mujeres y de los niños en el mercado de trabajo rural

como el resultado del deterioro y pauperización del campesinado. A diferencia de Grammont, para quién la incorporación de estos sectores es producto de un proceso al que están sometidas las unidades campesinas, Astorga considera que es el objetivo mismo y la función de la economía campesina dentro del sistema capitalista.

Para Astorga, las unidades campesinas censadas como "predios rurales de infrasubsistencia o subfamiliares", que según la CEPAL llegan al 72% de los productores del país, son aquellas cuya característica es la de tener un ingreso bajísimo. Por esta razón, requieren de ingresos extraprediales para atender tanto su consumo como la reproducción de la unidad productiva (pp. 79-80). Así, su racionalidad se estructura con base en una organización interna para "la producción de peones y sirvientas", ya que es esto lo que garantiza realmente su subsistencia.

Plantea que las familias de estas unidades "se deshacen" en la medida en que estos "peones y criadas" se incorporan al mercado de trabajo, y esta incorporación será más o menos violenta según sea la cantidad de recursos y productos que la familia obtiene del predio (p. 86).

Me parece que, si bien es cierto que el desarrollo del capitalismo en la agricultura ha provocado la pauperización del campesino latinoamericano, y que familias completas se han visto en la necesidad de buscar otras formas de sobrevivencia, el fenómeno no puede resumirse en la fórmula de: pauperización extrema = proletarización de la familia campesina = integración de las mujeres y los niños al asalariado.

En el contexto de la crisis agrícola, el trabajo por jornal adquiere una importancia que no tenía en otras épocas para los campesinos pobres. Sin embargo, la feminización del asalariado rural no puede ser vista mecánicamente como el resultado de la mayor oferta de fuerza de trabajo de parte del campesinado pobre, ni de una mayor demanda de mano de obra indiferenciada sexualmente. Puede decirse, incluso, que existen mercados de trabajo "paralelos", ya que las mujeres no trabajan en las mismas ramas de la producción que los hombres, no ocupan los mismos puestos, no tienen las mismas formas de empleo ni de remuneración que ellos (Kergoat, 1984; Le Doaré, 1984).

Ahora bien, si los estudios sobre el "proletariado", o sobre el mercado de trabajo rural, tuvieron el defecto de haber considerado como

universales las características propias de la fuerza de trabajo masculina, los estudios sobre las asalariadas agrícolas, aparecidos en la misma época, no rebasaron el enfoque "particularista". En su afán por mostrar la desigualdad que sufren las mujeres en el mercado de trabajo rural analizaron por separado a "las mujeres" como un grupo particular, desviante del modelo general, por todos aceptado, constituido por una clase obrera masculina, blanca y de edad adulta (véase, Arizpe y Aranda, 1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Roldán, 1981; Rooner, 1981).

En otro trabajo intento hacer una revisión de la bibliografía existente, para México y América Latina, sobre las obreras agrícolas (Lara, 1990). En él señalo cómo estas investigaciones, que tuvieron el gran mérito de hacer visible el trabajo de la mujer en el campo, describen las formas en cómo ellas se adscriben al mercado de trabajo, sus condiciones laborales y de vida fuera de la dinámica del conflicto que surge tanto de las relaciones sociales de clase, como de las relaciones de sexo, dinámica que atraviesa al conjunto de las prácticas sociales de hombres y de mujeres (Kergoat, 1984a).

Considero que es tan parcial haber analizado al asalariado sin mencionar la dimensión genérica, como lo es el seguir describiendo la situación de las obreras agrícolas como algo atípico, cuando en realidad esta situación forma parte de las condiciones generales que enfrenta el asalariado rural que, como ya lo hemos visto, son sumamente heterogéneas.

Perfil actual del asalariado agrícola

En el sector rural de México y de América Latina, comienza a notarse, a partir de la década de los ochenta, un aumento significativo de la mano de obra femenina asalariada. Este incremento parece estar asociado a la expansión de las compañías transnacionales, productoras y distribuidoras de frutas y legumbres, destinadas a la exportación o a la producción de conservas (Lara, 1990).

En la mayoría de los casos, se trata de procesos que requieren de una gran flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo, ya que son productos naturales que se destinan a un mercado sumamente competitivo y

fluctuante. Esta es una de las razones por las que se recurre al empleo temporal, particularmente en las tareas que demandan gran cantidad de jornales (corte, acabado, clasificación y acondicionamiento de productos).

El trabajo temporal forma parte de las tendencias actuales del mercado de trabajo rural, que van en el sentido de acrecentar el desempleo y/o precarizar las formas de empleo. Este fenómeno es señalado por diferentes autores (Astorga, 1985; BIT, 1989; Cox, 1984; C. de Grammont, 1990; Neffa, 1986; Riviére D'Arc, 1987; Sajhau y Von Muralt, 1987; Vert, 1987) no solo para México y América Latina, sino que también se presenta en varios países del continente europeo. Es el resultado de la unificación y la hegemonía de un modelo de desarrollo rural, reproducido a escala mundial, que implica la introducción de máquinas, fertilizantes, semillas seleccionadas, productos químicos y procesos computarizados tendientes a racionalizar el uso de la fuerza de trabajo.

De esta manera, el perfil del empleo rural actualmente está conformado por un mínimo de trabajadores permanentes, por lo regular en puestos calificados (jefes de equipo y operadores de máquinas), frente a una gran masa de temporales, pagados por tarea, para asegurar las secuencias de los procesos de trabajo.

Algunos autores (Blanc, 1987) plantean que los métodos de modernización introducidos en la agricultura, permiten un crecimiento en la intensidad del trabajo, pero a la larga esta productividad se eleva menos rápido que el capital por persona y la tasa de ganancia tiende a descender. Para restablecer su situación, los empresarios se esfuerzan por modificar a su ventaja la parte de valor agregado, elevando sus precios y flexibilizando el uso de la fuerza de trabajo mediante una serie de procedimientos que conducen a la precarización del empleo y a la agudización del desempleo.

Según esta tesis, la modernización se acompaña de una serie de criterios de gestión de la mano de obra que incrementan la contratación de temporarios, sobre todo para aquellas tareas difíciles de mecanizar y/o donde la fuerza de trabajo sigue siendo más rentable. De esa manera se reducen considerablemente los costos salariales, limitando la contratación a los momentos en los que esta es indispensable, evitando los gastos por prestaciones y servicios, a los que tienen derecho los asalariados permanentes.

Julio Neffa (1986) resume las características que adopta el empleo temporal en América Latina de la siguiente manera:

1. Se trata de un trabajo precario respecto a la estabilidad y a los derechos sociales correspondientes.
2. Es realizado en un número de horas inferior al mínimo, considerado como normal en cada país.
3. Desde el punto de vista jurídico es ambiguo y no siempre se valoriza.
4. En la mayoría de los casos es remunerado "a destajo" o por pieza.
5. En general, las formas de contratación no incluyen atención médica, ni alojamiento del trabajador.
6. Con frecuencia, se trata de trabajadores migratorios, mujeres *y* niños.

Además, ellos aseguran las tareas consideradas como no calificadas, repetitivas y ejecutadas con instrumentos muy simples. En la mayoría de los casos realizan los trabajos más penibles, donde la carga física es elevada y con poco reconocimiento social.

A esto hay que agregar que una gran parte de los trabajadores temporales deben desplazarse grandes distancias y aun atravesar fronteras para poder emplearse, algunos en forma clandestina. La presencia masiva de trabajadores en búsqueda de empleo hace posible la irrupción de intermediarios o "coyotes" que asumen las tareas de contratación, gestión, tutela y aun de represión y control de la fuerza de trabajo.

Según puede verse, la precarización del empleo aparece, hoy en día, como elemento constitutivo del mercado de trabajo rural (C. de Grammont, 1990), y la feminización del asalariado no es sino parte integrante de este fenómeno. Sin embargo, lo es también la incorporación de mano de obra infantil, migrante e indígena, es decir, de aquellos sectores que se encuentran en tal situación de desvalorización social que pueden ser sujetos ad hoc de una política laboral que busca flexibilidad, aplicada en un contexto que supone la desvalorización del precio de la fuerza de trabajo mediante su "descalificación".

La "flexibilidad" supone la implementación de mecanismos que permiten todas las formas posibles de adaptación del uso de la mano de obra a las necesidades de los procesos de trabajo. En particular, se aplica en aquellos

sectores de la economía que requieren alcanzar altos niveles de calidad en el producto, en plazos de entrega precisos y a veces discontinuos (PREALC, 1989). Actualmente es un instrumento que acompaña los procesos de reconversión productiva, no solo en México sino a escala mundial.

Las mujeres aparecen como el sujeto social por excelencia para la implementación de todas las formas de trabajo flexible en diferentes sectores de la economía, como: el trabajo a domicilio, la maquila y el empleo a tiempo parcial. El "va y ven", no solo entre hogar y fábrica, sino de un sector de la economía a otro y en diferentes puestos de trabajo es característico de las trayectorias laborales de las mujeres.

Pero, si las mujeres se adaptan mejor a los procesos flexibles no es porque ellas tengan especial preferencia para este tipo de empleos. Comúnmente se piensa que esto es así porque les permite realizar también el trabajo doméstico. Si razonáramos de otra manera, podríamos decir que las mujeres no conocen otra forma de inserción en la economía que no sea "flexible" y extremadamente precaria, justamente porque se argumenta que tienen una función que cumplir en la familia.

Tampoco puede explicarse la predilección de los empleadores por la mano de obra femenina gracias a las cualidades que esta tiene para manipular los productos, como algunas autoras lo han señalado (Roldán, 1981; Rooner, 1981, entre otras). De hecho, en Europa encontramos que las mismas tareas que aquí son realizadas por mujeres, allá son desempeñadas por trabajadores migratorios. Esto confirma que no hay tareas típicamente femeninas ni masculinas, sino que las mujeres, los migrantes, los indígenas y los niños son los sujetos sociales que encuentran, en nuestra sociedad, una mayor dificultad para hacer valer su fuerza de trabajo. Por eso, se les asignan las tareas más penibles y los trabajos precarios.

Un grupo social desheredado

Como lo hemos visto, el asalariado rural ha sido concebido como un grupo social "desheredado" (Pharo, 1982) por el hecho de que una gran parte de sus miembros se encuentran privados de la tierra.

La ausencia de una parcela aparece como la causa inmediata de su "inferioridad" social frente al campesinado, o, por el contrario, como el elemento que le da el mérito de pertenecer al "proletariado", lo que no le quita el carácter de desheredado.

Se agregan además otros elementos en su definición, pero todos ellos contribuyen a construir la noción de un grupo colocado en la escala más baja de la estructura social. Por ejemplo, al jornalero, llamado también "peón", se lo identifica como un trabajador con una formación nula o escasa, por lo cual le son asignadas las peores tareas y recibe los ingresos más bajos; por lo mismo, su nivel de vida y de consumo son precarios. Finalmente, al "peón" se lo ve también como un individuo culturalmente pobre, a diferencia del campesino, que pertenece a una comunidad rica en tradiciones culturales.

Pero si esto es así para el asalariado en general, para las obreras agrícolas la "inferioridad" es resultado de su doble situación de mujer y de jornalera. Se atribuye a la llamada "condición femenina" el hecho de que las mujeres se integren al mercado de trabajo en los empleos de tipo eventual y con horarios a tiempo parcial, se justifica con ello el lugar que ocupan en la escala de calificaciones dentro de los puestos más bajos de la estructura ocupacional con los peores salarios, y también se trata de explicar su escasa o nula combatividad. En resumen, se las coloca como un grupo marginado entre los marginados.

En este caso, la desvalorización pasa por criterios sexistas. Por ejemplo, a las obreras agrícolas se las considera, la mayoría de las veces, como una fuerza de trabajo descalificada porque sus competencias o saberes (delicadeza, habilidad manual, rapidez, etc.) se suponen innatas y típicamente femeninas, en lugar de ser observadas como el producto de una formación social. En segundo lugar, se dice que ellas ingresan en los puestos menos calificados dentro de la estructura ocupacional por su falta de capacitación, en vez de reconocer que ellas tienen la formación adecuada para los puestos que se les ofrecen (Kergoat, 1984a).

Las tareas que ellas asumen en el campo, sobre todo en el sector agroexportador, son imprescindibles para la buena marcha de las empresas donde laboran, demostrando que lo que ellas han aprendido en el hogar, y en su formación como futuras madres, es una capacitación útil

en el terreno de la producción y no una limitación. Esto hace suponer que el concepto de calificación, tal como se utiliza comúnmente, resulta ser una construcción social sesgada por relaciones sociales de clase y de sexo. Quiero decir que es elaborada bajo una lógica patronal y masculina, que no reconoce el valor de la fuerza de trabajo femenina como tal, y bajo esta concepción se justifica que sea subpagada.

Por otro lado, la "condición femenina" supone la existencia de un sujeto social escindido, porque sus prácticas se ubican en dos espacios o "esferas" separadas: una concerniendo a la producción y otra a la reproducción. De un lado la trabajadora y del otro la mujer en su carácter de madre-esposa o hija, como si se tratara de campos autónomos o separados cuya relación produce interferencias solo en el caso de las mujeres, no pudiendo haber coherencia en sus prácticas sociales (véanse, por ejemplo, los estudios que hicieron sobre las obreras agrícolas bajo esta concepción Arizpe y Aranda, 1981; Roldán, 1981; Rooner, 1981).

El problema de explicar las diferencias sociales como resultado de una "condición" es que se cae en una especie de determinismo difícil de superar, en donde las mujeres aparecen como un sujeto social sin posibilidades de movimiento o de cambio.

Al hablar de "condición" se cae en un determinismo porque se atribuye a la naturaleza las capacidades desarrolladas en las mujeres, de modo tal que la biología resulta la responsable de un problema social. Pero de otro lado, cuando se plantea la función maternal o reproductiva de las mujeres, como el sustento de esa condición, se cae también en un determinismo social, a partir del cual se explica el sentido de la actividad femenina en todos los espacios, como si los individuos no fuesen capaces de organizar sus prácticas parentales de otra forma que como han sido pensadas en nuestra sociedad.

Esto, lejos de ser una nimiedad, interpela a las Ciencias Sociales, porque si bien estas buscan comprender los mecanismos "sociales", cuando se hace un análisis de las mujeres como grupo, se recurre a un argumento de orden natural y se encuentra una causalidad biológica. Sin embargo, lo que me parece incluso más importante de resaltar, es que este hecho cuestiona los conceptos hasta ahora aplicados al análisis de la clase obrera en general y del asalariado rural en particular.

A modo de conclusión: un análisis en términos de relaciones sociales

En este trabajo me ha interesado básicamente mostrar al asalariado agrícola como un *grupo que participa de una dinámica de relaciones sociales de clase y de sexo*, y al mercado de trabajo rural como el espacio en donde se ponen en tensión estas relaciones.

No he pretendido hacer la apología de las obreras agrícolas como un grupo olvidado. Es cierto que existen muy pocos trabajos que se refieren a ellas, pero más bien he intentado hacer notar que es preciso abordar su estudio a través de la dinámica de relaciones sociales en la que ellas son partícipes, de modo que su situación en el mercado de trabajo no sea vista como resultado de una "condición" imposible de superar o como una especificidad que las distingue de la clase obrera que solo ha podido ser pensada en masculino.

Tampoco busco aumentar la larga lista de denuncias sobre la situación de "las mujeres", porque creo que un pensamiento feminista positivo debe intentar comprender los mecanismos de reproducción de las relaciones sociales, pero también debe buscar en dónde están las posibilidades de cambio.

Mi planteamiento ha ido en el sentido de mostrar que las Ciencias Sociales abordan a los sujetos como si lo universal estuviese dado por las características masculinas. De este modo, la mayoría de los trabajos teóricos o descriptivos generales no hacen referencia a las categorías de sexo. Se estudia todo proceso humano en su generalidad, sin distinguir el sexo de los sujetos. Metodológicamente esto puede parecer justificable, pero no lo es si ese método nos obliga a abordar como excepción a la mitad de la humanidad. Me parece que los estudios que he tratado de analizar, en particular los que se refieren al asalariado rural, son una clara ilustración de este problema.

Es por eso por lo que propongo que un razonamiento en términos de relaciones sociales, necesariamente, debe analizar los distintos niveles que suponen esas relaciones y abordar como un todo coherente al conjunto de las prácticas, de hombres y de mujeres, "cualquiera que sea el espacio donde estas se desempeñen, es decir, sea en la fábrica o en el hogar" (Kergoat, 1984).

El concepto de "relaciones sociales de sexo", acuñado por el grupo francés del GEDISST (1987), me parece interesante porque hace caduco cualquier

análisis en términos de "condición femenina". Permite explicitar que es sobre el sexo biológico que las categorías sociales, de hombre y de mujer, son construidas y que esas categorías se encuentran dentro de una relación que implica contradicción y, a veces, antagonismo (Le Doaré, 1990). Al mismo tiempo, permite comprender las prácticas sociales de las mujeres como un conjunto coherente y a ellas como sujetos capaces de cambiar su situación.

Bajo este enfoque, la situación de las obreras agrícolas deja de ser producto de una "condición" sujeta a un determinismo, y abre posibilidades para un pensamiento dialéctico que nos permite analizarlas como un sujeto social en movimiento. Asimismo, permite dar cuenta de que el mercado de trabajo es un lugar en donde se ponen en relación sujetos sociales que son parte de una clase social sexuada.

Bibliografía

Arizpe, L. y Aranda, J. (1981). *Empleo agroindustrial y participación de las mujeres en el desarrollo rural: un estudio de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, Mich.* México: OIT.

Arizpe, L. *et al.* (1989). Los efectos de la crisis económica en las mujeres pobres. En *El ajuste invisible.* Bogotá: UNICEF.

Astorga, E. (1985). *El mercado de trabajo rural en México.* México: ERA.

Barrón, M. A. (1990). Integración de las mujeres en el mercado de trabajo de las hortalizas: causas y condiciones laborales. *Economía Informa, 180,* (México: UNAM).

Bartra, A. (1979). *Explotación del trabajo campesino por el capital.* México: Macehuai.

Bartra, R. (1974). *Estructura agraria y clases sociales en México.* México: ERA.

Blanc, M. (1987). Pour une socio-économie de l'emploi rural. *Economica rurales, 178-179,* (París).

BIT-III. (1989). Rôle joué par le secteur des plantations dans le développement rural, notamment en ce qui concerne les questions d'emploi. *Rapport III.* Génova: BIT.

Carton de Grammont, H. (Coord.). (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano.* México: Juan Pablos editor.

Carton de Grammont, H. (1990). *El mercado de trabajo en el campo: unas reflexiones a partir de la lectura del libro* Portraits de Bahia de H. Rívière D'Arc (Coord.). S.d.: manuscrito.

Centro de Investigaciones Agrarias (CIA). (1974). *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México.* México: FCE.

Cox, S. (1984). *Quelques* éléments *de réflexions sur les conditions de vie et de travail des travailleurs agricoles, Amérique Latine-Europe.* París: EHESS-CEDAL, manuscrito.

Deere, C. D. y León, M. (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina.* Bogotá; México: ACEP; Siglo XXI.

Feder, E. (1977). Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (y no compatibles) sobre la destrucción del campesinado. *Comercio Exterior, 27*(12), (México).

Ferrante, V. y Saffioti, H. (1985). *Des femmes en mouvement dans la zone rurale paulista.* San Pablo: manuscrito.

GEDISST. (1987). *Rapport d'activité : 1983-1987.* París: CNRS-IRESCO.

Gutelman, M. (1971). *Capitalismo y reforma agraria en México.* México: ERA.

Kautsky, K. (1970). *La cuestión agraria.* París: Ruedo Ibérico.

Kergoat, D. (1984). Plaidoyer pour une sociologie des rapport sociaux. En M. A. Barrère-Maurisson *et al., Le sexe du travail: structures familiales et système productif*. París: PUG.

Kergoat, D. (1984a). Les rapports sociaux des sexe un nouveau questionnement pour la Sociologie. Presentado en el *Seminario di Studi II sesso del lavoro,* Salerno, Italia.

Lara, S. (1989). El perfil de la jornalera actual y su mercado de trabajo. En J. Aranda (Coord.), *Las mujeres en el campo.* México: UABJO.

Lara, S. (1990). *Las relaciones sociales de género-sexo en el sector del asalariado rural: una revisión crítica de los estudios en México.* Ponencia presentada en la *Reunión Latinoamericana de Antropología de la Mujer,* COLMEX-PIEM, México.

Le Doare, H. (1990). *Note sur une notion : le rapport social de sexe.* París: manuscrito.

Lenin, V. I. (1971). *El desarrollo del capitalismo en Rusia.* México: Ediciones de Cultura Popular.

León, M. (Ed.). (1982). *Las trabajadoras del agro.* Bogotá: ACEP.

Mathieu, N. C. (1971). Notes pour une définition sociologique des catégories de sexe. *Epistémologie sociologique, 11,* (París).

Neffa, J. (1986). *El trabajo temporario en el sector agropecuario en América Latina.* Génova: OIT.

Oliveira, M. (1979). Sobre la explotación y opresión de las mujeres acasilladas en Chiapas. *Cuadernos agrarios, 9,* (México).

Pare, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Pare, L. (Coord.). (1979). *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano.* México: Macehual.

Pare, L. (Coord.). (1979a). *Ensayos sobre el problema cañero.* México: UNAM.

Pharo, P. (1982). Structures sociales et mise en place, le cas des salariés agricoles. *Revue Française de Sociologie, 23*(4), (París).

Pozas, R. y Horcasitas, I. (1971). *Los indios en las clases sociales de México.* México: Siglo XXI.

PREALC. (1989). *Cambio tecnológico, empleo y trabajo, 333,* (Santiago de Chile: OIT).

Riviere D'Arc, H. (1989). *Portraits de Bahia.* París: La Maison des Sciences de l'Homme.

Roldan, M. I. (1981). *Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras de tomate en el estado de Sinaloa.* México: OIT.

Rooner, L. (1981). *Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, B.C. Norte.* México: OIT.

Rosado, T. (1985). Proletarización femenina y el limitado mercado laboral agrícola. Presentado en el *Seminario de diagnóstico sobre la mujer rural dominicana.* Santo Domingo: CIPAF-UNIFEM.

Sajhau, J. P. y Von Muralt, J. (1987). *Plantation and Plantation Workers.* Génova: ILO/OIT.

Stavenhagen, R. (1969). *Las clases sociales en las sociedades agrarias.* México: Siglo XXI.

Valdez, X. (1988). Feminización del mercado de trabajo agrícola: las temporeras. En *Mundo de mujer, continuidad y cambio.* Santiago de Chile: CEM.

Vert, D. (1987). Emploi et activité agricole dans la CEE. En *Emploi et conditions de travail dans l'agriculture et l'agroalimentaire.* París: INRA.

El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo*

El mercado de trabajo –dice Astorga– es un concepto referido a la producción de peones, distribución y consumo, así como a los canales y niveles por los que circula y se realiza, todo ello en relación a una demanda.

En México, el desarrollo desigual que ha caracterizado al proceso de acumulación capitalista, ha generado una concentración de la tierra y los recursos, así como de los cultivos más productivos y rentables, lo que influye directamente en la formación de los mercados de trabajo rurales y se traduce en una concentración de la demanda. Al mismo tiempo, ha creado zonas deprimidas de agricultura temporalera dedicadas a cultivos tradicionales en las cuales hoy en día se realiza la producción de peones. Es decir, se ha dado una especialización geográfica que obliga al "trasplante de gentes" de una región a otra (Astorga, 1985).

Esta situación no es sino el resultado de dicho modelo de acumulación capitalista, vigente por más de cuatro décadas, que le ha conferido a la agricultura el papel de generar divisas para la importación de bienes de capital, a través de la producción de un sector moderno agroexportador; y, además, de aportar materias primas y bienes de consumo popular baratos que permiten mantener bajos los salarios. Asimismo, este sector se ha hecho cargo de la reproducción de parte de la fuerza de trabajo, en los momentos en que no es empleada por el capital, convirtiéndose en una especie de subsidio.

---

* Extraído de Lara, S. M. (1988). El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo, pp.189-200. En Josefina Aranda B. (Comp.), *Las mujeres en el campo*. México: Instituto de Investigaciones Sociológicas, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. [ISBN 968-6205-02-2].

El desarrollo logrado de esta manera se logró sobre la base de la absorción o eliminación de la producción doméstico-artesanal campesina y la proletarización de la fuerza de trabajo procedente de las regiones especializadas en la agricultura tradicional, provocando a largo plazo su desplome.[1] Este modelo de acumulación, si bien permitió durante las dos primeras décadas (cuarenta y cincuenta) alcanzar "su máximo nivel histórico a la tasa de ganancia" (Rivera Ríos, 1986), generó una tendencia hacia la polarización y la concentración paulatina de los medios de producción. También retrajo la inversión privada de la agricultura hacia los cultivos más rentables, es decir aquellos que ofrecen una mayor posibilidad de especulación; hacia los cultivos de exportación que se producen en estrecha relación con el capital extranjero, a costa de la producción para el mercado interno; y hacia la extensión de la ganadería y la producción de forrajes en detrimento de la producción para el consumo humano (Bartra, 1977).

El deterioro de este modelo de acumulación fue avanzando hasta llegar a sus últimas consecuencias en la década actual, en la cual se exacerbaron las contradicciones que provocaron en 1982 la "crisis más severa del último siglo" –según Rivera Ríos– pues atenta contra los fundamentos del proceso de valorización de capital y amenaza con ser irreversible. El panorama de esta década no es nada alentador, en relación con las décadas anteriores, en las cuales el grueso de la población trabajaba y vivía en el campo de sus propias parcelas, ahora cerca del 75% de la población trabajadora del país es asalariada del capital (Rivera Ríos, 1986).

La crisis reciente de la agricultura mexicana es el resultado del deterioro del sector tradicional, que durante cuatro décadas produjo en condiciones de franca "descapitalización" (Bartra, 1977). Es decir, ubicados en zonas de temporal (solamente el 27% de la tierra es irrigada), con escasa utilización de insumos, pocas posibilidades de obtener crédito y con ingresos bajísimos debido a los insuficientes precios de garantía (Montes de Oca y Relio, 1977).

Es comprensible que como resultado de ello el 72% de estas explotaciones produzcan menos de lo que ellas mismas necesitan para sobrevivir,

1. De un 47% del total agrícola producido en 1940 a un 18% en 1950 (Astorga, 1985).

por lo que gran parte de sus miembros se ven en la necesidad de migrar a otros lugares, del campo o de la ciudad, a buscar un mercado en el cual venderse como peones (Astorga, 1985).

La decisión de salir de sus comunidades a trabajar como asalariados no es una opción de tipo personal, sino que es parte de una estrategia de sobrevivencia de las unidades campesinas que en última instancia busca potencializar al máximo la fuerza de trabajo de la cual disponen y mantener un equilibrio entre el número de consumidores y de trabajadores al interior de la unidad (Arizpe, 1977). Sin embargo, esta decisión no responde a una lógica de funcionamiento estrictamente económico sino a una serie de criterios basados en una tradición de tipo cultural. Las estrategias productivas son también estrategias culturales del grupo, dentro del cual las mujeres y los hombres cumplen funciones distintas y realizan tareas diferenciadas.

El hecho de que sean las mujeres jóvenes las que salgan a trabajar fuera de las unidades domésticas responde a una división interior del trabajo, basada en una valoración cultural de las tareas consideradas como femeninas o masculinas, que tiende a excluir a las mujeres de gran parte de las actividades productivas dentro de la parcela. En este sentido, aun si las mujeres desempeñan una serie de trabajos importantes para la reproducción de las unidades domésticas, que pueden ser consideradas como "trabajo necesario", en momentos críticos estas unidades tienden a sacrificar la satisfacción que potencialmente pueden lograr a través del trabajo que desempeñan las mujeres jóvenes, con tal de disminuir la carga que representa su presencia como consumidoras netas.

No obstante, los mecanismos y estrategias de sobrevivencia de los campesinos no son universales ni históricos, sino que se refieren siempre a circunstancias particulares y en un momento dado pueden modificarse.[2] Kate Young (1977) señala que las alternativas de trabajo femenino en el campo están claramente asociadas al estatus familiar de las mujeres. En los casos que ella analiza, encuentra que las mujeres de familias dueñas de suficientes tierras como para emplear jornaleros no trabajan

2. Esto ha sido puesto en evidencia, por ejemplo, en relación a los efectos que ha provocado la migración masculina en el trabajo de las mujeres, los casos en los cuales las mujeres se han hecho cargo de la parcela familiar son tan frecuentes como en los que no lo han hecho. Véase Casillas (1986).

y se dedican a tareas organizativas en la recolecta; mientras que las mujeres de familias de campesinos pobres trabajan en el campo al igual que sus maridos como jornaleras.

En la coyuntura actual, las estrategias campesinas han sido modificadas debido a la crisis. Consideramos que durante el período comprendido entre las décadas de los cuarenta y sesenta, las unidades campesinas se vieron en la necesidad de potencializar al máximo la fuerza de trabajo de la cual disponían, para utilizarla dentro de sus parcelas, con el fin de producir lo necesario para su sobrevivencia y generar los excedentes que les permitieran obtener los insumos que requerían. Esto los vinculó estrechamente con el mercado de productos, de dinero y de trabajo, cumpliendo una importante función dentro del proceso de acumulación capitalista. Aunque hubo migración masculina esta por lo regular se mantuvo ligada a la parcela y a sus comunidades de origen, sobre todo en las temporadas de mayor utilización de mano de obra, mientras que muchas mujeres jóvenes migraron a las ciudades.

Varios estudios realizados en la década de los setenta mostraban la importancia que tuvo el trabajo femenino en el sector de servicios y el empleo como trabajadoras domésticas. Destacaban que existía una mayor migración de mujeres a las ciudades, sobre todo de mujeres entre los 14 y 19 años, la mayoría de ellas solteras, y cuya principal opción de empleo fue contratarse como sirvientas (Arizpe, 1977; Young, 1977). La opción representaba para las unidades campesinas una alternativa de obtener ingresos monetarios y, principalmente, una forma de disminuir el número de consumidores en las etapas críticas de la unidad familiar.[3]

Sin embargo, ante el deterioro del sector agrícola/artesanal en la década actual es posible pensar que las unidades domésticas se hayan visto obligadas a modificar sus estrategias y dado el agotamiento de la productividad de sus parcelas buscar potencializar su fuerza de trabajo al exterior de la unidad, de modo tal, que puedan obtener los ingresos que actualmente no pueden conseguir trabajando dentro de sus parcelas. Esto se ha reflejado en una mayor expulsión de sus miembros jóvenes en

3. K. Young (1977) señala que, en las comunidades que estudia, entre 1940-1970 las hijas de grandes familias eran particularmente vulnerables a las presiones para que abandonaran la casa. Aunque no pudieran mandar dinero al menos su ausencia significaba una boca menos que alimentar.

edad de trabajar, hombres y mujeres cuya intención ya no es reducir el número de consumidores, sino incrementar los ingresos, constituyéndose todos ellos en trabajadores efectivos.

Si en las décadas anteriores un reducido número de mujeres se ofrecieron para trabajar como asalariadas agrícolas, en la presente década se nota un incremento significativo en la tasa de participación femenina en las tareas agrícolas. Según el trabajo de Arizpe, Velázquez, y Salinas (1987), para 1980 el porcentaje de mujeres en labores agropecuarias representó el 12,27% del total de la PEA femenina.

Si esto es así, significa que el deterioro del sector campesino tradicional ha provocado que un mayor número de mujeres campesinas jóvenes se hayan visto obligadas a dejar sus hogares y las tareas que ahí realizaban cotidianamente para incorporarse como jornaleras. Aun cuando el trabajo en el sector de servicios sigue constituyendo el principal mercado de trabajo para las mujeres, lo que podemos sugerir es que en la década actual el trabajo asalariado dentro del sector agrícola moderno constituye una estrategia fundamental de sobrevivencia para el sector de campesinos pobres, y cada día un mayor número de mujeres dentro de este sector opta por esta alternativa.

Los contingentes de mujeres y de hombres que hoy se forman como jornaleros en las regiones agrícolas, cuyo deterioro los ha especializado como zonas productoras de peones, se ven obligados a desplazarse hacia las regiones en las que se concentra la producción de bienes y en donde ellos son el insumo más importante (Astorga, 1985).

Las mujeres que forman parte de estos contingentes asisten a cubrir una demanda. Sin embargo, no se trata de una nueva demanda, esta existía ya desde décadas anteriores, se trata más bien de una nueva oferta, de una magnitud mayor.

La creación del mercado de trabajo rural en el noroeste del país y estados fronterizos de México

La demanda de mano de obra en el noroeste del país y los estados fronterizos existe desde principios de siglo debido a la importancia que ha

tenido esta región por su cercanía con los Estados Unidos, principal país consumidor de nuestros productos. Sin embargo, no se desarrolló verdaderamente sino hasta la creación de los distritos de riego que incorporan al cultivo gran parte de estas tierras.

En 1926, se creó la Comisión Nacional de Irrigación como institución responsable de la promoción de obras de riego y esta comisión consideró prioritario el desarrollo de la frontera norte, por razones estratégicas. Es por eso que las obras se concentraron inicialmente en Baja California, Chihuahua y Tamaulipas, aunque su construcción se concesionó a compañías norteamericanas como la Mexican Land & Colonization Co. Más tarde, durante el régimen cardenista se dio un contenido social a la política de irrigación con el reparto de tierras fértiles irrigadas. Este es el caso del Valle de Mexicali, donde en 1937 se expropiaron 350 mil hectáreas (prácticamente todo el Valle) a la Colorado River Land Co. (Stamatis, 1987) y del ingenio de Los Mochis, repartido por Cárdenas en 1938 a los jornaleros que formaron la SICAE (C. de Grammont, 1986).

Desde esos años se ha mantenido una política tendiente a expandir la superficie irrigada, destacándose la creación de cuencas hidrológicas de desarrollo regional durante el régimen de Miguel Alemán. De 1941 a 1958 se incorporaron al cultivo 2,5 millones de ha de riego, duplicándose esta cantidad en los 14 años siguientes. Se estima que para 1980 había 5 millones de ha. Sin embargo, esta superficie y los cultivos que en ella pueden realizarse se encuentran concentrados en los 6 estados de la frontera norte, cuya superficie representa el 43% del total de la tierra irrigada en México y el 60% de la superficie agrícola de esos estados; el resto del país tiene una proporción del 19% (2,9 millones de ha en relación a una superficie agrícola total de 15 millones de ha). Asimismo, estos estados contribuyeron con el 50% del valor total de la producción agrícola, aportando el 75% de los productos de exportación (Martínez Sandoval, 1987).

Sinaloa, por su ubicación geográfica, no forma parte de los estados fronterizos, sin embargo, su cercanía a los Estados Unidos y su especialización en la producción de hortalizas con destino a ese país lo asemeja al resto de los estados antes descritos en donde se concentra una demanda de mano de obra importante. Para 1940, había ya 48 mil ha de riego –en ese entonces concesionadas por diversas compañías que

después pasaron a estar a cargo de la Compañía Nacional de Irrigación–, a finales del régimen echeverista existían aproximadamente 413 mil ha, y actualmente alcanzan casi las 700 mil ha, las que representan el 3% de la superficie irrigada del país a partir de la cual se obtiene el 12% del valor de la producción nacional, con un esquema de 40 diferentes cultivos de los cuales cabe destacar las hortalizas que a la fecha llegan a representar una proporción muy importante de las exportaciones del país (SARH, 1987).

En el período comprendido entre 1940-1970, los estados fronterizos jugaron un papel muy importante en cuanto a la absorción de mano de obra de migrantes que llegaban del interior del país, fundamentalmente para el cultivo del algodón y de hortalizas. Durante los años del auge algodonero (entre los cuarenta y sesenta) estos municipios registraron las tasas más elevadas de crecimiento poblacional, mientras que entre los años sesenta y setenta la población de los mismos municipios tuvo la mayor reducción intercensal (Martínez Sandoval, 1987).

La depresión del mercado del algodón a causa del auge de las fibras sintéticas, la plaga del gusano rosado y la salinidad de las aguas del río Colorado, provocaron la diversificación de cultivos (forrajes, trigo, cebada, cártamo y hortalizas) reduciéndose drásticamente el empleo agrícola, ya que esos cultivos, a excepción de las hortalizas, utilizan escasa mano de obra y tienen un alto grado de mecanización (un tractor cada 50 ha en los distritos de riego, destacándose Mexicali con la proporción de un tractor cada 37 ha) (Martínez Sandoval, 1987).

Por ejemplo, en el Valle de Mexicali, desde principios de siglo, la Colorado River Co. destinó las 350 mil ha que tenía concesionadas al cultivo del algodón, y a falta de mano de obra local –que emigraba hacia los Estados Unidos– se vio en la necesidad de importar población china para colonizar las tierras. Para 1919 había en el Valle más de 5 mil chinos. Más tarde, la Gran Depresión del 29-33 hizo que muchos mexicanos que se habían ido de braceros regresaran al país y se contrataran como jornaleros, hasta que en 1937 Cárdenas les repartiera esas tierras. Las coyunturas generadas por la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea propiciaron las condiciones para que prosperara el cultivo del algodón, provocándose una especialización en el Valle en este cultivo, que para su cosecha requiere gran cantidad de mano de obra.

Pese a la caída de los precios internacionales del algodón y el *dumping* algodonero en 1965, la especialización en este cultivo continuó hasta la década de los sesenta, en la cual los problemas antes mencionados provocaron su desplome. Sin embargo, durante el período 40-66 existió una demanda intensiva de mano de obra que provocó el desplazamiento de jornaleros desde otros estados de la república.

A partir de la crisis algodonera la producción agrícola del Valle se orientó hacia el mercado interno y se diversificó incorporando otros cultivos, fundamentalmente forrajeros e intensificando la producción de hortalizas de exportación que complementan la producción de California. Sus mayores incrementos se lograron de 1975 a 1982, y a partir de ese momento se estanca.[4]

Otro ejemplo es el de Sinaloa, en donde gracias a la caña de azúcar y al tomate surgen verdaderos emporios capitalistas ya desde la segunda década de este siglo. Paralelamente a su desarrollo se crearon focos de atracción de mano de obra en los valles, a lo largo de las márgenes de los ríos. Los requerimientos de mano de obra no pudieron ser cubiertos con la mano de obra local disponible a causa de su escasez, por lo cual fue necesario traer indios mayos y yaquis de Sonora e importar población china y japonesa. En estas circunstancias resultó fundamental la participación de las mujeres y los niños, principalmente para las labores de cosecha del tomate, como lo muestran las estadísticas de 1917 (DEN, 1917).

La producción de tomate comenzó a crecer de manera significativa en la década de los veinte, lográndose un incremento del 50% entre 1924 y 1926. Sin embargo, se produjo una crisis de sobreproducción en el ciclo agrícola 1926-1927 que llevó a la bancarrota a muchos productores. Posteriormente, en la década de los cincuenta una serie de coyunturas ampliaron nuevamente el mercado de las hortalizas. Los cambios en la economía internacional provocados por la Segunda Guerra Mundial abrieron el mercado norteamericano gracias a la economía de guerra; y después de la Revolución cubana, el bloqueo a Cuba por parte de los Estados Unidos dejó libre el mercado norteamericano para las hortalizas sinaloenses. Asimismo, la terminación del programa de braceros privó a

4. Datos obtenidos por Martha Stamatis (1987).

los productores norteamericanos de la mano de obra barata y aumentó sus costos de producción llevando a muchos de ellos a la quiebra, lo cual abrió el flujo de ventas a los productores mexicanos. Todo ello permitiría que el estado de Sinaloa se convirtiera en el primer estado productor de hortalizas y tomate de México, abasteciendo con más del 60% a las hortalizas de invierno que se consumen anualmente en los Estados Unidos entre diciembre y mayo (NACLA, 1977).

Características del perfil de la trabajadora rural y división sexual y étnica del trabajo

La política de modernización agrícola ha provocado una reorientación en los cultivos al privilegiar la producción de forrajes y una mayor mecanización, lo que generó una reducción drástica de la PEA en el sector fronterizo. En 1950, el 45,5% del total de la PEA estaba en los municipios fronterizos, mientras que en 1980 descendió a solo un 10%. El cambio proporcional entre 1950-1960 no fue significativo, pero sí el que se dio entre 1970-1980 (Martínez Sandoval, 1987).

De acuerdo con estos datos podemos confirmar que no solo la demanda de mano de obra no es nueva, sino que en la década actual la demanda se ha estancado en algunos casos y en otros ha disminuido, lo que nos lleva a plantear que la oferta femenina no puede ser explicada solo en términos de la demanda, sino de las causas que la provocan.

La crisis actual parece haber tenido resultados irreversibles dentro de la economía nacional y en la agricultura en particular. Los efectos sobre la clase trabajadora abren un camino de explotación más severa que se expresa en recortes de trabajadores y cierre de fuentes de empleo, pero también va acompañada por un reforzamiento en los instrumentos de subordinación y disciplina de la fuerza de trabajo; intentos de racionalización, y donde es posible de modernización en los sistemas productivos aplicando normas basadas en una concepción taylorista o fordista del trabajo, así como una descalificación de la mano de obra (Rivera Ríos, 1986).

En la agricultura se manifiesta por una sustitución creciente de la mano de obra permanente por la eventual; aumento del pago a destajo

y contracción de los salarios; oscilaciones agudas de la demanda por el avance de la mecanización en donde esta permite el ahorro de la fuerza de trabajo y en los casos en que sigue siendo más rentable, como en el caso de las hortalizas, en la especialización de los trabajadores y la aplicación de sistemas que "racionalizan" al máximo los procesos de trabajo. Podemos suponer que la mayor contratación de la mano de obra femenina obedece a un mayor crecimiento de la oferta provocada por el deterioro de la producción campesina, sin embargo, a su vez, podemos considerarlo como una mayor propensión de las empresas a ocupar mano de obra femenina, la cual se adapta mejor a las condiciones de empleo.

La demanda –dice Astorga– se localiza en los campos de trabajo y no es otra cosa que los requerimientos de jomadas que necesitan las plantas para producirse. El proceso productivo corresponde a las diversas labores que se necesitan realizar en beneficio de una planta (1986). Sin embargo, la asignación de los individuos en los procesos productivos no se lleva a cabo indistintamente, es decir en función de la cantidad de jomadas que se requieren, sino que se realiza bajo una división del trabajo que asigna tareas particulares a hombres y a mujeres, a indígenas y mestizos, y además los especializa en ellas. La cantidad de jomadas depende del nivel tecnológico existente en un momento dado, pero la asignación de tareas se da en función de una división sexual y étnica del trabajo.

Las tareas en las que las mujeres se han especializado, y por lo tanto donde el porcentaje de mujeres es mayor, son: el amarre del hilo, desbrote, corte, empaque, selección y limpieza del tomate; el despate y corte de la fresa; el amarre y enredo de guías en la vid, su corte y selección; el despique, clasificación y corte de las hojas de tabaco; y el corte de café, entre otras. Sin embargo, dentro de estas tareas consideradas como "femeninas" se lleva a cabo también una diferenciación étnica. En Sinaloa, por ejemplo, las indígenas no tienen acceso al empaque y al invernadero en donde se lleva a cabo el desbrote, clasificación y empaque y solo pueden participar en las tareas de campo, como el ensartado de hilo y el corte de tomate. En Baja California, solo las sinaloenses realizan el trabajo de empaque y las locales seleccionan, mientras que las indígenas cortan el tomate.

Nuestra hipótesis es que en la década actual ha crecido la oferta de mujeres que buscan emplearse como mano de obra asalariada. Estas mujeres

llegan formando parte de las cuadrillas que se especializan en las labores de campo propiamente y no participan en las tareas de apoyo a la producción, es decir, el incremento en el número de trabajadoras agrícolas se logra básicamente a partir de una oferta que proviene de las regiones indígenas. En este sentido podemos decir que no solo ha crecido el número de trabajadoras agrícolas, sino que el perfil de la trabajadora rural se ha modificado, no solo en términos de edad, escolaridad, estado civil y esperanza de vida, sino en relación a su origen étnico, al tipo de labores que desempeña, así como a las condiciones en las cuales laboran.

El movimiento de familias para trabajar en los campos agrícolas se da desde las regiones deprimidas de agricultura de temporal, habitadas regularmente por grupos indígenas en las cuales se concentra la oferta, hacia el noroeste del país y los estados fronterizos, donde se concentra la demanda en tomo a los cultivos de exportación.

Sabemos que actualmente arriban a Sinaloa entre 100 mil y 150 mil trabajadores migrantes, procedentes principalmente del sur de la república (36%), gran parte de los cuales son de origen mixteco. Según datos de la CAADES (1987), esta población migra en grupos familiares, con promedio de 6 miembros, de los cuales el 80% son hombres y el 20% mujeres (30 mil), 8% de las cuales son amas de casa.

Al Valle de Mexicali llegan anualmente 25 mil personas, aproximadamente, para trabajar en las hortalizas; se estima que el 80% son indígenas mixtecos que arriban también en grupos familiares, incluyendo mujeres jóvenes cuya ruta migratoria se inicia (en enero) en los campos agrícolas de Sinaloa, una minoría continúa en el Valle del Yaqui en Sonora y regresa después a sus comunidades para trabajar en sus parcelas; la mayoría continúa (durante los meses de junio a noviembre) hacia los campos de San Quintín, permaneciendo ahí cerca de seis meses (Anguiano, 1986).

Esta información nos da una idea de la relevancia que tiene la participación de las mujeres indígenas en los campos agrícolas del noroeste del país, sin tomar en cuenta la importancia que ya tenía la participación femenina en las labores de clasificación y empaque de las hortalizas.

Las condiciones en que se ven obligadas a vivir para poder trabajar, migrando de un lugar a otro, han sido descritas con gran realismo por Astorga (1986):

> Familias enteras lanzadas a la última condición de proletarización permanente o parcial, armando retazos de hogar noche tras noche en el cemento, entre los transeúntes que pasan saltando los cuerpos y entre las luces de los autos y los faroles de las calles; comiendo tortillas con sal y chile, las mujeres velando impotentes el llanto monótono y cansado de los niños y los hombres acosados como animales por la policía municipal que esquilma sus miserables salarios.

Las trabajadoras han tenido que adecuar su vida cotidiana, sus tiempos y ritmos para estar acorde con las exigencias del proceso de trabajo en el cual participan, y con ellas también sus familias. Incluso su identidad como mujeres ha debido transformarse, no sin conflictos, para poder integrar en una sola personalidad tanto su papel de hijas, esposas y amas de casa con el de trabajadoras.

En el caso de la población étnica, cuyos tiempos y ritmos individuales y grupales se organizan bajo una lógica campesina, no empresarial, su inserción en los procesos productivos capitalistas ha provocado cambios no solo en quienes participan directamente como trabajadores, también en sus comunidades ha provocado efectos negativos pues priva a estas de la fuerza de trabajo que sirve de sostén a las tareas colectivas que permiten su reproducción. Incluso, afecta la reproducción de su identidad como parte de una etnia, porque rompe o trastoca todas las prácticas culturales sobre las cuales esta se construye.

Dentro de sus comunidades de origen, cada mujer y cada hombre es alguien, sus relaciones con la naturaleza y con el resto de los individuos tienen un sentido que se orienta no solo hacia la reproducción económica de la comunidad, sino también hacia la reproducción de un proyecto cultural que es el de su etnia. Ahí domina el proceso productivo en todas sus etapas y en cada una de ellas está presente el carácter simbólico de sus relaciones. Las fiestas y los rituales son parte de estas relaciones y en este sentido podemos decir que forman parte del proceso productivo en el que participan todos bajo una división cultural de tareas.

Como trabajadora de un campo agrícola capitalista, es solo parte de una maquinaria que rige todo el proceso y lo domina, es además perfectamente sustituible. Ahí no solo ha perdido el conocimiento del proceso

productivo en su conjunto, sino que la máquina, que viene pisándole los talones, y el marcador, le fijan un tiempo y un ritmo que escapan a su control. Está sometida a procesos de taylorización y fordismo que no conocía, pierde incluso todo su conocimiento fundado no en la ciencia sino en la experiencia, para convertirse en peón, sin ninguna calificación precisa y sin ninguna autonomía. Es solo parte de una cadena que entrega el producto cosechado. Pierde toda identidad como mujer, como niña o adulta, y su identidad étnica se diluye entre el conjunto de "oaxaquitas" que pueblan los campos agrícolas. Solo en la cuadrilla tiene un nombre y se la reconoce, si bien es como un extranjero en ese campo.

Las relaciones dentro del campo no son solo la actividad combinada de hombres y máquinas para producir plantas, constituyen una vida social. Se trata de un mundo en miniatura, que responde a un plan productivo y reafirma la centralidad de la producción sobre la sociedad y la dominación sobre el conjunto de relaciones sociales (De la Garza, 1985). En su interior, trabajadores y patrones participan juntos en un juego de relaciones cargadas de estereotipos que sostienen y reafirman la división técnica del trabajo.

Bibliografía

Anguiano, M. E. (1986). Los mixtecos en Baja California. *México Indígena, 2*(13), (México).

Arizpe, L. (1977). Mujeres migrantes y economía campesina; análisis de una cohorte migratoria a la ciudad de México. *América Indígena, 38*, (México).

Arizpe, L.; Velázquez, M. y Salinas, F. (1987). E*fectos de la crisis económica: 1980-85 sobre las condiciones de vida de las mujeres campesinas de México*. S.d.: mimeo.

Astorga, E. (1985). *Mercado de trabajo rural en México: La mercancía humana.* México: ERA.

Bartra, A. (1977). Seis años de lucha campesina. *Investigación Económica, 36*(3), (México: UNAM).

C. de Grammont, H. (1986). *Burguesía agrícola y estado en Sinaloa*. México: UNAM, mecanografiado.

CAADES. (1987). Características del trabajador migratorio en Sinaloa, su entorno económico y la contribución del agricultor para resolver la problemática social. Ponencia presentada en el *Primer Congreso sobre Problemas del Campo.* Sinaloa, México.

Casillas, A. (1985). *La mujer en dos comunidades de emigrantes: Chihuahua*. México: SEP.

DEN. (1927). *Sonora, Sinaloa y Nayarit: Estudio estadístico, económico y social*. México: s.d.

De la Garza, E. (1985). *Un paradigma para el análisis de la clase obrera*. México: mecanoscrito.

Martínez, S. (1987). Los distritos de riego en los estados fronterizos. Ponencia presentada en el *Primer Congreso sobre Problemas del Campo.* Sinaloa, México.

Montes de Oca, M. E. y Relio, F. (1977). Acumulación de capital en el campo mexicano. *Cuadernos Políticos,* (México).

NACLA. (1977). Cosecha de ira. *Cuadernos Agrarios, 5,* (México).

Rivera Ríos, M. A. (1986). *Crisis y reorganización del capitalismo mexicano, 1960-1985*. México: ERA.

SARH. (1987). Ponencia. Ponencia presentada en el *Primer Congreso sobre Problemas del Campo.* Sinaloa, México.

Stamatis, M. (1987). El Valle de Mexicali: agricultura e inversión extranjera 1901-1986. Ponencia presentada en el *Primer Congreso sobre Problemas del Campo.* Sinaloa, México.

Young, K. (1977). Economía campesina, unidad doméstica y migración. *América Indígena, 38*(2), (México).

Segunda parte

Mercados de Trabajo

Trabajadores mexicanos en la agricultura de Quebec*

Sara María Lara Flores y Jorge Pantaleón

Hasta antes de 1998, la provincia de Quebec casi no había recurrido a la contratación de mano de obra extranjera para laborar como trabajadores estacionales en la agricultura, aunque desde 1966 el gobierno de Canadá había puesto en ejecución el Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales (PTAT), creado y administrado por el Ministerio de Recursos Humanos y Desarrollo Social de Canadá (RHDSC, por sus siglas en francés). Concebido para compensar la supuesta escasez de mano de obra agrícola, este programa ha promovido la llegada, durante los últimos años, de aproximadamente 30.000 trabajadores procedentes en gran parte de México y las Antillas. Aunque mucha de esta población se instala en Ontario (63,7%), 800 trabajadores llegaron a Quebec en 1995 y 4.325 en 2009, para descender a 2.445 en 2012 (Statistique Canada, 2014), cuando se pone en marcha el Programa para Ocupaciones Menos Calificadas,[1] con el que se inicia la migración de trabajadores agrícolas originarios de Guatemala, principalmente. Las formas de contratación de estos trabajadores (sueldos, prestaciones, condiciones de vivienda, etc.),

* Extraído de Lara Flores, S. M. y Pantaleón, J. (2015). Trabajadores mexicanos en la agricultura de Quebec, pp. 81-114. En M. J. Sánchez y S. M. Lara Flores (Coords.), *Los programas de trabajadores agrícolas temporales. ¿Una solución a los retos de las migraciones en la globalización?* México: IIS-UNAM. [ISBN 978-607-02-7278-3]. Este capítulo es resultado de la colaboración de ambos autores en el marco de la Cátedra del México Contemporáneo de la Universidad de Montreal y del Proyecto de investigación "Migración y circulación territorial" (PAPIIT-IN307507), a cargo de Sara María Lara Flores.

1. Este programa se llamaba previamente Proyecto Piloto para Ocupaciones que Requieren Niveles Menores de Capacitación Formal, Clasificación Nacional de Ocupaciones C y D (Pilot Project for Occupations Requiring Lower Levels of Formal Training, National Occupations Classification C and D) de 2007-2013 y Proyecto Piloto para Trabajadores de Baja Calificación (Low-Skilled Workers Pilot Project) de 2002-2007 (Preibisch, 2010).

así como su permanencia en Canadá, varían de acuerdo con el programa con el que llegan; no obstante, se quedan laborando en las zonas rurales consagradas a la producción de frutas y de verduras.

El objetivo de este capítulo es dar cuenta, primeramente, del desarrollo que ha tenido la agricultura quebequense y la importancia de la contratación de trabajadores temporales para que esta agricultura sea redituable, en el marco de una aguda competencia por las importaciones de productos provenientes de Estados Unidos. En segundo lugar, analizar la noción de penuria o escasez de mano de obra para dar sustento a los dos más importantes programas de contratación de mano de obra temporal para la agricultura en Quebec. Un argumento para recurrir a los trabajadores migrantes temporales en la agricultura quebequense es dar apoyo a los países menos desarrollados a través de este tipo de programas que demandan no solo trabajadores provenientes de países menos desarrollados, sino de regiones que se caracterizan por sus altos índices de pobreza, como el estado de Oaxaca, en México. En ese sentido, el último apartado de este texto ofrece datos relativos a la migración de trabajadores oaxaqueños que llegan a esta provincia.

La investigación que sustenta a este artículo incluye una amplia consulta a fuentes gubernamentales y organismos empresariales de Canadá que ofrecen información estadística sobre la evolución de la agricultura canadiense, y en particular sobre la de Quebec. Asimismo, se basa en información de campo recabada en el Servicio Estatal de Empleo del estado de Oaxaca y en entrevistas a trabajadores de origen oaxaqueño que migran a Canadá.

Desarrollo histórico de la agricultura de Quebec

La historia de la agricultura de Quebec está marcada por la pérdida de población rural y la desaparición de numerosas de granjas. En 1976, un estudio que comparaba la agricultura de Ontario con la de Quebec (Côté, 1976) señalaba la merma de al menos 20% de su población dedicada a la agricultura en un periodo de treinta años (de 1941 a 1971) y una reducción del número de granjas, que habían pasado de representar 21,1% a 17,6%.

De esta manera, en 1971 la población agrícola de Quebec correspondía a 85% de la de Ontario, mientras que en esta última provincia el porcentaje de granjas había aumentado de 24,3% a 29,6%. Paralelamente, la superficie utilizada por explotación se había elevado en 50% durante el mismo periodo y la producción se había incrementado en 300% gracias al uso eficiente de maquinaria, fertilizantes y semillas (Bernier, 1976, p. 427).

Así, la reducción de la superficie total de las granjas y la casi desaparición de las explotaciones agrícolas en amplios espacios del territorio de Quebec marcan la evolución reciente de la agricultura de esta provincia. Las granjas que se mantienen van a ampliar su tamaño, pasando de una media de 51 hectáreas en 1951 a 106 en 2001, al desaparecer las pequeñas y medianas granjas en favor de las más grandes.[2]

Desde finales del siglo XIX, un importante proceso de industrialización y crecimiento de grandes ciudades, como Montreal, pobladas de numerosos obreros que habían migrado del campo a la ciudad para trabajar en las fábricas, provocó la adaptación de la agricultura a la creciente demanda de alimentos de una población urbana en constante crecimiento y, por tanto, de una industria alimentaria que empujaba a los agricultores a la especialización y la mecanización. El incremento de la demanda condujo a los agricultores a adquirir equipos más adecuados y adoptar técnicas innovadoras para mecanizar ciertas tareas, esto aumentó la productividad de las granjas de una manera notable, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la agricultura se encontró ante el reto de abastecer, también, la demanda de alimentos generada en Europa. No obstante, un buen número de agricultores no contaban con los medios para equiparse adecuadamente, dado el importante nivel de inversión que se requería, por lo que entraron en una lógica mercantil y de integración a las industrias de transformación, unos abandonando cultivos y actividades ganaderas poco rentables en favor una producción más competitiva y otros abandonando la agricultura (Poirier, 2010; Winson, 1985).

2. La superficie de las granjas pasa de 6,8 millones de hectáreas en 1951 a 3,4 millones de hectáreas en 2001, mientras que el número de granjas disminuye de 134.000 a 32.000 en el mismo periodo (Ruiz y Domon, 2005).

La agricultura quebequense va a orientarse fundamentalmente a la industria lechera. En 1951, sobre un total de 35.181 granjas comerciales, 38% estaban concentradas en el sector de lácteos. Para 1966, este porcentaje aumenta a 63% y en 1971 a 70%, cuando en Ontario los porcentajes correspondientes en esos mismos años eran 25%, 29,9% y 27%, lo que muestra una mayor diversificación en la agricultura y, por lo tanto, mayor estabilidad que en Quebec, más dependiente de una sola actividad productiva (Côté, 1976).

Después de registrar un incremento importante de la productividad de casi 50% entre 1941 y 1966, la producción anual de leche desciende estrepitosamente, víctima de crisis sucesivas. Así, a principios de los años setenta no solo las perspectivas de desarrollo resultan débiles, sino que los productores van a ser confrontados con un sistema de cuotas de producción para controlar la sobreproducción y permitir la estabilidad de precios. En 1976 se produce una de las peores crisis en la agricultura de Quebec no solo porque la producción lechera se estanca, sino porque se vuelve cada vez más dependiente del aprovisionamiento de cereales para la producción animal, provenientes de otras regiones y aun de otros países. Esto va a llevar a una profunda reestructuración de la agricultura en Quebec y a provocar una mutación importante en el espacio rural, donde la Unión de Productores Agrícolas (UPA) jugará un papel importante. En este contexto, ciertos cultivos conocen un crecimiento espectacular, mientras otros disminuyen o desaparecen de vastos territorios (Domon *et al.*, 2012).

De acuerdo con Domon *et al.* (2012), hoy en día los territorios de Quebec están atravesados por dos tendencias: una intensificación de la agricultura en la parte sur de la planicie del río Saint Laurent y un abandono en las regiones con topografía acentuada (Ruiz y Domon, 2005). La pérdida de población dedicada a la agricultura, así como la disminución del número de granjas, es, hasta ahora, un fenómeno relevante en Quebec (8.600 granjas desaparecen entre 1991 y 2011) y en Canadá.[3] Asimismo, la producción animal sigue siendo la principal fuente de

3. Según los datos de Statistique Canada (2014), de 1991 a 2011 el número de granjas disminuyó de 280.043 a 205.730; la superficie agrícola media se incrementó de 598 a 778 acres, mientras que el número de productores agrícolas bajó de 390.875 a 293.925, lo que representa una disminución de 24,8%, y la edad promedio de los agricultores pasó de 47,5 a 54 años.

ingresos de la provincia,[4] a pesar de lo cual hubo un proceso de diversificación productiva. Destacan, por ejemplo, la producción de miel de maple (Estrie), manzanas (Montérégie), papas (Abitibi-Témiscamingue, Gaspésie), árboles de Navidad (Estrie), frutas y legumbres (Laurentides, Centro de Quebec). Igualmente, los productos locales transformados de manera artesanal, que van a ser parte del desarrollo de actividades turísticas ligadas a la agricultura (mermeladas, derivados de la miel de maple, quesos, salchichería, aceites y vinagres).[5]

Hoy en día, los agricultores de Ontario y Quebec totalizan 80% de las ventas de legumbres. Pero mientras la producción de legumbres en Quebec ha reportado una baja de 2,4% en 2011 con respecto a 2010, la de frutas se ha incrementado en 9,5%.[6] En esta última provincia, los agricultores plantaron 299.082 acres de frutas en 2011, que representan un incremento de 2,4% con relación a 2010. Este aumento se debe principalmente a tres cultivos: manzanas, moras azules y arándanos. La superficie destinada a cultivar manzanas (13.471 acres) es la segunda en importancia en el país, mientras que la de moras azules (67.085 acres) aumentó 60% y la de arándanos (7.100 acres) se duplicó en ese periodo, convirtiendo a Quebec en la provincia con la mayor superficie dedicada a este cultivo del país, al rebasar la producción de Columbia Británica. También es la primera provincia productora de fresas, la segunda de frambuesas y la tercera de uvas (Statistique Canada, 2014c).

Si bien, como ya mencionamos, Quebec sigue siendo una provincia con vocación ganadera, en lo que se refiere a producción vegetal, en 2011, destacó la producción de forrajes (40,9%) y cereales (54,5%), frente apenas el 2% dedicado a legumbres, 2,1% a frutas y 0,5% a otros cultivos (Statistique Canada, 2011). Cabe mencionar que es justamente en las frutas y legumbres, con una producción intensiva, donde se requiere de una mayor cantidad de mano de obra, lo que nos ocupa a continuación.

4. De 2010 a 2013, los ingresos monetarios en miles de dólares canadienses, provenientes de la venta de productos de origen animal, pasó de 4.485 a 5.077, predominando la producción de lácteos, mientras los ingresos derivados de las ventas de productos de origen vegetal pasaron de 2.083 a 2.719. Ver Statistique Canada (2014a).

5. Ver http://bv.alloprof.qc.ca/geographie/territoire-agricole/le-territoire-agricole-du-quebec.aspx

6. La mayor parte de las ventas de frutas canadienses proviene de tres provincias: Columbia Británica (37,7%), Ontario (27%) y Quebec (23,1%) (Statistique Canada, 2014c).

De la "escasez" de mano de obra a la contratación de trabajadores migrantes temporales

La llegada masiva de trabajadores temporales extranjeros obedece a diferentes factores propios de la transformación de la sociedad quebequense moderna (y en mayor escala de Canadá), lo que implicó, entre otros aspectos, el reemplazo de la mano de obra local en puestos de trabajo calificados, sobre todo en el medio urbano. Otro factor central es la orientación de la producción agrícola quebequense y canadiense a la exportación, cuando hasta hace no pocas décadas producir para el mercado interno era la tendencia general.[7] El crecimiento de las exportaciones quebequenses de bioalimentos fue del 56% en el decenio 2004-2013 y conforma el 10% del PIB de esta provincia (Ministére d'Agriculture, Pechéries et Alimentation du Québec, 2013). En términos del destino de estas exportaciones, el principal ha sido Estados Unidos, con una media de 65% entre 2004 y 2013. Pero las cifras de los últimos años indican una mayor diversificación de la clientela internacional (aparte del bloque europeo y de Japón, segundo y tercer mercados), tomando mayor importancia los países de las llamadas "economías emergentes", en especial China, Brasil, India, Rusia, Chile, Corea del Sur, Sudáfrica y México.

A nivel macrorregional, los acuerdos comerciales, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), indican que los agricultores de Ontario, Quebec y Columbia Británica (las tres primeras captadoras de mano de obra agrícola extranjera) deben competir con agricultores y empresas de México y Estados Unidos. Esta competencia se vuelve cada vez más desigual ya que mientras en Quebec predomina aún la agricultura de tipo familiar, en Estados Unidos las que producen son principalmente empresas corporativas o incluso de *agribusiness*, con inversiones de capital mayores a los 250.000 dólares (Bronsard,

7. El sector agroalimentario canadiense participa con el 8% en el PIB nacional, con la creación de uno sobre ocho empleos, y exporta por un valor de 40,3 billones de dólares. En Quebec, en 2013, las exportaciones internacionales de productos bioalimenticios significaron 6 billones de dólares canadienses (15% del total canadiense). De esa suma, en la redistribución por tipos de producto (en cuyo vértice se encuentra la carne porcina, con 23%) el 9% corresponde a aquellos referidos a las frutas y verduras (*Ibid.*).

2007; Perrier, 2014).[8] De esta manera, todos los propietarios de granjas en Canadá, grandes o pequeñas, se ven obligados a operar con la presión de mantener los costos bajos y seguir un proceso de aglomeración productiva y comercial interna. La tendencia general muestra que las grandes compañías agroindustriales poseen un gran control en Canadá, con seis compañías que controlan la venta de alimentos a nivel nacional, solo unas pocas que producen fertilizantes nitrogenados y un pequeño número que controla la distribución de agroquímicos y semillas (Veena Verma, 2003). En 2007, solo tres empresas concentraban 75% de la distribución de alimentos en Quebec: Loblaw (Provigo, Loblaws, Maxi), Sobeys (IGA, IGA Extra, etc.) y Metro, lo que deja ver que la distribución de alimentos en esta provincia es una de las más concentradas del mundo, ya que 95,9% de las ventas se hicieron en las cadenas de supermercados (Commission sur l'Avenir de l'Agriculture et de l'Agroalimentaire Québécoise, 2008, p. 112).

El alcance macroeconómico de la agricultura en Quebec permite contextualizar mejor la creciente demanda de trabajadores agrícolas temporales extranjeros: en 2011, el 14,3% de las granjas canadienses se localizaba en Quebec, donde las ganancias brutas aumentaron 1,6% con respecto a 2005. Acompañando a estas tendencias, se identifica un proceso concomitante tanto en Canadá como en la provincia de Quebec: la disminución del número de unidades de producción, que se realiza de manera paralela al crecimiento de su superficie media, señalando una tendencia a la concentración territorial. Así, en Canadá existían 205.730 explotaciones agrícolas en 2011, es decir, 10% menos que en 2006, mientras el tamaño medio había aumentado en 779 acres, en tanto que en Quebec esta reducción ascendía a 4% (Statistique Canada, 2011).

Es necesario mencionar que en 2011 el número de agricultores declarados en Quebec (43.920) descendió en 3,4% con respecto a 2006, y que la edad media de estos agricultores era de 51,4 años, cuando en 2006 era de 49,3 años (ídem). Paralelamente, el trabajo familiar en las granjas quebequenses ha sufrido una importante disminución. Si bien con dicha vocación familiar se esperaría que se generara un relevo generacional, esto

8. En Estados Unidos, las granjas con inversiones de capital arriba de 250.000 dólares ascendían a 16% en 2007, controlaban 43% de las superficies de cultivo y generaban 84% de la producción total, mientras que en Quebec representaban apenas 29%, si bien es cierto que generaban 82% de la producción (Perrier, 2014).

no se ha dado porque los jóvenes prefieren ocupaciones en las ciudades y en otros sectores productivos. Esto ha sido dicho frecuentemente para explicar la "penuria de mano de obra en la agricultura" y la importancia de contratar trabajadores temporales.

En 2008, el reporte de la Comisión sobre el Futuro de la Agricultura y la Alimentación de Quebec (Commission sur l'Avenir de l'Agriculture et de l'Agroalimentaire Québécoise, CAAAQ) señalaba que las granjas habían contratado 59.000 personas fuera de la unidad familiar, 80% de las cuales eran trabajadores temporales, particularmente para el sector hortícola. Esto se debía, según el reporte mencionado, a la gran dificultad que habían enfrentado los agricultores para resolver la falta de mano de obra, después de haber probado diversas alternativas. Primero a través de cooperativas de trabajo (Coopératives d'Utilisation de Main-d'Oeuvre, CUMO), que aseguraban la aportación de mano de obra calificada y experimentada a precios competitivos. Igualmente, habían recurrido a la contratación de estudiantes en verano, desempleados o asistentes de ayuda social, pero la experiencia demostró que esta solución no era una alternativa real:

> Hay que llamar las cosas por su nombre *[il faut appeler un chat un chat]:* ciertas categorías de empleo son rechazadas por los quebequenses que prefieren seguir buscando trabajo, más que ir a trabajar a los campos (CAAAQ, 2008, p. 142).[9]

Así, el reporte dice que, a mediano plazo, recurrir al trabajo temporal de extranjeros para ocupar temporalmente los empleos que los quebequenses rehúsan se convierte en "algo inevitable" (CAAAQ, 2008).

Autonomía relativa del sector patronal ligado al reclutamiento internacional

Como es sabido, el PTAT se organizó con base en un acuerdo binacional entre Canadá y México, lo que significa la creación de un marco legal

9. Traducción libre del francés hecha por los autores.

para regular los derechos y deberes de todos los agentes que participan en la contratación de la mano de obra temporal. La administración normativa de este programa corresponde, a nivel nacional, al Ministerio de Recursos Humanos y Desarrollo Social canadiense. A su vez, las provincias tienen un nivel de autonomía suficiente para adaptar el marco federal a sus propias legislaciones, teniendo en cuenta siempre su configuración particular como provincia. Así, Ontario y Quebec, las dos provincias que han recibido tradicionalmente a la mayor parte de la masa de trabajadores migrantes temporales, cuentan con códigos laborales autónomos que impiden, por ejemplo, el derecho a la asociación sindical para estos trabajadores (aunque se han realizado propuestas para efectivizarlas, que están en debate y revisión hasta el presente), mientras que en Manitoba es posible esta sindicalización. En Quebec, los organismos involucrados son el Ministerio de Inmigración, Diversidad e Inclusión (conocido como MICC), el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación de Quebec (MAPAQ, por sus siglas en francés) y los centros de empleo de la Unión de Productores Agrícolas (UPA). Por su parte, desde el lado mexicano, los organismos federales que participan activamente en el control y seguimiento de las exigencias legales y sociales son la Secretaría de Trabajo y Previsión Social y la Secretaría de Relaciones Exteriores, y en tierras canadienses los consulados mexicanos son los encargados de atender sus demandas específicas.

Si bien es patente la movilización de aparatos burocráticos, propia de este tipo de acuerdos institucionales, los actores económicos poseen sus propios intereses y estrategias que han transformado las modalidades de acción para maximizar sus recursos. Esto se observa particularmente entre empresarios que procuran organizar y controlar la demanda de la mano de obra temporal. De este modo, los procedimientos de reclutamiento los dirige la Fondation des Entreprises en Recrutement de Main d'Ouvre Étrangere (FERME) en Quebec y el Foreign Agricultural Resource Management Service (FARMS) en Ontario. En ambos casos, tanto en el discurso oficial como en las acciones concretas, estas organizaciones han sabido legitimar sus demandas de mano de obra extranjera sobre la idea de la escasez crónica de mano de obra local y que el único medio de solucionar este problema estructural es contratando

trabajadores provenientes de países en vías de desarrollo (como México, pero no exclusivamente, como veremos más adelante), para lo cual el programa laboral funcionaría como política social de ayuda a los trabajadores pobres de otros países. Tanto en la palabra de los productores como en la letra oficial de las organizaciones que los representan, la "escasez crónica de mano de obra local" y la "ayuda a los trabajadores pobres de otros países" funcionan como argumentación política y práctica al posicionarse como grupo de interés empresarial. Es necesario señalar que esta insistencia puede entenderse porque mientras la segunda idea no tiene ningún tipo de objeción, la de escasez de mano de obra local requiere una demostración administrativa exigida por el Estado federal.[10]

La contratación de trabajadores, con una perspectiva de política social que busca ser un paliativo a la pobreza en los países de origen, se traduce en las condiciones de admisibilidad impuestas por los programas. En tal sentido, el PTAT exige ciertas condiciones en la selección de trabajadores temporales: ser campesino o agricultor, tener entre 22 y 45 años, una escolaridad de por lo menos tres años en el nivel primario pero que no sobrepase los estudios secundarios, estar casado o en unión libre y tener hijos. Según nuestras observaciones de campo (en Quebec y en México), uno de los criterios determinantes es tener una familia establecida en México. Así, se observa que existe una media de 2,7 niños por trabajador. Si por un lado se aduce que un trabajador con familia es la figura necesaria para cristalizar el impacto social, esto también tiene otra operatividad. La paternidad y el vínculo matrimonial es una garantía para los gobiernos federal y provinciales, y para los empresarios, de que los trabajadores volverán a su país una vez finalizada la cosecha por las obligaciones y responsabilidades familiares. Es decir, que se mantendrán como temporales cíclicos y no intentarán volverse ciudadanos canadienses, no solo por una prohibición legal, sino porque sus familias no residen en ese país, para evitar fugas en este sistema de contratos

10. A nivel federal, el Consejo Canadiense de Horticultura es el portavoz de las influencias políticas de las grandes empresas agrícolas. Esta entidad continúa presionando al gobierno federal para que amplíe el acceso al mercado de mano de obra agrícola temporal, sin las garantías de protección que ofrece el Seasonal Agricultural Workers Program (SAWP) en la actualidad. Como ejemplo de la índole de sus recomendaciones, está la de eliminar la cláusula del contrato de trabajo que vincula la tasa salarial de los obreros extranjeros a la tasa salarial mínima vigente.

temporales. Las motivaciones de estos trabajadores se encuentran, fundamentalmente, en la posibilidad de tener un empleo (las tasas de desempleo son más elevadas en las zonas rurales mexicanas), aprovechar la diferencia de las divisas obtenidas en Canadá respecto a los posibles ingresos generados en México y entrar de manera legal al país.

Si, por un lado, contribuir a erradicar la precariedad económica de los trabajadores y sus familias es un argumento poco debatido en este contexto, la escasez crónica de la mano de obra no convoca a una unanimidad espontanea ni inmediata. De esta forma, como parte de un requerimiento de cualquier procedimiento de reemplazo de mano de obra canadiense, los productores deben presentar una justificación autorizada por el organismo de Opinión del Mercado Laboral (Labour Market Opinion, LMO) que demuestre la escasez. Si bien las organizaciones civiles de defensa de los trabajadores agrícolas subrayan que este mecanismo de control es muy poco eficaz, no existe unanimidad sobre las formas de paliar el problema. De esta manera, en los años noventa, y con nuevo vigor entre 2012 y 2013, las iniciativas de los estados a nivel federal y de la provincia de Quebec proponen que la falta de mano de obra local podría ser compensada con la incorporación de la mano de obra desempleada, supuestamente disponible a nivel local, utilizando programas gubernamentales de subvención al empleo (Quebec, con tasas de entre 9 y 7% de desempleo en la última década, es una de las mayores de Canadá).[11] No obstante, para los empresarios agrícolas estas propuestas serían un freno al desarrollo del sector hortícola provincial, no solo porque en la práctica pocos quebequenses se interesan por ocuparse en la agricultura, por lo penoso del trabajo físico en ese sector, sino porque los agricultores se verían obligados a pagar salarios y prestaciones como lo establece la ley para cualquier ciudadano que se encuentre en una relación laboral. Este es el fundamento real de la supuesta escasez de mano de obra, que no se explicita suficientemente cuando se recurre a la contratación de trabajadores migrantes temporales.

11. Estas propuestas gubernamentales emanadas y sostenidas por el ministerio de recursos humanos canadiense (Emploi et Développement Social Canada) dieron lugar a duros debates en los últimos tiempos, por procurar reducir solamente los gastos estatales y los derechos sociales y económicos adquiridos en el sector de ayuda social y del seguro de desempleo.

Lo cierto es que desde el inicio del nuevo siglo se constata un aumento constante de los trabajadores temporales extranjeros y de los productores que los contratan, con un crecimiento de entre 15 y 20% anual. Si en 1974 solo dos productores quebequenses utilizaban mano de obra mexicana, en 2012 rebasaron los cuatrocientos, mientras que en 2011 ascendían a 383.[12] Si bien la media de trabajadores mexicanos empleados por estos cuatrocientos productores es de 7,4 trabajadores por granja (solo mexicanos, sin contar a otras nacionalidades), existen empresas con capacidad de acoger a más de cien trabajadores, y sus propietarios son quienes cuentan con mayor influencia en las decisiones de este grupo corporativo. En el cuadro 1 se presentan las seis empresas que contratan el mayor número de trabajadores mexicanos y se encuentran registradas en el directorio de la FERME.[13]

Cuadro 1. Empresas que contratan el mayor número de trabajadores mexicanos en Quebec a través del PTAT, por localidad

Empresa	Localidad	Número de trabajadores
Vert Nature, Inc.	Sherrington, Montérégie	147
Les Productions Margiric, Inc.	Laval	135
R.G.R. Guinois, Inc.	Ste. Clotilde, Montérégie	84
Les Fermes du Soleil, Inc.	Ste. Clotilde, Montérégie	57
Les Jardins Paul Cousineau & Fils, Inc.	Ste. Clotilde, Montérégie	40
Les Fermes Hotte et Van Winden, Inc.	Napierville, Montérégie	40
Total		*503*

Fuente: Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2011).

El carácter corporativo empresarial no solo se evidencia en la retórica del grupo en los debates políticos sectoriales. La FERME, como entidad empresarial reconocida, creó en 2005 su propia agencia de viajes y posee

12. Datos proporcionados por la oficina del Servicio Nacional de Empleo en Oaxaca.

13. Se puede ver a los representantes de estas empresas encabezando el consejo de administración actual y el de los periodos anteriores, en la página oficial de la asociación (FERME, 2008).

acuerdos específicos con las líneas aéreas de bandera canadiense (Air Canada) y mexicana (Aeroméxico) para trasladar, a precios menores que los del mercado, a los contingentes de trabajadores a lo largo del año.[14]

Segmentación étnico-nacional y diferenciación de programas laborales

La aportación de trabajo en el sector agrícola canadiense no es algo novedoso, pero es menester reconocer que hubo transformaciones permanentes desde el periodo de posguerra en cuanto a los países proveedores de mano de obra. Canadá comienza a recibir trabajadores para la agricultura cuando termina la Segunda Guerra Mundial. Primero, entre 1946 y 1948, llegaron veteranos de guerra polacos con la obligación de trabajar al menos un año en dicho sector, para reemplazar la fuerza de trabajo aportada por los prisioneros de guerra alemanes. Entre 1947 y 1954 llegaron personas de Europa del Este que no querían regresar a sus países después de la guerra. En 1947 finaliza un acuerdo con los Países Bajos para favorecer la inmigración a Canadá (Commission de Droits de la Personne et des Droits de la Jeunesse, 2011). Esta población fue acomodándose gradualmente en espacios laborales más calificados (Roberge, 2008; Bronsard, 2007; Binford, 2006, 2013). En consecuencia, y como ya se mencionó, el PTAT se pone en marcha en 1966 para cubrir las vacantes dejadas por los trabajadores europeos. Para entonces son los jamaiquinos los primeros que llegan en el marco de los acuerdos laborales bilaterales. Algunos años más tarde, en 1974, los mexicanos (junto con los nacidos en otros países, como Barbados y Trinidad y Tobago) irán sustituyendo y superando en número a los jamaiquinos, hasta la aparición de una nueva ola de trabajadores extranjeros que irrumpe en 2003, esta vez con la creación de un nuevo programa de reclutamiento. Se trata del Programa para Ocupaciones Menos Calificadas (designado en la época como proyecto piloto) que con mayor flexibilidad (o mejor dicho, con menos controles sobre la demanda y con condiciones más precarias para los trabajadores) que el PTAT incorpora especialmente a obreros

14. Esto también explica que se haya sostenido la frecuencia de un vuelo diario entre el Distrito Federal y Montreal en cada una de estas líneas aéreas.

agrícolas provenientes de Guatemala, siempre promovido y aplicado por la FERME.[15] Actualmente, sobre todo en Quebec, la contratación de trabajadores guatemaltecos ha crecido con la misma fuerza exponencial con que hace una década y media aumentaba para los mexicanos.

De acuerdo con las cifras proporcionadas por Statistique Canada (2014a, 2014b, 2014c) a nivel nacional el número de trabajadores contratados a través del PTAT, de México y de otros países, pasó de 11.825 en 2005 a 29.025 en 2012, mientras que quienes llegaron con otros programas para la agricultura (*volet agricole*) aumentaron de 2.160 a 8.485 en tan solo tres años, de 2011 a 2013. En cuanto a la provincia de Quebec, en 1995 se habían contratado 833 trabajadores de origen mexicano; para 2007 su número ascendía a 3.070 (FERME, 2008), pero para 2012, de acuerdo con las estadísticas de Canadá, este número había descendido a 2.440 (Statistique Canada, *ob. cit.*). Por su lado, los trabajadores guatemaltecos que iniciaron su arribo a Quebec en 2003 fueron 215 y para 2007 ya ascendían a 2.015 (FERME, *ob. cit.*), aunque en 2012 aumentaron a 4.190 (Statistique Canada, *ob. cit.*).

Esta nueva presencia, con nuevas condiciones, implica un juego de competencias por mantener sus puestos de trabajo entre los trabajadores mexicanos y los guatemaltecos, con consecuencias importantes para las relaciones entre ellos y sus patrones quebequenses. No es difícil encontrar en una misma granja uno o más trabajadores guatemaltecos de habla indígena que cohabitan (en espacios diferenciados o no) con sus pares mexicanos, en condiciones disímiles. Por ejemplo, los primeros pagan el alquiler del lugar donde habitan, al tiempo que los segundos no necesariamente lo hacen. A lo que llamamos aquí una segmentación étnico nacional de la fuerza de trabajo agrícola es necesario sumarle, siempre en el caso de los trabajadores mexicanos, otro proceso de diversificación, del que nos ocuparemos a continuación.

---

15. Según varias opiniones bien fundadas, la creación y aplicación de ese nuevo plan de búsqueda de trabajadores guatemaltecos fue una respuesta patronal a las iniciativas de asociación de la mano de obra mexicana por el Sindicato de Trabajadores de la Alimentación de Canadá (Travailleurs Unis de l'Alimentation et du Commerce, TUAC) y a la imposición gubernamental de requerir un examen médico previo a la llegada efectiva de cada uno de los trabajadores participantes del PTAT. Al respecto, véase el artículo de Gwendolin Muir publicado en este libro [N. de la E. Se refiere a la primera edición], así como a Roberge (2008).

Descentralización de los estados mexicanos proveedores de mano de obra

Según nuestros datos, en 2010 la mano de obra agrícola mexicana que laboraba en Canadá provenía de un conjunto de estados mexicanos, mientras que en 2001 menos de una decena de estados participaba en el PTAT. Esta diversificación creciente se explica principalmente por la descentralización del reclutamiento en México, que según el discurso oficial busca diversificar los lugares de origen con una atribución de cuotas provinciales e incluir las regiones que no tuvieron previamente puestos de trabajo de este género en Canadá. Esto puede interpretarse también como parte de las estrategias formuladas por las representaciones empresariales (FERME y FARMS para Quebec y Ontario, respectivamente), donde se les permite diversificar el *pool* de mano de obra disponible y reemplazable en las regiones más alejadas, rurales y marginadas de México, multiplicando las unidades de reclutamiento estatales y municipales. El cuadro 2 muestra la participación del conjunto de los estados mexicanos proveedores de mano de obra temporales en Canadá en 2010, así como el número de trabajadores provenientes de cada uno.

Como puede apreciarse, los estados de la región central mexicana son los que envían las mayores cantidades de trabajadores, en especial el estado de México, seguido de Tlaxcala, dos estados que se encuentran entre los primeros proveedores, desde 1974, cuando México se incorpora al PTAT. A pesar de esta preponderancia numérica se observa la considerable presencia de otros estados, entre ellos Oaxaca. En este último caso, en 2001 los trabajadores originarios de Oaxaca en Canadá apenas fueron 266, y en 2010 este número se elevó a 708. Lo que se observa en Canadá es identificado igualmente en Quebec en 2011 (cuadro 3), cuando solo un estado, Aguascalientes, no había enviado trabajadores a esta provincia, mientras el resto del país lo hacía. Las proporciones son similares a las del cuadro 2, con el estado de México a la cabeza de los proveedores, seguido por Tlaxcala.

Cuadro 2. Programa de trabajadores agrícolas temporales México-Canadá, 2010

Estado	Hombres	Mujeres	Total
Aguascalientes	27	3	30
Baja California	62	4	66
Baja California Sur	38	2	40
Campeche	192	7	199
Coahuila	128	1	129
Colima	140	9	149
Chiapas	472	2	474
Chihuahua	102	3	105
Distrito Federal	290	14	304
Durango	379	0	379
Guanajuato	937	51	988
Guerrero	355	17	372
Hidalgo	735	24	759
Jalisco	319	19	338
México	2.759	99	2.858
Michoacán	903	34	937
Morelos	747	36	783
Nayarit	278	8	286
Nuevo León	28	0	28
Oaxaca	669	39	708
Puebla	995	72	1.067
Querétaro	150	9	159
Quintana Roo	78	5	83
San Luis Potosí	395	13	408
Sinaloa	280	8	288
Sonora	164	0	164
Tabasco	229	0	229
Tamaulipas	125	4	129
Tlaxcala	1.787	90	1.877
Veracruz	975	30	1.005
Yucatán	232	9	241
Zacatecas	218	9	227
Total	*15.188*	*621*	*15.809*

Fuente: Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2011).

Cuadro 3. Número de trabajadores mexicanos contratados por el PTAT en la provincia de Quebec, por estado de origen (2011)

Estado	Número de trabajadores
Aguascalientes	0
Baja California	14
Baja California Sur	4
Campeche	41
Coahuila	16
Colima	32
Chiapas	79
Chihuahua	25
Distrito Federal	55
Durango	51
Guanajuato	223
Guerrero	42
Hidalgo	139
Jalisco	51
México	591
Michoacán	179
Morelos	142
Nayarit	24
Nuevo León	2
Oaxaca	162
Puebla	228
Querétaro	20
Quintana Roo	9
San Luis Potosí	70
Sinaloa	51
Sonora	85
Tabasco	31
Tamaulipas	35
Tlaxcala	356
Veracruz	269
Yucatán	35
Zacatecas	24
Total	*3.085*

Fuente: Información recabada en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (2011).

Vemos, entonces, que un primer fenómeno –la diversificación étnico-nacional entre dos países proveedores, México y Guatemala– converge con el segundo proceso de diversificación, esta vez en el mercado laboral mexicano, expandiendo las áreas que típicamente ofrecían los contingentes de obreros agrícolas.

Estas segmentaciones étnico-nacionales y regionales conforman mecanismos de control empresarial para flexibilizar aún más el carácter temporal de los contratos de trabajo, que ya lo son porque los dueños de las granjas deciden (o "recomiendan") año a año quién puede regresar y quién no a trabajar a su unidad productiva (Pantaleón, 2011).

El desempeño laboral y la confianza lograda por cada trabajador frente a los propietarios resulta, así, un elemento capital para contrarrestar (en la medida de lo posible) la inestabilidad estructural que caracteriza a este programa de reclutamiento temporal cíclico. Y siguiendo este principio de confianza, quienes han participado desde antaño en el programa cuentan con la posibilidad de acuñar un capital de confianza más sólido que los nuevos. Si bien la antigüedad del empleo de cada trabajador no constituye una variable importante en cuanto al monto salarial,[16] puede llegar a ser un recurso valioso en la medida que sea reconocido por ambas partes (trabajador y, sobre todo, patrón). A fin de cuentas, incluso en los sistemas laborales más flexibles y de baja calificación la previsibilidad de la organización productiva es un elemento clave para sostener el funcionamiento y la productividad de las granjas.

Entonces, si por un lado la diversificación interna e internacional les permite a los empresarios ampliar la reserva de mano de obra, por otro lado, como lo reconocen los propios granjeros, se aplican prácticas para lograr un relativo nivel de permanencia (siempre con parámetros que aseguren la temporalidad de los contratos) de al menos una franja

16. Recordemos que el carácter temporal del PTAT hace que un trabajador que viene laborando desde hace 20 años en Canadá cobre el mismo monto por hora trabajada que uno que trabajara por la primera vez en este país. De acuerdo con el reporte de la Commission de Normes de Travail (2012), el salario obtenido por un trabajador era de 0,77 centavos de dólar canadiense por kilo de cosecha, esperándose un mínimo de 80 kilogramos por trabajador, lo que le generaba un salario diario de 61,60 dólares canadienses. En tanto, este monto era de 8,80 dólares canadienses por hora, generando un ingreso similar al anterior, calculando siete horas de trabajo por día. El mismo reporte señala que estas tarifas son inferiores al salario mínimo establecido al 1 de mayo de 2012, cuando el monto por hora ascendía a 9,90 dólares canadienses.

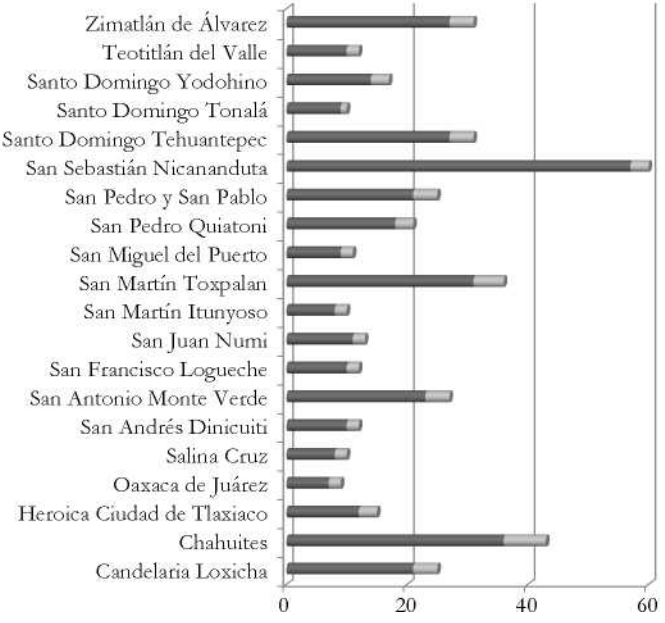
de trabajadores extranjeros. Son estos últimos quienes son proclives a ocupar el papel de organizadores de las tareas de la producción, así como de la reproducción de la vida cotidiana, que requieren una coordinación colectiva de estos trabajadores. Algunos se convierten en intermediarios y capataces de sus propios compañeros; aseguran, asimismo, la capacitación de los nuevos incorporados, y el control del comportamiento en un lugar cuya particularidad reside en la yuxtaposición espacial de las actividades de producción económica (en donde se recolectan las frutas y verduras) con las correspondientes a la reproducción de la fuerza de trabajo y la vida social (estancia en los albergues o cuartos que se les asignan, utilización de cocina, lavadoras de ropa, etc., durante las largas estancias en Quebec). Una vez entendido este fenómeno, no es sorprendente que los propios trabajadores se expresen con frecuencia sobre estas jerarquizaciones en los roles laborales, poco tangibles a primera vista, pero esenciales para la adaptación a la dinámicas de trabajo imperantes. Así, muchos externan que los tlaxcaltecas son los que han sabido acceder en mayor medida a estos roles de capataces, o intermediarios. En el margen inferior de esas jerarquías internas, los nuevos trabajadores incorporados al PTAT, originarios de estados recientemente reconocidos como proveedores (con no pocos hablantes de lenguas indígenas), como Chiapas y Oaxaca, son los que tienen más probabilidades de quedar subordinados a los que poseen un mayor capital de confianza en este juego de reputaciones que regula socialmente las relaciones entre trabajadores y granjeros.[17] Un caso ilustrativo, que mencionamos a continuación, se refiere a los trabajadores originarios del estado de Oaxaca, en México.

Para dar cuenta del nuevo perfil de los trabajadores extranjeros que están llegando a Canadá y a la provincia de Quebec, originarios de uno de

17. Los trabajadores agrícolas seleccionados por nombre (o "nominales") están conscientes de que cuentan con mayores oportunidades de obtener trabajo la próxima temporada. Esta nominalidad exige una demostración de disciplina y docilidad frente a los patrones. De este modo, es muy poco probable que los trabajadores se quejen frente a los patrones de las condiciones de trabajo o de alojamiento, ya que si lo hacen no serán solicitados para volver a trabajar al año siguiente. Una cantidad considerable de los trabajadores mexicanos declara haber sido trasladado a otra granja sin su consentimiento y la aprobación del agente gubernamental y de recursos humanos, lo cual va en contra de las reglas contractuales. Los contratos establecen que el propietario de una granja podrá repatriar a un trabajador agrícola por "negarse a trabajar o cualquier otra razón suficientemente estipulada en el acuerdo" después de consultar con el agente gubernamental. El trabajador agrícola no puede apelar esta decisión (Travailleurs Unis de l'Alimentation et du Commerce, 2007).

los estados con mayores índices de pobreza y marginalidad de México, que es Oaxaca, en la gráfica 1 ofrecemos algunos datos obtenidos en el Servicio Estatal de Empleo de este estado.[18]

Gráfica 1. Principales municipios de Oaxaca que envían trabajadores agrícolas temporales a Canadá (2011)



Fuente: Servicio Estatal de Empleo, Oaxaca. Movilidad Laboral (STPS, 2011).

De acuerdo con los datos proporcionados por esta institución, en 2011 se enviaron 685 trabajadores a Canadá. Una de las características en la contratación es la gran dispersión de las localidades y municipios de donde provienen. Los 685 trabajadores son originarios de 104 municipios de

18. De acuerdo con los datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval, 2012), el estado de Oaxaca se coloca entre las cinco entidades con mayor pobreza en el país, después de Chiapas y Guerrero. El 67,4% de su población se encontraba en situación de pobreza (2.566.157 personas) y el 29,8% de pobreza extrema (1.135.230), lo que supone que no contaban con los recursos suficientes para adquirir la canasta básica y asegurar su alimentación. Es uno de los estados con mayor proporción de hablantes de lengua indígena (37 por cada 100), lo que significa 1.120.000 personas en el año 2000, de acuerdo con datos del INEGI (2000-2009).

Oaxaca y los 153 trabajadores que van a Quebec proceden de 73 municipios distintos, sin contar con que el número de localidades de donde salen genera una mayor dispersión. La mayoría de los trabajadores que se dirigen a esta provincia son originarios de San Sebastián Nicananduta, San Martín Toxpalan, Candelaria Loxicha, Chahuites, Santo Domingo Tehuantepec, Tlaxiaco, San Antonino Monteverde, San Miguel del Puerto, San Pedro Quiatoni y Zimatlán de Álvarez, todos con población indígena pobre. Sin embargo, el resto de los municipios envía menos de diez trabajadores.

Igualmente, la distribución de los trabajadores en las provincias y luego en las granjas de Canadá muestra una gran dispersión (cuadro 4), ya que igualmente se contabilizaron 383 granjas.

Cuadro 4. Distribución de trabajadores originarios del estado de Oaxaca por provincias y granjas

Provincias	Granjas	Personas
Alberta	19	24
Columbia Británica	64	129
Isla Príncipe Eduardo	4	8
Manitoba	5	16
Nueva Escocia	2	5
Ontario	196	351
Quebec	92	162
Saskatchewan	1	13
Total	*383*	*708*

Fuente: Servicio Estatal de Empleo, Oaxaca. Movilidad Laboral (STPS, 2011).

En el caso de Quebec, se registraron 92 empresas. La que tiene más personas contratadas originarias de Oaxaca es Les Productions Margiric, Inc., con un total de diez personas, y le siguen Centre Maraicher Guinois Jr., Inc. con siete personas; Vert Nature, Inc. y Le Maraicher A. Barbeau & Fils, Inc., con seis personas cada una; el resto de las empresas tiene de una a cuatro personas de este estado, pero de diferentes municipios y

localidades. El periodo más importante de contratación es entre marzo y junio, pero también genera dispersión en cuanto a los periodos en que los trabajadores se encuentran empleados. Esto da pie a comprender la enorme dificultad para que los trabajadores establezcan vínculos de solidaridad y, eventualmente, organizativos. En el cuadro 5 se muestran las empresas que tienen más personas contratadas en la provincia de Quebec y los cultivos en los que trabajan.

Cuadro 5. Principales empresas quebequenses que contratan trabajadores originarios de Oaxaca y cultivos en los que intervienen (2011)

Empresa	Cultivos	Frecuencia
Les Productions Margiric, Inc.	Pepino, pimiento, melón, verduras, legumbres y frutas.	10
Centre Maraicher Guinois Jr., Inc.	Zanahoria, lechuga, apio, verduras y legumbres	7
Vert Nature, Inc.	Lechuga, verduras y legumbres	6
Le Maraicher A. Barbeau & Fils, Inc.	Cebolla, lechuga, verduras y legumbres	6

Fuente: Servicio Estatal de Empleo, Oaxaca. Movilidad Laboral (STPS, 2011).

Con respecto a Productions Margiric, de acuerdo con su página de internet (s.f.) es una compañía situada en Laval, fundada hace más de treinta años, que ocupa al menos a 200 empleados y cuenta con más de 2.000 acres destinados a la producción de brócoli, pimientos, melones *cantaloupe*, pepinos y lechugas con tecnologías de punta, que se distribuyen a través de todas las cadenas de supermercados de Quebec y Ontario arriba mencionados, y pequeños distribuidores. Por su lado, Centre Maraicher Guinois Jr., Inc. (s.f.) se publicita como una empresa familiar, las más grande en Canadá dedicada a la producción de lechugas, igualmente sobre más de 809 ha, con unos 400 empleados. Ambas empresas nos dejan ver el nivel de los negocios que emplean al mayor número de trabajadores temporales originarios de Oaxaca en Quebec.

Por su parte, el perfil de los trabajadores contratados muestra que son principalmente de origen campesino, pobres, de municipios con población indígena predominante y de bajo nivel educativo. Si bien el porcentaje más bajo, que es de 0,7%, corresponde a analfabetos y el más alto es de nivel de primaria completa con 49%, encontramos 10,5% con primaria incompleta; el resto corresponde a algunos que cuentan con la secundaria terminada y hasta con estudios de bachillerato. El promedio de edad es de 40,1 años y solo 2% son mujeres. Se constata la predominancia de trabajadores y trabajadoras casados (76%) o en unión libre (19%), y algunas mujeres que son madres solteras.

En una visita de campo a una granja productora de fresas en Quebec, en 2012, donde prevalecía la contratación de mujeres mexicanas y guatemaltecas casi en proporción similar, los empresarios y mayordomos mencionaron la importancia de que los programas de contratación de trabajadores temporales les otorgaran la libertad de decidir el origen de las trabajadoras contratadas. Una de las justificaciones tenía que ver con el hecho de que México les había enviado a través del PTAT a mujeres originarias del noroeste de México: mestizas, altas, con cierto nivel educativo, con las cuales había sido más complicado que se adecuaran a las necesidades de la empresa en cuanto a disciplina, pues les gustaba llegar del trabajo y salir de la granja cuando ya era noche, lo que asociaban a cierto libertinaje, mientras que las mujeres guatemaltecas y las del sureste mexicano eran más recatadas. Otras cosas que les molestaban eran su estatura y su talla, pues, decían, les dificultaban su adaptación a las tareas que requieren estar más cerca del suelo. Todo esto da cuenta de la racialización que se hace de las trabajadoras y la tendencia actual que se observa en Quebec a privilegiar a las originarias de regiones más empobrecidas, con perfiles étnicos y con mayor disponibilidad para adaptarse a las condiciones de encierro y de precariedad salarial que les ofrecen.

Tenemos noticias recientes del reclutamiento de trabajadores en localidades con población indígena más dispersas y con altos índices de marginalidad, quienes han sido seleccionados a través del Programa para Ocupaciones Menos Calificadas.

Conclusiones

Sin duda, la agricultura de Quebec se encuentra en una encrucijada para ser rentable en un mercado cada vez más competitivo, enfrentando a las grandes agroempresas estadounidenses, que cuentan con mayores niveles de inversión y, por lo mismo, con mejores tecnologías, al tiempo que se benefician de una mano de obra sumamente vulnerable por ser indocumentada en su mayoría, principalmente de origen mexicano.[19] Lo mismo podríamos decir de las empresas mexicanas que gracias al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) envían su producción a Canadá, pues, pese al desarrollo desigual entre ambos países, las que logran exportar frutas y hortalizas a Estados Unidos y Canadá requieren de altos niveles de inversión y son grandes empresas vinculadas a cadenas de distribución controladas por *brokers* estadounidenses. Estas empresas operan en condiciones de empleo y vivienda extremadamente precarias para sus trabajadores, también temporales (Lara y C. de Grammont, 2011). No obstante, el argumento que sustenta la contratación eventual de trabajadores extranjeros por la escasez de mano de obra en la agricultura sigue siendo una trampa para no mostrar el verdadero motivo, que es beneficiarse de una mano de obra barata, desorganizada y realmente necesitada de obtener ingresos mayores a los que recibiría al emplearse en su país. Esta situación ha sido suficientemente documentada para el caso de los trabajadores contratados a través del PTAT en Canadá (Basok, 2002; Hannebry, 2010; Preibisch, 2010; Binford, 2013; Lara, 2013).

La contradicción es muy fuerte y no caben simplificaciones que hagan descansar todo el peso de la problemática en un solo actor. Algunos trabajos, como el de Karen Bronsard (2007), dan cuenta con información de primera mano de las dificultades que enfrentan los agricultores quebequenses de granjas familiares no solo gestionadas por ellos mismos, sino que participan en las labores de campo, al lado de los trabajadores temporales que contratan. También se ha mencionado la contradicción en la representación dominante de Canadá como un país construido por

19. Se estima que la agricultura de California, la más importante de ese país, y tal vez del continente, ocupa más de un millón de trabajadores agrícolas, la mayoría mexicanos e indocumentados (Palerm, 1998).

las oleadas de inmigración permanente –en el que predominan el multiculturalismo y la diversidad– y la realidad de una política que fomenta la migración temporal a través de programas que los colocan en situación de extrema vulnerabilidad y exclusión, sin ninguna posibilidad de movilidad en el mercado de trabajo y mucho menos de integración (Simons, 2010).

El estudio realizado por Bélanger y Candiz (2014) ofrece una mirada sobre las dificultades para la inserción de los trabajadores temporales en Quebec. Levanta el "consentimiento silencioso, de parte de la población canadiense" acerca de estos trabajadores. Señalan que Bauder (2008) plantea tres problemáticas en la visión sobre estos trabajadores: 1) una mano de obra que se reconoce como necesaria; 2) un problema social para las comunidades rurales; y, 3) padres y maridos responsables en sus lugares de origen. Por su parte, Pantaleón (2014) muestra la importancia que tiene la vida cultural y comunitaria de esos trabajadores en sus lugares de origen.

Bélanger y Candiz (2014) profundizan también en la relación que establece la población canadiense, y en particular la quebequense, con los trabajadores temporales. Dan cuenta del reconocimiento de la "indispensabilidad" de esta mano de obra para garantizar la rentabilidad de la agricultura de Canadá y del discurso de la cualidad superior de esta mano de obra, lo que supone una "racialización positiva" sobre las ventajas de sus características físicas y culturales para adaptarse a las necesidades de las labores agrícolas. Y finalmente su capacidad de ser invisibles, confinados en lugares específicos que competen exclusivamente a la esfera privada de las granjas que los emplean. Es decir, no alude ni interpela al conjunto de la comunidad en donde se encuentran físicamente ni a la sociedad que acepta que sean contratados en condiciones que suponen su aislamiento y exclusión.

Teniendo en cuenta la importancia que han ido adquiriendo los trabajadores que provienen de grupos étnicos de México y Guatemala, estos problemas se presentan como un desafío a la investigación sobre la contratación de los trabajadores temporales en Canadá, y esto es lo que hemos querido resaltar en este capítulo. De esta forma, nos hemos referido al proceso de etnización de los mercados laborales agrícolas quebequense y canadiense en un doble sentido. El primero, que

abarca una escala geográfica y temporal más amplia, connota el condicionamiento del ingreso al mercado laboral por el origen nacional (otro distinto que el canadiense), centrando la atención en determinados países en periodos particulares. En esta primera significación de lo étnico podemos ver que las agriculturas canadiense y quebequense han sabido explotar esta forma de diferenciación desde la posguerra, con la primera oleada de trabajadores polacos, alemanes y holandeses, que después se integraron como ciudadanos canadienses; luego los jamaiquinos y otros contingentes provenientes del Caribe a partir de los años sesenta, que fueron reemplazados después por una nueva oleada masiva de trabajadores mexicanos, a finales de los ochenta. La llegada de trabajadores guatemaltecos (y en menor medida de hondureños y salvadoreños) desde el comienzo de la primera década de este siglo muestra el reinicio de un ciclo de reemplazo de poblaciones categorizadas a partir de sus orígenes nacionales. Por otro lado, entendemos que se produce –en el caso que analizamos–, paralelamente, una segmentación étnica en un sentido restringido con la diversificación de los espacios de reclutamiento de la mano de obra en México y la incorporación de poblaciones de origen indígena de regiones como Chiapas y Oaxaca (entre otros), que previamente no aparecían como estados proveedores de mano de obra para la agricultura quebequense. Debe añadirse la segmentación que generan dos programas distintos de contratación de trabajadores temporales: el PTAT y el Programa de Trabajadores de Baja Calificación. Estos programas operaban en México y Guatemala, pero hoy vemos que el segundo se extiende en México, otorgando menos prestaciones a los trabajadores y funcionando sin ningún tipo de regulación por parte de la Secretaría del Trabajo de México. Habrá que ver, entonces, si se convertirá en el mecanismo adecuado para extender la contratación de trabajadores temporales en distintos países donde hoy tiene presencia, particularmente en Centroamérica.

Bibliografía

Bauder, H. (2008). Foreign farm workers in Ontario (Canada): Exclusionary discourse in the newsprint media. *Journal of Peasant Studies, 35*(1), 100-118.

Basok, T. (2002). *Tortillas and Tomatoes Transmigrant Mexican Harvesters in Canada*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Bélanger, D. y Candiz, G. (2014, verano). Essentiels, fiables et invisibles: Les travailleurs agricoles migrants latinoaméricains au Québec vus par la population locale. *Canadian Ethnic Studies Journal, 46*(1), 45-66.

Bellerose, J. y Yorn, C. (2013). *Les travailleurs migrants sur les fermes du Québec*. Québec: CISA. En http://s3.amazonaws.com/migrants_heroku_production/datas/1508/rapport_complet-TMT-2014_original.pdf?1396364558

Bernier, B. (1976, noviembre). The penetration of capitalism in Quebec agriculture. *Canadian Review of Sociology/Revue Canadienne de Sociologie, 13*(4), 422-434.

Binford, L. (2006, enero-junio). Campos agrícolas, campos de poder: el Estado mexicano, los granjeros canadienses y los trabajadores temporales mexicanos. *Migraciones Internacionales, 3*(3), 54-80.

Binford, L. (2013). *Tomorrow we're all going to the Harvest. Temporary Foreing Worker Programs and Neoliberal Political Economy*. Austin: University of Texas Press.

Bronsard, K. (2007). Main-d'œuvre mexicaine sur les terres agricoles québécoises: Entre mythe et réalité. Memoria de maestría en Ciencias Geográficas, Facultad de Estudios Superiores de la Universidad de Laval, Quebec, Canadá.

Commission des Droits de la Personne et des Droits de la Jeunesse, Canada. (2011). *La discrimination systémique a l'*égard *des travailleuses et travailleurs migrants*. En http://www.cdpdj.qc.ca/publications/Avis_travailleurs_immigrants.pdf

Commission des Normes du Travail, Canada. (2015). *Travailleurs étrangers temporaires. Connaissez-vous vos conditions de travail au Québec?* En http://www.cnt.gouv.qc.ca/fileadmin/pdf/publications/c_0267.pdf

Commission sur l'Avenir de l'Agriculture et de l'Agroalimentaire Québécoise. (2008). *Agriculture et agroalimentaire: assurer et batir l'avenir. Rapport de la Commission sur l'Avenir de l'Agriculture et de l'Agroalimentaire Québécois*. En http://www.caaaq.gouv.qc.ca/userfiles/File/Dossiers%2012%20fevrier/RapportFr_haute.pdf

Centre Maraicher Guinois Jr. (s.f.). Información corporativa. En http://www.cmeguinois.com/fr/profil.php

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social, México. (2012). *Informe de pobreza y evaluación en el estado de Oaxaca, 2012*. En http://desarrollosocial.guanajuato.gob.mx/coneval/informe-oaxaca.pdf

Côté, D. (1976). *La situation de l'agriculture au Québec, en bref*. Montreal: École des Hautes Études Commerciales; Centre de Gestion des Coopératives.

Domon, G.; Ruiz, J.; Paquette, S. y Roy, L. (2012). La recomposition sociodémographique des campagnes québécoises à la croisée des dynamiques agricoles et paysagères. *Canadian Journal of Regional Science/ Revue Canadienne des Sciences Régionales, 34*(4), 115-133.

Fondation des Entreprises en Recrutement de Main-D'Œuvre Agricole Étrangère (FERME). (2008). *Mémoire de FERME à la Commission de Consultation sur les Pratiques d'Accommodements Reliées aux Différences Culturelles*. Montreal: FERME, Quebec. En http://www.fermequebec.com/index.php/notre-organisme/conseil-d-administration

Hennebry, J. L. (2010, primavera). Not just a few bad apples: Vulnerability, health and temporary, migration in Canada. *Canadian Issues/Thèmes Canadiens*, pp. 73-77.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (2000). *La población hablante de lengua indígena de Oaxaca*. En http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/historicos/2104/702825497675/702825497675_1.pdf

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (2000-2009). *Censos de población indígena*. En http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/poblacion_indigena/leng_indi/PHLI.pdf

Lara Flores, S. (2013). Travailleurs saisonniers mexicains et agriculture du Québec. *Bulletin la Veille Stratégique, 10*(2). En http://

www.migrantworkersrights.net/en/resources/travailleurs-saisonniers-mexicains-et-agriculture-d

Lara Flores, S. M. y C. de Grammont, H. (2011). Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses, pp. 33-78. En S. M. Lara Flores (Coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*. México: IIS-UNAM; El Colegio Mexiquense; Porrúa.

Ministére d'Agriculture, Pechéries et Alimentation du Québec (Mapaq). (2013). *Activité bioalimentaire au Québec en 2013 Bilan, perspectives et rétrospective des dix dernières années*. En http://www.mapaq.gouv.qc.ca/fr/Publications/Activite_bioalimentaire2013.pdf

Palerm, J. V. (1999). Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América: a propósito de una reflexión del quehacer antropológico. *Áreas Revista Internacional de Ciencias Sociales, 19*, pp. 153-179.

Pantaleón, J. (2011). Mise en valeur, conversions et reconversions monétaires: les cycles des travailleurs agricoles saisonniers étrangers au Québec. *Altérités, 8*(1), 89-101.

Pantaleón, J. (2015). ¿Austeridad o derroche? Comportamientos económicos de los trabajadores agrícolas mexicanos estacionales en Canadá. En S. M. Lara, J. Pantaleón y M. J. Sánchez (Coords.), *Hacia el otro norte: mexicanos en Canadá*. Buenos Aires: CLACSO.

Perrier, J. P. (2014). Nouveau portrait de l'agriculture québécoise. *Journée de la gestion*. En http://www.agrireseau.qc.ca/Economie-et-Gestion/documents/Nouveau_portrait_agriculture_quebecoise_Jean-Philippe_Perrier.pdf

Poirier, L. (2010). De l'histoire et de la politique agricole au Québec à l'émergence d'une agriculture soutenable. Proyecto de investigación de maestría en Ciencias Ambientales, Université de Québec à Montréal, Canada. En http://www.er.uqam.ca/nobel/grip/web/wp-content/uploads/2011/02/Poirier_Agriculture.pdf

Preibisch, K. L. (2010, verano). Pick-your-own labor: Migrant workers and flexibility in canadian agriculture. *International Migration Review, 44*(2), 404-441.

Productions Magiric. (s.f.). Información corporativa. En http://www.margiric.com

Roberge, G. (2008). *La main-d'*œvre *guatémaltèque et mexicaine au Québec: perspectives de classe sociale, ethnicité et genre*. Memoria de maestría en Antropología, Facultad de Estudios Superiores de la Universidad de Laval, Quebec, Canadá.

Ruiz, J. y Domon, G. (2005). Les paysages de l'agriculture en mutation. En P. Poullaouec-Gonidec, G. Domon y S. Paquette (Eds.), *Paysages en perspective*. Montreal: Les Presses de l'Université de Montréal.

Simmons, A. B. (2010). *Immigration and Canada Global and transnational perspectives.* Toronto: Canadian Scholars' Press.

Statistique Canada. (2011). *Recensement de l'Agriculture, 2006 et 2011*. En http://www.statcan.gc.ca/fra/ra2011/index

Statistique Canada. (2014). *Statistiques sur les Avis Relatifs au Marché du Travail (AMT). Statistiques annuelles. Nombre de postes de travailleurs* étrangers *temporaires visés par les avis positifs relatifs au marché du travail* émis *dans le cadre des professions de secteurs agricoles, par emplacement de travail*. En http://www.edsc.gc.ca/fra/emplois/travailleurs_etrangers/statistiques_amt/annuel-agricole.shtml

Statistique Canada. (2014a). Les caractéristiques économiques de l'industrie horticole québécoise. En *Profil sectoriel de l'industrie horticole au Québec.* En http://www.stat. gouv.qc.ca/statistiques/agriculture/profil-horticole2014.pdf

Statistique Canada. (2014b). *Statistiques sur les Avis Relatifs au Marché du Travail (AMT). Statistiques annuelles.* En http://www.edsc.gc.ca/fra/emplois/travailleurs_etrangers/statistiques_amt/annuel-agricole.shtml

Statistique Canada. (2014c). *Tendances Provinciales: Québec.* En https://www150.statcan.gc.ca/n1/pub/95-640-x/2011001/p1/prov/prov-24-fra.htm

Travailleurs Unis de l'Alimentation et du Commerce (TUAC). (2007). *Situation des travailleurs agricoles migrants au Canada, 2006-2007*. En http://www.tuac.ca/Theme/UFCW/files/PDF2007/StatusReportFR2007.pdf

Veena Verma, L. B. (2003). *The Mexican and Caribbean Seasonal Agricultural Workers Program: Regulatory and Policy Framework, Farm Industry Level employment Practices, and the Future of the Program under Unionization*. Ottawa: North-South Institute.

Winson, A. (1985, otoño). The uneven development of canadian agriculture: framing in the Maritimes and Ontario. *The Canadian Journal of Sociology/Cahiers Canadiens de Sociologie, 10*(4), 411-438.

Precarización del trabajo asalariado en la agricultura*

Introducción

Cuando se habla de trabajo precario se hace alusión a un tipo de trabajo en el cual la inseguridad es un aspecto esencial que se deriva de la inestabilidad en el empleo, la falta de protección social y los bajos niveles salariales que comporta. Pero este concepto también da cuenta de quienes laboran en condiciones precarias, situación que Bayón (2006) ha denominado una "espiral de precariedad", en la que las desventajas sociales se acumulan a las desventajas laborales, en un proceso de carácter acumulativo que se traduce en vulnerabilidad y exclusión.

La Organización Internacional del Trabajo ha planteado como objetivo fundamental promover el "trabajo decente", considerando la necesidad de propiciar los mecanismos para que hombres y mujeres cuenten con las oportunidades que les permitan encontrar un empleo en condiciones de libertad, equidad, seguridad y dignidad humana (Anker *et al.*, 2003), tanto para los trabajadores de la economía regular como para aquellos que laboran en modalidades de trabajo no estándar. Esto supone la creación de empleos suficientes, seguridad en el trabajo, condiciones salubres, seguridad social y seguridad de ingresos, así como garantizar la libertad de sindicalización y erradicar el trabajo infantil (Ghai, 2003).

---

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2011). Precarización del trabajo asalariado en la agricultura, pp. 367-400. En E. Pacheco de la Garza y L. Reygadas (Coords.), *Trabajos atípicos y precarización del empleo*. México: El Colegio de México. [ISBN 978-607-462-265-2].
Investigación realizada en el marco del proyecto Migración y Circulación Territorial, DAGAPA-UNAM, (IN307507).

Este objetivo se da en el contexto del desarrollo de un sinnúmero de formas de empleo consideradas "atípicas" o "no estándar" por el hecho de que salen de las normas relativas al trabajo permanente, de tiempo completo, realizado para un solo empleador y en un lugar de trabajo fijo. No obstante, estas formas de empleo no necesariamente suponen precariedad, sino que pueden ofrecer ciertas ventajas a los trabajadores.[1] Algunas veces se trata de trabajos que, por su carácter, exigen formas de empleo temporal, en horarios discontinuos, en diferentes espacios de trabajo y con distintos patrones, como es el caso del trabajo agrícola, lo que se relaciona estrechamente con una serie de factores naturales, como son el clima, los ciclos agrícolas, el que la tierra sea un bien fijo y no reproducible y el agua un recurso escaso, entre otros aspectos. Esta situación no siempre se traduce en precariedad si existen las regulaciones laborales adecuadas para permitir que los trabajadores cuenten con la misma estabilidad que cualquier otro trabajador, como sucede en muchos países.

No obstante, en México el trabajo agrícola está íntimamente asociado a situaciones de precariedad y muy lejos de brindar empleos "decentes" a los jornaleros. Por un lado, porque en las zonas rurales, de donde provienen los trabajadores que se ocupan en la agricultura, se agudizan las condiciones de pobreza,[2] y esto obliga a sus pobladores a migrar hacia otras regiones del país o hacia los Estados Unidos para tener acceso a un empleo. A la vez, las modalidades de trabajo y de empleo que se ofrecen en el sector agrícola colocan a los trabajadores en una situación de permanente inseguridad y de vulnerabilidad que comprende tanto sus condiciones de trabajo como sus condiciones de vida.

Hoy en día, la mayoría de los hogares rurales[3] (59%) no tienen ingresos agropecuarios de ningún tipo, y entre los que tienen ingresos

1. Krahn (1991) señala las oportunidades que ofrecen algunos de estos trabajos (empleo a tiempo parcial, con duración determinada, trabajador autónomo, teletrabajo, etc.), especialmente para los jóvenes estudiantes o los padres de familia que buscan la manera de combinar el estudio o la atención a los hijos con un trabajo remunerado. Véase C. de Grammont (2009).

2. De acuerdo con los datos de la *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares* (ENIGH, 2004), aunque solamente una cuarta parte de la población mexicana vive en zonas rurales, en estas regiones reside 60,7% de la población en pobreza extrema y 46,1% de los moderadamente pobres del país. Véase C. de Grammont (2009).

3. Consideradas las localidades de menos de 2.500 habitantes.

agropecuarios (41%), solo 2% vive únicamente de actividades agropecuarias. Estos últimos se ubican mayormente por debajo de la línea de pobreza (67%) que aquellos que tienen actividades en otros sectores (C. de Grammont, 2009), lo que pone en evidencia que los ingresos derivados de la actividad agrícola son insuficientes para el mantenimiento de dichos hogares, lo que genera situaciones de subempleo (Dirven, 1997).

De acuerdo con la ENIGH de 2004, puede observarse que los hogares rurales han debido diversificar fuertemente sus actividades para hacer frente a la precariedad de los ingresos que obtienen por las actividades agropecuarias. De esta manera, solo 27% de los ingresos de los hogares rurales que sí tienen actividades agropecuarias provienen de la venta de los productos del campo, en tanto que otras actividades, entre estas el trabajo asalariado como jornaleros agrícolas y las remesas enviadas por migrantes, se vuelven fundamentales para lograr la sobrevivencia en dichos hogares rurales (C. de Grammont, 2006).[4]

El presente capítulo se enfoca a analizar las características del empleo agrícola asalariado al que tienen acceso los individuos de los hogares rurales, dejando de lado las otras múltiples actividades que deben realizar para complementar sus ingresos, con el fin de mostrar el carácter precario de este tipo de empleo. Al mismo tiempo se exponen las condiciones de vida en las que vive este tipo de trabajadores, la mayoría de ellos migrantes. Con este propósito, en la primera parte exponemos la información que ofrecen distintas fuentes estadísticas para estimar el número de personas que se dedican a trabajar como asalariados agrícolas en el país, denominados por las fuentes "peones o jornaleros". En segundo lugar, se hace aquí una caracterización de las empresas agrícolas que emplean a dichos trabajadores, exponiendo los cambios recientes que ha habido en el sector agropecuario y que han llevado a procesos de reestructuración de las empresas, incidiendo en el empleo y en el trabajo en la agricultura. Se centra la atención especialmente en el sector frutihortícola porque, en opinión de la autora, se trata del sector más

4. En la mitad de los hogares con actividades agropecuarias, un 27% de sus ingresos provienen de un salario en dinero. También se vuelven importantes los ingresos por subsidios del Estado, las remesas enviadas por los que migran, y, en mucho menor medida, aquellos que se sustentan en el autoconsumo y en salarios pagados en especie (C. de Grammont, 2009).

dinámico del país, en cuanto a crecimiento y generación de empleos. Finalmente, se analizan los cambios más importantes en el empleo dentro de este sector y la manera como se han deteriorado las ya de por sí precarias condiciones laborales y de vida de estos trabajadores.

Incremento del trabajo agrícola asalariado

Si bien distintos autores han puesto el énfasis en mencionar la pérdida de empleos en el sector agropecuario en las últimas décadas (Pacheco, 2005; Puyana y Romero, 2006), dentro de la población ocupada en el sector ha habido un incremento de la población económicamente activa, particularmente de los asalariados agrícolas (C. de Grammont y Lara, 2004).

De acuerdo con los censos de población, puede observarse que la población ocupada en el sector agropecuario ha ido disminuyendo considerablemente en números relativos. En 1921, la población económicamente activa agropecuaria representaba el 71,4% de la población total y en el 2000 descendió a 15,8%, pero en números absolutos encontramos que aumentó hasta 1960 y a partir de la siguiente década hay un estancamiento alrededor de un poco más de 5 millones de individuos (cuadro 1).

La misma fuente permite ver que, dentro de la población ocupada en el sector agropecuario, en 1990 los asalariados ascendían a 1.700.435 personas y en el año 2000 aumentaron a 1.779.006. Hubo un incremento de 78.571 personas en diez años, mientras que los trabajadores por su cuenta,[5]entre quienes se encontrarían los productores, disminuyeron de 2.325.206 a 1.945.923; los patrones[6] aumentaron de 58.573 a 88.129; en tanto que los trabajadores familiares sin pago ascendieron en 1990 a 449.620 y en el año 2000 a 769.679.

5. El censo define a los trabajadores por su cuenta como aquellas personas de 12 años o más que trabajaron, en la semana de referencia, en su propio negocio o empresa y que no contrataron trabajadores a cambio de un pago, aunque pudieron recibir ayuda de familiares sin que les proporcionaran un pago monetario o en especie.

6. Persona de 12 años o más que trabajó en la semana de referencia en su propio negocio o empresa y que contrató a uno o más trabajadores a cambio de un sueldo o jornal.

Cuadro 1. Evolución de la población ocupada en los sectores agropecuario, forestal y de pesca, 1991-2000

Años	Población ocupada total	Población agropecuaria ocupada	% 2/1
1921	4.883 561	3.488 102	71,4
1930	5.165.803	3.626.278	70,2
1940	5.858.116	3.830.871	65,4
1950	8.272.093	4.823.901	58,3
1960	11.332.016	6.143.540	54,2
1970	12.955.057	5.103.519	39,4
1980	21.393.250	5.519.979	25,8
1990	23.403.413	5.300.114	22,6
2000	33.730.210	5.338.299	15,8

Fuente: *Censos Generales de Población* (1921-2000).

Por su lado, de acuerdo con la *Encuesta Nacional de Empleo* (ENE), en 1991 los "sujetos agropecuarios", es decir, la población ocupada en actividades agrícolas, pecuarias, forestales y de pesca, ascendieron a 9.845.020, mientras que en 2000 descendieron a 8.661.024 individuos. Por el tipo de cuestionario que se aplicó, la ENE capta un mayor número de individuos ocupados en el sector y otorga mayor precisión en cuanto a su lugar en la estructura ocupacional. De esta manera, comparando la encuesta de 1991 y la de 2000 se obtiene la siguiente información (ver cuadros 2 y 3).

En los cuadros 2 y 3 puede observarse que el número de jornaleros o peones se incrementó en el periodo, constituyendo un conjunto importante de los sujetos agropecuarios. De acuerdo con dicha encuesta, en el año 2000 habría más de 2 millones de jornaleros. Pero incluso esta cifra se incrementa si tomamos en consideración los resultados que ofrece la información relativa a las actividades que realizaron los distintos sujetos agropecuarios para complementar sus ingresos. Así, encontramos que, en 1991, 1.204.171 productores realizaron otra actividad en el mismo sector, y 574.645 de ellos laboraron como asalariados agrícolas. En el año 2000, esta última cifra había ascendido a 737.093, lo que significa que un número cada vez mayor de campesinos que trabajan la tierra también se

ocupan como jornaleros. En este caso, estaríamos hablando de más de 3 millones de individuos que laboraron por un jornal. A la vez, 1.015.581 trabajadores agrícolas también realizaron otra actividad productiva, no necesariamente en el sector agropecuario.

Cuadro 2. Sujetos agropecuarios según ocupación, 1991-2000

Ocupación	1991		2000	
	Absolutos	%	Absolutos	%
Total	*9.845.020*	*100*	*8.661.024*	*100*
Productores	4.318.053	43,9	3.405.264	39,3
Trabajadores	5.526.967	56,1	5.255.760	60,7

Fuente: *Encuesta Nacional de Empleo* (ENE, 1991, 2000).

No habría que dejar de considerar uno de los datos más sorprendentes que arroja la ENE en relación con los llamados trabajadores sin pago, quienes laboraron sin obtener ningún salario en el marco del trabajo familiar o de intercambio de ayudas entre unidades campesinas. En 1991, estos trabajadores ascendieron a 3.180.407 del total de los trabajadores agropecuarios (57,5%), y en 2000 su número había descendido tanto en términos absolutos como relativos a 2.767.536 (52,7%), mientras que los jornaleros y empleados con pago se incrementaron. Aun así, los trabajadores sin pago siguen siendo mayoría entre los sujetos agropecuarios, no obstante haber disminuido entre 1991 y 2000 (C. de Grammont y Lara, 2004).

Cuadro 3. Trabajadores agropecuarios, 1991-2000

Ocupación	1991		2000	
	Absolutos	%	Absolutos	%
Total	*5.526.967*	*100*	*5.255.760*	*100*
Jornaleros o peones	2.236.822	40,5	2.347.081	44,7
Empleados	109.738	2	141.143	2,7
Trabajadores sin pago	3.180.407	57,5	2.767.536	52,7

Fuente: *Encuesta Nacional de Empleo* (ENE, 1991, 2000).

Considerando los datos proporcionados por la ENE de 2003, Pacheco (2005) confirma estas tendencias. El total de sujetos agropecuarios descendió de 9,8 en 1991 a 7,7 millones de personas en 2003, en tanto que en el rubro de trabajadores agropecuarios se incrementaron los jornaleros y peones en comparación con los trabajadores sin pago.

Otra fuente que ofrece información parcial sobre trabajadores del sector agropecuario es la *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares* (ENIGH). De acuerdo con la misma, en el año 2000 el número de asalariados en este sector había ascendido a 2.768.940 individuos, cifra que se acerca a la proporcionada por la ENE del mismo año (2.347.081), que varía en 421.859 personas. Las diferencias pueden haber estado dadas por el hecho de que esta última encuesta se levantó entre el 10 de agosto y el 17 de noviembre, periodo de baja demanda en hortalizas de invierno. También es necesario considerar que la ENE toma como periodo de referencia dos periodos: la semana anterior a la entrevista y los seis meses previos a la misma, lo que permite captar de manera más amplia la actividad a la que se dedicaron los individuos. Por otro lado, la ENIGH no distingue a los peones y jornaleros de los empleados, como lo hace la ENE, y registra un número menor de trabajadores sin pago, que de acuerdo con la ENIGH son 1.466.167 individuos.

Por su parte, la Secretaría de Desarrollo Social, a través del Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas,[7] elaboró en el 2000 un libro sobre los jornaleros y las acciones de este programa a favor de ellos (Sedesol, 2001). El resultado se basa en un análisis de la ENE de 1991 y 1999, así como en la *Encuesta Nacional a Jornaleros Migrantes* que este programa levantó entre una población de 128.084 personas en 23 regiones con características muy diversas en cuanto a las unidades de producción que contratan jornaleros, los cultivos en los que estos participan, el tipo de trabajador que interviene, sus ciclos de migración y la forma como tiene acceso a los mercados laborales. Desafortunadamente, no nos da una estimación del número de jornaleros contratados en esas regiones donde el programa opera ni de las particularidades del empleo en cada una de estas regiones.

7. Hoy en día se llama Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) y forma parte de los programas que la Secretaría de Desarrollo Social tiene para atender a grupos vulnerables con un presupuesto reducido y limitada cobertura nacional.

En resumen, a pesar de que las fuentes estadísticas de que se dispone para conocer la magnitud de la población trabajadora en el campo ofrecen una información parcial y poco precisa, se constata una tendencia creciente de los trabajadores agrícolas. No obstante, hoy en día, una serie de cambios en la estructura de las empresas o unidades agrícolas que contratan a esos trabajadores repercuten de manera importante no solo en la magnitud del empleo sino en las características que este asume en este sector.

¿Quién emplea a los trabajadores agrícolas?

Con base en el *Censo Nacional Agropecuario* de 1991, Hubert C. de Grammont (2001) encuentra que la concentración de la producción agropecuaria en unas cuantas empresas es enorme. Las empresas de más de 1.000 ha representan apenas un 0,27% (10.439 unidades) del total de las empresas con producción agropecuaria-forestal censadas en ese año, pero cubren el 45% (41.687.544 ha) de la superficie total. En el otro extremo, se observa que el 59% (2.263.683) de las unidades productivas tienen menos de 5 ha (su promedio nacional es de 2,18 ha) y cubren solo un 5% (4.953.011 ha) de la superficie agropecuaria-forestal nacional. Otro reflejo de la polarización de la estructura agraria se observa en relación con el destino de la producción. Para el mismo año, solo 0,3% (11.744) de las unidades productivas reportaron exportar su producción, algunas de las cuales también vendieron en el mercado nacional; en el otro extremo, 45,9% (1.757.611 ha) informaron producir solo para el autoconsumo familiar, y 43,4% (1.663.308) vendieron su producción en el mercado local o nacional (además de que algunas también practicaron el autoconsumo).

Varios autores (Rello y Saavedra, 2007; Puyana *et al.*, 2006; Calva *et al.*, 2004; C. de Grammont, 2001) coinciden en señalar la influencia que han tenido la apertura comercial y el TLCAN para agudizar la polarización en el campo mexicano, y destacan los desequilibrios que ha provocado en la baja de los precios, en la producción y en los ingresos rurales. El sector en su conjunto ha tenido un crecimiento menor (1,7 promedio anual) al de la economía (4,0 promedio anual). Puyana *et al.* señalan que la caída de los precios agropecuarios fue enfrentada con una elevación

en el volumen de la producción y en los rendimientos, pero el deterioro de las cotizaciones fue mayor, lo que afectó los ingresos. El sector hortofrutícola es el único en el cual el valor se ha modificado a favor de los productos de exportación más rentables, los cuales ganan terreno en relación con los cereales (p. 140).

Es la producción de frutas y hortalizas la que presenta una rentabilidad superior, gracias a la mundialización de la cadena agroalimentaria, así como al acceso preferencial que tiene en los mercados estadounidense y canadiense (Rello y Saavedra, 2007), lo que no es un proceso específico de nuestro país. Las estadísticas de la FAO indican que las importaciones y exportaciones de frutas y vegetales frescos y secos se han ampliado en las dos últimas décadas. Al contrario de lo que ocurría hace no muchos años, cuando el consumo de alimentos frescos era bastante restringido, hoy los consumidores disponen, en general, de una larga lista de productos que circulan en los mercados mundiales sin límites nacionales. De productos locales, algunas mercancías del conjunto de frutas y vegetales pasaron a ser incluidas como "exóticas" en las "góndolas" de los supermercados mundiales (Friedland, 1997, 2001; Bendini, Cavalcanti y Lara, 2006).

En México, la superficie cosechada de hortalizas en 1960 era de 257.093 ha, para 1980 había aumentado a 303.606 ha, y en el año 2000 se registraron 553.112 ha. Durante los primeros 20 años creció en 46.513 ha, pero durante los siguientes 20 años el crecimiento fue de 249.506 ha, o sea, 5 veces más, pasando de representar 1,8% de la superficie cosechada total en 1980 a 2,7% en 2000.[8] Si bien la superficie que ocupan las hortalizas en el territorio nacional es reducida, esta ha aumentado 82% entre 1980 y 2000; en el mismo periodo los rendimientos crecen aún más, con un aumento de 439%. Estos productos aportan 16,9% del valor total de la producción agrícola.[9]

Por su lado, los frutales también han conocido un importante crecimiento en superficie. En 1980 representaban 4,8% del total de la

8. La variación entre superficie sembrada y cosechada es de 2 a 5%, según los años. Para mantener la relación entre superficie y valor de la producción optamos por utilizar la superficie cosechada (C. de Grammont y Lara, 2006).

9. Véase http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon.

superficie cosechada, para 2000 ascendieron a 6,4%. Sin embargo, por el carácter perenne de sus plantas, es una producción mucho más difícil de modernizar y adecuar a la demanda del mercado. Esto se refleja en sus rendimientos, cuyo crecimiento está muy por debajo del crecimiento de las hortalizas.[10] Otros cultivos que conocieron cierto crecimiento en el mismo periodo fueron los forrajes (de 15,1 a 25,7%), que por su grado de mecanización ocupan muy poca mano de obra. Mientras tanto, cereales, legumbres secas, cultivos industriales y tubérculos (esencialmente papa) disminuyen en superficie.

Es en el sector frutihortícola donde se ubican las empresas agrícolas más modernas, capaces de competir con sus pares en los Estados Unidos, con las que se disputan el mercado de este país. Gracias a ello, entre 1991 y 2003 el valor de las exportaciones de frutas mexicanas creció más del doble, pero en el caso de las hortalizas se triplicó. En 1991, ambos rubros representaban el 52,2% de las exportaciones totales del sector agropecuario-forestal (hortalizas 32,7%; frutas 19,5%), mientras que en 2003 representaban 73% (hortalizas 50,5%; frutas 22,5%). Las exportaciones de las frutas, que eran insignificantes al principio de la década de los ochenta, se disparan (1.016,9%) y pasan de representar el 6,5% de las exportaciones agrícolas en 1982 al 20,4% en 2000. Por su lado, las exportaciones de las hortalizas crecen constantemente (529,2%) y pasan de representar el 30,2% de las exportaciones agrícolas en 1982, al 48,8% en 1994 y el 49% en 2000.

Si bien se trata de un sector en el cual las exportaciones han ido en incremento, la producción orientada al mercado interno es significativa. De acuerdo con datos de Rello y Saavedra (2007), en 1980 el mercado nacional de productos hortofrutícolas concentró 84% del total de la producción en 1980 y 74,6% en 2003. No obstante, existe una importante heterogeneidad productiva, con empresas de distinto tamaño, entre las cuales se establecen relaciones de coordinación e interdependencia.[11] Las grandes empresas exportadoras han logrado insertarse con éxito en el mercado mundial gracias al uso de tecnologías de punta, a la incorporación de nuevas

10. Véase http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html.

11. Rello y Saavedra señalan que, en 1991, 384.000 ejidatarios contribuyeron con 28% del volumen nacional de estos productos (2007, p. 102).

formas de gestión y de organización del trabajo, al control de sus circuitos de comercialización y de abastecimiento de fuerza de trabajo, a través de complejos flujos migratorios para disponer de una mano de obra barata y abundante. Estos procesos han permitido incrementar no solo el valor de la producción sino la productividad del trabajo y, por ende, su rentabilidad (C. de Grammont y Lara, 2007). Pero la pequeña y mediana producción, ejidal y privada, también ha sabido incorporar nuevas tecnologías, no solo para la producción sino para el manejo poscosecha, y han logrado integrar criterios de calidad. Sin embargo, están dominados por estructuras oligopólicas o monopólicas que controlan el mercado de esos productos, tanto el interno como el externo.[12]

El gran dinamismo del sector frutihortícola no solo se observa en lo que respecta al crecimiento de la superficie cosechada y de los rendimientos, así como del valor que producen, sino por el empleo que generan. Pese a la dificultad para precisar el número de jornaleros agrícolas que intervienen en la producción de frutas y hortalizas por medio de las fuentes censales o estadísticas, es claro que esta producción genera una importante demanda de mano de obra, principalmente para las cosechas. Pacheco (2006), analizando la ENE de 1991 y 2003, confirma un incremento de participación de los trabajadores agropecuarios en los cultivos que abarcan las hortalizas, las legumbres, las oleaginosas y las frutas, de tal suerte que de representar alrededor del 20% a inicios de la década, incrementan ese porcentaje hasta rebasar 35% doce años después.

Nelson Florez (2006), con base en la ENE, propone una tipología de unidades productivas diferenciadas en tres grupos: subsistencia, mixtas y modernas.[13] A partir de los datos proporcionados por él, los jornaleros

12. Puyana *et al.* mencionan que el mercado de aguacate está controlado por siete comerciantes, el de naranja por cinco y el de tomate por ocho (2006, p. 142).

13. *Sujetos agropecuarios vinculados en actividades de subsistencia:* aquellos que cumplen las siguientes características: los vinculados a pequeñas instalaciones –en menos de una hectárea y hasta 20 hectáreas–; con condiciones precarias de capitalización –no tienen ninguna clase de instalaciones en las tierras–; y de mecanización –las actividades agrícolas las realizan con animales o con herramientas manuales, o con ambos.

Sujetos agropecuarios vinculados en actividades modernas: aquellos que cumplen las siguientes características: los vinculados a grandes extensiones –más de 20 hectáreas–; con buenas condiciones de capitalización –infraestructura de riego, instalaciones para explotación y cuidado de animales e instalaciones de beneficio o transformación–, y buenas condiciones de mecanización –las actividades agropecuarias las realizan mecánicamente, o mecánicamente y con animales.

y peones que laboraron en 1993 en las unidades de subsistencia y en las mixtas se incrementaron para 2003, pasando de 18 a 36,6% en las primeras y de 27,3 a 55,3% en las segundas. Por su parte, el trabajo no pagado disminuyó en las primeras de 79,6 a 62,4%, y en las segundas de 66,2 a 41,3%, lo que significa que hubo una monetarización del trabajo en ambos tipos de unidades productivas, y que estas se convirtieron, también, en un mercado de trabajo para los asalariados del campo. Mientras tanto, en las unidades modernas el trabajo asalariado pasó de 61,6 a 81,2%.

Siguiendo con Florez, los trabajadores que se emplearon en el sector de subsistencia se ocuparon principalmente en cultivos tradicionales, contratados en su mayoría por pequeños propietarios; los trabajadores insertos en actividades modernas se ocuparon en labores que generan los cultivos comerciales, con una tendencia exportadora, entre los que destacan las hortalizas y leguminosas, contratados por grandes empresas y propietarios. El mismo autor encuentra que la mitad de los trabajadores ocupados en unidades de producción mixtas laboraron en cultivos tradicionales y la otra mitad en cultivos comerciales.

Los empresarios, contratistas e instituciones que trabajan en el sector hortícola han hecho sus propias estimaciones respecto al número de trabajadores que se emplean en cada región. Así, por ejemplo, para el estado de Sinaloa, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la Sedesol (PAJA, ex Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas) estimó, en 2003, una población de 200.000 jornaleros en los campos agrícolas,[14] cifra que coincide con la proporcionada en 2001 por el Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa,[15] mientras que la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa, en su Informe Anual de Actividades

Por último, los *sujetos agropecuarios vinculados en actividades mixtas:* quienes cumplen alguna de las siguientes opciones: 1) vinculados a pequeñas instalaciones –menores de 20 hectáreas–, con buenas condiciones de capitalización y mecanización; 2) los vinculados a pequeñas instalaciones –menores de 20 hectáreas–, con malas condiciones de capitalización y buenas condiciones de mecanización; 3) los vinculados a pequeñas instalaciones –menores de 20 hectáreas–, con buenas condiciones de capitalización y malas condiciones de mecanización; 4) los vinculados a grandes extensiones –mayores de 20 hectáreas–, con malas condiciones de capitalización y buenas de mecanización; 5) los vinculados a grandes extensiones –mayores de 20 hectáreas–, con buenas condiciones de capitalización y malas de mecanización; y, 6) los vinculados a grandes extensiones –mayores de 20 hectáreas–, con malas condiciones de capitalización y mecanización.

14. Información de campo proporcionada por Arturo López Ruiz, coordinador del PAJA en Sinaloa.

15. SSA, Diagnóstico de Sinaloa 2001, Presentación de Estados, Jornaleros Agrícolas Migrantes (2001).

2002-2003, reportó 120.000 migrantes. En Baja California Sur, el mismo programa estimó en 25.000 el número de jornaleros que llegan a esta región (PRONJAG, 1999, p. 39). En Jalisco, el DIF (2000) registró que los migrantes que llegaron al estado entre 1999 y 2000 ascendían a 8.571 y que en Sayula se concentraban 5.132 de ellos. En Sonora, el mismo Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas calculó en 80.000 el número de jornaleros en todo el estado, de los cuales 45.000 se ubicaban en las costas de Hermosillo.[16]

Las tendencias en el empleo varían de manera importante de una región a otra, lo que en gran parte se relaciona con el tipo de producción, así como con el tipo de productor que contrata. No obstante, existe una tendencia general de precarización en las características que adopta el empleo, cualquiera que sea el tipo de unidad productiva que contrata trabajadores agrícolas.

Mundialización de la agricultura y reestructuración de las empresas

Los términos en los que fue signado el TLCAN han provocado desequilibrios importantes en el sector agropecuario, agudizando los procesos de polarización que ya venían dándose desde décadas anteriores. De acuerdo con varios autores (Rello y Saavedra, 2007; Puyana *et al.*, 2006; Calva, Schwentesius y Gómez Cruz, 2004), el efecto del TLCAN ha sido desfavorable particularmente para la agricultura tradicional, fomentando las exportaciones, especialmente de frutas y hortalizas, hacia los Estados Unidos y Canadá. No obstante, este mismo sector agroexportador se ha visto enfrentado a la caída de los precios agrícolas internacionales, problemas crediticios y, sobre todo, al control que ejercen los distribuidores sobre la cadena agroalimentaria, particularmente por medio de la inversión extranjera.

Con el fin de mantener la competitividad en los mercados mundiales, haciendo frente a las adversidades arriba señaladas, los productores han llevado a cabo importantes procesos de reestructuración que abarcan distintos aspectos.

16. Información proporcionada por Rubén Ángel Pérez, coordinador operativo del PAJA, Hermosillo, Sonora, y Elsa Adela Gutiérrez Rentería, supervisora de promotoras de la región Costa de Hermosillo, Sonora.

En primer lugar, cabe mencionar el reacomodo de los distintos actores que intervienen en la cadena agroalimentaria, en la cual la hegemonía está dada por los distribuidores: tanto los grandes mayoristas asentados en los mercados de abastos y las cadenas de supermercados, como los *brokers* e intermediarios que comercializan la producción en los Estados Unidos y Canadá. Esta situación ha llevado a una "hiperconcentración" de la producción en torno a un número limitado de grandes empresas que, a la vez, controlan la producción de pequeños y medianos productores mediante formas de agricultura a contrato, o mediante la compra de su producción, en tanto que son las grandes empresas las que cuentan con los empaques, sistemas de enfriamiento, de almacenaje, transportación, distribución y etiquetado de productos.[17]

Varios estudios (Cavalcanti, 1997; Lara, 1998) dan cuenta de los cuidados especiales en las prácticas agrícolas y en el formato que hoy en día deben tener los productos para circular en los mercados mundiales. Así, los procesos de reestructuración se construyen en relación con los nuevos criterios de calidad que deben tener los alimentos. En otro trabajo (Bendini, Cavalcanti y Lara, 2006) se ha señalado cómo intervienen, hoy en día, una serie de nuevos actores en espacios diversos; desde planificadores, investigadores, diseñadores, especialistas en *marketing*, trabajadores, propietarios de tierras, compañías transportistas, trabajadores de los departamentos de alimentos o de seguridad alimentaria; de los grandes supermercados a los espacios abiertos de las ferias locales, hasta los consumidores. Potenciales compradores, distribuidores y consumidores de bienes agrícolas, por ejemplo, procuran hoy informarse sobre los productos, e indagan sobre las condiciones y lugares de su producción y de trabajo, para tener la certeza de que estos responden a los patrones de calidad definidos. En el lenguaje técnico de productores y distribuidores, la *rastreabilidad* es un término para designar la proximidad que debe haber entre los lugares y las condiciones de producción,

17. Esto último es particularmente importante a partir de que se han puesto en marcha las leyes de Inocuidad y de Bioterrorismo, que obligan a los exportadores a prevenir la contaminación microbiana; ejercitar buenas prácticas agrícolas y manufactureras (GAP y GMP, por sus siglas en inglés); mantener el producto libre de contaminación por heces humanas o animales en su trayectoria del campo al empaque; prevenir la contaminación procedente del lodo y observar prácticas higiénicas y sanitarias por parte de los trabajadores durante la producción, recolección, selección, empaque y transporte (Maya, 2004).

y el consumidor final. A diferencia de los *cash crops* que circulaban sin mucho valor agregado, los mercados actuales se basan en alimentos de alto valor: exóticos, no estacionales y con certificados de origen.

Así, la competencia internacional ha llevado a las empresas frutihortícolas a incorporar nuevos criterios de calidad y a ampliar su oferta de productos. De esta manera, buscan tener una oferta exportable todo el año, desestacionalizando su producción, lo que logran gracias a nuevas variedades tempranas o tardías que se obtienen con técnicas de biotecnología y biogenética, así como gracias a la introducción de nuevas técnicas de producción en invernadero o bajo túneles de plástico. Estos cambios tecnológicos han impactado en distintos sentidos sobre el empleo.

Con este objetivo, algunas empresas grandes, productoras de hortalizas de exportación, han descentralizado su producción en distintas regiones del país para aprovechar las diferencias climáticas. De esta manera, mientras en Sinaloa y Sonora se cultivan hortalizas de invierno, en Baja California Norte y Sur el ciclo principal es en primavera-verano. Asimismo, han desarrollado alianzas asociativas con unidades de producción a mediana escala, que operan en diferentes regiones del país. En este sentido, pequeños y medianos productores, una gran mayoría de ellos ejidatarios, han ampliado también sus operaciones y diversificado su producción.[18]

Cabe señalar el control que ejercen los grandes productores, que son a la vez distribuidores, sobre la cadena agroalimentaria, por medio de las grandes centrales de abastos del país,[19] lo que los coloca en una posición privilegiada en el mercado nacional. A la vez, ellos mismos orientan una parte de su producción al mercado interno, operando para ello en algunas regiones del país –como el Valle de Arista, en San Luis Potosí; Yurécuaro, en Michoacán; Sayula y Autlán, en Jalisco– con pequeños productores a quienes financian y compran sus productos, lo que ha llevado a un incremento en la superficie destinada a esta producción.

Este conjunto de cambios en la agricultura moderna ha transformado el mercado de trabajo y la movilidad de los trabajadores.

18. De acuerdo con Rello y Saavedra (2007), un poco más de la cuarta parte del volumen de la producción hortofrutícola nacional proviene de la pequeña producción ejidal.

19. Véase Echánove (1998, 1999).

Empleo precario: una constante en la agricultura mexicana

El empleo precario ha sido invariablemente una característica en la agricultura mexicana. En gran parte, puede decirse que se deriva del entorno en el que se lleva a cabo el trabajo en este sector, en el que la dependencia de los factores naturales (clima, suelo, agua, etc.) y los propios ciclos productivos de las plantas influyen de manera importante en las características del empleo agrícola. Pero mientras que en los países desarrollados y en varios países de América Latina se ha logrado regular esta situación mediante acuerdos y convenciones laborales, en México esto no ha sido posible, en gran parte por el control que han ejercido durante décadas las grandes centrales campesinas (CNC, CCI, etc.) y obreras (CTM y CROM) oficialistas para beneficiar a las grandes empresas. Así, la contratación a partir de una relación laboral permanente, a tiempo completo, con un solo empleador y en un lugar de trabajo fijo, es realmente la excepción en la agricultura.

Este problema se ha agudizado aún más después de la crisis cambiaría de 1994-1995 y de la apertura comercial. De acuerdo con Puyana *et al.* (2006), los salarios reales en la agricultura y en el sector pecuario cayeron sensiblemente y no se han recuperado; en 2001, los salarios promedio en el sector agrícola eran 16% menores que en 1993. Entre los elementos que destacan se halla el exceso de oferta de trabajo que no encuentra ocupación en otras actividades rurales o en otros sectores de la economía, la limitada movilidad de la mano de obra y la apertura comercial, que ha reducido el peso que en otros momentos tuvo la producción de maíz de temporal, como una actividad intensiva en trabajo que retenía a la mano de obra.

Por otro lado, los procesos de reestructuración han desarrollado nuevas formas de trabajo flexible en la agricultura, no solo en las modalidades de contratación y salariales, sino en el contenido del trabajo, en las formas de empleo y de organización del trabajo, sobre todo en las grandes empresas orientadas a la exportación (Lara, 1998).

El inusitado incremento en los rendimientos de frutas y hortalizas ha significado un aumento de la productividad del trabajo, lo que en gran parte se ha logrado por la introducción de nuevas tecnologías y la intensificación del trabajo, incluso entre las unidades que destinan su

producción al mercado nacional. En otro texto (C. de Grammont y Lara, 2007) se ha intentado medir este incremento en la productividad de la mano de obra en la horticultura, mediante un coeficiente de "eficiencia técnica" del trabajo que representa la cantidad de producto obtenido en cada jornada laboral aplicada al cultivo. Así, vemos que en el ciclo 1984-1985 se necesitaron 264 jornadas de trabajo para obtener 22,6 toneladas de tomate rojo de vara, lo cual daba una "eficiencia técnica" de 85,6 kilos de tomate por jornada de trabajo. Diez años después se necesitaron 259 jornadas para obtener 34 toneladas, lo cual nos da una "eficiencia técnica" de 131,2 kilos. Con ello, las empresas obtuvieron un aumento de 65% en la productividad del trabajo.

Esta situación se ha acompañado de una serie de cambios en el empleo y en el trabajo. La introducción de nuevas técnicas de producción y tecnologías de punta en las grandes empresas demanda cierto tipo de trabajo que es desarrollado por técnicos y especialistas en el manejo de invernaderos, de nuevos sistemas de irrigación y de fertilización, entre otros. Estos trabajadores laboran al lado de una masa de jornaleros no calificados, muchas veces niños, mujeres y mano de obra indígena, que realizan tareas puntuales, como son las cosechas en campo abierto, la instalación de plásticos, hilos, varas y estacones, que requieren el manejo y la conducción de frutas y hortalizas, organizados a partir de una estricta división sexual y étnica del trabajo (Lara, 1998).[20] En las pequeñas unidades de producción destinadas al mercado interno prevalece la contratación de este tipo de mano de obra no calificada, aportada por indígenas migrantes.

Las nuevas exigencias de calidad, que las tecnologías de punta imponen a los trabajadores en el campo y en los empaques, se acompañan de procesos de especialización y polivalencia. En este caso, de especialización en tareas relativas al cultivo y manejo de frutas y hortalizas,[21] a la vez que cierto tipo de trabajadores calificados adquieren las competencias necesarias para intervenir en diferentes fases de la cadena

20. En otro texto he analizado cómo se produce una segmentación sexual y étnica del trabajo en estas empresas, lo que genera una división entre los trabajadores (Lara, 1998).

21. Por lo regular, los trabajadores que intervienen en la producción de hortalizas, frutas, e incluso flores, difícilmente circulan en otros cultivos, como la caña de azúcar, el café, el tabaco, etcétera.

productiva de distintos tipos de hortalizas o de frutales, o de ambos. Pero no existen condiciones de equidad laboral entre mujeres y hombres, ni entre indígenas y no indígenas. Los puestos de técnicos, mecánicos y de administración del trabajo son siempre ocupados por hombres, mientras que las labores más penosas del campo son realizadas por hombres, mujeres y niños originarios de comunidades rurales indígenas.

Las pequeñas y medianas unidades de producción que producen hortalizas o frutas combinan mano de obra familiar con trabajo asalariado que contratan para determinadas tareas que requieren un uso intensivo de mano de obra, como la cosecha. Si bien no han introducido tecnologías sofisticadas, como en las grandes empresas agroexportadoras, sí se observan procesos de modernización que igualmente han modificado el contenido del trabajo, exigiendo cierta especialización de trabajadores que año con año participan en las mismas tareas, y que la mayoría de las veces son indígenas.[22]

El aumento continuo que hubo en la superficie cosechada, tanto en hortalizas como en frutales, ha incrementado la demanda de mano de obra, no solo en las grandes empresas agroexportadoras, sino también en las pequeñas y medianas unidades productivas. No obstante, también debe señalarse la reducción de la demanda provocada por la introducción de nuevas tecnologías para la realización de ciertas tareas,[23] lo que sin embargo puede haberse compensado de manera general al desestacionalizarse la producción y extenderse los ciclos agrícolas.[24]

Si bien el trabajo temporal ha sido la característica intrínseca del empleo en la agricultura, este ha tomado una nueva modalidad que puede ser considerada como empleo "permanentemente-temporal" o intermitente. Puesto que ha sido posible alterar los ciclos agrícolas y lograr

22. Sánchez *et al.* (2007) muestran cómo la producción de jitomate y otras hortalizas en la región de los Altos de Morelos, principalmente en los municipios de Atlatlahucan, Totolapan, Tlayacapan y Yecapixtla, está a cargo de pequeñas unidades familiares que contratan mano de obra para la cosecha, la cual llega a esta región procedente de las comunidades indígenas de la Montaña de Guerrero.

23. Es muy claro en el caso de la plasticultura, que ha reducido el número de jornales que se ocupaban para el desyerbe de tomate y otras hortalizas.

24. Por ejemplo, entre 1984 y 1996 el número de jornales utilizados en una hectárea de tomate rojo en el Valle de Culiacán pasó de 264 a 259 (elaboración propia a partir de datos de la Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa, Departamento de Estudios Económicos, Costos de Producción, años 1985 a 1996; citado en C. de Grammont y Lara, 2007).

cosechas de diversos productos todo el año, gracias a las nuevas tecnologías y variedades genéticas, las empresas generan una demanda de mano de obra todo el año, cosa que no sucedía anteriormente. La demanda concentrada en invierno para las cosechas de hortalizas en Sinaloa, o en verano en el caso de Baja California, provocaba una concentración temporal de trabajadores en dichas regiones, particularmente para la cosecha. Hoy en día ha podido extenderse durante todo el año, pero en forma escalonada, dependiendo de los requerimientos de cada tipo de cultivo, con las consecuencias que esto supone en términos de empleo.

Los trabajadores son contratados día a día para realizar tareas puntuales, sin contar con ningún tipo de protección laboral. Esta situación es común a todo tipo de unidades productivas, aun si se trata de empresas grandes que ocupan a los trabajadores a lo largo de todo un año o por varios años, lo que supone una flexibilidad total del trabajo. Esta situación se acompaña, a la vez, de una gran flexibilidad salarial.

En general, los salarios rurales han ido a la baja, pero hay que destacar que, además, esta disminución se da en el contexto de un importante incremento de la productividad del trabajo (C. de Grammont y Lara, 2007). De acuerdo con Puyana *et al.*, en 2001 los salarios promedio eran menores que en 1993.[25] A ello se agrega que las formas salariales que se estilan en la agricultura provocan una intensificación del trabajo, particularmente mediante el pago por tarea o a destajo. Además, hoy en día se ponen en marcha estas viejas formas de retribución del trabajo con otras nuevas. Por ejemplo, el pago por día, como salario base que se establece después de haber realizado un mínimo de tareas definidas por la empresa (número de surcos trabajados, número de botes de producto cosechado, número de plantas o árboles podados, etc.), más una cuota por producto adicional, primas de productividad o pago "por tanto". Además, es común que el pago no sea individual sino por "cuadrilla" o equipo de trabajo, así como por grupo familiar, otorgándose al jefe de cuadrilla o al jefe de familia un salario global que él debe distribuir entre sus miembros.

En la agricultura, la gran mayoría de los trabajadores son contratados verbalmente. No existe seguridad en el empleo, de modo que los

25. La ENE 2000 registró que el 31% de los trabajadores agropecuarios que percibieron ingresos obtuvieron menos de un salario mínimo; el 53% de uno a dos salarios mínimos, y el 11% de dos a tres salarios mínimos.

trabajadores están siempre expuestos al desempleo. Tampoco existen prestaciones sociales; los trabajadores laboran seis días a la semana sin obtener una prima adicional por el trabajo dominical, no les son compensados los días perdidos por enfermedad o por problemas propios de la empresa. Los jornaleros no disfrutan de los días festivos, de una prima vacacional, aguinaldo ni reparto de utilidades que la Ley del Trabajo prevé para los trabajadores temporales. A la vez, y no obstante que se reformó la Ley del Seguro Social para garantizar una mayor cobertura a los jornaleros del campo,[26] estos no han gozado de servicios de salud.[27] Los empresarios se han rehusado a acatar la ley y han interpuesto amparos para protegerse, de tal manera que es una minoría, que corresponde más a los empleados y operarios que a los peones y jornaleros, la que recibe estos servicios.

En síntesis, la precariedad laboral de los trabajadores agrícolas abarca todos los aspectos relativos a las condiciones de trabajo. En ese sentido, es difícil suponer que pueda hablarse de un trabajo "decente", como sucede en otros sectores de la economía. Pero algo que singulariza la situación de estos trabajadores es que una gran mayoría debe desplazarse de sus lugares de origen para tener acceso a un trabajo, por precario que este sea, y esa es una situación desfavorable que se agrega a sus condiciones de trabajo.

Movilidad de los trabajadores y precariedad en las condiciones de vida

Bayón (2006, pp. 134-135), al analizar las formas que asume la precariedad en América Latina, señala el carácter acumulativo de situaciones de desventaja relacionadas con la precariedad ocupacional y con otras dimensiones de la vida económica y social, haciendo que unos grupos

26. La reforma del 30 de junio de 1997 abrogó el reglamento anterior, que se basaba en un sistema de pases por número de jornales. Actualmente, el patrón debe afiliar a todos los peones contratados, reportar los días laborados y entregar recibos de pago a sus jornaleros, y estos, según el número de cotizaciones pagadas, tendrían derecho a los seguros de invalidez y vida y retiro, cesantía en edad avanzada y guardería (Seefoo, 2006).

27. Bayón (2006) señala que hacia 1978, en el caso de los servicios de salud, las instituciones de seguridad social solo cubrían *nominalmente* al 38% de la población, mientras que el 45% de la población, integrada en gran medida por la población rural, no recibía atención médica.

sean más vulnerables a los procesos de exclusión social. En el caso de los jornaleros, hay que señalar que al problema de sus condiciones de trabajo precarias (inestabilidad laboral, bajos salarios, desprotección social, etc.) se suma su condición de migrantes y de indígenas.

Los procesos de polarización que han tenido lugar en la estructura agraria también se manifiestan espacialmente. Las empresas que declaran vender su producción en el mercado nacional o exportar, o ambas cosas, son las que contratan el mayor número de jornaleros agrícolas, y se ubican mayormente en torno a las zonas de riego, lo que ha provocado una concentración de la demanda.[28]

Florez (2006), con base en la ENE 2003, encuentra que los trabajadores insertos en las actividades modernas se ubican principalmente en Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco y Guanajuato, regiones con un alto nivel de inversión, grandes extensiones y buena infraestructura agrícola, que destinan su producción a la comercialización y donde los salarios son más altos, lo cual las hace atractivas para la mano de obra. Mientras que las entidades de expulsión de jornaleros agrícolas son Oaxaca, Guerrero, Puebla, Michoacán, y entre atracción y expulsión se encuentran Veracruz, Chiapas y Tabasco. En la mayoría de estos estados expulsores se encuentran ubicadas las unidades que producen para la subsistencia, en pequeñas extensiones, con baja o nula capitalización, vinculados a la agricultura tradicional (maíz y frijol), con marcado predominio de la mano de obra familiar sin remuneración.

En este sentido, el trabajo agrícola asalariado está íntimamente relacionado con la migración. En 2001, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PRONJAG) de Sedesol (2001, p. 37) definía cuatro rutas principales de migración jornalera:

28. Florez (2006; citando a Hernández, 2000) señala, con base en la información del censo agrícola de 1991, que los estados con una menor proporción agrícola de riego son Tabasco, el Distrito Federal, Quintana Roo, Chiapas y Campeche, los cuales, en conjunto, concentraban solo el 1,7% de la superficie nacional agrícola de riego. Según el autor, la mayor parte de estas entidades presentaban un alto fraccionamiento de la propiedad y predominio de la superficie ejidal, con altos niveles de pobreza y baja escolaridad. En cambio, los estados con mayor proporción de superficie agrícola de riego son, en orden decreciente, Baja California Sur con 89,4% de su superficie agrícola, Sonora con 66%, Baja California con 65%, Sinaloa con 49% y Coahuila con 46%. Estos estados concentraban, en conjunto, el 37% de la superficie agrícola de riego del país. Hernández también señala que los predios grandes tienen una mejor mecanización, un mayor grado de producción, y que a mayor escolaridad se utilizan con más frecuencia fertilizantes y tractores.

a. Ruta Pacífico: comprende los estados de Oaxaca y Guerrero como principales zonas de expulsión, y los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California, Baja California Sur, Nayarit y Jalisco, donde los trabajadores son contratados por empresas agroindustriales.
b. Ruta Golfo: aunque en menor medida, incluye población de los estados de Oaxaca, Veracruz, Hidalgo y Puebla, que acuden a las plantaciones de Tabasco, Tamaulipas, Veracruz y la Comarca Lagunera.
c. Ruta Centro: comprende a San Luis Potosí, Guanajuato, Zacatecas, Durango, Coahuila y Chihuahua, estados en los que se llevan a cabo intrincados circuitos migratorios intrarregionales.
d. Ruta Sureste: su circuito es más reducido y abarca los estados de Oaxaca, Chiapas, Yucatán y Tabasco, donde se incorporan también jornaleros indígenas guatemaltecos que trabajan en las cosechas de café y plátano.

Esta situación refleja la fuerte movilidad de los trabajadores agrícolas, situación que ha sido una constante desde hace varias décadas, justamente por los procesos de polarización de la estructura agraria (cfr. Paré, 1977; C. de Grammont, 1986). No obstante, hoy en día la reestructuración de las empresas agrícolas ha generado nuevos desplazamientos y se han tornado complejos los circuitos migratorios.

De los efectos más visibles que están teniendo lugar en el campo mexicano, como resultado de los cambios en la agricultura, pueden mencionarse los desplazamientos multipolares de la población trabajadora y las nuevas modalidades de ocupación del espacio rural. Esta multipolaridad en los desplazamientos es resultado de la desestacionalización de la producción y de la dispersión geográfica de las empresas, principalmente en una amplia zona ubicada al noroeste del país, procesos que han tenido lugar como consecuencia de la reestructuración de las empresas agroexportadoras (Lara, 1998), lo que ha llevado a multiplicar los circuitos migratorios de los trabajadores.

De acuerdo con la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México* (C. de Grammont y Lara, 2004),[29] se encontraron entre

29. Encuesta relevada en 8.117 hogares de jornaleros agrícolas migrantes en campamentos y cuarterías de las regiones agrícolas más desarrolladas en los estados de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Baja California Sur, entre 1998 y 2000.

los jornaleros movimientos de carácter pendular y circular. Sin embargo, la *migración pendular* no solo incluye a aquellos que se mueven entre el pueblo de origen y el lugar de trabajo para regresar al lugar de origen, sino una movilidad que va de un campamento o "cuartería",[30] en alguna zona de trabajo donde se ha afincado temporalmente la población mientras trabaja, para dirigirse a otro lugar o regresar nuevamente al primero, o ambas cosas. A la vez, la *migración de tipo circular* incluye más de dos lugares de trabajo, con residencia en el pueblo de origen o con residencia principal en un campamento o cuartería en alguno de los lugares de trabajo. Finalmente, se detectó una suerte de errancia, de una población que circula entre distintos lugares de trabajo sin tener una residencia fija. Los circuitos por donde transita dicha población están íntimamente relacionados con la dispersión geográfica de las empresas y el carácter intermitente del empleo que estas generan. De acuerdo con la mencionada encuesta, el 74,4% de los jornaleros tienen su lugar de residencia en su estado de origen, el 21,9% de ellos viven en un campamento o cuartería en los lugares donde trabajan y el 3,8% declaran no tener ningún lugar de residencia. Los dos últimos grupos (el 25,7% de la población total de los jornaleros migrantes) viven en constante movilidad buscando donde emplearse, lo que les confiere un estado de absoluta vulnerabilidad.

Según la encuesta mencionada, los jornaleros que migran para trabajar en varias regiones antes de regresar a su lugar de residencia representan el 15,9% del total. La mayoría de ellos trabaja en dos regiones (74,4%), otros pocos trabajan en tres regiones, y solo los que ya no tienen residencia fija circulan entre cuatro o más regiones. Los principales estados de recepción son Sinaloa (35,8%), Baja California (32,7%), Sonora (6,6%) y Baja California Sur (6,2%). Sin embargo, además de esos cuatro estados, los flujos se dispersan en más de 15 estados, tan lejanos entre sí como son Jalisco, Chihuahua, Coahuila o Tamaulipas, y otros siguen

30. Las llamadas "cuarterías" son habitaciones que se alquilan a los jornaleros en las colonias periféricas a los campos de cultivo. Son de particulares y por lo regular no cuentan con baño propio ni regaderas, estos los comparten los diferentes inquilinos y el propietario de la cuartería. En tanto los campamentos son galerones de lámina o de cartón instalados en los terrenos de las empresas, dentro de los campos agrícolas. En dichos campamentos pueden ser alojados hasta 5.000 trabajadores en temporada alta de cosechas. Los servicios que se ofrecen a los trabajadores son mínimos, ya que son habitaciones pequeñas, con pisos de tierra, sin agua corriente, baños ni regaderas, las que por lo regular se tienen que compartir entre la población allí alojada.

hacia los Estados Unidos, lo que comienza a ser una opción importante. Es notorio que esta migración circular es para trabajar en las hortalizas, o sea que existe una especialización del trabajo de los jornaleros migrantes en ciertos cultivos.

A ello hay que agregar que la composición de los flujos migratorios también se ha transformado, no solo porque ya no predomina la migración individual de hombres solos que salen en busca de trabajo para regresar a sus lugares de origen con la familia, como sucedía antaño. Ahora se encuentran familias completas que viajan de un lugar al otro, y su composición es muy particular. Como se ha analizado en otro texto (C. de Grammont, Lara y Sánchez, 2003), se trata de *configuraciones familiares* que se establecen ad hoc para migrar. Familias nucleares y extensas, algunas veces acompañadas de otros parientes y paisanos, familias con jefatura femenina, grupos de parientes y paisanos que se unen para migrar, grupos de hombres o de mujeres solas. La mayoría de las veces, dichas familias comparten un techo y hasta el mismo fogón, lo que ha llevado a reconsiderar la manera de concebir al hogar o al grupo doméstico como estructuras flexibles que se adaptan a los procesos migratorios y se recomponen constantemente en su ir y venir.

Los circuitos migratorios son cada vez más complejos, porque se trata de una itinerancia que incluye destinos nacionales e internacionales. Cada vez son más frecuentes los enlaces entre la migración jornalera y la migración hacia los Estados Unidos. Para los jornaleros la migración se ha vuelto una condición de vida, empujados por la pobreza de sus lugares de origen y la falta de alternativas laborales. Los distintos lugares por donde circulan son, desde el punto de vista de las empresas, espacios donde estas se han descentralizado para lograr una producción a lo largo de todo el año. Para los jornaleros, son espacios en los que buscan encontrar trabajo la mayor parte del año, aunque solo sea un empleo de carácter temporal y discontinuo, con el fin de lograr la sobrevivencia del grupo familiar.

Es decir, para estos trabajadores no es solo que las formas de empleo y de trabajo a las que tienen acceso, en general, sean sumamente precarias, lo que los hace vulnerables, sino que trabajar supone necesariamente un ir y venir, y una vida precaria en sí misma. Se agrega, para muchos de ellos (40%), su situación como indígenas. Incluso a los que

no hablan lengua indígena alguna ni se reconocen como indígenas se les trata con discriminación ("oaxacos" o "oaxaquitas"), porque esa es la forma de naturalizar sus diferencias (Lara, 1998).

Los datos de la encuesta mencionada muestran que la gran mayoría (80,6%) de los jornaleros llegan a las zonas agrícolas modernas desde sus pueblos de origen por medio de contratistas (mejor conocidos como enganchadores o coyotes), quienes actúan como intermediarios entre los trabajadores y los empresarios. El papel de dichos contratistas es de gran importancia para organizar los flujos de mano de obra en cantidad, tiempo y calidad necesarios; son originarios de las regiones de expulsión, y a menudo ellos mismos han sido jornaleros, pero gracias a su capacidad para moverse de un lugar a otro, hablar español y contar con las redes sociales necesarias se dedican a conseguir la mano de obra para las empresas agrícolas. Es bien conocido que estos contratistas abusan de su capacidad de controlar grandes cantidades de trabajadores para obtener dinero indebidamente. Los empresarios adelantan a los contratistas los viáticos (comida y traslado) de los jornaleros, pero a menudo los contratistas se quedan con ese dinero para incrementar sus ganancias. Otro pequeño grupo de migrantes (16,8%) viajan y consiguen trabajo por cuenta propia, gracias a que cuentan con redes sociales en los lugares de destino. Usualmente, son jornaleros que tienen algún pariente o conocido en las regiones de trabajo.

Cuando llegan enganchados, por lo regular, los jornaleros son alojados en los campamentos de las empresas y desde allí se les lleva a los campos agrícolas; difícilmente pueden salir de los campamentos y no pueden elegir los campos de trabajo, ya que están obligados a laborar con el empresario que pagó su traslado. En los campamentos viven en condiciones sumamente precarias, hacinados en habitaciones pequeñas donde se aloja a una familia y hasta a dos, sin agua corriente, sin drenaje, sin ventilación, con pisos de tierra, muy a menudo sin luz eléctrica y con solo un fogón para cocinar con leña. Su situación itinerante y precaria no les permite acumular, se trasladan de un lugar a otro llevando consigo cuanto mucho una cobija cada quien, tal vez un *comal*[31] o alguna

31. Del náhuatl *cómatl.* Plato extendido de barro, hierro o aluminio que se usa para cocer las tortillas de maíz o para calentarlas.

olla para cocer los frijoles, base de su alimentación. Las regaderas y los sanitarios son escasos para la cantidad de gente que se aloja en dichos campamentos. Los que llegan por su cuenta logran instalarse en una "cuartería", espacios alquilados en las colonias y barrios periféricos a las zonas de cultivo, y desde donde se logra tener mayor independencia frente a los patrones y a los contratistas. Por su parte, aquellos que ya se han asentado en alguna de las colonias periféricas a los campos de cultivo pueden incluso insertarse en otros mercados laborales, como en la construcción o el comercio, pero sobre todo buscan, dentro de su pobreza, tener cierto arraigo en el lugar. Construyen sus casas de materiales baratos, y poco a poco van apropiándose del espacio que habitan.

En este proceso se ha visto el surgimiento de varias organizaciones de migrantes en los estados de Baja California y de Sinaloa, entre 1994 y 2003.[32] Son asociaciones que en su discurso plantean la defensa de los derechos laborales de los jornaleros y se proponen otorgarles asesoría jurídica y laboral. Por lo regular, cada una de estas organizaciones aglutina a pequeños grupos; algunas de estas asociaciones incluso mencionan no tener afiliados, sino llevar a cabo en las colonias acciones amplias, a partir de las cuales logran una clientela política. Por lo mismo, su existencia es efímera y constantemente hay reacomodos que llevan a la unificación de unas y a la desaparición de otras.[33] No obstante, son instrumentos que buscan intervenir en el control político del territorio (Lara y Ortiz, 2003).

Si bien existen sindicatos de jornaleros que operan en las principales regiones de atracción (Sinaloa, Sonora y Baja California), cabe

32. Surgen en Sinaloa: el Frente Indígena Mixteco Jornalero Sinaloenese, A. C.; la Asociación Indígena Jornalera Sinaloense, A. C.; la Unión Indígena Sur del País "La Patria es Primero", A. C.; el Consejo Sinaloense para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, A. C.; la Asociación de Indígenas Oaxaqueños; el Frente de Unificación de Lucha Trique, y Liberación de Pueblos Indígenas. Mientras tanto, en Baja California se establecen el Frente Indígena Migrantes de Huitepec y Radicados en Mandadero y Conexos, A. C.; la Unión Alianza Huitepec; el Frente Nacional Indígena Oaxaqueño; el Grupo Heladio Ramírez, A. C.; Asistencia Legal Indígena; el Frente Independiente de Lucha Trique, A. C.; la Asociación de Indígenas Oaxaqueños; la Coordinadora de Comités para el Desarrollo Social, A. C.; y el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional, que ha sufrido varias escisiones.

33. A pesar de que en ambos estados hay experiencia de lucha sindical de los jornaleros desde la década de los setenta y antes, estas organizaciones adquieren mayor fuerza. Los dirigentes sindicales plantean la dificultad que tienen para afiliar y organizar a una población que se encuentra en constante movimiento. De tal manera que, si bien mantienen como retórica su voluntad de apoyar a los jornaleros en sus demandas laborales y otorgarles asesoría e información, pocos son los jornaleros que se acercan a las organizaciones sindicales.

mencionar que actualmente su actividad no tiene relevancia en la defensa de las condiciones laborales de los jornaleros.[34] Justamente, el carácter eventual del trabajo por jornal ha dificultado históricamente la afiliación de los trabajadores agrícolas, pero hoy en día se agrega a ello la itinerancia e inestabilidad a que los obligan las formas flexibles de operación de las empresas agrícolas. En este sentido, la acción sindical en las regiones de trabajo ha perdido la eficacia que en algún momento tuvo, y en su lugar han cobrado mayor importancia las asociaciones de migrantes, especialmente entre la población asentada.

En su inicio, dichas asociaciones surgieron de una organización que se daba a partir del pueblo de origen[35] o de su pertenencia a un grupo étnico,[36] lo que les confiere un arraigo simbólico. Por medio de estas asociaciones los residentes no solo intentan negociar la consecución de algún predio o la instalación de servicios en las colonias donde se encuentran asentados, sino que han comenzado a levantar entre sus demandas el respeto a los derechos humanos, como trabajadores y como indígenas (Lara y Ortiz, 2003).

Conclusiones

Como se ha señalado, la precariedad en el trabajo agrícola asalariado en México no es una novedad, sino que ha sido una característica del empleo en este sector (Lara, 1998). La *Encuesta Nacional de Empleo* muestra esta precariedad en lo que respecta a ingresos y duración del empleo. Podría decirse que el trabajo asalariado en la agricultura

34. En Sinaloa se encuentra el Sindicato Nacional de Trabajadores del Campo, Similares y Conexos (SNTCSC), afiliado a la CTM (Confederación de Trabajadores de México). En el Valle de San Quintín, la CTM ha logrado la mayor cobertura social por medio del Sindicato Nacional de Trabajadores, Obreros y Asalariados del Campo. También opera la Central de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), cuya fuerza principal se ha dado en los estados de Sinaloa y en el valle de San Quintín, Baja California. En Sinaloa surge, como uno de sus brazos sindicales, la Federación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos de Sinaloa, que plantea la constitución del Sindicato Nacional de Obreros Agrícolas, Similares y Conexos (SNOASC).

35. Por ejemplo, la Unión Alianza Huitepec, que integra a miembros de la localidad de San Antonio Huitepec, ubicada en el estado de Oaxaca.

36. Por ejemplo, el Frente Independiente de Lucha Trique, que aglutina a individuos de distintas comunidades, pero de habla trique.

corresponde a un empleo atípico si consideramos que es temporal, discontinuo, realizado para varios empleadores y en distintos establecimientos, remunerado las más de las veces por tarea o a destajo, sin contratos, y al cual se tiene acceso por intermediarios (contratistas o enganchadores). No obstante, como señala De la Garza en este libro, esta definición tiene tras de sí la comparación con un tipo ideal de trabajo que solo en los países desarrollados llegó a ser importante en algún periodo de su historia. Pero, en realidad, esta "atipicidad" es propia del trabajo agrícola. En parte, por la manera en que intervienen los factores naturales en los procesos productivos, como ya se dijo, aunque más bien debe atribuirse a la desregulación de las relaciones laborales en el sector agropecuario y a las ventajas que se han ofrecido a las empresas para operar con amplia flexibilidad.

No obstante, lo que aquí ha interesado destacar es cómo dicha precariedad adquiere, hoy en día, nuevas formas que resultan de la modernización y reestructuración de las empresas que contratan mayoritariamente a peones y jornaleros. En gran medida por la introducción de nuevas tecnologías que han permitido la desestacionalización de la producción, el acortamiento de los ciclos productivos, la diversificación de cultivos y la descentralización geográfica de las empresas, entre otras cosas. Estos procesos no son privativos de nuestro país, pero en otros contextos se han puesto en marcha convenciones y acuerdos que permiten regular las relaciones laborales para dar protección al trabajador, independientemente del carácter intermitente del trabajo. En México, en cambio, esto ha sido aprovechado para lograr una flexibilidad total sin compromisos contractuales.

A la vez, es preciso insistir en que la precariedad, en el caso de los trabajadores agrícolas asalariados en México, se vincula estrechamente con su condición de migrantes, lo que provoca una "espiral de precariedad" (Bayón, 2006), en la que las desventajas laborales se suman a las desventajas sociales que tiene esta población por ser indígena y por vivir de manera itinerante. No por nada, los trabajadores agrícolas se organizan, más que en sindicatos –que han mostrado su debilidad en este contexto–, en torno a asociaciones que reivindican su condición social y enfrentan su defensa, no en el plano laboral sino en el de los derechos humanos.

Para los trabajadores agrícolas, el acceso al trabajo depende de una cadena de contratistas que conectan una amplia oferta de mano de obra, generada en comunidades rurales en las que prevalecen altos índices de marginación y pobreza extrema, con una demanda concentrada en las regiones más desarrolladas del país, en torno a algunos cultivos que han logrado un gran dinamismo, sobre todo gracias al TLCAN. El carácter itinerante del empleo, por la dispersión de las empresas y unidades productivas que contratan a los trabajadores, convierte a estos en verdaderos seres errantes que viven siempre en condiciones de extrema precariedad. A ello se suman, todavía, la discriminación laboral tanto para las mujeres como para los indígenas, la presencia de trabajo infantil, la inseguridad en el empleo, la ausencia absoluta de diálogo social entre trabajadores y empleadores, y de observancia de los derechos fundamentales de estos trabajadores, como son la salud y la educación.

Esta situación resulta una especie de círculo vicioso que se ha intensificado con las nuevas políticas de Estado relativas al campo, y que después del TLCAN marcan un parteaguas que parece difícil de revertir, en lo que aparece como un circuito de privaciones que enfrentan los trabajadores agrícolas, uno de los sectores más desfavorecidos de nuestra sociedad.

Bibliografía

Anker, R.; Chernyshev, I.; Egger, P.; Mehran, F. y Ritter, J. A. (2003). La medición del trabajo decente con indicadores estadísticos. *Revista Internacional del Trabajo*, *122*(2), 161-195.

Banco Mundial. (2005). *Generación de ingreso y protección social para los pobres: la pobreza en México*, vol. 2. México: Banco Mundial.

Bayón, M. C. (2006). Precariedad en México y en Argentina: tendencias, expresiones y trayectorias nacionales. *Revista de la CEPAL*, 88, pp. 133-152.

Bendini, M.; Cavalcanti, J. S. y Lara, S. (2006). Una mirada sobre el campo de la sociología rural en América Latina, pp. 247-263. En E. De la Garza (Coord.), *Tratado latinoamericano de sociología.* México: Anthropos; UAM-Iztapalapa.

C. de Grammont, H. (Coord.). (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano.* México: Juan Pablos.

C. de Grammont, H. (2001). El campo a finales del siglo XX. *Revista Mexicana de Sociología, 43*(4), 81-108.

C. de Grammont, H. (2006). La nueva estructura ocupacional de los hogares rurales mexicanos: de la unidad económica campesina a la unidad familiar pluriactiva, pp. 20-24. Ponencia presentada en el *V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU)*, noviembre, Quito, Ecuador.

C. de Grammont, H. (2009). Desagrarización en el campo mexicano. *Convergencia, 16*(50), 13-55.

C. de Grammont, H. y Lara, S. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones hortícolas del noroeste del país.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. y Lara, S. (2007). Características de las empresas y el empleo en la horticultura de exportación mexicana. *Cuadernos CESA,* (Universidad del Comahue).

C. de Grammont, H.; Lara, S. y Sánchez, M. J. (2003, mayo-agosto). Caracteristiques des migrations rurales à l'intérieur du Mexique et vers les Étas Unis. *Migrations & Societé, 15*(87-88), 23-34.

Calva, J. L.; Schwentesius, R. y Gómez, M. Á. (2004). La economía mexicana después de 10 años del TLCAN y reflexiones sobre la agricultura: lecciones de la experiencia del Consenso de Washington y del TLCAN, pp. 7-9. Documento preparado para *Latin American Studies Association*, octubre, Las Vegas, Estados Unidos.

Cavalcanti, J. S. B. (1997, enero-abril). Frutas para o mercado global. *Estudos Avançados da USP, 11*(29), 79-93, (San Pablo).

DIF. (2000). *Censo de Atención a Familias Jornaleras*. Jalisco: DIF, mecanoscrito.

Dirven, M. (1997). *El empleo agrícola en América Latina y el Caribe: análisis del 25% de la PEA.* Santiago de Chile: CEPAL.

Dirven, M. (2007). Principales tendencias del desarrollo agrario, la tensión entre las variables macro y los ingresos de los agentes. Ponencia presentada en el *Seminario de expertos sobre crecimiento agrícola y perspectivas de la pobreza rural*, 29-30 de noviembre, Santiago de Chile, Chile.

Echánove, F. (1998). *El abasto de productos hortofrutícolas a la Ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder*. Tesis de doctorado, UNAM, México.

Echánove, F. (1999). Los empresarios hortícolas y sus procesos de integración y diversificación. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Florez, N. (2006). Transformaciones del trabajo agrícola en México: análisis comparativo entre los años 1993 y 2003. Ponencia presentada en el *V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*, 17-19 de mayo, Oaxtepec, México.

Friedland, W. H. (1997). Commentary on Part III: Creating space for food and 'Agro-Industrial Just in Time', pp. 226-232. En Goodman y Watts, *Globalising Food.* Londres: Routledge.

Friedland, W. H. (2001). Reprise on commodity chain methodology. *International Journal of Agriculture and Food, 9*(1), 82-103.

Friedland, W. H. (2002). Agriculture and rurality: Beginning the final separation. *Rural Sociology, 67*(3), 350-371.

Ghai, D. (2003). Trabajo decente: concepto e indicadores. *Revista Internacional del Trabajo, 122*(2), 125-160.

Krahn, H. (1991). Les régimes de travail "non-standard", pp. 41-52. En *L'emploi et le revenu en perspective.* Quebec: Catalogue de Statistique, (75-001-XPF).

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana.* México: Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (1999). Criterios de calidad y empleo en la agricultura latinoamericana: un debate con el Postfordismo. En H. C. de Grammont, *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Lara, S. y Ortiz, C. (2004). *Alternativas organizativas de los trabajadores agrícolas migrantes.* México: Instituto de Estudios del Trabajo, Informe de trabajo.

Maya, C. (2004). *Horticultura de exportación y competencia global.* México: UAS; CECyT; Plaza y Valdés.

Pacheco, E. (2005). El trabajo agropecuario en México. Ponencia presentada en el *Seminario Interno del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales*, 26 de agosto, El Colegio de México, México.

Pacheco, E. (2006). El trabajo agropecuario en México: 1991-2003. En E. De la Garza y C. Salas (Coords.), *La situación del trabajo en México, 2006*. México: UAM; IET; ALC-CIO; Plaza y Valdés.

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México*. México: Siglo XXI.

PRONJAG. (1999). *Diagnóstico sobre los jornaleros agrícolas migrantes en Baja California Sur, el caso del municipio de La Paz*. La Paz: Programa de Investigación regional en Ciencias Sociales; Universidad Autónoma de Baja California Sur; SEDESOL.

Puyana, A.; Horbath, J. y Romero, J. (2006, junio). El sector agropecuario mexicano: un quinquenio con el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica: la pobreza y la desigualdad se intensifican, crece la migración. *Cuadernos sobre Relaciones Internacionales, Regionalismo y Desarrollo, 1*(1), 123-161.

Puyana, A. y Romero, J. (2006). *Diez años con el TLCAN: las experiencias del sector agropecuario mexicano*. México: FLACSO; COLMEX.

Rello, F. y Saavedra, F. (2007). *Implicaciones estructurales de la liberalización de la agricultura y el desarrollo rural: el caso de México*. México: mecanoscrito.

SAGARPA. En http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

Sánchez, K.; Saldaña, A. y Estrada, Q. (2007). Mercados de trabajo hortícolas en tres regiones de Morelos. En *La constitución de territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales: cuatro estudios de caso*. México: CONACYT, Informe de trabajo, Proyecto 44.249, mecanoscrito.

Sedesol. (2001). *Jornaleros agrícolas*. México: Sedesol.

Seefoo, J. L. (2006). ¡Si tuviera cuatro vidas...! [Inédito].

Espacios de producción y de trabajo en México y Argentina

Un estudio comparado de regiones frutihortícolas de exportación*

Sara María Lara Flores y Mónica Bendini

Introducción

Al surgir una nueva división internacional del trabajo en los sistemas agrícolas a nivel mundial, la agricultura de los países periféricos se integra más y más a las actividades de las empresas agroindustriales, las que crecientemente han ido conformando conglomerados transnacionales, que a su vez reestructuran la producción primaria. En las últimas décadas, este proceso ha sido acompañado de una progresiva concentración e internacionalización del capital a través de complejas estrategias de descentralización geográfica productiva y de centralización de gestión empresarial, configuración de redes de abastecimiento y mayores requerimientos de mano de obra transitoria, en especial, extra local.

A pesar de la internacionalización del capital y la globalización de la modernización agroindustrial, la penetración del capital no es homogénea y genera modalidades diversas de inserción y de relaciones productivas. No solo se produce una intensificación del capital y del trabajo, sino también de la movilidad de ambos factores de producción. La evidencia demuestra que las nuevas tecnologías, si bien requieren cada vez

* Extraído de Bendini, M. y Lara Flores, S. M. (2007). Espacios de producción y de trabajo en México y Argentina. Un estudio comparado de regiones frutihortícolas de exportación. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, *1*(26-27), 23-62, 1° y 2° semestres, (Buenos Aires). [ISSN 1514-1535].
Este capítulo reúne materiales del proyecto GESA-UNCo "Trabajadores migrantes en regiones agrícolas de exportación" (PICT 38.146, ANPCyT), en el que las autoras participan en calidad de investigadoras de la Universidad Nacional del Comahue y de la Universidad Autónoma de México, respectivamente.

más inversiones intensivas de capital, no relegan mayores contingentes de fuerza de trabajo. Más bien se producen cambios en el acceso y en las modalidades de trabajo agrario, y aunque existe disminución de la ocupación permanente familiar y asalariada, hay aumento del trabajo temporario, de la pluriactividad, de las migraciones estacionales y mayor complejidad de las formas contractuales.

Para remarcar la combinación entre flexibilidad productiva y uso del trabajo precario, se habla del surgimiento de una agricultura flexible. Este es el caso de las empresas del sector agroexportador frutihortícola que se reestructuran combinando el uso de tecnologías sofisticadas con el uso de mano de obra migrante temporal y precaria para obtener productos de calidad internacional y lograr su máxima rentabilidad en el mercado global.

Una característica común de la producción y del trabajo en esta fase es que los dos establecen una nueva relación con el espacio y el tiempo bajo ciertas semejanzas. El espacio es una cadena de lugares interconectados: para los productores y empresarios, el territorio no es solo el lugar o los lugares en donde se produce, sino también en donde se vende la producción; para los trabajadores no es solo el lugar en donde se reside sino el lugar o los lugares hacia donde se migra para trabajar (desplazamientos múltiples, nuevas configuraciones familiares, redes sociales, etc.).

Un rasgo que se señala en la reestructuración de la agricultura es el doble desplazamiento que se produce en la redistribución espacial de la producción; por un lado, del capital productivo hacia zonas en donde la mano de obra es barata y, por otro, de la mano de obra barata hacia los lugares donde está instalado el capital productivo. Los desplazamientos de trabajadores tienden a reducir aún más las posibilidades de organización y afiliación sindical; en general, los procesos productivos en estos contextos se desarrollan bajo relaciones laborales precarias, predominantemente transitorias y en condiciones desfavorables para la organización colectiva asociadas a situaciones de flexibilización/precarización del empleo y de alta movilidad de los trabajadores

La incorporación tecnológica, la globalización del capital y la expansión territorial concentrada implican movilización y flexibilización de la fuerza de trabajo: nuevas formas de acceso al trabajo con diversidad de

modalidades de intermediación; pero, a su vez, con ampliación de redes sociales, persistencia de migración temporal de arrastre con reorganización de los grupos domésticos; aumento del trabajo transitorio, de la movilidad pendular y de los desplazamientos múltiples con rotación en diversos circuitos y empresas. Estos fenómenos y procesos van construyendo nuevas formas territoriales y espacios sociales, aunque sin desaparición de la histórica precariedad laboral existente en el campo.

La complejidad del empleo agrario incluye una multiplicidad de movimientos, a través de los cuales los trabajadores y sus familias acompañan al proceso de hipermovilidad del capital; estos movimientos son diferenciados según se inserten en circuitos migratorios que articulan diferentes áreas productivas o si es un movimiento que solamente se realiza entre el lugar de origen y un destino particular (Bendini, 2006; Lara Flores, 2006c).

A nivel de trabajo y empleo, las nuevas modalidades productivas no eliminan los problemas de segmentaciones de la fuerza de trabajo ni de las formas diversas de precarización, más bien reproducen desigualdades sociales y persistencia de vulnerabilidades con nuevos rasgos: incremento de movilidad, aumento de desplazamientos, autoexplotación y diversas modalidades de trabajo "esclavo" (Bendini, Radonich y Steimbreger, 2007).

La existencia de procesos mixtos y combinados en los actuales procesos de modernización, resultado de las diversas conexiones entre modernización agrícola y flexibilización productiva y laboral, es referenciado frecuentemente en la literatura latinoamericana (Graziano da Silva, 1999; Lara Flores, 1998; Tsakoumagkos y Bendini, 1999). La interpretación de estas combinaciones remite no solo a las dinámicas internas de las cadenas sino también a dinámicas societales y contextos globales. La combinación de formas modernas y no modernas de producción y organización del trabajo dan cuenta de que el capital se encuentra con límites para su expansión, pero también que esas formas no modernas pueden integrarse a los propios senderos de acumulación del capital y se ponen en evidencia elementos contradictorios ligados al gran capital en tanto agente modernizador por un lado y agente de desplazamiento y de precarización por el otro (Murmis y Bendini, 2003).

En este trabajo, consideramos que el método comparativo puede ser una estrategia metodológica para aproximarnos a la comprensión de la naturaleza y las dinámicas diferenciales de la intensificación y movilidad del capital y del trabajo en regiones lejanas de América Latina. En tal sentido, puede facilitar la identificación de los factores de cambio comunes como de aquellos ligados a las características específicas de las regiones en estudio. El método comparativo tiene una larga tradición en las ciencias sociales – Stuart Mill, Durkheim, Weber. Entendemos que el análisis comparado –sincrónico y diacrónico– de las reestructuraciones productivas y laborales en el territorio, posibilita la interpretación de la diversidad y las semejanzas en el proceso de organización social de la agricultura. La aproximación entre dimensiones temporales y espaciales expresa la complejidad de la comparación y de la articulación de situaciones diferentes, tanto en el tiempo como entre territorios (Sabourin, Caron y Tonneau, 2005). En este sentido, nos propusimos este desafío comparativo para la comprensión de los cursos cambiantes y complejos del proceso de globalización más allá de las tendencias de expansión y dominación, parámetros de la globalización que ya no se discuten.

Importancia de la producción de frutas y hortalizas en México y Argentina

El crecimiento internacional de la demanda de los productos agrícolas con valor agregado marca el camino para una exportación cada vez más diversificada y sofisticada generando una diferenciación entre regiones productoras. En la producción de frutas y hortalizas frescas para la exportación, este cambio implica un conjunto de actividades de poscosecha: control de calidad, clasificación, acondicionamiento, enfriado y empaque, que agrega valor y le da características de proceso industrial. Los cambios en el consumo, sobre todo en los países más desarrollados, pero también entre las capas altas y medias–altas de los países en desarrollo han incrementado a nivel mundial la demanda de productos frescos, de mayor calidad y presentación, y con menor contenido de agroquímicos, aumentando las exigencias de los países importadores sobre la sanidad

y estética de los productos vegetales (Cavalcanti, 1999) y los diversos controles –técnico, del trabajo, territorial– que los sectores más hegemónicos imponen en las cadenas agroalimentarias actuando la calidad como articulador del proceso de modernización en la cadenas, el que a su vez asume un carácter excluyente (Neiman, 2003; Murmis y Bendini, 2003).

En este contexto, varios países de América Latina incrementan sus exportaciones agrícolas. De acuerdo con datos de la FAO, la producción mundial de hortalizas frescas en el año 2004 fue de 855 millones de toneladas métricas. América Latina (AL) participó con un 2,6% de esta producción. México tiene ventajas comparativas en la producción de legumbres y hortalizas (noroeste del país), frutas y café (sureste), productos del mar (camarón de pesca) y algunos productos cárnicos (frontera norte).

En 1960, la superficie cosechada de hortalizas era de 257.093 ha, para 1980 había aumentado a 303.606 ha y en el año 2000 se registraron 553.112 ha. Durante los primeros veinte años creció 46.513 ha, pero durante las siguientes dos décadas el crecimiento fue de 249.506 ha, o sea, cinco veces más, pasando de representar 1,8% de la superficie cosechada total en 1980 a 2,7% en el año 2000. En 1980, 73% de esta superficie era de riego mientras que en el año 2000 representaba 81% del total. Por su lado, los frutales conocen un importante crecimiento en superficie. En 1980 representaban 4,8% del total de la superficie cosechada, para el año 2000 ascendieron a 6,4%. Sin embargo, por el carácter perenne de sus plantas, es una producción mucho más difícil de modernizar y adecuar a la demanda del mercado en relación a las hortalizas (C. de Grammont y Lara Flores, 2007). Esto se refleja en sus rendimientos cuyo crecimiento está muy por debajo del crecimiento de estas últimas.[1] Son cultivos que también generan una importante demanda de mano de obra en la cosecha. Otros cultivos que conocieron cierto crecimiento en el mismo período fueron los forrajes (de 15,1 al 25,7%), que por su grado de mecanización ocupan muy poca mano de obra. Mientras que los cereales, legumbres secas, cultivos industriales y tubérculos (esencialmente, papa) disminuyen su superficie.

1. Ver http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

No obstante, son las hortalizas las que han logrado un gran dinamismo en México, sobre todo con la apertura comercial y la firma del TLCAN. Pese a que solo 3% de la superficie nacional se destina a la producción de hortalizas, estas aportan 16,9% del valor total de la producción agrícola. Durante los últimos veinte años, algunas hortalizas tuvieron un notable crecimiento (espárrago 221%, lechuga 22,5%, nopalitos 116%, tomate verde 165%, zanahoria 425%, chile seco 136%, elote 200%), otras mantuvieron en promedio la misma superficie (el tomate rojo es la hortaliza más importante por su superficie y su valor, mantuvo la misma superficie de 75.000 ha). Además, se diversificó la producción con la introducción de nuevas hortalizas para satisfacer nuevos mercados de productos exóticos para el consumo de lujo nacional e internacional, pasando de 39 hortalizas en 1980 a 72 en 2000.[2]

De acuerdo con el Servicio de Información Estadística Agroalimentaria y Pesquera (SIAP) de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA) de México, la producción total de jitomate en el país, durante los últimos diez años (1991-2000) fue de 19 millones de toneladas, concentrándose el 70% de la producción en los estados de Sinaloa (39,9%), Baja California (14,7%), San Luís Potosí (7,9%) y Michoacán (6,7%), estados que se encuentran ubicados en noroeste y centro del país. Sin embargo, Sinaloa es el estado productor de hortalizas por excelencia, y actualmente dedica una superficie de 30.000 hectáreas aproximadamente para este cultivo. Aun cuando ha existido una disminución del 36,7% en la superficie sembrada durante los últimos diez años, se ha compensado con los elevados rendimientos que en la actualidad se obtienen por hectárea (32,6% en 2000, 29,6% en 1991). Durante este periodo, la superficie sinaloense dedicada a la siembra de estos cultivos representó el 33,5% respecto al total nacional, San Luís Potosí el 9,3%, Baja California el 8,8% y Michoacán el 7,7%.

Es importante destacar que el tomate rojo, llamado en México jitomate, es la hortaliza más importante del país; representó poco más del

2. Si bien se produce una gran variedad de hortalizas, en 2000 solo 12 de ellas (de un total de 72) representaron 79% de la superficie hortícola cosechada. Estas son: el chile verde, el jitomate, el tomate verde, el chile seco, la cebolla, el elote, la calabacita, el brócoli, el pepino, la zanahoria, el chile jalapeño y el espárrago. Ver Lara Flores (1998); y http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

50% de la producción total de hortalizas producidas en Sinaloa en los últimos diez años. Sin embargo, la producción no ha crecido a los ritmos esperados, debido a la saturación de los mercados tanto nacionales como internacionales. No obstante, Sinaloa es el mayor exportador estacional de jitomate, gracias al tipo de semillas de origen israelí con las que actualmente se produce en esta región, el riego por goteo, así como el uso de la plasticultura, y, en algunos casos, pasó a la producción en invernaderos y la producción mediante hidroponía exclusivamente para nichos de mercado muy especializados.

Por su parte, Baja California es el segundo estado productor de jitomate. La zona productora de jitomate se encuentra en el Distrito de Desarrollo Rural 001, localizado en Ensenada, en los valles de San Quintín y Mandadero. En volumen el cultivo de este producto ocupa el cuarto lugar por debajo de la alfalfa, *rye-grass* y trigo, mientras que en valor alcanza el segundo lugar. Su superficie se ha incrementado considerablemente en los últimos años, en 1992 registró su peor caída con 7.000 ha, recuperándose en 1997 al alcanzar 10.000 ha en la modalidad de riego, aunque de nuevo cayó drásticamente en el año 2000 hasta llegar a las 6.000 hectáreas.

El auge de la hortaliza en este estado tuvo sus orígenes en los requerimientos para prolongar la presencia de los productos hortícolas nacionales en el mercado estadounidense, ya que su temporada de cosechas abarca los meses de julio a octubre inclusive, contando con inversionistas nacionales y extranjeros que aprovechando la ausencia de producción en el estado de Florida, encontraron en la región condiciones climáticas adecuadas por su temperatura cálida y libre de lluvias durante gran parte del año. La producción altamente tecnificada se destina en un 80% a la exportación y el restante al mercado nacional, enviándose este último volumen a la Central de Abasto del DF, Guadalajara y Monterrey; quedando solo un 2% para consumo regional.

La producción en otros estados está orientada a nichos de mercado que los dos anteriores no pueden cubrir. San Luis Potosí se ubica como tercer estado productor a nivel nacional, incorporado a la explotación intensiva, durante el ciclo primavera-verano, constituyéndose como proveedor importante de los mercados nacionales junto con Michoacán, Morelos, Guanajuato e Hidalgo.

En el conjunto del sector hortícola predominan las empresas medianas, con un rango de 101 a 500 trabajadores (62,7%), mientras las empresas grandes que cuentan con más de 500 trabajadores constituyen el 25,5%, y aquellas con un rango de 31 a 100 trabajadores representan el 11,8% (Avendaño, 2004). No obstante, es en el Valle de Culiacán, en Sinaloa, y en San Quintín, Baja California, en donde predominan las empresas más grandes. En 1998, existían 590 empresas agrícolas en Sinaloa que producían para la exportación. Mientras en San Quintín, Baja California, operan una docena de empresas grandes y un centenar de empresas medianas y pequeñas.[3]

Las grandes empresas productoras-exportadoras de hortalizas frescas tienen sus propias comercializadoras en diferentes puntos de los Estados Unidos, destino al cual se dirige más del 90% de las exportaciones de hortalizas mexicanas para abastecer directamente a los mercados terminales, las cadenas de supermercados o las empresas procesadoras de verduras frescas; otras han llevado a cabo procesos de fusión asociándose con comercializadoras y distribuidores que colocan su producción en los mercados norteamericanos, mientras que las medianas venden a consignación a los *brokers* ubicados en los puntos fronterizos en Estados Unidos, o venden su producción a las grandes empresas que cuentan con empaques y tienen los canales adecuados para cumplir las normas que requiere la exportación de productos frescos.

En cuanto al empleo generado en este sector, las estadísticas no nos permiten tener una aproximación. No obstante, los contratistas y las instituciones que trabajan en el sector hortícola han hecho sus propias estimaciones con respecto al número de trabajadores que se emplean en cada región. Así, por ejemplo, para el estado de Sinaloa, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la SEDESOL (PAJA, ex Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas) estimó, en 2003, una población de 200.000 jornaleros en los campos agrícolas,[4] cifra que coincide con la proporcionada en 2001 por el Programa de Salud y Apoyo al Migrante

3. Asociación de Agricultores Río Culiacán, Directorios de grupos hortícolas 1998 (mecanoscrito), y Directorio de Empacadoras de Sinaloa, Trabajo de campo, (mecanoscrito) 1999 e información proporcionada por SAGARPA.

4. Información de campo proporcionada por el Lic. Arturo López Ruíz, coordinador del PAJA en Sinaloa.

de Sinaloa,[5] mientras la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa en su Informe Anual de Actividades 2002-2003 reportó 120.000 migrantes. En Baja California Sur, el mismo Programa estimó en 25.000 el número de jornaleros que llegan a esta región (PRONJAG, 1999, p. 39). En Jalisco, el DIF (2000) estimaba que los migrantes que llegaron al estado entre 1999-2000 ascendían a 8.571 y que en Sayula se concentraban 5.132 de ellos. En Sonora, el mismo Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas calculó en 80.000 el número de jornaleros en todo el estado, de los cuales 45.000 estaban en la Costa de Hermosillo.[6] Las tendencias en el empleo varían de manera importante de una región a otra, lo que, en gran parte, se relaciona con el tipo de producción, así como con el tipo de productor que contrata. No obstante, existe una tendencia general de precarización en las características que adopta el empleo, cualquiera que sea el tipo de unidad productiva que contrata trabajadores agrícolas.

Por su parte, la producción de frutas y hortalizas en Argentina ha tenido tradicionalmente una importancia menor tanto dentro del PBI agropecuario como en la generación de divisas por exportaciones en relación a los productos tradicionales, carne y granos. Reúne aproximadamente el 3,4% del valor de las exportaciones nacionales representando 1.583 millones de dólares con un crecimiento en este último lustro de 55% (INDEC, 2007), y alrededor del 15% de las exportaciones de base agropecuaria. Algo más del 4% de la superficie cultivada es utilizada para la producción de frutas –544.214 ha– y hortalizas –226. 223 ha y 29.613.011 m^2 bajo cubierta– según CNA (2002).

En el caso de la actividad hortícola se pueden distinguir los cinturones verdes localizados alrededor de las grandes ciudades; las zonas hortícolas especializadas en cultivos primor; y las zonas de horticultura extensiva con cultivos más mecanizados, mayor superficie por cultivo y/o destino industrial de la producción agrícola[7] (Mateos y Razquín, 1999).

5. SSA Diagnóstico de Sinaloa 2001, Presentación de Estados, Jornaleros Agrícolas Migrantes (2001).

6. Información proporcionada por Lic. Rubén Ángel Pérez, coordinador operativo del PAJA Hermosillo, Sonora, y Elsa Adela Gutiérrez Rentería, supervisora de promotoras de la región Costa de Hermosillo, Sonora.

7. Como ejemplo se puede mencionar la fuerte inversión de capital transnacional realizada hacia fines de los años noventa, por una empresa canadiense en Río Negro para el cultivo de papa en gran escala y con tecnología de punta. La producción se destina fundamentalmente para la industrialización –tipo

Esta actividad participa con un 1% en las exportaciones nacionales por un total de 469 millones de dólares.

La actividad frutícola se desarrolla básicamente en regiones extra pampeanas: la cuenca del río Negro en las provincias de Río Negro y Neuquén y en la provincia de Mendoza destinadas a la producción de fruta de pepita y de vid; el espacio cuyano y el bajo Paraná, dedicados al cultivo de fruta de carozo y de vid; y las regiones del nordeste y noroeste con cítricos, fundamentalmente. Las dos producciones más importantes orientadas a la exportación son la citrícola, y la de peras y manzanas. Este sector ocupa, aproximadamente, unas 150.000 personas, de las cuales alrededor de una cuarta parte corresponde a productores y mano de obra familiar. Respecto del personal ocupado hay una disminución considerable en las últimas décadas de la mano de obra familiar y un aumento notorio tanto de la transitoriedad del trabajo como de los desplazamientos estacionales de mano de obra extra local.

El sector frutícola argentino está liderado mayoritariamente por empresas transnacionales y locales transnacionalizadas, especialmente en el segmento de comercialización (Bendini y Steimbreger, 2003); cerca de 20 firmas controlan algo más del 75% del total de las ventas hacia el exterior, cuyo principal mercado lo constituye la Unión Europea (1.118,7 millones de dólares), le sigue Mercosur (377,3 millones de dólares); en los últimos años se intensificaron las ventas a Rusia (de 15 al 19% del valor total en tres años) y América del Norte (de 8 al 10% en mismo período) (Senasa, 2007, Hispanofruit, 2003). Hasta fines de siglo pasado, los exportadores frutícolas argentinos estaban perfectamente diferenciados, lo eran de cítricos o de fruta de pepitas. Actualmente, las dos firmas que lideran las exportaciones (33% del total exportado) comercializan una amplia canasta de productos frescos de clima templado –fruta de pepita y carozo– y subtropical –cítricos–, convirtiéndose en proveedoras permanentes del mercado mundial a través de la integración regional, configurando de esta manera, una amplia red territorial de abastecimiento nacional.

fast-food– con el propósito de abastecer de bastones de papa a la firma Mc Donald, principal productora de papas fritas a nivel mundial. En menor medida, se exportan semillas básicas –germoplasma– hacia el mercado brasileño.

Teniendo en cuenta la importancia relativa de cada especie frutícola exportada, las peras y manzanas encabezan las exportaciones de frutas, con algo más del 50% del total de las especies. Argentina produce alrededor del 4% de la producción mundial de peras y manzanas. En las últimas temporadas se ha consolidado como el principal país exportador en contra-estación de pera y el cuarto en las exportaciones de manzana. Del total exportado, aproximadamente el 95% del lote de peras y manzanas es producido en la cuenca del río Negro, en las provincias de Río Negro y Neuquén (Preiss y Díaz, 2003). Por su parte, los cítricos representan algo más del 40% de las exportaciones de frutas, destacándose la producción de limón, especialmente en la provincia de Tucumán.

En la última temporada, las exportaciones de pepita –manzanas y peras– crecieron en cien millones de kilos, superando expectativas y se explica, fundamentalmente, por la reconversión en variedades de mayor demanda mundial y por el contexto internacional de mercado favorable. Las exportaciones de manzanas en los primeros siete meses de 2007 mostraron un crecimiento interanual del 24% (200.153 t en 2006 y 248.045 t en 2007). En el mismo período, la exportación de peras se incrementó un 14% (372.244 t en 2006 y 423.372 t en 2007). La producción del norte de la Patagonia representa el 98% de los despachos de manzanas y el 95% de los de peras. Mendoza representa el resto (*Fruticultura Sur*, 2007, 3 de septiembre; en base a datos de Senasa, 2007).

Veamos el caso frutihortícola del sur de Argentina (norte de la Patagonia). Produce actualmente alrededor de 1,7 millones de toneladas de peras y manzanas. En estas producciones se observa un aumento continuo de los rendimientos por hectárea de fruta de pepita (53% entre 1988 y 2002) y del volumen de producción (38% en mismo período) (Preiss, 2006).

De este total, el 47% se dirige a la industria, exportándose casi en su totalidad como jugos concentrados, principalmente al mercado norteamericano. Respecto del comercio de frutas frescas, el 60% de la oferta se destina hacia el mercado interno y el resto al externo. Las diez primeras firmas concentran aproximadamente el 88% de las exportaciones frutícolas; y, precisando aún más, solo tres empresas monopolizan más de la mitad de la fruta que se exporta a ultramar (*Diario Río Negro*, 2003).

La reestructuración productiva

Los procesos de expansión capitalista, así como de concentración comercial y productiva son fenómenos vinculados a los procesos de globalización e integración en la cadena de valor agrícola. Al considerar la escala regional remiten, sin embargo, al debate acerca de las especificidades locales, discontinuidades y heterogeneidades en la integración (Pritchard, 2000). Aquí se presentan datos e interpretaciones acerca del carácter homogéneo/heterogéneo de las tendencias en regiones agroexportadoras de producción de calidad en fresco.

La fuerte concentración de la demanda de productos frutihortícolas en países importadores a través de la consolidación de la gran comercialización minorista (redes de supermercados) y los cambios en los hábitos de consumo de la población inducen modificaciones continuas de los requerimientos agroindustriales en las cadenas que atenúan la estacionalidad agrícola, y que junto a la estrategia de descentralización geográfica permiten el abastecimiento por parte de unas pocas empresas proveedoras de una amplia canasta de frutas y hortalizas frescas de calidad a lo largo de todo el año. Dichas reestructuraciones contribuyen, en Argentina, a una creciente incorporación de capitales transnacionales en el sector exportador que, sumado a procesos de convocatorias y quiebras de empresas nacionales adquiridas por inversores externos, aceleran la concentración, principalmente en el segmento de distribución y comercialización. Estos grupos económicos conforman el núcleo hegemónico que, además de proveer insumos al sector agrícola y de acondicionamiento y conservación, también controlan los puertos y fletes marítimos (Steimbreger, 2004). En México, la enorme mayoría del capital extranjero provino de Estados Unidos (97,6%), mientras Holanda aportó 1,2% al igual que otros países en conjunto. La mayor parte de esta inversión se canalizó en la producción porcina con 68,9%; el segundo rubro fue la producción hortícola y floral con 24,6%; la fruticultura recibió 3,1%; el tabaco 1,2% y otros cultivos 2,2%. La inversión se ubica principalmente en los segmentos de distribución y procesamiento (enlatados, congelados, etc.) de los productos frescos, a la vez que en la adquisición de insumos: semillas, agroquímicos y nuevas tecnologías. Sin embargo,

fuera de algunas coinversiones en tecnologías de punta, como son los invernaderos, la enorme mayoría de las empresas hortícolas de exportación son de capital mexicano que se conformó a lo largo del siglo XX y con mayor dinamismo en las cuatro últimas décadas.

En suma, tanto en Argentina como en México la reestructuración deviene de la globalización del capital y del consumo con profundos cambios en la organización social de la agricultura. La fase actual de concentración y transnacionalización se expresa en la incorporación selectiva de tecnología, producción a escala y complejas alianzas empresariales con efectos no solo en la matriz productiva –desplazamientos de pequeñas unidades y aumento de la agricultura de contrato en zonas tradicionales– sino también en la actual expansión territorial del gran capital con fuerte impacto en el trabajo y el empleo.

En Argentina, la fruticultura ha sido durante las últimas décadas una de las actividades productivas más dinámicas. Se trata de un sector económico que no solo experimentó una expansión cuantitativa de la producción, sino también una profundización del proceso de acumulación a través de la integración vertical y de las alianzas entre industrias claves. La matriz económica en la que se opera la modernización tecnológica está condicionada por las características de las innovaciones introducidas que profundizan su selectividad en las últimas dos décadas y modifican de modo desigual la capacidad de apropiación y de acumulación. La búsqueda de una integración flexible que se le asocia aparece como respuesta a la necesidad de adecuarse a las exigencias de un mercado crecientemente competitivo –requerimiento de un producto de calidad, estéticamente homogéneo en forma y color– y a la necesidad de reducir costos de producción. Las transformaciones agroindustriales más recientes de esta fruticultura constituyen reestructuraciones productivas y comerciales vinculadas al proceso de globalización experimentado en los distintos sistemas agroalimentarios. Sin embargo, la presencia del capital extranjero desde los inicios de esta fruticultura y la temprana orientación exportadora de productos frescos e industrializados están indicando que su vinculación internacional no es un fenómeno nuevo. Los cambios técnicos en la fase más reciente del complejo son a) cambios varietales, recomposición por especies e innovaciones en chacra;

y, b) innovaciones electrónicas y gerenciales en empaque y frío; los que potencian la heterogeneización productiva de acuerdo con la modalidad con la que se lleva a cabo la adopción. A su vez, a través de la heterogeneidad laboral que se deriva de ello, se expresa su capacidad de diferenciar dentro de los mercados de trabajo (Tsakoumagkos y Bendini, 2002).

Estas tendencias en la reestructuración se inscriben en: la globalización del consumo que induce nuevas variedades y especies en determinadas condiciones de calidad que requieren, a su vez, de toda una reconversión productiva a lo largo del circuito con diversificación productiva en variedades y búsqueda de atenuación de la estacionalidad; la globalización creciente de los circuitos del capital agroindustrial, porque la modalidad de la penetración de los capitales internacionales se vuelve más compleja; la redefinición de las posiciones productivas en la cadena que a nivel de los productores conlleva mayor asimetría, comprometiendo la continuidad de sectores de productores familiares y empacadores pequeños y medianos; y la reconfiguración espacial con el surgimiento de nuevas zonas productivas con fuerte apoyo estatal a la organización de la agricultura a gran escala. Aunque el proceso de reestructuración adopta la forma de cambios tecnológicos y a escala, se trata sin embargo de procesos que generan significativos grados de diferenciación/heterogeneización acordes con el nivel de incorporación de tecnologías de punta –pleno, parcial o nulo– y con la naturaleza concentrada de la expansión territorial a nuevas zonas.

En suma, la naturaleza de la reestructuración del sistema frutícola estaría indicando el inicio de un cambio histórico cualitativo en el desarrollo de la actividad y la modificación de las estrategias de acumulación con la redefinición consiguiente de las posiciones productivas y comerciales en la cadena. El sistema profundiza su integración y la expansión territorial, con niveles crecientes de concentración y trasnacionalización, las nuevas tecnologías facilitan la flexibilización y las alianzas estratégicas, generan desplazamientos y exclusiones como nuevas variantes de inserción subordinada de productores, pequeños empacadores y trabajadores.

En México, la reestructuración de las empresas también ha conducido a la diversificación de la gama de productos que estas ofrecen, pero a la vez, se busca tener una oferta de productos todo el año, lo que ha

llevado a una desestacionalización de la producción.[8] Es decir, logran prolongar o acortar los ciclos de cultivo gracias a la introducción de nuevas variedades tempranas o tardías que se obtienen con técnicas de biotecnología y biogenética, pero también gracias a las nuevas técnicas de producción en invernadero o bajo sistemas de malla-sombra que permiten producir todo el año.

De esta manera, según datos proporcionados por los propios productores, el jitomate ocupa el 70% de la producción en invernadero en México, el pepino el 10% y el pimiento el 5%, mientras que los otros cultivos concentran el 15%. En 1998 el tomate producido en invernadero representaba 4% de la venta en fresco de jitomate en Estados Unidos, hoy en día se calcula que llega al 50%.

Algunas empresas grandes, productoras de hortalizas de exportación, además de lo anterior se ubican en distintas regiones del noroeste del país para aprovechar las diferencias de clima. Así, mientras en Sinaloa y Sonora se cultivan hortalizas de invierno, en Baja California Norte y Sur el ciclo principal es en primavera-verano. Otras regiones ubicadas en el centro del país, como Michoacán, San Luis Potosí, Jalisco y Morelos, permiten producir hortalizas destinadas al mercado interno que se distribuyen a través de las Centrales de Abasto de las ciudades de Guadalajara, Monterrey y de la ciudad de México. Este conjunto de cambios en la agricultura moderna ha transformado el mercado de trabajo e intensificado la movilidad de los trabajadores.

Efectos en el empleo

Las transformaciones en torno a la reestructuración han ido acompañadas por cambios en la organización social del trabajo y en el empleo agrario, produciéndose alteraciones en el comportamiento de sus dimensiones básicas relativas a la continuidad, calificación y al vínculo contractual.

En México, la introducción de nuevas técnicas de producción y tecnologías de punta en las grandes empresas demanda un cierto tipo de

8. En la década de los setenta se cultivaban en la región cinco productos: tomate rojo, calabacita, pepino, berenjena y pimiento morrón (*chile bell*). Hoy en día se cultivan más de 20 variedades de hortalizas.

trabajo que es desarrollado por técnicos y especialistas en el manejo de invernaderos, de nuevos sistemas de irrigación y de fertilización, entre otros. Estos trabajadores laboran al lado de una masa de jornaleros no calificados, muchas veces niños, mujeres y mano de obra indígena que realiza tareas puntuales –como son las cosechas en campo abierto, la instalación de plásticos, hilos, varas y estacones que requiere el manejo y producción de frutas y hortalizas– organizados bajo una estricta división sexual y étnica del trabajo (Lara 1998).[9] En las pequeñas unidades de producción destinadas al mercado interno prevalece la contratación de este tipo de mano de obra no calificada, aportada por indígenas migrantes junto con el trabajo familiar aportado por los propios productores.

No obstante, en las grandes empresas, las nuevas exigencias de calidad que el mercado y las tecnologías de punta imponen a los trabajadores en el campo y en los empaques se acompañan de procesos de especialización y polivalencia. En este caso, de especialización en tareas relativas al cultivo y manejo de frutas y hortalizas,[10] la vez que cierto tipo de trabajadores calificados adquieren las competencias necesarias para intervenir en diferentes fases de la cadena productiva de distintos tipos de hortalizas y/o de frutales. Pero, no existen condiciones de equidad laboral entre mujeres y hombres, ni entre indígenas y no indígenas. Los puestos de técnicos, mecánicos y de administración del trabajo son siempre ocupados por hombres, mientras las labores más penosas de campo son realizadas por hombres, mujeres y niños originarios de comunidades rurales indígenas.

El aumento continuo que ha habido en la superficie cosechada, tanto en hortalizas como en frutales, ha incrementado la demanda de mano de obra, no solo en las grandes empresas agroexportadoras sino también en las pequeñas y medianas unidades productivas. No obstante, también debe señalarse la reducción de la demanda provocada por la introducción de nuevas tecnologías para la realización de ciertas tareas,[11]

9. En otro texto analizamos cómo se produce una segmentación sexual y étnica del trabajo en estas empresas, lo que genera una división entre los trabajadores (Lara Flores, 1998).

10. Por lo regular, los trabajadores que intervienen en la producción de hortalizas, frutas, e incluso flores, difícilmente circulan en otros cultivos como caña de azúcar, café, tabaco, etcétera.

11. Es muy claro en el caso de la plasticultura que ha reducido el número de jornales que se ocupaban para el desyerbe de tomate y otras hortalizas.

lo que sin embargo puede haberse compensado de manera general al desestacionalizarse la producción y extenderse los ciclos agrícolas.[12]

Si bien el trabajo temporal ha sido la característica intrínseca del empleo en la agricultura, este ha tomado una nueva modalidad que puede ser considerada como empleo "permanentemente-temporal" o intermitente. Puesto que ha sido posible alterar los ciclos agrícolas y lograr cosechas de diversos productos todo el año, gracias a las nuevas tecnologías y variedades genéticas, las empresas generan una demanda de mano de obra todo el año, cosa que no sucedía anteriormente. La demanda concentrada en invierno para las cosechas de hortalizas en Sinaloa, o en verano en el caso de Baja California, provocaba una concentración temporal de trabajadores en dichas regiones. Hoy en día ha podido extenderse durante todo el año, pero en forma escalonada, dependiendo de los requerimientos de cada tipo de cultivo, con las consecuencias que esto supone en términos de empleo.

Los trabajadores son contratados día a día para realizar tareas puntuales, sin contar con ningún tipo de protección laboral. Esta situación es común a todo tipo de unidades productivas, aun si se trata de empresas grandes que ocupan a los trabajadores a lo largo de todo un año o varios años, lo que supone una flexibilidad total del trabajo. Esta situación se acompaña, a la vez, de una gran flexibilidad salarial.

Por su parte, el incremento en los rendimientos de hortalizas, gracias a la introducción de nuevas tecnologías ha significado un aumento de la productividad del trabajo. En el ciclo 1984-1985 se necesitaron 264 jornadas de trabajo para obtener 22,6 toneladas de tomate rojo, lo cual daba una "eficiencia técnica" de 85,6 kilos de tomate por jornada de trabajo. Diez años después, se necesitaron 259 jornadas para obtener 34 toneladas, lo cual da una "eficiencia técnica" de 131,2 kilos. Con ello, las empresas obtuvieron un aumento de 65% en la productividad del trabajo (C. de Grammont y Lara Flores, 2007). Hoy en día, a través de las técnicas de producción en malla-sombra e invernadero, los rendimientos han

12. Por ejemplo, entre 1984 y 1996 el número de jornales utilizados en una hectárea de tomate rojo en el Valle de Culiacán pasó de 264 a 259 (Elaboración propia a partir de datos de la Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa, Depto. de Estudios Económicos, Costos de Producción, 1985-1996; citado en C. de Grammont y Lara Flores, 2006).

podido elevarse hasta a 300 toneladas por hectárea en la cual laboran, a lo largo del año, un promedio de 12 trabajadores.

En general los salarios rurales han ido a la baja. De acuerdo con Puyana *et al.*, en 2001 los salarios promedio eran menores que en 1993.[13] En base a la *Encuesta Nacional de Empleo* sabemos que, en 1991, el 17% de los trabajadores rurales solo cobraron un salario mínimo, 21,5% recibieron dos y 6,41% hasta tres, mientras que en el año 2000 fueron 18,7%, 29% y 7,22%, respectivamente. Es decir, se incrementó el porcentaje de los que recibieron entre menos de un salario y hasta tres, considerando que el salario mínimo promedio es aproximadamente de cuatro dólares por día. Pero hay que destacar que esta disminución se da en el contexto de un importante incremento de la productividad del trabajo (C. de Grammont y Lara Flores, 2006). A ello se agrega que las formas salariales que se estilan en la agricultura provocan una intensificación del trabajo, particularmente a través del pago por tarea o a destajo, combinándose estas viejas formas de retribución del trabajo con otras nuevas. Por ejemplo, el pago por día, como salario base que se establece después de haber realizado un mínimo de tareas definidas por la empresa (número de surcos trabajados, número de botes de producto cosechado, número de plantas o árboles podados, etc.), más una cuota por producto adicional, primas de productividad o pago "por tanto". Además, es común que el pago no sea individual sino por "cuadrilla" o equipo de trabajo, así como por grupo familiar, otorgándose al jefe de cuadrilla o al jefe de familia un salario global que él debe distribuir entre sus miembros. De esta manera, las empresas gozan de una gran flexibilidad cuantitativa que se expresa en las modalidades salariales y de contratación.

En la agricultura mexicana la gran mayoría de los trabajadores son contratados verbalmente a través de "enganchadores" o contratistas, encargados de conectar la oferta con la demanda, a través de formas complejas de intermediación (Sánchez, 2007). No existen contratos laborales, ni seguridad en el empleo, de modo que los trabajadores están siempre expuestos al desempleo. Tampoco existen prestaciones

13. La ENE del año 2000 registró que el 31% de los trabajadores agropecuarios que percibieron ingresos obtuvieron menos de un salario mínimo, el 53% de uno a dos salarios mínimos y el 11% de dos a tres salarios mínimos.

sociales; los trabajadores laboran seis días a la semana sin obtener una prima adicional por el trabajo dominical, no les son compensados los días perdidos por enfermedad o por problemas propios de la empresa. Los jornaleros no disfrutan de los días festivos, de una prima vacacional, aguinaldo ni reparto de utilidades que la Ley del Trabajo contempla para los trabajadores temporales. A la vez, y a pesar de que se reformó la Ley del Seguro Social para garantizar una mayor cobertura médica a los jornaleros del campo,[14] estos no han gozado de los servicios de salud.[15] Los empresarios se han rehusado a acatar la ley y han interpuesto amparos para protegerse, de tal manera que es una minoría, que corresponde más a los empleados y operarios que a los peones y jornaleros, la que recibe estos servicios.

Si bien existen sindicatos de jornaleros que operan en las principales regiones de atracción de mano de obra agrícola (Sinaloa, Sonora y Baja California), su actividad no tiene relevancia en la defensa de las condiciones laborales de los jornaleros. Justamente, el carácter eventual del trabajo por jornal históricamente ha dificultado la afiliación de los trabajadores agrícolas, pero hoy en día se agrega a ello la itinerancia e inestabilidad a que los obligan las formas flexibles de operación de las empresas agrícolas. En este sentido, la acción sindical en las regiones de trabajo ha perdido la eficacia que en algún momento tuvo y, en su lugar, han cobrado mayor importancia las asociaciones de migrantes, especialmente entre la población asentada.

Para el caso argentino analizado, el trabajo familiar en la actividad frutícola era predominante hasta fin del siglo pasado, revirtiéndose esta situación con un aumento significativo del personal no familiar; en las últimas dos décadas se registra un descenso del 70% de la mano de obra del productor y su familia y un aumento del 60% de trabajo no familiar

14. La reforma del 30 de junio de 1997 abrogó el reglamento anterior que se basaba en un sistema de pases por número de jornales. Actualmente, el patrón debe afiliar a todos los peones contratados, reportar los días laborados y entregar recibos de pago a sus jornaleros. Y estos, según el número de cotizaciones pagadas, tendrían derecho a los seguros de invalidez y vida y retiro, cesantía en edad avanzada, y guardería (Seefoo, 2006).

15. Bayón (2006) señala que hacia 1978, en el caso de los servicios de salud, las instituciones de seguridad social solo cubrían nominalmente al 38% de la población, mientras que el 45% de la población, integrada en gran medida por la población rural, no recibía atención médica.

en las áreas más tradicionales de producción y para las áreas nuevas, el personal no familiar más que duplica su participación.[16] En términos de volumen, hay una disminución de permanentes por hectárea; y, en cuanto a los transitorios, hay un aumento absoluto y relativo de trabajadores en cosecha al incrementarse los rendimientos por hectárea y al expandirse la superficie implantada. En ese mismo período (1993-2005), la relación personal temporario/permanente, se duplica e incluso llega a triplicarse durante la época de cosecha, principalmente en las áreas de producción a escala, frente a un promedio inicial de 0,80 en el período de referencia.

Se produce una mayor diferenciación tanto en los trabajadores permanentes como en los transitorios del el campo y la agroindustria; aumentan el ritmo y la intensidad del trabajo con nuevos requerimientos de calificación; se modifican y/o surgen nuevas posiciones laborales y en el conjunto de la cadena se atenúa la estacionalización del trabajo. La reestructuración laboral en la etapa agrícola está vinculada con la continuidad y calificación, mientras que en las etapas posagrícolas están más asociadas a los cambios tecnológicos, en especial a la flexibilización del vínculo contractual; persisten los contratos temporarios, las permanencias discontinuas y las suspensiones. (Tsakoumagkos *y* Bendini, 1999). En tales condiciones, la sindicalización activa es difícil de mantener, unida a la aparición de formas de intermediación laboral que desvanecen el vínculo contractual. Estas nuevas modalidades laborales favorecen la subcontratación y tercerización de la mano de obra; también se reconfiguran los mercados de trabajo locales a través del proceso de externalización de servicios por parte de las grandes empresas (Bendini y Gallegos, 2002).

Las nuevas tecnologías y el contexto normativo institucional han facilitado la flexibilización laboral y por otro lado persiste la precarización en el trabajo rural con nuevos rasgos (trabajo en negro y ambientes de trabajo que se suponían superados, autoexploración por productividad, etc.). Si bien se distinguen variantes en tomo a la flexibilización interna o tecnológica y externa o contractual, en el caso presentado existen procesos mixtos o combinados de ambos tipos de flexibilización. En conjunto, se trata entonces de dos tipos de procesos y de sus potenciales

16. Según datos de censos provinciales frutícolas y de áreas bajo riego de Río Negro: Censar 93 y CAR 2005.

relaciones, que producen diversas conexiones "modernización-flexibilizaciones" y que expresan localmente diferenciales condiciones de empleo y salarios (Tsakoumagkos y Bendini, 2002).

La persistencia del trabajo en negro (informal) se registra sobre todo en la producción primaria y en explotaciones más pequeñas con problemas de rentabilidad, y por el operar de las pseudo cooperativas de trabajo y empresas de servicios eventuales que se extendió desde fines de los años ochenta para campo y agroindustria; tanto el accionar de estas últimas como el blanqueo del trabajo son temas de lucha permanente en los sindicatos que han visto disminuir la afiliación obrera.[17] Dirigentes gremiales del sindicato de obreros rurales (UATRE) y de la obra social (OSPRERA) estiman que aún persiste entre un 20 y 30% de trabajo en negro en el conjunto del trabajo rural y que falta fiscalización de las formas ilegales de contratación por parte de los organismos de competencia del Estado, aunque en los últimos años aparecen algunos intentos de mayor control y acciones preventivas. La disminución del trabajo clandestino, según las mismas fuentes, podría asociarse a las "buenas" prácticas requeridas y controles ejercidos desde la calidad y exigencias internacionales. Sin embargo, algunas grandes empresas indirectamente mantienen a trabajadores en informalidad laboral a través de la tercerización de actividades, como empaques satélites con trabajadores "cooperativizados" o comprando a terceros –pequeños productores, quienes por problemas de costos y rentabilidad manifiestan no poder blanquear a sus empleados. Otra forma que adopta la precarización en la retribución es a través del pago: por recibo los trabajadores pueden cobrar una suma –monto mínimo– y otro tanto en "negro".

La figura del "permanente discontinuo" asociado a la flexibilización contractual –suspensiones– y a la desestacionalización del trabajo por innovaciones técnicas aparece con más frecuencia en la agroindustria, pero también en el trabajo rural de cosecha que equivale a la histórica figura del transitorio-permanente, ligado a la movilidad territorial y

17. En la región, el gremio rural posee aproximadamente 17.000 afiliados y el gremio del empacadores de fruta alrededor de 9.000 afiliados, con una reducción en el último caso de, aproximadamente, un 30% respecto de los años ochenta, explicado en parte por el accionar de las pseudo cooperativas de trabajo y de la flexibilización tecnológica.

circuitos migratorios; también se relaciona con el relativamente reciente encuadramiento normativo de los cosechadores en la Ley de Contrato de Trabajo, que legalmente le asegura la convocatoria en la nueva temporada y el orden de prelación estacional.

Por último, en referencia a la retribución del trabajador rural podemos analizarla en términos de ingresos y de ambientes de trabajo. Respecto del segundo, y a pesar de la modernización en esta fruticultura persisten ambientes y condiciones habitacionales que podrían pensarse superadas, y sobre las cuales aún restan controles e inspecciones de aplicación de normativas. Respecto de la primera, independientemente de la relación laboral y forma de pago (permanente - temporario - a destajo), la estimación del pago para las diferentes tareas culturales se realiza en jornales (de ocho horas). Dicha retribución (incluidas las contribuciones patronales, presentismo, permanencia y suma no remunerativa) es actualmente de $49,49/jornal para el peón general, para las tareas de poda y raleo es $53,42/jornal, y el pago para las tareas en cosecha, se estima en $64,38/jornal para el cosechador y $67,19/jornal para el tractorista al aplicarle los proporcionales de premios (Secretaría de Fruticultura de Rio Negro, 2007); en términos comparativos y a valor dólar el jornal según categorías se sitúa entre 15,81 y 21,46 dólares. Para el sindicato de los trabajadores rurales resulta "complicado" en la actualidad el monto asignado como salario del peón rural ($800 - 255,59 dólares) ya que estaría por debajo del mínimo vital y móvil que establece la ley ($900, más 1% por año de antigüedad). Las demás categorías –capataz, tractorista, etc.– superan el monto mínimo.

En síntesis, al modernizarse y expandirse esta fruticultura aumentan el ritmo y la intensidad del trabajo con nuevos requerimientos de calificación, se modifican y/o surgen nuevos puestos laborales y aumenta la transitoriedad en su conjunto, pero también se atenúa la estacionalización del trabajo para algunas tareas culturales agrícolas y posagrícolas. Persiste la precarización en los ambientes de trabajo y en el nivel salarial y se incrementan los requerimientos estacionales de mano de obra para la cosecha. La intensificación y la movilidad del capital en la reestructuración se acompañan de una intensificación del trabajo y de la movilidad de los trabajadores, tema del siguiente acápite.

Efectos en la movilidad

Hoy en día, entre los efectos más visibles que están teniendo lugar en el campo mexicano como resultado de los cambios en la agricultura, se pueden mencionar los desplazamientos multipolares de la población trabajadora y las nuevas modalidades de ocupación del espacio rural. Esta multipolaridad en los desplazamientos es resultado de la desestacionalización de la producción y de la dispersión geográfica de las empresas, principalmente en una amplia zona ubicada al noroeste del país, procesos que han tenido lugar como consecuencia de la reestructuración de las empresas agroexportadoras (Lara Flores, 1998), llevando a multiplicar los circuitos migratorios de los trabajadores.

Los trabajadores insertos en las actividades modernas se ubican principalmente en Baja California, Baja California Sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Jalisco y Guanajuato, regiones con un alto nivel de inversión, grandes extensiones y buena infraestructura agrícola, que destinan su producción a la comercialización y en donde los salarios son más altos, lo cual las hace atractivas para la mano de obra. Mientras que las entidades de expulsión de jornaleros agrícolas se encuentran al sur del país, destacando Oaxaca, Guerrero y Veracruz. En la mayoría de estos estados expulsores se encuentran ubicadas las unidades que producen para la subsistencia, en pequeñas extensiones, con baja o nula capitalización, vinculados a la agricultura tradicional (maíz y frijol), donde predomina el uso de mano de obra familiar y sin remuneración (Florez, 2006; con base a la ENE 2003).

Si bien las estadísticas no permiten medir el número de trabajadores que se movilizan para trabajar en las regiones de agricultura intensiva, en el estado de Sinaloa se estimó que en 2003 llegó una población de 200.000 jornaleros a los campos agrícolas;[18] y en Baja California Sur se calcula que se movilizan 25.000 trabajadores (PRONJAG, 1999, p. 39).

De acuerdo con la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México* (C. de Grammont y Lara Flores, 2004),[19] encontramos

18. SSA, Diagnóstico de Sinaloa 2001, Presentación de Estados, Jornaleros Agrícolas Migrantes (2001).

19. Encuesta relevada en 8.117 hogares de jornaleros agrícolas migrantes en campamentos y cuarterías de las regiones agrícolas más desarrolladas en Sinaloa, Sonora, Jalisco y Baja California Sur, 1998-2000.

entre los jornaleros movimientos de carácter pendular y circular. Sin embargo, la migración pendular no solo incluye a aquellos que se mueven entre el pueblo de origen y el lugar de trabajo para regresar al lugar de origen, sino una movilidad que va de un campamento o "cuartería",[20] en alguna zona de trabajo en donde se ha afincado temporalmente la población mientras trabaja, para dirigirse a otro lugar y/o regresar nuevamente al primero. A la vez, tenemos la migración de tipo circular que involucra más de dos lugares de trabajo, con residencia en el pueblo de origen o con residencia principal en un campamento o cuartería en alguno de los lugares de trabajo. Finalmente, detectamos una suerte de errancia, de una población que circula entre distintos lugares de trabajo sin tener una residencia fija. Los circuitos por donde transita dicha población están íntimamente relacionados con la dispersión geográfica de las empresas y el carácter intermitente del empleo que estas generan. De acuerdo con la mencionada encuesta, 74,4% de los jornaleros tienen su lugar de residencia en su estado de origen, 2,9% viven en un campamento o cuartería en los lugares en donde trabajan y 3,8% declara no tener ningún lugar de residencia. Los dos últimos grupos (25,7% de la población total de los jornaleros migrantes) viven en constante movilidad buscando donde emplearse, lo que les confiere un estado de absoluta vulnerabilidad.

Según la encuesta arriba mencionada, los jornaleros que migran para trabajar en varias regiones antes de regresar a su lugar de residencia representan 15,9% del total. La mayoría de ellos trabaja en dos regiones (74,4%), otros pocos trabajan en tres regiones y solo los que ya no tienen residencia fija circulan entre cuatro o más regiones. Los principales estados de recepción son Sinaloa (35,8%), Baja California (32,7%), Sonora (6,6%) y Baja California Sur (6,2%). Sin embargo, además de esos cuatro estados, los flujos se dispersan en más de 15 estados tan lejanos como

20. Las llamadas "cuarterías" son habitaciones que se alquilan a los jornaleros en las colonias periféricas a los campos de cultivo. Son de particulares y por lo regular no cuentan con baño propio ni regaderas, las que se comparten entre los diferentes inquilinos y el propietario de la cuartería. En tanto, los campamentos son galerones de lámina o de cartón instalados en los terrenos de las empresas, dentro de los campos agrícolas. En dichos campamentos pueden ser alojados hasta 5.000 trabajadores en temporada alta de cosechas. Los servicios que se ofrecen a los trabajadores son mínimos, ya que son habitaciones pequeñas, con pisos de tierra, sin agua corriente, baños ni regaderas, las que por lo regular se tienen que compartir entre la población allí alojada.

son Jalisco, Chihuahua, Coahuila o Tamaulipas y otros que siguen hacia Estados Unidos, lo que comienza a ser una opción importante. Es notorio que esta migración circular es para trabajar en las hortalizas, o sea que existe una especialización del trabajo de los jornaleros migrantes en ciertos cultivos.

A ello hay que agregar que la composición de los flujos migratorios también se ha transformado, no solo porque ya no predomina la migración individual de hombres solos que salen en busca de trabajo para regresar a sus lugares de origen con la familia, como sucedía antaño. Ahora, encontramos familias completas que viajan de un lugar al otro, teniendo una composición particular. Como lo hemos analizado en otro texto (C. de Grammont, Lara y Sánchez, 2004), se trata de configuraciones familiares que se establecen ad hoc para migrar. Familias nucleares y extensas, algunas veces acompañadas de otros parientes y paisanos, familias con jefatura femenina, grupos de parientes y paisanos que se unen para migrar, grupos de hombres o de mujeres solas. La mayoría de las veces, dichas familias comparten un techo y hasta el mismo fogón, lo que nos ha llevado a reconsiderar la manera de concebir un hogar o al grupo doméstico como estructuras flexibles que se adaptan a los procesos migratorios y se recomponen constantemente en su ir y venir.

Los circuitos migratorios son cada vez más complejos, porque se trata de una itinerancia que incluye destinos nacionales e internacionales. Cada vez son más frecuentes los enlaces entre la migración jornalera con la migración hacia Estados Unidos. Para los jornaleros la migración se ha vuelto una condición de vida, empujados por la pobreza de sus lugares de origen y la falta de alternativas laborales. Los distintos lugares por donde circulan son, desde el punto de vista de las empresas, espacios a donde estas se han descentralizado para lograr una producción a lo largo de todo el año. Para los jornaleros, son espacios en donde buscan encontrar trabajo la mayor parte del año, aunque solo sea un empleo de carácter temporal y discontinuo, con el fin de lograr la sobrevivencia del grupo familiar.

Es decir, para estos trabajadores el empleo supone necesariamente un ir y venir, y una vida precaria en sí misma. Se agrega, para muchos de ellos (40%), su situación como indígenas. Incluso, a los que no hablan

ninguna lengua ni se reconocen como indígenas se los trata con discriminación ("oaxacos" o "oaxaquitas"), porque esa es la forma de naturalizar sus diferencias (Lara Flores, 1998).

Los datos de la encuesta arriba mencionada nos muestran que la gran mayoría (81%) de los jornaleros llegan a las zonas agrícolas modernas, desde sus pueblos de origen, a través de contratistas (mejor conocidos como enganchadores o coyotes) quienes funcionan como intermediarios entre los trabajadores y los empresarios. El papel de dichos contratistas es de gran importancia para organizar los flujos de mano de obra en cantidad, tiempo y calidad necesaria. Son originarios de las regiones de expulsión, a menudo ellos mismos fueron jornaleros, pero gracias a su capacidad para moverse de un lugar a otro, hablar español y contar con las redes sociales necesarias se dedican a conseguir la mano de obra para las empresas agrícolas. Es bien conocido que estos contratistas abusan de su capacidad de controlar grandes cantidades de trabajadores para obtener dinero indebidamente. Los empresarios adelantan a los contratistas el pago de los gastos de comida y viaje para el traslado de los jornaleros, pero muy seguido los contratistas se quedan con ese dinero para incrementar sus ganancias. Otro pequeño grupo de migrantes (17%) viaja y consigue trabajo por cuenta propia, gracias a que cuenta con redes sociales en los lugares de destino. Normalmente, son jornaleros que tienen algún pariente o conocido en las regiones de trabajo.

Cuando se llega enganchado, por lo regular son alojados en los campamentos de las empresas y desde allí se los lleva a los campos agrícolas; difícilmente pueden salir de los campamentos y no pueden elegir los campos de trabajo, ya que están obligados a laborar con el empresario que pagó su traslado. En los campamentos viven en condiciones sumamente precarias, hacinados en habitaciones pequeñas a donde se aloja a una familia y hasta dos, sin agua corriente, sin drenaje, sin ventilación, con pisos de tierra y muy seguido sin luz eléctrica, teniendo solo un fogón para cocinar con leña. Su situación itinerante y precaria no les permite acumular, se trasladan de un lugar a otro llevando consigo cuando mucho una cobija cada quien, tal vez un comal,[21] o alguna olla para cocer los

21. Del náhuatl *comatl*. Plato de barro o aluminio que se usa para cocer las tortillas de maíz.

frijoles, base de su alimentación. Las regaderas y los sanitarios son escasos para la cantidad de gente a quien se aloja en dichos campamentos. En tanto los que llegan por su cuenta logran instalarse en una "cuartería", espacios alquilados en las colonias y barrios periféricos a las zonas de cultivo, y desde donde se logra tener mayor independencia frente a los patrones y a los contratistas. Por su parte, aquellos que ya se han asentado en alguna de las colonias periféricas a los campos de cultivo pueden, incluso, insertarse en otros mercados laborales como en la construcción y/o el comercio, pero sobre todo buscan, dentro de su pobreza, tener un cierto arraigo en el lugar. Construyen sus casas de materiales baratos, y, poco a poco, van apropiándose del espacio que habitan.

La trayectoria migratoria de los miembros de las familias jornaleras incluye varios destinos nacionales, y en algunos casos internacionales. Dichos destinos se relacionan con los espacios en donde las empresas agrícolas se han ubicado. En este sentido, contar con información precisa sobre las mejores condiciones de trabajo que algunas empresas ofrecen, los montos salariales, la duración del empleo, etc., resulta de gran utilidad, lo cual se logra a través de las redes de relaciones que se tejen entre parientes, paisanos y amigos. También la constitución de redes es lo que hace factible la instalación en algún lugar y el arraigo en el mismo, lo que no implica necesariamente el abandono o el olvido del lugar de origen, ni el dejar de migrar, sino la posibilidad de ampliar el territorio que sirve de espacio de circulación para lograr la sobrevivencia de un grupo familiar en su conjunto.

Con el tiempo, algunos de estos jornaleros que van y vienen se han ido afincando en los lugares de arribo junto con sus familias. Su instalación en las periferias de las zonas agrícolas desarrolladas corresponde a un proceso que busca un enraizamiento, una forma de anclaje desde la cual lograr mayor independencia y autonomía. Algunos de ellos, al instalarse en el lugar, logran insertarse en otros mercados laborales como en la construcción y/o el comercio, y mantenerse empleados la mayor parte del año.

Gracias a las redes de familiaridad y paisanaje, en primera instancia, y más tarde de amistad y vecindad, estos jornaleros asentados amplían su universo de relaciones, lo que les permite ampliar sus oportunidades

de trabajo. A diferencia de los que llegan enganchados para laborar básicamente en las cosechas, los que se quedan son mano de obra disponible todo el año para las empresas agrícolas; logran una especialización e incluso una calificación en las tareas que requieren de ello, particularmente ahora que se han introducido invernaderos y tecnologías sofisticadas (plasticultura, fertirrigación, manejo computarizado de campo y empaques, etc.). Es una población fija y a la vez "flotante". Están allí cuando se los requiere y se van en cuanto se los despide, en ese sentido, circulan de una empresa a otra buscando ocupación. Tienen empleo a lo largo del año, pero de manera intermitente y en diferentes empresas. De tal manera que no logran estabilidad laboral ni mejores condiciones de trabajo que los que llegan enganchados, pero su arraigo en uno de los lugares de trabajo los ayuda a hacer frente a la situación de vulnerabilidad que se vive cuando se circula de un lugar a otro, a la vez que desde allí logran tejer las redes de relaciones que les permiten ampliar los territorios por donde migran.

Esta situación refleja la fuerte movilidad de los trabajadores agrícolas, situación que ha sido una constante desde hace varias décadas, justamente por los procesos de polarización de la estructura agraria.[22] No obstante, hoy en día la reestructuración de las empresas agrícolas ha generado nuevos desplazamientos y complejizado los circuitos migratorios.

Las empresas han encontrado en los trabajadores asentados una manera de eludir la responsabilidad que marca la Ley del Trabajo, de ofrecer a los trabajadores agrícolas eventuales condiciones de vivienda y de vida dignas, así como las reglamentaciones que establecen las leyes de Inocuidad y de Bioterrorismo impuestas por Estados Unidos para la importación de productos frescos,[23] lo que está obligando a las

22. Véanse Paré (1977) y C. de Grammont (1986).

23. En 1997 Estados Unidos anunció su Iniciativa de Inocuidad Alimentaria de Productos Domésticos e Importados y las facultades de su Departamento de Agricultura (USDA) para la inspección y decomiso de alimentos. A esta ley se adiciona la Ley de Bioterrorismo (The Bioterrorism Act) promulgada en ese país a partir de los eventos del 11 de septiembre de 2001. Esta ley exige que la Food and Drug Administration (FDA) reciba notificación previa de los alimentos importados u ofrecidos para importación a los Estados Unidos, y le da el poder de detener o retener los alimentos si se presume que estos representan una amenaza para la salud de las personas. De esta manera, se obliga a los establecimientos extranjeros a designar un agente norteamericano para el registro de los alimentos. Dicho agente puede ser un *broker* o un importador que viva o tenga su domicilio en ese país (Avendaño, 2004).

empresas agroexportadoras mexicanas a tener un mayor control de la población que participa en las labores agrícolas. En este sentido, se crea una presión para que el alojamiento de los jornaleros migrantes en campamentos ubicados en predios propiedad de las propias empresas ofrezcan a sus trabajadores viviendas dignas que cuenten con de agua limpia, regaderas, letrinas y lavaderos. Mientras que los programas sociales de atención a la población migrante inciden para que se instalen en dichos espacios escuelas y guarderías para los niños de los trabajadores, así como clínicas de salud.[24]

Por otro lado, y no obstante que la instalación de estas familias jornaleras en las regiones de agricultura moderna crea malestar a los lugareños, en gran parte porque son pobres y por su origen étnico (los llaman indios, oaxacos o oaxaquitas), el asentamiento de estos jornaleros resulta perfectamente funcional a las empresas agrícolas. Son mano de obra disponible en todo momento, sin que tengan que asumir sus gastos de reproducción social (alojamiento, educación, salud, etc.); son los que se encargan de enganchar, alojar, transportar y aprovisionar de bienes a los que llegan "por su cuenta". Algunos de los ya instalados logran construir en sus predios "cuarterías" que alquilan a los jornaleros que llegan a trabajar temporalmente en las cosechas; los que pueden compran camiones que sirven para el traslado de los jornaleros desde las cuarterías a los campos de trabajo ("camioneteros"); los más abren un pequeño comercio en donde venden, a crédito ("fiado"), alimentos e insumos necesarios. Así, los asentados encuentran un negocio en el circular de familiares, paisanos, o aun de descocidos, lo que a la vez los mantiene informados sobre los distintos lugares por donde estos transitan, ampliando sus redes de relaciones.

La experiencia migratoria previa y el conocimiento que se adquiere al instalarse en alguno de estos espacios fronterizos propician el establecimiento de contactos con los distintos agentes que se dedican a cruzar a la gente en la frontera. Así, para los jornaleros asentados comienza a hacerse frecuente el desplazamiento hacia los Estados Unidos de alguno

24. Nos referimos a programas de la Secretaría de Educación Pública, como el programa de Atención a Niños Jornaleros Migrantes y el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la Secretaría de Desarrollo Social.

de los miembros de la familia, por lo regular el jefe de familia o algún hijo mayor, en un movimiento de vaivén, lo que amplía el territorio de migración para el conjunto de la familia.

Para la mayoría de los asentados aún está presente el lugar de origen, en donde se encuentra una parte de la familia; frecuentemente los padres y algunos hermanos. Para otros aún es muy reciente el momento en que llegaron a vivir en campamentos, en distintas regiones agrícolas, y estaban obligados a trabajar solamente para un patrón, viviendo en condiciones aún más precarias que las que tienen en las colonias. Muchos buscan a sus parientes o paisanos que siguen moviéndose en distintas regiones, alojados en campamentos o cuarterías, a los que visitan los fines de semana para convivir con ellos, refrendar sus alianzas y enterarse de lo que pasa por donde transitan.

En lo que a veces se convierte en un mosaico de tradiciones venidas de todas direcciones, los lugares donde se asientan estas poblaciones en constante circulación establecen una nueva geografía del espacio rural (Bendini y Radonich, 1999). No son comunidades campesinas como aquellas de las cuales provienen, y sin embargo la gran mayoría de sus habitantes viven en una región dinamizada por la actividad agrícola. Tampoco son barrios urbanos, ya que se encuentran enclavados en los alrededores de zonas agrícolas modernas y carecen de la mayor parte de los servicios urbanos, pero su estructura habitacional es la de una colonia marginada. Podría decirse que son espacios "rururbanos" (Lara Flores, 1996) desde donde sus habitantes se insertan principalmente en la agricultura, moviéndose constantemente de una empresa a otra, de una actividad productiva a otra, y de un lugar a otro, según su conveniencia.

En estas colonias se construyen nuevas formas de ocupación del espacio rural y se crean comunidades "imaginarias" (Nueva Era, Buenavista, El Vergel, Villa Juárez, La Choricera, etc.) que sirven de sustento a la emergencia de nuevas identidades. Son espacios en donde surge un reconocimiento mutuo entre sus habitantes, derivado de su pasado, de una historia común de sacrificios y privaciones que acompañan el proceso de instalación en esos lugares de anclaje, de la precariedad en la que se vive en dichos lugares, que sin embargo son percibidos como logros en sus trayectorias de vida. Pero, sobre todo, encuentran un "nosotros" en

su trayectorias de migración. En ocasiones se recrean como comunidades "étnicas", tal como lo reporta Velasco (en prensa) en caso de los indígenas triquis del estado de Oaxaca asentados en el Valle de San Quintín.[25]

Esas colonias son, también, espacios en donde se construye una sociabilidad distinta pero parecida a la de los pueblos de origen. Distinta, porque conviven en un mismo territorio mixtecos, zapotecos, tlapanecos, triquis, nahuas y mestizos con sus distintas costumbres. Parecida, porque se entablan redes, se establecen nuevas reglas de convivencia, se reproducen y recrean tradiciones, adecuándolas a este nuevo espacio y a la disponibilidad de recursos. Son lugares en donde se tejen solidaridades, a la vez que se generan conflictos, y son también espacios desde donde se articulan los desplazamientos hacia otros destinos regionales o internacionales, que forman parte del gran archipiélago por donde se extienden las familias jornaleras (Lara Flores, 2006c).

Históricamente el empleo en la agricultura se ha caracterizado por su temporalidad, relacionado con los ciclos agrícolas. Así, en el caso argentino, la marcada estacionalidad de la demanda laboral y la baja densidad demográfica del área patagónica no permiten cubrir los requerimientos de mano de obra para la época de cosecha. La demanda concentrada de mano de obra –45% del empleo agrícola y algo menos del 40% del empleo en tareas posagrícolas– da lugar a un mercado de trabajo temporal que produce el desplazamiento hacia la región de trabajadores, otrora provenientes de Chile y del nordeste del país y, en la actualidad, mayoritariamente de las provincias del noroeste (Tucumán, Salta y Jujuy incluyendo en el grupo "norteño" a los migrantes bolivianos); también hay empleo temporario de mano de obra local –antiguos migrantes asentados en las zonas tradicionales en la etapa de expansión de la actividad y actuales desocupados/subocupados periurbanos y urbanos en su mayoría. Si bien resulta difícil estimar el volumen de estos trabajadores debido a la carencia de registros y de datos estadísticos, fuentes gremiales y técnicas estiman que entre 8.000 y 10.000 trabajadores arriban anualmente a la región para la cosecha.

25. Se refiere a las colonias Nuevo San Juan Copala y Nueva Región Triqui, en donde si bien viven colonos de otros estados del país y de otras etnias de Oaxaca, los triquis han logrado el control territorial. Por ejemplo, en las colonias triquis de San Quintín se reproduce la fiesta del santo patrono de San Juan Copala.

La movilidad a la región es, en la actualidad, predominantemente masculina y no familiar (entre un 70 y 90% según zona de destino), a diferencia de los comienzos de la actividad cuando los migrantes conformaban grupos familiares. Respecto de la organización del trabajo, en las modernas plantaciones se conforman cuadrillas de cosechadores mayoritariamente de migrantes y de sexo masculino, adultos jóvenes con excepción de la uva de mesa que emplea mano de obra femenina. En las explotaciones más pequeñas la tendencia es contratar mano de obra local, en la que predominan antiguos migrantes estacionales chilenos radicados en la zona con un perfil etario y sexual más amplio.

Predomina la migración de tipo pendular, pero en las últimas décadas con variantes significativas en los desplazamientos y considerable presencia de modalidades circulares en la movilidad territorial por la recurrencia de circuitos migratorios. Los desplazamientos de los trabajadores incluyen tareas de cosecha en las provincias de Jujuy y San Juan, o en el Bajo Paraná (San Pedro) en la provincia de Buenos Aires; siendo sus circuitos migratorios más frecuentes los que combinan cosecha de fruta en las áreas tradicionales y nuevas de expansión del norte de la Patagonia con zafra de caña de azúcar en Tucumán; con cosecha de tabaco en Jujuy; con cosecha de citrus en Tucumán; con cosecha de hortalizas en Jujuy; con cosecha de uva en Mendoza; con tareas de ganadería extensiva en Línea Sur de Río Negro (Bendini y Radonich, 1999; Bendini, Radonich y Steimbreger, 2007).

No solo se produce un aumento del trabajo transitorio, sino que también se intensifican los desplazamientos. La migración estacional ha estado presente desde los inicios de la actividad frutícola y, en las últimas décadas, la expansión productiva hacia nuevas áreas ha reorientado y consolidado estos desplazamientos históricos. La movilización de la fuerza de trabajo se desarrolla da cuenta de diferentes estrategias empresariales de gestión y reclutamiento de fuerza de trabajo extra local, como también de las diferentes estrategias familiares de reproducción social. Esta mano de obra estacional se incorpora bajo nuevas formas de tercerización, pseudo cooperativas y servicios eventuales que, aunque disminuyeron en los últimos años, aún persisten (Bendini y Gallegos, 2002), y un abanico de tipos de intermediación (líderes u organizadores

que actúan como delegados de las empresas denominados "capataces o jefes de cuadrilla", transportista enganchador de los "permanentes discontinuos", organismos sindicales y gubernamentales, entre otros (Bendini y Steimbreger, 2007).

La actual descentralización geográfica de las empresas provoca el intercambio de mano de obra estacional, entre las diferentes explotaciones dentro de la misma región o entre regiones y aún países. En este sentido, esta estrategia empresarial de descentralización ha tenido un efecto importante en los mercados de trabajo agrario y en los ciclos migratorios de los trabajadores estacionales.

Los migrantes estacionales realizan tareas simples, rutinarias, con mayor contenido de trabajo manual y esfuerzo físico, y en incierta discontinuidad; son "socialmente invisibles" (Bendini y Radonich, 1999). La invisibilidad de los cosechadores aumenta ya que frecuentemente son alojados en piezas alejadas del centro de la empresa, cuando no en *containers*/contenedores o *trailers*/gamelas.

Tanto trabajadores como pobladores y funcionarios de la región denuncian condiciones de vida precarias e incumplimiento de las condiciones de alojamiento adecuadas y suficientes en términos de seguridad, higiene, abrigo y luz natural exigidas por la Ley 22.248/80 de Trabajo Agrario (Steimbreger, 2004). La aplicación de contralores gubernamentales resulta ineficiente e insuficiente y los expedientes iniciados por incumplimiento a las normas legales rara vez llegan a término, diluyéndose las posibilidades de sanción (Bendini y Gallegos, 2002).

Gran parte de esta movilidad espacial de trabajadores no es nueva, pero su magnitud, complejidad y diversidad se han acrecentado en las últimas décadas. Paradójicamente, con la modernización productiva persisten condiciones y ambientes de trabajo que podrían pensarse superados; en este sentido las situaciones históricas de precariedad referidas a condiciones de trabajo, sanitarias y habitacionales de los trabajadores migrantes continúan.

La simple razón de no tener trabajo en su lugar de pertenencia minimiza los riesgos que se derivan de la precariedad laboral y la vulnerabilidad social a la que se ven sometidos estos trabajadores en el lugar de destino porque, a pesar de insertarse en un mercado de trabajo flexible

y en ambientes precarios y de bajos salarios, en gran medida estos movimientos espaciales son respuestas a situaciones socioeconómicas inestables e inciertas y, en este sentido, representan estrategias básicas y lógicas para la reproducción social.

Efectos en la afiliación social y sindical

En México, Ley Federal del Trabajo de 1970, en su artículo 280, se propone asegurar la estabilidad de los trabajadores del campo, para cuyo fin, dispone que los trabajadores que tengan una permanencia continua de tres meses o más al servicio de la empresa tienen la presunción de ser trabajadores de planta, a los cuales debe garantizarse una vivienda digna. No obstante, la ley no se aplica en la práctica en los establecimientos agrícolas, dejando en la indefensión a los trabajadores. Actualmente, el artículo 123, apartado A de la Constitución y la Ley Federal del Trabajo (LFT), en sus incisos 279-284, son la fuente principal de derecho laboral en México. Los derechos contenidos en el artículo 123 gobiernan directamente las relaciones entre los patrones, trabajadores *y* sindicatos. Mientras que la LFT es, en la práctica, el punto central de referencia en las relaciones laborales, debido, que cubre cada uno de los puntos establecidos en el artículo 123 y los trata con mayor detalle. Ambas leyes están en vigor en todo el país. Por su parte, la principal regulación en materia de seguridad social es la Ley del Seguro Social (LSS). No obstante, los establecimientos agrícolas eluden esta reglamentación laboral y los trabajadores se encuentran permanentemente en la indefensión, tanto en lo que se refiere a sus condiciones de trabajo y como de vida (Lara y Ortiz, 2004).

Si bien existen sindicatos de jornaleros que operan en las principales regiones de atracción de mano de obra (Sinaloa, Sonora y Baja California), cabe mencionar que actualmente su actividad no tiene relevancia en la defensa de las condiciones laborales de los jornaleros.[26]

26. En Sinaloa encontramos el Sindicato Nacional de Trabajadores del Campo, Similares y Conexos (SNTCSC), afiliado a la CTM (Confederación de Trabajadores de México). En el Valle de San Quintín, la CTM ha logrado la mayor cobertura social a través del Sindicato Nacional de Trabajadores, Obreros y

Justamente, el carácter eventual del trabajo por jornal históricamente ha dificultado la afiliación de los trabajadores agrícolas, pero hoy en día se agrega a ello la itinerancia e inestabilidad a que los obligan las formas flexibles de operación de las empresas agrícolas. En este sentido, la acción sindical en las regiones de trabajo ha perdido la eficacia que en algún momento tuvo y, en su lugar, han cobrado mayor importancia las asociaciones de migrantes, especialmente entre la población asentada.

En su origen, dichas asociaciones surgen de la organización a partir del pueblo de origen[27] o de su pertenencia a un grupo étnico,[28] lo que les confiere un arraigo simbólico. A través de estas asociaciones, los residentes no solo intentan negociar la consecución de algún predio, la instalación de servicios en las colonias donde se encuentran asentados, sino que han comenzado a levantar entre sus demandas el respeto a los derechos humanos, como trabajadores y como indígenas (Lara y Ortiz, 2004).

En este proceso hemos visto crearse, entre 1994 y 2003 varias organizaciones de migrantes en Baja California y en los valles de Sinaloa.[29] Son asociaciones que, en su discurso, plantean la defensa de los derechos laborales de los jornaleros y se proponen otorgarles asesoría jurídica y laboral. Por lo regular, cada una de estas organizaciones aglutina a pequeños grupos (no más de 350); algunas de estas asociaciones, incluso, mencionan no tener afiliados, sino que llevan a cabo acciones amplias

Asalariados del Campo. También se encuentra operando la Central de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), cuya fuerza principal se ha dado en los estados de Sinaloa y en el Valle de San Quintín, Baja California. En Sinaloa surge como uno de sus brazos sindicales la Federación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos de Sinaloa, que plantea la constitución del Sindicato Nacional de Obreros Agrícolas Similares y Conexos (SNOASC).

27. Por ejemplo, la Unión Alianza Huitepec, que integra a miembros de la localidad de San Antonio Huitepec, ubicada en el estado de Oaxaca.

28. Por ejemplo, el Frente Independiente de Lucha Trique que aglutina a individuos de distintas comunidades, pero de habla trique.

29. Surgen en Sinaloa: el Frente Indígena Mixteco Jornalero Sinaloenese, A. C., la Asociación Indígena Jornalera Sinaloense, A. C., la Unión Indígena Sur del país "La Patria es Primero", A. C., el Consejo Sinaloense para el desarrollo de los Pueblos Indígenas, A. C, la Asociación de Indígenas Oaxaqueños y el Frente de Unificación de Lucha Trique. Liberación de Pueblos Indígenas. Mientras en Baja California se establecen: el Frente Indígena Migrantes de Huitepec y radicados en Mandadero y Conexos, A. C., la Unión Alianza Huitepec, el Frente Nacional Indígena Oaxaqueño, el Grupo Heladio Ramírez, A. C., Asistencia Legal Indígena, el Frente Independiente de Lucha Trique, A. C., la Asociación de Indígenas Oaxaqueños y la Coordinadora de Comités para el Desarrollo Social, A. C., y el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional que ha sufrido varias escisiones.

en las colonias, a partir de las cuales logran una clientela política. Por lo mismo, su existencia es efímera y constantemente hay reacomodos que llevan a la unificación de unas y a la desaparición de otras.[30] No obstante, son instrumentos que buscan intervenir en el control político del territorio (Lara y Ortiz, 2004).

Entre la población asentada, regularmente, las mujeres se involucran en la compra o adquisición de un predio para vivir y luchan, a través de comités de barrio, por la regularización de dicho predio, así como para obtener del Estado los servicios de urbanización (agua, drenaje, luz eléctrica, escuelas, centros de salud, etc.), buscando apropiarse del espacio. A pesar de ello, algunas familias mantienen su casa y/o su parcela en el lugar de origen, al mismo tiempo que, en ocasiones, gracias a que siguen circulando en otros lugares, en México o en Estados Unidos, logran los recursos para comprar su predio, construir su vivienda y mejorar sus condiciones de vida.

En este sentido, la estrategia de algunas de estas organizaciones se ha ido modificando, poco a poco, para volverse más inclusivas e incorporar a colectividades más amplias.[31] En lo que pareciera ser una ambigüedad, estos trabajadores movilizan recursos de "aquí y de allá", es decir, por sus lugares de origen adoptan su condición étnica, pero reivindican su pertenencia a lugares de arribo como asentados, lo que les permite moverse en un amplio territorio que integra no solo espacios diferentes sino adscripciones múltiples que se reconcilian.

En Argentina, el marco normativo para los trabajadores frutícolas comprende el Régimen Nacional de Trabajo Agrario, Ley 22.248, para trabajadores rurales; el Contrato de Trabajo, Ley 23.808, para trabajadores de cosecha y empaque de frutas; y los Convenios Colectivos de Trabajo para trabajadores de empaque, de frigoríficos y de jugos.

30. A pesar de que en ambos estados hay experiencia de lucha sindical de los jornaleros desde la década de los setenta y antes, estas organizaciones adquieren mayor fuerza. Los dirigentes sindicales plantean la dificultad que tienen para afiliar y organizar a una población que se encuentra en constante movimiento. De tal manera que, si bien mantienen como retórica su voluntad de apoyar a los jornaleros en sus demandas laborales y otorgarles asesoría e información, pocos son los jornaleros que se acercan a las organizaciones sindicales.

31. Por ejemplo: el Frente Indígena Mixteco Jornalero Sinaloense, A. C., la Asociación Indígena Jornalera Sinaloense, A. C., la Unión Indígena Sur del país "La Patria es Primero", A. C., el Consejo Sinaloense para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, A. C.

Bobbio (1991) sostiene que una norma es eficaz cuando es observada por aquellos a quienes está destinada. Su histórica inobservancia en el caso de los trabajadores agrarios ha producido una alta vulnerabilidad: registrando uno de los más altos índices de trabajo informal o "no registrado". Asimismo, las normativas sobre estabilidad y duración de la jornada también pueden constituirse en objeto de la inobservancia aludida. Estas transgresiones alcanzan mayores niveles en el trabajo temporario, escaso cumplimiento de las condiciones de seguridad e higiene en planta y precariedad habitacional. Las inspecciones de organismos de contralor regional[32] realizadas en 32 establecimientos con un total de 1.127 obreros, en una zona de expansión y modernización frutícola constataron: viviendas de trabajadores sin sanitarios –"utilizan como baño el monte"– o con sanitarios en mal estado; sin agua, puertas, duchas o instalación eléctrica; sin comedor –a la intemperie, hecho con tablones de *bins*; sin habitaciones o con serias deficiencias –divisiones hechas con *bins*; plaguicidas junto al piletón para cocina, lavadero e higiene; carpas-comedor y fogón-cocina en un galpón para agroquímicos y curadoras; y documentación legal no disponible. Frecuentemente, las empresas declinan la vía administrativa ante los organismos de contralor de trabajo, no se presentan a las audiencias y esperan la demanda laboral de la Justicia del Fuero Laboral. La dilación en la cancelación de las sanciones parecería responder a estrategias empresariales de tipo financieras; de esta forma, tampoco resultan resarcidos los trabajadores estacionales que terminan la temporada sin cambiar sus condiciones laborales (Bendini y Gallegos, 2002).

Desde 1990 el trabajador de cosecha se encuadra en el régimen de la Ley de Contrato de Trabajo como "trabajador permanente discontinuo", el cual debería proporcionarle mayor protección ya que implica que todo trabajador estacional debe ser llamado en el momento de inicio de las actividades de recolección de la fruta, según un orden de prelación, vinculado con la antigüedad. La convocatoria para estos trabajadores debe hacerse a través de la prensa, pero como solo es obligatorio realizar el llamado por medios locales, obviamente esta condición impide que los

32. Según expedientes de la Secretaría de Trabajo de la provincia de Neuquén en temporada 2001-2002 (Bendini y Gallegos, 2002).

trabajadores golondrina puedan informarse en sus lugares de origen. Por consiguiente, los empresarios y/o productores que requieren mano de obra extrarregional recurren a formas de convocatorias diversas, principalmente informales, que, por otra parte, les permite contratar a aquellos que les resultaron "buenos" trabajadores en la temporada anterior. Los organismos de control reconocen que están registrados algo menos del 50% de los trabajadores estacionales.

Si bien el carácter protectorio del derecho laboral no se expresa cabalmente en la historia del trabajo rural, es de hacer notar que el año 2002 se pone en marcha en la Argentina la Libreta del trabajador y el Sistema integral de prestaciones por desempleo (Sipred) –Ley 25.191. El Registro Nacional de Trabajadores Rurales y Empleados (Renatre) otorga las prestaciones para la protección de los trabajadores desempleados cuyas relaciones laborales se rigen por el régimen nacional de trabajo agrario o por la Ley de Contrato de Trabajo. El Renatre ha creado e implementado el Sipred, que otorga subsidio/prestaciones por desempleo al trabajador rural registrado con más de tres meses de desocupación, "reparando una injusticia social que data del año 1991, ya que pese a que los empleados rurales realizaban las contribuciones al fondo nacional de empleo (creado por la Ley 24.013) se excluyó a los trabajadores rurales a la cobertura por desempleo" (dirigente sindical). El trabajador rural no permanente que haya sido beneficiario de la prestación por desempleo instituido por Renatre, puede acceder a futuras prestaciones una vez transcurrido el plazo de tres años.

Los migrantes estacionales son los trabajadores más vulnerables del sistema frutícola aunque esta situación puede extenderse también el conjunto de trabajadores rurales periféricos.[33] Parafraseando a Castel (1997), la vulnerabilidad social es una zona inestable que conjuga la precariedad del trabajo y la fragilidad de los "soportes de proximidad", representa una zona intermedia entre los trabajadores integrados al mercado de trabajo y los desafiliados o excluidos del mismo; forma parte de un proceso global de degradación del mundo del trabajo y, más en general, de los lazos sociales (Murmis y Feldman, 1996) alimentando la desafiliación social de los sujetos afectados.

33. Ver la tipología de trabajadores frutícolas en Tsakoumagkos y Bendini (1999).

La movilidad espacial del trabajador implica vivir en un espacio inesperado, mutable respecto del sentido de la morada y de estar en el mundo, como una forma de vivir el tiempo y el espacio; resignificando la afiliación social, la identidad y el lugar de pertenencia. A propósito del significado social de la migración, y atendiendo a que en la actualidad es predominantemente masculina, el movimiento tiene distintas percepciones para el propio trabajador y para su familia. Para el migrante, la movilidad significa una reversibilidad renovada porque registra una repetitividad cíclica del trayecto efectuado en destinos definidos. En el nivel de las representaciones, el traslado resulta la alternativa digna de estar incluidos transitoriamente como asalariados, pero también significa aislamiento, invisibilidad social, sindical y política, incertidumbre con respecto a la forma y monto de pago, escaso consumo de bienes y servicios.

La construcción de la vida social de los trabajadores rurales, en especial la de los migrantes, es producto de prácticas sociales entendidas como estrategias de la unidad doméstica, aprendizajes informales de tipo circular –por retomo y vinculado a la migración de arrastre, conocimiento tácito y mutuo, prácticas y saberes que implican asimismo organización familiar y comunitaria.

Para la familia que permanece en el lugar de origen, la ausencia del jefe y la de otros miembros de la familia, por lo general, los hijos varones mayores, trae aparejada una consecuente redefinición de roles y tareas; se modifican la organización cotidiana de la familia y la división del trabajo en el seno de la misma; frecuentemente la mujer asume la toma de decisiones en el hogar y, en el caso de ser una familia campesina, también la gestión de la parcela; la ausencia temporal repetida de la figura paterna puede llegar a desdibujar el vínculo filial –según percepción del propio trabajador y de los miembros del hogar–; y, si bien el trabajo estacional resulta un complemento del ingreso familiar a través de giros periódicos y/o dinero en el momento del retomo, exige una cuidadosa organización del presupuesto familiar en épocas tanto de movilidad como de permanencia (Bendini y Radonich, 1999).

En cuanto a las ventajas del traslado, los migrantes estacionales reconocen razones ligadas a la reproducción social del trabajador y de su familia. La estrategia de migrar en búsqueda de trabajo remite al concepto

de "experiencia próxima" (Seefoó; citado en Lara Flores, 2006b), que implica la comparación constante por parte del trabajador estacional entre las condiciones de vida del pasado, sus circunstancias presentes y la situación de un futuro soñado. La incorporación a un mercado de trabajo distante, temporario, con bajos salarios, en numerosas ocasiones sin cobertura social, y alejado de su familia representa, sin lugar a duda, una opción ventajosa en relación al desempleo y a la inseguridad laboral que define (durante parte del año) el escenario laboral agrario en su lugar de origen. Más que a los potenciales peligros del trabajo o de la incertidumbre de salir en búsqueda de un ingreso, el trabajador le teme a la desocupación (Lara Flores, 2006a). Aunque su presencia es temporaria, los migrantes contribuyen, no sin resistencias, a la consolidación del modelo de acumulación y a la construcción de territorios para la producción en fresco.

Reflexión final

La reactivación de la producción y comercialización mundial de producción en fresco y de contra-estación genera procesos intensos de modernización agraria, tanto en regiones productivas tradicionales como en nuevas áreas de expansión. La movilidad del capital hacia regiones que ofrecen ventajas comparativas para su reproducción modifica la organización del trabajo, al tiempo que incrementa y redirecciona la demanda de fuerza de trabajo. En estos escenarios productivos, la movilidad espacial del capital va acompañada de una creciente intensificación del trabajo y movilidad territorial de la mano de obra.

Una idea fuerza que se desprende del análisis comparado es que las tendencias globalizadoras en las cadenas frutihortícolas no expresan solo procesos de modernización creciente, sino que combinan formas modernas y no modernas en la producción y, principalmente, en la organización del trabajo. En la búsqueda de la flexibilidad productiva, el capital integra esas formas tradicionales a los propios senderos de acumulación. Sin embargo, los procesos de reestructuración generan nuevos contextos y ambientes laborales y de vida, en donde estas formas

tradicionales, que se expresan en las modalidades de contratación, en las formas salariales y, en general, en las condiciones de trabajo, se realizan bajo mayores exigencias de calificación, de involucramiento y altos índices de productividad. Mientras, las condiciones de vida se hacen cada vez más severas porque impulsan una movilidad forzada, con circuitos cada vez más complejos, a veces involucrando a familias completas, como en el caso de México, o migraciones individuales de hombres solos provocando reacomodos familiares no siempre en armonía.

Los casos presentados nos sitúan empíricamente en el campo de las fuerzas diversas y contradictorias en que opera el gran capital en el agro latinoamericano (Murmis y Bendini, 2003), las que se expresan paradójicamente en el nivel de la reestructuración de la producción y el empleo –modernización/precarización– y están condicionadas por las mutuas determinaciones global-locales.

Este texto se inscribe en la línea de estudios sobre las reestructuraciones en el empleo agrario, y en el terreno empírico y analítico aborda los procesos de modernización concentrada y de subalternización de los trabajadores rurales, con la intención de aportar elementos comparativos para la generación de categorías interpretativas y cabal aplicación de políticas que contrarresten la modernización excluyente, en la búsqueda de una mayor afiliación social de los trabajadores del agro latinoamericano.

Bibliografía

Bendini, M. (2006, noviembre). Modernización y persistencias en el campo latinoamericano. *ALASRU, 4*, (Chapingo).

Bendini, M.; Radonich, M. y Steimbreger, N. (2007). Nuevos espacios productivos, mercado de trabajo y migraciones estacionales. En M. Radonich y N. Steimbreger, *Reestructuraciones sociales en cadenas agroalimentarios. Cuaderno GESA 6*. Buenos Aires: Editorial La Colmena.

Bendini, M. y Gallegos, N. (2002). Precarización de las relaciones laborales y nuevas formas de intermediación en un mercado tradicional de trabajo agrario. *Políticas Agrícolas, 12*, (Bogotá: REDCAPA).

Bendini, M. y Radonich, M. (1999). (Coords.). *De golondrinas y otros migrantes. Cuaderno GESA* 2. Buenos Aires: Editorial La Colmena.

Bendini, M. y Steimbreger, N. (2003). Empresas globales y estrategias empresariales en el sistema agroalimentario de fruta fresca. *Revista de Estudios Agrarios y Agroalimentarios, 17,* (Buenos Aires: UBA).

Bobbio, N. (1991). *Teoría General del Derecho.* Madrid: Debate.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. (2007) Características de las empresas y el empleo en la horticultura de exportación mexicana, pp. 165-190. En N. Steimbreger y M. Radonich (Coords.), *Reestructuraciones sociales en cadenas agroalimentarias. Cuaderno GESA 6.* Buenos Aires: Editorial La Colmena.

C. de Grammont, H.; Lara Flores, S. y Sánchez, M. (2004). Migraciones rurales y nuevas configuraciones familiares: Los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, U.S.A. En M. Ariza y O. de Oliveira, *Imágenes de la familia en el cambio de siglo, Universo familiar y procesos demográficos contemporáneos.* México: IIS-UNAM.

Castel, R. 1997. *Metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Cavalcanti, J. S. (1999). Globalizacao e processos sociais na fruticultura de exportacao do vale do São Francisco. En J. S. Cavalcanti (Org.), *Globalizaçao Trabalho Meio Ambiente. Mudanças socieconômicas em regioes frutícolas para exportaçao.* Recife: Editora UFPE.

Diario Río Negro, (Gral. Roca). (2003, 19 de julio).

DIF. (2000). *Censo de Atención a Familias Jornaleras.* Jalisco: DIF, mecanoscrito.

Florez, N. (2006). Transformaciones del trabajo agrícola en México. Análisis comparativo entre los años 1993 y 2003. Ponencia presentada en *V Congreso de la Asociación Nacional de Estudios del Trabajo,* 17-19 de mayo, Oaxtepec. México.

Fruticultura Sur. (2007, 3 de septiembre). En www.fruticulturasur.com

Graziano da Silva, J. (1999). Agroindústria e globalizacâo: O caso du laranja do Estado de São Paulo. En J. S. Cavalcanti (Org.), *Globalizaçao Trabalho Meio Ambiente. Mudanças socieconômicas em regioes frutícolas para exportaçao.* Recife: Editora UFPE.

Harvey, D. (1992). *A condicào post-moderna.* San Pablo: Ed. Loyola.

Hispanofruit, Trade Latin América. (2003, primavera).

INDEC. (2007). *Complejos agroexportadores.* Buenos Aires: INDEC, Dirección Nacional de Estadísticas del Sector Externo.

Lara Flores, S. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara Flores, S. (2006a). Mercado de trabajo rural, nuevos territorios migratorios y organización de migrantes. Ponencia presentada en el *V Congreso de la Asociación Nacional de Estudios del Trabajo*, 17-19 de mayo, Oaxtepec, México.

Lara Flores, S. (2006b). Reseña bibliográfica del libro *La calidad es nuestra, la intoxicación, ¡de usted!* de José Luis Seefoó. *Revista de Estudios Agrarios y Agroalimentarios, 25*, (Buenos Aires: PIEA-IILHES).

Lara Flores, S. (2006c, julio-diciembre). Circulación territorial y encadenamientos migratorios de los jornaleros agrícolas en el noroeste del país. *Teoría y Pesquisa, 49*, pp. 13-34, (San Pablo). [ISSN:0104-0103].

Lara Flores, S. y Ortiz, C. (2004). Alternativas organizativas de los trabajadores agrícolas migrantes, Informe de Trabajo, *Instituto de Estudios del Trabajo,* México.

Mateos, M. y Razquin, A. (1999). Las transformaciones en la gran distribución minorista -su impacto en la cadena de frutas y hortalizas. En R. Maluf y J. Wilkinson (Orgs.), *Questoes metodológicas e de pesquisa.* Río de Janeiro: Redcapa; UFRRI-CPDA; Mauad.

Murmis, M. y Bendini, M. (2003). Imágenes del campo latinoamericano en el contexto de la mundialización. En M. Bendini, S. Cavalcanti, M. Murmis y P. Tsakoumagkos (Comps.), *El campo en la sociología actual: una perspectiva latinoamericana.* Buenos Aires: Editorial La Colmena.

Murmis, M. y Feldman, S. (1996). De seguir así. En L. Beccaria y N. López (Comps.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina.* Buenos Aires: Unicef; Losada.

Neiman, G. (2003). La calidad como articulador de un nuevo espacio productivo y de la organización del trabajo en la vitivinicultura mendocina. En M. Bendini, S. Cavalcanti, M. Murmis y P. Tsakoumagkos (Comps.), *El campo en la sociología actual: una perspectiva latinoamericana.* Buenos Aires: Editorial La Colmena.

Preiss, O. (2006). El complejo de fruta de pepita en Río Negro y Neuquén. En S. Gorenstein y V. Viego (Comps.), *Complejos productivos basados en recursos naturales y desarrollo territorial*. Bahía Blanca: Ediuns.

Preiss, O. y Díaz, N. (2003). Exportaciones de pera y manzana de Río Negro y Neuquén. Inserción en el mercado mundial y factores que condicionan su competitividad. Ponencia presentada en *PIEA*. Obra en CD.

Pritchard, B. (2000). The tangible and intangible spaces of agro-food capital. Ponencia presentada en el *X Congreso Mundial IRSA*. Río de Janeiro, Brasil. Mimeo.

PRONJAG. (1999). *Diagnóstico sobre los jornaleros agrícolas migrantes en Baja California Sur, el caso del municipio de La Paz*. La Paz: Programa de Investigación regional en Ciencias Sociales; Universidad Autónoma de Baja California Sur; SEDESOL.

Secretaría de Fruticultura de Río Negro, Argentina. (2007). *Costos referenciales de producción y empaque temporada 2006-2007*. En www.sefrn.gov.ar

Radonich, M.; Steimbreger, N. y Ozino, M. (1999). Cosechando temporadas. En M. Bendini y M. Radonich (Coords.), *De golondrinas y otros migrantes. Cuaderno GESA* 2. Buenos Aires: Editorial La Colmena.

Sabourin, E.; Caron, P. y Tonneau, J. (2005). Dinámicas territoriaes e trajetorias de desenvolvimento local: reflexões a partir de experiências no Nordeste brasleiro. *Raízes, 24*(1-2), (Campina Grande).

SAGARPA. En http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

Senasa. (2007). Informes. En www.senasa.gov.ar.

Steimbreger, N. (2004). *Trayectoria y organización de una empresa frutícola en el marco de la reestructuración productiva*. Tesis de Maestría en Sociología de la Agricultura Latinoamericana, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue. Inédito.

Tsakoumagkos, P. y Bendini, M. (1999). Transformaciones agroindustriales y nuevas posiciones laborales. En M. Bendini y P. Tsakoumagkos (Coords.), *Transformaciones agroindustriales y laborales en nuevas y tradicionales zonas frutícolas del norte de la Patagonia, Cuaderno GESA 3, PIEA 10*. Buenos Aires: FCE-UBA.

Tsakoumagkos, P. y Bendini, M. (2002). Modernización agroindustrial, demanda laboral y precarización. *Trabajo y Sociedad, 3*.

El trabajo en la agricultura: Un recuento sobre América Latina*

Parienta pobre de las industrias del hombre, la Agricultura guarda simetría con la Música, parienta pobre de las artes, en cierto sentido.

Paul Chalus

Introducción

Hablar de una Sociología del Trabajo en el ámbito de la agricultura es complejo. El estudio del trabajo en dicho sector ha sido considerado, sistemáticamente, como una tarea sumamente difícil. Entre otras cosas, por las particularidades que adoptan allí los procesos de trabajo y las formas de empleo.

Esto es así, especialmente porque el proceso de trabajo en la agricultura se encuentra condicionado a un bien natural que es la tierra, así como al carácter monopolizable y escaso de este bien, mientras en la industria este proceso se apoya en bienes socialmente producidos. En segundo lugar, por las diferencias debidas a los factores naturales que intervienen en los procesos de trabajo, como lo son: las distintas fertilidades del suelo, el clima, el agua, la cercanía a los mercados, el carácter perecedero de los productos, los ciclos biológicos, etcétera. Estos

* Extraído de Lara, S. (2006). El trabajo en la agricultura: Un recuento sobre América Latina, pp. 323-343. En E. De la Garza (Coord.), *Teorías sociales y estudios del trabajo: nuevos enfoques*. Barcelona; México: Anthropos; UAM-Iztapalapa. [ISBN 84-7658-789-9].

problemas necesariamente han afectado el contenido del trabajo y las formas de empleo agrícolas a lo largo de la historia, dificultando, entre otras cosas, su medición y conceptualización.

No obstante, el problema metodológico mayor resulta del hecho de que las labores agrícolas se pueden ejecutar en diferentes escalas de producción, lo que permite que haya múltiples combinaciones entre las unidades productivas que intervienen en el sector, de tal manera que en cada tipo de producción pueden coexistir trabajadores asalariados con trabajo familiar (cfr. Ferreira y Klein, 1988, p. 2). En este sentido, hablar de trabajo o de empleo en la agricultura remite necesariamente a un maridaje entre empresa capitalista y campesinado.

Es probable que esta sea la razón por la cual, durante décadas, ni siquiera pudiera hablarse de una Sociología Rural o Agraria, propiamente dicha, como un campo disciplinario diferente al de la Economía y de la Antropología, ya que los aportes de estas disciplinas han sido fundamentales para el estudio de esta relación que históricamente ha marcado a la agricultura.[1]

Podría decirse, por eso, que en América Latina la Sociología del Trabajo ha tenido que esperar hasta finales del siglo XX para conformarse como un campo disciplinario, con un sujeto de estudio propio. A partir de que el proceso de globalización, el surgimiento de un nuevo orden agroalimentario mundial y los mecanismos de ajuste estructural hicieron sus efectos en la región, la Sociología se interesa por los mecanismos de reestructuración del sector agropecuario y de las empresas que en él se insertan, las políticas gerenciales y las nuevas estrategias productivas que han puesto en marcha las empresas, los mercados de trabajo que se crean en tomo a esta agricultura moderna, así como las nuevas modalidades de trabajo y empleo.

En este texto, hacemos un recuento de ese largo camino que han seguido los estudios en América Latina, desarrollando las corrientes teóricas que más han influenciado a este pensamiento.

1. Giarracca (1999) menciona que durante la primera mitad del siglo XX tan solo podría hablarse de un pensamiento social agrario, más que de las ciencias sociales. No había aparecido la "profesión" del investigador social.

De los fisiócratas a la "cuestión agraria", antecedentes de un pensamiento latinoamericano

Se considera a Olivier de Serres como el padre de la agricultura por su célebre obra intitulada *Théâtre d'Agriculture,* publicada en 1600, texto que se conocería en Inglaterra, Suiza, Italia y los Países Bajos, por los experimentos agronómicos de su autor, y preconizar la utilización de prados artificiales, la rotación de cultivos, el uso de abonos orgánicos y de labores profundas, con el fin de incrementar la productividad en la agricultura.

No obstante, dice Augé-Laribé (1955), nada agregaría Olivier de Serres al conocimiento de los mercados y menos aún de las condiciones de trabajo. No será hasta que los fisiócratas se interesen por la agricultura, que esta vuelva a ser objeto de estudio, no solo en sus aspectos técnicos y agronómicos sino en un sentido más amplio, que busca comprender su importancia en el desarrollo económico. Es esta una de las preocupaciones de los fisiócratas.

El movimiento fisiocrático comienza, como tal, poco después de 1740, cuando se publica el *Journal Économique,* pero es con François Quesnay (1694-1774) con quien se desarrolla verdaderamente resumiéndose en una serie de máximas entre las cuales, la más importante es la siguiente: "la tierra es la única fuente de riquezas y la agricultura es la que las multiplica" (*op. cit.*, pp. 62-64).

Gracias a los fisiócratas comienza a hablarse de la "nueva agricultura", ejerciendo una influencia efectiva en los grandes propietarios y en los administradores.[2] Sus ideas se propagan rápidamente en Europa, sin embargo, las prácticas agrícolas continúan determinadas por las circunstancias locales de cada país y por la presencia de terratenientes y pequeños agricultores que difícilmente se interesarían o tendrían las condiciones para incorporar las novedades tecnológicas y organizativas que ellos preconizaban.

2. A partir de sus escritos se crearon varias instituciones agrícolas, sociedades de agricultura, escuelas de enseñanza, y, lo más significativo, se abolieron distintas restricciones que impedían la trashumancia de ganado y el comercio de cereales. En Francia, se introducen, imitando y perfeccionando, algunos instrumentos ingleses de labranza, especialmente la sembradora manual y el arado.

El pensamiento de los fisiócratas es retomado en gran medida por Adam Smith y por Ricardo, mientras que será severamente criticado por Marx al analizar la teoría del valor, concretamente, con respecto a su noción de la agricultura como única fuente de riqueza desde el punto de vista capitalista. En el capítulo XIX de *El Capital*,[3] Marx plantea esta crítica, señalando que la agricultura capitalista es, en efecto, como lo vislumbraban los fisiócratas, resultado de la empresa de arrendatarios que producen en gran escala, cuyo motivo propulsor es la obtención de plusvalía, pero advierte que el cultivador inmediato es el obrero asalariado. De esta manera, agrega, la única fuente de riqueza es en realidad la plusvalía generada por este obrero, y no la tierra ni la agricultura en sí misma. En este sentido, el pensamiento de Marx pone el acento en el trabajo como generador de valor.

El tema de la renta del suelo se convierte, para Marx, en un punto clave del análisis del capitalismo en la agricultura. Este tema, y el tratamiento que de él hace, será retomado ampliamente más tarde para comprender la persistencia de formas no capitalistas en la agricultura. Asimismo, será importante su planteamiento sobre la inexorable tendencia a la proletarización del campesinado en el régimen de producción capitalista. Fue famosa la consideración que hizo en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* acerca del campesinado, como una clase conservadora, en vías de desaparición.

De esta postura de Marx se desprenderá toda una polémica que perdura largamente y que marcará el análisis de la agricultura como rama productiva y la manera como los grupos sociales intervienen en ella.

Los aportes de Karl Kautsky (1890-1914) al respecto fueron relevantes.[4] En su obra se retoma nuevamente la idea de la inevitable supremacía de la gran explotación capitalista, en la cual considera que existe no solo una economía de recursos y especialización sino una división del trabajo que la hace más eficiente. En contra, plantea que la pequeña explotación diversificada supone un trabajo excesivo y desperdicio de

3. "Estudios anteriores sobre el tema" (Marx, 1867/1972, pp. 321-349; t. 2 c. 19). Publicado originalmente en alemán en 1885.

4. Su obra, *La cuestión agraria,* fue escrita a propósito del congreso de Frankfurt en 1894 y estuvo sumamente influenciada por la lectura del tomo III de *El Capital* (Marx, 1867/1972). Fue originalmente publicada en alemán en 1898 y en francés en 1900, con un prefacio a la segunda edición.

recursos. No obstante, Kautsky observa la estrecha relación que guarda la empresa capitalista y la economía campesina. En la medida en que el campesinado se va viendo compelido a afrontar sus necesidades económicas utiliza su tiempo de trabajo sobrante desempeñándose como asalariado, hasta el momento en que resultándole irracional la producción agrícola venderá sus tierras. Es decir, plantea la proletarización como un proceso lento, que en ocasiones permite mantener la parcela como una actividad secundaria, en la que el trabajo de mujeres, niños y ancianos es una muestra de su degradación. A la vez, señala cómo las empresas encuentran en este campesinado una fuente de mano de obra temporal y un mercado para sus productos.

En vísperas de la revolución rusa, entre 1895-1896, Lenin, escribe su análisis sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*[5] llegando a conclusiones similares a las de Kautsky. En dicha obra, Lenin platea, además de la inevitable concentración de tierras y extensión de la gran propiedad, la descomposición del campesinado y su ineludible proletarización, otorgando al proletariado rural un papel revolucionario que el campesinado no muestra.[6] En su obra hace un análisis minucioso de las clases sociales en el agro ruso, el cual será retomado ampliamente más tarde, cuando se estudie la estructura agraria en los países latinoamericanos.

Lenin será un acérrimo crítico de los populistas, entre quienes se encontraba Alexander Chayanov. La obra de Chayanov tiene un papel significativo en esta polémica, pues valoriza el trabajo de la llamada unidad económica campesina, mostrando que, lejos de tender hacia su desaparición ofrece una gran capacidad para reproducirse gracias a la diversificación de actividades y a una lógica de producción que tiene como base la familia y sus ciclos demográficos. A partir de ello, estudia la manera sobre cómo dicha unidad doméstica logra un equilibrio entre el número de consumidores y de trabajadores lo cual determina el volumen de su actividad económica (Chayanov, 1974).

5. El prefacio de la segunda edición se escribe en 1907. Allí reconoce el trabajo de Kautsky como la obra más notable sobre la evolución capitalista en la agricultura, después del tomo III de *El Capital* (Marx, 1867/1972).

6. Cabe mencionar la importancia que tiene en Lenin la obra de Marx sobre *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* en donde expresa el carácter reaccionario y tradicional de los campesinos y su incapacidad para representarse a sí mismos.

Pero si es importante traer a mención estas obras y sus conclusiones, es por la relevancia que estas tendrían en el pensamiento latinoamericano de los años setenta, al influir en los temas que serán abordados y en los enfoques que serán desarrollados, generando importantes polémicas sobre el destino del desarrollo capitalista y el papel que en ello juega el campesinado.

Hacia un pensamiento latinoamericano sobre la agricultura y su papel en el desarrollo

Si bien la sociología norteamericana tendría cierta influencia en el pensamiento latinoamericano sobre el mundo rural, poca sería su aportación al estudio del trabajo.

Por mencionar aquellos que serían más importantes, debemos de considerar los estudios de Ferdinand Tönnies para construir una conceptualización sobre el llamado *continuum folk* urbano que tendría gran acogida en la sociología norteamericana, y más tarde en la antropología mexicana, después de que Robert Redfield hiciera su estudio en Tepoztlán (1930) y Lewis criticara sus propuestas (1979).[7] De la misma manera, el concepto de "bien limitado" de Foster (1967), que busca interpretar los mecanismos de distribución y equilibrio que llevan a mantener la homogeneidad al interior de las comunidades campesinas.

Otro estudio que tuvo una influencia importante en el pensamiento latinoamericano fue el de Eric Wolf sobre *Los campesinos* (1975), porque construye una teoría crítica sobre el campesinado. Apoyándose en Chayanov, analiza la racionalidad campesina y señala el doble carácter de la producción campesina como unidad económica y como hogar. Busca explicar las causas de la persistencia de las sociedades campesinas, tanto en la capacidad organizativa que estas tienen, así como en el tipo de relación que establecen con el mundo exterior.

Los libros de estos autores se convertieron en clásicos de la literatura latinoamericana para los estudiosos del mundo rural, sin embargo, no es

7. Véase Robert Kemper (1990).

hasta que se desarrollan las tesis de la CEPAL y más tarde las de la dependencia que se configura un pensamiento verdaderamente latinoamericano sobre el desarrollo. Entre los estudios de carácter antropológico y los nuevos enfoques cepalinos y de la dependencia había una enorme brecha, pues los primeros parten de una concepción del campesinado como un grupo homogéneo, cuyos contactos con el exterior refuerzan la conformación de comunidades corporativas cerradas. En tanto los nuevos enfoques van a cuestionar esta visión y enfatizar en la heterogeneidad del campesinado, como resultado de un dualismo estructural (Cancian, 1991).[8]

En el seno de esta visión estructuralista, la CEPAL junto con la Oficina Internacional del Trabajo, elaboran una serie de estudios relacionados con los efectos de la modernización, y más particularmente de la llamada "revolución verde" en el empleo rural. Después de que las reformas agrarias en América Latina dejaran de ser un símbolo del progreso social y uno de los compromisos base de los países que firmaron en 1961 la Carta de Punta del Este, la tecnología aparece como la panacea para resolver los graves problemas de la agricultura. Con apoyo de la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), el Banco Interamericano de Desarrollo y el Banco Mundial[9] se extiende el uso de paquetes tecnológicos, junto con la construcción de grandes obras de riego, dando lugar a la llamada "revolución verde".

Las definiciones de desarrollo rural se multiplican entre economicistas y tecnicistas, estructuralistas y neoclásicos, y el tema de las reformas agrarias cobra importancia (Kay, 2000). Asimismo, el libro de T.W. Schultz, *Transforming traditional agriculture*, se pone en boga y marca el principio del extensionismo (De Márquez, 1983, p. 34).

El impresionante desarrollo de la mecanización en la región, en comparación con las demás regiones en vías de desarrollo, tiene lugar a partir

8. Las teorías de la CEPAL destacaron el papel marginal de las agriculturas latinoamericanas en la División Internacional del Trabajo, al colocarse como productoras de materias primas, a bajo costo, para los centros industriales. El dualismo estructural fue considerado como la principal característica del subdesarrollo. Para Prebisch (1950), centro y periferia se constituyen históricamente como resultado de la propagación desigual del progreso técnico en la economía mundial, producto de la tradicional división internacional del trabajo (DIT). Los centros concentran los frutos del progreso técnico, beneficiándolos, imposibilitando el desarrollo de la periferia.

9. Dichas instituciones suministraron crédito agrícola y asistencia técnica a la región por 915 millones de dólares entre 1960 y 1968.

de la década de los sesenta. Su concentración regional, así como en las grandes explotaciones, y la gravedad del desempleo y del subempleo que genera, fueron temas que se abordaron en estas investigaciones.[10] Los efectos de la introducción de maquinaria y de tecnología moderna (semillas mejoradas, plaguicidas, mecanización, etc.) sobre el empleo rural se convirtieron en un tema de interés de sociólogos, economistas y agrónomos, en varios países de América Latina (*ídem*, 1983).

Por su parte, la llamada corriente dependentista se extendió con fuerza en este período y dio lugar a un buen número de estudios en varios países de América Latina, entre los que se encuentran los trabajos de Gunder Frank, Theotonio Dos Santos, Ruy Mauro Marini y Pablo González Casanova. Giarracca señala que estos autores impugnaron los supuestos de las teorías sociales norteamericanas. El dependentismo realizó una crítica al enfoque dualista que predominaba en la sociología de la época. En tanto la teorización acerca del "colonialismo interno" se usó como referente para explicar las desarticulaciones sociales y regionales en América Latina, oponiéndose a la teoría del *continuum folk* urbano (Giarracca, 1999, pp. 14-15).

Más tarde, las tesis de la CEPAL, así como las del dependentismo fueron ampliamente criticadas bajo el enfoque de la llamada Cuestión Campesina, que retomaría el análisis en términos de modos de producción y de relaciones sociales de producción. Los aportes de la sociología francesa al respecto fueron especialmente importantes.

A pesar de la riqueza del pensamiento latinoamericano, el estudio del trabajo en la agricultura se limitó al análisis de la productividad del trabajo y a los efectos de la mecanización en el empleo, tanto en las grandes explotaciones capitalistas como en las unidades campesinas que habían incorporado los métodos de la revolución verde (Abercrombie, 1974; Ferreira y Klein, 1988; De Márquez, 1983).[11]

---

10. En 1969 se calculaba, en promedio, un tractor cada 200 ha de tierra en América Latina, mientras que en el Cercano Oriente era de uno cada 440 ha, de uno cada 560 ha en África y uno cada 1.540 ha en el Lejano Oriente. La tercera parte de la maquinaria en América Latina se encontraba concentrada en Argentina y otra tercera parte entre Brasil y México (Abercrombie, 1974, p. 58).

11. Una crítica de lo que significó la *revolución verde* en México se encuentra en Hewitt de Alcántara (1978) y Paré (1975 y 1976).

El proceso de proletarización, las formas de subsunción del trabajo al capital y el sindicalismo rural

Las décadas de los años setenta y ochenta serán ricas en estudios teóricos y empíricos sobre la estructura agraria, las clases sociales en el campo, las formas mediante las cuales se somete el trabajo campesino al capital, los diferentes tipos de trabajadores agrícolas, sus condiciones laborales y sus procesos de sindicalización.

La preocupación por el estudio de las estructuras agrarias había sido tema desde un enfoque estructuralista, y en ese marco deben mencionarse los trabajos realizados por el Centro Interamericano de Desarrollo Agropecuario en siete países de América Latina, los cuales elaboraron una tipología de los productores, mostrando la importante concentración de la tierra y de los recursos.[12] Más del 60% de las familias de la región fueron caracterizadas como de estatus inferior, o sea como operadores de "explotaciones subfamiliares" y trabajadores sin tierra.[13]

Sin embargo, más tarde surge un importante cúmulo de estudios sobre las estructuras agrarias y los procesos de proletarización o asalariamiento. Algunos de ellos recurrieron al análisis de las clases sociales en el campo.[14] En ese sentido, vuelve a tomar vigencia el trabajo de Lenin (1899/1971) sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia.*

Algunos de estos estudios hacen una crítica a las investigaciones con enfoque estructuralista, por su manera de conceptualizar a las clases a partir del tipo de propiedad de la tierra, la extensión de esa propiedad y otros elementos como acceso al crédito, maquinaria, etc.[15] Por el contrario, retomado a Lenin, analizan las clases en el campo en base a la relación que estas guardan con los medios de producción y el papel que

12. Véanse Barraclugh y Domike (1975), Informe del CIDA (1975) y CIA (1974).

13. Según estimaciones del Banco Mundial, basadas en las estadísticas de la OIT, *Yearbook of Labor statistics, 1971 y 1972,* solamente los trabajadores sin tierra representaban el 35% de la población activa en la agricultura, siendo Brasil, México y Colombia en donde esta población era más numerosa.

14. Véanse Stavenhagen (1969); Pozas y Horcasitas (1971); R. Bartra (1974a); Paré (1977); Murmis (1967); Viñas (1973); Archetti (1974); Archetti y Stölen (1975); Bengoa (1979); Pereyra (1985).

15. Roger Bartra, por ejemplo, criticaba la manera como el Centro de Investigaciones Agrarias (CIA, 1974) había estudiado esta estructura, delimitando como clases a los ejidatarios, minifundistas privados, propietarios medianos, grandes terratenientes y jornaleros agrícolas (1974a, p.149).

desempeñan en la organización del trabajo. De esta manera, se distingue a la burguesía rural del proletariado, y es en este momento que se inicia toda una polémica en cuanto al carácter de clase del campesinado, en la que intervendrían antropólogos, sociólogos, agrónomos, economistas e historiadores.[16] Otros trabajos no entran en la polémica, pero analizan la estructura agraria y la importancia del trabajo asalariado.[17]

Así, el tema del trabajo en la agricultura toma relevancia, sin embargo, más que analizar el trabajo en sí mismo, la preocupación se centra en conocer los mecanismos que determinan la extracción de plusvalía y, en ese sentido, el carácter de clase de los distintos sectores que intervienen en la agricultura. En esta discusión influiría de una manera muy importante la sociología francesa.

Por ejemplo, las tesis de Samir Amin (1977) replantean la definición del subdesarrollo como consecuencia de la expansión del capitalismo. Amin propone un análisis en términos de modos de producción y de formaciones económicas, de cuya articulación resulta un intercambio desigual por el mecanismo de transferencia de la renta. Este autor plantea que en la periferia el proletariado no está constituido únicamente por trabajadores asalariados de las grandes empresas modernas, también está compuesto por masas de campesinos integrados a los intercambios mundiales y, como tales, pagan el precio del intercambio desigual. Estas tesis serán discutidas y enriquecidas con estudios regionales en América Latina que buscan explicar la situación particular del campesinado. De esta manera se retoma la teoría marxista sobre la renta del suelo, así como la discusión acerca del carácter precapitalista de la producción campesina.[18]

Otros autores con influencia relevante en esta discusión fueron Claude Servolin (1972), Claude Faure (1978) y Pierre Philipe Rey (1973). El concepto de "articulación de modos de producción" sirvió como eje para el análisis de esa compleja relación entre agricultura campesina y empresa

16. En México fue muy amplia la discusión y se generó una importante cantidad de textos. Véanse, entre otros, A. Bartra *et al.* (1979); Feder (1977).

17. Por ejemplo, Gómez y Echenique (1988); Venegas y Rodríguez (1989).

18. De Argentina, ver Archetti y Stölen (1975) y Flichman (1977), citados por Giarracca (1999). De México, ver R. Bartra (1974 y 1974a); A. Bartra (1976), entre otros múltiples estudios.

capitalista, teniendo como centro el tema de la renta del suelo y el intercambio desigual. Por su parte, las tesis de Claude Meillessoux (1975) fueron sugerentes para comprender el papel de la comunidad campesina en la reproducción de la fuerza de trabajo que requiere el capital.

Sin embargo, en la década de los setenta tiene lugar un cambio significativo en el sistema productivo, provocado por la expansión de las industrias trasnacionales productoras de semillas, insumos y alimentos procesados. Este fenómeno impactaría de manera diferente a los distintos países de la región.[19]

Si bien la expansión agroindustrial y de agronegocios a escala mundial es un fenómeno más antiguo,[20] las numerosas transformaciones tecnológicas lo potencian y provocan cambios significativos en el campo latinoamericano. Es esto lo que lleva a poner la atención en este fenómeno, así como en las modalidades que adopta y las formas de trabajo que se desarrollan.[21]

Esta problemática lleva a discutir la situación de clase de los campesinos y asalariados que intervienen en esos procesos productivos ligados a las agroindustrias,[22] por lo que se recurre al análisis de Marx sobre la subsunción real y la subsunción formal. Rostas Vergopoulos en su "capitalismo disforme" (1977) plantea que la agricultura está sometida de hecho al capitalismo, y los campesinos se convierten en "asalariados a destajo o a domicilio", pero no de tal o cual patrón en particular, sino del sistema capitalista en su conjunto (*ídem*, p. 235). Pero, al mismo tiempo, esta problemática llevó a interesarse en las distintas formas de empleo y en las condiciones de trabajo de los asalariados que participan en agroindustrias y agronegocios de exportación.

19. Por ejemplo, mientras en Argentina se resaltaba el proceso de "agriculturización" de la región pampeana; en México se señalaba el grave fenómeno de "ganaderización" de la agricultura, no solo por la expansión de zonas ganaderas sino por la extensión de zonas de productos forrajeros (sorgo, soja, etc.) para las grandes empresas productoras de alimentos balanceados. Ver Giarracca (1999); Rama y Rello (1979).

20. La primera oleada de inversiones estadounidenses en la agroindustria latinoamericana se produce a principios del siglo XX, cuando aparecen las compañías norteamericanas plataneras y azucareras. Un flujo continuo, aunque pequeño en la industria procesadora de alimentos, siguió durante las cinco décadas siguientes, hasta que a principios de los sesenta se produce un nuevo brote de inversiones que se intensifica en los años setenta (Burbach y Flynn, 1979).

21. Existe una muy abundante investigación al respecto, en varios países de América Latina.

22. Véanse A. Bartra (1979) y Giarracca (1985).

Así, aparece un buen número de estudios que realizan tipologías de los trabajadores agrícolas, basándose en su relación con la tierra (con o sin tierra), las formas de empleo (temporal o permanente), el lugar de residencia (local o migrante), la calificación, etc., a la vez que analizan las condiciones en los que estos trabajadores son contratados, en las que viven y laboran.[23]

Algunas síntesis sobre la situación en América Latina señalaron las tendencias más importantes del empleo y el trabajo en la agricultura.[24] Mostraron, en primer lugar, las dificultades para su medición, la ambigüedad jurídica del carácter del trabajo asalariado en la agricultura, en comparación con el trabajo en otros sectores; la relación simbiótica que sigue permaneciendo entre latifundio y minifundio a través del mercado de trabajo; el incremento, en términos de volumen de población, de los trabajadores asalariados en relación con los propietarios de tierra. En segundo lugar, se resalta la precariedad de las condiciones de empleo, con respecto a la estabilidad y los derechos sociales correspondientes; la tendencia que se muestra en todos los países en cuanto a la disminución de los trabajadores fijos y el incremento del empleo temporal; las formas de remuneración del trabajo no solo en dinero sino en especie o el pago por tarea. En tercer lugar, la necesidad, para una parte importante de los trabajadores agrícolas, de desplazarse para encontrar trabajo, y en ese sentido la importancia de las migraciones, el incremento de aglomeraciones rurales, villorrios o campamentos, en donde se concentra la mano de obra asalariada (principalmente en Chile, Brasil y México), así como la relevancia que adquieren los agentes de contratación y reclutamiento de esta mano de obra temporal.

También, se estudia la continua polarización y diferenciación o segmentación al interior de la clase trabajadora, en particular entre los trabajadores fijos y los temporales, los calificados y los no calificados, los locales y los migrantes, las mujeres y los hombres. En particular se crea toda una discusión acerca de la existencia de un "semiproletario", condición que se derivaría de su relación con la tierra (Cancian, 1991, p. 225; Paré, 1977, p. 50).

23. Véanse Errandonea (1970); Aguirre Beltrán y C. de Grammont (s.f.); Paré (1977); Vanackere (1988); Forni y Benencia (1988); Caballero (1978); Llambí (1985); Urrea (1985).

24. Ver CEDAL-EHESS (1984); Klein (1985); Neffa (1986).

Asimismo, el tema de la sindicalización atrae una fuerte atención, sobre todo en Brasil por el movimiento de "los sin tierra". Pero fue también un tema abordado en otros países, para mostrar sus dificultades y potencialidades, mostrando que las luchas de los obreros agrícolas adquieren un carácter particular relacionado no solo con demandas laborales sino con respecto al problema del acceso a la tierra y a la ciudadanía.[25]

Por otra parte, aparece un marcado interés por el fenómeno de la incorporación de las mujeres como trabajadoras agrícolas de agroindustrias y agronegocios, principalmente en agricultura de exportación. Se estudian las condiciones de trabajo y de vida de estas mujeres, y se busca la explicación de dicha incorporación, así como de las limitaciones o dificultades para su participación sindical.[26]

La década de los ochenta termina habiendo generado una importante producción sobre el tema del empleo y de los trabajadores agrícolas, dándole visibilidad a un grupo social que había sido ignorado. Pero sin dejar de mantener como preocupación la relación de este asalariado o "proletariado agrícola" con el campesino, sus alianzas y contradicciones, así como las condiciones de clase de estos grupos sociales.

Nuevo sistema agroalimentario mundial: el debate sobre el fordismo/posfordismo

Los nuevos paradigmas

Ya desde la década de los ochenta una serie de fenómenos que se suceden a nivel mundial llevan a repensar la agricultura a partir de nuevos paradigmas, y es en este momento en el cual, podríamos decir, la Sociología Rural y la Sociología Agraria o de la Agricultura tienden puentes con la Sociología del Trabajo al interesarse en problemas estructurales que atañen al conjunto de los sectores productivos.

25. El tema es ampliamente analizado, incluso para demostrar el carácter combativo de esta clase social. La bibliografía es muy extensa, pero podemos mencionar las investigaciones que elaboró para Brasil Vera Botta Ferrante (s.f., 1987, 1991), además de González Sierra (1994); Bartra (1977); C. de Grammont (1986).

26. Ver León (1982); Deere y León (1986); Medrano (1982); Venegas (1992); Mones (1986); Arizpe y Aranda (1981), Roldán (1981), Rooner (1981); Lara (1988, 1988a, 1991).

La globalización se convierte en el marco general de análisis de una serie de procesos generales que adoptan sus especificidades en la agricultura, dando lugar a lo que ha sido denominado el "nuevo orden agroalimentario mundial".

Es hacia esta nueva realidad donde la Sociología que se ocupa del mundo rural y de la agricultura va a enfocar su mirada, dejando atrás las preocupaciones que la tuvieron obnubilada durante, prácticamente, todo el siglo XX. Me refiero a esa estrecha y conflictiva relación entre agricultura capitalista y economía campesina, entidades que serán vistas, ahora, como unidades que se integran y combinan a través de las cadenas agroalimentarias.

Diversos autores coinciden en señalar que los cambios en el sector agroalimentario se larvan desde la década de los setenta, cuando se expanden por toda América Latina las empresas trasnacionales (ET) productoras de semillas, maquinaria, insumos y alimentos balanceados, vinculados a la revolución verde; al mismo tiempo que se extienden las industrias procesadores de alimentos para un nuevo consumo de masas, lo que refleja un cambio en las dietas rurales por dietas urbanas, producto de la intensificación de la migración rural-urbana (Lara, 1998).

Teubal (1999) señala que el concepto de "complejo agroindustrial", que se acuña en ese momento para dar cuenta de estas nuevas configuraciones empresariales, planteó una perspectiva crítica al poner énfasis en las relaciones asimétricas que surgen en su interior. Estos complejos que se caracterizan por una "integración vertical" pueden adoptar distintas modalidades.[27] En estas, el grado de autonomía que logra mantener el productor agropecuario dependerá de múltiples factores, que se manifiestan en diferentes formas de subordinación del campesinado a las empresas agroindustriales.

Los efectos económicos y sociales que provocó la expansión de estas transnacionales en América Latina fueron señalados por distintos autores, y el tema de la agroindustria adquirió relevancia en el periodo.[28] Llambí

27. Se destaca la integración vertical plena, en donde la empresa es dueña de los medios de producción de las etapas anteriores, la contractual o de "agricultura a contrato" que incorporan a productores familiares independientes con el procesamiento centralizado o la unidad de exportación o de compra, y la cooperativizada o asociativa (Teubal, 1999, p. 107).

28. Véanse Rama (1977); Trajtemberg (1977); Arroyo (1977, 1979); Rama y Rello (1979); Rama y Vigorito (1979); Vigorito (1979); Burbach y Flyn (1983); Suárez (1983); Programa de Integración Agricultura-Industria (1987).

(1993 y 1996) considera los trabajos de Friedland de inicios de los años setenta como los estudios pioneros sobre los complejos agroindustriales, así como el famoso texto de Sanderson (1986) sobre el "becerro global".

Pero, como señala Wilkinson, en algún punto de la década del setenta el mundo comenzó a cambiar. Nuevos niveles de bienestar económico y la saturación de una "frontera de consumo extensivo" decretaron el fin de la estrategia de marcas de "producto único". Para sobrevivir, la industria alimentaria tuvo que cambiar e incorporar innovaciones tecnológicas de orientación "multiproducto" más radical. Las empresas se diversifican, tanto para responder a las tendencias más volátiles y segmentadas de la demanda como para adaptarse a la lógica de la distribución y *marketing*. La competencia en el mercado, ahora orientada por la demanda, desafía de manera más radical las tecnologías de transformación y conservación industrial (propia de la agroindustria tradicional), al incorporar tecnologías de preservación que permiten introducir el producto agrícola como producto final, con "vida propia" (2002, p. 151-155).

Esta situación representó una profunda reestructuración del sistema agroalimentario, lo que supuso cambios cualitativos, tanto a nivel de los procesos de producción como de distribución y comercialización de los productos, en donde los avances en tecnologías de enfriamiento y de conservación fueron significativos, de tal manera que fue posible beneficiarse a nivel mundial de una amplia variedad de frutas y hortalizas de estación a lo largo del año. A la par, la distribución de estos alimentos adquiere un carácter global.

En este contexto surge un conjunto de enfoques que van desde el estudio de las cadenas de productos primarios para exportación/importación, los estudios sobre sistemas de proveedores verticales y aquellos basados en el enfoque de la globalización que van a dar lugar a todo un debate acerca del posfordismo (Bendini y Steimbreger, 2003).

El debate fordismo/posfordismo, producción flexible

El enfoque de la globalización penetró en el conjunto de las ciencias sociales para dar cuenta de una serie de transformaciones económicas e institucionales

en el desarrollo del capitalismo mundial. A este enfoque se vincula el análisis sobre la reestructuración productiva del sector agroalimentario.

Varios autores[29] señalan la importancia que tuvo el regulacionismo francés, para entender la globalización como resultado del agotamiento del régimen de acumulación fondista y del "modo de regulación keynesiano y de Estado benefactor".[30] Marsden considera que este enfoque alimentó los debates en la Sociología Agraria en los últimos quince años. Su desarrollo surgió de la necesidad de entender el desarrollo de las agroquímica y mecánica, juntamente con la ingeniería genética en la producción de plantas y animales, durante el período del proyecto desarrollista (1999, pp. 28-29).

No obstante, esta manera de analizar las transformaciones en el sector agroalimentario generó una polémica, que cuestionó la existencia misma del régimen fordista en la agricultura y su transición hacia el posfordismo. Dicho debate, se estaba dando en el seno de la Sociología del Trabajo en relación al conjunto de los sectores productivos. La industria automotriz sirvió de base para la comprensión de los distintos modelos de acumulación, tomando como ejemplo paradigmático el llamado "modelo japonés" y el caso de Toyota.[31]

Entre las posiciones más destacadas, en el campo de la Sociología de la Agricultura, se mencionan las de McMichael (1994), quien considera que son los factores económicos y estructurales los que llevaron a una transición del fordismo hacia el posfordismo y crearon un nuevo orden agroalimentario mundial. Considera que el régimen fordista se caracteriza por la estandarización de los bienes, incluyendo los alimentos. Dicho régimen se agota por las crecientes expectativas de los consumidores y la resistencia de las organizaciones laborales a los sistemas de disciplinamiento del trabajo. El desenlace está dado por los Acuerdos de Breton Woods, que proponen nuevos mecanismos de regulación.

29. Ver Llambí (1996); Marsden (1999); Bonanno (1999).

30. De acuerdo con los regulacionistas la estabilidad es obtenida a través de la creación de "regímenes de acumulación". Al conjunto de normas e instituciones que dan soporte a un régimen de acumulación se le denomina "modo de regulación". Así, cada periodo histórico es definido por un régimen de acumulación y por un modo de regulación al que está relacionado (Bonanno, 1999, p. 67).

31. Un cúmulo de investigaciones al respecto se generaron, tanto a nivel teórico como empírico. Un resumen de algunas de las posiciones se encuentra en Lara (1998).

El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial contribuyen al debilitamiento de los Estados nacionales. Añade que, si bien las formas de producción en masa prosiguen, el fordismo conduce al toyotismo (*Lean-Production*), como nueva forma de organización flexible de la fuerza de trabajo, y nuevos productos especializados compiten con las economías de masa.

La visión de la globalización y de los "modos de regulación" resultó severamente cuestionada por su carácter simplista y esquemático. Al subrayar los efectos homogeneizadores de este proceso se cayó en un determinismo económico. También forma parte de la polémica el papel de los Estados nacionales y de los distintos actores locales en la remodelación de los eventos globales. De esta manera, se incorporan al análisis de la alimentación y de la agricultura los conceptos de acción social y de contingencia, así como el de cadenas y redes agroalimentarias (Friedland, 1994; Long, 1996; Llambí, 1996; Bonanno, 1999; Marsden, 1999).

Friedland (1994) se opone a la visión que describe el actual sistema global en términos de posfordismo. Con base en el análisis del sistema de frutas y hortalizas frescas, plantea que es el segmento de la distribución el que, en realidad, se ha globalizado. Las empresas en los segmentos de la producción y en la venta, tienden a seguir siendo locales, regionales o nacionales, si bien acepta que muchos distribuidores están involucrados en la producción, especialmente a través del fenómeno de supermercadismo (Walmart, Carrefour, Metro, etc.).[32]

Por otra parte, Friedland argumenta que la presencia de pequeñas unidades de producción y la desintegración de un amplio sistema de integración vertical no representan el fin de la producción en masa y la emergencia de un sistema basado en la especialización flexible. Considera que la producción individualizada está altamente estandarizada (tamaño, color, forma, etc.) ya que los productos y los procesos de producción son estandarizados a través del control que ejercen las grandes corporaciones transnacionales. La presencia de una producción especializada, generada a escala artesanal (no masiva), orientada a segmentos de alto poder adquisitivo, no significa, dice, el fin del fordismo (Bonanno, 1999, pp. 77-79).

32. Con respecto a este fenómeno véase Wilkinson (2002, p. 157).

Al hablar de posfordismo también se ha puesto énfasis en la emergencia de una "dieta posmoderna" y en los requerimientos de una normatividad en la calidad de los alimentos, lo que responde a las preocupaciones crecientes en la salud y en el medio ambiente, llevando a la incorporación de tecnologías que aseguran esos objetivos. Esta situación remite a las contradicciones entre las viejas técnicas del fordismo mecanizado, que demuestran la rigidez de las máquinas y su inadecuación, frente a las nuevas técnicas del posfordismo basadas en las innovaciones de la biología y la bioquímica (Bye y Fonte, 1994; Lara, 1998).

Wilkinson (2002) observa que actualmente la identificación de calidad se asocia al consumo de productos no industrializados, particularmente frutas y verduras frescas, orgánicas, así como a aquellos que aproximan alimento y medicina ("alimentos funcionales"). Agrega, que los alimentos finales son cada vez más valorizados por los ingredientes que justifican su calidad para la salud, lo que crea un ambiente favorable para adopción de biotecnologías avanzadas. La utilización de biotecnologías incrementa la ventaja de las empresas basadas en la ciencia del perfeccionamiento de los alimentos finales, más que en las fases siguientes de transformación industrial. Las alianzas estratégicas están siendo establecidas entre empresas líderes en biotecnología, con los grandes *traders* y el sector primario de procesamiento.[33] Agrega que estas nuevas alianzas estratégicas deben ser llamadas *clusters.* En esta estructura, nuevos actores están ocupando segmentos importantes de la cadena de alimentos y sobre todo en el sector de orgánicos, aparecen alianzas entre pequeños productores y el gran sector de la distribución (*ídem*, p. 169).

La preocupación por el medio ambiente también ha generado críticas con respecto a la teoría de los regímenes alimentarios, pues más allá de que algunos autores mencionaron los efectos negativos del fordismo, la mayor parte de los estudios sobre los sistemas alimentarios ha considerado los alimentos como cualquier otra mercancía, "como productos e *inputs* dentro de una compleja y creciente economía alimentaria global" (Marsden, 1999, p. 35). Así, el tema de la naturaleza y de las condiciones

33. A medida que la revolución biotecnológica se profundiza, las empresas agroquímicas, farmacéuticas y de cosméticos forman parte de estas alianzas.

de sustentabilidad ha tenido que ser incorporado a la agenda de investigación de la Sociología en general, analizando formas mediante las cuales la agricultura forma parte de la naturaleza social de los modos de regulación (*ídem*).

Concluyendo, podemos decir que este debate muestra que, al finalizar el siglo XX, nuevos paradigmas sirven de base para analizar la agricultura y las relaciones que la caracterizan. No solo se trata de enfoques diferentes sino de nuevos temas que preocupan. Pero, lo que me parece significativo resaltar es que se trata de paradigmas que atraviesan el conjunto de los sectores productivos, dejando de lado esa mirada particularista que había caracterizado el estudio de la agricultura desde que Olivier de Serres comenzó a interesarse por comprender el comportamiento de este sector.

Evidentemente, los avances tecnológicos han reducido la dependencia en los factores naturales, acercando la agricultura a los procesos industriales. La globalización y el desarrollo de alianzas estratégicas entre industrias de distinto carácter, también han fortalecido esta nueva perspectiva. En tanto que la tradicional discusión acerca de la supervivencia de una agricultura de corte campesino ha dejado de ser una preocupación como tal. En su lugar, aparece un corpus analítico más interesado en comprender los efectos de la reestructuración de la agricultura en la organización del trabajo y en la emergencia de nuevas formas de empleo.

La agenda actual en América Latina

Distintos autores coinciden en mostrar una serie de transformaciones comunes en varios países de la región, resultantes de los procesos de reestructuración. En primer lugar, un cambio en los patrones de cultivo, desplazando ciertos productos tradicionales por productos de exportación, "no tradicionales",[34] o "de lujo" y un fuerte proceso de diversificación

34. Laura Raynolds (1994) dice que el concepto de "no tradicional" corresponde a una cuestión específica de cada país. Puede contemplar productos de contraestación, productos frescos y procesados que ya existían en el país pero que ahora siguen los estándares de calidad en selección, empaque, marca, etc. En ese sentido, podríamos decir que se vincula a la noción de calidad.

productiva (Lara, 1998).[35] Este fenómeno responde a la globalización y la creación de "nichos de mercado" en los que los países latinoamericanos buscan insertar su producción. Sobre esta situación, se han apuntado los efectos negativos que esto conlleva, entre otras cosas en términos de seguridad alimentaria.

Otro fenómeno que se analiza en la mayor parte de los casos es la fuerte concentración de la producción y el papel de las empresas transnacionales en la industrialización y distribución de productos frescos.[36] Algunos investigadores han estudiado las formas como operan las distintas cadenas de los productos no tradicionales y las particularidades en cada país. No solo en cuanto al tipo de productores que se integran en ellas, sino las modalidades en las que se establecen las alianzas con

35. Piñeiro (1999, p. 101) menciona la casi desaparición del azúcar, la restricción de cereales y horticultura, así como de carne y lana en Uruguay, frente al crecimiento de otros como arroz, cebada, cítricos y la producción láctea, que registran un fuerte impulso exportador. En Argentina, Neiman *et al.* (2001) muestran la importante expansión de la citricultura en la provincia de Tucumán, que se expresa en la superficie cultivada, a la vez que señalan el crecimiento de la producción destinada a la exportación en fresco. Lo mismo plantean con respecto a la importancia del ciruelo en la provincia de Mendoza, manzanas y peras en Neuquén y Río Negro. En Chile, Gómez (1999) señala la importancia que adquiere la fruticultura desde los años setenta y finales de los ochenta, con tasas de crecimiento del 20% anual y exportaciones que pasan de 60,6 millones de cajas en 1985 a 133,1 millones en 1993. En Brasil. Barbosa y Belo da Silva (1999) informan del incremento en las exportaciones de uva y de mango (cinco veces mayor en 1996 que en 1991) en el Valle de San Francisco, en tanto que en la caña de azúcar se ha observado el surgimiento de nuevas variedades (Moraes da Silva, s.f.). Marañón (1999) analiza la relevancia de la producción de espárrago blanco en los valles de Chao-Virú y de Ica en Perú. En el caso de México, la producción de hortalizas, frutales y flores de exportación ha ido en incremento. Tan solo el número de hortalizas que se cultivan en el país pasó de catorce productos en los años sesenta a más de noventa actualmente (Lara, 1998; Lara y C. de Grammont, 1999; C. de Grammont y Lara, en prensa).

36. En Brasil, que ocupa el primer lugar en las exportaciones mundiales de jugo de naranja, Moraes da Silva (2003) y Da Silva (1999) mencionan once empresas que controlan el procesamiento y exportación (Cutrale, Citrosuco. Coimbra, Cargill, entre otras). En Chile, según Gómez (1999) la producción frutícola está controlada por unas 16 empresas agroexportadoras, de las cuales cuatro manejan entre el 35 y 40% de las exportaciones (David del Curto, STC/Dole, Unifrutti y UTC). En Argentina, Bendini y Steimbreger (2003) analizan el papel de once de las principales empresas frutícolas exportadoras del norte de la Patagonia, destacando el lugar de Expofrut, que en asociación con Bocchi Group exporta el 28% de frutas frescas de este país hacia distintos destinos. Mientras, en México se calcula que ocho empresas concentran la comercialización de hortalizas frescas en el mercado nacional e internacional (Echánove, 1999; Lara y C. de Grammont, 1999). Con respecto a las características que actualmente adoptan las empresas transnacionales que operan en la agricultura, Gómez (1999) señala su capacidad para adquirir la producción de varios países del mundo, su especialización en productos de alto valor agregado, el abastecimiento de los mercados mediante una amplia oferta de productos, el etiquetado de todos los productos con una sola marca, y que ofrecen una amplia gama de servicios, desde la financiación de la cosecha hasta su comercialización, así como también poseen una gran capacidad de coordinar una estrategia de mercado para toda la línea de productos que manejan.

distribuidores, *brokers,* supermercados y otros agentes (González y Calleja, 1998; Gómez, 1999; Neiman *et al.*, 2001; Bendini y Steimbreger, 2003). De esta manera, se observa una fuerte heterogeneidad en la base productiva, en donde conviven diferentes tipos de productores (Bendini y Bonaccorsi, 1998; Lara, 1998; Giarracca, 2000). No obstante, lo que unifica hoy en día la producción generada por distintos tipos de unidades productivas son los criterios de calidad a los que todos deben responder, criterios establecidos por las transnacionales y empresas distribuidoras.[37]

La incorporación de dichas normas de calidad en los alimentos ha provocado una verdadera reestructuración en los procesos productivos. Algunos autores señalan incluso que se trata de una "revolución tecnológica" (Massieu, 1997). Tanto porque supone la adopción de nuevas y sofisticadas tecnologías, entre ellas en el área de la biotecnología,[38] como porque transforma los requerimientos de trabajo e incide en las nuevas formas de empleo.

El enfoque que he desarrollado en otros trabajos (Lara, 1995, 1998, 1999) es que la reestructuración de las empresas se apoya sobre una flexibilización de los procesos de trabajo. Flexibilidad que atañe a las formas a partir de las cuales se incorporan las nuevas tecnologías con viejas y artesanales formas de producir. A la vez que supone un uso flexible de la fuerza de trabajo.

Esta situación se confirma en varios casos analizados en América Latina, observándose una gran capacidad de las empresas para seleccionar el tipo de tecnologías que les permitirán obtener ventajas comparativas en relación con otras empresas que mantienen técnicas tradicionales. situación que analizo en el caso de la horticultura y la floricultura mexicanas de exportación (Lara, 1998). Mi hipótesis es que esa decisión,

37. La calidad es un concepto clave de la economía actual, pero a la *vez* es una noción que se refiere a las distintas especificaciones que otorgan un valor agregado al producto y le dan mayores ventajas en un mercado fuertemente competitivo. Hoy en día, la calidad se refiere a un sinnúmero de criterios relativos a la salud, a la conservación del medio ambiente, a la estética, a cierto servicio que ofrecen (por ejemplo, las comidas *fast-food)* (Lara, 1999).

38. Moraes da Silva (s.f.) refiere a diferentes autores que estudian el proceso de modernización de la producción cañera en Brasil, que llega hasta la producción de plantas *in vitro* para controlar aspectos fitosanitarios y lograr nuevas variedades genéticas. Massieu (1997) analiza la importancia de la biotecnología en la producción floricultora de exportación del estado de México.

en el caso de México, se resuelve la mayoría de las veces en favor de una organización flexible del trabajo mediante la cual puede lograrse la máxima eficiencia de las tecnologías incorporadas (*ídem*, p. 90).

Entre los nuevos paradigmas de análisis resalta el tema de la flexibilidad del trabajo. Por un lado, en sus aspectos cuantitativos que se reflejan en los efectos de la incorporación de ciertas tecnologías en el desempleo, o en la reducción del empleo fijo a cambio del incremento del empleo temporal de los trabajadores "volantes", "zafrales" o "temporeros", con lo que esto supone en términos de precarización, vulnerabilidad y exclusión.[39] Moraes da Silva (s.f.) llama a estos nuevos trabajadores "los excluidos de las máquinas, con inclusión precaria". Asimismo, este tipo de flexibilidad se manifiesta en las nuevas modalidades de contratación, del todo diversas. En ellas se combinan las viejas formas serviles de enganche (de los llamados *gatos, emprenteiros* o *turneiros*, como se les conoce en Brasil, capataces y jefes de cuadrilla), o al menos modalidades tradicionales como el intermediarismo (Sánchez, 2002), con las nuevas formas de terciarización de la mano de obra, las cuales van desde las modernas empresas de servicios (Bendini y Steimbreger, 2003), a las cooperativas de trabajadores especializados, algunas de ellas simuladas, como las *fraudoperativas, gatoperativas o sindigatos* (Moraes da Silva, s.f.) y las cuadrillas (Bendini y Radonich, 1999) o las "comparsas" (Piñeiro, 1999). De la misma manera que surgen "condominios de productores" que contratan colectivamente a trabajadores temporales (Moraes da Silva, s.f.).

También puede considerarse parte de este tipo de flexibilidad cuantitativa la incorporación de mano de obra femenina, infantil, migrante o de indígenas, bajo una nueva división del trabajo que coloca a los grupos más vulnerables en las fases más rudas de los procesos de trabajo o en los empleos más inestables y peor pagados (Valdés, 1991; Lara, 1995 y 1998; Bendini y Bonaccorsi, 1998). Este tipo de flexibilidad la consideramos como una flexibilidad "salvaje" o "primitiva" por sus tintes arbitrarios y

39. Giarracca (2000) analiza los efectos de las tecnologías ahorradoras de mano de obra, ya sean mecánicas o químicas, en el caso de la actividad cañera en Tucumán. Lo mismo sucede para el caso del mismo producto en Brasil (Moraes da Silva, 1999, 2003; Da Silva, 1999; De Menezes, 2002). Pero son otros múltiples los ejemplos de cultivos en los que la introducción de estas tecnologías ha generado esos efectos en el empleo. En Aparicio y Benecia (1999) pueden leerse varios casos en Argentina, Uruguay y Chile.

excluyentes (De la Garza, 1993; Lara, 1998).

Sin embargo, en sus aspectos cualitativos, la flexibilidad ha sido analizada dando cuenta de los efectos de las tecnologías en la calificación obrera. La polivalencia y la especialización, que las nuevas exigencias de calidad y las tecnologías de punta imponen a los trabajadores en campo y en los empaques (Bendini, 1998; Lara, 1998; Aparicio y Benencia, 1999), así como los requerimientos de implicación de los trabajadores con la empresa, como parte de las nuevas modalidades de organización del trabajo (Lara, 1998).

Estas diferentes formas de expresión de la flexibilidad del trabajo han dado lugar a una nueva tipología de trabajadores agrícolas, relacionada ya no con el tema de la tierra, como sucedió en los estudios de los años setenta y ochenta, que pretendían hacer una caracterización de clase de estos trabajadores. Ahora dicha tipología se encuentra más referida al tema de la calificación, de la temporalidad del empleo (semiocupados, semiasalariados, permanentes/discontinuos, transitorios, etc.), así como al carácter migratorio de una gran parte de estos trabajadores precarios, y su condición de pluriactivos, multisectoriales, etcétera (Bendini y Radonich, 1999; Piñeiro, 1999). Todo lo cual muestra el cambio en las pautas de estacionalidad del trabajo y, por lo tanto, de los circuitos migratorios (Giarracca *et al.*, 2000; C. de Grammont, Lara y Sánchez, 2003).

Un nuevo tema resulta de la pluriactividad de los trabajadores agrícolas, que por el carácter precario del empleo en la agricultura estos trabajadores se ven obligados a aceptar. La diferencia actual, con lo que se observaba en décadas anteriores en donde las actividades pecuarias, artesanales y de pequeño comercio eran típicas de la economía campesina, es que dicha pluriactividad hoy está vinculada a la desagrarización. Esto es, a actividades en otras ramas de la economía e integradas frecuentemente a procesos de subcontratatación de la industria o los servicios (Da Silva, 1997).

Igualmente, la constitución de mercados de trabajo en el mundo rural, generados por la operación de las cadenas alimentarias y por la pluriactividad, ha generado una nueva perspectiva analítica en los estudios agrarios, cuando antes la mirada había estado puesta principalmente en los trabajadores y su situación de clase. El papel que juegan los

contratistas, intermediarios, cooperativas, etc. en la constitución de dichos mercados laborales ha sido importante, sobre todo en relación con los trabajadores migrantes, muchos de ellos ahora de origen urbano, lo que unifica mercados rurales y urbanos (Aparicio y Benencia, 1999).

Finalmente, y aunque las temáticas se diversifican y quizá no se encuentren agotadas en este recuento, debe considerarse el tema de la enorme heterogeneidad de la clase trabajadora y las dificultades que esto conlleva en términos de sindicalización rural y del debilitamiento de la actividad sindical (Moraes da Silva, 1998; Aparicio y Benencia, 1999; Piñeiro, 1999; Bendini y Radonich, 1999; De Menezes, 2002).

Conclusión

Las investigaciones recientes en América Latina permiten comprender el sentido que adopta en la región el proceso de reestructuración de la agricultura, y ofrecen nuevos elementos para abordar un debate que va más allá de los cambios que se están produciendo en este sector.

Si bien existe acuerdo con respecto a la presencia de cambios estructurales que han afectado al conjunto de la actividad agropecuaria, los distintos fenómenos que se producen no solo en cada país, sino en cada cadena alimentaria, dan cuenta de la gran heterogeneidad de las formas locales en las que se expresa la globalización.

Los nuevos paradigmas redefinen, de entrada, "lo agrario", dándole una dimensión más amplia que abarca "lo rural" como espacio en el que interactúan una multiplicidad de actores sociales con características diversas. La agricultura se muestra como un sector más complejo, no solo integrado a la industria, sino integrando, a través de alianzas estratégicas, un conjunto de subprocesos en los que subsisten capitales de origen diverso, empresas de todos tamaños y productores familiares (Giarracca *et al.*, 2000; Neiman *et al.*, 2001).

En este escenario cobran sentido las preguntas que la Sociología del Trabajo se hace actualmente y, no solo eso, sino que las redimensiona a partir de una realidad en la cual el trabajo nunca ha estado atrapado en los estancos de su versión industrial del período del Estado benefactor,

del empleo formal, de las regulaciones sociales y el rol que en ello jugaron los sindicatos. El trabajo en la agricultura y los trabajadores agrícolas habrían estado siempre (en algunos países más que en otros) del lado "disforme" (Vergopoulos, 1977, 1977a) de las "dicotomías preocupantes y escindidas entre formal e informal, típico y atípico, empleo y autoempleo, tiempo completo y parcial, jomada continua y discontinua, producción para el mercado y autoconsumo (...)" (De la Garza, 2000, p. 770).

El estudio del trabajo en la agricultura cobra ahora relevancia y muestra los límites de las teorías sobre el llamado "fin del trabajo". Con sus especificidades, ayuda a resignificar el concepto mismo de trabajo, de los espacios de trabajo y de los límites entre trabajo y no trabajo (*ídem*, p. 769). Sin embargo, esas especificidades no son solo las resultantes de un proceso productivo atado a la naturaleza (la tierra y sus fertilidades, el clima, el agua, los ciclos biológicos), pues de ello se han encargado las tecnologías. Estas responden, ahora, a los mecanismos de reestructuración que han abarcado al conjunto de los sectores de la economía.

El debate mismo sobre el posfordismo en la agricultura, a la luz de las investigaciones recientes en América Latina, nos lleva a confirmar la existencia de una "agricultura flexible" (Lara, 1998), que resulta de un proceso de reestructuración y que da cuenta de que, en este sector, al igual que en los otros sectores de la economía, lo que encontramos son "flexibilidades realmente existentes" (De la Garza, 1993) que debemos estudiar, y no tipos ideales que se desprenden solo de la teoría.

Bibliografía

Abercrombie, K. C. (1974). Mecanización agrícola y empleo en América Latina. En VV. AA. *Mecanización y empleo en la agricultura.* Ginebra: OIT.

Aguirre Beltrán, M. y C. de Grammont, H. (s.f.). *Jornaleros agrícolas en México.* México: Macehual.

Amin, S. (1977). *El intercambio desigual y la ley del valor.* México: Siglo XXI.

Aparicio, S. y Benencia, R. (1999). *Empleo rural en tiempos de flexibilidad.* Buenos Aires: La Colmena.

Archetti, E. (1974, enero-marzo). Crítica al libro de Viñas. *Desarrollo*

Económico, (Buenos Aires: IDES).

Archetti, E. y Stölen, K. (1975). *Ni campesinos ni capitalistas, colonos.* Buenos Aires: CICSO.

Arizpe, L. y Aranda, J. (1981). Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural. Un estudio de caso de las obreras del cultivo de exportación de fresa en Zamora, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe*, Pátzcuaro, México.

Arroyo, G. (1977). Modelos de acumulación, clases sociales y agricultura en América Latina, *Investigación económica, 37*(143), 119-150, (México).

Arroyo, G. (1979). Firmas transnacionales agro-industriales, reforma agraria y desarrollo rural. *Investigación económica, 8*(147), 9-47, (México).

Augé-Laribé, M. (1955). *La révolution agricole.* París: Editions Albín Michel.

Barbosa, J. S. (Ed.). (1999). *Globalização, trabalho, meio ambiente. Mudanças socioeconómicas em regiões frutícolas para exportação.* Recife: Editora UFPE.

Barbosa, J. S. y Belo da Silva, A. C. (1999). Estratégias productivas e o trabalho de homens e mulheres na fruticultura de exportado: O caso do Vale do São Francisco. En J. S. Barbosa (Ed.), *Globalização, trabalho, meio ambiente. Mudanças socioeconómicas em regiões frutícolas para exportação.* Recife: Editora UFPE.

Barraclough, S. y Domike, A. L. (1975). La estructura agraria en siete países de América Latina. En E. Feder (Comp.), *La lucha de clases en el campo.* México: FCE.

Bartra, A. (1976). La renta capitalista de la tierra. *Cuadernos Agrarios, 1*(2), (México).

Bartra, A. (1977, julio-septiembre). Seis años de lucha campesina. *Investigación económica, 36*(3), (México).

Bartra, A. (1979). *La explotación del trabajo campesino por el capital.* México: Macehual.

Bartra, A. *et al.* (1979). *Polémica sobre las clases sociales en el campo.* México: Macehual.

Bartra, R. (1974). Prólogo: La teoría del valor y la economía campesina. En A. Chayanov, *Teoría de la organización económica campesina.* México: ERA.

Bartra, R. (1974a). *Estructura agraria y clases sociales en México.* México: ERA.

Bendini, M. y Bonaccorsi, N. (1998). *Con las puras manos. Mujer y trabajo en regiones frutícolas de exportación, Cuaderno CESA 2.* Buenos Aires:

La Colmena.

Bendini, M. y Radonich, M. (Coords.). (1999). *De golondrinas y otros migrantes. Cuaderno CESA 2*. Buenos Aires: La Colmena.

Bendini, M. y Steimbreger, N. (2003). Empresas agroalimentarias "globales": trayectoria de la empresa líder de frutas frescas en Argentina. Ponencia presentada en el *XXIV Congreso Internacional de Latin American Studies Association*, 27-29 de marzo, Dallas, Estados Unidos.

Bengoa, J. (1979, enero-marzo). La evolución de la tenencia de la tierra y de las clases sociales agrarias en Chile. *Investigación económica, 8*(147), 127-158, (México).

Bonanno, A. (1999). A globalização da economia e da sociedade: Fordismo e pós- Fordismo no sector agroalimentar. En J. S. Barbosa, *Globalização, trabalho, meio ambiente. Mudanças socioeconómicas em regiões frutícolas para exportação.* Recife: Editora UFPE.

Burbach, R. y Flynn, P. (1979, enero-marzo). Objetivos agroindustriales de América Latina, *Investigación económica, 8*(147), 49-98, (México).

Burbach, R. y Flynn, P. (1980/1983). *Las agroindustrias transnacionales. Estados Unidos y América Latina.* México: ERA.

Bye, P. y Fonte, M. (1994). Is the technical model of agriculture changing radically? En P. McMichael (Ed.), *The global restructuring of agro-food systems.* Ithaca; Nueva York: Cornell University Press.

C. de Grammont, H. (Coord.). (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano.* México: Juan Pablos.

C. de Grammont, H. y Lara, S. M. (s.f.). *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones hortícolas de México.* México: en prensa.

C. de Grammont, H.; Lara, S. M. y Sánchez, M. J. (2003, mayo-agosto). Caracteristiques des migrations rurales a l'interieur du Mexique et vers les Etas Unis. *Migrations & Societé, 15*(87- 88), (París).

Caballero, J. (1978, agosto). Los eventuales y las cooperativas costeñas peruanas. Un modelo analítico. *Economía,* (Lima).

Cancian, F. (1991). El comportamiento económico de las comunidades campesinas. En S. Plattner, *Antropología Económica.* México: Alianza.

CEDAL-EHESS. (1984). *Travailleurs agricoles d'Amerique Latine et d'Europe. Élements d'analyse et tendences observés dans l'evolution de leurs*

conditions de vie et de travail. París: S.d.

Chayanov, A. (1925/1974). *La organización de la unidad económica campesina.* Buenos Aires: Nueva Visión.

CIDA. (1975). La mano de obra en el latifundismo. En E. Feder, *Lucha de clases en el campo.* México: FCE.

CIA. (1974). *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México.* México: FCE.

Da Silva, G. (1997, abril-junio). O emprego rural e a mercantilização do espaço agrario, *São Paulo em Perspectiva, 11* (2), (San Pablo: F. SEADE).

Da Silva, G. (1999). Agroindústria y globalização. O caso da laranja do Estado de São Paulo. En J. S. Barbosa (Org.), *Globalização, trabalho, meio ambiente. Mudanças socioeconómicas em regiões frutícolas para exportação.* Recife: Editora UFPE.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México.* México: IIE-UNAM; UAM-Iztapalapa.

De la Garza, E. (2000). Fin del trabajo o trabajo sin fin. En E. De la Garza (Coord.), *Tratado latinoamericano de Sociología del Trabajo.* México: COLMEX; FLACSO; UAM; FCE.

De Márquez, V. (Comp.). (1983). *Ciencia, tecnología y empleo en el desarrollo rural de América Latina.* México: El Colegio de México; UNESCO.

Deere, C. D. y León, M. (Coord.). (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina.* Bogotá: ACEP; Siglo XXI.

Echánove, F. (1999). Los empresarios hortícolas y sus procesos de integración y diversificación. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Erradonea, A. (1970). Apuntes sobre la conformación de las clases sociales en el medio rural uruguayo. En *Poder, ideología y clases sociales.* Montevideo: Instituto de Ciencias Sociales.

Faure, C. (1978). *Agriculture et capitalisme.* París: Anthropos.

Feder, E. (1977, diciembre). Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes, no incompatibles sobre la destrucción del campesinado. *Comercio Exterior, 27*(12), (México).

Ferreira, J. y Klein, E. (1988). *Empleo rural y metodologías de medición.* Santiago de Chile: OIT-PREALC.

Flichman, G. (1977). *La renta de la tierra en Argentina.* Buenos Aires:

Siglo XXI.

Forni, F. y Benencia, R. (1988, julio-septiembre). Asalariados y campesinos pobres: el recurso familiar y la producción de mano de obra: Estudios de caso en Santiago del Estero. *Desarrollo Económico, 28*(110), (Buenos Aires: IDES).

Foster, G. (1967). *Tzinzunzan: Mexican peasant in a changing world.* Boston: Little Brown.

Friedland, W. H. (1994). The global fresh fruit and vegetable system: an industrial organization analysis. En P. McMichael (Ed.), *The global restructuring of agro-food systems,* Ithaca; Nueva York.: Cornell University Press.

Gómez, S. (1999). Exportação de frutas chilenas. Reflexões sociológicas sobre uma experiência (madura?). En J. S. Barbosa (Org.), *Globalização, trabalho, meio ambiente. Mudanças socioeconómicas em regiões frutícolas para exportação.* Recife: Editora UFPE.

Gómez, S. y Echenique, J. (1988). *La agricultura chilena: Las dos caras de la modernización.* Santiago de Chile: FLACSO.

González, H. y Calleja, M. (1998). *La exportación de frutas y hortalizas a Estados Unidos de Norteamérica.* Guadalajara: SAGAR; CIESAS; CONACYT.

González Sierra, Y. (1994). *Los olvidados de la tierra, vida, organización y luchas de los sindicatos rurales.* Montevideo: Comunidad del Sur.

Giarracca, N. (1985, enero-abril). Complejos agroindustriales y la subordinación del campesinado. Algunas reflexiones y el caso de los tabacaleros mexicanos. *Estudios Rurales Latinoamericanos, 8*(1), (Bogotá).

Giarracca, N. (Coord.). (1999). *Estudios rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas.* Buenos Aires: La Colmena.

Giarracca, N. *et al.* (2000). *Tucumanos y tucumanas. Zafra, trabajo, migraciones e identidad.* Buenos Aires: La Colmena.

Hewitt de Alcántara, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana, 1940- 1979.* México: Siglo XXI.

Kautsky, K. (1900). *La question agraire. Elude sur les tendances de l'agriculture moderne.* París: V. Girad & E. Brière.

Kay, C. (2000). Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina. En P. García (Coord.), *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades.* Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca

y Alimentación; Universitat de Lleida.

Kemper, R. (1999). El desarrollo de los estudios antropológicos sobre la migración mexicana. En M. Suárez, *Historia, Antropología y política. Homenaje a Ángel Palerm.* México: UIA; Editorial Mexicana.

Klein, E. (1985). Diferenciación social: tendencias del empleo y los ingresos agrícolas. En OIT-PREALC, *Economía campesina y empleo.* Santiago de Chile: OIT.

Lara, S. M. (1988). El perfil de la jornalera agrícola actual y su mercado de trabajo. En J. Aranda (Comp.), *Las mujeres en el campo.* México: UABJO.

Lara, S. M. (1988a). El papel de la mujer en el campo, nuevas estrategias. En J. Zepeda (Ed.), *Las sociedades rurales hoy.* México: COLMICH.

Lara, S. M. (1991). Las obreras agrícolas, un sujeto social en movimiento. *Nueva Antropología, 11*(39), (México).

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (1999). Criterios de calidad y empleo en la agricultura latinoamericana: un debate con el post-fordismo. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Lara, S. M. (Coord.) (1995). *Jornaleras, temporeras y* bóias frías. *El rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. y C. de Grammont, H. (1999). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Lenin, V. I. (1899/1971). *El desarrollo del capitalismo en Rusia.* México: Ediciones de Cultura Popular.

León, M. (ed.) (1982). *Las trabajadoras del agro.* Bogotá: ACEP.

Lewis, O. (1976). *Tepoztlán, un pueblo de México,* México: Joaquín Mortiz.

Llambí, L. (1985). Tipos y fuentes de la mano de obra en la agricultura empresarial venezolana. En OIT-PREALC, *Economía campesina y empleo.* Santiago de Chile: OIT.

Llambí, L. (1993, marzo). Reestructuración mundial y sistemas

agroalimentarios. Necesidad de nuevos enfoques. *Comercio Exterior,* (México).

Llambí, L. (1996). Globalización y nueva ruralidad en América Latina: Una agenda teórica y de investigación. En H. C. de Grammont, y H. Tejera, (Coords.), *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial.* México: INAH-UAM; UNAM; Plaza y Valdés.

Long, N. (1996). Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural. En H. C. de Grammont y H. Tejera (Coords.), *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial.* México: INAH; UAM; UNAM; Plaza y Valdés.

Marañón, B. (1999). Modernización y relaciones laborales en empresas exportadoras de espárragos en Perú y México. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Marsden, T. K. (1999). Globalização e sustentabilidade: criando espaço para alimentos e naturaleza. En J. S. Barbosa (Org.), *Globalização, trabalho, meio ambiente. Mudanças socioeconómicas em regiões frutícolas para exportação,* Recife: Editora UFPE.

Massieu, Y. (1997). *Biotecnología y empleo en la floricultura mexicana.* México: UAM- Azcapotzalco.

Moraes da Silva, M. A. (s.f.). *Se eu pudesse, eu quebraria todas as máquinas*. S.d.: mecanoscrito.

Moraes da Silva, M. A. (1998). *Errantes do fim do século.* San Pablo: Editora UNESP.

Moraes da Silva, M. A. y Alves, A. (2003). Trabalhadores rurais em luta pelos dereitos. En GT, *Trabalhadores, sindicatos e a nova questão social.* S.d.: mecanoscrito.

Marx, K. (1867/1972). *El Capital.* México: FCE.

McMichael, P. (1994). Introduction: Agro-Food System Restructuring-Unity in Diversity. En P. McMichael (Ed.), *The global restructuring of agro-food systems.* Ithaca; Nueva York: Cornell University Press.

Medrano, D. (1982). Desarrollo y explotación de la mujer efectos de la proletarización femenina en la agroindustria de las flores en la Sabana de Bogotá. En M. León (Coord.), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Meillessoux, C. (1975). *Femmes, greniers et capitaux.* París: Maspero.

Mones, B. *et al.* (1986). Proletarización femenina y el limitado mercado

laboral agrícola. En F. Pou, *La mujer rural dominicana.* S.d.: CIPAF.

Murmis, M. (1967). *Datos censales para el análisis de las clases en los sectores rural, industria y comercio.* Buenos Aires: Cuadernos CICSO, Serie Estudios 13 y 24.

Neffa, J. (1986). *El trabajo temporero en el sector agropecuario de América latina.* Ginebra: OIT.

Neiman, G. *et al.* (2001). Reestructuración productiva y empleo. Un estudio de actividades agroindustriales seleccionadas. En S. Aparicio y R. Benencia (Coords.), *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino.* Buenos Aires: La Colmena.

Paré, L. (1975). *El Plan Puebla, una revolución verde que está muy verde.* Chapingo: Ediciones de Sociología Rural; ENA-UACH.

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Pereyra, S. (1985). *Población rural y fuerza de trabajo vinculada a la producción agropecuaria.* Montevideo: CIEDUR.

Piñeiro, D. (1999). Trabajadores rurales y flexibilización laboral. El caso de Uruguay. En S. Aparicio y R. Benencia (Coords.), *Empleo rural en tiempos de flexibilidad.* Buenos Aires: La Colmena.

Pozas, R. y Horcasitas, I. (1971). *Los indios en las clases sociales de México.* México: Siglo XXI.

Prebisch, R. (1951). *Estudio económico de América Latina, 1949.* Nueva York: ONU; CEPAL.

Programa de Integración Agricultura-Industria. (1987). *La agroindustria en México.* México: UACH.

Quesnay, F. (1765, septiembre). Le droit natural. *Journal d'agriculture.*

Raynolds, L. (1994). The restructuring of Third Word agro-exports: changing production relations in the Dominican Republic. En P. McMichael (Ed.), *The global restructuring of agro-food systems,* Ithaca; Nueva York: Cornell University Press.

Rama, R. y Rello, F. (1979, enero-marzo). La agroindustria mexicana y su articulación con el mercado mundial. *Investigación económica, 8*(147), 99-125, (México).

Rama, R. y Vigorito, R. (1979a). *El complejo frutas y legumbres en México.* México: ILET; Nueva Imagen.

Redfield, R. (1930). *Tepoztlán, a mexican village.* Chicago: University of

Chicago Press.

Rey, P. P. (1973). *Les alliances de classes.* París: Maspero.

Rodríguez, O. (1984). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL.* México: Siglo XXI.

Roldán, M. I. (1981). Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe*, Pátzcuaro, México.

Rooner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe*, Pátzcuaro, México.

Sadler, D. (1992). *The global region: production, state policies and uneven development.* Oxford: Pergamon Press.

Sánchez, K. (2002). Intermediarios en el mercado laboral agrícola y reestructuración social en el campo. Notas sobre un estudio de caso. En Blanca Rubio *et al.* (Coord.). *Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina.* México: ICA-SAGARPA; Plaza y Valdés.

Sanderson, S. (1986). The emergence of the "world steer": international and foreign domination in Latin American cattle production. En F. L. Tulli y W. L. Hollist (Comps.), *Food the State and intemational political economy*. Nebraska: University of Nebraska Press.

Servolin, C. (1972). L'absortion de l'agriculture dans le mode de production capitaliste. En *L'universe politique des paysans dans la France contemporaine.* París: A. Colin.

Stavenhagen, R. (1980). *Las clases sociales en las sociedades agrarias.* México: Siglo XXI.

Suárez, B. (1983). Las semillas, el Estado y las transnacionales. *Problemas del Desarrollo,13*(51-52), 45-102, (México).

Sunkel, O. y Paz, P. (1973). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo.* México: Siglo XXI.

Teubal, M. (1999). Complejos y sistemas agroalimentarios: aspectos teórico- metodológicos. En N. Giarracca (Coord.), *Estudios rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas.* Buenos Aires: La Colmena.

Trajtemberg, R. (1977). *Un enfoque sectorial para el estudio de la penetración*

de las transnacionales en América Latina. México: ILET.

Urrea, F. (1985). La fuerza de trabajadores campesinos en el contexto de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo: el caso colombiano. En VV. AA. *Economía campesina y empleo.* Santiago de Chile: OIT-PREALC.

Valdés, X. (s.f.). *La feminización del mercado de trabajo en la agricultura de Chile Central: las temporeras de la uva.* Santiago de Chile: mecanoscrito.

Vanackere, M. (1988, julio-septiembre). Situación de los jornaleros agrícolas en México. *Investigación económica,* pp. 171-198, (México).

Venegas, S. (1992). *Una gota al día, un chorro al año. El impacto social de la expansión frutícola.* Santiago de Chile: Grupo de Estudios Agroregionales; Academia de Humanismo Cristiano.

Venegas, S. y Rodríguez, D. (1989). *De praderas a patronales. Un estudio sobre la estructura agraria y mercado laboral en el Valle de Aconcagua.* Santiago de Chile: Grupo de Estudios Agrorregionales; Academia de Humanismo Cristiano.

Vergopoulos, K. (1977). *Le capitalisme difforme et la nouvelle question agraire.* París: Maspero.

Vergopoulos, K. (1977a). El capitalismo disforme. En S. Amin y K. Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo.* México: Nuestro Tiempo.

Vigorito, R. (1979). Criterios metodológicos para el estudio de los complejos agroindustriales. En Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH). *El desarrollo agroindustrial y la economía internacional.* México: SARH.

Viñas, I. (1973). *Tierra y clase obrera.* Buenos Aires: Ed. Achával Solo.

Wilkinson, J. (2002, abril). Os gigantes da industria alimentar, entre a grande distribução e os novos clusters a montanteñ. *Estudos Sociedad e Agricultura, 18,* (Río de Janeiro).

Wolf, E. (1975). *Los campesinos.* Barcelona: Labor.

Reestructuración productiva y flexibilidad laboral en la agricultura mexicana*

La flexibilidad como elemento característico del mercado de trabajo rural

El mercado de trabajo rural es un espacio que históricamente se ha caracterizado por una gran flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo. Esta flexibilidad ha sido explicada y justificada como resultado de la gran inestabilidad característica de los procesos de trabajo agropecuarios. Las incertidumbres creadas por el hecho que la agricultura se sustenta en elementos naturales (la tierra, el clima y el agua), las distintas fertilidades de la tierra, la heterogeneidad de las diversas etapas o fases en la producción agrícola que la hacen sumamente difícil de programar con exactitud, las dificultades para la mecanización de ciertos cultivos o ciertas fases productivas, el carácter altamente perecedero de algunos productos –lo que representa un riesgo permanente sobre todo para su realización en el mercado– y los problemas en el mercado debido a la inestabilidad de la demanda, hacen de este sector un espacio que requiere de una gran flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo.

A las incertidumbres propias del sector agrícola se añade el hecho que la fuerza de trabajo se encuentra a menudo vinculada, o forma parte, de sociedades campesinas que constituyen "mundos de vida"[1] distintos a los de las empresas (aunque en ciertos niveles compartidos) que se

* Extraído de Lara, S. M. (2001). Reestructuración productiva y flexibilidad laboral en la agricultura mexicana, pp. 135-157. En X. Díaz y E. Hola (Eds.), *Trabajo, flexibilidad y género: tensiones de un proceso*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer. [ISBN: 956-7023-09-3].

1. Gabriel Torres desarrolla este concepto en su trabajo *La fuerza de la ironía: un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros en el occidente de México* (1994), a partir de Habermas, quien "reinterpreta" la noción de Schultz "como el contexto que siempre permanece allá en el fondo, representando convicciones comunes que se toman como dadas de antemano".

sustentan en un entramado de relaciones sociales, de acciones y de percepciones que contemplan distintos niveles: sociales, culturales y políticos. De esta manera, la fuerza de trabajo no se comporta como cualquier otra mercancía, no es un recurso del que se pueda disponer arbitrariamente para ser utilizado al ritmo que lo requieren los procesos productivos y en las condiciones que generan las incertidumbres naturales y del mercado. Por esta razón, el gran problema en este sector, más que en cualquier otro, es el de su control.

En la agricultura, ni la mecanización ni las tecnologías modernas eliminan la importancia del saber de los trabajadores en la ejecución de ciertas tareas. En este sector, la preocupación de los empresarios se dirige a buscar las formas de adecuar el trabajo a las particularidades de la producción agrícola y del mercado lo que supone, incluso, apoyarse en las habilidades humanas más que buscar su descalificación o separar la concepción de la ejecución, como sucedió en la industria al aplicarse los métodos de producción fordistas-tayloristas.[2] No se ha buscado la descomposición total de las actividades como tampoco una medición estricta de tiempos y movimientos.

El problema de la incertidumbre del trabajo en la agricultura ha sido una fuente importante de poder, tanto del lado de las empresas como del lado de los trabajadores. Puede decirse que se convierte en el eje organizador de los procesos productivos. De allí que el control sobre este factor de la producción haya sido tan importante a lo largo de la historia agrícola. Ha pasado por formas simples y directas que privan a los trabajadores de su libertad (haciendas y plantaciones con sistemas de encasillamiento y esclavitud); ha estimulado la mecanización de ciertos cultivos (principalmente en el caso de granos y oleaginosas) sustituyendo en ocasiones el uso de trabajo humano; y ha conducido a una división de tareas cuyo objetivo no es la descalificación de la fuerza de trabajo sino la desvalorización de los saberes de los trabajadores.

El planteamiento que aquí sostengo es que en la agricultura mexicana el control no se traduce en una pérdida de la capacidad de los trabajadores para intervenir en la concepción del proceso de trabajo ni se da una

2. Aunque es bien sabido que, aun en la industria, los métodos científicos de producción dejaron "porosidades" que los trabajadores llenaron con su propia experiencia.

distancia real entre trabajo calificado y no calificado, pero se establecen jerarquías apoyándose sobre distintas formas de discriminación o "minorización"[3] que son de género, étnicas o generacionales. De hecho, las empresas hacen uso de las calificaciones tácitas que los trabajadores han adquirido en sus "mundos de vida" campesinos y domésticos, pero no les conceden el estatuto de calificación a esos saberes, abaratando de esta manera el precio de su fuerza de trabajo. Así, se produce una segmentación del mercado de trabajo que opera como forma de control de los trabajadores.

Mecanización y división del trabajo

Dos elementos caracterizaron el desarrollo capitalista en la agricultura mexicana: la mecanización y una nueva división social del trabajo que acompaña la introducción de toda una serie de máquinas e implementos agrícolas.

La mecanización, como parte de la "revolución verde" (Hewitt, 1978), permitió lograr notables incrementos en la productividad en un momento caracterizado por el crecimiento constante de una demanda de carácter masivo en el marco del modelo de sustitución de importaciones. Pero igualmente importante fueron las potencialidades que esta brindó a los agricultores para reducir la incertidumbre del trabajo al sustituir mano de obra por maquinaria en ciertos cultivos y para determinadas tareas.

Sin embargo, con la mecanización se crean nuevas problemáticas. En primer lugar, surge una nueva división del trabajo vinculada al manejo de las máquinas, lo que se traduce rápidamente en una estructura laboral jerarquizada entre los trabajadores capaces de manejar, dar mantenimiento y arreglar esas máquinas, quienes se convierten en una especie de elite calificada frente a una masa de trabajadores contratados para desempeñar tareas puntuales. La figura emblemática de este

3. El concepto de minorización ha sido utilizado por Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein en *Race, class, nation* (1989). Da cuenta de cómo la edad, la raza o el sexo biológico, se convierten no solo en diferencias sino en estigmas de alteridad que suponen jerarquía y desigualdad entre los trabajadores. Es decir, se convierten en un mecanismo de "naturalización" de las diferencias sociales a partir del cual se constituye todo un sistema de exclusiones y dominaciones que se refuerzan entre sí.

proceso de mecanización es la del tractorista que aprende a manejar todos los implementos asociados al tractor (de la misma manera que cuando predominó la tracción animal lo fuera el "caballerango", capaz de conducir y hacer trabajar una recua de caballos). El motor de gasolina y el motor eléctrico se adaptan a una serie de máquinas agrícolas (segadoras, desgranadoras, despepitadoras, camiones y otros) que demandan nuevas calificaciones.

En segundo lugar, aunque ha sido demostrado que la mecanización no tiene efectos uniformes (OIT, 1973) en algunos cultivos y en ciertas regiones, provocó desempleo en el medio rural.

En tercer lugar, si bien la mecanización permitió avanzar en la creación de cadenas productivas fordistas, los avances fueron desiguales según los productos considerados. Los mayores éxitos en esta dirección se lograron en la agricultura cerealera y en la ganadería menor (avícola y porcina). En cultivos destinados a la agroindustrialización se pudo avanzar notablemente en la mecanización y en la introducción de métodos fordistas en las fases de procesamiento, pero no siempre se logró prescindir del trabajo del campesino, sobre todo en las fases de producción en el campo. En otros cultivos, principalmente hortícolas y ornamentales, la mayoría de las tareas siguieron condenadas al trabajo manual no porque fuera imposible mecanizarlas sino porque era más barato o porque realizarlas manualmente permitía un mayor control de calidad.

En cuarto lugar, encontramos que en algunos cultivos y para ciertas fases productivas se crean nuevos puestos. Por ejemplo, en los empaques de frutas, flores y hortalizas surge toda una jerarquía de personal vinculado a las máquinas de selección y acabado (cribadoras, enceradoras, etiquetadoras, amarradoras, estibadores, etc.) que privilegia el empleo femenino. Esto fue particularmente importante allí donde las transnacionales agroalimentarias desarrollaron la exportación de productos frescos y procesados (fresas, tomates, legumbres y otros).

La división de tareas que acompañó la mecanización de la agricultura condujo a una segmentación sexual y étnica del mercado de trabajo. De un lado ubicó a los que se reconocen como trabajadores calificados, porque saben operar o reparar alguna maquinaria (tractoristas, choferes, mecánicos) y controlar el trabajo de los demás a través de la operación de

estas máquinas (supervisores, capataces) y, de otro lado, a los que se consideran no calificados a pesar de que hacen uso de los saberes que portan.

Por ejemplo, las tareas que realizan las mujeres en procesadoras de legumbres consisten en la selección y empaque de productos. Aunque se reconocen como necesarias la habilidad y la destreza para realizar estas actividades, en general no se considera que este trabajo sea calificado. Se parte del principio que las cualidades que despliegan las mujeres en su desempeño son naturales y no sociales. De esta manera, se aplica una noción sexista de la calificación que desvaloriza el trabajo femenino, aun cuando en muchas ocasiones se trata de tareas complejas que movilizan los saberes que estas mujeres han adquirido en el espacio doméstico y familiar, así como en las propias empresas, participando durante varios ciclos consecutivos.[4]

La mecanización consigue reducir, en parte, la incertidumbre del trabajo porque sustituye trabajo humano, pero también porque crea una nueva división de tareas que, por lo regular, se empalma con una división sexual, étnica y generacional de los trabajadores. El personal reconocido como calificado va a ser local y, por lo regular, son hombres adultos, con empleo fijo, ocupando los puestos más altos de la jerarquía ocupacional. Mientras que entre los no calificados siempre se encontrarán las mujeres, los migrantes, los indígenas, niños y jóvenes, ocupando los puestos más inestables y precarios.

Flexibilidad cuantitativa y empleo precario

Junto a la mecanización se crea una serie de tareas específicas y puntuales que se traducen en una flexibilidad cuantitativa o "numérica" (formas de contratación, empleo y salario) porque las empresas optan por el trabajo temporal para realizar las actividades que requieren un uso intensivo de mano de obra en los períodos de mayor demanda. Por el contrario, reservan los pocos puestos permanentes básicamente para

4. En otros trabajos hemos desarrollado un análisis teórico del concepto de calificación, y de los mecanismos por los cuales los espacios y la adquisición de los saberes femeninos no se reconocen como calificados (Lara, 1993, 1995, 1998).

los trabajadores que manejan la maquinaria y aquellos que aseguran las tareas cotidianas y de supervisión de la empresa. Es decir, se recurre a un mercado externo para la ejecución de tareas puntuales, incrementado notablemente el trabajo temporal.

En México se calcula que el empleo temporal llega al 80%. Se concentra, sobre todo, en los períodos de cosecha de productos y en las fases postcosecha. Durante esos momentos se intensifica la actividad productiva, cuya duración puede variar de semanas a meses, dependiendo de los casos y aumenta sensiblemente la proporción de trabajadores ocupados. Los criterios de gestión de este tipo de trabajo han estado fijados sobre la base de la existencia de una mano de obra abundante, de origen campesino, en situación de pobreza y discriminación tal que está dispuesta a aceptar condiciones de trabajo sumamente precarias.

Casi siempre se trata de trabajo pagado por tarea o por pieza ("a destajo"). En el primer caso, el trabajador es remunerado por un volumen de trabajo fijo que debe ser ejecutado en un tiempo determinado, mientras que en el segundo caso es remunerado por el número de piezas que aporta (cajas de fruta cosechada, toneladas de caña cortada, kilos de hojas de té, sacos de algodón, etc.). Cuando es por pieza el tiempo de trabajo no está fijado de antemano, lo que propicia una gran irregularidad de jornadas de trabajo: a veces, excesivamente prolongadas porque las cuotas de producción son elevadas; a veces, sumamente cortas cuando no hay suficiente producto o el precio del mercado no conviene al empresario. Existe también un sistema mixto que conjuga un salario de base con primas de rendimiento que fijan volúmenes mínimos de producción por persona/hora.

Estos sistemas de pago presionan al trabajador a laborar horas suplementarias con ritmos de trabajo intensos, por lo que resultan particularmente eficientes en orden a incrementar la productividad del trabajo cuando interesa contar con altos volúmenes de producción para mercados en constante expansión. Al mismo tiempo, permiten un mayor control de la fuerza de trabajo que se encuentra presionada por alcanzar los niveles de productividad fijados por las empresas, como condición para otorgarles empleo.

Para los empleadores estas formas de contratación permiten una gran flexibilidad cuantitativa porque limitan al máximo sus cargas salariares:

pagan estrictamente el tiempo efectivo de trabajo, no tienen mayores compromisos con los trabajadores y cuentan siempre con la posibilidad de despedirlos en el momento que así lo requieran. En tanto que para los trabajadores esta situación se convierte en una fuente importante de incertidumbre y de precarización. Nunca saben con exactitud el tiempo que serán ocupados, muy seguido no conocen la duración de sus jornadas ni el monto de sus salarios, ya que dependen de las variaciones del mercado y del abastecimiento de productos.

Los empaques de frutas y hortalizas frescas, que se desarrollan en México de manera relevante desde la década de los cincuenta, van a privilegiar el empleo femenino (aproximadamente el 90% de la mano de obra). Se trata de mujeres jóvenes que, al lado de bandas, cribadoras, enceradoras y estibadores, van a laborar "a destajo" y sin ningún tipo de contratación, ajustando sus horarios principalmente a los ritmos que marca la demanda del mercado estadounidense a donde se dirigen estos productos (Arizpe y Aranda, 1981; Roldán, 1981; Rooner, 1981; Lara, 1997).

Esta situación propicia el desarrollo del trabajo familiar mediante el cual los trabajadores intentan compensar los períodos de desempleo y distribuir las cargas de trabajo entre todos los miembros de la familia. De esta manera se va haciendo común encontrar cuadrillas[5] con padres e hijos de todas las edades que cortan caña, café, tabaco o algodón, o entre las que cosechan hortalizas. Esto permite al jefe de familia incrementar su productividad y alcanzar la cuota mínima que se le exige a cada cortador; también es un recurso familiar para intentar mejorar sus bajos ingresos, sobre todo en regiones de extrema pobreza rural. En gran medida, ello lleva a extender el trabajo asalariado femenino e infantil en la agricultura al punto que en la década de los ochenta se calculaba que el 50% de la población trabajadora en el campo estaba integrada por mujeres y niños.

La gran mayoría de estos trabajadores son temporales y no cuentan con ningún tipo de prestación social. Reciben una paga por el tiempo realmente trabajado y no se consideran en su salario los días de descanso o de enfermedad ni los tiempos "muertos" que se pierden, no por causas imputables al trabajador sino por las incertidumbres del mercado y del proceso productivo.

5. Son equipos de trabajo, por lo regular con algún vínculo familiar o comunitario, que participan en ciertas tareas agrícolas.

Pocas veces cuentan con servicio médico y con sistemas de seguridad social, puesto que por lo regular trabajan sin contratos laborales. Ello les otorga una gran flexibilidad cuantitativa a las empresas.

Hasta ahora, la organización sindical de los trabajadores rurales es la estructura básica para la defensa de sus intereses. El movimiento sindical, a pesar de su heterogeneidad, ha sido importante en algunas regiones del noroeste del país. Sin embargo, los sindicatos reagrupan, a menudo, solo a un sector minoritario compuesto por los trabajadores estables y los de las agroindustrias. También se encuentra que gran parte de ellos solo existen como membrete o responden a los intereses patronales (Lara, 1996).

Resumiendo, el desarrollo capitalista en la agricultura mexicana se ha caracterizado por una gran flexibilidad cuantitativa o numérica en el uso de la fuerza de trabajo y por un control que descansa en la división sexual y étnica de los trabajadores. La mecanización y la incorporación de métodos de organización científica del trabajo, lejos de hacer desaparecer antiguas formas de control basadas en la discriminación y minorización de la fuerza de trabajo propias de las haciendas y plantaciones, las ha reforzado, creando un mercado de trabajo segmentado en un abanico de grupos sobre la base de distintos criterios: trabajo temporal vs. trabajo permanente; trabajadores locales vs. migrantes; trabajadores legales vs. ilegales; mujeres vs. hombres; adultos vs. jóvenes y niños; indígenas vs. no indígenas, etc. Estos grupos difícilmente logran obtener mejores condiciones laborales que las que han prevalecido en la agricultura desde que desaparecieron las plantaciones y las haciendas, a pesar de la existencia de sindicatos rurales.

Características de la reestructuración productiva en la agricultura mexicana

Hoy en día, la agricultura persigue nuevos objetivos. No es solo fuente de alimentos y de materias primas baratas como lo fue durante décadas; cumple nuevas funciones económicas y sociales que conducen a la incorporación de diversas normas de calidad que rigen la competencia en los mercados.

Si la mecanización de la agricultura fue impulsada bajo un modelo de desarrollo que suponía el crecimiento constante de la demanda, tanto de materias primas como de bienes de consumo masivo, lo cual sirvió de base para estructurar las principales funciones de la agricultura durante décadas, sus actuales funciones han conducido a una nueva división internacional del trabajo y a un proceso de restructuración del sector agrícola.

En esa nueva división internacional, México, al igual que otros países de América Latina, se inscribe como proveedor de productos frescos, principalmente frutas, hortalizas y flores. Para hacer frente a este nuevo contexto se ha llevado a cabo un importante proceso de reestructuración del sector. Como ejemplificación de este proceso tomaremos al sector hortícola, uno de los más dinámicos de la agricultura mexicana.

Seis elementos esenciales caracterizan esa flexibilidad. En primer lugar, encontramos una gran diversificación productiva, que supone la reorientación de una parte de la producción hacia cultivos de exportación "no tradicionales";[6] en segundo lugar, la descentralización de las estructuras de las empresas hacia formas de operación más flexibles, que se basan cada vez más sobre nuevos procesos de asociación entre productores; en tercer lugar, la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y la adopción de plantas de larga vida de anaquel; en cuarto lugar, la creación de cadenas de comercialización y la diferenciación comercial del producto; en quinto lugar, una gran movilidad de las empresas y su dispersión geográfica (empresas globales) hacia nuevas regiones del país o del continente; en sexto lugar, el desarrollo de formas de organización flexible del trabajo que impactan el mercado de trabajo rural, basándose a menudo en la refuncionalización de viejas formas de empleo.

Para analizar estos elementos tomamos como ejemplo la operación de las empresas hortícolas sinaloenses que destinan gran parte de sus recursos a la producción de tomate o jitomate de exportación, como a continuación exponemos.

6. El concepto de "no tradicional", como lo señala Laura Raynolds (1995), es una cuestión específica a cada gobierno, de tal manera que puede contemplar productos frescos y procesados que ya se producían tradicionalmente en el país pero que, en el contexto actual, siguen los estándares de calidad en la selección, empaque, marca, etcétera, que demanda el mercado internacional.

Diversificación productiva

En el contexto internacional, la diversificación se explica como resultado del nuevo orden internacional y de la acción de las empresas transnacionales que buscan elevar su rentabilidad generando una demanda para los productos de exportación no tradicionales. También es resultado de las políticas neoliberales que promueven una agricultura basada en las ventajas comparativas, a partir de la década de los ochenta. Así, los empresarios hortícolas empezaron a cultivar en pequeñas cantidades productos nuevos con un muy alto valor agregado para mercados de lujo o se especializaron en la producción de semillas de alta calidad. En 1970 se cultivaban 14 productos hortícolas en México, hoy en día se registran 88. Treinta de ellos se cultivaron en una superficie no mayor de 100 ha. Algunos fueron productos para comidas exóticas (bangaña, *boi choi*, cundeamor, *chard*, *daikon*, *gailan*, kale, *keel*, *kohlrabi*, *muzu*, *nappa*, pipicha, *sage*, etc.); otros fueron semillas producidas bajo patente (apio, calabacita, chile, melón, pepino, sandía, tomate, etc.) (SAGAR, 1994).

Sin embargo, encontramos que la diversificación no significa solamente ampliar la gama de productos de lujo de exportación. Para algunas empresas supone, también, mantenerse o insertarse en el mercado de productos masivos y de consumo nacional y lograr allí un espacio de competitividad. A su vez, conduce a una cierta especialización productiva ya que es difícil que una empresa abarque campos de producción muy distintos como cereales y hortalizas o flores y frutas. La diversificación productiva, por lo regular, se mantiene en un grupo de productos que puede fabricarse sobre una base tecnológica más o menos común, aun si se dirige a mercados distintos.

Descentralización de las estructuras de las empresas y procesos asociativos

La gran propiedad, dueña de tierra a veces acaparada ilegalmente, con importantes inversiones en maquinaria, dedicada al monocultivo e integrada verticalmente, está dando paso a nuevas estructuras de organización empresarial descentralizadas, con unidades de producción autónomas las unas de las otras, que permiten fraccionar los riesgos inherentes a la

apertura comercial y limitar los efectos de los fracasos que pudieran poner en peligro al conjunto de la empresa. También se busca limitar las inversiones fijas, en particular en la compra de tierras, tanto para disminuir los gastos financieros como para no comprometerse con grandes inversiones de largo plazo en el contexto de un mercado competitivo y volátil.

De esta manera se desarrollan distintas modalidades de acceso a la tierra y a los recursos que no involucran inversiones a largo plazo. Ello no quiere decir que la tendencia actual apunte hacia la creación de pequeñas o medianas empresas que se interrelacionan en el marco de amplias redes productivas. Más bien existe una fuerte concentración de capitales en grandes consorcios, a menudo controlados por las transnacionales, que crean verdaderas redes de empresas de distintos tamaños y formas, asociadas en diferentes niveles, con las que pueden más fácilmente hacer frente a las incertidumbres del mercado. El proceso asociativo, escaso entre la tradicional agricultura familiar, adquiere relevancia para la integración de esos nuevos grupos empresariales.

La asociación productiva, en sus diferentes aspectos y niveles, juega un importante papel en la modernización de la pequeña fracción exitosa de las empresas. Esta modernización se da en diferentes aspectos de la empresa y sigue las pautas de la flexibilización industrial: diversificación de la producción, mayor eficiencia tecnológica, mejor administración de la mano de obra, eliminación de intermediarios en la comercialización e integración con el sector agroindustrial o agrocomercial.

Este proceso asociativo está normalmente dominado por las grandes compañías agroindustriales y agrocomerciales. La concentración de capital se da por tres vías: por la conformación de grupos económicos nacionales estrechamente vinculados a la nueva banca privada; por la penetración del capital extranjero agroindustrial y agrocomercial; o por coinversiones de capital nacional y extranjero. En el primer caso tenemos al Grupo Empresarial Agrícola Mexicano, conformado por 400 empresarios hortofrutícolas, que compró el consorcio Del Monte por el monto de 530 millones de dólares. Sus principales inversionistas son accionistas del Banco BCH (Foro para el Desarrollo de la Empresa, Nacional Financiera, n.3, 1993). En el segundo caso tenemos a firmas norteamericanas o japonesas como la Samborn Inc., la Castle Cook

Inc., la Bud de California, la Pepsico, la Hitachi, la Mitsubishi, la Oshita Marketing Inc., etcétera, que invierten en la producción de hortalizas en el noroeste del país (Gómez Cruz, M. A. y F. Caraveo López, 1990) o a la Nestlé en el caso de la ganadería lechera. En el tercero, tenemos a la empresa Visa Flor con capital mayoritario mexicano, pero con inversión francesa y japonesa (Lara, 1995).

Incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y adopción de plantas con larga vida de anaquel

En la década de los ochenta los productores de Florida dieron un importante salto tecnológico que puso en situación de desventaja a la horticultura sinaloense: la plasticultura, el gaseado para madurar el tomate verde, la introducción de nuevas variedades, la expansión de los invernaderos. Sin embargo, la mayor innovación fue la introducción de un tomate de larga vida de anaquel que se cosecha y vende verde (conocido como verde-maduro o *divine-ripe*). Aun si ese tomate tiene poco sabor, sus ventajas físicas, acompañadas de una fuerte propaganda comercial, le dio un fuerte impulso en el mercado norteamericano, en particular en las comidas *fast-food* en pleno auge en ese país, desplazando al tomate rojo mexicano de mayor sabor, pero menor conservación. Sin embargo, los rendimientos no correspondieron al incremento de los costos implicados por lo cual, a la postre, se redujeron los márgenes de ganancia de los productores.[7]

En esa misma década, los cambios fueron mucho más lentos en Sinaloa. Las técnicas en el campo no se modificaron notablemente. Si bien en esos años se introdujeron algunas técnicas de punta como el uso del rayo láser para nivelar los terrenos o de una máquina para semimecanizar la cosecha, los resultados fueron pobres por el alto costo de esas máquinas sin lograr un incremento correspondiente en la rentabilidad. De hecho, esas innovaciones no rebasaron su carácter experimental. Tampoco hubo cambios importantes en los invernaderos para producir las plántulas, más allá de la generalización del riego automatizado o la importación de Canadá del

7. Hubo en particular dificultades técnicas para adaptar esa variedad de larga vida de anaquel al clima lluvioso de Florida, lo que limitó sus rendimientos.

sustrato para sembrar la semilla en las charolas. Es en el empaque donde se dieron los cambios más importantes. Además de modernizar las cadenas de producción con máquinas más eficientes, se introdujo el gaseado para poder cosechar el tomate verde (llamado "verde-maduro") y provocar su maduración artificial, en el momento del envío, con la aplicación de gas etileno. Esa técnica, común en Florida, mejoró las condiciones de comercialización, pero no de producción.

A partir de los noventa, las empresas hortícolas mexicanas dan un gran salto tecnológico que permite racionalizar el uso de sus recursos e incrementar su rentabilidad. A diferencia de las décadas anteriores, en la cual se modernizaron las tres fases del proceso productivo (plántulas producidas en invernadero, producción de tomate de vara en el campo y creación de los empaques mecanizados), ahora las principales innovaciones se dan en la fase de producción de campo, esencialmente para incrementar la eficiencia del uso de los insumos cuyo costo se incrementa fuertemente a raíz del retiro de los subsidios a la agricultura. Además, la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y de agua responde a la preocupación de organismos internacionales que presionan a los productores para que hagan un uso más racional de los recursos naturales (Lara, 1997).

El primer gran cambio tecnológico consiste en la generalización del riego por goteo que permite regar tierras inaccesibles al riego por rodeo, con un enorme ahorro de agua. Esta nueva tecnología de irrigación, ampliamente desarrollada en Israel desde los años sesenta, se combina con la plasticultura que consiste en tender sobre el suelo una cinta de plástico negro de unos 80 centímetros de ancho (el acolchado) con perforaciones para permitir el trasplante de la plántula. Tiene como ventajas disminuir la maleza y, por lo mismo, el uso de herbicidas, conservar la humedad y ahorrar agua (hasta en 320%), aflojar los suelos y tener un efecto "pasteurizador" porque protege el producto de los parásitos, a la vez que permite el óptimo aprovechamiento de nutrientes. Permite, además, eliminar labores muy costosas propias del riego por rodeo tal como la nivelación de las tierras.[8]

8. La nivelación de los terrenos es una de las tareas más delicadas y costosas de la tecnología del riego por rodeo.

Actualmente, en algunas regiones se implementa un sistema subterráneo de irrigación, con cintas en vez de tubería de tipo convencional. Este sistema de riego, conocido como "fertirrigación", deposita el agua directamente en el área de las raíces, evita que el fruto esté en contacto con la humedad, permite un mejor manejo de las plagas y un fácil manejo de la fertilización. Con ello, se incrementan los rendimientos y se pueden rescatar variedades que se habían dejado de cultivar a causa del surgimiento de enfermedades endémicas.[9] El incremento de la superficie sembrada mediante el método de acolchado de plástico ha sido impresionante. Tan solo entre 1985 y 1988 pasó de 500 a 3.600 hectáreas.[10] Hoy, las grandes empresas hortícolas del noroeste de México cultivan con ese sistema.[11]

El segundo gran cambio tecnológico tiene que ver con la planta misma. En los últimos años todos los grandes productores adoptaron variedades de larga duración de anaquel, tanto en su variedad verde-maduro como bola rojo (esencialmente, el *divine-ripe*),[12] que se adaptó mucho mejor al clima seco del noroeste mexicano que al clima lluvioso de Florida.[13] Con ello iniciaron una nueva lucha por la productividad con los productores de Florida y sus perspectivas parecen ser favorables mientras no se invente un tomate de larga vida de anaquel adaptado a las condiciones climatológicas del sureste americano.[14]

Al mismo tiempo que estas innovaciones han permitido mejorar la calidad de un producto tradicional, cuyo consumo se ha incrementado

---

9. Ver *Hortalizas, Frutas y Flores, 38* (1992, junio).

10. Se calcula que, mediante este método, en condiciones experimentales, los rendimientos en tomate pueden incrementarse hasta 390 t/ha/ciclo, pudiendo incluso producir dos cosechas al año. *Hortalizas, Frutas y Flores* (1990, diciembre).

11. En Sinaloa se estima que 40% de la superficie de las hortalizas se cultiva con estas nuevas tecnologías (CAADES, 1997).

12. Las semillas de esta nueva variedad han dado el nombre genérico a los tomates de larga vida de anaquel conocidos como "divinos" que, además, tienen la ventaja de poder ser presentados como productos naturales ya que se generan a partir de fito-mejoramiento. (Manrubio *et al.*, 1995, p. 96).

13. Ese tomate es de origen israelí, en donde el clima se parece mucho al clima del noroeste mexicano.

14. En realidad, el mayor peligro para los productores sinaloenses es que Estados Unidos acabe con el bloqueo comercial en contra de Cuba o que Fidel Castro deje el poder, lo cual permitiría a los productores de Florida invertir en Cuba con las mismas ventajas comparativas (en clima y mano de obra barata) que las existentes en México. Eso marcaría un regreso a la situación anterior a 1962.

notablemente tanto en México como en los Estados Unidos,[15] se experimentan nuevas variedades de producción biológica o totalmente orgánicas, dirigidas a cubrir nichos de mercados muy selectivos.

El tercer cambio tiene que ver con otra innovación que supone enormes inversiones de capitales, solo al alcance de las grandes empresas: la creación de invernaderos con hidroponía para cultivar, todo el año, hortalizas que se venden como "natural" gracias a que se logra un perfecto control de las plagas.[16] Los invernaderos permiten incrementar enormemente los rendimientos –hasta 300 toneladas de tomate en un año– facilitando una rápida rentabilización de la inversión inicial. Estamos frente a un fenómeno nuevo de producción masiva para un mercado de lujo. Inicialmente esos invernaderos se instalaron en los campos agrícolas de los productores; ahora, para disminuir los costos de transporte, se instalan cerca de Nogales (principal punto fronterizo para la exportación de hortalizas) y funcionan a la manera de las maquiladoras del sector industrial.

Con esas nuevas tecnologías los costos de producción se disparan, pero también los rendimientos. De acuerdo a datos de campo que hemos recabado, una hectárea de tomate de vara cuesta, en estas nuevas condiciones, 12 mil dólares (en vez de 4.810 dólares con la tecnología tradicional), pero el rendimiento sube hasta 120 toneladas por hectárea. No solo el costo de producción por tonelada disminuye notablemente, sino que la empresa adquiere la posibilidad de incrementar su presencia en el mercado de manera extraordinaria. Este fenómeno es tan fuerte actualmente entre las empresas de punta de Sinaloa que están desplazando a sus competidores de Florida, quienes no han logrado tal incremento de productividad (C. de Grammont, 1997).[17]

En términos generales, se puede afirmar que la tecnología usada hoy en día por las grandes empresas hortícolas mexicanas es de un nivel

15. El consumo per cápita de tomate en los Estados Unidos pasó de 5 kilos en los sesentas a un promedio de 7,5 kilogramos a partir de 1988-1989, mientras, en México asciende de 8,5 kilos en 1965 a 16,5 en 1991 (Gómez Cruz *et al.*, 1991; Muñoz, 1995).

16. En algunos casos se cultivan hortalizas ecológicas, patentadas por las asociaciones ecologistas norteamericanas.

17. Sin embargo, el riesgo económico que se corre es mucho mayor que con las tecnologías tradicionales de la Revolución Verde, por lo cual se puede prever la desaparición de las empresas más débiles en un futuro próximo. Falta realizar un estudio más minucioso entre estos dos tipos de tecnología, ya que los actuales datos que tenemos no nos permiten aún precisar el análisis.

comparable a la tecnología de punta en Estados Unidos, de modo que puede esperarse que comiencen a revertirse las "ventajas competitivas" que hasta ahora han mantenido los productores norteamericanos (Agricultural Outlook, 1996).

Creación de cadenas de comercialización y diferenciación comercial del producto

Un elemento que resulta novedoso en la reestructuración del sector es que, a partir de los años noventa, los principales exportadores de tomate se interesan por el mercado interno, con la posibilidad de colocar en las plazas comerciales más importantes del país un tomate con calidad de exportación. La nueva importancia del mercado nacional se explica tanto por los altos costos de transporte, los aranceles que deben pagarse para introducir el tomate en el mercado norteamericano y los efectos del dumping, como por la existencia de canales de comercialización (supermercados) capaces de distribuir ese producto "de lujo" en los grandes centros urbanos. Así, si en 1986 el destino de la producción sinaloense hacia el mercado nacional solo representó el 17% del total producido, para 1993-1994 ascendió al 45% y se estimaba que en la temporada 1994-1995 representaría el 36% (CAADES, 1995). La decisión con respecto al volumen que se envía al mercado nacional o a la exportación, está determinada por la fluctuación de los precios tanto en México como en Estados Unidos.

Según Echánove (1995), un grupo reducido de 13 comerciantes mueven aproximadamente el 87% del volumen del tomate que ingresa diariamente a la Central de Abastos de la ciudad de México. En los primeros cinco meses del año esta producción proviene del estado de Sinaloa, más tarde de Baja California, San Luis Potosí, Jalisco y Morelos. Algunos de los grandes comerciantes que controlan la Central de Abastos del Distrito Federal son los mismos que controlan la Central de Guadalajara y, para ambas Centrales, Sinaloa es su principal región abastecedora.

De esos 13 grandes mayoristas, los 8 primeros (que manejan más del 60% de la venta de tomate en la Central de Abastos del Distrito Federal) son de los más grandes horticultores del noroeste, quienes establecieron sus propias comercializadoras en las dos grandes plazas del mercado nacional a lo largo de la década de los ochenta y ahora dominan ampliamente ese mercado.

Finalmente, hay que señalar un último problema que tiene que ver con la calidad del producto. Antes de la desregulación existía un organismo privado, la Confederación Nacional de Productores de Hortalizas (CNPH), que se encargaba de la planificación de la producción y del control de la calidad de las exportaciones. Con la aplicación de la política neoliberal ese organismo perdió su capacidad de intervención, desapareció el control ejercido sobre los productores y, a menudo, el producto no responde a las normas de calidad exigidas para su exportación. Con ello, la imagen del producto mexicano se ve dañada. Para remediar este problema, los grandes productores de Sinaloa crearon, desde hace unos pocos años, sus propias etiquetas para diferenciar su producto en el mercado.[18]

Cambios en la estructura de las empresas: de la empresa local a la empresa global

Se inició, hace unos 20 años, un importante proceso de movilidad de las empresas que buscan los mejores lugares para poder cultivar todo el año, ubicarse en nichos de mercado o diversificar su producción. Actualmente, algunas empresas hortícolas mexicanas tienen tal capacidad financiera y de organización que traspasan las fronteras del país, hacia Estados Unidos o hacia Centro América, para incrementar la rentabilidad de sus capitales.

Las empresas que dominan la producción hortícola operan en varios estados del país. Para conservar la flexibilidad productiva necesaria y responder así a las posibilidades del mercado, gran parte de su producción se realiza sobre tierras rentadas, ocasionalmente trabajando en asociación con ejidatarios. Hoy en día es claro que los empresarios no están interesados en la compra de tierras agrícolas, pues supone una enorme inversión en capital fijo que les conduciría a una situación de irreversibilidad a largo plazo frente a un mercado extremadamente volátil.

De acuerdo con datos de Echánove, el grupo Canelos, que forma parte de los quince grupos más importantes de productores de hortalizas

18. En el caso de los productos de lujo marcan cada verdura con una etiqueta, tal como lo hacen los productores norteamericanos.

de México, siembra 1.000 hectáreas de tomate en el valle de Culiacán (sede de su emporio), tienen también 600 hectáreas de la variedad de *saladet* en Sonora y otras mil hectáreas más (800 ha de bola y 200 ha de *saladet*) en el valle de San Quintín, Baja California. El grupo Lomelí, siembra 3000 hectáreas de tomate en Sinaloa, San Luis Potosí, Jalisco y Baja California, todo ello a nombre de la Sociedad Impulsora Grupo Lomelí. A la vez, tienen la filial "Eco Cultivos" que produce bajo invernadero y con alta tecnología, productos biológicos durante ocho meses del año, con rendimientos hasta cuatro veces mayores a los obtenidos a cielo abierto. Un caso similar es el de la empresa Agrícola Bátiz, que produce en Sinaloa, Morelos, Baja California sur y norte, e invernaderos para producción de tomate en hidroponía en Sinaloa y Morelos.

Un elemento novedoso de estas empresas es que también tienen campos de producción de hortalizas e invernaderos en Florida o California, o están en asociación con productores norteamericanos. A la vez, han creado sus distribuidoras y empacadoras, con centros en varias partes del país, así como en Estados Unidos y Canadá. De esa manera no solo exportan, sino que introducen al país lo que han producido del otro lado de la frontera (Echánove, 1995). Para esa cúpula empresarial la línea fronteriza entre México y Estados Unidos ya no existe: tienen la capacidad de producir y movilizar sus productos en ambos lados de la frontera, reempacar en Estados Unidos lo que han producido en México o hacer el reempaque de la producción norteamericana en sus empaques mexicanos.[19]

Algunos de estos grupos empresariales logran una integración vertical, produciendo de semillas, plántulas, plásticos (para uso de plasticultura) y otros insumos a la vez que tienen distribuidoras y empacadoras dentro y fuera del país, pero sus inversiones se orientan actualmente también a otros sectores. Por ejemplo, los Lomelí participaron en la creación de Banca Cremi y en la empresa de Del Monte, mientras que los Bátiz forman parte del Grupo Pulsar Internacional que integra empresas de giros muy diferentes, como la empresa cigarrera La Moderna,

19. En la fruticultura encontramos una situación similar. Por ejemplo, en 1982, 36 empresas familiares crean la Sociedad Cooperativa de Citricultores del Litoral de Sonora que abarca unas 2.000 ha de huertas de naranja (que representa el 45% de la superficie, pero el 70% del volumen de la producción en la región). Para mejorar su comercialización en el mercado internacional la cooperativa piensa asociarse con la cooperativa Sunkist de California.

la Casa de Bolsa Vector, la fábrica de alfombras Luxor, la empresa productora de semillas Asgrow Seed Co. y otras (Toussieh, 1996).[20]

Si tomamos como ejemplo la empresa agrícola de los Bátiz, que se inició en el valle de Culiacán hace varias décadas como pequeño negocio familiar en la producción de hortalizas, encontramos que hoy día su situación es la siguiente (C. de Grammont, 1997): cultiva unas 1.200 hectáreas de diferentes hortalizas en el valle de Culiacán, divididas en seis grandes campos agrícolas, con tecnologías de punta tal como la plasticultura y la fertirrigación. Para controlar la irrigación y la fertilización de sus cultivos está equipada con una red de monitoreo computarizada que permite determinar las necesidades exactas en agua y fertilizante, a lo largo de todo el ciclo productivo, de cada uno de los cultivos. Con este moderno sistema la empresa ahorra hasta 80% del agua que se utilizaba con el sistema tradicional de riego por goteo y hasta 65% en el gasto de fertilizante. En tomate de vara se logra un rendimiento promedio de 80 toneladas de alta calidad.

Además de sus campos tiene 7 hectáreas de invernadero en donde produce, en hidroponía, tomate que se vende como "ecológico" por estar libre de plagas gracias al control fitosanitario que se logra bajo techo.

Cuenta con un empaque de gran tamaño, pero con una tecnología tradicional y donde la calidad de la selección depende de la habilidad de las seleccionadoras.

Tiene otros tres centros de producción "fijos" con sus propios empaques, en Morelos, Baja California norte y sur, pero produce hortalizas en diferentes estados de la república de acuerdo a la demanda del mercado. Así logra producir hortalizas todo el año y mantener la presencia de su marca en los supermercados.

En la Central de Abasto de la Ciudad de México tiene su propia distribuidora, una de las más grandes de la Central, para vender su producción y la de otros productores.[21] Se estima que la mitad de sus ventas proviene de la misma empresa, la otra mitad se produce bajo contratos con pequeños productores.

20. Actualmente, el grupo Bátiz es parte de un consorcio internacional Empresa La Moderna (ELM) que tiene presencia en más de cien países. Sus ingresos, en 1995, fueron de 1.210 millones de dólares, lo cual significa un incremento de 59% en relación a los 761 millones obtenidos en 1994 (*El Financiero*, 1996, 16 de julio).

21. Sobre el papel de los grandes empresarios agrícolas en la Central de Abasto de la ciudad de México, véase *El abasto de alimentos a la ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder* (Echánove, 1997).

En 1993 se asoció con el Grupo Pulsar, lo cual le dio, sin duda, un gran dinamismo y le permitió acceder con mayor facilidad al capital financiero.[22]

Tiene una distribuidora en Estados Unidos con su propia marca, con oficinas en los principales puntos fronterizos (San Diego, California; Nogales, Sonora; Mac Alien, Texas) y oficinas de venta en Filadelfia, Arizona, Los Ángeles, Florida. Así mismo, tiene una oficina de venta en Montreal para exportar a Canadá. Además, importa y distribuye tomate de Holanda, endivias de Bélgica y otras hortalizas de Chile. Empezó a abrir sus propias tiendas de venta al menudeo.

En Florida, la empresa estableció un *joint venture* con una empresa similar para la comercialización de *chile bell* producido en 650 hectáreas. Además, está asociada con numerosos productores familiares en California e Illinois. Estos productores producen hortalizas que se comercializan bajo la marca de MEHM, con un estricto control de calidad del cultivo y de la cosecha.

Con tal cobertura, la MEHM tiene la capacidad de producir tanto en México como en Estados Unidos y vender en ambos países. Además del tradicional proceso de exportación hacia el norte, es capaz de importar productos norteamericanos a México, reacondicionarlos en sus empaques y venderlos con su marca mexicana en cualquiera de las grandes ciudades mexicanas.

La situación de esta empresa es un claro ejemplo de lo que ha significado la reestructuración en este sector.

Feminización del asalariado y nuevas formas de organización flexible del trabajo

Aunque la reestructuración del sector hortícola ha implicado una modernización de las empresas y la incorporación de cambios tecnológicos, la competencia por parte de los propios productores norteamericanos,

22. El Grupo Pulsar fue creado en 1981 por Arturo Romo y es ahora uno de los consorcios mexicanos más dinámicos. Tiene 6 campos de operación: la agroindustria con la cigarrera La Moderna, la Biotecnología y la producción de semillas con Seminis y Monsanto, la distribución de hortalizas frescas, la comunicación electrónica, los seguros con Seguros La Comercial y Asemex, el sector financiero con Vector.

la vulnerabilidad del mercado al que se dirigen estos productos, las grandes fluctuaciones de los precios, la dependencia tecnológica y la gran concentración que existe en este sector reducen las posibilidades de competir y de hacer rentable, para muchas empresas, la incorporación de tecnologías demasiado costosas o mal adaptadas a las condiciones de los países subdesarrollados.

De esta manera, encontramos que las empresas hortícolas mexicanas no apuestan su competitividad en el mercado internacional solo a la incorporación de tecnologías caras y sofisticadas, sino que descansan, de manera importante, en el uso flexible de la fuerza de trabajo (Lara, 1995, 1997). Así, se observan sobre todo dos situaciones: a) las empresas que solo logran mejorar las viejas formas de producción, nacidas de la revolución verde, y que buscan resolver los problemas de inercia tecnológica apoyándose en una flexibilidad cuantitativa de la fuerza de trabajo. Ello significa mantener las viejas formas de organización de tipo taylorista-fordista; b) las empresas que logran un proceso de modernización tecnológica importante y de reorganización de sus estructuras, aunque eso no las lleva a modificar la organización del trabajo en todas las etapas del proceso productivo, sino solo en aquellas imprescindibles para incorporar una flexibilidad cualitativa de la fuerza de trabajo que responda a las nuevas exigencias de la tecnología adoptada. En este último caso, se mantienen las formas precarias del trabajo en términos contractuales, lo cual supone variabilidad de horarios y eventualidad en el empleo que, en términos salariales, se traduce en formas de pago a destajo, por tarea o por producto. Pero, a la vez, se incorporan exigencias de calificación, especialización e implicación para los trabajadores, organización en equipos o círculos de trabajo, estímulos a la productividad, y otras formas propias de los nuevos modelos productivos aplicados en la industria (Lara, 1995, 1997).

En las empresas productoras de hortalizas en Sinaloa, se presentan ambas situaciones. En la década de los cincuenta y los sesenta, cuando se da el *boom* del tomate en esta región, se desarrollan tecnologías tendientes a elevar la productividad, tales como la introducción del tomate "de vara", la producción de plántulas en invernaderos, y la creación de empaques para el acondicionamiento y embalaje de productos. Estas tecnologías se acompañaron de una organización de tipo taylorista-fordista de

la fuerza de trabajo, en particular en los invernaderos y empaques donde el trabajo se parcializa, se organiza en cadena y se introducen bandas y transportadores.

El desarrollo de estas formas de organización del trabajo se llevó a cabo mediante una rígida división sexual y étnica del proceso productivo. Los indígenas se convierten en el principal grupo que participa en las labores de campo y en las cosechas, como mano de obra no calificada, mientras que las mujeres son empleadas para desempeñar todo tipo de trabajo que asegure la calidad de los productos, tanto en los invernaderos como en los empaques. La norma fue la contracción en forma temporal, con pago a destajo y sin ningún tipo de protección laboral, lo que permitió contar con una enorme flexibilidad cuantitativa.

Actualmente, la reestructuración productiva no modifica sustancialmente este esquema organizativo. No obstante, la incorporación de nuevas tecnologías tiene efectos diferentes sobre el uso de la fuerza de trabajo. En algunos casos se traduce en la aparición de nuevos puestos y en otros en su desaparición. Por ejemplo, las innovaciones en materia de riego, fertilización, plasticultura, entre otras, pueden reemplazar cierto tipo de trabajadores (regadores, canaleras, peones que aplican fertilizantes o que realizan los desyerbes, etc.) por mano de obra calificada en las nuevas técnicas de fertirrigación (técnicos o ingenieros). Otras innovaciones químicas, agronómicas o biológicas pueden incrementar, disminuir o mantener el nivel de empleo, así como exigir una mayor calificación de la mano de obra o, al revés, pueden continuar utilizando mano de obra no calificada para tareas puntuales, reduciendo el empleo, pero intensificando su productividad. Por ejemplo, las nuevas variedades de tomate y las tecnologías modernas permiten homogeneizar la cosecha, lo que lleva a reducir el número de veces que se necesita pasar a cosechar (de ocho hasta tres veces), pero incrementa el número de jornaleros ocupados para realizar la cosecha debido al incremento de rendimientos (de 22 t/ha hasta 120 t/ha).

Es por eso que no se puede hablar de un patrón particular de empleo asociado al uso de estas nuevas tecnologías. Sin embargo, lo que sí puede decirse es que la irreversibilidad de las opciones tecnológicas se aplica bajo una inercia en las formas organizativas del trabajo. En particular, se mantiene la rigidez en la división sexual y étnica del trabajo

asignando a las mujeres aquellas tareas que garantizan la calidad de los productos de "nicho" o selectos.[23]

Si bien, desde que se aplican los sistemas de producción taylorista-fordistas en la horticultura sinaloense, se llevó a cabo una creciente incorporación de mujeres para el trabajo en empaques, invernaderos y plantas de procesamiento,[24] hoy día, en la agricultura orientada a cubrir nichos de mercado en donde es indispensable una organización del trabajo que permita una producción de alta calidad, existe un amplio proceso de feminización.

Algunos autores han hecho hincapié en las ventajas que ofrece la mano de obra femenina porque es barata. Sin embargo, no solo es su costo lo que puede explicar por qué existe una preferencia para la contratación de mujeres en estos cultivos. Es también porque se trata de una mano de obra que, además de ofrecer una gran flexibilidad cuantitativa (que se traduce en trabajo temporal, horarios discontinuos, salarios por tarea o por pieza), ofrece una ventaja adicional a las empresas, que consiste en una gran flexibilidad cualitativa.

Se trata de una mano de obra capaz de pasar por todas las fases de la cadena productiva desempeñando actividades con características diversas, y con disponibilidad para capacitarse en tareas que requieren de una calificación, así como para lograr cierta implicación y colaboración en la adaptación de las tecnologías modernas a las diversas necesidades de las empresas. Como se trata de jovencitas, la mayoría de ellas solteras, sin más alternativas que el empleo local, pero con un nivel de escolaridad relativamente alto (al menos primaria completa y a veces estudios de secundaria y bachillerato) que les sirve de base para adquirir una calificación, las empresas pueden mantener más bajos los salarios que si contrataran solamente hombres adultos con alguna calificación, o si mantuvieran un *staff* de técnicos e ingenieros, como sucede en los países desarrollados.[25]

23. Varios estudios confirman esta tendencia no solo en México, sino también en América Latina. Véanse los trabajos compilados en Lara Flores (1995).

24. Algunos trabajos publicados en la década de los ochenta permiten confirmar esta situación. Véase *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe* (León, 1982).

25. Véase *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias; *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina* (Lara, 1995).

En Sinaloa, se ocupa básicamente mano de obra femenina local para el desempeño de tareas que se han ido haciendo más complejas debido a la diversificación productiva y a las distintas normas de calidad que exigen los diferentes mercados a los que se destinan los productos. A la vez, se mantiene la contratación de indígenas y de mano de obra migrante para la realización de labores de campo, al lado de un personal altamente calificado que interviene como personal técnico en los nuevos invernaderos de producción biológica.

Esta estrategia genera un mercado de trabajo segmentado no solo entre personal calificado y no calificado, sino entre mano de obra femenina y masculina, indígena y no indígena. De tal manera que, al lado de una producción sofisticada, que integra métodos y tecnologías modernas, se encuentra una mano de obra sometida a diferentes formas de discriminación o "minorización", que se traduce en empleo precario.

Aun si en algunos casos se comienzan a desarrollar otras formas de empleo, como los equipos de trabajo especializados que pueden contratarse para desempeñar tareas específicas y con mejores remuneraciones, sigue prevaleciendo el empleo no calificado, de trabajadores contratados en condiciones de extrema precarización.[26]

Se puede decir que en el período actual se mantiene un mercado de trabajo basado en el uso intensivo de fuerza de trabajo no calificada, compuesta por migrantes, indígenas, mujeres, niños, y otros grupos en situación de minorización, contratados básicamente para las cosechas y tareas puntuales que se realizan en la producción masiva. El empleo en este mercado se basa en una flexibilidad cuantitativa (trabajo temporal, sin horarios fijos, pago por tarea o por pieza, etc.) que convive con otro sector moderno, que integra elementos de una flexibilidad moderna o cualitativa (con exigencias de calificación, polivalencia e implicación para la fuerza de trabajo), pero donde se mantienen las condiciones de empleo precario y una segmentación sexual de la fuerza de trabajo.

26. Por ejemplo, para el corte de la uva de mesa de exportación, en México, compiten ahora las cuadrillas especializadas de "pochos" (personal por lo regular de origen mexicano, que trabaja para empresas norteamericanas de servicios con el objetivo de cortar un campo determinado) junto con los migrantes indígenas que llegan a Sonora, procedentes de varios estados de la república.

Resumiendo, la reestructuración productiva de la horticultura mexicana consiste en una selección de elementos y de formas de organización diferentes que parte de los recursos locales de más fácil acceso y bajo costo para lograr competitividad en el mercado, aun si se hace a costa de una organización del trabajo que penaliza a los trabajadores, en particular a ciertos sectores como las mujeres, los niños y los indígenas. La horticultura de exportación es un claro ejemplo de una agricultura flexible que busca insertarse en el nuevo orden internacional, apoyándose en una flexibilidad "salvaje",[27] que por sus tintes arbitrarios y excluyentes convierte a los indígenas, los niños y las mujeres en la población más apta para responder a las necesidades del mercado al cual se dirigen sus productos.

Bibliografía

Agricultural-Outlook. (1996, junio). *U.S. market for winter fresh vegetables*. México: ERA; USDA.

Balibar, É. y por Wallerstein, I. (1989). *Race, class, nation. Les identités ambigües.* París: La Découverte.

C. de Grammont, H. (1992). Reflexiones sobre el mercado de trabajo en el campo latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología,* (México: IIS-UNAM).

C. de Grammont, H. (1997). Modernización de las empresas hortícolas sinaloenses y sus efectos sobre el empleo. Ponencia presentada en el *Congreso de LASA*, Guadalajara, México.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (1984). *Relación de empaques legumbreros*. Culiacán: CAADES.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (1995-1996). *Costos estimados de hortalizas*. Culiacán: CAADES.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (Varios años). *Informes anuales.* Culiacán: CAADES.

De la Garza, E. (1992). Introducción. En A. Cobarrubias. *La flexibilidad laboral en Sonora.* México: El Colegio de Sonora; Fundación F. Ebert.

27. Los conceptos de flexibilidad primitiva y salvaje han sido desarrollados por De la Garza (1993) para el caso de la industria, pero han sido aplicados a la agricultura por Lara (1992, 1995, 1997).

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*. México: IIE-UNAM; UAM-I.

De la Garza, E. (1995). *La breve historia de la sociología del trabajo de Othón Quiroz*. México: UAM-I.

De la Garza, E. (1996). *La reestructuración productiva en América Latina*. Coventry: Universidad de Warwick.

Echánove. F. (1995). *El abasto de productos hortofrutícolas a la ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder*. Tesis de maestría. División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa, México.

Echánove, F. (1997). *El abasto de alimentos a la ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder*. Tesis de doctorado, Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa, México.

Gómez-Cruz, M. A. y Caraveo, F. de J. (1990). La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales. *Comercio Exterior, 40*(12), (México).

Gómez-Cruz, M. A. y Caraveo, F. de J. (1991). *La agromaquila hortícola, nueva forma de penetración de los monopolios internacionales en la agricultura mexicana*. México: CIESTAAM; U. Chapingo.

Hewitt, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970*. México: Siglo XXI.

Lara, S. M. (1992). La flexibilidad del mercado de trabajo rural. *Revista Mexicana de Sociología, 1,* (México: IIS-UNAM). México.

Lara, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa: où comment une solidarité se façonne à travers solidarités et conflits. *Cahiers du GEDDIST, 7,* (París: IRESCO).

Lara, S. M. (Coord.). (1995). *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1995a). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad salvaje. En S. M. Lara (Coord.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1995b). Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada. En S. González y V. Salles (Coords.), *Género y transformaciones agrarias.* México: PIEM; COLMEX.

Lara, S. M. (1996). Mercado de trabajo rural y organización laboral en el campo mexicano. En H. C. de Grammont (Coord.), *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano.* México: Plaza y Valdés; IIS-UNAM.

León, M. (Comp.). (1982). *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*. Bogotá: ACEP.

Muñoz, M. *et al.* (1995). *Desarrollo de ventajas competitivas en la agricultura: el caso del tomate rojo.* México: Universidad Autónoma Chapingo.

OIT. (1973). *Mecanización y Empleo en la Agricultura: estudios de caso de cuatro continentes.* Ginebra: OIT.

Raynolds, L. T. (1994). The restructuring of Third World agro-exports: changing production relations in the Dominican Republic. En P. McMichael (Ed.), *The Global Reestructuring of Agro-Food Systems.* Ithaca; Londres: Cornel University Press.

Roldan, M. (1981). Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Pátzcuaro, México.

Rooner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California Norte, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, Pátzcuaro, México.

Torres, G. (1994/1997). *La fuerza de la ironía: un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros en el occidente de México.* México; Wageningen: CIESAS; Universidad Agrícola de Wageningen.

Toussieh, R. (1996). *From Seed to Market: Empresa La Moderna's agrobiotechnology integration.* Nueva York: Harvard Business School.

SAGAR. (1994). *Anuario estadístico de la producción agrícola de los Estados Mexicanos. Años 1970-1994*. México: SAGAR.

Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización*

En México aún son pocas las investigaciones que se refieren al estudio del mercado de trabajo rural. La temática surge como tal hacia mediados de la década de los ochenta. Antes, el interés estuvo enfocado al análisis de la estructura agraria y/o de los sectores o clases sociales que la integran.

Autores como Stavenhagen (1969), Gutelman (1971), Pozas y Horcacitas (1971) y Bartra (1974), así como el trabajo realizado por el CDIA (1974), tuvieron como objeto de estudio la *estructura agraria del país*, y en este contexto analizaron la existencia de campesinos pobres o de agricultores sin tierra, que podrían ser considerados como jornaleros o proletarios porque dependían básicamente de la venta de su fuerza de trabajo para lograr su subsistencia. Especialmente, Gutelman y Bartra se interesaron en el proceso de "descampesinización" o "proletarización" del campesinado pobre, que a su modo de ver era el resultado del tipo de desarrollo capitalista que se había impuesto en el campo mexicano.

Sin duda se trata de estudios fuertemente influenciados por las tesis de Lenin (1971) en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y de Kautsky (1970) en su obra sobre *La cuestión agraria*. Por lo mismo, otorgaron especial importancia a la conformación de una clase social cuya existencia está directamente relacionada con la posesión o no de la tierra, su productividad, la pertenencia de otros medios para hacerla producir, así como con la capacidad para trabajarla por sí mismos, con ayuda familiar o

* Extraído de Lara, S. M. (2001). Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización, pp. 363-382. En N. Giarracca (Comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO. [ISBN 950-9231-58-4].

mediante la contratación de mano de obra asalariada. En este sentido, la metodología utilizada descansaba fundamentalmente en una estricta contabilidad de factores que intervienen en la producción, lo que permitió la elaboración de complejas tipologías de unidades de producción. Así, el libro del CDIA (1974) se convirtió en un "clásico" para los estudiosos del campo mexicano, porque presenta una tipología de los distintos estratos en los que se pueden agrupar las unidades productivas a nivel nacional.

Por su parte, el libro de Roger Bartra (1974) acerca de la *Estructura agraria y clases sociales en el campo* desató una importante polémica entre dos corrientes de análisis que se hicieron famosas en México: la de los "campesinistas" y la de los "descampesinistas", también llamados "proletaristas".[1]

Bartra hizo un minucioso análisis de las clases sociales que pueden encontrarse entre los productores agrícolas. Su método consistió en contabilizar los insumos y la producción de cien unidades agrícolas encuestadas en el valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo. Para realizar este análisis considera importante imputarle un precio a la renta de la tierra (como mecanismo de extracción de plusvalía), al desgaste de la maquinaria y medios de producción, y al trabajo aportado (aun si se trata de trabajo familiar o propio). Sus variables intentan reflejar las condiciones en las que operan las distintas unidades productivas al enfrentarse al mercado, y detectar cuáles de ellas arrojan un saldo positivo o negativo. Sus conclusiones señalan un intenso proceso de proletarización del campesinado, imposibilitado de revertirse.

Un poco más tarde, pero como parte de esa discusión orientada a explicar la tendencia de la estructura de clases en el campo mexicano, aparecen los estudios que tienen como objeto de investigación a *los trabajadores agrícolas* o, más concretamente, al *proletariado rural*. El libro de Luisa Paré (1977) es pionero en este tema en México, y fueron relevantes el libro de Mario Aguirre-Beltrán y Hubert C. de Grammont (1982), y la compilación de C. de Grammont (1986) que recoge distintas situaciones

1. Hay una importante cantidad de artículos y tesis de grado que adscribían a una y otra corriente y alimentaban el debate. Sus principales teóricos fueron Armando Bartra, Roger Bartra, Manuel Coello, Ariel Contreras y Arturo Warman, entre otros. Una síntesis de dicha polémica puede encontrarse en Feder (1977).

en México. Uno de los méritos indiscutibles de estos libros es, ante todo, el haberle dado visibilidad social a un grupo social escasamente estudiado en esa época.[2]

La propuesta metodológica de Luisa Paré consistía en hacer un recuento del origen de los ingresos de los trabajadores: en tanto que considera que la proletarización consiste en un proceso que se refleja en la paulatina pérdida de los medios de producción, su objetivo consiste en estudiar las situaciones que van desde la semiproletarización hasta la completa separación del trabajador de sus medios de producción y su sostenimiento básicamente a partir de la venta de su fuerza de trabajo. Su estudio se apoya en la aplicación de un cuestionario a trabajadores agrícolas del valle del Mezquital, en Hidalgo, y de la zona cañera de Atencingo, en Puebla.

El libro de Luisa Paré (1977) y los trabajos de Aguirre-Beltrán y Hubert C. de Grammont (1982 y 1986) buscaron dar cuenta de la importante heterogeneidad entre los asalariados agrícolas. En este sentido, elaboraron tipologías no de unidades productivas, como en los estudios anteriormente citados, sino de los trabajadores. Para ello tomaron como base distintos indicadores de diferenciación de este grupo social. Paré considera como elementos importantes de clasificación del asalariado a su vínculo con la tierra, el carácter eventual o permanente del empleo, su calificación, la condición migratoria y la empresa contratante. C. de Grammont, además de dichos elementos, incluye también la pertenencia o no a un grupo étnico.

En la medida en que el objetivo de estas investigaciones fue el estudio de los sujetos que se incorporan al mercado de trabajo destacando su carácter de clase (no por nada se estudia "al proletariado"), sus instrumentos metodológicos buscaron captar la situación de los responsables de las unidades productivas, fundamentalmente de hombres adultos con tierra y sin tierra. Por lo mismo dejaron de lado la situación de otros grupos que también forman parte del asalariado rural, como las mujeres y los niños, que pocas veces tienen acceso a la tierra (aunque esto ha cambiado recientemente).[3] Por otro lado, si bien se interesaron en las

2. En ese momento, solo se había realizado el estudio de Botey, Heredia y Zepeda (1975).

3. Un análisis crítico de estos trabajos se encuentra en Lara (1991).

empresas contratantes, al poner el acento en el estudio de los trabajadores no analizaron el mercado de trabajo como el espacio donde se realiza la venta de la fuerza de trabajo.

El enfoque de los mercados de trabajo

Sin duda fue Enrique Astorga (1985) el primero en México en tener como objeto de estudio al *mercado de trabajo rural* propiamente dicho. Su libro constituye un importante aporte, por la amplitud con la que se aborda el tema y por los ejemplos que ofrece. Bajo su enfoque, el mercado de trabajo rural se analiza como un espacio en donde la fuerza de trabajo se comporta como cualquier otra mercancía. Por ello su metodología se orientó a captar las fases (promoción, acopio, transporte, almacenamiento y consumo) y los niveles (nacional e internacional) que comporta dicho mercado de trabajo.

Para Astorga el mercado de trabajo rural se refiere tanto a los procesos de producción de peones como a la distribución y consumo de la fuerza de trabajo, así como a los canales y niveles por los cuales esta transita. Considera al trabajador agrícola o peón como una "mercancía humana", que responde a una demanda definida por el número de jornales que cada planta requiere, de acuerdo al nivel tecnológico existente en un momento dado. En este sentido, el empleo estaría dado por el tipo de demanda que se genera en torno a cada cultivo.

Su análisis concuerda con el enfoque neoclásico, que considera que la movilidad de los trabajadores se rige por las leyes de la oferta y la demanda, factores que tenderían a equilibrarse tal como sucede en otros mercados. Nada más lejos de esto. El mercado de trabajo no es un lugar donde oferentes y demandantes se encuentren libremente, porque tanto la oferta como la demanda se encuentran mediadas por contextos sociales y culturales complejos que segmentan a los trabajadores en un sinnúmero de categorías: tantas como la sociedad misma ha creado con criterios de clase, etnia, sexo y generacionales.

Para dar cuenta de esta segmentación en el mercado de trabajo rural, algunos autores se han apoyado en la teoría del mercado dual

desarrollada por Piore (1971). Este es el caso del trabajo de Antonieta Barrón (1993), para quien el mercado de trabajo es "el lugar en donde se ofrece y demanda fuerza de trabajo asalariada". Otro estudio es el de Emma Lorena Sifuentes (1996), quien analiza el comportamiento de los mercados de trabajo en el estado de Nayarit, al noroeste del país, en las dos últimas décadas. Ambas investigaciones ponen un particular interés en estudiar la situación de las mujeres en el mercado de trabajo rural.

Barrón se apoya en la teoría institucional que considera la existencia de un mercado de trabajo dual con la presencia de mercados primarios y secundarios: forman parte de los mercados primarios aquellos mercados desarrollados propios de las empresas modernas dedicadas a la producción hortícola. Estos se caracterizarían, desde su punto de vista, por tener una división social del trabajo más marcada. Por su parte, los mercados secundarios serían los menos desarrollados, con una débil división del trabajo. El empleo femenino se daría principalmente en los mercados primarios, como resultado de una mayor diversificación de ocupaciones. Para apoyar su tesis, Barrón realiza un estudio en doce localidades productoras de hortalizas ubicadas en seis estados del país.

De acuerdo con este planteamiento se ha propuesto una metodología que permitiría captar el tipo de mercado al que concurre la fuerza de trabajo.[4] Para ello se considera relevante estudiar las siguientes cuestiones: el patrón de cultivos, las características de los productores y el perfil de las unidades de producción, el estudio del volumen y la comercialización de la producción, los rasgos generales de la mano de obra asalariada que interviene en la producción y su perfil sociodemográfico, las distintas etapas del proceso de trabajo, la condición en la que laboran los trabajadores y las migraciones que se generan, así como los conflictos sociales y laborales. Como temas particulares se añaden algunos aspectos que se refieren a las mujeres (fecundidad, anticoncepción, etc.) y a la relación del trabajador con la tierra.

4. Se trata de una propuesta que surge como resultado de un *Seminario sobre Mercados de Trabajo Agrícolas*, organizado por Emma Lorena Sifuentes y Omar Wicab en el marco del Programa Interdisciplinario de Investigación e Informática sobre Asuntos Rurales de la Universidad Autónoma de Nayarit, que tuvo lugar en mayo de 1993. Véase Barrón y Sifuentes (1997).

La teoría del mercado dual surge como parte de la corriente institucionalista, que critica fuertemente los postulados neoclásicos. Considera que el mercado da origen a instituciones y reglas, y que los postulados neoclásicos se alteran por una serie de normas, costumbres y procedimientos administrativos (Carrillo y Hualde, 1990; De la Garza, 1996). Esta teoría surgió gradualmente de una serie de estudios históricos realizados en Estados Unidos, Francia e Italia, así como del análisis de mercados de trabajo urbanos. En esta corriente debe ubicarse el texto de Michael Piore (1971) sobre el mercado de trabajo dual.

De acuerdo con dicho enfoque se plantea lo siguiente:

a. Que el mercado laboral se divide en dos segmentos: el primario y el secundario. En el *sector primario* se reagrupan los empleos mejor pagados, más estables, más interesantes, y los trabajadores más privilegiados. El sector *secundario*, que se caracteriza por los elementos opuestos, comprende a todos los grupos en desventaja o "marginados": las mujeres, los jóvenes, los inmigrantes, así como los empleos peor pagados y más inestables, de manera tal que se conforma por los sectores más débiles políticamente.
b. La dicotomía del mercado se explica por factores institucionales e históricos: tecnología, estructura ocupacional, costumbres y composición de la fuerza laboral.
c. La movilidad de los trabajadores dentro de los mercados es muy limitada, y son sobre todo los trabajadores del segmento secundario los que se encuentran atrapados en él.
d. Las características del capital humano que plantean los neoclásicos (años de escolaridad y adiestramiento) casi no tienen influencia sobre los sueldos y los puestos de trabajo, de manera que quienes se encuentran en el mercado secundario no lo están porque carezcan de las calificaciones adecuadas, sino por la dificultad que existe para acceder a los mejores trabajos y por la escasez de estos (Llamas, 1987).

De acuerdo con este enfoque, los mercados primarios y secundarios forman parte de una misma unidad en donde los trabajadores se encuentran escindidos por mecanismos institucionales que legitiman la existencia de la segmentación de ciertos grupos.

En el mercado de trabajo rural encontramos, en efecto, una dicotomía entre grupos de trabajadores clasificados como calificados, que ocupan los mejores puestos y cuentan con mejores condiciones de trabajo y empleo, frente a aquellos que serían típicamente clasificados en el segmento secundario. Sin embargo, el mercado de trabajo rural ofrece un abanico de situaciones complejas, que dificultan la aplicación mecánica del enfoque dual.

Por ejemplo: las modernas empresas exportadoras de flores en México privilegian la contratación de mano de obra femenina local para tareas de corte y manejo de flores en los invernaderos, cuya realización sin duda requiere de una calificación que no es reconocida por las empresas, en tanto que ocupan mano de obra indígena y migrante para tareas de campo, que realizan los peores empleos. Ambos grupos, mujeres e indígenas, participan de lo que podría caracterizarse como mercados desarrollados y con una fuerte división del trabajo. Sin embargo, laboran en condiciones de extrema precarización.

La corriente segmentacionista es una variante de la teoría institucional. Define al mercado de trabajo como el conjunto de mecanismos e instituciones a través de los cuales la fuerza de trabajo es comprada y vendida. Su aporte sustantivo se encuentra en la noción de estratos, entre los que existe poca movilidad "por falta de información y calificaciones, pero principalmente por el tipo de actitudes con respecto al trabajo" (De la Garza, 1996, p. 53).

En trabajos posteriores, Michael Piore matiza su punto de vista con respecto a la teoría del mercado dual, para formar parte de esta corriente (Piore, 1971, Piore y Berger, 1980; citados por Llamas, 1987). Plantea que al interior del sector primario se encuentran dos estratos: en el superior se ubican los profesionistas y gerentes, cuya movilidad se asocia con el avance de la profesión, y en donde el nivel educativo es fundamental. Este segmento tiene más posibilidades de desarrollar su creatividad e iniciativa. En tanto que en el nivel inferior, aunque este correspondería a trabajos calificados, la mayoría serían taylorizados, y por lo tanto rutinizados y con pocas posibilidades de creatividad (De la Garza, 1996).

Podrían identificarse a las mujeres, que forman parte de un estrato superior escindido sexualmente, en donde los hombres ocupan los

puestos de ingenieros, técnicos, mecánicos, tractoristas, etcétera, reconocidos como calificados, mientras que ellas, aun si están calificadas, no son reconocidas como tales, y son asignadas a trabajos taylorizados dentro de los empaques y agroindustrias.

El enfoque radical de la corriente segmentacionista plantea que la segmentación estará ligada a la voluntad de los empleadores de reforzar su libertad de acción económica dividiendo a los trabajadores ("dividir para reinar"). Las empresas, en el cuadro de un mercado en crecimiento, se esfuerzan por integrar aquella parte del personal que juega un papel decisivo en la producción. Pero para limitar el costo de esas políticas intentan, al mismo tiempo, exteriorizar la fracción de los trabajadores que ocupan un lugar periférico con relación a la actividad central.

En las modernas empresas agroexportadoras encontramos distintas estrategias. Puede detectarse un grupo de trabajadores de planta para tareas de mantenimiento, supervisión y organización de la empresa. Este grupo es fundamentalmente masculino. Por su parte, las empresas florícolas ubicadas en el estado de México contratan mano de obra femenina para realizar tareas centrales en la producción de rosas y otras flores de invernadero. Estas mujeres son un segmento relativamente estable, contratado tiempo completo para llevar a cabo las tareas de corte y manejo de flores en los invernaderos, o de selección y empaque: gozan de ciertas prestaciones sociales y se les ofrecen estímulos a la productividad. Por el contrario, en el caso de las hortalizas, en el noroeste del país, las mujeres son contratadas para las tareas de empaque y acondicionamiento de productos. No gozan de ningún tipo de contratación ni de estabilidad contractual, son remuneradas por tarea, y la variabilidad de horarios y duración en el empleo es muy grande. Esta situación complejiza la estructura del mercado de trabajo.

Actualmente, la introducción de nuevas tecnologías y de nuevas formas de organizar el trabajo que se ponen en marcha con los procesos de reestructuración que han tenido lugar en el sector agropecuario, complica aún más la situación del mercado de trabajo rural. Especialmente, el problema de la flexibilidad agrega una variante conceptual y metodológica importante en la que vale detenerse.

La segmentación del mercado de trabajo en el contexto de la flexibilidad productiva

Aunque el punto de partida de la flexibilidad es que la mano de obra es fácilmente sustituible y movilizable dadas sus características de calificación, en la práctica la segmentación del mercado de trabajo ofrece precisamente un aspecto contrario, pues ni la mano de obra ni los puestos de trabajo son fácilmente intercambiables, aun al aplicarse nuevas formas de organizar el trabajo e incorporar tecnologías blandas.

En cambio, algunos grupos son sistemáticamente excluidos y condenados al desempleo o a ocupar empleos precarios. De esta manera surgen distintas explicaciones respecto de qué es lo que reproduce la segmentación del mercado de trabajo al ponerse en marcha los nuevos modelos productivos.

Sengenberger plantea que la segmentación es el resultado estructural de la solución de los problemas de mano de obra, teniendo en cuenta los diferentes intereses y condiciones de las empresas. No significa reducción ni estancamiento de la flexibilidad, sino una reestructuración de esta guiada por el interés empresarial (1988, p. 349). Para tal efecto considera que las empresas pueden optar por generar *mercados internos,*[5] es decir, aquellos que existen al interior de algunas empresas, con una estructura más o menos rígida y una complejidad variable (Carrillo y Hualde, 1990). De acuerdo con este autor, los mercados internos favorecen la flexibilidad cualitativa de la empresa e incrementan la movilidad de la mano de obra, así como su capacidad y disposición para adaptarse a los cambios técnicos, restringiendo con ello el intercambio con el *mercado de trabajo externo* (Sengenberger, 1988, p. 349).

Para Sengenberger (ídem), las restricciones en la intercambiabilidad de los puestos y de la mano de obra con calificaciones iguales o comparables da por resultado una *segmentación horizontal*, que a menudo es el resultado de barreras interpuestas por grupos de profesionistas o de especialistas, mientras que la *segmentación vertical* designa las desigualdades entre distintos segmentos de trabajadores. En ambos casos se

5. Para un análisis de los mercados internos en las empresas norteamericanas, véase Osterman (1984).

trata de cantidades diferenciadas de trabajo de acuerdo con determinadas características, y por ello intercambiables en forma limitada. Pero considera también que la intercambiabilidad de la mano de obra y de los puestos de trabajo se restringe aun cuando en la práctica tienen contenidos similares de calificación, basándose en una normatividad explícita o implícita, por lo cual cierto tipo de trabajadores no pueden acceder a cierto tipo de puestos. Esta normatividad puede tener como "mecanismo consolidador" la estigmatización de ciertos grupos, a los cuales "se les asignan iguales o similares cualidades o un mismo comportamiento laboral, aun cuando objetivamente puedan ser muy variables". Por ejemplo, cuando se considera que todas las mujeres tienen las mismas cualidades: delicadeza, paciencia, habilidad, etcétera (ídem, p. 355).

La situación que sufren indígenas, migrantes e ilegales en el mercado de trabajo rural en México, es típica de una segmentación vertical. Porque la estigmatización que se hace de sus características físicas se convierte en mecanismo consolidador o justificador de una estructura de empleo que los condena a los peores puestos y a los trabajos más penosos. En la mayoría de los casos son empleados para realizar tareas de corte y cosecha, para labores de desyerbe, raleo, etc., que se realizan a pleno sol, pagadas las más de las veces "a destajo", sin contratación formal, sin prestaciones sociales, en forma eventual y con horarios de duración indeterminada.

A su vez, entre los trabajadores no indígenas son las mujeres las que viven una situación similar, aunque gozan de ventajas frente a los indígenas. Las tareas que realizan ellas por lo regular se llevan a cabo en lugares cerrados (invernaderos, empaques, procesadoras de alimentos, etc.). Sus condiciones de trabajo son mejores porque se desempeñan en un local con ciertos servicios, pero sobre todo porque tienen un mejor trato por parte de supervisores y empleadores. En tanto, los indígenas son maltratados con actitudes racistas que justifican que no se les ofrezca ningún tipo de servicio ni mientras trabajan ni para vivir, ya que en la mayoría de los casos se trata de migrantes que se quedan a vivir temporalmente cerca de las empresas.

No obstante, frente a la población local masculina, las mujeres guardan una clara situación de desventaja. Jamás se les ofrece un puesto que

sea tipificado como calificado. Sería el caso del trabajo de tractorista, estibador, chofer, mecánico o técnico de algún empaque o invernadero. La mayoría de las veces desempeñan trabajos manuales, sin herramientas, bajo el argumento de que carecen de calificación para acceder a mejores puestos. El razonamiento es contrario a la realidad: las mujeres están en los puestos que se les ofrecen, y su calificación corresponde adecuadamente a ello (Kergoat, 1982).

En otros trabajos hemos demostrado que las mujeres que participan en las empresas agroexportadoras pueden contar con la calificación que se requiere para el desempeño de su tarea, y sin embargo la desvalorización de sus competencias lleva a legitimar la asignación de los puestos más bajos que los de los hombres en la estructura ocupacional, con el consecuente efecto en términos salariales (Lara, 1993, 1995b). Esta situación se pone más en evidencia hoy, al introducirse en las empresas agroexportadoras nuevas modalidades productivas que plantean nuevas exigencias de calificación y polivalencia a los trabajadores, elementos que dan nuevas dimensiones a la segmentación del mercado de trabajo.

Michon (1987) considera que la segmentación actual del mercado de trabajo es resultado de la existencia de dos tipos de flexibilidad: la *cuantitativa* y la *cualitativa.* Si el acento en la introducción de los cambios organizativos se pone en los aspectos cuantitativos que resultan de las fluctuaciones temporales de la actividad o de las variaciones en la demanda, la flexibilidad significa simple *variabilidad*, y por lo regular deriva en inestabilidad laboral y precarización del empleo. Mientras que, si se trata de aspectos cualitativos, en particular los referidos a la diversificación de productos, ante los cambios en los gustos o preferencias de los clientes o el desplazamiento de la demanda de un producto a otro, flexibilidad significa *polivalencia*[6] y recalificación.

Atkinson (1985)[7] analiza un esquema de empresa flexible basado en dos tipos de flexibilidad: la *numérica*, que se asegura mediante una mano de obra periférica, y la *funcional*, que se logra gracias a la polivalencia de

6. Se entiende como la posibilidad que tiene un trabajador de ocupar varios puestos de trabajo, gracias a que cuenta con una formación general y técnica suficientemente amplia y un interés especial en la calidad de su trabajo. El símbolo de ese nuevo perfil de trabajador es el antiguo obrero "proudhoniano" (Boyer, 1987).

7. "Flexibility planning for an uncertain future (...)" (*Focus*, 1985; citado por Michon, 1987).

los trabajadores del núcleo central. De esta manera se considera que hay inestabilidad referida a la flexibilidad cuantitativa o numérica, y estabilidad con la cualitativa o funcional. En este esquema la línea de división entre seguridad e inseguridad se encuentra en la empresa, y no se toma en cuenta la diferenciación en los mercados de productos ni en las estructuras productivas. La flexibilidad numérica se refiere a las relaciones de la empresa con el *mercado externo* de trabajo, y se traduce en flujos de mano de obra, entradas y salidas de personal, despidos, renuncias, licencias, etcétera. El otro tipo de flexibilidad funcional no desestabiliza el empleo y no afecta más que al *mercado interno* de trabajo, ya que supone modificaciones en el contenido del trabajo, y transferencias de trabajadores de un puesto a otro dentro de la misma empresa.[8]

Este autor plantea que cuando las empresas se ven obligadas a reducir su personal, al menos temporalmente, para satisfacer sus necesidades de flexibilidad cuantitativa, limitan las contrataciones para cierto tipo de personal, para los empleos menos necesarios, y para las personas más fácilmente recontratables. Mientras que cuando la empresa desarrolla la polivalencia de su personal para lograr una flexibilidad cualitativa, será solo en última instancia que decidirá separarse de este.

En el contexto del mercado de trabajo rural en un país como México, en donde la protección laboral ha sido escasa si no nula, difícilmente se desarrolla un mercado interno compatible con condiciones de estabilidad laboral. Lo que regularmente encontramos es la capacidad para generar mercados internos con personal local que vive cerca de las empresas. Los hombres que se insertan en estos mercados lo hacen para desempeñar tareas centrales de la empresa, frecuentemente relacionadas con el manejo y mantenimiento de alguna maquinaria; actividades de control y supervisión de procesos productivos, tanto en campo como en invernaderos o empaques; y tareas que requieren de una calificación para el manejo de nuevas tecnologías (fertirrigación, manejo de invernaderos, conducción de plantas, etc.). En ocasiones

8. Kerr desarrolla un modelo dual basado en la existencia de *mercados internos* y *externos*. Los primeros se refieren a la movilidad que las empresas generan en su interior, colocando a sus propios trabajadores en mejores puestos, en tanto que para los puestos más bajos de su estructura ocupacional incorporan personal externo o nuevo (Kerr, 1954, pp. 21-37; citado por Pries, 2000).

pueden ser parte de una minoría que conforma el personal de planta de las empresas.

No obstante, en el caso de las mujeres locales que laboran en empaques, invernaderos o fábricas de acondicionamiento de productos, quisiera aventurar la hipótesis de que ellas forman parte de este mercado interno pese a la inestabilidad laboral a la que están sometidas. Si bien el esquema típico del mercado interno supone que las empresas conservan al personal que ha logrado calificarse y desempeña las tareas centrales o "claves" para su buen éxito, y que para lograrlo otorgan estabilidad, mejores salarios y contrataciones regulares a cierto sector, en las condiciones del mercado de trabajo rural mexicano se adoptan otras modalidades. Justamente porque se trata de una mano de obra cautiva, que no tiene mejores alternativas de empleo, la mano de obra femenina se ofrece para laborar en las empresas cada temporada. Su participación cíclica en estas empresas (aunque no se trate de una misma empresa) les ha permitido capacitarse y calificarse en tareas puntuales y desempeñarlas con rapidez y destreza. No obstante, son despedidas al finalizar cada temporada y recontratadas al iniciarse la siguiente, sin generar ningún compromiso laboral por parte de quien las emplea. Sin duda esto permite contar con una gran flexibilidad, no solo cuantitativa o numérica, sino también cualitativa y funcional.

De acuerdo con Kern y Schumann (1987/1988), la segmentación actualmente se genera porque no existe una relación directa entre una situación económica satisfactoria y la adopción de nuevos modelos de producción. En gran parte ello se debe a la persistencia de un extenso campo de operaciones manuales sencillas, en el que desde el punto de vista capitalista no se ve la menor ventaja en una renovación cualitativa.[9] Es decir, consideran que hay cierto tipo de industrias en donde la valorización óptima del capital pasa por una combinación de métodos de producción nuevos y tradicionales. Ello no se explica como resultado de un desfase temporal que en el corto plazo puede superarse, sino como el producto de una elección "perfectamente consciente" entre dos lógicas diferentes de fabricación.

9. Para ejemplificar este proceso dicen que "basta con pensar en la falta de interés económico de una tecnología sofisticada en ciertas etapas de fabricación, tales como el embalaje" (Kern y Schumann, 1987/1988, p. 15).

En la agricultura es claro que la reestructuración productiva no sigue un solo camino: combina diferentes métodos de producción y de organización del trabajo. En otros trabajos (Lara, 1998) hemos demostrado que en el sector agroexportador las estrategias empresariales son sumamente versátiles, y se ajustan a las condiciones políticas, sociales, económicas, culturales y ecológicas de cada lugar (Long, 1996).

Byé y Fonte (1994) plantean que los productores hacen un balance de las ventajas que les reporta cualquier cambio técnico u organizativo a partir de dos elementos que han analizado: la inercia y la irreversibilidad.[10] Muchos cambios técnicos corresponden a un mejoramiento del modelo tecnológico en vigor, por lo cual se pueden modificar partes del proceso productivo sin involucrar al conjunto. En ese caso se habla de la inercia de los cambios técnicos. Pero otros cambios son de una índole tal que obligan al productor a modificar toda su tecnología, y lo enfrentan a nuevos problemas difíciles de resolver: formación técnica del personal, reorganización de las formas de trabajo, rentabilización de las inversiones involucradas, etcétera. En ese caso se habla de irreversibilidad, porque la innovación no permite, en caso de dificultades, regresar a la situación anterior.[11] La irreversibilidad se justifica cuando el salto productivo permite rentabilizar la inversión e incrementar la tasa de ganancia. Los fuertes riesgos que una situación de irreversibilidad tecnológica supone, normalmente llevan al productor a intentar mantener la inercia de sus opciones técnicas, limitando si es necesario la modernización de su empresa. Sin embargo, las inversiones que responden inicialmente a una lógica de inercia pueden finalmente inducir la adopción de alguna innovación que conduce hacia una situación de irreversibilidad, ampliando las consecuencias del cambio técnico y organizativo de la empresa.

En México, si bien algunos agricultores incorporan nuevas tecnologías ahorradoras de energía y de agua –como la labranza cero, el riego por goteo, la plasticultura, los abonos verdes, el uso de fertilizantes y plaguicidas naturales–, este balance no es solo de índole técnica sino

10. Aunque Byé y Fonte (1994) solo señalan estos procesos en relación con la biotecnología, considero que de hecho pueden aplicarse al conjunto de elementos que conforman la reestructuración.

11. Por ejemplo, la introducción de una nueva semilla conduce en un momento dado a la redefinición del uso de insumos, a la investigación para solucionar distintos problemas (adaptación de la semilla al ambiente local, el problema de los residuos tóxicos) y a la reorientación de las labores culturales.

también social, ya que se realiza tomando en cuenta las oportunidades locales y las ventajas que ofrece la presencia de un sector campesino con potencial productivo al que puede delegarse la parte de los procesos productivos más intensivos en mano de obra a través de formas asociativas o de agricultura "de contrato". De la misma manera puede recurrirse a un sector de trabajadores agrícolas entre los cuales existe una presencia indígena y femenina significativa, contratados como mano de obra temporal, para que cumplan con habilidad y a bajo costo la realización de numerosas tareas que garanticen una mayor calidad del producto.

La reestructuración en la agricultura ha conducido a una modernización de las empresas y a la incorporación de cambios tecnológicos importantes. No obstante, la competencia por parte de los propios países desarrollados en la producción de cultivos no tradicionales, la vulnerabilidad de los mercados, la rapidez con la que se vuelven obsoletos o se masifican ciertos productos, las grandes fluctuaciones de los precios, la dependencia tecnológica y el monopolio en la comercialización y distribución por parte de las transnacionales, reducen las posibilidades de competir y de hacer rentable la incorporación de tecnologías, demasiado costosas o mal adaptadas a las condiciones tecnológicas de los países subdesarrollados. Así, encontramos que en México las empresas no basan su competitividad internacional en el uso de tecnologías caras y sofisticadas. La estrategia hasta ahora consiste más bien en poner a prueba una innovación para saber si esta ofrecerá ventajas adicionales a las que se obtienen gracias a las bondades del clima y al uso no racional de los recursos naturales, pero sobre todo gracias al empleo que puede hacerse de una fuerza de trabajo que sigue siendo abundante y barata en nuestros países.[12]

La presencia de diferentes tipos de trabajadores y su especialización en el desempeño de variadas funciones a lo largo de los ciclos productivos, tanto en el campo como en los empaques o procesadoras de productos, permite a las empresas establecer formas flexibles de organización del trabajo que aseguran el control de calidad de los productos y una

12. En 1950, en los países desarrollados los salarios agrícolas eran de 15 a 20 veces más elevados que en el Tercer Mundo, y la productividad 7 veces más alta. En 1985, los salarios eran de 22 a 28 veces más altos, pero la productividad era 36 veces más alta (C. de Grammont, Lara y Rubio, 1996).

gran adaptabilidad a los ritmos del mercado, limitando el riesgo que representan las inversiones en capital fijo.

De esta manera se recurre a una *flexibilidad cuantitativa*, que se expresa en términos contractuales mediante variabilidad de horarios y eventualidad en el empleo, o en términos salariales mediante formas de pago a destajo por tarea o por producto propias de las formas de organización de tipo taylorista-fordista. A la vez, puede suceder que se descanse en una *flexibilidad cualitativa*, que se traduce en exigencias de calificación, especialización e implicación para los trabajadores, organización en equipos o círculos de trabajo, estímulos a la productividad, y otras formas propias de los nuevos modelos productivos aplicados en la industria. Una y otra modalidad no son incompatibles (Lara, 1998).

Según De la Garza (1993, p. 63) se trata de un tipo de *flexibilidad primitiva* propia de los sistemas fordistas-tayloristas, "que busca no solo eliminar las trabas para el uso de la fuerza de trabajo, sino una relación diferente entre trabajadores y supervisores en el proceso productivo". Indudablemente, el resultado del desarrollo de este tipo de flexibilidad genera una segmentación del mercado de trabajo no solo en el nivel de la empresa, sino también de las ramas de producción y de la sociedad en su conjunto.

Conclusiones

La reestructuración de la agricultura mexicana ha profundizado la segmentación del mercado de trabajo rural: esta se expresa ahora no solo en las condiciones de contratación y de empleo, sino además en el contenido del trabajo que desempeñan los diferentes grupos que laboran como asalariados en este sector.

Un cambio significativo para entender los mecanismos que conducen a esta segmentación ha sido el pasar del estudio de la estructura agraria al de los sujetos que la integran y participan en ella como asalariados. Pero, sin duda, el paso cualitativo más importante aconteció cuando la clasificación y la elaboración de tipologías de los asalariados dieron lugar al análisis de los sujetos que participan de la dinámica de los mercados de trabajo.

No obstante, el estudio del mercado de trabajo como un espacio que funciona con la misma lógica que cualquier otro mercado y se regula naturalmente por la ley de la oferta y la demanda, como lo plantea el enfoque neoclásico, se convirtió en una traba para la comprensión de múltiples dimensiones que se expresan en este espacio social. Entre otros motivos, porque bajo este enfoque la fuerza de trabajo se considera como una mercancía homogénea e indiferenciada (el hombre-peón).

Es el enfoque dual el que incorpora una dimensión sociológica al estudio de los mercados de trabajo. En el caso del mercado de trabajo rural, tuvo la virtud de poner énfasis en las diferencias que existen entre los trabajadores. Diferencias que no pueden ser analizadas como simples categorías que dan lugar a complejas tipologías, sino en cambio como segmentos que se contraponen en una estructura de fuertes asimetrías.

Sin embargo, el supuesto de una segmentación del mercado de trabajo basada en oposiciones binarias entre mercados primarios y secundarios, internos o externos, o aquella provocada por la aplicación de dos formas de flexibilidad distintas (cualitativa/cuantitativa o numérica/funcional) adoptadas por las empresas de acuerdo con sus intereses, no logra dar cuenta de la complejidad del mercado de trabajo rural y de la dinámica que la reestructuración productiva ha generado recientemente.

La exclusión y precarización del empleo van de la mano con la aplicación de las nuevas modalidades productivas y se hacen extensivas al conjunto de la clase trabajadora, de manera tal que resulta un tanto ocioso clasificar a los trabajadores como formando parte de mercados primarios o secundarios. Por ejemplo, la calificación como eje de distinción ha dejado de tener un lugar privilegiado, dando paso al reconocimiento de "competencias" que se vuelven más valorizables en ciertos nichos laborales, y tampoco se convierte en garantía de mejores condiciones de trabajo ni salariales ni contractuales (menos aun para las mujeres, de quienes se ignora su calificación).

Pero por otro lado no todo el interés de las empresas se concentra en adquirir mano de obra barata. En el contexto de la reestructuración, las exigencias de las empresas son de distinta índole. Resulta imprescindible tanto contar con una mano de obra capaz de pasar por todas las etapas del proceso productivo conociendo las distintas labores que requiere un cultivo

(calificación y polivalencia), como poder contratarla y despedirla con un amplio margen de libertad. Por eso, el análisis de mercados internos/externos resulta limitado. Porque los mercados internos suponen que las empresas conservan a sus "mejores cuadros" y desarrollan la movilidad interna, externalizando al personal menos importante para cubrir sus necesidades.

Hemos visto la gran habilidad que poseen las empresas agroexportadoras mexicanas para contar permanentemente y por sobre todo con mano de obra femenina local, la cual desempeña tareas centrales de las empresas sin contar con ningún tipo de estabilidad ni protección laboral. De este modo, consiguen tener las ventajas que les proporciona un mercado interno, pero con una mano de obra que se mantiene externa.

Finalmente, resulta alejado de la realidad explicar la segmentación a través de una oposición entre flexibilidad cualitativa y cuantitativa, suponiendo que esta última es solo un resabio del pasado que poco a poco tendería a desaparecer, dando lugar a formas de flexibilidad más enriquecedoras tanto para los trabajadores como para las empresas. Tampoco es cierto que las empresas modernas requieran de una flexibilidad cualitativa más que cuantitativa. En las empresas agroexportadoras encontramos que los puestos que ocupan las mujeres ofrecen mayor flexibilidad en términos de contratación (horarios, temporalidad) y formas de pago (destajo, por productividad y otras), pero al mismo tiempo pueden otorgar ventajas en términos de calificación, polivalencia e implicación sin que estas sean reconocidas ni valorizadas como tales. Igualmente, la mano de obra indígena e infantil que participa en las cosechas y labores de campo de los productos hortícolas ofrece una gran flexibilidad cuantitativa en términos contractuales y salariales, ya que es empleada en las peores condiciones laborales.

Por modernas que sean las empresas, y a pesar de que la mayor parte de su producción se dirija a la exportación, al mantener una fuerte división del trabajo en los procesos productivos parece difícil considerar que generen mercados primarios, en el sentido tomado por Piore (1971) en su teoría del mercado dual, porque actualmente los mercados se entrelazan.

Las empresas combinan formas de producir tradicionales, en las que existe una ligera división del trabajo, con formas muy modernas (equipos de trabajo o círculos de calidad) en las que precisamente se

busca eliminar la rigidez en la división del trabajo. Ellas se asocian con pequeños productores y pueden mantener etapas del proceso de producción con formas de organización fordistas-tayloristas (principalmente, en los empaques). Tampoco se puede decir que estas empresas conformen mercados internos con puestos de trabajo relativamente estables, buenas condiciones laborales y salariales, equidad y estabilidad en el empleo, condiciones propias de los mercados primarios.

Esta manera de operar de los mercados de trabajo exige nuevas herramientas conceptuales que es necesario construir. Si bien en el ámbito de la Sociología del Trabajo se analizan las características de los nuevos modelos productivos y sus efectos en el mercado de trabajo, resulta importante detenerse a estudiar la manera en que profundizan la segmentación del mercado de trabajo, el efecto en las calificaciones obreras, en las modalidades de empleo y en el contenido del trabajo, entre otras cosas que hasta ahora han sido poco analizadas.

Algunos de estos problemas fueron planteados con anterioridad, al estudiar los efectos de la mecanización y de la implantación de los métodos científicos de producción sobre el trabajo. Ahora vuelven a retomarse para analizar lo que sucede al introducirse cambios en la base tecnológica y organizativa de los procesos de trabajo.[13] Sin embargo, la teoría sociológica debe construir las herramientas teórico-metodológicas adecuadas para dar cuenta de estos nuevos procesos que están teniendo lugar en el mercado de trabajo rural.

Bibliografía

Aguirre-Beltrán, M. y C. de Grammont, H. (1982). *Los jornaleros agrícolas en México*. México: Macehual.

Astorga, E. (1985). *El mercado de trabajo rural en México: la mercancía humana*. México: ERA.

13. Cabe recordar el planteamiento de Harry Braverman (1974) en su libro *Trabajo y capital monopolista*, en el cual retoma las posturas de Marx sobre el problema de la alienación y el fetichismo para desarrollar su tesis sobre el proceso de homogeneización de los trabajadores, la descalificación obrera y la pérdida de control del obrero sobre su trabajo como resultado de la división del trabajo y la mecanización.

Barrón, M. A. (1993). *Los mercados de trabajo rurales: el caso de las hortalizas en México*. Tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.

Barrón, M. A. (1997). Características de los mercados de trabajo en los cultivos no tradicionales de exportación: el caso de las hortalizas en México. En M. A. Barrón y E. L. Sifuentes (Coords.), *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías*. México: UNAM; Universidad Autónoma de Nayarit.

Barrón, M. A. y Sifuentes, E. L. (1997). *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías*. México: UNAM; Universidad Autónoma de Nayarit.

Bartra, R. (1974). *Estructura agraria y clases sociales en México*. México: ERA.

Botey, C.; Heredia, J. L. y Zepeda, M. (1975). *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa*. México: Secretaría de Reforma Agraria.

Boyer, R. (1987, mayo-junio). Crise et flexibilité. En *La Flexibilité du du Travail, Cahiers Français, 231,* (París La Documentation Française).

Braverman, H. (1974/1975). *Trabajo y capital monopolista.* México: Nuestro Tiempo.

Bye, P. y Fonte, M. (1994). Is the technical model of agriculture changing radically? En P. McMichael (Ed.), *The Global Restructurins of Agro.Food Systems*. Londres; Ithaca: Cornel University Press.

C. de Grammont, H. (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano*. México: Juan Pablos editor.

C. de Grammont, H. ; Lara. S. y Rubio, B. (1996). La política agropecuaria mexicana: balance y perspectivas. En E. De la Garza (Coord.), *Políticas Públicas alternativas en México*. México: La Jornada ediciones; CIICH-UNAM.

Carrillo, J. y Hualde, A. (1990). Mercados internos de trabajo ante la flexibilidad: análisis de las maquiladoras. En B. González-Aréchiga y J. C. Ramírez (Comp.), *Subcontratación y empresas transnacionales*. México: COLEF; Fundación F. Eber.

Centro de Investigaciones Agrarias (CDIA). (1974). *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*. México: CDIA.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México*. México: IIE-UNAM; UAM-I.

De la Garza, E. (1996). *La reestructuración productiva en América Latina.* Coventry: Universidad de Warwick, mecanoscrito.

Deere, C. D. y León, M. (Comps.). (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina*. Bogotá: ACEP; Siglo XXI.

Feder, E. (1977). Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (y no compatibles) sobre la destrucción del campesinado. *Comercio Exterior, 27*(12), (México).

Gutelman, M. (1971). *Capitalismo y reforma agraria en México*. México: ERA.

Kautsky, K. (1970). *La cuestión agraria*. París: Ruedo Ibérico.

Kergoat, D. (1982). *Les Ouvriéres*. París: Sycomore.

Kern, H. y Schumann, M. (1987/1988). Hacia una reprofesionalización del trabajo industrial. En VV. AA. *Sociología del trabajo*. Madrid: Nueva Época.

Kerr, C. (1954). The balcanization of labor markets, pp. 21-37. En VV. AA. *Labor Markets and Wage Determination*. Los Ángeles; Londres: University of California Press.

Lara, S. M. (1988). El perfil de la jornada agrícola actual y su mercado de trabajo. En J. B. Aranda (Comp.), *Las mujeres en el campo*. México: IIS, Universidad Autónoma B. Juárez de Oaxaca.

Lara, S. M. (1991, junio). Las obreras agrícolas, un sujeto social en movimiento. *Nueva Antropología, 39,* (México).

Lara, S. M. (1992). La flexibilidad del mercado de trabajo rural. *Revista mexicana de sociología, 1,* (México: IIS-UNAM).

Lara, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa: ou comment une solidarité se façonne à travers solidarités et conflits. *Cahiers du GEDDIST, 7,* (París: IRESCO).

Lara, S. M. (1995a). *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1995b). Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada. En S. González y V. Salles (Coords.), *Género y transformaciones agrarias*. México: PIEM; COLMEX.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (1999a). Criterios de calidad y empleo en la agricultura latinoamericana: un debate con el Postfordismo. En H. C. de Grammont (Coord.), *Innovación tecnológica y reorganización productiva en el sector agroexportador*. México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Lara, S. M. (1999b). Características del mercado de trabajo rural en el México de hoy. Ponencia presentada en el coloquio *El campo mexicano: los retos de fin de siglo*. Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, 15 de marzo, Hermosillo, México.

Lenin, V. I. (1971). *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. México: Ediciones de Cultura Popular.

Long, N. (1996). Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural. En S. M. Lara y M. Chauvet (Coords.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*. México: Plaza y Valdés; INAH; UAM-A.; IIS-UNAM.

Llamas, I. (1987, junio-diciembre). Teorías del empleo y de la determinación del salario. *Revista Iztapalapa, 7*(14), 71-85, (México: UAM-I).

Michon, F. (1987, mayo-junio). Flexibilité et marché du travail. En *La Flexibilité du Travail, Cahiers Français, 231,* (París, La Documentation Française).

Osterman, P. (1984). *Los mercados internos de trabajo*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México. ¿Obreros agrícolas o campesinos sin tierra?* México: Siglo XXI.

Piore, M. (1971). The dual labor market: theory and complications. En D. M. Gorgon, *Problems in political economy: an urban perspective*. Lexington: Heath and Co.

Piore, M. (1975). Notes for a Theory of Labor Market Stratification. En R. Edwards, M. Reich y D. Gordon, *Labor Market Segmentation*. Lexington: Heath and Co.

Piore, M. y Berger, S. (1980). *Dualism and Discontinuity in Industrial Societies*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pozas, R. y Horcacitas, I. (1971). *Los indios en las clases sociales de México*. México: Siglo XXI.

Sengenberger, W. (1988). Introducción sobre la investigación del mercado de trabajo en la RFA. Instituciones y Factores. En *Lecturas sobre Mercado de Trabajo en la República Federal de Alemania (I). Mercado de trabajo, ocupación y desempleo*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Sifuentes, E. L. (1996). *Los mercados de fuerza de trabajo en la agricultura de Nayarit en el período 1970-1994 y la participación femenina*. Tesis de maestría Facultad de Economía, UNAM, México.

Stavenhagen, R. (1969). *Las clases sociales en las sociedades agrarias.* México: Siglo XXI.

Notas metodológicas para el estudio del mercado de trabajo rural*

Hoy en día, se considera que más de la mitad de la población económicamente activa agropecuaria de México está conformada por trabajadores agrícolas.[1] No obstante, poco sabemos acerca la capacidad del mercado de trabajo rural para emplear a esa fuerza de trabajo, de las características actuales de ese mercado de trabajo, o de las condiciones en las cuales tienen que competir los trabajadores para poder emplearse. Sin duda, se trata de un problema difícil de captar por la velocidad de los cambios que se están sucediendo en el agro mexicano, pero probablemente también por los enfoques metodológicos utilizados en el estudio del empleo rural y de los mercados de trabajo.

Este artículo no pretende presentar una solución al respecto, sino señalar las dificultades metodológicas que tenemos en la actualidad aquellos que estamos interesados en captar y analizar estos problemas, en el entendido de que todo problema de estudio o de investigación se construye, y que esta construcción responde a un momento histórico determinado.

En este trabajo hacemos una primera revisión de cómo ha ido cambiando el objeto de estudio en las investigaciones sobre el trabajo rural, a

---

* Extraído de Lara, S. M. (2000). Notas metodológicas para el estudio del mercado de trabajo rural, pp.171-186. En R. D. Quintana (Coord.), *Investigación social rural: Buscando huellas en la arena*. México: UAM-Xochimilco; Plaza y Valdés. [ISBN 968-856-822-8].

1. De acuerdo con la Encuesta Nacional de Empleo (1997), se calcula en 10.427.954 a los "sujetos agropecuarios", es decir, aquellos que declararon haber tenido una ocupación en el sector. El 40% (3.200.604) son productores, en tanto que el 60% (4.665.105) son trabajadores. En el rubro de trabajadores se registran más de dos millones de jornaleros o peones (2.047.164), solo 227.068 empleados u operarios, pero un número significativo de trabajadores "sin pago", que alcanzan a ser 2.390.873, lo que corresponde a trabajo familiar o comunitario (Lara, 1999).

lo largo de las tres últimas décadas, para después marcar las dificultades metodológicas que presentan estos estudios. Finalmente, presento la metodología que yo misma he seguido en mi investigación y una crítica de los problemas que actualmente encuentro en mi propia propuesta.

Antecedentes

En México son escasas las investigaciones que se refieren al estudio del mercado de trabajo rural. Esta temática surge como tal hacia mediados de la década de los ochenta. Anteriormente, el interés estuvo enfocado al análisis de la estructura agraria y/o de los sectores o clases sociales que la integran.

Autores como Stavenhagen (1969), Gutelman (1971), Pozas y Horcacitas (1971), Bartra (1974) y el trabajo realizado por el Centro de Investigaciones Agrarias (CDIA, 1974), tuvieron como objeto de estudio *la estructura agraria del país*, y en este contexto analizaron la existencia de campesinos pobres o de agricultores sin tierra que podrían ser considerados como jornaleros o proletarios, porque dependían básicamente de la venta de su fuerza de trabajo para lograr su subsistencia. Especialmente Gutelman y Bartra se interesaron en el proceso de "descampesinización" o de "proletarización" del campesinado pobre que, a su modo de ver, era el resultado del tipo de desarrollo capitalista que se había impuesto en el campo mexicano.

Sin duda, se trata de estudios fuertemente influenciados por las tesis de Lenin (1971) en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, y de Kautsky (1970) en su obra sobre *La cuestión agraria*. Por lo mismo, otorgaron especial importancia a la conformación de una clase social cuya existencia está directamente relacionada con la posesión o no de la tierra, su productividad, la pertenencia de otros medios para hacerla producir, así como de la capacidad para trabajarla por sí mismos y con ayuda familiar, o mediante la contratación de mano de obra asalariada. En este sentido, la metodología utilizada descansaba fundamentalmente en una estricta contabilidad de factores que intervienen en la producción, lo que permitió la elaboración de complejas tipologías de unidades de

producción. Así, el libro del CDIA (1974) se convirtió en un "clásico" para los estudiosos del campo mexicano, porque presenta una tipología de los distintos estratos en los que se pueden agrupar las unidades productivas a nivel nacional.

Por su parte, el libro de Roger Bartra (1974) acerca de la *Estructura agraria y clases sociales en el campo* desató una importante polémica entre dos corrientes de análisis: la de los "campesinistas" y los "descampesinistas", también llamados "proletaristas".[2]

Bartra hace un minucioso análisis de las clases sociales que pueden encontrarse entre los productores agrícolas. Su método consiste en contabilizar los insumos y la producción de 100 unidades agrícolas encuestadas en el valle del Mezquital, Hidalgo. Considera como un elemento importante para realizar este análisis imputarle un precio a la renta de la tierra (como mecanismo de extracción de plusvalía), al desgaste de la maquinaria y medios de producción, así como al trabajo aportado (aun si se trata de trabajo familiar o propio). Sus variables intentan reflejar las condiciones en las que operan las distintas unidades productivas al enfrentarse al mercado, y detectar cuáles de ellas arrojan un saldo positivo o negativo. Sus conclusiones señalan "un intenso proceso de proletarización del campesinado" que no tiene posibilidades de revertirse.

Un poco más tarde, pero como parte de esa discusión orientada a explicar la tendencia de la estructura de clases en el campo mexicano, aparecen los estudios que tienen como objeto de investigación a *los trabajadores agrícolas* o más concretamente al *proletariado rural.* El libro de Luisa Paré (1977) es pionero en este tema, así como el de Mario Aguirre Beltrán y Hubert C. de Grammont (1982), o la compilación de C. de Grammont (1986) que recoge distintas situaciones en México. Uno de los méritos indiscutibles de estos libros es, ante todo, el de haberle dado visibilidad social a un grupo escasamente estudiado en esa época.[3]

La propuesta metodológica de Luisa Paré consiste en hacer un recuento del origen de los ingresos de los trabajadores. En tanto que

2. Hay una importante cantidad de artículos y tesis de grado que adscribían a una y otra corriente y alimentaban el debate. Sus principales teóricos fueron Armando Bartra, Roger Bartra, Manuel Coello, Ariel Contreras, y Arturo Warman, entre otros. Una síntesis de dicha polémica puede encontrarse en Ernest Feder (1977).

3. Hasta ese momento, solo se había realizado el estudio de Botey, Heredia y Zepeda (1975).

considera que la proletarización consiste en un proceso que se refleja en la paulatina pérdida de los medios de producción, su objetivo radica en estudiar las situaciones que se van produciendo desde la semiproletarización hasta la completa separación del trabajador de sus medios de producción y su sostenimiento, básicamente, a partir de la venta de su fuerza de trabajo. Su estudio se apoya en la aplicación de un cuestionario a los trabajadores agrícolas del valle del Mezquital, Hidalgo y de la zona cañera de Atencingo, en Puebla.

En el libro de Luisa Paré (1977), así como en el trabajo de Hubert C. de Grammont (1982, 1986) se buscó dar cuenta de la importante heterogeneidad entre los asalariados agrícolas. En este sentido elaboraron tipologías, no de unidades productivas como en los estudios anteriormente citados, sino de los trabajadores. Para ello, tomaron como base distintos indicadores de diferenciación de este grupo social. Paré considera como elementos importantes de clasificación del asalariado su vínculo con la tierra, el carácter eventual o permanente del empleo, su calificación, la condición migratoria, y la empresa contratante, mientras que C. de Grammont, además de dichos elementos, incluye también la pertenencia o no a un grupo étnico.

En la medida en que el objetivo de estas investigaciones fue el estudio de los sujetos que se incorporan al mercado de trabajo, destacando su carácter de clase (no por nada se estudia "al proletariado"), sus instrumentos metodológicos buscaron captar la situación de los individuos responsables de las unidades productivas, fundamentalmente de hombres adultos con y sin tierra. Por lo mismo, dejaron de lado la situación de otros grupos que también forman parte del asalariado rural como las mujeres y los niños, que pocas veces tienen acceso a la tierra (aunque esto ha cambiado recientemente).[4] Por otro lado, si bien se interesaron en las empresas contratantes, al poner el acento en el estudio de los trabajadores, no analizaron el mercado de trabajo como el espacio donde se realiza la venta de la fuerza de trabajo.

4. Un análisis crítico de estos trabajos se encuentra en S. M. Lara (1991, junio).

El enfoque de los mercados de trabajo y del empleo rural

Sin duda fue Enrique Astorga (1985) el primero en tener como objeto de estudio el *mercado de trabajo rural.* Su libro constituye un importante aporte tanto por la amplitud con la que aborda el tema como por los ejemplos que ofrece. Sin detenerse en discutir el enfoque teórico utilizado al considerar el mercado de trabajo rural como un espacio en donde la fuerza de trabajo se comporta como cualquier otra mercancía, su metodología se orienta a captar las fases (promoción, acopio, transporte, almacenamiento y consumo) y niveles que comporta dicho mercado de trabajo.

Para Astorga el mercado de trabajo rural se refiere tanto a los procesos de producción de peones como a la distribución y consumo de la fuerza de trabajo, así como a los canales y niveles por los cuales esta transita. Considera al trabajador agrícola o peón como una "mercancía humana" que responde a una demanda definida por el número de jornales que cada planta requiere, de acuerdo al nivel tecnológico existente en un momento dado. En este sentido, el empleo estaría dado por el tipo de demanda que se genera en tomo a cada cultivo.

Otros estudios recientes enfocan su análisis en los mercados de trabajo rurales, en particular a aquellos mercados que surgen en tomo a los productos hortícolas. Este es el caso del trabajo de Antonieta Barrón (1993) para quien el mercado de trabajo es "el lugar en donde se ofrece y demanda fuerza de trabajo asalariada". Otro estudio es el de Emma Lorena Sifuentes (1996) quien estudia el comportamiento de los mercados de trabajo en Nayarit en las dos últimas décadas. Ambas investigaciones se interesan en estudiar la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado.

Barrón se apoya en la teoría institucional que considera la existencia de un mercado de trabajo dual con la presencia de mercados primarios y secundarios. Los primarios o desarrollados se caracterizarían, desde su punto de vista, por tener una división social del trabajo más marcada, en tanto que en los mercados secundarios existe una débil división del trabajo. El empleo femenino se daría principalmente en los mercados primarios como resultado de una mayor diversificación de ocupaciones. Para apoyar su tesis, realiza un estudio en 12 localidades productoras de hortalizas ubicadas en seis estados del país.

De acuerdo con este planteamiento se ha propuesto una metodología que permitiría captar el tipo de mercado al que concurre la fuerza de trabajo.[5] Para ello se considera relevante estudiar: el patrón de cultivos, las características de los productores y el perfil de las unidades de producción, el estudio del volumen y la comercialización de la producción, los rasgos generales de la mano de obra asalariada que interviene en la producción y su perfil sociodemográfico, las distintas etapas del proceso de trabajo, la condición en la que laboran los trabajadores y las migraciones que se generan, así como los conflictos sociales y laborales. Como temas particulares se añaden algunos aspectos que se refieren a las mujeres (fecundidad, anticoncepción, etc.) y otros a la relación del trabajador con la tierra.

Otros estudios regionales y por producto destacan la importancia de las mujeres en ciertos mercados de trabajo, participando principalmente en el empaque y acondicionamiento de productos orientados a la exportación. También se marca la presencia, cada vez mayor, de niños y de familias de indígenas. Una buena parte de estos estudios son investigaciones de tesis que, si bien no hacen un planteamiento metodológico particular, estudian la división sexual de tareas en algunos productos.[6]

Menos numerosas son las investigaciones que tienen como objeto de investigación el empleo rural. Puede mencionarse principalmente el artículo de Mercedes Pedrero y Arnulfo Embriz (1992) quienes, con base en el análisis de la Encuesta Nacional de Empleo (1991), marcan las principales tendencias a nivel nacional. Cuantifican a los sujetos agropecuarios, tanto en las localidades menos urbanizadas como en las más urbanizadas, a partir de la declaración de actividades que realizaron los entrevistados en la semana de referencia, así como en un período más amplio de seis meses. Ofrecen información con respecto a la ocupación

5. Se trata de una propuesta que surge como resultado de un *Seminario sobre Mercados de Trabajo Agrícolas*, organizado por Emma Lorena Sifuentes y Ornar Wicab en el marco del Programa Interdisciplinario de Investigación e Informática sobre Asuntos Rurales de la Universidad Autónoma de Nayarit, que tuvo lugar en mayo de 1993. Véase Barrón *y* Sifuentes (1997).

6. Se puede mencionar la tesis de maestría en FLACSO de Boris Marañón (1996) para el caso del espárrago en Guanajuato y Perú; la de María de la Luz Maclas (1995) sobre tres cultivos de exportación: esqueje de geranio en Morelos, aguacate y mango en Michoacán; el artículo de Blanca Suárez (1995) sobre aguacate y mango en Michoacán; el trabajo de Kirsten Appendini (1995) sobre la flor en Morelos y el mango en Michoacán; y de Becerril (1998) sobre flores en el Estado de México, entre otros.

principal, la composición por sexo y edad (12 años y más) de esta población, ingresos y establecimientos en los que laboran, entre otros indicadores que permiten analizar dicha encuesta.

No obstante, recientemente la propia Mercedes Pedrero (1997) ha destacado los principales problemas que enfrenta el estudio del empleo rural a través de los censos o encuestas nacionales. Señala como primer obstáculo la definición de qué es lo que puede ser considerado como "rural". En efecto, uno de los primeros problemas metodológicos a resolver consiste en definir si el universo de análisis está dado por las actividades en las que interviene la fuerza de trabajo, en cuyo caso se tiende a captar la producción agropecuaria. La otra posibilidad es la de privilegiar a la unidad geográfica, definida como rural por el número de habitantes y la carencia de servicios públicos, entre otras cosas.

Pedrero marca la dificultad de captar las unidades geográficas, porque eso conduce a dirigir el estudio a los hogares en donde las unidades domésticas, frecuentemente, se confunden con las unidades productivas. En ellas podemos encontrar que la forma común y periódica de allegarse ingresos es a partir de una multiplicidad de actividades no agropecuarias. Además, agrega, así se capta la actividad principal de la unidad productiva, pero no la de cada persona. Tampoco se pueden registrar los movimientos diarios de población rural a localidades urbanas para desempeñar actividades no agropecuarias.

Por el contrario, cuando lo que se busca es estudiar a la población dedicada a actividades propiamente agropecuarias resaltan otra serie de problemas. En particular destaca la posibilidad de estar realizando un doble registro, tanto en los lugares de vivienda como en los de trabajo, dada la gran movilidad de los trabajadores agropecuarios. Otro inconveniente para tomar en cuenta es el período de referencia, porque si este considera un lapso muy corto (por ejemplo, de una semana) como sucede al levantar los censos nacionales, entonces podemos captar situaciones que no son las que caracterizan en general a la población estudiada. Mientras que cuando el período se amplía (por ejemplo, la Encuesta Nacional de Empleo considera las seis semanas anteriores al levantamiento) se corre el riesgo de contar varias veces a los mismos trabajadores que se encuentran movilizados en distintas regiones productivas.

Un problema que sin duda distorsiona la captación del empleo rural en México es el del trabajo familiar, que aparece como trabajo no remunerado. En la Encuesta Nacional de Empleo de 1995 y 1997 los trabajadores que se ubican en este renglón ascienden a más del 50% del total de los trabajadores agropecuarios. Y, sin embargo, Pedrero señala la dificultad para declararse como trabajador a aquellos que laboraron en una unidad productiva familiar sin percibir ingresos.

En síntesis, los problemas para estudiar el empleo rural son múltiples, pero se vuelve cada día más necesario encontrar una metodología adecuada para captar sus tendencias a nivel nacional, toda vez que lo que hasta ahora se tiene son estudios regionales o por producto que hacen algunas estimaciones puntuales.

Cómo construí mi propuesta metodológica

Como puede verse, el objeto de investigación relativo al trabajo rural ha ido cambiando a lo largo del tiempo, de acuerdo a los enfoques teóricos prevalecientes en distintos momentos. En consecuencia, el método a seguir ha sufrido modificaciones al adecuarse a dichos objetivos.

En mi propia experiencia, la pregunta inicial de la investigación buscaba entender lo que explica la presencia cada vez más significativa de mujeres dentro del asalariado rural. Bajo esta línea de investigación mi objeto de estudio fue "las jornaleras agrícolas",[7] como lo fue también para otras investigadoras que en la década de los ochenta reaccionaron en contra de la invisibilidad social de este sector (Arizpe y Aranda, 1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Rooner, 1981; Roldán, 1981).

Mi hipótesis principal relacionaba el incremento de la mano de obra femenina dentro del asalariado rural con la intensificación de la producción de cultivos de exportación y la preferencia, por parte de los empleadores, de esta mano de obra para el desempeño de ciertas tareas en las que, supuestamente, las mujeres resultan ser más hábiles. Por tanto, la metodología consistió en hacer un registro minucioso de

7. Los primeros artículos míos con este enfoque se encuentran en Lara (1988).

las actividades para las que son contratadas las mujeres en determinados cultivos.

Sin embargo, pronto deseché la hipótesis anterior, al confirmar que las mismas tareas para las que se contrata mano de obra femenina en México son desempeñadas hábilmente por hombres migrantes e ilegales, en otros contextos sociales, principalmente en Europa y Estados Unidos.

Caí en cuenta de que descansar la explicación de un fenómeno en la existencia de cualidades que naturalmente tenían las mujeres era un planteamiento sexista. En el curso de mi investigación pude constatar que esas habilidades habían sido aprendidas por las mujeres en las propias empresas, después de varias temporadas de trabajo. Si bien también se podía tener en consideración que, en ocasiones, eran saberes transmitidos de generación en generación entre mujeres de un mismo oficio, como es el caso de las empacadoras de tomate en Sinaloa.[8] También podía tratarse de "calificaciones tácitas" o previas, aprendidas en las unidades domésticas, como sucedía en el caso de las floristas del Estado de México que habían participado en la producción de flor en pequeñas parcelas familiares, antes de incorporarse al trabajo en las empresas florícolas de exportación (Lara, 1998).

La posibilidad de conocer otras experiencias en América Latina y en Europa me permitió replantear mi investigación, porque pude darme cuenta de que cada proceso productivo se organiza de acuerdo a una división social del trabajo que no es neutra. Es decir, que no son "las plantas las que ordenan", como lo plantea Astorga (1985), en el sentido de que cada cultivo demanda un cierto número de jornales y la mano de obra más adecuada para su desempeño. Por el contrario, son los individuos los que ponen en marcha una organización del trabajo determinada, la cual no hace sino reproducir las diferencias y asimetrías que existen en la sociedad. Bajo este planteamiento, mi interés consistió en estudiar cómo un proceso técnico (la producción de una planta) se convierte en un proceso social y cultural.

De este modo, mi objeto de estudio fue *la organización de los procesos de producción.* Mediante un cuadro sintético, que registra cada una de las

8. Al respecto, pueden consultarse otros trabajos que he escrito (Lara, 1993, 1995).

etapas en la producción de un cultivo, busqué señalar: puestos de trabajo, actividad desarrollada en cada puesto; división sexual de tareas; origen de la mano de obra (migrante o local); forma de empleo (temporal o planta); horario (rígido o flexible); formas de pago; monto salarial; temporada en la que se lleva a cabo la actividad e instrumentos y equipo utilizado.

El resultado fue muy interesante. En primer lugar, porque encontré que cada proceso de trabajo, por simple que fuera, estaba organizado bajo una división sexual, étnica y, a veces generacional, de la fuerza de trabajo. Verticalmente los puestos eran ocupados por hombres o por mujeres; en muy raras ocasiones se trataba de una actividad desempeñada indistintamente por unos y otras. En tanto que horizontalmente había etapas o fases del proceso productivo en donde únicamente interviene mano de obra local y otras realizadas por mano de obra migrante e indígena, principalmente en tareas poco apreciadas por la mano de obra local, como es la plantación y la cosecha de hortalizas.

En segundo lugar, pude apreciar que la organización del trabajo no es rígida e inmutable, sino sumamente flexible y cambiante a lo largo del tiempo y en función de las estrategias que las empresas ponen en marcha en un momento dado. Cada proceso productivo evoluciona a lo largo de la historia. Pero dicha evolución no se lleva a cabo estrictamente en función de los avances tecnológicos. El desarrollo de la ciencia a veces va más rápido que la capacidad de las empresas para integrarlos, porque estas llevan a cabo un balance de las ventajas adicionales que les reporta incorporar una nueva tecnología. Esta situación me quedó clara al estudiar los cambios que había sufrido la producción de tomate de exportación en Sinaloa, desde que comienza a cultivarse con estos fines, en la década de los veinte, hasta la fecha.

El estudio de varios cultivos hortícolas en el Estado de Sinaloa y de varios tipos de flor en el Estado de México me permitió confirmar que los procesos de trabajo no son sino el lugar en el que se expresa la organización de un complejo sistema de relaciones, que se da a nivel del mercado de trabajo. Esto es, que la contratación de mujeres locales para desempeñar determinadas tareas en los empaques de hortalizas y en los invernaderos de flores, o de familias indígenas para las cosechas de hortalizas, y de hombres locales para realizar actividades que corresponden a los puestos

que se consideran calificados, no es el resultado de una exigencia técnica, sino de una decisión basada en normas sociales y culturales.

Teniendo en cuenta lo anterior, mi objeto de investigación pasó de ser el estudio de la organización de los procesos de trabajo para orientarse al análisis del comportamiento del *mercado de trabajo rural.* Sin embargo, para mí este mercado no se reduce al lugar de encuentro entre oferta y demanda de fuerza de trabajo. Después de confirmar que los mecanismos de asignación de los trabajadores van cambiando con el tiempo, pero no solo en función de las tecnologías sino del contexto social, cultural y económico, llegué a la conclusión de que el mercado de trabajo rural es un espacio en donde se expresan las asimetrías que caracterizan a la sociedad en su conjunto: de clase, de género, étnicas y generacionales.

Llegado a este punto, mi metodología tendió a buscar los elementos que permiten organizar los procesos de trabajo apoyándose en las desigualdades sociales. En particular, aquellos que ofrecen ventajas a las empresas para contratar mano de obra femenina y explican la creciente participación de mujeres en ciertas fases de los procesos productivos. La hipótesis que manejé en mi libro (Lara, 1997) es que la mano de obra femenina participa en las fases "clave" de los procesos productivos; aquellos que garantizan la calidad de los productos que se exportan. Las actividades que allí realizan requieren de una calificación y exigen mayor flexibilidad que en otros puestos.

Mi investigación de campo se dirigió a captar los elementos que fundamentaron esta hipótesis. En primer lugar, consideré importante conocer las necesidades particulares de las empresas en el momento actual, caracterizado por un intenso proceso de cambio para enfrentar la globalización y la intensificación de la competencia en los mercados internacionales. La enorme flexibilidad con la que hoy en día operan estas empresas hace innecesario conocer indicadores tales como cantidad de tierra, patrón de cultivos, tecnologías, tipo de crédito, etc., como se propone en Barrón y Sifuentes (1997). Me parece que es necesario hacer un estudio de la dinámica de dichas empresas, captando las distintas formas mediante las cuales hoy se tiene acceso a la tierra; la diversificación de cultivos, las modalidades de combinación de nuevas y viejas tecnologías, la movilidad geográfica de las empresas, así como las nuevas formas de gestión del trabajo.

Con respecto a este último punto me di cuenta de que el número de jornales que se requiere para cada cultivo no puede dar cuenta, por sí mismo, de la demanda de mano de obra. No solo porque la incorporación de nuevas tecnologías modifica rápidamente esta circunstancia, sino porque las empresas tienden a hacer una combinación de formas modernas y tradicionales de producción, celebran contratos de producción con pequeños propietarios que utilizan mano de obra familiar y modifican sus sistemas productivos de un ciclo a otro para introducirse a un nuevo nicho de mercado, entre otras cosas. Además, han diversificado no solo sus productos, sino sus mercados, y cada uno de ellos sigue normas de calidad particulares (Lara, 1999), lo que plantea requerimientos de trabajo específicos.

En este sentido, consideré importante analizar las competencias que se movilizan en el desempeño de las tareas que realizan mujeres y hombres en determinados procesos de trabajo (producción de hortalizas en Sinaloa e invernaderos de flores en el Estado de México). Calculamos el tiempo de aprendizaje y el tipo de conocimientos que se requieren para llevar a cabo cada actividad, con la velocidad y habilidad que las empresas exigen. El resultado me permitió plantear que la mano de obra femenina contratada para el empaque de hortalizas y para trabajar en el corte y manejo de flores (actividades que son desarrolladas básicamente por mujeres) cuenta con una calificación, pero que esta no es reconocida ni valorada por las empresas. Y es esto lo que explica la preferencia por este tipo de mano de obra.

Al mismo tiempo, me interesó captar las necesidades de las empresas modernas en términos de flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo, distinguiendo la flexibilidad cuantitativa de la cualitativa. En cuanto a la flexibilidad cuantitativa encontramos, a través del cuadro de registro de procesos de trabajo, que los puestos que ocupan las mujeres ofrecen mayor flexibilidad en términos de contratación (horarios, temporalidad) y de formas de pago (destajo, por productividad y otras). Por su parte, se buscó estudiar la flexibilidad cualitativa a través de tres elementos: calificación, polivalencia e implicación, y encontramos que los puestos femeninos ofrecían mayores posibilidades de contar con estas cualidades.

Igualmente, el cuadro de procesos productivos me permitió confirmar que la mano de obra indígena e infantil, que participa en las

cosechas y labores de campo de los productos hortícolas, ofrece una gran flexibilidad cuantitativa en términos contractuales y salariales, ya que son empleados en las peores condiciones laborales.

Por modernas que sean las empresas, y a pesar de que la mayor parte de su producción se dirige a la exportación, si aún mantienen una fuerte división del trabajo en los procesos productivos me parece difícil considerar que se trata de mercados primarios, en el sentido que lo hace Piore en su teoría del mercado dual y que retoma Antonieta Barrón (1993, 1997). Se debe tener en cuenta que actualmente los mercados se entrelazan. Las empresas combinan formas de producir tradicionales (en donde existe una ligera división del trabajo) con formas muy modernas (equipos de trabajo o círculos de calidad), en donde precisamente se busca eliminar la rigidez en la división del trabajo. A su vez, se asocian con pequeños productores y pueden mantener etapas del proceso de producción con formas de organización de tipo fordista-taylorista (principalmente en los empaques) con tecnologías de punta (sensores para determinar tamaño y color de productos, robots, etc.). Tampoco se puede decir que estas empresas conformen mercados con puestos de trabajo relativamente estables, buenas condiciones laborales y salariales, equidad y estabilidad en el empleo, propias de los mercados primarios (Barrón, 1992, pp. 21-22).

El camino que he seguido en mi investigación privilegió una metodología que me permitiera captar los elementos de cambio o "reestructuración" de las empresas. Más que mostrar lo que existe, pongo énfasis en lo que está cambiando y en qué direcciones. Mi conclusión es que se trata de un proceso, que en la medida que busca flexibilidad difícilmente puede captarse como una foto fija, y más bien requiere de una película. Por lo mismo, no me aventuro a hacer tipologías ni clasificaciones, que rápidamente perderían su razón de ser al seguir el curso de las transformaciones que día con día están teniendo lugar. Solo he logrado señalar algunas tendencias que no podría decir si se mantendrán a futuro, pero que confirman mi impresión de que el mercado de trabajo rural es un espacio que reproduce las relaciones sociales que caracterizan a la sociedad en su conjunto, y que estas relaciones son asimétricas porque reproducen las desigualdades de clase, de género, étnicas y generacionales.

Agenda para el futuro

Mi propuesta metodológica no resuelve la pregunta acerca de la capacidad del mercado de trabajo rural para emplear a la fuerza de trabajo actualmente disponible en el campo. Tampoco resuelve los problemas planteados por Pedrero (1997), y quizá, más bien, agrega otros elementos que dejan ver que las dificultades para contabilizar el empleo rural son enormes. Sobre todo, porque encuentro que las unidades productivas que dan empleo se están transformando rápidamente, y que una serie de factores que tradicionalmente habían sido tomados en cuenta para medir el empleo, ya no pueden ser considerados de la misma manera.

No obstante, mi objetivo ha sido caracterizar el mercado de trabajo en sus aspectos cualitativos. En ese sentido, avanza algunos elementos para comprender las características actuales de ese mercado de trabajo y las condiciones en las cuales tienen que competir los trabajadores, hombres y mujeres, para poderse emplear. Por eso, creo haber puesto una atención particular en la organización de los procesos de trabajo y en las estrategias empresariales. Sin embargo, he dejado de lado uno de los problemas que habían sido destacados en los estudios que se referían a los procesos de descampesinización y a los trabajadores agrícolas; es decir, la dinámica de las comunidades de origen de la fuerza de trabajo y sus estrategias de reproducción.

Una investigación que pretenda abordar el mercado de trabajo rural en forma global necesariamente debe partir de comprender la dinámica de cambio de las empresas contratantes, pero no puede obviar que los trabajadores tienen sus propias estrategias, y que también estas responden a la lógica de las comunidades étnicas, cuando se trata de mano de obra indígena, así como a las estrategias de género con las que hombres y mujeres se insertan en dicho mercado. Para ello, indudablemente, es necesario construir nuevas herramientas metodológicas.[9]

Otros asuntos han quedado pendientes en el estudio del comportamiento del mercado de trabajo, entre ellos las redes sociales que permiten a los jornaleros acceder a las empresas contratantes, arribar a las

9. Un enfoque de esta naturaleza es el que se tiene en el proyecto coordinado por Hubert C. de Grammont sobre Empresas, migración y mercado de trabajo rural en México, IIS -UNAM (DGAPA), 1997-2000.

regiones en donde se concentra la demanda, organizar su vida cotidiana en los campamentos y albergues en los que tienen que residir mientras trabajan, las formas en que se reproduce su identidad y su cultura. Todo ello es parte de la agenda para el estudio de un tema en el cual aún hay mucho por explorar.

Bibliografía

Aguirre Beltrán, M. y C. de Grammont, H. (1982). *Los jornaleros agrícolas en México.* México: Macehual.

Appendini, K. (1995). El contexto local y la diferenciación de los mercados de trabajo femeninos en la agroindustria. En *Condiciones laborales de la mujer rural.* México: Fundación Ford; Centro de Estudios Históricos de la Cuestión Agraria Mexicana.

Arizpe, L. y Aranda, J. (1981). Empleo agroindustrial y participación de las mujeres en el desarrollo rural: un estudio de las obreras agrícolas del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, Michoacán. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe sobre el Desarrollo Rural y la Mujer,* OIT, Pátzcuaro, México.

Astorga, E. (1985). *El mercado de trabajo rural en México: la mercancía humana.* México: ERA.

Bartra, R. (1974). *Estructura agraria y clases sociales en México.* México: ERA.

Barrón, M. A. (1993). *Los mercados de trabajo rurales: el caso de las hortalizas en México.* Tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.

Barrón, M. A. (1997). Características de los mercados de trabajo en los cultivos no tradicionales de exportación: el caso de las hortalizas en México. En M. A. Barrón y E. L. Sifuentes (Coord.), *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías.* México: FE-UNAM; Universidad Autónoma de Nayarit.

Barrón, M. A. y Sifuentes, E. L. (1997). *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías.* México: FE-UNAM; Universidad Autónoma de Nayarit.

Becerril, O. (1998). *Entre rosas y espinas, los andares femeninos.* Tesis de maestría en Antropología Social, ENAH, México.

Botey, C. J.; Heredia, L. y Zepeda, M. (1975). *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa.* México: Secretaría de Reforma Agraria.

C. de Grammont, H. (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano.* México: Juan Pablos editor.

Centro de Investigaciones Agrarias (CDIA). (1974). *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México.* México: FCE.

Deere, C. D. y León, M. (Comps.), (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina.* Bogotá: ACEP; Siglo XXI.

Feder, E. (1977). Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes (y no compatibles) sobre la destrucción del campesinado. *Comercio Exterior, 27*(12), (México).

Gutelman, M. (1971). *Capitalismo y reforma agraria en México.* México: ERA.

Kautsky, K. (1970). *La cuestión agraria.* París: Ruedo Ibérico.

Lara, S. M. (1988). El perfil de la jomada agrícola actual y su mercado de trabajo. En J. B. Aranda (Comp.), *Las mujeres en el campo.* México: IIS, Universidad Autónoma B. Juárez de Oaxaca.

Lara, S. M. (1992). La flexibilidad del mercado de trabajo rural, *Revista Mexicana de Sociología, 1,* (México: IIS-UNAM).

Lara, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa: où comment une solidarité se façonne à travers solidarités et conflits. *Cahiers du GEDDIST, 7,* (París: IRESCO).

Lara, S. M. (1995a). *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1995b). Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada. En S. González y V. Salles (Coords.), *Género y transformaciones agrarias.* México: PIEM-COLMEX.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (1999a). Criterios de calidad y empleo en la agricultura latinoamericana: un debate con el Posfordismo. En H. C. de Grammont (Coord.), *Innovación tecnológica y reorganización productiva en el sector agroexportador.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Lara, S. M. (1999b). Características del Mercado de Trabajo Rural en el México de hoy. Ponencia presentada en el coloquio *El campo mexicano: los retos de fin de siglo*, 15 de marzo, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo, Hermosillo, México.

Lenin, V. I. (1971). *El desarrollo del capitalismo en Rusia.* México: Ediciones de Cultura Popular.

León, M. (Comp.). (1982). *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Macias, M. de la L. (1995). *El trabajo femenino en el proceso de trabajo de tres cultivos de exportación en México.* Tesis de maestría, Facultad de Economía, UNAM, México.

Marañon, B. (1996). *La agroexportación no tradicional y las relaciones laborales. La agroindustria del espárrago en Perú y México.* Tesis de maestría, FLACSO, México.

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México. ¿Obreros agrícolas o campesinos sin tierra?* México: Siglo XXI.

Pedrero, M. (1997). ¿Se puede realmente captar el empleo rural? En M. A. Barrón y E. L. Sifuentes (Coords.), *Mercados de trabajo rurales en México: estudios de caso y metodologías.* México: FE-UNAM; Universidad Autónoma de Nayarit.

Pedrero, M. y Embriz, A. (1992). Los mercados de trabajo en las zonas rurales. Notas sobre la Encuesta Nacional de Empleo, 1988. *Estudios Sociológicos, 29*(10), (México: COLMEX).

Piore, M. (1971). The dual labor market: theory and complications. En D. M. Gorgon, *Problems in political economy: an urban perspective.* Lexington: Heath & Co.

Pozas, R. y Horcasitas, I. (s.f.). *Los indios en las clases sociales de México.* México: Siglo XXI.

Roldan, M. (1981). Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, OIT, Pátzcuaro, México.

Rooner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California Norte, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina y el Caribe sobre el Desarrollo Rural y la Mujer*, OIT, Pátzcuaro, México.

Salazar. (1986). *Las obreras agrícolas en el cultivo de hortalizas. Estudio de caso en el Valle de Culiacán, Sinaloa.* Tesis de licenciatura en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

Sifuentes, E. L. (1996). *Los mercados de fuerza de trabajo en la agricultura de Nayarit en el periodo 1970-1994 y la participación femenina.* Tesis de maestría, Facultad de Economía, UNAM, México.

Suarez, B. (1995). Las manos más hábiles de los empaques: el aguacate y el mango en Michoacán. En S. M. Lara (Coord.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas*

Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Las funciones que actualmente cumple la agricultura a nivel mundial y el papel de las transnacionales en el nuevo orden internacional marcan un nuevo periodo en la historia del desarrollo agrícola capitalista. Este periodo se caracteriza por una crisis de larga duración que ha conducido a una gran concentración de capital y a una fuerte reestructuración productiva del sector que han dado origen a una agricultura flexible.

En este trabajo estudiamos las principales características de esa nueva agricultura flexible y tomamos como ejemplo el caso de la horticultura sinaloense, pero pensamos que las conclusiones a las que llegamos se pueden aplicar a cualquier otro sector de punta de la agricultura mexicana.

Primero presentamos un breve panorama del sector hortícola, en particular de la enorme concentración que existe en su interior; luego analizamos la importancia del sector hortícola nacional y sinaloense. En un tercer inciso señalamos los problemas que se presentan para que las llamadas "ventajas comparativas" operen en un contexto de libre mercado y de atraso tecnológico, para después caracterizar el proceso de reestructuración productiva de este sector mediante el análisis de los elementos en los que se sustenta. Finalmente, destacamos las nuevas formas de organización del trabajo y las condiciones del empleo que se dan en la horticultura de exportación, principalmente en el estado de Sinaloa.

* Extraído de Lara, S. M. y C. de Grammont, H. (1999). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas, pp. 23-70. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*. México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés. [ISBN 968-856-627-6].

1. Concentración de la producción en las grandes empresas agroexportadoras[1]

Un elemento clave que explica la actual situación del agro es la enorme concentración de la producción comercial, en particular para la exportación, en manos de un pequeño grupo de empresas. Puede decirse a grandes rasgos que las empresas más grandes tienen dos características que las diferencian de todas las demás: forman parte de complejas redes económicas cuyo centro se ubica en el capital financiero y sus intereses económicos no se limitan al ámbito nacional, sino que se vinculan estrechamente con el capital agroindustrial y financiero estadunidense. De esa manera, su lógica empresarial rebasa ampliamente el marco de las fronteras nacionales para ubicarse en el nivel internacional.[2] Dicha concentración puede confirmarse en dos ámbitos: el acceso a la tierra y el mercado.

Después de dos sexenios de apertura comercial y neoliberalismo, las estadísticas nacionales muestran que existe una enorme polarización en la estructura agraria mexicana. Las empresas de más de 1.000 hectáreas (12.487) representan el 0,28% de las empresas de producción censadas, pero cubren el 44% (48.010.873 ha) de la superficie total. En el otro extremo, el 59% (2.620.399) de las unidades tiene menos de cinco hectáreas (su promedio nacional es de 2,12 ha) y cubren solo el 5% de la superficie agropecuaria-forestal nacional (5.574.769 ha). Nuestros datos de campo nos indican que las grandes empresas hortícolas cultivan más de 1.000 hectáreas de legumbres, ya sea en una sola región o en diferentes partes del país.

Esta polarización se refleja también en el destino de la producción. Si consideramos solamente el subsector agrícola, el 45,9% (1.757.611) de las unidades productivas reporta que produce solo para el autoconsumo familiar; el 43,4% (1.663.308), además del autoconsumo, vende su producción en el mercado local o nacional, y solo el 0,3% (11.744) de las unidades reporta vender en el mercado nacional o exportar su producción. Sin embargo, si restamos los estados productores de café, en donde encontramos esencialmente minifundistas que pueden declarar que su producción se exporta, quedan 3.451 empresas que exportan o toda su producción o parte de ella y que representan el 0,09%

1. Los datos de ese inciso provienen del *VI Censo Agropecuario Forestal* (INEGI, 1991).

2. Esto explica, en parte, por qué estos agricultores apoyaron, en sus inicios, la firma del TLC.

del total de unidades de producción agrícola del país. Para el sector hortofrutícola y de las flores de exportación, nuestros datos de campo nos indican que no existen más que algunos centenares de enormes empresas capaces de ubicarse con éxito en el mercado internacional.[3] Esas empresas agroexportadoras se ubican esencialmente en los estados de Baja California, Jalisco, Estado de México, Michoacán, Nayarit, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas.

En Sinaloa se puede hablar de unas 100 empresas hortícolas que se localizan en cuatro municipios: tres del centro (Culiacán, Navolato y Guasave) y uno en el norte (Ahorne). La superficie total cultivada en hortalizas es de 50.000 hectáreas y ha variado poco en los últimos años.

Cuadro 1. Empresas agroexportadoras en Sinaloa

Entidad	Número de empresas agroexportadoras	Productos exportados
Sinaloa	590	
Ahorne	51	Hortalizas
Angostura	4	
Badiraguato	2	
Concordia	13	
Cosalá	0	
Culiacán	100	Hortalizas
Choix	10	
Elota	26	
Escuinapa	91	Frutas
Fuerte	15	
El Guasave	45	Hortalizas
Mazatlán	65	Frutas
Mocorito	10	
Rosario	66	Frutas

3. Varios autores plantean este mismo proceso en otros países de América Latina. En Uruguay, Chiappe y Piñeiro (1994) señalan que mientras en 1961 había 6.000 empresas produciendo la manzana "Deliciosa", en 1980 se habían reducido a 3.455 los que se dedicaban a producir todas las variedades de manzana. En Argentina, Bendini *et al.* (1995) encuentran que actualmente solo 2,8% del total de las empresas es el que comercializa el 24% de la producción de manzanas frescas. En tanto que en México, la floricultura de exportación se encuentra en manos de 17 empresas que son las que tienen posibilidades de mantenerse en el mercado (Lara y Becerril, 1995).

Salvador Alvarado	15	
San Ignacio	10	
Sinaloa	21	
Navolato	46	Hortalizas

Fuente: *Censo Agropecuario* (INEGI, 1991).

2. Características generales del sector hortícola

La horticultura es la rama más dinámica del sector agropecuario. En 1955 representaba el 5,58% del valor total de la producción agrícola en poco más de 2% de la superficie total cultivada; en 1994 produjo el 16% del valor total de la producción en solo 3% de la superficie agrícola (cuadro 2). Por su lado, el valor de sus exportaciones ha pasado del 30% del valor total de las exportaciones agrícolas en 1980 al 50% en 1995 (Schwentesius y Gómez-Cruz, 1996, p. 6).[4]

Cuadro 2. Valor y superficie dedicada a las hortalizas en comparación con el valor y la superficie totales agrícolas, 1955-1994 (en nuevos pesos)

Años	Total agrícola (1)	Valor (dólares)		Superficie (hectáreas)		
		Total hortalizas (2)	% (2/1)	Total agrícola (1)	Total hortalizas (2)	% (2/1)
1955	10.093.379	563.564	5,58	10.284.098	221.313	2,15
1960	16.399.251	891.174	5,43	11.364.530	257.093	2,26
1965	26.075.982	1.874.902	7,19	15.233.250	274.580	1,80
1970	30.754.919	1.830.281	5,95	14.851.441	293.849	1,98
1975	75.042.258	7.018.134	9,35	15.488.181	399.612	2,58
1980	252.223.844	27.847.179	11,04	16.965.609	466.940	2,75
1985	1.703.380.282	342.426.445	20,10	27.594.824	522.393	1,89
1990	41.004.254.125	6.295.045.525	15,35	17.974.637	583.738	3,25
1994	58.690.364.211	9.578.931.811	16,32	18.866.622	588.476	3,12

Fuente: *Anuario estadístico de la producción de los Estados Unidos Mexicanos* (SAGAR, 1955, 1960, 1965, 1970, 1975, 1985, 1990, 1994).

4. 419 millones de dólares por un total de 1.404 millones en 1980, y 1.673 millones por un total de 3.323 millones de dólares en 1995.

México ocupa, actualmente, el sexto lugar en las exportaciones mundiales de hortalizas al cubrir 4% del volumen total exportado en el mercado internacional. Nuestro país, junto con España, Holanda, Italia, Estados Unidos y Francia, contribuye con el 50% del total de hortalizas que se comercializan a nivel internacional (Banco de México; FIRA, 1994).

En el conjunto de las hortalizas que se venden en el mercado mundial, sobresalen seis productos que concentran el 70% de las exportaciones: papa, jitomate, cebolla, sandía, pepino, lechuga y melón. A nivel nacional, el tomate rojo o jitomate ha sido el principal cultivo hortícola. En 1955 representaba el 42% del valor total de las hortalizas (en 28% de la superficie); actualmente representa el 20% del valor de la producción total hortícola en 11% de la superficie) (cuadro 3). El valor de sus exportaciones representó el 11% del total de las exportaciones agropecuarias en 1980 y el 18% en 1995 (Schwentesius y Gómez-Cruz, 1996).

Cuadro 3. Superficie y valor nacional del tomate en relación con el total de las hortalizas, 1955-1994

Años	Superficie (hectáreas)			Valor (dólares)		
	Total hortalizas (1)	Tomate rojo (2)	% (2/1)	Total hortalizas (1)	Tomate rojo (2)	% (2/1)
1955	221.313	62.519	28,25	563.564	238.259	42,28
1960	257.093	63.805	24,82	891.174	293.694	32,96
1965	274.580	42.546	15,49	1.874.902	535.344	28,55
1970	293.849	63.721	21,68	1.830.281	109.487	5,98
1975	399.612	59.361	14,85	7.018.134	2.639.280	37,61
1980	466.940	69.472	14,88	27.847.179	7.223.769	25,94
1985	522.393	69.329	13,27	342.426.445	85.817.453	25,07
1990	583.738	81.545	13,97	6.295.045.525	1.471.594.686	23,38
1994	588.476	65.189	11,08	9.578.931.811	1.859.475.222	19,41

Fuente: *Anuario estadístico de la producción de los Estados Unidos Mexicanos* (SAGAR, 1955, 1960, 1965, 1970, 1975, 1985, 1990, 1994).

Tomando como base cuatro de las principales hortalizas que se cultivan a nivel nacional (jitomate, papa, cebolla y chile), sobresalen diez estados de la república en los que se concentra el 65% del área total sembrada de estos cultivos. Sinaloa es el principal estado productor con un volumen del 18,8% del total (Banco de México y FIRA, 1994).

Sinaloa también ha sido el principal estado exportador de hortalizas a Estados Unidos. En 1995 las exportaciones de sus hortalizas representaron el 47% del valor total nacional y el 96% del valor total de las exportaciones de tomate (cuadro 4).[5]

Pese a que la superficie destinada al cultivo de hortalizas en el estado de Sinaloa representa apenas del 3% al 9% de la superficie total cultivada, en ese estado, en términos de valor, las hortalizas generan entre un 20% y un 50% del valor total de la producción agrícola (cuadro 5). Fuera de los años excepcionales en que esa proporción descendió por siniestros, la superficie se ha mantenido estable.

El área que se destina a la producción de tomate en este estado es significativa, como puede apreciarse en el cuadro 6. En promedio ha significado el 45% del total de la superficie destinada a la producción de hortalizas entre 1985 y 1991, en tanto que en 1994 se incrementó casi al 50% y desde esa fecha se mantiene en la misma proporción.

En relación con el empleo, cabe mencionar la importancia de la horticultura puesto que incorpora aproximadamente a 1.200.000 trabajadores de un total de seis millones de personas que trabajan en la agricultura (PEAA). Es decir, que en 2,4% de la superficie de las tierras cultivadas a nivel nacional se emplea al 20% del total de la PEA agrícola (datos de 1990). Tan solo en Sinaloa se calcula que anualmente se contrata a unos 160.000 trabajadores en campo durante los seis meses que dura la cosecha de hortalizas, mientras que en los empaques se considera que este número puede ascender a unas 10.000 personas (UNPH, 1990).

5. En 1990, la exportación de legumbres frescas hacia los Estados Unidos representó el 82% del valor total de las importaciones estadunidenses realizadas en ese rubro, mientras que el tomate por sí solo representó el 46% de ese total, con lo cual se cubrió cerca de la mitad del tomate fresco consumido en invierno en ese país; la otra mitad fue aportada por el estado de Florida (Muñoz Rodríguez *et al.*, 1995).

Cuadro 4. Valor y volumen de las exportaciones de hortalizas y tomate, nacional y Sinaloa, 1993-1995

	1993		1994		1995	
	Valor hortalizas (miles de dólares)	Valor tomate (dólares)	Valor hortalizas (miles de dólares)	Valor tomate (dólares)	Valor hortalizas (miles de dólares)	Valor tomate (dólares)
Sinaloa	168.344.646	79.651.150	522.582.026	282.249.090	651.810.550	357.479.000
Nacional	672.542.473	187.364.782	972.503.201	361.363.460	1.374.865.076	372.294.000

Fuente: Estadísticas de exportación (1993,1994,1995).

Cuadro 5. Participación de la horticultura en la agricultura sinaloense

Años	Total agricultura (a)		Hortalizas (b)		% (b/a)	
	Superficie (hectáreas)	Valor (pesos)	Superficie (hectáreas)	Valor (pesos)	Superficie %	Valor %
1970	694.144	3.899.090	30.861	2.007.518	4,45	51,49
1975	920.950	6.521.098.620	27.711	1.656.134.190	3,01	25,40
1980	1.133.329	17.096.114	50.033	4.339.352	4,41	25,38
1985	1.282.518	246.440.658	43.998	48.420.453	3,43	19,65
1989	192.345	2.805.092.516	72.539	800.752.268	37,71	28,55
1990	1.094.030	3.214.730.920	71.223	1.080.063.527	6,51	33,60
1991	598.314	4.898.670.778	54.566	1.649.644.719	9,12	33,68
1992	816.118	4.156.395.794	60.792	1.309.969.098	7,45	31,52
1993	1.064.164	4.816.274.696	60.116	1.216.107.762	5,65	25,25
1994	1.238.436	4.577.909.096	60.423	1.216.392.762	4,88	26,57

Fuente: *Anuario Estadístico de la Producción Agrícola* (SAGAR, 1970-1994).

Nota: El año de 1989 es atípico debido a la catástrofe provocada por el fenómeno meteorológico "El Niño".

Cuadro 6. Participación de la superficie cosechada de tomate en el total de hortalizas en Sinaloa

Años	Total hortalizas (hectáreas)	Jitomate		Otras hortalizas	
		(hectáreas)	(%)	(hectáreas)	(%)
1985	39.424	16.971	43,05	22.453	56,95
1986	52.232	20.713	39,66	31.519	60,34
1987	61.421	21.485	34,98	39.936	65,02
1988	56.841	22.431	39,46	34.383	60,49
1989	52.920	26.165	49,44	26.755	50,56
1990	53.945	27.082	50,20	26.863	49,80
1991	51.147	24.084	47,09	27.063	52,91
1994	46.384	22.979	49,54	23.405	50,46

Fuente: *Informe anual* (CAADES, varios números).

3. Ventajas comparativas y competitividad en la horticultura

Estas características del sector hortícola son las que hicieron que las expectativas que se tenían al iniciarse las negociaciones para el Tratado de Libre Comercio fueran muy optimistas. Tres eran los principales argumentos oficiales a favor de la integración comercial de las agriculturas de México y Estados Unidos. Primero, que existe una complementariedad natural entre ambos países para los productos hortofrutícolas porque nuestra principal época de cosecha corresponde al invierno en Estados Unidos, por lo que se consideraba que automáticamente se tendría un mercado cautivo para estos productos. Segundo, que las condiciones climáticas de nuestro país y el menor costo de la fuerza de trabajo se traducirían indudablemente en ventajas comparativas frente a los

competidores estadunidenses.[6] Tercero, que el crecimiento de este sector generaría empleo e incrementaría el ingreso rural. A su vez, los productores estadunidenses argumentaban que los mexicanos se beneficiaban de varias ventajas legales que creaban una competencia "desleal" en el mercado por la inexistencia de leyes laborales, la falta de reglamentación sobre el uso de los recursos naturales y una menor carga fiscal.

Sin embargo, datos más precisos demuestran que al iniciarse la década de los noventa las ventajas comparativas mexicanas apenas lograban compensar la mayor productividad de sus competidores estadunidenses. Los cuadros 7 y 8 muestran que en el ciclo 1990-1991, los costos de las hortalizas mexicanas en Estados Unidos eran muy cercanos a los costos de los productos estadunidenses, pero con rendimientos notablemente inferiores.

En otras palabras, si bien existían condiciones favorables (tanto naturales como sociales y políticas) para la producción hortícola en México, los adelantos tecnológicos de los competidores estadunidenses permitieron incrementar su productividad a tal grado que nuestras esperadas "ventajas comparativas" no pudieron compensar las "ventajas competitivas" que realmente lograron mantener estos productores.[7]

Cuadro 7. Costos comparados en dólares de una caja de hortalizas en Estados Unidos, 1990-1991*

Cultivos	México			Estados Unidos			
	Sinaloa	Mexicali / San Luis R. Colorado	Sonora	Florida	California	Valle Imperial	Valle San Joaquín
Tomate	6,53			6,84			
Espárrago		21,65				25,64	

6. Las ventajas comparativas se derivan de las mejores condiciones naturales y sociales existentes en una región frente a otras regiones. Las ventajas competitivas se deben a una mayor productividad de las empresas.

7. Actualmente, el salario agrícola en Sinaloa varía entre 4 y 6 dólares por día, mientras que en Florida oscila entre 4 y 8 dólares por hora.

Brócoli		7,06				6,17	5,24
Pimiento	6,96			8,42			
Berenjena	7,24			5,55			
Calabaza	9,30			9,50			
Melón		7,41				5,40	4,45
Pepino			8,20		7,70		

Fuente: R. Cook *et al.* (1991).

Cuadro 8. Rendimientos comparativos en toneladas por hectárea de hortalizas producidas en México y Estados Unidos, ciclo 1990-1991

Cultivos	México			Estados Unidos			
	Sinaloa	Mexicali / San Luis R. Colorado	Sonora	Florida	California	Valle Imperial	Valle San Joaquín
Tomate	20,46			38,87			
Espárrago		4,04				4,81	
Brócoli		9,51				12,98	13,13
Pimiento	21,12			31,43			
Berenjena	20,89			62,98			
Calabaza	9,43			12,96			
Melón		13,47				13,47	13,47
Pepino	34,08			37,05			

Fuente: R. Cook *et al.* (1991).

Otros problemas se agregaron a lo anterior. En primer lugar, el retiro de subsidios por parte del Estado mexicano, la falta de financiamiento, el encarecimiento del crédito y las inundaciones provocadas por "El Niño" que afectaron al noroeste del país en 1989 (Schwentesius y Gómez-Cruz, 1996). Así, al finalizar la década pasada y a principios de esta, un centenar de grandes empresas hortícolas que tenían su

sede principalmente en el estado de Sinaloa se vieron obligadas a emprender un importante proceso de reestructuración para salvar la crisis y resultar exitosas al convertirse en una especie de empresas globales que hoy se mueven por distintos estados del país y atraviesan la frontera.

El estudio de los procesos de reestructuración productiva que a continuación presentamos se basa en un grupo de empresas sinaloenses que representan el sector de punta del campo mexicano.

4. Reestructuración productiva

4.1. Las condiciones de la reestructuración productiva

La reestructuración productiva del sector agrícola tiene como marco general una nueva estructura del mercado de productos, que se caracteriza actualmente por una importante segmentación resultado del nuevo orden internacional y de las nuevas funciones de la agricultura. De un lado se mantiene la demanda de alimentos para el consumo masivo interno y de materias primas para la industria nacional o para las transnacionales dedicadas al procesamiento de productos. Por otro lado, se genera una demanda de productos nuevos, de gran calidad, sanos y claramente identificables.[8] En respuesta a esos problemas se desarrollan modernas tecnologías que se inscriben en la nueva lógica del sector agropecuario concebido como un sector que no solo debe interesarse en elevar la productividad, como sucedió en décadas pasadas, sino también en contemplar la diversidad, la conservación del ambiente y la salud (Byé y Fonte, 1994).

Aunque indudablemente la reconversión productiva de la agricultura incluye los avances logrados en materia de biotecnología y biogenética, sobre todo para ajustar la producción a los distintos tipos de demanda

8. Esta nueva demanda es el resultado de las presiones que ejercen grupos de consumidores y organizaciones no gubernamentales preocupadas por el ambiente y la salud, pero también es producto de la operación de las transnacionales dedicadas al comercio y distribución de alimentos que buscan crear un mercado selecto, de lujo, que ofrece tanto comida sana y con sabor, como comida "exótica", esencialmente para los consumidores de altos ingresos de los países ricos.

masiva y selecta que hoy se presentan en el mercado internacional,[9] esta no sigue un solo camino. Las medidas que ponen en marcha las empresas para lograr mayor competitividad en el mercado son sumamente versátiles; responden no solo a una elección racional de los elementos que les permiten utilizar mejor sus recursos, sino al entramado de estructuras globales y locales que las presiona y condiciona (De la Garza, 1996, p. 121).

De tal manera, y a pesar de las expectativas al ponerse en marcha esta "política neoliberal agroexportadora", la reestructuración de la agricultura mexicana ha seguido caminos peculiares. Las estrategias empresariales buscan ajustarse a las condiciones políticas, sociales, económicas, culturales y ecológicas de cada lugar (Long, 1996), de manera que si bien han integrado importantes innovaciones de carácter tecnológico como lo han hecho sus competidores, las empresas mexicanas no apuestan todo su éxito a la tecnología sino a una combinación de elementos que les permite mayor flexibilidad.

Byé y Fonte (1994) plantean que los productores hacen un balance de las ventajas que les reporta cualquier cambio técnico u organizativo a partir de dos elementos que han analizado: la inercia y la irreversibilidad.[10] Muchos cambios técnicos corresponden a un mejoramiento del modelo tecnológico en vigor, por lo cual se pueden modificar partes del proceso productivo sin involucrar al conjunto. En ese caso, se habla de la inercia de los cambios técnicos. Pero otros cambios son de tal índole que obligan al productor a cambiar el conjunto de su tecnología y lo enfrentan con nuevos problemas difíciles de resolver: formación técnica del personal, reorganización de las formas de trabajo, rentabilización de las inversiones, etcétera. En ese caso se habla de "irreversibilidad de los cambios" porque se abandona el modelo anterior para innovar un proceso de producción totalmente diferente que no permite (en caso de dificultades) regresar hacia la situación pasada.[11]

9. Casas y Chauvet (1994, p. 7) resaltan la capacidad de la biotecnología para intensificar las aptitudes del patrón agrícola existente, ya que se puede lograr la generación de híbridos que incrementan los rendimientos, optimizan la aplicación de insumos agrícolas y permiten el mejoramiento de técnicas tradicionales, a la vez que permiten nuevas aplicaciones.

10. Aunque Byé y Fonte solo señalan estos procesos en relación con la biotecnología, consideramos que de hecho pueden aplicarse al conjunto de elementos que conforman la reestructuración.

11. Por ejemplo, la introducción de una nueva semilla conduce en un momento dado a la redefinición del uso de insumos, a la investigación para resolver distintos problemas (adaptación de la semilla al ambiente local, el problema de los residuos tóxicos) y a la reorientación de las labores culturales.

La irreversibilidad se justifica cuando se logra dar un salto productivo que permite rentabilizar la inversión e incrementar la tasa de ganancia. Por los fuertes riesgos que supone meterse en una situación de irreversibilidad tecnológica, normalmente el productor intentará mantener la inercia de sus opciones técnicas, con lo cual limitará, si es necesario, la modernización de su empresa. Sin embargo, las inversiones que responden inicialmente a una lógica de inercia pueden finalmente inducir a la adopción de alguna innovación que lleve hacia una situación de irreversibilidad y que amplíe las consecuencias del cambio técnico y organizativo de la empresa. En los países con una fuerte economía campesina y abundante mano de obra, este balance se realiza tomando en cuenta las oportunidades locales y las ventajas que ofrece la presencia de ese sector campesino con potencial productivo, al que puede delegarse la parte de los procesos productivos más intensivos en mano de obra a través de formas asociativas o de agricultura a contrato. De la misma manera en que se puede recurrir al sector de campesinos pobres para contratarlo como mano de obra temporal, para que cumpla con habilidad y a bajo costo la realización de numerosas tareas, lo cual garantiza una mayor calidad del producto.

De esta manera, la reestructuración no necesariamente ha significado rupturas o medidas radicales que generen situaciones de irreversibilidad. Más bien supone numerosas posibilidades de combinar diferentes tipos de tecnología con trabajo manual y diferentes formas de organización del trabajo que apuntan hacia una *flexibilidad productiva*, en la cual los sujetos (productores y trabajadores) intervienen al dar direccionalidad a las innovaciones que se adoptan (Lara, 1998).

4.2. Características principales de la reestructuración

Seis elementos esenciales caracterizan esa flexibilidad. En primer lugar, encontramos en la horticultura mexicana una gran diversificación productiva que supone la reorientación de una parte de la producción hacia cultivos de exportación no tradicionales; en segundo lugar, la descentralización de las estructuras de las empresas hacia formas de operación más flexibles que se basan cada vez más en nuevos procesos de

asociación entre productores; en tercer lugar, la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y la adopción de plantas de larga vida de anaquel; en cuarto lugar, la creación de cadenas de comercialización y la diferenciación comercial del producto; en quinto lugar, una gran movilidad de las empresas y su dispersión geográfica (empresas globales) por nuevas regiones del país o en otros países del continente; en sexto lugar, el desarrollo de formas de organización flexible del trabajo que afectan el mercado de trabajo rural, las cuales se basan a menudo en la refuncionalización de viejas formas de empleo.

Para analizar estos elementos, tomamos como ejemplo la operación de las empresas hortícolas sinaloenses que destinan gran parte de sus recursos a la producción de tomate o jitomate de exportación, como a continuación exponemos.

4.2.1. Diversificación productiva

En el contexto internacional, la diversificación se explica como resultado del nuevo orden internacional y de la acción de las empresas transnacionales que buscan elevar su rentabilidad al generar una demanda para los productos de exportación "no tradicionales".[12] También es resultado de las políticas neoliberales que promueven una agricultura basada en las ventajas comparativas a partir de la década de los ochenta. Así, los empresarios hortícolas empezaron a cultivar en pequeñas cantidades productos nuevos con un muy alto valor agregado para mercados de lujo o se especializaron en la producción de semillas de alta calidad. En 1970 se cultivaban 14 productos hortícolas en México; actualmente se registran 88. Treinta de ellos se cultivaron en una superficie no mayor a 100 hectáreas. Algunos fueron productos para comidas exóticas (bangaña, *boi choi*, cundeamor, *chard*, *daikon*, *gailan*, kale, *keel*, *kohlrabi*, *muzu*, *nappa*, pipicha, *sage*, etc.); otros fueron semillas producidas bajo patente (apio, calabacita, chile, melón, pepino, sandía, tomate, etc.) (SAGAR,1994).

12. El concepto de "no tradicional", como lo señala Raynolds (1994), es una cuestión específica de cada gobierno, de tal manera que puede contemplar productos frescos y procesados que ya se producían tradicionalmente en el país, pero que en el contexto actual siguen los criterios de calidad en la selección, empaque, marca, etcétera, que demanda el mercado internacional.

Sin embargo, encontramos que la diversificación no significa solamente ampliar la gama de productos de lujo de exportación. Para algunas empresas supone también mantenerse o insertarse en el mercado de productos masivos de consumo nacional y lograr allí un espacio de competitividad. A su vez, conduce a una cierta especialización productiva ya que es difícil que una empresa abarque campos de producción muy distintos como cereales y hortalizas o flores y frutas. La diversificación productiva por lo regular se mantiene en un grupo de productos que pueden fabricarse sobre una base tecnológica más o menos común, aunque se dirijan a mercados distintos.

Este doble fenómeno de ubicarse tanto en el mercado de lujo como en el masivo con cierta especialización productiva se aprecia en el cultivo del tomate en Sinaloa. Desde hace unos veinte años se amplió la gama de tomates cultivados: algunos destinados al mercado masivo nacional y estadunidense, otros a los nichos de productos suntuarios. Hay variaciones notables entre los diferentes tipos de tomate que se cultivan, y ese fenómeno tiende a acentuarse porque cada variedad enfrenta distintos problemas productivos, tiene costos diferentes y se dirige a un mercado específico. El tomate bola, que ha sido el tomate de exportación más apreciado por su sabor y que domina el mercado de exportación, ve su producción disminuir a partir de la segunda mitad de los ochenta (cuadro 9).[13] En su lugar, otras variedades de tomate se desarrollaron, en particular el roma (o *saladette*), por sus propiedades más adaptables a la comida rápida (ensaladas, sándwiches, etc.), o para su procesamiento industrial en puré y salsas.[14]

13. Su vida de anaquel es relativamente corta. Para paliar ese inconveniente, se empezó a cosechar el tomate verde. Aun si perdía sazón, el éxito de ese tomate fue notorio en el mercado masivo estadunidense. Luego, gracias a la introducción de nuevos materiales genéticos que permiten alargar la vida de anaquel del tomate madurado en la planta y mejorar su sabor, a partir del ciclo 92-93 repuntó la exportación del bola-maduro.

14. Esta variedad, mejor cotizada nacionalmente que el de bola-maduro, por su sabor y porque se adapta mejor a la elaboración de salsas mexicanas, tal vez está cubriendo una demanda específica de la población latina radicada en los Estados Unidos. Entre 1986 y 1990 las exportaciones de pasta de tomate pasaron de 13.492 toneladas métricas a 26.320 (R. Cook *et al.*,1991).

Cuadro 9. Exportación nacional de tomate por tipo (bola, *cherry*, roma)

Años	Total tomate	Tomate bola		Cherry		Roma	
	toneladas	toneladas	%	toneladas	%	toneladas	%
1977-1978	410.880	353.900	86	49.355	12	7.624	2
1981-1982	273.701	229.979	84	38.062	14	5.658	2
1984-1985	400.282	346.154	86	36.961	9	17.166	5
1989-1990	336.839	241.899	72	40.143	12	54.795	16

Fuente: *Boletín anual* (CNPH, 1978, 1982, 1985, 1990).

Los productores sinaloenses supieron aprovechar esta nueva oportunidad: disminuyeron su producción de tomate bola para incrementar el cultivo de *cherry*, por tener este un mayor valor agregado en el mercado de lujo estadunidense, y del roma por tener muy buen mercado masivo en el mercado de comidas preparadas (Cuadro 10).

Cuadro 10. Exportación por tipo de tomate, Sinaloa (en toneladas)

Años	Total	Cherry		Maduro		Verde		Roma	
	t	t	%	t	%	t	%	t	%
1977-1978	350.856	26.186	7,4	292.201	83,2	25.038	7,1	7.624	2,1
1981-1982	231.217	18.053	7,8	194.970	84,3	12.537	5,4	5.656	2,4
1984-1985	389.437	19.659	5,0	223.274	57,3	50.080	12,8	16.422	4,2
1989-1990	270.409	25.801	9,5	140.856	52,0	56412	20,8	47.338	17,5

Fuente: *Boletín anual* (CNPH, 1978, 1982, 1985, 1990).

4.2.2. Descentralización de las estructuras de las empresas y procesos asociativos

La gran propiedad dueña de grandes cantidades de tierra (a veces acaparadas ilegalmente con importantes inversiones en maquinaria), dedicada al monocultivo e integrada verticalmente, está dando paso a nuevas estructuras de organización empresarial descentralizadas con unidades de producción autónomas las unas de las otras, que permiten fraccionar los riesgos inherentes a la apertura comercial y limitar los efectos de los fracasos que pudieran poner en peligro al conjunto de la empresa. También se busca limitar las inversiones fijas, en particular en

la compra de tierras, tanto para disminuir los gastos financieros como para no comprometerse con grandes inversiones de largo plazo en el contexto de un mercado competitivo y volátil.

De esta manera se desarrollan distintas modalidades de acceso a la tierra y a los recursos que no involucran inversiones a largo plazo. Pero esto no quiere decir que la tendencia actual apunte hacia la creación de pequeñas o medianas empresas que se interrelacionan en el marco de amplias redes productivas al estilo de los distritos industriales.[15] Más bien hay una fuerte concentración de capitales en grandes consorcios a menudo controlados por las transnacionales, las cuales crean verdaderas redes de empresas de distintos tamaños y formas asociadas en diferentes niveles con las que pueden hacer frente más fácilmente a las incertidumbres del mercado. El proceso asociativo, escaso entre la tradicional agricultura familiar, adquiere relevancia para la integración de esos nuevos grupos empresariales.

Cuadro 11. Participación en alguna organización productiva

Estratos por superficie (ha)	Total de unidades de producción (1)	Unidades de producción con asociación (2)	% Unidades con asociación / total unidades (3), (2/1)	Porcentaje del total de unidades asociadas, por estratos
Total	3.876.495	688.921	18	100
Menos de 2	1.305.345	144.781	11	21
2 a 5	958.339	174.024	18	25
5 a 20	1.193.867	287.515	24	42
20 a 50	208.598	45.960	22	7
50 a 100	72.074	14.721	20	2
100 a 1000	74.397	15.828	21	2
1000 a 2500	5.712	1.527	27	0,2
Más de 2500	4.731	1.647	35	0,2

Fuente: *VI Censo agropecuario forestal*, Cuadro XI (INEGI, 1991).

15. Los distritos industriales son concentraciones regionales de empresas que operan de manera solidaria para hacer frente a los problemas de producción y de mercadeo. Por lo regular, incorporan tecnologías y formas de empleo flexibles. Han sido ampliamente analizadas por distintos autores: Piore y Sabel (1989); Scott (1988); Bagnasco (1989). Para un análisis crítico de estos trabajos, véase Lara (1998).

Si consideramos la participación de las unidades de producción en algún tipo de asociación productiva (para obtener crédito, comercializar, agroindustrializar, producir, etc.), vemos que de los 3,8 millones de unidades que conforman el campo mexicano en 1991, solo 688.921 participan en ellas (18%). Pero constatamos que en los dos estratos de mayor tamaño en donde encontramos la cúpula empresarial hortícola, la participación de las grandes empresas en asociaciones productivas es de 27% y de 35%, respectivamente (cuadro 11).

La asociación productiva, en sus diferentes aspectos y niveles, desempeña un importante papel en la modernización de la pequeña fracción exitosa de las empresas. Esta modernización se da en diferentes aspectos de la empresa y sigue las pautas de la flexibilización industrial: diversificación de la producción, mayor eficiencia tecnológica, mejor administración de la mano de obra, eliminación de intermediarios en la comercialización e integración con el sector agroindustrial o agrocomercial.

Este proceso asociativo está normalmente dominado por las grandes compañías agroindustriales y agrocomerciales. La concentración de capital se da por tres vías: por la conformación de grupos económicos nacionales estrechamente vinculados con la nueva banca privada; por la penetración del capital extranjero agroindustrial y agrocomercial, o por coinversiones de capital nacional y extranjero. En el primer caso tenemos al Grupo Empresarial Agrícola Mexicano, conformado por 400 empresarios hortofrutícolas, que compró el consorcio Del Monte por el monto de 530 millones de dólares. Sus principales inversionistas son accionistas del banco BCH (*Nacional Financiera*, 1993). En el segundo caso tenemos a firmas estadunidenses o japonesas como Samborn, Inc., Castle Cook Inc., Bud de California, Pepsico, Hitachi, Mitsubishi, Oshita Marketing Inc., etcétera, que invierten en la producción de hortalizas en el noroeste del país (Gómez-Cruz y Caraveo, 1990, p. 1.194) o a la Nestlé en la ganadería lechera. En el tercero tenemos a la empresa Visaflor, con capital mayoritario mexicano, pero con inversión francesa y japonesa (Lara, 1998).

4.2.3. Incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y adopción de plantas con larga vida de anaquel

En la década de los ochenta los productores de Florida dieron un importante salto tecnológico que puso en situación de desventaja a la horticultura sinaloense: la plasticultura, el gaseado para madurar el tomate verde, la introducción de nuevas variedades, la expansión de los invernaderos. Sin embargo, la mayor innovación fue la introducción de un tomate de larga vida de anaquel que se cosecha y vende verde (conocido como verde-maduro o *divine-ripe*). Aunque ese tomate tiene poco sabor, sus ventajas físicas, acompañadas de una fuerte propaganda comercial, le dieron un fuerte impulso en el mercado estadunidense, en particular en las comidas *fast-food* en pleno auge en ese país, al desplazar al tomate rojo mexicano de mayor sabor, pero menor conservación. Sin embargo, los rendimientos no correspondieron al incremento de los costos implicados, por lo cual a la postre se redujeron los márgenes de ganancia de los productores.[16]

En esa misma década, los cambios en Sinaloa fueron mucho más lentos. Las técnicas en el campo no se modificaron notablemente. Si bien en esos años se introdujeron algunas técnicas de punta, como el uso del rayo láser para nivelar los terrenos o de una máquina para semimecanizar la cosecha, los resultados fueron pobres por el alto costo de esas innovaciones que no lograron un incremento correspondiente en la rentabilidad. De hecho, esos métodos no rebasaron su carácter experimental. Tampoco hubo cambios importantes en los invernaderos para producir las plántulas más allá de la generalización del riego automatizado o la importación de Canadá del sustrato para sembrar la semilla en las charolas. Es en el empaque en donde se dieron los cambios más importantes. Además de modernizar las cadenas de producción con máquinas más eficientes, se introdujo el gaseado para poder cosechar el tomate verde (llamado verde-maduro) y provocar su maduración artificial en el momento del envío con la aplicación de gas etileno. Esa técnica, común en Florida, mejoró las condiciones de comercialización, pero no de producción.

16. Hubo en particular dificultades técnicas para adaptar esa variedad de larga vida de anaquel al clima lluvioso de Florida, lo que limitó sus rendimientos.

Es a partir de los noventa que las empresas hortícolas mexicanas dan un gran salto tecnológico que permite racionalizar el uso de sus recursos e incrementar su rentabilidad. A diferencia de las décadas anteriores, durante las cuales se modernizaron las tres fases del proceso productivo (plántulas producidas en invernadero, producción de tomate de vara en el campo y creación de los empaques mecanizados), ahora las principales innovaciones se dan en la fase de la producción de campo, esencialmente para incrementar la eficiencia del uso de los insumos cuyo costo se incrementa fuertemente a raíz del retiro de los subsidios a la agricultura. Además, la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y de agua responde a la preocupación de organismos internacionales que presionan a los productores para que hagan un uso más racional de los recursos naturales (Lara, 1998).

El primer gran cambio tecnológico consiste en la generalización del riego por goteo, que permite regar tierras inaccesibles al método por rodeo con un enorme ahorro de agua. Esta nueva tecnología de irrigación, ampliamente desarrollada en Israel desde los años sesenta, se combina con la plasticultura, que consiste en tender sobre el suelo una cinta de plástico negro de unos 80 centímetros de ancho (el acochado) con perforaciones para permitir el trasplante de la plántula. Tiene como ventajas la disminución de la maleza y por lo mismo del uso de herbicidas, la conservación de la humedad y ahorro de agua (hasta en 320%), el aflojamiento de los suelos y un efecto "pasteurizador" porque protege el producto de los parásitos, a la vez que permite también el óptimo aprovechamiento de nutrientes. Permite además eliminar labores muy costosas propias del riego por rodeo, tal como la nivelación de las tierras.[17] Actualmente, en algunas regiones se aplica un sistema subterráneo de irrigación con cintas en vez de tubería de tipo convencional. Este sistema, conocido como "fertirrigación", deposita el agua directamente en el área de las raíces, evita que el fruto esté en contacto con la humedad, permite un mejor manejo de las plagas y un fácil manejo de la fertilización. Con ello se incrementan los rendimientos y se pueden rescatar variedades que se habían dejado de cultivar a causa

17. La nivelación de los terrenos es una de las tareas más delicadas y costosas de la tecnología del riego por rodeo.

del surgimiento de enfermedades endémicas.[18] El incremento de la superficie sembrada mediante el método de acolchado de plástico ha sido impresionante. Tan solo entre 1985-1988 pasó de 500 a 3.600 hectáreas.[19] En la actualidad, las grandes empresas hortícolas del noroeste de México cultivan con ese sistema.[20]

El segundo gran cambio tecnológico tiene que ver con la planta misma. En los últimos años todos los grandes productores adoptaron variedades de larga duración de anaquel, tanto en su variedad verde-maduro como bola-rojo (esencialmente el *divine-ripe*),[21] que se adaptó mucho mejor al clima seco del noroeste mexicano que al clima lluvioso de Florida.[22] Con ello iniciaron una nueva lucha por la productividad con los productores de Florida, y sus perspectivas parecen ser favorables mientras no se invente un tomate de larga vida de anaquel adaptado a las condiciones climatológicas del sureste de Estados Unidos.[23]

Al mismo tiempo que estas innovaciones han permitido mejorar la calidad de un producto tradicional cuyo consumo se ha incrementado notablemente tanto en México como en los Estados Unidos,[24] se experimenta con nuevas variedades de producción biológica o totalmente orgánicas dirigidas a cubrir nichos de mercado muy selectos.

El tercer cambio tiene que ver con otra innovación que supone enormes inversiones de capitales solo al alcance de las grandes empresas: la

18. *Hortalizas, Frutas y Flores* (1992, 30 de junio).

19. Se calcula que mediante este método, en condiciones experimentales, los rendimientos del tomate pueden incrementarse hasta 390 t/ha/ciclo, e incluso producir dos cosechas al año *(Hortalizas, Frutas y Flores*, 1990, diciembre).

20. En Sinaloa se estima que un 40% de la superficie de las hortalizas se cultiva con estas nuevas tecnologías (entrevista CAADES, 1997, 15 de mayo).

21. Las semillas de esta nueva variedad han dado el nombre genérico a los tomates de larga vida de anaquel conocidos como "divinos" que, además, tienen la ventaja de poder ser presentados como productos naturales, ya que se generan a partir de fito-mejoramiento (Muñoz *et al.*, 1995, p. 96).

22. Ese tomate proviene de Israel, donde el clima se parece mucho al del noroeste mexicano.

23. En realidad, el mayor peligro para los productores sinaloenses es que Estados Unidos acabe con el bloqueo comercial en contra de Cuba, o que Fidel Castro deje el poder, lo cual permitiría a los productores de Florida invertir en Cuba con las mismas ventajas comparativas (en clima y mano de obra barata) que las existentes en México. Eso marcaría un regreso a la situación anterior a 1962.

24. El consumo per cápita de tomate en los Estados Unidos pasó de 5 kilos en los años sesenta a un promedio de 7,5 a partir de 1988-1989. Mientras en México asciende de 8,5 kilos en 1965 a 16,5 en 1991 (Gómez-Cruz y Caraveo, 1991; Muñoz *et al.*, 1995).

creación de invernaderos con hidroponía para cultivar todo el año hortalizas que se venden como "naturales" gracias al perfecto control de las plagas que se logra.[25] Los invernaderos permiten incrementar enormemente los rendimientos hasta 300 toneladas de tomate por hectárea en un año, lo cual facilita una rápida rentabilización de la inversión inicial. Estamos aquí frente a un fenómeno nuevo de producción masiva para un mercado de lujo. Inicialmente esos invernaderos se instalaron en los campos agrícolas de los productores; ahora, para disminuir los costos de transporte, se instalan cerca de Nogales (principal punto fronterizo para la exportación de hortalizas) y funcionan a la manera de las maquiladoras del sector industrial.

Con esas nuevas tecnologías los costos de producción se disparan, pero también los rendimientos (cuadro 12). De acuerdo con datos de campo que hemos recabado, una hectárea de tomate de vara cuesta en estas nuevas condiciones 12.000 dólares (en vez de 4.810 dólares con la tecnología tradicional), pero el rendimiento sube hasta 120 toneladas por hectárea. Como lo indica el cuadro 12, no solo disminuye notablemente el costo de producción por tonelada, sino que la empresa adquiere la posibilidad de incrementar su presencia en el mercado de manera extraordinaria. Este fenómeno es tan fuerte actualmente entre las empresas de punta de Sinaloa que están desplazando a sus competidores de Florida, que no han logrado tal incremento de productividad (C. de Grammont, 1997).[26]

En términos generales, se puede afirmar que la tecnología usada en la actualidad por las grandes empresas hortícolas mexicanas es de un nivel comparable al de la tecnología de punta en Estados Unidos, al punto que puede esperarse que comiencen a revertirse las "ventajas competitivas" que hasta ahora han mantenido los productores estadunidenses (USDA,1996).

---

25. En algunos casos se cultivan hortalizas ecológicas, patentadas por las asociaciones ecologistas estadunidenses.

26. Sin embargo, el riesgo económico que se corre es mucho mayor que con las tecnologías tradicionales de la Revolución verde, por lo cual se puede prever la desaparición de las empresas más débiles en un futuro próximo. Falta realizar un estudio más minucioso entre estos dos tipos de tecnología, pero los actuales datos que tenemos no nos permiten aún precisar nuestro análisis.

Cuadro 12. Comparación de los costos de producción y rendimientos entre las empresas con paquete tecnológico tradicional y las empresas con tecnologías avanzadas, ciclo 1995-1996

	Paquete tecnológico tradicional	Tecnologías avanzadas
Costo de producción/ha (en dólares)	$ 4.810	$ 12.000
Rendimiento por ha	34 t	120 t
Costo de producción/t (en dólares)	$ 141	$ 100

Fuente: Elaboración propia a partir de los costos de producción calculados por la CAADES y fuente directa en trabajo de campo.

4.2.4. Creación de cadenas de comercialización y diferenciación comercial del producto

Un elemento que resulta novedoso en la reestructuración del sector es que, a partir de los noventa, los principales exportadores de tomate se interesan por el mercado interno con la posibilidad de colocar en las plazas comerciales más importantes del país un tomate con calidad de exportación. La nueva importancia del mercado nacional se explica tanto por los altos costos de transporte, los aranceles que deben pagarse para introducir el tomate en el mercado estadunidense, los efectos del *dumping*, etc., como por la existencia de canales de comercialización (supermercados) capaces de distribuir ese producto "de lujo" en los grandes centros urbanos. Así, si en 1986 el destino de la producción sinaloense hacia el mercado nacional solo representó el 17% del total producido, para 1993-1994 ascendió al 45% y se estimaba que en la temporada 94-95 representaría el 36% (CAADES, 1995). La decisión respecto del volumen que se envía al mercado nacional o a exportación está determinada por la fluctuación de los precios tanto en México como en Estados Unidos.

Según Echánove (1995), un grupo reducido de 13 comerciantes mueve aproximadamente el 87% del volumen del tomate que ingresa

diariamente a la Central de Abastos de la ciudad de México.[27] En los primeros cinco meses del año, esta producción proviene del estado de Sinaloa; más tarde, de Baja California, San Luis Potosí, Jalisco y Morelos. Algunos de los grandes comerciantes que controlan la Central de Abastos del D. F. son los mismos que controlan la Central de Guadalajara, y Sinaloa es también su principal región abastecedora.

De esos 13 grandes mayoristas, los ocho primeros (que manejan más del 60% de la venta de tomate en la Central de Abastos del D. F.) son de los más grandes horticultores del noroeste, que establecieron sus propias comercializadoras en las dos grandes plazas del mercado nacional a lo largo de la década de los ochenta y ahora dominan ampliamente ese mercado.

Finalmente, hay que señalar un último problema que tiene que ver con la calidad del producto. Antes de la desregulación existía un organismo privado: la Confederación Nacional de Productores de Hortalizas (CNPH) que se encargaba de la planificación, de la producción y del control de la calidad de las exportaciones. Con la aplicación de la política neoliberal, ese organismo perdió su capacidad de intervención, desapareció el control ejercido sobre los productores y a menudo el producto no responde a las normas de calidad exigidas para su exportación. Con ello la imagen del producto mexicano se ve dañada. Para remediar eso, desde hace unos pocos años los grandes productores de Sinaloa crearon sus propias etiquetas para diferenciar su producto en el mercado.[28]

4.2.5. Cambios en la estructura de las empresas: de la empresa local a la empresa global

Desde hace unos 20 años se inició un importante proceso de movilidad de las empresas que buscan los mejores lugares para poder cultivar todo el año, ubicarse en nichos de mercado o diversificar su producción. Actualmente, algunas empresas hortícolas mexicanas tienen tal capacidad financiera y de organización que traspasan las fronteras del país

27. Véase su trabajo en este libro. [N. de la E. Se refiere a la primera edición].

28. En el caso de los productos de lujo, marcan cada verdura con una etiqueta, tal como lo hacen los productores estadunidenses.

hacia Estados Unidos o hacia América Central para incrementar la rentabilidad de sus capitales.

Las empresas que dominan la producción hortícola operan en varios estados del país. Para conservar la flexibilidad productiva necesaria y responder así a las posibilidades del mercado, gran parte de su producción se realiza sobre tierras rentadas donde trabajan ocasionalmente en asociación con ejidatarios. Actualmente resulta claro que los empresarios no están interesados en la compra de tierras agrícolas, lo que supone una enorme inversión en capital fijo que les conduciría a una situación de irreversibilidad a largo plazo frente a un mercado extremadamente volátil.

De acuerdo con datos de Echánove (*op. cit.*), el grupo Canelos –que forma parte de los quince grupos más importantes de productores de hortalizas de México– siembra 1.000 hectáreas de tomate en el valle de Culiacán (sede de su emporio); tiene también 600 hectáreas de la variedad de *saladette* en Sonora y otras mil hectáreas más (800 ha de bola y 200 ha de *saladette*) en el valle de San Quintín, Baja California. El grupo Lomelí siembra 3.000 hectáreas de tomate en Sinaloa, San Luis Potosí, Jalisco y Baja California, todo ello a nombre de la Sociedad Impulsora Grupo Lomelí. A la vez, tiene la filial Eco Cultivos que produce bajo invernadero y con alta tecnología productos biológicos durante ocho meses del año y con rendimientos hasta cuatro veces mayores de los obtenidos a cielo abierto. Un caso similar es el de la empresa Agrícola Bátiz, que produce en Sinaloa, Morelos, Baja California sur y norte, y tiene invernaderos para la producción de tomate en hidroponía en Sinaloa y Morelos.

Un elemento novedoso de estas empresas es que también tienen campos de producción de hortalizas e invernaderos en Florida o California, o están asociadas con productores estadunidenses. A la vez, han creado sus distribuidoras y empacadoras con centros en varias partes del país, así como en Estados Unidos y Canadá. De esa manera no solo exportan, sino que introducen al país lo que han producido del otro lado de la frontera (Echánove, 1995). Para esa cúpula empresarial, la línea fronteriza entre México y Estados Unidos ya no existe: tienen la capacidad de producir y movilizar sus productos en ambos lados de la frontera, reempacar en Estados Unidos lo que han producido en

México o hacer el reempaque de la producción estadunidense en sus empaques mexicanos.[29]

Algunos de estos grupos empresariales logran una integración vertical: producen desde semillas, plántulas, plásticos (para uso de plasticultura) y otros insumos, a la vez que tienen distribuidoras y empacadoras dentro y fuera del país; pero sus inversiones actualmente se orientan también a otros sectores. Por ejemplo, los Lomelí participaron en la creación de Banca Cremi y en la empresa Del Monte, mientras que los Bátiz forman parte del Grupo Pulsar Internacional que integra empresas de giros muy diferentes, como la cigarrera La Moderna, la Casa de Bolsa Vector, la fábrica de alfombras Luxor, la empresa productora de semillas Asgrow Seed Co. y otras (Harvard Business School, 1996).[30]

Si tomamos como ejemplo a la empresa agrícola de los Bátiz, que se inició en el valle de Culiacán hace varias décadas como pequeño negocio familiar en la producción de hortalizas, encontramos que actualmente su situación es la siguiente (C. de Grammont, 1997): esta empresa cultiva unas 1.200 hectáreas de diferentes hortalizas en el valle de Culiacán, divididas en seis grandes campos agrícolas con tecnologías de punta tal como la plasticultura y la fertirrigación. Para controlar la irrigación y la fertilización de sus cultivos, está equipada con una red de monitoreo computarizado que permite determinar las necesidades exactas en agua y fertilizante a lo largo de todo el ciclo productivo de cada uno de los cultivos. Con este moderno sistema, la empresa ahorra hasta 80% del agua que se utilizaba con el sistema tradicional de riego por goteo y hasta 65% en el gasto del fertilizante. En tomate de vara se logra un rendimiento promedio de 80 toneladas por hectárea de alta calidad.

Además de sus campos, la empresa tiene siete hectáreas de invernadero en donde produce tomate en hidroponía que se vende como

29. En la fruticultura encontramos una situación similar. Por ejemplo, en 1982, 36 empresas familiares crean la Sociedad Cooperativa de Citricultores del Litoral de Sonora, que abarca unas 2.000 hectáreas de huertas de naranja (representa el 45% de la superficie, pero el 70% del volumen de la producción en la región). Para mejorar su comercialización en el mercado internacional, la cooperativa piensa asociarse con la cooperativa Sunkist de California.

30. Actualmente, el grupo Bátiz es parte de un consorcio internacional, la Empresa La Moderna (ELM), que cuenta con presencia en más de cien países, y cuyos ingresos en 1995 fueron de 1.210 millones de dólares, incremento de 59% en relación con los 761 millones obtenidos en 1994 *(El Financiero*, 1996, 16 de julio).

"ecológico" por estar libre de plaguicidas, gracias al control fitosanitario que se logra bajo techo. Cuenta con un área de empaque de gran tamaño, pero con una tecnología tradicional en la que la calidad de la selección depende de la habilidad de las seleccionadoras. Esta empresa tiene otros tres centros de producción "fijos" con sus propias áreas de empaque, en Morelos, Baja California norte y sur; pero produce hortalizas en diferentes estados de la república de acuerdo con la demanda del mercado. De esa manera logra producir hortalizas todo el año y mantener la presencia de su marca en los supermercados.

En la Central de Abastos de la ciudad de México tiene su propia distribuidora, una de las más grandes de la Central, para vender su producción y la de otros productores.[31] Se estima que la mitad de sus ventas proviene de la misma empresa; la otra mitad se produce bajo contratos con pequeños productores.

En 1993 se asoció con el Grupo Pulsar, lo cual le dio sin duda un gran dinamismo y le permitió acceder con mayor facilidad al capital financiero.[32] Tiene una distribuidora en Estados Unidos con su propia marca, con oficinas en los principales puntos fronterizos (San Diego, California; Nogales, Sonora; MacAllen, Texas) y oficinas de ventas en Filadelfia, Arizona, Los Ángeles, Florida. Asimismo, tiene una oficina de venta en Montreal para exportar a Canadá. Además, importa y distribuye tomate de Holanda, endivias de Bélgica y otras hortalizas de Chile. Empezó a abrir sus propias tiendas de venta al menudeo. En Florida, la empresa estableció un *joint venture* con una empresa similar para la comercialización de *chile bell* producido en 650 hectáreas. De la misma manera, está asociada con numerosos productores familiares en California e Illinois, los cuales producen hortalizas que se comercializan bajo la marca de MEHM con un estricto control de calidad del cultivo y de la cosecha.

Con tal cobertura, la MEHM tiene la capacidad de producir tanto en México como en Estados Unidos y vender en ambos países. Además del

31. Sobre el papel de los grandes empresarios agrícolas en la Central de Abastos de la ciudad de México, véase Echánove (1995).

32. El Grupo Pulsar fue creado en 1981 por Arturo Romo y es ahora uno de los consorcios mexicanos más dinámicos. Tiene seis campos de operación: la agroindustria con la cigarrera La Moderna, la biotecnología y la producción de semillas con Seminis y Monsanto, la distribución de hortalizas frescas, la comunicación electrónica, los seguros con Seguros La Comercial y Asemex, el sector financiero con Vector.

tradicional proceso de exportación hacia el norte, es capaz de importar productos estadunidenses a México, reacondicionarlos en sus empaques y venderlos con su marca mexicana en cualquiera de las grandes ciudades del país. La situación de esta empresa es un claro ejemplo de lo que ha significado la reestructuración en dicho sector.

5. Nuevas formas de organización del trabajo

Aunque la reestructuración del sector hortícola ha implicado una modernización de las empresas y la incorporación de cambios tecnológicos, la competencia por parte de los propios productores estadunidenses, la vulnerabilidad del mercado al que se dirigen estos productos, las grandes fluctuaciones de los precios, la dependencia tecnológica y la gran concentración que existe en este sector, reducen las posibilidades de competir y de hacer rentable para muchas empresas la incorporación de tecnologías demasiado costosas o mal adaptadas a las condiciones tecnológicas de los países subdesarrollados.

De esta manera, encontramos que en México las empresas hortícolas no apuestan su competitividad en el mercado internacional solo a la incorporación de tecnologías caras y avanzadas, sino que descansan de manera importante en el uso flexible de la fuerza de trabajo (Lara, 1995, 1998). Es así que encontramos sobre todo dos situaciones: 1) empresas que solo logran mejorar las viejas formas de producción nacidas de la Revolución Verde y que buscan resolver los problemas de inercia tecnológica sobre la base de una flexibilidad cuantitativa de la fuerza de trabajo, lo que significa mantener las viejas formas de organización de tipo taylorista-fordista; 2) empresas que logran un proceso de modernización tecnológica importante y de reorganización de sus estructuras, pero eso no las lleva a modificar la organización del trabajo en todas las etapas del proceso productivo, sino solo en aquellas fases en las que resulta imprescindible incorporar una flexibilidad cualitativa de la fuerza de trabajo para responder a las nuevas exigencias de la tecnología adoptada. En este último caso, se mantienen formas precarias del trabajo en términos contractuales, que suponen variabilidad de horarios

y eventualidad en el empleo, o en términos salariales, que se traduce en formas de pago a destajo, por tarea o por producto; pero se incorporan a la vez exigencias de calificación, especialización e implicación para los trabajadores, organización en equipos o círculos de trabajo, estímulos a la productividad y otras formas propias de los nuevos modelos productivos aplicados en la industria (Lara, 1995, 1998).

En las empresas productoras de hortalizas en Sinaloa se presentan ambas situaciones. En la década de los cincuenta y los sesenta, cuando se da el *boom* del tomate en esta región, se desarrollan tecnologías tendentes a elevar la productividad, tales como la introducción del tomate "de vara", la producción de plántulas en invernaderos y la creación de empaques para el acondicionamiento y embalaje de productos. Estas tecnologías se acompañaron de una organización de tipo taylorista-fordista de la fuerza de trabajo, en particular en los invernaderos y empaques en donde el trabajo se parcializa, se organiza en cadena y se introducen bandas y transportadores.

El desarrollo de estas formas de organización del trabajo se llevó a cabo mediante una rígida división sexual y étnica del proceso productivo. Los indígenas se convirtieron en el principal grupo que participa en las labores de campo y en las cosechas como mano de obra no calificada, mientras que las mujeres fueron empleadas para desempeñar todo tipo de trabajos que aseguraban la calidad de los productos, tanto en los invernaderos como en los empaques. En todos los casos, la norma fue la contratación en forma temporal, con pago a destajo y sin ningún tipo de protección laboral, lo que permitió contar con una enorme flexibilidad cuantitativa.

En la actualidad, la reestructuración productiva no modifica sustancialmente este esquema organizativo. No obstante, la incorporación de nuevas tecnologías tiene efectos diferentes sobre el uso de la fuerza de trabajo. En algunos casos se traduce en la aparición de nuevos puestos, y en otros, en su desaparición. Por ejemplo, las innovaciones en materia de riego, fertilización, plasticultura y otras pueden reemplazar a cierto tipo de trabajadores (regadores, canaleras, peones que aplican fertilizantes o que realizan los desyerbes, etc.) por mano de obra calificada en las nuevas técnicas de fertirrigación (técnicos o ingenieros). Otras

innovaciones químicas agronómicas o biológicas pueden incrementar, disminuir o mantener el nivel de empleo, así como exigir una mayor calificación de la mano de obra; o al revés: pueden continuar utilizando mano de obra descalificada para tareas puntuales; reducir el empleo, pero intensificar su productividad. Por ejemplo, las nuevas variedades de tomate y las tecnologías modernas permiten homogeneizar la cosecha, lo que lleva a reducir el número de veces que se necesita pasar a cosechar (de ocho hasta tres veces), pero aumenta el número de jornaleros ocupados para realizar la cosecha debido al incremento de rendimientos (de 22 t/ha hasta 120 t/ha).

Por ello, no se puede hablar de un patrón particular de empleo asociado al uso de estas nuevas tecnologías. Sin embargo, lo que sí puede decirse es que aun la irreversibilidad de las opciones tecnológicas se aplica bajo una inercia en las formas organizativas del trabajo. En particular, la rigidez se mantiene en la división sexual y étnica del trabajo al asignar a las mujeres aquellas tareas que garantizan la calidad de los productos de "nicho" o selectos.[33]

Si bien desde que se aplican los sistemas de producción taylorista-fordistas se llevó a cabo una creciente incorporación de mujeres para el trabajo en empaques, invernaderos y plantas de procesamiento,[34] actualmente, en la agricultura orientada a cubrir nichos de mercado en donde es indispensable una organización del trabajo que permita una producción de alta calidad, existe un amplio proceso de feminización.

Algunos autores han hecho hincapié en las ventajas que ofrece la mano de obra femenina porque es barata. Sin embargo, no es solo su costo lo que puede explicar por qué existe una preferencia para la contratación de mujeres en estos cultivos, sino también porque se trata de una mano de obra que, además de ofrecer una gran flexibilidad cuantitativa (que se traduce en trabajo temporal, horarios discontinuos, salarios por tarea o a la pieza), ofrece una ventaja adicional a las empresas que consiste en una gran flexibilidad cualitativa.

---

33. Varios estudios confirman esta tendencia no solo en México, sino en el resto de América Latina. Véanse varios trabajos compilados en *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias (Lara, 1995).

34. Algunos trabajos publicados en la década de los ochenta permiten confirmar esta situación; véase *Las trabajadoras del agro* (León, 1982).

Se trata de una mano de obra capaz de pasar por todas las fases de la cadena productiva desempeñando actividades con características diversas y con disponibilidad para capacitarse en tareas que requieren de una calificación, así como para lograr cierta implicación y colaboración para adaptar las tecnologías modernas a las diversas necesidades de las empresas. Como se trata de jovencitas, la mayoría de ellas solteras sin más opciones de empleo local, pero con un nivel de escolaridad relativamente alto (al menos primaria completa, y a veces, estudios de secundaria y bachillerato) que les sirve de base para adquirir una calificación, las empresas pueden mantener más bajos los salarios que si contrataran solamente hombres adultos con alguna calificación o si mantuvieran un *staff* de técnicos e ingenieros, como sucede en los países desarrollados (Cfr. Lara, 1995).

En Sinaloa, se ocupa básicamente mano de obra femenina local para el desempeño de estas tareas, que se han ido haciendo más complejas debido a la diversificación productiva y a las distintas normas de calidad que exigen los diferentes mercados a los que se destinan los productos. A la vez, se mantiene la contratación de indígenas y de mano de obra migrante para la realización de labores de campo, al lado de un personal altamente calificado que interviene como personal técnico en los nuevos invernaderos de producción biológica.

Esta estrategia genera un mercado de trabajo segmentado no solo entre el personal calificado y no calificado, sino entre mano de obra femenina y masculina, indígena y no indígena. De tal manera que, al lado de una producción de vanguardia que integra métodos y tecnologías modernas, se encuentra una mano de obra sometida a diferentes formas de discriminación o "minorización"[35] que se traduce en empleo precario.

Aun si en algunos casos se comienza a desarrollar otras formas de empleo (como los equipos de trabajo especializados que pueden contratarse para desempeñar tareas específicas y con mejores remuneraciones), sigue prevaleciendo el empleo no calificado de trabajadores contratados en condiciones de extrema precariedad.[36]

35. El concepto de "minorización" ha sido utilizado por Balibar y Wallerstein (1989) para dar cuenta de cómo la edad, la raza o el sexo se convierten en estigmas de alteridad que suponen jerarquía y desigualdad entre los trabajadores.

36. Por ejemplo, para el corte de la uva de mesa de exportación, en México, compiten ahora las cuadrillas especializadas de "pochos" (personal por lo regular de origen mexicano que trabaja para empresas

De esta manera, se puede decir que en el periodo actual se mantiene un mercado de trabajo basado en el uso intensivo de fuerza de trabajo no calificada compuesta por migrantes, indígenas, mujeres, niños y otros grupos en situación de minorización, contratados básicamente para las cosechas y para otras tareas puntuales que se realizan en la producción masiva. El empleo en este mercado se basa en una flexibilidad cuantitativa (trabajo temporal, sin horarios fijos, pago por tarea o por pieza, etc.) que convive con otro sector moderno, el cual integra elementos de una flexibilidad moderna o cualitativa (con exigencias de calificación, polivalencia e implicación para la fuerza de trabajo), pero en donde se mantienen las condiciones de empleo precario y una segmentación sexual de la fuerza de trabajo.

En resumen, podemos decir que la reestructuración productiva de la horticultura mexicana consiste en una selección de elementos y de formas de organización diferentes, que parte de los recursos locales de más fácil acceso y bajo costo para lograr competitividad en el mercado, aun si se hace a costa de una organización del trabajo que penaliza a los trabajadores, en particular a ciertos sectores como las mujeres, los niños y los indígenas. La horticultura de exportación es un claro ejemplo de una *agricultura flexible* que busca insertarse en el nuevo orden internacional apoyándose en una flexibilidad "salvaje",[37] que por sus tintes arbitrarios y excluyentes convierte a los indígenas, los niños y las mujeres en la población más apta para responder a las necesidades del mercado al cual se dirigen sus productos.

Bibliografía

American Farm Bureau. (1991). *North Free Trade Agreement, Effects on Agriculture*, Vol. IV. S.d.: mimeo.

Bagnasco, A. (1989). Développment regional, société locale et économie difuse. En *La flexibilité en Italie. Débate sur l'emploi.* París: Syros Alternatives.

estadunidenses de servicios para cortar un campo determinado) junto con los migrantes indígenas que llegan a Sonora, procedentes de varios estados de la república.

37. Los conceptos de "flexibilidad primitiva" y "salvaje" han sido desarrollados por De la Garza (1993) para el caso de la industria, pero han sido aplicados a la agricultura por Lara (1992,1995, 1998).

Balibar, E. y Wallerstein, I. (1989). *Race, nation, classe. Les identités ambigues*. París: Éditions La Découverte.

Banco de México y FIRA. (1994). Hortalizas. *Elementos de análisis de las cadenas productivas*. México: Banco de México, documento técnico.

Bendini, M. *et al.* (1995). El mercado de trabajo y los cambios técnicos en la fruticultura argentina: las trabajadoras de los galpones de empaque de manzanas y peras. En S. M. Lara (Comp.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias: *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Bolaños, B. y Rodríguez, H. (1988). La incorporación de la mujer en el proceso productivo de las flores en Costa Rica. *Ciencias Sociales, 39*, (Costa Rica).

Byé, P. y Fonte, M. (1994). Is the technical model of agriculture changing radically? En P. McMichael (Comp.), *The Global Reestructuring of Agrofood Systems*. Ithaca; Londres: Cornell University Press.

C. de Grammont, H. (1992). Reflexiones sobre el mercado de trabajo en el campo latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología, 54*(1), 49-58, (México: IIS-UNAM).

C. de Grammont, H. (1997). Modernización de las empresas hortícolas sinaloenses y sus efectos sobre el empleo. Ponencia presentada en el *Congreso de LASA*, Guadalajara, México.

C. de Grammont, H. (en prensa). Reestructuración productiva y reorganización social en el campo mexicano. *Cuadernos de Economía*, edición especial sobre México, (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).

C. de Grammont, H.; Lara, S. y Rubio, B. (1996). La política agropecuaria mexicana, balance y alternativas. En E. de la Garza (Comp.), *Políticas públicas alternativas en México*. México: La Jornada ediciones; CIICH-UNAM.

Casas, R. y Chauvet, M. (1994). La biotecnología: recapitulación sobre sus impactos en la agricultura y el medio ambiente. Ponencia presentada en el *48° Congreso Internacional de Americanistas*, Upsala, Suiza.

Castro, E. (1995). Del castañal a la fábrica: división sexual del trabajo y persistencia de los patrones tecnológicos en Brasil. En S. M. Lara (Comp.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias: *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*. Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

CEPAL. (1982). *Economía campesina y agricultura empresarial.* México: Siglo XXI.

Chiappe, M. y Piñeiro, D. (1994). El sector frutícola en el Uruguay: efectos del cambio técnico sobre la fuerza de trabajo. Ponencia presentada en el *XVIII International Congress of Latin American Studies Association*, 10-12 de marzo, Atlanta, Estados Unidos.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (1995). *Informe Anual.* Culiacán: CAADES.

Cook, R. *et al.* (1995). *North American Free Trade Agreement. Effects on Agriculture,* Vol. IV. S.d.: American Farm Bureau Research Foundation.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México.* México: IIEC-UNAM; UAM-I.

De la Garza, E. (1996). *La reestructuración productiva en América Latina*. Coventry: Universidad de Warwick, mimeo.

Echánove, F. (1995). El abasto de productos hortofrutícolas a la ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder. Tesis de maestría, División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, México.

Friedland, W. H. (1994). The global fresh fruit and vegetable system: an industrial organization análisis. En P. McMichael (Comp.), *The Global Reestructuring of Agrofood Systems.* Ithaca; Londres: Cornell University Press.

Gómez-Cruz, M. Á. y Caraveo, F. de J. (1990). La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales. *Comercio Exterior,* 40(12), (México).

Gómez-Cruz, M. Á. y Caraveo, F. de J. (1991). *La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de los monopolios internacionales en la agricultura mexicana.* Chapingo: CIESTAAM.

Green, R. H. (1989). El comercio agroalimentario mundial y las estrategias de las transnacionales. *Comercio Exterior, 39*(8), (México).

Harvard Business School. (1996). *From seed to market: empresas La Moderna's agro-biotecnology integration*. S.d.: mimeo.

Junne, G. (1992). Les grandes entreprises face à la révolution biotechnologique. *Cahiers d'Economie et Sociologie Rurales,* (París: INRA).

Lara, S. M. (1992). Efectos de la flexibilidad en el mercado de trabajo rural. *Trabajo, 9,* (México).

Lara, S. M. (1993). La feminización de los mercados de trabajo rurales: la cara de la flexibilidad en el campo latinoamericano. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas,* del 29 de julio al 5 de agosto, México.

Lara, S. M. (Comp.). (1995). *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias: *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. y Becerril, O. (1995). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural: el caso de la floricultura de exportación en el Estado de México. En H. C. de Grammont (Coord.), *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo.* México: Juan Pablos editor.

León, M. (Comp.). (1982). *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Long, N. (1996). Globalización y localización: nuevos retos para la investigación rural, pp. 35-74. En H. C. de Grammont y H. Tejera (Comps.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio. La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial,* tomo I. México: UNAM; INAH; UAM-Azcapotzalco; Plaza y Valdés.

Llambí, L. (1993, marzo). Reestructuración mundial y sistemas agroalimentarios. Necesidad de nuevos enfoques. *Comercio Exterior,* (México).

Llambí, L. (1994). Globalización y nueva ruralidad en América Latina. Una agenda teórica de investigación. *Revista Latinoamericana de Sociología Rural, 2,* (Valdivia: ALASRU).

Marañón, B. (1996). *La agroexportación no tradicional y las relaciones laborales. La agroindustria del espárrago en Perú y México.* Tesis de maestría, FLACSO, México.

Medrano, D. (1982). Desarrollo y explotación de la mujer: efectos de la proletarización femenina en la agroindustria de las flores en la Sabana de Bogotá. En M. León (Comp.), *Debate sobre la mujer en América latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

McMichael, P. (1994). Introduction: Agrofood system reestructuring-unity in diversity. En P. McMichael (Comp.), *The Global Reestructuring of Agrofood Systems.* Ithaca; Londres: Cornell University Press.

Muñoz Rodríguez, M. *et al.* (1995). *Desarrollo de ventajas competitivas en la agricultura: el caso del tomate rojo.* Chapingo: Universidad Autónoma Chapingo.

Nacional Financiera. (1993). *Foro para el Desarrollo de la Empresa*. México: NF.

OIT. (1973). *Mecanización y empleo en la agricultura: estudios de caso de cuatro continentes.* Ginebra: OIT.

Piore, M. y Sabel, Ch. (1989). *Les chemins de la prospérité: de la production de masse á l'spécialisation souple.* París: Hachette, Collection Mutations.

Raynolds, L. T. (1994). The reestructuring of Third World agro-exports: changing production relations in the Dominican Republic. En P. McMichael (Comp.), *The Global Reestructuring of Agrofood Systems*. Ithaca; Londres: Cornell University Press.

Revista Hortalizas, Frutas y Flores, 38, (1992, 30 de junio).

SAGAR. (1994). *Anuario estadístico de la producción agrícola de los estados mexicanos, años 1970-1994*. México: SAGAR.

Scott, A. J. (1988). Flexible production systems and regional development: the rise of new industrial spaces in North America and Western Europe. *International Journal of Urban and Regional Research, 12*(2).

Silva, A. (1982). De mujer campesina a obrera florista. En M. León (Comp.), *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Schwentesius, R. y Gómez-Cruz, M. A. (1996). El impacto del TLC sobre las exportaciones de hortalizas frescas de invierno de México a EUA: ¿funciona el experimento? Ponencia presentada en el *Simposio Trinacional: NAFTA and Agriculture: is the Experiment Working?* 1-2 de noviembre, San Antonio, EE. UU.

Suárez, B. (1995). Las manos más hábiles de los empaques: el aguacate y el mango en Michoacán. En S. M. Lara (Comp.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias: *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Unión Nacional de Productores de Hortalizas (UNPH). (1990). *Informe anual.* S.d.

United States Department of Agriculture (USDA). (1996, junio). *Agricultural Outlook. Economic Research Service.*

Venegas, S. (1995). Las temporeras de la fruta en Chile. En S. M. Lara (Comp.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias: *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Waters, W. y Salamea, L. (1995). La cuestión de género en la reestructuración de la agricultura ecuatoriana. En S. M. Lara (Comp.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias: *el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Flexibilidad productiva y trayectorias laborales: La floricultura de exportación en México*

Al iniciarse las negociaciones para el Tratado de Libre Comercio, el principal argumento oficial a favor de la integración comercial de la agricultura de México, Estados Unidos y Canadá fue la existencia de una complementariedad natural entre estos países para los productos hortofrutícolas y las flores, ya que México goza de mejores condiciones climáticas en el período de invierno. A la vez, los productores norteamericanos argumentaban que los mexicanos se beneficiarían no solo de eso, sino de varias ventajas que creaban una competencia desleal en el mercado, por la carencia de una legislación laboral adecuada a la situación del campo, la falta de una reglamentación sobre el uso de los recursos naturales *y* porque las empresas tienen una menor carga fiscal.

En el caso de la floricultura de exportación, al comenzar la década de los noventa, las ventajas comparativas mexicanas apenas lograban compensar la productividad de sus competidores norteamericanos. Si bien existen condiciones naturales favorables en México, los adelantos tecnológicos en los países vecinos incrementaron notablemente su productividad y permitieron diversificar su producción, así como mejorar la calidad de esta. Para responder a la apertura comercial desarrollada

---

* Extraído de Lara Flores, S. M. (1999). Flexibilidad productiva y trayectorias laborales: la floricultura de exportación en México, pp. 285-310. En M. Á. Gómez Cruz, *et al.* (Coord.), *Agricultura de exportación en tiempos de globalización*. México: CIESTAAM-UACH; IIS-UNAM; CIESAS-Jalisco; Juan Pablos editores. [ISBN 968-884-518-3 (CIESTAMM); 968-36-7654-5 (UNAM); 968-496-386-6 (CIESAS)].
El trabajo fue elaborado en el marco del Proyecto "Innovación tecnológica y reorganización productiva en las empresas agroexportadoras: efectos en el empleo rural", coordinado por el Dr. C. de Grammont y financiado por la Dirección General de Apoyo al Personal Académico de la UNAM (IN301596).

por el Tratado de Libre Comercio, los floricultores mexicanos se vieron obligados a emprender un importante esfuerzo de reestructuración en sus empresas. Pero, lejos de incorporar cambios tecnológicos de envergadura que resolvieran los problemas de dependencia que más afectan a este sector, han basado su reestructuración principalmente en una reorganización del trabajo que se inspira en los nuevos modelos de gestión del trabajo (*management*), al "estilo japonés", muy en boga a nivel mundial en la actualidad.

En este artículo se muestra cómo las gerencias ponen en marcha un conjunto de cambios organizativos, con un criterio eficientista que busca elevar la productividad y mejorar la calidad de los productos que se exportan. Sin embargo, los trabajadores hacen su propia interpretación de esas nuevas modalidades de trabajo, y responden a ellas mediante una serie de estrategias que tienen que ver con una cultura y un modo de vida campesino, así como con su situación de género.

Se analiza ese proceso, ejemplificándolo con el estudio de la producción de flores de exportación en el altiplano de México,[1] actividad que comienza a cobrar importancia en términos del valor de sus exportaciones y de la generación de empleos, y apunta a convertirse en una de las ramas productivas de la agricultura mexicana más dinámicas.

En la primera parte se examina cómo la introducción de la floricultura de exportación en esta región impacta a las comunidades y a las familias campesinas, por la incorporación de hombres y mujeres jóvenes en las empresas florícolas. Luego se hace referencia a los cambios que afectaron las trayectorias laborales de los trabajadores y las trabajadoras, al momento de reestructurarse este sector y de introducirse nuevos métodos de trabajo. Finalmente se analizan las respuestas de los trabajadores a esos métodos, que ponen el acento en la conformación de equipos de trabajo y en la implicación con las necesidades de la empresa.

---

1. Este análisis se basa en un estudio desarrollado en el Estado de México, en 1994, en donde la autora llevó a cabo una investigación en 12 empresas productoras de flores de exportación, y aplicó un cuestionario a 245 trabajadores, hombres y mujeres, que trabajaban en estas empresas, y una muestra de 83 casos para profundizar en los problemas de rotación de personal y trayectorias laborales. Esta investigación se llevó a cabo en el marco de un Proyecto sobre "Reestructuración Productiva y Mercado de Trabajo" coordinado por Hubert C. de Grammont del IIS-UNAM.

"Ventajas comparativas" en la producción de flores de corte en el Estado de México e impacto regional

El Estado de México es la principal entidad productora de flores en el país. En 1988 se cultivaron allí 3.750 hectáreas, es decir, más de la mitad de la superficie nacional (6.700 ha). En la entidad, la superficie sembrada en invernadero creció de manera constante, pasando de 25 hectáreas en 1981 a 635 en 1994 (Booz-Allen y Hamiltont, 1988; *Floricultura Intensiva*, 1994).

En este estado, la producción de flores formaba parte de la tradición productiva de las familias campesinas. Había comenzado a desarrollarse comercialmente en las décadas de 1940 y 1950, produciendo a cielo abierto especies como el agapando, la gladiola o el alhelí, que tenían una gran demanda en el mercado nacional. Más tarde, en 1970, aprovechando el clima y la experiencia florícola de la región, unas familias japonesas (Matsumoto y Kano Tachica) que llegaron a la entidad introdujeron en el municipio de Villa Guerrero otras variedades menos populares, como el ave del paraíso, el crisantemo y el pompón. Pero es hasta 1979 cuando se inicia en esta región la producción de flores de exportación, principalmente de rosas y claveles, y más tarde, de nuevas especies, como *statice, gerbera, astroemeria, lilis*, etcétera (Lara y Becerril, 1995).

Dos de los hibridadores más prestigiosos de México, los señores Meilland y Vega, encontraron que los municipios de Villa Guerrero, Tenancingo y Zumpahuacán conformaban una región con condiciones climatológicas ideales para la producción de flores.[2] No obstante, fueron los empresarios, productores de flores de exportación, los que se percataron de las potencialidades de esa región en términos de "capital humano", ya que la tradición florícola que existía en estos municipios permitía recurrir a una mano de obra que contaba con una "calificación tácita", o previa, adquirida en pequeñas unidades que producían flores a cielo abierto para el mercado local o nacional.

En efecto, el *boom* de la floricultura que tuvo lugar en esta región en los años 80 se logró, en gran parte, gracias a la presencia de una mano de obra local abundante y con experiencia en la producción de flores. En

2. La luminosidad y el clima favorecían la floración. *Floricultura Intensiva* (1992, p. 32).

la encuesta aplicada en 12 empresas florícolas de los municipios arriba mencionados, se encontró que la mayor parte de los trabajadores procedían de hogares campesinos que cultivan principalmente maíz y frijol, combinando esta producción con pequeñas parcelas de flores para el mercado local y nacional. Se trata de una agricultura de "traspatio", aunque los campesinos que tienen más recursos cultivan bajo túneles de plástico ciertas especies mejor cotizadas en el mercado nacional, como es el crisantemo y el pompón. En este tipo de floricultura la principal fuerza de trabajo utilizada es la familiar.

No obstante, de los problemas más importantes que tuvieron que enfrentar las empresas al iniciar sus operaciones fue lograr un abastecimiento regular de mano de obra a lo largo de todo el año, pues se trata de productos que requieren labores los 365 días del año, principalmente en el caso de la rosa. Esta es una de las razones por las cuales, a pesar de que hombres y mujeres contaban con experiencia previa en la floricultura familiar, y que ambos presentaban niveles de escolaridad relativamente altos, en comparación con el promedio nacional,[3] las empresas optaron por contratar principalmente mano de obra femenina.

El criterio que condujo a la contratación de mujeres, por parte de las empresas, se basó en que la mano de obra masculina era más exigente y estaba menos dispuesta a aprender las particularidades de la producción en invernadero. Además, los hombres tenían mayores oportunidades de empleo que las mujeres, trabajando como obreros en el corredor industrial Lerma-Toluca o como albañiles en la ciudad de México; otros, incluso, probaban suerte migrando hacia los Estados Unidos, mientras las mujeres solo ayudaban eventualmente en algunos trabajos de la parcela familiar o se empleaban como sirvientas en las ciudades. También se suponía mayor habilidad de las mujeres para el trato con las flores, considerando esta habilidad como un resultado de su "femineidad".[4] Es así que se optó por contratar mano de obra femenina, y los puestos masculinos se limitaron a las tareas que las mujeres, según los productores, "no podían desempeñar".

3. Mientras que a nivel nacional se sabe que el promedio de años de escolaridad es de 5, en la región estudiada el 40% de los trabajadores tenían primaria completa (6 años de estudios), el 30% contaban con secundaria u otros estudios técnicos (más de cinco años) y que solamente el 20% no había concluido su primaria.

4. La crítica a esta manera de considerar las habilidades adquiridas socialmente por las mujeres y al concepto de calificación que se aplica al trabajo femenino se encuentra en Kergoat (1984) y Lara (1993 y 1995).

El impacto que tuvo la apertura de las empresas florícolas en las comunidades campesinas fue tremendo. En menos de diez años se crearon más de 5.000 empleos directos, la mayoría para mujeres jóvenes.[5] Además, deben considerarse los empleos indirectos que se crearon en servicios, industrias colaterales a la producción de flores y para la comercialización. El surgimiento de estas actividades transformó el paisaje rural, tanto por la introducción de carreteras en las comunidades más alejadas, en donde las empresas buscaban allegarse la mano de obra necesaria y transportar su producción, como por el desarrollo de pequeñas ciudades en donde se concentra la actividad comercial y de servicios, como es el caso de Tenancingo y Tenango.

Sin embargo, el efecto directo más importante que tuvo el desarrollo de la floricultura en la región fue a nivel de las familias campesinas, porque ellas tuvieron que enfrentar una fuerte competencia por los trabajadores. Con el fin de atraerse la mano de obra requerida, las empresas ampliaron su demanda hacia otros pueblos más alejados e incomunicados, como fue el caso de Zumpahuacán. Pero cuando esta estrategia resultó insuficiente establecieron mejores condiciones de trabajo, ofreciendo horario de ocho horas, salario mínimo y otras prestaciones que establece la Ley del Trabajo, y que por lo regular no se cumplen en la agricultura (seguro médico, aguinaldo, vacaciones, prima dominical, entre otras), con ello consiguieron una mayor estabilidad en su planta de trabajadores.

Para los pequeños productores esta estrategia representó un duro golpe, porque perdieron la capacidad de retener la fuerza de trabajo familiar, principalmente la de los hijos jóvenes que desde ese momento se vieron atraídos por las empresas, en las cuales encontraron un empleo regular, con salarios fijos y prestaciones sociales que sus padres no les podían ofrecer.

A finales de la década de los ochenta existía una cincuentena de empresas productoras de flores de exportación en la región, pero la crisis que afectó severamente a este sector, sacó del negocio a muchos floricultores y obligó a los demás a reestructurarse. Los elementos internos más

5. A razón de 18 trabajadores por hectárea y sobre una superficie de 300 hectáreas de invernadero. De acuerdo con nuestros datos, el 60% del total de los trabajadores tienen entre 14 y 22 años, no obstante, el 60% de quienes tienen entre 14 y 17 años son mujeres.

importantes que provocaron esta crisis fueron la falta de homogeneidad en la calidad de las flores que se exportaban, la falta de créditos suficientes o su encarecimiento, y la inexperiencia de muchos productores para comercializar su producción. En el nivel internacional el principal problema se debió a la formación de un mercado dominado por los grandes "colosos" de la floricultura, ubicados en Holanda, Francia, Estados Unidos, Israel y Colombia, que monopolizaban la producción del material genético y reproductivo, así como los canales internacionales de comercialización (Lara, 1997).

Rigidez en la organización del trabajo, crisis y flexibilización

La estructura que adoptaron las empresas en sus inicios tendió a acercarse a la de una fábrica, con departamentos especializados para cada tarea, concatenados unos a otros (los invernaderos en donde se produce la flor, el empaque a donde se lleva a cabo la selección, el cuarto de embalaje, el almacén y el centro de embarques) y con una rígida división sexual de tareas en cada uno de ellos. Asimismo, se presentaba una fuerte jerarquía de mandos.

En el invernadero[6] no se encontraban hombres realizando tareas de corte y manejo de flores, ni mujeres en las de mantenimiento del invernadero o del suelo. Los técnicos, por lo regular ingenieros agrónomos con alguna especialización, daban las órdenes de cómo y cuándo había que desarrollar determinada actividad, y los supervisores se encargaban de vigilar que los trabajadores las llevaran a cabo. Especialmente en el corte y manejo de flores, las trabajadoras eran colocadas en línea para ir pasando en cadena de una "cama" a otra,[7] vigiladas por el supervisor.

6. Las tareas principales en el invernadero son: la plantación, el manejo de las plantas mientras crecen y cuando están en producción, el corte de flores, el mantenimiento de suelo (fertilización, deshierbes y otras), riego, fumigación y mantenimiento del mismo invernadero (plásticos y estructura tubular).

7. Se llama cama al espacio construido especialmente con tierra y materias orgánicas para sembrar las flores, en donde se colocan estacas e hilos para que las plantas vayan creciendo erguidas, libres de hierbas y protegidas contra enfermedades.

De manera similar, el empaque se organizó con una rígida división de tareas que hasta ahora se mantiene.[8] Las mujeres son las que seleccionan y empacan, y el resto de las actividades son desempeñadas por hombres. Sin embargo, mientras en el invernadero se pagaba a las trabajadoras por día, en el empaque se estableció un sistema de pago "a destajo" para las mujeres, con una cuota mínima que permite fijar el salario de base.

A pesar de la relativa estabilidad laboral que se dio en las empresas al otorgar contratos y ciertas prestaciones sociales, puede decirse que las formas de empleo que se pusieron en marcha buscaban reducir las incertidumbres del trabajo, permitiendo a la vez una flexibilidad "cuantitativa".[9] Por ello, las contrataciones se establecieron sobre la base del salario mínimo para el conjunto de los trabajadores (excepto en el empaque y en los puestos considerados como calificados o de mayor riesgo: supervisor, fumigador, técnico, etc.) y con una duración determinada.

Este esquema organizativo empezó a fracturarse en 1990, cuando el precio internacional de la flor descendió abruptamente y amenazó con arrastrar a la quiebra a la mayoría de las empresas.[10] En este contexto, solo se sostuvieron aquellas que funcionaban con capital propio y las que lograron emprender un proceso de reestructuración interna que comprendió principalmente cuatro aspectos: 1) la transformación de la estructura de las empresas; 2) la diversificación de su producción; 3) la orientación hacia nuevos mercados; y, 4) la flexibilización de la organización del trabajo (Lara, 1997).

Las empresas que superaron la crisis descentralizaron su estructura, adoptando la forma de una red de unidades productivas y comercializadoras

8. En el empaque las tareas principales comienzan en la cámara fría, en donde se recibe la flor, después sigue la selección de flores por tamaño y grosor de tallo (que es realizada por una máquina llamada "calibradora"), y la selección por tamaño de apertura de botón y calidad de la flor, el corte de tallos, el empaque o envoltura de manojos y el embalaje de cajas. En este mismo espacio se lleva a cabo una contabilidad, por medio de computadoras, de la cantidad de flores producidas en cada invernadero. Todas estas actividades están diseñadas para realizarse en cadena, es decir, una detrás de la otra.

9. Diversos autores distinguen entre la flexibilidad "cuantitativa" o "numérica" que se traduce en variaciones de horarios, formas contratación y de pago, y la flexibilidad "cualitativa" que resulta de la introducción de nuevas formas de gestión del trabajo, mismas que suponen polivalencia, implicaciones y otros elementos que transforman la organización del trabajo (Michon, 1987).

10. El valor de las exportaciones bajó de 153.320.374 pesos a 54.472.170 (Bancomex, 1989-1994).

de diferentes tamaños. Esta nueva estructura operacional ofrece una gran flexibilidad en el funcionamiento de las empresas, permite la integración a la red productiva de pequeñas empresas autónomas que colaboran entre sí en determinadas tareas (principalmente para la comercialización) y limita riesgos a los que se encuentran sometidas las grandes empresas. Algunas de estas se han conformado como consorcios, organizados bajo un sistema que opera en distintos sectores y ramas de actividad.

Al mismo tiempo desarrollaron una nueva política comercial basada en el principio de "calidad total", cuyo objetivo es llegar a un consumidor exigente que no necesariamente busca productos baratos sino de gran calidad y excelente presentación.

Otro de los elementos de esta reestructuración fue el cambio en la orientación de la producción. Actualmente se busca incidir en el mercado mundial, generando nuevas demandas y nuevos gustos. De esta manera se han diversificado las operaciones de las empresas en el mercado internacional, ofreciendo una amplia gama de flores con distintas presentaciones "de lujo".[11] Esta estrategia ha llevado a una transformación del patrón productivo de las empresas, de tal manera que actualmente se producen diversas variedades de rosas que ocupan la mayor parte de la superficie cultivada, a la vez que se ha introducido una docena de nuevas especies comerciales, cuya demanda está creciendo a nivel internacional.

Por otra parte, las empresas comenzaron a incursionar en otras actividades mediante formas de subcontratación ("maquila") con pequeños productores que operan en otras actividades (por ejemplo con plantas de follaje, producción de champiñones y otros), o vender las flores tradicionales (alhelí, margaritas, etc.) que ellos producen, pero dándoles una presentación que les permite cumplir con las normas de calidad que exige el mercado internacional.

La estrategia de las empresas para hacer frente a la diversificación productiva no significó un cambio tecnológico importante;[12] al contrario, algunas de las nuevas especies se cultivan a cielo abierto o bajo rústicos

11. Se envían en ramos envueltos con un doble papel y en cajas de cartón que tienen la etiqueta de la empresa. Actualmente se están enviando ramilletes que integran varios tipos de flores, para ser vendidos directamente al consumidor.

12. Si bien hubo adelantos significativos en materia de biotecnología, estos se han dado en las empresas que producen el material reproductivo, ubicadas en los países desarrollados.

túneles de plástico y madera, y la inversión en invernaderos se limitó estrictamente a su mantenimiento. Aunque se generalizan los métodos de riego por microaspersión y goteo que ya existían en las empresas más modernas, se introduce el sistema de fertiirrigación (fertilización a través del riego) y la fumigación por bombas compresoras, la infraestructura de los invernaderos prácticamente permanece sin modificarse y en algunos casos se encuentra francamente deteriorada, a pesar de que hubo avances tecnológicos en la producción de plásticos más resistentes. En algunos casos los invernaderos continúan siendo de madera, a pesar de que ya existen materiales que requieren menos mantenimiento.

En algunos empaques se han introducido máquinas calibradoras que permiten la selección de flores mediante un sistema óptico, sin embargo, en la mayoría de los casos continúan realizándose las labores postcosecha de manera tradicional.

En realidad, el cambio más importante se ha dado en la organización de las formas de trabajo en el invernadero, las cuales se inspiran en una vulgarización de lo que es el llamado "modelo japonés", que llega a las empresas a través de folletos o de asesorías externas y conduce a la aplicación de un conjunto de recetas que supuestamente aseguran el éxito. Mientras, en los empaques se mantienen los sistemas de trabajo parcializados y en cadena.

Flexibilidad productiva y reorganización del trabajo

El primer cambio significativo que se introdujo en la organización del trabajo consistió en una reducción drástica del personal contratado en invernaderos. Si el antiguo sistema de trabajo se basaba en resolver todos los problemas nuevos incorporando más personal e incrementando su productividad, con la reestructuración la lógica fue justamente al revés. Partiendo de que las empresas no podían erogar más gastos en salarios que el equivalente a 7 u 8 trabajadores por hectárea, se construyó un sistema de trabajo que obligaba no solo a sacar adelante la producción que ya existía en los invernaderos con menos personal, sino a diversificar esta producción y a elevar su calidad.

En 1985, con el sistema de trabajo en cadena se utilizaban en invernadero 10 personas por hectárea para corte y manejo (cada una con 1.000 metros de área de trabajo aproximadamente), 2 fumigadores 2 regadores y 4 personas de mantenimiento, lo que hacía un total de 18 gentes por hectárea. En 1988-1989 se asignaron 1.500 metros de área en corte y manejo a cada trabajadora y el total de trabajadores se redujo a 15 por hectárea. Sin embargo, con el plan de "emergencia" que pusieron en marcha las empresas, a raíz de la crisis, el área de trabajo se incrementó de 1.800 a 2.000 y 2.500 metros cuadrados, para llegar a tener solo 8 gentes por hectárea (5 en corte y manejo, 1 fumigador-regador y 2 de mantenimiento).

El otro cambio fundamental consistió en eliminar a los supervisores y conformar "equipos de trabajo plurifuncionales" que han hecho posible la reducción del personal; primero, porque se fusionan funciones;[13] segundo, porque se asumen de manera colectiva las tareas que requiere la producción en invernadero. De este modo, los 8 trabajadores a cargo de una hectárea cultivada deben constituir un grupo que se apoya mutuamente y que colabora con el técnico responsable.

Bajo este método se intenta que cada trabajador individualmente sea responsable de mantener en las mejores condiciones el área que le ha sido asignada, sin necesidad de tener supervisores. De este modo, ningún trabajador puede delegar responsabilidades en otra persona y cualquier problema fitosanitario, o cualquier baja en la productividad del invernadero se convierte no solo en una responsabilidad individual sino del equipo al que se pertenece.

Además, se intenta que los trabajadores se vean obligados a realizar las tareas cotidianas de su área y a "implicarse" en el mejoramiento de la calidad y de la productividad, no solo del invernadero al que están asignados sino de las distintas áreas de la empresa, de tal manera que pueden ser llamados a apoyar las tareas de cualquier otro invernadero o departamento.

En esta nueva modalidad del trabajo se confrontan distintas perspectivas: la de las empresas y la de los trabajadores. Para las empresas, el sistema de áreas y equipos de trabajo busca resolver principalmente

13. Por ejemplo, ahora un trabajador encargado del mantenimiento de suelo es a la vez regador y puede realizar otras tareas en el invernadero, mientras que las mujeres, antes contratadas solo para tareas de corte y manejo, ahora deben participar en todas las que requiere el proceso de producción de flor.

dos problemas: el primero es el control de calidad de la producción y el segundo, el control del trabajo mediante el involucramiento de los trabajadores. Las modalidades que ha adoptado este sistema son diversas. En algunos casos los equipos de trabajo toman un momento del día para discutir la mejor manera de organizar las tareas, en otros se fomenta el deporte y la convivencia entre los trabajadores al momento de comer o en las horas de descanso, buscando así motivar a los trabajadores para que propongan soluciones. Las modalidades son múltiples y dependen de la creatividad de los técnicos o ingenieros, que son los portavoces de la empresa. Pero, en ningún momento se busca otorgar mayor autonomía o poder de decisión a los trabajadores, ni mucho menos permitir que ellos desarrollen sus propios líderes o portavoces.

Para los trabajadores la puesta en marcha de los equipos de trabajo tiene no solo distintas respuestas sino significados. Para los hombres, participar en los equipos les da acceso a ocupar ciertos puestos que se consideraban "femeninos", como el corte y manejo de flores, y les da la posibilidad de mantenerse empleados en un momento de crisis y de recorte de personal. Mientras, las mujeres aprovechan para hacer valer la "polivalencia", que han adquirido al interior de las empresas en un momento de mayor competencia por el empleo, situación que no solo no estimula la cooperación sino genera rivalidades, provoca envidias y celos al interior de los grupos de trabajo.

Cabe precisar que en el área de empaque el sistema de trabajo se ha mantenido igual, con puestos definidos para realizar una tarea específica (seleccionar, cortar tallos, envolver los ramos, trasladarlos a la cámara fría, etc.) y prevalece la forma de pago a destajo. De acuerdo con los ingenieros esto permite mayor rentabilidad, ya que lo que importa en esta área es la velocidad del trabajo, en tanto que la calidad está a cargo de un supervisor. Es decir, se mantienen las formas de trabajo parcializadas e individualizadas, con tareas rutinarias y poco estimulantes para quien trabaja allí. Por esta razón los hombres no se interesan en participar en este espacio y las mujeres que allí trabajan lo hacen porque, o no están capacitadas para trabajar en los invernaderos o han adquirido tal habilidad que logran obtener salarios más altos que en los invernaderos al trabajar "a destajo".

Efectos de la reestructuración productiva en las trayectorias laborales de los/las trabajadores/as

El impacto más importante del proceso de reestructuración de las empresas productoras de flores se ha dado a nivel del empleo y por lo mismo en la trayectoria de las trabajadoras y los trabajadores. En un primer momento, la crisis que llevó a la quiebra a empresas grandes y pequeñas de la región, provocó desempleo. En un segundo momento, los planes de emergencia para salvar a las empresas confirmaron esta tendencia, al reducir la planta de personal de 18 a 8 personas por hectárea.

El desempleo afectó a todo el personal, pero el recorte más importante de puestos se concentró en las tareas de corte y manejo, en donde las contrataciones se redujeron a la mitad (de diez a cinco personas). Además, el área asignada a cada trabajadora se incrementó casi al triple (de 1.000 a 2.800 metros cuadrados) y se plantearon nuevas exigencias de calificación e involucramiento.

En particular, la diversificación productiva de las empresas provocó un cambio drástico en los sistemas de trabajo. A medida que se introducían nuevas variedades de rosa y nuevas especies con requerimientos particulares, las necesidades de calificación se fueron ampliando. No solo era necesario aprender lo elemental del proceso productivo de los nuevos tipos de flor, sino que se hizo imprescindible, principalmente para las trabajadoras de corte *y* manejo, dominar todo el proceso. Uno de los aspectos que más resaltan en la composición actual de la fuerza de trabajo es la capacitación que han adquirido las trabajadoras para realizar las actividades que corresponden a los distintos puestos, y participar en cualquier tipo de flor que se produce, lo que se traduce en una amplia calificación que, si bien es aprovechada, no es reconocida por las empresas.[14]

Esta nueva forma de trabajar ha representado un verdadero reto para las empresas al romper con la tradicional división sexual del trabajo, sobre todo

14. El 75% de quienes confirmaron que podrían desempeñar cualquier puesto dentro de los procesos productivos de las distintas variedades de rosa y nuevas especies, que requieren de una calificación determinada (desde el enraizamiento de esquejes y bulbos, hasta el trabajo de corte y manejo), fueron mujeres. Son tareas que requieren de un amplio conocimiento de la estructura biológica de las plantas y de sus posibles enfermedades. En otro trabajo se ha desarrollado un análisis sobre el concepto de calificación y cómo se desvalorizan los saberes femeninos (Lara, 1995).

en los invernaderos, porque eso significa una nueva manera de pensar las tareas sin relacionarlas automáticamente con un contenido sexista, como se había dado hasta ahora. Por ejemplo, no solo supone que los hombres participen en tareas que se concebían típicamente femeninas (como el corte y manejo, la plantación, el enraíce, y otras), sino que abre posibilidades para que las mujeres sean asignadas a tareas de mantenimiento de suelo, riego o de supervisión y dirección, que han sido tradicionalmente masculinas.

No obstante, la situación es compleja, porque en la práctica la nueva organización ha permitido una masculinización de ciertas tareas que habían sido fundamentalmente femeninas, pero no ha hecho lo mismo para las tareas masculinas, en particular para las que tienen que ver con el control y la supervisión del trabajo. Así, en un momento de crisis y de desempleo generalizado, se da acceso al personal masculino a puestos femeninos, pero se restringen las opciones que tienen las mujeres para ocupar los puestos masculinos calificados. Permite la incorporación de hombres a los puestos que se enriquecen con el trabajo en equipo, como el corte y manejo, en tanto que se conservan como femeninos los puestos del empaque, en donde se mantienen las formas de trabajo parcializadas, en cadena, y con salario a destajo. De esta manera, si bien las mujeres siguen siendo mayoría en los puestos donde se realiza el control de calidad de los productos, continúan siendo minoría en las tareas de control o supervisión del trabajo, a pesar de ser las que tienen un conocimiento más amplio del conjunto del proceso productivo.

Otro de los problemas es que este movimiento en los puestos de trabajo y en las calificaciones obreras no se ha acompañado de una mejor retribución salarial. Si bien se han introducido sistemas de estímulos a la productividad, y salarios según la capacidad de cada trabajador, los nuevos métodos de trabajo no mejoran las condiciones laborales de los que se mantienen empleados. Al contrario, se puede decir que otro de los efectos importantes de la reestructuración es que este sistema exige nuevas y mayores responsabilidades a los trabajadores, menos tiempos de descanso, más actividades a realizar en un mismo horario, así como un mayor vínculo entre trabajo manual e intelectual, ya que se participa en el control de calidad, y todo ello con una misma base salarial y sin mejorar las condiciones de empleo.

Los montos salariales en la mayoría de los puestos y categorías siguen siendo muy bajos.[15] Actualmente se establecen formas de pago que estimulan la productividad de los trabajadores. Esta productividad, según los propios técnicos e ingenieros, se mide no solo por la cantidad de flores que puede cortar cada trabajador en su área de trabajo,[16] sino por la "calidad" que logra en sus productos, lo que supone que estén libres de plagas, con un buen tallo (grueso, recto y largo) y un buen punto de apertura en el botón, de acuerdo a las exigencias internacionales. Para ello es necesario tener un conocimiento amplio del proceso biológico de las plantas, es decir, una calificación comparable a la de los técnicos, adquirida a lo largo de varias temporadas de trabajo en las empresas.

En los invernaderos existen ocho categorías salariales. Se trata de una especie de escalera, en la cual, para acceder a la categoría más alta se tiene que probar la capacidad de atender un área de trabajo más grande (de 1.500 hasta 2.800 m^2) en la cual la productividad esté en un punto óptimo en cuanto a cantidad y calidad. Además, intervienen otros criterios, como la rapidez con la que se desempeñan las tareas, la responsabilidad en el puesto y la voluntad para colaborar con el equipo. No se consideran como elementos para fijar estas categorías la antigüedad en el puesto o en la empresa, ni el nivel de escolaridad.

Una de las contradicciones más fuertes de este nuevo sistema es que si bien se quiere estimular el trabajo en equipo y la cooperación de los trabajadores, es el técnico, responsable de cada invernadero, el que decide la asignación de cada trabajador en determinada categoría. A la vez, el mismo técnico está sujeto a estos criterios de eficiencia, que se miden por la capacidad que este logra para tener una productividad alta y de calidad con los costos más bajos. De este modo, la tendencia que se observa es la de reducir al personal contratado y mantener a los trabajadores en las categorías más bajas y con mayores exigencias.

Esta situación, además de que obliga a cada trabajadora o trabajador a someterse a un fuerte desgaste físico y emocional, erosiona las

15. En 1994, el 44,5% de los trabajadores percibían salarios de entre 301 y 350 pesos quincenales (el equivalente en dólares al tipo de cambio de 1994 no era mayor a 100 dólares la quincena).

16. En el caso de flores de bulbo esta productividad significa que por cada bulbo plantado se produzca una flor, mientras que en el caso de las rosas se espera una producción anual mínima de 18 flores por planta.

relaciones interpersonales, porque cada trabajador busca elevar su nivel de productividad y su participación grupal, no solo para colocarse en los puestos más altos del escalafón salarial, sino para no perder el empleo. Al mismo tiempo, crea una situación de constante fricción entre los técnicos responsables y los equipos de trabajo.

Para los trabajadores es claro que las nuevas formas de gestión se acompañan de recortes de personal y que por cada equipo de trabajo que se forma hay varios puestos que desaparecen, lo que genera una actitud ambivalente en el personal. Porque si bien puede decirse que las empresas siguen siendo la mejor opción laboral para la población local, las nuevas formas de organización del trabajo exigen más tareas, una disponibilidad total (365 días al año),[17] una exigencia constante en la calidad del trabajo y en la participación grupal, en un ambiente de reducción de personal y de salarios bajos.

Ante esa situación los obreros han reaccionado de distintas maneras, pero una de las estrategias que más resaltan es la gran rotación del personal y el ausentismo. Según una encuesta aplicada en una muestra de 83 trabajadores (27 hombres y 56 mujeres), encontramos que solo el 5% de los trabajadores tenían cinco años o más de trabajar en una empresa, la mitad de la planta de trabajadores tenían hasta un año de antigüedad, el 30% de uno a seis meses, y el resto menos de un mes.

En este proceso observamos diferencias en las trayectorias laborales de hombres y mujeres. La mayoría de las mujeres (65%) tenían de uno a 5 años de trabajo en la floricultura, mientras entre los hombres (76%) los períodos se extendían de 5 a 15 años. En estos lapsos de tiempo, la mayoría de los hombres (83%) cambiaron de trabajo de dos a cinco veces y las mujeres (85%) lo hicieron de una a tres veces. Pero, encontramos que, mientras para las mujeres las opciones de trabajo se centraron en las empresas florícolas, en el caso de los hombres las opciones se diversificaron, pues hoy acceden a más puestos al interior de estas empresas, y continúan teniendo la posibilidad de participar en otros trabajos agrícolas (48%), en el comercio o los servicios (11%) y en diferentes oficios (26%).

17. En México la legislación laboral en el campo es tan flexible que no existen trabas para que las empresas puedan alargar las jomadas de trabajo y hagan trabajar domingos y días festivos a su personal, para no pagar vacaciones ni aguinaldos, mediante convenios que establecen con sindicatos patronales.

A pesar de que la rotación del personal, en general, es muy alta, se observa que las mujeres difícilmente salen del sector. Además, paradójicamente, es la rotación en las empresas lo que les ha permitido a ellas capacitarse en las distintas tareas del proceso de trabajo y, con ello, contrarrestar la tendencia a ser desplazadas por los hombres. Sin embargo, esta polivalencia no les da mayores posibilidades de acceder a puestos de mando en las empresas, ni les permite que haya un reconocimiento de su calificación.

En conclusión, las nuevas modalidades de organización del trabajo han modificado las trayectorias laborales de hombres y mujeres al transformar el contenido de las actividades que realizan, los puestos que desempeñan y las alternativas de mantenerse empleados.

Cambios en la estructura de las familias y en las relaciones de género

Uno de los cambios más relevantes que se han dado en las familias de la región es la importancia que adquiere para los jóvenes el trabajo en las empresas florícolas.[18] Mientras en la generación de los padres la mayoría son campesinos que combinan la producción de maíz y frijol con producción de flores y otras actividades de traspatio (68%),[19] en la generación de los hijos la principal actividad es el trabajo asalariado en las empresas florícolas. Tanto en el caso de las mujeres como de los hombres, sean estos casados o solteros.

Por lo regular, cuando las familias tienen tierra es el padre quien la trabaja, cuando mucho apoyado por alguno de los hijos. No hemos encontrado que los padres trabajen en la floricultura empresarial y solo

18. Es importante destacar que un porcentaje relativamente alto de trabajadores, hombres y mujeres son muy jóvenes: el 20% tienen entre 14 y 17 años, y el 40% tienen de 18 a 22. Desagregando por sexo esos datos encontramos que de los que tienen entre 14 y 17 años, el 60,9% son mujeres, lo que significa que hay un mayor ingreso de mujeres jóvenes que de hombres en estas empresas. El 60% de los trabajadores son solteros. En el caso de las mujeres este porcentaje se eleva al 66,4%, pero mientras el 40% de los hombres viven con su pareja (casados o en unión libre), en las mujeres este porcentaje es de 17,1% (El 14,3% de ellas son madres solteras, el resto son viudas).

19. Solo el 10% de los trabajadores son albañiles y el resto son artesanos o se dedican al comercio y los servicios. Las madres trabajan en el hogar, así como en apoyo a las labores de la parcela y en el cuidado de los animales (66%).

en 4 casos encontramos madres trabajando en ella. Sin embargo, en el 55% de los casos estudiados vemos que hay entre cuatro y cinco hermanos de los trabajadores entrevistados/as laborando en empresas florícolas, incluso en algunos casos (el 36%) trabajando ambos miembros de un matrimonio.

Al analizar en conjunto las actividades a las que se dedican los miembros de las familias estudiadas, vemos que el 64% del total se dedica a la floricultura, 15% al campo y el resto realiza actividades de comercio, servicios, industria y otros. De esto se desprende que la floricultura empresarial constituye la principal actividad de las familias de los trabajadores.

A su vez, encontramos que la mayoría de los trabajadores provienen de familias relativamente grandes.[20] A pesar de eso, en el 33% de los casos estas son sostenidas solo por el trabajador o la trabajadora, y el 30% por el trabajador y un miembro más de la familia, que por lo regular es el padre u otro hermano. Es decir, en el 63% de los casos el ingreso del trabajador es fundamental para el sostén de la familia, sobre todo si tomamos en cuenta la proporción entre el número de trabajadores de cada familia y el número de consumidores. En los tres municipios analizados encontramos que el número de trabajadores por familia es, en promedio, de 2,8 y el de consumidores puede elevarse a 4,8 en algunos municipios. Es decir, la floricultura empresarial no solo es la principal actividad, sino una importante fuente de ingresos para estas familias.

La participación de hombres y mujeres, casados o solteros, indudablemente ha tenido un impacto en las relaciones de género al interior de las familias, en particular por la inserción de las mujeres jóvenes en las empresas. Ellas se convierten en proveedoras de ingresos y son, en un buen número de casos, el sostén de familias extensas, junto con el padre. A la vez, ha cambiado su relación con respecto al trabajo doméstico. El 60% de las trabajadoras dijo no participar en la realización de estas tareas, que por lo regular desempeña alguna otra persona de la casa, sea la madre o las hermanas que se quedan en el hogar. En el caso de las mujeres que continúan trabajando en las empresas, aun siendo casadas

20. El 51,4% de los trabajadores entrevistados/as viven en familias de 5 a 10 miembros, el 8,2% tienen de 11 a 15 miembros y el 39,6% de uno a cuatro miembros.

o que trabajan junto con sus maridos en la floricultura empresarial, seguramente se modifican las relaciones genéricas al interior del hogar.[21]

Los cambios provocados por la inserción laboral de las mujeres se reflejan también en su autoestima. Aunque la enorme mayoría de los trabajadores, tanto hombres como mujeres, dijeron que les gusta trabajar en la floricultura (95,2%),[22] en el caso de las mujeres esta preferencia muestra que encuentran en esta actividad nuevos elementos. La mayoría (85%) dijeron que les gusta la floricultura porque les permite trabajar fuera de su casa, cuando la mayoría de sus madres trabajaron solo en el hogar y sus experiencias laborales se limitaron al servicio doméstico y a las labores del campo. El 26,4% dijo que les gusta trabajar fuera porque ganan su dinero, lo que muestra una necesidad de autonomía, en tanto que otro 26% plantearon que se "entretienen" trabajando en las empresas, porque allí encuentran nuevas amistades.

A pesar de esta preferencia por la floricultura, llama la atención que el 50,2% de los casos los trabajadores/as dijeron que no saben hasta cuándo van a seguir trabajando en la empresa en donde se los/as entrevistó. El 16,7% dijeron que piensan seguir menos de un año y solo 4,9% plantearon su intención de mantenerse indefinidamente en esta actividad. Casi la tercera parte de los y las trabajadoras (29,4%) dijeron que no saben qué van a hacer después, cuando ya no trabajen en la floricultura. Solo 20% planteó buscar otro tipo de actividades remuneradas, 6,1% piensa trabajar en el campo en tierras propias o de la familia, 6,5% piensa seguir en la floricultura, pero en otra empresa o de manera independiente. El 6,5% de las mujeres piensan dedicarse a su hogar.

Esta indefinición en las trayectorias laborales de los trabajadores refleja distintos problemas. Sin duda, es la respuesta que dan los trabajadores a la fragilidad de un negocio que se encuentra siempre en riesgo de quiebra, por la fuerte competencia que tiene que enfrentar el sector agroexportador de México en el mercado internacional. También, puede

21. Desafortunadamente nuestra investigación no profundizó en este aspecto, lo que hubiera implicado un acercamiento a los trabajadores, no selo en las empresas sino en sus hogares.

22. El 20% dijo que allí tienen mejores condiciones de trabajo, 22,4% que es un trabajo fácil en relación con otros trabajos y el 19,2% dijo que le gustan las tareas que allí realizan. En el caso de las mujeres un 10% dijo que les gusta porque se entretienen o se divierten, motivo que no es importante en el caso de los hombres.

ser una reacción al tipo de flexibilidad "salvaje" (De la Garza, 1993) que han adoptado las empresas al reestructurarse, pero, muy probablemente tiene que ver con una cultura y un modo de vida campesinos que permite a los trabajadores desarrollar su propia noción de flexibilidad. O mejor dicho, una flexibilidad desde el punto de vista de los trabajadores.

Conclusiones

Podemos decir que la estrategia de las empresas florícolas ante la crisis de este sector ha sido lograr competitividad internacional, restringiendo al máximo las inversiones en tecnología, mientras se introducen cambios en la organización del trabajo que permiten elevar la productividad, manteniendo bajos los costos salariales y recortando, de más en más, al personal.

Si bien esta estrategia se ha convertido en una ventaja de las empresas frente a sus competidores mundiales, porque logran tener una mano de obra eficiente, competitiva y barata, se vuelve también su "talón de Aquiles", porque la flexibilidad del trabajo que han implementado se enfrenta a una fuerte desafección de parte de los trabajadores. De tal manera que uno de los problemas más serios que tienen hoy en día las empresas, es que la creciente necesidad de calificar a su personal y de lograr su implicación, se topa con los problemas de ausentismo y rotación.

La mayor parte del personal, sean hombres o mujeres, no tienen expectativas de trabajar a largo plazo en las empresas, a pesar de la falta de alternativas locales de empleo. Sin embargo, tampoco saben definir cuál será su futuro. Algunos plantean el interés de salirse de trabajar un tiempo "para descansar", para "cambiar de actividad", para "independizarse" o, en el caso de las mujeres, para "dedicarse al hogar", todo lo cual parece mostrar varios aspectos:

En primer lugar, permite ver que las empresas son un espacio de contradicciones y ambigüedades. Es decir, la aceptación y el rechazo, el consenso y disenso están en constante movimiento. En este sentido, si bien la floricultura es la principal opción de empleo y constituye un lugar de encuentro y recreación entre jóvenes, en un medio rural cerrado,

tradicional y restrictivo para las libertades individuales, sobre todo en el caso de las mujeres, a la vez es un espacio lleno de incertidumbres, que no ofrece perspectivas laborales a largo plazo.

En segundo lugar, hay que decir que en las empresas se contraponen diferentes lógicas e intereses, así como distintas culturas y "subculturas". No solo los intereses de empresarios y trabajadores, que están en constante fricción, sino varios mundos: uno campesino y otro empresarial; el de las mujeres y el de los hombres; cada uno con su propia lógica de reproducción y sus ambivalencias, en un mundo marcado por asimetrías no solo de clase, sino de género. Un campo de análisis en el que habría que profundizar para poder comprender cómo entienden la flexibilidad los propios trabajadores.

Indudablemente las empresas han sido un factor fundamental en la capacitación de la mano de obra y en la conformación de un mercado de trabajo regional. Sin embargo, por su carácter, han sido incapaces de constituirse en una alternativa laboral a largo plazo que defina las trayectorias laborales de los que ahora son sus trabajadores. Es eso lo que marcan las contradicciones a las que se enfrenta este sector para poner en marcha nuevas formas de trabajo que buscan el involucramiento de los trabajadores y su identificación con las empresas.

Resulta difícil pensar que pueda lograrse una verdadera implicación de los trabajadores, cuando se ofrecen empleos precarios, cuando persiste una línea clara de segmentación entre los puestos calificados, que mantienen los técnicos e ingenieros, y los puestos que ocupa el personal que participa en los equipos, así como una clara diferenciación sexual en la asignación de categorías salariales, y cuando existe permanentemente una amenaza de despido de personal.

Bibliografía

Agricultural-Outlook. (1996, junio). *US. Market for winter fresh vegetables.* Washington: USDA.

Banco de Comercio Exterior (Bancomex). (1989-1994). Información directa. México: Bancomex.

Booz-Allen y Hamilton, E. (1988). *Informe: Sector agroindustrial. Flores de corte.* México: SECOFI; Bancomex.

Comité Nacional Interprofesional de la Horticultura (CNIH) y Consejo Mexicano de la Flor (CMF). (1992). *Anteproyecto. Centro de Demostración Florícola.* México: CNIH; CMF.

Consejo Mexicano de la Flor (CMF) y Consejo de la Flor del Estado de México (CFEM). (1992). Informes. México: CMF; CFEM.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México.* México: IIE-UNAM; DCH-UAM Iztapalapa.

FIRA. (1989, 31 de mayo). La floricultura en México y la comercialización internacional. *Boletín Informativo, 21*(205), (México).

Kergoat, D. (1984). Pladoyer pour une sociologie du rapport sociaux. En M. A. Barrère-Maurisson *et al., Le sexe du travail.* París: PUG.

Lara, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa. Ou comment à travers solidarités et conflits se construit une qualifícation. *Cahiers du GEDISST, 7,* (París: IRESCO).

Lara Flores, S. M. (1995). Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada. En S. González Montes y V. Salles (Coords.), *Relaciones de Género y Transformaciones Agrarias.* México: PIEM; COLMEX.

Lara Flores, S. M. (1997). *Flexibilidad productiva y relaciones de género en el mercado de trabajo rural.* Tesis de Doctorado en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

Lara Flores, S. M. y Becerril, O. (1987/1995). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural: el caso de la floricultura de exportación en el Estado de México. En H. C. de Grammont (Coord.), *Globalización, Deterioro Ambiental y Reorganización Social en el Campo.* México: Juan Pablos editor; UNAM.

Michon, F. (1987, mayo-junio). Flexibilité et marché du travail. En *La Flexibilité du Travail. Cahiers Français, 231,* (París: La Documentation Française).

Revista Floricultura Intensiva. (1992, agosto- octubre). S.d., p. 32, (México).

Revista Floricultura Intensiva. (1994, agosto). S.d., (México).

Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH). (1992). *Estrategia nacional de mediano plazo (1992-1999) de desarrollo y promoción de las exportaciones de flores. Datos básicos para su elaboración.* México: SARH.

Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH). (1994). *Anuario estadístico de la producción agrícola de los Estados Unidos Mexicanos, 1989-1994*. México: SARH.

UNCTAD-GATT. (1987). *Productos de la floricultura: estudio de mercados importantes*. Ginebra: UNCTAD.

Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*

Introducción

Al hacer una visita a los campos tomateros de Sinaloa, algo llamó mi atención y me hizo emprender el presente estudio: ¿por qué trabajan tantas mujeres en los empaques de hortalizas y en los invernaderos de plántulas? ¿Y por qué tantos indígenas en la cosecha? Después pude darme cuenta de que sucedía algo similar en la producción de flores de corte en el Estado de México, en donde predomina el trabajo femenino, al igual que en varios cultivos destinados a la exportación, no solo en México sino en varios países de América Latina.

Todas las veces que pregunté a empleadores y patrones por qué ocupaban solamente mujeres para la selección y el empaque, me respondieron que las mujeres eran "naturalmente más finas, más hábiles y rápidas para el manejo de esos productos". En Sinaloa, incluso, me plantearon que era lógico que las mujeres, quienes cocinaban todos los días utilizando tomates, supieran cómo seleccionarlos y empacarlos. En el Estado de México me dijeron que "las flores eran como las mujeres y por eso se entendían". También argumentaban que los indígenas son más aptos para la cosecha por estar acostumbrados a realizar tareas rudas y por ser bajos de estatura, pues tienen que agacharse menos para cortar los frutos.

---

* Extraído de Lara Flores, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor. [ISBN 968-64-54-91-8].

No obstante, cuando supe que en Sinaloa la mayoría de las trabajadoras eran nietas o bisnietas de otras mujeres que fueron empacadoras de hortalizas desde los años veinte, entendí que la destreza de las mujeres en los empaques e invernaderos de hortalizas no era una capacidad "natural" sino algo aprendido. De niñas, esas mujeres habían pasado sus vacaciones seleccionando el tomate de "rezaga" (el que ya no alcanza la calidad de exportación), para recibir al final de la temporada una "propina". Así, la que parecía una habilidad natural había sido adquirida cuando ayudaban a sus madres o a sus hermanas en esos mismos empaques.

En el Estado de México pasaba algo similar: las mujeres que trabajan en las empresas son hijas de pequeños productores campesinos, con tradición de floricultores. Además, se han incorporado a las empresas entre los 14 y 17 años; o sea que no es su feminidad lo que las acerca a las flores, sino sus años de experiencia.

En cuanto a los indígenas que llegan a las cosechas de hortalizas a Sinaloa, pude darme cuenta de que lo que explicaba su empleo en esta tarea era una compleja situación relacionada con sus lugares de origen, como regiones expulsoras de mano de obra, así como toda una estrategia de gestión y aprovisionamiento de fuerza de trabajo por parte de las empresas.

Así fue como me introduje en un complicado campo de análisis en el medio rural: el del mercado de trabajo; un espacio muy poco estudiado hasta la fecha, a pesar de la importancia que reviste, dada la magnitud de la población que engloba y los problemas sociales que genera.

Los estudios pioneros que se realizaron en México sobre el mercado de trabajo se llevaron a cabo en las décadas de los setenta y ochenta (Paré, 1977; Aguirre-Beltrán y C. de Grammont, 1982; C. de Grammont, 1986). Dichos estudios, más que analizar al mercado, se referían a los trabajadores agrícolas y hacían hincapié en un proceso que supuestamente iba a llevar a la inminente "proletarización" del campesinado pobre o sin tierras. Más tarde, Astorga (1985) analizó el mercado de trabajo propiamente dicho como el lugar donde se "consume" la fuerza de trabajo campesina, después de haber pasado por varias fases de promoción, recolección, transporte y almacenamiento, al igual que cualquier otra mercancía que responde a las leyes de la oferta y la demanda.

Por su enfoque, tales estudios tomaron como base a un asalariado que se pensó siempre en masculino y de edad adulta. Para dar cuenta de su heterogeneidad se realizaron complejas tipologías que clasificaban tanto a los trabajadores como a las empresas que los contrataban (Aguirre-Beltrán y C. de Grammont, 1982; C. de Grammont, 1986). También se intentó establecer un vínculo entre el tipo de producto y de trabajadores contratados para explicar la demanda específica de fuerza de trabajo femenina, infantil o indígena en determinados cultivos (Astorga, 1985).

Más tarde aparecieron en América Latina varios estudios sobre la participación cada vez mayor de mujeres en el mercado de trabajo rural, especialmente en las agroindustrias y en la producción y acondicionamiento de varios productos de exportación (Arizpe y Aranda, 1981; Deere y León, 1986; León, 1982; Roldan, 1981; Rooner, 1981). Tales estudios pueden considerarse pioneros en su campo porque fueron los primeros en estudiar las condiciones de vida y de trabajo de las asalariadas agrícolas, lo cual dio visibilidad social a un grupo del cual se conocía muy poco. Sin embargo, el enfoque que utilizaron puso atención particular en "las mujeres", y las estudió como una especificidad dentro del mercado de trabajo rural, no como parte de un espacio en donde se reproducen las relaciones de género.

Mi investigación tiene un enfoque diferente. A pesar de mi interés inicial por entender la incorporación cada vez mayor de mujeres al mercado de trabajo, mi objetivo no fue solamente dar cuenta del proceso de feminización de este sector, sino entender dicho fenómeno como resultado de un proceso más amplio de *flexibilización de las relaciones productivas* de la agricultura que afecta a todos los sectores económicos, repercute en el mercado de trabajo y modifica su estructura y composición.

Actualmente nadie duda que la agricultura mexicana es escenario de importantes cambios. No obstante, tales cambios apenas empiezan a estudiarse como parte de un proceso de restructuración que ha sido analizado ampliamente en la industria y en el sector de servicios, desde hace más de dos décadas, quizá porque apenas resultan evidentes en el mundo rural.

El estudio de la restructuración de diversas ramas industriales ha despertado importantes polémicas teóricas y ha permitido acuñar

nuevos conceptos (posfordismo, neofordismo, especialización flexible, producción ajustada, producción reflexiva). Sin menoscabo de los enfoques que han enriquecido los estudios agrarios y rurales hasta la fecha, resulta interesante aproximarse a estos conceptos y a las metodologías que han permitido explicar las transformaciones que se dan actualmente en el conjunto de los sectores económicos.

Este libro representa un esfuerzo de acercamiento a ese campo analítico, sin tener la pretensión de forzar las herramientas teóricas ni las realidades, en gran medida porque pueden encontrarse similitudes entre los sectores de la producción, a pesar de las fuertes diferencias que caracterizan a la agricultura. También parece justificable analizar un proceso de tan amplias magnitudes que ha llevado a hablar no solo de nuevos modelos productivos, sino de nuevos modelos de acumulación.

En primer lugar, el libro comienza presentando el debate actual sobre la *flexibilidad,* un concepto que se ha vuelto central en los análisis sobre la restructuración productiva; analiza las formas en que este concepto se vincula con los distintos diagnósticos formulados sobre la crisis y se revisan las tres experiencias más utilizadas para hablar de flexibilidad en la industria: la especialización flexible, el modelo japonés y el caso sueco de Udevalla.

En segundo lugar, se replantea el debate del posfordismo para el caso de la agricultura. Después de revisar los principales momentos de cambio en este sector, se ubica el momento actual como un periodo complejo de restructuración que permite el surgimiento de una *agricultura flexible.* Sin embargo, se descarta todo pensamiento binario o etapista que supone que dicha restructuración avanza de una producción basada en normas masivas a una de carácter posfordista.

En la agricultura flexible se combinan distintas formas de producir para cumplir con la diversidad de objetivos que actualmente tiene este sector. Por un lado, se mantiene una oferta de productos masivos para consumos populares y materias primas que no plantean exigencias de calidad importantes y, a la vez, se busca competitividad internacional al incorporar en ciertos productos selectos o "de nicho" normas de calidad que rigen los mercados actuales (productos biológicos, sanos, estéticos, exóticos).

En tercer lugar, se estudian los efectos de la restructuración en el mercado de trabajo y se desarrollan los conceptos y las corrientes teóricas que permiten entender por qué las nuevas modalidades productivas no eliminan los problemas de *segmentación* de la fuerza de trabajo ni resuelven las asimetrías de clase y género. Más bien reproducen desigualdades sociales y provocan desempleo, o formas de empleo precario, aun en los países ricos y en las ramas de punta del sector industrial.

Se plantea que la presencia de nuevos modelos productivos no parece mostrar una sola tendencia dominante en las formas de explotación del trabajo. Mientras en las empresas de punta se instauran formas modernas de organización del trabajo (círculos de calidad, equipos de trabajo, pago por productividad, recalificación obrera, etcétera), en las empresas subcontratistas se mantienen formas de trabajo en cadena o modalidades de producción artesanal, con salarios "a destajo", sin contratos, sin horarios establecidos y otras formas precarias de empleo. Dicha situación parece mostrar un estilo de operación en sí mismo, más que la persistencia de viejas formas que irían quedándose atrás en un futuro posfordista. En este sentido, coincidimos con el planteamiento hecho por Enrique de la Garza (1996) cuando afirma que la restructuración genera "flexibilidades realmente existentes" en las cuales se reúnen distintos métodos de producción y de organización del trabajo que no resultan, en sí, excluyentes ni contradictorios.

En la agricultura, la restructuración sigue caminos propios que tienden a lograr una mayor flexibilidad productiva al apoyarse en diferentes formas de *minorización* o discriminación de los trabajadores, lo que lleva a su *exclusión.* Para las mujeres, la exclusión se expresa en el mercado de trabajo rural como una desvalorización de sus competencias y restricción de su acceso a puestos considerados y retribuidos como "calificados"; en tanto que para la población indígena y migrante se concreta, sobre todo, en las condiciones laborales y de vida que se ofrecen a estos trabajadores.

Tal manera de organizar la fuerza de trabajo genera un mercado de trabajo segmentado. Sin embargo, en este libro se sostiene que no se trata de una segmentación que dé como resultado mercados primarios, los cuales se caracterizan por la contratación de trabajadores calificados,

con las mejores condiciones laborales; y, por otro lado, mercados secundarios, con trabajadores no calificados y las peores condiciones de trabajo, como lo plantea la teoría del mercado dual.

Después de una revisión histórica de cómo se ha ido conformando el mercado de trabajo rural, la presente obra concluye que más bien hay una generalización de condiciones de trabajo precario, que se sostienen en un mercado segmentado por género y etnia, lo cual crea un mosaico de situaciones de exclusión y minorización que dificultan la unidad de los trabajadores.

La composición heterogénea de este mercado no es producto del azar. En lo que respecta a los trabajadores, responde a estrategias relacionadas con las necesidades de reproducción de sus familias y de sus comunidades de origen. En lo tocante a las empresas, resulta de la manera como se gestiona el trabajo y el empleo al utilizar y desarrollar las capacidades socialmente diferenciadas de los trabajadores. En la mayor parte de los casos, son calificaciones tácitas aprovechadas por los empleadores, o calificaciones adquiridas en las empresas pero que no son reconocidas, lo cual explica en buena medida la incorporación cada vez mayor de las mujeres en ciertas fases productivas.

Estas formas de gestión se modifican constantemente de acuerdo con las tecnologías y las nuevas formas de organización flexible del trabajo que se ponen en marcha con la restructuración. De la misma manera, tienen que ver con la capacidad organizativa y de respuesta de los y las trabajadoras. Así, el mercado de trabajo rural se concibe no como un lugar donde coinciden oferta y demanda, sino como un espacio dinámico que se transforma constantemente, en el cual se reproducen las relaciones que caracterizan al conjunto de la sociedad, relaciones que se sustentan sobre asimetrías de clase, de género, étnicas y generacionales.

El trabajo analiza dos regiones: la primera es una vieja zona hortícola en el estado de Sinaloa; la segunda, un área productora de flores de corte de reciente despegue. El principal destino de los productos de esas dos regiones es Estados Unidos; han sido precisamente las exigencias de calidad de dicho mercado, y el proceso de globalización económica, lo que ha obligado a modernizar los procesos

productivos. No obstante, se observa que la restructuración no ha seguido un solo camino ni ha significado una ruptura con los métodos de producción anteriores.

En los dos casos, el estudio demuestra la complejidad del cambio. En particular, destaca que la restructuración supone un balance de las empresas entre *inercia* e *irreversibilidad* (Byé y Fonte, 1994) para determinar qué cambios resultan rentables, de tal manera que no apuesten toda su competitividad a un solo factor.

En este trabajo se estudia la evolución que ha tenido en Sinaloa la producción del tomate, cultivo destacado por su importancia en el total nacional de exportaciones de hortalizas. La investigación de este caso se basó en varias temporadas de trabajo de campo, en las cuales se hizo un registro minucioso del proceso de producción, a la vez que se levantaron entrevistas con algunos de los primeros agricultores que comenzaron a cultivar dicho producto para exportarlo, así como con trabajadores y trabajadoras que habían participado en los primeros campos y empaques de hortalizas. Esto nos permitió definir con precisión los cambios más importantes en las tecnologías y en la organización del trabajo a lo largo de seis décadas.

En el Estado de México tuve la gran oportunidad de estudiar a fondo el surgimiento de las primeras empresas productoras de flores de corte, y las transformaciones que se llevaron a cabo en el que ahora es el principal consorcio florícola del país. Eso me permitió determinar los efectos de la crisis en las empresas y los cambios que tuvieron lugar al restructurase dicho consorcio. Al mismo tiempo, apliqué un cuestionario a 245 de sus trabajadores y trabajadoras y, en una muestra de 87 casos, analicé el fenómeno de rotación, así como las trayectorias laborales de hombres y mujeres que participan en este sector.

En el caso de Sinaloa, el libro estudia los cambios tecnológicos que se han ido dando a lo largo del tiempo en la producción de tomate, y se observa cómo con la restructuración se introducen nuevas tecnologías pero se mantiene una rigidez en la organización del trabajo que adopta formas de empleo tradicionales; mientras que en la producción de flores se tiende a suplir las limitaciones de las tecnologías

viejas mediante un uso flexible de la fuerza de trabajo, lo que significa no solo una amplia disponibilidad de la mano de obra y formas de empleo precario (como en Sinaloa) sino, además, mayores exigencias en términos de *calificación* y *polivalencia*.

Dicha precisión en lo que se refiere a los distintos tipos de flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo me parece importante, porque lo más común es vincularla directamente con la capacidad de contratar y despedir a los trabajadores, de adaptar sus horarios a las necesidades de las empresas y a los requerimientos del mercado, o de instaurar formas salariales menos rígidas. De esta manera, se considera automáticamente como sinónimo de *precarización* del empleo y del trabajo; sin embargo, este tipo de flexibilidad no es nuevo en la agricultura ni resulta un mecanismo particular de la restructuración que se produce después de la crisis. No olvidemos que, por sus características, la agricultura ha sido tradicionalmente un sector muy flexible; no solo en lo que se refiere a la organización de los procesos productivos, sino en la adaptación de la fuerza de trabajo a los requerimientos de tales procesos. Lo realmente nuevo de la agricultura al ponerse en marcha los procesos de restructuración es la combinación de esta *flexibilidad cuantitativa* con una *flexibilidad cualitativa* que se expresa en el contenido de las calificaciones obreras y en nuevas formas de organizar el trabajo.

Quiero señalar que en este libro abordo un problema rural a partir de la sociología del trabajo; una disciplina cuya tradición se ha forjado en el sector industrial y, por lo mismo, utiliza conceptos que han sido construidos a partir de experiencias de este sector, lo que me planteó algunos problemas, aunque más bien me reportó ventajas. En primer lugar, me permitió explicar una problemática, no solo a partir de los cambios que se presentan actualmente en la agricultura, sino como parte de un proceso que, con la globalización, repercute en el conjunto de los sectores productivos. En segundo lugar, me abrió todo un campo conceptual y metodológico no explorado, para explicar el proceso de *restructuración* de la agricultura.

No obstante, la riqueza teórica y metodológica que encontré en este campo analítico, dos ejes me llevaron a cuestionar varias de las concepciones acuñadas por esta rama de la sociología. El primero, las

relaciones de género, discute la validez de los conceptos que han sido construidos partiendo de que lo universal es masculino. El segundo eje confronta los planteamientos de una teoría basada prácticamente en el sector industrial y en ramas de punta, con una realidad que integra las "particularidades" del sector agrícola.

Estos ejes me llevaron a revisar, por ejemplo, el concepto de *calificación* en distintas corrientes, y a entender que no solo era el sentido común de empleadores y patrones lo que desvalorizaba los saberes femeninos sino la sociedad entera. Empero, la teoría no ayuda a salir de esa noción sexista; más bien la refuerza, de tal manera que es necesario acotar los aspectos que han sido soslayados al construir este concepto.

Por otro lado, dicho enfoque me permitió mostrar que la flexibilidad no es solo la conocida mediante los modelos "ideales" que se han elaborado tomando como base determinadas experiencias con éxito en el sector industrial. Concluyo que es una construcción social concretada en determinadas realidades, agrarias o industriales, femeninas y masculinas. De esta manera, no se pueden considerar como "irregularidades" los problemas que se generan en la agricultura ni ver como excepción la situación del empleo en el mercado de trabajo, especialmente en lo que respecta a las mujeres y a otros sectores en desventaja.

Como puede verse, el recorrido para contestarme una pregunta que parecía simple ha sido complejo, porque me ha obligado todo el tiempo a repensar cómo los conceptos de la sociología del trabajo pueden concretarse en el caso de un sector en el cual los procesos laborales se construyen sobre bienes naturales (la naturaleza), para dar como resultado productos (también naturales), situación que genera incertidumbres tanto en el mercado como en el trabajo.

Por falta de tiempo, he tenido que dejar de lado varios puntos de importancia, y porque rebasaban en mucho los objetivos de la presente investigación, pero que sin duda quedan en una agenda para desarrollarse en un futuro y tener una visión de conjunto de la problemática del mercado de trabajo rural.

I. EL DEBATE SOBRE LA FLEXIBILIDAD Y LOS NUEVOS MODELOS PRODUCTIVOS

Crisis y flexibilidad

Las primeras manifestaciones de la crisis y el tema de la flexibilidad

El tema de la flexibilidad adquiere importancia en la década de los ochenta, a raíz de que las políticas seguidas hasta ese momento por los Estados capitalistas institucionalizados para combatir la crisis y el estancamiento económico no habían sido suficientes para generar un crecimiento que permitiera alcanzar niveles de empleo aceptables.

El periodo de reconstrucción de la posguerra y los treinta años que le siguieron estuvieron marcados por la voluntad de asegurar a todos un empleo permanente que se acompañara de garantías sociales: salario mínimo, protección contra los despidos, prestaciones sociales, vacaciones pagadas, horarios de trabajo definidos, etcétera.

Sin embargo, a principios de los años setenta el consenso basado en el pleno empleo se ve afectado por una serie de fenómenos interdependientes que hacen cambiar ese panorama radicalmente. La caída de los precios del petróleo en 1973 y 1979, así como las rupturas energética, industrial y monetaria, sumen a las economías occidentales en la más severa recesión que se hubiera conocido desde los años treinta. Además, con el surgimiento del Japón y de los Nuevos Países Industrializados (NIC) como potencias económicas, la división internacional del trabajo y los intercambios comerciales comienzan a modificarse de manera importante.

En un primer momento, esta crisis fue percibida como un problema transitorio que obligaba a tomar algunas medidas de ajuste. El aumento de los desequilibrios económicos fue percibido como "perturbaciones localizadas" (problemas de materias primas, de energía, de tasas de interés), que se resolverían sin recurrir a medidas excepcionales en el curso del tiempo. Los gobiernos desplegaron entonces, previa negociación con los sindicatos, diversos mecanismos de intervención del periodo anterior y pusieron en marcha una serie de medidas de protección y de

indemnización heredadas del periodo anterior: jubilaciones anticipadas, cursos de formación con la garantía de reintegración a nuevos empleos, transferencias, permutas, etcétera. Paralelamente, las empresas estimularon las iniciativas locales y las formas "alternativas de empleo", que implicaban ya una flexibilización de las reglamentaciones laborales, pero que en ese entonces fueron consideradas como una ayuda a la adaptación o ajuste (OIT, 1987).

De este modo, varios gobiernos sostuvieron el empleo mediante diversos tipos de subvención y extendieron las indemnizaciones por desempleo; pero por primera vez después de la posguerra, este alcanzó proporciones alarmantes. A principios de 1980, la mayor parte de las políticas estabilizadoras que habitualmente se habían utilizado demostraron su inoperancia, a medida que se hacía evidente que la tasa de inflación no disminuía y que las dificultades para restablecer el equilibrio exterior limitaban las posibilidades de relanzar las economías nacionales (Boyer, 1987).

En los países de América Latina el endeudamiento externo, el estancamiento industrial y la inflación debilitaron las esperanzas en un modelo de desarrollo que por décadas tuvo un éxito relativo:

> (...) se desvanece el corto sueño de la prosperidad interminable y termina una fase que por primera vez fue vista como una larga época dorada de desarrollo ininterrumpido y constante, caracterizada por un crecimiento económico fuerte, aunque desigual, por alzas en los salarios –repartidos socialmente de manera inequitativa– y por inmensos cambios sociales, tales como la urbanización y la formación de clases medias en las ciudades y la ampliación en la cobertura de los servicios públicos (Dombios y Pries, 1993, p. 13).

Según De la Garza (1993), la crisis en México también se presenta, aunque con elementos distintos a la de los países industrializados, como una "crisis de productividad" ante las nuevas condiciones del mercado y la globalización de las economías. Pero, a la vez, es una crisis del Estado social mexicano. Aparece primero como crisis financiera y después como crisis de la forma social del Estado que da un viraje en los años ochenta hacia una crisis de carácter neoliberal (pp. 76-79).

En este momento comienza a tratarse también en México el tema de la flexibilidad vinculado con la puesta en marcha de las medidas de ajuste neoliberal y con los procesos de reconversión productiva. De la Garza (1981, 1984, 1992) ubica los primeros estudios sobre flexibilidad en México en 1984, cuando se analiza la importancia de los contratos colectivos en el control sindical del proceso de trabajo. Señala que el estudio de la flexibilidad se abandonó a mediados de los ochenta, para analizar la restructuración productiva, y volvió a retomarse cuando entraron a México las "filosofías" empresariales sobre flexibilidad, para ser aplicadas por empresas públicas y privadas (Aeroméxico, Mexicana, Dina, Telmex y otras) en la revisión de sus contratos colectivos.

A la par que se llevan a cabo las flexibilizaciones prácticas de los contratos de trabajo, empiezan a llegar las teorías sobre la regulación y la especialización flexible, y comienzan a aplicarse estos enfoques en algunos estudios que buscan captar el proceso general de flexibilidad y su introducción concreta en nuestra realidad en el nivel de las relaciones laborales. Sin embargo, estos estudios se desarrollan fundamentalmente en el sector industrial y de servicios, sin atender lo que sucede en el sector agrícola, en donde también se producen cambios importantes que responden a una restructuración de las empresas y a las formas de organización del trabajo.

De la Garza plantea que nos encontramos en una etapa en la cual los estudios sobre flexibilidad necesitan "avanzar en las explicaciones, las diferencias [y] las incoherencias de las teorías" (1992, pp. 19-20), lo que supone un esfuerzo de análisis sectorial que vincule la teoría con lo que sucede en nuestra realidad.

Los distintos diagnósticos sobre las causas de la crisis

Cuando se llega al acuerdo de que la crisis, considerada como de rentabilidad, no es coyuntural, se empiezan a considerar más seriamente las medidas a tomar para resolverla. Es entonces cuando el tema de la flexibilidad adquiere relevancia, no solo entre los gobiernos e instituciones internacionales sino en el medio académico e intelectual. Así, surgen varias teorías que intentan explicar su origen y diversos enfoques sobre el tema de la flexibilidad.

a. De acuerdo con las tesis neoliberales, la crisis es el resultado de los altos costos salariales en los países desarrollados, así como de una excesiva injerencia del Estado en las funciones productivas y en las relaciones entre capital y trabajo, lo que genera un importante déficit fiscal (De la Garza, 1993). Consideran que todos los factores que impiden el libre juego del mercado, regido por la ley de la oferta y la demanda, constituyen rigideces que deben eliminarse.

Estas tesis encuentran una audiencia cada vez más amplia, tanto en los países industrializados como en los no desarrollados, y dentro de ciertas organizaciones económicas internacionales (como la OCDE, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, etcétera). De ellas se han derivado acciones inmediatas, en especial las políticas neoliberales y de ajuste que están aplicándose prácticamente en todo el mundo (OIT, 1987).

b. Una segunda corriente de interpretación analiza los cambios ocurridos en el mercado de productos. Según esta, en el curso de la década de los años setenta se produjo una modificación sustantiva en los mercados que hasta ese momento se caracterizaban por una demanda sostenida. Es decir, para las empresas, las ventas estaban prácticamente garantizadas, ya que la demanda era superior a la oferta. A partir de ese momento, la situación se invirtió y los mercados se transformaron globalmente en oferentes. La capacidad instalada en buen número de empresas se volvió superior a la capacidad de venta. De la misma manera, el objetivo de cantidad y de volumen a bajos costos que regía los mercados, se transformó en un objetivo que busca principalmente calidad y diversificación productiva, lo que supone una gran capacidad para adaptarse rápidamente a un tipo particular de producto que debe obedecer a normas y especificaciones cada vez diferentes. En ese sentido, se plantea que "con la emergencia de nuevas normas de consumo, nacen nuevas normas de competencia" (Coriat, 1987, p. 30). Esto explicaría la metamorfosis industrial.

c. Una tercera corriente de análisis explica la crisis como resultado del agotamiento de un modelo de producción que caracterizó una fase anterior. Se distinguen distintos niveles de análisis en el interior de esta corriente.

Una primera interpretación subraya el agotamiento de las innovaciones asociadas con las industrias motrices de la posguerra e insiste en el papel de las tecnologías de información y comunicación como elementos que influyen en la recomposición de las técnicas de producción y en las relaciones con el mercado.[1] Ciertos analistas tienden a insistir en la novedad de la producción integrada a las computadoras (Computer Integrated Manufacturing, CIM), en la producción manufacturera flexible y en la concepción mediante computadora, consideradas como etapas que preparan una nueva configuración de los modelos industriales. De manera más general, se consideraría que la aceleración de las innovaciones en ciertos dominios, la particularidad de los mercados y la fuerza de los nuevos métodos de producción cuestionan el modelo anterior y lo ponen en crisis.[2]

Boyer y Freyssenet (1995) ubican en esta corriente el famoso informe del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT)[3] en el cual se plantea que "si el automóvil fue la rama paradigmática del fordismo, la electrónica, las telecomunicaciones y, sobre todo, la industria bioquímica serían las ramas paradigmáticas del modelo industrial del futuro". De esta manera, la producción ligera (*lean production*) aparece como una innovación organizativa que asegura las sinergias entre calidad, reactividad, polivalencia e integración de las actividades productivas.

Pero de la misma manera en que algunos han puesto el acento en la tecnología, al punto que se les reprocha que caigan en cierto determinismo tecnológico, otros lo ponen en los cambios sufridos por los modos de organización del trabajo y se plantean que las formas de organización tayloristas-fordistas han llegado a sus "límites históricos de eficacia". Es decir, no solo las tecnologías, sino también las formas de organización del trabajo que lo parcializa y encadenan, han provocado desafección y resistencias por parte de los trabajadores, lo que se traduce en desperdicios, tiempos muertos y otros problemas que limitan la rentabilidad (Coriat, 1987, p. 30).

---

1. Ch. Freeman (1978; citado por Boyer y Freyssenet, 1995, p. 28).

2. OCDE (1991; citado por Boyer y Freyssenet, 1995, p. 28).

3. Elaborado por Womack, Jones y Roos (1990/1992).

En un nivel de análisis más amplio, los neoschumpeterianos estudian esta como una de las tantas crisis cíclicas del capitalismo que preparan el terreno para una nueva "revolución tecnológica". La primera de estas revoluciones se caracterizó por el surgimiento de la máquina de vapor, la segunda por la producción automatizada con motores eléctricos, acompañada de formas de organización tayloristas-fordistas. La crisis actual sería el preámbulo para la tercera revolución tecnológica, que tiene su eje en la microelectrónica, la informática y en nuevas fuentes de energía. Mientras tanto, en la agricultura se manifestaría en un desarrollo de la biotecnología y de la ingeniería genética.[4]

Finalmente cabe destacar dos concepciones de carácter global sobre la crisis: la teoría del regulacionismo y la teoría sobre la nueva división internacional del trabajo (De la Garza, 1993), que resumimos a continuación:

a.El regulacionismo plantea la concatenación de "modos de regulación".[5] Las crisis serían desfases entre modos de regulación y regímenes de acumulación (De la Garza, 1993, pp. 28-29), o "discontinuidades" en la reproducción de las relaciones sociales y divergencias entre los distintos niveles de acumulación (Lipietz, 1986). En ciertos casos, esas crisis solo traducen la incompatibilidad de las formas institucionales (Estado, convenciones colectivas, redes, etcétera) con el modo de regulación en vigor, y entonces se habla de una "crisis menor" o "crisis dentro de la regulación". Cuando esta crisis expresa la inadecuación entre el propio modo de regulación y las tendencias en la reproducción de las relaciones sociales de una formación económica social, entonces se habla de una "crisis profunda" o una "crisis de la regulación" (p. 248).

La crisis actual sería la manifestación del agotamiento del régimen de acumulación fordista caracterizado, según Lipietz (ídem), por la articulación de la producción en masa con el consumo masivo. A diferencia de la crisis de los treinta, que se presentó como una crisis de

4. De la Garza (1993, p. 199) cita en esta corriente a G. Dosi (1982, junio), a N. Rosenberg (1979) y a M. Cooly (1988).

5. Se conciben como "el conjunto de formas institucionales, redes, normas explícitas o implícitas, que aseguran la compatibilidad de los comportamientos en el marco de un régimen de acumulación, de acuerdo con el estado de las relaciones sociales y por encima de sus caracteres conflictuales" (Lipietz, 1986, pp. 258-259).

sobreproducción resuelta al elevarse el poder adquisitivo de los obreros y crearse todo el sistema institucional de la Edad de Oro, la actual sería una crisis de rentabilidad "que asume la forma de un estancamiento (y no un derrumbamiento de la producción), que coexiste con una inflación (y no con una caída de los precios)" (p. 266).

b. Con respecto a las tesis sobre la nueva división internacional del trabajo, De la Garza (1993) menciona a Frobel *et al.* (1981) quienes estudian la nueva situación de los países subdesarrollados, en los cuales se instalan empresas transnacionales manufactureras como parte de un mecanismo de descentralización y fragmentación de los procesos productivos. El objetivo principal de estas empresas es la búsqueda de fuerza de trabajo más barata que les permite tener mayor competitividad en el mercado. Según De la Garza, las teorías de Frobel se complementaron en los ochenta con las de Immanuel Wallerstein sobre el "sistema-mundo", según las cuales la historia del capitalismo sería la del cambio en las formas de la división del trabajo, en donde compiten no el capital y el trabajo, sino el capital y el no capital. A la vez, estas teorías contraponen a los trabajadores calificados con procesos mecanizados, altos salarios, alto nivel de vida y estatus privilegiados, propios de los países del centro, con los trabajadores desprotegidos de los países pobres (De la Garza, 1993, pp. 33-34).

El estudio sobre la nueva división internacional del trabajo se enlaza con los análisis sobre la "globalización" o "mundialización" de la economía, que explican la crisis de manera más general, como resultado de un proceso amplio de formación de bloques económicos que controlan los flujos de capital y de mercancías, en el nivel mundial, bajo una lógica que persigue la maximización de las ganancias sin respetar fronteras nacionales ni regionales.

De manera resumida, puede decirse que estas tesis plantean la mundialización o globalización de la economía como resultado de la aceleración de los intercambios comerciales entre naciones que se lleva a cabo después de la firma del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). A partir de 1980, la rapidez de las comunicaciones y la reducción de los costos que implicaban hizo estallar esos intercambios y los multiplicó de una manera impresionante junto con los flujos

financieros y comerciales. En esta economía global, el factor económico determinante no es el capital ni el trabajo ni las materias primas, sino la relación óptima que se establece entre ellos.

Aunque existen distintas teorías sobre la globalización, aquellas que vinculan este fenómeno con la crisis la consideran como resultado de un amplio proceso que involucra a todo el planeta y cambia las reglas del juego de la economía, sin que existan los aparatos institucionales adecuados para reglamentar las nuevas normas bajo las cuales se mueven los capitales, las mercancías y el trabajo. Este desorden hace más fuerte la competencia y conduce a una gran inestabilidad macroeconómica.

De la Garza habla de "una crisis de simultaneidad con fuentes diversas, de tal manera que no hay teoría actual que dé cuenta de todos los niveles que desde los ochenta están cambiando". Solo existe coincidencia con respecto a lo que ha dado origen a un importante proceso de restructuración que abarca distintos niveles. En lo productivo, los cambios se dan en el nivel tecnológico y organizacional; en las relaciones laborales, se presenta una tendencia hacia la flexibilización y una transformación en el perfil de la fuerza de trabajo y de la cultura laboral; en lo social, los cambios apuntan hacia una fractura y recomposición de los sujetos sociales. Mientras tanto, en el ámbito del Estado sus consecuencias se manifiestan en el monto del gasto público, en la desregulación económica y laboral, y en un proceso de privatización. Todo ello se da en un contexto creado por el surgimiento de una nueva división internacional del trabajo que tiene fuertes implicaciones en las fuentes de legitimidad del Estado y en un posible cambio en el bloque dominante (1996, p. 72).

A pesar de las diferencias en las distintas teorías con respecto a los elementos que han generado la crisis, lo que resulta común en todas ellas es la coincidencia en la idea de que ha dado origen a una importante restructuración. Aunque el camino que esta toma no es aún claro, también hay coincidencias en el sentido de que se trata de una transformación que apunta hacia una flexibilización productiva. Sin embargo, la noción de *flexibilidad* desprendida de cada posición es diferente, por lo que consideramos importante analizarlas.

Las distintas nociones de flexibilidad

Con base en el razonamiento neoliberal, la flexibilidad se entiende de una manera simple que supone una menor intervención del Estado en la economía y en su función reguladora de las relaciones laborales. En particular se aplica en lo que se refiere a la protección de los derechos laborales, los cuales se consideran como rigideces, en tanto que no permiten adaptar el empleo a las necesidades de las empresas.

Contrariamente a lo que planteaba la doctrina keynesiana que preconizaba el pleno empleo a través de la ampliación de la demanda, la utilización de medidas monetarias y presupuestales para controlar la inflación y la repartición de ganancias, esta nueva doctrina estima necesario adaptar la oferta a la demanda, lo que supone medidas de rigor salarial y de compresión de costos. El desempleo y el subempleo, según este enfoque, son inevitables, y por ende deben ser negociados en el nivel microeconómico, para favorecer la flexibilidad del empleo.

De esta manera, la flexibilidad supone "dejar hacer", permitiendo a los capitales dirigirse hacia los sectores más productivos y rentables; utilizar todas las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías; limitar las reglamentaciones financieras y fiscales; pero, sobre todo, flexibilizar el mercado de trabajo y los costos salariales (OIT, 1987, p. 305).

En otro nivel de análisis se encuentran los enfoques para los cuales la flexibilidad se traduce en cambios más profundos en el nivel macroeconómico, que implican transformaciones en los modos de regulación o de acumulación.[6] La gama de estudios en este nivel es muy amplia, ya que incluye la perspectiva institucionalista,[7] dentro de la cual se pueden considerar a los regulacionistas, los neoschumpeterianos y los estudiosos de la "especialización flexible", para quienes la flexibilidad está asociada a las teorías sobre el posfordismo.

Para la "especialización flexible" (que expongo con detalle en el siguiente inciso) se estudian varias experiencias que representarían

6. En este trabajo no consideramos estas corrientes de análisis macroeconómico porque nuestro enfoque se interesa sobre todo en los procesos sociales.

7. Esta corriente se inicia como una reacción a las posturas neoclásicas e insiste en la necesidad de incluir en el análisis de la economía la influencia de las instituciones (De la Garza, 1996).

supuestamente el paso de la producción en masa a la llamada producción flexible.[8] Desde este enfoque, la flexibilidad se asocia con el concepto de posfordismo, entendido como una vía alternativa caracterizada por el desarrollo del trabajo artesanal, la desintegración de las grandes empresas, la emergencia de redes de empresas pequeñas, independientes, especializadas y flexibles, capaces de reaccionar rápidamente a los cambios de moda en el mercado mundial y de operar de manera eficaz las nuevas tecnologías, funcionando con ahorros propios. La flexibilidad se traduce en una mayor democratización de las relaciones en el interior de las empresas, la descentralización en la toma de decisiones, la recalificación de los trabajadores, así como la, puesta en marcha de sistemas productivos que buscan el enriquecimiento del trabajo. De esta manera, "el futuro sería de los *distritos industriales*" (Leborgne y Lipietz, 1992), cuyas características desarrollo más adelante, en los cuales se concentran regionalmente estas formas productivas.

Por otro lado, están las posturas que se encuentran en la bibliografía gerencial,[9] que en realidad es la que llega a los empresarios y en la cual la flexibilidad se traduce en recetas. En este tipo de bibliografía, el universo de análisis es la empresa y los individuos. El objetivo de las transformaciones que se sugieren es indudablemente el "éxito" de la empresa y la flexibilidad se convierte en una serie de herramientas (de tecnología ejecutiva) utilizadas por las más reconocidas compañías japonesas para conseguir la participación de los individuos en la consecución de dicho objetivo (Lathrop, 1995).

Desde este enfoque, los individuos constituyen el "eslabón humano" de la empresa y responden mediante "motivaciones" que se analizan con base en la teoría de las expectativas. En tanto, la participación significa integrar equipos, ya que estos tienen un importante efecto multiplicador. En este contexto, la flexibilidad tiende a lograr la armonía de los equipos con los objetivos de la empresa, en el entendido de que son compartidos por ambas partes. Las actitudes defensivas o de resistencia de los individuos se interpretan como problemas del comportamiento humano.

8. Las más famosas son las del Silicon Valley o las de la llamada "Tercera Italia".

9. Se considera a W. Edwards Deming como el "padre" de esta corriente; también se incluyen los trabajos de Matsushita, Ouchi y otros, analizados por Lathrop (1995).

La bibliografía gerencial se apoya, sobre todo, en el llamado "modelo japonés", analizado por varios autores como una experiencia que representa un avance en relación con los métodos fordistas. De esta manera, se habla de neofordismo, japonización del fordismo o toyotismo. En este enfoque la flexibilidad significa mayor eficiencia y productividad, y se logra mediante una organización del trabajo que supone consenso y participación. En contraste, otras experiencias exitosas, como las de Kalmar y Uddevalla, en Suecia, permiten hablar de una producción "reflexiva", en la cual la flexibilidad va de la mano con una concepción "holista" del trabajo y de su humanización.

Con el fin de conocer más ampliamente algunas experiencias que han permitido acuñar el concepto de flexibilidad, exponemos a continuación las tesis de Michael Piore y Charles Sabel (1984), y junto con ellas las tesis de Allen Scott y Michael Storper[10] sobre la especialización flexible y los distritos industriales, que han alcanzado un impacto significativo en la comunidad científica. Lo mismo puede señalarse en relación con el multicitado estudio de James Womack *et al.* (1992), al cual se lo conoce como el "informe del MIT", donde se analiza la "producción ligera" característica del modelo japonés; a la vez, la experiencia de Uddevalla, a pesar de ser tan nueva y tan localizada, se ha convertido para algunos en la esperanza de que esta nueva forma de organización productiva pudiera crear los cimientos de una nueva sociedad más humana.

Flexibilidad y nuevos modelos productivos

El concepto de flexibilidad se convierte hoy en día en un lugar común de los análisis sobre las transformaciones del capitalismo y la emergencia de nuevos modelos productivos. Sin embargo, como lo hemos señalado en el inciso anterior, se trata de un concepto que no es unívoco, sino que comprende distintas acepciones, que van desde planteamientos tan puntuales como los desprendidos del análisis neoclásico o de los estudios dirigidos al *management,* hasta los análisis que estudian a profundidad ciertas experiencias que han llamado la atención porque en un ambiente

10. Storper y Scott (1989; citados por Wood, 1991).

de crisis generalizada representan casos logrados, algunos de ellos no solo desde el punto de vista del capital sino de los mismos trabajadores.

Estas experiencias, que reseñamos a continuación son las que han llevado a polemizar sobre el posfordismo y su posible generalización hacia otros campos de la producción y diferentes realidades.

La especialización flexible y los distritos industriales

Sin duda, los principales autores de esta teoría son Michael Piore y Charles Sabel, quienes resumen sus tesis en la obra clásica *The second industrial divide,* escrita originalmente en inglés en 1984, traducida después al francés y publicada con un prefacio crítico en 1989.[11]

Gran parte de su argumento se sustenta en su concepción de que la crisis de la producción en masa es provocada por una saturación de los mercados masivos y un cambio en las preferencias de ciertas capas de consumidores que buscan ahora mercancías más diversificadas y de mejor calidad. De acuerdo con este planteamiento, el sistema de producción fordista no tiene respuesta a esta demanda, ya que las empresas tienen que ser capaces de reaccionar de modo rápido y flexible a las modificaciones constantes del mercado. Según Lipietz (1992), bajo el punto de vista de estos autores "lo que está en puerta es una vuelta a la producción artesanal, tanto en lo que se refiere al proceso de trabajo (trabajadores calificados), como del lado de la demanda (mercancías personalizadas, requeridas por una demanda volátil y fragmentada)".

En su libro, Piore y Sabel (1989) consideran que hay dos formas de progreso técnico, una ligada a la producción artesanal y otra a la producción en serie, las cuales se han confrontado a lo largo del siglo XIX. La primera se funda en la idea de que las máquinas y los procesos industriales podrían ayudar a perfeccionar el saber de los artesanos, dándoles la posibilidad de elaborar productos más variados. La segunda se apoya en el principio de reducir los costos de fabricación, suplantando el saber humano, para ejecutar con mayor rapidez los procesos de trabajo. Para los adeptos a la primera vía, el futuro sería de pequeños

11. En este trabajo me he basado en la versión francesa de 1989.

productores especializados en una actividad, que dependerían unos de otros. Mientras que, para los defensores de la segunda, el futuro sería del mundo de las fábricas automatizadas, que funcionarían con obreros cada vez más numerosos y cada vez menos calificados.

La hipótesis de Piore y Sabel propone que la sociedad industrial se encuentra confrontada a una alternativa: seguir una trayectoria de producción en serie o tomar prestada otra asociada con la lógica artesanal. En la época actual, esta última se presenta bajo una nueva forma que llaman especialización flexible, descrita de la siguiente manera:

> La especialización flexible es una estrategia de innovación permanente, una forma de adaptarse al cambio constantemente, más que de intentarlo controlar. Esta estrategia se funda en la utilización de equipamientos flexibles, de usos múltiples, el empleo de obreros calificados y la creación, por medios políticos, de una comunidad industrial capaz de eliminar todas las formas de competencia que no favorezcan a la innovación. Así, la propagación de la especialización flexible equivale a un renacimiento de formas artesanales de producción, marginadas por la primera ruptura industrial (p. 35).

En este punto coinciden con los regulacionistas, pues consideran que se trata de una ruptura que se traduce en un cambio de paradigma tecnológico:

> Junto con los teóricos de la *regulación*, compartimos la idea de que en el curso del último decenio las economías industriales han atravesado por un periodo de crisis, y que la mejor manera de abordar e s t a crisis es en términos de un desarreglo en los dispositivos de autorregulación del sistema económico. Este desarreglo se explica por la tendencia de las economías industriales a desbordar las estructuras institucionales en las cuales han encontrado refugio, y esta situación no podrá remediarse más que creando una nueva estructura capaz de tomar a su cargo la estabilización y la coordinación de la economía en el estado de crisis en el cual se encuentra (p. 11).

La especialización flexible, según Piore y Sabel, corresponde a una trayectoria tecnológica particular que se asocia tanto con una ideología como con un conjunto de concepciones organizativas y de estructuras institucionales; si la producción en serie ha sido contemplada como indisociable de los tiempos modernos es porque existe todo un tejido de ideas dominantes –elaboradas desde Ferguson hasta Marx, pasando por Smith– según las cuales el progreso económico está vinculado con un solo tipo de desarrollo industrial que sigue el camino de la especialización y la descomposición de las tareas en gestos elementales, para después llegar a la automatización, en donde el obrero queda convertido en un auxiliar de la máquina cuya participación es superflua.

Desde esta lógica inmanente que sugiere una trayectoria inexorable ligada a la producción en serie, Piore y Sabel señalan que la persistencia de pequeñas empresas, que fabrican cantidades limitadas de productos, aparece como si se tratara de una anomalía. Sin embargo, agregan, la historia de la industria moderna está llena de observaciones acerca de la supervivencia de pequeñas empresas en contra de las predicciones que anunciaban su desaparición. Las tentativas por explicar su permanencia han conducido a la formulación de la teoría del "dualismo industrial", según la cual la producción en serie camina a la par de su contraria: la producción artesanal. El dualismo interpreta la producción artesanal moderna como el complemento necesario de la producción en serie, y pone el ejemplo de las máquinas para fabricación seriada que han sido construidas en forma artesanal.

No obstante, señalan que el dualismo industrial deja de lado la existencia de los *distritos industriales,* célebres desde el siglo XIX, como la sedería de Lyon, las telas de algodón (calicó) de Alsacia y las de lana de Roubaix, entre otras experiencias importantes. En estos distritos operan, hasta la fecha, pequeñas fábricas que aplican nuevos procesos técnicos sin crecer o transformarse necesariamente en grandes empresas, ni estandarizar sus productos.

Los estudios de Piore y Sabel coinciden con los de Bagnasco (1989) en Italia y los de Scott (1988) en el sur de California. En la llamada Tercera Italia, que comprende las regiones de Emilia-Romaña, las Marcas, Toscana y Venecia, se desarrollan complejos industriales cuya base la

conforman empresas pequeñas, muy flexibles, que surgen en pequeñas ciudades de población campesina con tradición artesanal. Esos antiguos talleres artesanales se convierten en uno de los elementos más modernos, pues producen pequeñas cantidades de artículos que tienen demanda internacional por sus diseños y alta calidad. Es el caso de la joyería de Arezzo, los textiles de Capri, los vestidos de lana de Prato, la cerámica de Sassuolo y la producción de muebles y calzado en Marche. Con características similares a estos distritos industriales, se desarrollan polos tecnológicos *(technopoles)* más grandes en el Silicon Valley en California, en Corridor M4 y Reading en Gran Bretaña, así como en Scientific City en el sur de París, entre otros (Czerny, 1992).

Resaltan tres características importantes de los distritos industriales: a) producen una amplia gama de mercancías para mercados regionales diferenciados, tanto en el interior como hacia el exterior de las fronteras, por lo que modifican constantemente sus productos; b) utilizan una tecnología flexible (reprogramable) que permite hacer cambios rápidos de un tipo de productos a otro, dentro de un mismo grupo, combinando las destrezas artesanales de los trabajadores, lo cual promueve el desarrollo de la calificación obrera, c) crean una estructura institucional (el municipalismo, el capitalismo de ayuda social y el familiarismo) que favorece la ayuda y la solidaridad entre productores, lo que permite equilibrar la cooperación y la competencia entre empresas.

De acuerdo con estos autores, el dinamismo de estas pequeñas y medianas empresas no puede encuadrarse en la tesis según la cual la producción artesanal no podría existir más que como forma de producción tradicional y subalterna. Piensan que, tanto como en el caso de la producción en serie, los distritos industriales representan "un modelo completo de evolución tecnológica" (1989, p. 48).

Para estos autores, los obstáculos que presenta la producción artesanal no residen en la incapacidad fundamental de este modo de producir para innovar su sistema de acuerdo con las exigencias exteriores, sino más bien en la hostilidad que ejerce en contra de ellas el medio político, institucional y económico. Plantean que la orientación del crecimiento depende de las ventajas económicas que otorga el Estado para favorecer a ciertos grupos y a ciertas actividades; así, la economía es un reflejo de la política.

A partir de este punto, el análisis prosigue con las implicaciones espaciales que tiene esta forma de producir, la cual conduce a un reagrupamiento geográfico ya que exige una nueva articulación entre las empresas y la mano de obra. De este modo, destaca la importancia de las redes industriales y sociales, y las formas de cooperación que surgen no solo entre pequeñas empresas, sino entre estas y las grandes, con el fin de enfrentar las incertidumbres del mercado.

Su planteamiento es que la especialización flexible conduce –tanto a las grandes empresas como a las pequeñas– a compartir conocimientos y recursos; genera una tendencia a la desverticalización y descentralización de las unidades productivas, y provoca el resquebrajamiento de las antiguas jerarquías laborales, en tanto permite el desarrollo de las calificaciones. De allí se deriva una visión transformadora de los distritos industriales y un enorme potencial para desarrollar las economías regionales mediante la colaboración interregional que puede fácilmente convertirse en la metáfora política y la matriz para la agrupación de otros recursos. Al mismo tiempo, sería posible ver, a través de los distritos, el surgimiento de una nueva forma de economía nacional e internacional (Amin y Robins, 1991, p. 189); incluso se sugiere que este tipo de organización puede constituirse en la base de un proyecto político alternativo al de las grandes empresas y generar un desarrollo regional alternativo.[12]

Este mismo tipo de enfoque se encuentra en un estudio de Scott y Storper (1989) ampliamente analizado por Amin y Robins (1991). Este trabajo, inspirado por las perspectivas regulacionistas de la escuela francesa, se deja también seducir por las potencialidades de los distritos industriales, pero su planteamiento va más allá que el de Piore y Sabel, porque presenta una teoría estructural de la transformación.[13] Es decir, no solo encuentra en la especialización flexible una forma de organización industrial, sino "una forma de acumulación que determina una época social históricamente nueva" (Amin y Robins, 1991, p. 192).

De acuerdo con Scott y Storper (1989), el periodo actual se caracteriza por la crisis del fordismo como régimen de acumulación capitalista y la

12. Ch. Sabel y J. Zeitlin (1985, pp. 133-176; citado por De la Garza, 1996); M. Czerny (1992).

13. Recientemente, Scott y Storper escribieron un trabajo titulado *Les mondes de production: enquête sur l'identité économique de la France* (1993), en el que profundizan esta teoría.

aparición de un nuevo régimen de acumulación flexible. Esta transformación industrial se expresa también en "una nueva geografía" desarrollada a partir de la desintegración vertical de las estructuras organizativas y la convergencia y ubicación de otras nuevas estructuras en aglomeraciones espaciales periféricas llamadas distritos industriales. Tales aglomeraciones coinciden con una nueva cultura empresarial, y con los "modos de vida reguladores correspondientes". Plantean también la aparición de una "nueva política posfordista" (Amin y Robins, 1991, p. 194).

Entre las críticas que se han hecho a estos trabajos está, en primer lugar, el planteamiento de que la especialización flexible es consecuencia de una crisis de la producción masiva y del cambio en la estructura de la demanda que exige un nuevo tipo de mercancías especializadas y diferenciadas para las cuales el sistema de producción masiva carece de respuesta. Al respecto, algunos autores como Wood (1991) se preguntan si realmente se puede asegurar que existe una saturación de los mercados y una crisis de la producción masiva, cuando la mayoría de los bienes asociados con la producción flexible en Japón constituyen ejemplos clásicos de mercancías masificadas como son los aparatos fotográficos, transistores, televisores, videocaseteras, etcétera. Autores como Williams *et al.* (1987)[14] demuestran la persistente importancia de la demanda masiva en lo que hoy se denomina "mercados maduros", así como "la capacidad de los líderes del mercado para satisfacer la demanda diferenciada recurriendo a un muy gran número de piezas de producción masiva y estandarizadas comunes". De tal modo que se cuestiona si hoy en día, más que la disolución de los mercados masivos, lo que tenemos es una mayor diferenciación de productos.

Se critica, sobre todo, la idealización que se ha hecho de los distritos como un nuevo modo de regulación o de acumulación que caracterizaría la "era del posfordismo". De acuerdo con Amin y Robins,

> Scott y Storper se ven atrapados, como Piore y Sabel, en la idealización de la especialización flexible y los distritos industriales, y en la demonización del fordismo y de la producción masiva. Esto se basa

14. Citado por Amin y Robins (1991, p. 190).

> en un tipo de pensamiento binario que opone la flexibilidad a la rigidez: términos que están en el centro de un proceso de división, común a muchas formas de especulación futurológica, que polariza un pasado rígido contra un futuro flexible (1991, pp. 193-194).

Otro elemento de crítica a este planteamiento es la indefinición de lo que se considera realmente como distrito industrial. Según Juan José Castillo, el término puede ser tan laxo que abarca cualquier tipo de conjunto industrial, y no permite determinar especificidades, ni servir al análisis sociológico. Así, la primera consecuencia es "la confusión política entre los rasgos socialmente positivos para la mayoría de los que laboran en los 'auténticos' distritos y la realidad de una restructuración productiva mucho más negativa para una mayoría de trabajadores" (1994, pp. 54-55).

Esta situación ha sido puesta en evidencia al analizar lo que realmente sucede en experiencias como la llamada Tercera Italia,[15] o en el estudio que citan Amin y Robins en 70 zonas con distritos industriales, en donde la gran mayoría de los trabajadores se dedican a la producción de ropa de moda y muebles de madera. En ambos casos, la ubicación de los distritos, cerca de pequeñas ciudades agrícolas, les permite beneficiarse de una mano de obra barata, así como de la disponibilidad y destrezas de los trabajadores, sus esposas, la familia ampliada o la mano de obra juvenil, lo que en gran parte se logra por la proximidad entre hogar y trabajo. A las empresas, este tipo de convenios les da una gran flexibilidad para conseguir, a menor costo, una fuerza de trabajo cada vez menos organizada y más disponible. Así, el mercado de trabajo puede ser regulado por relaciones familiares, comunitarias y clientelistas (Reyneri, 1989).

Muy seguido, las empresas manufactureras que operan en los distritos industriales recurren ampliamente al trabajo a domicilio. Este tipo de trabajo es el último eslabón de una cadena de descentralización de procesos de transformación industrial que implican unidades productivas de distinto tamaño y de características institucionales muy diversas, entre las que pueden encontrarse empresas transnacionales como Benetton.

15. Una compilación de trabajos interesantes sobre esta región se encuentra en M. Maruani, E. Reynaud y C. Romani (1989).

Frey (1989) plantea que entre más amplia sea la oferta de trabajadores dispuestos a efectuar una actividad remunerada, aun si no es empleada oficialmente, las posibilidades de descentralización de las empresas y el recuso al trabajo a domicilio se hace más fácilmente realizable. Por lo demás, ese potencial de trabajo "implícito" se hace más importante a medida que el desempleo y el subempleo son suficientemente "explícitos". Este fenómeno tiende a favorecer la transformación de la familia rural en una verdadera unidad productiva para el desarrollo de actividades extragrícolas, particularmente para las mujeres y otros sectores marginados. Así, el nuevo tipo de trabajo a domicilio genera actores mixtos que vinculan la figura del ama de casa/trabajadora, la del viejo o jubilado/trabajador y la del estudiante/trabajador. De esta manera, se borran las fronteras entre trabajo, desempleo y subempleo, entre trabajo formal e informal o clandestino, y entre espacio de trabajo y hogar.

Amin y Robins señalan, además, la dificultad de las empresas, de los distritos industriales, para sobrevivir sobre la base de una preparación artesanal, con la cual tienen que responder a los nuevos diseños y a las nuevas exigencias del mercado. De tal manera que el retraso en la incorporación de innovaciones técnicas por parte de las pequeñas empresas y la gran heterogeneidad que priva entre ellas hace descansar su competitividad más en las destrezas artesanales que en la tecnología (pp. 199-200).

Estas críticas llevan a matizar las bondades de los distritos industriales y a ponderar las posibilidades de que sean analizados como el reflejo de un nuevo régimen económico posfordista, en donde predominaría la pequeña empresa con tecnologías flexibles, recalificación del trabajo y relaciones sociales más democráticas.

Toyotismo, producción ligera (lean production) o modelo japonés

Las teorizaciones que surgen con este enfoque giran sin duda en torno a la experiencia de la fábrica de automóviles Toyota. De ella se han derivado los conceptos de toyotismo, ohnismo y producción ligera.

Quienes analizan ampliamente esta experiencia, y hacen de ella un modelo mundialmente aplicable son Womack y colaboradores en

su estudio del MIT, *La máquina que cambió el mundo* (1992), y Benjamín Coriat en su libro *Pensar al revés* (1992).

Los conceptos de producción ligera y toyotismo surgen a mediados de los ochenta, y están ligados a la difusión de la obra de Ohno,[16] ingeniero-jefe y luego director de las fábricas Toyota, y creador del sistema *kan-ban*. Con su obra, queda claro que la expresión más pura y acabada de la producción ligera nace en Toyota, y de esta manera se convierte en un modelo y desafío para otras empresas, no solo japonesas.

Varios autores insisten en la importancia de historizar estos conceptos (Bonassi, 1993; Toledo, 1986), y plantean una serie de acontecimientos locales que llevan al Japón, en los años cuarenta, a adoptar nuevos métodos de trabajo en un sector que apenas se iniciaba en este país: la industria automotriz. Entre otros, se destaca la severa crisis financiera, una huelga de enormes magnitudes que termina con el despido de 1.600 obreros y la Guerra de Corea, que desencadena una fuerte demanda de motores, cuando antes era muy restringida.

La empresa Toyota, al borde de la quiebra, se ve obligada a adaptar su producción a las ventas y comienza a aplicar un sistema que consiste, según Ohno, en "pensar al revés". En vez de producir grandes volúmenes de productos altamente estandarizados, con enormes existencias y economías de escala, intenta producir series limitadas de productos diversificados, con costos cada vez más bajos y, a pesar de ello, con ganancias en productividad. Este objetivo da origen a un conjunto de innovaciones regidas por el "espíritu Toyota" que se resume en "producir lo necesario, justo a tiempo" (Coriat, 1992).

El método *kan-bam* que permite racionalizar la producción a través de las existencias, es una nueva forma de organizar el trabajo "de abajo hacia arriba", es decir, partiendo de los pedidos y de los productos ya vendidos. De esta manera se reducen los *stocks*, ya que cada puesto especifica la cantidad exacta de unidades necesarias para producir de acuerdo con la demanda (Coriat, 1992, p. 24).

Los elementos que destacan de este modelo productivo son los siguientes:

16. Coriat (1992) cita las obras de Ohno *Toyota seisan kôshik* (1978) y *L'esprit Toyota* (1989).

a. *Eliminación de recursos innecesarios* y del despilfarro. Es decir, menos existencias, menos espacio, menos tiempo para reparar la maquinaria, menos movimientos de materiales, menos personal, menos aparatos informativos y tecnologías más austeras. Por esto se le da el nombre de ligera, ajustada o adelgazada a esta producción (Bonazzi, 1993).

b. *Tecnología de grupos y células de producción autónomas,* cuyo principio básico es la elaboración completa de familias de piezas en áreas de fabricación y montaje técnicamente acondicionadas para ello, lo que permite fabricar simultáneamente, y de manera automática, una gama diferenciada de piezas y productos similares sobre la base de un conjunto de máquinas-herramientas programables (de comando numérico) alimentadas por robots. La imagen ideal de este tipo de organización es la "fábrica dentro de la fábrica" (CIM-WORLD, 1992, p. 90) o "el taller flexible" (Coriat, 1987).

c. *Autoactivación* de la producción, que consiste en la introducción de un mecanismo de detención inmediata de la maquinaria por parte de los trabajadores, en caso de funcionamiento defectuoso. Este principio busca evitar al máximo los desperdicios y las fallas de la maquinaria. Se acompaña de dos elementos: linealización de la producción y trabajo con "implicación" en torno a puestos polivalentes. La linealización de la producción supone: concebir las instalaciones en forma de "U", de tal manera que las entradas y salidas de una línea de producción estén unas frente a otras, y calcular permanentemente los estándares de operación que se asignan a los trabajadores. La implicación de los asalariados en las decisiones relativas a la producción supone la movilización de trabajadores pluriespecializados o polivalentes que conforman un nuevo tipo de trabajador con alta calificación. El objetivo es lograr la adaptabilidad constante de los obreros a la variación de las tareas y a los flujos de producción, así como su participación en la solución de los problemas planteados por la introducción de nuevas tecnologías. Gracias a este operativo, se reduce la actividad de las oficinas técnicas, las tareas de supervisión y el número de todo tipo de trabajadores indirectos.

d. El *principio de tiempo compartido,* en lugar del tiempo asignado que predomina en la producción taylorizada. Se logra gracias a la linealización de la producción y a la polivalencia de los trabajadores. Es una

forma de división del trabajo en tareas cuyo rasgo central es que estas son compartibles.

e. Para facilitar su ejecución, se desarrollan los *círculos de calidad* o *equipos de trabajo;* se trata de grupos de trabajo altamente calificados, lo más homogéneos posible, en los cuales los operarios pueden sustituirse mutuamente y llevar a cabo, entre ellos, la transferencia de todas las tareas relativas al proceso de trabajo: la planificación, el control de plazos y el control de calidad (CIM-WORLD, 1992, p. 90).

f. El principio de *calidad total* o *cero defectos* el cual se logra gracias a un conjunto de dispositivos que permiten prevenir los errores y hacerlos casi imposibles. Se logra a través del sistema "Andon", consistente en un tablero que va indicando el desarrollo del proceso de producción y hace visibles los errores. Este procedimiento se agrega a otro dispositivo llamado *Poka-yoké*, que permite el uso de un conjunto de procedimientos de fabricación y de cambios rápidos de herramientas para garantizar la calidad total (Coriat, 1992).

g. El *principio de mejoramiento continuo* o "*kaizen*", referido a que cada uno de los aspectos del proceso productivo es objeto de discusión, experimentación y comprobación de posibles cambios. Significa que no existe el *one best way;* por el contrario, motiva a los trabajadores a proponer otras formas de hacer el trabajo de mejor manera.

h. Este procedimiento lleva al *involucramiento o implicación de los trabajadores* con la empresa, delegando en ellos un máximo de tareas y de responsabilidades, no solo para detectar cualquier tipo de fallas, sino para proponer cambios que permiten mejorar los procedimientos de trabajo (Bonazzi, 1993; Coriat, 1992; Womack, 1992).

i. *Suministro justo a tiempo* (JAT) de los materiales que se van a elaborar o a ensamblar. Este sistema, inspirado en los supermercados, supone el remplazo inmediato de los insumos, y regula la relación entre el cliente final y los programas de producción. Implica un nuevo sistema de suministro y una relación distinta con los subcontratistas. La participación de subcontratistas de distinto nivel, seleccionados de acuerdo con su capacidad para colaborar con la empresa líder, requiere un intercambio constante de información y de ayuda, entre ellos y con la empresa. De esta manera, se crea una compleja red de cooperación, basada en relaciones

de confianza recíproca. Esta forma de operación permite reducir los costos de abastecimiento y garantizar la calidad final de los productos gracias a un suministro rápido y ágil de insumos de la mejor calidad.

Aunque el modelo japonés figura actualmente entre el empresariado (*management)* de todo el mundo como un "milagro" y, por lo mismo, como un referente a imitar, aplicable a todo tipo de realidades sociales productivas, ha recibido también un sinnúmero de críticas en las que se destacan los problemas reales que aparecen en su operación, aun en Japón y en la propia empresa Toyota.

Entre los problemas de fondo cabe mencionar el planteamiento de que el toyotismo e incluso el modelo japonés en sentido amplio no constituye una verdadera alternativa al fordismo. Hay quienes señalan que se trata solamente de un fordismo avanzado que busca resolver los cuellos de botella de la producción en masa. Giuseppe Bonazzi comenta al respecto que el propio Ohno –inspirador de la revolución Toyota– admite no haberse propuesto nunca superar el taylorismo, sino "pensarlo al revés". Es decir, podría tratarse de un taylorismo que los trabajadores deben interiorizar y superar, lo que exige de ellos mayor responsabilidad y más compromiso, a la vez que supone más control por parte de la empresa (1993, pp. 8-10).

Al respecto, se analiza si los asalariados logran interiorizar los principios de la empresa por una ética de dedicación obsesiva al trabajo que se desprende de un espíritu nacionalista y de una cultura particular, o si estos elementos tienen que ver con el sistema de empleo de por vida y la forma de fijar los salarios, así como con la derrota del movimiento sindical de Japón en los años cincuenta. De esta mañera, se concluye que "el toyotismo no es más que la práctica de los principios organizativos del fordismo en una situación de prerrogativas patronales ilimitadas".[17]

Algunos autores, como Wood (1992), hacen una distinción entre ohnismo o toyotismo y japonización. Los primeros términos se refieren a la innovación que representa la producción justo a tiempo, mientras que el segundo es un término que se refiere al proceso por el cual un nuevo paradigma organizativo se difunde, sea por la vía de las inversiones

17. Dohse (1984) y Kenny & Florida (1988) citados por Bonazzi.

japonesas al extranjero (trasplantes) o por la adopción de estos métodos en las empresas no japonesas. Ackroyd *et al.*[18] plantean la diferencia entre una japonización directa y otra indirecta. La primera consiste en los "trasplantes" o inversiones japonesas que copian en el extranjero el método seguido en Toyota. La segunda supone una selección por parte de las empresas occidentales de ciertos elementos del modelo japonés que pueden ir encaminados a lograr calidad total y rapidez productiva, aunque con métodos y resultados alejados de los parámetros japoneses en sentido estricto.[19]

Esta clasificación abre, a su vez, el debate al problema de la "aplicación" o "adaptación" de este modelo en otros contextos sociales. Para los puristas, que interpretan el modelo japonés como un sistema holista, no puede haber aplicación sino adaptación. La adaptación significa divergencia con respecto al modelo, de acuerdo con el grado de adopción de ciertos elementos y prácticas de este sistema, y no podrá ser aplicado con éxito si se hace "en pedazos" (Wood, 1992, pp. 62-63).

Muy seguido se piensa que las dificultades de los trasplantes no son importantes o esenciales; sin embargo, Humphrey (1992) resalta que los problemas de adaptación del modelo japonés a países del Tercer Mundo, como Brasil, no se reducen a la aplicación de una serie de técnicas en un contexto diferente, sino que ponen en el centro el análisis de las relaciones sociales, mostrando que estas conducen a reformular el pretendido "modelo".

Otra crítica destaca los problemas generados por el exceso de trabajo que este sistema entraña para suprimir los tiempos muertos, los movimientos inútiles, la estandarización de los procesos y la progresiva reducción de todas las porosidades informales, mediante la cooperación constante de los trabajadores. Este problema se vincula con la controversia acerca de las consecuencias del toyotismo sobre el trabajo humano. Algunos estudios sobre los trasplantes en otros países parecen indicar una tendencia al empeoramiento de las condiciones de trabajo al aplicarse este sistema. Entre otros, la intensificación del ritmo de trabajo, horarios prolongados, presiones de

18. Ackroyd, Burrel, Hugues y Whitaken (1988) citados por Wood (1992) y por Bonazzi (1993).

19. Las empresas europeas prefieren comenzar por desarrollar innovaciones tecnológicas y, posteriormente, incorporar los cambios organizativos, al buscar formas más humanas de trabajo, como en el caso de Renault, Fiat y Volvo.

todo tipo para obtener la ilimitada colaboración de los trabajadores con la empresa y el desgaste obrero, a lo que hay que agregar la desarticulación de los sindicatos (Bonazzi, 1993, p. 15).

En Toyota, donde el modelo se presenta en su forma más acabada, han tenido que introducirse recientemente cambios en las formas de operación, entre otras cosas por los problemas que enfrentan para el reclutamiento de mano de obra. El trabajo, en las condiciones que allí prevalecen, sigue siendo objeto de una desafección por parte de los jóvenes, lo que se manifiesta por el notable aumento de la tasa de rotación de personal. Esto, como lo analiza Freyssenet (1993) está estrechamente vinculado con los problemas arriba mencionados, así como con el sistema salarial que prevalece[20] y que empuja a los trabajadores a elevar su productividad y a implicarse cada vez más con la firma. Este es un elemento que ha tenido que cambiar en Toyota para acercarse a una humanización del trabajo:

La nueva dirección de Toyota ha anunciado oficialmente "los nuevos valores de la empresa", que ponen el acento en los valores individuales en detrimento de los valores que privilegian el colectivo y la firma Toyota parece querer cambiar una gestión patriarcal y opresiva, por otra que otorgue más autonomía a los equipos y a los individuos (Freyssenet, 1993, p. 26).

A este problema se agrega la situación que prevalece en las empresas subcontratistas, las cuales inciden sobre el 70 o 75% del valor total del producto. Algunos (Berggren, 1991) plantean que la exigencia, por parte de la empresa matriz hacia los contratistas, para que ofrezcan piezas de gran calidad y baratas, supone una gran explotación detrás de los abastecedores, en donde las relaciones de trabajo son más opresivas y predomina el trabajo femenino desprotegido y descalificado (Hirata, 1992).

---

20. El salario mensual en Toyota se calcula mediante tres elementos: un salario de base que constituye el 40% del monto total, una remuneración correspondiente al incremento de la productividad que integra el 59,5% del total y un 5% que corresponde al puesto. El salario base se fija individualmente en función de la clasificación, la antigüedad, la evaluación de la capacidad individual y de la implicación del trabajador, elementos que son presentados por su superior. Este salario base determina el resto de la remuneración, en lo que concierne a bonos y horas suplementarias. La productividad se compone de un coeficiente calculado por la productividad del equipo y el coeficiente global de la firma.

Es en este sentido que se considera como un "modelo de exclusión" y jerarquizante, ya que el sistema de empleo de por vida que lo sostiene no es válido más que para un sector que se limita a los hombres y excluye a las mujeres, a los trabajadores temporales y a los migrantes que laboran en las pequeñas empresas. Además, separa por un lado a los trabajadores calificados de las grandes empresas, en su mayoría hombres y, por el otro, a los que laboran en las empresas subcontratistas en donde, aparentemente, la calificación no es un imperativo y predomina el trabajo femenino.

Todos estos elementos mencionados conducen a considerar que el toyotismo o modelo japonés no representa un modelo estructuralmente diferente del fordismo, sino un "fordismo avanzado" que puede más fácilmente ser caracterizado como "neofordismo".

Producción "reflexiva" y humanización del trabajo

Aunque se ha difundido poco la experiencia organizativa surgida en la fábrica de automóviles Volvo, en Suecia, resulta interesante presentar los rasgos generales que la caracterizan, ya que se trata de un ensayo explícito para transformar a fondo la organización del trabajo con el fin de hacerlo más humano.[21]

El elemento central que hace surgir esta experiencia es la crisis del trabajo industrial y su desvalorización, sobre todo por parte de la población joven, situación que amenazaba no solo a la firma Volvo, sino a la industria sueca en general. Para hacer frente a este problema, Volvo echó a andar diez ensayos diferentes, buscando alternativas a los problemas de ausentismo, rotación y desperdicio asociados con la cadena de montaje. Estos experimentos se llevaron a cabo en la fábrica matriz de Torslanda, ubicada en Gotemburgo, y en la fábrica de Kalmar.

La experiencia kalmariana implicaba un fraccionamiento de la cadena de montaje y mayor participación de los trabajadores en el proceso productivo. Sin embargo, las transformaciones que allí se llevaron a cabo no fueron suficientes para lograr la satisfacción de los obreros, aunque la empresa había logrado reducir considerablemente el ausentismo y

21. El análisis de esta experiencia se basa en varios textos compilados en Freyssenet (1994), y en Lara, Montiel y Reygadas (1996).

la rotación. Cabe señalar que estas experiencias pudieron ser realizadas gracias a un sindicalismo fuerte que permitió la colaboración de los trabajadores.

La empresa decidió entonces poner a prueba un nuevo proyecto, para lo cual encargó a un equipo de investigadores un estudio piloto para proponer una alternativa sobre la base de la experiencia de Kalmar. Sin embargo, ellos decidieron no solo mejorar la propuesta kalmariana sino hacer algo realmente distinto en cuanto a contenido del trabajo y productividad.

Una serie de "acuerdos de desarrollo" firmados entre la empresa y el sindicato llevaron a la unificación del sindicato de "cuellos azules" (Metall) y de "cuellos blancos" (SIF). De esta manera, el sindicato tomó parte activa en el proyecto de lograr: "calidad, flexibilidad e implicación humana". Entre los acuerdos se decidió que el 45% de los efectivos contratados en Uddevalla deberá estar integrado por mujeres. También deberá estar integrado por proporciones determinadas de asalariados de diferentes categorías de edad, incluyendo a los que tienen más de 45 años, "con el fin de que las aptitudes y capacidades propias de cada edad puedan combinarse útilmente en el proceso de aprendizaje y de perfeccionamiento del nuevo sistema de trabajo" (Charron y Freyssenet, 1994, pp. 20-21).

Fue así que se montó en Uddevalla, en un antiguo astillero, un taller de ensamblaje final. En este, un auto Volvo fue totalmente desmontado y sus piezas se acomodaron en el suelo, para que por primera vez los trabajadores se dieran cuenta de que los componentes de un vehículo no eran tan complejos. En torno a esta experiencia, que se llamó "abril rojo", se construyó la nueva propuesta con los siguiente elementos:

a. Proceso de humanización desarrollado desde el diseño mismo del trabajo, apelando a la *capacidad reflexiva* de los trabajadores y a sus conocimientos prácticos.

b. *Montaje holístico*, consistente en poner en juego la lógica de estructuración y funcionamiento del vehículo a ensamblar, haciendo de esta lógica el eje de la reorganización del montaje.

c. *Aprendizaje funcional*, en el cual el auto es un conjunto comprensible y cada parte tiene un significado para el obrero. Para lograr esto, se

remplazan los números por nombres significativos de cada una de las partes del automóvil.

d. Ciclos de trabajo más largos y mayor duración de las operaciones a realizar por cada obrero, ya que las tareas asignadas a cada uno de ellos comprenden un gran número de actividades, lo que supone *mayor calificación laboral.*

e. Flujos de producción paralelos, para permitir la formación de *grupos autónomos de trabajo* que ensamblan de manera independiente un auto completo en un tiempo récord.

f. Equipos de trabajo autónomos, capaces de tomar decisiones importantes en relación con el ritmo de trabajo, la secuencia en la que realizan sus operaciones y planear sus actividades. De esta manera se busca *implicación* y unidad entre la parte técnica del proceso y el diseño.

g. El modelo pone el acento principal en la *humanización del trabajo*, por eso también contempla los problemas de ergonomía, que suponen el desarrollo de nuevas herramientas de mano, adaptables a diferentes tamaños y fortalezas, y la operación del ensamble inclinado para que los trabajadores realicen su trabajo en posición erguida.

h. Este proyecto intenta no solo la humanización, a expensas de la eficiencia técnica y de la productividad, como lo han querido ver sus detractores. Entre sus logros se menciona un incremento de la productividad del 50% entre 1990 y 1992, una mejora notable en la calidad de los productos, reducción de costos de entrenamiento y herramientas, disminución de riesgos de salud y de seguridad, alta flexibilidad y combinación del ensamblaje por pedido del cliente con tiempos cortos de entrega.

Entre los elementos más novedosos de este modelo se menciona, también, que el sistema udevalliano rompe con los principios de sumatoria y fluidez, originados en la cadena de montaje, los cuales buscan ahorrar tiempo y espacio. La experiencia consiste en poner en marcha la lógica de estructuración y funcionamiento del vehículo a ensamblar y hacer de esta lógica el eje de reorganización del montaje. De esta manera, el obrero logra incluso anticipar mentalmente lo que requiere para realizar el montaje, incluyendo las piezas necesarias. Esto, unido a la relación directa que se establece con el cliente, permite a los obreros guiar

su atención en el ensamblaje tomando en cuenta los deseos y exigencias de este, e incluso proponer las modificaciones que podrían hacérsele al vehículo para mejorarlo. El vínculo con el cliente, que puede estar presente en el momento del montaje de su vehículo, refuerza la "capacidad de diálogo entre el obrero y el buró de estudios" (Freyssenet, 1994) y rompe la rígida división entre inteligencia y trabajo manual.

Estos logros se basan, ante todo, en una estructura organizativa que descansa en un proceso de capacitación decisivo para crear en los obreros nuevos hábitos y costumbres. Este proceso se lleva a cabo en el momento mismo de la fabricación de productos reales, basándose tanto en experiencias individuales como colectivas en el interior de los equipos. Además, permite la combinación de capacidades manuales e intelectuales, de tal manera que se logra un aprendizaje integral.

Todo esto ha hecho que se plantee el acercamiento entre esta forma de producir y la que se da en el artesanado, por lo que algunos críticos señalan que se trata de una producción "neoartesanal", sin posibilidades de extenderse ampliamente como un modelo universal. El cierre de la planta de Uddevalla en 1993 reforzó este planteamiento; no obstante, su reapertura en 1995 se ha convertido en una esperanza para quienes ven en esta experiencia los elementos de lo que verdaderamente sería un "nuevo modelo" y no solo un "modelo mejorado", como se dice en el caso del toyotismo.

Nuevo modelo de acumulación o "flexibilidad productiva"

Las potencialidades de las experiencias que hemos analizado arriba tienden a extrapolarse para ser consideradas como la base no solo de nuevos modelos productivos, sino de una nueva forma de organización de la sociedad o de un nuevo modelo de acumulación llamado posfordista.

Esta discusión ha complicado el debate y ramificado los puntos de desacuerdo, no solo con respecto al carácter de la crisis, las causas que la generaron y lo que estaría por delante. Es decir, si se trata de una crisis de carácter estructural y prolongado o de una etapa de transición hacia un nuevo régimen de producción. Si debe atribuirse al agotamiento de un modelo de producción basado en normas de producción y de

consumo masivos, si es resultado del papel excesivamente regulador del Estado y de las rigideces que se generaron al otorgar una serie de garantías sociales a los trabajadores, o si se trata de un proceso que ha involucrado a todo el planeta y está relacionado con el proceso de globalización y con el surgimiento de un nuevo orden internacional.

Aunque las explicaciones de la crisis ponen el acento en alguno de estos elementos, podemos decir que el proceso de globalización ha modificado las reglas del juego de la economía mundial y ha trastocado los mercados haciéndolos más frágiles y volátiles. En este sentido, las antiguas formas de producción, por sí solas, resultan limitadas para hacer frente a las nuevas exigencias del mercado y han dado origen a un importante proceso de restructuración que abarca a todos los sectores de la economía.

El debate continúa en relación con el sentido y alcance de esta restructuración. Si bien hay coincidencia respecto de que el camino a seguir ha sido el de la flexibilidad, hemos visto que hay un contenido polisémico de lo que esta significa. Puede referirse a una "flexibilidad simple" que consistiría en la aplicación de un conjunto de recetas extraídas básicamente del modelo japonés, las cuales buscan lograr un perfeccionamiento del fordismo y darían lugar a lo que se ha llamado neofordismo, japonización del fordismo o toyotismo. Para otros, la flexibilidad del modelo japonés o de la "especialización flexible" constituye una alternativa totalmente diferente del fordismo e implica una ruptura con sus principios, por lo cual hablan de posfordismo. Mientras que las experiencias suecas de Kalmar y de Uddevalla han sido contempladas como modelos ideales o utópicos de una organización mucho más avanzada por su carácter holista y reflexivo.

Sin embargo, en el extremo de estas posiciones están aquellas que consideran que estas experiencias representan la punta de lanza de un nuevo modelo de acumulación, basado en un paradigma tecnológico radicalmente diferente del fordismo que se impone como una nueva fase productiva. Es la posición de la corriente institucionalista, donde se ubican los neoschumpeterianos, para quienes estaríamos en el curso de la tercera revolución científico-tecnológica; o de los regulacionistas, quienes consideran que el periodo actual podría ser

conceptualizado como la crisis del fordismo, y la transición hacia "una nueva síntesis funcional" que sería "la era posfordista" (Amin y Robins, 1991, p. 194), posición con la cual coinciden los teóricos de la "especialización flexible".

Algunos autores (Czerny, 1992) piensan que estamos en un proceso de "transición" entre un nuevo régimen de acumulación que no es todavía lo suficientemente fuerte y común para dominar todo el espacio, de tal manera que persisten "reductos propios de diferentes regímenes, muy resistentes al espacio, que forman, junto con los nuevos, un espacio caótico y desordenado" (pp. 4-6). Desde este punto de vista, la complejidad de las formas productivas que aparecen en la realidad tendería a desaparecer cuando el nuevo régimen posfordista lograra imponerse sobre esos "reductos".

Entre las críticas que se han hecho a esta última forma de conceptualizar la flexibilidad se plantea que no hay un factor central necesario, impulsor del cambio, sea este el mercado, la tecnología o el proceso de acumulación (De la Garza, 1996), y que la realidad no puede analizarse bajo una especie de "etapismo" y de "rupturas" (Castillo, 1994).

La misma crítica hecha por Piore y Sabel (1989) respecto de la existencia de una trayectoria inexorable que llevaría inevitablemente a la producción en masa puede aplicarse al razonamiento que supone un solo camino conducente hacia el posfordismo, el cual ve las antiguas formas de producción como residuos que quedarán sometidos a las nuevas pautas productivas. Esta manera de analizar la realidad, dice Castillo (1994), impide ver "en qué medida todas y cada una de esas formas organizativas forman parte de la misma realidad, son su cara y su cruz".

Otros autores han utilizado el concepto de "hibridación" para explicar la persistencia del fordismo y de otras formas de producir, en particular cuando analizan los trasplantes japoneses en diferentes países, considerando que su persistencia corresponde a un proceso de adaptación continua y de aprendizaje "que conduce a desplegar prácticas originales, y en otros casos a erosionar la novedad productiva" (Boyer, 1994, p. 11). No obstante, este concepto lleva a analizar todas las diferencias con los tipos ideales como producto de las adaptaciones que se hacen a los nuevos elementos, por lo que resulta poco eficaz.

En el enfoque de la "opción estratégica" (Strategic Choices Approach) elaborada por MacLoughlin y Clark (1988), Wilkinson (1983) y Child (1985),[22] el cambio tecnológico no está determinado por una lógica central del desarrollo capitalista o por imperativos externos a la empresa, sino que se trata de consecuencias elegidas y negociadas dentro de la misma organización y por sus propios actores: gerentes, sindicatos y trabajadores, quienes ejercen un papel activo en su ejecución, lo que hace descansar la aplicación de uno u otro modelo en una especie de voluntarismo de parte de los actores (Roldán, 1992).

Boyer y Freyssenet (1995) analizan la presencia de diferentes modalidades productivas como resultado de los distintos tipos de prácticas que pueden poner en marcha las empresas para resolver o reducir las incertidumbres del mercado y del trabajo, propias de nuestro sistema económico, descartando la hipótesis de que las empresas llegan a "la mejor" solución,[23] y que esta, en cualquier caso, es la misma para todas ellas. Plantean que en cada momento histórico las empresas buscan resolver los problemas específicos tomando en cuenta las oportunidades locales, regionales o nacionales, ya sea estandarizando la producción, mecanizando, controlando el trabajo, diversificando la producción o mejorando la calidad. El agotamiento de las potencialidades productivas de un modelo productivo genera nuevas decisiones estratégicas y estimula la invención, el redescubrimiento, el préstamo, la adaptación de nuevas prácticas y dispositivos para responder a los cambios. De tal manera que hay un proceso de experimentación, de selección de estrategias y de soluciones en distintos niveles.

De acuerdo con estos autores, se podrá hablar de "un nuevo modelo productivo" solo si este persigue objetivos distintos de los que le preceden, y si para ello pone en marcha dispositivos técnicos, organizacionales, gestionados y sociales originales, o al menos, si logra hacer una combinación de los antiguos y, finalmente, si logra resultados en general diferentes de aquellos que le precedieron. Esta posición sugiere que la opción a tomar puede dar origen a una nueva configuración cuyas características dependerán de la elección realizada por las empresas.

22. Citados por Roldán (1992).

23. Es el caso de lo que plantean Womack *et al.* (1988), ya que para ellos el mejor camino es uno solo, el de *lean production*, independientemente de sujetos y contextos.

No obstante que coincidimos con estos autores en que la restructuración de las empresas conduce a un proceso de selección, búsqueda y redescubrimiento, con una gran originalidad de combinaciones que permiten hablar de flexibilidad productiva, nos parece que su planteamiento no resuelve el problema de la supuesta centralidad que implicaría un modelo de producción diferente.

El análisis de lo que sucede en otras ramas de la producción y en diferentes sectores productivos de los países no desarrollados permite cuestionar no solo esa "centralidad" o universalidad de los nuevos modelos productivos, sino la tesis de la emergencia de una nueva sociedad con bases radicalmente diferentes a las que sustentaron la sociedad de consumo masivo y de producción en cadena.

Basta con ver lo que sucede al lado de esas experiencias que han permitido acuñar los tipos ideales (por ejemplo, en las empresas subcontratistas que trabajan para Toyota, el trabajo a domicilio en los distritos industriales, etcétera) y analizar el papel que allí cumplen varios grupos sociales como las mujeres, los migrantes, los jubilados y otros, para encontrar situaciones tan "atípicas" que difícilmente pueden pensarse como un problema de transición, de hibridaciones o de una elección racional que conduce por caminos diferentes.

Por esta razón, algunas autoras (Hirata, 1992; Roldán, 1992), consideran importante incorporar una visión de género en el análisis de los nuevos modelos. Ellas plantean que han sido elaborados a partir de ramas típicamente masculinas (automóvil, química, máquinas-herramienta, petroquímica, entre otras), en donde prevalece una segregación de sexo, especialmente en lo referido a las formas de empleo y de calificación. Lo mismo sucede en experiencias del modelo japonés que en las de especialización flexible y en los distritos industriales; experiencias que se presentan como ejemplos de un desarrollo productivo más democratizador porque no vuelven la cara hacia el lugar que tienen allí las mujeres, los jóvenes, los ancianos o los jubilados.

El estudio del sector agrícola mexicano que presentaré a continuación y los dos estudios de caso analizados en la segunda parte de este libro tratan de dar cuenta de la complejidad asumida por la incorporación de nuevas tecnologías y de formas de organización más flexibles,

cuando se trata de un contexto diferente al que ha dado nacimiento a los llamados nuevos modelos.

La manera como se lleva a cabo la restructuración de este sector, y la importancia que el trabajo de las mujeres y de los indígenas adquiere en él, nos lleva a plantear, al igual que a De la Garza (1993), que el posfordismo está lejos de convertirse en una realidad generalizable y dominante, por lo que es preciso distinguir las "flexibilizaciones realmente existentes" de las flexibilidades teóricas o utópicas que se desprenden de los ejemplos antes expuestos. Desde nuestro punto de vista, lo importante no es saber si la realidad se adapta o no a modelos abstractos, ni encontrar tendencias generales, sino analizarla como parte de un proceso que indudablemente se caracteriza por una gran *flexibilidad productiva.* Esta reúne distintos métodos de producción, no necesariamente excluyentes ni contradictorios; incluso, no necesariamente coherentes entre sí, de tal modo que la centralidad o pluralidad de los modelos productivos, así como la existencia de un nuevo modelo de acumulación que caracterizaría la etapa actual, se convierte "en un mito o en un *eslogan*, más que en una realidad" (Boyer y Freyssenet, 1995, p. 30).

II. GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA Y FLEXIBILIDAD PRODUCTIVA EN LA AGRICULTURA

Los orígenes de la modernización agrícola: de la mecanización simple a la "tractorización"

Los análisis sobre la flexibilidad y sobre los nuevos modelos de organización productiva en la agricultura aún son escasos y aislados, a pesar de las transformaciones profundas que se están dando en este sector hacia una mayor flexibilidad productiva.

Varios de los elementos presentes en los modelos productivos propuestos como "tipos ideales", con base en experiencias de la industria automotriz o de otros sectores de punta, se incorporan también a la agricultura, sobre todo en las ramas más dinámicas orientadas a cubrir nichos del mercado internacional. Pero su aplicación adopta características particulares relacionadas

con las especificidades que han determinado el curso de la modernización de este sector a lo largo de los dos últimos siglos.

El desarrollo de la agricultura capitalista ha seguido pautas particulares que la diferencian ampliamente de la industria. Esa diferencia "de origen" determina las características propias de la agricultura en tres niveles: económico, social y productivo.

En el nivel económico, tienen que contemplarse los problemas del monopolio que puede ejercerse sobre los principales medios de producción (tierra, agua y recursos naturales) y la generación de una renta diferencial debida a su escasez natural. [24]

En lo social, debe tomarse en cuenta el problema histórico que representa la existencia del campesinado y su papel en el desarrollo capitalista al funcionar bajo una lógica de producción familiar. Este problema resulta especialmente importante en países como el nuestro, donde la pobreza y la falta de alternativas para una producción tradicional y de subsistencia conduce a los campesinos a engrosar las filas del asalariado rural como trabajadores eventuales.

En lo productivo, los dispositivos técnicos, sociales y organizativos puestos en marcha para reducir las incertidumbres del mercado y del trabajo deben tomar en cuenta los avatares que, a su vez, surgen de los elementos naturales sobre los que se sustentan los sistemas productivos en la agricultura: el clima, el agua, las distintas fertilidades de la tierra, las plagas y los ciclos naturales de las plantas. Deben considerarse, también, las dificultades en la aplicación del fordismo a productos vivos (plantas y animales), sometidos a las leyes de la biología, pues algunas fases del proceso productivo rara vez pueden desempeñarse mecánicamente con la misma calidad con que lo logra el trabajo artesanal.

---

24. Los problemas derivados del monopolio de la tierra provocan una desviación en el mecanismo de fijación de los precios, de tal modo que mientras en la industria se fijan en torno al precio medio, en la agricultura se fijan a partir de las condiciones de producción en las peores tierras y generan una renta diferencial para las tierras más fértiles. Este problema teórico fue ampliamente desarrollado por Marx (1867/1972) en el tomo III de *El Capital*, y retomado por Armando Bartra (1976), y otros autores. En los años setenta, se convirtió en la base de la polémica entre campesinistas y descampesinistas que tuvo lugar en México, pero se trata de una discusión más antigua que puede remitirse al debate entre populistas y bolcheviques al final del siglo XIX y principios del XX en Rusia. Para una reseña de las posiciones que alimentaron este debate en México, véase Feder (1977).

No obstante que la mecanización, el mejoramiento genético de semillas, el desarrollo de insumos agroindustriales (fertilizantes químicos, herbicidas, plaguicidas, etcétera), la compactación de superficies, así como el desarrollo de grandes obras hidráulicas y de modernas técnicas productivas, permitieron reducir, en parte, las incertidumbres de la agricultura y hacer frente al incremento de la demanda, los sistemas de producción masiva encontraron severos límites para su aplicación en este sector. Por eso durante mucho tiempo el crecimiento de la producción agropecuaria tuvo un carácter extensivo (crecimiento de la superficie cultivada) más que intensivo (incremento de la composición orgánica de capital), o combinó ampliamente ambos fenómenos.

Los métodos de producción masiva no solo se desarrollaron más lentamente en la agricultura que en la industria, sino que siguieron una vía *sui generis* en la cual la mecanización se combinó con tareas manuales que aprovechaban el conocimiento tradicional de los campesinos acerca de la naturaleza y de los procesos productivos artesanales.

A grandes rasgos podemos distinguir tres periodos en el desarrollo tecnológico de la agricultura capitalista. El primero cubre más de un siglo y va del inicio del siglo XIX a la Segunda Guerra Mundial: se puede caracterizar como una etapa de lento desarrollo de tipo manufacturero-artesanal. El segundo llega hasta la crisis de los ochenta y corresponde a una etapa de tecnificación acelerada, que permitió en algunos productos (cereales y ganadería) eliminar gran parte de la mano de obra, pero provocó el incremento del trabajo manual en otros cultivos, principalmente en la producción hortofrutícola. El tercero se inicia con el proceso de globalización de la economía y el surgimiento de un nuevo orden internacional conducente a la restructuración productiva del sector.

Durante el primer periodo la mecanización de la agricultura siguió dos pautas tecnológicas que corresponden a situaciones sociales diferentes.

En las regiones de colonización, normalmente de gran agricultura cerealera, en donde a menudo faltaba mano de obra y había grandes planicies,[25] fue necesario introducir máquinas capaces de sustituir a los

25. Algunas de las principales regiones de colonización productoras de cereales fueron Canadá, Estados Unidos, Argentina, norte de México, norte y sur de África, Europa Central, Australia, etcétera.

trabajadores. No es casualidad que una de las primeras grandes máquinas "modernas" utilizadas en la agricultura fuera la cosechadora de cereales inventada en Estados Unidos y experimentada por Mac Cormick en los inmensos llanos del Middle West y en el centro de California (Dorel, 1985). La primera versión de esa máquina, jalada por varios troncos de caballos, necesitaba de un amplio equipo de trabajadores (a menudo mujeres) para cortar (por eso se lo conocía como "segadora"), levantar y "amogotar" (hacer las gavillas) los cereales. Luego, se inventó una "engavilladora", también jalada por animales, capaz de levantar del suelo los cereales previamente cortados y atar mecánicamente las gavillas con un cordel de sisal.[26] Finalmente, transformada en un verdadero y monstruoso taller ambulante equipado con una máquina de vapor, esta máquina pudo cortar, desgranar, ensacar el grano y tirar la paja al suelo en una sola operación (conocida como segadora-trilladora y luego como combinada). Aun así, solo para hacer funcionar esa máquina se necesitaba un equipo de trabajadores.

Un siglo completo fue necesario, el XIX, para pasar de la simple segadora jalada por animales a la segadora-trilladora equipada con su propio motor de combustión. Las innovaciones no solo eran lentas, sino que su difusión se veía restringida por las enormes limitaciones de las comunicaciones.[27] Más tarde, el ferrocarril facilitaría ampliamente la difusión de las nuevas tecnologías. El tractor y la trilladora mecánica, por mucho tiempo movidos con motor de vapor y con extraña semejanza a una antigua locomotora, son los dos ejemplos más característicos de la tecnología de este periodo.

Por sus altos costos y las limitaciones propias de esta tecnología (máquinas difíciles de mover, complicadas de reparar y peligrosas por los

26. Entre 1850 y 1870 la superficie cultivada con cereales en Estados Unidos pasó de 5 a 11 millones de hectáreas, por lo que se dio una enorme escasez de mano de obra para cosechar tal superficie. En esas condiciones, la mecanización era un imperativo. Con la extensión de la segadora-engavilladora, fabricada por la International Harvester, la fibra del sisal se volvió un insumo tan importante que esa compañía logró, a partir de 1880, tener el control del mercado mexicano del henequén y con ello disminuir su precio. Entrado el siglo XX, los países desarrollados empezaron a cultivar henequén en sus colonias: los alemanes e ingleses en Kenia y Tanzania, los holandeses en Java y Sumatra, los estadounidenses en Filipinas. Eso marcó el fin del auge de la casta divina yucateca (De Teresa, 1992, p. 57).

27. Basta señalar que, en 1854, para llevar una segadora-trilladora de Michigan a California hubo que transportarla por barco vía el Cabo de Hornos (Dorel, 1985, p. 488).

riesgos de incendio) su difusión fue lenta. No fue sino hasta después de la Primera Guerra Mundial, con el mejoramiento del motor de combustión, que su uso se amplió en Canadá, Estados Unidos y en la Unión Soviética. En Europa hubo que esperar el paso de la Segunda Guerra Mundial y el nuevo salto tecnológico que corresponde a este momento (Dorel, 1985; Augé-Laribé, 1955).

Por otro lado, en las regiones con viejos asentamientos humanos, en donde existía una mano de obra abundante, normalmente vinculada a sociedades campesinas,[28] predominó lo que podemos llamar "la pequeña mecanización", o "mecanización simple" cuyo objetivo fue mejorar la eficiencia del trabajo. Corresponde a la invención de herramientas que pudieron ser avanzadas para su época (como la sembradora, la segadora, el rastrillo mecánico, la arrancadora de papa y otras), pero que seguían dependiendo de la tracción animal (Augé- Laribé, 1955; Duby y Wallon, 1976, p. 145). Esta tecnología ofrecía ventajas a la medianas y pequeñas unidades de producción con serias dificultades para adquirir y rentabilizar las grandes máquinas; fue también ampliamente adoptada por las grandes empresas para mejorar sus rendimientos sin modificar fundamentalmente su tecnología y, por lo tanto, sin recurrir a costosas inversiones difíciles de rentabilizar.

Por su lado, los avances en el uso de fertilizantes y plaguicidas fueron mínimos en esta etapa. Si bien la ciencia avanzaba rápidamente y se escribían importantes obras sobre el uso de la química (fertilizantes) y de la microbiología (nutrición animal y vegetal) en la agricultura, las dificultades para la incorporación de estos productos por parte de los agricultores y los problemas de transportes limitaron su difusión. Solo los agricultores ilustrados, con buen capital y bien ubicados, podían beneficiarse de esos adelantos científicos.[29]

---

28. Regiones con viejos asentamientos humanos y mano de obra abundante fueron Europa, en particular Francia, España, Portugal, Italia, numerosas regiones de América Latina y, en México, el centro, sur y sureste del país.

29. Podemos mencionar la existencia, desde la segunda mitad del siglo XVIII y a lo largo del XIX, de los famosos trabajos de Lavoisier, Pasteur y luego de Boussingault, *Agronomie, chimie agricole, physiologie* (1884), en Francia; de Humphrey Davy en Inglaterra, *Elements of agricultural chemistry* (1813); de Liebig, *Chimie organique appliquée à la physiologie végétale et à l'agriculture* (1840), y *Les lois naturelles de l'agriculture* (1864).

En ese largo periodo, que se extiende hasta la Segunda Guerra Mundial por las condiciones sociales específicas de la agricultura, más que eliminar mano de obra se buscaba crear las herramientas necesarias para hacer más eficiente el trabajo, tanto para cultivar mayores superficies como para mejorar las tecnologías e incrementar los rendimientos. Eso quiere decir que, hasta hace menos de 50 años, la modernización de la agricultura siguió las pautas de los procesos manufactureros.

Tres situaciones se derivan de ese proceso. Primero, mientras que la división del trabajo avanzaba en la industria y suponía la descalificación del trabajador gracias a la simplificación de las tareas, en la agricultura muchas de estas se volvían más complejas al incorporarse nuevas tecnologías sin que hubiera el debido avance en la división del trabajo. En conjunto, las técnicas usadas se volvieron más refinadas que antes y el trabajador debía aprender a dominar todas las herramientas que usaba, en vez de especializarse en alguna de ellas o en una parte específica del proceso de trabajo.[30]

Segundo, esa época marca también la separación y supeditación de la agricultura a la agroindustria, ya que cada vez que fue factible industrializar los procesos de transformación, acondicionamiento y conservación de los alimentos (gracias a los progresos del transporte, de la mecánica y de la biología, y en particular al control de los procesos de fermentación), se crearon grandes industrias, a menudo fuera de las zonas de producción, controladas por capitales urbanos. Es el caso de los grandes molinos (de aceite o de harina), a veces instalados en los puertos para transformar los productos traídos de las colonias, otras veces instalados cerca de los grandes centros de consumo. Es el caso, también, de la industria textil o de la aparición de las primeras grandes vitivinícolas, industrias de la leche y rastros industriales.

Tercero, el conjunto de esos fenómenos propició una mayor especialización regional (a veces en países enteros) de la producción agropecuaria (Augé-Laribé, 1955).

30. Este planteamiento debe matizarse de acuerdo con las condiciones de cada región y cultivo. En términos generales, los avances en la mecanización y división del trabajo fueron mayores en los cereales y la ganadería, y fueron mucho más lentos en la fruticultura y horticultura.

A partir de la década de 1950, surge un segundo periodo en el desarrollo de la agricultura, en el cual esos fenómenos se aceleran enormemente gracias a la "motorización" y "tractorización". El perfeccionamiento del motor de combustión de gasolina y diésel, y luego del motor eléctrico, adaptables a una multitud de máquinas (para bombear agua, para mover máquinas secadoras, cribadoras, elevadoras, descascaradoras, etcétera), así como la invención de tractores más pequeños (de 25 caballos) adaptados a las necesidades de la pequeña producción, fueron la base de ese enorme salto tecnológico.[31] La concepción misma del tractor se modificó profundamente. Hasta ese momento se lo concebía únicamente como una máquina de tracción, capaz de tener mayor fuerza y velocidad que los animales; a partir de entonces se lo piensa como un aparato capaz de mover numerosas herramientas que se lo pueden conectar para realizar diversos procesos.

La utilización de maquinaria para desempeñar una serie de tareas que hasta entonces habían sido ejecutadas manualmente, apoyándose en herramientas simples o máquinas de tracción animal, se acompañó de una nueva división social del trabajo. No solo porque se crearon nuevos puestos, sino porque ciertas tareas desaparecieron y otras se simplificaron.

En los años sesenta, el tractor se convierte en una poderosa máquina, sofisticada y versátil, que subordina el conjunto de las técnicas agrícolas y los procesos de trabajo a lógica de la mecánica (Byé y Fonte, 1994). La mecanización se vuelve el elemento clave de la modernización agrícola en los países desarrollados, e incluso en muchos países latinoamericanos y del Tercer Mundo, alentados por programas de financiamiento internacional (OIT, 1973). En México, constituyó uno de los puntos fundamentales de la política agraria desde el cardenismo.[32]

---

31. Es importante recordar que el tractor agrícola no es el resultado de un propósito sistemático de modernizar la producción, sino que es una adaptación del tanque de guerra después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Para medir el enorme salto que se dio gracias al uso del tractor, cabe notar que en Francia, el país agrícola por excelencia de la Comunidad Económica Europea, había 27.000 tractores en 1929,1.100.000 en 1967 y 1.300.000 en 1973. El gran avance se dio en las décadas de los cincuenta y sesenta (Duby y Wallon, 1976).

32. En México había 3.875 tractores en 1930; en 1940, 4.600 y en 1960, 54.500. Entre 1941 y 1970 el número total de tractores y de otras máquinas combinadas, trilladoras, sembradoras, etcétera, pasó de 29.604 a 390.593. Tan solo entre 1940 y 1950 el valor real de la maquinaria poseída por los grandes agricultores se quintuplicó, se duplicó en el caso de los ejidos y creció dos veces y media en el caso de las pequeñas explotaciones privadas (Hewitt, 1978, p. 75).

Gracias a la potencia y versatilidad de la fuerza motriz moderna se pudieron modificar profundamente las tecnologías utilizadas en el campo y las formas de organizar el trabajo. Además, se fortaleció un esfuerzo sistemático de investigación, tanto por parte del sector privado como por parte de los gobiernos de los países desarrollados, lo que permitió, en las últimas décadas, incorporar ampliamente a las tecnologías agropecuarias el uso de la termodinámica, la química, la biología molecular, la mecánica, la genética, la medicina, etcétera. A su vez, el auge industrial y el impresionante desarrollo de las vías de comunicación permitieron la rápida difusión y aplicación de las nuevas tecnologías en todo el mundo.

Esa gran revolución tecnológica en el campo se conoció como "revolución verde", cuyas bases fueron el uso de semillas mejoradas, el riego, los fertilizantes, los plaguicidas y el uso del tractor con sus enseres, que condujeron a la concentración y compactación de tierras. En las grandes empresas, con enormes extensiones de tierras, el tractor se volvió insuficiente, por lo que se incorporó la avioneta a las labores agrícolas, para sembrar, fertilizar o aplicar plaguicidas. En las regiones de alto desarrollo, los rendimientos se elevaron tanto y se logró tal masificación de la producción que se empezó a vislumbrar el campo como una fábrica de alimentos. En pocas décadas, la agricultura parecía recuperar el atraso que la caracterizaba frente al sector industrial.

En América Latina, la aplicación de la "revolución verde" se vincula al proceso de industrialización sustitutiva de importaciones al aportar materias primas y alimentos para una población urbana en constante expansión.

Estos objetivos se lograron en México gracias a la expansión de la frontera agrícola y a la construcción de importantes obras de riego, sobre todo en el norte del país, así como a la introducción de tecnologías y métodos de organización tendientes a elevar la productividad (Hewitt, 1978; Paré, 1975). De esta manera, los rendimientos de maíz y de trigo se incrementaron de una manera notable,[33] lo que permitió satisfacer la demanda efectiva de alimentos a bajos precios, con un mínimo de

33. De 1940 a 1970 los rendimientos de maíz prácticamente se duplicaron, pasando de un promedio de 565 a 1.194 kg/ha, y los de trigo casi se triplicaron, pasando de 772 a 2.817 kg/ha (Hewitt, 1978).

importaciones de productos agrícolas,[34] y mantener bajos los salarios. Pero, gran parte de las materias primas (café, caña, tabaco...) procesadas por las agroindustrias y los alimentos de consumo popular (maíz y frijol) siguieron siendo producidos por unidades campesinas que operaban con un mínimo de recursos, con lógica y tecnologías de tipo tradicional. Además, la producción campesina permitió abatir los salarios y reproducir una fuerza de trabajo barata para las empresas agrícolas capitalistas que contaban con las mejores tierras, en las cuales se dedicaron a producir los cultivos más dinámicos en ese periodo: principalmente trigo y algodón (CEPAL, 1982; Hewitt, 1978), así como hortalizas y otros productos de exportación, con lo cual se consiguió captar divisas para la importación de maquinaria y tecnología.

Durante ese periodo, las agroindustrias transnacionales se extienden en todo el mundo y propagan este modelo de crecimiento. Varios estudios de esa época hicieron hincapié en los problemas económicos, sociales y ecológicos que provocaba la expansión de las empresas transnacionales.[35] Especialmente se destacaba el problema de la dependencia alimentaria y el surgimiento de una estructura productiva que convertía a los campesinos en verdaderos "asalariados a domicilio". Al respecto, Gonzalo Arroyo (1977) señalaba las distintas formas de "integración vertical" y destacaba la modalidad de agricultura a contrato, bajo la cual los campesinos, que hasta entonces habían tenido pocas posibilidades de producir para el mercado, recibían créditos, insumos y en algunos casos asesoría técnica, pero quedaban sometidos a un esquema de producción que los integraba a las transnacionales fabricantes de maquinaria, semillas, fertilizantes y otros insumos.

Es importante resaltar que el carácter masivo y homogeneizador de una parte de la producción ciertamente fue producto de la implantación de paquetes tecnológicos difundidos por las grandes corporaciones transnacionales, pero también fue resultado de las exigencias de las empresas procesadoras de alimentos (agroalimentarias) para contar con un abastecimiento regular de productos estandarizados, capaces de ser

34. En 1945 las importaciones de productos agrícolas ascendían al 13,9% de todas las importaciones; en 1950 estas se habían reducido al 8,8 y al 3,7% en 1955, lo que permitió orientar las divisas a la compra de maquinaria y tecnología en el extranjero (Hewitt, 1978, p. 101).

35. Véase notablemente los trabajos de Arroyo (1977, 1979); Rama (1977); Rama y Rello (1979); Vigorito, (1977).

industrializados. Ambos sectores incorporaron toda una serie de métodos taylorizados y fordistas en la producción, transformación y acondicionamiento de productos agrícolas, e introdujeron el uso de bandas y transportadores en los empaques y en las plantas procesadoras. A la vez, incorporaron sistemas de organización del trabajo de tipo industrial, sobre todo en las grandes empresas agroexportadoras, y desarrollaron normas tecnológicas de carácter fordista.

A pesar de las limitaciones para aplicar estos métodos, la producción agrícola creció bastante rápido como para cumplir con las dos funciones más importantes que le correspondían en el marco del desarrollo capitalista de este periodo: abastecer la creciente demanda para el consumo de amplios sectores urbanizados de la población y satisfacer los grandes volúmenes de materia prima que exigía la industria. Los cultivos clave que permitieron ese proceso fueron principalmente el algodón, el cual sirvió de materia prima para la expansión de la industria textil, y luego los cereales, los granos y las oleaginosas; estos, junto con otros productos pecuarios, alentaron el comercio internacional (Rubio, 1995).

No obstante, con el proceso de globalización y la crisis mundial de la agricultura, se inicia una tercera etapa en el desarrollo de las fuerzas productivas en el campo y surge un nuevo orden internacional en el cual las empresas agroindustriales transnacionales van a tener un papel fundamental en la orientación del sector, modificando las funciones de la agricultura para convertirla en un sector con propósitos múltiples (Byé y Fonte, 1994).

En este tercer periodo de la historia moderna de la agricultura, lejos de borrarse las particularidades del campo, estas se aprovechan para lograr mayor flexibilidad, adaptada a las necesidades de un nuevo mercado segmentado entre la producción masiva y la de lujo.

El papel de las transnacionales en el surgimiento de un Nuevo Orden Agroalimentario Mundial

Desde finales del siglo XIX se establecieron en Latinoamérica una serie de firmas extranjeras dedicadas a la producción y procesamiento de materias primas de origen agrícola que explotaban directamente la tierra bajo la

forma de plantaciones. Luis Llambí (1993) las caracteriza como la "primera generación de empresas transnacionales" orientadas al abastecimiento de productos tropicales como bananos, café, té, azúcar, algodón, sisal y caucho para los países industrializados del hemisferio norte; el ejemplo típico de una empresa de este corte es la United Fruit Company.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se transformó el entorno económico y político. A partir de ese momento, las transnacionales desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de un modelo de producción de carácter masivo promovido por la "revolución verde". En algunos países, esas empresas establecen sus propias firmas; así se expanden algunas multinacionales como la John Deere, la Ralston Purina, la Dupont, la Massey Ferguson y otras, dedicadas a la producción de maquinaria, semillas, insecticidas, fertilizantes y alimentos balanceados.

Por su lado, las empresas dedicadas al cultivo y abastecimiento de productos tropicales extienden su actividad hacia el procesamiento de materias primas de origen natural y conforman una "segunda generación de empresas transnacionales" (Llambí, *op. cit.*). Sin embargo, la emergencia de nuevos productos de origen industrial (fibras sintéticas, tintes y edulcorantes) limita la producción de la caña de azúcar y de buena parte de los cultivos destinados a ser insumos de productos industriales (caucho, sisal, algodón, gusano de seda, grana, cochinilla, entre otros).

De manera simultánea, en los años cincuenta y hasta los setenta, surge una "tercera generación de empresas transnacionales" (ídem) dedicados a la transformación de alimentos de alto valor agregado (enlatados, cereales precocidos, platillos congelados, confitería, bizcochos, jugos, néctares, refrescos, embutidos, leches en polvo y concentradas, alimentos "chatarra" y otros). Así, se desarrollan nuevas firmas que se instalan en varios países latinoamericanos en los cuales se lleva a cabo un proceso de industrialización sustitutiva con una rápida expansión de la clase media urbana. Estas empresas consiguen modificar el patrón alimentario de la población al incorporar nuevos productos cuyo consumo se extiende a las clases populares[36] (Arroyo, 1979).

36. En México, por ejemplo, se desarrolla ampliamente el consumo de bebidas gaseosas, las cuales se integran a la dieta de la población de bajos ingresos que consume aproximadamente cinco botellas semanales por habitante (Burbach y Flynn, 1979).

Durante este periodo, amplían sus filiales en aquellos lugares donde obtienen niveles de ganancia más altos y en donde existen políticas favorables para su implantación. En particular, se interesan por lograr una mayor disponibilidad de tierras, de mano de obra y de materias primas, lo que convierte a varios países latinoamericanos en verdaderos enclaves del capital transnacional cuando las tasas de ganancia en la agricultura norteamericana bajan considerablemente.[37] Se expanden las filiales de empresas agroalimentarias como: Gerber, Del Monte, Campbell y Heinz, entre otras, dedicadas al procesamiento de alimentos y se abastecen de materias primas mediante la firma de contratos de suministro con agricultores locales (Llambí, 1993).

El importante desarrollo de estas firmas llevó a pensar que la agricultura tendería a convertirse en un eslabón de una gran cadena, integrada "hacia arriba" y "hacia abajo" por las transnacionales fabricantes de insumos, las procesadoras de alimentos, las empresas de servicios, de comercialización y de distribución, y se vaticinó su posible desaparición como sector independiente (Arroyo, 1977, 1979; Rama y Rello, 1979).

Entre las principales características de las transnacionales de esa generación se señala la gran concentración del capital en un reducido número de firmas agroalimentarias. En 1974 se calculaba que ascendían a 170: 50% de ellas tenían su sede principal en Estados Unidos, 31% en los países del Mercado Común, 15% en Japón, 3% en Canadá; solo una en Austria y Argentina. La mayoría estaba dedicada al comercio de granos y al procesamiento de alimentos y bebidas (Arroyo, 1979, p. 15).

Una segunda característica es la integración vertical de las firmas dentro de la cadena alimentaria, desde el tratamiento de la materia prima hasta la fabricación de alimentos diversificados. Por ejemplo, las dos empresas agroalimentarias más grandes del mundo: Unilever (británico-holandesa) y Nestlé (suiza) se especializaron, la primera en aceites comestibles, margarinas y alimentos con base en el pescado, y la segunda en productos lácteos. No obstante, desde esa época las transnacionales comienzan a diversificar su capital en otros sectores, incluyendo actividades de comercio y servicios (por ejemplo, Greyhound) (Arroyo, *op. cit.*).

37. De 15 y 16% a principios de los sesenta, descienden a 10% a principios de los setenta. Eso explica en parte que el número de subsidiarias de las empresas procesadoras de alimentos prácticamente se triplique de 1960 a 1975 (Burbach y Flynn, *op. cit.*).

Una tercera característica consiste en la expansión de estas empresas, sobre todo en las naciones más grandes del Tercer Mundo y en países pequeños (Centroamérica, Singapur, Hong Kong, Corea) pero cercanos a los grandes industrializados. Las estrategias de operación y de expansión de las transnacionales, durante este periodo, eran diseñadas desde la casa matriz, que se constituía en el centro de las operaciones del conjunto de las filiales expandidas por el mundo. Así, la Nestlé, con sede en Suiza, mantenía filiales en 42 países; Mitsubishi y Mitsui operaban en el mundo a partir de Japón y Gervais-Danone, desde Francia.

A partir de los años ochenta, y hasta la fecha, el proceso de globalización transforma de manera importante la operación de estas empresas. La principal característica de este último periodo es que desaparece la centralización de las decisiones en el país sede de la transnacional y deja de existir una lógica homogénea de operación entre las filiales de una misma transnacional. Se puede decir que la única lógica común es la de lograr una mayor rentabilidad y participación en los mercados, en un momento en el cual estos se caracterizan por ser enormemente volátiles, estrechos y riesgosos. De esta manera, aparece lo que Luis Llambí denomina "la cuarta generación de empresas transnacionales agroalimentarias", que operan bajo formas más flexibles y descentralizadas (1993).[38]

Hoy en día, el capital transnacional toma la forma de "metaconsorcios" y opera como una red de diferentes elementos complementarios, esparcidos por el planeta, articulados entre sí solo porque operan con una misma racionalidad económica. La empresa transnacional de carácter global no tiene un centro geográfico y su nacionalidad, e incluso su propia "personalidad", se diluyen en favor de la maximización de las ganancias.[39]

---

38. En cuanto a su estructura, cambian el modelo basado en una integración de tipo "vertical" que caracterizó sus formas de operación en décadas anteriores, para dar paso a una estructura diversificada que incluye sectores "no necesariamente tradicionales ni ligados a la actividad original del grupo". En este sentido, establecen estrategias más dinámicas que las llevan a "estructuraciones y desestructuraciones rápidas" cuya lógica se vincula con la necesidad de ampliar sus fronteras y estar presentes simultáneamente en varios mercados (Green, 1989).

39. Ignacio Ramonet (1993) cita al secretario de Trabajo del gobierno de W. Clinton, que se refiere al caso de la empresa japonesa Mazda, la cual, después de 1991, produce en Michigan autos Ford que se exportan a Japón con la marca Ford. A su vez, un vehículo Mazda es fabricado por Ford en Kentucky y vendido por las fábricas Mazda de Estados Unidos.

La forma que adoptan estas firmas es parte de las estrategias globales que tienden a lograr la máxima rentabilidad, invirtiendo allí donde los costos son menores y vendiendo allí donde las ganancias son mayores. Por esta razón, la movilidad de las empresas es enorme y sus formas de operar muy diversas. Si bien algunas siguen funcionando de manera tradicional, como en la tercera generación, se adaptan a los espacios locales y regionales en donde se implantan.

Por otro lado, a diferencia de las transnacionales de las primeras generaciones, que tendían a expandirse por los países no desarrollados aprovechando una oferta abundante de recursos, materias primas y mano de obra barata, las nuevas empresas reorientan sus inversiones. En primer lugar, invierten en sectores productivos con mayor valor agregado (productos de lujo) y generan la demanda necesaria para colocar sus mercancías en nichos de mercado que representan nuevas oportunidades. De esta manera, dirigen sus inversiones hacia los países desarrollados, en donde existe una población con mayor capacidad de compra para esos productos (Green, 1989).[40] Al mismo tiempo, mantienen el comercio y la distribución de artículos masivos en mercados amplios, tanto en países ricos como en pobres.

Para el comercio internacional de las frutas y verduras frescas, sector especialmente rentable, pero complejo y arriesgado, Friedland (1994) considera que las transnacionales se ubican principalmente en el segmento de la distribución. Los otros dos segmentos, la producción y el comercio, aun si muestran algunas tendencias hacia la transnacionalización, mantienen todavía un carácter esencialmente nacional o regional.

Este fenómeno se enlaza con el desarrollo de los centros urbanos y de las cadenas de supermercados que demandan un flujo de productos más regular y diversificado a lo largo del año. A través de estos canales, logran estimular el consumo de distintos tipos de productos: masivos y "de lujo".

La distribución de frutas y hortalizas frescas requiere la aplicación de tecnologías modernas, particularmente en lo referido a las cadenas de

40. Varias empresas instaladas en el Tercer Mundo se reubican en los países desarrollados, donde las ventas se incrementaron; particularmente en Estados Unidos, aumentaron en 249%, mientras que decrecieron en los países no desarrollados, especialmente en África y en América Latina. Por ejemplo, Unilever, que tenía el 20% de su facturación en África y el 12% en Estados Unidos entre los años cincuenta y sesenta, para los ochenta se reduce a 8% en África y se incrementa a 18% en Estados Unidos (Green, 1989).

enfriamiento y a las mejoras en el transporte, que alargan la vida de estos productos perecederos, cuya inversión alcanza montos considerables.[41] El capital de las transnacionales agroalimentarias se concentra principalmente en una gran cantidad de camiones, aviones y barcos, todos ellos con capacidad de refrigeración para trasladar los productos frescos desde el campo hasta el lugar donde se expenden, lo que puede suponer grandes distancias. Así logran distribuir la producción de los cinco continentes en América del Norte, Europa, Japón y Hong Kong, donde se concentra la demanda.

Friedland plantea que, hasta la fecha, se puede hablar solo de cinco verdaderas transnacionales en el sector de frutas y verduras frescas. Estas son: Dole, Chiquita, Albert Fischer, Polly Peck Internacional y Del Monte Fresh Produce. Tres de ellas (Dole, Chiquita y Del Monte) tienen su base histórica directamente en la producción bananera, pero actualmente participan poco en la producción y prefieren recurrir a la agricultura de contrato o de capital de riesgo, tanto con campesinos como con grandes productores. En la agricultura de contrato, las distribuidoras establecen con los productores las normas técnicas del cultivo (normalmente bajo estrecha supervisión) y las condiciones de entrega. En la agricultura de capital de riesgo, la empresa distribuidora proporciona todo el capital necesario o una parte de él, especificando las características de la producción, la calidad de los productos y el reparto de ingresos que se hará después de la venta de estos.

En su etapa actual, las transnacionales son empresas globales que han logrado transformar el nuevo orden agroalimentario mundial y se convierten en uno de los principales actores de la restructuración productiva del sector agroexportador (Llambí, 1993).

El tercer periodo del desarrollo capitalista en la agricultura: la emergencia de una "agricultura flexible"

El proceso de globalización económica y el papel de las empresas transnacionales en el nuevo orden internacional han llevado a un tercer

41. Cabe mencionar que las innovaciones en biotecnología van encaminadas ahora también a alargar la vida de anaquel de los productos frescos, pero no han sido tan difundidas como se esperaba (Junne, 1992).

periodo en la historia del desarrollo agrícola capitalista. Tres fenómenos importantes y concatenados caracterizan esta etapa: el cambio en las funciones que cumple la agricultura en el desarrollo económico, una crisis de larga duración que lleva a la recomposición del sector y un importante proceso de restructuración productiva que da origen a un nuevo tipo de agricultura flexible.

Nuevas funciones de la agricultura y segmentación de la demanda

Hoy en día, la agricultura de todos los países se inserta en un nuevo orden internacional caracterizado por una extrema polarización económica y social que da como resultado una importante segmentación en el mercado de productos.

A pesar de que por primera vez en la historia del mundo existen los excedentes necesarios para alimentar a toda la población del planeta, millones de personas tienen hambre,[42] lo cual significa que, aunque la capacidad de producción es enorme, la naturaleza del mercado y del consumo no permiten que haya una distribución equilibrada de los alimentos (Chossudovsky, 1993, p. 19).

El sistema agroalimentario mundial, hoy en día, plantea nuevos objetivos a la agricultura, entre los cuales se encuentran: la búsqueda de calidad en los productos, una mejor administración y reproducción de los recursos naturales, y la protección del ambiente y de la salud (Byé y Fonte, 1994).[43] Estos objetivos surgen, indudablemente, por la demanda de organismos internacionales, organizaciones no gubernamentales y ciertas capas de la población mundial que se preocupan por los problemas del ambiente y de la salud. En este sentido, estimulan el consumo de productos biológicos, exentos de pesticidas y de agroquímicos, y preconizan una nueva agricultura que intenta preservar el ambiente y

42. De 1970 a mediados de los ochenta, el número de personas con hambre pasó de 92 a 140 millones en África; en América Latina, las personas que sufren desnutrición son de 51 a 55 millones; en Asia, excluyendo Asia Occidental, el número de personas desnutridas y con hambre pasó de 281 a 291 millones. Se calcula que para el año 2000, estas cifras podrán ascender a 165 millones en África y a 260 millones en Asia (Vidal Naquet, 1993, p. 28).

43. Es decir, que la agricultura ha dejado de ser un sector orientado únicamente a la producción de alimentos y de materias primas, como en décadas anteriores.

los recursos naturales. Sin embargo, estos objetivos son, sobre todo, resultado de una demanda "fabricada" por las empresas agroalimentarias globales que promueven entre ciertas capas de la población mundial una "dieta posmoderna" (Friedland, 1994).

Se trata de una alimentación compuesta de productos supuestamente más sanos por su bajo contenido graso, porque son productos frescos y naturales, pero, ante todo, porque se garantiza su calidad mediante una presentación que se adecua a las normas internacionales. Al mismo tiempo, estas compañías crean modas para el consumo de productos exóticos o "de lujo".[44] Se los considera de lujo porque se destinan a un consumo suntuario (flores, plantas de maceta, follajes, etcétera); porque son productos de contra-estación que ahora pueden encontrarse en invierno en los países desarrollados (todo tipo de frutas, flores y hortalizas); porque son productos con nuevas características (vegetales *baby*, precongelados, ensaladas preparadas, empacados a mano); o productos que sirven para elaborar comidas "étnicas": orientales, latinoamericanas u otras que están de moda entre ciertos grupos de población.

Sin embargo, el consumo de los nuevos productos "de lujo" o "exóticos" no desplaza al de productos masivos. Los mismos grupos que adoptan una "dieta posmoderna", recurren usualmente a las comidas preparadas industrialmente (enlatados, congelados, alimentos semipreparados, tipo *fast-food*) por el tipo de vida que tienen; principalmente aquellos que habitan en las grandes urbes. Por otro lado, ciertos productos surgidos como un mercado de nichos limitado, más tarde extienden su consumo y se vuelven masivos.[45]

---

44. También puede hablarse de una producción de lujo o suntuaria porque tiene un alto valor agregado, y porque se destina a un 15 o 20% de la población mundial ubicada tanto en los países ricos como en los pobres, que es la que consume estos productos (Lara, 1995).

45. De acuerdo con los planteamientos de representantes de distintas empresas transnacionales en el Congreso Mundial de Agronegocios, en Cancún, 1996, interesa ahora desarrollar la seguridad alimentaria, junto con una agricultura sustentable y sana, lo que supone el desarrollo de alimentos nuevos con biotecnología y alto valor agregado, así como de alimentos naturales; comidas rápidas precocidas, congeladas, enlatadas, etcétera, junto con comidas de lujo o de *gourmet,* exóticas o étnicas; desarrollar marcas propias en supermercados y las ventas electrónicas o compras por línea, así como el consumo directo y las marcas tradicionales. En un diagnóstico presentado en ese congreso, se calcula que el porcentaje de hogares con horno de microondas y congeladores es el siguiente: Estados Unidos y Japón: 90% con microondas; Inglaterra: 58% con microondas y 98% con congelador; Suecia: 51% con microondas y 92% con congelador; Alemania: 39% con microondas y 70% con congelador; Francia: 30% con microondas y 79%

Los productos "de lujo" no solo son consumidos por las clases altas y medias de todo el mundo con acceso a ellos. Friedland (1994a) señala también la importancia que tienen entre la población con una formación intelectual, entre la gente que viaja y entre los grupos de cierta edad, preocupados por su salud (por lo regular los que tienen más de 45 años).

El incremento mundial en el consumo de hortalizas frescas y verduras, así como de plantas ornamentales y flores de invernadero, ha llevado a los países ricos a ampliar sus importaciones.[46] Así, se han abierto las posibilidades de incrementar las exportaciones agrícolas en varios países latinoamericanos y del Tercer Mundo. Por ejemplo, en Chile se ha extendido la producción de nectarinas, manzanas, ciruelas, kiwis y uvas; en Colombia, Costa Rica, y recientemente en México, se desarrolla la producción de flores de corte y plantas ornamentales, en tanto que en México, Costa Rica y Guatemala aumenta la producción de hortalizas para exportación (Lara, 1995).

No obstante, esta producción se enfrenta a un clima de fuerte competencia internacional y se inserta en un mercado segmentado. Bajo el esquema de "las ventajas comparativas", los países desarrollados controlan la producción y distribución de granos que, hoy en día, se pueden mecanizar (y masificar) sin problema, en tanto que los países no desarrollados se integran al mercado internacional como proveedores de productos "de lujo" o "exóticos" y de contra-estación, los cuales requieren de una importante participación de mano de obra. Sin embargo, no dominan esta producción. En primer lugar, porque los países desarrollados, que constituyen su principal mercado, son, a la vez, los competidores más importantes en el nivel mundial.[47] En segundo lugar,

con congelador. Estos datos muestran la importancia adquirida por el consumo de "comida rápida" en los hogares de los países desarrollados (Información proporcionada por Michelle Chauvet).

46. En Estados Unidos, por ejemplo, el consumo de brócoli fresco pasó de 0,3 libras per cápita al año, entre 1966-1968, a 3,5 libras entre 1986-1988. En este mismo periodo, la coliflor fresca pasó de 0,9 libras a 2,5 y los tomates frescos de 10,4 a 14,7 libras. Otros países incrementan también su consumo: en España, el consumo per cápita de hortalizas frescas, entre 1985-1989 fue de 251 kg; en Canadá de 119 kg; en Japón de 148 kg y en Estados Unidos de 120 kg, en tanto que este consumo se mantiene aún bajo en México y representa solo 62,4 kg per cápita. Tan solo Alemania, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón, y Canadá concentran el 54% de las importaciones mundiales de hortalizas (Gómez Cruz *et al.*, 1991, p. 8), mientras que Alemania, Suiza y Estados Unidos son los principales consumidores mundiales de plantas y flores.

47. De acuerdo con Blanca Rubio (1995), en 1990, Estados Unidos era el primer exportador de frutas frescas en el nivel mundial, el segundo de carne y el quinto de tomate; Francia era el tercero de carne y el

porque las empresas transnacionales agroalimentarias, que han "fabricado" esta demanda, controlan su distribución.

De esta manera, los países no desarrollados, tradicionalmente agrarios, productores de alimentos y de materias primas, con una amplia población campesina que vivía básicamente de los productos de la tierra, se han convertido ahora en grandes importadores de alimentos básicos para satisfacer las necesidades de una creciente población desempleada o subempleada que solo tiene acceso a un consumo limitado de productos masivos. Mientras tanto (alentados por los gobiernos neoliberales y por las agencias internacionales), se especializan en producir para mercados de nichos, dirigidos a un sector privilegiado de la población mundial para el cual la alimentación no es un simple medio de sustento, sino toda una "experiencia" (Friedland, 1994a), yo diría, incluso estética.

Si la mecanización de la agricultura fue impulsada bajo un modelo de desarrollo que suponía el crecimiento constante de la demanda, tanto de materias primas como de bienes de consumo masivo, y eso sirvió de base para estructurar las principales funciones de la agricultura durante décadas, en la actualidad la segmentación en el mercado de productos expresa una crisis de larga duración en la agricultura que ha llevado a fabricar una demanda: masiva y de lujo, lo cual amplía las funciones tradicionales de este sector.

Los elementos de la crisis agraria

El carácter de la crisis actual no es claro y, al igual que la crisis industrial, ha dado origen a explicaciones de diversa índole, lo que refleja la dificultad de analizar un fenómeno tan complejo.[48]

Las posiciones que sustentan los funcionarios de las agencias internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, etcétera), y los gobiernos de la gran mayoría de los países industrializados, se basan en las teorías neoclásicas, según las cuales, fuera de toda duda, la crisis

primero en manzanas; Alemania era el cuarto en carne, el tercero en frutas en conserva, el cuarto en papas y el séptimo en conservas y legumbres; Holanda era el primero en legumbres, flores, papas y tomates; mientras que España era el segundo en frutas frescas y legumbres, por mencionar los más importantes.

48. En este trabajo no abundamos en el análisis de la crisis, porque rebasa nuestro propósito. Para una discusión al respecto, véase Rubio (1995a).

es el resultado de las rigideces que surgen de la excesiva intervención de los Estados en el mercado y en la fijación de precios al aplicar subsidios, aranceles y medidas proteccionistas, que limitan el libre juego del mercado. A estos se añaden los problemas generados por las restricciones en el mercado de tierras y los altos costos salariales. Con base en este razonamiento, las políticas neoliberales que actualmente se aplican en países como el nuestro se orientan a reducir el papel del Estado en la agricultura y a desarrollar el libre mercado.

Otras corrientes vinculan la crisis con el proceso de globalización. El planteamiento consiste en señalar que, en el nuevo orden económico global, la integración de los sistemas financieros y de los mercados mundiales se enfrenta con un fuerte problema de saturación, diferenciación y segmentación, que conduce a una transformación del "régimen de acumulación fordista" en otro de tipo posfordista en donde prevalecen los sistemas de organización flexibles.[49] Sin embargo, esta tesis ha sido criticada por el excesivo peso que otorga a la globalización, como si se tratara de un proceso homogéneo y universal impuesto sin considerar la acción de los sujetos ni tomar en cuenta las oportunidades que ofrece el contexto local y regional (Long, 1996; Llambí, 1996).

La crisis también ha sido analizada como una etapa de transición en la cual se resquebrajan los antiguos mecanismos de acumulación para dar origen a una fase productiva, que sería "la antesala de un nuevo régimen de acumulación". De acuerdo con este punto de vista, este régimen se distingue esencialmente del anterior porque se sustenta en "una nueva base técnica y nuevas formas de organización del trabajo que dan lugar a una forma inédita de explotación del trabajo en las ramas de punta". La permanencia de formas de producción fordistas y "atrasadas" se explica como resultado del desarrollo desigual que caracteriza al capitalismo (Rubio, 1997).

A nuestro parecer, la crisis es un proceso amplio y complejo que involucra a todos los sectores productivos, y se manifiesta de manera simultánea en diversos elementos de orden económico, político y social (De la Garza, 1993). En el caso de la agricultura, resulta difícil asociarla con

49. Jenkins (1987) y Sadler (1992) citados por Llambí (1996).

el agotamiento de un modelo de producción de tipo taylorista-fordista, como se ha planteado para la industria, puesto que no hubo una hegemonía de ese modelo de producción en el campo, ni siquiera en los sectores de punta, ni en los países más ricos del globo. Tampoco pensamos que la crisis pueda vincularse directamente con un cambio en la demanda, producto de una transformación en los gustos de los consumidores, como si estos tuvieran la capacidad de negarse a mantener un consumo masivo y de mala calidad, y ahora exigieran productos diversificados y de mejor calidad, modificando así globalmente la demanda y las formas productivas.

Desde nuestro punto de vista, en la crisis de la agricultura se combinan fenómenos de carácter global con fenómenos particulares desprendidos de una situación local. En México, el contexto creado por el nuevo orden internacional y el proceso de globalización llevan a este sector a enfrentarse a nuevas reglas de competitividad, cuyo marco local es una forma social de Estado y de relaciones entre clases que frenan la productividad. Esta forma de Estado caracterizada por el desarrollo de una serie de pactos sociales con distintos sectores del campo,[50] entra en una crisis de legitimidad en la que intervienen distintos elementos de orden político y económico. De tal manera que las bases del sistema corporativo se fragmentan y conducen a un cambio de las condiciones que, durante décadas, habían permitido la operación de los distintos sectores productivos en el campo.

Ya en la década de los sesenta, se dejaban sentir los efectos de una crisis de productividad, resultado de un proceso polarizador del campo, generado por la manera como se construyó el modelo de sustitución de importaciones en nuestro país, que sometió al campo a una constante extracción de excedentes. El resultado de este proceso se manifestó en términos económicos, de manera más fuerte en los años ochenta, al observarse un crecimiento casi nulo de la producción agrícola y pecuaria.[51]

50. El sector empresarial gozó de subsidios, de protección a sus propiedades, y de una política de precios, así como de un mercado protegido que lo favoreció y le permitió crecer, mientras que el principal pacto con el sector campesino se centraba en una política agrarista en torno al reparto agrario e insumos subsidiados. Los sindicatos rurales se mantuvieron como estructuras controladas por el Estado y el sector patronal. Estos sectores se aliaron de manera corporativa con el partido en el poder, el PRI, y le otorgaron todo su apoyo al Estado.

51. Entre 1983 y 1990 fue solo de 0.8%, en tanto que la población aumentó en 2,3% (Appendini, 1995).

Durante ese periodo, se muestra una fuerte tendencia a la caída del gasto público, en especial en los renglones de crédito, subsidios y salarios. En tanto, la política de congelamiento de precios tuvo un efecto adverso para los productores, ya que al mismo tiempo se instrumentó una paulatina liberalización de las importaciones de algunos bienes agrícolas. Esta situación se tradujo en el abandono de tierras marginales, así como en la depauperación, migración y asalariamiento de un importante contingente de campesinos del sector de agricultura tradicional.[52]

La apertura comercial de finales de los años ochenta y la firma del Tratado de Libre Comercio agudizan la polarización económica y social en el campo. Incluso, una parte del sector empresarial, que había sustentado su rentabilidad en una serie de apoyos y subsidios otorgados por el Estado (riego, infraestructura carretera, insumos subsidiados, exención de impuestos, precios de garantía, etcétera),[53] ante las nuevas condiciones del mercado mundial pierde competitividad y entra en un proceso de reajuste. Muchas empresas tienen que abandonar sus operaciones, mientras que otras buscan restructurar su base sociotécnica y organizativa.

En la primera mitad de la década de los noventa, el sector transita hacia lo que C. de Grammont (1995) ha llamado un nuevo modelo "bimodal". Este modelo no confronta a empresarios y campesinos, como en otros momentos, sino que, por un lado, estimula el desarrollo de un sector de agricultores con potencial productivo, que puede producir para el mercado nacional y competir en el nivel internacional; y, por el otro, genera un sector de campesinos marginales, sin capacidad para mantenerse en el mercado, por lo que se convierten en sujetos de los programas de asistencia social y de combate a la pobreza.

El nuevo modelo económico que se ha puesto en marcha en la agricultura mexicana hace evidente la crisis de las antiguas formas de

52. En 1960 se calculaba que este desarrollo polarizador habría dado origen a un número importante de "campesinos sin tierra", que ascendía a casi la mitad de la población agrícola activa, cuando en 1950 solo representaban la tercera parte (Gutelman, 1971).

53. Aunque algunos sectores mantuvieron cierta autonomía política de sus organizaciones gremiales. En el sector hortofrutícola debe destacarse el caso de la Confederación de Asociaciones de Agricultores del estado de Sinaloa (CAADES) y la Confederación de Organismos Agrícolas del estado de Sonora (COAES). Para un análisis a profundidad de este punto, véase C. de Grammont (1990).

representación social, "por su autoritarismo, corrupción, concentración del poder en las cúpulas, así como por no responder a las necesidades del neoliberalismo" (C. de Grammont, 1995, p. 107). Asimismo, surgen nuevas formas de representación y de vida asociativa, que permiten a los actores expresarse fuera de los antiguos canales institucionales, lo que modifica profundamente su relación con el Estado. En particular, el levantamiento neozapatista de enero de 1994 hace evidente la crisis política, social y económica por la que atraviesa el país y crea las bases para el desarrollo de nuevas formas de representación y de negociación con el Estado.

Los pactos sociales que permitieron sustentar el antiguo paradigma de la modernidad se transformaron en una especie de preámbulo que sustentó al proceso de reconversión productiva. Prud'homme caracteriza este momento como "un verdadero canto del cisne del agrarismo a la mexicana", que anunciaba el fin de un modelo económico, social y político; el desmoronamiento de un concepto de lo agrario y de una identidad campesina, arraigados en la Revolución de 1910, lo cual "se manifiesta en una profunda subversión de todo el entramado de relaciones y prácticas que constituyen la vida cotidiana de las mayorías rurales" (1995, p. 30).

Elementos de la restructuración productiva

Más allá de las discrepancias sobre el origen y el carácter de la crisis, todos los enfoques coinciden en señalar que, en la agricultura, ha dado como resultado un importante proceso de restructuración productiva.

Su eje está dado por la segmentación en el mercado de productos y por las nuevas funciones que cumple la agricultura en el nuevo orden internacional: de un lado, se mantiene la demanda de alimentos de consumo interno y de materias primas para la industria nacional, o para las transnacionales dedicadas al procesamiento de productos; y, de otro, se genera una demanda de productos nuevos, diferenciados, que integran las normas de calidad fijadas en el mercado internacional. En respuesta a esos problemas, la restructuración del sector agropecuario no solo busca los mecanismos para elevar la productividad, como sucedió en décadas pasadas, sino métodos que permitan desarrollar la diversidad,

mejorar la calidad de los productos, y conservar el ambiente y la salud (Byé y Fonte, 1994).

Para algunos autores, la biotecnología constituye la mejor alternativa a estas necesidades y representa el "nuevo paradigma tecnológico", capaz de constituir "un puente entre un modo de acumulación o de regulación a otro, característico de la nueva sociedad posfordista" (Junne, 1992, p. 154). Se plantea que las limitaciones específicas de la agricultura para hacer frente a los nuevos problemas tenderán a ser resueltas mediante la sustitución de elementos mecánicos por elementos biológicos o químicos (Byé y Fonte, 1994).

La biotecnología aparece como el elemento de ruptura con los viejos sistemas fordistas de producción agrícola, y se considera equiparable a las tecnologías industriales basadas en la microelectrónica y en la informática, al punto de que se habla de una "biorrevolución" capaz de generar una verdadera restructuración del sector. Las posiciones más radicales le otorgan, junto con la ingeniería genética, la capacidad de producir "una tercera revolución científico-técnica" en la agricultura (Massieu, 1995).

Conforme a esta argumentación, los problemas a resolver por las empresas son prácticamente los mismos, independientemente de la situación local, por lo que estas tienden a encontrar "la mejor solución", que en este caso sería la biotecnología. De la misma manera que se ha planteado para la industria, en donde se apuntalan las potencialidades de las nuevas tecnologías para generar, por sí mismas, un nuevo modelo de acumulación.[54]

Indudablemente, la reconversión productiva de la agricultura incluye los avances logrados en materia de biotecnología y biogenética, sobre todo para ajustar la producción a los distintos tipos de demanda –masiva y selecta– que hoy se presentan en el mercado internacional.[55] Sin embargo, esta no sigue un solo camino, puesto que las medidas que ponen en marcha las empresas para lograr mayor competitividad en el mercado son sumamente versátiles; responden no solo a una elección racional de los elementos que les permiten optimizar sus recursos, sino

54. Véase la discusión analizada en el capítulo anterior sobre los nuevos modelos productivos.

55. Casas y Chauvet (1994, p. 7), resaltan la capacidad de la biotecnología para intensificar las aptitudes del patrón agrícola existente, ya que se puede lograr la generación de híbridos que incrementan los rendimientos, optimizan la aplicación de insumos agrícolas y permiten el mejoramiento de técnicas tradicionales, a la vez que nuevas aplicaciones.

al entramado de estructuras globales y locales que condiciona esas decisiones (De la Garza, 1996, p. 121).

En América Latina, por ejemplo, Laura Raynolds (1994) plantea que la crisis de la deuda es central para analizar los elementos que han llevado hacia la restructuración de los países de esta región, situación que no se presenta en los países desarrollados. Encuentra que las instituciones financieras de carácter internacional presionan a los Estados para que reconformen básicamente el sector de la agricultura de exportación y respondan a esas presiones de acuerdo con la política económica interna.

En México, la restructuración de la agricultura se lleva a cabo en el marco de una política neoliberal centrada en tres objetivos:[56] 1) fomentar la exportación de productos no tradicionales, como flores, frutas y hortalizas; 2) impulsar la capitalización de la rama, mediante una serie de medidas que atraigan el capital extranjero, sirviendo de "arrastre" a la inversión nacional; 3) impulsar la competitividad internacional y complementar la oferta interna de bienes alimentarios importados del exterior.

En este contexto, se ha generado una importante reactivación de la producción de cultivos "no tradicionales",[57] bajo una lógica de "ventajas comparativas" que considera más rentable producir flores, frutas y hortalizas, y comprar granos básicos y maíz.

Los mecanismos puestos en marcha para la consecución de estos objetivos suponen el retiro del Estado de la gestión productiva y la restricción del gasto público, la apertura comercial, así como la liberalización del mercado de tierras mediante una reforma a la legislación agraria (artículo 27 constitucional).

No obstante, y a pesar de las expectativas que se tienen con respecto a los cambios que se darían en el sector al echar a andar esta "política neoliberal agroexportadora", la restructuración de la agricultura mexicana ha seguido caminos peculiares porque la situación de las empresas no es la misma que la de sus competidores en los países desarrollados. Las

56. El desarrollo de este punto se basa en el artículo "La política agropecuaria mexicana: balance y alternativas", de C. de Grammont, Lara y Rubio (1996).

57. La definición de lo no tradicional, como bien lo señala Laura Raynolds (1994), es una cuestión específica de cada gobierno, de tal manera que puede contemplar productos de contra-estación, así como productos frescos y procesados que ya se fabricaban en el país, pero que ahora siguen los estándares de selección, empaque, marca, etcétera, que demanda el mercado internacional.

estrategias empresariales son sumamente versátiles y se ajustan a las condiciones políticas, sociales, económicas, culturales y ecológicas de cada lugar (Long, 1996). Así, aunque se han integrado importantes innovaciones de carácter tecnológico, las empresas mexicanas no apuestan su competitividad únicamente a este factor.

Byé y Fonte (1994) plantean que los productores hacen un balance de las ventajas que les reporta cualquier cambio técnico u organizativo, a partir de dos elementos que han analizado: *la inercia y la irreversibilidad.*[58] Muchos cambios técnicos corresponden a un mejoramiento del modelo tecnológico en vigor, por lo cual se pueden modificar partes del proceso productivo sin involucrar al conjunto. En ese caso se habla de la inercia de los cambios técnicos. Pero, otros cambios son de tal índole que obligan al productor a modificar toda su tecnología y lo enfrentan a nuevos problemas difíciles de resolver: formación técnica del personal, reorganización de las formas de trabajo, rentabilización de las inversiones involucradas, etcétera. En ese caso, se habla de irreversibilidad de los cambios porque la innovación no permite, si hay dificultades, regresar a la situación anterior.[59] La irreversibilidad se justifica cuando se logra dar un salto productivo que permite rentabilizar la inversión e incrementar la tasa de ganancia. Los fuertes riesgos que supone una situación de irreversibilidad tecnológica normalmente llevan al productor a intentar mantener la inercia de sus opciones técnicas, limitando, si es necesario, la modernización de su empresa. Sin embargo, las inversiones que responden inicialmente a una lógica de inercia pueden finalmente inducir la adopción de alguna innovación que conduce hacia una situación de irreversibilidad que amplía las consecuencias del cambio técnico y organizativo de la empresa.

En México, si bien algunos agricultores incorporan nuevas tecnologías ahorradoras de energía y de agua, como la labranza cero, el riego por goteo, la plasticultura, los abonos verdes, el uso de fertilizantes y plaguicidas naturales, este balance no solo es de índole técnica, sino

58. Aunque Byé y Fonte (*ídem*) solo señalan estos procesos en relación con la biotecnología, considero que de hecho pueden aplicarse al conjunto de elementos que conforman la restructuración.

59. Por ejemplo, la introducción de una nueva semilla conduce en un momento dado a la redefinición del uso de insumos, a la investigación para solucionar distintos problemas, adaptación de la semilla al ambiente local, el problema de los residuos tóxicos, y a la reorientación de las labores culturales.

social, ya que se realiza tomando en cuenta las oportunidades locales y las ventajas que ofrece la presencia de un sector campesino, con potencial productivo, al que puede delegarse la parte de los procesos productivos más intensivos en mano de obra, a través de formas asociativas o de agricultura "de contrato". De la misma manera, puede recurrirse a un sector de trabajadores agrícolas entre los cuales existe una presencia femenina significativa contratada como mano de obra temporal, para que cumpla con habilidad y a bajo costo la realización de numerosas tareas que garanticen una mayor calidad del producto.

La restructuración de la agricultura[60] no necesariamente ha significado rupturas o medidas radicales que generen situaciones de irreversibilidad; tampoco se encamina unidireccionalmente al desarrollo de una agricultura posfordista, entendida como producción de pequeños lotes, diversificada y de gran calidad, que se fabrican solamente con tecnologías modernas. Más bien, supone numerosas posibilidades de combinar diferentes tipos de tecnología con trabajo manual, y diferentes formas de organización del trabajo que apuntan hacia una flexibilidad productiva en la cual los sujetos (productores y trabajadores) intervienen dándole direccionalidad a las innovaciones que se adoptan.

La presencia de tecnologías y formas de trabajo de tipo fordista/taylorista que se identifican con la producción masiva, o las formas de producción campesinas y artesanales que forman parte de esta agricultura flexible, de ninguna manera son resabios que se mantienen en una nueva fase productiva dominante, en donde el comando del proceso de acumulación se encontraría dado por una nueva base técnica y organizativa.

Cinco elementos esenciales caracterizan la flexibilidad en la agricultura. En primer lugar, encontramos una gran diversificación productiva, principalmente en los cultivos de exportación no tradicionales; en segundo lugar, la orientación de la producción hacia nuevos nichos de mercado que incluyen el mercado nacional, sin abandonar los masivos;

60. En este inciso nos referiremos fundamentalmente a la restructuración del sector agroexportador, que consideramos la rama más dinámica de la agricultura mexicana en el momento actual, lo que no significa que las empresas agroforestales, pecuarias o cerealeras no estén también sujetas a este proceso, cuyas características pueden ser diferentes de las que se generan en aquellas que están produciendo cultivos de exportación no tradicionales.

en tercer lugar, la incorporación de nuevas tecnologías, principalmente las que sirven para ahorrar agua y energía; en cuarto lugar, la descentralización de las estructuras de las empresas hacia formas de operación más flexibles, lo que supone una importante concentración de capitales con una gran movilidad en torno a regiones especializadas en cierto tipo de productos, y su reubicación en nuevas regiones del país; y en quinto lugar, la puesta en marcha de nuevas formas de organización del trabajo que afectan al mercado de trabajo rural y en ocasiones conducen a la adaptación o refuncionalización de formas de producción tradicionales.

En el contexto internacional, la diversificación se explica como resultado del nuevo orden internacional y de la acción de las empresas transnacionales que buscan elevar su rentabilidad generando una demanda para los productos de exportación "no tradicionales". También es resultado de las políticas neoliberales que promueven una agricultura basada en las ventajas comparativas. Sin embargo, la diversificación no ha significado solamente ampliar la gama de productos de lujo de exportación.[61] Para algunas empresas supone, también, insertarse en el mercado de productos masivos y lograr allí un espacio de competitividad. Supone, a la vez, cierta especialización productiva, ya que es difícil que una empresa abarque campos de producción muy distintos, como cereales y hortalizas, o flores y frutas. La diversificación productiva por lo regular se circunscribe a un grupo de productos que pueden producirse sobre una base tecnológica más o menos común, aun si se dirigen a mercados distintos.

Un elemento vinculado con la diversificación productiva es la reorientación de la producción hacia nuevos mercados, lo que significa no solo diversificar los destinos de la exportación (Canadá, Europa, Japón), sino ganar un espacio en el mercado interno con productos que tienen la misma calidad requerida para la exportación.

En cuanto a la descentralización de las estructuras productivas, encontramos que los latifundios concentradores de inmensas cantidades de tierra, con importantes inversiones en maquinaria, dedicados a un mismo tipo de productos, y que abarcan verticalmente todas las fases de

61. En el capítulo sobre Sinaloa se presentan datos que muestran cómo se ha diversificado la producción de hortalizas en el país y en este estado de la república en particular.

la producción, están dando paso a nuevas estructuras de organización empresarial más flexibles, lo que permite minimizar los riesgos de un fracaso que pudiera poner en peligro toda la inversión.

De esta manera, se desarrollan distintas modalidades de acceso a la tierra y a los recursos que no involucran inversiones a largo plazo. Esto no quiere decir que no exista una concentración de capitales, a menudo controlados por las transnacionales, que adoptan distintas modalidades asociativas en las que se crean empresas de distinto tamaño y forma, con las que más fácilmente se puede hacer frente a las incertidumbres del mercado.[62]

Es importante señalar el proceso de movilidad de las empresas dentro de regiones, lo que las lleva incluso a traspasar las fronteras del país, hacia el norte y hacia el sur, buscando el espacio en el cual pueden rentabilizar mejor sus capitales y tener acceso a los recursos productivos. Sin embargo, un elemento innovador es el surgimiento de regiones especializadas en un tipo de producción particular,[63] al punto que puede pensarse en una distribución geográfica similar a los "distritos industriales" que permite la cooperación y la asociación entre empresas de distinto tamaño, a la vez que se logra la especialización de la fuerza de trabajo local.

Cabe mencionar que, aun si las innovaciones tecnológicas en la agricultura han sido importantes, sobre todo en materia de biotecnología y de ingeniería genética, manejo de suelos, producción bajo invernaderos y sobre sustratos, por mencionar algunas, en México encontramos una adopción selectiva. Destaca la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y de agua, no solo como respuesta a la preocupación de organismos internacionales que presionan a los productores para que hagan un uso más racional de estos recursos, sino para hacer más eficiente y rentable su aprovechamiento ya que con la privatización estos se vuelven más costosos.

62. En América Latina, varios autores plantean este proceso. Chiappe y Piñeiro (1994) señalan que mientras en 1961 había 6.000 empresas produciendo la manzana "Deliciosa", en 1980 se había reducido a 3.455 el número de los que se dedicaban a producir todas las variedades de manzana. En Argentina, Bendini *et al.* (1995), encuentran que hoy en día solo el 2,8% del total de las empresas comercializan el 24% de la producción de manzanas frescas, mientras que en México la floricultura de exportación se encuentra en manos de 17 empresas que son las que tienen posibilidades de mantenerse en el mercado. Lara y Becerril (1995).

63. Por ejemplo: hortalizas en un corredor que abarca Baja California, Sonora, Sinaloa, Nayarit y Jalisco; aguacate y mango en Michoacán, Tierra Caliente y Guerrero; flores en el estado de México y Morelos; naranja y otros cítricos en Veracruz, Nuevo León, San Luis Potosí, Tamaulipas, Tabasco y Yucatán, etcétera.

Las gigantescas presas hidráulicas, obras extraordinarias desde el punto de vista financiero y técnico, que fueron el sostén de la agricultura masiva, hoy en día comienzan a ser cuestionadas por los efectos "de rebote" que pueden tener en caso de desastre natural.[64] Actualmente, nuevas técnicas, como el riego por goteo, permiten acceder a tierras inaccesibles al riego por rodeo con un enorme ahorro de agua y con fuentes de abasto poco caras, como son los pozos o las represas. Esta nueva tecnología, ampliamente desarrollada en Israel desde los años sesenta, tiene como efecto colateral una disminución de los costos de producción por la aplicación de la plasticultura y de formas de "fertirrigación" (retención del agua, control de las plagas y de la hierba, aplicación de fertilizante líquido con el riego) que hacen más eficiente el uso del agua.[65] En algunas regiones se han introducido sistemas subterráneos con cintas, en vez de la tubería de tipo convencional. Este sistema de riego hace que el agua llegue directamente a las raíces y evita que el fruto esté en contacto con la humedad; también se logra un mejor manejo de las plagas y de la fertilización, así como un incremento en los rendimientos, y el rescate de variedades que se habían dejado de cultivar por causa de las enfermedades (*Hortalizas, frutas y flores*, 1992).

Por otro lado, la competencia entre empresas y países para ganar ciertos nichos del mercado internacional, en el sector de frutas y verduras en fresco, flores o frutas, ha llevado a algunas empresas a incorporar una sofisticada tecnología de agricultura bajo invernadero y sobre sustratos (hidroponía), que ofrece ventajas tanto para los mercados masivos como para los selectos. De la misma manera, se han desarrollado ampliamente las tecnologías de pre enfriado y conservación de alimentos que mejoran de manera importante las fases poscosecha.

No obstante que la restructuración en la agricultura ha implicado una modernización de las empresas y la incorporación de cambios tecnológicos importantes, la competencia por parte de los propios países

64. Dos ejemplos recientes en México demuestran eso. Primero, el ciclón que inundó el estado de Sinaloa en 1992 echó a perder la cosecha de las hortalizas y provocó el desempleo de unos 80.000 migrantes. Luego, con la sequía que duró varios años, por lo cual las presas se quedaron sin agua.

65. La nivelación de los terrenos es una de las tareas más delicadas y costosas de la tecnología del riego por goteo. La tecnología más sofisticada de nivelación consiste en equipar el trascabo con un rayo láser para asegurar una perfecta inclinación de las tierras.

desarrollados en la producción de cultivos no tradicionales, la vulnerabilidad de los mercados, la rapidez con la que se vuelven obsoletos ciertos productos o se masifican, las grandes fluctuaciones de los precios, la dependencia tecnológica y el monopolio en la comercialización y distribución de estos productos por parte de las transnacionales, reducen las posibilidades de competir y hacer rentable la incorporación de tecnologías demasiado costosas o mal adaptadas a las condiciones tecnológicas de los países subdesarrollados. De esta manera, encontramos que en México las empresas no basan su competitividad internacional en el uso de tecnologías caras y sofisticadas. La estrategia hasta ahora consiste, más bien, en poner a prueba una innovación para saber si esta ofrecerá ventajas adicionales a las que se obtienen gracias a las bondades del clima, al uso no racional de los recursos naturales, pero, sobre todo, gracias al empleo que puede hacerse de una fuerza de trabajo que sigue siendo abundante y barata en nuestros países.[66]

La presencia de diferentes tipos de trabajadores, y su especialización en el desempeño de variadas funciones a lo largo de los ciclos productivos, tanto en el campo como en los empaques o enlatadoras, permite a las empresas establecer formas flexibles de organización del trabajo que aseguran el control de calidad de los productos, una gran adaptabilidad a los ritmos del mercado y limitan el riesgo que representan las inversiones en capital de fijo.

El balance entre inercia e irreversibilidad, al incorporar una nueva tecnología, se resuelve, la mayoría de las veces, en favor de una organización del trabajo mediante la cual puede lograrse la máxima eficiencia en las técnicas, sin recurrir a grandes inversiones. Es decir, se busca resolver los problemas que genera la inercia de una tecnología vieja, o los riesgos de irreversibilidad al incorporar una nueva, a través de una organización del trabajo que amortigua los efectos indeseables y las múltiples incertidumbres.

De esta manera, la competitividad puede apoyarse en una flexibilidad cuantitativa, que se expresa en términos contractuales mediante: variabilidad de horarios y eventualidad en el empleo; o en términos salariales,

66. En 1950, en los países desarrollados los salarios agrícolas eran de 15 a 20 veces más elevados que en el Tercer Mundo y la productividad 7 veces más alta. En 1985, los salarios eran de 22 a 28 veces más altos pero la productividad era 36 veces más alta (C. de Grammont, Lara y Rubio, 1996).

que se traduce en formas de pago a destajo, por tarea o por producto, propias de las formas de organización de tipo taylorista-fordista; a la vez, puede descansar en una flexibilidad cualitativa que se traduce en exigencias de calificación, especialización e implicación para los trabajadores, organización en equipos o círculos de trabajo, estímulos a la productividad y otras formas propias de los nuevos modelos productivos aplicados en la industria (Lara, 1995).

Las nuevas modalidades de organización del trabajo en las empresas agroexportadoras, aun en las más modernas, incorpora lo nuevo sobre lo viejo, y hace que lo más moderno integre elementos que pueden ser parte de una lógica campesina o de las formas de organización fordistas. De tal manera que lo que se consideró como un obstáculo a la modernización de la agricultura al aplicarse los métodos fordistas (la presencia de una numerosa población campesina y la supervivencia del trabajo manual en el campo), hoy en día puede verse como una ventaja, ya que la combinación de métodos de producción modernos con formas de producción artesanales permite una gran flexibilidad.

Resumiendo, podemos decir que la flexibilidad productiva en la agricultura mexicana consiste en una selección de elementos y de formas de organización diferentes, que si bien suponen la incorporación de nuevos métodos de producción y nuevas formas de organizar el trabajo, como sucede en la industria, adoptan ciertas modalidades que nos hacen pensar que no se trata de innovaciones tendientes a mejorar los métodos de producción masiva, de tal manera que pudiéramos hablar de un modelo "neofordista". Tampoco podemos concluir que la restructuración de las empresas agroexportadoras apunte hacia la hegemonía de una agricultura posfordista, que de acuerdo con el "tipo ideal" no solo significaría la incorporación de tecnologías de punta, sino una organización del trabajo más eficiente, o incluso más humana (como se propone el modelo de Uddevalla que vimos en el capítulo anterior).

Desde mi punto de vista, la restructuración del sector agroexportador más bien ha dado nacimiento a una nueva *agricultura flexible* que responde a una búsqueda de las empresas por insertarse en el nuevo orden internacional. Esta agricultura no prefigura una fase de dominio de las tecnologías de punta ni de las formas cualitativas de organización y uso

del trabajo. Lo que encontramos son "flexibilidades realmente existentes" (De la Garza, 1993) en las cuales se mantienen tecnologías fordistas o artesanales, y formas de organización del trabajo "salvajes",[67] que por sus tintes arbitrarios y excluyentes generan una segmentación en el mercado de trabajo. Este aspecto de la restructuración es el que trataremos en el siguiente capítulo.

III. EFECTOS DE LA FLEXIBILIDAD PRODUCTIVA EN EL MERCADO DE TRABAJO

Entre los aspectos más resaltados por los autores que analizan las características de los nuevos modelos productivos, se encuentra el efecto que estos generan en el mercado de trabajo. Por ejemplo, discuten si profundizan o no la segmentación del mercado o si modifican las calificaciones obreras.

Estos problemas, planteados con anterioridad al analizar los efectos de la mecanización y de la implantación de los métodos científicos de producción sobre el trabajo, vuelven a abordarse al momento en que se introducen cambios en la base tecnológica y organizativa de los procesos de trabajo.[68] Así, con los nuevos modelos productivos surge una serie de propuestas que resaltan sus potencialidades para desarrollar formas más humanas y enriquecedoras del trabajo que las del taylorismo-fordismo.

De acuerdo con esta perspectiva, las tradicionales formas de control del trabajo,[69] que generan fenómenos de ausentismo, rotación de personal, desafección laboral y otras modalidades de rechazo correspondientes a los principios tayloristas, se resuelven mediante la polivalencia obrera, la implicación, la movilidad interna, el trabajo en equipo, y otros elementos que se encuentran en la base de estos modelos productivos.

---

67. De la Garza (1993) desarrolla los conceptos de flexibilidad primitiva y salvaje; véase el capítulo I.

68. Cabe recordar el planteamiento de H. Braverman en su libro *Trabajo y capital monopolista* (1974) en el cual retoma las posturas de Marx sobre el problema de la alienación y el fetichismo, para desarrollar sus tesis acerca del proceso de homogeneización de los trabajadores, la descalificación obrera y la pérdida de control del obrero sobre su trabajo, como resultado de la división del trabajo y la mecanización.

69. En el siguiente capítulo analizamos el concepto de "control" y las distintas formas que este adopta históricamente.

Piore y Sabel (1989), por ejemplo, encuentran en la especialización flexible el modelo ideal para que las pequeñas o medianas empresas, asociadas regionalmente en los distritos industriales, propicien el desarrollo de destrezas artesanales, combinándolas con tecnologías flexibles que favorecen la calificación obrera, el resquebrajamiento de las antiguas jerarquías ocupacionales y una mayor democratización de las relaciones laborales.

Por su parte, los teóricos del modelo japonés, o de *lean production* (Womack *et al.*, 1992; Coriat, 1992) resaltan el carácter participativo de este sistema, no solo porque promueve los equipos de trabajo y los círculos de calidad, sino porque elimina la antigua división del trabajo que separa concepción de ejecución y el trabajo calificado del no calificado. De la misma manera, el modelo kalmariano o uddevalliano se presenta como una vía para generar procesos más humanos, que desarrollan una visión integral del trabajo mediante la formación de equipos autónomos y formas de aprendizaje funcional.

No obstante, como ya ha sido planteado en el capítulo I, algunos de los elementos que se presentan como rasgos positivos del posfordismo han sido fuertemente cuestionados al analizar las experiencias concretas. Tanto en los distritos industriales como en el estudio de los trasplantes japoneses y de las empresas subcontratistas que permiten la producción ajustada, estos análisis descubren "el lado oscuro" de esos modelos, especialmente para las mujeres, los migrantes y otros sectores de excluidos, y se plantea que la introducción de los nuevos modelos productivos, si bien tiene efectos positivos sobre la *calificación*, profundiza la *segmentación del mercado de trabajo* y genera formas precarias de empleo.

El problema de la segmentación

Las distintas corrientes de análisis sobre la segmentación del mercado de trabajo

El problema de la segmentación del mercado de trabajo no es nuevo; a lo largo del desarrollo del capitalismo ha dado origen a distintas teorías que han intentado explicar las causas que lo generan:

1. De acuerdo con la teoría neoclásica, la movilidad de los trabajadores se rige por las leyes de la oferta y la demanda, factores que tenderían a equilibrarse, como sucede en otros mercados. A la vez, el salario reflejaría adecuadamente la oferta y la demanda de los distintos tipos de trabajo que traducen un "capital humano" adquirido por los trabajadores básicamente a través de la formación escolar.

La corriente neoclásica supone que tanto los trabajadores como los patrones tienen total conocimiento de las leyes y condiciones del mercado y, en este sentido, el trabajador puede decidir racionalmente dónde le conviene más emplearse, en tanto que los patrones pueden elegir cuándo y a quién emplean (De la Garza, 1996).

Se trata de un análisis ahistórico, que considera que empleadores y empleados se encuentran en situación de igualdad, y es la "justicia distributiva" la que conduce a que los trabajadores ganen de acuerdo con su productividad, sin que existan bases económicas para el conflicto (Llamas, 1987).

2. La corriente institucionalista tiene dos enfoques. El primero no se desliga de los postulados neoclásicos del libre mercado, pero considera que el mercado da origen a instituciones y reglas. El segundo plantea que los postulados neoclásicos se alteran por una serie de normas, costumbres y procedimientos administrativos, y que son más importantes los puestos de trabajo en la determinación de los salarios, que la relación entre oferta y demanda (Carrillo y Hualde, 1990; De la Garza, 1996). Dentro de esta última corriente se desarrollan dos teorías: la del mercado dual y la segmentacionista.

La teoría del mercado dual surgió gradualmente de una serie de estudios históricos realizados en Estados Unidos, Francia e Italia, así como del análisis de mercados de trabajo urbanos. Se basa en una serie de hipótesis que plantean:

a. Que el mercado laboral se divide en dos segmentos: el primario y el secundario. En el *sector primario se* reagrupan los empleos mejor pagados, más estables, más interesantes; y los trabajadores más privilegiados. El sector *secundario,* que se caracteriza por los elementos opuestos, comprende a todos los grupos en desventaja o "marginados": las mujeres, los jóvenes, los inmigrantes, así como los empleos más mal pagados

e inestables, de tal manera que se conforma por los sectores más débiles políticamente.

b. La dicotomía del mercado se explica por factores institucionales e históricos: tecnología, estructura ocupacional, costumbres y composición de la fuerza laboral.

c. La movilidad de los trabajadores dentro de los mercados es muy limitada, y sobre todo los trabajadores del segmento secundario se encuentran atrapados en él.

d. Las características del capital humano que plantean los neoclásicos (años de escolaridad y adiestramiento) casi no tienen influencia sobre los sueldos y sobre los puestos de trabajo, de manera que quienes se encuentran en el mercado secundario no es porque carezcan de las calificaciones adecuadas, sino por la dificultad que existe para acceder a los mejores trabajos y por la escasez de estos (Llamas, 1987).

En esta corriente debe ubicarse el trabajo de Michael Piore sobre el mercado de trabajo dual (1971; citado por Llamas, 1987). Sin embargo, este autor cambia su punto de vista en trabajos posteriores, los cuales van a formar parte de la tercera corriente llamada segmentacionista, que intenta convertirse en un puente entre la teoría neoclásica y la marxista.

3. El análisis marxista aporta elementos novedosos en relación con la teoría neoclásica.[70] En primer lugar, sostiene que no se puede analizar el mercado de trabajo como cualquier otro, porque la relación entre el trabajador, que posee la fuerza de trabajo (trabajo potencial), y el que la compra (el empleador), no es una relación puramente mercantil, mediada por el salario y totalmente definida. Se trata, más bien de una relación social en cuyo centro está el conflicto y la lucha de clases.

El "fetichismo de las mercancías" que analiza Marx consiste en transformar las relaciones sociales en relaciones entre personas, y en considerar que la relación laboral es puramente mercantil. Critica el supuesto clásico de que el trabajo potencial (fuerza de trabajo) se convierte automáticamente en trabajo real, de tal manera que elimina el conflicto entre el poseedor de ese trabajo potencial (el trabajador) y quienes desean comprarlo.

---

70. Retomamos aquí el análisis hecho en Tohaira (1983).

Por el contrario, para los marxistas, esto explica las diferentes formas de control que debe poner en marcha el capitalista para transformar el trabajo potencial en trabajo efectivo, y que lo ayudan a obtener del trabajador un máximo de plusvalía; en tanto, el trabajador opondrá distintas formas de resistencia.

Para la teoría marxista, el salario representa el costo de reproducción de la fuerza de trabajo, y la educación no solo es un medio de adquisición de calificaciones que se traduce en un capital humano, como lo consideran los neoclásicos, sino que representa, también, una manera de reproducir la conciencia de los trabajadores.

4. La corriente segmentacionista define el mercado de trabajo "como el conjunto de mecanismos e instituciones a través de los cuales la fuerza de trabajo es comprada y vendida". Su aporte sustantivo se encuentra en la noción de estratos, entre los que existe poca movilidad "por falta de información y calificaciones, pero principalmente por el tipo de actitudes con respecto al trabajo" (De la Garza, 1996, p. 53).

a. *De* acuerdo con el enfoque tecnológico de esta corriente, dichos segmentos o estratos comparten algunas características comunes, pero cada uno tiene diferentes criterios de promoción, procedimientos de supervisión y escalas de salarios. El acceso de los trabajadores a cada uno de esos segmentos está controlado y restringido.

En esta corriente deben ubicarse los trabajos posteriores de Piore[71] en los cuales cambia de punto de vista, para plantear que en el interior del sector primario se encuentran dos estratos: en el superior se ubican los profesionistas y gerentes, cuya movilidad se asocia con avance profesional y en donde el nivel educativo es fundamental; además, tiene más posibilidades para el desarrollo de la creatividad y la iniciativa, en tanto que el nivel inferior correspondería a trabajos calificados, pero taylorizados (De la Garza, 1996).

Este enfoque incorpora el concepto de "cadenas de movilidad", que representan las trayectorias en las que cada individuo piensa moverse a lo largo de su carrera ocupacional. Piore vincula estas cadenas con la estructura tecnológica. La distribución de los empleos en cada segmento

71. Piore y Berger (1980) y Piore (1981) citados por Llamas (1987).

depende del tipo de actividades requeridas en las empresas, entre los sectores del centro y de la periferia.

b. El enfoque radical de esta corriente plantea que la segmentación estará ligada a la voluntad de los empleadores de reforzar su libertad de acción económica dividiendo a los trabajadores. Sería la aplicación del viejo principio de "dividir para reinar". Las empresas, en el cuadro de un mercado en crecimiento, se esfuerzan por integrar una parte del personal que desempeña un papel decisivo en la producción. Pero, para limitar el costo de esas políticas, intentan al mismo tiempo exteriorizar la fracción de los trabajadores que ocupan un lugar periférico en relación con la actividad central.

Otros buscan la explicación en la acción colectiva de los sindicatos, lo que se traduce en acuerdos, ya sea en el nivel de rama o de empresa. Según este punto de vista, los sindicatos, en su tentativa por impedir o limitar la competencia en el seno de los propios trabajadores, restringen la intercambiabilidad mediante la disposición de una serie de normas.

Por último, deben considerarse las tesis que otorgan al Estado un papel activo en la segmentación del mercado de trabajo, al emitir normas para la formación de determinados grupos de mano de obra o cuando favorece, mediante ciertas políticas, el empleo de algunos grupos (principalmente los jóvenes).

Estas corrientes de análisis, que intentan explicar la segmentación del mercado de trabajo, serán matizadas y enriquecidas al incorporarse el debate sobre los nuevos modelos productivos.

La segmentación del mercado de trabajo en el contexto de la flexibilidad productiva

Aunque el punto de partida de la flexibilidad es que la mano de obra, dadas sus características de calificación, es fácilmente sustituible y movilizable, en la práctica la segmentación del mercado de trabajo ofrece precisamente un aspecto contrario, pues ni la mano de obra ni los puestos de trabajo son fácilmente intercambiables, aun al aplicarse nuevas formas de organizar el trabajo e incorporar tecnologías blandas. En cambio, algunos grupos son sistemáticamente excluidos y condenados

al desempleo o a ocupar empleos precarios. De esta manera, surgen distintas explicaciones respecto de qué es lo que reproduce la segmentación del mercado de trabajo al ponerse en marcha los nuevos modelos productivos.

Sengenberger plantea que la segmentación es el resultado estructural de la solución de los problemas de mano de obra, teniendo en cuenta los diferentes intereses y condiciones de las empresas. No significa reducción de la flexibilidad ni estancamiento de esta, sino una restructuración de la flexibilidad guiada por el interés empresarial (1988, p. 349). Para tal efecto, considera que las empresas pueden optar por generar *mercados internos*,[72] es decir, aquellos que existen en el interior de algunas empresas, con una estructura más o menos rígida y una complejidad variable (Carrillo y Hualde, 1990). De acuerdo con este autor, los mercados internos favorecen la flexibilidad de la empresa e incrementan la movilidad de la mano de obra, así como su capacidad y disposición para adaptarse a los cambios técnicos, restringiendo con ello el intercambio con el *mercado de trabajo externo* (Sengenberger, 1988, p. 349).

Para Sengenberger, las restricciones en la intercambiabilidad de los puestos y de la mano de obra con calificaciones iguales o comparables, da por resultado una *segmentación horizontal*, que a menudo es la consecuencia de barreras interpuestas por grupos de profesionales o de especialistas, mientras que la *segmentación vertical* designa las desigualdades entre distintos segmentos de trabajadores (1988). En ambos casos se trata de cantidades diferenciadas de trabajo, de acuerdo con determinadas características, y por ello intercambiables en forma limitada; pero considera también que la intercambiabilidad de la mano de obra y de los puestos de trabajo se restringe aun cuando en la práctica tienen contenidos similares de calificación, basándose en una normatividad, explícita o implícita, por lo cual cierto tipo de trabajadores no pueden acceder a cierto tipo de puestos. Esta normatividad puede tener como "mecanismo consolidador" la estigmatización de ciertos grupos, a los cuales "se les asignan iguales o similares cualidades o un mismo comportamiento laboral, aun cuando objetivamente puedan ser muy variables"

72. Para un análisis de los mercados internos en las empresas estadounidenses, véase P. Osterman (1984).

(Sengenberger, 1988, p. 355). Por ejemplo, cuando se considera que todas las mujeres tienen las mismas cualidades: delicadeza, paciencia, habilidad, etcétera.

Para otros autores, como por ejemplo Michon (1987), la segmentación es resultado de la existencia de dos tipos de flexibilidad: la *cuantitativa* y la *cualitativa*. Si el acento en los cambios, para reducir las incertidumbres, se pone en los aspectos cuantitativos que resultan de las fluctuaciones temporales de la actividad, o de las variaciones en la demanda, la flexibilidad significa simple *variabilidad*, y por lo regular deriva en inestabilidad laboral y precarización del empleo. Mientras que, si se trata de aspectos cualitativos, en particular referidos a la diversificación de productos, cambios en los gustos o preferencias de los clientes, o desplazamiento de la demanda de un producto a otro, la flexibilidad significa *polivalencia*[73] y recalificación.

Atkinson (1985; citado por Michon, 1987). Analiza un esquema de empresa flexible basado en dos tipos de flexibilidad: la flexibilidad *numérica*, que se asegura mediante una mano de obra periférica; y la *funcional*, que se logra gracias a la polivalencia de los trabajadores. De esta manera, se considera inestable la flexibilidad cuantitativa o numérica, y estable la cualitativa o funcional. En este esquema, la línea de división entre seguridad e inseguridad se encuentra en la empresa y no se toma en cuenta la diferenciación en los mercados de productos ni en las estructuras productivas. La flexibilidad numérica se refiere a las relaciones de la empresa con el *mercado externo* de trabajo, y se traduce en flujos de mano de obra, entradas y salidas de personal, despidos, renuncias, licencias, etcétera; el otro tipo de flexibilidad funcional no desestabiliza el empleo y no afecta más que al *mercado interno* de trabajo ya que supone transferencias de trabajadores de un puesto a otro dentro de la empresa y modificaciones en el contenido del trabajo.

Plantea que cuando las empresas se ven obligadas a reducir su personal, al menos temporalmente para satisfacer sus necesidades de

73. Se entiende como la posibilidad que tiene un trabajador de ocupar varios puestos de trabajo, gracias a que cuenta con una formación general y técnica suficientemente amplia y un interés especial en la calidad de su trabajo. El símbolo de ese nuevo perfil de trabajador es el antiguo obrero "prudhoniano" (Boyer, 1987).

flexibilidad cuantitativa, limitan las contrataciones para cierto tipo de personal, para los empleos menos necesarios y para las personas más fácilmente recontratables. Mientras que, cuando la empresa desarrolla la polivalencia de su personal para lograr una flexibilidad cualitativa, será solo en última instancia que decidirá separarse de este tipo de personal.

Michon (1987) considera que la flexibilidad genera una *segmentación dualista* del mercado de trabajo en general y no solo dentro de las empresas. Esta segmentación la asocia con el tipo de unidades de producción. Considera que para algunas unidades es más conveniente cierto tipo de flexibilidad cualitativa y la asegurarán mediante el uso de sistemas de fabricación flexibles y/o una mano de obra polivalente, en tanto que otras harán un amplio uso de la flexibilidad cuantitativa. De esta manera, se genera una segmentación del mercado de trabajo que se traduce en una inseguridad desigualmente compartida y concentrada jerárquicamente en grupos de trabajadores particulares, donde habrá, por un lado, un sector de grandes empresas industriales, por lo regular multinacionales, las cuales mantienen una clase trabajadora fuertemente sindicalizada, mientras que por el otro lado existirá un sector de pequeñas empresas en donde la sindicalización es prácticamente inexistente.

De acuerdo con Kern y Schumann, la segmentación actualmente se genera porque no existe una relación directa entre "una situación económica satisfactoria y la adopción de nuevos modelos de producción", lo que en gran parte se debe a "la persistencia de un amplio campo de operaciones manuales sencillas, en el que desde el punto de vista capitalista no se ve la menor ventaja en una renovación cualitativa".[74] Es decir, consideran que hay cierto tipo de industrias en donde la valorización óptima del capital pasa por una combinación de métodos de producción nuevos y tradicionales. Esto no se explica como resultado de un desfase temporal que en el corto plazo puede superarse, sino como resultado de una elección "perfectamente consciente" entre dos lógicas diferentes de fabricación. De esta manera, aun si encuentran que la tendencia general apunta hacia el "fin de la división del trabajo y la reprofesionalización

74. Para ejemplificar este proceso dicen que "basta con pensar en la falta de interés económico de una tecnología sofisticada en ciertas etapas de fabricación, tales como el embalaje" (Kern y Schumann, 1977/1978, p. 15).

del trabajo productivo", existirán "los penalizados" y "los aspirantes a un empleo riesgoso", cuyas posibilidades de seguir desempleados durante largo tiempo se verán incrementadas por los nuevos modelos de producción (1977/1978, pp. 15-21).

Para Lipietz (1992), una primera explicación debe buscarse en las especificidades sectoriales. En este sentido, se pueden encontrar distritos industriales en las ramas del vestido, el calzado, la confección y los productos electrónicos, en donde se encuentran industrias intensivas en trabajo, mientras que en las industrias intensivas en capital prevalecerá la concentración capitalista. Sin embargo, señala cierta convergencia entre las grandes empresas en vías de descentralización y los distritos industriales en vías de cuasi-integración.[75] Una segunda explicación debe encontrarse en las dos tendencias diferentes que existen como vías de salida a la crisis del fordismo. De hecho, estas dos vías pueden concebirse como dos ejes: el primero hace referencia al mercado externo de trabajo. Puede incluir reglas sobre la formación del salario directo y el salario indirecto, sobre el derecho a contratar y despedir. Al mismo tiempo, las reglas pueden ser fijadas en el nivel de los individuos, de las profesiones, de las ramas y de la sociedad. El segundo eje, que comprende al mercado interno, también tiene varias dimensiones y se refiere a la *implicación*,[76] que significa: calificación, cooperación, participación en la definición y en la vigilancia de tareas. El toyotismo, que supone una implicación negociada en el nivel de la empresa, y los modelos neotayloristas, según Lipietz, serán aceptados en las sociedades jerarquizadas y en donde las diferencias étnicas y de sexo son vistas como "naturales", mientras que los modelos kalmarianos[77] serán favorecidos en los países en donde son rechazadas las consecuencias sociales antiigualitarias de su aplicación.

75. Este concepto remite al proceso de producción y al proceso de valorización (Lipietz, 1992, p. 27).

76. Lipietz (1992) señala que puede haber implicación negociada individualmente y recompensada por bonos y por formas de promoción; y una implicación negociada por empresa, por rama o en el nivel de toda la sociedad, donde son los responsables de las empresas y los sindicatos los encargados de negociar su orientación.

77. Este modelo precede a la experiencia de Uddevalla en Volvo y se desarrolla en la planta de Kalmar en Suecia. Ya de por sí se consideraba más avanzada que la experiencia toyotista, por cuanto tenía entre sus objetivos la humanización del trabajo, y obtiene mayores logros en Uddevalla. Véase el desarrollo de esta experiencia en el primer capítulo.

Llevada esta hipótesis al rango de la sociedad, Lipietz plantea una "distribución centro-periferia" de los modelos. De esta manera, considera que:

> el escenario más creíble es la formación de una economía-mundo jerarquizada. Ya no opondrá un centro industrial fordista a una periferia exportadora de bienes primarios, en cambio se presentará como una nueva división industrial del trabajo. Las economías del centro serán las que hayan adoptado un compromiso kalmariano en la mayor parte de su aparato productivo, con la posibilidad de un dualismo interno (kalmarismo/neotaylorismo), por ejemplo, según el sexo. La periferia se compondrá de economías organizadas según el paradigma neotayloriano, dedicadas a las actividades rutinizadas e intensivas en trabajo. De hecho, como siempre, la realidad se presentará como un resultado mixto, con una oposición centro y periferia, a través de divisiones geográficas, raciales y de sexos (1992, p. 29).

En este esquema, la segmentación se presenta entonces como un fenómeno que abarca las fronteras entre centro y periferia, "una parte de los países del Tercer Mundo quedará marginada y otra parte se incorporará de manera neotaylorista como zona de subcontratismo alrededor de los polos de crecimiento más avanzados" (Lipietz, 1992, p. 29).

Esta situación podría darse en países como México, en donde, según De la Garza, el alcance real del modelo taylorista-fordista se limitó a ciertas ramas de la producción y a ciertos grupos de trabajadores que han gozado de protección laboral. En cuyo caso, se desarrolla una *"flexibilidad primitiva,* producto de la escasa maduración de las relaciones tayloristas-fordistas, que ha existido desde que hay empresa capitalista". Este tipo de flexibilidad prevalece en las empresas en las que existen altas dosis de arbitrariedad empresarial y en donde no existen acuerdos previos entre empresas y sindicatos para ofrecer soluciones a la crisis. También puede encontrarse en las empresas modernas que comúnmente han reconocido formas e intensidades diversas de taylorismo-fordismo; una *"flexibilidad salvaje,* semejante a la flexibilidad primitiva de antes

de la crisis"; y otra forma de *flexibilidad de tipo toyotista* "que busca no solo eliminar las trabas para el uso de la fuerza de trabajo, sino una relación diferente entre trabajadores y supervisores en el proceso productivo" (1993, p. 63). Indudablemente, el resultado del desarrollo de este tipo de flexibilidades genera una segmentación del mercado de trabajo, no solo en el nivel de empresa, sino de ramas de producción y de la sociedad en su conjunto, cuyas modalidades deben ser analizadas.

De acuerdo con estos planteamientos, es claro que aun los modelos más avanzados profundizan la segmentación del mercado de trabajo en el conjunto de la sociedad, de tal manera que los distintos tipos de flexibilidad que se ponen en marcha con los nuevos modelos productivos, si bien constituyen modalidades diferentes para reducir las incertidumbres del trabajo del lado de las empresas, no hacen lo mismo del lado de los trabajadores.

No obstante, persisten varios problemas conceptuales. El supuesto de una segmentación del mercado de trabajo provocada por la aplicación de dos formas de flexibilidad distintas (cualitativa / cuantitativa o numérica / funcional) adoptadas por las empresas de acuerdo con sus intereses, que depende del tipo de unidades de producción de que se trate, como lo plantea Michon; de acuerdo con el tipo de procesos productivos que predominan (manuales o mecanizados) como lo consideran Kern y Schumann; o en relación con las especificidades sectoriales y el tipo de negociación que se ha logrado en cada sociedad de acuerdo con la distribución centro/periferia, como lo plantea Lipietz, parte de una premisa que hasta ahora no ha podido ser demostrada. Significaría que donde hay flexibilidad cualitativa o funcional –en ciertos sectores, en ciertas empresas o en ciertos países–, la alternativa adoptada sería la ideal, porque no implicaría ningún tipo de exclusión. Estaríamos frente a verdaderos ejemplos de posfordismo, o al menos de neofordismo. Pero la realidad no puede ser analizada de esta manera, porque la presencia de un sector cada vez más amplio de trabajadores que no gozan de las bondades de los nuevos modelos, hace suponer que no se trata simplemente de excepciones que con el tiempo se resolverán, sino de una característica sin la cual estos modelos no podrían operar.

La segmentación que estos nuevos modelos de producción reproducen, no se reduce simplemente a las restricciones que impiden la

movilidad de los individuos de un puesto a otro dentro de la empresa, de un tipo de empresa a otra, de ciertos sectores de la industria hacia otros. De hecho, la segmentación que se reproduce en el ámbito de la producción marca la desigualdad entre sectores productivos (agricultura/industria; trabajo formal/informal; empresas matrices/subcontratistas, etcétera), así como entre grupos sociales, y de esta manera, pone en evidencia asimetrías de género, generacionales o étnicas, y muestra con ello la fragilidad de estos modelos para presentarse como una alternativa más humana y enriquecedora.

Exclusión y precarización del empleo van de la mano con la aplicación de las nuevas modalidades productivas. Tanto así, que antes nunca se habló de un desempleo de magnitudes tan importantes como las que ahora colman el planeta,[78] ni de formas tan diversas de subempleo y de empleo precario como las que actualmente se desarrollan tanto en los países ricos como en los pobres. Pero solo puede ponerse en evidencia esta problemática analizando al mismo tiempo lo que pasa en distintos sectores productivos e incorporando una visión en términos de relaciones sociales.

El paradigma de los nuevos modelos de producción y el supuesto fin de la división del trabajo, son fuertemente cuestionados cuando se analiza lo que sucede no solo en las grandes empresas y en las ramas que sirven para la construcción de los modelos teóricos, sino lo que sucede, también, en las empresas subcontratistas, en otras ramas de la producción como la agricultura, o cuando se introduce la mediación de las relaciones sociales de género (Hirata, 1992; Kergoat, 1982), generacionales o étnicas.

El problema de reducir la segmentación a un ámbito específico sea este el tipo de empresa, de rama o de sector productivo, así como a ciertos países o regiones, es que no permite dar cuenta de que se trata de un problema estructural, que engloba al conjunto de la sociedad. De tal manera que pueda entenderse que si los nuevos modelos generan un grupo

78. En 1993, se calculaba que en los países de la Comunidad Económica Europea el desempleo afectaba de 19 a 20 millones de personas, en 1994 ascendía a 24 millones, mientras que para el año 2000 se preveía un horizonte con una tasa de desempleo del 12,6% en Francia, 13,6% en Italia, 15,1% en España, y 17,9% en Irlanda. Por su parte, se consideraba que la tasa media de crecimiento en esos países no pasaría de 2,5% para el mismo año (Cassen, 1993, p. 9).

de trabajadores con empleo estable, puestos calificados y relaciones más humanas y democráticas, es porque al mismo tiempo provocan la exclusión de otros sectores sociales.

Para los fines de este trabajo he considerado importante contrastar los efectos de la aplicación de las nuevas modalidades productivas en la agricultura y conocer la manera como inciden en el mercado de trabajo rural. Pero antes, me parece útil analizar los conceptos de *segregación* y *calificación*, los cuales han sido utilizados para explicar el lugar de las mujeres y de otros grupos que claramente se encuentran en una situación de desventaja en el mercado de trabajo.

El problema de la segregación

El concepto de *segregación* se vincula estrechamente con el de *discriminación*, y es indisociable de experiencias que constituyeron un esfuerzo deliberado por establecer una *distancia espacial* entre grupos racialmente diferentes. Particularmente se relaciona con las prácticas segregacionistas aplicadas en Estados Unidos en contra de los negros, o con la constitución del sistema de *apartheid* en Sudáfrica (Taguieff, 1987). Sin embargo, la segregación es la institucionalización de una discriminación basada en diferencias que tienen como fundamento no solo algún rasgo o elemento natural (de color, raza, sexo, edad) sino diferencias sociales y culturales.

La discriminación –dice Taguieff (ídem)– no se expresa únicamente en el hecho de evitar a la gente que nos parece antipática por sus diferencias; se refiere a las formas de exclusión de un grupo en contra de otro. En tanto la segregación es una forma de discriminación que fija las fronteras espaciales entre grupos, acentúa las desventajas de uno de ellos y las medidas jurídicas o administrativas que permiten institucionalizar esta discriminación.

Aunque el fenómeno de la segregación ha sido estudiado, sobre todo en Estados Unidos, en relación con la raza o la condición migratoria de los trabajadores, también ha habido una preocupación importante acerca de las causas que generan la segregación ocupacional por sexo.

Este tipo de segregación se refiere a la distancia espacial que tienen los individuos en las distintas ramas de actividad, puestos, jerarquías ocupacionales, centros de trabajo o empresas. Sin embargo, desde mi punto de vista, da la idea de espacios que no se tocan, es decir, lugares que constituyen reservas para un tipo particular de individuos (negros, migrantes, mujeres, etnias, etcétera). De esta manera, considera las diferencias como absolutas e inamovibles, cuando lo que observamos (sobre todo a raíz de la introducción de nuevas tecnologías y formas de organizar el trabajo) son espacios cambiantes y muy dinámicos que no por eso borran la discriminación que sufren ciertos grupos en el mercado de trabajo.

Jennifer Cooper (1988) hace una síntesis de las distintas corrientes de análisis económico que han intentado dar una explicación a la segregación ocupacional por sexo:

> IV) La escuela neoclásica, en la cual se distingue la teoría del "capital humano", el modelo de sobrepoblación y el modelo de discriminación.

La teoría del capital humano hace hincapié en el nivel educativo de las mujeres, y argumenta que este es menor en función de las preferencias de las mujeres por casarse y realizar tareas domésticas, con lo cual renuncian a mejorar sus niveles de educación.

En el modelo de sobrepoblación se parte del supuesto de que hay trabajos femeninos y masculinos, y las mujeres optan por los trabajos femeninos, en tanto que el modelo de discriminación plantea que hay papeles socialmente aceptados y apropiados para hombres y mujeres, y los empleadores miden los beneficios que pueden reportarles estas preferencias mediante un coeficiente de discriminación. Los modelos institucionales de discriminación plantean las teorías del mercado dual y las teorías radicales. Mientras las teorías neoclásicas consideran determinantes las características del trabajador, las teorías del mercado dual privilegian los tipos de trabajo; asimismo, consideran fundamental el desarrollo de la tecnología y de la estructura económica.

En su esquema de mercados internos y externos, primarios y secundarios, colocan a las mujeres en los mercados externos y secundarios. La estabilidad es una característica importante de los mercados internos, y ya que se busca proteger a un sector de trabajadores calificados y centrales para la empresa se privilegiará la ocupación masculina. A la vez, se considera que las mujeres y los migrantes están en los mercados secundarios, "en razón de que han ingresado recientemente en el mercado de trabajo y cubren las lagunas dejadas por la fuerza de trabajo convencional" (Cooper, 1988, p. 49).

Para la teoría segmentacionista el afán por acumular propicia la discriminación de las mujeres, ya que la segregación permite un mayor control sobre los trabajadores. Cooper también analiza las corrientes marxistas, en las cuales se considera que las mujeres forman parte de un "ejército de reserva latente" al que se recurre en periodos de escasez de mano de obra.

En las reflexiones finales que hace Cooper al conjunto de estas teorías, encuentra que el nivel de educación de las mujeres "crea grupos no competitivos dentro del mercado de trabajo". A la vez, señala que "el poder que un grupo de obreros podría tener respecto de su trabajo está relacionado con la duración de su adiestramiento y con el tamaño del ejército de reserva que tiene la misma calificación" (1988, pp. 64-65).

Es un hecho que, pese a las diferencias para explicar el lugar de las mujeres en el mercado laboral, hay una suerte de coincidencia que permite considerar que en el fondo la desigualdad de las mujeres reside en su escasa preparación (resultado de un pobre capital humano, de una decisión personal para quedarse en el hogar en vez de continuar capacitándose, porque se ha llegado tarde al mercado de trabajo, o porque se forma parte de un ejército de reserva). En este sentido, puede decirse que se aplica una noción de calificación que sirve de sustento para crear esa distancia espacial que separa a los hombres de las mujeres en el mercado de trabajo. Por eso, resulta importante analizar el concepto mismo de calificación.

El problema de la calificación

Las modalidades que adopta la exclusión del mercado de trabajo se expresan en dos niveles: la gestión del trabajo y la gestión del empleo. La primera hace referencia a las condiciones de ejercicio de la actividad profesional, lo que se traduce en salarios, promociones, jerarquías y condiciones de trabajo. La segunda se refiere a las formas de acceso al mercado, es decir precarización vs. Estabilidad, actividad vs. Inactividad, formalidad vs. Informalidad (Maruani y Chantal, 1986).

No obstante, en ambos casos la normatividad que permite definir la colocación en los puestos y la jerarquía de los trabajadores descansa, en parte, en la manera como se construye el concepto de calificación, que en sí excluye no solo a cierto tipo de mano de obra, sino la forma y el contenido de sus saberes. Esto, como lo veremos más adelante, resulta particularmente claro cuando se introduce la dimensión genérica de las relaciones de trabajo. De esta manera, la problemática de la segmentación remite necesariamente al concepto de calificación y a las formas como se hace operativo en una estructura profesional o laboral.

La evolución del concepto de calificación

Desde Adam Smith hasta Braverman, pasando sin duda por Marx, la calificación ha sido motivo de análisis y de discusión sobre su contenido y sus contradicciones. En este recorrido, algunas veces se destaca la capacidad transformadora de la calificación, del mismo modo que se insiste en las contradicciones que genera.[79]

Para Adam Smith,[80] la calificación está asociada con la capacidad de efectuar una operación, que constituye un encadenamiento de gestos humanos hábiles los cuales conducen a la transformación de la materia. La fuerza de este concepto consiste en articular tres elementos: la capacidad humana, el uso de un procedimiento técnico y un control económico del tiempo que se expresa en la productividad.

79. Por ejemplo, la discusión planteada con respecto a que la calificación creaba una élite o aristocracia obrera que impedía el desarrollo de una clase obrera revolucionaria (Thompson, 1989).

80. Retomo de Philippe Zarifian (1990), el análisis del desarrollo de este concepto de Adam Smith a Taylor.

La noción de *operación* descansa sobre tres presupuestos, que en su época representaron una verdadera aportación:

1. Que es posible distinguir las operaciones de trabajo de los trabajadores que las realizan. En este sentido, el trabajo puede constituirse en un objeto de análisis en sí mismo, lo que inaugura una larga tradición de estudios objetivistas sobre el trabajo y marca los análisis sobre la calificación.

2. Que es posible asimilar por analogía las operaciones humanas y las operaciones de las máquinas. La escisión entre trabajo y trabajador permite transferir las operaciones humanas de producción a la máquina, es decir, permite su mecanización.

3. Que es posible reducir la complejidad de lo real a elementos simples y eliminar todos los factores que no son reductibles. El principio de reductibilidad significa que en la actividad industrial no se retiene más que aquello que es comprensible analíticamente, antes del desarrollo real de un proceso de producción.

Un siglo después de Adam Smith, Taylor retoma los mismos elementos, organizándolos en torno al principio de división del trabajo. Su aportación más importante, en lo que respecta a Smith, radica en la toma de conciencia de la necesidad de introducir un tipo particular de división del trabajo que consiste en escindir la concepción de ejecutarlo, sin la cual resulta imposible parcializar las tareas.

De esta manera, la noción de operación es transformada por la de *tarea*, y el concepto de calificación no solamente se desplaza del individuo al trabajo objetivado, sino que se vincula estrechamente al monto del salario. Así, se inaugura una larga tradición que asocia calificación y salario.

En esta concepción el trabajo es el calificado según su grado de complejidad, y no el obrero. Pero, para que los obreros ejecuten bien sus tareas es necesario que se les instruya con el fin de que "pierdan el detestable hábito de referirse a sus propios saberes", por lo cual, el principio de instrucción es decisivo en Taylor; "instrucción en un sentido escolar, de aprendizaje escrupuloso de modos de operar, y en un sentido militar, de instrucción de lo que debe ser respetado al realizar las tareas" (Zarifian, 1990, p. 326).

Con esta manera de analizar la calificación, los espacios de calificación privilegiados son los puestos de trabajo. El puesto de trabajo

representa así el recorte de espacio-tiempo más importante y es, a la vez, la forma de ubicar a un trabajador contratado de acuerdo con sus capacidades, un medio de controlar su productividad, así como el elemento central para establecer la clasificación de los trabajadores y definir sus montos salariales.

Esta forma de conceptualizar la calificación, derivada de los planteamientos de Taylor, va a marcar una larga tradición que considera al puesto de trabajo, y no al trabajador, el elemento fundamental. Así, el puesto constituye un elemento de articulación de diferentes elementos.[81] Significa, además, que la calificación no tiene existencia más que en el campo del trabajo y responde a un tipo de organización de la producción y de la empresa. "Cada proceso de producción plantea un problema de organización particular y recibe una solución singular, y cada puesto de trabajo se define en función de esas necesidades" (Reynaud, 1987, pp. 101-102).

Este enfoque privilegia el mercado y la organización del trabajo como espacios de constitución y valorización de la calificación; otorga un lugar preponderante a la división del trabajo, entendida como la descomposición de un proceso en actividades parciales que son desempeñadas por individuos diferentes. De esta manera, "dar cuenta de la calificación significa relacionarla con la dinámica de los métodos de producción, equipos y formas de organización" (Reynaud, 1987, p. 87). Al mismo tiempo, vincula el concepto de calificación al de *control*.[82]

Para Marx, el control se traduce en "la lucha por transformar la fuerza de trabajo en trabajo, buscando maximizar el esfuerzo de los trabajadores", que oponen distintas formas de conflicto y resistencia. Pero es Braverman quien vincula el control a la pérdida de capacidad, por parte de los obreros, para intervenir en las fases de diseño y planificación del trabajo: fragmentación, así como distancia entre trabajadores calificados y no calificados, situación que se da como fenómeno histórico durante el paso del artesanado al obrero moderno (De la Garza, 1996, p. 105).

---

81. A diferencia de la economía neoclásica, en donde la calificación aparece como un capital humano característico del factor trabajo, que puede ser medido objetivamente a través de la productividad marginal que se traduce directamente en diferencias salariales.

82. Nos basamos aquí en el análisis desarrollado por De la Garza (1996).

Edwards (1983) distingue tres tipos de control: el control simple, cuando el patrón lo ejerce directamente o a través de capataces sobre los trabajadores; el control técnico, que se ejerce a través de la tecnología y de las formas de organización científicas del trabajo; y el control burocrático, en el cual los incentivos de "hacer carrera" dentro de la empresa hacen que los trabajadores se comporten conforme a lo deseado por el capitalista.

Las críticas al taylorismo y el tema de la humanización del trabajo, en las décadas de los sesenta y setenta, van a cuestionar esta manera de conceptualizar la calificación y de vincularla al problema del control. De esta manera, surgen nuevos enfoques que privilegian el proceso de socialización, y se desarrolla una aproximación biográfica de la calificación que la aborda más desde el ángulo de la formación que desde el espacio de trabajo, tomando en cuenta las trayectorias sociales de los individuos (Segrestin, 1987).

Con estos nuevos enfoques, comienza a ponerse el acento en el proceso de identificación y de integración a grupos profesionales y sociales, así como en las culturas de oficio (Deniot, 1983; Segrestin, 1987). Además, se toma en cuenta la importancia de la experiencia personal y se valorizan los espacios de aprendizaje "no formales" (Monjardet, 1987). En este sentido, la noción de calificación adquiere una dimensión cultural y se aproxima a una visión de género.

Con la emergencia de los nuevos modelos productivos, el antiguo debate sobre la descalificación obrera vuelve al centro de la discusión, al plantearse la posibilidad de una tendencia a la "recalificación" o "reprofesionalización" (Kern y Schummann, 1987/1988). Entre otras cosas, se replantea el problema del control y se cuestionan las tesis de Braverman con respecto a la separación entre concepción y ejecución. De acuerdo con De la Garza (1993), nunca se logra realmente esta separación, porque los obreros son sujetos pensantes y conscientes que incorporan sus saberes e inteligencia a la actividad productiva. Por otro lado, porque los mecanismos de control del trabajo (medición estricta de tiempos y movimientos, descomposición de tareas, etcétera) traen consigo una serie de fenómenos de ausentismo, rotación de personal, desafección del trabajo y otras formas de rechazo que marcan los límites sociales de

los principios tayloristas. Finalmente, se señala que el control no solo se ejerce de manera despótica, sino que interviene también el consenso, y que el error de Braverman consistiría en ignorar que puede haber legitimación en el proceso de trabajo y no solo ideas impuestas.

Uno de los autores que destaca De la Garza es Burawoy, quien desarrolla la teoría de los juegos, según la cual:

> (...) las incertidumbres en los procesos de trabajo se asemejarían a juegos, que relajan la tensión y dispersan el conflicto. De esta manera, el juego implica aceptación por los trabajadores de las reglas de la empresa, pero el resultado es incierto y estos pueden en un momento dado hacer jugadas que les reporten beneficios (Burawoy, 1979; citado por De la Garza 1996, pp. 107-108).

Desde este punto de vista, no hay una relación directa entre las formas de organización y de control, ni la descalificación se convierte en elemento necesario de control, puesto que se considera que el empresariado tiene la posibilidad de echar a andar distintas formas de organización tendientes a reducir las incertidumbres del trabajo, y los trabajadores oponen diferentes formas de resistencia.

Sin embargo, a contracorriente de la acepción multidimensional que se había logrado acerca de la calificación, después de las críticas hechas a un concepto que se restringía al puesto de trabajo y a sus componentes formales, surge, ahora, en el discurso empresarial, la noción de *competencia*, cuya génesis está asociada con la crisis de los puestos de trabajo y el surgimiento de un nuevo modelo de clasificación y de relaciones profesionales (Hirata, 1992).

Esta noción, dice Hirata, implica un compromiso postaylorista, que hace referencia a las aptitudes personales necesarias a las nuevas formas de gestión del trabajo y del empleo, que suponen la participación en equipos y un involucramiento mayor de los trabajadores en las estrategias empresariales, sin conducir necesariamente a una mayor compensación en términos salariales (ídem, p. 6).

De acuerdo con este planteamiento, la nueva realidad exigiría una masa de conocimientos y actitudes bastante diferentes de las

calificaciones formales requeridas por la organización del trabajo de tipo taylorista, en la medida en que las tareas no son asignadas a los individuos sino a grupos; los espacios de calificación se modifican y se caracterizan por una mayor fluidez y permeabilidad de fronteras o límites entre tipos de tareas y funciones.

Así, son las competencias de los trabajadores las que ahora se clasifican y no los puestos de trabajo. Estas competencias se derivan de una acumulación de experiencias de trabajo, gracias a una rotación entre distintos tipos de tareas y funciones, lo que supone una gran movilidad horizontal y vertical en distintos espacios de trabajo.

El modelo ideal de la creación de nuevos espacios de calificación aparece en la empresa japonesa, en donde la relativa homogeneidad de las calificaciones, fundadas sobre un cierto igualitarismo de las relaciones sociales, es favorable a la transmisión de saberes y constituye la base de la profesionalización japonesa y de la eficacia de las empresas. El supervisor o jefe de equipo es más bien un líder o portavoz del grupo, y su autoridad se inscribe en la continuidad de un espacio de calificación gradualmente estructurado por la edad, la antigüedad y a la vez por la experiencia adquirida, más que por una distancia o una ruptura jerárquica.

Hirata (ídem) señala que el trabajador japonés, polivalente y multifuncional, no tiene una visión parcial ni fragmentada, sino una visión de conjunto del proceso de trabajo en el que está inserto. Tal visión de conjunto es necesaria para juzgar, discernir, intervenir, resolver problemas, proponer soluciones a problemas concretos que surgen cotidianamente. Las calificaciones que exige ese nuevo modelo productivo, representado por el modelo japonés, contrastan con aquellas que caracterizaron la producción taylorizada, definida mediante los puestos de trabajo y las remuneraciones correspondientes.

Sin embargo, esta nueva caracterización de la calificación, agrega Hirata, no se aplica a las mujeres ni a los obreros de las empresas subcontratistas. Es válida casi exclusivamente para los trabajadores del sexo masculino de las grandes empresas japonesas. Los datos disponibles para Japón, entre 1983 y 1987, muestran que la contratación de mujeres en ese país ha aumentado con la robotización, pero como empleo de tiempo parcial. Esta forma de contratación se asocia, además, con

puestos no calificados, salarios bajos y ninguna garantía social. De tal manera, se encuentra que las nuevas tecnologías refuerzan la marginación de las mujeres dentro del mercado de trabajo.

Desafortunadamente, este fenómeno no se da solo en Japón. Varios estudios dan cuenta de los múltiples mecanismos con los que se construye la segmentación sexual del mercado de trabajo al introducirse las nuevas tecnologías y formas de gestión del trabajo y del empleo. De tal manera que las tesis sobre la emergencia de una mano de obra calificada y flexible, adaptada a las nuevas tecnologías, de alguna manera oculta la relación diferencial de hombres y mujeres con respecto a la calificación, problemática que resulta importante desentrañar.

La calificación como base de la segmentación sexual del mercado de trabajo

No es la primera vez que las innovaciones tecnológicas se acompañan de la incorporación de mano de obra femenina. En Europa, por ejemplo, la expansión de las manufacturas y del trabajo a domicilio en el siglo XVIII se desarrolló ampliamente con trabajo femenino e infantil, mientras los hombres continuaban participando en un sistema artesanal, cerrado y rígido, sancionado por normas establecidas en los oficios.

Más tarde, la revolución industrial inauguró una nueva modalidad de trabajo fabril que incorporaba a los antiguos artesanos. Esta situación marcó una separación entre el espacio de trabajo y el hogar; los hombres se integraron a las fábricas como obreros y las mujeres quedaron claramente aisladas de este proceso y marginadas en las tareas del hogar.

En el periodo que se extiende desde la Primera Guerra Mundial a la gran crisis, la industria vivió una "segunda revolución industrial". Se introdujeron nuevos métodos de organización del trabajo cuyo objetivo era la producción en masa, y las mujeres fueron nuevamente incorporadas a la industria. No solo la guerra y la falta de mano de obra masculina hicieron de las mujeres el sujeto ideal del trabajo racionalizado en este sector. La implantación de cadenas, líneas de montaje y del sistema Bedaux,[83] provocó al principio la entrada masiva de mano de obra feme-

83. Consiste en un sistema de trabajo por pieza, previamente cronometrado.

nina dentro de ciertos sectores de la industria, porque ninguna experiencia anterior les impedía la adquisición de costumbres y reflejos para sostener el ritmo y las necesidades de los nuevos sistemas productivos. Gracias a las mujeres pudo prescindirse, en un inicio, de las aptitudes desplegadas por los hombres dentro del ejercicio de los oficios para permitir la organización del trabajo a través de tareas simples, parcializadas y repetitivas (Kergoat, 1982).

Estos métodos de trabajo se extienden en la posguerra y entonces incorporan, sobre todo en las ramas estratégicas, a la mano de obra masculina ya inactiva por el fin de la conflagración, mientras que las mujeres regresan a los hogares a hacerse cargo de las tareas domésticas y a cumplir su papel de reproductoras en un momento en el cual se busca repoblar los países diezmados. Aunque ciertas ramas, como la confección, los textiles y otras, siguen siendo femeninas, la industria se convierte en un sector masculino, en donde las mujeres van a ocupar puestos secundarios, bajo el argumento de su falta de calificación.

Desde ese momento, la trayectoria del trabajo femenino se acompaña de un manejo de la noción de calificación que permite hacer natural la exclusión de las mujeres. Es el periodo en el que la calificación toma el sentido de tarea, pone el acento en la instrucción, en su sentido escolar y militar de aprendizaje, y ubica en el puesto el espacio privilegiado de calificación, ignorando su dimensión social y cultural.

Más tarde, con la crisis del taylorismo, los nuevos sistemas de producción flexibles vuelven a hacer un llamado a la mano de obra femenina, pero bajo un esquema de empleo precario, que si bien hace surgir un núcleo restringido de trabajadores altamente calificados, la mayoría de las veces consiste en hombres adultos ligados a las actividades centrales de las empresas, a los cuales se les ofrece cierta estabilidad y mejores salarios. Como contrapartida, se desarrolla un amplio sector de trabajadores excluidos, compuesto por ciertos grupos que habían sido considerados económicamente inactivos, entre ellos las mujeres, los jóvenes y en algunos casos los niños o los viejos, quienes realizan todo tipo de tareas no centrales, contratados bajo distintas formas de subempleo.[84]

84. Por ejemplo, el trabajo de tiempo parcial para las mujeres, los contratos de formación para jóvenes o los de reciclaje para jubilados.

Por esta vía, se incrementa nuevamente la participación de las mujeres, quienes gracias a una posición mixta –de amas de casa y trabajadoras–, se convierten en sujetos activos de las diferentes formas de subcontratación que se desarrollan con la flexibilidad.[85] Sobre todo en aquellos países en donde predomina un modelo neofordista, o donde la flexibilidad adopta una forma salvaje o primitiva (Lara, 1992).

Actualmente, la especialización flexible, la producción ajustada o la reflexiva, hacen de la empresa el "espacio de calificación" y de adquisición de las "competencias" obreras, entre las cuales se destaca la visión integral del proceso de trabajo, la polivalencia o multifuncionalidad, la capacidad de trabajar en equipo, de pensar, de decidir, de tener iniciativa y responsabilidad: en resumen, de implicarse. Sin embargo, mientras que estas cualidades cristalizan como calificación para los hombres, para las mujeres no son reconocidas más que como talentos naturales.

1. En primer lugar, porque, en la mayoría de los casos, el tipo de tareas que se le asignan a las mujeres suponen el despliegue de ciertas habilidades manuales que se consideran resultado de una capacidad natural ("cualidades femeninas") y no el producto de un aprendizaje social.

2. En segundo lugar, porque cuando se reconoce la importancia del proceso de socialización en la adquisición de los saberes de las mujeres, solo se considera el trabajo doméstico, que constituye una actividad devaluada. Además, difícilmente se acepta que el hogar, o la unidad doméstica, sea un posible espacio de calificación, a pesar de que allí se construye un aprendizaje tácito que sirve de base al desarrollo de ciertas actividades desempeñadas por las mujeres en los puestos que se les ofrecen.

3. En tercer lugar, porque en la calificación se privilegian las competencias técnicas de los individuos para manipular, regular y supervisar cualquier tipo de máquinas. De esta manera, las tareas femeninas aparecen más como el producto de una "incompetencia técnica" que como el resultado de los puestos que desempeñan las mujeres, en los cuales

85. En Europa, varios estudios resaltan la creciente participación femenina en distintas ramas de la economía, contratadas bajo diversas modalidades de empleo flexible que implican su precarización; véase Barrère-Maurisson (1985); Kergoat (1984); Hirata (1992). En América Latina, investigaciones recientes dan cuenta también de este proceso; véase Benería y Roldán (1992); ILO (1989); Rangel de Paiva Abreu y Sorj (1993).

por lo regular se demandan sus habilidades manuales (Kergoat, 1984).[86]

4. En cuarto lugar, porque las cualidades por las que, la mayoría de las veces, son contratadas las mujeres, resultan de un aprendizaje colectivo, sea en el hogar o en la fábrica, cuya duración es imposible de medir o cuantificar. Esto normalmente ha excluido sus competencias del concepto de calificación que privilegia el espacio de trabajo como espacio de calificación, y el aprendizaje individual obtenido a través de canales formales (reconocido mediante títulos o diplomas).

5. En quinto lugar, porque cuando se considera el trabajo intergrupal como medio de calificación (con los equipos de trabajo o los círculos de calidad), se pone el acento en el compañerismo entre trabajadores, que es la base de la constitución de identidades profesionales, pero difícilmente se consideran las habilidades que aprenden las mujeres como resultado de las solidaridades que se desarrollan entre ellas en el interior de un grupo familiar o de una comunidad.

Esta manera de excluir del concepto de calificación las competencias de las mujeres tiene como consecuencia que la intercambiabilidad de la fuerza de trabajo esté determinada por límites que no solo se refieren a que la mano de obra tenga contenidos y cantidades diferentes de calificación, sino restricciones que se apoyan en asimetrías que son de clase y de género. Por eso, Danièle Kergoat (1984) propone analizar la calificación como una práctica social en la cual intervienen distintos niveles de relaciones sociales. Según ella, la hipótesis de que cada puesto de trabajo, y la calificación que requiere, se definen en función de las necesidades "técnicas" de un proceso de producción, no toma en cuenta que las direcciones empresariales definen el perfil de cada puesto de una manera diferente si se trata de hombres o de mujeres.

Kergoat señala que, al crearse un puesto para mujeres, los empleadores

86. En este último aspecto han profundizado algunas investigadoras, en particular Tabet (1979), quien se interesa en analizar lo que ella llama "el subequipamiento técnico" que ha caracterizado históricamente al trabajo de las mujeres en la sociedad. Ella demuestra con ejemplos etnográficos y con estudios arqueológicos que desde las sociedades de cazadores y recolectores, las mujeres han tenido que apropiarse de la naturaleza y transformarla simplemente con sus manos. De ese modo, su lugar en la división social del trabajo se explica más por el tabú de la tecnología que pesa sobre sus trayectorias que por sus funciones reproductivas, como se argumenta a continuación.

no ignoran sus "calificaciones tácitas"[87] y, por lo regular, hacen uso de la experiencia previa, que ellas han adquirido tanto en el hogar como en las empresas. De este modo, más que contratarlas por su "descalificación", como se argumenta más adelante, lo que se hace es desacreditar sus saberes bajo criterios sexistas. Por esta razón, ella propone invertir el razonamiento comúnmente aceptado de que las mujeres ocupan los puestos "no calificados" porque carecen de formación, y propone, en su lugar, aceptar que tienen una calificación y que esta responde a los puestos que se les ofrecen.

Varios estudios muestran cómo las nuevas tecnologías y las formas de organización del trabajo refuerzan el sesgo sexista de la noción de calificación y con ello la marginalidad de las mujeres y de otros sectores. En gran medida, porque los puestos no calificados tienden a desaparecer, y aquellos en los que prevalecen las tareas repetitivas y parciales se mantienen como puestos femeninos, al punto que se puede pensar que "el taylorismo no ha muerto" sino que se encuentra reservado a las mujeres (Hirata, 1992). Por otro lado, las acciones de recalificación que se suscitan con la introducción de microprocesadores, máquinas de base microelectrónica, equipos programables y otros, conciernen fundamentalmente a los hombres. En tanto que las mujeres se encuentran en puestos periféricos, que permiten a las direcciones empresariales administrar las variaciones de la producción de acuerdo con la demanda. Por esta razón, se trata de empleos temporales, a menudo con horarios indeterminados, que se adaptan a la coyuntura global. Es decir, son los puestos más inestables y menos protegidos. Con ello las empresas logran hacer frente a las incertidumbres mercantiles, pero generan una segmentación en el mercado de trabajo que refleja, como ya lo señalamos antes, una inseguridad desigualmente compartida del lado de los trabajadores, cuya exclusión pasa por una construcción sexista de la noción de calificación.

La calificación en el contexto creado por la flexibilidad se convierte así en un puente que vincula la gestión del empleo y del trabajo, bajo una base de relaciones asimétricas que reproduce las desigualdades de género, junto con otras que son de clase, étnicas y generacionales. Esto

87. El concepto de calificaciones tácitas ha sido desarrollado por Bryn y Wood (1984).

es, la asignación a trabajos sexualmente diferenciados (determinados puestos, tareas, oficios, profesiones, tipos de formación y formas de promoción) y empleos más precarios (en las jerarquías ocupacionales más bajas y peores condiciones de empleo dentro de un mismo rango). En este sentido, pone de manifiesto que la flexibilidad es también una construcción social que se apoya sobre diferencias de sexo, y al mismo tiempo contribuye a reproducirlas (Maruani y Chantal, 1986).

Este fenómeno, que ha podido verse con más nitidez en la industria, comienza a ser motivo de análisis en el sector agrícola, en donde se observa una marcada tendencia a la feminización del empleo en aquellos sectores de punta en los que han sido introducidas nuevas tecnologías y formas de organización del trabajo.

El estudio del mercado de trabajo rural, en países como México, nos permite mostrar que la segmentación es un proceso que abarca a todos los sectores y se vuelve intrínseco en la operación de los nuevos modelos productivos. Al mismo tiempo, puede verse cómo la flexibilidad se construye socialmente, a través de una gestión del empleo y del trabajo que se traduce en precarización para los sectores más desprotegidos socialmente.

IV. FLEXIBILIDAD EN EL MERCADO DE TRABAJO RURAL Y LAS RELACIONES DE GÉNERO

La incertidumbre como elemento característico del mercado de trabajo rural

El mercado de trabajo rural es un espacio que históricamente se ha caracterizado por una gran flexibilidad en el uso de la fuerza laboral. Esta flexibilidad ha sido explicada y justificada como resultado de la gran inestabilidad característica de los procesos agropecuarios. Las incertidumbres creadas por el hecho de que la agricultura se sustenta en elementos naturales (la tierra, el clima y el agua), las distintas fertilidades del suelo, la heterogeneidad de las diversas etapas o fases en la producción agrícola que la hacen sumamente

difícil de programar con exactitud, las dificultades para la mecanización de ciertos cultivos o ciertas fases productivas, el carácter altamente perecedero de algunos productos –que representa un riesgo permanente, sobre todo en cuanto a su realización comercial– y los problemas generados por la incertidumbre en el mercado de productos debida a la inestabilidad de la demanda, hacen de este sector un espacio que requiere de una gran flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo.

A las incertidumbres propias del sector agrícola se añade el hecho de que la fuerza laboral a menudo se encuentra vinculada, o forma parte, de sociedades campesinas que constituyen "mundos de vida"[88] distintos a los de las empresas (aunque en ciertos niveles compartidos) sustentados en un entramado de relaciones sociales, acciones y percepciones que abarcan distintos niveles: sociales, culturales y políticos. De esta manera, la fuerza de trabajo no se comporta como cualquier otra mercancía ni es un recurso del que se pueda disponer arbitrariamente para ser utilizado al ritmo que requieren los procesos productivos, y en las condiciones que generan las incertidumbres naturales y del mercado. Por esta razón, el gran problema en este sector, más que en cualquier otro, es el de su *control.*

En la agricultura, como lo hemos visto en el capítulo dos, ni la mecanización ni las tecnologías modernas eliminan la importancia del saber de los trabajadores en la ejecución de ciertas tareas. En este sector, la preocupación de los empresarios se dirige a buscar las formas de adecuar el trabajo a las particularidades de la producción agrícola y del mercado, lo que supone incluso apoyarse en las habilidades humanas, más que buscar su descalificación o separar la concepción de la ejecución. Tampoco se ha buscado la descomposición total de las actividades, ni se logra una medición estricta de tiempos y movimientos, como en la industria. Sin embargo, eso no significa que los empresarios no intenten controlar los elementos que hacen impredecible el uso de la fuerza de trabajo en condiciones coincidentes con sus valores e intereses.

---

88. Gabriel Torres desarrolla este concepto en *La fuerza de la ironía: un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros en el occidente de México* (1997), a partir de Habermas, quien "reinterpreta" la noción de Schultz "como el contexto que siempre permanece allá en el fondo, representando convicciones comunes que se toman como dadas de antemano".

Para los trabajadores, por su parte, las incertidumbres se traducen en preocupaciones por saber si tendrán trabajo o no, el tipo de labor que deberán realizar, las condiciones en las que serán contratados y sus posibilidades de intervenir para modificar estas condiciones y volverlas favorables a ellos.

El problema de la incertidumbre del trabajo en la agricultura es una fuente importante de poder, tanto del lado de las empresas como del lado de los trabajadores.[89] Puede decirse, incluso, que se convierte en el eje organizador de los procesos productivos. De allí que el control sobre este factor de la producción haya sido tan importante a lo largo de la historia agrícola y marque las tres etapas del desarrollo capitalista en este sector.[90]

El control del trabajo en la agricultura ha pasado por formas simples y directas que incluso privan a los trabajadores de su libertad; ha estimulado la mecanización de ciertos cultivos (principalmente en el caso de granos y oleaginosas) y sustituido en ocasiones el uso de trabajo humano; y ha conducido a una división de tareas cuyo objetivo no es la descalificación de la fuerza de trabajo, sino la desvalorización de los saberes de los trabajadores. Las empresas hacen uso de las calificaciones tácitas que los trabajadores han adquirido en sus "mundos de vida" campesinos y domésticos, pero no les conceden el estatuto de calificación a esos saberes, con lo que abaratan el precio de su fuerza de trabajo.

El planteamiento que aquí sostenemos es que en la agricultura el control no se traduce en una pérdida de la capacidad de los obreros para intervenir en la concepción del proceso de trabajo, ni se da una distancia real entre trabajo calificado y no calificado, pero se establecen jerarquías entre los trabajadores apoyándose sobre distintas formas de discriminación o "minorización",[91] que pueden ser de género, étnicas o generacionales. Así, aun cuando no se trata de una acción voluntaria y racional

89. De acuerdo con Crozier y Friedberg (1977) las incertidumbres constituyen fuentes de poder; "aquellos que por su situación, sus recursos o sus capacidades son capaces de controlarlas, harán uso de su poder para imponerse ante los otros".

90. Nos referimos a las etapas planteadas en el capítulo tres.

91. El concepto de minorización ha sido utilizado por Étienne Balibar y por Immanuel Wallerstein (1989) para dar cuenta de cómo la edad, la raza o el sexo biológico se convierten no solo en diferencias sino en estigmas de alteridad que suponen jerarquía y desigualdad entre los trabajadores. Es decir, se convierten en un mecanismo de "naturalización" de las diferencias sociales a partir del cual se constituye todo un sistema de exclusiones y dominaciones que se refuerzan entre sí.

de parte de las empresas, se produce una segmentación del mercado de trabajo que opera como forma de control de los trabajadores.

Sin duda, los trabajadores elaboran un sinnúmero de respuestas de todo tipo, que pueden dar origen a acciones radicales,[92] igual que recurren cotidianamente a la mofa, al chisme, a los rumores, o a la ironía,[93] así como al ausentismo o la rotación, con lo que oponen su propia noción de flexibilidad a la de los empleadores. El problema es definir si esto crea las condiciones para que estas acciones les permitan recuperar el control no solo de lo que sucede en un proceso productivo sino en el mercado de trabajo donde se generan las incertidumbres que viven los trabajadores.

Una revisión histórica de las maneras como se ha intentado resolver la incertidumbre del trabajo nos permite mostrar cómo las diferentes formas de minorización que han tenido lugar a lo largo de las distintas etapas del desarrollo capitalista en la agricultura son la base de la segmentación del mercado de trabajo rural.

Características del mercado de trabajo en el Primer Periodo de Desarrollo Capitalista de la Agricultura

Es posible decir que el desarrollo de la producción agrícola capitalista se ha asociado sistemáticamente con la incorporación de una mano de obra sometida de diferentes maneras a una situación de discriminación o de "minorización" que facilita el control de la fuerza de trabajo. Esto es particularmente importante en el caso de productos altamente perecederos, como las frutas, las flores y las hortalizas, así como en aquellos que requieren un uso intensivo de fuerza de trabajo para el corte o la cosecha. Es el caso de cultivos de plantación como: caña de azúcar, tabaco, café, sisal, algodón y algunos otros, los cuales fueron durante décadas los principales renglones de exportación producidos de manera extensiva bajo el sistema colonial.

92. Por ejemplo, el 3 de julio de 1996 unos 700 jornaleros se manifestaron violentamente en el Valle de San Quintín, en Baja California Norte, porque la empresa Santa Anita no les había cubierto los salarios de varias semanas, y luego les suspendió el suministro de agua y electricidad en los albergues en donde habitan. Como respuesta, empezaron a quemar autos y a saquear los comercios locales.

93. Un análisis que muestra la ironía de los trabajadores, como expresión de poder en el proceso de trabajo, se encuentra en G. Torres (1997).

Esclavitud y acasillamiento

Durante el primer periodo, que hemos caracterizado (en el capítulo dos) como una fase de tipo "manufacturero-artesanal" debido al carácter de la tecnología utilizada y a las relaciones laborales que en él se establecieron, encontramos que una parte importante de la producción se desarrolló bajo la forma de plantaciones o de haciendas.[94]

Estos sistemas de producción, puestos en marcha por las primeras transnacionales que se instalaron en los países del Tercer Mundo, desarrollaron el reclutamiento forzado de mano de obra y el control simple de los trabajadores mediante formas de esclavitud y de acasillamiento que asocian discriminación con pérdida de libertad o de movilidad de la fuerza de trabajo. En América Latina se encuentran innumerables casos para ilustrar este fenómeno. Brasil es el mejor ejemplo para mostrar cómo las plantaciones sometieron a indios y a negros, durante más de dos siglos, para la explotación de cacao, café, caucho y zarzaparrilla, algodón, añil y otros productos.[95]

En México, al finalizar el siglo XVIII y comenzar el XIX, las condiciones laborales del campo tomaron rumbos diferentes en el sur tropical, en la mesa central y en el norte del país. De acuerdo con Katz (1976), el importante incremento de la demanda de productos tropicales condujo a un aumento en la producción de caucho, café, tabaco, henequén y

94. En 1958, la Convención 110 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), definía las plantaciones como: "toda explotación agrícola situada en una región tropical o subtropical, que emplea regularmente trabajadores asalariados, y en donde son cultivados principalmente productos con fines comerciales". Se trata de "grandes explotaciones agrícolas, especializadas en algún cultivo de exportación, que requieren de fuertes inversiones y de grandes cantidades de mano de obra". Durante mucho tiempo, este concepto se ha asociado al de capital extranjero, ya que en su origen se encuentra un gran número de las plantaciones cuya casa matriz se ubicaba en los países industrializados. Esta situación cambia más tarde y se encuentran explotaciones de menor talla, por lo que en un estudio de la OIT se sugiere que el término de plantación sirva en general para describir un sistema de cultivo orientado a la exportación, cuya superficie puede variar según el tipo de cultivo practicado y según el país. Es por ello que se propone hablar más bien de "cultivos de plantación". Finalmente, algunos autores, al definir las plantaciones, se refieren a los métodos y factores de producción a gran escala o al papel del sector dentro de la economía mundial (BIT, 1989; III).
Por su parte, Wolf y Sidney (1975) plantean que la diferencia entre hacienda y plantación está ante todo en función de la disponibilidad de capital. Las plantaciones cuentan con el capital suficiente para importar la fuerza de trabajo necesaria, en tanto que, a falta de capital, la hacienda recurre a sistemas de pago en especie y a formas de trabajo en aparcería, inquilinaje y otras modalidades.

95. Véanse R. Acevedo y E. Castro (1993); A. García Jr. (1989); H. Rivière D'Arc (1987).

azúcar, que se ubicó en los estados de Yucatán, Tabasco, Chiapas, parte de Oaxaca y Veracruz, en donde las condiciones laborales llegaron a situaciones extremas, descritas por Turner en su famosa obra *México bárbaro*.

En el norte la situación fue diferente. Por ejemplo, C. de Grammont (1990) plantea que en las haciendas cañeras de Sinaloa hubo un importante esfuerzo de mecanización que representó una verdadera aventura para traer por barco la pesada maquinaria importada de Estados Unidos. Esta sirvió fundamentalmente para el procesamiento de caña, mientras que el trabajo fue aportado por mano de obra temporal, sobre todo para la cosecha. Los hacendados trataban de mantener a los trabajadores con incrementos salariales y vendiéndoles maíz más barato (producido en la misma hacienda) de lo que se podía comprar en el mercado (25 centavos en vez de 50). Las tiendas de raya –dice este autor– en lugar de vender caro para atar al trabajador endeudado, servían para atraerlo temporalmente, ofreciéndole medios de vida baratos durante las cosechas (1990, p. 63).

Los trabajadores de haciendas y plantaciones en México no constituían una masa uniforme en condiciones idénticas, sino una jerarquía muy compleja de grupos sociales. Había varias modalidades de acceso a la tierra y a los recursos, y distintas maneras de relacionarse con el hacendado, además de las diferencias de origen étnico y social. No obstante, la definición de los niveles más bajos de las jerarquías estaba dado por la restricción en la movilidad de ciertos grupos, apoyada en un férreo sistema policial y un sistema ideológico que justificaba la reclusión de los indígenas (Katz, 1976, p. 31).

Katz plantea que había todo un sistema de autoridades locales y estatales, enganchadores y policías de las haciendas, para vigilar a los trabajadores con el fin de que no se escaparan ni rompieran sus contratos.

Aunque el sistema de plantaciones prevaleció en varios países latinoamericanos y del Tercer Mundo, los cambios en la legislación laboral que sancionan las formas de esclavitud prevalecientes en estos espacios, las reformas agrarias y los programas de nacionalización puestos en marcha en algunos países, así como las nuevas estrategias de las empresas transnacionales,[96] transformaron progresivamente este sector, dan-

96. En el capítulo III hicimos una descripción de los cambios de estrategias de las transnacionales, que en su nueva fase se retiran de la inversión directa para ubicarse en los segmentos de la comercialización y distribución.

do lugar a modernas empresas capitalistas. No obstante, el control del trabajo siguió siendo un elemento fundamental para la rentabilidad de los productos de plantación, y tal parece que la minorización de la fuerza de trabajo se convirtió en la norma para lograr este control, aun en los países desarrollados, como veremos a continuación.

Racismo e ilegalidad

Si bien los países desarrollados tienen una antigua tradición colonial que permitió la instalación de transnacionales en el Tercer Mundo para la producción de los llamados cultivos de plantación, ciertos productos para consumo nacional, intensivos en el uso de mano de obra, generaron importantes flujos migratorios. Fue el caso del cultivo de la vid, de ciertas hortalizas, flores y frutas que demandan una fuerte cantidad de trabajadores para la cosecha.

En Francia, por ejemplo, Françoise Bourquelot (1986) señala que la migración de trabajadores extranjeros comienza desde el siglo XIX en toda Francia, en particular para la cosecha de la vid y para otros cultivos como la lavanda.

En Estados Unidos, Gerard Dorel (1985) describe cómo, a principios del siglo XIX, la liberación de trabajadores chinos de las grandes compañías ferroviarias permitió a los propietarios desarrollar una agricultura de tipo intensivo y mantener sus grandes dominios. La presencia de esta población en California, entre 1880 y 1890, logró que se transformara la economía bovina y cerealera en una economía frutícola sin recurrir a la esclavitud como sucedía en las plantaciones del sureste de Estados Unidos.

En 1884, esta mano de obra llegó a constituir a la mitad de los asalariados agrícolas californianos y se convirtió en un recurso abundante y barato, gracias a las condiciones de miseria en las que era enganchada y a los sentimientos hostiles que generaba en la población local.

Más tarde, en 1890, son los japoneses quienes constituyen el principal grupo de asalariados agrícolas en California, pero en 1913 la guerra bloquea definitivamente la migración asiática y solo los filipinos, cuyo país se mantiene como protectorado de los Estados Unidos, continúan

entrando, aunque no con la misma intensidad con la que comienzan a entrar los mexicanos y más tarde otros grupos latinoamericanos y asiáticos.

En América Latina, varios ejemplos muestran, también, la diversidad de formas que puede adoptar la discriminación en el mercado de trabajo rural, basándose en los mismos métodos que alientan la migración ilegal y el racismo en contra de negros e indígenas.[97] En México es bien conocido que las fincas cafetaleras de Chiapas han provocado importantes flujos migratorios de indígenas guatemaltecos que ingresan al país. Su situación de ilegales, así como su condición étnica, facilita su control y permite a los finqueros pagarles salarios más bajos que los que pagan a la mano de obra local.

Concluyendo, podemos decir que si bien desaparecieron las formas de sujeción directa de los trabajadores que caracterizaron a las plantaciones y a las haciendas del siglo XIX y principios del actual, el control se mantuvo mediante la minorización de la fuerza de trabajo.

Características del mercado de trabajo rural en la Segunda Fase de Desarrollo Capitalista de la Agricultura

Mecanización y división del trabajo

Dos elementos caracterizaron el segundo periodo del desarrollo capitalista en la agricultura: la mecanización y una nueva división social del trabajo que surge a partir de la introducción de toda una serie de máquinas y enseres agrícolas.

La mecanización permitió lograr notables incrementos en la productividad en un momento caracterizado por el crecimiento constante de la demanda. Pero tan importante como esto fueron las potencialidades que esta brindó a los agricultores para reducir la incertidumbre del trabajo, al sustituir mano de obra por maquinaria.[98]

97. Véanse R. Acevedo y E. Castro (1993); A. García Jr. (1989); H. Rivière D'Arc (1987).

98. A menudo provocada por la organización sindical de los trabajadores que intentan salir de su tradicional aislamiento y romper la sujeción por parte de los empleadores. La mecanización de la caña de

Sin embargo, con la mecanización se crean nuevas problemáticas. En primer lugar, hace surgir una nueva división del trabajo vinculada con el manejo de las máquinas, que se traduce rápidamente en una estructura laboral jerarquizada entre los trabajadores capaces de manejar, dar mantenimiento y arreglarlas, quienes se convierten en una especie de élite calificada frente a una masa de trabajadores contratados para desempeñar tareas puntuales. Aunque la figura emblemática de este periodo es la del tractorista que aprende a manejar todos los utensilios relacionados con el tractor (de la misma manera que durante el periodo en que predominó la tracción animal lo fuera el "caballerango", capaz de conducir y hacer trabajar una recua de caballos), aparecen otro tipo de puestos. El motor de gasolina y el eléctrico se adaptan a una serie de máquinas agrícolas (segadoras, desgranadoras, despepitadoras, camiones y otros) que demandan nuevas calificaciones.

En segundo lugar, aunque ha sido demostrado que la mecanización no tiene efectos uniformes (OIT, 1973), en algunos cultivos y en ciertas regiones provocó el desempleo rural. Por ejemplo, en la mayoría de los países de la Comunidad Económica Europea, el empleo agrícola se hizo poco significativo en relación con el empleo total, como resultado de la mecanización de varios cultivos. En la década de los ochenta, representaba entre el 1,5 y 2% en Bélgica e Inglaterra; entre el 2,5 y 3,5% en Luxemburgo, la ex República Federal Alemana y Dinamarca; 4% en los Países Bajos; poco menos del 5% en Francia y 7% en Italia (Vert, 1988, pp. 139-140). Esta tendencia siguió prevaleciendo en la década actual.

En tercer lugar, debe decirse que si bien la mecanización permitió avanzar en la creación de cadenas productivas fordistas, los avances fueron desiguales según los productos considerados. Los mayores éxitos en esta dirección se lograron en la agricultura cerealera y en la ganadería menor (avícola y porcina). En cultivos destinados a la agroindustrialización se pudo avanzar notablemente en la mecanización, pero no siempre se logró prescindir del trabajo artesanal. Sin embargo, en otros cultivos ciertas tareas siguieron condenadas al trabajo manual, no porque no fuera posible mecanizarlas, sino porque era más barato o permitía un mayor control de calidad realizarlas manualmente.

azúcar, el algodón, las frutas y verduras, en gran parte se debe a la creación de sindicatos de obreros agrícolas que empezaron a exigir mejores condiciones de empleo y salario.

La caña de azúcar es el ejemplo más claro de la primera situación, puesto que se trata de un cultivo que se presta a la mecanización en todas sus fases productivas, pero el costo de la maquinaria exige grandes superficies para lograr su amortización. Esta es una de las razones por las cuales varios países han optado por continuar utilizando mano de obra, a pesar de que el corte de caña es uno de los trabajos más pesados y fatigosos. En Cuba, el corte de caña se encuentra totalmente mecanizado desde 1985, mientras que en la República Dominicana, así como en México, se ha mecanizado la carga o el alzado de caña en los camiones, pero el corte sigue siendo manual porque la mano de obra es muy barata y permite bajar el costo por unidad. Otros cultivos, como el té, han sido totalmente mecanizados en las grandes plantaciones de Kenia, pero sigue realizándose el corte manual en la mayoría de las explotaciones medianas, mientras que el caucho se mantiene como un producto de extracción básicamente manual (BIT- III, 1989).

En cuarto lugar, encontramos que en ciertos cultivos y para ciertas fases productivas se crean nuevos puestos. Por ejemplo, en los empaques de frutas y hortalizas surge toda una jerarquía de personal vinculado a las cribadoras, enceradoras, etiquetadoras, amarradoras, estibadoras, etcétera, en donde se privilegia el empleo femenino. Esto es particularmente importante en América Latina, en donde las transnacionales agroalimentarias desarrollaron la exportación de productos frescos y procesados: fresas y tomates en México, uvas en Chile, flores en Colombia y espárragos en Perú, entre los más importantes.

Es en este periodo cuando la noción de calificación se desplaza del trabajador a los puestos de trabajo creados en torno a las máquinas agrícolas y, aunque siguen siendo importantes los saberes de los trabajadores para el desempeño de un sinnúmero de actividades asociadas, la parcialización de tareas que acompaña la mecanización conduce a una segmentación del mercado de trabajo basada en la calificación. De un lado, se encuentran los que ahora se reconocen como calificados porque saben operar o reparar alguna maquinaria (tractoristas, choferes, mecánicos, etcétera) y controlar el trabajo de los demás a través de la operación de estas máquinas (supervisores, capataces), y de otro lado, los que se consideran no calificados a pesar de que se hace uso de los saberes que portan.

Por ejemplo, las tareas que realizan las mujeres en los empaques y procesadoras de legumbres consisten en la selección y envasado de productos. Aunque se reconoce la habilidad, destreza y rapidez que adquieren para realizar estas actividades, en general no se considera que su trabajo sea calificado. Se parte del principio de que las cualidades que allí despliegan las mujeres son naturales y no sociales. De esta manera, se aplica una noción sexista de la calificación que desvaloriza el trabajo femenino, aun cuando en muchas ocasiones se trata de tareas complejas que movilizan los saberes que estas mujeres han adquirido en el espacio doméstico y familiar, así como en las propias empresas durante varios ciclos consecutivos.[99]

La mecanización consigue reducir, en parte, la incertidumbre laboral porque sustituye al trabajo humano, pero también porque crea una nueva división de tareas que, por lo regular, se empalma con una división sexual, étnica y generacional de los trabajadores. El personal reconocido como calificado va a ser local, y por lo regular está compuesto por hombres, adultos, con empleo fijo, que ocupan los puestos más altos de la jerarquía ocupacional; mientras que entre los no calificados siempre se encontrarán mujeres, migrantes, indígenas, niños y jóvenes, y ocuparán los puestos más inestables y precarios.

Flexibilidad cuantitativa y empleo precario

Podemos decir que, junto con la mecanización, se crea una serie de tareas específicas y puntuales que se traducen en una flexibilidad cuantitativa (formas de contratación, empleo y salario), porque las empresas optan por el trabajo temporal para realizar las tareas que requieren un uso intensivo de mano de obra (cosecha y poscosecha) en los periodos de mayor demanda. Por el contrario, reservan los pocos puestos permanentes básicamente para los trabajadores que manejan la maquinaria y aquellos que aseguran las tareas cotidianas y de supervisión de la

99. En el capítulo anterior hemos desarrollado un análisis teórico del concepto de calificación, y los mecanismos por los cuales los espacios y los mecanismos de adquisición de los saberes femeninos no se reconocen como calificados. En el capítulo V, sobre Sinaloa, se ejemplifica con la situación de las empacadoras de tomate.

empresa. Es decir, se recurre a un mercado externo para la ejecución de tareas puntuales, lo cual incrementa notablemente el trabajo temporal.

En América Latina se estima que el trabajo temporal oscila entre el 50 y el 60% del total del trabajo asalariado del campo. En Argentina llega a 46%; en Chile pasó de 59 a 70% entre 1976 y 1986; en México se calcula que llega a 80%, en tanto que en Brasil depende de la región. En Sao Paulo, un asalariado de cada dos ocupa un puesto permanente, mientras que en el resto del país solo un trabajador de cada cuatro es permanente. En las naciones europeas encontramos la misma tendencia: en Italia se estima que 10% de los trabajadores tienen empleo fijo; en Andalucía se encuentra que el 90% de los trabajadores son temporales, 89% en Portugal y 64% en Francia (C. de Grammont, 1992; bit, 1989; II).

El trabajo temporal se concentra, sobre todo, en los periodos de cosecha de ciertos productos y en las fases posteriores. Durante esos momentos no solo la proporción de trabajadores ocupados aumenta sensiblemente, sino que se intensifica la actividad productiva, cuya duración puede variar de semanas a meses, dependiendo de los casos. Los criterios de gestión de este tipo de trabajo han estado fijados sobre la base de la existencia de una mano de obra abundante y una situación de pobreza y discriminación tal que estará dispuesta a aceptar condiciones de trabajo sumamente precarias.

La mayor parte de las veces se trata de trabajo pagado por tarea o por pieza. En el primer caso, el trabajador es remunerado por un volumen de trabajo fijo que debe ser ejecutado en un tiempo determinado, mientras que en el segundo caso es remunerado por el número de piezas que aporta (cajas de fruta cosechada, toneladas de caña cortada, kilos de hojas de té, sacos de algodón, etcétera). Cuando es por pieza, el tiempo de trabajo no está fijado de antemano, lo que propicia la ejecución de jomadas de trabajo excesivamente prolongadas, ya que por lo regular las cuotas de producción son elevadas. Existe también un sistema mixto que conjuga un salario de base con primas de rendimiento que fijan volúmenes mínimos de producción por persona/hora.

Estos sistemas de pago presionan al trabajador a rendir un número de horas suplementarias con ritmos de trabajo particularmente intensos. Por eso, resultan tan eficientes para incrementar la productividad

del trabajo cuando interesa contar con altos volúmenes de producción para mercados en constante expansión. Al mismo tiempo, permiten un mayor control de la fuerza laboral que se encuentra presionada por alcanzar los niveles de productividad fijados por las empresas para otorgarles empleo.

A los empleadores, estas formas de contratación les permiten una gran flexibilidad cuantitativa, porque limitan al máximo sus cargas salariares, ya que pagan estrictamente el tiempo efectivo de trabajo, no tienen mayores compromisos con los trabajadores y cuentan siempre con la posibilidad de despedirlos cuando se requiera, en tanto que para los trabajadores esta situación se convierte en una fuente importante de incertidumbre y precarización. Nunca saben con exactitud el tiempo que serán ocupados y con frecuencia no conocen la duración de sus jornadas ni el monto de sus salarios, ya que dependen siempre de las variaciones del mercado y del abastecimiento de productos.

No obstante que en los países desarrollados se tiende a buscar soluciones para proteger el empleo temporal, al igual que en los países no desarrollados, este tipo de empleo se traduce sistemáticamente en precarización. Primero, porque se concentra solo en ciertas temporadas del año, dejando desempleados el resto del tiempo a los trabajadores; segundo, porque el trabajo se hace intensivo y coercionador. Esta problemática conduce naturalmente al trabajo familiar, porque así se intenta compensar los periodos de desempleo y distribuir las cargas de trabajo entre todos los miembros de la familia. Por ejemplo, es común entre las cuadrillas[100] que cortan caña, café, tabaco o algodón, y entre las que cosechan hortalizas, porque permite al jefe de familia incrementar su productividad y alcanzar la cuota mínima que se le exige a cada cortador; también es un recurso para intentar mejorar sus bajos ingresos. En gran parte, es eso lo que ha extendido el trabajo asalariado femenino e infantil en la agricultura.

Los trabajadores temporales por lo regular no cuentan con ningún tipo de prestaciones sociales. Reciben una paga por el tiempo realmente trabajado y no se consideran en su salario los días de descanso o de

100. Son equipos de trabajo, por lo regular con algún vínculo familiar o comunitario, que participan en ciertas tareas agrícolas.

enfermedad, ni los tiempos "muertos" perdidos por causas no imputables al trabajador sino por las incertidumbres del mercado y del proceso productivo. Pocas veces cuentan con servicio médico y con sistemas de seguridad social, puesto que, por lo regular, trabajan sin contratos laborales.

El trabajo eventual remite forzosamente al problema de la migración y al de la contratación de la mano de obra, que se encuentra en lugares distantes, mediante cadenas de intermediarios. El "gato" o *emprenteiro* en Brasil, el caporal en Chile y el "enganchador" en México se encargan de reclutar trabajadores para las empresas (C. de Grammont, 1992). También remite al problema del transporte y a lo que Astorga (1985) ha llamado "acopio de fuerza de trabajo". Es decir, a las condiciones precarias y peligrosas en las que son trasladados los trabajadores hacia los campos de cultivo y los lugares en los que son alojados.

El problema de la migración es sumamente complejo[101] y abarca tanto a los países ricos como a los pobres, porque continúa vinculado a situaciones de ilegalidad y de racismo, como en el periodo anterior. En América Latina las migraciones más importantes siguen siendo de México a Estados Unidos, de Guatemala y Centroamérica hacia México, de Bolivia hacia Argentina y de Haití hacia República Dominicana (BIT, 1989; II y III).

En Europa, el desarrollo de la producción frutícola o de legumbres, así como de frutales y hortalizas de invernadero, explica la emigración de trabajadores extranjeros (principalmente de África y actualmente de Europa del Este). En Estados Unidos, el rápido crecimiento del mercado de hortalizas frescas y congeladas incrementó el flujo de mano de obra latinoamericana y asiática para trabajar en los campos. Este problema ahora se vuelve dramático, ya que miles de mexicanos, hombres y mujeres, arriesgan su vida para poder ir a trabajar en terrenos estadounidenses, en condiciones de extrema precariedad impuestas no solo por su situación de ilegales sino por el racismo que enfrentan.[102]

101. En este trabajo no nos referiremos a las migraciones de trabajadores, ya que se trata de un problema que debe ser tratado no solo desde el lado de la demanda sino de las condiciones que generan su oferta, tema que rebasa nuestros objetivos.

102. El problema de la migración de mexicanos hacia Estados Unidos ha sido tratado en distintos trabajos. Por su complejidad solo lo menciono, pero no abundaré en el tema.

No obstante, la organización sindical de los trabajadores rurales ha sido la estructura básica para la defensa de sus intereses. El movimiento sindical, a pesar de su heterogeneidad, ha sido importante en varios países. En Europa y en Estados Unidos ha permitido la firma de acuerdos colectivos que permiten proteger a los trabajadores temporales. En América Latina el movimiento sindical más fuerte se ha presentado en Brasil, particularmente en las plantaciones azucareras del estado de Pernambuco en donde se calcula que 240.000 trabajadores estaban afiliados a una cuarentena de sindicatos. En Honduras, un sindicato importante agrupa a 10.000 trabajadores, en Colombia a 15.000 y en Ecuador existen dos sindicatos que integran a 20.000 miembros. Sin embargo, la tasa de sindicalización rural ha sido siempre bastante baja en comparación con la industrial. Muy a menudo agrupa solamente a un sector minoritario, compuesto por los trabajadores estables y los de las agroindustrias. También se encuentra que muchos sindicatos solo existen como membrete o responden a los intereses patronales, tal como sucede en México.

A pesar de las dificultades, se conocen experiencias sumamente combativas, como las de los *bóias-frias* en Brasil, que han extendido sus reivindicaciones hacia la mejora de las condiciones de alojamiento y de salud de los trabajadores. Algunos sindicatos toman ahora en sus manos la protección contra la utilización de agroquímicos y presionan por una agricultura biológica. Otros han desarrollado experiencias de mejoramiento en las condiciones de vida y trabajo de las mujeres y de los niños (Botta-Ferrante, 1995; Siqueira *et al.*, 1995).

Por su parte, los empleadores también se han organizado en asociaciones que buscan defender sus intereses económicos. Las organizaciones más fuertes de América Latina se encuentran en Argentina, en Colombia y en el noroeste de México.[103] En algunos casos, la negociación con los trabajadores no la hacen directamente los patrones, sino sus organizaciones, lo cual les permite tener más fuerza para controlar no solo las distintas incertidumbres derivadas del mercado y de la producción, sino también las del trabajo. En México, determinadas organizaciones empresariales pactan directamente con los sindicatos rurales

103. Para un estudio de la organización de empresarios en el noroeste de México, véase C. de Grammont (1990).

oficialistas (CTM y CNC) para aprovisionarse de mano de obra y fijar las condiciones de trabajo (Lara, 1996).

Resumiendo, la segunda etapa del desarrollo capitalista en la agricultura se caracteriza por una forma de control de la fuerza de trabajo que descansa en la mecanización, pero que no elimina –y en algunos casos recrudece–, antiguas formas basadas en la discriminación y minorización de la fuerza de trabajo, lo que crea un mercado segmentado en un abanico de grupos divididos de acuerdo con distintos criterios: trabajo temporal vs. trabajo permanente, trabajadores locales vs. migrantes, trabajadores legales vs. ilegales, mujeres vs. hombres, adultos vs. jóvenes y niños, etcétera. Estos grupos difícilmente logran obtener mejores condiciones laborales que las que han prevalecido en la agricultura desde que desaparecieron las plantaciones y las haciendas, a pesar de la existencia de sindicatos rurales.

Características del mercado de trabajo en la fase actual del Desarrollo Capitalista en la Agricultura

Desempleo técnico y flexibilidad cualitativa

Entre las causas más importantes de la disminución del empleo rural hemos mencionado los efectos de la mecanización y de la automatización de ciertos procesos productivos. Pero el incremento del desempleo rural en los países desarrollados actualmente no solo está asociado a la mecanización, sino al hecho de que las empresas han optado por reducir los costos salariales, recortando al personal por la vía de las liquidaciones o jubilaciones tempranas (desempleo técnico). A la vez, recurren a nuevas formas de empleo que permiten lograr un equilibrio óptimo entre mano de obra y maquinaria (flexibilidad cualitativa).

En el curso de los últimos veinte años, la reducción del empleo en los doce países de la Comunidad Europea ascendió a unos 15 millones de trabajadores. En Francia, por ejemplo, las mutaciones llevadas a cabo en el sector de producción de lácteos, entre los años sesenta y setenta, que consistieron en la automatización de gran parte de las tareas (desde la

producción forrajera hasta la ordeña), la incorporación de técnicas de mejoramiento genético, la concentración de las explotaciones, etcétera, permitieron que la producción se multiplicara siete veces en veinte años. El tipo de industria que se desarrolló en ese periodo integraba a los pequeños y medianos productores en grandes complejos, orientados a la producción en masa de productos estandarizados, dirigidos al gran consumo y distribuidos por las cadenas de supermercados. A partir de los años ochenta, esta lógica productiva cambia, los excedentes de producción y la caída de los precios conducen al establecimiento de cuotas de producción y a la restructuración de la distribución. Los productores que rebasan las cuotas asignadas son severamente castigados a través de los precios y de los impuestos, por lo que la búsqueda de calidad y el ajuste de la producción a las demandas de la clientela se convierten en el mecanismo sobre el cual se basa ahora la competitividad.

La importancia otorgada a la calidad de los productos implica la puesta en marcha de nuevas formas de organización del trabajo que afectan, en particular, a los recursos humanos, porque se crean nuevos puestos y se suprimen otros. Para ciertos puestos, como el de técnico en laboratorio o técnico en fabricación de quesos, se solicita personal altamente calificado y con diplomas universitarios, mientras que para tareas de mantenimiento, vigilancia y transporte, las empresas contratan personal local no calificado, y las pequeñas unidades dan preferencia a la mano de obra familiar. Esto ha conducido a una reducción del personal de planta, que afecta principalmente a los trabajadores considerados como no calificados (Boisard y Letablier, 1987, pp. 113-123).

En Inglaterra, Francia y Holanda la producción en invernadero y sobre sustratos *(hors-sol)* se perfilaba como una alternativa desde principios de los setenta. La mayoría de los productores que adoptaron estas técnicas se vieron confrontados a la competencia española y marroquí, al tener costos dos veces mayores que estos competidores. Para resolver ese problema, los productores apostaron a la calidad del producto, orientándose a la producción de un tomate de gran calibre y excelente presentación. Aunque los comerciantes e importadores le conceden un sabor superior al tomate español y al marroquí, se quejan del mal estado en que llega al mercado por la forma en que es transportado. Apoyándose

en esta falla y produciendo un tomate temprano, los que optaron por el invernadero de vidrio y la producción sobre sustratos lograron ganar un espacio en el mercado.[104] Entre otras cosas, la alternativa consistió en la diversificación de las variedades que se ofrecen. Es decir, la producción masiva ha tenido que ser sustituida, en este caso, por una producción altamente refinada, que se acompaña de innovaciones de orden comercial y organizativo.

Ahora, los productores utilizan frecuentemente el teléfono, el minitel[105] o el fax, y acceden a redes de comunicación económica y comercial confidenciales, vía Internet, para mantenerse informados permanentemente sobre los principales mercados de referencia en zonas de expedición y de consumo, y sobre los problemas de precios, calidad y aceptación por parte del cliente. Esto crea una serie de puestos, que requieren nuevas calificaciones certificadas por títulos profesionales.

A la vez, se otorga cada día una mayor atención a la publicidad. Bajo el entendido de que si el consumidor puede hasta ahora distinguir las marcas de la mayoría de los productos que adquiere, debe poder hacerlo también con las frutas y legumbres. Es así que se ha desatado toda una guerra de marcas, acompañada de la publicidad correspondiente en las cadenas de televisión, en donde se señala la calidad dietética de las coliflores de tal marca, o el perfume de los tomates de tal otra. El objetivo, dice un gerente de ventas, "es llegar al consumidor ofreciendo una jerarquía de calidad en los productos como en la industria hotelera, en donde uno encuentra una clasificación por estrellas o por compañías" (*Le Monde*, 1990, p. 28).

No obstante, estas empresas de gran tecnología que han introducido microprocesadores y robots para la cosecha, siguen necesitando una gran cantidad de mano de obra para ciertas labores, particularmente para las tareas de poscosecha cuyo costo representa aproximadamente el 50% del precio de venta del producto.

---

104. En Francia, el parque de invernaderos se ha desarrollado a razón de 100 hectáreas por año, a partir de los años sesenta. En la mitad sur de este país, que en 1975 no rebasaba las 250 hectáreas, llegó a hacerse cuatro veces más importante entre 1977 y 1978 (Brun *et al.*, 1986, pp. 45-46).

105. El minitel es un sistema desarrollado en Francia por Telecom que consiste en una pantalla anexa al aparato telefónico, a través de la cual puede accederse a información computarizada.

Para hacer frente a las necesidades de mano de obra se recurre a dos tipos de estrategias, que de hecho dependen de los cultivos, del tamaño de las explotaciones o de la región en cuestión. Una de ellas consiste en crear un mercado de trabajo interno, con un mínimo de trabajadores permanentes, que gozan de las garantías que establece la ley y que por su calificación son indispensables para la buena marcha de las empresas. Para otras tareas se recurre a un mercado externo, creado con nuevas formas de empleo flexible, las cuales permiten a los agricultores contar con trabajadores calificados sin tener que asumir los costos salariales indirectos que implica un trabajador permanente. La otra estrategia consiste en seguir utilizando trabajadores eventuales, migrantes, que no gozan de prestaciones sociales. En este caso puede pensarse en la existencia de un mercado dual, con un sector privilegiado que participa del mercado interno y otro caracterizado por empleos precarios que forman parte de un mercado externo, en donde, incluso, se desarrolla el trabajo clandestino de migrantes e ilegales.

Este mercado externo se organiza bajo ciertas modalidades que amplían el trabajo eventual. En Francia, actualmente, la disminución de trabajadores permanentes parece ir a la par del incremento laboral aportado por las empresas de trabajos agrícolas (ETA), las cooperativas de utilización de maquinaria agrícola (CUMA), los agrupamientos de empleadores o los servicios de remplazo,[106] formas sumamente flexibles de trabajo tendientes a reducir los costos salariales.

Las empresas de trabajos agrícolas (ETA) y las cooperativas de maquinaria agrícola ofrecen (al estilo de lo que hace Lava-Tap en México para el servicio de limpieza) todo tipo de trabajadores y de maquinaria para desempeñar tareas específicas. Si bien se trata de un servicio caro, tiene la ventaja de exonerar al empresario de los gastos por prestaciones y salario indirecto al cual están obligados al contratar personal permanente o estacional. Además, le permite prescindir de las altas inversiones en capital que no puede movilizar todo el tiempo si adquiere su propia maquinaria.

106. En 1970, sobre un conjunto de 1.587.500 explotaciones agrícolas, 189.800 empleaban trabajadores permanentes y 394.000 temporales. Esta proporción se modifica en 1979, cuando aparecen las ETA y las CUMA: de 1.262.700 explotaciones, 115.400 emplean trabajadores permanentes, 362.800 estacionales y 724.400 de ETA-CUMA. Sin embargo, en 1985, sobre un total de 1.056.900 empresas (500.000 menos que en 1970), 81.400 emplean permanentes, 227.100 estacionales y 563.800 de ETA-CUMA (Rattin, 1987, p. 33).

Otra tendencia en el empleo rural es "el trabajo compartido", el cual da la posibilidad de crear grupos de empleadores que contratan al trabajador. Después de 1985, estos grupos comienzan a expandirse por el agro francés, de tal modo que los trabajadores permanentes, que aún se mantienen empleados, lo hacen a costa de una reducción de su tiempo de trabajo, y por lo tanto de su salario; o bien trabajan para varias empresas reagrupadas como si se tratara de un solo patrón.

Una forma similar está dada por los "servicios de remplazo" cuyo objetivo inicial era sustituir al personal permanente que gozaba de vacaciones o de licencias por incapacidad. Una vez puestos en marcha en 1973, estos servicios de remplazo adquieren una gran importancia, de tal modo que las jomadas aportadas bajo esta modalidad se incrementan de 110.000 en 1978, a 254.000 en 1985. Para las pequeñas empresas, es un servicio sumamente caro, por lo que se tiende más a apoyarse en el trabajo familiar; en otros casos solicitan el remplazo solo para una media jornada de trabajo. Sin embargo, las estadísticas muestran que las empresas tienden a utilizarlos cada vez más para realizar tareas que antes eran desempeñadas por el trabajador permanente (Bourquelot, 1987, p. 38).

Bajo el efecto de estas formas de contratación, se calcula que en Francia el trabajo permanente y estacional disminuyó en un 23% entre 1977 y 1983. En Inglaterra y en el País de Gales, esta reducción fue también considerable. En 1986, sobre un total de 184.000 empresas, 118.000 declararon no haber contratado a ningún trabajador asalariado, 28.000 no tenían ningún trabajador regular de tiempo completo y ocupaban estacionales, y solamente 37.000 (el 20%) aparecían como empleadoras de mano de obra asalariada de tiempo completo. Gran parte de las que no ocuparon trabajadores asalariados recurrieron a las empresas de trabajos agrícolas y de maquinaria (Irwing, 1987, pp. 15-23).

En otros países de la CEE, como Italia, se sabe que solo el 10% de los trabajadores agrícolas tiene un empleo permanente; en España constituyen el 8%, en tanto que en Portugal, el 11%. Pero este tipo de trabajadores, que en otros tiempos representaba la élite del asalariado rural, no solo se ha reducido significativamente como efecto de las formas flexibles de empleo, sino que han visto mermar sus condiciones de trabajo en forma drástica. En Francia, en 1986, el 69% de ellos realizaban

su actividad de tiempo parcial, 54% como personal no calificado; el 40% de los que trabajaban de tiempo parcial tenían una segunda actividad y cerca de la mitad compartían su tiempo de trabajo en alguna otra explotación, por lo regular mediante los agrupamientos de empleadores (Rattin, 1987).

La segunda estrategia consiste en recurrir a un mercado externo compuesto por trabajadores temporales, principalmente migrantes, especialmente para participar en cultivos cuyos procesos demandan una gran cantidad de mano de obra en forma intensiva y temporal, incluso en empresas de alta tecnología.

La mayoría de las empresas francesas que contratan al menos cinco trabajadores permanentes y una cantidad considerable de jornaleros (llamados *tacherons)* se ubican en las regiones hortícolas y vinícolas de Alsacia, Aquitania, Córcega y Provenza, y en los Pirineos Orientales, en donde se ha extendido la producción de invernadero. Ciertas tareas, en particular de deshierbe, desahíje, empaque y acondicionamiento de frutas y hortalizas que se dirigen a un mercado de gran calidad, han incrementado el empleo de tipo temporal, aportado por migrantes de origen magrebí, argelino, español o portugués.[107]

Paradójicamente, mientras los españoles llegan por miles a Francia a trabajar en la vendimia, las hortalizas y las frutas (en 1987 representaban 59.321 de un total de 75.252 extranjeros), en España, los *collidors*[108] son magrebís, argelinos y senegaleses, que llegan a la región valenciana a trabajar en los cítricos. Esta circulación de mano de obra de un país al otro, en donde el desempleo sigue en ascenso, no puede ser explicada si no es por la gran flexibilidad cuantitativa que ofrece a las empresas en términos de horarios, formas de contratación y de pago. Es decir, es una mano de obra que por su condición extranjera, cuando no lo es por su ilegalidad, puede aceptar contratos con una duración que no excede ocho meses al año, pudiendo ser de 5 a 6 meses, de 2 a 3, o incluso de algunas semanas, con horarios irregulares, pagados por tarea y sin ningún tipo de seguridad social a largo plazo. Hoy en día se sabe que los europeos del Este se han convertido en la principal fuente

107. En 1981, según los datos de la Oficina Nacional de Inmigración de Francia, había un total de 112.000 trabajadores temporales inmigrados, pero es casi imposible cuantificar el trabajo clandestino que estos aportan.

108. Nombre valenciano dado a los jornaleros agrícolas que realizan la recolección de naranja.

de empleo temporal e ilegal de las empresas agrícolas en España, Holanda, Francia, Alemania e Inglaterra.

Sin embargo, la opción estratégica para las empresas no es excluyente. Quiero decir que el hecho de contratar personal altamente calificado para ciertas tareas, y recurrir a las empresas de servicios, no se contrapone a la estrategia de emplear mano de obra eventual, en condiciones sumamente precarias, gracias a que se encuentra sometida a situaciones de minorización.

La experiencia estadounidense permite ejemplificar también este proceso. Las grandes explotaciones agrícolas y los sistemas de producción masiva también recurren a una combinación de estrategias.

El crecimiento de las sociedades de empresas agrícolas,[109] sin duda, debe vincularse al acceso constante a una mano de obra extranjera y barata que les ha permitido mantener sus grandes dominios, sin tener que soportar cargas salariales excesivas, y orientar así sus inversiones en operaciones hidráulicas y otros equipamientos. No obstante, los problemas creados por la sindicalización de trabajadores agrícolas, así como las restricciones cada vez más fuertes para utilizar mano de obra ilegal, han llevado a estas grandes sociedades agrícolas a buscar otras estrategias: mecanizar al máximo los procesos de trabajo y/o recurrir a las empresas de servicios agrícolas. Estas últimas se encargan de contratar a los trabajadores, capacitarlos y resolver los problemas jurídicos y de asuntos fiscales.

Aunque las cargas salariales representan una de las partes más importantes de los gastos de las empresas (en el caso de las sociedades frutícolas u hortícolas constituye casi la tercera parte de los gastos totales), no anulan la posibilidad de continuar contratando mano de obra ilegal. Sin embargo, una tendencia que se nota, a partir de la década de los setenta, es que la gran explotación americana busca disponer de una mano de obra estable, bien especializada, con una importante capacidad de gestión. Dorel plantea cómo estas grandes explotaciones se dedican

109. Cabe mencionar que la mayor parte de la producción hortícola está en manos de estas sociedades agrícolas (60,3%), y aproximadamente la tercera parte de la producción frutícola (31,5%). Además, se encuentran ubicadas principalmente en los llamados "estados nuevos" (Hawái, California, Florida), en donde la agricultura familiar no desempeña un papel importante.

a "la caza de cerebros" en los campus universitarios, en donde reclutan a sus cuadros dirigentes. De esta manera, la evolución del empleo conduce a una estratificación, jerarquización y especialización del asalariado agrícola tan fuertes como las que se están dando en el sector industrial y en el de servicios (1985, p. 482).

De acuerdo con estos ejemplos, podemos pensar que la tendencia general en el mercado de trabajo rural en los países desarrollados va en el sentido de profundizar la segmentación de este en dos sectores. Un "núcleo" restringido de trabajadores permanentes, cada vez más tiende a ser personal calificado y polivalente: ingenieros o técnicos de las empresas agrícolas, que en la mayoría de los casos es población local, masculina y que goza de garantías laborales. Por otra parte, se genera un nuevo mercado de trabajo, compuesto por los trabajadores especializados que laboran en las empresas de servicios agrícolas, con empleos flexibles, gozando de un mínimo de prestaciones ya que trabajan por horas, de tiempo parcial o por tareas determinadas. A la vez, se reproducen las formas antiguas de empleo a las que accede una masa de trabajadores, migrantes, jóvenes estudiantes o mujeres, para realizar diferentes tareas no calificadas, contratados bajo condiciones de empleo bastante precarias, basándose en los mismos mecanismos de discriminación que han prevalecido en las distintas etapas del desarrollo capitalista en la agricultura.

Feminización del asalariado rural y flexibilidad salvaje

Si el empleo rural en los países ricos está marcado por una fuerte tendencia a la precarización, los países pobres no tienen un futuro más alentador. La restructuración del sector agrícola ha tenido, como principal efecto en el mercado de trabajo rural, que la intensificación de ciertos cultivos, principalmente las exportaciones no tradicionales, incrementan el empleo precario, mientras desaparecen o pierden dinamismo algunos otros que fueron importantes fuentes de empleo rural en décadas anteriores.[110]

110. Para citar solo un ejemplo, mencionamos el caso del algodón, que constituyó un cultivo de vanguardia en varios países latinoamericanos en las décadas de los cincuenta y sesenta, y que demandaba una importante cantidad de jornales. En México, en 1968 se sembraron 824.000 hectáreas y se tuvo una

Sin embargo, a diferencia de las plantaciones que se extendieron en América Latina en otros tiempos basándose en monocultivos destinados a la exportación, las empresas capitalistas actualmente tratan de ser competitivas en el mercado, a través de la diversificación de los productos que ofrecen, destinando su producción tanto a un consumo masivo como a un consumo refinado, y buscan acceder al mercado internacional igual que a los mercados locales.

La restructuración productiva de la agricultura en los países latinoamericanos ha tenido efectos diferentes sobre el uso de la fuerza de trabajo. En algunos casos se traduce en la aparición de nuevos puestos y en otros en su desaparición como resultado de la introducción de ciertas tecnologías. Por ejemplo, las innovaciones mecánicas que suponen la introducción de atomizadores, cajones *bins*, autoelevadores, tijeras neumáticas, etcétera, pueden remplazar fuerza física por mano de obra calificada. La mayoría de las veces se trata de hombres a los que se les otorga cierto estatus y garantías en las empresas. Otras innovaciones químicas, agronómicas o biológicas pueden incrementar, disminuir, o mantener el nivel de empleo, así como exigir una mayor calificación de la mano de obra; o al revés, pueden provocar un movimiento de descalificación.[111]

Aunque no se puede hablar de un patrón particular de empleo asociado al uso de estas nuevas tecnologías, lo que sí podemos decir es que se presenta una tendencia a la feminización de la fuerza de trabajo, sobre todo en las fases poscosecha y en aquellas que garantizan la calidad de los productos de "nicho" o selectos.

En Estados Unidos, Europa y Japón, se desarrollan tecnologías avanzadas que permiten mecanizar al máximo estas tareas, eliminando el problema de la incertidumbre del trabajo. Por el contrario, en América Latina la opción se dirige a contratar básicamente mano de obra femenina, local, para el empaque y acondicionamiento de productos,[112] lo que permite lograr un control de calidad y reducir la incertidumbre del trabajo en estas fases productivas.

producción anual de 2,3 millones de pacas (5,1% de la producción mundial), mientras en 1992-1993 la producción fue de 133.000 pacas y se sembraron solamente 43.000 hectáreas (Echánove, 1996).

111. Un análisis de lo que sucede en varios países latinoamericanos y con varios productos orientados a la exportación se encuentra en S. Lara (1995).

112. Véanse varios estudios publicados en M. León *et al.* (1982).

Varios estudios confirman esta tendencia en los cultivos de exportación no tradicionales. En Chile, según Sylvia Venegas (1995), el total de trabajadores y trabajadoras que participan en la fruticultura chilena asciende casi a 300.000 personas, que representan más de un tercio de la fuerza de trabajo agropecuaria del país y un 60% de los asalariados del sector. La mayoría de estos trabajadores son eventuales o "temporeros" (84% del total en el periodo de máxima demanda), entre los cuales las mujeres representan alrededor del 52%, cifra que asciende a 125.000 trabajadoras, mientras que los permanentes apenas llegan a 40.000, entre los cuales no más de un 5% son mujeres.

En el mismo rubro de la fruticultura, la expansión que se ha dado en Argentina y en Uruguay ha sido muy significativa. Bendini *et al.* (1995) señalan que el circuito frutícola argentino involucra actualmente a 30.000 trabajadores directos, de los cuales aproximadamente 11.000 son mujeres. Por su parte, la frutivinicultura uruguaya, que muestra una alta intensidad en la utilización de mano de obra, concentró en 1980 al 11% de los trabajadores rurales del país, y la horticultura al 15% (Chiappe y Piñeiro, 1994), y tal parece que las mujeres también tienen un papel destacado en este sector, especialmente dentro de los *packings.*

No obstante, hoy en día, en la agricultura "flexible" orientada a cubrir nichos de mercado muy selectos, es indispensable una organización del trabajo que permita lograr una producción de alta calidad, que se adapte a las necesidades del mercado no solo en términos de variedades sino de tiempos. En algunos países latinoamericanos, los empleadores señalan que esta capacidad la desarrollan más fácilmente las mujeres que los hombres; en particular, las mujeres jóvenes, por la gran habilidad, destreza y rapidez en el desempeño de estas tareas.

Algunos autores han hecho hincapié en las ventajas que ofrece esta mano de obra porque es barata. Sin embargo, me parece que no solo es su costo lo que puede explicar por qué existe en los países latinoamericanos una preferencia para la contratación de mujeres en estos cultivos. Es principalmente porque se trata de una mano de obra que además de ofrecer una gran flexibilidad cuantitativa (que se traduce en trabajo temporal, horarios discontinuos, salarios por tarea o por pieza), ofrece una ventaja adicional a las empresas, que consiste en una gran flexibilidad cualitativa.

La mano de obra femenina es capaz de pasar por todas las fases de la cadena productiva desempeñando actividades con características diversas, porque cuenta con una calificación previa que ha obtenido, la mayoría de las veces, en las unidades domésticas, así como en las propias empresas.[113] Además, ofrece una gran disponibilidad para capacitarse, y lograr cierta implicación al adaptar las tecnologías modernas a las diversas necesidades de los procesos productivos.

Esto es así porque se trata de mujeres jóvenes, para quienes el trabajo en el sector agroexportador constituye, casi siempre, la primera experiencia laboral. La mayoría de ellas son solteras, sin más alternativas de empleo local, aunque cuenten con un nivel de escolaridad relativamente alto (al menos primaria completa y a veces estudios de secundaria y bachillerato) que les sirve de base para su capacitación. De esta manera, las empresas pueden mantener un control de calidad con salarios más bajos que si contrataran solamente hombres adultos con alguna calificación, o si mantuvieran un *staff* de técnicos e ingenieros, como sucede en los países desarrollados (cfr. Lara, 1995). A la vez, reducen el problema de la incertidumbre del trabajo porque es una mano de obra disponible en todo momento.

Esta estrategia genera un mercado de trabajo segmentado sexualmente, que tiene como base la desvalorización de la calificación femenina y la restricción para que las mujeres ocupen los puestos masculinos que se consideran calificados. Sin embargo, este tipo de segmentación, que atraviesa a todos los grupos de trabajadores (migrantes-locales, indígenas-no indígenas, etcétera) se entrelaza con otras formas de segmentación, basadas en relaciones étnicas o generacionales, que hacen del mercado de trabajo rural un mosaico escindido por jerarquías que se establecen sobre la minorización o discriminación de indígenas, jóvenes o niños.

A pesar de la importancia que adquiere la restructuración del sector agroexportador en la década actual, gran parte de los procesos

113. En los siguientes capítulos se ejemplifica esta situación, ya que en el caso de la producción de hortalizas existen al menos cuatro generaciones de mujeres que han participado en el empaque y procesamiento de estos cultivos, mientras que en el caso de la flor se trata de mujeres que provienen de familias con tradición en la producción florícola.

productivos sigue desempeñándose con tecnologías atrasadas y sistemas de trabajo en cadena, a un ritmo que está marcado por los tiempos del mercado. De tal manera que, al lado de una producción avanzada, que integra métodos y tecnologías modernas, se encuentran procesos de producción de tipo artesanal, tecnologías atrasadas y un uso intensivo de mano de obra sometida a diferentes formas de minorización que se traducen en las formas de empleo precario. Los ejemplos de esta situación para América Latina son múltiples (Lara, 1992; 1995).

En este sentido, resulta difícil sostener un análisis del mercado de trabajo rural en países como el nuestro, en términos de mercado dual, lo que supone un mercado primario, con condiciones de empleo estable y privilegiado en ciertos sectores productivos y para ciertos grupos, frente un mercado secundario y precario en algunos otros sectores y grupos.[114] El panorama que se encuentra en este mercado es el de un empleo precario generalizado en todos los sectores, que adquiere tintes de discriminación hacia las mujeres, los niños y los indígenas.

Resumiendo, podemos decir que la característica del mercado de trabajo rural en América Latina, en el periodo actual, es que se mantiene un mercado de trabajo basado en el uso intensivo de fuerza de trabajo no calificada, compuesta por migrantes, indígenas, mujeres, niños y otros grupos en situación de minorización, contratados básicamente para las cosechas y para otras tareas puntuales que se realizan en la producción masiva. El empleo en este mercado no varía con respecto a la situación que prevaleció en el periodo anterior con la mecanización, ya que se basa en una flexibilidad cuantitativa (trabajo temporal, sin horarios fijos, pago por tarea o por pieza, etcétera). Pero, paralelamente, surge un mercado que integra elementos de una flexibilidad moderna o cualitativa, que plantea exigencias de calificación, polivalencia e implicación para la fuerza de trabajo y mantiene las condiciones de empleo precario.

De esta manera, lo que se perfila como modelo de flexibilidad para desarrollarse en el sector rural en América Latina, con la expansión del sector agroexportador, es un mercado de trabajo segmentado cuya

114. Es el planteamiento de A. Barrón (1993).

estructura se basa en la feminización, etnización o infantilización de la fuerza de trabajo rural, en tanto que en Europa o en Estados Unidos son los migrantes ilegales y los jóvenes los sectores menos protegidos.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha cuestionado la supuesta centralidad de la noción de flexibilidad elaborada a partir de modelos "ideales", al mostrar lo que significa en el sector agrícola de un país no desarrollado.

Los dos estudios de caso presentados en este libro ponen el acento en la restructuración de dos sectores de punta en la agricultura mexicana. En ellos, la flexibilidad constituye una estrategia para insertarse en el mercado internacional y cumplir con las nuevas funciones de la agricultura mundial.

Se analizan dos regiones: una especializada en la producción de hortalizas frescas (Sinaloa) y otra en la producción de flores de corte (Estado de México). En ambos casos, se trata de una producción de exportación fundamentalmente dirigida hacia Estados Unidos; un mercado en el cual se compite fuertemente con los propios productores estadounidenses y con los de otros países. A mediados de la década de los ochenta varios elementos ponen en crisis a las empresas que conforman estos sectores. De un lado, se intensifica la competencia internacional y los productores difícilmente resisten las condiciones del mercado (precios, aranceles, restricciones fitosanitarias, formas de operación de *holdings y brokers*). De otro lado, hay una crisis de la forma social de Estado, con el retiro de buena parte de los apoyos otorgados a los productores (créditos blandos, exención de impuestos, tarifas subsidiadas de agua, luz, etcétera). Además, en un intento por limitar la competencia mexicana, Estados Unidos incrementa las exigencias de calidad de los productos importados, establece barreras fitosanitarias o de otro tipo y, en el caso del tomate, emprende una verdadera guerra comercial.

Así, al finalizar la década de los ochenta, un buen número de empresas quiebra como resultado de esta crisis. Las que logran mantenerse, como lo hemos visto, es porque emprenden un importante proceso de

restructuración productiva. Sin embargo, el análisis de los elementos en que esta se basa en ambos sectores nos lleva a sostener que la flexibilidad, guía de este proceso, se construye socialmente sin ceñirse a marcos conformados de manera universal.

Analizamos tres etapas en el desarrollo de la agricultura, para destacar los cambios experimentados en cada uno de los sectores estudiados. Sin embargo, se demuestra que esos cambios no significan rupturas ni la implantación de una forma de producción nueva y eficiente que domine a otras obsoletas o en vías de desaparición.

Para acceder a un mercado de productos segmentado y fuertemente competido, se pone en marcha una serie de dispositivos que generan una agricultura flexible. Pero esta no es el resultado de un cambio radical, ni tecnológico ni organizativo; es el producto de un balance cotidiano entre inercia e irreversibilidad que ensaya todo tipo de soluciones hasta encontrar la que mejor se adapta a las condiciones particulares de cada sector, con los recursos que se tienen al alcance.

Así, existe una diferencia importante en las estrategias de restructuración de las empresas hortícolas de Sinaloa y las que producen flores en el Estado de México. Mientras que en las primeras el balance entre inercia e irreversibilidad lleva a las empresas hortícolas a incorporar cambios tecnológicos significativos en los tres últimos años, en la floricultura los cambios tecnológicos han sido mínimos. La guerra comercial desatada por los productores de hortalizas de Florida, en particular contra el tomate sinaloense, obligo a los productores a modernizar los sistemas de cultivo y a utilizar una nueva variedad de tomate, de larga vida de anaquel y mejor sabor (tomates "divinos"), con los que han logrado competir ventajosamente en el mercado estadounidense. Sin embargo, la incorporación de estas tecnologías modernas (plasticultura, fertirrigación, nivelación de suelos con rayo láser, etcétera) incrementan sensiblemente los costos de producción y, si no fuera porque se mantienen estancados los costos de mano de obra, esta competitividad probablemente se perdería al considerarse los gastos de transporte y aranceles que tienen que pagar los productores mexicanos para ingresar sus productos a Estados Unidos. Seguramente esta es una de las razones por las cuales la restructuración de las empresas sinaloenses no ha significado

un cambio en la organización del trabajo, la cual sigue manteniéndose prácticamente igual a la del periodo anterior.

En Sinaloa seguimos observando una rígida división del trabajo sustentada en una segmentación étnica y por sexos de la fuerza de trabajo. De tal manera que, si bien en los nuevos cultivos biológicos y bajo invernadero se incorporan técnicos y personal especializado, el grueso de la población contratada para las labores de campo y cosecha es básicamente mano de obra indígena no calificada. Por su parte, en las etapas en donde se lleva a cabo el "control de calidad" (invernaderos y empaques) interviene fundamentalmente una mano de obra femenina calificada, sometida a una desvalorización de sus saberes gracias a la cual se logra mantener bajos los costos de la fuerza de trabajo.

A pesar de que no conocemos los efectos de la incorporación de esas nuevas tecnologías en el empleo, porque se trata de un fenómeno muy reciente, podemos pensar que se ha incrementado el número de jornales en ciertas tareas (aplicación de plásticos y de sistemas de riego, cosecha, etcétera), a la vez que se ha reducido el empleo (por ejemplo, para deshierbes, aplicación de agroquímicos y otras tareas). Pero no hemos observado cambios significativos en las formas de organización del trabajo.[115]

Un elemento que nos parece interesante destacar es que en las fases poscosecha (selección, empaque, almacenamiento) se mantiene el mismo tipo de tecnología y de sistemas de organización en cadena. Así, se utilizan los mismos empaques para productos masivos y de lujo con adaptaciones mínimas. Los últimos cambios, más significativos, se dan en los años ochenta, con la introducción de los sistemas de enfriamiento y gaseado en el empaque para mejorar las condiciones de conservación del tomate. Sin embargo, ninguna de las innovaciones actuales ha modificado sustancialmente la organización de los procesos de trabajo como sucedió en la etapa anterior. Esto nos permite constatar que la restructuración combina tecnologías modernas y antiguas con viejas formas de organización del trabajo.

115. Sabemos que algunas empresas comienzan a utilizar equipos especializados de trabajadores para la cosecha y ciertas tareas, en forma similar a la organización del trabajo que se presenta en Francia y en Estados Unidos, con las cooperativas de trabajadores y las empresas de servicio (véase el capítulo IV), pero se trata de experiencias no generalizadas.

El surgimiento de empresas de carácter global que se mueven hacia otros estados, conformando una amplia región productora de hortalizas (Baja California Norte y Sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit y Jalisco), expande la demanda regional de fuerza de trabajo que ya existía desde la década de los sesenta con el *boom* tomatero, e intensifica las migraciones de trabajadores desde distintas partes del país. Lo nuevo de esta demanda es que la diversificación productiva y la reorientación de la producción hacia mercados distintos (masivos, de lujo, nacional, internacional) plantea nuevas exigencias a la fuerza de trabajo.

El cuadro básico de aproximadamente catorce hortalizas que se producían en los años sesenta en el nivel nacional, entre las cuales destacaba principalmente el tomate de bola y el *saladette*, se dispara a unos ochenta productos distintos, algunos de los cuales se producen en pequeñas superficies y se orientan a nichos de mercado selectos que demandan gran calidad (en particular las hortalizas exóticas). Esta producción, con destinos distintos, aprovecha las capacidades socialmente diferenciadas de una fuerza de trabajo dividida por sexos y étnicamente.

Uno de los aspectos destacables en este proceso es que la demanda de fuerza de trabajo no desconoce las calificaciones tácitas de una mano de obra de origen campesino que se adapta a los distintos procesos de trabajo, producto de la diversificación productiva. De esta manera, si no ha habido un cambio organizativo importante es porque la introducción de nuevas tecnologías y de nuevas variedades se logra gracias a una división del trabajo que aprovecha, en las fases de campo, las habilidades de una mano de obra campesina e indígena. Mientras, en los invernaderos en donde se producen las plántulas, y en los empaques en donde se garantiza la presentación final del producto, se aprovecha la calificación (de una mano de obra femenina local) adquirida a lo largo de varias décadas, transmitiéndose un saber desde hace al menos cuatro generaciones.

En el caso de la producción de flores, encontramos que el cambio tecnológico más importante se ubica en el material reproductivo (esquejes y bulbos), gracias a los avances que ha tenido la biotecnología, (micropropagación, preservación de germoplasma, etcétera) los cuales inducen a la maduración homogénea y logran hacer uniformes las características de los productos ornamentales (tamaño, color, forma).

Sin embargo, estos adelantos tecnológicos los llevan a cabo las corporaciones que tienen el control sobre el material genético, mediante las patentes y regalías (Massieu, 1995). Los productores de flores ni siquiera tienen el derecho a reproducir este material, solo lo adquieren.

Del capítulo sobre floricultura se desprende que los cambios más importantes para enfrentar la crisis y entrar en condiciones de competitividad en el mercado, se dan en el nivel de la organización del trabajo. Son verdaderamente originales porque introducen sistemas por áreas de responsabilidad, fomentan los equipos, estimulan la implicación de los trabajadores con las empresas y añaden sistemas de pago por productividad. Además, incorporan en todo el proceso productivo un estricto control de calidad.

El otro cambio más importante se da en el nivel de la estructura empresarial, ya que la macroempresa monolítica de los ochenta se transforma en una especie de pulpo, integrado por un *pool* de empresas de distinto tamaño, con relaciones horizontales de solidaridad y apoyo entre sí, pero también de "competencia leal".

Este caso suscita una serie de reflexiones, porque si bien se encuentran reunidos varios elementos de los nuevos modelos productivos, que podrían servir de base para el desarrollo de nuevas relaciones laborales y para el surgimiento de nuevas estructuras espaciales en el nivel regional, plantea mayores exigencias a los trabajadores en términos de calificación, polivalencia e implicación del personal, en un contexto generalizado de empleo precario.

En la floricultura, a pesar de que las empresas han puesto en marcha un esquema de empleo permanente, que ofrece a los trabajadores contratos de trabajo y las prestaciones sociales establecidas por la Ley del Trabajo, con el fin de retenerlos y capitalizar el tiempo que han tardado en capacitarse, la rotación y el ausentismo son muy fuertes, al punto de convertirse en una limitación para el esquema organizativo que se intenta implantar.

Esta situación contrasta con lo que sucede en la horticultura sinaloense, porque allí las empresas contratan temporalmente a los trabajadores sin ofrecerles ningún tipo de prestación, aun si se trata de una mano de obra calificada en ciertas tareas claves que garantizan el control de calidad. Sin

embargo, al parecer, si no se preocupan por retener al personal calificado que necesitan, es porque han logrado crear un "mercado interno" muy particular con la población local femenina. Esta se ha capacitado en las tareas centrales de los procesos productivos al trabajar en diferentes empresas. En el Estado de México esa movilidad laboral les ha permitido diversificar su saber para tener un manejo de las actividades que se desarrollan en distintos puestos de trabajo (en invernadero y en empaque), así como en los distintos tipos de flores que ahora se producen.

De esta manera, las empresas tienen acceso a una mano de obra con una gran flexibilidad cuantitativa (variabilidad de horarios, en la duración de empleo, y formas de pago por tarea, etcétera), situación que no tendrían si se establecieran contratos de trabajo rígidos, con duración indeterminada. A la vez, esta misma mano de obra ofrece a las empresas una gran flexibilidad cualitativa, por su calificación, polivalencia e implicación (en la floricultura).

He resaltado estos elementos en los dos estudios de caso para demostrar mi hipótesis inicial acerca de la mano de obra femenina, principalmente contratada para ocupar los puestos clave del proceso productivo, en donde se decide el control de calidad de los productos (hortalizas o flores), porque ofrece ventajas comparativas a las empresas en términos de calificación y flexibilidad.

Para lograr competitividad en el mercado, las empresas hortícolas de Sinaloa restringen al máximo las contrataciones del personal reconocido como calificado (técnicos, ingenieros, supervisores, mecánicos, entre otros), en su mayoría hombres de la propia localidad. A la vez, desarrollan ampliamente el empleo temporal con los grupos más fácilmente recontratables: las mujeres locales y los indígenas migrantes.

En el Estado de México, la mano de obra es local y se contrata de manera permanente (aunque con contratos de duración determinada) pero rota constantemente entre las distintas empresas dedicadas a la producción de flores de exportación. A pesar de la introducción de nuevas formas de trabajo que estimulan la participación y la calificación obrera, estas no eliminan las jerarquías que separan a los técnicos e ingenieros del resto de los trabajadores. Bien al contrario, reproducen una segmentación por sexos del mercado de trabajo.

Dicha segmentación se expresa en las limitaciones impuestas a las mujeres para acceder a puestos calificados y para que sus calificaciones sean reconocidas. En el caso de los indígenas, se refleja en sus condiciones laborales y en las formas de vida que les impone su condición de jornaleros.

Estas formas de "minorización" que se dan en la moderna agricultura mexicana (al igual que en las ramas de punta y en las empresas líderes mundiales: Toyota, Volvo, Benetton y otras) forman parte de la estructura de operación de las nuevas formas productivas que se ponen en marcha para hacer frente a las exigencias de un mercado global, de la misma manera que acompañaron los otros periodos del desarrollo capitalista de la agricultura. En este sentido, difícilmente puede pensarse que la restructuración sea el crisol de un nuevo régimen de producción, con características radicalmente distintas de las que precedieron su conformación actual.

Finalmente, debe señalarse que se ha dejado fuera de este análisis un amplio problema directamente vinculado con las dinámicas del mercado de trabajo: las formas de gestión del personal se apoyan en individuos y grupos inscritos en un contexto familiar y social determinado. En este sentido, si las mujeres y los indígenas ofrecen mayores ventajas a las empresas, las primeras en términos de calificación y flexibilidad y los segundos en términos de costos, es porque existe un estrecho vínculo entre formas de empleo y estrategias familiares y comunitarias de reproducción.

Las empresas no ignoran que el empleo temporal de las mujeres es resultado de una estrategia familiar para allegarse ingresos sin modificar su papel en la familia. Tampoco ignoran la importancia del trabajo asalariado de los indígenas para la reproducción de sus grupos domésticos y de sus comunidades. Así, podría plantearse que la nueva gestión del trabajo no solo se apoya en ciertas características de la mano de obra sino contribuye, en cierta manera, a modelar la estructura de las familias de los trabajadores, de sus comunidades y de las regiones en donde se implantan esas empresas.

Esto último invita a una reflexión sobre el futuro de este tipo de agricultura. Hasta ahora, parece que se han creado polos de desarrollo muy dinámicos en términos de empleo y generación de divisas. Incluso, podría pensarse que se trata de nuevas "estructuras espaciales" que

influyen notablemente en el crecimiento de una región y generan una especialización del trabajo que permite apoyar ese desarrollo regional.

No obstante, es forzoso constatar que la mayoría de estos polos se construyen sobre la miseria de los pueblos, circunvecinos o lejanos, que no tienen otras alternativas y expulsan a sus miembros para vivir en campamentos y colonias, como "avecindados", sin los servicios públicos más elementales y con ejércitos de niños que nunca han asistido a la escuela. En ese contexto, cabe hacer una pregunta fundamental: ¿cómo conciliar este desarrollo con la pobreza que genera al mismo tiempo?, ¿cómo lograr la integración de la agricultura en el mercado mundial de las zonas más favorecidas sin provocar la marginación de amplias regiones pobres?

Los efectos de la modernización empresarial en la población local no son alentadores. El perfil de la fuerza de trabajo actual, en el Estado de México y en Sinaloa, muestra una incorporación temprana al trabajo, sobre todo en el caso de las mujeres. Aunque cuentan con niveles de escolaridad relativamente altos, sus trayectorias laborales no reflejan que las empresas puedan convertirse en una alternativa para su desarrollo personal en el largo plazo.

Un modelo de desarrollo económico que ha favorecido la producción de cultivos de exportación no tradicionales, creando un mercado de trabajo que se sustenta en la minorización de ciertos sectores, no puede ser la base para un desarrollo regional equilibrado ni para permitir la consolidación de relaciones laborales más humanas, como se pretende lograr en el sector industrial con los nuevos modelos productivos.

Bibliografía

Acevedo, R. y Castro, E. (1993). *Negros do trompetas, guardiães de matas e ríos.* Belém do Pará: Editora UFPA.

Ackroyd, S.; Burrel, G.; Hugues, M. y Whitaken, A. (1988, primavera). The japanization of British industry. *Industrial Relations Journal, 19*(1), 11-23,

Arizpe, L. y Aranda, J. (1981). *Empleo agroindustrial y participación de las mujeres en el desarrollo rural: un estudio de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, Mich.* México: OIT.

Arroyo, G. (1977). Modelos de acumulación, clases sociales y agricultura. *Investigación Económica, 143,* (México).

Arroyo, G. (1979, enero-marzo). Firmas transnacionales agroindustriales, reforma agraria y desarrollo rural. *Investigación Económica, 147,* (México).

Atkinson, J. (1985). Flexibility planning for an uncertain future. *Focus.*

Balibar, E. y Wallerstein, I. (1989). *Race, nation, classe. Les identités ambigues.* París: Éditions La Découverte.

Barrère-Maurisson, M. A. (1985). Gestion de la main d'oeuvre et formes familiales: du paternalisme à la recherche de la flexibilité. *Economie et Societé,* (París).

Barrón, A. (1993). *Los mercados de trabajo rurales. El caso de las hortalizas en México*. Tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.

Bartra, A. (1976). *Explotación del trabajo campesino por el capital.* México: Macehuai.

Benería, L. y Roldán, M. (1992). *Las encrucijadas de clase y género: trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México.* México: COLMEX; FCE.

Braverman, H. (1974). *Trabajo y capital monopolista.* México: Nuestro Tiempo.

Burawoy, M. (1979). *Manufacturing consent: changes in the labour process under monopoly capitalism.* Londres: Macmillan.

Burbach, R. y Flynn, P. (1979, enero-marzo). Objetivos agroindustriales en América Latina. *Investigación Económica, 147,* (México).

Byé, P. y Fonte, M. (1994). Is the technical model of agriculture changing radically? En Ph. McMichael (Comp.), *The Global Reestructuring of Agrofood Systems*. Ithaca; Londres: Cornell University Press.

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios y el Estado.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H.; Lara, S. M. y Rubio, B. (1996). La política agropecuaria mexicana: balance y alternativas. En E. De la Garza (Coord.), *Políticas públicas alternativas en México.* México: La Jornada Ediciones; UNAM-CIICH.

Cassen, B. (1993, julio). La societé sacrifiée au libre-échange. *Le Monde Diplomatique,* p. 9.

Castillo, J. J. (1994). ¿De qué posfordismo me hablas? Más sobre reorganización productiva y organización del trabajo. *Sociología del Trabajo, 21*, Nueva época, (Madrid: Siglo XXI).

Chiappe, M. y Piñeiro, D. (1994). El sector frutícola en el Uruguay: efectos del cambio técnico sobre la fuerza de trabajo. Ponencia presentada en el *XVIII International Congress of Latin American Studies Association*, 10-12 de marzo, Atlanta, Estados Unidos.

Cooly, M. (1988). Political Implications of New Technology. *Architect or beer.* Boston: Shouthende Press.

Coriat, B. (1992). *Pensar al revés*. México: Siglo XXI.

Czerny, M. (1992). *Fordismo, posfordismo y región*. México: UAM-I.

De la Garza, E. (1981). Nosotros somos tu foco de atención. *El Buzón, 8*(10), (México).

De la Garza, E. (1984, 7 de marzo). El SME, crisis y restructuración. *Siempre,* (México: Suplemento Cultural).

De la Garza, E. (1996). *La restructuración productiva en América Latina*. Coventry: Universidad de Warwick.

De Teresa, A. P. (1992). *Crisis agrícola y economía campesina.*, México: UAM-I; Porrúa.

Deere, C. D. y León, M. (1986). *La mujer y la política agraria en América Latina.* Bogotá; México: ACEP; Siglo XXI.

Dosi, G. (1982, junio). Technological paradigms and technical trajectories. *Research Policy, 2*(3).

Feder, E. (1977). Campesinistas y descampesinistas: tres enfoques divergentes y no compatibles sobre la destrucción del campesinado. *Comercio Exterior, 27*(12), (México).

Frobel, F. *et al.* (1981). *La nueva división internacional del trabajo.* México: Siglo XXI.

García Jr., A. (1989). *Libres et assujettis. Marché du travail et modes de domination au Nordeste.* París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Green, R. H. (1989). El comercio agroalimentario mundial y las estrategias de las transnacionales. *Comercio Exterior, 39*(8), (México).

Hewitt, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970.* México: Siglo XXI.

Hirata, H. (1992). *Autour du "modèle" japonnais.* París: L'Harmattan.

International Labour Office (ILO). (1989). *Women in the world of work: statistical analysis and projections in the year 2000.* Génova: ILO.

Junne, G. (1992). Les grandes entreprises face à la révolution biotechnologique. *Cahiers d'Economie et Sociologie Rurales* (París: INRA).

Kergoat, D. (1982). *Les ouvrières.* París: Le Sycomore.

Kergoat, D. (1984). Pladoyer pour une sociologie des rapports sociaux. De l'analyse critique des categories dominantes à la mise en place d'une nouvelle conceptualisation. En M. A. Barrère-Maurisson *et al.*, *Le sexe du travail. Structures familiales et système productif.* París: PUG.

Le Monde. (1990, 27 enero). Les producteurs français de fruits et légumes cherchent leurs marques, p. 28.

León, M. (Comp.). (1982). *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Llamas, I. (1987, junio-diciembre). Teorías del empleo y de la determinación del salario. *Revista Iztapalapa, 7*(14), 71-85, (México: UAM-I).

Llambí, L. (1993, marzo). Reestructuración mundial y sistemas agroalimentarios. Necesidad de nuevos enfoques. *Comercio Exterior,* (México).

Llambí, L. (1996). Globalización y nueva ruralidad en América Latina: Una agenda teórica y de investigación. En H. C. de Grammont, y H. Tejera (Coords.), *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial.* México: INAH-UAM; UNAM; Plaza y Valdés.

Marx, K. (1867/1972). *El Capital.* México: FCE.

Michon, F. (1987, mayo-junio). Flexibilité et marché du travail. En *La Flexibilité du Travail. Cahiers Français, 231,* (París: La Documentation Française).

Ohno. (1978). *Toyota seisan kôshik.* Tokio: Diamond Sha.

Ohno. (1989). *L'esprit Toyota,* París: Masson,

Osterman, P. (1984). *Los mercados internos de trabajo.* Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Paré, L. (1975). El Plan Puebla: una revolución verde que está muy verde. *Ediciones de Sociología Rural, 2,* (Chapingo: ENA-UACH).

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Piore, M. (1971). The dual labor market: theory and complications. En D. M. Gordon, *Problems in political economy: an urban perspective.* Lexington: Heath and Co.

Piore, M. (1981). Notes for a theory of labor market stratification. En R. Edwards, M. Reich y D. Gordon (Eds.), *Labor Market Segmentation*. Lexington: Heath and Co.

Piore, M. y Berger, S. (1980). *Dualism and discontinuity in industrial societies.* Cambridge: Cambridge University Press.

Piore, M. y Sabel, Ch. (1989). *Les chemins de la prospérité: de la production de masse á l'spécialisation souple.* París: Hachette, Collection Mutations.

Prud'homme, J. F.; Appendini, K.; Bartra, A. y C. de Grammont, H. (Coords.). (1995). *El impacto social de las políticas de ajuste en el campo mexicano.* México: ILET; Plaza y Valdés.

Rama, R. (1977). Empresas transnacionales y agricultura mexicana: el caso de las procesadoras de frutas y legumbres. *Investigación Económica, 143,* (México).

Rama, R. y Rello, F. (1979). La agroindustria mexicana y su articulación con el mercado mundial. *Investigación Económica, 147,* (México).

Rangel de Paiva Abreu, A. y Sorj, O. (1993). *Trabalho invisível: estudos sobre trabalhadores a domicílio no Brasil*. Rio de Janeiro: Rio Fundo Editora.

Raynolds, L. T. (1994). The reestructuring of Third World agro-exports: changing production relations in the Dominican Republic. En P. McMichael (Comp.), *The Global Reestructuring of Agrofood Systems*. Ithaca; Londres: Cornell University Press.

Revista Hortalizas, frutas y flores, 38. (1992, 30 de junio).

Rivière D'Arc, H. (Coord.). (1987). *Portraits de Bahia.* París: Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Rooner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer,* Pátzcuaro, México.

Rosenberg, N. (1979). *Tecnología y economía.* Madrid: G. Gili.

Rubio, B. (1995). Agricultura mundial, estructura productiva y la nueva vía de desarrollo rural en América Latina (1970-1992). En H. C. de

Grammont (Coord.), *Globalización y regiones en el campo mexicano: de la reorganización social a la rebelión.* México: Juan Pablos editor.

Sabel, Ch. y Zeitlin, J. (1985). Historical alternatives to mass production. *Past and Present, 108*, pp. 133-176.

Scott, A. J. (1988). Flexible production systems and regional development: the rise of new industrial spaces in North America and Western Europe. *International Journal of Urban and Regional Research, 12*(2).

Scott, A. J. y Storper, M. (1993). *Les mondes de production: enquête sur l'identité économique de la France.* París: Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

Storper, M. y Scott, A. J. (1989). The geographical foundations and social regulation of flexible production complexes. En M. Dear y J. Wolch (Comps.), *The power of geography: how territory shaped social lifes.* Boston: Unwin Hyman.

Tabet, P. (1979). Les mains, les outils, les arms. *L'Homme, 19*(3-4), (París).

Torres, G. (1997). *La fuerza de la ironía: un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros en el occidente de México.* México: CIESAS.

Vidal Naquet, A. (1993, abril). Garantir la sécurité alimentaire, nourrir les villes: une autre révolution verte pour 2020. *Le Monde Diplomatique,* p. 28.

Vigorito, R. (1977). *Criterios metodológicos para el estudio de los completos agroindustriales.* México: ILET-DEE, D-5.

Womack, J. P.; Jones, D. T. y Roos, D. (1990/1992). *La máquina que cambió el mundo.* Madrid: McGraw-Hill.

Nuevas tendencias en las empresas y en el mercado de trabajo rural mexicano*

Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Las funciones que actualmente cumple la agricultura a nivel mundial, y el papel de las transnacionales en el nuevo orden internacional marcan un nuevo periodo en la historia del desarrollo agrícola capitalista. Dicho periodo se caracteriza por una crisis de larga duración, la cual ha conducido a una gran concentración de capital y a una fuerte reestructuración productiva del sector, dando origen a una agricultura flexible.

En este artículo estudiaremos cuáles son las principales características de esa nueva agricultura flexible, destacando el caso mexicano, pero sin perder de vista la existencia de fenómenos generales para el conjunto de la agricultura latinoamericana. Primero daremos un panorama de la concentración de capital en la agricultura mexicana, luego analizaremos las principales características de la reestructuración productiva para, finalmente, subrayar las nuevas condiciones del empleo.

Concentración de la producción en las grandes empresas agroexportadoras[1]

Un elemento clave explica la actual situación del agro: la enorme concentración de la producción comercial, en particular para la exportación,

* Extraído de Lara Flores, S. M. y C. de Grammont, H. (1998). Nuevas tendencias en las empresas y en el mercado de trabajo rural mexicano, pp. 245-262. En N. A. Castro y C. S. Dedecca, *A ocupação na América Latina: tempos mais duros.* San Pablo: ALAST. [ISBN 858-71-61-02-4].

1. Los datos de ese inciso provienen del *VI Censo Agropecuario Forestal* de México (INEGI, 1991).

en manos de un pequeño grupo de empresas. Las empresas más grandes tienen dos características que las diferencian de todas las demás: a) forman parte de complejas redes económicas cuyo centro se ubica en el capital financiero; y, b) sus intereses económicos no se limitan al ámbito nacional, sino que se vinculan estrechamente al capital agroindustrial y financiero estadounidense. De esa manera, su lógica empresarial rebasa ampliamente el marco de las fronteras nacionales para ubicarse en el nivel internacional, lo cual explica por qué los dueños de esas grandes empresas apoyaron incondicionalmente la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC).[2] Esta concentración puede constatarse en tres planos: el acceso a la tierra, al mercado y al crédito.

La tierra

Después de dos sexenios de apertura comercial y neoliberalismo, las estadísticas nacionales muestran que existe una enorme polarización en la estructura agraria mexicana dominada por las grandes empresas agroexportadoras. Las empresas de más de 1.000 ha representan el 0,28% (12.487) de las empresas de producción censadas, pero cubren el 44% (48.010.873 ha) de la superficie total. En el otro extremo, el 59% (2.620.399) de las unidades tienen menos de 5 ha (su promedio nacional es de 2,12 ha) y cubren solo el 5% (5.574.769 ha) de la superficie agropecuaria-forestal nacional. Por ejemplo, nuestros datos de campo nos indican que las grandes empresas hortícolas cultivan más de 1.000 ha de legumbres, sea en una sola región o en diferentes partes del país.

El mercado

Esta polarización se refleja en el destino de la producción. En el sector agrícola el 45,9% (1.757.611) de las unidades productivas reportan que producen solo para el autoconsumo familiar, el 43,4% (1.663.308) además del autoconsumo venden su producción en el mercado local o nacional, y solo el 0,3% (11.744) de las unidades reportan que vendían en el mercado nacional

2. El anterior y el actual presidente del Consejo Nacional Agropecuario pertenecen a ese grupo de empresarios, lo cual explica, en buena medida, su posición favorable a las negociaciones y firma del TLC.

y/o exportan su producción. Sin embargo, si no incluimos los estados productores de café, en donde encontramos esencialmente minifundistas que pueden declarar que se exporta su producción, quedan solamente 3.451 empresas que exportan parte o toda su producción, es decir el 0,09% del total de unidades de producción agropecuaria-forestal del país. Para el sector hortofrutícola y de las flores de exportación, nuestros datos de campo nos indican que no existe más de un centenar de enormes empresas capaces de ubicarse con éxito en el mercado internacional. Esas empresas agroexportadoras se ubican en los estados de Baja California, Jalisco, Estado de México, Michoacán, Nayarit, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas.

El crédito

Solo el 11% de las empresas agropecuarias mexicanas reciben algún crédito bancario. Obviamente, la tendencia es que una mayor proporción de las grandes empresas reciben crédito en comparación con las pequeñas, pero aun así asombra la cantidad de empresas grandes que no reciben ningún tipo de financiamiento, ni de la Banca, ni del sector agroindustrial o comercial. Solo el 31,6% de las empresas con más de 100 ha reciben financiamiento. Sabemos las condiciones leoninas en que se presta el dinero, y tal parece que llegamos al absurdo de constatar que las empresas que sobreviven son las que se autofinancian, a costa de reducir su actividad, o aquellas pocas cuya producción logra tener un importante valor agregado. Nuestros datos de campo nos indican que todas las grandes empresas hortícolas tienen acceso al financiamiento bancario, tanto de la banca mexicana, como de la estadunidense, pero también han diversificado sus fuentes de financiamiento. A reserva de precisar ese problema, podemos adelantar que ese sector casi monopoliza el crédito bancario otorgado al campo mexicano.

Reestructuración productiva

El eje de esta reestructuración está dado por una estructura del mercado de productos caracterizada actualmente por una importante

segmentación, resultado del nuevo orden internacional y de las nuevas funciones de la agricultura. De un lado, se mantiene la demanda de alimentos de consumo interno y de materias primas para la industria nacional o para las transnacionales dedicadas al procesamiento de productos; y, de otro se genera una demanda de productos nuevos, diferenciados, sanos y de gran calidad.[3] En respuesta a esos problemas, se desarrollan modernas tecnologías que se inscriben en la nueva lógica del sector agropecuario, concebido como un sector que no solo debe interesarse en elevar la productividad, como sucedió en décadas pasadas, sino en contemplar la diversidad, la conservación del medio ambiente y de la salud (Byé y Fonte, 1994).

Para algunos autores, la biotecnología constituye la mejor alternativa a estas necesidades y representa el "nuevo paradigma tecnológico", capaz de constituir "un puente entre un modo de acumulación o de regulación y otro, característico de la nueva sociedad posfordista" (Junne, 1992, p. 154).

El planteamiento es que las limitaciones específicas de la agricultura para hacer frente a los nuevos problemas tenderán a ser resueltas mediante la substitución de elementos mecánicos por elementos biológicos o químicos (Byé y Fonte, 1994). Para esos autores, la biotecnología aparece como el elemento de ruptura con los viejos sistemas fordistas de producción agrícola, y se muestra equiparable a las tecnologías industriales basadas en la microelectrónica y en la informática, al punto de que se habla de una "biorrevolución", capaz de generar una verdadera reestructuración del sector. Las posiciones más radicales otorgan a la biotecnología y a la ingeniería genética la capacidad de producir "una tercera revolución científico-técnica" en la agricultura (Massieu, 1995).

Conforme a esta argumentación, los problemas a resolver por las empresas son prácticamente los mismos, independientemente de la situación local, por lo que estas tienden a encontrar "la mejor solución", que en este caso sería la biotecnología. De la misma manera que para la industria, algunos autores apuntalan las potencialidades de las nuevas

3. Esta nueva demanda es el resultado de las presiones que ejercen grupos de consumidores y organizaciones no gubernamentales preocupadas por el medio ambiente y la salud, pero también es producto de la operación de las transnacionales dedicadas al comercio y distribución de alimentos.

tecnologías y les otorgan la capacidad de generar, por sí mismas, un nuevo modelo de acumulación.[4]

Indudablemente, la reconversión productiva de la agricultura incluye los avances logrados en materia de biotecnología y biogenética, sobre todo para ajustar la producción a los distintos tipos de demanda, masiva y selecta, que hoy se presentan en el mercado internacional.[5] Sin embargo, no solo sigue un camino, puesto que las medidas que ponen en marcha las empresas para lograr mayor competitividad en el mercado son sumamente versátiles; no responden únicamente a una elección racional de los elementos que les permiten optimizar mejor sus recursos, sino al entramado de estructuras globales y locales que las presiona y acondiciona (De la Garza, 1996, p. 121).

En el caso de América Latina, por ejemplo, Laura Raynolds (1994) plantea que la crisis de la deuda es central para analizar los elementos que han llevado hacia la reestructuración de los países de esta región, situación que no se presenta en el caso de los países desarrollados. Encuentra que las instituciones financieras de carácter internacional presionan a los Estados a reconformar básicamente el sector de la agricultura de exportación, y a responder a esas presiones de acuerdo con la política económica interna.

En México, la reestructuración de la agricultura se lleva a cabo en el marco de una política neoliberal centrada en tres objetivos:

1. Fomentar la exportación de productos no tradicionales, como flores, frutas y hortalizas.
2. Impulsar la capitalización de la rama, mediante una serie de medidas que atraigan el capital extranjero, sirviendo de "arrastre" a la inversión nacional.
3. Impulsar la competitividad internacional y complementar la oferta interna de bienes alimenticios importados del exterior.

4. Véase la discusión analizada en capítulos anteriores sobre los nuevos modelos productivos.

5. Casas y Chauvet (1994, p. 7) resaltan la capacidad de la biotecnología para intensificar las aptitudes del patrón agrícola existente, ya que se puede lograr la generación de híbridos que incrementan los rendimientos, optimizan la aplicación de insumos agrícolas y permiten el mejoramiento de técnicas tradicionales, a la vez que permite nuevas aplicaciones.

En este contexto, se ha generado una importante reactivación de la producción de cultivos "no tradicionales",[6] bajo una lógica de "ventajas comparativas" que considera más rentable producir flores, frutas y hortalizas, y comprar granos básicos y maíz.

Los mecanismos que se han instrumentado para lograr estos objetivos suponen el retiro del Estado de la gestión productiva y la restricción del gasto público, la apertura comercial, así como la liberalización del mercado de tierras mediante una reforma a la legislación agraria (artículo 27 constitucional).

No obstante, y a pesar de las expectativas que se tienen con respecto a los cambios que se darían en el sector al ponerse en marcha esta "política neoliberal agroexportadora", la reestructuración de la agricultura mexicana ha seguido caminos peculiares, ya que la situación de sus empresas no es la misma que la de sus competidores en los países desarrollados. Las estrategias empresariales son sumamente versátiles y se ajustan a las condiciones políticas, sociales, económicas, culturales y ecológicas de cada lugar (Long, 1996), de tal manera que, si bien han integrado importantes innovaciones de carácter tecnológico, las empresas mexicanas no basan su competitividad únicamente en el factor tecnológico.

Byé y Fonte (1994) plantean que los productores hacen un balance de las ventajas que les reporta cualquier cambio técnico u organizativo, a partir de dos elementos que han analizado: la inercia y la irreversibilidad.[7] Muchos cambios técnicos corresponden a un mejoramiento del modelo tecnológico en vigor, por lo cual se puede modificar partes del proceso productivo sin involucrar al conjunto. En ese caso se habla de la inercia de los cambios técnicos; sin embargo, otros cambios son de una índole tal que obligan al productor a cambiar el conjunto de su tecnología y lo enfrentan a nuevos problemas difíciles de resolver: formación técnica del personal, reorganización de las formas de trabajo, rentabilización de las inversiones involucradas, etc. En ese caso se habla de

6. La definición de lo no tradicional, como bien lo señala Laura Raynolds (1994) es una cuestión específica a cada gobierno, de tal manera que puede contemplar también productos frescos y procesados que ya se producían en el país, pero que ahora siguen los estándares de selección, empaque, marca, etcétera, que demanda el mercado internacional.

7. Aunque Byé y Fonte (1994) solo señalan estos procesos en relación con la biotecnología, consideramos que de hecho pueden aplicarse al conjunto de elementos que conforman la reestructuración.

irreversibilidad de los cambios porque se abandona el modelo anterior para innovar un proceso de producción totalmente diferente que no permite, en caso de dificultades, regresar a la situación anterior.[8] La irreversibilidad se justifica cuando se logra dar un salto productivo que permite rentabilizar la inversión e incrementar la tasa de ganancia. Debido a los graves riesgos que supone meterse en una situación de irreversibilidad tecnológica, normalmente el productor intentará mantener la inercia de sus opciones técnicas, limitando, si es necesario, la modernización de su empresa. Sin embargo, las inversiones que responden inicialmente a una lógica de inercia pueden finalmente inducir a la adopción de alguna innovación que lleve hacia una situación de irreversibilidad, y que amplíe las consecuencias del cambio técnico y organizativo de la empresa. En los países con una fuerte economía campesina y abundante mano de obra, este balance se realiza tomando en cuenta las oportunidades locales y las ventajas que ofrece la presencia de ese sector campesino, con potencial productivo, al que puede delegarse la parte de los procesos productivos más intensivos en mano de obra, a través de formas asociativas o de agricultura a contrato. De la misma manera, se puede recurrir al sector de campesinos pobres contratándolos como mano de obra temporal, para que realice con habilidad y a bajo costo numerosas tareas, garantizando así una mayor calidad del producto.

De esta manera, la reestructuración[9] no necesariamente ha significado rupturas o medidas radicales que generen situaciones de irreversibilidad; tampoco se encamina unidireccionalmente al desarrollo de una agricultura "posfordista", entendida como producción en pequeños lotes, diversificada y de gran calidad, que se produce solamente con tecnologías modernas. Más bien supone numerosas posibilidades de combinar diferentes tipos de tecnología con trabajo manual, y diferentes

8. Por ejemplo, la introducción de una nueva semilla conduce eventualmente a la redefinición del uso de insumos, a la investigación para solucionar distintos problemas (adaptación de la semilla al ambiente local, el problema de los residuos tóxicos) y a reorientar las labores culturales.

9. En este inciso nos referiremos fundamentalmente a la reestructuración del sector agroexportador, que consideramos la rama más dinámica de la agricultura mexicana en el momento actual, lo que no significa que las empresas agroforestales, pecuarias o cerealeras no estén también sujetas a este proceso, cuyas características pueden ser diferentes de las que se generan en aquellas que están produciendo cultivos de exportación no tradicionales.

formas de organización del trabajo que apuntan hacia una *flexibilidad productiva,* en la cual los sujetos (productores y trabajadores) intervienen dando direccionalidad a las innovaciones adoptadas.

Cinco elementos esenciales caracterizan esa flexibilidad: 1) en la agricultura mexicana encontramos una gran *diversificación productiva,* la cual supone la reorientación de una parte de la producción hacia cultivos de exportación no tradicionales; 2) la *descentralización de las estructuras de las empresas* hacia formas de operación más flexibles; 3) una gran *movilidad de las empresas y su dispersión geográfica* por nuevas regiones del país, o en otros países del continente; 4) la incorporación de *tecnologías ahorradoras de energía y de agua;* y, 5) la incorporación de *nuevas formas de organización del trabajo,* que impactan el mercado de trabajo rural, y que en ocasiones suponen la adaptación o refuncionalización de formas antiguas o tradicionales.

Diversificación productiva

En el contexto internacional, la diversificación se explica como resultado del nuevo orden internacional, y de la acción de las empresas transnacionales que buscan elevar su rentabilidad generando una demanda para los productos de exportación "no tradicionales". También es resultado de las políticas neoliberales que promueven una agricultura basada en las ventajas comparativas. Sin embargo, la diversificación no significa solamente ampliar la gama de productos de lujo de exportación;[10] para algunas empresas supone, también, mantenerse o insertarse en el mercado de productos masivos y de consumo nacional, y lograr allí un espacio de competitividad. Supone, a su vez, cierta especialización productiva, ya que es difícil que una empresa abarque campos de producción muy distintos, como cereales y hortalizas, o flores y frutas. La diversificación productiva por lo regular se mantiene en un grupo de productos, que pueden sobre una base tecnológica más o menos común, aun si se dirigen a mercados distintos.

10. En el capítulo sobre Sinaloa se presentan datos que muestran cómo se ha diversificado la producción de hortalizas en el país, y en este estado de la república en particular.

Descentralización de las estructuras de las empresas

En cuanto a la descentralización de las estructuras productivas, encontramos que los latifundios concentradores de inmensas cantidades de tierra, con importantes inversiones en maquinaria, dedicados a un mismo tipo de productos, y que abarcan verticalmente todas las fases de la producción, están dando paso a nuevas estructuras de organización empresarial, más flexibles, lo que permite minimizar los riesgos de un fracaso que pudiera poner en peligro toda la inversión.

De esta manera, se desarrollan distintas modalidades de acceso a la tierra y a los recursos que no involucran inversiones a largo plazo. Esto no quiere dedique la tendencia actual apunte hacia la creación de pequeñas o medianas empresas al estilo de los distritos industriales. Más bien, existe una concentración de capitales, a menudo controlados por las transnacionales, que adoptan distintas modalidades asociativas en las que se crean empresas de distinto tamaño y forma, con las que es más fácil hacer frente a las incertidumbres del mercado.[11] El proceso asociativo, tradicionalmente escaso en la agricultura, adquiere relevancia para la integración de grupos productivos.

En México, si consideramos la participación de las unidades de producción en algún tipo de asociación productiva (para obtener crédito, comercializar, agroindustrializar, producir, etc.), vemos que de las 3,8 millones unidades, solo 688.921 unidades participan en ellas (18%). Sin embargo, el dato más relevante es la importancia de la participación de las grandes empresas en asociaciones productivas, 27% y 35%, respectivamente, para los dos estratos de mayor tamaño, en donde encontramos la cúpula empresarial hortícola (ver cuadro 1).

La asociación productiva, en sus diferentes aspectos y niveles desempeña un papel importante en la modernización de la pequeña fracción

11. En América Latina, varios autores plantean este proceso. Chiappe y Piñeiro (1994) señalan que mientras en 1961 había 6.000 empresas que producían la manzana "Deliciosa", en 1980 se había reducido a 3.455 el número de los que se dedicaban a producir todas las variedades de manzana. En Argentina, Bendini *et al.* (1995) encuentran que hoy en día solo el 2,8% del total de las empresas son las que comercializan el 24% de la producción de manzanas frescas. En tanto, en México, la floricultura de exportación se encuentra en manos de 47 empresas que son las que tienen posibilidades de mantenerse en el mercado (Lara y Becerril, 1995).

exitosa de las empresas. Esta modernización se da en diferentes aspectos de la empresa y sigue las pautas de la flexibilización industrial: diversificación de la producción, mayor eficiencia tecnológica, mejor administración de la mano de obra, eliminación de intermediarios en la comercialización e integración con el sector agroindustrial o agrocomercial (Lara, 1993).

Este proceso asociativo está normalmente dominado por las grandes compañías agroindustriales y agrocomerciales. La concentración de capital se da por tres vías: por la conformación de grupos económicos nacionales estrechamente vinculados a la nueva banca privada; por la penetración del capital extranjero agroindustrial y agrocomercial, o por coinversiones de capital nacional y extranjero. En el primer caso tenemos al Grupo Empresarial Agrícola Mexicano, conformado por 400 empresarios hortofrutícolas, el cual compró el consorcio Del Monte por el monto de 530 millones de dólares. Sus principales inversionistas son accionistas del banco BCH (*Nacional Financiera*, 1993). En el segundo caso tenemos a firmas estadunidenses o japonesas como Samborn Inc., Castle Cook Inc., Bud de California, Pepsico, Hitachi, Mitsubishi, Oshita Marketing Inc., etcétera, que invierten en la producción de hortalizas en el noroeste del país (Gómez Cruz y Caraveo, 1990, p. 1.194) o a Nestlé en el caso de la ganadería lechera. En el tercero tenemos a la empresa Visaflor con capital mayoritario mexicano, pero con inversión francesa y japonesa (Lara, 1993).

Movilidad de las empresas y dispersión geográfica

Es importante señalar el proceso de dispersión geográfica y de movilidad de las empresas, lo que permite moverse de una región a otra, o incluso traspasar las fronteras del país, hacia el norte y hacia el sur, buscando el espacio en el cual pueden rentabilizar mejor sus capitales y tener acceso a los recursos productivos.

De acuerdo con datos de Echánove (1995), el grupo Canelos, que forma parte de los quince grupos más importantes de productores de hortalizas de México, siembra 1.000 hectáreas de tomate en el valle de Culiacán (sede de su emporio); tienen también 600 hectáreas de la variedad de

saladette en Sonora, y otras mil hectáreas más (800 ha de bola y 200 ha de *saladette*) en el valle de San Quintín, Baja California. El grupo Lomelí, siembra 3.000 hectáreas de tomate en Sinaloa, San Luis Potosí, Jalisco y Baja California, todo ello a nombre de la Sociedad Impulsora Grupo Lomelí. A la vez, tiene la filial "Eco Cultivos" que produce bajo invernadero, y con alta tecnología, productos biológicos durante ocho meses del año y con rendimientos hasta cuatro veces mayores de los obtenidos a cielo abierto. Un caso similar es de la empresa Agrícola Bátiz, que también tiene producción de distintas variedades de tomate y de otras hortalizas en Sinaloa, Baja California sur y norte, e invernaderos para producción de tomate en hidroponía.

Un elemento novedoso de estas empresas es que también tienen campos de producción de hortalizas e invernaderos en Florida y en California, o están en asociación con productores estadunidenses. Por otra parte, han creado sus distribuidoras y empacadoras, con centros en varias partes del país, así como en Estados Unidos y Canadá. De esa manera no solo exportan, sino que introducen al país lo que han producido del otro lado de la frontera (Echánove, 1995). Para esa cúpula empresarial la línea fronteriza entre México y Estados Unidos ya no existe: tienen la capacidad de producir y movilizar sus productos en ambos lados de la frontera, reempacar en Estados Unidos lo que han producido en México, o hacer el reempaque de lo producido en Florida y en California en sus empaques mexicanos.[12]

Tecnologías ahorradoras de energía y de agua

Conjuntamente, cabe mencionar la incorporación de tecnologías ahorradoras de energía y de agua, no solo como respuesta a la preocupación de organismos internacionales que presionan a los productores para que hagan un uso más racional de estos recursos, sino para hacer más eficiente y rentable su aprovechamiento ya que con la privatización se vuelven más costosos.

12. En la fruticultura encontramos una situación similar. Por ejemplo, en 1982, 36 empresas familiares crean la Sociedad Cooperativa de Citricultores del Litoral de Sonora que abarca unas 2.090 ha de huertas de naranja (representa el 45% de la superficie, pero el 70% del volumen de la producción en la región). Para mejorar su comercialización en el mercado internacional la cooperativa piensa asociarse con la cooperativa Sunkist de California.

Las gigantescas presas hidráulicas, obras extraordinarias desde el punto de vista financiero y técnico, que fueron el sostén de la agricultura masiva, hoy en día comienzan a ser cuestionadas por los efectos "de rebote" que pueden tener en caso de desastre natural.[13] Mientras tanto, nuevas técnicas de irrigación, como el riego por goteo, permiten regar tierras inaccesibles al riego por rodeo, con un enorme ahorro de agua y con fuentes de abasto poco caras como son los pozos o las represas. Esta nueva tecnología de irrigación, ampliamente desarrollada en Israel desde los años sesenta, tiene como efectos colaterales disminuir los costos de producción por la aplicación de la plasticultura (retención del agua, control de las plagas y de la hierba, aplicación de fertilizante líquido con el riego) y la eliminación de la nivelación de las tierras.[14] Actualmente, en algunas regiones se instrumenta un sistema subterráneo, con cintas en vez de tubería de tipo convencional. Este sistema de riego permite que el agua llegue directamente a las raíces y evita que el fruto esté en contacto con la humedad, también permite un mejor manejo de las plagas y un fácil manejo de la fertilización. También, permite incrementar los rendimientos y rescatar variedades que se habían dejado de cultivar a causa de las enfermedades (*Hortalizas, frutas y flores*, 1992).

Por otro lado, la competencia entre empresas y países por el mercado internacional de frutas y verduras en fresco, así como el de las flores, ha llevado a desarrollar una sofisticada tecnología de agricultura bajo invernadero, sobre sustrato o de hidroponía, que ofrece ventajas tanto para los mercados masivos como para mercados selectos y que normalmente se ubican cerca de los mercados finales.

Empleo

Finalmente, debemos destacar la reorganización de las formas de trabajo para lograr mantener la competitividad de las empresas

13. Dos ejemplos recientes en México lo demuestran. Primero, el ciclón que inundó el estado de Sinaloa en 1992 echó a perder la cosecha de las hortalizas y provocó el desempleo de unos 80.000 migrantes. Luego, la sequía que duró varios años, por lo cual las presas se quedaron sin agua.

14. La nivelación de los terrenos es una de las tareas más delicadas y costosas de la tecnología del riego por goteo. La tecnología más sofisticada de nivelación consiste en equipar el trascabo con un rayo láser para asegurar una perfecta inclinación de las tierras.

agroexportadoras. Aunque la reestructuración de este sector ha implicado una modernización de las empresas, y la incorporación de cambios tecnológicos, la competencia por parte de los propios países desarrollados en la producción de cultivos no tradicionales, la vulnerabilidad de los mercados, la rapidez con la que se vuelven obsoletos ciertos productos, las grandes fluctuaciones de los precios, la dependencia tecnológica y el monopolio en la comercialización y distribución de estos productos por parte de las transnacionales, reducen las posibilidades de competir y de hacer rentable la incorporación de tecnologías demasiado costosas o mal adaptadas a las condiciones tecnológicas de los países subdesarrollados. De esta manera encontramos que, en México, las empresas no apuestan su competitividad en el mercado internacional a la incorporación de tecnologías caras y sofisticadas. La estrategia hasta ahora consiste, más bien, en incorporar una innovación que ofrecerá ventajas adicionales a las que se obtienen basándose en las bondades del clima, en el uso no racional de los recursos naturales pero, sobre todo, en el empleo de una fuerza de trabajo que sigue siendo abundante y barata en nuestros países.[15] La presencia de diferentes tipos de trabajadores capaces de cumplir variadas funciones a lo largo de los ciclos productivos, tanto en el campo como en los empaques o enlatadoras, permite a las empresas establecer formas flexibles de organización del trabajo que aseguran calidad y permiten una gran adaptabilidad a los ritmos del mercado, limitando el riesgo que representan para las empresas las inversiones en capital de riesgo.

El balance entre inercia e irreversibilidad, al que forzosamente tiene que llegarse al incorporar una nueva tecnología, se resuelve mediante una organización del trabajo que tiende a lograr la máxima eficiencia de las técnicas. Es decir, se busca resolver los problemas que genera la inercia de una tecnología vieja, incapaz de hacer frente a los retos de la nueva demanda, a través de una organización del trabajo que amortigüe los efectos indeseables. Así, no solo se hace uso de las formas precarias del trabajo en términos contractuales, que suponen variabilidad de horarios

15. En 1950, en los países desarrollados los salarios agrícolas eran de 15 a 20 veces más elevados que en el Tercer Mundo y la productividad siete veces más alta. En 1985, los salarios eran de 22 a 28 veces más altos pero la productividad era 36 veces más alta.

y eventualidad en el empleo, o en términos salariales, que se traduce en formas de pago a destajo, por tarea o por producto, propias de las formas de organización de tipo taylorista-fordista; se instrumentan, a la vez, formas de organización flexible del trabajo, que suponen exigencias de calificación, especialización e implicación para los trabajadores, organización en equipos o círculos de trabajo, estímulos a la productividad, y otras formas propias de los nuevos modelos productivos aplicados en la industria (Lara, 1995).

Las modalidades de organización del trabajo en las empresas agroexportadoras, aun en las más modernas, incorporan lo nuevo sobre lo viejo, y hacen que lo más moderno integre elementos de la lógica campesina y formas de organización fordistas. De tal manera que lo que se consideró como un obstáculo para la modernización de la agricultura al aplicarse los métodos fordistas (la presencia de una numerosa población campesina y la supervivencia del trabajo manual en el campo), hoy en día puede verse como una ventaja, ya que la combinación de métodos de producción modernos con formas de producción artesanales permite una gran flexibilidad productiva.

Sin embargo, la reestructuración productiva de la agricultura mexicana ha tenido efectos diferentes sobre el uso de la fuerza de trabajo. En algunos casos se traduce en la aparición de nuevos puestos y en otros en su desaparición como resultado de la introducción de ciertas tecnologías. Por ejemplo, las innovaciones mecánicas que suponen la introducción de atomizadores, cajones *bins,* autoelevadores, tijeras neumáticas, etcétera, en la producción de frutas, pueden remplazar fuerza física por mano de obra calificada. La mayoría de las veces se trata de hombres a los que se les otorga cierto estatus y garantías en las empresas. Otras innovaciones químicas, agronómicas o biológicas, pueden incrementar, disminuir o mantener el nivel de empleo, así como exigir una mayor calificación de la mano de obra, o al revés, pueden provocar un movimiento de descalificación.[16]

Aunque aún no se puede hablar de un patrón particular de empleo asociado al uso de estas nuevas tecnologías, lo que sí podemos decir es

16. Un análisis de lo que sucede en varios países latinoamericanos y con diversos productos orientados a la exportación se encuentra en Lara (1995).

que se presenta una tendencia a la feminización de la fuerza de trabajo, sobre todo en las fases poscosecha y en aquellas que garantizan la calidad de los productos de "nicho" o selectos.

En Estados Unidos, en Europa y en Japón se desarrollan tecnologías que permiten mecanizar al máximo estas tareas, pero en México, como en varios países de América Latina, ha habido una tendencia, desde hace décadas, a contratar básicamente mano de obra femenina para el empaque y acondicionamiento de productos.[17] Las mujeres ordenan los ramos de flores según tamaño del tallo, punto de apertura del botón, colores, etcétera; acomodan en sus cajas, de una manera estrictamente normativizada, tomates, manzanas, duraznos y otros productos, envolviéndolos en papeles especiales y colocándoles las etiquetas de la empresa; "maquillan" los productos, dándoles el acabado final. En resumen, son las responsables de la estética de los productos, en la que se apoya, de más en más, la competitividad de las empresas, como si se tratara de perfumes o de mascadas de seda.

Varios estudios confirman la importante participación de la mano de obra femenina en las fases postcosecha de los cultivos de exportación no tradicionales (Lara, 1995).

Hoy en día, en la agricultura orientada a cubrir nichos de mercado muy selectos es indispensable una organización del trabajo que permita lograr una producción de alta calidad, que se adapte a las necesidades del mercado no solo en términos de variedades sino de tiempos. En varios países latinoamericanos, los empleadores señalan que esta capacidad la desarrollan más fácilmente las mujeres que los hombres; en particular las mujeres jóvenes, para quienes el trabajo en el sector agroexportador constituye, casi siempre, su primera experiencia laboral.[18]

---

17. Véanse varios estudios publicados en León *et al.* (1982).

18. Según el estudio de Blanca Suárez (1995), de 35 mujeres entrevistadas que laboraban en los empaques de aguacate, 25 de ellas estaban en el rango de edad de 16 a 25 años. En el caso de los empaques de mango, el 44,4% de las mujeres tenían menos de 19 años; la mayoría iniciaron su trabajo como asalariadas antes de los 16 años. La investigación de Ofelia Becerril (1995) en el Estado de México, detectó que la incorporación de las mujeres a la producción de flores de corte para exportación es aún mayor. Véase la discusión analizada en capítulos anteriores sobre los nuevos modelos productivos. [N. de la E. Se refiere a la primera edición].

Es el caso de la producción de flores, en donde las mujeres se hacen cargo de la mayor parte de las tareas de invernadero y empaque, en las que descansa la calidad de los productos. A nivel mundial, indudablemente destaca Colombia como el segundo país exportador, después de Holanda. Se calcula que en 1990 este sector había dado empleo a no menos de 85.000 personas, de las cuales el 70% eran mujeres (Arango, 1985). En el caso de México, a pesar de que se trata de un sector aún pequeño (400 hectáreas), cabe destacar su dinamismo, ya que el 95% de esta producción se destina a la exportación, principalmente hacia Estados Unidos. Se calcula que en estas 400 hectáreas se había dado empleo, durante todo el año, a más de 7.000 personas, de las cuales entre el 70% y el 80% son mujeres. Ellas participan tanto en la producción, dentro de los invernaderos, como en el empaque y clasificación de flores (Lara, 1994; Lara y Becerril, 1994). Según Waters y Salamea (1995), en Ecuador la producción de flores ha crecido notablemente en la última década, junto con otros cultivos no tradicionales como verduras y frutas frescas, cuyas exportaciones se duplicaron entre 1986 y 1989, y aumentaron más de cuatro veces entre 1985 y 1990, incrementándose con ellas el empleo femenino. Se confirma esta tendencia en la producción de brócoli y coliflor en México, y de espárragos en México y Perú, cultivos muy dinámicos que se cultivan para exportarse en fresco, congelados y procesados (Marañón, 1996).

Algunos autores han hecho hincapié en las ventajas que ofrece esta mano de obra porque es barata. Sin embargo, no solo es su costo lo que puede explicar por qué existe una preferencia para la contratación de mujeres en estos cultivos, en México y en los países latinoamericanos. Es también porque se trata de una mano de obra que, además de ofrecer una gran flexibilidad cuantitativa (que se traduce en trabajo temporal, horarios discontinuos, salarios por tarea o a la pieza), ofrece una ventaja adicional a las empresas, que consiste en una gran flexibilidad cualitativa.

Se trata de una mano de obra capaz de pasar por todas las fases de la cadena productiva desempeñando actividades con características diversas, y con disponibilidad para capacitarse en tareas que requieren de una calificación, así como para lograr cierta "implicación" y colaboración

para adaptar las tecnologías modernas a las diversas necesidades de las empresas. Como se trata de jovencitas, la mayoría de ellas solteras, sin más alternativas de empleo local pero con un nivel de escolaridad relativamente alto (al menos primaria completa y a veces estudios de secundaria y bachillerato) que les sirve de base para adquirir una calificación, las empresas pueden mantener más bajos los salarios que si contrataran solamente hombres adultos con alguna calificación, o si mantuvieran un *staff* de técnicos e ingenieros, como sucede en los países desarrollados (Lara, 1995).

Esta estrategia genera un mercado de trabajo segmentado sexualmente, que tiene como base el desconocimiento de la calificación que adquieren las mujeres en las empresas, participando cada ciclo, aun si son ellas las que garantizan la calidad de los productos. Esta segmentación se traduce en que el tipo de puestos al que acceden las mujeres siempre son los más inestables, y con remuneraciones que no contemplan su nivel de calificación.

Por otro lado, cabe señalar que gran parte de los procesos de productivos siguen desempeñándose con tecnologías atrasadas y sistemas de trabajo en cadena, a un ritmo que está marcado por los tiempos del mercado. De tal manera que, al lado de una producción sofisticada, que integra métodos y tecnologías modernas, se encuentran procesos de producción de tipo artesanal, tecnologías atrasadas y un uso intensivo de mano de obra, sometida a diferentes formas de discriminación o "minorización"[19] que se traducen en las formas de empleo precario.

Aun si en algunos casos se comienzan a desarrollar otras formas de empleo, como los equipos de trabajo especializados que pueden contratarse para desempeñar tareas específicas y con mejores remuneraciones,

19. El concepto de minorización ha sido utilizado por Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein (1988) para dar cuenta de cómo la edad, la raza o el sexo biológico se convierten en estigmas de alteridad que suponen jerarquía y desigualdad entre los trabajadores. Los ejemplos de esta situación para América Latina son múltiples: en Brasil, tanto en la producción de caña de azúcar (Silva, 1995; Bota-Ferrante, 1995) como en la de castaña (Castro, 1995) el trabajo de los negros sigue garantizando las labores más penosas de recolección mientras que las mujeres se encargan del procesamiento. En Argentina (Bendinni *et al.*, 1995) y en Chile (Venegas, Valdés y Browne, 1995), las mujeres y los jóvenes estudiantes intervienen en las tareas más intensivas en la producción de uva de mesa, manzana, peras y otros frutales. A la vez, en varios países de Centroamérica y en México la población indígena, las mujeres y los niños aseguran las cosechas de hortalizas, frutas, café, tabaco y otros productos agrícolas, pero fundamentalmente son mujeres las que se encuentran en los empaques (Lara, 1992, 1995).

sigue prevaleciendo el empleo no calificado, de trabajadores contratados en condiciones de extrema precarización. Por ejemplo, para el corte de la uva de mesa de exportación, en México, compiten ahora las cuadrillas especializadas de "pochos" (personal por lo regular de origen mexicano que trabajan para empresas estadunidenses de servicios para cortar un campo determinado) junto con los migrantes indígenas que llegan a Sonora, procedentes de varios estados de la república.

De esta manera, puede decirse que la característica del mercado de trabajo en el periodo actual es que se mantiene un mercado de trabajo basado en el uso intensivo de fuerza de trabajo no calificada, compuesta por migrantes, indígenas, mujeres, niños y otros grupos en situación de minorización, contratados básicamente para las cosechas y para otras tareas puntuales que se realizan en la producción masiva. El empleo en este mercado se basa en una flexibilidad cuantitativa (trabajo temporal, sin horarios fijos, pago por tarea o por pieza, etc.), que convive con otro sector moderno, que integra elementos de una flexibilidad moderna o cualitativa (con exigencias de calificación, polivalencia e implicación para la fuerza de trabajo) pero en donde se mantienen las condiciones de empleo precario, y una segmentación sexual de la fuerza de trabajo.

De esta manera, con la expansión del sector agroexportador de productos no tradicionales, se perfila un mercado de trabajo segmentado, cuya estructura se basa en la feminización, etnización o infantilización de la fuerza de trabajo rural.

Conclusión

Resumiendo, podemos decir que la reestructuración productiva de la agricultura mexicana consiste en una selección de elementos y de formas de organización diferentes, que parte de los recursos locales de más fácil acceso y bajo costo, para lograr competitividad en el mercado, aun si se hace a costa de una organización del trabajo que penaliza a los trabajadores, en particular a ciertos sectores como las mujeres, los niños y los indígenas.

Indudablemente, la agricultura no escapa a la incorporación de nuevos métodos de producción y nuevas formas de organizar el trabajo, como sucede en la industria, pero las modalidades que adopta nos hacen pensar que la reestructuración de las empresas agroexportadoras no apunta hacia la hegemonía de una agricultura de tipo "posfordista", que no solo significaría la incorporación de ciertas técnicas, sino una organización del trabajo más humana y eficiente. Desde nuestro punto de vista, más bien se trata del nacimiento de una nueva *agricultura flexible*, que busca insertarse en el nuevo orden internacional, en el cual prevalece una estructura segmentada del mercado de productos, generando formas de empleo "salvajes",[20] por sus tintes arbitrarios y excluyentes, que a su vez producen una segmentación en el mercado de trabajo.

Cuadro 1. Participación en alguna organización productiva

Estratos por superficie (ha)	Total de unidades de producción	Unidades de producción con asociación	% unidades con asociación / total unidades	% unidades con asociación / total unidades con asociación
Total	*3.876.495*	*688 921*	*18*	*100*
Menos de 2	1.305.345	144.781	11	21
De 2 a 5	958.339	174.024	18	25
De 5 a 20	1.193.867	287.515	24	42
20 a 50	208.598	45.960	22	7
De 50 a 100	72.074	14.721	20	2
De 100 a 1.000	74.397	15.828	21	2
De 1.000 a 2.500	5.712	1.527	27	0,2
Más de 2.500	4,731	1,647	35	0,2

Fuente: *VI Censo Agropecuario Forestal* (INEGI, 1991).

20. De la Garza (1993) desarrolla los conceptos de flexibilidad primitiva y salvaje.

Bibliografía

Agricultural-Outlook. (1996, junio). *U.S. market for winter fresh vegetables*. México: ERA; USDA.

C. de Grammont, H. (1992). Reflexiones sobre el mercado de trabajo en el campo latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología,* (México: IIS-UNAM).

C. de Grammont, H. (1997). Modernización de las empresas hortícolas sinaloenses y sus efectos sobre el empleo. Ponencia presentada en el *Congreso de LASA*, Guadalajara, México.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (Varios años). *Informes anuales.* Culiacán: CAADES.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (1984). *Relación de empaques legumbreros*. Culiacán: CAADES.

Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa (CAADES). (1995-1996). *Costos estimados de hortalizas*. Culiacán: CAADES.

De la Garza, E. (1992). Introducción. En A. Cobarrubias. *La flexibilidad laboral en Sonora.* México: El Colegio de Sonora; Fundación F. Ebert.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México.* México: IIE-UNAM; UAM-I.

De la Garza, E. (1995). *La breve historia de la sociología del trabajo de Othón Quiroz*. México: UAM-I.

De la Garza, E. (1996). *La reestructuración productiva en América Latina*. Coventry: Universidad de Warwick.

Echánove. F. (1995). *El abasto de productos hortofrutícolas a la ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder*. Tesis de maestría. División de Ciencias Sociales y Humanidades, Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México.

Gómez-Cruz, M. A. y Caraveo, F. de J. (1990). La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales. *Comercio Exterior,* 40(12), (México).

Gómez-Cruz, M. A. y Caraveo, F. de J. (1991). *La agromaquila hortícola, nueva forma de penetración de los monopolios internacionales en la agricultura mexicana.* México: CIESTAAM; U. Chapingo.

Hewitt, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana 1940-1970.* México: Siglo XXI.

Junne, G. (1992). Les grandes entreprises face à la révolution biotechnologique. *Cahiers d'Economie et Sociologie Rurales* (París: INRA).

Lara, S. M. (1992). La flexibilidad del mercado de trabajo rural. *Revista Mexicana de Sociología, 1,* (México: IIS-UNAM). México.

Lara, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'etat de Sinaloa: où comment une solidarité se façonne à travers solidarités et conflits. *Cahiers du GEDDIST, 7,* (París: IRESCO).

Lara, S. M. (Coord.). (1995). *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1995a). La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad salvaje. En S. M. Lara (Coord.), *Jornaleras, temporeras y* bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas: UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. M. (1995b). Las empacadoras de hortalizas en Sinaloa: historia de una calificación escatimada. En S. González y V. Salles (Coords.), *Género y transformaciones agrarias.* México: PIEM; COLMEX.

Lara, S. M. (1996). Mercado de trabajo rural y organización laboral en el campo mexicano. En H. C. de Grammont (Coord.), *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano.* México: Plaza y Valdés; IIS-UNAM.

León, M. (Comp.). (1982). *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe.* Bogotá: ACEP.

Muñoz, M. *et al.* (1995). *Desarrollo de ventajas competitivas en la agricultura: el caso del tomate rojo.* México: Universidad Autónoma Chapingo.

OIT. (1973). *Mecanización y Empleo en la Agricultura: estudios de caso de cuatro continentes.* Ginebra: OIT.

Raynolds, L. T. (1994). The restructuring of Third World agro-exports: changing production relations in the Dominican Republic. En P. McMichael (Ed.), *The Global Reestructuring of Agro-Food Systems.* Ithaca; Londres: Cornel University Press.

Revista Hortalizas, frutas y flores, 38, (1992, 30 de junio).

Roldan, M. (1981). Trabajo asalariado y condición de la mujer rural en un cultivo de exportación: el caso de las trabajadoras del tomate en el estado de Sinaloa, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer,* Pátzcuaro, México.

Rooner, L. (1981). Las mujeres asalariadas en los cultivos de exportación: el caso del municipio de Ensenada, Baja California Norte, México. Ponencia presentada en el *Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer,* Patz. Michoacán, México.

SAGAR. (1994). *Anuario estadístico de la producción agrícola de los Estados Mexicanos. Años 1970-1994*. México: SAGAR.

Torres, G. (1997). *La fuerza de la ironía: un estudio del poder en la vida cotidiana de los trabajadores tomateros en el Occidente de México.* México: CIESAS.

Mercado de trabajo rural y organización laboral en el campo mexicano*

Los grandes ausentes de las reformas al artículo 27

En diciembre de 1929, de regreso de la ciudad de Nueva York, el general Calles hizo una serie de declaraciones a funcionarios y periodistas que viajaban con él en el vagón presidencial. Su nuevo "pensamiento revolucionario" consistiría en abogar por el fin del reparto agrario, pues a los pueblos que habían pedido restitución ya se les había concedido. Desde ese momento, la tarea revolucionaria consistiría en permitir el desarrollo económico de los ejidatarios, otorgándoles crédito y tecnología adecuada.

El 22 de enero del siguiente año, la Cámara Agrícola de la Ciudad de México se reunió para exigir el fin inmediato de la deuda agraria y la restitución de tierras a sus antiguos propietarios. Un día después, la Liga de Comunidades Agrarias de la República protestaba por las declaraciones de los agricultores y convocaba a un congreso campesino del cual emanaron dos resoluciones: exigir que se siguiera con el reparto agrario; y la modificación de la Ley agraria, a fin de que los peones de las haciendas tuvieran derecho a la tierra (C. de Grammont, 1990).

Si la Revolución mexicana había abierto este proceso, no podía cerrarse con una declaración. Sin embargo, no fue sino hasta 1934 cuando el Código Agrario hizo posible el sueño de miles de peones acasillados:

* Extraído de Lara Flores, S. M. (1996). Mercado de trabajo rural y organización laboral en el campo mexicano, pp. 69-112. En H. C. de Grammont (Coord.), *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano*. México: UNAM; Plaza y Valdés. [ISBN 968-856-462-1].

legislar su capacidad de convertirse en sujetos del reparto agrario. Esta decisión política inauguró el reclamo de la dotación de tierras para los trabajadores de las haciendas, y creó una nueva identidad agraria: la de los "campesinos sin tierra" o "campesinos con derechos a salvo".

Durante décadas, la lucha por la tierra no fue solo una exigencia de las comunidades campesinas e indígenas para que les restituyeran su patrimonio. Fue también la lucha de los peones y asalariados del campo para obtener un recurso de sobrevivencia y ganar un lugar social en ese espacio rural llamado comunidad. Seis décadas después, la reforma del artículo 27 constitucional da por terminado formal y legalmente el reparto agrario y, de paso, suprime del discurso oficial a ese grupo social.

El jornalero agrícola se convierte, así, en el gran ausente de las reformas al campo mexicano.[1] Los sujetos agrarios son ahora únicamente las comunidades, los pueblos, los campesinos. Son las comunidades las que sufrieron el despojo durante la época colonial y la Reforma, las que quedaron "reducidas a su mínima expresión" y aportaron la mano de obra en las haciendas, las que sufrieron el abuso y a quienes Zapata abanderó. Fueron "los pueblos campesinos [quienes] se incorporaron a la Revolución mexicana para restaurar la justicia y la razón (...) origen y propósito del artículo 27 constitucional". Fueron también los pueblos y las comunidades los beneficiarios del reparto agrario, aun cuando este "alcanzó a las plantaciones comerciales y agroexportadoras durante el gran proceso de reparto entre 1936 y 1937". Más tarde son los ejidos a los que "se consagró la reforma agraria integral", para apoyar su transformación en unidades eficientes. Nunca son los peones de las haciendas ni los jornaleros del campo los sujetos de esta historia narrada ahora por el presidente.

Pero menos aún son los que movilizan los cambios actuales. El minifundio y los niveles de vida y de pobreza "inaceptables" son los que justifican la nueva política hacia el campo, que busca crear un clima de certidumbre para la inversión productiva y "para acceder en nuestros propios términos al proceso de transformación que el mundo vive". Es una pobreza desprovista de sujetos la que obliga a esos cambios.

---

1. Véase, *Explicación de Motivos,* iniciativa presidencial para la reforma al artículo 27.

Los "grupos de individuos que carecían de tierra" y para los cuales la "obligación constitucional se extendió", dotándolos de dicha tierra, aparecen en el discurso cuando se fundamenta la imposibilidad de continuar con el reparto agrario. Cuando se asevera que "ya no hay tierras para satisfacer esa demanda incrementada por la dinámica demográfica" y se dice que "nos enfrentamos a la imposibilidad para dotar a los solicitantes de tierra", se reconoce el fin del reparto agrario, fundamento del artículo 27 constitucional y de sus sucesivas reformas.

El 2 de diciembre de 1991, 268 organizaciones del campo decidieron apoyar las reformas propuestas por el ejecutivo y firmaron un manifiesto campesino, en el que no se hace ninguna mención al sector que será más afectado por esas reformas: los campesinos sin tierra, que de hecho son los jornaleros.

El 14 de noviembre de ese año, el propio presidente había planteado "Diez puntos para la libertad y justicia en el campo mexicano", que en el sexto punto establece lo siguiente:

> Habrá más empleo en el campo y esto significa más trabajo asalariado, como ya ocurre en pequeñas propiedades y en ejidos; llegó el momento de reconocer esta situación y de promover la sindicalización de los jornaleros agrícolas, para asegurar que en su relación laboral habrá un trato justo (Salinas de Gortari, 1991).

No obstante, decenas de desplegados de organizaciones nacionales y regionales que se publican el último mes de ese año en adhesión a la nueva ley agraria, dejan de lado ese punto, del cual no vuelve a hablarse. Solo el Manifiesto Agrario, firmado por varias organizaciones integrantes del Plan de Anenecuilco, se pronuncia en contra de la reforma a la ley, proponiendo entre otras cosas la lucha "por la organización sindical de los obreros agrícolas, el registro de sus sindicatos y el pleno respeto de sus derechos" (*La Jornada*, 1991, 20 de diciembre).

El 26 de febrero del siguiente año quedó plasmada en el *Diario Oficial* la nueva ley agraria. Los sujetos de esta nueva ley son los ejidos, las comunidades, las sociedades rurales y la pequeña propiedad. Los ejidatarios, comuneros y pequeños propietarios acreditan su *status* con la

documentación que garantiza la posesión de una parcela. Pero todos aquellos que no son ni ejidatarios, ni comuneros, ni pequeños propietarios adquieren por ley el estatuto de "avecindados".

Avecindados son las mujeres, los jóvenes, los viejos y los jornaleros, cuyos derechos en el ejido o en las comunidades se restringen a aquellas que la asamblea ejidal, o de la comunidad, acepte otorgarles. De esta manera se decide si pueden contar con un "solar" para vivir, aún si nacieron en el lugar. Ejidatarios o comuneros decidirán también si se establecen en sus dominios empresas en las cuales "podrán participar ejidatarios, grupos de mujeres campesinas organizadas, hijos de ejidatarios, comuneros, avecindados y pequeños propietarios".[2]

Así, el que fuera peón, solicitante de tierra o campesino con "derechos a salvo", deja de tener un lugar y un reconocimiento social; desaparece de la historia agraria diluido entre las comunidades, los ejidos o los pueblos; deja de nombrarse y de tener un reconocimiento social en el discurso agrario y, a pesar de su importancia numérica, ni el Estado, ni las organizaciones campesinas, tienen una propuesta concreta y viable para este sector.

Cuántos son y dónde se emplean

Existen varios mitos respecto de la situación actual de los jornaleros. El primero, basado en las estadísticas censales, consiste en subestimar a este sector. Por ejemplo, según el *Censo Nacional de Población* de 1990 existe un total de 1.719.906 jornaleros o peones. Otro mito consiste en considerar que se trata básicamente de hombres adultos. Según el censo, las jornaleras ascienden apenas a un poco más de 85.000, cuando distintas estimaciones y estudios de caso muestran la importancia numérica de mujeres y niños entre el asalariado rural (Barrón, 1992; Lara, 1992).

Sin embargo, lo que tal vez resulta más grave para este grupo social, en cuanto a las alternativas que se le pueden ofrecer y sus posibilidades de organización, es el mito que considera que el principal mercado de

2. Artículo 108 de la Ley Agraria de México (*Diario Oficial*, 1992, 26 de febrero).

trabajo de los jornaleros agrícolas es el sector agroexportador, sobre el cual se ha construido un nuevo modelo de desarrollo que apuesta todo a este sector, confiando en su gran capacidad para generar empleos.

En este mismo sentido surge otro mito: el de pensar que las relaciones laborales en las que se enmarca el trabajo de los jornaleros son las que se establecen, principalmente, con empresarios agrícolas. Finalmente, está el mito en el cual ha caído el propio presidente de la república, al plantear que la sindicalización rural es la principal alternativa de organización para este sector.

Aunque sabemos que las estadísticas nos aportan poco, el estudio realizado por Mercedes Pedrero y Arnulfo Embriz (1992, pp. 363-388), con base en la *Encuesta Nacional de Empleo* levantada en el segundo trimestre de 1988 por el INEGI, nos ofrece varios datos de interés en cuanto al número y la composición de los jornaleros agrícolas. Los autores encuentran que, en las localidades de menos de 100.000 habitantes,[3] un total de 6.284.022 personas se dedicaban a actividades agropecuarias. Pero, tomando como referencia la actividad desempeñada por las personas que residen en este tipo de poblaciones en un lapso más amplio de seis meses, el número ascendió a 7.893.731 personas. Es decir, se captó a la población que además de realizar una actividad agropecuaria desempeñaba otras tareas. De estos, un 47,1% (3.717.947) trabajaban por cuenta propia como productores directos, porque poseían tierras, mientras que el 52,9% (4.173.860) eran trabajadores "subordinados" que laboraban parcelas ajenas a cambio de un salario o sin ninguna retribución.

No obstante, de los productores directos 17,7% se contrataban también como asalariados o como jornaleros agrícolas, lo que asciende el número de jornaleros a unos 4.376.023. Dentro de este grupo, los asalariados permanentes ascendían a 87.651 personas, los jornaleros a destajo a 1.352.330, en tanto que 2.733.878 eran trabajadores no remunerados, que laboraban probablemente como ayuda familiar o "mano vuelta", entre los cuales las mujeres representaron el 32,6%.

3. El total de la población económicamente activa agrícola es de 6.615.630, y representa 22,9% de la PEA. De estos, 6.284.022 residen en poblaciones de menos de 100.000 habitantes y los 331.608 restantes reside en poblaciones mayores de 100.000 habitantes. La muestra entonces es bastante representativa de lo que sucede en el campo mexicano.

Pero ¿cuáles fueron las opciones de empleo de estos trabajadores y en qué condiciones laboraron?

De acuerdo con la información de la Confederación Nacional de Productores de Hortalizas (1990), para el ciclo agrícola 1989-1990 se habían creado en este sector 1.200.000 empleos: 970.000 empleos directos, en almácigos, preparación de terrenos, siembra, aplicación de agroquímicos, cosecha, selección y empaque, y 250.000 empleos indirectos en transporte, distribución y otros.[4]

Un diagnóstico realizado por el Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas (Pronsja, 1989) estimaba que, tan solo en el valle de Culiacán, intervinieron 83.238 trabajadores en el ciclo agrícola 1988-1989, de los cuales 20% residía en el mismo estado y 80% estaba integrado por migrantes indígenas que llegaron desde los estados del sur de la república, acompañados al menos por dos personas, lo que aumenta la cifra a casi 250.000, de los que más de la mitad son mujeres y niños. En los empaques se calcula que trabajaron más de 10.000 personas, y sabemos que el 90% de la población que labora en los empaques está compuesta por mujeres.

En el caso de la floricultura calculamos que en 1988 se crearon 7.200 empleos permanentes sobre las 400 hectáreas de invernadero que se destinan a la exportación nacional, cifra que pudo duplicarse en temporada alta, que comprende los meses de febrero y mayo, a casi 15.000 personas, de las cuales más del 70% es mano de obra femenina (Lara y Becerril, 1995).

Sin embargo, los datos de la *Encuesta Nacional de Empleo* (Pedrero y Embriz, 1992) nos ofrecen otro panorama del mercado de trabajo para los jornaleros agrícolas. Según esta encuesta:

- Más del 50% de la PEA son jornaleros o trabajadores subordinados.
- Más del 50% de los trabajadores subordinados trabajaron con patrones que contratan de 1 a 5 personas y solo el 12% con empresarios que contratan más de 10 personas.
- Más del 50% trabajaron para comuneros o ejidatarios.

4. En 1982 la horticultura había generado 350.000 empleos y para el ciclo 1984-1985 se señalaba que había dado ocupación a 450.000 trabajadores. Esto significa que de 1982 a 1989-1990 el empleo en este sector creció 3,4 veces.

- Más del 50% participaron como jornaleros en la producción de cultivos básicos, principalmente maíz y frijol.
- Más del 50% trabajaron sin percibir algún tipo de remuneración; y, de los que la recibieron, el 20% obtuvo hasta medio salario mínimo.

Con las salvedades con las que puede tomarse la información de la *Encuesta Nacional de Empleo*, sobre todo porque se levantó en el segundo trimestre del año, que corresponde a la temporada de baja contratación de mano de obra en el sector agroexportador, y porque el tipo de metodología utilizada subestima el trabajo asalariado de mujeres y niños, podríamos sacar dos posibles deducciones:

1. Que el sector campesino, productor de básicos, constituye la principal fuente de empleo de los jornaleros, porque si ocupa al 50% de ellos significa que dio trabajo al menos a dos millones de jornaleros.
2. Que el sector campesino ofrece un mercado de trabajo tan importante como el del sector agroexportador, porque en temporada de baja demanda absorbe el empleo de los jornaleros expulsados de otros mercados de trabajo, entre ellos el del sector agroexportador.

En cualquier caso, esta información tiene repercusiones muy importantes dentro de la organización laboral, y si no logra desmitificar, al menos matiza la idea de que el sector agroexportador es el principal mercado de trabajo de los jornaleros agrícolas, y de que las relaciones laborales a las que se enfrenta este grupo son solo las que se dan con grandes empresarios o agricultores, excluyendo las que se dan también con ejidatarios y campesinos del sector tradicional.

De peones del campo a trabajadores flexibles

A pesar de la importancia del sector de agricultura tradicional, tanto para la autosuficiencia alimentaria como para generar empleo, el modelo de desarrollo agrícola actual pone el acento principalmente en el sector agroexportador.

Argumentando las ventajas comparativas de este modelo y nuestra vocación agroexportadora, se intenta que México se inscriba en el mercado internacional como proveedor de frutas, hortalizas y flores, cuyo destino principal son los Estados Unidos y Canadá. Las modificaciones al artículo 27 constitucional, a la Ley de Aguas y a la Ley Forestal, así como la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC), tienden a anular todo tipo de trabas para que las grandes empresas agrícolas exportadoras puedan invertir, operar y hacer funcional este nuevo modelo de desarrollo:

> Para reactivar la producción y establecer de manera sostenida su crecimiento [el del campo] son necesarios los cambios que atraigan y faciliten la inversión en las proporciones que el campo ahora demanda (*Explicación de Motivos*, iniciativa presidencial para la reforma al artículo 27).

En cambio, los apoyos al sector campesino tradicional se han restringido drásticamente. Por ejemplo, los subsidios proporcionados por el Estado al sector agropecuario para la producción de subsistencia han decrecido a una tasa anual de 13%, cuando durante la década de los setenta habían aumentado a 12,5% por año. A la vez, el monto de recursos destinado por todo el sistema bancario nacional al sector agropecuario se ha reducido 40% entre 1980 y 1985, y aproximadamente 60% entre 1980 y 1986-1988 (Hewitt, 1992, p. 34).

Esta situación ha afectado principalmente a los productores de maíz y de frijol, quienes, con la apertura comercial, han tenido que enfrentar la competencia creciente de productos importados, contando cada vez con menos apoyo oficial. De esta manera, dice Cynthia Hewitt, se ha producido una verdadera "crisis del maíz" (1992, p. 50).

Al ser el producto más importante en la alimentación de la población nacional, ya que su consumo representa 66% del consumo nacional de granos básicos, el maíz se ha convertido en uno de los más importantes productos de importación. En 1989 las compras de maíz representaron 25% del total de importaciones agrícolas y silvícolas, y 74,2% de la importación de bienes agrícolas básicos, en tanto que la superficie destinada a este producto, así como sus rendimientos, se han mantenido estancados

desde la década de los sesenta, en un promedio anual de casi 7 millones de hectáreas y 1,9 toneladas por hectárea. Esta situación se vuelve crítica, porque la población ha seguido creciendo a un ritmo mayor que la producción de básicos (Caballero y Zermeño, 1993, p. 31).

Por el contrario, la producción de hortalizas, flores y frutas se ha ido incrementando, no solo en superficie sino en rendimientos. Según datos de la Unión Nacional de Productores de Hortalizas (UNPH), en 1971 el área hortícola alcanzó 288.000 hectáreas y la producción ascendió a 2,9 millones de toneladas. Diez años más tarde la superficie había ascendido a 469.000 hectáreas y la producción se había incrementado a 5,8 millones de toneladas. Para la temporada agrícola 1989-1990, la superficie nacional destinada a hortalizas se incrementó hasta 700.000 hectáreas, es decir, 3,5% de la superficie nacional, y la producción ascendió a 8,5 millones de toneladas, que representaron 16,6% del valor agrícola nacional.

Sin embargo, esta producción se inserta actualmente en un nuevo orden mundial en donde la competencia ha ido haciéndose cada vez más fuerte y excluyente. Primero, porque se trata de una producción suntuaria, es decir, que no se orienta a cubrir una necesidad alimentaria sino a crear y estimular un consumo que sigue el capricho de las modas,[5] lo que exige un alto nivel de sofisticación en la presentación de los productos, y se traduce en una estructura de producción con altas inversiones. Segundo, porque se destina a 15 o 20% de la población mundial con ingresos elevados. Tercero, porque opone a los países desarrollados y a los subdesarrollados en el mercado internacional, compitiendo sobre el mismo tipo de productos.[6]

Mejorar la "calidad" y la presentación, ajustando la producción a las demandas de la clientela, se convierte en un mecanismo clave para lograr competitividad en el mercado internacional. Así, la producción agrícola mexicana, que se orienta a la exportación, ha tenido que incorporar

5. Por ejemplo, algunas verduras solo sirven para adornar los platillos, como el tomate *cherry* o el perejil chino. En otros casos se trata de comidas que se han puesto de moda en los países occidentales, como la comida china, japonesa, mexicana o caribeña, además de la moda de consumir productos naturales, con menor contenido de colesterol, en la cual son altamente apreciadas las frutas y las verduras (Lara, 1996).

6. En 1990, los Estados Unidos eran el principal exportador de frutas frescas, seguido por Francia, en tanto que Holanda era el primer exportador de legumbres, tomates y flores (Rubio, 1995).

nuevas estrategias productivas que se asemejan cada vez más a aquellas que se desarrollan en otros sectores de la economía, basadas en un modelo de "especialización flexible" (Piore y Sabel, 1993) que permite acoplar rápidamente la producción a la demanda, respondiendo de esta manera a las distintas necesidades que plantean los clientes.

En la agricultura, esta flexibilidad se logra introduciendo nuevas tecnologías, como la biotecnología y la biogenética, que permiten generar variedades tempranas o tardías para ingresar al mercado en el momento oportuno, cuando la demanda es importante. También los sistemas de hidroponía y de producción en invernadero otorgan mayor control de la producción y permiten acortar los ciclos agrícolas. Todo esto ha transformado el mercado de trabajo, pero lo que ha tenido un efecto significativo en el empleo es que gran parte de los procesos productivos descansan en el uso intensivo y flexible de la mano de obra (Lara, 1993b).

En el sector agroexportador se sigue una clara división sexual y étnica del trabajo. Por ejemplo, para la cosecha de estos productos se utiliza gran cantidad de mano de obra no especializada, que es aportada fundamentalmente por indígenas originarios de los estados más pobres del sur de la república, entre los que destaca la participación de mujeres y niños (más de 40%). Pero para las tareas que garantizan la calidad final del producto, como la producción en invernadero de plántulas de flores y hortalizas, la polinización de ciertos productos como el melón, la selección de frutas, hortalizas y flores, así como el empaque y acondicionamiento, se contrata básicamente mano de obra femenina local.

La ventaja de utilizar este tipo de trabajadores (indígenas, mujeres y niños), no solo radica en que son mano de obra barata, sino en su gran flexibilidad. En el caso de la población local femenina, esta flexibilidad hace que se cuente con una mano de obra capaz de pasar de un producto a otro y de una fase del proceso productivo a otra, sin que sea reconocida su calificación o especialización en el trabajo y sin contar con ningún tipo de protección laboral. A su vez, la mano de obra indígena no especializada puede ser utilizada masivamente en la cosecha y después despedida, sabiendo de antemano que estará dispuesta a regresar cuando se le requiera. La situación de pobreza y discriminación de los indígenas, así como la falta de mejores posibilidades de empleo para las

mujeres rurales, hacen de ellos una población cautiva, y permite su contratación en condiciones de extrema precariedad.[7]

Así, a pesar del dinamismo del sector agroexportador para generar empleos, resulta indispensable dar cuenta no solo del tipo de empleos que se crean, sino de las condiciones de vida que de ahí se derivan. Basta revisar los diagnósticos elaborados por el Programa de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas (1989, 1990) en los estados de la república que demandan mayor cantidad de mano de obra, para darse cuenta de las condiciones en las que viven los jornaleros que llegan allí a trabajar en las cosechas de distintos productos.

La flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo para las empresas agroexportadoras se traduce en una importante movilización de familias de muy escasos recursos, desde sus lugares de origen (principalmente los estados de Oaxaca, Guerrero, Durango y Zacatecas) hacia el noroeste del país, en donde se concentran estas empresas, y por lo mismo la demanda de fuerza de trabajo.

No obstante, las empresas no ofrecen a esta gente las prestaciones sociales más elementales. Pocas son las que les otorgan un lugar en donde puedan vivir, y allí donde se construyen campamentos, estos no cuentan con los servicios suficientes para el personal que albergan, haciendo sumamente difíciles sus condiciones de vida.

Según los diagnósticos de Solidaridad, se trata de galerones de lámina, con techos de cartón y pisos de tierra, divididos en cuartos de 3 x 3 y sin ventilación. El acceso al agua potable es prácticamente nulo y no tienen regaderas ni lavaderos, por lo que usan los canales de riego para lavar la ropa, bañarse, e incluso para beber agua. Algunos campamentos cuentan con letrinas, pero son utilizadas por un promedio de 20 personas. Tampoco tienen servicio de recolección de basura y las plagas de distintos animales se extienden rápidamente, allí abundan las enfermedades gastrointestinales y respiratorias.

No existe un funcionamiento regular de tiendas, que abastezcan a la población de alimentos a precios comunes, sino pequeños establecimientos en concesión que surten los productos básicos sumamente caros.

7. El concepto de flexibilidad en el mercado de trabajo rural, y particularmente en el trabajo femenino, lo he desarrollado en otros artículos. Véase Sara M. Lara (1992, 1993, 1993b).

Tampoco cuentan con energía eléctrica ni servicio de gas, por lo que muchos tienen que comprar leña para elaborar sus alimentos, y el precio de esta para una semana representa el salario de un día de trabajo. Ni qué decir de la ausencia de atención médica y de servicios educativos, a pesar de que más de 20% de la población está en edad escolar (Pronsja, 1990).

No obstante, los jornaleros residen en esas condiciones por temporadas que pueden ser más de seis meses. Algunos regresan a sus lugares de origen, pero cada vez son más los que continúan su migración hacia otros lugares, c incluso intentan cruzar la frontera con los Estados Unidos para encontrar alguna forma de sobrevivencia. Así, esta manera de vivir se convierte en algo permanente y estructural para cientos de familias de jornaleros migrantes.

La mayoría de estas familias llega a los lugares de trabajo "enganchados" por los patrones, por medio de personas que se dedican a la compraventa de fuerza de trabajo, y que reciben una comisión de los empleadores, pero también de parte de los propios trabajadores. A menudo, estos son engañados en cuanto a las condiciones de trabajo y de vida, y ya instalados, resulta muy difícil que puedan regresar por su cuenta o trabajar en otro lado. Muchos no hablan español, ni conocen la región, por lo que les es difícil movilizarse para buscar otras opciones de empleo.

En los espacios de trabajo la situación no es mejor, ni para estos trabajadores migratorios, ni para los locales. A pesar de que las jornadas pueden extenderse más de 12 horas, por lo regular no se les ofrece a los trabajadores y las trabajadoras ninguna infraestructura mínima. No cuentan con letrinas o baños, ni con espacios apropiados para comer o descansar. La mayoría de las veces son transportados a los lugares de trabajo en camiones de redilas o tienen que caminar largas distancias. Difícilmente cuentan con contratos que regulen sus condiciones de trabajo en los términos que marca la ley, de tal manera que sus salarios se establecen en función de la oferta y la demanda de mano de obra regional, y el tiempo de contratación depende de las oportunidades que encuentran las empresas para acomodar sus productos en el mercado.

Las mujeres que trabajan en los invernaderos y en los empaques de hortalizas o de flores, que en su mayoría son población local, cuentan con algún lugar para vivir en condiciones apenas más aceptables que las

de los migrantes. Sin embargo, sus condiciones de trabajo no son mejores. Sus horarios de trabajo son los más inestables, porque cuando la demanda de productos es alta, tienen que laborar jornadas que pueden ser hasta de 16 horas. No tienen lugares apropiados para comer, y pocas veces tienen baños o espacios en donde guardar sus cosas personales y sus instrumentos de trabajo, a pesar de que ellas mismas tienen que comprarlos o reponerlos si los pierden.

Tampoco cuentan con protección laboral en cuanto a salarios y prestaciones, a pesar de que se contraten todo el tiempo con el mismo patrón. Como están pagadas a destajo, existe una presión para elevar sus niveles de productividad y ganar lo necesario para vivir. Esto, unido a las pésimas condiciones en que laboran, trabajando todo el día de pie y en ocasiones expuestas a los plaguicidas o a otros productos tóxicos que se aplican a las plantas, las somete a un envejecimiento prematuro. Cabe mencionar que entre estas trabajadoras es cada vez mayor el número de "madres solteras" o "jefas de hogar", sobre las que descansa el sostenimiento de sus familias.

En síntesis, podemos decir que el empleo que genera el sector agroexportador se da en situaciones sumamente precarias y sin ningún tipo de protección, en lo que se refiere a la estabilidad laboral y a las remuneraciones. Además, las dificultades de este sector para dar empleo a la población campesina expulsada de sus zonas de origen son enormes, no solo por el incremento demográfico, sino porque la pobreza se extiende a un ritmo aún mayor del que pueden crecer las exportaciones mexicanas de productos agrícolas.[8]

Pero si las condiciones de empleo en este sector son difíciles y precarias, el campesino que demanda temporalmente mano de obra para ciertos cultivos como el café, el tabaco, la caña, o el campesino tradicional que ocupa eventualmente trabajo familiar para los cultivos básicos, tampoco ofrecen mejores alternativas. La capacidad de este sector social para otorgar un mínimo de prestaciones es sumamente

8. Aunque se trata de un tema muy controvertido, desde que el INEGI hizo públicos sus datos al respecto, Santiago Levy y Diana Alarcón (s.d.) calculan en 15,2 millones el número de personas que vivían en extrema pobreza en 1984 (el INEGI plantea que fueron 11 millones); según esos autores, esta cifra asciende a 18,5 millones en 1989, mientras que el INEGI calcula 14,9, es decir, casi cuatro millones menos. Véase A. Cristina Laurell (1993).

limitada. Algunas veces, gracias al apoyo de ciertos organismos estatales (FIOCER, INEA, IMSS y otros), aportan a los jornaleros un espacio donde vivir y algunas prestaciones sociales (Paré, 1977). No obstante, este sector representa un mercado de trabajo importante para los jornaleros agrícolas, como fue señalado arriba. En ocasiones se vuelve un espacio complementario del empleo en el sector agroexportador, pero muchas veces es la única opción de empleo local para aquellos que no cuentan con los medios de arribar a las zonas de agricultura empresarial.

Ninguna organización de los jornaleros agrícolas puede soslayar que la estructura del mercado de trabajo rural está definida por ambos sectores, tan complementarios como contradictorios.

De la lucha por la tierra a la defensa de los derechos humanos

En su exposición de motivos respecto de la iniciativa para reformar el artículo 27 constitucional, el presidente Carlos Salinas de Gortari dijo:

> Esta reforma integral extenderá sus beneficios a quienes de buena fe han solicitado tierras pero que, la inexistencia de ellas no permite responder; será a través de oportunidades de empleo productivo como Solidaridad [que] trabajará con ellos y para ellos.

Posteriormente, en sus "Diez puntos para la libertad y justicia en el campo mexicano" (1991), prometería más empleo, así como *promover la sindicalización de los jornaleros agrícolas.* Sin embargo, resulta imprescindible analizar las posibilidades reales para cumplir estas promesas.

La lucha por un sindicalismo rural lleva décadas. Los años treinta fueron testigos de múltiples intentos de sindicalización de los y las trabajadoras del campo,[9] y sin embargo la viabilidad de este esquema organizativo no es clara, menos aún en el contexto actual, en donde los

9. El estado de Sinaloa se caracterizó por ser uno de los más dinámicos en cuanto a organizaciones sindicales. Véase B. García (s.f.). Se conoce también la existencia efímera de varios sindicatos de mujeres (femeninos o incluso feministas) de obreras agrícolas que laboraban en los empaques de legumbres, en la región de Los Mochis, Sinaloa, durante los años treinta (Lara, s.f.).

métodos de organización flexible del trabajo han asestado duros golpes al sindicalismo mundial, incluso en las ramas industriales de mayor tradición sindical (De la Garza, 1993).

Aunque prácticamente en todas las centrales campesinas existe un brazo de organización para los jornaleros del campo, resulta importante conocer cómo operan realmente y qué alternativas ofrecen a este sector.

Según Ilán Bizberg (1990), particularmente entre la Confederación Nacional Campesina (CNC) y la Confederación de Trabajadores de México (CTM) existe una larga disputa por la organización de este sector. En 1969 la CTM constituyó el Sindicato Nacional de Trabajadores del Campo, que en su mayoría agrupa a los trabajadores de empresas agroindustriales, empacadoras y productoras, mientras que la CNC, en las Ligas de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos, aglutinaba principalmente a los "campesinos con derechos a salvo", entre los que se encontraban los jornaleros. No es hasta 1982 que esta organización funda el Sindicato Nacional Campesino, que posteriormente se fusiona con la Federación Nacional de Obreros Agrícolas, bajo el liderazgo de Héctor Hugo Olivares, formando el Sindicato Nacional Campesino de Trabajadores de las Ramas Agrícola, Forestal y Conexas.

Además de estas centrales, la CROC tiene su brazo organizativo en el campo y la CROM agrupa a varias federaciones estatales que integran a obreros agrícolas junto con ejidatarios y comuneros. Otras organizaciones como la Federación Nacional de Cañeros, la Confederación de Obreros y Campesinos del Estado de México y la Confederación de Trabajadores y Campesinos dirigen a un segmento minoritario de jornaleros y obreros de agroindustrias y empaques (Bizberg, 1990).

En el ámbito regional, estas organizaciones, que han sido el brazo corporativo del Estado en el campo, funcionan de manera singular. Un estudio realizado por la SARH, sobre los jornaleros agrícolas (s.f.) distingue varios tipos de organización en función de la actividad principal que realizan: organismos para el abasto de mano de obra; organizaciones con demandas laborales; organizaciones dedicadas al desarrollo de los jornaleros como trabajadores y productores; organismos afiliados a las centrales, y las formas directas y espontáneas de organización. Sin embargo, es difícil mantener esa clasificación porque en la práctica algunas

organizaciones desempeñan al mismo tiempo varias de estas actividades, sin que sean excluyentes.

Aunque existen diversas organizaciones regionales y locales que tienen cierta incidencia dentro del sector de los trabajadores agrícolas, podemos decir que la fuerza organizativa de los trabajadores agrícolas se concentra en aquellos estados del país en donde se concentra también la demanda de fuerza de trabajo. Es decir, principalmente en los estados de Sinaloa, Sonora y Baja California, y en las regiones de agricultura de exportación, y que pierden fuerza en las regiones de cultivos de exportación tradicionales, como la caña de azúcar, el café, el tabaco o el henequén.

La Confederación Nacional Campesina

Durante décadas, la CNC afilió en sus Ligas de Comunidades Agrarias a los jornaleros en su calidad de "solicitantes de tierra". Sin embargo, en 1974 crea el Sindicato de Trabajadores del Campo, Granjas Avícolas, Similares y Conexos de la Costa de Hermosillo "Salvador Alvarado", que surge como el modelo de organización sindical de esta central.

Después de esta experiencia de organización, se crean otros sindicatos similares en el mismo estado de Sonora: en el valle de Caborca, en Guaymas y Empalme, en los valles del Yaqui y del Mayo. Actualmente se ha ido extendiendo hacia los estados de Baja California, Sinaloa, Coahuila y Durango (en La Laguna), Nuevo León, Chihuahua, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán y otras entidades (SARH, s.f.).

Según el secretario general, Trinidad Sánchez Leyva, en 1988 este sindicato había firmado 1.500 contratos colectivos en el estado de Sonora y afiliaba aproximadamente a 250.000 trabajadores. Se lo considera como un sindicato modelo, porque entre sus conquistas ha logrado:

- El pago de 27 días de salario por concepto de aguinaldo.
- El pago de 26 días por concepto de reparto de utilidades.
- El establecimiento de días de descanso obligatorio.
- Prima de antigüedad.
- Prima vacacional.

De acuerdo con este sindicato, dichas prestaciones las reciben los trabajadores permanentes y, de manera proporcional, los trabajadores eventuales que hayan laborado aunque sea un día. Además, los trabajadores permanentes cuentan con la seguridad social, un seguro de vida y con ciertos apoyos, como la obligación de parte de los patrones de transportar a los hijos de sus trabajadores a las escuelas primarias y secundarias de la región, y como las becas que se otorgan a los hijos de trabajadores.

En la práctica, este sindicato de la CNC tiene la exclusividad de la contratación colectiva de los trabajadores en la costa de Hermosillo; cualquier trabajador que llega para laborar en alguno de los 320 campos que pertenecen a los productores de la Asociación de Organismos de Agricultores del Norte de Sonora (AOANS) automáticamente queda afiliado a este sindicato y se le descuenta un 5% por concepto de cuota sindical, de tal manera que resulta una afiliación forzada. Además, con base en las propias cláusulas del contrato colectivo de este sindicato, se lo obliga a funcionar como enganchador de mano de obra, ya que se compromete ante los patrones a abastecerlos de trabajadores.

Este mismo esquema de operación ha funcionado en las zonas cañeras, en donde existe también un contrato firmado con la Unión de Productores de Caña de Azúcar que establece prestaciones mínimas para los cortadores de caña.

Según información de la SARH, en Sinaloa la CNC dispone de una flotilla de camiones de redilas que sirven para transportar a los jornaleros provenientes de los ejidos y poblados de la entidad hacia los lugares de trabajo. Los propios choferes de estos camiones funcionan como delegados sindicales, controlando a la gente de uno o varios ejidos y poblados. Se calcula que, en conjunto, las alianzas de transportistas movilizan diariamente entre 40.000 y 50.000 trabajadores. De esta manera, ellos aseguran el abastecimiento y el transporte de mano de obra a los productores de esta entidad, fundamentalmente en Culiacán y en Guasave (SARH, s.f.).

Otro caso en el que la CNC funciona como enganchadora de mano de obra es el del Sindicato de Trabajadores Agrícolas de los Altos de Chiapas que opera, desde 1942, en las zonas cafetaleras del Soconusco. Su labor consiste en aportar trabajadores a las fincas cafetaleras, mediante el

sistema de "habilitadores" locales que llevan a cabo el reclutamiento de la mano de obra, y que pagan una cuota al sindicato (SARH, s.f.).

En varios estados de la república existen otras experiencias organizativas similares en el marco de la CNC, cuya función principal termina siendo la de proporcionar mano de obra a los productores, mediante el establecimiento de sindicatos "de membrete" que los propios trabajadores desconocen.

Actualmente, la CNC comienza a incorporar entre sus demandas la obtención de terrenos para casa-habitación, como sucede en el valle de San Quintín, en donde ha logrado tener una mínima representatividad social. También ha apoyado la concertación de distintas instituciones que operan en el valle (Pronsja, 1991).

En 1992, Hugo Andrés Araujo, exdirigente nacional de la CNC, declaró que en el 18 Congreso de esta organización se decidió formar la Agrupación Social de Trabajadores del Campo y Jornaleros Agrícolas, que aglutinará al Sindicato Nacional Campesino. La estrategia de esta organización, según ese dirigente, será la de buscar la concertación con los propietarios privados, con el fin de crear "una relación laboral avanzada donde los trabajadores tengan mejores condiciones para poder impulsar la producción y la productividad" (*La Jornada*, 1992, 28 agosto).

Finalmente, en el Congreso Nacional Extraordinario de esta central, realizado en agosto de 1993, se acordó un programa de acción para impulsar la organización de los jornaleros mediante la forma de "asociaciones".

En las mesas redondas que se realizaron en este congreso, con el objetivo de impulsar la "alianza obrera campesina", se resolvió establecer un programa de trabajo para la gente migrante, que considere los siguientes aspectos: alimentación y abasto, salud y seguimiento social, educación, cultura y recreación, y un contrato colectivo que garantice un salario adecuado a la mano de obra, trato justo con derechos humanos y procuración de justicia.

La Confederación de Trabajadores de México

La situación de esta organización en el campo es un tanto ambigua porque, de acuerdo con la división sectorial que tradicionalmente se ha dado dentro

del partido de gobierno, le corresponde la sindicalización del sector obrero. De esta manera, si bien en sus inicios la CTM agrupó a los jornaleros y peones de campo, la CNC los organizó como solicitantes de tierra.

Actualmente, el hecho que haya desaparecido la figura del "solicitante de tierra" hace que se empalmen las funciones de ambas centrales, sin definir claramente sus límites.

Particularmente en el estado de Sinaloa, la CTM ha tenido una larga tradición de organización, cuyos orígenes se remontan a la lucha de los peones de las haciendas azucareras, obreros de los ingenios, y trabajadores de los campos tomateros, que fundaron el Sindicato Industrial de Oficios Varios, afiliado a lo que fuera en esos momentos la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana) dirigida por Luis Morones y que más tarde, al escindirse, dio lugar a la CTM.

No obstante, según diversas fuentes, durante el gobierno de Alfonso G. Calderón la CTM adquiere nuevamente fuerza en el estado de Sinaloa, desplazando a la CNC y a la UGOCM. Así, surge el Sindicato Nacional de Trabajadores del Campo, Similares y Conexos (SNTCSC), afiliado a esta central, e inicia sus acciones en el valle de Culiacán. Actualmente se atribuye el monopolio de la organización sindical en los campos y empaques hortícolas, organizados en 42 secciones sindicales dentro de Culiacán y 72 en el resto del estado. Afirma tener, a la fecha, aproximadamente a 200.000 obreros agrícolas afiliados en este estado.

Entre los logros de este sindicato, en el plano contractual, se encuentran los siguientes (Corrales, 1986):

- Jornada de 8 horas.
- Descanso semanal de un día pagado.
- Permisos de ausencia (30 días para atender familiares y hasta 6 años para cumplir una función sindical).
- Seguro social.
- Vacaciones a razón de 9 días anuales después de 9 años de empleo y 21 después de 14 años.

Estas prestaciones, según los dirigentes locales, las obtienen los trabajadores eventuales en forma compactada dentro de su salario. De modo

que, si para 1993 el salario mínimo regional era de 12,05 nuevos pesos, al incluir estas prestaciones se eleva a 14, pero en realidad se pagaban 17,30 pesos diarios, 3 de ellos por concepto de "premio", ya que a decir de estos dirigentes, los trabajadores no tienen derecho a lograr un incremento salarial, debido a la política de ajuste, por eso, para asegurar "que los trabajadores vengan a trabajar" se ha instituido esta nueva forma de pago (entrevista a Jorge Barrios Higuera, delegado estatal, realizada en noviembre de 1993).

Por concepto de seguro social el patrón está obligado a pagar una cuota bimestral para los trabajadores permanentes, y una cuota por cada "aviso de trabajo" para los trabajadores eventuales en caso de enfermedad. De acuerdo con la información del delegado estatal de este sindicato, el trabajador no cubre ningún pago por seguro social. Sin embargo, sí recibe descuento obligatorio por concepto de cuota sindical que corresponde a 2% de lo que ganan semanalmente.

Según la estructura de esta organización, 25% de las cuotas sindicales tiene que ser remitida a la Federación de Trabajadores de Sinaloa; otro 25% a la CTM, y el 50% restante se utiliza para gastos de los dirigentes locales y algunas acciones de tipo social que se realizan esporádicamente.

En el valle de Culiacán, los dirigentes de la CTM manifiestan que actualmente enfrentan una tremenda dificultad para lograr representatividad. A pesar de que, al igual que la CNC, su sindicato opera en la práctica como abastecedor de mano de obra para los agricultores que se dedican a la producción de hortalizas, hoy en día los migrantes llegan cada vez más "por su cuenta" y por eso han ido perdiendo fuerza. Otras veces, los trabajadores que el sindicato ha traído desde sus lugares de origen, y para los cuales los patrones han cubierto los gastos de transporte, se van con otros agricultores que les ofrecen un mejor salario, situación que resta legitimidad a la CTM (entrevista a Jorge Barrios Higuera, delegado estatal de la CTM).

De este modo, la CTM encuentra sus bases estables entre las trabajadoras y trabajadores de las agroindustrias y los empaques de hortalizas, en donde también funcionan como "bolsa de trabajo", a la cual se tiene acceso mediante una suma de dinero que el trabajador tiene que pagar a los dirigentes, así como por su participación en eventos políticos del PRI. No obstante,

sobre todo en los empaques de hortalizas, las verdaderas negociaciones se llevan a cabo directamente entre las trabajadoras y los jefes de empaque, de acuerdo con la demanda del producto y el precio en el mercado, interviniendo muy poco los sindicatos en estas negociaciones.

En el valle de San Quintín la CTM ha logrado la mayor cobertura social gracias al Sindicato Nacional de Trabajadores, Obreros y Asalariados del Campo, que tiene firmados 34 contratos con la Unión Agrícola Regional de Productos y Legumbres de la Costa de Baja California, 8.000 afiliados de base y un número indeterminado de eventuales que se mueven constantemente, de acuerdo con la demanda. En 1991 aseguraban haber conseguido un salario mínimo de 22 pesos (*La Jornada*, 1991, 29 de octubre).

Las declaraciones de la CTM en el ámbito nacional han sido escuetas y contradictorias. El propio Fidel Velázquez, líder nacional de esta central, planteó la necesidad de apoyar la sindicalización de los trabajadores del campo e impulsar programas de empleo alternativo (*La Jornada*, 1991, 10 de diciembre). Sin embargo, últimamente, las declaraciones se han dado más en el contexto del Acuerdo Nacional para Elevar la Productividad y los cambios a la Ley Federal del Trabajo, que de hecho buscan adecuar la ley a las nuevas exigencias de flexibilización que van a contracorriente de las demandas que local y regionalmente están planteando los sindicatos, no solo en el campo.

La Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos

En 1975, la CCI (Central Campesina Independiente) dirigida por Ramón Danzós Palomino, se transforma en CIOAC (Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos) para hacer énfasis en que su trabajo no es solo la organización campesina sino también la de los trabajadores del campo.

Desde que surge, una de las demandas más importantes de esta central fue el reparto de tierras. Sin embargo, en 1963 la CCI planteaba también entre sus objetivos la sindicalización rural. La fuerza principal de la CIOAC en cuanto al trabajo con jornaleros agrícolas se ha dado en el estado de Sinaloa y, más tarde, en el valle de San Quintín, en Baja California. Pero también funciona en otros estados de la república, como

Guerrero, Chiapas y Oaxaca, en donde su trabajo se orienta más hacia la generación de fuentes de empleo y apoyo a los pequeños productores.

En Sinaloa surge, como uno de los brazos sindicales de esta central, la Federación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos de Sinaloa, que inicia sus actividades en 1978, y se inscribe en la tendencia iniciada desde el Tercer Congreso Nacional de la CIOAC en 1975, en donde se planteó la constitución del Sindicato Nacional de Obreros Agrícolas, Similares y Conexos (SNOASC) y que hasta la fecha no ha logrado obtener el registro oficial de las autoridades correspondientes (Cisneros, 1988).

En la convocatoria para el XV Plan Nacional de la CIOAC se decidió plantear las siguientes demandas (Corrales, 1986):

- Derecho al trabajo para todos los obreros agrícolas del país.
- Seguro al desocupado por cuenta de los patrones.
- Respeto al salario mínimo establecido, y aumento de este según las necesidades.
- Establecimiento de una escala móvil de salarios.
- Contratación colectiva.
- Respeto a la jornada de ocho horas y pago de horas extras.
- Seguridad social para todos los trabajadores agrícolas.
- Estricto respeto al derecho de huelga.
- Combate a la carestía.
- Nacionalización de la industria alimenticia.
- Democracia sindical y libertad política.

A pesar de no haber conseguido su registro, en varias ocasiones el SNOASC ha llevado al paro a los trabajadores agrícolas,[10] lo que a veces derivó en tomas de tierra. No obstante, desde 1987, la Unión Nacional de Comités Agrarios (UNCA) de la CIOAC reconoce la dificultad de mantener este "frente de lucha".

Actualmente, según su secretario general en Sinaloa, se proponen dos objetivos básicos: organización para la producción y organización de los

10. Véanse B. García y J. Delgado (s.f.) y la tesis de S. Corrales (1986).

jornaleros agrícolas: "Si no va a haber reparto agrario, si no hay lucha por la tierra, tiene que haber lucha por la organización, por la capacitación, por la producción, comercialización, crédito, etcétera" (Entrevista al secretario general de la CIOAC en Sinaloa).

En San Quintín, la CIOAC ha mantenido una presencia importante entre los jornaleros desde que inició sus actividades en esa región hace ocho años. Tanto en Sinaloa como en Baja California, sus objetivos básicos con respecto a los jornaleros son: lucha por el aumento salarial, atención médica y servicios de salud accesibles al trabajador, mejoramiento de las condiciones de vivienda (luz, agua, letrinas, pisos de cemento, etcétera); dotación de la canasta básica, escuelas, transporte escolar y, en general, el cumplimiento de la Ley Federal del Trabajo.

Aunque su estrategia ha seguido siendo la de promover los paros en los campos agrícolas, la CIOAC ha comenzado a realizar trabajo de promoción en los lugares de origen de los trabajadores, principalmente en Oaxaca y Guerrero, impulsando algunas actividades productivas con "líderes naturales que hablan su propio idioma" según una entrevista con su secretario general en Sinaloa.

En San Quintín la historia de esta central se vio enturbiada con la muerte, en 1987, de uno de sus dirigentes y fundadores, Maclovio Rojas, de la que se acusa al dirigente Benito García, quien por diferencias internas con la organización sale y forma el Sindicato General de Obreros Agrícolas de Baja California (Singoa).

Aunque gracias a la lucha de ambas organizaciones en esa región se ha conseguido la dotación de terrenos para vivienda de los trabajadores, existe un descrédito de los líderes locales, pues al obtener los predios en varias colonias (Flores Magón, El Zorrillo, Mesa de San Ramón y Fraccionamiento Popular San Quintín, entre otras) han cobrado a los trabajadores hasta 500 nuevos pesos por asignárselos. Además, se dice que cobran cuotas tanto a los trabajadores como a los patrones, de las que se desconoce su destino final, y también cobran por asesoría legal a sus paisanos de origen. Todo esto ha contribuido a desprestigiar estas organizaciones en el valle y a restarles credibilidad y representatividad social.

No obstante, en el ámbito nacional, la CIOAC constituye una de las organizaciones firmantes del Plan de Anenecuilco, es fundadora del

Movimiento Nacional de Resistencia Campesina (Monarca) y del Consejo de Organizaciones Agrarias, única instancia que planteó expresamente su desacuerdo con las reformas al artículo 27 constitucional, y que sigue demandando el reparto de tierras y el registro nacional para la organización independiente de los obreros agrícolas (Entrevista con José Dolores López, dirigente de la CIOAC; *La Jornada del Campo*, 1992, 23 de julio).

Otras organizaciones nacionales

Otras organizaciones con menor representatividad nacional han comenzado a plantear sus propuestas en relación con los trabajadores agrícolas.

La Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA) fundó recientemente el Sindicato de Jornaleros Agrícolas Emiliano Zapata, como una reacción ante las reformas al artículo 27 constitucional. Entre sus objetivos, este sindicato se propone la lucha por "la recuperación de seis millones de hectáreas de buena calidad acaparadas por industriales y políticos". Es decir, plantea no solo proteger los derechos laborales de los jornaleros, sino constituirse en un instrumento para continuar el reparto agrario por la vía de la "afectación laboral" en caso de huelga (*La Jornada*, 1992, 1 de septiembre).

El Bufete Jurídico Tierra y Libertad se plantea la lucha por la derogación del artículo 280 de la Ley Federal del Trabajo, "ya que restringe a los jornaleros sus derechos laborales" y "se convierte en un instrumento de los patrones para eludir sus obligaciones".

Este bufete propone, además, "adicionar la fracción 31 del artículo 123 constitucional, para que sean de competencia federal todos los asuntos laborales relativos a la rama agroindustrial", y "reformar la ley del Seguro Social" para dar protección a este sector. Finalmente, propone "una estructura adecuada y eficiente para la administración de justicia" (*La Jornada*, 1993, 21 de mayo).

Otra de las organizaciones firmantes del Plan de Anenecuilco y miembros del Consejo de Organizaciones Agrarias (COA) es la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), que surge en octubre de 1979. Actualmente agrupa a 20 organizaciones regionales, localizadas en

15 estados de la república, y es de las pocas organizaciones cuya base está constituida por el sector más pobre del campesinado: solicitantes de tierras y comuneros despojados (Canabal, 1991).

La CNPA es también de las pocas organizaciones que se negaron a firmar el finiquito agrario y las reformas al artículo 27 constitucional. Desde sus orígenes, una de las demandas más importantes ha sido el reparto agrario, aunque actualmente ha abierto su abanico de demandas, de frentes de organización y de lucha. Uno de sus dirigentes, José Narro, señala que de 1.700 demandas que atendieron en 1992, aproximadamente 1.100 eran para cubrir servicios y para realizar proyectos productivos; mientras que unas 200 se referían a expedientes agrarios, lo que muestra "el nuevo perfil de esta organización".

Actualmente la coordinadora es la tercera organización, después de la CNC y de la UNORCA, que impulsa empresas en Solidaridad. Además, busca impulsar proyectos en ramas que sean redituables ante el TLC. El turismo ejidal, los proyectos de comercialización y la lucha por la organización sindical son otros de sus nuevos ejes de organización. Considera que la propia apertura al TLC creará una coyuntura favorable para la sindicalización, por la presión de los propios agricultores y trabajadores norteamericanos y canadienses.

Las organizaciones de carácter étnico y los comités de defensa de los derechos humanos

Una característica de la organización de los trabajadores agrícolas en la década actual es el carácter étnico que revisten y la orientación de su lucha hacia aspectos que competen a la defensa de los derechos humanos.

Especialmente en el valle de San Quintín se ha desarrollado toda una serie de redes y organizaciones étnicas, sobre todo de grupos del estado de Oaxaca. Sin embargo, estas redes no se limitan al valle, sino que se extienden hacia Ensenada y Tijuana, y cruzan la frontera hacia Los Ángeles, San Diego, Oregón y otras ciudades en donde existen concentraciones étnicas.

Entre estas organizaciones los grupos más dinámicos son los mixtecos, los zapotecos y los triques. Sus organizaciones no se circunscriben a

una sola arena de lucha, sino que ocupan distintas pistas: como jornaleros agrícolas en San Quintín, como vendedores ambulantes en Tijuana, y como indocumentados pasando la frontera, entre otras.

Así, surge el Comité Cívico Popular Mixteco, cuyos miembros proceden en su mayoría de San Miguel Tlacotepec. Se organiza en la ciudad de México entre los trabajadores del metro y de la construcción y, actualmente, tiene en San Diego su centro de acción en los Estados Unidos. También se encuentra la Asociación Cívica Benito Juárez, fundada en Oregón por trabajadores migratorios que laboran en el valle de San Joaquín; la mayoría de sus líderes provienen de San Juan Mixtepec. Además, están la Organización del Pueblo Explotado y Oprimido (OPEO) –cuyos líderes provienen de San Miguel de las Cuevas y operan en Livingston– y la Unidad Oaxaqueña –cuyos miembros provienen de Tequistepec y que funciona en la ciudad de Sonoma (Zabin *et al.*, 1993).

Otras agrupaciones similares son la Organización Regional de Oaxaca (ORO), el Comité de Macuiltianguis y el Comité de Tlacolula. Todas estas organizaciones no solo brindan apoyo en problemas económicos y políticos, sino que luchan y defienden su identidad étnica. De esta manera, aunque en el valle de San Quintín son la base para la movilización por la conquista de un predio y una vivienda, servicios públicos y demandas laborales, también apoyan desde allí varios proyectos en sus pueblos de origen e impulsan actividades culturales en sus regiones de arribo. La fuerza que han ido adquiriendo últimamente va en detrimento de las organizaciones sindicales del valle, que como señalábamos arriba, se encuentran desprestigiadas.

Algunas de estas organizaciones han sido absorbidas por el aparato estatal, como sucede con la Asociación de Mixtecos en Tijuana, que fue desarticulada para constituir la Asociación de Comerciantes Benito Juárez, afiliada a la CROC. No obstante, el efecto de estas organizaciones ha sido muy importante, sobre todo en la denuncia de la violación de derechos humanos de los indocumentados, al punto de que la Comisión Nacional de Derechos Humanos acaba de publicar un informe al respecto.[11]

11. Informe sobre las violaciones a los derechos humanos de los trabajadores migratorios mexicanos en su tránsito hacia la frontera norte, al cruzarla y al internarse en la franja fronteriza sur estadounidense (Comisión Nacional de Derechos Humanos, 1992).

A su vez, otras comisiones regionales, no oficiales –como el Comité Binacional de Derechos Humanos, presidido por Víctor Clark en Tijuana o la Comisión de Defensa de los Derechos Humanos de Sinaloa, A. C., que presiden Oscar Loza y María Teresa Guerra– han comenzado a plantear específicamente la problemática de los jornaleros del campo.[12]

La Comisión de Defensa de los Derechos Humanos de Sinaloa otorga a los trabajadores agrícolas asesoría para la defensa de sus derechos laborales y civiles, gestiona ante la Dirección del Trabajo el cumplimiento de las leyes, y da recomendaciones a los organismos de los agricultores o a las dependencias del estado para mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros. Pero, sobre todo, constituye una especie de conciencia en el ámbito local, pues insiste en que los derechos de los trabajadores del campo, la mayoría de ellos indígenas, son un asunto de derechos humanos que a todos corresponde resolver (Entrevista a M. Teresa Guerra).

El Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas

Aunque existen otras instituciones oficiales que realizan una labor entre los asalariados agrícolas (FIOCER, INCA, INEA, etc.), el programa que mayor peso ha tenido, por su carácter integral y su metodología, es el Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas de Pronasol.

La labor que desde hace años realiza este programa busca ofrecer una alternativa integral. Su enfoque atiende los problemas que se presentan desde los lugares de expulsión, y enfrenta la problemática que surge en sus lugares de arribo. Este programa ha ido creciendo en varios estados de la república, desarrollando proyectos generadores de empleo, a la vez que ha puesto en marcha programas de atención a los migrantes mediante la construcción de albergues, el mejoramiento de los campamentos y colonias a los que actualmente llegan los trabajadores, el mejoramiento de servicios de salud, de abasto, de atención a escolares, y la promoción de guarderías y actividades culturales.

12. En este contexto se realizó el Primer Foro de *Análisis sobre Condiciones de Vida y de Trabajo, Derechos Humanos y Seguridad Social para los Jornaleros Agrícolas*, que tuvo lugar en la ciudad de Navolato, Sinaloa, México, el 26 y 27 de noviembre de 1993.

No obstante, el problema central es que se trata de un programa de gobierno que requiere objetivos y estrategias a largo plazo para llegar a tener una verdadera importancia nacional. Asimismo, necesita contar con un verdadero apoyo estructural para lograr la concertación de los intereses de los distintos actores involucrados en el problema: las dependencias oficiales, las organizaciones empresariales y las de los trabajadores.

Del cumplimiento de la ley agraria a una propuesta integral

Las formas organizativas de estos trabajadores pasan inadvertidas para esta ley y, por lo tanto, quedan sujetas a interpretación jurídica. En este entendido, los sindicatos agrícolas tendrán que estar enmarcados dentro del artículo 356 de la mencionada ley, que establece el carácter general de los sindicatos, pero no otorga pautas para ubicar a los sindicatos agrícolas que plantean particularidades. Simplemente, por el mismo hecho de que el artículo 280 plantea que para ser trabajador de planta, único *status* que concede derechos, será necesario que los trabajadores "tengan una permanencia continua de tres meses o más al servicio de un patrón".

En el artículo 283 se especifican las obligaciones que tendrán los patrones con estos trabajadores, respecto de la vivienda que deben ofrecerles, la autorización para que puedan hacer uso de los recursos que existen en el predio, el fomento de algunas actividades (alfabetización, recreación) y la aportación de medicamentos.

Sin embargo, los trabajadores agrícolas se encuentran ubicados en el apartado A del artículo 123 constitucional, y por lo tanto sus relaciones laborales se regulan conforme la Ley Federal del Trabajo. De esta manera, los sindicatos y organizaciones que han intentado defender a los jornaleros agrícolas demandan el cumplimiento de lo establecido por la ley, de la misma manera que lo han hecho los sindicatos en el resto de los sectores productivos.

Pero, ¿cuál es la viabilidad de este esquema organizativo para los trabajadores agrícolas?

Frecuentemente, los propios sindicatos y las dependencias oficiales plantean la dificultad de llevar a cabo acciones a largo plazo con este

sector "tan volátil". Gran parte de la argumentación de la CTM e, incluso, de la CIOAC respecto de su falta de representatividad se refiere a los problemas causados por el carácter eventual y, sobre todo, migratorio de la mayoría de los trabajadores, así como por la gran heterogeneidad que presenta este sector. Sin embargo, ¿es realmente esto una barrera insalvable? ¿Se encuentra allí el problema principal que impide solucionar la problemática de los trabajadores agrícolas?

La eventualidad del trabajo rural no es privativa de nuestro país, ni de este momento, como tampoco lo es el carácter migratorio de los trabajadores y su gran heterogeneidad social. Y sin embargo hubo maneras de regular este trabajo y otorgarle protección.

En los países desarrollados existen convenciones y reglamentaciones para normar el trabajo en el campo y la participación de los migrantes.[13] Justamente es esto lo que encarece los costos de producción, pero, más aún, lo que obstaculiza la creación de sistemas de producción más flexibles, que hoy en día resultan imprescindibles para lograr competitividad en el mercado. Sin embargo, los cambios tecnológicos y organizativos se llevan a cabo mediante la negociación de las partes afectadas, buscando alternativas que otorguen protección a los trabajadores.

En nuestro país, como se señalaba arriba, la flexibilidad productiva en el sector agroexportador se lleva a la práctica bajo una forma salvaje o primitiva, apoyándose en la discriminación sexual, étnica o generacional de los trabajadores. De tal manera que las mujeres, los niños y los indígenas resultan los sujetos ad hoc de la modernización en el campo, y sus derechos pueden escatimarse porque se trata de una población "cautiva". La pobreza extrema en sus lugares de origen, la falta de alternativas más decorosas de empleo, la desprotección legal y la falta de una voluntad política que los asuma realmente como sujetos del desarrollo rural, los convierte en víctimas de la modernización.

De esta manera, aunque lo que más ha llamado la atención de los sindicatos, organizaciones independientes y de derechos humanos es el problema de los migrantes indígenas, se conoce poco la problemática de los trabajadores locales. Esta población, cuyo trabajo es fundamental

13. En otros trabajos he hecho referencia a las convenciones francesas para reglamentar el trabajo de los migrantes que participan en la producción de hortalizas y frutales (Lara, 1992).

para garantizar la calidad final de los productos, y por lo mismo su exportación, no solo está borrada de la historia agraria y del discurso oficial, sino de todo tipo de programas de atención al trabajador rural. Pese a la importancia numérica que han ido adquiriendo especialmente en la selección, empaque y conservación de hortalizas, flores y frutas de exportación, productos con los que se piensa competir en el mercado internacional, no se reconocen como figuras importantes dentro del asalariado rural (Barrón, 1993; Lara, 1992, 1993a, 1993b).

El esquema organizativo que hasta ahora han seguido los sindicatos en el campo resulta rígido e inoperante. Primero, porque se estructura en torno a un modelo de trabajador que no coincide con la realidad, es decir, un jornalero hombre y adulto, cuando lo que existe en el mercado de trabajo son familias de indígenas, hombres, mujeres y niños, cada uno de ellos con problemáticas particulares. Segundo, porque se basa en una organización del trabajo que compete más a otras ramas productivas, principalmente a la industrial, que opera de acuerdo con sistemas de producción distintos.[14] Tercero, porque estos trabajadores no viven solo del jornal, ni laboran únicamente para empresas agrícolas, sino que también se emplean en el sector campesino, que no tiene las condiciones para ofrecerles ni siquiera lo que establece la Ley Federal del Trabajo.

Si hoy en día han cobrado más fuerza y representación social las organizaciones de carácter étnico o las asociaciones de derechos humanos, es justamente porque consideran a este sector desde diferentes perspectivas, no solo en el ámbito laboral, sino como sujetos con una problemática más amplia.

Una propuesta integral para este sector no puede quedarse solo en las promesas de sindicalización, menos aún en este momento en que esas formas organizativas pierden fuerza y viabilidad. Tampoco puede quedarse en las acciones puntuales de apoyo a los trabajadores en sus lugares de arribo. Es necesario, primero, un reconocimiento total de este sector con toda su diversidad, y segundo, una voluntad política que no se restrinja a la labor de los sindicatos o a las asociaciones de derechos humanos.

14. Principalmente, los sistemas de producción en masa o en cadena, basados en esquemas tayloristas y fordistas.

Bibliografía

Anguiano, M. E. (1991, junio). Jornaleros agrícolas migrantes en Baja California y California. *Nueva Antropología, 11*(39), 155-167, (México).

Astorga, E. (1985). *El mercado de trabajo rural. La mercancía humana.* México: ERA.

Barón, M. A. (1993). *Los mercados de trabajo rurales, el caso de las hortalizas en México.* Tesis de doctorado, Facultad de Economía, UNAM, México.

Bizberg, I. (1990). *Estado y sindicalismo en México.* México: El Colegio de México.

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado.* México: IIS, UNAM.

C. de Grammont, H. (1992). Algunas reflexiones sobre el mercado de trabajo en el campo latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología, 1,* (México: IIS, UNAM).

Caballero, E. y Zermeño, F. (Coords.). (1993). *Condiciones competitivas de la agricultura del maíz en México.* México: CEPNA; Nuevo Horizonte.

Canabal, B. (1991, enero-abril). Las organizaciones campesinas y la política del nuevo gobierno. *Cuadernos Agrarios, 1,* nueva época, (México).

Cisneros, C. A. (1988). *Ideología y clase obrera en el campo.* México: Universidad Autónoma de Sinaloa.

Confederación Nacional de Productores de Hortalizas. (1990). *Boletín Anual Temporada 1989-1990,* (México).

Corrales, S. (1986). *Condiciones laborales de los trabajadores hortícolas en el valle de Culiacán,* tesis de maestría en desarrollo regional. México: El Colegio de la Frontera Norte.

De la Garza, E. (1993). *Reestructuración productiva y respuesta sindical en México.* México: IIE-UNAM, DCSH; UAM-I.

García, B. (s.f.). Lucha independiente de los obreros agrícolas en Sinaloa. *Boletín, 5,* (México: UAS).

García, B. y Delgado, J. (s.f.). Registro cronológico de las luchas de los obreros agrícolas migratorios en Sinaloa. *Ciencia y Universidad, 13,* (México: IICH, UAS).

Gómez, M. A. y Caraveo, F. de J. (1990). La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales. *Comercio Exterior, 40*(12), (México).

Hewitt, C. (Comp.). (1992). *Reestructuración económica y subsistencia rural. El maíz y la crisis de los ochenta.* México: Centro Tepoztlán; COLMEX; UNRISD.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (1992). *Resumen general del Censo General de Población y Vivienda 1990.* México: INEGI.

Lara, S. (s.f.). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'état de Sinaloa. Ou comment à travers solidarités et conflits se construit une qualification. *Cahiers du GEDISST, 7,* (París: CNRS).

Lara, S. M. (1992). La flexibilidad del mercado de trabajo rural: una propuesta que involucra a las mujeres. *Revista Mexicana de Sociología, 1,* (México: IIS, UNAM).

Lara, S. M. (1993). Efectos de la flexibilidad en el mercado de trabajo rural. *Trabajo, 9,* (México: CAT, UAM-I).

Lara, S. M. (1993a). El papel de las mujeres en la nueva estructuración de los mercados de trabajo rururbanos. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas,* del 29 de julio al 5 de agosto, México.

Lara, S. M. (1993b). La feminización de los mercados de trabajo rurales: la cara de la flexibilidad en el campo latinoamericano. Ponencia presentada en el *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas,* del 29 de julio al 5 de agosto, México.

Lara, S. y Becerril, O. (1995). Reestructuración productiva y mercadlo de trabajo: el caso de la producción de flores de exportación en el estado de México. En H. C. de Grammont, *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo.* México: UNAM; Juan Pablos editor.

Laurell, A. C. (1993, 25 de noviembre). Pasando hambre se sale de la pobreza. *La Jornada Laboral,* (México: La Jornada).

Lugo, H. *et al.* (1990). *Modernización del sector agropecuario mexicano.* México: Instituto de Proposiciones Estratégicas.

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Pedrero, M. y Embriz, A. (1992). Los mercados de trabajo en las zonas rurales. *Estudios Sociológicos,* (México: CES, COLMEX).

Pedrero, M. y Rendón, T. (1982). El trabajo de la mujer en México en los setentas. En *Estudios sobre la mujer 1.* México: SPP.

Piore, M. y Sabel, Ch. (1993). *Les chemins de la prosperité. De la production de masse à la spécialisation souple.* París: Mutations; Hachette.

Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas. (1989). *Programa de desarrollo social para los jornaleros agrícolas del valle de Culiacán.* México: Gobierno del Estado de Sinaloa; mecanoscrito.

Programa Nacional de Solidaridad con Jornaleros Agrícolas. (1991). *Diagnóstico de las condiciones de vida y de trabajo de los jornaleros agrícolas del valle de San Quintín, B. C.* México: Pronasol, mecanoscrito.

Rendón, T. y Salas, C. (1992). El mercado de trabajo no agrícola en México. Tendencias y cambios recientes. En *Ajuste estructural, mercados laborales y TLC.* México: COLMEX; Fundación F. Ebert; El Colegio de la Frontera Norte.

Rivière d'Arc, H. (1987). *Portraits de Bahia. Travail et modernisation dans quatre régions agricoles d'un Etat du Brésil.* París: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Rubio, B. (1995). Agricultura mundial, estructura productiva y nuevos modelos de desarrollo. En H. C. de Grammont, *Globalización, deterioro ambiental y reorganización social en el campo.* México: UNAM; Juan Pablos editor.

Salinas de Gortari, C. (1991). *Diez puntos para la libertad y justicia en el campo mexicano.* México: Comercio Exterior.

Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH). (s.f.) *Jornaleros agrícolas en México.* México: SARH, Subsecretaría de Política Sectorial y Concertación Social.

Vert, E. (1988). Emploi et activité agricole dans la CEE. En *Emploi et conditions de travail dans l'agriculture et l'agroalimentaire.* París: INRA.

Zabin, C. *et al.* (1993). *Mixtec Migrants in California Agriculture.* Davis: California Institute for Rural Studies.

Tercera parte

Migración

Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa*

Sara María Lara Flores, Kim Sánchez y Adriana Saldaña

Este capítulo analiza dos regiones de agricultura intensiva en México: una en el estado de Morelos, en manos de pequeños productores que cultivan hortalizas destinadas a surtir las necesidades de consumo de la población de la Ciudad de México; otra ubicada en el noroeste del país, en el estado de Sinaloa, donde prosperan grandes empresas hipermodernas que exportan la mayor parte de su producción hortícola. Caracterizamos ambos espacios productivos como "enclaves", por el carácter concentrador de los recursos naturales y del capital que allí se genera. Buscamos dar cuenta de la manera en que estas regiones generan mercados de trabajo muy dinámicos y provocan complejos circuitos de migración de trabajadores agrícolas desde el sur del país.

Analizamos el asentamiento o instalación de algunos de estos trabajadores en esas regiones, y el surgimiento de colonias "de indígenas" o "de pobres" como parte de un proceso de movilidad donde el sedentarismo es una etapa de la migración y corresponde a un proceso de apropiación del territorio. Conceptualizamos este fenómeno desde diferentes ángulos, así como mostramos el desarrollo de una "industria de la migración" que facilita el intercambio de servicios "de pobre a pobre" en dichos espacios de movilidad.

---

* Extraído de Lara, S. M.; Sánchez, K. y Saldaña, A. (2014). Asentamientos de trabajadores migrantes en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa, pp. 150-171. En A. Pedreño (Coord.), *De cadenas, migrantes y jornaleros: Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*. Murcia: Talasa. [ISBN 978-84-96266-45-2].
Este capítulo ha sido realizado en el marco del proyecto titulado "Sostenibilidad social de los nuevos enclaves productivos agrícolas: España y México (enclaves)" financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (2012-2014, CSO2011-28511) y dirigido por A. Pedreño Cánovas.

Cartografía de la desigualdad regional

El desarrollo agrícola en México tuvo lugar bajo un modelo concentrador que condujo a la conformación de zonas agrícolas muy modernas, al lado de una agricultura tradicional, básicamente en tierras de temporal, cuya función primordial sería la de garantizar la subsistencia de muy pequeños productores campesinos que lograban vivir de sus parcelas, combinando esa producción con el trabajo asalariado. Vendiendo temporalmente su fuerza de trabajo como jornaleros en las zonas agrícolas desarrolladas y/o en las ciudades, estos campesinos pobres de subsistencia se conformaron como un "ejército de reserva" para las modernas empresas. Más tarde, en el marco de la globalización y de la apertura económica inaugurada con el TLC, este proceso de concentración productiva y el surgimiento de enclaves agrícolas van a intensificarse, a la vez que las regiones de producción tradicional se hunden en la pobreza extrema. De esta manera, ha quedado plasmada en el país una cartografía de la desigualdad regional, alimentada por las políticas de un Estado que muestra, al mismo tiempo, la presencia de una cartografía de la desigualdad social.

En el estado de Morelos, ubicado en el centro del país, durante la década de los cincuenta del siglo XX se introducen hortalizas comerciales para abastecer el consumo de la cercana Ciudad de México, en pleno proceso de expansión. Este cambio se contextualizó durante un periodo de "modernización" del campo en el cual fueron determinantes los adelantos científicos de la *revolución verde*, viéndose las tierras pobladas de nuevos cultivos, así como de la aplicación de los nuevos paquetes tecnológicos. Este proceso fue respaldado por el Estado, ya que el aumento de la productividad de las tierras se consideraba como una salida a los problemas que se presentaban en el campo; al mismo tiempo que el cultivo de nuevos productos sería la base y sostenimiento de la industrialización del país y de un modelo de crecimiento "hacia adentro".

En ese estado se desarrolla una agricultura moderna, tendiente a abastecer el mercado interno, tanto de alimentos como de materias primas para la industria nacional, sustentada por pequeños productores con parcelas de 1 a 5 hectáreas, subordinados a los grandes comerciantes

mayoristas de las centrales de abasto.[1] Son estos productores y sus familias quienes, hasta la fecha, han puesto en marcha diferentes estrategias para sostener este tipo de agricultura, si bien hoy en día se observa un creciente proceso de multiactividad de sus hogares fuera de la agricultura y que incluye la migración a Estados Unidos y Canadá.

Por su lado, desde finales del siglo XIX, Sinaloa, junto con otros estados del noroeste del país (Baja California, Baja California Sur y Sonora), se consolida como una región agrícola de producción empresarial con orientación exportadora. Su posición geográfica, cercana a la frontera, llevó a ese estado a vincularse con los Estados Unidos en dos sentidos: por la instalación de colonos norteamericanos, y por la producción regional de cereales, caña de azúcar y hortalizas abastecía una parte de la demanda del vecino país. De esa manera, se desarrolla una estructura de grandes haciendas que no fueron afectadas sino hasta la década de los años treinta, cuando el régimen populista de Cárdenas (1934-1940) reparte las tierras a los antiguos peones que vivían acasillados en inmensas haciendas cañeras, algodoneras y cerealeras (garbanzo trigo, etc.).

Sin duda, es esta historia regional la que hasta hoy en día marca la pauta del desarrollo agrícola de la región y le da un perfil muy diferente al que tuvieron otras zonas, como es el caso del estado de Morelos. Sinaloa va a destacar desde los años cincuenta como principal estado productor de hortalizas de exportación, no solo porque, al igual que otras regiones agrícolas, adopta los métodos de la *revolución verde,* sino porque importa toda la tecnología necesaria para producir a gran escala y comercializar hortalizas de invierno a los Estados Unidos, a la vez que sustenta la demanda interna de productos para la agroindustria nacional (caña de azúcar, algodón, cereales, etc.). Ni la Revolución mexicana ni el reparto agrario lograron frenar la conformación de grandes empresas, las cuales, en terreros privados o alquilando tierras ejidales, en superficies que fluctuaban entre 300 y 1.500 hectáreas, hicieron crecer grandes enclaves agrícolas en la región.[2]

1. Para un estudio de la historia del desarrollo agrícola en el estado de Morelos, véase Sánchez y Saldaña (2011).

2. Para una historia del desarrollo agrícola en el estado de Sinaloa ver C. de Grammont (1990), Lara (1998), Lara y C. de Grammont (2011).

Dinámica de los mercados de trabajo en contextos de enclave

La modernización agrícola va a propiciar el desarrollo de mercados de trabajo muy dinámicos en las regiones de agricultura comercial. De un lado, mercados que se estructuran en torno a regiones que producen eminentemente para abastecer el mercado nacional y, del otro, las que dirigen su producción principalmente para la exportación. No obstante, y cabe hacer la mención, en ambos casos se trata de cadenas agroalimentarias controladas por grandes capitales comerciales que se encargan de la distribución, donde unos cuantos son al mismo tiempo productores-distribuidores.

Un caso representativo en Morelos es el de la localidad de Tenextepango, ubicada en el municipio de Ayala, en la región oriental de ese estado, donde, desde finales de los años cincuenta del siglo XX, pequeños productores se especializaron en el cultivo de judías verdes. El desarrollo de esta actividad se dio por la llegada de capital de los mayoristas de la Ciudad de México, quienes desplegaron en la zona una serie de estrategias para subordinar a los productores, básicamente a través de la compra por adelantado del producto. La localidad atrajo la atención de estos mayoristas debido a que allí contaban con tierras de calidad y con infraestructura de riego, condiciones climáticas adecuadas para la producción de invierno y buena comunicación por carretera hacia la Ciudad de México (Sánchez, 2008; Saldaña, 2012).

Por su lado, en Sinaloa la construcción de presas permitió contar con agua abundante[3] y un clima propicio, con temperaturas medias de 25° (mínima de 7° y máxima de 35°), creando las mejores condiciones para el desarrollo de un emporio hortícola dinamizado por grandes empresas en manos de agricultores locales con visión empresarial y el capital necesario. A la vez, algunos griegos que escapaban de las adversas situaciones en Europa provocadas por la Primera Guerra Mundial dieron impulso a la horticultura en el estado. Estos migrantes, después de haber pasado por los Estados Unidos, arribaron a México en busca de buenas tierras para cultivar hortalizas y exportarlas a ese país (Demerutis, Georgelos,

3. La construcción de una enorme red de once presas que irrigan 800.000 hectáreas de la franja costera hizo de este estado el de mayor superficie irrigable del país (20% del total nacional).

Stamatis, Canelos, Cutrularis, entre otros). Contando con el apoyo del Estado, al darles facilidades para instalarse en el país, aprovecharon la infraestructura que fue desarrollándose en la región. La construcción de grandes presas y un sistema de irrigación complejo sirvió de base para que ellos introdujeran invernaderos para la producción de plántulas, nuevas técnicas de producción y de empaque agroindustrial, sentándose así las bases necesarias para mantener su competencia en el nuevo modelo de economía abierta finisecular (C. de Grammont, 1990; Lara, 1998). A partir de la década de los sesenta, la producción de hortalizas empezó a incrementarse de manera exponencial y las empresas más grandes comenzaron un proceso de expansión hacia otros estados del país, con el fin de ampliar su capacidad de abasto del mercado nacional e internacional.

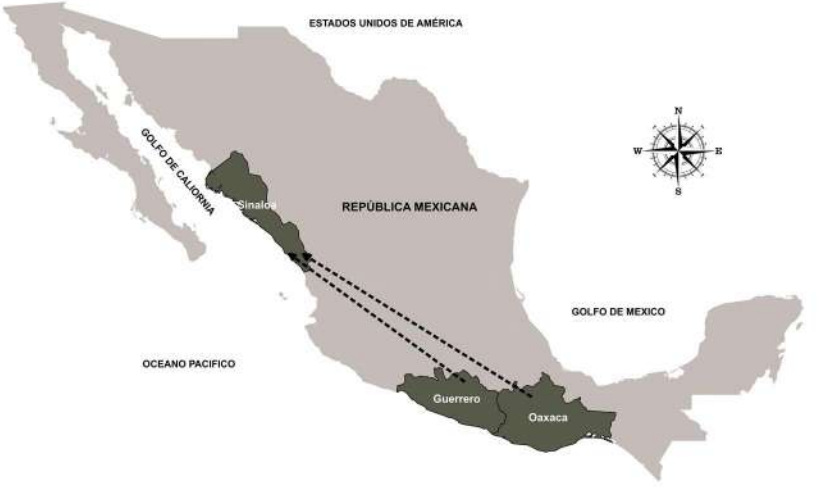
La introducción de hortalizas, tanto en Tenextepango (Morelos) como en Sinaloa, generó una importante demanda de mano de obra, particularmente para las cosechas que se desarrollaban entre noviembre y marzo. En Tenextepango, las primeras cuadrillas de cortadores fueron formadas por población local contratada directamente por el productor, pues se trataba de sus vecinos. Sin embargo, estos cortadores, al ver las ganancias que sus paisanos obtenían en la producción, poco a poco fueron buscando los medios para participar ellos mismos como productores, lo que creó una nueva demanda de mano de obra. Así comenzó la contratación de jornaleros migrantes indígenas, que llegaban temporalmente de los estados vecinos de Oaxaca, Puebla y Guerrero.

En Morelos, la entrada de estos cultivos comerciales dio lugar a la formación de mercados laborales para la población local, pero su dinamismo provocó la llegada de trabajadores provenientes de estados vecinos caracterizados por sus condiciones de pobreza y alta marginación. Estos movimientos incorporaron, a finales del siglo XX, alrededor de 6.000 a 7.000 personas que cíclicamente acudían a la entidad. Particularmente, en Tenextepango, los trabajadores migrantes eran en su mayoría indígenas, quienes en un inicio llegaban solo para la temporada de cosecha, regresando a sus lugares de origen para continuar la producción de autoconsumo en sus propias tierras.

En Sinaloa, la escasez de mano de obra local, por tratarse de zonas desérticas y de colonización, provocó el desplazamiento de trabajadores

provenientes de las zonas serranas del estado y la incorporación de las mujeres locales en invernaderos y empaques. Sin embargo, el *boom* productivo que se inició en la década de los sesenta condujo,[4] igualmente, a buscar trabajadores en los estados del sur del país, Guerrero y Oaxaca (mapa 1). Incluso, algunos de esos trabajadores seguían la "ruta del tomate", pasando por Morelos y Jalisco, antes de llegar a Sinaloa. Así, se conformó una división sexual y étnica del trabajo, donde las diferencias étnicas entre los migrantes de la sierra sinaloense y los "sureños" se convirtieron en fuentes de segmentación laboral: los serranos en tareas temporales, pero a lo largo de todo el año y los sureños en las cosechas (Lara, 1998; Lara y C. de Grammont, 2011).

Mapa 1. Vínculos migratorios Sinaloa-Guerrero-Oaxaca



Fuente: Elaboración propia en base a datos disponibles.

4. La Revolución cubana, y con ello el bloqueo comercial ejercido por los Estados Unidos a ese país, abrió las puertas para que Sinaloa se colocara como la principal región abastecedora de hortalizas de invierno en ese país. La construcción de presas y canales de riego contribuyeron grandemente a lograr este importante despunte de la horticultura en los municipios de Ahorne, Culiacán, El Fuerte, Elota, Guasave y Navolato.

En sus inicios, el perfil típico del jornalero migrante, tanto en Morelos como en Sinaloa, era el de campesino-jornalero que practicaba la agricultura maicera de subsistencia en su comunidad y que era migrante estacional y pendular; al concluir las cosechas retornaba a sus comunidades de origen para ocuparse de su pequeña parcela. Se trataba de flujos masculinos, pero pronto se insertaron mujeres y niños, convirtiéndose en una migración familiar.[5] Durante su estancia en las regiones de trabajo vivían alojados de manera precaria. En Morelos, los jornaleros rentaban cuartos o construían viviendas provisionales en terrenos prestados o alquilados por los nativos, que se ubicaban cerca de los campos. Esos espacios podían contar con casas en "obra negra" o en terrenos llanos, donde los propios trabajadores fabricaban construcciones provisionales con materiales de desecho, que se conocían localmente como "casitas de basura". Esto representó otra gran diferencia con Sinaloa, donde los jornaleros eran alojados en campamentos en medio de extensos campos agrícolas, propiedad de las mismas empresas que los contrataban. En tanto que, en Morelos, siempre habitaron en las mismas localidades que la población nativa, aunque tenían escasa interacción con esta fuera del ámbito laboral.

Si bien este sigue siendo el perfil característico de muchos trabajadores agrícolas migrantes en Morelos y aun mayoritario en algunas regiones agrícolas del noroeste, se suceden diferentes procesos que han llevado a un panorama más heterogéneo y complejo en sus desplazamientos (Sánchez, 2008; Sánchez y Saldaña, 2011a).

En las regiones expulsoras de mano de obra se ha generado un deterioro de la agricultura de subsistencia por razones ambientales, económicas y otras, llevando al creciente abandono de las actividades agropecuarias y a reforzar su dependencia de ingresos asalariados, vía migración de corto y largo plazo, nacional e internacional. En las regiones de atracción, el incremento de las superficies cultivadas, los cambios en los patrones de cultivo y/o procesos de reestructuración productiva han transformado las formas de contratación y de empleo, de tal manera que han impactado los circuitos de migración y la movilidad de la fuerza

5. También, con el paso de los años, los lugares de procedencia de estos flujos migratorios fueron en su mayoría localidades indígenas de Guerrero, de filiación étnica nahua, mixteca y tlapaneca.

de trabajo. Entre otras cosas, han generado zonas de asentamiento de los trabajadores agrícolas en torno a las regiones de mayor demanda de mano de obra.

El impacto de las transformaciones productivas en los mercados de trabajo

El caso de Morelos

En Tenextepango, desde los años ochenta, se observa un notorio aumento de la población que decidió radicar en la región por un tiempo mayor, y que responde a varios factores. Bajo la perspectiva de la región "receptora", sostenemos que el creciente asentamiento de migrantes fue el resultado del aumento relativo de la demanda laboral y, sobre todo, de las oportunidades de acceder a varios mercados de trabajo desde la región. Es importante precisar este hecho porque marca, justamente, un nuevo papel de la región morelense en el reclutamiento de larga distancia. Primero hay que señalar que el proceso de producción de judías verdes no ha cambiado notoriamente desde su introducción, por lo que no hay un efecto directo sobre la mayor o menor demanda de mano de obra en sus distintas etapas. Es decir, se sigue sembrando a cielo abierto, no se han introducido invernaderos ni otro tipo de tecnología en ninguna de sus tareas; y la falta de infraestructura refrigerada para almacenamiento obliga a los productores a llevar al mercado el producto inmediatamente después de cosechado. Tampoco existió un cambio sustancial en el rendimiento de las huertas, a pesar de la innovación continua de semillas y agroquímicos. La superficie sembrada con esta hortaliza se mantuvo constante en la región oriente de Morelos durante varias décadas e incluso se incrementó durante algunos años, generando expectativas en los trabajadores migrantes para asentarse en la localidad.

Otros hechos fueron importantes y redundaron en la ampliación de la temporalidad de la demanda de trabajo asalariado, que reforzaron las razones para permanecer en la región. Por ejemplo, los comerciantes mayoristas que invertían en judías verdes en el invierno propusieron a

los productores sembrar mazorca los restantes meses del año para abastecerlos de este producto; y el hecho de que después estos mismos intermediarios comerciales se dirigieran al estado de Hidalgo (cercano a Morelos) para financiar a pequeños productores para el cultivo de judías verdes en la temporada que no se producían en Tenextepango. Para estos nuevos mercados de trabajo creados para la cosecha de mazorca en esa localidad morelense, y de judías verdes en Hidalgo, se emplearon las mismas cuadrillas compuestas por familias de trabajadores migrantes (Sánchez, 2009). Así, la opción de permanecer en Tenextepango durante todo el año, combinando las cosechas de judías verdes y mazorca, o empleándose solo en el corte de judías verdes en Morelos primero, y al terminar la temporada dirigirse a Hidalgo, incrementó el interés de los migrantes por permanecer en la localidad por un periodo más largo de tiempo (mapa 2).

Mapa 2. Vínculos migratorios Sonora-Sinaloa-Morelos-Hidalgo

Fuente: Elaboración propia en base a datos disponibles.

Los jornaleros tenían acceso a estos mercados de trabajo a partir de un mismo sistema de intermediación laboral basado en los "capitanes" y organizados en cuadrillas, que fueron el contacto con los productores (Sánchez, 2006). Cabe decir que este sistema de intermediación laboral continúa vigente, aunque con algunas modificaciones significativas en sus formas de operar. En un inicio, cuando la migración era temporal,

los "capitanes" se encargaban de proporcionar vivienda y transporte a los trabajadores, pero una vez asentados, estos servicios disminuyeron; además, los propios asentados prestan o rentan habitaciones a paisanos y/o familiares que aún continúan migrando temporalmente. Estas prácticas, sumadas a que los asentamientos son espacios de llegada de jornaleros por su cuenta, derivaron en una elevada rotación de trabajadores entre las cuadrillas, mermando el intercambio clientelar y el capital simbólico de los intermediarios. No obstante, a la hora de buscar cosechas, el papel de los "capitanes" sigue resultando fundamental para cualquier jornalero (Sánchez, 2012; Saldaña, 2013).

Otros factores importantes que incidieron en la decisión del asentamiento fueron las difíciles condiciones de vida en los lugares de origen de los jornaleros (climáticas, económicas, violencia, etc.).

El caso de Sinaloa

Hacia finales de la década de los sesenta e inicios de los setenta, el papel de los contratistas o "enganchadores" en el abastecimiento de mano de obra que requerían las empresas se volvió fundamental para hacer coincidir la oferta y la demanda de trabajo. Durante al menos tres décadas, esta fue la forma tradicional de operación de las empresas sinaloenses para abastecerse de mano de obra durante la temporada de cosechas. En tanto que la población originaria de las zonas serranas del mismo estado por lo regular establecía una relación más cercana con los mayordomos[6] y sabía las temporadas en las que se requería mano de obra para ciertas tareas, de tal manera que llegaba por su propia cuenta. Igual lo hacían las mujeres locales que se ocupaban en invernaderos y empaques. No obstante, los cambios ocurridos a partir de la apertura comercial y la consecuente reestructuración de las empresas, tanto por la incorporación de nuevas tecnologías como por las normas que establece el mercado norteamericano, modificaron fuertemente este mecanismo de

6. Personal de la empresa que se encarga de organizar el trabajo en los campos de cultivo. Estos mayordomos se comunicaban con los contratistas o enganchadores para que trajeran a sus campos un cierto número de trabajadores migrantes. Hoy en día, los mayordomos recurren a este mecanismo, pero también al de conectarse con camioneteros y contratistas, quienes recurren a jornaleros instalados en las colonias.

aprovisionamiento de los trabajadores. A la vez, los propios trabajadores desplegaron nuevas estrategias de trabajo y de movilidad.

La reestructuración productiva condujo a la adopción de nuevas tecnologías. En un primer momento se trató de técnicas que hacían más eficiente el uso de agua y energía e incrementaban la producción gracias al control de plagas (plasticultura) y a la utilización de semillas de alto rendimiento. Se trató de un periodo que hemos denominado de "producción masiva", cuyo objetivo fue inundar el mercado, compitiendo gracias a la reducción de costos. Es un momento durante el cual las empresas se expanden no solo en varias regiones del propio estado de Sinaloa (Culiacán, Guasave, Mochis), sino en otros estados del país (Sonora, Baja California, Jalisco, San Luis Potosí), momento que hemos llamado de "descentralización productiva" (Lara, 1998, 2010; C. de Grammont y Lara, 1999, 2007; Lara y C. de Grammont, 2011). Más tarde, la apertura de los mercados con el TLCAN, el proceso de globalización y los sistemas de certificación para controlar la inocuidad de los alimentos condujeron a un segundo periodo de reestructuración cuyo objetivo era la calidad y la diversificación de la producción, lo que se acompaña de la puesta en marcha de sistemas de producción bajo cubierta, métodos de hidroponía y/o bajo sustratos. Este proceso se intensificó después del 11 de septiembre, cuando Estados Unidos puso en marcha las leyes contra el bioterrorismo para la importación de alimentos (C. de Grammont y Lara, 2010). Uno y otro proceso de reestructuración provocaron cambios significativos en las formas de empleo y de trabajo, a la vez que incidieron directamente en la organización y composición de los flujos migratorios. El primer momento incrementó significativamente la demanda de mano de obra y condujo a la circulación de los trabajadores entre las distintas zonas a donde las empresas se encontraban descentralizadas, de modo que se complejizaron los circuitos de migración, pasando de un movimiento pendular característico de décadas anteriores a un desplazamiento de carácter circular o "golondrina" (Bendini y Radonich, 1999), para dar lugar, incluso, a procesos de errancia continua de una región a otra y sin regresar al lugar de origen (De Moraes, 1999). Esto, tanto en Morelos como en Sinaloa, involucró sobre todo a las familias más pobres de las zonas expulsoras, aquellas que ya no tienen tierra para cultivar o no cuentan con los medios para sembrar. El papel del

contratista o "enganchador" suele seguir siendo importante, pero en esa movilidad los trabadores adquirieron un "saber circular", en términos de Tarrius (2010), y una experiencia de movilidad, creando redes sociales que les permiten migrar de manera independiente e incluso asentarse en las regiones de trabajo (Lara, 2008). Es el momento en que se inicia el crecimiento de las colonias.

Sin embargo, el segundo proceso de reestructuración es el que más cambios ha generado en Sinaloa, ya que ha dado lugar a la desestacionalización de la producción, abriéndose un mercado de trabajo durante todo el año; un empleo que se caracteriza no solo por ser temporal e intermitente, sino por su precariedad.

Gracias a estos contingentes de trabajadores, contratados en esas condiciones precarias, las empresas sinaloenses logran hacer rentable el negocio de producir hortalizas, sea para el mercado interno o para la exportación. Y también gracias a esto las empresas enfrentan las condiciones de competitividad que les impone el mercado y las exigencias del capital comercial, que controlan las cadenas de producción y con ello las ganancias. Por su parte, para los pequeños productores morelenses de judías verdes ubicados en Tenextepango, contar con trabajadores de esas características no permite realmente acumular ganancias como en el caso sinaloense, pero sí obtener beneficios por participar en cadenas agroalimentarias gobernadas por los capitales comerciales, que son los que determinan el precio de sus productos.

De tal manera que la desigualdad entre las regiones donde se implantan estos enclaves productivos y aquellas de donde sale la fuerza de trabajo que los abastece, refuerza la existencia de una cartografía de la desigualdad social.

Modelos de inserción residencial jornalera en los enclaves de producción agrícola

Un factor que resultó decisivo en el caso de Morelos para el asentamiento de los jornaleros en Tenextepango fue que los productores decidieron vender aquellas tierras sin infraestructura de riego que no utilizaban

para la siembra de hortalizas comerciales, por considerarlas "improductivas", ubicadas en las lomas que rodean a la localidad, y que los inmigrantes decidieran comprarlas para fincar allí sus casas. La mayor parte de las familias de trabajadores, fueran estas mestizas o indígenas, presentaron un mismo patrón de asentamiento: periodos variables de renta en terrenos con casas en "obra negra" o terrenos llanos donde construían casas con materiales de desecho; compra de un terreno con la cooperación de todos los miembros del grupo, aun los niños que se emplean desde los cinco años; la construcción de una casa temporal de desecho en terrenos propios; y, ya con algunos recursos ahorrados, la edificación de una casa de material.[7] No obstante, la inserción residencial para los indígenas no se dio en las mismas condiciones que la de los mestizos. Ya Torres y Meier (2008) señalaban que la inserción residencial de los colectivos inmigrantes se ve influenciada por su condición étnica. Por ejemplo, los mixtecos, miembros de uno de los grupos indígenas que llegaron desde Guerrero a esta región, tuvieron que cambiar continuamente su lugar de instalación debido a la percepción social que se tenía alrededor de ellos, siempre hostil y discriminatoria; considerados como "los más cochinos", "los que roban", "los violentos" o "los necios" (Saldaña, 2012).

Ahora, a más de treinta años de los primeros asentamientos residenciales, en las colonias se encuentran diferentes situaciones. Se han diversificado las formas de tenencia de la vivienda, e incluso hay familias inmigrantes que han logrado comprar hasta dos o más terrenos, donde han construido cuartos que rentan o prestan a otros jornaleros, regularmente paisanos o familiares. Así, alrededor de Tenextepango han surgido ocho asentamientos de jornaleros, llamados ahora colonias, sin tomar en cuenta uno que existía desde 1930, pero que ha crecido de manera significativa en las últimas décadas. Por solo mencionar algunos datos, la colonia Constancio Farfán, fundada por nativos, pero poblada en su mayoría por inmigrantes, contaba en 1990 con 843 habitantes, veinte años después aumentó a 1958 (XI y XIII Censo de Población y Vivienda, INEGI). Con respecto a este último dato, el 28% había nacido en otra entidad, el porcentaje restante corresponde a los nativos de la

7. La medida promedio de los terrenos ha sido de 200 metros cuadrados.

región, pero también a una segunda y tercera generación conformadas por los hijos de los que llegaron a asentarse allí hace unas décadas como jornaleros.

Otro caso, tal vez el más representativo, es el de la colonia Valle de Morelos, que aparece por primera vez en el censo del año 2000 con una población total de 59 personas, de las que el 61% había nacido en otra entidad. Para el año 2010 la población había aumentado a 510 personas, de las cuales un 58% había nacido en otra entidad; el porcentaje restante corresponde a la descendencia de los que ahí llegaron a residir (XII y XIII Censo de Población y Vivienda, INEGI). En Constancio Farfán hay una alta concentración de mixtecos, aunque también hay nahuas y mestizos; mientras que en Valle de Morelos son en su mayoría nahuas, con menor proporción de mixtecos y mestizos.

En Sinaloa, desde que se inicia la migración de grandes contingentes de migrantes para laborar en las cosechas, los jornaleros fueron alojados por las propias empresas, en campamentos ubicados cerca de los campos de cultivo y/o de los empaques. El número de trabajadores que habitaban estos campamentos, solos, con sus familias o en grupos, variaba dependiendo de la magnitud de las empresas. En 1999, el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (PRONJAG) había contabilizado 129 campamentos que alojaban a 83.962 migrantes. Tan solo una empresa tenía una capacidad instalada para recibir a 3 000 y más trabajadores. Este mismo conteo registró que 40 campamentos recibían entre 500 y 1.000 y 37 campamentos de 250 a 500 (cfr. Lara y C. de Grammont, 2010, p. 57). Es decir, verdaderos centros de concentración, los que innumerables veces fueron denunciados por las condiciones de hacinamiento y precariedad en las que alojaban a los trabajadores.[8] Además del encierro en que los mantenían en dichos campamentos, carecían completamente de intimidad en sus viviendas. A raíz de que se pusieron en marcha los sistemas de certificación para las empresas agroexportadoras, estas prefirieron facilitar su instalación en las colonias aledañas. Muy contadas fueron las que realizaron mejoras en los espacios donde albergan a los trabajadores migrantes.

8. Regularmente se trata de una concentración de cuartos pequeños en donde se instala a una o dos familias de migrantes (6 o 7 personas), que cuentan con muy escasos servicios de agua, luz, gas, baños, etc. Actualmente, muchos han sido cerrados y/o remodelados.

Es así que en el municipio de Navolato,[9] sindicatura de Culiacán, región que cuenta con una alta concentración de empresas productoras de hortalizas, tuvo lugar uno de los asentamientos más importantes de población jornalera en lo que hoy se llama Villa Benito Juárez.[10] Esta localidad inicia su poblamiento en los años setenta, en un contexto marcado por la emergencia de movimientos de campesinos que luchaban por la tierra y denunciaban la presencia de latifundios prohibidos por la ley.[11] Una serie de organizaciones regionales y nacionales impulsaron las invasiones de tierras, solicitando les fueran repartidas en forma de ejido para ser cultivadas. Paralelamente, surge un movimiento de trabajadores agrícolas que luchan por su sindicalización independiente del control del estado. Sin embargo, la represión constante por parte del Gobierno y de los empresarios, ejercida mediante despidos masivos, cierre de empresas y creación de sindicatos "blancos" (ficticios), así como su condición de migrantes y de trabajadores temporales en un mercado de trabajo altamente segmentado por género, origen étnico o regional, condujo al fracaso de la lucha sindical. En su lugar, se activó un proceso de movilización de esos mismos trabajadores por la apropiación de terrenos para viviendas, apoyándose en líderes regionales, la mayoría de ellos indígenas. Estos grupos lograron que el Gobierno estatal (de allí el nombre de Campo Gobierno) les cediera algunos terrenos, y con ello comienza una lucha por su urbanización. Este proceso se intensificó en los años ochenta, cuando la descentralización de las empresas incrementó la circulación de los trabajadores migrantes en la región, quienes encontraron en el asentamiento un punto de arraigo desde el cual movilizarse hacia las diferentes regiones productoras de hortalizas (Baja California, Baja California Sur y Sonora, principalmente).

9. Municipio que cuenta con 135.681 habitantes. Allí se ubican unos 22 campos agrícolas, cubriendo una superficie de 254.862 hectáreas de riego, donde la sindicatura más importante justamente es la nombrada Villa Benito Juárez, popularmente conocida como "Campo Gobierno" (Cota, 2012, pp. 35, 203).

10. Otras localidades de asentamiento en Culiacán son Costa Rica, con 23.194 habitantes, y El Dorado, con 14.697 habitantes. Véanse http://www.nuestro-mexico.com/Sinaloa/Culiacan/Eldorado/ y http://www.nuestro-mexico.com/Sinaloa/Culiacan/Costarica/.

11. La Ley Agraria que regulaba la propiedad de la tierra en sus tres formas de tenencia, privada, ejidal y comunal, autorizaba un máximo de 100 hectáreas de riego o su equivalente en otras calidades de tierra, permitiendo hasta 500 cabezas de ganado mayor. Esta ley fue modificada en 1992, permitiendo la libre circulación del mercado de tierras y su concentración.

A partir de este momento, la localidad inicia un crecimiento constante, doblando prácticamente su población entre 1990 (13.453 habitantes) y 2010 (24.152). Igualmente, el número de colonias que integran dicha localidad ha ido en ascenso, pasando de 19 en 2005 a 26 en 2008, a las cuales se agregan otras tres colonias en los últimos años (Cota, 2012). Se trata de un proceso continuo, resultado de la instalación de grupos de migrantes, tanto de los originarios del propio estado de Sinaloa como de migrantes de al menos 26 estados de la república,[12] lo que hace de este lugar un espacio de multiculturalidad muy diverso, ya que integra a grupos de diversas etnias del sur del país (mixtecos, zapotecos, triquis, nahuas), al lado de mestizos e indígenas (mayos) del propio estado de Sinaloa y de otros. A la fecha, y según datos proporcionados por Beatriz Cota (2012, p. 38), recopilados a través una encuesta semiestructurada que fue levantada entre 90 familias de Villa Benito Juárez, el 58,9% de los jefes de familia de dichos hogares hablaba una lengua indígena, predominando el mixteco (35,6%), seguido del triqui (8,9%), zapoteco (5,6%), tlapaneco (4,4%) y otros.

Esta composición multiétnica hace de Tenextepango y de Villa Benito Juárez espacios ricos en intercambios culturales y propicios para la re-funcionalización de las identidades étnicas de sus habitantes.

El asentamiento como proceso de territorialización del espacio

Desde hace una década ha sido notoria la aplicación de distintos programas del Estado que inciden en los asentamientos residenciales de la población jornalera en ambos lugares. Digamos que la presencia de estos inmigrantes representó retos para las autoridades locales en cuanto a la demanda de servicios de los foráneos. Sin embargo, sus demandas no fueron atendidas desde sus inicios, sino hasta que la presión ejercida por estos colectivos condujo a la creación de programas del Gobierno Federal.

Tanto en Tenextepango como en Villa Benito Juárez estos programas se canalizaron a los asentamientos para la construcción, mejora y

12. De acuerdo con la información registrada en la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco* (C. de Grammont y Lara, 2004).

extensión de las viviendas con apoyo del Fondo Nacional de Habitaciones Populares de la Secretaría de Desarrollo Social (FONAHPO-SEDESOL), el cual otorga recursos en materiales de construcción o en dinero a la población de localidades rurales o indígenas de alta y muy alta marginación. Otro programa que ha tenido una presencia extendida en estos espacios es el de Infraestructura Básica para la Atención de Pueblos Indígenas de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (PIBAI-CDI), a través del cual se han otorgado servicios básicos de agua potable, electrificación y drenaje a algunas colonias. En Tenextepango, desde el 2003, las autoridades locales han considerado a estos asentamientos como "colonias de indígenas", como una estrategia para captar recursos del Estado para su jurisdicción. Por ello, en las colonias más antiguas, fundadas en los años ochenta, fueron las propias familias las que gestionaron las obras necesarias y quienes invirtieron sus ingresos obtenidos para la construcción de sus casas y el mejoramiento de las colonias, pues no tuvieron el mismo apoyo que aquellas de finales de los noventa (Saldaña, 2012). Lo mismo ha sucedido en Villa Benito Juárez, ya que Navolato es considerado como un municipio indígena, lo que permite la canalización de recursos de instituciones como SEDESOL o la CDI, orientados a atender a esta población considerada de alta marginalidad. No obstante, para 2009, según Cota (2012, p. 37), en esa localidad apenas había 1.118 familias beneficiarias de los programas dirigidos a "grupos vulnerables" como son Oportunidades, 70 y más o el Seguro Popular, dejando sin apoyo al resto, dado que el número de familias en estado de pobreza es aún mayor.

Esta situación ha derivado en una agudización de los conflictos entre la población local y los migrantes que cuentan con apoyo de esos programas, ya que la población local, particularmente la de más escasos recursos, ve con recelo que a los "foráneos" se les brinden recursos económicos y a ellos no: "Nosotras no somos indígenas, pero queremos recibir apoyos", gritó un grupo de mujeres nativas de Tenextepango a la promotora del Programa de Opciones Productivas para Mujeres Indígenas (POPMI-CDI), en una reunión informativa. Como señala Torres *et al.* (2008) para el caso del acceso a los servicios por parte de ecuatorianos y marroquíes en Murcia, el otorgamiento de los programas de gobierno

a los inmigrantes ha sido un caldo de cultivo de conflictos y prejuicios (Sánchez y Saldaña, 2010; Saldaña, 2012).

Es un hecho que el Estado, a través de los organismos públicos, canaliza hacia ellos recursos focalizados para atenderlos en su calidad de pobres y de indígenas, pero no busca transformar la situación de base que genera esta condición. Mucho menos busca modificar el contexto que da lugar a su posición como trabajadores precarios, arrebatándoles la posibilidad de que sea el trabajo lo que les otorgue reconocimiento social y los dignifique, a la vez que les permita constituirse en un colectivo con una sociabilidad basada en vínculos de carácter laboral (Castel, 2009, p. 81).

Algunos inmigrantes indígenas cuestionan ser etiquetados como tales, por el carácter peyorativo y excluyente que eso conlleva: "Dicen que somos indígenas porque hablamos otra lengua", cuenta Cecilia, una mujer mixteca en Tenextepango, a pesar de que es justamente por esa condición que ha podido acceder a los recursos que ofrecen estas instancias gubernamentales para mejorar sus viviendas y sus colonias (Saldaña, 2012). Los mestizos se han visto beneficiados con la infraestructura que ha sido introducida en las llamadas "colonias de indígenas" en las que ellos viven, en tanto que forman parte de ese universo que ha sido "etnicizado" por las instituciones.

Ha sido, sin duda, la acción organizada de los jornaleros, a través de sus líderes sociales, lo que les ha permitido obtener los predios urbanos y el equipamiento de las colonias (electricidad, agua potable, teléfono, etc.), y lo que ha dado lugar a la emergencia de *nuevas formas socioespaciales,* producto del asentamiento. Puede decirse que la etnicidad ha sido el motor de la *territorialización* de estos espacios, tanto de la parte de los jornaleros como de las autoridades. Es decir, de su apropiación como territorio entendido en sus tres dimensiones, según Di Méo (2000, p. 39): como espacio de vida, como espacio vivido y como espacio social. *Espacio de vida* porque es el lugar de la cotidianidad; *espacio vivido,* en tanto que es el lugar que ha sido imaginado, deseado o soñado, sobre todo cuando la única opción era vivir en la localidad de origen, pero sin trabajo; vivir en un campamento, sin libertad y con las constricciones impuestas por

empleadores y camperos;[13] o simplemente vivir circulando. Es *espacio social* en tanto lugar de interacciones sociales, que da lugar a la construcción de redes sociales y de lealtades, pero que al mismo tiempo constituye un espacio disputado y, por lo tanto, de conflictos.

Dicho proceso de territorialización no solo ha sido resultado de la acción de los jornaleros asentados, sino del quehacer mismo de las instituciones. Allí donde viven mestizos e indígenas de distintos estados del país, estas "colonias de indígenas" son el resultado de un proceso de *etnización en la gestión de la pobreza*. Ubicadas, por lo regular, en lugares poco propicios para la urbanización: en las lomas, en las faldas de los cerros, a orillas de las carreteras o en antiguas zonas pantanosas, y con poca o deficiente infraestructura urbana, dan lugar a nuevas formas socioespaciales que configuran el marcaje de la diferenciación y de la racialización de sus pobladores, a la vez que intentan crear los límites de la espacialización de una población que es requerida, pero no es deseada.

En Tenextepango, por ejemplo, los inmigrantes se ven obligados a ir al centro del poblado porque allí se concentran los espacios educativos, los servicios de salud y religiosos, y porque es el centro de abasto. De tal manera que cuando los nativos empezaron a tener que compartir sus espacios con aquellos "indios" que eran sus empleados, las relaciones de convivencia se volvieron tensas, al punto de sentirse con el derecho de regañarlos o de llamarles la atención porque "tienen muchos hijos", "porque están sentados en la calle", o "porque sus fiestas son ruidosas". Sobre todo, porque los nativos se sienten "los patrones", y por tanto superiores, no solo por su condición económica sino por el hecho de ser mestizos, y encuentran incomodidad en tenerlos como vecinos (Sánchez y Saldaña, 2010).

Como señalan Torres *et al.* (2008), estos inmigrantes se insertaron en un espacio social con tramas de relaciones cotidianas, como las vecinales. Esto implicó que los nativos y los inmigrantes se acostumbraran a su mutua presencia, generando una dinámica social que, a pesar de considerarse tranquila, en algunos momentos se ha tornado tensa. De

13. El "campero" es trabajador de confianza del patrón y se encarga de la vigilancia y control de los campamentos, donde se alojan los jornaleros cuando estos han sido reclutados en sus lugares de origen por un enganchador o contratista. Muchos campamentos son vigilados, incluso, con personal que se encuentra armado.

hecho, se observa que aún las generaciones ya nacidas en Morelos, hijos de migrantes, no son considerados como locales (Saldaña, 2012).

En el caso de Villa Benito Juárez, la mayor parte de las colonias que integran este conglomerado de asentamientos de jornaleros cuentan con los servicios mínimos de agua potable, electricidad y drenaje. Igualmente, hay equipamiento escolar para estudiar hasta el nivel de bachillerato, clínicas médicas y transporte público (Cota, 2012). No obstante, su funcionamiento es deficiente y carece de diversos servicios públicos, además de que las sedes de las instituciones gubernamentales se encuentran concentradas en Culiacán, capital del estado. Pese a que hace más de 40 años han estado presentes estos grupos indígenas en la región y de que han nacido ahí los hijos y los nietos de los primeros inmigrantes,[14] ese marcaje étnico sigue estando presente en las relaciones cotidianas y siguen siendo tratados regularmente como "los oaxaquitas" por parte de los nativos.

Así, las "colonias de indígenas" son espacios de vida de los trabajadores agrícolas, que si bien materializan sus sueños de "libertad" y de superación, constituyen espacios sociales de segregación de una población que, aunque es requerida para el trabajo, no es deseada para la convivencia.

Los asentamientos como espacios de aprovisionamiento e "industria de la migración"

El paso de los campamentos a las colonias en Sinaloa no solo significó un cambio de residencia para los trabajadores, sino una transformación en su condición de libertad frente a los agricultores, lo que les dio la posibilidad de circular entre las distintas empresas buscando las condiciones de trabajo menos desventajosas, tanto en la región como en otros lugares, a la vez que les dio la oportunidad de emplearse en otros sectores de la economía.

En Morelos, los asentados han diversificado sus ocupaciones. Si bien una gran mayoría continúa realizando las cosechas de judías verdes y

14. De acuerdo con datos de la encuesta levantada por Cota (2012), el 15,6% de las familias encuestadas tenían de 21 a 30 años de vivir en la localidad, el 21% de 16 a 20 años, el 17,8% de 11 a 15 años y el 44,4% de 5 a 10 años (p. 361).

de mazorcas de maíz, tanto en la región como en el estado de Hidalgo, hoy en día se observan dos tipos de itinerarios laborales entre los trabajadores: una movilización ocupacional fuera del sector agrícola y una dentro. La primera se refiere a aquellos que han abandonado el campo para establecer pequeños negocios propios que complementan sus ingresos (comida, venta de dulces, tiendas de abarrotes, entre otras), pero también los hombres han podido acceder al sector de la construcción que fue dinamizado por el mismo ritmo del asentamiento poblacional y las mujeres al servicio doméstico en casas de la población local. Se encuentran también algunos grupos domésticos que basan sus estrategias de subsistencia en la combinación de estas actividades con sus ingresos como jornaleros agrícolas.[15] En cuanto a las ocupaciones dentro de la agricultura, estas incluyen su trabajo como jornaleros, pero también –en menor medida– algunas actividades que suponen cierta movilidad ascendente en la cadena de producción de mercancías. Es decir, aquellos que anteriormente se dedicaban al corte de judías verdes, pero que ahora participan como intermediarios laborales, transportistas de la producción desde las huertas hasta la Ciudad de México o –en contados pero notables casos– como intermediarios que apoyan a los comerciantes mayoristas en la región. Las dos últimas tareas estaban en manos de mestizos, pero poco a poco los indígenas han ido escalando y se han posicionado en estas. No obstante, la mayoría participa en el corte como jornaleros (Saldaña, 2012).

En Villa Benito Juárez, de acuerdo con datos proporcionados por Cota (2012, pp. 361, 363), de 90 jefes de hogar entrevistados, el 87% de ellos eran jornaleros que trabajaban en alguno de los campos agrícolas cercanos a las colonias de asentamiento de esa localidad; en el 93% de esos hogares había de uno a cuatro miembros trabajando también como jornaleros. No obstante, solo el 3% tenía un trabajo permanente, por lo que se entiende que haya una búsqueda de alternativas en otros sectores. Algunos de los jornaleros asentados combinan el campo con lo que podríamos llamar actividades relacionadas con "la industria de la

15. Cabe mencionar que estas consideraciones se basan en la información de los entrevistados y observación directa, ya que no existe registro oficial ni datos confiables acerca del empleo y ocupación de los inmigrantes en Tenextepango (ni en general en todas las localidades rurales en Morelos) (Saldaña, 2012).

migración", entendida esta como los negocios que consisten en la prestación de servicios, de manera privada, para facilitar la movilidad humana, obteniendo por ello una ganancia económica (Hernández, 2012, p. 45). Hernández analiza esta industria para el caso de la migración internacional; sin embargo, en el caso de Sinaloa encontramos, igualmente, la constitución de toda una infraestructura económica y social que asegura a los trabajadores agrícolas su conexión con el mercado de trabajo, selecciona de acuerdo a la demanda, ofrece el traslado a los campos de cultivo a través de los "camioneteros", los aloja en "cuarterías" construidas en los predios de los asentados, brinda servicios de alimentación, lavado de ropa, e incluso puede garantizar el cuidado de niños y bebés para las mujeres que trabajan. Así, muchos de los que antes llegaban enganchados y vivían en los campamentos de las empresas, hoy "llegan por su cuenta" cuando uno de los que están asentados los llama por teléfono para avisarles de la fecha en que se los requiere. Al llegar, esta misma persona que los llamó, o alguno que este conoce, los aloja en sus cuarterías. Por lo regular son las mujeres de los dueños de las cuarterías las que se encargan de darles de desayunar, venderles el "lonche" que llevan al campo y preparar la comida para su regreso; pueden, también, lavarles la ropa a los que vienen solos o cuidar a los hijos de las mujeres que van al campo. Todo ello a cambio de dinero que los trabajadores empezarán a pagar cuando reciban su primera semana de sueldo.

En Tenextepango la variedad de actividades desplegadas por los miembros de las familias se inscriben, igualmente, en esta "industria de la migración", formando parte de un amplio y profundo proceso de construcción y mantenimiento de mano de obra flexible y adecuada a los mercados de trabajo agrícolas actuales, dominados por las necesidades de los grandes enclaves de agricultura intensiva de México.

A diferencia de las redes sociales, donde los migrantes intercambian favores con base a lógicas de reciprocidad y solidaridad, Hernández (2012, p. 47) menciona que la "industria de la migración" puede realizar una labor complementaria o incluso sustituir a las redes, sobre todo cuando existen abusos o cuando estas no suministran la infraestructura necesaria a los migrantes. En el caso de los asentamientos de Sinaloa, puede haber relaciones de paisanaje y/o etnicidad, e incluso de parentesco

entre los asentados y los migrantes; sin embargo, los servicios recibidos se pagan. Se trata de relaciones "de pobre a pobre" (Tarrius, 2007) que, si bien dan acceso a los migrantes a los servicios necesarios para su instalación temporal, estos se ofrecen en condiciones de extrema precariedad, a veces aún peores que las que existían en los campamentos, sin que los trabajadores puedan exigir que mejoren, en tanto que resultan de relaciones de aparente de solidaridad.

Así, los asentamientos se convierten, hoy en día, en espacios de aprovisionamiento para muchos de los trabajadores que se mantienen en circulación. Algunos que llegan para trabajar y regresar a sus lugares de origen, otros que recorren distintos lugares siguiendo las cosechas de diferentes productos, e incluso aquellos que pasan una temporada en el lugar con el fin de ganar algún dinero y luego deciden cruzar la frontera de manera indocumentada, situación que es común en el noroeste del país.

En Tenextepango, en las últimas décadas, se observan nuevos patrones de movilidad entre los jornaleros. En efecto, desde finales de la década de los noventa, en concordancia con una disminución de las hectáreas sembradas de judías verdes en Tenextepango, han surgido flujos migratorios hacia otras zonas agrícolas más dinámicas en el noroeste del país, principalmente hacia a Sinaloa (mapa 2). Los asentados salen durante los meses de noviembre a mayo para ocuparse en el corte de hortalizas vietnamitas de exportación con una agroempresa sinaloense. Cada año ha ido en aumento el número de trabajadores demandados en esas regiones, y ahora existen alrededor de 12 cuadrillas de 35 personas aproximadamente, cada una encabezada por un "encargado" o "mayordomo" que los recluta y moviliza. Se trata de una migración familiar, pero la empresa suele reducir el número de acompañantes que no trabajan, ya que por cada grupo familiar se permiten hasta dos niños menores de 14 años que no serán contratados como trabajadores. También ha ido en aumento el número de jornaleros demandado para realizar distintas tareas alrededor de la uva de mesa en Sonora, lugar donde viajan hombres y mujeres solos en varios periodos cortos durante el año, particularmente entre diciembre, febrero y mayo. Los jornaleros que se enganchan para trabajar en estos dos destinos, a su regreso a Morelos, se contratan en las cosechas locales de judías verdes o de mazorcas de

maíz. Otros más regresan a Tenextepango y después se integran a una cuadrilla que se dirige a Hidalgo. En ese escenario, Tenextepango representa una nueva plataforma de inserción a mercados laborales que requieren de su flexible disponibilidad espacial y temporal. Un eficiente y complejo sistema de intermediación que asegura mano de obra en todo momento y lugar. Pero también Tenextepango representa para las familias indígenas inmigrantes un espacio de reproducción y de retaguardia social.

Estos jornaleros que llegan desde Morelos a Sinaloa se encuentran con aquellos que se desplazan directamente desde sus lugares de origen a ese estado, participando en una migración de carácter pendular, y son alojados en campamentos de las empresas sinaloenses. Se topan, también, con aquellos otros que ya conocen mejor la región, cuentan con información y/o tienen familiares o paisanos, por lo que se alojan en las cuarterías de los asentados en Villa Benito Juárez o en cualquier otro asentamiento. Algunos de ellos siguen después a Sonora, para el corte de la uva, o se van a los Estados Unidos, lo que supone una migración de tipo circular en un proceso que encadena migraciones nacionales e internacionales (Lara, 2011; Sánchez y Saldaña, 2011).

Cabe mencionar que, en estos movimientos, si bien participan solamente ciertos individuos de un grupo familiar, el conjunto se ve afectado,[16] dado que los *proyectos migratorios* responden a la necesidad de diversificar los ingresos para la sobrevivencia del grupo. Muchas veces es una estrategia que responde a una "economía de archipiélago" (Leonard, Quesnel y Del Rey, 2003), donde la dispersión del grupo es, por lo regular, funcional y acorde con los intereses y objetivos de todos los miembros de la familia.[17] Incluso se encuentra relacionada con los mecanismos de socialización de las informaciones y apoyos logísticos que se tienen a nivel de las

16. Un estudio que utilizó el método genealógico para analizar la movilidad en las familias jornaleras originarias de una localidad indígena de Oaxaca mostró que, en las familias, con frecuencia los hijos mayores varones y/o el padre eran los que migraban a Estados Unidos, dejando a las mujeres en alguna colonia de instalación de Sinaloa o de Sonora, mientras los abuelos y a veces un hijo menor quedaban en la localidad de origen. Lo que sugiere que, si bien se trata de proyectos migratorios colectivos, los destinos de cada miembro del hogar pueden ser diferentes (Lara, 2010a).

17. También existe la posibilidad de que no sea una decisión con equidad de género, ya que frecuentemente no se considera la opinión de las mujeres o de los niños en estos proyectos migratorios, si bien involucra al conjunto.

localidades de origen o con otros puntos de asentamiento intermedios, como es el caso de Tenextepango. Porque desde estos lugares intermedios circulan las informaciones estratégicas relativas a las formas de financiamiento, las oportunidades de hospedaje y de asistencia, las fuentes de empleo, etc. Tareas que, como hemos dicho arriba, constituyen una verdadera "industria de la migración" en los lugares de destino, pero que no todos los migrantes conocen de su existencia. Estas redes de información difieren de las redes sociales, ya que estas últimas suponen la existencia de una malla que se construye a nivel de familia, amistades y paisanaje. El conjunto de los actores que intervienen en ellas tiene intereses comunes y mantiene vínculos personales sobre la base de confianza, reciprocidad y compromiso colectivo, no obstante que en ellas existen problemas de conflicto y disputas por intereses individuales, ya que en su interior hay diversas formas de distribución del poder, relaciones jerarquizadas y formas de gobernabilidad y coordinación (Luna y Velazco, 2005). En ese sentido, de acuerdo con Leonard *et al.* (2003), la organización de las familias en una economía de archipiélago tiene una dimensión colectiva que rebasa con mucho el marco familiar.

Conclusión

La existencia de enclaves de producción agrícola moderna en México corresponde a la evolución histórica de un desarrollo agrícola basado en la desigualdad regional. Espacios geográficos donde se concentra un conjunto de recursos naturales favorables para la producción de ciertos cultivos, pero, ante todo, donde la política estatal ha favorecido la construcción de la infraestructura necesaria (riego, carreteras, equipamiento urbano cercano, etc.) y el apoyo gubernamental fue adecuado (a través de la exención de impuestos, créditos, precios favorables, etc.) para dar empuje a una agricultura de carácter empresarial. Esta situación, que podría ser considerada como beneficiosa para México, en tanto que dinamiza el desarrollo regional y nacional, no ha sido una política generalizada en el resto del país ni para todos los sectores sociales. De tal manera que su dinamismo y crecimiento no se explica solamente por

las bondades de la naturaleza a las que se han añadido las políticas de Estado, sino porque su crecimiento como zonas de agricultura intensiva se debe, en gran parte, a la existencia de otras regiones pobres y marginadas del país que se han vuelto sus proveedoras de mano de obra barata. En ese sentido, decimos que dicha estructura agraria ha creado una cartografía de la desigualdad regional y social.

Si bien unos de esos enclaves se encuentran en manos de pequeños y medianos productores, como es el caso de Morelos, y en otros operan grandes agroempresas, como en Sinaloa; unos destinan gran parte de su producción al mercado interno mientras que otros privilegian la exportación, ambos forman parte de cadenas globales de productos controladas por los capitales comerciales.

La historia local del desarrollo de cada región como enclave agrícola es una historia particular. No obstante, en ambos casos han tenido lugar procesos similares en lo que se refiere a la constitución de los mercados de trabajo y de los circuitos de migración que ellos han generado. Mercados de trabajo para gente pobre, con escasas alternativas de empleo en sus lugares de origen y migraciones que corresponden a proyectos migratorios que involucran no solo a individuos, sino a familias completas y comunidades campesinas e indígenas.

Hoy en día observamos que los circuitos migratorios que generan esos enclaves agrícolas se han complejizado, dando lugar a una movilidad que incluye no solo movimientos de ida y vuelta o circulares, destinos de corta y larga distancia, nacionales e internacionales, sino diferentes etapas que incluyen el asentamiento o el sedentarismo.

En este capítulo hemos querido ilustrar esa etapa que corresponde al asentamiento, mostrando las particularidades que ha adoptado en cada caso de estudio y la manera de cómo ello ha dado lugar a nuevas formas de ocupación del espacio. Sin embargo, tratándose en ambos casos de asentamientos de jornaleros, cuyo origen es rural, muchos de ellos campesinos pobres e indígenas, nos ha parecido importante dar cuenta del tratamiento que el Estado y los Gobiernos locales han dado a dichos asentamientos, caracterizándolos como "colonias de indígenas" o "colonias de pobres". De modo que el tratamiento que se da a esa población no se genera en su carácter de trabajadores agrícolas que aportan su fuerza

de trabajo a las empresas o a pequeños productores que cultivan bajo contrato, con los derechos y las obligaciones que ello supondría. Más bien, como lo hemos señalado arriba, lejos de ser dignificados por su trabajo, son "racializados" por su condición de pobres, independientemente de que sean o no indígenas. Con ello, decimos, se hace un marcaje étnico de esa población, se le acota para excluirla o para incluirla como sujetos de atención a través de programas focalizados para atenderlos en su condición de pobres.

Pero, desde esta condición de pobres hemos visto surgir en esos asentamientos una "industria de la migración" operada desde abajo, "de pobre a pobre" (Tarrius, 2007, p. 9). De modo que los asentados han encontrado una manera de sobrevivir a través de la diversificación de actividades en otros sectores de la economía, pero, a la vez, asumiendo una serie de servicios que venden a otros migrantes en proceso de circulación.

Esos asentamientos se han constituido, en la mayoría de los casos, como resultado de un proceso de apropiación del espacio. No solo en el sentido de que en ocasiones fue resultado de invasiones o de toma de terrenos o de negociaciones para su compra y adquisición legal, sino porque dichos espacios fueron territorializados. Es decir, fueron apropiados para convertirse en espacios de vida, espacios vividos y espacios de interacción social (Di Méo, 2000). En ellos hemos visto surgir organizaciones lidereadas por indígenas o no indígenas que buscaban transformarlos en espacios dignos, a pesar de la precariedad que allí priva, demandando a las autoridades la instalación de la infraestructura urbana mínima. Pero este proceso puede ser leído como un quehacer que busca la dignificación que les ha sido negada en tanto que trabajadores o como miembros de un grupo étnico con una historia propia.

Finalmente, nos ha interesado caracterizar a estos asentamientos como lugares privilegiados de encuentros, de intercambios, de negociaciones y de interacciones entre poblaciones instaladas y no instaladas, y de grupos con distintos proyectos migratorios. Estos lugares, que en otros textos (Lara, 2008, 2010) hemos considerado como "espacios de cruce" (del francés *espaces carrefour*), se consideran como lugares de alta densidad relacional porque en ellos se articulan las trayectorias e

itinerarios de los migrantes en un movimiento doble de asentamiento y de circulación. Dentro de estos espacios, los migrantes (productores y utilizadores de los espacios) movilizan sus recursos (solidaridades étnicas, recursos simbólicos, etc.) y sus competencias para evaluar situaciones dadas (capacidades lingüísticas, conocimiento de la administración local del lugar, demostraciones identitarias, etc.), para la creación de riquezas comerciales y culturales (Hily y Ma Mung, 2002). En ese sentido, hemos mencionado que son también lugares propicios para el desarrollo de una economía familiar en archipiélago (Leonard *et al.*, 2003).

Bibliografía

Bendini, M. y Radonich, M. (Comps.). (1999). *De golondrinas y otros migrantes.* Buenos Aires: Editorial La Colmena.

C. de Grammont, H. y Lara, S. M. (1999). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas de Sinaloa. En H. C. de Grammont (Coord.), *Innovación tecnológica y reorganización productiva en el sector agroexportador.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

C. de Grammont, H. y Lara, S. M. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. y Lara, S. M. (2010, abril). Restructuring and standarization in mexican horticulture: consequences for labour conditions. *Journal of Agrarian Change, 10*(2), 228-250.

Castel, R. (2009). *La montée des incertitudes. Travail, protections, statut de l'individu.* París: Éditions du Seuil.

Cota, B. (2012). *Política social, necesidades y procesos de construcción de ciudadanía en familias jornaleras agrícolas asentadas en Villa Benito Juárez, Navolato, Sinaloa.* Tesis de doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Sinaloa, México.

De Moraes da Silva, M. A. (1999). *Errantes do fin de século.* San Pablo: UNESP.

Di Méo, G. (2000). Que voulons-nous dire quand nous parlons d'espace?, pp. 37-48. En J. Levy y J. Lussault (Dirs.), *Logiques de l'espace, esprit des lieux. Géographies à Cerisy.* París: Belin, Collection Mappemonde.

Flores, G.; Paré, L. y Sarmiento, S. (1988). *Las voces del campo: Movimiento campesino y política agraria, 1976-1984.* México: Siglo XXI; IIS-UNAM.

Hernández, R. (2012, junio). La industria de la migración en el sistema migratorio México-Estados Unido. *Revista Trace, 61,* pp. 41-61.

Hily, M. A. y Ma Mung, E. (2002). *Catégories et lieux des circulations migratoires.* Poitiers: Migrinter.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (2008). Control del espacio y territorialidad en las migraciones rurales, pp. 17-38. En P. Castro (Coord.), *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial.* México: Porrúa; UAEM; UAM-I.

Lara, S. M. (2010). Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura intensiva en México, pp. 251-277. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial.* México: Porrúa.

Lara, S. M. (2010a, enero-junio). Movilidad y migración de familias jornaleras: Una mirada a través de genealogías. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales, 19,* pp. 183-206, (Madrid: UNED). [ISSN-1139-5737].

Lara, S. M. (2011). Introducción, pp. 17-32. En S. M. Lara (Coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva.* México: El Colegio Mexiquense; Porrúa.

Lara, S. M. y C. de Grammont, H. (2011). Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloense, pp. 33-78s. En S. M. Lara (Coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva.* México: Colegio Mexiquense; ISS-UNAM; Porrúa.

Lara, S. M. y Ortiz, C. (2003). *Alternativas organizativas de los trabajadores agrícolas*. México: Instituto de Estudios del Trabajo, Informe de investigación inédito.

Leonard, É.; Quesnel, A. y Del Rey, A. (2003). De la comunidad territorial al archipiélago familiar. Movilidad, contractualización de las relaciones intergeneracionales y desarrollo local en el sur del estado de Veracruz. Ponencia presentada en el *IV Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales* (AMER), 20-22 de junio, Morelia, México.

Luna, M. y Velazco, J. L. (2005). Confianza y desempeño en las redes sociales. *Revista Mexicana de Sociología, 67*(1), 127-162.

Ortiz, C. (2007). *Las organizaciones de jornaleros agrícolas indígenas en Sinaloa.* Chapingo: Universidad Autónoma de Chapingo, colección Tlatemoa.

Saldaña, A. (2012). *Asentamiento residencial de los jornaleros migrantes alrededor de Tenextepango. La conformación nuevas colonias*. Cuernavaca: UAEM, Informe de Investigación inédito.

Saldaña, A. (2013). *Movilidad laboral de los inmigrantes en Tenextepango y transformaciones como centro de contratación*. Cuernavaca: UAEM, Informe de Investigación inédito

Sánchez, K. (2006). *Los capitanes de Tenextepango. Un estudio sobre intermediación cultural.* México: Porrúa; UAEM.

Sánchez, K. (2008). Cosechas y peones en Morelos: especialización y segmentación en los mercados de trabajo rural. *Análisis Económico, 23*(53), 201-225.

Sánchez, K. (2009). Migración jornalera en Morelos. Espacios y procesos regionales en la globalización, pp. 131-164. En VV. AA., *Actores, escenarios y representaciones en un mundo global.* México: Plaza y Valdés; UAEM.

Sánchez, K. (2012). Un enfoque multidimensional sobre los intermediarios laborales en el medio agrícola. *Política y Sociedad, 49*(1), 73-88. [ISSN 1130-8001].

Sánchez, K. y Saldaña, A. (2010). Espacios de inclusión y exclusión de los trabajadores migrantes asentados en localidades rurales: el caso de Tenextepango, Morelos. Ponencia presentada en el *VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo,* 20 a 23 de abril, México.

Sánchez, K. y Saldaña, A. (2011). Configuración de corrientes migratorias alrededor del mercado de la okra en Morelos, pp.151-212. En S. M. Lara (Coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva.* México: Colegio Mexiquense; ISS-UNAM; Porrúa.

Sánchez, K. y Saldaña, A. (2011a). Transformaciones del jornalero agrícola y los sistemas de intermediación laboral en la región oriente de Morelos. Ponencia presentada en el *8° Congreso Nacional de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales, Campesinos y procesos rurales* (AMER), 24-27 de mayo, Puebla, México.

Tarrius, A. (2007). *La remontée des sud. Afghans et marocains en Europe méridionale*. Avignon: Editions de l'Aube.

Tarrius, A. (2010). Migrantes pobres y globalización de las economías: el trasnacionalismo migratorio en Europa meridional, pp. 101-122. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial.* México: Porrúa.

Torres, F. *et al.* (2008). Viviendo juntos... cada uno por su lado: inmigración, convivencia y participación en los municipios murcianos. En A. Pedreño y F. Torres (Coords.), *Pasajes de la Murcia inmigrante*. Murcia: Cuadernos del Foro Ciudadano 2.

Torres, F. y Lara, S. M. (2008). La distribución territorial y la inserción residencial de los inmigrantes en la Región de Murcia, 1998-2007. En A. Pedreño y F. Torres (Coords.), *Pasajes de la Murcia inmigrante*. Murcia: Cuadernos del Foro Ciudadano 2.

El lugar de los trabajadores agrícolas en la geografía de las migraciones en América Latina*

Geografía histórica de las migraciones latinoamericanas

América Latina es una región con larga historia migratoria de flujos de distinta índole, en donde destacan la migración europea y los desplazamientos forzados de población negra para laborar en calidad de esclavos en las plantaciones. Varios autores (Cortés, 2005; Martínez, 2003; Pellegrino, 2003; Solimano, 2003) distinguen tres momentos importantes en la historia reciente de la región. Una primera etapa que se da desde la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, cuando la región sur del continente recibe una gran cantidad de inmigrantes europeos, muy seguido promovida por los propios gobiernos latinoamericanos para la extensión y colonización de sus territorios, así como para el abastecimiento de mano de obra, especialmente en Argentina, Brasil y Chile. Una segunda etapa, que da inicio en la década de los setenta, la cual se caracteriza por un intercambio considerable de personas entre los propios países de la región. Finalmente, una tercera etapa que inicia de manera diferente en cada país, pero se intensifica en la década del 2000, en la cual se aceleran los movimientos internacionales, en particular hacia los Estados Unidos y algunos países de Europa.

La primera etapa corresponde a las corrientes de migración ultramarina que se dieron, en gran parte, propiciadas por las dos Guerras

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2012). El lugar de los trabajadores agrícolas en la geografía de las migraciones en América Latina, pp. 27-67. En M. Bendini, P. Tsakoumagkos, N. Steimbreger y M. Radonich (Coords.), *Trabajo rural y travesías migratorias*. Neuquén: Editorial EOUCO; Universidad Nacional del Comahue. [ISBN 978-987-604-276-5].

Mundiales durante un largo periodo de crisis económica, de inflación e inestabilidad política en Europa, mientras varios países del Cono Sur estaban en plena etapa de expansión, teniendo ingresos muy superiores a los que se podían obtener en las naciones europeas devastadas por las guerras (Solimano, 2002).

Pellegrino (2003) señala que la existencia de extensos territorios con muy baja densidad demográfica (en América y Oceanía), que se encontraban en las fases iniciales de consolidación como naciones, condujo a iniciativas tendientes a atraer inmigrantes. La escasez de población en estos territorios se complementaba con el crecimiento de la población europea que atravesaba por las primeras etapas de la transición demográfica y que experimentaba una fuerte movilidad interna e internacional. Los que arribaron, procedentes principalmente de Italia, España y Alemania, eran colonos que tenían la intención de trabajar las tierras y/o emprender algún negocio en la región. Las mujeres que llegaron con ellos, si bien tuvieron que trabajar a su lado, venían con fines de acompañamiento familiar.

Hacia finales de la década de los veinte y después de los años treinta se da un estancamiento de esta inmigración internacional; varios países aprueban leyes restrictivas orientadas a limitar el número de migrantes e imponer criterios de selección con tintes racistas y xenofóbicos; se mantienen corrientes más pequeñas, fundamentalmente integradas por refugiados de persecuciones políticas, como fue el caso de los españoles de la Guerra Civil que llegaron a México. En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, el continente americano recibe las últimas oleadas de inmigración del continente europeo que se dirigen fundamentalmente hacia los países del sur y con ello se inicia una nueva etapa. Esta nueva etapa se caracteriza por el paso de un modelo económico agroexportador a un modelo de crecimiento industrial que propició el desarrollo de migraciones internas e interregionales, principalmente en un movimiento hacia las ciudades, acompañándose de un importante crecimiento demográfico en la región (Pellegrino, 2003). Es un momento de consolidación, importante para los países latinoamericanos, conformando una segunda etapa de las corrientes migratorias. ¿De qué manera los desplazamientos hacia zonas de agricultura intensiva han

intervenido en la conformación de esta geografía de las migraciones latinoamericanas?

Migración interna

A principios del siglo pasado la población de América Latina era eminentemente rural. En 1925 la población urbana alcanzaba un 25%, mientras las naciones más desarrolladas, en ese mismo periodo contaban con 40%. No obstante, ese proceso se revierte a partir de los años treinta, cuando la migración rural-urbana comienza a hacerse importante en la mayor parte de los países de la región. Debe señalarse que las causas del éxodo rural y del crecimiento urbano no fueron las mismas que en Europa occidental o Estados Unidos (tecnificación de la empresa agrícola, que requiere menos mano de obra y desarrollo industrial urbano, que necesita de ella), sino la baja productividad del agro debido al predominio de la gran propiedad tradicional como régimen de tenencia de la tierra (Peek y Standing, 1989).

Si bien los procesos de urbanización fueron más tardíos en América Latina, el ritmo de crecimiento de la población urbana en la década del cuarenta (5,1%) fue el más alto a nivel mundial. Esto debe atribuirse a la puesta en marcha de un "modelo de crecimiento hacia adentro", también llamado "de sustitución de importaciones", que provocó un acelerado desarrollo industrial en varios países latinoamericanos. De esta manera, el proceso de urbanización se desata y los porcentajes de población urbana para la región comienzan a acercarse a las de los países más desarrollados, teniendo que en 1950 pasa a 41,4% en la región, en 1975 a 66,3% y en el 2000 a 76,6%, mientras en los países desarrollados estos porcentajes serían de 54,7; 69,8 y 76,3, respectivamente. No obstante, este proceso de urbanización se dio de manera desigual en los distintos países de la región, encontrándose las tasas más altas de urbanización en Uruguay, Chile, Argentina y Venezuela, mientras Haití, Honduras y Guatemala se mantuvieron con muy bajos porcentajes de población urbana (Lattes, s.f.).

Hasta los años sesenta, la población urbana de la mayoría de los países se concentraba en sus principales ciudades: Montevideo, Buenos Aires, Ciudad de México, Caracas, Santiago, Lima, San José y Panamá

son ejemplos notorios de macrocefalismo; Quito-Guayaquil y Río de Janeiro-San Pablo eran ejemplos de concentración acentuadamente bicéfala. Colombia era el único país cuya red urbana estaba más equilibrada en el decenio de los sesenta (Valladares y Coelho, s.f.). Este proceso muestra la intensidad que tuvieron las migraciones internas, del campo a la ciudad y de ciudades intermedias hacia las grandes megalópolis.[1] Es en este momento en el que las estadísticas muestran el papel protagónico de las mujeres en estos movimientos que van del campo hacia las grandes urbes, encontrándose solo dos excepciones en Guatemala y Perú (Muñoz y Oliveira, 1972).

Lourdes Arizpe (1976) dio cuenta de este fenómeno, para el caso de México, encontrando como causales de expulsión no solo la pobreza y la falta de empleo en las zonas rurales, sino una serie de "motivos sociales" como el deseo de escapar a las restricciones de la vida familiar y comunitaria, la búsqueda de mejores oportunidades de trabajo y de vida, entre ellas la posibilidad de estudiar. No obstante, un número importante de mujeres rurales que migraron en ese periodo se incorporaron al trabajo como empleadas domésticas, en tanto los hombres se incorporaban en las actividades de construcción, en las fábricas o en el comercio. Arizpe encuentra, a la vez, la participación de individuos solos y familias en proporciones semejantes; en Santiago de Chile, por ejemplo, 50% de los migrantes eran mujeres y hombres solos, en México 47% habían migrado en familia. En cuanto a la edad, los hombres migraban entre los 15 y 24 años, mientras las mujeres después de los 30. Señala que el factor étnico tuvo una influencia importante en la integración del migrante a las ciudades, considerándose que los indígenas se incorporaban a ocupaciones de bajos ingresos y baja productividad, aunque se hallaron excepciones.[2]

1. En México, por ejemplo, la población urbana creció de 10,5% en 1900 a 44,9% en 1970, siendo la ciudad de México, Guadalajara y Monterrey las que más población absorbieron (Stern, 1989). En Chile la situación fue similar, a partir de la década del cuarenta la migración rural se acelera y el crecimiento de población en las áreas rurales comienza a hacerse negativo en 1960, coincidiendo con la política de industrialización basada en la sustitución de importaciones, de tal manera que en esa década más del 40% de la población urbana se encontraba en la capital, mientras la población rural había descendido a una cuarta parte de la población total (Kay, 1989).

2. Se confirma esta tendencia entre los indios têrena en Brasil (Cardoso de Oliveira, 1972) o en el caso de los otomís y mazahuas en México (Arizpe, 1975). Pero no sucede lo mismo con los zapotecos (Young, 1976), ni en el caso de los purépechas de Tzintunzan (Kemper, 1973), ambos citados por Arizpe (1976).

Este proceso de migración rural-urbana comienza a estancarse hacia la década de los años ochenta. El agotamiento del modelo económico, junto con la crisis económica y la reorientación de las economías hacia un modelo de apertura económica y ajuste estructural, frenó dicho proceso y las metrópolis más pobladas y extensas han perdido atractivo. De acuerdo con Rodríguez (2008), los problemas de las ciudades derivados de una urbanización en un contexto de ingresos bajos, recursos limitados y debilidades institucionales llevarían a la formación de asentamientos irregulares donde se fueron instalando aquellas poblaciones rurales llegadas a las ciudades, pero sin posibilidades de insertarse productivamente en algún sector económico. Estos asentamientos se llaman, poblaciones callampas en Chile, villas miseria en Argentina, cantegriles en Uruguay y en México ciudades perdidas.

Rodríguez (2008) también señala que la migración de los últimos cinco años entre ciudades menores muestra niveles particularmente altos en varios países, en los que supera el 12% de la población de referencia. Menciona como elementos que han llevado a convertir a las ciudades intermedias en destinos migratorios los siguientes: 1) la condición de "frontera" (internacional o interna) de algunos de estos espacios, como sucede en Tijuana, Reynosa o El Paso, para el caso de México y Estados Unidos; 2) las ventajas en materia de disponibilidad de recursos naturales y/o apoyo específico de políticas de promoción y desarrollo territorial (incluyendo programas de colonización en el pasado), como sucede en Paraguay, donde la producción de energía en estas zonas ha sido un dinamizador económico y un factor de atracción de población; 3) el turismo, en particular el de alcance global, también ha resultado ser un rubro productivo poderoso y con una enorme capacidad de generación de empleo, y por esa vía de atracción de población. El caso de Quintana Roo, donde se localiza Cancún, en México, es uno de los más destacados, pero también opera en la región del Este de República Dominicana, entre otros países; 4) otras ciudades son atractivas por "proximidad" a metrópolis en proceso de suburbanización. Los casos de la provincia de Buenos Aires en Argentina, de la región de Valparaíso en Chile, o del Estado de México, en México, son ilustrativos; y, 5) regiones donde se localizan actividades de exportación agrícola o pecuaria, no tradicional, con inserción exitosa en los mercados mundiales.

En este contexto de desarrollo económico da inicio una nueva etapa de migraciones interregionales en el subcontinente caracterizada por un intercambio de población entre los propios países de la región. Si bien encontramos desplazamientos relacionados con la violencia vivida en ciertos países como Colombia, Perú, El Salvador y Guatemala, la mayoría de las migraciones interregionales fueron migraciones de trabajo y estuvieron provocadas por las desigualdades económicas de países menos desarrollados hacia aquellos con mayores tasas de crecimiento. Estos intercambios migratorios tienen diversas expresiones, una de ellas la migración temporal o circular asociada a los ciclos económicos, a las actividades agrícolas, al igual que para la construcción de grandes obras y el desarrollo comercial, entre otras actividades (Cortés, 2005; Martínez, 2003).

Si bien Rodríguez (2008) considera que la migración entre zonas rurales tiende a ser la menos cuantiosa, lo que se explica en parte por el avance de la urbanización, el debilitamiento de los programas de colonización y el agotamiento de la frontera agrícola en muchos países, varios ejemplos muestran que el desarrollo de complejos agrícolas orientados a la exportación hace que se conviertan en importantes polos de atracción de población rural y de dinamismo de ciudades intermedias.

La importancia de los flujos rural-urbanos, durante la primera mitad del siglo pasado, llevaron a invisibilizar los movimientos internos e intrarregionales de poblaciones que históricamente se hicieron importantes para garantizar el aporte de mano de obra necesaria en el desarrollo de la agricultura moderna, así como para la intervención en la construcción de obras de infraestructura.

Cabe destacar que bajo el modelo de sustitución de importaciones el sector primario cumplió un importante papel en términos de aprovisionamiento de materia prima para varias industrias, en particular la industria alimentaria, pero igualmente para la industria textil, la producción de cigarros, caucho, entre otros. Igualmente fue significativo el aporte de la agricultura de exportación para la obtención de divisas requeridas para la compra de insumos y tecnologías de importación (hortalizas, frutas, café). Si bien este proceso se revierte al abrirse las economías, la conformación de flujos migratorios internos que aseguraron

las cosechas de varios productos ha sido importante, sobre todo para el corte de la caña de azúcar, algodón, café, tabaco, frutas y hortalizas.

La caña de azúcar, junto con el algodón, y el henequén en México,[3] fueron productos de vanguardia durante el modelo de sustitución de importaciones. La demanda intensiva de mano de obra para sus cosechas provocó importantes flujos internos en varios países. En Brasil, hasta la fecha, la producción de caña de azúcar, ahora con fines de producción de biocombustibles, ha provocado importantes desplazamientos desde los estados nordestitos hacia la región de Ribereão Preto, en el estado de San Pablo (Silva de Moraes, 1999, 2010; Medeiros y Silva, 2009; Amorín y Navarro, 2010).[4] Igualmente ha sido relevante la migración de tucumanos y del resto de las provincias del noroeste para las zafras cañeras en Argentina (Giarracca, 2000). En México, en la década de los setenta, se calculaba que la caña de azúcar movilizaba a 60.000 trabajadores originarios de Oaxaca, Chiapas, Puebla y Guerrero, principalmente, para dirigirse a los estados de Veracruz, Sinaloa y Morelos, donde se emplazaron los ingenios azucareros más importantes del país. Pero el corte de algodón requería 367.799 trabajadores en esas mismas fechas, la mayoría desplazándose hacia los estados del Noroeste del país, Sinaloa, Sonora y Baja California. Otros productos que generaron importantes desplazamientos fueron: café (11.936 trabajadores); tabaco (46.823 trabajadores) y hortalizas (21.700 trabajadores) (Paré, 1977).

Bezarés (2007) nos permite saber que los indígenas guatemaltecos se incorporan a las corrientes internas que van del área rural del altiplano occidental y las Verapaces hacia las zonas agrícolas, en donde, migrando en familias, participan en las cosechas de cardamomo, caña de azúcar y café en Escuintla, Suchitepéquez, Retalhuleu y Santa Rosa, así como en las regiones meloneras de Zacapa.

Los cambios en los mercados de productos, las políticas de ajuste estructural y de apertura de las economías han modificado fuertemente

3. También llamado sisal, se cultivó en la península de Yucatán, para la elaboración de cuerdas, costales y otros derivados, requeridos para el empaque de productos, para la industria marítima y otras.

4. En 1993 esta región poseía 29 fábricas de azúcar, 17 destilerías con una producción de 3,5 millones de litros de alcohol y 42 millones de sacos de azúcar, de los cuales 2,6 millones fueron exportados. Estas fábricas movilizaban a 70.000 trabajadores de los cuales 30.000 eran originarios del valle de Jequitinhonha, en Minas Gerais (Silva, 1999, p. 5).

esta geografía de las migraciones jornaleras. Productos como el algodón y el henequén (sisal) perdieron competitividad ante la entrada de las fibras sintéticas y la caña de azúcar por los edulcorantes de origen sintético o natural. Pero lo más importante, fue la intervención de los Estados en la reorientación productiva hacia cultivos más rentables y orientados al mercado internacional. Un claro ejemplo lo encontramos en el caso de los estados del noreste de México, cuya producción algodonera y cañera se reconvierte hacia la producción de hortalizas de exportación, con apoyo del Estado, bajo una política neoliberal que busca la inserción en los mercados globales.

Migración interregional

Al lado de los flujos internos se desarrolla fuertemente la migración intrarregional, producto de las desigualdades económicas entre países. En este contexto, el país que más recibió migrantes de países limítrofes fue Argentina. A los desplazamientos internos provocados por la urbanización de ese país, se agregaron migraciones de paraguayos, chilenos, bolivianos, peruanos y uruguayos, atraídos por mejores condiciones salariales y la presencia de comunidades de migrantes insertas en actividades dentro de la industria, la construcción, el comercio y los servicios, derivados de los procesos de urbanización (CELADE, 2006).

Benencia (2009) plantea que, a partir de la década de los treinta, la migración de países limítrofes hacia Argentina constituyó una respuesta frente a la escasez de mano de obra en la agricultura, por lo que llegaron a ese país: bolivianos, chilenos, paraguayos y, en menor medida, uruguayos y brasileños. En sus inicios se trató de desplazamientos que se daban en las zonas fronterizas, pero poco a poco se fueron adentrando hacia el Gran Buenos Aires para insertarse en la construcción, la industria manufacturera y los servicios. Sin embargo, fue la migración boliviana la que, habiéndose iniciado como una migración pendular desde finales del siglo XIX, empezó a adquirir mayor importancia con el auge y expansión de las economías regionales y la demanda creciente de mano de obra para las cosechas. Así, estos migrantes intrarregionales respondieron, también, a la demanda generada por la industria cañera en las

regiones de Salta y Jujuy, sumándose a la migración interna proveniente de la provincia de Tucumán, provincia que históricamente "había tenido un papel ordenador de las migraciones interregionales" (Sabalain y Reboratti, 1982; citado en Giarracca, 2000, p. 71). Igualmente, entre 1940-1960 se insertaron en las cosechas de tabaco, remplazando a la mano de obra nativa. Más tarde, entre 1960-1970 se extiende su participación, incluyendo la participación en la vendimia y cosechas frutihortícolas en Cuyo. Esta etapa se caracteriza por un proceso de radicación de los migrantes en el Gran Buenos Aires, así como el cambio entre una migración masculina a otra de carácter familiar (Benencia, 2009).

Una de las características particulares de la migración boliviana en Argentina es que estos migrantes se han especializado en la producción hortícola, mediante un sistema de arrendamiento de parcelas, a diferencia, por ejemplo, de la migración chilena. Benencia también señala la capacidad que han adquirido para controlar las fases de distribución de la cadena hortícola en ese país. Bendini y Pescio (1996) y Radonich y Ciarallo (2009) explican este proceso en la región del Alto Valle, donde la migración chilena resultó relevante en la consolidación de la fruticultura, sumándose a los migrantes internos provenientes de Río Negro y Neuquén. De acuerdo con estas autoras, la migración chilena hacia la Patagonia puede datarse en 1895, cuando los desplazamientos transandinos eran comunes sin que existiera una diferenciación neta de argentinos y chilenos. Su inserción se daba principalmente en la ganadería extensiva y el cultivo de alfalfa. Sin acceso a la tierra, los chilenos conformaron una población "golondrina", hasta que la expansión de la fruticultura en la región, y su creciente urbanización condujera a la radicación de muchos de ellos en asentamientos precarios, calles ciegas, viviendas a lo largo de canales de riego, desagües, etc. (Bendini, Radonich y Steimbreger, 1999). No obstante, esta población a diferencia de los bolivianos generó espacios y relaciones sociales diferentes en torno a la fruticultura, pues mientras ellos se empleaban como peones en las chacras, los bolivianos arrendaron las tierras irrigadas (Trpin, Ciarallo y Radonich, 2010).

En la región centroamericana los flujos más importantes se han dado principalmente de Nicaragua, Honduras y El Salvador hacia Costa Rica

y México. Costa Rica es el principal destino de los nicaragüenses (85% del total), teniendo como objetivo los mercados laborales creados en torno a la agricultura y los servicios. Nicaragua tiene una migración histórica hacia Costa Rica que incluye destinos urbanos y rurales. La demanda de mano de obra temporal en cosechas como el café y el banano es la más importante, pero mientras en 1984 migraron 83.250 nicaragüenses para las cosechas de café y 13.120 para las de banano, en 2006 el banano había recibido 38.000 trabajadores de ese país y el café 81.000 (Martínez, 2003; Baumeinster *et al.*, 2008; Prunier, 2010). Los departamentos de mayor intensidad migratoria son Altagracia, La Conquista, El Sauce, Carazo, Tola y Estelí. La migración masculina es principalmente estacional y se dirige hacia los ingenios azucareros del norte costarricense e incluyen además de las cosechas de banano y café, las de melón y naranja. Aunque hay mujeres que participan también en las cosechas de melón y naranja, ellas se dirigen más hacia las zonas urbanas a laborar en trabajos domésticos, como meseras o vendedoras. Hay, también una migración nicaragüense hacia El Salvador que se dirige a fincas ganaderas y a la construcción (Baumeister *et al.*, 2008, pp. 97-100).

La migración de guatemaltecos hacia México tiene una larga historia. La conformación de latifundios y la legislación propia de las reformas liberales contribuyeron, desde finales del siglo XIX a la consolidación de un flujo migratorio importante, en algunos casos fue de migración forzada para trabajar en las cosechas de café, banano, caña de azúcar y algodón, que se producían con fines de exportación (Castillo, 2010). Hoy en día, esta migración se mantiene bajo distintas modalidades, una de ellas a través de un programa de documentación de trabajadores temporales (Anguiano, 2009) que les otorga una forma migratoria legal, o también de manera indocumentada.

La migración interregional cobra importancia en la década del setenta cuando el número de migrantes de la propia región se duplica, en tanto que en la siguiente década se estanca, para incrementarse nuevamente en el año 2000, cuando llega a alcanzar los 3 millones de personas (Cortés, 2003; Martínez, 2003).

Migración internacional de larga distancia

Desde mediados del siglo XX se observan movimientos desde varios países latinoamericanos hacia los países desarrollados. Estados Unidos ha sido por excelencia el destino más importante de los latinoamericanos. No obstante, en esta tercera etapa de las migraciones latinoamericanas es donde se destaca la diversificación de destinos fuera de la región. En particular destacan los movimientos hacia España, Japón y Canadá, si bien se observan también otros destinos como Italia, Francia, Holanda y Portugal en la Unión Europea, Australia e Israel.

Si bien algunos países contaban ya con algunos flujos históricos hacia los Estados Unidos, principalmente en el caso de los mexicanos que a través del Programa Bracero (1940-1965), quienes atendieron una demanda importante de mano de obra en el sector agrícola, la construcción de líneas de ferrocarril y de caminos, las migraciones de larga distancia adquieren relevancia a mediados de la década de los noventa y se intensifican a lo largo del siglo XXI. No obstante, como lo señala Canales (2010), no todos los países de la región presentan el mismo comportamiento en las migraciones que se orientan hacia los Estados Unidos. Este autor distingue cuatro grupos:

1. Un primer grupo de alta emigración integrado por México, El Salvador, Cuba, República Dominicana, Guatemala y Haití, con volúmenes mayores de 500.000 personas. En el caso de México dicha migración asciende 11 millones de personas que representan el 11% de su población, y en el Salvador suma casi un millón de personas, lo que significa el 15% de su población.

2. Un segundo grupo que corresponde a países con altos volúmenes de migración absoluta, pero baja tasa de emigración (Colombia, por ejemplo), o con bajos volúmenes de migración absoluta, pero que representan un alto porcentaje de la población de su país de origen (Nicaragua y Panamá). Otros, con una situación intermedia, como Ecuador y Honduras, con volúmenes importantes de migración absoluta (superior a las 400.000 personas), y tasas de emigración del 3% y 5,7% respectivamente.

3. El tercer grupo corresponde a países con bajos niveles de migración absoluta y con bajas tasas de emigración relativa. En esta categoría

se ubican Costa Rica junto a los otros ocho países sudamericanos restantes. En todos estos casos, el volumen de la población residente en Estados Unidos es inferior a las 150.000 personas y/o la tasa de emigración es inferior al 1,5% de la población. Las excepciones son Brasil, por un lado, con un volumen de casi 350.000 emigrantes en Estados Unidos, pero que representan solo el 0,5% de la población de ese país, y por otro lado Costa Rica, que aunque solo tiene 140.000 emigrantes representan el 2,5% de su población.

Una característica relevante de este nuevo tipo de migraciones de larga distancia es el carácter indocumentado de las mismas. Siguiendo con Canales (2010), las estimaciones más recientes ubican en 11,1 millones la cifra de indocumentados en Estados Unidos, de los cuales las tres cuartas partes provienen de Latinoamérica. Este dato es relevante, pues no hay duda de que el carácter indocumentado de la inmigración contribuye a la configuración de condiciones de vulnerabilidad y desprotección que afectan directamente a los migrantes, y que se refleja en diversas formas de discriminación, segregación y exclusión social. De acuerdo con dicho autor, los indocumentados representan casi el 50% de los trabajadores ocupados como jornaleros agrícolas, a la vez que constituyen el 25% de los obreros de la construcción y similar proporción de los trabajadores en servicios de mantenimiento y limpieza, y en el servicio doméstico. Por el contrario, en las ocupaciones de alto nivel, los indocumentados apenas representan el 1,5% de los profesionales y ejecutivos y el 2,2% de los trabajadores en puestos administrativos y de ventas.

Varios estudios muestran la importancia de la mano de obra mexicana en la agricultura californiana, la más importante de Estados Unidos.[5] De acuerdo con Palerm (2010), la agroindustria de este estado norteamericano ocupa actualmente más de un millón de trabajadores, algunos

5. Durante más de 50 años, California ha venido ocupando el primer lugar en producción agrícola en el país, aportando más de 25.000 millones de dólares en 1999. La industria agrícola de California es una de las más diversificadas: incluye más de 250 distintos productos agrícolas y ganaderos. A nivel nacional, de los diez condados principales en producción agrícola, ocho se hallan en California: Fresno, Kern, Tulare, Monterrey, Merced, Stanislaus, San Joaquín y Riverside. El porcentaje de administradores latinos de granjas en muestro estado (6%) es mayor que el porcentaje total nacional (14%). Como bien se sabe, la gran mayoría de trabajadores del campo nacieron en el extranjero (95%), son jóvenes (63% tiene menos de 34 años) y varones (82%). Véase http://www.universityofcalifomia.edu/news/spanish/article/10602

de manera permanente y otros en forma temporal, la mayoría de ellos son mexicanos o descendientes de mexicanos (p. 234). Existe una gran dificultad para conocer cuántos de ellos son indocumentados, no obstante, se sabe que el número se incrementa año con año. La mayor parte de esta población son hombres, en una proporción de 127 por cada 100 mujeres (Canales, 2010).

Cabe señalar que esta migración de larga distancia se ha intensificado con las crisis económicas que han afectado a la mayor parte de los países de la región, el incremento de la pobreza y del desempleo. Ello explica el incremento de la participación femenina en estas migraciones, asociado a una diferenciación del mercado laboral que abre opciones especialmente para las mujeres en tareas como son los cuidados personales (*care*), servicios de limpieza y mantenimiento, servicio doméstico y la industria textil y del sexo. Sin embargo, es también cierto que para los hombres se han abierto nuevas opciones laborales que inducen a una mayor emigración masculina.

El segundo destino migratorio importante de los latinoamericanos es España, lo que se explica en gran parte por la proximidad cultural con ese país y su posicionamiento como potencia económica al ingresar a la Unión Europea. De acuerdo con Rengifo, y Oporto del Olmo, (2005), la proximidad cultural e histórica, en paralelo con el abaratamiento del transporte aéreo la han convertido en el destino preferido de la inmigración transoceánica de América Latina. De tal manera, que la inmigración laboral en España ha ido adquiriendo relevancia en ese país a lo largo de las dos últimas décadas en sectores con un alto grado de "informalidad económica" como: agricultura, servicio doméstico, servicios y construcción. La *Encuesta de residentes extranjeros* del Ministerio del Interior de España en 2002 estimaba en 1,24 millones el n, lo que da cuenta del descontrol del fenómeno inmigratorio en ese país. Madrid y Barcelona concentraron cerca del 40% de las solicitudes de residencia. Destacan además Valencia, Alicante, Murcia y Almería. Los o las empleadas en el hogar (32%), la construcción (21%), la agricultura (14%) y la hostelería (10%) acumularon cerca de las cuatro quintas partes de la normalización. Ecuador, Rumania y Marruecos, son los tres países de origen de la mitad de los inmigrantes normalizados.

En Ecuador las condiciones económicas del país, el incremento de la pobreza y las desigualdades sociales intensifican los desplazamientos al exterior. En un primer momento estos desplazamientos se orientaron hacia los Estados Unidos, calculándose que para el año 2000 vivían más de 800.000 ecuatorianos en ese país, sin embargo, después de 1995 los destinos se dirigen hacia la Unión Europea, principalmente hacia España en donde se calcula que reside el 55% de los migrantes ecuatorianos (Pedone, 2006).

Varios estudios (Cortés, 2003; Martínez, 2003; Pedone, 2006) coinciden en señalar la importancia de las mujeres ecuatorianas en la migración hacia España, señalándose como un flujo que responde a una demanda de mano de obra femenina para el servicio doméstico, aseo, servicios personales, cuidados de niños y enfermos. No obstante, hoy en día se sabe que los procesos de reunificación familiar han llevado a masculinizar este flujo (Herrera *et al.*, 2005). Igualmente se destaca la importante emigración de mujeres colombianas y dominicanas enroladas en la industria del sexo en ese país, siendo especialmente demandadas las mujeres afrodescendientes (Ariza, 2004; Hurtado, 2006). Por su parte, la población masculina se ocupa en la agricultura de zonas agrícolas desarrolladas y en los trabajos de construcción, principalmente.

Pedreño (2010) plantea que el Padrón Municipal de Habitantes del 1 de enero de 2006 señalaba que en España se encontraban residiendo 399.585 ecuatorianos ubicados en Madrid (113.717), Cataluña (81.925), Comunidad Valenciana (51.919) y Región de Murcia (49.321), considerando a esta última región donde el asentamiento y la experiencia laboral es eminentemente rural. Agrega este autor que es en la última década cuando esta migración se dispara, pasando de 26.189 ecuatorianos en Murcia en el año 2000 a 181.773 cinco años más tarde. Los orígenes de esta población son diversos, algunos provienen de ciudades como Guayaquil y Quito, otros de zonas rurales como Machala o Cañar. Justamente este autor, al igual que Pedone, señala la crisis económica de Ecuador en 1999 como el detonante de esta migración. Otras migraciones que se dirigen hacia España son las de nicaragüenses (Baumeister *et al.*, 2008). Reigada-Olaizola (2009) encuentra un proceso similar en el caso de Andalucía, donde la población inmigrante ascendía a 555.831

personas, de las cuales 26.333 eran originarios de Colombia. Una parte importante de estos migrantes se dirigen a Jaén y a los campos freseros de Huelva (p. 167).

Es importante destacar en las migraciones internacionales actuales la modalidad de migración regularizada a través de diversos programas de contratación de trabajadores temporales, sobre todo en el caso de la agricultura. Estas modalidades de contratación se han ido extendiendo en varios países. En lo que concierne a la población latinoamericana, los convenios más importantes involucran a México con Canadá y Estados Unidos, a Guatemala, El Salvador y Colombia con Canadá y a Ecuador y Colombia con España.

En México, desde los años ochenta operan los programas de Visas temporales H2A y H2B. El primero es para trabajadores agrícolas y el segundo para el sector servicios. Cada año, cerca de 80.000 trabajadores migrantes mexicanos obtienen este tipo de visas para trabajar en el otro lado, las cuales les son autorizadas a los empleadores para paliar la escasez de mano de obra norteamericana. El compromiso del empleador, el caso de las visas H2A es de otorgar pasaje de ida y vuelta al trabajador, alojamiento, tres comidas y transporte local. Se trata de programas operados por los consulados, sin supervisión rigurosa por parte del gobierno mexicano. Funcionan con base en contratistas mexicanos, intermediarios norteamericanos y las propias empresas que se encargan del reclutamiento. El gobierno norteamericano tampoco interviene, solo otorga las visas. Es evidente que algunos trabajadores que ingresan con visas H2 luego se quedan como indocumentados. Sin embargo, se puede constatar que para muchos es una buena opción de trabajo temporal y que retornan una vez terminado el contrato. El problema radica en que el retorno no se premia con nuevas visas u otro modo de entrar legalmente. Hasta fechas muy recientes, a Estados Unidos no le interesaba controlar de manera eficiente las salidas sino únicamente las entradas (Durand, 2007)

Programas similares funcionan para trabajar en Canadá. Si bien este país es básicamente de inmigrantes, su política migratoria se ha ido endureciendo a lo largo del tiempo. No obstante, para resolver el problema de escasez de mano de obra no calificada este país ha puesto en marcha diversos programas. En el caso de la agricultura impulsó un Programa No

Inmigrante de Autorización Laboral, que en 1966 logró llegar a un acuerdo bilateral, primero con Jamaica, para extenderse más tarde a Trinidad y Tobago y Barbados. En México se puso en marcha en 1974 (Preibisch, 2000), en 2003 se integra Guatemala (Vargas-Foronda, 2010), posteriormente Honduras, El Salvador y más recientemente Colombia. Esta modalidad de contratación se amplía ahora a otros sectores económicos, principalmente en servicios, mediante el Pilot Project for Occupations Requiring Lowers Levels of Formal Training. (Preibisch, 2011).

Por su parte, México también cuenta con un programa de esta naturaleza. A partir de 1990 la frontera de México con Guatemala se convirtió en un espacio de internación y tránsito de personas procedentes de Centroamérica. Más de la mitad de esas personas procedían de Guatemala (57%) y en segundo término de Belice (28%), concentrando estas dos nacionalidades el 85% de los flujos. En 1998 México reconoce esta situación y crea el "Programa de documentación migratoria de los trabajadores agrícolas temporales guatemaltecos" que estableció la credencial denominada *Forma migratoria de visitante agrícola.* No obstante, el flujo de migrantes no autorizados, se estimaba en el año 2004 había en más de 400.000 ingresos (cantidad que se traduce en eventos, pero no necesariamente en número de personas), dirigiéndose una tercera parte a alguna localidad de la región fronteriza sur mexicana y el resto en tránsito por México con destino a Estados Unidos. Para intentar regularizar esta situación, en marzo de 2008, se puso en marcha la *Forma migratoria de visitante local* (FMVL), con una vigencia de cinco años. No obstante, los flujos de centroamericanos que llegan a México, sobre todo para intentar llegar a los Estados Unidos no solo se ha incrementado en número, sino que ha ampliado su radio y hoy en día integra: hondureños, salvadoreños y nicaragüenses.

Reigada-Olaizola (2009) muestra el mismo fenómeno para la agricultura andaluza y catalana, donde se firman acuerdos de "contratación en origen" que regulan los flujos de inmigrantes. Si bien la población latinoamericana que se incorpora a estos contratos es muy minoritaria en comparación con la de origen africano (marroquíes y subsaharianos), se convierte en una experiencia más de este tipo de formas de contratación regulada para laborar en actividades agrícolas.

Entre las diversas críticas que ha recibido la operación de estos programas se señala que el trabajador queda sujeto a los caprichos y condiciones del empleador en turno y que no puede moverse o cambiar de trabajo, en una situación de control parecida a la semiesclavitud (Durand, 2007).

Otros destinos de los latinoamericanos en Europa son Italia, Francia y Portugal. Japón se convierte en una opción preferente de brasileños y peruanos de ascendencia nipona, quienes alcanzan la cifra de 300.000, siendo los brasileños 80% de esta población. En este último caso, se trata de una migración documentada que se dirige a cubrir demanda de mano de obra en el sector manufacturero, limpieza, servicios, hotelería e industria alimenticia. Las mujeres trabajan en el servicio doméstico, cuidado de niños, ancianos y personas con discapacidad. Un nicho laboral lo encuentran en las escuelas para los hijos de los *nikkei* (inmigrantes) o como recogedoras de pelotas de golf en los campos de entrenamiento. Se menciona también la migración femenina asociada al comercio sexual, principalmente de mujeres brasileñas (Cortés, 2003).

Resumiendo, hoy en día los desplazamientos de la población latinoamericana se dirigen prioritariamente hacia países desarrollados, destacándose los Estados Unidos como destino preferencial. Si bien se observan nichos laborales que demandan mano de obra calificada, y que han llevado a los miembros del Cono Sur a consolidar flujos de larga duración, el grueso de la migración hacia Estados Unidos, Canadá y España responde a la demanda de mano de obra no calificada, donde mexicanos y centroamericanos y ecuatorianos son la mayoría, una parte importante de la cual se inserta en trabajos agrícolas.

Presencia indígena en las migraciones latinoamericanas

Si bien los territorios en donde tradicionalmente se ha concentrado la población de origen étnico en América Latina se caracterizan por ser espacios rurales en donde se concentra la pobreza, hoy en día encontramos que los indígenas se encuentran viviendo también en las grandes urbes, en centros turísticos y en zonas de agricultura intensiva; muchos han abandonado sus territorios ancestrales. Emigrar de las tierras que

tradicionalmente han ocupado los indígenas representa para ellos una forma de escapar de la pobreza absoluta y relativa de su hábitat.

Cabe mencionar que un aspecto de las migraciones indígenas interregionales se vincula a la existencia de antiguos territorios étnicos que fueron afectados por divisiones administrativas impuestas por las naciones al establecer sus fronteras. Es el caso de la población maya de los departamentos de Quetzaltenango, San Marcos, Suchitepéquez, Escuintla y Huehuetenango en Guatemala, colindando con México, al igual que el de la población mapuche de Temuco, al sur de Chile, que colinda con la del Comahue en Argentina; los quechuas en los departamentos de Potosí, Tarija, Oruro y Chuquisaca en Bolivia, con el norte argentino, o de los quichuas del departamento de Tungurahua en Ecuador que se desplazan hacia Colombia.

Esta vecindad, junto con un pasado y origen común, a la vez que una misma pertenencia cultural y un territorio ancestralmente compartido, es lo que ahora deviene en movimientos de carácter interregional. No obstante, estos movimientos han sido potenciados por los enclaves agrícolas que se han constituido en polos de atracción de las migraciones interregionales a lo largo de la historia de América Latina, situación que cobra importancia en las últimas décadas a raíz del proceso de globalización de la agricultura y la emergencia de nuevas regiones y de mercancías agrícolas.

La posibilidad de conocer en forma cuantitativa las migraciones indígenas resulta complicada, dado que información censal en América Latina para la población indígena no permite realizar comparaciones con la población no indígena, toda vez que su estandarización es muy limitada. A la vez, los modelos teóricos que definen los fenómenos migratorios indígenas muestran serias deficiencias explicativas (Valdés, 2008). Algunos autores consideran que las poblaciones indígenas tienen una menor propensión a migrar debido a la escasa comunicación de las regiones en donde se asientan los indígenas o limitaciones para el manejo del español; otros argumentan, al revés, que la migración es el principal componente de la dinámica migratoria, resultado de la presión demográfica sobre la tierra en un territorio limitado, la pauperización creciente y la falta de oportunidades laborales, especialmente para las

mujeres, situación que se contrapone a la oferta de trabajo temporal en zonas agrícolas desarrolladas y en las ciudades. No obstante, la migración indígena no responde solo a factores económicos, en tanto que la decisión de migrar no solo es individual sino familiar, e incluso comunitaria (Valdés, 2008).

Lo cierto es que, como lo demuestra Valdés (2008), no puede hablarse de un patrón homogéneo de comportamiento de los grupos indígenas de América Latina con respecto a la migración, pues en ello intervienen múltiples factores entre los que deben destacarse las redes sociales que facilitan o no los desplazamientos de esta población.

En México, a partir del Censo del 2000 se observa una gran movilidad en ciertos grupos étnicos (náhuas, mixtecos, zapotecos y otomíes) que se dirigen al interior del país para cubrir la demanda en diversos sectores. No obstante, destaca la presencia de mixtecos, zapotecos y triques de Oaxaca en actividades agrícolas del noroeste del país, trabajando en la cosecha de hortalizas de exportación. Por su parte, náhuas y mixtecos de Guerrero, si bien laboran como jornaleros en esta misma región y en otras, también se dedican a la venta de artesanías en zonas turísticas del Caribe, el Pacífico mexicano y en la Escalera Náutica del Mar de Cortés. Cabe destacar que se trata de una migración de tipo familiar (Lara, 2008). Esta situación también se observa entre los indígenas guatemaltecos que se incorporan, junto con sus familiares, a los movimientos transfronterizos al sur de México para trabajar en las fincas cafetaleras del Soconusco en Chiapas, si bien muchas mujeres se ocupan en el trabajo doméstico en ciudades como Tapachula y San Cristóbal de Las Casas, o incluso en el comercio sexual (Bezares, 2007). Edith Kauffer (2007) menciona también como actividad alternativa de las mujeres indígenas guatemaltecas la venta de textiles y artesanías en lugares turísticos de México.

En Bolivia, los índices de feminidad en las migraciones indígenas son muy altos, principalmente en Chuquisaca, Oruro y Potosí, orientándose básicamente hacia Santa Cruz, Cochabamba y La Paz, donde las mujeres se insertan igualmente en el trabajo como empleadas domésticas, dado su bajo índice de escolaridad (CEPAL, 2005). El ejemplo más extremo es el de las "bagayeras". Mujeres indígenas quechuas que son

enganchadas por contratistas para transportar trigo y otros productos en pequeñas cantidades, entre Argentina y Bolivia, lo que corresponde a un contrabando de estos productos, que son transportados en las espaldas de estas mujeres durante largas distancias para atravesar la frontera. También está el caso de las mujeres que se dedican al "golondrineo", trabajando en varias fincas del lado argentino para recolectar fruta, pagándoles solo la comida y 10 dólares por toda la cosecha (Lara, 2008). Por su parte, Valeria Varas (2008) muestra la relevancia de indígenas y afrodescendientes, originarios de Panamá y Nicaragua en las cosechas de café de Costa Rica.

Si bien hoy en día la mayor parte de los desplazamientos de indígenas se dirige al interior de la propia región, en la presente década su incorporación a flujos trasnacionales de larga distancia es notable, principalmente hacia Estados Unidos y España. En Estados Unidos, es en el estado de California donde se concentra la población indígena mexicana, laborando principalmente en la agricultura. Palerm (2010) señala que se extiende desde San Diego hasta Sacramento, destacándose el valle Imperial, el de San Joaquín y el de Cochella. Mines, Nichols y Runsten (2010) estiman que entre 1991-1995 la población indígena en California ascendía a 31.800 y para los años 2004-2008 llegaba a 117.850 personas adultas, lo que representa una población de 165.000 indígenas mexicanos si se incluye a los niños. Esta población excluye a aquellos que se encuentran asentados en ciudades como San Francisco, Oakland, San José, Los Ángeles, Orange County y San Diego. Se trata de una población originaria de los estados de Guerrero y Oaxaca. Más de la mitad habla mixteco, 26% zapoteco y 9% triqui.

Lynn Stephen (2007) menciona la gran movilidad actual de esta población, la cual ha ido remontando hacia Fresno, Madera, Merced Stockton y Oxnard, para después atravesar la frontera con los estados de Oregón y Washington. A la vez, hoy en día este tipo de migración mexicana se extiende a la costa Atlántica de Norteamérica (Florida y las Carolinas del Norte y del Sur). Algunos de estos indígenas, como es el caso de los mixtecos oaxaqueños de México, han logrado presencia en los Estados Unidos a través de asociaciones de carácter binacional como es el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional (FIOB).

La "condición migrante" del trabajador agrícola

El desarrollo de mercados especializados en alimentos de alto valor agregado: exóticos, orgánicos, no estaciónales, certificados en origen, etcétera, que con la globalización han proliferado por todo el mundo, ha generado una demanda importante de mano de obra estacional, provocando una fuerte movilidad de carácter multiescalar (Faret, 2010).

Hoy en día se habla de una nueva era en las migraciones (Castles y Miller, 2004), caracterizada por turbulencias que dan cuenta de las profundas transformaciones que han afectado las lógicas de la movilidad. Se trata de una evolución de los sistemas migratorios que resulta de la dialéctica entre, por un lado, factores macroeconómicos o geopolíticos de tipo exógeno, y de otro lado, por las lógicas endógenas que despliegan los actores (Cortés y Faret, 2009). Estos fenómenos, que han sido ampliamente descritos y analizados, sobre todo en lo que respecta a las migraciones internacionales, ¿cómo se expresan cuando se dirigen hacia zona de desarrollo agrícola?

En lo que se refiere a los factores estructurales hay que considerar, sin duda, los procesos de globalización de la industria alimentaria, la creación de cadenas globales agrícolas, la formación de bloques económicos (MERCOSUR, ALENA, CAM, CARICOM y otros acuerdos parciales) así como el papel de los Estados nacionales, con sus políticas agrícolas, agrarias y comerciales.

Si bien, de acuerdo con Dirven (2007), la región como un todo tiene un saldo positivo en la balanza comercial agrícola, esto se debe básicamente a la inserción de los países en el comercio internacional de productos intermedios o no procesados, entre los que destacan oleaginosas y hortalizas. Sin embargo, señala que 12 de los 27 países de América Latina y el Caribe tienen un saldo negativo, lo que supone diferencias importantes en la región. Por otro lado, menciona "el sesgo concentrador" en algunos grupos económicos y la marginación de sectores artesanales y en dificultades de sostenimiento de las pequeñas empresas. Plantea que, "contrariamente a la situación de algunos países de Europa, en América Latina no existe "un 'agricultor promedio'".

Hoy en día, la mayor parte de los desplazamientos que se dirigen hacia zonas agrícolas es para atender una demanda intensiva de fuerza de trabajo en "enclaves" agroindustriales (Lara, 2011). Es decir, espacios de agricultura moderna, orientados básicamente hacia las exportaciones,[6] donde se concentran los capitales, la tecnología y los recursos productivos: tierra, agua, clima favorable, conformándose como regiones altamente desarrolladas, en un momento histórico caracterizado por crisis económicas y sociales que han generado el estancamiento de las economías, la ruina de los pequeños productores rurales, así como el incremento del desempleo y de la pobreza, en la mayor parte de los países latinoamericanos.

De esta manera, se han creado flujos de migración que responden a la demanda de mano de obra que generan las zonas de agricultura intensiva. Es posible afirmar que estas migraciones tienen un factor de origen: las profundas desigualdades regionales entre los lugares de donde salen los trabajadores agrícolas y los lugares a donde llegan. No se trata de desigualdades producto de diferencias naturales, sino del resultado de procesos históricos y sociales, donde diferentes actores (Estados, empresas, trabajadores, contratistas, etc.) intervienen, dando lugar a la constitución de territorios que compiten por los recursos naturales, pero también por la fuerza de trabajo. Sobre todo, porque estas agriculturas exigen siempre más mano de obra de la que ocupan (Pedreño, 2009).

Se trata de un fenómeno multiescalar (Faret, 2010) que puede responder a desigualdades locales, nacionales o entre países, lo que explica los movimientos de carácter interno, intrarregional o internacional. Gran parte de este tipo de movilidad tiene que ver con los ciclos agrícolas que van siguiendo los trabajadores, rebasando las fronteras departamentales o estatales, regionales y nacionales, como lo muestran distintos autores reseñados en este texto.[7] Medeiros y Silva (2009) hablan de "corredores de migración" para dar cuenta de este fenómeno.

6. El crecimiento de la producción en América Latina se presenta muy concentrada en algunos productos, principalmente oleaginosas (8,5% anual) y hortalizas (4,3% anual). Igualmente, este crecimiento del sector agropecuario fue bastante heterogéneo entre los países de la región (Gómez-Olivier, 2007).

7. Carámbula (2010) para los trabajadores agrícolas del Uruguay; Bendini, Radonich y Steimbreger, (1999), Bendini y Steimbreger, (2008) o Trpin, Ciarallo y Radonich (2010), para el Alto Valle del Río Negro en Argentina; Medeiros y Silva (2009), para los cortadores de caña en San Pablo, Brasil.

Esta movilidad también puede estar dando cuenta del "encadenamiento" de movimientos provocados cuando la población local que garantizaba la fuerza de trabajo necesaria en ciertas zonas agrícolas de una región o de un país, sale de la agricultura debido a las pésimas condiciones de trabajo que allí se les ofrecen, para laborar en otros sectores productivos o migrar hacia otro país, buscando mejores condiciones salariales o de trabajo. En cuatro estudios realizados en zonas de desarrollo agrícola en México[8] encontramos cómo la ausencia de la población local que había migrado hacia algunas ciudades o hacia Estados Unidos es reemplazada por otros trabajadores que llegan de regiones más pobres, generándose así un fenómeno como de vasos comunicantes, ya que el vacío creado por unos es llenado por otros (Lara, 2011).

Lo que muestran estos procesos de movilidad no solo es la pobreza y la marginación de los lugares desde donde sale esta población sino la precariedad laboral que predomina en la mayor parte de los países de América Latina, como un fenómeno que afecta a todos los sectores productivos. Quaranta (2007) señala que en estas agriculturas "no puede haber irreductibilidad de la precariedad sin poner en juego la acumulación del capital". Y esto, seguramente es lo que hace que en el sector agrícola la precariedad se vuelva un denominador común para la mayor parte de las zonas donde se producen alimentos, tanto en los propios países de la región como en los países ricos a donde migran los trabajadores.

Carámbula (2010) y Piñeiro (2008) han desarrollado ampliamente el concepto de precariedad, dando cuenta de las variables que constituyen esta condición del empleo en el sector agropecuario. Por un lado, aquellas que tienen que ver con ingresos insuficientes, que no permiten la reproducción social del trabajador y su familia; la falta de contratos de trabajo por un tiempo indefinido; las condiciones de trabajo que no aseguran un empleo seguro, con los equipamientos necesarios y tiempos definidos de trabajo/descanso. Pero, a ello se agrega lo que Piñeiro ha considerado la dimensión subjetiva de la precariedad, que incluye la insatisfacción en el trabajo y el "sentirse precario". La Organización

8. Véase los estudios realizados por Kim Sánchez y Adriana Saldaña, Pablo Castro, Isabel Mora y Javier Maisterrena, Hubert C. de Grammont y Sara M. Lara en *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva* (Lara, 2011).

Internacional del Trabajo ha puesto en marcha una serie de reglamentaciones internacionales tendientes a regular las condiciones de empleo para lograr un "trabajo decente", sin embargo, en la agricultura esto está muy lejos de conseguirse (Lara, 2008a).

Las investigaciones sobre las condiciones de empleo de los trabajadores agrícolas en distintos contextos, aun de países desarrollados, dan cuenta de la precariedad en la que estos laboran. A ello se añade "la condición migrante" (Pedreño, 2011) de dichos trabajadores, dado que para emplearse, la mayor parte de las veces deben salir de sus lugares de origen, y que para conectarse con los espacios de demanda están sujetos a una serie de modalidades de intermediación que van desde las más salvajes, como es la de la figura del *gato* o *emprenteiro* en Brasil (Silva de Moraes, 1999, 2010; Medeiros y Silva, 2009; Amorín y Navarro, 2010), a la de los *capitanes* o enganchadores de México (Sánchez, 2006), las cooperativas de trabajo (Giarracca, 2000) o los distintos Programas de Trabajadores Agrícolas Temporales, o de contratación en origen que hoy se extienden (Anguiano, 2009; Reigada-Olaizola, 2009; Preibisch, 2000, 2011; Vargas-Foronda, 2010) para satisfacer la demanda de mano de obra temporal para diversos cultivos.

Esta "condición migrante" del trabajador agrícola, puede llevarle a situaciones claramente de esclavitud (Amorin y Navarro, 2009), cuando se lo priva de su libertad de movimiento desde que se lo contrata y es recluido en campos o campamentos. De acuerdo con Pedreño, esta situación precaria es lo que explica el abandono de los campos por parte de los trabajadores, buscando otros mercados laborales. Empujados por "el embrujo de la libertad" al que se refería Weber cuando hablaba de los trabajadores agrícolas del este del Elba (2011, p. 8) o por "el derecho de fuga" al que hace alusión Mezzandra (2005, citado por Pedreño, 2011), los inmigrantes ponen en práctica su rechazo a esas insoportables condiciones de trabajo saliendo de unos lugares de trabajo para irse a otros, con la esperanza de remediar esta situación.

De alguna manera, y a pesar de las limitaciones de esta "libertad", la circulación de dichos trabajadores en circuitos de migración a distintas escalas, entre diferentes tipos de productos, o su asentamiento en algunos lugares de trabajo, así como sus procesos de instalación/

desinstalación, o su ir y venir de un lugar a otro, son estrategias que dan cuenta de su capacidad de "agencia". De tal manera que, si bien existen procesos macroestructurales que están condicionando la movilidad de los trabajadores, también hay lógicas endógenas que los explican.

La necesidad de los migrantes de multiplicar sus respuesta a las situaciones de crisis y adaptarse a ellas conduce a la multiplicación de formas de desplazamiento: ampliación del perfil del migrante (en términos de edad, género, calificación profesional, estatus migratorio); complejización de la temporalidad del desplazamiento (duración, frecuencia, repetitividad, etc.) y de formas espaciales de desplazamiento (diversificación de recorridos y de destinos, multiplicación de lugares de instalación, utilización de lugares de tránsito, etc.) (Cortés y Faret, 2009).

Es a través de la diversidad de formas de movilizarse que los migrantes construyen sus "territorios de migración" o "territorios de circulación" (Tarrius, 2000; Faret, 2001), a partir de un proceso de apropiación real o simbólica de los lugares por donde transitan, donde se instalan o simplemente imaginan como posibilidad para un futuro.

Pero, al mismo tiempo que el circular les da una capacidad de agencia, mediante lo cual buscan enfrentar la adversidad de las condiciones de empleo precario, su condición de migrante los coloca en una situación de fuerte vulnerabilidad no solo por las distintas formas de explotación laboral a que están sujetos sino por las distintas formas de discriminación a las que la sociedad los somete, por ser pobres y por ser migrantes. A ello se añade muchas veces su condición de indígenas, o la de género, e incluso de generación (niños jornaleros). Pedreño habla de "estructuras estructurantes de la desigualdad, figuras inferiorizadas por su marcaje étnico" (2009).

En otro texto (1998) hemos hablado precisamente de las distintas formas de "minorización" de esta población jornalera y de cómo ellas sirven de base a los procesos de segmentación que se ponen en práctica en los mercados de trabajo, dificultando las posibilidades de organización y de creación de una conciencia de clase o de una conciencia de ciudadanía que haga frente a las distintas formas de exclusión a las que están sometidos.

En síntesis: precariedad, exclusión y vulnerabilidad son las figuras sociales que definen la situación de los trabajadores agrícolas en la mayor parte de los países de la región.

A manera de conclusión: Miradas analíticas de la migración latinoamericana

En los últimos años, un resquebrajamiento de los Estados naciones, cada vez más sumidos en redes de interconexión regional y global, penetradas por fuerzas supranacionales, intergubernamentales y transnacionales, está sacudiendo la imagen de los Estados naciones como espacios cerrados, homogéneos y estancos, imagen a partir de la cual el nacimiento de la sociología determinó que esta se viera dominada por la perspectiva implícita de que las sociedades podían estudiarse como unidades independientes que dieron lugar al llamado "nacionalismo metodológico". Hoy en día, hay una gran diferencia entre las sociedades actuales y las sociedades que vieron nacer y desarrollarse a la sociología, de tal suerte que los presupuestos epistemológicos y metodológicos implícitos en fases anteriores deben ser puestos al día, si se pretende que la investigación social aborde de manera exitosa nuevos objetos de estudio que no emergen del "orden internacional de los Estados", sino de un mundo crecientemente interconectado y globalizado (Llopis, 2007).

Desde esta perspectiva, los ciudadanos eran vistos como miembros de una sola nación y ciudadanos de un solo país. Los esquemas de análisis, acuñados en los países receptores consideraron solo la migración permanente o definitiva, así como los procesos de asimilación y/o integración, sin dar cuenta de la intensa movilidad, que hoy en día se presenta en desplazamientos intermitentes, de ida y vuelta constantes, aquellos que son por etapas y pasan por diversos lugares que van haciendo suyos al integrarlos a su proceso de migración, territorializándolos; en este sentido, resultan limitados. No obstante, su desarrollo corresponde a un momento histórico determinado.

De acuerdo con Faret (2010), las primeras migraciones tenían como objetivo asegurar el desarrollo demográfico y el dominio territorial de los países nuevos, y fueron movilidades que buscaban la estabilidad, el establecimiento duradero de las personas. Por el contrario, las migraciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial pretendían ser flujos temporales. Estos movimientos estuvieron marcados por la recepción no definitiva de población activa que respondía a la demanda específica

de los sectores económicos en auge. El proyecto social no era entonces de instalación sino de movilidad temporal, y estaba formulado de tal manera que la idea del regreso ocupaba un lugar central, tanto desde el punto de vista de las sociedades "de acogida" como entre los propios migrantes. Hoy en día, migración-ruptura y migración-continuidad, sin ser necesariamente exclusivas u opuestas, pueden ser vistas como las dos caras de las dinámicas migratorias en el largo plazo.

De acuerdo con la teoría del equilibrio, los flujos laborales son resultado de la estabilización que tiende a crearse entre los miembros que resultan redundantes en una sociedad para llegar a otra en la cual encuentran mejores oportunidades laborales y salariales, es el fenómeno del *push-pull*. Una variante de esta teoría considera que las migraciones son el resultado acumulado de las decisiones racionales que realizan los individuos al sopesar los factores que permiten la maximización de sus ganancias. Considera que mientras los países receptores generen una demanda de mano de obra la migración se desarrollará (Guarnizo, 2010).

En América Latina, la primera etapa de migraciones ultramarinas que llegaron a la desde los países europeos, correspondió a individuos que vinieron a colonizar las tierras americanas, con fines de instalación definitiva. Lo mismo sucedió más tarde, con las migraciones internas, normalmente del campo a la ciudad, durante el proceso de industrialización de la mayor parte de los países de la región. Es entonces un momento en que la teoría del equilibrio resultó adecuada para dar cuenta de este fenómeno.

La perspectiva histórico-estructural, se desarrolla en la década de los setenta. Basada en el pensamiento marxista, antepone al planteo del equilibrio sistémico la noción del conflicto continuo entre las diferentes clases y grupos sociales dentro del sistema como la fuente mayor de cambio social. Las migraciones van a ser contempladas como resultado de las fuerzas que determinan el proceso de acumulación de capital. El estructuralismo histórico arguye que áreas emisoras y receptoras forman parte de un mismo sistema mundial capitalista cuya división del trabajo cambia (afectando la localización de la demanda y la oferta de la fuerza laboral) de acuerdo a la organización social de la acumulación del capital a nivel global (Guarnizo, 2010).

En el campo de las ciencias sociales proliferan los estudios de corte antropológico y sociológico, destacándose la importancia de la dinámica familiar y los ciclos de vida, tanto en la toma de decisiones para migrar como en las consecuencias que genera la migración en las familias, en las propias mujeres y en los hombres. Los enfoques teóricos que van a prevalecer en este momento son los de la *unidad doméstica* y el estudio de *redes sociales*, enfoques en los cuales se considera el fenómeno migratorio como parte de un proceso en donde la familia y/o las redes sociales van a potenciar y regular los movimientos de población, independientemente de las causas económicas que los hayan generado, convirtiéndose en un proceso autosostenido, ya que dichas redes abren canales para la entrada y asentamiento de olas posteriores de migrantes. Familiares y amigos que permanecen en las comunidades de origen se conectan así al proceso migratorio (Massey *et al.*, 1990).

Por su lado, para el análisis de las migraciones indígenas se recurrió a teorías que no explicaban de modo diferenciado el problema. Es decir, el análisis de la migración indígena corrió por un carril muy similar (sino igual) al de la migración en general, en otras palabras, se trasladó todo el carácter explicativo de los fenómenos migratorios en general a los subconjuntos que componen el universo social, en este caso, la población indígena. Las dinámicas demográficas fueron asociadas a un fuerte proceso migratorio que provenía de áreas rurales. Desde esta perspectiva, la población rural era vista como una "reserva ilimitada de mano de obra" que determinó la "selectividad migratoria". De allí surgió el supuesto que "la oferta laboral potencial es función casi directa del crecimiento natural de la población rural. Esto evidentemente involucraría a la población indígena rural toda vez que ella es parte de la población rural, luego la dinámica demográfica indígena fue explicada extrapolando las explicaciones surgidas de este tipo de razonamientos, sin considerar las especificidades culturales que pueden llevar a consolidar estos desplazamientos (Valdés, 2008, p. 114).

La perspectiva transnacional va a permitir una mirada más dinámica y colectiva del proceso. De acuerdo con Guarnizo (2010), este enfoque no concibe la migración como un proceso dicotómico (unidireccional o bidireccional), ni como resultado de decisiones individualistas de

maximización de ganancias y recursos personales de migrantes desconectados de su medio ambiente social. Más bien, lo ve como un proceso dinámico de construcción y reconstrucción de redes sociales que estructuran la movilidad espacial y la vida laboral, social, cultural y política tanto de la población migrante como de familiares, amigos y comunidades en los países de origen y destino (o destinos).

La perspectiva trasnacional, sin duda, ha abierto nuevos caminos de análisis que permiten comprender de modo multidimensional el desarrollo de las migraciones. No obstante, los enfoques analíticos, que requiere el estudio de las migraciones latinoamericanas en la actualidad, deben ser capaces de dar cuenta de procesos que no solo no tienen un carácter dicotómico, sino que corresponden a dinámicas de movilidad multiformes y cruzadas que acompañan a los flujos internacionales e interregionales, así como el conjunto de las transferencias entre territorios donde los migrantes se mueven. Pero también deben ser capaces de dar cuenta de las diferencias que los distintos grupos presentan en esas movilidades.

De acuerdo con Cortés y Faret (2009), el elemento central destaca al poner el acento en la dimensión repetitiva y durable de los flujos, pues la noción de circulación conduce a no restringir el análisis de la migración ni al solo hecho de la salida o de la instalación, ni a colocarlos en una sola temporalidad en la cual estarían excluidas la persistencia y la "reversibilidad" de estos movimientos. En este sentido, conviene poner en marcha un enfoque analítico que observe los desplazamientos como un proceso de circulación que se apoya en redes sociales, culturales y económicas capaces de crear formas sociales transnacionales, mucho más sofisticadas que las bilaterales.

Bibliografía

ACNUR. (2006). Colombia, desplazamiento indígena y política pública, paradoja del reconocimiento. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre migraciones indígenas*, 17 de mayo, Oficina del ACNUR en Colombia.

Amorín, L. y Navarro, V. L. (2009). Trabalho e trabalhadores dos canavais: perfil dos cortadores de cana da região de Riberão Preto, S.O., Brasil. Ponencia presentada en el *VI Congreso de La Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo*, 2 de mayo, Ciudad de México, México.

Ángeles, H. y Rojas, M. (2000, enero-marzo). Migración femenina internacional en la frontera sur de México. *Papeles de Población, 23*.

Anguiano, M. E. (2009). Movilidad laboral transfronteriza: el programa de trabajadores temporales en la frontera sur de México. Ponencia presentada en el *III Simposio Internacional de Inmigración. La contratación en origen. Programas de contratación de inmigrantes.* Ciudadanía y Valores Fundación, Madrid, España.

Arizpe, L. (1975). *Indígenas en la ciudad. El caso de las "Marías".* México: Sepsetentas.

Arizpe, L. (1976). *Migración, etnicismo y cambio económico. Un estudio sobre migrantes campesinos a la ciudad de México.* México: El Colegio de México.

Baumeister, E.; Fernández, E. y Acuña, G. (2008). *Estudio sobre las migraciones regionales de los nicaragüenses.* Guatemala: Editorial de Ciencias Sociales.

Benencia, R. (1994, abril-junio). La horticultura bonaerense: lógicas productivas y cambios en el mercado de trabajo. *Desarrollo Económico, 34*(133), (Buenos Aires: IDES).

Benencia, R. (2009). Predominio de inmigrantes bolivianos en los eslabones estratégicos de la cadena agroalimentaria de la horticultura en fresco de la Argentina. Ponencia presentada en el *V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Trabajo (ALAST)*, 19-22 de mayo, Ciudad de México, México.

Bendini, M. y Pescio, C. (1996). *Trabajo y cambio técnico en la fruticultura del Alto Valle.* Buenos Aires: La Colmena; GESA-UNCo.

Bendini, M.; Radonich, M. y Steimbreger, N. (1999). Historia de la vulnerabilidad de los "golondrinas" en la cuenca frutícola del río Negro. En M. Bendini y Radonich M. (Coords.), *De golondrinas y otros migrantes, Cuaderno GESA II*. Buenos Aires: La Colmena.

Bendini, M. y Steimbreger N. (Coords.) (2008, enero-febrero). Les travailleurs saisonniers dans les espaces de production du Nord de la Patagonie. *Migrations & Societé, CIEMI, 20*(115), Des migrations frontalières aux mouvements internes de population.

Bezarés, P. (2007). Aproximaciones para el análisis y estudio sobre la situación de las mujeres indígenas y migración en Guatemala. En *Migraciones indígenas en las Américas.* San José: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

Canales, A. (2006). *Panorama actual de las migraciones en América Latina.* Zapopan: Universidad de Guadalajara; Asociación Latinoamericana de Población.

Canales, A. (2010). Inserción laboral con exclusión social. Los inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Carámbula, M. (2010). Tiempos de ausencia, movilidad espacial y precariedad laboral en los asalariados agrícolas temporales. Ponencia presentada en el *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, 15-19 de noviembre, Porto de Galinhas, Brasil.

Cardoso de Oliveira, R. (1972). *Urbanización y tribalismo.* México: Instituto indigenista Interamericano.

Castillo, M. Á. (2010). Las migraciones centroamericanas al norte: ¿hacia un sistema migratorio regional? En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Castles, S. y Miller, M. J. (2004). *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno.* México: Porrúa; UAZ; Cámara de Diputados LIX Legislatura; Fundación Colosio; Secretaría de Gobernación; INM.

Cavalcanti, J. y Barbosa, S. (1997, enero-abril), Frutas para o mercado global. *Estudos Avançados da USP, 11*(29), 79-93, (San Pablo).

CELADE. (2006). Migración internacional de latinoamericanos y caribeños en Iberoamérica: características, retos y oportunidades. Ponencia presentada en el *Encuentro Iberoamericano sobre Migración y Desarrollo*, 18-19 de junio, Madrid, España.

CEPAL. (2005). *Pueblos indígenas de Bolivia, diagnóstico sociodemográfico a partir del Censo de 2001.* Santiago de Chile: CEPAL; BID.

CEPAL. (2006, abril). Migración Internacional, América Latina y el Caribe. *Observatorio Demográfico, 1*(1), (Santiago de Chile).

Cortés, G. y Faret, L. (2009). *Les circulations transnationales. Lire les turbulences migratoires contemporaines.* París: A. Colin.

Cortés Castellanos, P. (2005). *Mujeres migrantes en América Latina y el Caribe: derechos humanos, mitos y duras realidades.* Santiago de Chile: CEPAL.

Dirven, M. (2007). Principales tendencias del desarrollo agrario y tensión entre las variables macro y los ingresos de los agentes. Ponencia presentada en el *Seminario de expertos sobre Crecimiento agrícola y persistencia de la pobreza rural*, 29-30 de noviembre, FAO, Santiago de Chile, Chile.

Durand, J. (2007). *Programa de trabajadores temporales. Evaluación del caso mexicano.* México: CONAPO.

Faret, L. (2001). Mobilité spatiale et territorialité. De la diversité de formes de construction du rapport aux lieux. Ponencia presentada en el *Séminaire PRISMA*, 10-11 de mayo, Toulouse, Francia.

Faret, L. (2010). Movilidades migratorias contemporáneas y recomposiciones territoriales. Perspectivas multi-escala a partir del caso México-Estados Unidos. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Genta Rossi, N. (2009, enero). Lo personal es global: antiguas dinámicas para un mundo globalizado. *Andina Migrante. Sistema de Información de Migraciones Andinas*, 2, (FLACSO-Ecuador).

Giarracca, N. (Comp.). (2000). *Tucumanos y tucumanas. Zafra, trabajo, migraciones e identidad.* Buenos Aires: La Colmena.

Gómez-Olivier, L. (s.f.). Procesos Económicos y sociales emergentes en la agricultura y en el desarrollo rural de América Latina. Hacia una agenda para la investigación. Ponencia presentada en el *Seminario de expertos sobre Crecimiento agrícola y persistencia de la pobreza rural*, 29-30 de noviembre, FAO, Santiago de Chile, Chile.

Guarnizo, L. E. (2010). Notas sobre la movilidad contemporáneas del capital y del trabajo. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Herrera, G.; Carrillo, M. C. y Torres, A. (Ed.). (2005). *La migración ecuatoriana: trasnacionalismo, redes e identidades.* Quito: FLACSO.

Hurtado Saa, T. (2006). Movilidades, identidades y sexualidades en mujeres afrocolombianas migrantes en Europa: El caso de las "italianas". Ponencia presentada en el *First Seminar: Race, sexuality, citizenship, and governance*, 9-10 de diciembre, British Academy UK-Latin America and the Caribbean, Manchester, Reino Unido.

Izquierdo, A. (2004). *Cambios en la inmigración a resultas de la política restrictiva del gobierno español*. Berkeley: Universidad de California; Center for Comparative Inmigration Studies, Working Paper 109.

Kauffer, E. (2008). Mujeres indígenas en procesos migratorios y derechos humanos en la frontera sur de México. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre mujeres indígenas en los procesos migratorios,* 1-3 de abril, IIDH, San José, Costa Rica.

Kay, C. (1989). El cambio agrario y la migración en Chile. En P. Peek y G. Standing, *Políticas de Estado y migración. Estudios sobre América Latina y el Caribe.* México: El Colegio de México.

Kemper, R. (1973). Factores sociales de la migración: el caso de los tzintunzeños. *América Indígena, 30*(3).

Lara, Á. (2008). Los procesos cíclicos de transición y conflicto identitario de las jóvenes migrantes macheñas. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre mujeres indígenas en los procesos migratorios,* 1-3 de abril, IIDH, San José, Costa Rica.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (2008). El papel de las mujeres indígenas en las migraciones y en la movilidad de los grupos indígenas de México. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre mujeres indígenas en los procesos migratorios,* 1-3 de abril, IIDH, San José, Costa Rica.

Lara, S. M. (2008a, enero). ¿Es posible hablar de un trabajo decente en la agricultura moderna empresarial de México? *El Cotidiano, 147.*

Lara, S. M. (2010). Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura intensiva de exportación en México. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Lara, S. M. (2011). Introducción. En S. M. Lara (Coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva.* México: Colegio Mexiquense; Porrúa.

Lattes, A. E. (s.f.). Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina. En http://www.eclac.org/publicaciones/xml/l/34411/LCG.164_p7.pdf

Llopis Goig, R. (2007, enero-junio). El nacionalismo metodológico. *Empiria. Revista de Metodología en Ciencias Sociales, 13.*

Martínez Pizarro, J. (2003). *El mapa migratorio de América Latina y el Caribe, las mujeres y el género.* Santiago de Chile: CEPAL.

Massey, D. S.; Alarcón, R.; Durand, J. y González, H. (1990). *Los ausentes: El proceso social de migración internacional en México occidental.* México: Alianza; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Medeiros de Melo, B. y Silva, M. A. (2009). Trajetórias migratórias: trabalhadores rurais entre o Nordeste e os canavais de São Paulo. Ponencia presentada en el *VI Congreso de La Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo,* Ciudad de México, México.

Mines, R.; Nichols, S. y Runstein, D. (2010). *California's Indigenous Farmworkers. Final Report.* Berkeley: Rural Legal Assistance. En http://www.indigenousfarmworkers.org/

Muñoz, H. y De Oliveira, O. (1972). Migraciones internas en América Latina: exposición y crítica de algunos análisis. En H. Muñoz *et al., Migración y Desarrollo.* Buenos Aires: CLACSO.

Palerm, J. V. (2010). De colonias a comunidades: la evolución de los asentamientos mexicanos en la California rural. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Paré, L. (1989). *El proletariado agrícola en México ¿Campesinos sin tierra o proletarios agrícolas?* México: Siglo XXI.

Pedone, C. (2006). *Estrategias migratorias y poder.* Quito: Ediciones ABYA-YALA.

Pedreño, A. (2009). La construcción social de la disponibilidad y vulnerabilidad de los trabajadores inmigrantes extracomunitarios en las agriculturas intensivas mediterráneas. Ponencia presentada en el *Seminario Trabajo, Migración, Sindicatos y Actividades Laborales no Clásicas,* 13 de febrero, Casa de la Primera Imprenta, UAM, México.

Pedreño, A. (2010). Familias inmigrantes: el trabajo de los padres y las estrategias de trabajo de los hijos en las áreas mediterráneas de la agricultura intensiva. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Pedreño, A. (2011). La condición inmigrante del trabajo en las agriculturas globalizadas. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Peek, P. y Standing, G. (1989). Las políticas de Estado y la migración de la mano de obra. En P. Peek y G. Standing, *Políticas de Estado y migración. Estudios sobre América Latina y el caribe.* México: El Colegio de México.

Pellegrino, A. (2003). *La migración internacional en América Latina y el Caribe: Tendencias y perfiles de los migrantes.* Santiago de Chile: CEPAL.

Piñeiro, D. (s.f.). *El trabajo precario en el campo uruguayo.* Montevideo: Universidad de la República.

Preibisch, K. (2000). La tierra de los no-libres: migración temporal México-Canadá dos campos de reestructuración económica neoliberal. En L. Binford y M. E. D'Aubeterre (Comps.), *Conflictos migratorios transnacionales y respuestas comunitarias.* México: Gobierno del Estado de Puebla; ICSH de la BUAP; Sociedad Cultural Urbanista de Puebla.

Preibisch, K. (2011). Noc-noc, ¿quién es? Explorando cambios en la política migratoria canadiense y las implicaciones en el mercado de trabajo agrícola. Ponencia presentada en el *Seminario Permanente de migración México-Canadá*, 4 de mayo, IIS-UNAM, México.

Prunier, D. (2010). Movilidades temporales y organización productiva familiar en el noroeste de Nicaragua. Ponencia presentada en el *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, 15-19 de noviembre, Porto de Galinhas, Brasil.

Quaranta, G. (2007). Comentarios a la sesión Perspectivas teóricas y metodológicas para la investigación sobre migraciones y cadenas globales agrícolas en Latinoamérica. Ponencia presentada en el *Seminario Migraciones, Trabajo y Cadenas Globales*, 27-30 de enero, Murcia, España.

Radonich, M. y Ciarallo, A. (2009). El trabajo en la construcción del territorio y en la reproducción de trabajadores migrantes rurales en el Alto Valle del Río Negro, Argentina. Ponencia presentada en el *VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología del Trabajo*, 19-22 de mayo, Ciudad de México, México.

Ramírez, K. (2008). Migraciones, desplazamiento interno y pueblos indígenas en Colombia: algunas breves interpelaciones sobre el lugar de las mujeres indígenas. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre mujeres indígenas en los procesos migratorios*, 1-3 de abril, IIDH, San José, Costa Rica.

Reigada-Olaizola, A. (2009). *Las nuevas temporeras de la fresa en Huelva. Flexibilidad productiva, contratación en origen y feminización del trabajo en una agricultura globalizada.* Tesis doctoral, Departamento de Antropología Social, Universidad de Sevilla, España.

Rengifo, Á. y Oporto del Olmo, A. (2005). Historia, presente y prospectivas de las migraciones en España. *Revista de Economía, 826*.

Rodríguez Vignoli, J. (2008, diciembre). Distribución espacial, migración interna y desarrollo en América Latina y el Caribe. *Revista de la CEPAL, 96*.

Sabalain, C. y Reboratti, C. (1982). Vendimia, zafra y alzada. Migraciones estacionales en la Argentina. En A. Lattes (Comp.), *Migración y desarrollo.* Buenos Aires: CLACSO.

Sánchez, K. (2006). Los *capitanes de Tenextepango. Un estudio sobre intermediación cultural.* México: Universidad Autónoma del estado de Morelos; Porrúa.

Silva, M. A. (1999). *Errantes do fim do Século.* San Pablo: Editora da UNESP.

Silva, M. A. (2010). Expropiación de la tierra, violencia y migración: los campesinos del nordeste de Brasil en los cañaverales de São Paulo. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad laboral.* México: Porrúa.

Solimano, A. (2003, agosto). Globalización y migración internacional: la experiencia latinoamericana. *Revista de la CEPAL, 80,* (Santiago de Chile).

Stephen, L. (2007). *Transborder Lives. Indigenous oaxacans in Mexico, California and Oregon.* Durhan; Londres: Duke University Press.

Stern, C. (1989). La industrialización y la migración en México. En P. Peek y G. Standing, *Políticas de Estado y migración. Estudios sobre América Latina y el Caribe.* México: El Colegio de México.

Tarrius, A. (2000). Leer, escribir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones, 21*(83).

Trpin, V.; Ciarallo, A. y Radonich, M. (2010). El trabajo como vertebrador en la construcción de territorios. Asalariados migrantes chileno y familias bolivianas horticultoras en el Alto Valle del Río Negro. Ponencia presentada en el *VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, 15-19 de noviembre, Porto de Galinhas, Brasil.

Ugalde, M. (2008). Migración y mujer indígena: impacto de las relaciones de poder, la cultura y el desarrollo humano. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre mujeres indígenas en los procesos migratorios*, 1-3 de abril, IIDH, San José, Costa Rica.

Valdés, M. (2008). Migración indígena y no indígena en América latina. *Estudios Avanzados*, *6*(9), (Santiago de Chile).

Varas, V. (2008). Migración laboral y salud de las mujeres Ngöbe de Panamá a Costa Rica. Ponencia presentada en la *Consulta especializada sobre mujeres indígenas en los procesos migratorios*, 1-3 de abril, IIDH, San José, Costa Rica.

Vargas-Foronda, J. (2010, agosto). El Programa de trabajo agrícola temporal en Canadá (PTAT-C). A siete años de su arranque. *Diálogo*, *16*.

Villa, M. y Martínez, J. (2000). Tendencias y patrones migratorios en las Américas. En *La migración internacional y el desarrollo en las Américas*. Santiago de Chile: CELADE.

Young, K. (1976). *The social setting of migration: A case Study in Oaxaca, México*. Tesis doctoral, Universidad de Londres, Reino Unido.

Los territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales. Cuatro casos del contexto mexicano*

Introducción

La producción de flores, frutas y hortalizas en México conforman un sector sumamente dinámico en términos de rendimientos, valor de las exportaciones y empleos. El problema es que se trata de un sector que opera en forma depredadora, tanto de los recursos naturales en los espacios en los que tiene asiento, como de la fuerza de trabajo que utiliza, provocando a su alrededor una fuerte movilidad entre los trabajadores que intervienen en estos cultivos. Esta situación resulta paradójica, pues muestra la existencia de una agricultura de vanguardia, altamente modernizada, comparable a la que existe en los países desarrollados, inserta en un contexto nacional de pobreza rural y deterioro generalizado de las condiciones de vida de los trabajadores.

Andrés Pedreño ha señalado la exigencia de estas agriculturas para contar con una disponibilidad ilimitada de trabajo duro, proporcionado por un trabajador poco exigente, sometido a condiciones extremas y por lo regular en situación de vulnerabilidad, especialmente cuando se trata de migrantes. Y agrega: "a trabajos precarios trabajadores precarios" (2009). Analiza cómo los que llegan a laborar en estas agriculturas intensivas vienen de mundos ya precarios. Son estos mundos precarios, de los que los trabajadores salen, los que construyen "la experiencia próxima", de una vida y unas condiciones de trabajo previas, con la cual los trabajadores comparan el presente o "las posibilidades de un futuro soñado"

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2012, septiembre). Los territorios migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales. Cuatro casos del contexto mexicano. *Política y Sociedad*, 49(1), 89-102. [ISSN 1130-8001]. En http://dx.doi.org/10.5209/rev_POSO.2012.v49.nl.36519

(Seefoo, 2005), y es lo que hace posible que las condiciones extremas de explotación que encuentran en las regiones de agricultura intensiva sean soportadas por los trabajadores.

Hoy en día, los cambios introducidos en las empresas para incrementar rendimientos, mejorar la calidad y hacer más eficiente el trabajo, se producen sobre una base de formas de empleo precario y condiciones laborales sumamente desfavorables. Quaranta nos dice que "no puede haber irreductibilidad de la precariedad sin poner en juego la acumulación del capital" (2009). La respuesta por parte de los trabajadores es la movilidad.

Por un lado, vemos salir del sector agrícola a importantes contingentes de trabajadores agrícolas y campesinos para ir a laborar en servicios, construcción o pequeños comercios, lo que ha dado pie a hablar de "desagrarización", no por la desaparición de la actividad agropecuaria, como se argumenta a menudo, sino por el impresionante crecimiento de los ingresos no agrícolas en los hogares rurales. C. de Grammont señala al respecto, que este proceso da cuenta de la falta de centralidad de la actividad agropecuaria en los hogares rurales (2009).

Por otro lado, vemos incrementarse, día con día, la emigración de campesinos y trabajadores hacia los Estados Unidos, provocándose con ello un vacío de mano de obra en las zonas de agricultura intensiva y, a veces, el despoblamiento total de ejidos y comunidades campesinas aledañas. Esta situación ha generado un encadenamiento de nuevos movimientos de población, ya que la salida de la población local que garantizaba la fuerza de trabajo necesaria a estas agriculturas es reemplazada por nuevos trabajadores en condiciones de mayor vulnerabilidad.

Se trata de un proceso que da cuenta de la existencia de las discontinuidades espaciales entre este tipo de zonas de agricultura intensiva, que conforman una especie de "nodos" del capital global, y las regiones de pequeña agricultura o de agricultura tradicional, las cuales se vuelven periféricas. La degradación de las condiciones de vida de la población de estas regiones periféricas, el desempleo provocado por la crisis de algunos productos agrícolas (caña de azúcar, café, tabaco, etc.) que antaño dinamizaban la economía de ciertos espacios rurales, el deterioro ecológico provocado por el modo de operar de la agricultura moderna, la falta

de apoyos por parte del Estado para los pequeños productores, entre otras cosas, crea regiones con desarrollos desiguales. El problema es que estas desigualdades no permiten una complementariedad equilibrada, sino que producen espacios en competencia por los recursos naturales, los saberes de los productores y de los trabajadores, y por la fuerza de trabajo misma.

Los cuatro casos analizados en este artículo dan cuenta del desarrollo de una agricultura sumamente moderna, en manos de grandes empresas conectadas al capital global, en donde se generan fuertes procesos de movilidad a su alrededor; circuitos de distinta naturaleza en los cuales intervienen grupos diferentes (locales y migrantes, indígenas y mestizos, migrantes de retorno, circulares o población asentada), dando lugar a espacios de alta densidad relacional, como lo han señalado Hily y Ma Mung (2002). Es decir, son lugares de encuentros, de intercambios, de negociaciones; y, a la vez, espacios de cruce (*carrefour*), que movilizan solidaridades étnicas y recursos simbólicos, capacidades lingüísticas y creación de redes.

Puede decirse que alrededor de estos polos de desarrollo agrícola se produce un "cruce de escalas" que van de lo internacional a lo local, escalas no solo geográficas sino de tiempos y de culturas que se ponen en contacto en estos lugares.[1] Cada proceso de movilidad de los grupos que atraviesan o se instalan en estos espacios corresponde a itinerarios individuales y grupales particulares, a tiempos de vida diferentes, a la vez que la apropiación que se hace de los mismos responde a códigos culturales particulares. Es decir, se trata de una interconexión de los "territorios migratorios" (Tarrius, 2000) de grupos diferentes. ¿Cuál es el vínculo entre esos movimientos? y ¿cuál es la relación entre los distintos trabajadores que allí confluyen? Es decir, entre los que se van y los que llegan a reemplazarlos. Faret (2001) menciona que la movilidad puede ser vista como articulación de lógicas en las cuales el objetivo es el de sacar ventaja de las desigualdades espaciales. Es jugar sobre el espacio, en donde cada punto tiene atributos a partir de propiedades objetivas, así como de significaciones subjetivas. Estas preguntas guían el presente trabajo.

1. Agradezco a Laurent Faret esta idea desarrollada en el Seminario de Investigación *Los territorios migratorios como espacios de articulación de las migraciones nacionales e internacionales*, (CONACYT), Morelos, México, 24 y 25 de abril de 2008.

Una producción que polariza

La horticultura es un sector de la producción que en las dos últimas décadas ha crecido de manera exponencial no solo en términos de superficie sino de rendimientos. En 1980, ocupaba apenas 1,8% de la superficie cosechada a nivel nacional, lo que significó 303.606 ha, para 2006 había aumentado el doble, llegando a 602.498 ha, lo que representó 2,9% de la superficie nacional. En tanto que el valor de la producción pasó de 7,8% a 16,7% del valor de la producción nacional en esos mismos años. Por su parte, el valor de las exportaciones hortícolas ha crecido constantemente, que pasó de representar el 30,2% del total de las exportaciones agrícolas en 1982 al 48,8% en 1994 y al 49% en 2000.[2]

En cuanto a la floricultura vemos que se expande notablemente en México de 1980 a 2006, cuando pasa de 13.450 ha a 25.370 ha cultivadas. Pese a que el porcentaje de la superficie sembrada de flores es poco significativo en relación con el total de la superficie agrícola nacional (0,1% en 2006), el valor de estos productos resulta significativo en relación con la superficie que ocupan, sobre todo en los estados de México y Morelos. En 2006 el valor de la producción de flores ascendió a 4.262.566.692 de pesos, lo que representó 1,8% del valor de la producción agrícola nacional.[3] No obstante, cabe mencionar que la floricultura logra la productividad más alta al interior del sector agrícola nacional, en comparación con otros productos, incluyendo las hortalizas.[4]

Ambos sectores productivos, hortalizas y flores, al igual que la fruticultura, presentan una alta rentabilidad gracias a la mundialización de la cadena agroalimentaria, así como al acceso preferencial que tienen en los mercados estadounidense y canadiense. No obstante, en la cadena agroalimentaria la hegemonía está dada por los distribuidores, especialmente por los grandes mayoristas. En México, dichos mayoristas se encuentran asentados en los mercados de abastos de las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey, y tienen un papel importante en la distribución de la producción en el mercado nacional. Otra vía de distribución se da a

2. Ver http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html.

3. *Ibid*.

4. *Ibid*.

través las cadenas de supermercados (Echánove, 1999). Por su parte, las exportaciones están en manos de *brokers* o compañías que comercializan la producción en los Estados Unidos y Canadá, o por las grandes empresas que manejan por sí mismas sus comercializadoras. Se trata de una "híper-concentración" de la producción en torno a un número limitado de grandes empresas que, a la vez, controlan la producción de pequeños y medianos productores mediante formas de agricultura a contrato, o comprándoles su producción, ya que son estas grandes empresas las que cuentan con los empaques, sistemas de enfriamiento, de almacenaje, transportación, distribución y etiquetado de productos.

En Sinaloa, por ejemplo, en 1998 se registraron 590 empresas hortícolas que producen para la exportación.[5] Son desde pequeñas empresas familiares hasta grandes empresas capitalistas que surten 102 empacadoras. Pero mientras siete empresas producen en superficies de entre 1.000 y 2.500 ha, 355 operan en superficies que van de dos a 20 ha.[6] Estas empresas se localizan esencialmente en cuatro municipios, tres del centro (Culiacán, Navolato y Guasave) y uno en el norte (Ahome) del estado. De ellas, unas 300 exportan a Estados Unidos y las más grandes compran su producción a otros productores de diferente talla para exportarla bajo su propia marca (Lara y C. de Grammont, 2008).

Según el estudio de Mora y Maisterrena (2008), en 1999, 16 empresas dominaban la producción de hortalizas en el Valle de Arista, S.L.P. Hoy en día, quedan once empresas, dos de las cuales han incorporado sistemas muy modernos de producción bajo invernadero y exportan toda su producción. Al lado de estas, subsiste, en los ejidos, un pequeño grupo de productores que venden para el mercado interno, a través de los comerciantes que dominan la Central de Abastos de Monterrey.

En cuanto a la floricultura, se calcula que en México existen alrededor de 10.000 floricultores de campo abierto. A principios de los noventa se identificaron entre 100 y 150 productores bajo cubierta que ocupan alrededor de 600 hectáreas de invernadero, la mayor parte de estos ubicados en Villa Guerrero, estado de México.[7] Durante 1995 había en el país 31

5. A la fecha, los procesos de concentración han reducido el número a 322 empresas.

6. Asociación de Agricultores del Río Culiacán (1998); Directorio de Empacadoras de Sinaloa (1999).

7. *Floricultura Intensiva* (1992).

empresas exportadoras, la mayoría instaladas en el estado de México, las que en su conjunto realizaron 80% del total exportado en ese año. Todas las empresas exportan a Estados Unidos, y solo cinco a Japón, Canadá, Francia y Alemania. Como puede verse, la actividad florícola en el estado de México es de gran importancia; actualmente representa el 50,4% de la producción total nacional (Castro, 2008).

En el estado de Morelos, una sola empresa domina la producción de okra y, junto con tres grandes *brokers*, controlan la comercialización y exportación de este producto hacia los Estados Unidos. Empresa y *brokers* se apoyan en pequeños productores locales, que cultivan bajo la modalidad de "agricultura por contrato". De esta manera, dejan a los productores la parte de proceso de trabajo que más riesgos conlleva (Sánchez y Saldaña, 2008).

Es decir, se trata de sectores productivos sumamente dinámicos, pero, a la vez, fuertemente polarizados, de tal manera que no logran generar un desarrollo regional equilibrado ni permitir que los beneficios se extiendan, a largo plazo, a la población local ni a hacia los trabajadores migrantes que laboran en estos cultivos.

El contexto local del nacimiento de regiones de agricultura intensiva

En Sinaloa, la producción de hortalizas inicia tempranamente a finales del siglo XIX ya con una orientación exportadora. El despunte de esta agricultura, sin duda estuvo asociado, primero con la apertura de canales de riego, y más tarde con la edificación de presas que da inicio en 1948. A partir de ese momento se crea toda una red de 11 presas que bañan los principales valles del estado. De esta manera, Sinaloa se convierte en el estado con mayor superficie irrigada del país (C. de Grammont, 1990).

Cabe mencionar la importancia que, desde sus inicios, ha tenido en el desarrollo de este sector la organización un sistema de producción con vistas a garantizar la calidad de una producción orientada netamente a la exportación, y, en este sentido, el papel que ha jugado la mano de obra femenina local en los empaques (*packings*) de productos frescos para garantizar la calidad en la exportación. A la vez que, desde los años

sesenta se hizo necesario el abastecimiento de mano de obra proveniente de otras regiones del país para laborar en las cosechas. No obstante, una constante en este sector ha sido la contratación de trabajadores en condiciones sumamente precarias que contrastan siempre con la modernidad de las grandes empresas que allí operan.

A partir de la década de los setenta puede hablarse de un *boom* de la horticultura sinaloense, que tuvo como detonante el bloqueo comercial a Cuba, por parte de los Estados Unidos, lo que canceló las importaciones provenientes de ese país y privilegió las importaciones mexicanas. Esta coyuntura sería crucial para el despunte de la producción de hortalizas en el estado de Sinaloa.

El desarrollo de grandes empresas agrícolas en la región de los valles, con superficies que van de mil a 2.500 ha, contrasta con un entorno de agricultura tradicional y temporalera en la zona serrana de este estado. Es importante decir que las empresas hortícolas ubicadas en Sinaloa forman parte de una cadena agroalimentaria esencialmente de capital mexicano, pero para la distribución operan con base en asociaciones con capital norteamericano que domina la venta al menudeo o a través de los supermercados en el vecino país. Las empresas productoras-exportadoras de hortalizas frescas más grandes de Sinaloa tienen sus propias comercializadoras en diferentes puntos de los Estados Unidos, mientras las medianas venden a consignación a los *brokers* ubicados en los puntos fronterizos en Estados Unidos (principalmente, Nogales) o venden su producción a las grandes empresas que cuentan con empaques y tienen los canales adecuados para cumplir las normas que requiere la exportación de productos frescos (Lara y C. de Grammont, 2008).

La acción de estas grandes empresas, desde hace ya más de cincuenta años, convirtieron a Sinaloa en un punto de atracción de trabajadores de la propia región y desde distintas partes del país. Es así que dio inicio la operación de contratistas o "enganchadores" en el abastecimiento de la mano de obra que requieren las empresas, haciendo coincidir la oferta y la demanda de trabajo. Sobre todo, porque la demanda más importante se concentra durante el invierno, en la temporada de cosecha, y la mano de obra local resulta insuficiente. Desde la década de los setenta dichos contratistas orientaron su mirada hacia las zonas indígenas de Oaxaca y Guerrero.

En los años ochenta, con el objetivo de producir para el mercado interno, las grandes empresas productoras de hortalizas de Sinaloa llevaron una parte de sus operaciones hacia el Valle de Arista en San Luis Potosí,[8] para sembrar tomate y chile. De este modo, impusieron en esta región un modelo productivo basado en la abundancia de agua, como sucedía en Sinaloa, y transforman la ecología del valle al explotar intensivamente el agua subterránea mediante la construcción de pozos profundos. Esta zona, naturalmente desértica, se constituye, así, en una especie de oasis artificial basado en la sobreexplotación del agua subterránea. Junto con las condiciones climatológicas, el suelo –rico en potasio–, y la mano de obra disponible, permitieron el desarrollo agrícola y agroindustrial en esta región, pero provocaron un desastre ecológico (Mora y Maisterrena, 2008).

Con el riego, los agricultores comenzaron a necesitar gente para trabajar en los ranchos. No fue fácil. Hacían visitas domiciliarias para invitar a la gente a trabajar con ellos. Dada la poca alternativa laboral, hombres y mujeres comenzaron a realizar este duro trabajo. Poblaciones que se dedicaban al tallado de lechuguilla, la caza en el desierto, la siembra de maíz de temporal, así como la cría de ganado menor, fueron abandonando estas actividades para trabajar como jornaleros en los ranchos agrícolas. Alquilarse como peones, aunque fuera de manera temporal, les proporcionaba un salario más seguro que el tallado de lechuguilla y las actividades tradicionales (ídem).

La implantación del nuevo modelo agrícola revolucionó el trabajo en el valle, cambió las antiguas formas de trabajo de tipo familiar, por modernos sistemas de trabajo y sentó las bases para una división sexual y étnica de las tareas, a semejanza de lo que sería "el modelo sinaloense". La composición de la fuerza de trabajo se modificó, ya que la instalación de empaques demandó una importante cantidad de mano de obra, particularmente femenina. Como las tareas relativas a este proceso (selección y empaque), eran totalmente desconocidas por la población local, llegaron al Valle de Arista mujeres especializadas en la selección y

8. Este valle está ubicado en la parte centro del altiplano en San Luis Potosí, integrado por los municipios de Villa de Arista, Venado y Moctezuma, y la delegación de Bocas, municipio de San Luis Potosí. Tiene, una extensión territorial de 200.000 hectáreas, de las cuales 15.000 son de riego.

empaque de tomate, con el fin de capacitar a la población local, sobre todo de mujeres viudas o separadas, ya que no era bien visto que las casadas o solteras trabajaran fuera de su casa. En el campo, en cambio, se emplearon mujeres y niños para las tareas de plantación y cosecha, población trabajadora compuesta por habitantes de las comunidades del valle y de migrantes indígenas originarios principalmente de los estados de Guerrero, Hidalgo y Oaxaca. La función de los enganchadores en esta tarea, también, se hizo necesaria.

En el caso de Morelos, Sánchez y Saldaña (2008) muestran la conformación de una zona de agricultura intensiva en un entorno eminentemente campesino que combina la agricultura comercial con el autoconsumo, y que en la actualidad se disputa los recursos (fuerza de trabajo, tierra y agua) con las empresas agroexportadoras y con otros sectores de la economía, principalmente con los grandes complejos inmobiliarios y de turismo.

Esta zona, cima del movimiento zapatista durante la Revolución mexicana, que gozó del reparto ejidal, conformó un sector de pequeños productores, cuya actividad fue puntal para el abasto de materias para el desarrollo agroindustrial. Especialmente fue una zona cañera, por excelencia, productora de arroz y de otros granos, gracias a la abundancia de agua y sistemas de riego. La crisis de la industria azucarera implicó, a la postre, el cierre de ingenios y la clausura de una de las pocas fuentes de recursos para muchos productores, en varias regiones del país. En Morelos, los hogares rurales han desplegado diferentes estrategias de multiactividad que implican el empleo de uno o más miembros de la familia en labores agrícolas y no agrícolas, entre otras en el sector de servicios, conduciéndolos, con frecuencia, a migrar.

En esta transformación del uso y manejo de sus recursos, los campesinos se han visto obligados a cultivar en asociación con empresarios externos en diferentes modalidades de agromaquila (Gómez y Caraveo, 1990), a rentar sus tierras o, en el caso extremo, a venderlas. Es así que llegan a este estado un grupo de empresarios texanos con el interés de producir angú,[9] una hortaliza exótica para México, que se consume en

9. La okra o angú *(Hibiscus escalentas* o *Abelmoschus esculentus)*, hortaliza de origen africano.

Estados Unidos. Entre las ventajas que encontraron es que mientras en ese país tenían que enfrentar las fuertes nevadas de invierno, en Morelos podían asegurar la producción en esta temporada. De este modo, llegaron varios intermediarios comerciales y empresarios a la región surponiente del estado de Morelos y al norte de Guerrero.[10] Destaca la instalación de la empresa Río Grande, quien se instala primero en el estado de Guerrero, para después migrar a Morelos, en donde controla el mercado de este producto.

Al llegar a esta región, los *brokers* y empresas incorporan a pequeños productores, la mayoría de ellos ejidatarios que antiguamente producían caña de azúcar o arroz, junto con maíz y otros cultivos de autoconsumo, a la producción de una hortaliza que pocos conocen en el país y mucho menos la consumen, ya que va dirigida netamente a la exportación. Al mismo tiempo, crean todo un flujo de migración, proveniente de las regiones más deprimidas del estado de Guerrero, para participar en la cosecha de este producto (Sánchez y Saldaña, 2008).

Por su parte, la producción de flores en el estado de México inicia en los primeros años de la década de los cincuenta, cuando un grupo de japoneses llega al municipio de Villa Guerrero con la finalidad de producir flores para su venta. Si bien en algunas comunidades de la región (como en Santa Ana Ixtlahuacingo, en el municipio de Tenancingo), la gente ya tenía cierta experiencia en el cultivo de flores, operaban como floricultores a pequeña escala. Este evento marcó al municipio en particular y a la región en general, porque años después se convirtió en el espacio más importante de producción de flor a nivel nacional (Castro, 2008).

A finales de los años cincuenta, poco a poco la producción de la flor fue desplazando al resto de las actividades económicas de la región. La llegada de los japoneses coincidió con una estrepitosa caída en las ventas del aguacate y el durazno, que se producían regionalmente, lo que orilló a los habitantes de Villa Guerrero a buscar otras alternativas laborales en la propia región. Ciertamente, desde principios de esta década

10. La producción nacional de okra se destina casi exclusivamente al exterior, principalmente a Estados Unidos. En el año agrícola 2006 del total de la superficie cosechada, Tamaulipas aportó el 86%, Morelos y Guerrero ocuparon en el segundo y tercer lugar, con el 8% y el 5%, respectivamente. A pesar de esta modesta participación por parte del estado de Morelos, se debe señalar que el número de toneladas que se obtienen por hectárea en las tierras morelenses casi duplica los rendimientos de los otros estados.

la producción de flor había alterado el mercado de trabajo local y las valoraciones que tenían los jornaleros en cuanto a los sistemas de trabajo; esto es, los japoneses pagaban más por la jomada de trabajo y contaban con una clara estructuración en los tiempos de trabajo y descanso, situaciones ambas que no estaban presentes en el cultivo del durazno, el aguacate y el pulque que se producían regionalmente. Con estas condiciones de trabajo más favorables se generó una importante oferta de mano de obra para la población local (ídem).

Castro (*op. cit.*) menciona que, en un inicio, la floricultura fue una actividad muy marginal para los productores mexiquenses, pero, con el tiempo, estos se interesaron en esta actividad, por lo que comenzaron la instalación de invernaderos propios. La competencia con estos nuevos productores, organizados en una asociación y apoyados por el Estado, llevó a los japoneses a retirarse de la región, no sin antes haber sentado las bases de una actividad de carácter intensivo.

En los últimos años de la década de los setenta, la región experimentó cambios muy significativos por el impacto de los invernaderos. De entrada, los invernaderos empezaron a absorber importantes cantidades de mano de obra gracias a que los salarios que pagaban por las jomadas de trabajo eran más altos que los acostumbrados en la región. También conformaron un mercado laboral muy robusto y transformaron los conocimientos en cuanto a la producción y comercialización de flores. De esta manera, al iniciarse lo proyectos empresariales, surgieron iniciativas que no solo tomaron en cuenta de las potencialidades del clima para producir flor de alta calidad en la región, también tomaron en cuenta la experiencia previa que tenía la gente de la región en la producción de flor a cielo abierto.

Este cambio fue muy interesante porque, en un inicio, la mujer desplazó a los hombres en el trabajo de la flor. En gran medida, porque quienes tomaban las decisiones en las empresas consideraban que la delicadeza femenina era más apropiada para el manejo de las rosas. No obstante, en los hechos, es que la mujer ofrecía una mano de obra más barata y flexible, útil al despunte de esta actividad (Lara, 1998).

Como puede observarse, a través de estas experiencias locales, el desarrollo de una agricultura empresarial, en cada una de las regiones estudiadas, ha estado vinculado al desplazamiento de otros productos, a la

incorporación de la población local en calidad de mano de obra asalariada y/o de productores "a contrato", como sucede en Morelos, así como a la explotación de tierra y agua, de manera intensiva. La instalación de empresas, *brokers* y otros agentes productivos ligados a este tipo de producción ha traído consigo nuevas modalidades de producir y de trabajar, y, si bien ha incorporado a las mujeres, lo ha hecho sobre la base de una segmentación sexual y étnica del trabajo, en la cual los indígenas migrantes realizan las tareas rudas y peor pagadas.

Estrategias de crecimiento y de competitividad

Una de las estrategias que han utilizado las empresas para lograr competitividad en los mercados ha sido la descentralización geográfica. En el caso de las hortalizas sinaloenses, algunas empresas productoras o comercializadoras deslocalizaron su producción, en la década de los ochenta, ubicándola en distintas regiones del país para aprovechar las diferencias climáticas. Así, mientras en Sinaloa y Sonora se cultivan hortalizas de invierno, en Baja California Norte y Sur el ciclo principal es en primavera-verano; en el noroeste se ubica el grueso de la producción orientada a la exportación, mientras en Jalisco, San Luis Potosí, Michoacán y Morelos se produce el grueso de la producción que va para el mercado interno. A la vez, algunas empresas funcionan desarrollado alianzas asociativas con unidades de producción a mediana escala, que operan en diferentes regiones del país, pequeños y medianos productores, una gran mayoría de ellos ejidatarios, que han ampliado también sus operaciones y diversificado sus productos.

Es así que llegan al Valle de Arista los productores sinaloenses, no solo para aprovechar las ventajas climáticas del lugar y la abundancia de una mano de obra que se incorpora como asalariada, sino para situarse estratégicamente cerca de los mercados de abastos de las ciudades de Monterrey y Guadalajara, con fines de controlar el mercado nacional de hortalizas. Es, también, así, que llegan productores de hortalizas de Texas al estado de Morelos, después de haber pasado por Tamaulipas, con el fin de producir okra, en temporada de invierno.

Estas empresas, insertas en los mercados globales, han llevado a cabo importantes procesos de reestructuración que abarcan distintos aspectos. Principalmente, han tenido que incorporar nuevos criterios de calidad y ampliar su oferta de productos, diversificando los cultivos. Las más grandes buscan tener una oferta todo el año, no solo descentralizando su producción, sino des-estacionalizándola, gracias a la introducción de nuevas técnicas de producción en invernadero o bajo túneles de plástico. Para dar cuenta de ello, es importante mencionar que actualmente existen en el país 18.127 invernaderos en 12.540 ha, lo que nos da una superficie promedio de 0,7 ha. No obstante, existen diferencias importantes en la magnitud de los invernaderos por estado. Los más grandes, sin duda, se ubican en los estados de Sinaloa, Baja California, Sonora y San Luís Potosí. En cuanto al número de unidades, destaca el estado de México en el cual se localizan 5.034 unidades que abarcan 1.868 ha, en el estado de Morelos existen 507 con 250 ha, en San Luís Potosí 233 en 313 ha y en Sinaloa 35 con 783 ha (*Censo Nacional Agropecuario*, 2007).

La incorporación de tecnologías, las más modernas en el país, comparables con las que tienen en los países desarrollados, ha ido de la mano de nuevas formas de gestión del trabajo. No solo vemos ponerse en marcha, desde los años sesenta y setenta, métodos de producción en cadena, sobre todo en el empaque y acondicionamiento de los productos para su venta, sino sistemas de organización que segmentan a la fuerza de trabajo por sexo y por etnia, con el fin de quebrantar cualquier posibilidad de unidad y movilización de los trabajadores. Cabe mencionar que la acción sindical es prácticamente inexistente en este tipo de agriculturas en México (Rau y Lara, 2008).

Las experiencias de estas regiones muestran lo que significó la imposición de estas nuevas formas de producir y de trabajar, no solo diferentes de aquellas a las que estaba acostumbrada la población local, sino alienantes. El antiguo productor local abandona sus saberes complejos para convertirse en asalariado y ocuparse de un solo tipo de tareas en la cadena productiva: cortar flores, cosechar tomates, regar, fumigar o empacar. A la vez, la introducción de tecnologías modernas que buscan elevar rendimientos incrementa la productividad de trabajador, gracias a la eficiencia tecnológica, pero, sobre todo porque esta se acompaña de

sistemas de estímulos a la productividad, en el mejor de los casos, o de diferentes formas de coerción.

Los efectos que estas estrategias han tenido en el empleo y, por consecuencia, en la movilidad de los trabajadores han sido importantes. Por ejemplo, la deslocalización de las empresas sinaloenses en el Valle de Arista provocó el desplazamiento de los trabajadores locales, entre ellos el de las empacadoras de tomate, quienes, para ser fieles con la empresa y mantener su empleo, se vieron en la obligación de trasladarse a este valle. Dicho desplazamiento significaba irse por largos periodos a vivir en un lugar desconocido, sin familia y con pocos enseres personales. La diversificación de cultivos en Morelos, por parte de la empresa más importante en la producción de angú (Río Grande), llevó a modificar su esquema de contratación incorporando mujeres para ciertas labores en el cultivo de ejote, así como a migrantes de Guerrero, pero de otras regiones que no tenían experiencia migratoria.

En algunos casos, estas estrategias provocan la desaparición de ciertas tareas o de cierto tipo de trabajadores; en otros, conduce a la creación de nuevos puestos y al requerimiento de nuevas aptitudes o competencias. La introducción de invernaderos, o de producción bajo cubierta, en el caso de Sinaloa, por ejemplo, ha restringido o hecho desaparecer una serie de tareas de campo que realizaban los trabajadores procedentes de la zona serrana de ese estado. En tanto la des-estacionalización de la producción, por la introducción de invernaderos, ha disminuido la demanda de mano de obra migrante para la cosecha de hortalizas, la cual se concentraba básicamente en la temporada de invierno. Hoy en día, dicha demanda se ha extendido a lo largo de año, pero de manera escalonada y discontinua. Esto ha provocado fuertes cambios en los circuitos de migración.

Si bien no podemos hablar siempre de estrategias, es decir, de acciones concertadas para lograr determinados objetivos, uno de los fenómenos que se observa en la operación de estas empresas, es que cuando los recursos naturales (tierra y agua) han sido agotados, cuando los mercados dejan de ser atractivos para la obtención de ganancias o cuando la competencia en los mercados les resulta desfavorable, es común que dejen el lugar de asiento y se trasladen a otro, o simplemente se separen

de la actividad. El daño que esto provoca remite inmediatamente a los trabajadores locales y altera los circuitos de los migrantes.

Deterioro de las condiciones de trabajo y "encadenamientos migratorios"

Los procesos de movilidad que se generan en las cuatro regiones que aquí estudiamos, muestran la complejidad de estrategias que ponen en marcha los trabajadores para hacer frente a la situación arriba mencionada.

Como lo hemos señalado, la producción de hortalizas y flores son altamente demandantes de mano de obra para realizar las labores culturales, pero especialmente al momento de la cosecha. Las tácticas de las empresas para contar con los trabajadores necesarios, en el momento adecuado, han sido múltiples y dependen, en gran parte, de situaciones locales y coyunturales. No obstante, movilizan, en primer lugar, a la población local o de regiones aledañas, pero para la cosecha vemos que se recurre regularmente a la contratación y enganche de trabajadores migrantes de regiones más desfavorecidas. Así, ha prevalecido la contratación de población indígena, originaria de regiones con altos grados de marginación, que llegan a las zonas de agricultura intensiva a realizar las labores más pesadas.

En Sinaloa y en el Valle de Arista en San Luis Potosí, el modelo ha sido la contratación de familias indígenas de los estados de Guerrero y Oaxaca, principalmente de municipios de alta marginalidad, mientras la población local realiza las tareas de empaque, supervisión, y asegura las labores de riego y fumigación. Son también choferes, tractoristas, encargados de almacenamiento, transporte y gestión administrativa, aunque, como hemos visto, las mujeres siempre se han hecho cargo del empaque y acondicionamiento de hortalizas y flores. En Valle de Arista estas mujeres fueron migrantes "calificadas" que llegaban con el personal de confianza de las empresas sinaloenses. En Morelos, ha sido tradición la participación de jornaleros indígenas del estado de Guerrero para el corte de caña, y, ahora, para la cosecha de distintas hortalizas, entre ellas el angú. Mientras en el estado de México se ha echado mano de la población local, principalmente de mano de obra femenina.

Los procesos de reestructuración han llevado a intensificar el trabajo y a incrementar la productividad del conjunto de los trabajadores: locales y migrantes, contratados con salarios bajos y cero prestaciones sociales,[11] en la mayoría de los casos. Con la crisis, los asalariados han perdido capacidad de compra, ya que los salarios se vuelven, día con día, insuficientes, por lo cual una de las tendencias más importantes ha sido el abandono del trabajo en el sector agrícola y/o la migración hacia Estados Unidos.

La migración de la población local o su salida del sector agrícola se ha convertido en una tendencia en los cuatro casos estudiados. Esto provoca un desajuste en la oferta de mano de obra y crea un vacío que lleva a las empresas a poner en marcha distintas estrategias de aprovisionamiento de mano de obra, y genera un proceso que pudiera ilustrarse como un movimiento en forma de cascada, en donde la migración internacional de la población local desencadena otros movimientos a distintos niveles.

Este fenómeno es especialmente claro en el caso del estado de México, cuya región florícola constituye, hoy en día, una de las regiones de mayor densidad migratoria de ese estado, por la cantidad de individuos que han emigrado a los Estados Unidos. La carencia de esta mano de obra local, mujeres y hombres, ha sido resuelta por los empresarios locales a través del remplazo por migrantes originarios de los estados de Chiapas, Tabasco y Veracruz. Se trata de una población, que sufre la crisis por la que atraviesan los productos tradicionales, que constituyeron la materia prima de la industria alimentaria durante décadas: caña de azúcar, café, tabaco,[12] entre otros, y los ha convertido en migrantes (Castro, 2008).

Por su lado, los jornaleros que tradicionalmente han llegado a las zonas hortícolas, en una suerte de movimiento pendular de sus pueblos de origen a los lugares donde se concentra la demanda, han debido complejizar sus circuitos de migración. A medida que la crisis de la agricultura avanza, afectando las zonas de agricultura tradicional, y que el Estado se ha retirado de su función como regulador de la actividad agropecuaria,

11. La mayor parte de los trabajadores agrícolas en México no cuentan con pago de séptimo día, ni de vacaciones o reparto de utilidades. Si bien existe una key que les otorga cobertura médica, esta no se aplica o se hace en forma deficiente.

12. También conocida como quingombó.

el número de trabajadores agrícolas crece, en tanto que han salido del sector agrícola alrededor de tres millones de personas.[13] La falta de opciones de empleo en sus propias comunidades de origen, así como de apoyo para cultivar sus tierras, ha convertido a los campesinos pobres en jornaleros itinerantes, casi nómadas, que conectan distintos lugares siguiendo las cosechas de determinados productos, en un movimiento de carácter circular. Van de un lugar a otro, ya que las empresas que los contratan han impuesto una flexibilidad extrema en las formas de trabajo, contratándolos y despidiéndolos de acuerdo a sus conveniencias.

El retiro de las empresas sinaloenses en el Valle de Arista, después de haber agotado los mantos acuíferos y salinizado los suelos, ha tenido un fuerte impacto en la población local y ha transformado los circuitos de migración de los trabajadores originarios de Oaxaca y Guerrero, quienes ahora, ante la baja demanda que existe en esta región, han buscado nuevos destinos, siguiendo un circuito que va detrás de las cosechas de tomate en Yirécuaro, Michoacán y en los valles de Sinaloa. Por su parte, la población local, de origen campesino, que se incorporaron al "modelo sinaloense", trabajando en distintas tareas cuando dicho modelo estaba en auge, hoy en día han abandonado sus tierras y sus comunidades para irse a las ciudades de Monterrey o Tamaulipas a trabajar como albañiles o en el sector servicios, mientras las mujeres se insertan como empleadas domésticas. Sin embargo, un grupo, cada día más grande, ha cruzado la frontera en forma ilegal para irse a laborar, en estos mismos sectores, pero del lado americano. Ejidos y comunidades han quedado abandonadas y, con ellas, los más viejos, los abuelos. Los jóvenes, en cambio, han perdido todo contacto con sus lugares de origen. En remplazo, las empresas han ido a buscar trabajadores provenientes de los estados de Hidalgo y Veracruz, al igual que sucede en el estado de México, pues se trata de una población indígena carente de experiencia migratoria, cuyas regiones de origen se encuentran afectadas por la crisis de los productos tradicionales.

Por su lado, en Sinaloa el proceso ha sido más complejo, pues la población serrana, que en su momento garantizó las labores cotidianas del

13. De acuerdo con datos de la *Encuesta Nacional de Empleo* (INEGI), los trabajadores habían pasado de representar el 54% del total de los sujetos agropecuarios en 1993 al 57,3% en 2003.

cultivo de hortalizas, hoy migra regularmente a otro estado del país[14] o a los Estados Unidos. No solo porque los salarios que hoy encuentran en los valles se han estacando, mientras el costo de la vida se ha incrementado, sino porque especialmente Sinaloa es un estado fuertemente afectado por la violencia del narcotráfico.[15] Sin embargo, los migrantes indígenas, originarios de Guerreo y Oaxaca, que habitualmente llegaban por largas temporadas a trabajar en las cosechas, para después regresar a sus lugares de origen, dieron paso a una migración de tipo circular que abarcaba los estados de Baja California y Baja California Sur, así como Sonora, siguiendo las cosechas de hortalizas y uva (C. de Grammont y Lara, 2004). Pero, poco a poco, a lo largo de los últimos diez años, se fueron quedando en alguno de estos lugares de tránsito. El caso analizado por Lara y C. de Grammont (2008) da cuenta del fenómeno de creación de nuevos asentamientos de población indígena migrante que se ha ido quedando a vivir en torno a las zonas de agricultura intensiva de los valles de Culiacán, en Sinaloa, y desde allí construyen sus redes para atravesar la frontera.

Sucede algo similar en el caso de Morelos con una parte de los jornaleros indígenas migrantes. Los reajustes que han tenido lugar en la empresa más importante productora de angú han llevado a los jornaleros, originarios del estado de Guerrero, a extender sus circuitos de migración y diversificar los cultivos en los que participan. Llegan a las cosechas de angú, ejote y otras hortalizas en Morelos, pero después siguen al noroeste del país a trabajar en la cosecha de hortalizas en Sinaloa y de manzanas en Chihuahua, para después regresar a su lugar de origen; algunos, incluso, en este itinerario cruzan la frontera con los Estados Unidos. No obstante, una parte de ellos se han ido quedando en zonas periféricas a las de cultivo, aprovechando que la diversificación de cultivos que ha puesto en marcha la empresa Río Grande y otros pequeños productores abre nuevas fuentes de empleo.

En otro texto ya he analizado cómo, no obstante que la instalación de estas familias jornaleras en las regiones de agricultura moderna

14. Baja California, Baja California Sur, Sonora o Jalisco.

15. Es el caso de los municipios de Sinaloa de Leyva, Choix, Mocorito y Badiguarato, en ese estado de la república mexicana.

crea malestar a los lugareños, en gran parte porque son pobres y por su origen étnico, resulta perfectamente funcional a las empresas agrícolas el asentamiento de estos jornaleros. Son mano de obra disponible en todo momento sin que las empresas tengan que asumir los gastos de reproducción social (alojamiento, educación, salud, etc.) de los trabajadores migrantes que contratan; son los que se encargan de enganchar, alojar, transportar y aprovisionar de bienes a otros trabajadores migrantes que llegan "por su cuenta".[16] Algunos de los ya instalados logran construir en sus predios "cuarterías"[17] que alquilan a los jornaleros que llegan a trabajar temporalmente en las cosechas; los que pueden compran camiones que sirven para el traslado de los jornaleros desde las cuarterías a los campos de trabajo ("camioneteros"); los más abren un pequeño comercio en donde venden, a crédito ("fiado"), alimentos e insumos necesarios para los trabajadores. Así, los asentados encuentran un negocio en el circular de familiares, paisanos, o aun de descocidos, lo que a la vez los mantiene informados sobre los distintos lugares por donde estos transitan, ampliando sus redes de relaciones (Lara, 2008).

Este circular de población local y de migrantes, encadena movimientos de carácter nacional e internacional cuyo punto de cruce son estas regiones de agricultura intensiva. Es decir, mientras unos salen de allí, por no encontrar las condiciones favorables de empleo ni de vida, otros llegan allí porque en su condición de indígenas, expulsados por la pobreza y la crisis de los productos en sus lugares de origen, hallan que las condiciones de trabajo que se les ofrecen, si bien precarias, son mejores que las que han dejado atrás.

Es así que estas regiones de agricultura intensiva se vuelven puntos de cruce de distintos grupos sociales: los que llegan, los que se van, los que transitan. Sin embargo, para cada uno de ellos, este lugar junto con todos aquellos por los que han pasado, o incluso aquellos que aún

16. La mayor parte de los jornaleros migrantes que llegan a estas regiones lo hacen mediante "enganchadores" o contratistas. Ver C. de Grammont y Lara (2004) y Sánchez (2006).

17. Las "cuarterías" son habitaciones construidas por contratistas, transportistas o mayordomos, en sus propias casas o en algún terreno, en donde dan alojamiento a los migrantes que llegan a trabajar. Les cobran por semana y muy seguido ofrecen también el servicio de alimentación. Algunos de estos agentes son antiguos jornaleros migrantes ya establecidos.

están en el imaginario como posibilidad futura, forman parte de su itinerario y de su territorio migratorio (Tarrius, 2000). Son lugares en los que coinciden: población local y migrantes; indígenas y no indígenas; jornaleros sin tierra y pequeños productores. Todos vinculados, de una o de otra manera a la lógica y la dinámica de la operación de grandes empresas en torno a una agricultura intensiva de carácter global, pero poniendo en marcha sus propias estrategias.

En el estado de México, la mano de obra femenina local encargada del corte y manejo de flores en los invernaderos, así como de su empaque, por una supuesta habilidad y delicadeza innatas, ha sido sustituida por hombres indígenas y mestizos migrantes, que antes de llegar a laborar en las flores cortaban cañas con machetes y las cargaban en sus espaldas para subirlas a los camiones que luego las transportaban, en jomadas de más de 12 horas diarias. Para ellos el trabajo en la floricultura "es como un juego" frente al trabajo que antes realizaban, mejor pagado en comparación con lo que recibían por el corte de caña y en condiciones laborales menos penosas. Comparando pasado y presente, la zona florícola resulta un lugar de bienaventuranza.

Quienes han dejado el Valle de Arista, pocas veces vuelven la cara hacia él. Es un lugar de vaciamiento, donde solo han quedado los viejos y los sin futuro. Es la imagen del desastre, frente a un porvenir que se imagina del otro lado de la frontera, a pesar de que se llega de manera ilegal y se trabaja en los peores oficios.

Estas imágenes dan cuenta de que los encadenamientos no solo vinculan lugares, sino imaginarios que se construyen en torno espacios, que por ser apropiados real o simbólicamente se convierten en territorios. Territorios en los cuales entran en contacto culturas diferentes y se confrontan estrategias: las de los empresarios y las de los trabajadores, pero, también, las de los distintos tipos de trabajadores. Es por ello que retomamos la idea de Hily y Ma Mung (2002) de que se trata de espacios de alta densidad relacional. A la vez que son lugares en donde se entrecruzan los itinerarios de estos diversos grupos que allí coinciden, en torno a una zona de agricultura intensiva.

Conclusiones

Los cuatro estudios de caso que analizamos en este artículo dan cuenta de los procesos de formación de polos de desarrollo agrícola, la forma particular en que se consolidan, entran en crisis, se reestructuran y vuelven a reconfigurarse. No obstante, el interés está puesto en la manera como estos procesos crean mercados laborales y "se construyen vulnerabilidades" adaptadas a los contextos locales, creando una fuerza de trabajo "desechable" (Pedreño, 2009), que se ve obligada a migrar, encadenando movimientos en distintas direcciones.

La implantación de grandes empresas dedicadas a la agricultura intensiva y sus estrategias de reestructuración provocaron cambios importantes en las regiones en las cuales se asientan. En primer lugar, vemos que se desplazan productos y actividades tradicionales, para imponer nos solo nuevos productos sino nuevas formas de trabajar y de producir, despojando a los habitantes locales de los saberes que antes les permitían explotar su medio ambiente. En segundo lugar, observamos el carácter itinerante que pueden tener dichas empresas al instalarse en una región, la cual, eventualmente, pueden abandonar cuando ya no conviene a sus intereses o cuando han provocado un fuerte deterioro ecológico. En tercer lugar, notamos que al momento en que dichas empresas realizan reestructuraciones que reducen el empleo o que imponen condiciones laborales de mayor exigencia de sobreexplotación, o cuando los capitales deciden retirase de una región, la población no retoma a sus antiguas actividades y es común que abandone la agricultura y/o salga de la región. El nivel de despojo ha sido tal que esta población, de origen rural y campesino, cambia de actividad productiva o migra hacia otras regiones del país o hacia los Estados Unidos. La respuesta de los trabajadores: locales o migrantes es la movilidad.

Así, nos ha interesado conocer la forma como, en torno a estas zonas de agricultura intensiva, se generan movilidades y se producen encadenamientos de migraciones nacionales e internacionales, el modo como se conectan con los mercados de trabajo a distinta escala, los mecanismos que favorecen la creación de pequeños núcleos de poblamiento que sirven de escalón para acceder a nuevos destinos y/o nuevos mercados, y

la forma como cada grupo significa esos lugares de agricultura intensiva y hace de ellos una parte de su territorio de migración o de circulación.

Tarrius (2000) señala que esas poblaciones móviles "enganchan todos los lugares recorridos por ellas mismas, y otros reconocidos como cercanos, a una memoria de naturaleza colectiva" (p. 56). Todo territorio resulta, así, de un proceso de apropiación de un espacio, por un grupo social, con el objetivo de asegurar su reproducción (Le Berre, 1992, p. 623). En este caso, se trata de un proceso mediante el cual los trabajadores no solo transitan por los lugares en donde trabajan sino hacen de ellos parte de sus espacios de reproducción y los construyen como territorios de migración.

Bibliografía

C. de Grammont, H. (2009). La desagrarización del campo mexicano. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales,* (México: UAEM).

C. de Grammont, H. y Lara, S. M. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones hortícolas del noroeste del país.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H.; Lara, S. M. y Sánchez, M. J. (2004). Migraciones rurales y nuevas configuraciones familiares: Los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, U.S.A., pp. 357-368. En M. Ariza y O. de Oliveira, *Imágenes de la familia en el cambio de siglo, Universo familiar y procesos demográficos contemporáneos.* México: IIS-UNAM.

Castro, P. (2008). *Floricultura, redes migratorias y mercados de trabajo*. México: Proyecto CONACYT 44.249, Informe final.

Echánove, F. (1999). Los empresarios hortícolas y sus procesos de integración y diversificación. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Gómez Cruz, M. A. y Caraveo, F. (1990, diciembre). La agromaquila agrícola: una nueva forma de penetración de las trasnacionales. *Comercio Exterior, 40*(12), 1.193-1.199.

Hily, M. A. y Ma Mung, E. (2002). Categories et lieux de circulations migratoires. *Rapport de Recherche,* (INRE).

INEGI. (2007). *Censo Nacional Agropecuario de 2007.* México: INEGI.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. y C. De Grammont, H. (2008) Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses. México: Proyecto CONACYT 44.249, Informe final.

Le Berre, M. (1992). Territoires, pp. 617-637. En F. Bailly *et al.* (Dir.), *Encyclopédie de Géographie Economica*, París: S.d.

Ma Mung, E. (1999). La dispersion comme ressource. *Cultures & Conflits, 33-34*, pp. 89-103.

Mora I. y Maisterrena, J. (2008). *Movilidad laboral y encadenamientos migratorios en torno a un sistema de agricultura intensiva en el Valle de Arista, S.L.P.* México: Proyecto CONACYT 44.249, Informe final.

Pedreño, A. (2009). La Construcción Social de la Disponibilidad y Vulnerabilidad de los Trabajadores Inmigrantes Extracomunitarios en las Agriculturas Intensivas Mediterráneas. Ponencia presentada en el *Seminario Trabajo, Migración, Sindicatos y Actividades Laborales no Clásicas*, 13 de febrero, Casa de la Primera Imprenta, UAM, México.

Quaranta, G. (2007). Comentarios a la sesión Perspectivas teóricas y metodológicas para la investigación sobre migraciones y cadenas globales agrícolas en Latinoamérica. Ponencia presentada en el *Seminario Migraciones, Trabajo y Cadenas Globales*, 27-30 de enero, Murcia, España.

Rau, V. H. y Lara, S. M. (2007). Bases territoriales para la organización de los asalariados agrícolas. Ponencia presentada en el *5° Congreso Europeo CEISAL de Latinoamericanistas*, 11-14 de abril, Bruselas, Bélgica.

Sánchez, K. (2006). *Los capitanes de Tenextepango. Un estudio sobre intermediación cultural.* México: Porrúa; UAEM.

Sánchez, K. y Saldaña, A. (2008). *Nuevos espacios de articulación migratoria: el caso de la okra en Morelos*. México: Proyecto CONACYT 44.249, Informe final.

Seefoo, J. L. (2005). *La calidad es nuestra, la intoxicación... ¡de usted!* Zamora: El Colegio de Michoacán.

Tarrius, A. (2000). Leer, escribir, interpretar. Las circulaciones migratorias: Conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones, 21*(83), 39-66.

Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses*

Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Introducción

Con este estudio de caso queremos mostrar cómo ha sido posible el *boom* de la horticultura en el estado de Sinaloa, en buena medida, gracias al desarrollo de importantes flujos de trabajadores agrícolas que migran desde las regiones más pobres del país para laborar en condiciones sumamente precarias en las grandes empresas hortícolas. Sobre la base de un modelo depredador, vemos cómo se hace uso de los recursos humanos que intervienen en las empresas sinaloenses en calidad de asalariados. Pedreño (2009) habla de "trabajadores *kleenex*", es decir, trabajadores desechables, siempre reemplazables, gracias a la existencia de una periferia que garantiza la incorporación de nuevos trabajadores en situaciones de extrema vulnerabilidad. Pero también vemos cómo esos trabajadores –niños, mujeres, hombres y familias enteras– han sabido construir, en el marco de su extrema pobreza y vulnerabilidad, nuevas estrategias de sobrevivencia no solo para adaptarse a las contingencias de su nueva vida (estrategias defensivas), sino para apropiarse de ellas y controlarlas, así como para ubicarse con mayor eficacia en un mercado de trabajo de suyo inestable y difuso (estrategias positivas, proactivas).

---

* Extraído de Lara Flores, S. M. y C. de Grammont, H. (2011). Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses, pp. 33-78. En S. M. Lara (Coord.), *Los encadenamientos migratorios en espacios de agricultura intensiva*. México: Colegio Mexiquense; IIS-UNAM; Porrúa. [ISBN 978-607-401-384-9].

Este trabajo se realizó con el apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM. Proyecto PAPIIT (IN307507).

Por eso, analizamos cómo circulan los trabajadores locales y los migrantes, mestizos e indígenas, y cómo sus movimientos se encadenan en forma de cascada, convirtiendo al valle de Culiacán en un lugar de alta densidad migratoria y relacional; en un espacio en el que confluyen los territorios migratorios de distintos grupos sociales.

El estado de Sinaloa es un gran productor de hortalizas, caña de azúcar, maíz y otros productos altamente rentables, con rendimientos muy por encima del promedio nacional. Se trata de una de las más viejas zonas de agricultura intensiva, productora de hortalizas, implantada en el valle de Culiacán. El auge de esta agricultura, que da inicio desde la década de los veinte del siglo pasado, está asociado a la construcción del distrito de riego más importante del país. En el año 1948 se inicia la construcción de la primera presa, y a lo largo de cuatro décadas se genera una compleja red de 11 presas que bañan los principales valles del estado. De esta manera, Sinaloa cuenta hoy con 800.000 hectáreas de riego, y es el estado con la mayor superficie irrigada del país.

Es así, que se ha convertido en líder de la actividad agroindustrial y en un modelo de desarrollo para otras regiones, como sucedió en valle de Arista en San Luis Potosí. El surgimiento de grandes empresas agrícolas en la región de los valles, con superficies que pueden llegar a tener entre 1.000 y 2.500 hectáreas contrasta con un entorno de agricultura tradicional y temporalera, por lo que podemos decir que se trata de un "enclave" del capital agroindustrial con una periferia en donde subsiste una producción de tipo campesino.

Las tecnologías de punta, los procesos de concentración de capital y la organización de los empresarios han apuntalado un desarrollo agrícola comparable al que puede encontrarse del otro lado de la frontera o en otros países desarrollados. Los distintos procesos de reestructuración que han tenido lugar en este tipo de agricultura (C. de Grammont y Lara, 1999) han permitido su expansión hacia otros estados como Baja California, San Luis Potosí y Michoacán. Pero la aplicación de este "modelo sinaloense" en otras regiones del país ha sido, a menudo, catastrófica.

Iniciamos con una breve síntesis de los antecedentes históricos de la región hortícola de los valles de Sinaloa, para situar el desarrollo actual

de este sector productivo en el marco de la agricultura nacional, caracterizando el tipo de empresas que dinamizan esta región, así como el perfil de trabajadores que laboran en la horticultura. Analizamos los cambios que han tenido lugar recientemente en la organización de las empresas y cómo estos han afectado los flujos de migración que tradicionalmente se han dado para abastecer de mano de obra a esta producción altamente demandante de fuerza de trabajo estacional.

Antecedentes históricos de la región[1]

Sinaloa tiene una larga tradición como enclave de producción agrícola intensiva que data de finales del siglo XIX. En ese entonces, su dinamismo económico había estado ligado, en primer lugar, a la agricultura que se estableció a lo largo de los 11 ríos que atraviesan sus extensos valles costeros, pero también a la ganadería extensiva, a la minería en la sierra al sur y norte del estado, y al puerto de Mazatlán que llegó a tener cierta importancia sobre la costa del Pacífico. En 1910 se registraban en ese estado 293 propiedades de 1.000 a 5.000 hectáreas, 86 de 5.000 a 10.000, 37 de 25.000 y siete de 100.000. Había una fuerte presencia de productores estadounidenses en las mejores tierras agrícolas del estado, quienes habían llegado durante el porfiriato buscando colonizarlas con la idea de cultivar productos comerciales para el mercado norteamericano. No obstante, la Revolución frenó ese proceso y no fue sino hasta la década de los veinte que se da el despegue de la agricultura comercial, destacándose la producción de caña de azúcar, jitomate, garbanzo, frijol y maíz.

La caña de azúcar fue el cultivo más importante del estado hasta la década de los sesenta. En 1927 era el segundo estado productor después de Veracruz. Fue gracias a la United Sugar Company, una compañía estadounidense ubicada en el municipio de Ahome, y a los ingenios de El Dorado y de Navolato, en el municipio de Culiacán, que se logró este crecimiento. Dicha producción ocupaba en esos años 17 817 hectáreas. No obstante, la importación estadounidense de azúcar hacia nuestro país

1. Este inciso se desarrolla con base en la información recabada en H. C. de Grammont (1990) y S. M. Lara (1998).

era muy fuerte, principalmente la que provenía de Luisiana. Frente a la gravedad del problema, los productores se asociaron creando la Unión Azucarera de Sinaloa S.A, para presionar al gobierno mexicano a subir los aranceles de importación, logrando con ello limitar los envíos de ese país. Esta situación dio un impulso a la producción azucarera del estado. Sin embargo, la crisis internacional de 1929 desquició los mercados de México y Estados Unidos. Para enfrentar ese problema se creó, en 1932, la Compañía Azúcar S.A. que reagrupó a 77 ingenios, la cual se transformaría, en 1939, en la Unión Nacional de Productores de Azúcar S.A. (Unpasa), organismo que controló la producción azucarera del país por cerca de 40 años. Este fue el marco en el que transcurrió la historia de los ingenios azucareros del estado de Sinaloa, hasta que el reparto agrario cardenista arrebatara a las grandes haciendas sus propiedades y expropiara las de los extranjeros para crear el sector ejidal que, en adelante, sería el responsable de abastecer a los grandes ingenios azucareros.

Por su parte, a principios del siglo pasado la producción de tomate se vio beneficiada por la construcción del ferrocarril Sud Pacífico que vinculó el estado de Sinaloa con la ciudad fronteriza de Nogales. Esta producción fue iniciada por colonos norteamericanos que habían recibido concesiones de tierras en ese estado por el gobierno porfirista. Luego, llegaron migrantes europeos, en particular griegos, huyendo de la primera Gran Guerra y de los conflictos bélicos en su país de origen. Viendo la demanda de hortalizas en temporada de invierno del lado norteamericano, encontraron en Sinaloa un nicho excepcional para producir hortalizas, principalmente tomate y berenjenas, que eran vendidas a compañías comercializadoras como la Mateo, la Darling & Hinton Co., la Mexican Products Corp.

En los años veinte se inicia la "edad de oro del tomate", que alcanza en 1927 una superficie de 17.800 hectáreas. Sin embargo, este crecimiento de vería afectado, a finales de la década, por la crisis de 1929 y las políticas *antidumping* promovidas por los productores de Florida. Es en ese contexto que se crearían las primeras asociaciones de productores del estado, que hasta la fecha siguen teniendo un importante papel en el desarrollo de ese sector productivo, reagrupadas a nivel estatal en la Confederación de Asociaciones del Estado de Sinaloa (CAADES). En los

años sesenta los horticultores de Sinaloa fomentarían la creación de la Unión Nacional de Productores de Hortalizas, cuya sede nacional se ubicó en Culiacán, para defender los intereses específicos de la horticultura.

Si bien muchos productores norteamericanos regresaron a su país, ni la Revolución ni el reparto agrario cardenista detendrían la producción hortícola del estado. Por demás, las leyes de colonización de 1923 y más tarde las de 1962, fueron lo bastante ambiguas para permitir no solo la continuidad sino el establecimiento de nuevas empresas agrícolas de gran tamaño que siguieron operando. Más aún, la apertura de grandes obras de riego, que se inician en ese periodo, favoreció el despunte de una agricultura empresarial.

Desde finales del siglo XIX ya se habían emprendido importantes proyectos de construcción de obras de irrigación en el estado. Fue famosa la apertura, en 1890, del Canal de Tastes de una longitud de 12 kilómetros, con su bocatoma en el río Fuerte, para llegar hasta Los Mochis, donde había un importante proyecto de colonización de la Kansas Sinaloa Co. Otros de los canales importantes, derivados del río Humaya, fueron el Burrión y el Cubilete, en los municipios de Guasave y Culiacán. No obstante, la construcción de las grandes obras de irrigación por parte del gobierno federal da inicio en 1948 con la presa Sanalona, creada sobre el río Tamazula. Paulatinamente, se construiría una enorme red de 11 presas que irrigan 800.000 hectáreas de la franja costera, y que hacen de Sinaloa el estado con mayor superficie irrigable del país (20% del total nacional).[2] Con agua abundante y una temperatura media anual de 25° (mínima de 7° y máxima de 35°) se crearon las mejores condiciones para el desarrollo de un emporio agrícola liderado por las empresas hortícolas. La irrigación permitió que los rendimientos agrícolas se incrementaran, a la vez que la introducción de los tractores, el uso de fertilizantes químicos y la implantación de los empaques agroindustriales jugaron un papel clave en el desarrollo de esta actividad durante la *revolución verde*, sentando las bases necesarias para mantener su competencia en el nuevo modelo de economía abierta finisecular. A partir de la década de los sesenta la producción de hortalizas empieza a incrementarse de manera

2. La superficie irrigable es de 800.000 hectáreas, aunque la superficie irrigada actualmente es de alrededor de 700.000 debido a la salinización de 100.000 hectáreas.

exponencial. Tan solo en el caso del jitomate, hortaliza de exportación por excelencia, la producción incrementó cerca de cinco veces entre 1964 y 1999. Esto, sin contar que las empresas más grandes comenzaron un proceso de expansión hacia el estado de Baja California, con el fin de ampliar su capacidad de abasto del mercado nacional e internacional.[3]

Sin embargo, la horticultura es una actividad que depende fuertemente del trabajo manual, en particular para la siembra, cosecha y empaque, especialmente cuando se trata de garantizar la calidad de los productos que se dirigen al mercado de exportación. Tratándose de una región de colonización con una muy baja densidad poblacional, la escasez de mano de obra constituyó uno de los principales problemas para los agricultores, por lo que se recurrió, primero, a la mano de obra proveniente de las regiones serranas del propio estado, en donde prevalecía una agricultura temporalera orientada al autoconsumo, para que esta se hiciera cargo de las tareas en el campo, mientras la mano de obra femenina local empezó a trabajar en los empaques. Luego, fue necesario traer trabajadores desde lejanas regiones, donde prevalecía la existencia de campesinos indígenas pobres (Guerrero, Oaxaca). Así, en el mercado de trabajo hortícola se creó una división sexual y étnica del trabajo.

A partir de la década de los ochenta se consolidaron enormes empresas hortícolas globalizadas, a menudo con vínculos de colaboración con empresas extranjeras. Las nuevas condiciones del mercado permitieron su reorientación hacia el mercado nacional, e iniciaron un proceso de expansión hacia otros estados del país, como Jalisco, San Luis Potosí, Michoacán, cuyos efectos locales pueden observarse en el texto de Mora y Maisterrena en este libro. Finalmente, el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá volvió a dinamizar el mercado externo: entre 1994 y 2000 las exportaciones crecieron 54%. Este crecimiento se acompañaría de cambios importantes en los procesos productivos, a la vez que tendría efectos significativos en el empleo y en las formas de trabajo, impactando así las corrientes de migración de trabajadores agrícolas que llegan a ese estado para laborar en las hortalizas. A lo largo de más de un siglo, las grandes empresas lograron sortear los numerosos

3. En Sinaloa la cosecha se realizaba de enero a abril, en Baja California de junio a agosto.

problemas agrarios que se entablaron contra los campesinos de la región; problemas sindicales con sus trabajadores, y complejos conflictos comerciales con sus competidores norteamericanos.

Características actuales de la agricultura sinaloense

Actualmente, el estado de Sinaloa es un estado eminentemente agrícola. Esta situación puede medirse con algunos datos. En términos de su PIB agropecuario en proporción del PIB agropecuario nacional ocupa el cuarto lugar (con 6,3% del PIB agropecuario nacional), después de Jalisco, Veracruz y Michoacán (INEGI, 2003). No obstante, si consideramos el valor de su producción vemos que ocupa el primer lugar, ya que alcanza 10% del valor nacional de la producción agrícola, alcanzado en una superficie cosechada que apenas representa 5,8% de la nacional (Siacon, 2004) (cuadro 1).

También, constatamos que el índice de productividad media de la agricultura estatal creció en los distritos de riego de 1.3 a 1.5 entre 1980 y 2004, mientras en la agricultura de temporal, que se ubica en las serranías, dicho índice bajó de 0.3 a 0.2, lo cual refleja una mayor polarización entre agricultura de riego y agricultura de temporal, al igual que en el resto del país (cuadro 2).[4]

Como puede verse en el cuadro 3, la producción de hortalizas del estado de Sinaloa ocupa 13,1% de la superficie nacional cosechada y el valor de dicha producción representa 19,2% del valor total nacional. Algunos otros productos que se cultivan en este estado tienen un alto valor en comparación con el promedio nacional: los cereales (esencialmente, maíz), al igual que los tubérculos, entre los que destaca la producción de papa, mientras que los productos industriales, como la caña de azúcar, han perdido peso en ese estado, cuando en otro momento fueran tan importantes.

4. El índice de productividad *(IP)* es la relación entre la superficie cosechada y el valor de la producción que se cosecha sobre esta misma superficie. Se obtiene con la siguiente formula: IP = SCC % SCT / VC% VT, en donde SCC = superficie cosechada del cultivo, SCT = superficie cosechada total, VC = valor del cultivo y VT = valor total de todos los cultivos. El total de los cultivos considerados para medir la productividad da el índice 1 (superficie = valor) y representa la media, cada cultivo particular tendrá un índice mayor a 1 si su productividad es más alta que la media y menor a 1 si su productividad es menor a la media. Dos variables inciden en este índice: el rendimiento y el precio. Entre mayores son estos factores más alto es el índice de productividad, entre menores más bajo es el índice de productividad.

Cuadro 1. Importancia de la agricultura sinaloense en el contexto nacional, 2004

	Nacional		Sinaloa		Sinaloa % nacional	
	Superficie cosechada (hectáreas)	Valor (pesos)	Superficie cosechada (hectáreas)	Valor (pesos)	Superficie cosechada (hectáreas)	Valor (pesos)
Total	*20.191.531*	*210.640.000.718*	*1.175.425*	*21.199.544.041*	*5,8*	*10*
Riego	*4.854.338*	*119.104.068.132*	*704.475*	*19.075.805.1.19*	*14,5*	*16*
Temporal	*15.337.193*	*91.535.932.585*	*470.949*	*2.123.738.922*	*3*	*2,3*

Fuente: Elaboración propia con base en datos de Sagarpa, Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera, Siacon.

Cuadro 2. Evolución del índice de productividad de la agricultura sinaloense, 1980-2004

	1980					2004				
	Superficie cosechada		Valor de la producción			Superficie cosechada		Valor de la producción		
	(hectáreas)	%	Pesos	%	IP*	(hectáreas)	%	Pesos	%	IP*
Total	*1.008.632*	*100*	*16.799.281*	*100*	*1*	*1.175.425*	*100*	*21.199.544.041*	*100*	*1*
Riego	*665.880*	*66*	*15.010.031*	*89,3*	*1.3*	*704.475*	*60*	*19.075.805.119*	*90*	*1.5*
Temporal	*342.752*	*34*	*1.789.250*	*10,7*	*0.3*	*470.949*	*40*	*2.123.738.922*	*10*	*0.2*

Fuente: Sagarpa, Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera, Siacon.
*IP = Índice de Productividad.

Cuadro 3. Superficie cosechada y valor de la producción por grupo de cultivo a nivel nacional y en Sinaloa, 2004

Grupo de cultivo	Nacional		Sinaloa		Sinaloa % nacional	
	Superficie cosechada (hectáreas)	Valor de la producción (miles pesos)	Superficie cosechada (hectáreas)	Valor de la producción (miles pesos)	Superficie cosechada (%)	Valor de la producción (%)
Total	*20.191.665*	*210.739.664*	*1.175.425*	*21.199.544*	*5,8*	*10,0*
Cereales	*8.345.306*	*4.1.010.239*	*531.871*	*6.350.682*	*6,3*	*15,4*
Forrajes	*5.464.823*	*37.764.806*	*321.202*	*1.073.011*	*5,8*	*2,8*

Frutales	*1.283.761*	*39.857.874*	*40.218*	*1.236.348*	*3,1*	*3,1*
Hortalizas	*592.119*	*42.933.756*	*77.625*	*8.244.683*	*13,1*	*19,2*
Industriales	*2.170.414*	*28.640.991*	*27.586*	*596.164*	*1,2*	*2,0*
Legumbres secas	*1.782.125*	*7.560.161*	*93.851*	*1.297.897*	*5,2*	*17,1*
Tubérculos	*66.309*	*6.728.116*	*14.301*	*2.078.165*	*21,5*	*30,8*
*Otros**	*486.806*	*6.243.719*	*68.766*	*322.590*	*14,1*	*5,1*

Fuente: Sagarpa, Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera. Siacon.
* Otros: Especias, medicinales, orgánicos, ornamentos, otros, semillas.

Como lo hemos visto en el inciso anterior, gran parte del éxito de la agricultura sinaloense se basa en la paulatina creación de distritos de riego que hoy en día cubren 800.000 hectáreas. La superficie de riego representa 60% de la superficie cultivada del estado ya que la de temporal cubre solamente 470.000 hectáreas. El siguiente estado en orden de importancia por su superficie irrigada es el de Sonora, pero cuenta con 394.000 hectáreas, cerca de la mitad de la superficie de Sinaloa. También debe considerarse el desarrollo tecnológico que ha habido en la producción, tanto en cultivos tradicionales, como el maíz, al igual que en las hortalizas, aspecto que trataremos más adelante.

Caracterización de las empresas hortícolas

Si bien las empresas hortícolas se ubican en diferentes partes del país, las más grandes se encuentran en los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California y Jalisco. Pero, en Sinaloa se cuenta con una mayor y más larga tradición en este tipo de cultivos, con alrededor de 60.000 hectáreas sembradas, esencialmente en los municipios de Culiacán, Navolato, Guasave y Ahome. Cien de las más grandes empresas cuentan con su propio empaque para acondicionar los productos, lo que les permite comprar la producción de las más pequeñas y con ello dominar el mercado. La mayoría exporta hacia Estados Unidos una parte importante de su producción.

Formas de operación

Gran parte de las empresas que operan en el noroeste del país nacieron con una vocación exportadora. De acuerdo con el estudio realizado en el noroeste por Avendaño (2004), las primeras regiones en iniciar el cultivo de hortalizas, desde antes de los años cincuenta, se ubicaron en Culiacán y Los Mochis, en Sinaloa. Más tarde, en la década de los sesenta, se incorpora el estado de Baja California, como una extensión de las propias empresas sinaloenses que buscaban ampliar su periodo de oferta en el verano, ya que la producción de Sinaloa es básicamente de invierno. Además, diferentes investigaciones indican que las empresas sinaloenses más grandes se descentralizaron hacia otras regiones del país para alargar su temporada de cosecha, abastecer el mercado nacional y controlar las grandes centrales de abastos de las ciudades de Guadalajara, Monterrey y el Distrito Federal, lo que las llevó hacia San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán y Morelos.

En su estudio, Avendaño encuentra que la mayor parte de las empresas analizadas son productoras-empacadoras, más de la mitad de ellas recurren a los servicios de un distribuidor para exportar sus productos o lo hace mediante un *broker*. Si bien forman parte de una cadena agroalimentaria básicamente de capital mexicano, la distribución opera con base en asociaciones de capital norteamericano que domina la venta al menudeo o a través de los supermercados en el vecino país. El 20% comercializan directamente su producción, instalando su propia distribuidora en Estados Unidos o mediante alianzas con empresas distribuidoras norteamericanas.[5]

El principal destino de las exportaciones de hortalizas mexicanas son Estados Unidos, si bien se ha diversificado recientemente hacia Canadá, la Unión Europea, Japón y Centro América. En 2009 la exportación de las hortalizas frescas representaba 41% de las exportaciones agrícolas totales, seguidas por la exportación de frutas frescas con 27%. Por sí solo el tomate rojo representaba 18% seguido por el pepino (6%) y la cebolla (4%).[6]

5. Hoy el control del comercio internacional se basa en el cumplimiento de las normas de calidad definidas por el *Codex Alimentarius* de la FAO-OMS. En particular por el concepto de *rastreabilidad,* o sea la capacidad de seguir el desplazamiento de un alimento a través de una o varias etapas especificadas de su producción, transformación y distribución (2009).

6. Véase www.siap.gob.mx.

En el estado de Sinaloa la mayoría de los cultivos son altamente mecanizados por lo cual no generan un importante mercado de trabajo (maíz, sorgo, trigo, cártamo, garbanzo, frijol). Estos cultivos suponen poca mano de obra especializada, una parte de ella permanente (tractoristas, choferes) otra ocasional (regadores, por ejemplo). Pero existen tres grupos de cultivos que necesitan una importante mano de obra, tanto para la cosecha como para las distintas labores culturales; estos son las hortalizas que, en 2009, tuvieron una superficie sembrada de cerca de 60.000 hectáreas, los frutales con más de 40.000 hectáreas y la caña de azúcar con cerca de 30.000 hectáreas.[7] Destacan las hortalizas por su gran demanda de mano de obra que oscila entre 120.000 y 200.000 jornaleros anuales, la enorme mayoría temporales y migrantes. De esta manera, las empresas que se dedican a la producción de estos cultivos conforman principalmente el mercado de trabajo agrícola del estado.

Tecnología y reestructuración

No todas las empresas siguen los mismos procesos de modernización. Las más tradicionales se han modernizado mejorando el paquete tecnológico aportado por la *revolución verde*. Sus principales características son un mejor uso de la maquinaria, más y mejores agroquímicos y una mejor gestión de la fuerza de trabajo. No obstante, en el caso de la producción de hortalizas, las exigencias de calidad que les ha impuesto el mercado las ha obligado a reestructurarse, lo que significa no solo introducir nuevas tecnologías, sino poner en marcha nuevas formas de gestión, más flexibles, que incluyen distintas modalidades en el uso de la mano de obra (Lara, 1998; C. de Grammont y Lara, 1999). Así, las empresas de punta, aquellas que se mantienen en el mercado abierto y se transforman en empresas globales, transnacionalizadas e integradas a complejos consorcios, cambiaron radicalmente su tecnología, abandonando el paradigma de la *revolución verde*. Los principios básicos de esas nuevas tecnologías son el ahorro de energía no renovable (agua), la disminución de agroquímicos, y la incorporación de la noción de "calidad",

7. Ídem.

que permite la orientación de los productos hacia distintos nichos ("producción biológica", "ecológica", etcétera). Las principales tecnologías de reemplazo son el uso de nuevas semillas que permiten obtener una mayor homogeneidad en la maduración del fruto y mayor vida de anaquel, el riego presurizado, la fertirrigación, la labranza cero, la plasticultura y la agricultura protegida (invernaderos o malla sombra).

Los productores de hortalizas para exportación y los que surten los mercados selectos nacionales, son los que se especializan en la agricultura protegida.[8] A nivel nacional, este sector pasó de menos de 50 hectáreas en 1991 a más de 3.400 hectáreas en 2005 y se estima que alcanzó las 6.000 hectáreas en 2010, siendo el jitomate la hortaliza que ocupa más hectáreas en producción bajo este sistema. La USDA calcula que el volumen de toneladas de tomate producido en invernadero y exportado a Estados Unidos se incrementó de 3.728 en 1999 a 58.357 en 2003. Asimismo, se estima que el 80% de la producción en invernadero se trabaja en el suelo y el 20% de la superficie total con diferentes sistemas de hidroponía. Más de 70% de la superficie cuenta con sistemas de automatización y el plástico se usa como cobertura en más del 90% de los casos (Montoya, 2001; Steta, 2003). Este desarrollo se explica, en parte, por los altos rendimientos obtenidos con los cultivos protegidos, con relación a campo abierto, ya que los productores más exitosos han logrado rendimientos de jitomate de hasta 45 kilogramos por metro cuadrado (Steta, *op. cit.*).

Sin embargo, un aspecto fundamental de la reestructuración, aunque absolutamente desestimada por el sector empresarial, es el incremento de la productividad de la mano de obra. El uso de las nuevas tecnologías, en particular de las nuevas semillas, ha permitido homogeneizar la maduración de los frutos, incluso en campo abierto, facilitando el proceso de la cosecha. Así, con dichas tecnologías el incremento de trabajadores ha sido menos que proporcional al incremento de los rendimientos, aunque aumentaron la intensidad y productividad de su trabajo, fenómeno muy importante en las empresas de punta (C. de Grammont y Lara, 1999).[9]

---

8. Agradecemos a Romel Olivares la información proporcionada al respecto y sus comentarios.

9. Anteriormente, para cosechar jitomate bola con un rendimiento de 21 toneladas se necesitaba que los trabajadores intervinieran hasta ocho veces en un campo para levantar todo el producto, las nuevas

En otro trabajo hemos calculado este incremento en la productividad de la mano de obra con el coeficiente de "eficiencia técnica" del trabajo que representa la cantidad de producto obtenido en cada jornada de trabajo aplicada a un cultivo. Por ejemplo, en el ciclo 1984-1985 se necesitaban 264 jornadas de trabajo a lo largo del ciclo productivo para obtener 22,6 toneladas de tomate rojo de vara en campo abierto, lo cual nos da una "eficiencia técnica" de 85,6 kilos de tomate por jornada de trabajo. Diez años después se necesitaban 259 jornadas para obtener 34 toneladas, lo cual nos da una "eficiencia técnica" de 131,2 kilos. Con ello, las empresas obtuvieron un aumento de 65% en la productividad del trabajo (C. de Grammont y Lara, 1999). Esta situación es todavía más evidente en el caso de la agricultura protegida. Si bien los costos de producción se incrementan con este tipo de tecnología, los incrementos en la productividad los hacen altamente atractivos, como puede verse en el cuadro 4. En una hectárea de malla sombra se incrementa la ganancia bruta en 56% en comparación a las mejores tecnologías en campo abierto, pero en el caso del invernadero se incrementa en más de 500%.

Cuadro 4. Costos de producción para jitomate en Sinaloa con tecnología de punta

Sistema de producción	Rendimiento (kg/m2)	Costos de producción (Ct. dólar/kg)	Precio de venta (Ct. dólar/kg)	Diferencial (Ct. dólar/kg)	Ganancia bruta/ha (dólares)
Campo abierto	*9*	*0,45*	*0,58*	*0,13*	*11.700*
Malla sombra	*14*	*0,51*	*0,64*	*0,13*	*18.200*
Invernadero	*22*	*0,55*	*0,87*	*0,32*	*70.400*

Fuente: Montoya (2001) y elaboración propia.

Además, esta nueva tecnología permite desestacionalizar la producción, es decir producir todo el año, gracias a lo cual las empresas sinaloenses han dejado de extenderse hacia otras regiones en busca de nichos

tecnologías permiten, ahora, que solo tengan que ir al campo tres veces para cosechar más de 30 toneladas de tomate. De esta manera, con la misma cantidad de jornaleros se logra cosechar un mayor volumen de producto. Sin embargo, en las grandes empresas, en donde los rendimientos de jitomate se dispararon hasta 80 toneladas, se tuvo que duplicar o triplicar el número de los trabajadores para la cosecha.

climáticos. No obstante, este fenómeno ha tenido un fuerte impacto en la disminución de la demanda de mano de obra con un incremento en su calificación, sin que ello haya significado un mejoramiento en las condiciones laborales, como más adelante se analiza.[10]

Otra situación que ha modificado la demanda de fuerza de trabajo en la horticultura sinaloense son las nuevas normas impuestas por Estados Unidos en relación con la inocuidad y sanidad de los productos que se exportan a ese país.[11] Esta normatividad ha llevado recientemente a las empresas a modificar sus procesos de trabajo para cumplir con estas nuevas reglas.[12] Otras prácticas se relacionan con las Normas de Responsabilidad Social que han sido incorporadas por algunas empresas agroalimentarias a nivel mundial o con las de Comercio Ético, pero estas están muy lejos de ser adoptadas por las empresas productoras de hortalizas en México.[13]

Si bien la gran mayoría de las empresas logra evadir muchas de las responsabilidades que la aplicación de estas leyes supone en términos de las condiciones de trabajo y de vida de los jornaleros que participan en las tareas agrícolas y poscosecha, lo que es un hecho es que no han podido eludir las presiones que ejerce el mercado en cuanto a normas de calidad para lograr competitividad frente a las empresas norteamericanas y canadienses, cuyas innovaciones tecnológicas son más importantes y

10. En invernadero se calcula que la mano de obra requerida para una hectárea puede variar de 5 a 12 trabajadores dependiendo del tipo de tecnología utilizada, en tanto que en campo abierto puede ascender a 150 trabajadores, también dependiendo del tipo de tecnología.

11. En 1997 Estados Unidos anunció su Iniciativa de Inocuidad Alimentaria de Productos Domésticos e Importados y las facultades de su Departamento de Agricultura (USDA) para la inspección y decomiso de alimentos. A esta ley se adiciona la ley de bioterrorismo (The Bioterrorisme Act) promulgada en ese país a partir de los eventos del 11 de septiembre de 2001. Esta ley exige que la Food and Drug Administration (FDA) reciba notificación previa de los alimentos importados u ofrecidos para importación a Estados Unidos y le otorga el poder de detener o retener los alimentos si se presume que estos representan una amenaza para la salud de las personas. De esta manera, se obliga a los establecimientos extranjeros a designar un agente norteamericano para el registro de los alimentos. Dicho agente puede ser un *broker* o un importador que viva o tenga su domicilio en ese país (Avendaño, 2004).

12. Avendaño (2004) encuentra que la mayor parte (88,2%) de las empresas que formaron su universo de investigación señalaron haber realizado cambios en el proceso productivo como resultado de la aplicación de la Iniciativa de Inocuidad Alimentaria, relativos al uso de equipo, organización y tecnología.

13. El comercio ético se refiere al comercio de bienes producidos y comercializados bajo condiciones sociales, ambientales y financieras responsables y es un concepto que trata de englobar una variedad de iniciativas, entre ellas, el comercio justo, la agricultura orgánica, los códigos ambientales y las iniciativas de los principales minoristas en el mundo desarrollado (Marañón, 2006).

el incremento en la producción de invernadero ha sido más alto. Esto ha llevado a modificar las políticas de gestión de la mano de obra, que desarrollamos a continuación.

El empleo en la horticultura

División del trabajo

El llamado *boom* de la horticultura sinaloense se acompañó de una nueva forma de organizar el trabajo. En otros textos hemos caracterizado a este periodo como un momento en cual predominó un proceso de producción masiva, imperando formas de organización en cadena, de tipo taylorista y fordista. Con el fin de incrementar la producción el proceso productivo se subdividió en diferentes fases que empezaban en los invernaderos en donde se produce de plántula, pasando por la fase de producción en campo y terminando en los empaques y almacenes de productos frescos (Lara, 1993, 1998). Dichos métodos de producción se pusieron en marcha junto con una división social del trabajo, tanto de género como de etnia, ya que mientras la población local masculina fue incorporada a tareas de campo y empaque, en posiciones de dirección y de supervisión, las mujeres locales fueron colocadas en la cadena de selección y embalaje de los empaques. Esta situación llevaría a estas mujeres a tener un papel central en el proceso productivo, al garantizar la calidad del embalaje en los productos que se exportan.

No obstante, el trabajo en el campo quedó a cargo tanto de trabajadores agrícolas originarios de la sierra sinaloense como, por otro, de trabajadores agrícolas migrantes originarios de regiones indígenas de los estados de Guerrero y Oaxaca. Para entender este proceso, hay que mencionar que el estado de Sinaloa se caracteriza por una fuerte polarización de su estructura agrícola. De un lado, los grandes y fértiles valles con predominio de tecnologías que han sido "de punta" en cada momento de su historia, fuertes inversiones de capital y apoyo del Estado. Por el otro, las zonas serranas, áridas e incomunicadas, en donde predomina una población campesina pobre, dedicada a cultivos de temporal y en

donde últimamente se extendió la siembra de enervantes, que ha hecho de Sinaloa el estado más famoso internacionalmente por los cárteles que allí operan.

Tanto los migrantes de la sierra, como los indígenas oaxaqueños y guerrerenses, con algunos otros originarios de Michoacán y de Durango, realizaron las tareas más duras, a pleno sol y bajo temperaturas extremas. Los primeros plantaban, ponían estacas y estacones, realizaban desyerbes y limpieza de terrenos, hasta que, llegada la cosecha, los campos eran inundados por los llamados, despectivamente, "oaxaquitas". Mientras que los primeros regresaban a la sierra para las siembras de sus parcelas, los segundos arribaban cuando ya habían levantado cosechas en sus pueblos de origen, para quedarse allí hasta que llegaran, nuevamente, las lluvias.

Este fue el esquema de organización que funcionó para las empresas por más de cuatro décadas, hasta que su reestructuración y una serie de fenómenos que tuvieron lugar tanto en la sierra y en los valles sinaloenses, como en las comunidades de origen de los migrantes de Oaxaca y Guerrero, llevaran a una modificación en las estrategias de abastecimiento de la mano de obra.

Formas de abastecimiento de mano de obra

Hacia finales de la década de los sesenta e inicios de los setenta se inicia un periodo en el cual el papel de los contratistas, o "enganchadores", en el abastecimiento de mano de obra que requieren las empresas se vuelve fundamental para hacer coincidir la oferta y la demanda de trabajo. Sobre todo, porque la demanda más importante se concentra durante la temporada de cosecha y la mano de obra local resulta insuficiente. Esta fue una de las razones por la que las empresas comenzaron a operar con intermediarios que les abastecían de mano de obra. El interés principal que motivó la búsqueda de trabajadores en regiones dispersas y aisladas del país fue contar con una mano de obra barata y sin experiencia de organización. Así, desde la década de los sesenta las empresas orientaron su mirada hacia las zonas indígenas de Oaxaca y Guerrero para abastecerse de jornaleros, contando inicialmente con el subsidio del Estado

para que dichos trabajadores se transportaran gratuitamente en tren desde la Ciudad de México hasta Culiacán y Los Mochis.

Más tarde, aprovechando el mejoramiento de las carreteras, se prefirió el transporte en camiones que los propios empresarios enviaban a las regiones de origen para hacer más ágil el traslado de los trabajadores, función que fue dejada en manos de los contratistas. De esta manera, se volvió imprescindible el trabajo de estos intermediarios para la buena marcha de la empresa hasta bien entrada la década de los noventa.

Astorga (1985) resumía el papel de los contratistas en tres aspectos: 1) se encargan de la contratación de los jornaleros, 2) de su transporte y 3) normalmente supervisan también su vida en los campamentos en donde se les aloja, así como su trabajo en los campos. Sánchez (2006) menciona la importancia de estos contratistas incluso como intermediarios culturales en la medida que una parte importante de los trabajadores son indígenas.

El proceso de captación de la mano de obra es un sistema en el cual participan diferentes redes de contratación. Es un sistema piramidal controlado por la empresa, que determina las condiciones de vida y trabajo (horarios, salarios, formas de pago) de los jornaleros migrantes y define cuántas personas hay que contratar en cada pueblo y cuándo deben llegar a la empresa. En términos cuantitativos, el papel de los contratistas es fundamental. Un estudio realizado en 2003, en cuatro regiones hortícolas del país, constató que movilizaban 80% de los jornaleros migrantes, mientras 16% de ellos llegaba a través de sus propias redes sociales (C. de Grammont y Lara, 2004).

Cuando se aproxima la temporada de la cosecha el agricultor confirma, con cada uno de los contratistas con los que trabaja, la cantidad de gente que necesita y las fechas de llegada. Sin embargo, el problema, es complicado porque la demanda de mano de obra es escalonada. Al inicio de la cosecha se necesitan pocos trabajadores y su número se va incrementando a medida que maduran los productos. De la misma manera, al final de la temporada el requerimiento de trabajadores disminuye paulatinamente. Además, si de suyo las condiciones naturales de la producción hacen que la contratación de la mano de obra sea compleja, existe siempre la posibilidad de algún siniestro que modifique totalmente las condiciones del mercado y, por lo tanto, de las necesidades de mano de obra.

Durante los dos o tres meses que preceden la salida de los trabajadores de sus lugares de origen, los contratistas apuntan a la gente que se compromete a trabajar en los campos. Normalmente los pequeños contratistas visitan a la gente en sus casas, o corren la voz a través de familiares, mientras los más grandes anuncian por altoparlantes las condiciones de contratación, de viaje y trabajo, el lugar y día de la salida, el nombre del contratista, el lugar a donde deben apuntarse en una lista, y a donde llegará el camión a recogerlos.

Acercándose la fecha de salida, los contratistas se comunican con los patrones para confirmar la cantidad de gente que han logrado contratar y solicitan el envío de los camiones necesarios para el viaje. Cuando el camión ha sido contratado por parte de la empresa, el chofer será el encargado de pagar las comidas que hacen los trabajadores durante su traslado (dos comidas por día para un viaje de dos o tres días de Oaxaca a Culiacán). A veces los choferes intentan incrementar sus ingresos limitando el gasto previsto para las comidas de los trabajadores que trasladan, lo que significa que reducen el número de alimentos o la calidad de estos. Puede pasar lo mismo cuando son los contratistas los que se encargan de pactar el servicio de transporte. Esto resulta particularmente gravoso para los jornaleros, ya que el traslado es muy largo y en condiciones sumamente incómodas.

Llegando al lugar de destino los trabajadores son alojados en campamentos de la propia empresa.[14] El contratista se encarga de supervisar la instalación de la gente y entregar al "campero" (encargado del campamento) la lista de los trabajadores que lleva. Es frecuente que el contratista se aloje también en los campamentos y funja como mayordomo o jefe de cuadrilla durante la estancia de los jornaleros en el lugar, es decir, se desempeña como supervisor del trabajo de una parte o de toda la gente que él mismo contrató. En ese caso, gana normalmente un salario y medio. Los contratistas más pequeños pueden incorporarse

14. Los campamentos agrícolas consisten normalmente en largos galerones de materiales precarios (estructuras de madera cubiertas de lámina de cartón o de metal, pisos de tierra o cemento), divididos en cuartos de 4 metros cuadrados sin ningún tipo de mueble, en donde se aloja una familia o dos, según su tamaño y la cantidad de trabajadores que necesita la empresa. Normalmente, el fogón se instala a la entrada de cada cuarto. Existe un área para los baños, los lavaderos y las tomas de agua, siempre insuficientes. Algunas empresas han mejorado estas instalaciones con materiales e instalaciones más decorosas.

al trabajo simplemente como jornaleros. En cualquier caso, intervienen poco en la organización de los campamentos ya que esa es tarea de los "camperos" y, ocasionalmente, de las trabajadoras sociales contratadas por las empresas o algún programa gubernamental (DIF, Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de Sedesol, etcétera). Sin embargo, tiene la responsabilidad de impedir la deserción de trabajadores antes de finalizar la temporada de cosecha, ya que frecuentemente estos "huyen" en busca de mejores salarios y condiciones de vida para trabajar en otras empresas de la región, pero también se van a otros estados, o incluso buscan cruzar la frontera hacia Estados Unidos. Para limitar la "huida" de los trabajadores, los agricultores pagan el regreso a los pueblos solo a aquellos que cumplieron con un mínimo de cuatro meses laborando con la empresa (a menos que sea la misma empresa la que suspenda el trabajo). Las personas más propensas a abandonar el trabajo antes de concluir la temporada son los jóvenes que viajan solos. Por esta razón, los contratistas y los patrones prefieren contratar familias completas.

Terminada la temporada de trabajo, los migrantes que quieren regresar a su pueblo se vuelven a inscribir en una lista para la contratación del camión que los llevará de vuelta. En el caso de las grandes compañías que tienen empresas en otras regiones, existe la posibilidad de ir a trabajar en ellas (Baja California o Baja California Sur, Sonora, Nayarit, etcétera). Otros deciden buscar trabajo por sí mismos. Sin embargo, la mayoría regresa directamente a su pueblo.

Otra forma mediante la cual los jornaleros se ponen en contacto con las empresas es a través de las redes sociales que se van estableciendo entre los que tienen más experiencia migratoria, lo que les permite acceder a los mercados de trabajo en mejores condiciones. Las redes sociales, como bien se sabe, ayudan a contar con la información necesaria sobre las oportunidades de empleo.

Durante al menos tres décadas esta fue la forma tradicional de operación de las empresas sinaloenses para abastecerse de mano de obra. No obstante, los cambios ocurridos a partir de la apertura comercial y la reestructuración de las empresas, tanto por la incorporación de nuevas tecnologías como por las normas que establece el mercado norteamericano, modificaron fuertemente este mecanismo de aprovisionamiento

de los trabajadores. A la vez que los propios trabajadores han desplegado nuevas estrategias de trabajo y de movilidad.

Perfil de los trabajadores agrícolas

Según los diagnósticos situacionales realizados por el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas en 2003, la población jornalera en el estado de Sinaloa ascendió a 117.000 personas, de las cuales 76.000 eran migrantes provenientes en su mayoría de los estados de Guerrero y Oaxaca y 41.000 eran locales o migrantes establecidos. El tipo de migración que se presentó fue principalmente de carácter familiar y en menor medida de hombres solos.

La dificultad para identificar de manera precisa el número de trabajadores migrantes que llegan a Sinaloa para participar en las cosechas tiene que ver con varios factores. En primer lugar, el que en México no exista un carnet de trabajo. La mayor parte de los jornaleros no cuenta siquiera con una cédula de identificación, ni con un acta de nacimiento; la inestabilidad del trabajo, su carácter temporal, el que no existen contratos escritos, y las diversas formas que utilizan los empresarios para ocultar esta información con el fin de evadir las responsabilidades fiscales y sociales.

De acuerdo con la información que arrojó la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México* (C. de Grammont y Lara, 2004) para 4.915 hogares, que incluyó a 18.550 personas encuestadas en el estado de Sinaloa, 1.624 hogares (33%) provenía del estado de Guerrero; 1.397 (28,4%) de Oaxaca; 895 (18,2%) del mismo estado de Sinaloa; 262 (5,3%) de Veracruz; 157 (3,2%) de Durango; 149 (3%) de Chihuahua; 111 (2,3%) de Michoacán y el resto (177) de otros nueve estados de la república. Sin embargo, hoy en día, llegan trabajadores de la mayor parte de los estados del país.

Cuando se levantó esta encuesta, la mayoría de los trabajadores eran instalados en los campamentos que se ubican en los campos agrícolas que pertenecen a los agricultores (cuadro 5), y una minoría se alojaba

en "cuarterías" en localidades aledañas a estos campos agrícolas.[15] Hoy en día esta situación ha cambiado considerablemente, puesto que una parte importante de los trabajadores que llega por su cuenta se aloja en cuarterías con parientes o paisanos. La mayoría de los campos son de gran tamaño, lo que plantea no solo problemas de administración en términos de abastecimiento de víveres, agua, salubridad, etcétera, ya que suelen estar lejos de toda urbe y con un alto grado de hacinamiento, sino problemas de convivencia entre diferentes grupos étnicos y de mantenimiento del orden.

Cuadro 5. Campos agrícolas por tamaño de las empresas hortícolas

Capacidad instalada del campo*	Número de campos	Número total de personas
3.000 y más	*1*	*3.865*
2.000 a 3.000	*2*	*4.000*
1.500 a 2.000	*5*	*8.652*
1.000 a 1.500	*20*	*23.393*
500 a 1.000	*40*	*28.366*
250 a 500	*37*	*13.280*
100 a 250	*13*	*2.138*
Menos de 100	*11*	*268*
Total	*129*	*83.962*

Fuente: Elaboración propia a partir de información proporcionada por Pronjag para 1999 y trabajo de campo en esta misma fecha.
*La capacidad instalada de los campos corresponde a la cantidad de personas que pueden ser alojadas en ellos.

La mayor parte de los jefes de los hogares de migrantes eran jóvenes, en plena edad productiva, 75,2% tenían menos de 45 años. Estos datos permiten ubicar la edad productiva de estos jornaleros entre los 11 y los 45 años de edad. Casi la mitad de esos hogares estaban encabezados por

15. Las llamadas "cuarterías" son habitaciones que se alquilan a los jornaleros en las colonias periféricas a los campos de cultivo. Son de particulares y por lo regular no cuentan con baño propio ni regaderas, estos servicios se comparten entre los diferentes inquilinos y el propietario de la cuartería. Los campamentos son galerones de lámina o de cartón instaladas en los terrenos de las empresas, dentro de los campos agrícolas. En dichos campamentos pueden ser alojados hasta 5.000 trabajadores en temporada alta de cosechas. Los servicios que se ofrecen a los trabajadores son mínimos, ya que son habitaciones pequeñas, con pisos de tierra, sin agua corriente, baños ni regaderas, servicios que por lo regular se tienen que compartir entre toda la población allí alojada.

indígenas (42,7%), principalmente de los estados de Oaxaca (hablantes de: mixteco, zapoteco, tlapaneco, náhuatl, triqui, amuzgo, mixe, mazateco) y de Guerrero (náhuatl). No obstante, en los campamentos se detectaron hablantes de 16 lenguas indígenas. Notamos la presencia de monolingüismo indígena (6.2%), que afecta más a las mujeres (12,8%) que a los hombres (5,4%).

El 63,5% de los jefes de hogar sabía leer y escribir, pero 38,8% no había terminado la escuela primaria, 16,8% tenía primaria completa, 2,4% secundaria incompleta y 5% secundaria completa; es preocupante constatar la existencia de analfabetas en todos los grupos de edad.

Poco más de la mitad (54,2%) de los jefes de familia tenía tierra en su pueblo de origen, o sea eran campesinos pobres de autoconsumo. Sin embargo, notamos fuertes diferencias según el estado de origen de los jornaleros. La mayoría de los jornaleros con tierra provenía de Guerrero y Oaxaca, estados en donde predomina la población indígena (69,5 y 67,1%). Entre los jefes de hogar originarios de Sinaloa y Veracruz solo 27,4 y 25,6% tenían tierra.

Sin embargo, no todos los que tenían tierra en su pueblo la trabajaban, mientras que otros que no tenían tierra la conseguían prestada, a medias u, ocasionalmente, rentada. La mitad de los jornaleros que tienen tierra, pero no la trabajan la prestaban a algún familiar (25%), la habían dado a medias (13,4%) o la daban en renta (9,9%). La otra mitad la había dejado abandonada. Todo ello permitía dar cuenta de un perfil de trabajador asalariado que al mismo tiempo era minifundista, con pequeñas superficies en las que se cultivaba principalmente maíz (97,7%), frijol (65,7%) y una diversidad de cultivos, propia de la producción campesina: calabaza, cacahuate, garbanzo, ajonjolí, café, chile verde, plátano, papa, tomate, caña de azúcar, etcétera.

Ciclos migratorios

De acuerdo con la misma encuesta, encontramos que 67,3% de los trabajadores residían en sus pueblos y migraban temporalmente para trabajar en Sinaloa, mientras 28,4% habían dejado su lugar de origen para vivir en campamentos o en alguna cuartería en el estado de Sinaloa

(cuadro 6). El dato que más nos llamó la atención fue la existencia de un pequeño grupo de familias (4,3%) que mencionaron no tener residencia fija y vivir temporalmente en los distintos lugares de trabajo por los que circulaban. Esta situación se reflejó en el hecho de no contar con papeles oficiales de identificación, en tanto que muchos niños habían nacido durante los múltiples traslados de sus padres, por lo que no contaban con ninguna acta de registro civil, no iban a la escuela, no contaban con atención médica y la familia entera vivía en un absoluto estado de marginación y fragilidad social, fuera de toda posibilidad de recibir apoyo de las instituciones estatales o privadas.

Cuadro 6. Lugar de residencia de los(as) jefes(as) de hogar

Residencia	Casos	%
En su lugar de origen	*3.308*	*67,3*
En el campo donde trabaja	*1.397*	*28,4*
No tiene residencia fija	*210*	*4,3*
Total	*4.915*	*100*

Fuente: Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México (IIS-UNAM, 2004).

La encuesta nos mostró que el ciclo de migración más común para dichos jornaleros era pendular (un lugar de residencia y un lugar de trabajo), pero encontramos que la migración circular que involucra varios lugares de trabajo también era importante, sobre todo cuando las empresas sinaloenses establecieron "filiales" en Baja California y Baja California Sur, y presionaron a los trabajadores para continuar el ciclo productivo de primavera-verano en esas regiones (cuadro 7).

A diferencia de las migraciones de los años setenta en donde predominaba la migración individual (Paré, 1977; C. de Grammont y Aguirre, 1979; C. de Grammont, 1986), a finales de los noventa la migración era fundamentalmente familiar, prevaleciendo las familias nucleares (66,9%), seguidas por las familias extensas (19,2%) y los grupos de parientes (7,1%).[16] Encontramos matrimonios encabezados por adolescentes

16. Los grupos no son familias sino hogares, que se conforman con parientes de distintas familias o incluso individuos sin parentesco.

de 14 años, y grupos en donde sobresalen niños y adolescentes que migran solos.[17] La migración individual representó solo 6,8% de la migración total. Los individuos que migran solos suelen ser muy jóvenes, a menudo adolescentes que abandonan su familia. El mayor número se concentra en los rangos de edad de 15 a 19 años (22,1%), seguido por los de 20 a 24 años (22,7%) y de 25 a 29 años (12,2%). Encontramos ocho casos de niños de 14 años que migraban solos. La presencia de las mujeres jefas de hogar, tanto en familias nucleares como en las extensas, resultó significativa, así como la presencia de 46 mujeres solas. La segunda situación que nos llamó la atención fue la existencia de hogares encabezados por hombres solos. Aunque minoritarias, estas situaciones muestran la existencia de configuraciones complejas establecidas específicamente para migrar (cuadro 8).

Cuadro 7. Ciclo migratorio de los(as) jefes(as) de hogar

Ciclo	Casos	%
Pendular	*4.269*	*86,9*
Con residencia en el pueblo	*2.957*	*60,2*
Con residencia en un campamento o cuartería	*1.312*	*26,7*
Circular	*646*	*13,1*
Con residencia en el pueblo	*351*	*7,1*
Con residencia en un campamento o cuartería	*85*	*1,7*
Permanente sin residencia fija.	*210*	*4,3*
Total	*4.915*	*100*

Fuente: Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México (IIS-UNAM, 2004).
Nota: Ciclo migratorio pendular: cuando el migrante sale de su lugar de residencia para ir a trabajar temporalmente en una sola región y regresa luego a su casa.
Ciclo migratorio circular: cuando el migrante sale de su lugar de residencia para ir a trabajar sucesivamente en dos o más regiones y regresa a su casa.
Ciclo migratorio circular permanente: cuando el migrante no tiene lugar de residencia y migra de manera permanente de una región a otra para trabajar.

17. Doce jefes de grupo tienen 14 años, 115 tienen de 15 a 19 años y 98 tienen de 20 a 24 años.

Cuadro 8. Tipos de hogar de los(as) jornaleros(as)

Hogar	Casos	%
Familia nuclear	*3.287*	*66,9*
Pareja sola	*361*	*7,3*
Pareja con hijos	*2.533*	*51,5*
Jefa sola con hijos	*268*	*5,5*
Jefe solo con hijos	*125*	*2,5*
Familia extensa	*944*	*19,2*
Pareja sin hijos con parientes y/o paisanos	*131*	*2,7*
Pareja con hijos con parientes y/o paisanos	*631*	*12,8*
Jefa sola con hijos y parientes y/o paisanos	*135*	*2,7*
Jefe solo con hijos y parientes y/o paisanos	*47*	*1,0*
Grupos	*349*	*7,1*
Jefa de grupo de parientes	*95*	*1,9*
Jefe de grupo de parientes	*223*	*4,5*
Jefa de grupo sin parentesco	*1*	*0,0*
Jefe de grupo sin parentesco	*30*	*0,6*
Migración individual	*335*	*6,8*
Mujer	*46*	*0,9*
Hombre	*289*	*5,9*
Total	*4.915*	*100*

Fuente: Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México (IIS-UNAM, 2004).

No obstante, este tipo de migración se ha modificado recientemente, a raíz de que las empresas se han reestructurado para lograr mayor competitividad en el mercado nacional e internacional.

Nuevo perfil de la migración en Sinaloa

Características de la población inmigrante

Un estudio del Programa de Desarrollo Social con Jornaleros Agrícolas en Sinaloa indica que, para el ciclo agrícola de 1989-1990, el principal

proveedor de mano de obra era el propio estado de Sinaloa, aportando 37,3% de los jornaleros en las cosechas de hortalizas, después seguían el estado de Oaxaca con 21,2% y el estado de Guerrero con 19,2%. Los demás jornaleros migrantes provenían de Zacatecas, Durango, Guanajuato y Michoacán (López Ruiz, s.f.).

Efectivamente, como lo hemos señalado al inicio de este trabajo, antes la población de las zonas serranas garantizaba la mano de obra necesaria para las labores a lo largo del ciclo agrícola (plantado, desyerbe, instalación de estacas y estacones, fertilización, fumigación) en tanto que los migrantes de otros estados llegaban para la cosecha, si bien una población importante de la sierra se quedaba para participar también en dicha labor (Lara, 1998). Diez años más tarde, la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en zonas hortícolas de México* (C. de Grammont y Lara, 2004) encontró que los principales estados expulsores de jornaleros agrícolas hacia la horticultura sinaloense eran Guerrero (33%) y Oaxaca (28,4%), mientras se establecía un nuevo flujo migratorio desde Veracruz (5,3%) y los estados de Zacatecas, Durango, Guanajuato y Michoacán habían reducido considerablemente su aportación. Por su lado, la migración interna de jornaleros provenientes del mismo estado también había declinado notablemente (18,2%).

De acuerdo con López Ruiz (s.f.), la temporada 1993-1994 fue la última en la cual el propio estado aportó la mayor cantidad de trabajadores agrícolas. A partir de esa fecha esos flujos internos al estado tuvieron un fuerte descenso, tanto por la instrumentalización de programas gubernamentales y el apoyo focalizado a zonas de pobreza extrema como por el narcotráfico y la violencia que conlleva, generándose una fuerte emigración hacia otros estados del país y hacia Estados Unidos (Lizárraga, s.f.). Así, para el año 2000 la emigración fuera del estado alcanzaba cerca de medio millón de personas mientras la inmigración era de 300.000, con un saldo migratorio ampliamente negativo (-7). Este incremento de emigración hacia fuera permitió la intensificación de la inmigración proveniente de otros estados del país para cubrir las necesidades de la horticultura.

En la medida en que las migraciones de jornaleros agrícolas se incrementaron y que aumentó la demanda de trabajo a lo largo del año,

se consolidó un proceso de asentamiento de los migrantes, fuera de los campamentos agrícolas, sea en las periferias de pequeñas localidades aledañas a las empresas hortícolas, sea en lugares poco propicios para ser reivindicados por los lugareños, como son los bordos de carretera o de canales de riego.[18] Nuestros datos de campo indican que la casi totalidad de estos migrantes "asentados" o "establecidos", tanto hombres como mujeres, llegaron para laborar como jornaleros en la horticultura empresarial (94,4%), el resto como albañiles, artesanos u obreros. Además, de los que se ocuparon en actividades agropecuarias, 85,5% lo hicieron como peones y 11,3% como empleados u operarios.[19] Así, los migrantes que venían desde lejos desplazaron a los migrantes serranos que vivían relativamente cerca de sus zonas de trabajo.

De ese modo, muchos de esos migrantes pasaron de un ciclo de migración pendular, de su lugar de origen a Sinaloa para regresar nuevamente a su pueblo, a un ciclo de migración circular que incluía distintos destinos en el noroeste del país, a un proceso de asentamiento. Mientras la migración pendular era esencialmente controlada por los contratistas o enganchadores de las propias empresas, la migración circular comenzó a hacerse de manera autónoma, cuando estos jornaleros habían asimilado la experiencia de "saber circular" (Tarrius, 2000) gracias a la conformación de sus redes sociales.

La migración circular permitió a esos jornaleros combinar los ciclos de cosecha de hortalizas de invierno en Sinaloa y Sonora, con el ciclo primavera-verano en Baja California, dando lugar a una movilidad permanente que, la mayor parte de las veces no suponía el retorno a su lugar de origen, generándose una especie de errancia de esta población en torno a las zonas de agricultura intensiva del noroeste del país. Algunos de ellos se fueron quedando en el trayecto, asentándose en distintos lugares, entre los que destacan los valles de Sinaloa; en Baja California: San Quintín, Mexicali, Vizcaíno y Camalú; en Sonora: la costa de Hermosillo

18. A manera de ejemplo, constatamos que en el municipio de Navolato, eminentemente hortícola, entre 1995 y 2000 se establecieron 15.500 migrantes de los cuales una tercera parte provenía del estado de Guerrero, otra tercera parte de Oaxaca y 14% del estado de Veracruz (INEGI, 2000).

19. Datos de campo recopilados por Celso Ortiz Marín y Bertha Mendoza Carrasco en 2007, en el marco del proyecto "Los encadenamientos migratorios como espacios de articulación de migraciones nacionales e internacionales" (UNAM-DGAPA-IN302503), coordinado por Sara María Lara.

y Pesqueira. Su asentamiento en estas regiones les ha permitido diversificar las actividades en las que laboran, participando como jornaleros y en trabajos de construcción, de pequeño comercio o en servicios. Algunos construyen cuartos para alojar a los migrantes de paso, otros compran camiones para trasladarlos, instalan pequeños comercios y ofrecen distintos servicios (Lara, 2008). A la vez, las nuevas generaciones han ido tomando nuevos rumbos de migración, principalmente hacia Estados Unidos.

De acuerdo con el Censo Nacional de Población de 2000, sabemos que la población residente en Sinaloa, nacida en otro estado de la república, ascendía a 299.000 individuos. De estos, 16% nacieron en Durango, 12,5% en Guerrero, 12% en Sonora, 7,5% en Jalisco, 6,5% en Oaxaca y el resto provenía de otros 26 estados del país. No obstante, si consideramos los migrantes recientemente establecidos, es decir aquellos que en 1995 vivían en otros estados, pero en 2000 residían en Sinaloa, los porcentajes se elevan notablemente para los estados de Guerrero (25,5%) y Oaxaca (11,6%), encontrándose entre ellos un importante número de población indígena. Los principales lugares de llegada fueron los municipios de Culiacán (31%), Navolato (16%), Elota (11%) y Guasave (10%), donde predomina la producción hortícola.

En el mismo sentido, constatamos que en 1970 había en Sinaloa cerca de 12.000 hablantes de lengua indígena: la mayoría (61,5%) hablaba mayo, la lengua de la población originaria regional que se ubica en la zona limítrofe entre Sinaloa y Sonora; el resto hablaba lenguas oriundas de otras regiones del país: tarahumara (827 personas); mixteco (348); cora (231); náhuatl (212); zapoteco (140). En total se censaron 26 lenguas indígenas habladas (INEGI, 1970). No obstante, para el año 2000 los hablantes de lengua indígena habían ascendido a más de 49.000, de los cuales una minoría (18,2%) eran mayos. Las otras lenguas habladas eran: mixteco (27,6%); náhuatl (13%); zapoteco (10,1%) y tlapaneco (5,8%), entre las más importantes. En total se censaron 58 lenguas, lo cual muestra que, a la vuelta del siglo, la población indígena establecida en Sinaloa provenía ya de casi todos los estados de la república.

Hoy en día, a medida que las empresas hortícolas han modificado sus formas de operar y han extendido los ciclos agrícolas, gracias a una serie

de cambios tecnológicos, se ha alentado el asentamiento de los trabajadores agrícolas en colonias y barrios aledaños a los campos de cultivo. Con ello las empresas evitan hacerse cargo del alojamiento de los jornaleros migrantes, así como de la seguridad e higiene de los campamentos en donde tradicionalmente se les hospedaba durante la temporada de cosechas. Sin embargo, esta población, ya asentada, menos vulnerable que la que migra de manera temporal, comienza a tener mayores exigencias en términos salariales y de condiciones de trabajo, a la vez que inicia un proceso de migración hacia Estados Unidos, aprovechando la cercanía con la frontera.

Esta situación, marcada por la menor afluencia de migrantes de la sierra sinaloense y el asentamiento de los antiguos migrantes pendulares y/o circulares, ha modificado fuertemente el mercado de trabajo en el valle de Culiacán. Si bien, la población asentada labora principalmente en las empresas hortícolas del valle, la gran capacidad para diversificar sus actividades les ha permitido contar con una relativa autonomía para participar o no en las cosechas durante la temporada de mayor demanda. De hecho, es el momento en el cual logran ocuparse en tareas complementarias. Si los hombres se han transformado en "camioneteros", renteros de cuartos o comerciantes, las mujeres, por su parte, dedican su tiempo para atender a la población que llega a alojarse en las cuarterías: lavan su ropa, les hacen comida, preparan el lonche que llevan al campo, abren pequeñas guarderías informales, entre otras tantas actividades.

Por esta razón, las empresas han tenido que buscar nuevas fuentes de abastecimiento de mano de obra en regiones donde su población carecía de experiencia migratoria, para así garantizar las cosechas de hortalizas. Estos nuevos jornaleros llegan enganchados por contratistas que envían las propias empresas. Así, vemos hoy en día incrementarse la migración de veracruzanos, tabasqueños, chiapanecos, e incluso centroamericanos. Una población que llega en condiciones de extrema pobreza y vulnerabilidad, porque en sus regiones de origen no encuentran empleo o se trata de empleos con salarios muy bajos, como lo muestra el trabajo de Pablo Castro en este libro.[20]

20. [N. de la E. Se refiere a la primera edición de este capítulo].

Es decir, la producción de hortalizas en Sinaloa genera un mercado de trabajo sumamente dinámico, en el cual confluyen trabajadores, hombres y mujeres, indígenas y no indígenas provenientes de distintos lugares del país y de las zonas serranas de ese mismo estado. A la vez, provoca un amplio proceso de movilidad que no solo supone desplazamientos de larga distancia (del sur y sureste hacia el noroeste del país) sino circuitos de diversa índole que suponen un "saber circular" y, a la vez, "un saber quedarse" (Tarrius, 2000). Esos colectivos que llegan enganchados, para vivir por espacio de seis a ocho meses en los campamentos de las empresas, conviven con aquellos que se han asentado, al igual que con los trabajadores locales.

Un ejemplo de encadenamientos migratorios

Para dar cuenta de la gran movilidad que presentan las familias de jornaleros agrícolas en Sinaloa de otros estados del país, seleccionamos a un grupo de jornaleros de Oaxaca, originarios de Coatecas Altas, una de las localidades que para el año 2000 presentó el porcentaje más alto de migrantes de ese estado captados en Sinaloa, después de Santiago Juxtlahuaca.[21]

Para conocer la movilidad de dicha población levantamos siete genealogías en la localidad de Villa de Juárez, Sinaloa, lugar donde esta población, originaria de Oaxaca, se ha ido quedando a vivir. Dichas genealogías integran un total de 393 miembros que se distribuyen en 215 (54,7%) hombres y 178 (45,3%) mujeres. Los datos de dichas genealogías nos permiten confirmar la información del censo. Como se puede apreciar en el cuadro 9, de un total de 281 inmigrantes de los que se tiene información, 51,2% nació en Coatecas Altas (lugar de origen); 19,2% en Navolato, Sinaloa; 12,5% en San Quintín, Baja California; 4,6% en Estados Unidos, (Mercedes y Wilmington, California); y el restante 12,5% nació en diferentes localidades de los estados de Oaxaca, Baja California, Sinaloa, Campeche, Guerrero, Michoacán y Veracruz.

21. La selección también estuvo decidida por el conocimiento que ya se tenía de esta comunidad cuando se levantó la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas del país* (C. de Grammont y Lara, 2004).

Cuadro 9. Lugar de nacimiento de los inmigrantes de Sinaloa

Entidad federativa	Lugar de nacimiento	Número de casos	Porcentaje
Baja California	*Camalú, B.C.*	*9*	*0,7*
Baja California	*Ensenada, B.C.*	*2*	*0,7*
Baja California	*La Paz, B.C.*	*2*	*0,7*
Baja California	*San Quintín, B.C*	*35*	*12,5*
Baja California	*valle de la Trinidad, B.C.*	*1*	*0,4*
Campeche	*Campeche, Camp.*	*3*	*1,1*
Guerrero	*Guerrero*	*1*	*0,4*
Michoacán	*Morelia, Mich.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*San Bernardino, Poch.*	*7*	*2,5*
Oaxaca	*Coatecas, Oax.*	*144*	*51,2*
Oaxaca	*Ejutla de Crespo, Oax.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*Huajuapan, Oax.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*Juxtlahuaca, Oax.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*Oaxaca, Oax.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*San Juan Mixtepec, Oax.*	*3*	*1,1*
Oaxaca	*Santa María Yolotepec, Oax.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*Tlaxiaco, Oax.*	*1*	*0,4*
Oaxaca	*Zaachila, Oax.*	*9*	*0,7*
Sinaloa	*Costa Rica, Sin.*	*1*	*0,4*
Sinaloa	*Culiacán, Sin.*	*1*	*0,4*
Sinaloa	*Navolato, Sin.*	*1*	*0,4*
Sinaloa	*Villa Juárez, Navolato, Sin.*	*54*	*19,2*
Veracruz	*Veracruz*	*1*	*0,4*
Veracruz	*Veracruz, Ver.*	*1*	*0,4*
Estados Unidos	*EUA*	*8*	*2,8*
Estados Unidos	*Mercedes, California, EUA*	*4*	*1,4*
Estados Unidos	*Wilmington, California, EUA*	*1*	*0,4*
	Total	*281*	*100*

Fuente. Encuesta genealógica levantada en Villa Juárez, Navolato, Sinaloa, abril de 2007.

Con respecto al lugar de residencia actual, se observa que de un total de 202 casos de los que se tiene información, el 66,8% se concentraba en Villa de Juárez, Navolato; 0,5% en la localidad de Costa Rica, en Sinaloa; 0,5% en algún campamento de Sinaloa; 11,4% en Estados Unidos (Madera y Mercedes, California); 8,9% en San Quintín, Baja California, 4% en más de un lugar del estado de Baja California, como Ensenada; 1,5% en Campeche; 0,5% en Salina Cruz, Oaxaca, y solo 5,9% vivía en Coatecas.

Las personas que no emigraron, pero tampoco nacieron en Coatecas, suman un total de 67, pero nacieron en alguno de los lugares de asentamiento de sus padres. Así, tenemos que 34 (51%) nacieron y viven en Villa de Juárez, Navolato; 9 (13%) en Estados Unidos; 8 (24%) en Coatecas, 8 (24%) en San Quintín; 3 (4%) en Campeche; 2 en Camalú, Baja California; y en 3 (4%) casos no queda clara su residencia.

El primer migrante que se asentó en Villa de Juárez, Navolato, llegó en 1986, el siguiente en 1987; en la década de 1990 llegaron 14 y de 2000 a 2007 se sumaron 37 personas. Es decir, el establecimiento de familias originarias de Coatecas se inició a finales de los ochenta y se incrementó en los noventa, quedándose a vivir en las colonias periféricas a los campos agrícolas de Sinaloa entre 2000 y 2007. Este periodo corresponde al cambio de estrategia por parte de las empresas para abastecerse de mano de obra entre la población asentada, mientras la población que llega a alojarse en campamentos, en circuitos de migración pendular, ha ido disminuyendo.

Esta información coincide con la proporcionada por el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA) para el 2003, donde se observaba que de los trabajadores que laboraban en los campos 76.000 provenían de los estados de Guerrero y Oaxaca y 41.437 era población local o ya establecida. Este proceso se ha venido intensificando a la fecha.

Al analizar la información del lugar de residencia de los individuos también observamos una gran dispersión de las familias originarias de Oaxaca, ya que se han ido quedando en Sinaloa, Baja California o en Estados Unidos, lo que da cuenta de la gran movilidad de esta población. No obstante, esta dispersión da cuenta de que el asentamiento de los jornaleros en los valles de Culiacán no es definitivo, ni involucra a todos los miembros de las familias. Observamos, por el contrario, que

los individuos efectúan movimientos frecuentes, sea hacia otras regiones de trabajo en el noroeste del país (Baja California y Sonora) o hacia Estados Unidos, mientras los menos regresan a Coatecas.

De esta manera, vemos que la movilidad de los trabajadores se ha intensificado en los últimos años, pero también que los circuitos migratorios se han complejizado. Así, a lo largo de las generaciones que integran las genealogías analizadas, la migración temporal de ida y vuelta (de Coatecas a Sinaloa y regresando a Coatecas) ha ido perdiendo importancia y pocas son las familias que siguen en este tipo de movilidad, mientras cada vez son más frecuentes los enlaces entre la migración que se dirige hacia los distintos estados del noroeste del país con la migración hacia Estados Unidos, en un movimiento de vaivén. Vemos también que las nuevas generaciones, nacidas ya en los lugares de destino, son las que conectan el lugar de origen de sus padres y abuelos, al que muchos de ellos ya no conocen, con nuevos destinos nacionales e internacionales, generándose un proceso de "encadenamiento" de migraciones nacionales e internacionales.

La experiencia migratoria previa de las familias y el conocimiento que han adquirido en sus múltiples movimientos, al instalarse en alguno de estos espacios de trabajo propician, el establecimiento de redes que les permiten cruzar la frontera. Pese a que Sinaloa no es un estado fronterizo, su cercanía y el constante flujo de mercancías hacia ese país ha propiciado esta movilidad en los trabajadores. Para algunas de las familias asentadas en Sinaloa es común que uno de sus miembros, por lo regular el jefe de familia o algún hijo mayor, cruce la frontera y después lo siga otro miembro de la familia. En ese sentido, Sinaloa no es solo un lugar de paso para estos migrantes que llegaron de Oaxaca, sino un espacio de asentamiento, de aprendizaje e intercambios, desde el cual se emigra hacia Estados Unidos, pero al cual se regresa, llevándolos a conectar distintos espacios en torno a un territorio de circulación que se amplía (Tarrius, 2000).

Los efectos que ha tenido este proceso de movilidad-asentamiento de los trabajadores agrícolas han llevado a las empresas a traerse mano de obra proveniente de otros estados de la república, donde sus habitantes tienen poca experiencia migratoria y escasas posibilidades de

empleo. Es el caso de los nuevos migrantes originarios de los estados de Veracruz, Hidalgo y Chiapas, generándose así un encadenamiento de movimientos cuyo destino es el mercado de trabajo creado por las hortalizas sinaloenses.

A manera de conclusión

Este texto ha buscado mostrar cómo el estado de Sinaloa, junto con otros lugares del noroeste, se convierte en un espacio de oportunidades laborales para los jornaleros agrícolas, y cómo forma parte del territorio migratorio de muchas familias indígenas originarias del sur del país.

Sin duda, la migración se ha vuelto una condición para encontrar trabajo, y una situación de vida para los jornaleros agrícolas. Se trata de una movilidad que abarca distintos lugares, todos ellos conectados por la secuencia de las cosechas de hortalizas (invierno-primavera y verano-otoño) que se cultivan en diferentes lugares aprovechando las ventajas que ofrecen las diferencias de clima, de transporte, de infraestructura, etcétera. Algunos jornaleros solo se desplazan en invierno para trabajar en Sinaloa, a donde llegan enganchados por un contratista y, al terminar la cosecha regresan a su lugar de origen. Pero, cada día son más los que se quedan en la región y, desde allí continúan hacia otros destinos empujados por la pobreza y la falta de alternativas laborales en sus pueblos de origen. Los distintos lugares por donde los trabajadores circulan son, desde el punto de vista de las empresas, espacios a donde estas se descentralizaron para lograr una producción a lo largo de todo el año. Para los jornaleros, estos lugares son espacios en donde buscan trabajo la mayor parte del año, aunque solo sea un empleo de carácter temporal y discontinuo con el fin de lograr la sobrevivencia del grupo familiar (Lara, 2008). Es en este sentido que consideramos que la región hortícola estudiada es una especie de enclave.

Si recurrimos al concepto de "enclave" es porque nos interesa resaltar el carácter depredador que tiene el capital que opera en estas regiones, tanto en lo que se refiere al uso de la fuerza de trabajo como de los recursos naturales, gozando históricamente de un amplio apoyo por parte del

Estado, a través, tanto de las políticas neoliberales de apertura comercial como de flexibilización de trabajo.

En el caso de las hortalizas sinaloenses, hemos visto que las empresas más grandes han tenido la capacidad de integrar toda la cadena productiva (producción-transformación y comercialización), al punto de tener sus propias comercializadoras en Estados Unidos, a donde dirigen la mayor parte de sus exportaciones. Hoy en día, son capitales transnacionales que controlan las cadenas hortícolas y frutícolas internacionales. Esta situación ha llevado a una "hiperconcentración" de la producción en torno a un número limitado de grandes empresas que, a la vez, controlan la producción de pequeños y medianos productores a través de formas de agricultura a contrato, o mediante la compra de su producción, ya que son estas grandes empresas las que cuentan con los empaques, sistemas de enfriamiento, de almacenaje, transportación, distribución y etiquetado de productos.

Como lo hemos podido mostrar, desde que se inicia la producción de hortalizas en el estado de Sinaloa se genera un gran dinamismo en términos de creación de empleos, tanto para la población local (hombres y mujeres) como para los trabajadores originarios de las zonas serranas del propio estado, y más tarde del sur del país. Sin embargo, este dinamismo no ha sido capaz de crear un mercado de trabajo estable, ni con condiciones de empleo digno. Bien al contrario, su carácter depredador ha llevado a los trabajadores a buscar otros destinos, como lo muestra la dinámica migratoria del estado, la cual da cuenta del constante remplazo de mano de obra por otra que llega siempre en condiciones de mayor desventaja y vulnerabilidad.

Es así, que en torno a la producción de hortalizas sinaloenses se crea una especie de crucero en el cual coinciden los territorios de migración de distintos grupos de migrantes con proyectos migratorios diferentes: los locales que se han ido a otros estados del país o hacia Estados Unidos, los que continúan en una migración de tipo pendular desde su lugar de origen, aquellos que circulan entre varios destinos y los que se han asentado.

El estudio de caso de Coatecas, a partir de un análisis genealógico, nos permite observar a las distintas generaciones que han llegado a Sinaloa

para trabajar y vivir durante largas temporadas, encontrando en este lugar una especie de *parador* en sus desplazamientos desde Coatecas hacia algún lugar del noroeste o hacia Estados Unidos. Sin embargo, los que se han quedado a vivir en Sinaloa no pierden el contacto con los que regresan a Coatecas, ni con aquellos que siguen circulando y se van "al otro lado". Bien al contrario, mantienen una constante relación que muestra el encadenamiento de los movimientos migratorios y la vitalidad de estos grupos en constante movimiento.

Si tuviéramos solamente el dato de los lugares de destino al momento de la entrevista y no las trayectorias de migración de cada individuo, ni los desplazamientos de los miembros de cada genealogía por generación, supondríamos que Sinaloa es el lugar de destino de esas familias jornaleras provenientes de Coatecas, o que se trata solo un escalón antes de cruzar la frontera. Gracias al análisis genealógico sabemos que no es así; más bien vemos que se trata de una especie de parador o de "lugar etapa" que sirve de aprovisionamiento, de recambio, relevo, o renuevo, y no solo de tránsito (Lara, 2008).

Creemos haber confirmado que la dispersión que observamos, entre los miembros de las familias de las genealogías estudiadas, no parece estar mostrando una desintegración familiar ni comunitaria, sino el resultado de estrategias residenciales y de vida en las cuales cada individuo forma parte de un colectivo que tiende a extenderse con el fin de lograr su reproducción social y económica, haciendo que cada uno de los lugares por donde circulan se convierta en una parte de su territorio de migración.

Otros migrantes que hoy llegan al valle de Culiacán a trabajar en las cosechas de hortalizas, originarios de estados que no contaban con tradición migratoria (Chiapas, Tabasco, Hidalgo, entre otros) se unen a ese proceso de recambio y circulación de mano de obra que se da en torno a las zonas de agricultura intensiva. El concepto de "encadenamientos migratorios" resulta útil para dar cuenta de este proceso.

Bibliografía

Asociación de Agricultores del Río Culiacán. (1998). *Directorios de grupos hortícolas.* Sinaloa: mecanoscrito.

Astorga, E. (1985). *El mercado de trabajo rural en México. La mercancía humana.* México: ERA.

Avendaño, B. (2004). *El impacto de la iniciativa de inocuidad alimentaria de EE.UU. en las exportaciones de hortalizas frescas de México.* Tesis doctoral, CIESTAAM, Universidad Autónoma de Chapingo, México.

Bancomext. (s.f.). *Directorio de empresas exportadoras de hortalizas*. En http://www.bancomext.gob.mx

Botey, C.; Heredia, J. L. y Zepeda, M. (1975). *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa.* México: Secretaría de la Reforma Agraria.

C. de Grammont, H. (Coord.). (1986). *Asalariados agrícolas y sindicalismo en el campo mexicano*. México: Juan Pablos editor.

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. (1999). La modernización de las empresas hortícolas y sus efectos sobre el empleo. En H. C. de Grammont, H. González, M. A. Gómez Cruz y R. Schwentesius Rinderman (Coords.), *Agricultura de exportación en tiempos de globalización.* México: IIS-UNAM; UAM; UACH; CIESAS; Juan Pablos editor.

C. de Grammont, H. y Aguirre, M. (1979). *Jornaleros agrícolas de México.* México: Impresiones Pedagógicas.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. M. (1999). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. M. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones hortícolas de México.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. M. (2010). Productive Reestructuring and Standardization in Mexican Horticulture: Consequences for Labour. *Journal of Agrarian Change, 10*(2), 228-250, (Oxford: Blackwell Pub.).

C. de Grammont, H.; Lara Flores, S. M. y Sánchez, M. J. (2004). Migraciones rurales y nuevas configuraciones familiares: Los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, U.S.A., pp. 357-386. En M. Ariza y O. de Oliveira (Coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo.* México: IIS-UNAM.

Comisión Nacional Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa. (2003). Informe anual. Sinaloa: s.d.

DIF-Jalisco. (2000). *Censo de Atención a Familias Jornaleras.* Jalisco: mecanoscrito.

Directorio de Empacadoras de Sinaloa. (1999). Sinaloa: Trabajo de campo, mecanoscrito.

Directorio de Empresas Hortícolas en el Municipio de Sayula. (2000). Sayula: Trabajo de campo, mecanoscrito.

FAO-OMS. (2009). *Manual de Procedimientos del Codex Alimentarius*. En www.codexalimentarius.net/search/advancedsearch.do

INEGI. (1970). *Censo de Población*. México: INEGI.

INEGI. (2000). *Censo de Población*. México: INEGI.

INEGI. (2000a). *Encuesta Nacional de Empleo.* México: INEGI.

INEGI. (2003). *Sistema de Cuentas Nacionales de México.* México: INEGI.

Lara Flores, S. M. (1993). Le conditionnement des produits maraîchers dans l'état du Sinaloa: ou comment une qualification se façonne à travers solidarités et conflits. *Cahiers du GEDISST, 7,* pp. 97-109, (París: IRESCO-CNRS).

Lara Flores, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara Flores, S. M. (2008). Control del espacio y territorialidad en las migraciones rurales, pp. 17-38. En P. Castro (Coord.), *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial.* México: Porrúa; UAEM; UAM-I.

Lara Flores, S. M. y Ortiz Marín, C. (2003). Alternativas organizativas de los trabajadores agrícolas en México. Informe presentado en el Instituto de Estudios del Trabajo (IET). S.d.: inédito.

Lizárraga, A. (s.f.). Sinaloa, narcotráfico, violencia y emigración. En http://catedras.ucol.mx/transformac/sinaloa.pdf

López Ruiz, A. (s.f.). *Causas y efectos de la migración interna en los lugares de tránsito y destino. Panorámica de la horticultura en Sinaloa.* S.d.: inédito.

Marañón, B. (2004). *Agroexportación no tradicional en el Bajío: cambios tecnológicos, organizativos y estructura del mercado de trabajo, 1980-2000.* Tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

Montoya, M. I. (2001, abril). Producción de cultivos bajo invernadero. *Hortalizas, frutas y flores,* (México).

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Patlán Martínez, E.; Schwentesius Rindermann, R. y Trujillo, J. de D. (2002). Agroindustria y productores de hortalizas en el Bajío guanajuatense. En M. A. Gómez Cruz, R. Schwentesius Rindermann y I. Covarrubias Gutiérrez (Coords.), *Frutas y hortalizas.* México: CIESTAAM, Universidad Autónoma Chapingo.

Pedreño, A. (2009). La construcción social de la disponibilidad y vulnerabilidad de los trabajadores inmigrantes extracomunitarios en las agriculturas intensivas mediterráneas. Ponencia presentada en el *Seminario Trabajo, Migración, Sindicatos y Actividades Laborales no Clásicas,* 13 de febrero, Casa de la Primera Imprenta, UAM, México.

Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas. (2003). *Diagnóstico sobre la condición social de las/os niñas y niños migrantes internos, hijos de jornaleros agrícolas*. Sinaloa: Informe de trabajo.

Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa. (2001). *Informe de trabajo*. Sinaloa: s.d.

PRONJAG. (1999). *Diagnóstico sobre los jornaleros agrícolas migrantes en Baja California Sur, el caso del municipio de La Paz.* La Paz: Universidad Autónoma de Baja California Sur; Sedesol.

Sánchez, K. (2006). *Los capitanes de Tenextepango. Un estudio sobre intermediación cultural.* México: Porrúa; UAEM.

Secofi. (1997). *Base de datos de las empresas agroexportadoras.* México: Secofi.

Secretaría de Salubridad y Asistencia. (2001). *Diagnóstico de Sinaloa 2001. Presentación de estados, jornaleros agrícolas migrantes.* Sinaloa: s.d.

Siacon. (s.f.). En www.siacon.gob.mx

Siacon. (2004). *Sistema de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera.* México: Sagarpa.

Steta, G. M. (2003). Panorama de la horticultura en México. Memoria del *4o. Congreso Internacional AMPLHI*, Guanajuato, México.

Tarrius, A. (2000). *Les nouveaux cosmopolitismes. Mobilités, identités, territoires*. París: Éditions L'Aube.

Movilidad y migración de familias jornaleras: Una mirada a través de genealogías*

Introducción

Todos saben que las migraciones han adquirido un gran dinamismo en las últimas décadas. Los flujos se han incrementado en todo el orbe,[1] y hoy observamos que el modo como se desplazan los individuos y los colectivos es cada vez más complejo, involucrando no solo lugar de origen y destino sino circuitos que incorporan diversos lugares; el número de migrantes indocumentados se ha incrementado,[2] y en estos movimientos las mujeres y los indígenas están cada vez más presentes. Es común encontrar que las personas se muevan en grupos y no de manera individual, y que su llegada al lugar de destino no signifique que sea para quedarse, aun si establecen allí su residencia, de tal manera que el concepto de movilidad se vuelve más comprehensivo que el de migración.

Estos fenómenos se reproducen a escala regional y local[3] y nos plantean un reto en términos metodológicos: ¿Cómo captar la intensidad de esos movimientos? ¿Cómo conocer la manera como se constituyen los circuitos

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2010, enero-junio). Movilidad y migración de familias jornaleras: Una mirada a través de genealogías. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, *19*, pp. 183-203. (Madrid: UNED). [ISSN 1139-5737].

1. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) estima que la cifra actual de migrantes internacionales en el mundo asciende a 214 millones en comparación a los 176 millones del año 2000 y que los migrantes representan el 3% de la población mundial. Véase http://esa.un.org/migration

2. La misma OIM calcula en 20 o 30 millones de migrantes ilegales, lo que comprende entre el 10 y el 15% del contingente mundial de inmigrantes.

3. El número de migrantes de Latinoamérica y el Caribe ha experimentado un incremento considerable, habiendo pasado de un total estimado de más de 21 millones de personas en el año 2000 a casi 25 millones hacia el 2005. Al mismo tiempo, los migrantes intrarregionales totalizan ahora cerca de 3 millones de personas (CEPAL, 2006).

migratorios? ¿Cómo dar cuenta del significado que tiene un desplazamiento en el conjunto de movimientos que tiene un individuo en su trayectoria de movilidad? Y ¿cómo conocer lo que ha sido su proyecto migratorio y el de los miembros de su familia o del colectivo al cual pertenece?

El objetivo de este texto es conocer las virtudes del método genealógico, como instrumento metodológico para la captación de la movilidad de un colectivo conformado por varias familias jornaleras de una comunidad indígena situada en el sureste de México. Este método nos permite ver la complejidad de sus movimientos en el tiempo, abarcando los individuos de hasta cinco generaciones de familias, cuyos recuerdos inician a principios del siglo XX y van hasta la fecha. Vemos la movilidad diferenciada por generaciones y de cada uno de sus hombres o mujeres, quienes cumplen papeles particulares en sus estrategias de reproducción. Al mismo tiempo, nos ayuda a conocer cómo se conforman las redes que sostienen dicha movilidad y los individuos que fungieron como pioneros en la migración hacia ciertos destinos.

Iniciamos este artículo con una revisión del desarrollo del método genealógico como instrumento de investigación, sus potencialidades y los obstáculos que representa su instrumentalización, así como las críticas que se han hecho al mismo, con el fin de mostrar su eficacia en el estudio de la movilidad.

En un segundo momento, explicamos la manera como este método de investigación se puede adaptar al estudio de la movilidad. En particular desarrollamos u una comunidad indígena, cuyos miembros han dejado de trabajar la tierra para convertirse en asalariados agrícolas en grandes empresas hortícolas ubicadas al noroeste de México, y cómo esta migración termina enlazándose recientemente con un desplazamiento que se dirige hacia California y Oregón en los Estados Unidos en donde laboran, también, como jornaleros. Ofrecemos los datos que sistematizamos del conjunto de miembros de una genealogía, y luego describimos la trayectoria migratoria del núcleo familiar del *ego* de la genealogía que sirve de base al desarrollo de este artículo.

Concluimos con una reflexión relacionada con la pertinencia de buscar nuevos y originales métodos de captación de la movilidad que hoy en día adquieren los colectivos.

Antecedentes del método genealógico

El método genealógico ha sido definido como un procedimiento técnico por el cual un investigador efectúa, mediante entrevistas, una recopilación de ciertos datos sobre los integrantes –tanto ascendientes como descendientes– de una o más familias y posteriormente los procesa, analiza y expresa gráficamente en un documento denominado *genealogía* (Davinson, 2006). Para algunos, la genealogía representa la forma social concreta que asume la reproducción biológica de un grupo (De Teresa, 1991, p. 172).

Quienes se han dedicado al estudio de las genealogías, o las han utilizado como método de recopilación de datos, coinciden en señalar a W. H. R. Rivers, psicólogo, médico y antropólogo británico, como el padre de este método que marca un hito en la historia de la disciplina antropológica. No obstante, la práctica de realizar genealogías, como lo menciona Davinson (2006), es más antigua que la que se comenzó a hacer en el ámbito de la antropología a partir de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, pues ya era común entre los antiguos mayas e incas conocer la historia familiar de sus gobernantes. También señala que los textos evangélicos muestran el árbol genealógico de Jesucristo, al igual que los árabes lo hicieron para el caso de Mahoma. Ni que decir del movimiento genealógico en Europa occidental entre la monarquía que deseaba mostrar su relación de sangre con personajes mitológicos y admirables o para mostrar su linaje.

La aparición del método genealógico coincide con la consolidación institucional de la antropología. En su búsqueda por asegurar el carácter científico de la disciplina trata de acercarse a las ciencias exactas, mediante la sistematización de datos recogidos *in situ* por el etnólogo (Porqueres, 2008, p. 5).

Es en el marco de la primera de las grandes expediciones británicas realizadas bajo la iniciativa de la Universidad de Cambridge, que Rivers realiza su primer trabajo etnográfico entre los pastores Toda del sur de la India y en el estrecho de Torres. Porqueres señala que a imagen de lo que en Estados Unidos estaba sucediendo en la última década del siglo XIX con Franz Boas, en el medio británico se hace clara la necesidad de

realizar la recogida de datos culturales a partir de estancias concentradas en un mismo territorio (2008, p. 7).

Cabe mencionar que el interés de Rivers era el de acceder al análisis del parentesco y de otros aspectos de la vida social de los entrevistados, como son la familia y las reglas de matrimonio. Sin embargo, el mismo considera que el método va más allá de la información referida al parentesco y que puede ayudar a conocer el registro de los matrimonios que han tenido lugar en una comunidad, "retrocediendo quizá ciento cincuenta años", las leyes que regulan la herencia de la propiedad, el estudio de la organización social, e incluso de las emigraciones (1975, pp. 89-90). También se señala, entre otros aspectos que destacó Rivers, el estudio de la magia y de la religión, la proporción entre los sexos, el tamaño de las familias y la herencia genética (Jociles, 2006, p. 797).

Son múltiples las ventajas que han sido destacadas en este método de investigación. Entre otras, el que permite obtener información que capta la memoria de varias generaciones. Rivers señalaba, también, la ventaja que ofrecía para aquellos que no conocían la lengua hablada de los entrevistados, o la posibilidad de tener información de prácticamente toda una población, cuando se trataba de comunidades pequeñas, dadas las superposiciones que se podían encontrar al recoger datos del lado paterno y materno de los entrevistados (1975, p. 94). Otros han mencionado también la posibilidad de conocimiento que aporta sobre personas que ya han muerto o se fueron del pueblo. Sin embargo, lo que más ha sido destacado, desde el propio Rivers, es la ventaja de contar con una información cuantificable y lograr una aritmética de hechos sociales basada en la tabulación y clasificación de los datos que aporta, permitiendo con ello acercarse a las ciencias exactas (Porqueres 2008, p. 5).

Es Françoise Héritier quien acuña en término de "encuesta genealógica" al señalar la capacidad de este método para someter los fenómenos del parentesco a cuantificación y análisis estadístico, dando cabida a calibrar el grado con que aparecen ciertos elementos de una cultura (tipos de matrimonio, de herencia, etc.). Considera que la encuesta genealógica permite multiplicar por diez el número de personas censadas.

Una buena parte de los estudios sobre genealogías se enfocan a explicar con detalle la técnica del levantamiento de datos y las formas y símbolos

a utilizar. A la vez, ha sido objeto de discusiones: cómo, qué y a quién preguntar, así como la manera de evitar los errores en el levantamiento. Por ejemplo, Rivers, en el mencionado trabajo que realiza en Guadalcanal, dedica una parte importante a señalar cómo proceder para recoger los datos a partir de *ego*,[4] comenzando por sus ascendientes más lejanos, o aquellos que recuerda, la forma de disponer los nombres en el esquema y la manera como no equivocar los términos usados para designarlos:

> Mi método consiste en preguntar al informador los términos que él aplicaría a los distintos miembros de su genealogía y, recíprocamente, los términos que ellos le aplicarían a él (...). Los términos que se utilizan para las relaciones de parentesco concretas, consanguíneas o afines, también suelen aplicarse a otras personas con quienes no pueden trazarse esos lazos (Rivers 1975 88-89).

En su propuesta menciona la necesidad de levantar varias genealogías en una misma localidad para verificar que los nombres dados a las personas sean correctos.

Françoise Héritier plantea, con detalle, la técnica a usar en terreno, desde cómo seleccionar a las personas a entrevistar hasta la manera de significar a cada individuo y de codificar sus datos. Menciona al respecto lo siguiente:

> Una vez identificadas las genealogías principales (linajes/cuartas), se interrogará al miembro de más edad de cada una de ellas, alternativamente, sobre su filiación ascendente agnática hasta el más antiguo antepasado conocido. A partir de este antepasado (...) es como se reconstruirá la genealogía descendiendo generación tras generación. (...). Se retoma entonces la encuesta a partir de cada uno de ellos, hasta que se haya agotado la totalidad de los cabezas de familia o de casa (...). El censo de la población viva se convierte así en un subproducto de la encuesta y no en una condición preliminar. (1981, pp. 242-243).

4. *Ego* se refiere a la persona a partir de la cual se construye el relato genealógico.

Sin embargo, esto que ha sido considerado como una virtud de la genealogía, también ha sido estimado como una debilidad o un error grave. Comenzando por Malinowski, discípulo de Rivers, quien veía como una aberración el hecho de formular símbolos e incluso ecuaciones, con objeto de lograr la "cientificidad" en la disciplina antropológica, violentando con ello la naturaleza misma del parentesco ya que, a su modo de ver, "el parentesco es una cuestión de carne y de sangre, el resultado de la pasión sexual y el afecto materno, de la íntima y prolongada vida cotidiana, y de un sinnúmero de íntimos intereses personales" y planteaba la importancia de considerar la "dimensión vivida" de las genealogías (Malinowski, 1929; citado en Porqueres, 2008).

Porqueres hace una buena síntesis de lo que han sido las críticas al método genealógico desde distintas escuelas del pensamiento antropológico, donde encontramos a Radcliffe-Brown, Kroeber y Lévi-Strauss. Sin embargo, va a detenerse en la crítica que hace Bourdieu al estructuralismo (1971; citado en Porqueres, 2008, p. 58). Para este autor, el método genealógico no hace sino recoger la versión "representativa" del parentesco, agregando que es un espacio abstracto que no toma en consideración los factores extra genealógicos que la determinan, especialmente de carácter político y económico. Por ello, sugiere un trabajo de historización del método y de sus usuarios, para acceder a sus fundamentos epistemológicos y al tipo de relaciones sociales que se encuentran en su base (*ídem*, pp. 59-60).

En efecto, varios autores toman con precaución la información que ofrecen las genealogías, en particular porque como el mismo Bourdieu lo señala "la genealogía es un saber manipulable y manipulado" (*ídem*, p. 60). No obstante, es posible considerar la genealogía como lo hace Williams: "como una narración que intenta explicar un fenómeno cultural describiendo la manera en que ha sucedido, podría haber sucedido o sería posible imaginar que hubiera sucedido" (2006, p. 31). Es decir, para este autor, la genealogía no es simplemente un asunto que pertenezca a la historia real, sino a una narración ficticia que puede explicar algo en tanto que ofrece una base de veracidad e introduce la idea de función donde no se la esperaría necesariamente. También resulta sugerente lo planteado por Zonabed (1976, p. 276, citado en Porqueres 2008,

p. 45) quien considera dos fuentes de información del etnólogo sobre el parentesco: el de la genealogía y el que denomina "*parler famille*". Este segundo método, complementario al primero a través de entrevistas a informantes, ayuda a captar los comportamientos frente a los parientes, en donde lo que interesa no es la reconstrucción fidedigna de las genealogías sino la "experiencia vivida" de esas genealogías. Es decir, estudiar el parentesco como "aquel al cual se tiene conciencia de pertenecer y no su parentesco real" (*ídem*, p. 276).

En gran medida, las genealogías que reconstruyen nuestros informantes nos muestran una realidad que es vivida por ellos, un tanto basada en la historia real de la manera como se suceden las generaciones en sus familias de pertenencia, y otro tanto acomodada a lo que esperarían que fuera esa realidad. A veces, porque existen ciertas prohibiciones rituales, como el tabú al que se enfrentó Rivers entre los Toda para contar con la información de los nombres de los individuos ya muertos (1975, p. 87) o como Françoise Héritier lo señala por la ocurrencia "de hechos familiares recientes y que aparecen en la encuesta como suscitadores de conflictos, todavía actuales, en el seno de la comunidad familiar o rural, o que son recordados dolorosamente" (1981, p. 246).[5]

Para salvar estas situaciones, los autores mencionan la importancia de aplicar otros métodos complementarios. Sin embargo, se recomienda en cualquier caso ampliar la información genealógica con otras fuentes de triangulación. Por ejemplo, Davinson (2006) al aplicar el método genealógico en una comunidad del estado de Tlaxcala, complementó la información a través de entrevistas a los miembros de las familias de la localidad estudiada. Héritier (*op. cit.*, p. 244) también menciona la importancia que tuvo el realizar entrevistas con los individuos captados en sus genealogías, para "con la ayuda de personas vivas del mismo linaje, reconstruir las historias de las líneas desaparecidas". Igualmente, lo había hecho Rivers al buscar, con miembros de otras familias, la información de los individuos que habían fallecido, y cuya prohibición para ser nombrados, al interior de cada linaje, le generaba un hueco informativo que otros individuos de la localidad estudiada le proporcionaron (1975, p. 87).

5. En estos acontecimientos Héritier considera: suicidios, asesinatos, separaciones conyugales, problemas de paternidad, expulsión de esposas por la familia de origen, fallecimiento por brujería, entre otros.

Porqueres considera que "el método genealógico no es autosuficiente (...) este debe acompañarse siempre se la utilización de otras técnicas de investigación, como las historias de vida basadas en la acumulación de entrevistas, o la descripción y la fotografía de rituales" (2008, p. 15). También menciona la observación participante, como un método atribuido a Malinowski, y reformulada más tarde por Edmund Leach y Max Gluckman, así como la importancia de realizar buenas monografías. Con ello, señala, que Malinowski encontraba la forma de aproximarse "al espíritu de un pueblo a través de sus formulaciones" y "el punto de vista del nativo" (2008, pp. 17-21). Otros métodos complementarios que han sido utilizados son el método biográfico, las etnografías de comunidad, el análisis de redes, la encuesta por cuestionario, las narraciones (que hoy en día pueden ser grabadas), y el estudio de documentos complementarios (registros parroquiales o municipales, censos, etc.).

Varios investigadores que han hecho uso de este método han puesto énfasis en la manera como clasificar los datos obtenidos a través de genealogías o encuestas genealógicas. Hoy en día, además, se cuenta con una serie de programas de software que ayudan no solo a sistematizar la información sino a encontrar recurrencias, diferencias y otros aspectos de interés que pueden ser variados, sin limitar su uso al estudio del parentesco. En México, por ejemplo, Ana Paula de Teresa (1991) aplica este método al estudio de las unidades domésticas campesinas en una localidad de Yucatán al sur del país, con el fin de dar cuenta de las transformaciones internas que sufre la economía campesina a lo largo del tiempo. Así, dedica una parte importante de su trabajo a explicar la manera como se logra un ordenamiento, por generaciones, de las unidades investigadas y su procesamiento. Davinson (2006) tuvo como objetivo conocer las fechas en las que la actividad textil había sido introducida en la localidad que estudia en Tlaxcala, así como para identificar a los iniciadores de dicha actividad. Es decir, los temas que pueden abordarse son variados, y, en este sentido, podemos confirmar lo que Héritier ha señalado en cuanto a que la encuesta genealógica no es universal, no es válida para cualquier tipo de sociedad ya que,

> (...) las modalidades prácticas de la encuesta genealógica varían según las poblaciones estudiadas, en función de la filiación, de las reglas de residencia, del tipo de hábitat, del carácter nómada o sedentario de la población, para no citar sino rasgos discriminatorios elementales. En consecuencia, no es posible ofrecer un método comodín (...). Ante cada caso, el etnólogo de verá obligado a la innovación (1981, p. 240).

De acuerdo con este planteamiento, consideramos la validez y la gran flexibilidad de este método de investigación para adaptarse, en nuestro caso, al estudio de la movilidad de los trabajadores agrícolas originarios de una localidad indígena del sureste de México, como se presenta a continuación.

Aplicación del método genealógico al estudio de la movilidad

El método genealógico permite dar cuenta de los "hechos de movilidad" en el sentido que lo ha desarrollado Tarrius (2000). Es decir, ir más allá de la historia singular de cada persona y sus desplazamientos para comprenderlos en el marco de un colectivo que guarda la memoria de sus recorridos a través de vastos espacios migratorios y en un tiempo tan amplio que abarca varias generaciones. Permite observar cómo esa memoria agrega lugares apropiados, ocupados, o al menos atravesados por dicho colectivo.

Las genealogías articulan las trayectorias individuales y destinos colectivos; las historias de vida, tal y como las describe cada interlocutor, y los eventos generales que involucran a un colectivo; hacen visibles las relaciones entre tiempo y espacio: ritmos, flujos y secuencias observables a través de sucesiones generacionales; revelan la combinación entre contigüidades espaciales y continuidades temporales, lo que facilita el conocimiento de hechos sociales desde una perspectiva procesual y dinámica (Ma Mung 1999; Tarrius 2000).

Es posible, igualmente, comprender la manera como un colectivo "hace territorio", en la medida en que se apropia de esos lugares al ocuparlos, o simplemente atravesarlos a lo largo de sus recorridos, haciendo de ellos su "territorio de circulación" (Tarrius 2000 y 2000a; Faret 2001). Pero lo interesante es ver que este proceso de apropiación se ejerce a lo

largo de varias generaciones, y de procesos que suponen instalaciones y desinstalaciones, discontinuidades y fragmentaciones, que forman parte de un proyecto migratorio que articula distintas lógicas de movilidad. Lógicas que tienen que ver con diferencias de género y generacionales.

En el caso que nos ocupa, el método genealógico fue aplicado a los miembros de una comunidad del estado de Oaxaca, llamada Coatecas Altas, ubicada en el municipio de Ejutla de Crespo, la cual tiene una fuerte tradición migratoria desde la década de los años setenta. Inicia con una migración temporal, de carácter regional, que se dirige al estado colindante de Chiapas, donde la gente se dirigía a trabajar en el corte del algodón. Hacia finales de esa década, este flujo se reorienta hacia el noroeste del país para dirigirse hacia las cosechas de hortalizas en el estado de Sinaloa, y más tarde se extiende a una amplia zona que abarca los estados de Sonora, Baja California y Baja California Sur. Hacia la década del noventa empieza un tímido movimiento a los campos hortofrutícolas de California, y al finalizar esa década esta migración se vuelve masiva.

Lo que nos interesó al aplicar dicho método fue captar la movilidad de los individuos por generación y por sexo, preocupándonos en conocer las distintas oleadas migratorias, los destinos a los cuales se han dirigido y cómo estos se han ido modificando para cada generación. También ha sido foco de nuestra atención otros aspectos que nos permiten dar cuenta de la movilidad de los individuos, como es el lugar de nacimiento de cada uno de ellos, y los cambios que ha habido en cada generación, el lugar de residencia actual, así como los desplazamientos que han tenido las personas a lo largo de su vida. Esto último, nos permite, también, conocer las diferencias por género. Otros datos que se consideraron importantes fueron: fecha de nacimiento, escolaridad alcanzada y actividad a la que se dedican. Con ello, logramos conocer el perfil de estos individuos, y cómo este se ha ido modificando por generación, así como las diferencias encontradas de acuerdo al lugar a donde se encuentran viviendo.

Cabe mencionar que, dada la movilidad que han tenido los miembros de esta comunidad, el método se ha adaptado a ello. Es decir, se levantaron cuatro genealogías en el lugar de origen; se realizó un recorrido por los principales lugares de destino, en los cuales se han ido quedando algunas familias, y allí también se levantaron otras genealogías de los miembros

de esta comunidad. No obstante, no todas las genealogías nos han servido para profundizar en los aspectos que nos interesan porque hay información incompleta, y esto tiene que ver con la confianza que tiene el entrevistado para proporcionarnos todos los datos que le solicitamos. Algunas veces, el interrogado no recuerda o no conoce la información solicitada de todos los miembros de su familia. Pero lo más común es que, justamente, la gran movilidad que ha habido en esa localidad y la ausencia prolongada de varias familias que se han ido asentando en los lugares de destino hicieron que algunos informantes, aun con toda la buena voluntad que mostraban, no pudieran responder a todas nuestras interrogantes.

En este artículo retomamos solo una de las genealogías más completas que tenemos sistematizada, y la complementamos con el relato de historia de vida de nuestro *ego*, así como con las trayectorias de migración en su núcleo familiar. Ha sido importante el estudio etnográfico de la localidad, porque esto nos da el contexto en el que se desarrolla la movilidad de los individuos de nuestras genealogías. A la vez, fue interesante contrastar nuestros datos obtenidos a través de las genealogías con los que nos aportó un censo de población levantado por el Centro de Salud de la localidad que estudiamos.

Así, "la carne y la sangre", que preocupaba a Malinowski, de esta información sistematizada en una base de datos, la recuperamos a través de otros métodos: etnografía de la localidad, historias de vida y trayectorias de migración.

Trayectorias migratorias en la comunidad estudiada

Coatecas es una comunidad indígena zapoteca, enclavada en la región de los Valles Centrales de Oaxaca, perteneciente al Distrito de Ejutla de Crespo. Se encuentra ubicada en los límites con la Sierra Sur y colindando con el distrito de Miahuatlán.[6]

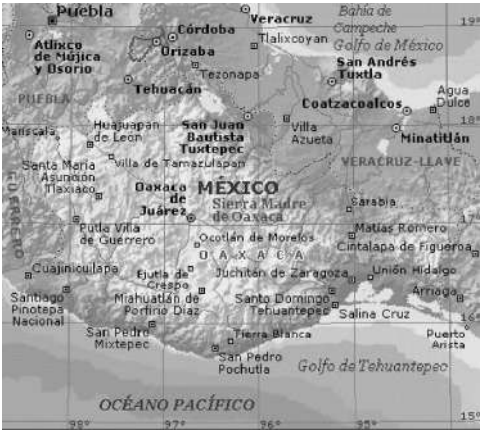
La trayectoria migratoria de esta comunidad inicia tarde, al final de los años sesenta, cuando declinan una serie de actividades de las que se había

6. En una versión preliminar, el estudio de esta comunidad fue publicado en Lara Flores (2006).

mantenido su población durante décadas, como es la producción agrícola basada en el maíz, frijol, calabaza, garbanzo y cacahuate, la que combinaban con la explotación de higuerilla,[7] así como con el tejido de petates.[8]

Coatecas fue también un pueblo de arrieros, ya que precisamente por su ubicación mantenía una fuerte actividad con la Sierra Sur oaxaqueña, llevando sus petates, muy apreciados en esa región para el secado del café, y trayendo a su regreso café y otros productos. También criaban vacas, chivos, burros y caballos. Es un pueblo de indígenas zapotecas,[9] que contó con terrenos comunales desde el siglo XV, según título primordial, y después se benefició del reparto agrario y de la compra de tierras que habían pertenecido a las haciendas colindantes, gracias a lo cual la agricultura prosperó y permitió su crecimiento. No obstante, fue el deterioro ecológico, en gran parte provocado por la siembra de higuerilla, la caída de los precios agrícolas y artesanales, el incremento demográfico junto a la pulverización de la propiedad a través de la herencia de la tierra, lo que empujó a los jóvenes, de esas épocas, a salir de la localidad y a buscar nuevos horizontes.

Mapa 1



Fuente: Elaboración propia en base a datos disponibles.

7. Nombre científico: *Ricinus comunis L. Euphorbiaceae*, que es una planta que se utiliza para la elaboración de aceites industriales y otros productos.

8. Petate (del nombre nahuatl *petatl*) son tapetes o esteras elaborados a partir del tejido de palma o carrizo.

9. El último censo de población del 2000 señala que el 90% de los individuos hablan la lengua indígena zapoteca.

A diferencia de otros pueblos de los valles oaxaqueños que comenzaron muy temprano a migrar hacia Estados Unidos, a través del Programa de Braceros,[10] sea por falta de tierras o por la mala calidad que estas tenían, Coatecas pudo sostener a su población activa en la propia localidad hasta los años sesenta, cuando la fábrica que les compraba higuerilla quebró y el precio de los petates que elaboraban, así como de los productos agrícolas, declinó enormemente. Fue así que cuando llegaron noticias de que se requerían trabajadores para la pizca de algodón en Tapachula, Chiapas, salieron los primeros hombres, atendidos por algunas mujeres, pero solo para irse por periodos cortos de tres meses y regresar a la cosecha de maíz en su región. Se trató de una migración que no duró mucho tiempo, pues al caer el precio del algodón los productores empezaron a pagar más bajos los sueldos, y a contratar guatemaltecos a quienes se les pagaba menos.

Así, al bajar el precio pagado en Tapachula, para la pizca de algodón se inicia una nueva corriente migratoria hacia el noroeste del país. En este caso fue Martín Fidel, un paisano de Coatecas, el primero en irse a Mazatlán, Sinaloa, a la finca Las Carolinas; regresó informando que allá había trabajo en el corte de algodón y mejor pagado. Así es que salieron dos familias, y algunos otros, en tren, pagando el transporte desde Oaxaca hasta Sinaloa, para lo cual tuvieron que pedir prestado a los comerciantes del lugar.

Al poco tiempo, se incorporaron a esta ruta entre 200 y 250 hombres, ampliando sus destinos hacia Los Mochis, Sinaloa de Leyva, Corerepe y Guasave (en Sinaloa), o hasta la Costa de Hermosillo (en Sonora), siguiendo la ruta del algodón. Si bien ganaban mejor, cuentan que las condiciones de trabajo y de vida eran muy duras, pues tenían que cargar los bultos de algodón, y la temporada era de mayo a septiembre, justamente durante los meses de más calor. Trabajaban desde las cuatro de la mañana, para almorzar a las 11 o 12 del día y salir cuando ya anochecía. Se dormían en la calle, pues en ese tiempo no había albergues ni campamentos para alojarlos.

10. Este programa funcionó en México entre 1942-1964, gracia al cual migraron legalmente por esta vía 4,58 millones de trabajadores, sin contar con los ilegales y de esos solo 814.337 optaron por la residencia estadounidense.

Al iniciarse la década de los setenta empezó a irse mucha gente de Coatecas al noroeste, pues, a pesar de las malas condiciones de trabajo, allá pagaban mejor. El primer corte de algodón se pagaba a 9 pesos y el segundo a catorce pesos, cuando en Oaxaca un peón ganaba cinco pesos al día y las mujeres tardaban dos días en tejer un petate, por el que recibían de 4 a 6 pesos. Al poco tiempo, el algodón se acabó también en el norte, cuando la competencia de las fibras sintéticas puso en crisis a este cultivo y se inicia el *boom* de la producción de hortalizas, generándose un cambio en el patrón de cultivos en esa región.

Cuando se acabó la demanda para la pizca de algodón en el noroeste, algunos jóvenes de Coatecas, tomaron rumbo hacia la ciudad de México para trabajar como albañiles en las obras de construcción del Metro, de la Central de Abastos de la Ciudad de México y del estadio Azteca.

Cuentan que fueron Luis y Félix Antonio Vázquez, los hijos de Luis Vázquez que había sido contratista en Tapachula, quienes regresaron de Sinaloa vistiendo pantalón, botas vaqueras y sombrero de ala ancha, como los *cowboys* de las películas, cuando la gente de Coatecas vestía calzón de manta y huaraches.[11] Traían dinero que enviaban los patrones para pagar el pasaje de tren para quien quisiera irse a Sinaloa. Era tanta la necesidad que había en la región que muchos se enganchaban con los contratistas. Hombres y mujeres salían junto con sus hijos, tardando hasta una semana en llegar.

Las tierras ya no daban, no había agua, los conflictos políticos en la comunidad y los problemas de tierra empujaban a la gente a salir. A la vez, la demanda de mano de obra para las hortalizas iba creciendo, de tal manera que se multiplicaron los contratistas en la región, ensanchando su radio de acción hacia las rancherías y poblados cercanos. Para facilitar el traslado de la gente, los patrones comenzaron a enviar camiones que llegaban al municipio vecino de Ejutla a recoger a todos los que quisieran irse. Las condiciones de traslado eran pésimas, al igual que el trabajo y el alojamiento que se les daba al llegar a Sinaloa. Salían de Ejutla en camiones de redilas,[12] para llegar a Oaxaca y después a la ciudad

11. Los huaraches son sandalias de cuero, confeccionadas artesanalmente. Junto con el calzón de manta constituyó la indumentaria propia de la población indígena masculina.

12. El camión de redila es el que usa para transportar al ganado.

de México, pasaban por Guadalajara hasta llegar a Sinaloa. Allá todo era sucio; en los campamentos en donde los alojaban no había cuartos suficientes, no les ponían agua potable, ni módulo de salud ni escuela para los niños. Pese a ello, hacia finales de los años ochenta y hasta principios de los noventa la migración hacia el noroeste se extendió tanto que llegó a haber dieciséis contratistas operando en Coatecas y sus alrededores. Cada contratista sacaba entre 1.000 y 5.000 gentes de la región Coatecas-Ejutla, para llevarlas al corte de hortalizas. Salían desde el mes de noviembre, después de la fiesta del Día de Muertos,[13] para regresar en abril, antes de que comenzaran las lluvias.

Poco a poco, se fueron quedando algunos a vivir en el noroeste. Primero, en los campamentos a donde llegaban. Algunos duraron allí hasta veinte años, trabajando para un solo patrón, pero sin tener ningún tipo de seguridad laboral, ni de prestaciones sociales y viviendo muy precariamente. En este proceso, 25 familias de Coatecas se instalaron en la Colonia Villa Juárez en Culiacán; otros tantos en Nueva Era, en San Quintín, y unas 400 personas en la colonia Oaxaca, en Pesquería, Sonora. Con tierras o sin ellas en su lugar de origen, muchos se iban quedando para mal vivir, pero tenían trabajo seguro, aunque precario. Algunos se instalaron bien, pusieron tiendas, compraron camiones para transportar a los jornaleros o construyeron cuarterías para alojarlos.

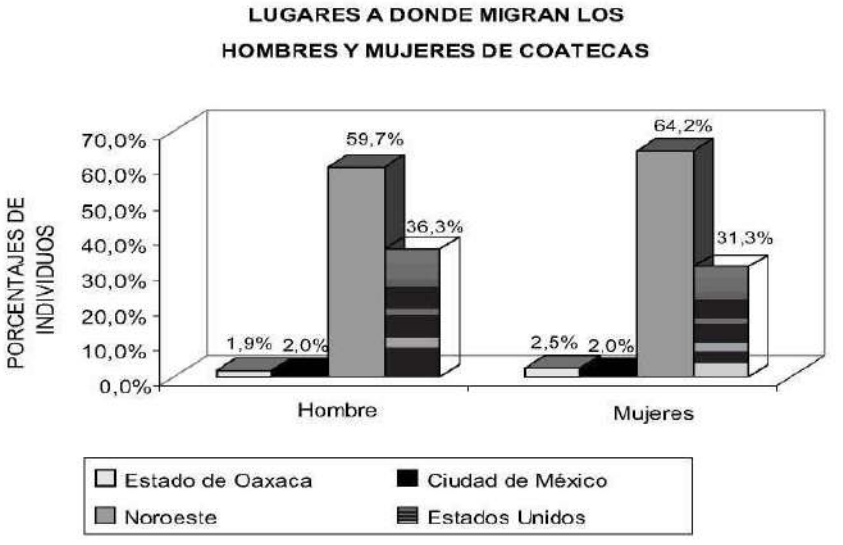
Hacia mediados de los años noventa la migración se había extendido fuertemente en toda la región hacia distintos destinos en el noroeste del país, involucrando a familias completas. Pero no solo eso, sino que había dejado de ser una migración de corta duración, acotada por los ciclos agrícolas de la producción campesina tradicional en las zonas de expulsión. En poco tiempo, la mayoría de las familias de Coatecas tenía al menos uno de sus miembros migrando hacia algún lugar, y habían ganado experiencia de movilidad, especialmente como jornaleros agrícolas.

Más tarde, una serie de cambios introducidos por las empresas productoras de hortalizas modificaron fuertemente la demanda de mano de obra, estancaron los salarios e intensificaron las jornadas de trabajo. Además, desestacionalizaron su producción y extendieron sus operaciones en distintas regiones, dispersándose dicha demanda, lo que llevó a

13. Es la fiesta de Todos Santos (1 y 2 de noviembre) en la que, cada familia, recuerda a sus muertos.

las familias a dividirse en distintos lugares. A la vez, la experiencia migratoria y el conocimiento que empezó a adquirirse de los espacios fronterizos, sobre todo para aquellos que iban a Sonora y Baja California, permitió que se establecieran los contactos necesarios con los distintos agentes que se dedican a cruzar a la gente en la frontera. Así, hacia finales de los años noventa, comenzó un nuevo destino hacia los Estados Unidos que atrae principalmente a los jóvenes.

Gráfico 1. Destinos de migración de los hombres y mujeres de Coatecas



Fuente: Elaboración propia con base en información del censo levantado por el Centro de Salud de Coatecas Altas, Oaxaca (2003).

Coatecas dejó de ser el centro de la vida económica y social de sus habitantes, extendiéndose hacia los diferentes espacios por los que circulan sus miembros en busca de alternativas para la sobrevivencia familiar. A la manera como lo analizan Quesnel y Del Rey (2001), las familias de Coatecas vieron multiplicar sus territorios de circulación en una especie de economía de "archipiélago", integrada por pequeños nodos de población que terminan por constituirse en territorios a partir de los cuales logran su reproducción social y cultural.

Da prueba de ello el censo levantado por el Centro de Salud de Coatecas Altas en el año 2003, se registraron en esta localidad 440 hogares de los cuales en 98% había algún migrante entre sus miembros, lo que muestra un proceso que afecta seriamente a esta población. El total de individuos que integraron dichos hogares asciende a 2.294, con 1.169 hombres y 1.125 mujeres, encontrándose que 69% de los individuos migran: 52,7% hombres y 47,3% mujeres.

Si observamos los destinos regionales a los que se dirige esta población, por sexo, vemos que la migración hacia el noroeste del país es la más importante (Sinaloa, Sonora y Baja California), seguida de varios destinos en Estados Unidos;[14] en menor medida van a algún lugar en el propio estado de Oaxaca o a la Ciudad de México. Sin embargo, para las mujeres es relativamente más importante la migración al noroeste que hacia los Estados Unidos, lo que se relaciona con las estrategias de las familias para circular e insertarse en los mercados laborales, como lo veremos más adelante, a partir de un estudio de caso.

Los datos que nos proporcionan las genealogías recogidas en el propio pueblo de Coatecas confirman esta tendencia. Para dar cuenta de los procesos que se han generado, en este artículo nos limitaremos a dar la información que nos proporciona una de las genealogías levantada en el lugar de origen, y completada en los diferentes destinos donde varios de los núcleos familiares que componen esta genealogía se encuentran hoy.

Estudio de caso

Perfil genealógico

La primera familia que presentamos corresponde a la de Pedro Valtierra, *ego* de la genealogía que aquí presento.[15] Este grupo familiar se compone

14. Hoy en día se calcula que viven 250 familias coatecanas en California, la mayoría residiendo en Madera, desde donde se desplazan cada verano a las cosechas de frutas en Oregón. Otros se han quedado en Merced y en Fresno y un grupo más reducido se ha ido a Carolina del Norte y del Sur.

15. Pedro Valtierra (seudónimo) es *ego* en una genealogía levantada en Coatecas. Nace en 1958 y al momento de las entrevistas, entre 2004 y 2005, tenía 46 años y su esposa 43. Tuvieron siete hijos que actualmente migran hacia distintos lugares.

de un total de 123 individuos, representados y distribuidos en 5 generaciones: abuelos, padres, *ego*, hijos y nietos. De los cuales 67 son hombres y 56 son mujeres. El grupo está organizado en 25 unidades domésticas.

La primera generación es la de los abuelos de *ego* que nacieron en 1882; luego está la regeneración de los padres que además incluye a los tíos de *ego*, conformada por 11 personas que nacieron entre 1929 y 1938; le sigue la generación de *ego*, en donde integramos a los hermanos de *ego* y a sus respectivos conyugues, los cuales reúnen un total de 24 miembros, el de mayor edad nació en 1947 y el más joven en 1975; la generación de los hijos que también integra a sus respectivos conyugues reúne un total de 64 miembros con años de nacimientos que van de 1969 al 2005; finalmente la generación de los nietos suma un total de 15 individuos, nacidos entre el año 1992 y 2005.

La mayor parte de los miembros de esta genealogía tiene menos de 24 años (67%). La escolaridad es nula o mínima pues 15% es analfabeta, 25,8% tiene primaria incompleta y 14,6% primaria completa. Los porcentajes de analfabetismo se concentran más entre las generaciones de los abuelos y padres, pero en la de *ego* la escolaridad más alta es la de primaria completa y solo 3 individuos de 21 que componen esta generación tiene primaria completa. En cambio, en la generación de los hijos hay 25% con primaria completa y 3,6% con secundaria incompleta. No obstante, 21,4% de los individuos de esta generación estudiaron la primaria en un programa especial denominado "monarca".[16]

En cuanto al lugar de nacimiento, en las generaciones de abuelos, padres y *ego* se observa que la mayoría nació en el propio pueblo de origen. En cambio, en la de los hijos 8% nació en otros estados del país, mientras que en la de los nietos, de 10 niños solo 3 nacieron en Coatecas, 4 en Estados Unidos y 3 en otros estados de migración.

La migración ha afectado de manera importante a esta localidad, lo que puede confirmarse porque 84% de los individuos tuvieron alguna experiencia migratoria y el 9,4% que no tuvo esta experiencia es porque nación en algún lugar de migración. No obstante, los destinos no

16. Hace referencia a las mariposas monarca que migran de México a Canadá. Se trata de un programa especial de educación para niños migrantes que toman cursos en los campamentos de jornaleros y en las comunidades de origen. Pertenece a la Secretaría de Educación Pública.

han sido los mismos, ni por generación ni por género. La generación de abuelos y padres apenas migró, y lo hizo principalmente a Tapachula. En cambio, en la de *ego* 31% migraron al noroeste (Sinaloa y Sonora) y 40% hacia Estados Unidos (Madera, Fresno, Oregón o Washington) y en la de los hijos 60% migraron alguna vez al noroeste y 36% a los Estados Unidos. Pero si vemos estos datos por género vemos que el 42,7% de los hombres migró a algún lugar del noroeste y el 44,8% a Estados Unidos, en tanto que en el caso de las mujeres, 57,5% migró hacia el noroeste, y apenas 27,5% a Estados Unidos. Esto muestra que, si bien la migración hacia los Estados Unidos se ha ido ampliando desde la generación de *ego*, las mujeres han permanecido más en el país, desplazándose hacia algún lugar del noroeste.

También se observa que los lugares de migración se han ido desplazando del noroeste hacia algún lugar de Estados Unidos, pues viendo las trayectorias de hombres y mujeres, encontramos que estas integran hasta cinco lugares diferentes, predominando primero los destinos hacia el noroeste y actualmente hacia Estados Unidos. Pero en los hombres estos destinos cambiaron entre la primera y la última migración de la siguiente manera: 53,8% al noroeste y 26,5% a Estados Unidos en la primera, y 39% al noroeste y 56,4% a Estados Unidos en la última. Mientras que en el caso de las mujeres estos porcentajes pasaron de 70% al noroeste y 10% a Estados Unidos en la primera, y 43% al noroeste y 56,4% en la última.

Finalmente, un aspecto importante que muestra la genealogía es que el 64,9% de los hombres y el 65,6% de las mujeres migraron para trabajar como jornaleros/as, sea en el noroeste o en Estados Unidos. De tal modo que es y ha sido la actividad principal. Aunque entre los hijos y, sobre todo, los nietos se incrementa el número de individuos que ya no trabajan, sino que estudian, y más mujeres que se dedican a labores del hogar. Esto muestra la importancia que puede estar teniendo el envío de remesas.

Trayectorias migratorias

Tomado como ejemplo solamente el núcleo familiar de *ego*, observo que los primeros individuos que migran en esta familia lo hacen a finales de

los años sesenta para irse hacia Tapachula, Chiapas, a trabajar en el corte de algodón. El pionero de esta migración en el grupo familiar es un tío abuelo, quien después de haber ido a ese lugar algunas temporadas se vuelve enganchador,[17] llevando entre 300 a 400 hombres y niños a trabajar, pero solo por temporadas cortas de tres meses, ya que la mayoría de los hombres tenía tierra en Coatecas. Esta situación marcó la trayectoria de Pedro, quien a los 10 años empieza a migrar.

Cuando el precio del algodón declina en Chiapas, Pedro se va a la ciudad de México a trabajar en las grandes obras de construcción junto con hermanos, primos y amigos. Puros hombres solos que se quedaban a vivir en las obras. Pedro se había casado a los 16 años y su familia empieza a crecer, el sueldo que ganaba en la ciudad de México resultó insuficiente, por ello, cuando se inicia el flujo hacia Sinaloa, se integra a él junto con su esposa e hijos.

Según observamos en el núcleo familiar de Pedro, toda la familia, que incluye a siete hijos, viajó a Sinaloa, enganchados por algún contratista, para participar en las cosechas de hortalizas durante más de quince años, en un ir y venir. Con el tiempo, algunos parientes suyos se instalaron en una colonia periférica a las zonas agrícolas del noroeste, lo que le permitió a la familia de Pedro ampliar sus redes de relaciones. Durante varias temporadas de ir a Sinaloa y a Sonora a trabajar como jornaleros, en las que trabajaba toda la familia, reunieron el dinero necesario para pagar a un "pollero",[18] quien cruzó hacia Estados Unidos al hijo mayor de Pedro, llamado Ignacio. Ignacio llega a Madera, en California, a vivir con su hermana mayor, quien años atrás había llegado allí siguiendo a su marido. Estando en Madera este hijo mayor tuvo la obligación de enviar dinero para ayudar a pagar el cruce de la frontera de dos de sus hermanos. Mientras tanto, toda la familia siguió yendo a trabajar a Sinaloa cada invierno, para vivir y ayudar a pagar el traslado de estos dos hermanos.

Antes de cruzar la frontera, Ignacio se casó con Virginia y la dejó viviendo en Sinaloa con un tío hermano de Pedro, hasta que pudo ir por

17. Se llama "enganchador" a la persona que se dedica a contratar gente en sus lugares de origen, para llevarla a trabajar a las empresas.

18. Es el nombre que se da despectivamente a la persona que se dedica al tráfico ilegal de personas hacia los Estados Unidos.

ella y llevarla a Madera. Allá nacieron sus dos hijos que ya tienen nacionalidad norteamericana. Ignacio logró convertirse en contratista de una granja, a pesar de que no cuenta con permiso de trabajo, pero gracias a ello sus hermanos llegaron allá y no solo tuvieron dónde alojarse sino dónde trabajar.

Pedro se quedó en Coatecas, pero cada año siguió viajando a Sinaloa con su mujer y los tres hijos menores: Estrella, Marcela y Pablo. Con el dinero que enviaban los hijos que están en Estados Unidos fue construyéndoles su casa en Coatecas y comprando tierras, que si bien dan poco, los ayuda para sembrar el maíz que utilizan para comer una parte del año en Coatecas. Gracias a que Pedro, su esposa y los tres hijos menores siguieron trabajando como jornaleros, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas los ayudó a construir un pie de casa, los niños recibieron apoyo del Programa Monarca que les permitía estudiar en Coatecas y en los campamentos donde se alojaban estando en Sinaloa, a la vez que recibieron un apoyo del gobierno federal, a través del programa Oportunidades que ofrece becas a los niños de familias de escasos recursos. No obstante, a los 14 años, Estrella dejó de estudiar y la enviaron a vivir a Pesqueira, Sonora, con la familia de uno de sus tíos, esperando a que sus hermanos pudiesen pagar su traslado hacia los Estados Unidos. Mientras tanto, ella trabajaba de jornalera y ayudaba a la familia de los tíos en las labores domésticas.

Los hijos menores de Pedro, Marcela y Pablo, vivieron entre Coatecas y Sinaloa, estudiando y trabajando en los campos agrícolas con su mamá. Marcela ayudaba a su madre en la casa y Pablo cuidaba los animales (chivos, un burro y gallinas) que tienen en el pueblo.

En 2006, Pedro se fue una temporada de año y medio a Madera, para alcanzar a sus hijos y trabajar un tiempo con la idea de ganar un dinero para invertirlo en tierras y en ganado menor. Este año, Estrella y Marcela cruzaron el desierto de Altar junto con otros paisanos, para, por fin, reunirse con sus hermanos, cuñadas y sobrinos. Solo queda Pablo estudiando la escuela secundaria, viviendo con sus padres, y encargado de pastorear los chivos que han ido comprando con lo que reciben de ayuda de sus hermanos. Sin embargo, en el proyecto migratorio de la familia, cuando termine los estudios de secundaria se irá a Madera.

Lo que es claro en esta familia es que la movilidad se convirtió en una forma de vida que ha involucrado a todos sus miembros desde la infancia, sobre todo a partir de la generación de Pedro. Pero mientras que para él y los de su generación la migración hacia los campos algodoneros de Tapachula, y después de Sinaloa, era necesaria para complementar los ingresos provenientes de una parcela, en el caso de la generación de sus hijos se ha convertido en una necesidad imprescindible para la sobrevivencia de ellos y sus familias, mientras que trabajar la tierra ha dejado de ser un objetivo. De esta manera, vemos que la reproducción económica de la familia funciona como una estructura en forma de archipiélago (Quesnel y Del Rey, 2001). Es decir, como sistema de lugares interconectados, a través de los cuales circulan los recursos generados por cada uno de sus miembros.

La migración hacia el noroeste del país (Sinaloa o Sonora) y luego hacia Madera, California, fragmenta el espacio de reproducción social y económica de la familia. Sin embargo, esos desplazamientos no son aleatorios, sino que forman parte de un proyecto común que corresponde al posicionamiento de cada individuo con respecto al núcleo familiar, a la familia extensa, e incluso a la comunidad. Ya que las posibilidades que tienen de ir a uno u otro lugar están vinculadas al conjunto de redes que se establecen entre los distintos miembros de la familia extensa, o entre estos y otras familias de la comunidad y de la región. Así, las redes pueden ser consideradas como el elemento base de este sistema territorial, y lo que liga a los lugares con los individuos, como actores que aseguran la comunicación en función del factor distancia (Offer, 1996).

Conclusiones

Apoyándome en un estudio de comunidad, así como en el análisis genealógico de las familias y en la historia familiar de Pedro, en este artículo muestro la complejidad que hoy en día adquiere la movilidad de los miembros de una localidad rural de México, quienes se han dedicado al trabajo como jornaleros, tanto en el noroeste de México como en el sureste de los Estados Unidos.

De campesinos, anclados en mundos rurales bien delimitados, de origen étnico, estas familias jornaleras han debido convertirse en "caminantes", buscadores de empleo, salvando la precariedad mediante estrategias de movilidad que los lleva a escindirse en espacios geográficamente dispersos, pero formando parte de un mismo "territorio migratorio" (Faret, 2001).

La movilidad de los jornaleros que salen de Coatecas en busca de oportunidades laborales contempla un territorio que está integrado tanto por su lugar de origen como por un amplio campo migratorio, que surge en torno a un mercado de trabajo agrícola que crean las empresas agroexportadoras en el noroeste del país y del sureste de los Estados Unidos. Esos lugares se vinculan entre sí gracias a redes sociales que se establecen entre familiares y paisanos, permitiendo el intercambio de la información necesaria para insertarse en dicho mercado de trabajo.

Faret (2001) plantea que los grupos con intensa movilidad ponen en práctica estrategias residenciales que contribuyen a una calificación relativa atribuida a los lugares, produciendo prácticas y reconocimientos colectivos. Son estrategias basadas en lógicas que permiten sacar ventaja de las desigualdades espaciales, en donde a cada lugar se le atribuye una "utilización" potencial en función de un cierto número de informaciones, donde se combinan datos factuales, percepciones, grado de accesibilidad física y también social y simbólica. Se trata, dice, de una calificación de los lugares, incluso antes de ser vividos. Una significación que no es individual, sino que resulta de procesos colectivos de asignación de sentido.

> Todo candidato a un desplazamiento se coloca frente a un conjunto de alternativas en las cuales la variable esencial es el grado de familiaridad del lugar contemplado en relación al grupo al cual pertenece ese individuo (p. 3).

Se trata de una movilidad que integra a la mayor parte de los miembros de las familias de Coatecas, poblado que ha dejado de producir lo necesario para retener a su población, llevando a sus miembros a vincularse en circuitos de migración, en torno a un conjunto de lugares que componen un amplio territorio de migración.

Si tuviéramos solamente el dato de los lugares de destino al momento del levantamiento de una encuesta, podríamos considerar que se trata de lugares donde los miembros de esta localidad se han ido quedando, de tal manera que tendríamos un lugar de origen y otro de destino, sea en México o en los Estados Unidos, para cada individuo. Como hemos visto, muchos llevan años residiendo en estos lugares. No obstante, el análisis genealógico nos permite observar que esta movilidad no es individual, sino de grupo, y que se ha ido modificando a lo largo de las generaciones. Lo que para los abuelos y padres de *ego* fueran desplazamientos temporales, de corto plazo, hoy se ha ido prolongando y enlazando con nuevos destinos de carácter internacional.

Las cinco genealogías que hemos analizado nos ofrecen información que verifica los datos obtenidos a través de un censo levantado por el Centro de Salud de la localidad, en 2003. Confirmamos cómo la migración involucra a la mayor parte de las familias, e incluye tanto a hombres como a mujeres. Observamos los destinos principales, tanto en el noroeste como en los Estados Unidos. Pero, una mirada de cada genealogía, generación por generación, nos permite ver la manera como se han ido modificando esos destinos desde los ancestros de *ego* hasta sus nietos. De tal manera que, en la generación de *ego*, se generalizaron los viajes al noroeste involucrando a sus hijos. Pero en la generación de los hijos comienza a hacerse más importante la migración hacia Estados Unidos, y los nietos nacen en algún lugar del noroeste del país o en los Estados Unidos, si bien se mantiene un patrón endogámico. También podemos ver diferencias no solo por generación sino por género, dando cuenta de la importante participación de las mujeres en la movilidad, pero aun limitada hacia el noroeste.

Pese a que Pedro, como cada uno de nuestros *egos*, cuentan la historia de su familia que les gusta dar a conocer, seguramente llena de ausencias y "medias verdades", ello no resta validez a los resultados que de sus relatos hemos obtenido, sobre todo, porque al contrastarlos con otras historias, recogidas en la localidad o fuera de ella, confirman que las estrategias de movilidad de las familias de esta comunidad son múltiples y complejas.

En sus ires y venires por los distintos lugares por donde han circulado se ha ido construyendo una relación con el espacio, basada en hechos que se

vuelven significativos para cada generación. El noroeste, por ejemplo, ha sido un lugar lleno de oportunidades de trabajo en los campos agrícolas, aun si se trata de empleos precarios (de carácter temporal, discontinuo, itinerante, mal pagado y sin prestaciones sociales) para la generación de *ego*. Para los hijos, es donde han aprendido, desde niños, a viajar, a trabajar y desde donde se ve más cerca la posibilidad de "irse al otro lado". Para esta generación de los hijos, al traspasar la frontera se encuentra el lugar emblemático del éxito que está en su imaginario. Por su parte, Coatecas es "el pueblo". Para la generación de *ego* es donde residen los ancestros (padres, abuelos, bisabuelos), donde algunos todavía tienen una parcela, aun si ya no la cultivan, es el lugar a donde se nació, el de las fiestas patronales, el de los paisanos y a donde piensan ir a morir y ser enterrados. Mientras para la generación de los hijos es un lugar de reconocimiento colectivo, un referente simbólico de pertenencia étnica, pero al cual puede ser que no regresen, menos aún si los nietos han nacido en el noroeste o en Estados Unidos.

Quesnel y Del Rey (2001) señalan al respecto que estos lugares representan un espacio de posible acogida o de recibimiento para toda la "diáspora", son la sede de numerosos intercambios de personas, pero sobre todo de la información necesaria para el funcionamiento de una economía de archipiélago. El método genealógico permite reconstruir esta economía de archipiélago y su historicidad.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1971). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Génova: Librarie Droz.

Davinson, G. (2006). *Herramientas de investigación social: guía práctica del método genealógico*, México; Santiago de Chile: Universidad Iberoamericana; Universidad de la Frontera.

De Teresa, A. P. (1991). La encuesta genealógica: una propuesta para el análisis de la reproducción de la economía campesina. *Nueva Antropología, 11*(39), 169-187, (México).

Faret, L. (2001). Mobilité spatiale et territorialité. De la diversité de formes de construction du rapport aux lieux. Ponencia presentada en el *Séminaire PRISMA*, 10-11 mayo, Toulouse, Francia.

Héritier, F. (1981) La encuesta genealógica y el proceso de datos, pp. 239-283. En *Útiles de encuesta y de análisis antropológicos*. Madrid: Fundamentos.

Jociles, M. I. (2006). Método genealógico e historias familiares: estudios en el espacio teórico del parentesco. *Fermentum, 16*(47), 793-835, (Mérida).

Lara Flores, S. M. (2006, julio-diciembre). Circulación territorial y encadenamientos migratorios de los jornaleros agrícolas en el noroeste del país. En *Teoría & Pesquisa, 49*, pp. 13-34, (San Pablo). [ISSN:0104-0103].

Malinowski, B. (1929). *The sexual life of savages in North-Western Melanesia. An ethnographic account of courtshif, marriage and family life among the natives of the Trobriand Islands, British New Guinea*. Londres: Routledge.

Porqueres I Gene, E. (2008). *Genealogía y antropología. Los avatares de una técnica de estudio*. Buenos Aires: Centro Franco-Argentino de Altos Estudios.

Quesnel, A. (2010). El concepto de archipiélago: una aproximación para el estudio de la movilidad de la población y la construcción de lugares y espacios de vida. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*. México: Porrúa.

Quesnel, A. y Del Rel, A. (2001). La construction d'une économie familiale d'archipel. Mobilité et recomposition des relations intergénérationnelles. Ponencia presentada en el *XXIV Congrès Général de la Population*, 18-25 octubre, Salvador de Bahía, Brasil.

Rivers, W. H. (1975). El método genealógico de investigación antropológica, pp. 85-95. En *La antropología como ciencia*. Barcelona: Anagrama.

Tarrius, A. (2000). *Les nouveaux cosmopolitismes. Mobilités, identités, territoires*. París: Éditions L'Aube.

Tarrius, A. (2000a). Leer, escribir, interpretar. Las circulaciones migratorias: Conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones*, 21(83).

Williams, B. (2006). *Verdad y veracidad. Una aproximación genealógica*. Barcelona: Tusquets.

Los "encadenamientos migratorios" en regiones de agricultura intensiva de exportación en México*

Introducción

Hoy día, en México, la degradación de las condiciones de vida de la población rural está vinculada a las políticas de Estado, que, entre otras cosas, han llevado a la quiebra de los pequeños y medianos productores campesinos, al desempleo provocado por la crisis de ciertos productos agrícolas (caña de azúcar, café, tabaco, entre otros), al deterioro ecológico y la excesiva parcelación de la tierra. A la vez que se extienden, por diferentes regiones, zonas de agricultura intensiva de productos frescos que tienen como destino la exportación o la venta en las centrales de abasto de las ciudades más importantes del país controladas por los más grandes productores e intermediarios. Esta situación ha llevado a incrementar la migración de la población rural, abriendo nuevas rutas migratorias y nuevos circuitos provenientes de regiones que no contaban con experiencia migratoria.

De esta manera, lo que había sido durante décadas el patrón de migración predominante, que permitía el abastecimiento de mano de obra temporal para las empresas de agricultura intensiva mediante una migración de carácter temporal y pendular, de campesinos pobres que partían de su pueblo de origen con el fin de contratarse de manera eventual como jornaleros para después regresar a laborar

* Extraído de Lara, S. M. (2010). Los encadenamientos migratorios en regiones de agricultura intensiva de exportación en México, pp. 251-279. En S. M. Lara (Coord.), *Migraciones de trabajo y movilidad territorial*. México: Porrúa. [ISBN 978-607-401-219-4].

en sus propias parcelas, dejó de ser relevante. En nuestros días, es frecuente que los trabajadores agrícolas ya no regresen a su lugar de origen, sino que se circulen por varias regiones o se queden en algún lugar de trabajo en el cual encuentran las condiciones propicias para asentarse y desde allí se dirijan a otros destinos en búsqueda de empleo. Hay, incluso, trabajadores que ya no tienen un lugar de residencia propio y viven en la itinerancia permanente (C. de Grammont, Lara y Sánchez, 2003), pasando de una región de trabajo a otra y viviendo en campamentos o *cuarterías* donde se los aloja por parte de las empresas o de los contratistas.

No obstante, un fenómeno novedoso, que nos interesa resaltar en este texto, es el encadenamiento de migraciones locales, regionales, nacionales e internacionales, provocado en torno a dichas regiones de agricultura intensiva. Hoy día, vemos convertirse a antiguas regiones receptoras de mano de obra en expulsoras netas de población (Veracruz, Chiapas, Tabasco, etcétera), y a las regiones de agricultura moderna en puentes de acceso hacia otras regiones de atracción o en puertas de entrada hacia Estados Unidos, encadenando movimientos que van de lo local a lo global.

Los casos que en este texto analizamos resumen la situación observada por los equipos de investigación que participaron en el proyecto *Los territorios migratorios como espacios de articulación de las migraciones nacionales e internacionales: Cuatro estudios de caso* (Conacyt-44249)[1] desarrollado en cuatro regiones de agricultura intensiva dedicadas a la producción de hortalizas frescas y flores, algunas orientadas básicamente a la exportación y otras al mercado nacional. Son regiones que demandan una importante cantidad de mano de obra para tareas puntuales, como la cosecha y el acondicionamiento de productos, provocando flujos de migración interna. No obstante, hoy constatamos

1. Proyecto en la modalidad de redes de investigación (2004-2008) en el cual participaron: Pablo Castro Domingo, coordinador del equipo de El Colegio Mexiquense; Isabel Mora Ledesma, coordinadora del equipo de El Colegio de San Luis y Javier Maisterrena; Kim Sánchez Saldaña, coordinadora del equipo de la Universidad Autónoma del estado de Morelos y Adriana Saldaña, Sara María Lara Flores, coordinadora del equipo del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y coordinadora general del proyecto y Hubert C. de Grammont. También intervinieron 33 becarios de licenciatura, maestría y doctorado, 27 de los cuales recibieron el grado correspondiente.

que estos flujos se están viendo severamente afectados por la creciente migración de la población local, sobre todo de jóvenes que se dirigen hacia Estados Unidos para laborar en la agricultura o en otros sectores productivos. Esta situación provoca un movimiento que pudiera ilustrarse como una cascada, donde la migración internacional se encadena con movimientos internos a distintos niveles, teniendo efectos significativos en la constitución de los mercados de trabajo, así como en la conformación de nuevos espacios sociales en el medio rural.

Dichas regiones de agricultura moderna forman parte del "territorio migratorio" (Faret, 2001) de distintos grupos sociales. Es decir, son un eslabón dentro de un conjunto de espacios organizados que componen el itinerario de la movilidad de esos trabajadores. Espacios que a pesar de su dispersión geográfica mantienen una cohesión propia en tanto que cada uno de ellos tiene un sentido entre el conjunto de lugares por donde circulan los jornaleros. Es, además, parte de un espacio en el que se crean nuevas formas de sociabilidad, se construyen redes, se elaboran estrategias, se articulan migraciones locales, regionales, nacionales e internacionales, y se establecen los vínculos entre los distintos agentes que posibilitan la inserción de los trabajadores a los distintos mercados laborales.

En estas zonas de agricultura moderna se enlazan los movimientos de la población local, que, debido a una serie de coyunturas, decide desplazarse hacia otros destinos, sea al interior del país o hacia Estados Unidos, mientras llegan nuevos pobladores a sustituirlos, ya sea para después partir a otros rumbos o para asentarse. De esta manera, se constituyen en una especie de *carrefour* (crucero) en el cual coinciden los territorios migratorios de grupos sociales de distinto origen, aun si para cada uno de dichos grupos ese espacio tiene un significado diferente.

El interés de este texto es dar cuenta de la dinámica de movilidad que se produce en cuatro zonas de agricultura intensiva en los estados de México, Morelos, San Luis Potosí y Sinaloa, y de cómo se construyen en torno a estas regiones los "territorios migratorios" de la población local y de los que por allí circulan.

Características del desarrollo de zonas de agricultura intensiva

En México, si bien es cierto que algunas regiones agrícolas mostraban ya un importante dinamismo histórico desde décadas pasadas,[2] la intensificación de flujos comerciales provocada por los procesos de globalización, así como por la apertura comercial, generan las condiciones propicias para el despunte de una agricultura altamente modernizada, orientada a la exportación de hortalizas, frutas y flores. No obstante, pese a su modernización en términos de incorporación de tecnologías de punta, de organización y sistemas de distribución, se trata de una agricultura depredadora no solo del ambiente, sino en el uso de la fuerza de trabajo que utiliza.

Para dar cuenta de la magnitud de este tipo de agricultura intensiva en México, basta mencionar que, para las hortalizas, la superficie cosechada que en 1980 era de 303.606 ha en el año 2000, aumenta a 553.112 ha, pasando de representar 1,8% de la superficie cosechada total en 1980, a 2,7% en 2000. En 1980, 73% de esta superficie era de riego mientras en 2000 representaba 81% del total. A la vez, se diversifica la producción con la introducción de nuevas hortalizas para satisfacer nuevos mercados de productos exóticos para el consumo de lujo nacional e internacional, pasando de 39 hortalizas en 1980 a 72 en el año 2000. En el mismo periodo los rendimientos crecen aún más, con un aumento de 439%. Particularmente, se incrementan los rendimientos de las 12 hortalizas más importantes (brócoli, calabacita, cebolla, chile seco, chile verde, chile jalapeño, elote, espárrago, pepino, tomate rojo o jitomate, tomate verde y zanahoria), las cuales generaron 84% del valor total de las hortalizas en 2000, mientras solo el valor del jitomate representó 29% del total.

Las más grandes y modernas empresas de hortalizas han introducido nuevas tecnologías y técnicas de producción en invernadero que permiten alcanzar una mejor calidad del fruto gracias al control absoluto de las plagas con rendimientos de hasta 300 toneladas en tomate rojo. En este sector, el valor de las exportaciones ha ido creciendo constantemente,

2. Es el caso de la producción de hortalizas frescas en el noroeste del país. Véase *Los empresarios y el Estado mexicano* (C. de Grammont, 1990).

pasando de representar 30,2% del total de las exportaciones agrícolas en 1982, a 48,8% en 1994, a 49,0% en 2000.[3]

Por su parte, la floricultura en México se expande notablemente desde 1980, pues solo en 10 años la superficie de cultivo crece de casi 3.000 hectáreas a más de 13.000 en ese periodo. Pese a que el porcentaje de la superficie sembrada de flores es poco significativo en relación con el total de la superficie agrícola nacional,[4] el valor de estos productos resulta significativo respecto a la superficie que ocupan, sobre todo en los estados de México y Morelos. En el primero el valor de las flores representó 8m7% del total agrícola estatal mientras que en el segundo 18,5%.

Ambos sectores productivos, hortalizas y flores, al igual que la fruticultura, presentan una alta rentabilidad gracias a la mundialización de la cadena agroalimentaria, así como al acceso preferencial que tienen en los mercados estadounidense y canadiense (Rello y Saavedra, 2007). Esto no es un proceso específico de nuestro país, las estadísticas de la FAO indican que las importaciones y exportaciones de frutas y vegetales frescos y secos se han ampliado en las dos últimas décadas a nivel mundial (Bendini, Cavalcanti y Lara, 2006).

Los procesos de globalización intensifican los intercambios comerciales, pero ponen en competencia a los productores nacionales en el mercado mundial. En México, se agrega a ello que los términos en los que fue signado el TLCAN han sido desfavorables para los productores nacionales, agudizando los procesos de polarización que ya venían dándose desde décadas anteriores. De acuerdo con varios autores (Rello y Saavedra, 2007; Puyana *et al.*, 2006; Calva *et al.*, 2004), el efecto del TLCAN ha sido desfavorable particularmente para la agricultura tradicional, pero el propio sector agroexportador se ve enfrentado a una serie de medidas poco equitativas para el país, a las que se añaden la caída de los precios agrícolas internacionales, problemas crediticios y, sobre todo, al control que ejercen los grandes distribuidores sobre la cadena agroalimentaria, particularmente a través de la inversión extranjera.

En la cadena agroalimentaria la hegemonía está dada por los distribuidores: tanto por los grandes mayoristas asentados en los mercados

3. Véase http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

4. En 1991 representó apenas 0,04% de la superficie agrícola cosechada total en 1991.

de abastos y las cadenas de supermercados (cfr. Echánove, 1998, 1999), como por los *brokers* e intermediarios que comercializan la producción en Estados Unidos y Canadá, así como por las grandes empresas que manejan sus propias comercializadoras. Esta situación ha llevado a una "hiperconcentración" de la producción en torno a un número limitado de grandes empresas que, a la vez, controlan la producción de pequeños y medianos productores a través de formas de agricultura a contrato o mediante la compra de su producción, ya que son estas grandes empresas las que cuentan con los empaques, sistemas de enfriamiento, de almacenaje, transportación, distribución y etiquetado de productos.[5]

En Sinaloa, por ejemplo, en 1998 se registraron 590 empresas agrícolas que producen para la exportación.[6] Son desde pequeñas empresas familiares hasta grandes empresas capitalistas que surten 102 empacadoras, propiedad de las empresas hortícolas de mayor tamaño. Pero mientras siete empresas producen en superficies de entre 1.000 y 2.500 ha, 355 operan en superficies que van de dos a 20 ha.[7] Estas empresas hortícolas se localizan esencialmente en cuatro municipios, tres del centro (Culiacán, Navolato y Guasave) y uno en el norte (Ahome) del estado. De estas empresas unas 300 exportan a Estados Unidos y las más grandes compran a otros productores de diferente talla su producción para exportarla bajo su propia marca (C. de Grammont y Lara, 2007).

Dada la competencia en el mercado internacional, la mayoría de estas empresas han llevado a cabo importantes procesos de reestructuración que abarcan distintos aspectos tendientes a lograr mayor competitividad. En el caso de las hortalizas, algunas de las empresas más grandes

5. Hubert C. de Grammont (2001) encuentra que la concentración de la producción agropecuaria en unas cuantas empresas es enorme. Las empresas de más de 1.000 ha representan apenas 0,27% (10.439 unidades) del total de las empresas con producción agropecuaria-forestal censadas en ese año, pero cubren 45% (41.687.544 ha) de la superficie total. En el otro extremo, encontramos que 59% (2.263.683) de las unidades productivas tienen menos de 5 ha (su promedio nacional es de 2,18 ha) y cubren solo 5% (4.953.011 ha) de la superficie agropecuaria-forestal nacional. Otro reflejo de la polarización de la estructura agraria se observa en relación con el destino de la producción. Para el mismo año, solo 0,3% (11,744) de las unidades productivas reportaron vender su producción en el mercado nacional y/o exportar, mientras 45,9% (1.757.611 ha) informaron producir solo para el autoconsumo familiar, y 43,4% (1.663.308) vendieron su producción en el mercado local o nacional (además de practicar también el autoconsumo); datos del *Censo Nacional Agropecuario* (INEGI, 1991).

6. A la fecha, los procesos de concentración han reducido el número a 322 empresas.

7. Asociación de Agricultores del Río Culiacán (1998); *Directorio de Empacadoras de Sinaloa* (1999).

deslocalizaron su producción ubicándola en distintas regiones del país para aprovechar las diferencias climáticas. Así, mientras en Sinaloa y Sonora se cultivan hortalizas de invierno, en Baja California Norte y Sur el ciclo principal es en primavera-verano; en el noroeste se ubica el grueso de la producción orientada a la exportación, mientras en Jalisco, San Luis Potosí, Michoacán y Morelos se produce el grueso de la producción que va para el mercado interno. A la vez, algunas empresas funcionan desarrollando alianzas asociativas con unidades de producción a mediana escala, que operan en diferentes regiones del país, una gran mayoría son ejidatarios que han ampliado también sus operaciones y diversificado sus productos.[8] Compran la producción de estos pequeños o medianos productores, se encargan de seleccionar los productos y empacarlos, incorporando las normas de calidad que se exige en el mercado internacional para exportarlos con su marca, y el resto se destina al mercado nacional.

Con este objetivo, en los años ochenta, las grandes empresas sinaloenses productoras de hortalizas llevaron una parte de sus operaciones hacia el Valle de Arista en San Luis Potosí, para producir principalmente jitomate y chile.[9] De este modo, transformaron la ecología del lugar gracias a la explotación del agua subterránea mediante la construcción de pozos profundos. Esta zona naturalmente desértica se constituyó, así, en una especie de oasis artificial mediante la sobreexplotación de agua subterránea, que junto con las condiciones climatológicas, el suelo –rico en potasio–, y la mano de obra disponible, permitieron el desarrollo agrícola y agroindustrial, principalmente del cultivo del jitomate, básicamente orientado al mercado nacional (Mora y Maisterrena, 2008).

También, como parte de este proceso, se extendió la producción de jitomate, ejote, cebolla, y otros productos como el angú,[10] en el estado de Morelos, a cargo de pequeños productores, la mayoría de ellos

8. De acuerdo con Rello y Saavedra (2007), un poco más de la cuarta parte del volumen de la producción hortofrutícola nacional proviene de pequeña producción ejidal.

9. Este valle está ubicado en la parte centro del altiplano, integrado por los municipios de Villa de Arista, Venado y Moctezuma, y la delegación de Bocas, municipio de San Luis Potosí. Tiene una extensión territorial de 200.000 hectáreas, de las cuales 15.000 son de riego.

10. El angú u okra es una hortaliza exótica que se conoce poco en México, es destinada en su totalidad al mercado internacional, principalmente, a la venta en Estados Unidos y Canadá; en menor medida, a países de Europa y Asia.

ejidatarios.[11] La región conocida como "Los Altos"[12] se especializó en el cultivo de jitomate de temporal y de otras hortalizas en el ciclo primavera-verano, con una extensión superior a 5.000 hectáreas. Mientras la región Oriente,[13] de este mismo estado, se dedicó a la producción de ejote en zonas de riego, con una extensión de 4.000 hectáreas, y rendimientos de 11 t/ha, lo que permitió al estado de Morelos colocarse como la primera entidad productora de este cultivo, desplazando al estado de Sinaloa. Esta producción ocupa un nicho comercial relevante en el mercado interno por su temporalidad y proximidad a la Central de Abastos de la Ciudad de México (CEDA-CM). En tanto que la producción de angú se ubica principalmente en la región sur del estado,[14] dinamizada por una empresa privada que cultiva sus propias tierras y da a cultivar a pequeños productores ejidatarios en una superficie aproximada de 500 ha. Es así que la producción de hortalizas orientada al mercado interno también ha crecido (Sánchez y Saldaña, 2006 y 2008).[15]

Hoy día, las más grandes empresas productoras buscan tener una oferta en todo el año, tanto para exportar como para surtir el mercado interno. Para lograrlo, la estrategia de descentralización ha dado paso a la de desestacionalización a través de la adopción de variedades tempranas o tardías que se obtienen con técnicas de biotecnología y biogenética, así como gracias a la introducción de nuevas técnicas de producción en invernadero o bajo malla-sombra y túneles de plástico. Esta situación agudiza, aún más, los procesos de polarización en el sector, puesto que solo un número limitado de empresas cuenta con la inversión para adquirir la tecnología necesaria, de tal manera que aquellas que han

11. El *ejido* es una forma de tenencia de la tierra que se estableció con la Reforma Agraria, legislado por el artículo 27 de la Constitución mexicana. Daba en usufructo la tierra a los ejidatarios y la nación era la propietaria. Los cambios en la legislación agraria, realizados en 1992 a la luz de la apertura comercial, modificaron esta forma de tenencia que hoy día puede ser vendida por el ejidatario.

12. Esta región está compuesta por varios municipios: Tlayacapan, Totolapan, Ocuituco, Atlatlahucan y Tlanepantla. Sin embargo, al referirnos a "Los Altos" se ha incluido a Yecapixtla, aunque oficialmente no pertenece a la región, pero participa en la dinámica de producción de hortalizas, además de que colinda con ella.

13. Está compuesta por los municipios de Ayala y Cuautla.

14. Municipios de Jojutla, Tetecala, Tlalquiltenango y Emiliano Zapata.

15. De acuerdo con datos de Rello y Saavedra (2007), el mercado nacional de productos hortofrutícolas concentró 74,6% del total de la producción en 2003.

podido adquirir dichas tecnologías, y las que dominan la cadena agroalimentaria son las únicas en mantenerse exitosamente en el mercado internacional y controlar la distribución del mercado nacional a través de sistemas de intermediación de las grandes centrales de abasto del país.

En ese sentido, si en 1999 se habían instalado en el Valle de Arista, en San Luis Potosí, 16 empresas que dominaban la producción de hortalizas, la mayoría de ellas de capitales sinaloenses, actualmente, solo quedan 11 empresas de capitales de diferentes partes del país, dos de las cuales han incorporado sistemas muy modernos de producción bajo invernadero y exportan. Al lado de estas, subsiste un pequeño grupo de productores en los ejidos, que venden para el mercado interno a través de los comerciantes de la Central de Abastos de Monterrey (Mora y Maisterrena, 2008).

En cuanto a la floricultura, se calcula que en México existen alrededor de 10.000 floricultores de campo abierto. A principios de los años noventa se identificaron entre 100 y 150 productores de exportación en invernadero que ocupaban alrededor de 600 ha de invernadero, la mayor parte de estas ubicadas en Villa Guerrero, Estado de México (*Floricultura Intensiva*, 1992). Durante 1995 había 31 empresas exportadoras, la mayoría instaladas en el Estado de México, las que en su conjunto realizaron 80% del total exportado en ese año. Todas las empresas exportan a Estados Unidos, y solo cinco a Japón, Canadá, Francia y Alemania. La actividad florícola en el Estado de México es de gran importancia, actualmente la floricultura en la entidad representa 50,4% del total nacional (Castro, 2006).

Si bien la mayor parte de las empresas que operan en la producción de hortalizas y flores son de capital nacional,[16] existe una fuerte dependencia financiera y comercial de los productores hacia los intermediarios y mayoristas nacionales, así como por parte de los importadores extranjeros. Rello y Saavedra (2007) consideran que esto ha significado un cambio en la gobernanza en la cadena agroalimentaria, fortaleciéndose

16. Un estudio realizado en las regiones exportadoras de hortalizas más importantes del país encontró que en 70,8% de las empresas el capital es de origen nacional, en 27,1% se trata de capital mixto (mexicano y estadounidense) y solo en 2,1% es capital extranjero, esencialmente de Estados Unidos. Es en el Valle de Culiacán, Sinaloa, donde se encuentra la mayor parte de las empresas agrícolas con capital extranjero (Avendaño, 2004).

los grandes mayoristas de los mercados de abasto, las empresas importadoras extranjeras y las cadenas de supermercados. Todo ello ha conducido a una mayor concentración de la producción y a la hegemonía de los distribuidores, quienes determinan los estándares de calidad de esta cadena agroalimentaria.

Es preciso mencionar, tanto para la horticultura como para la producción de flores, que si bien se trata de una agricultura intensiva y fuertemente modernizada son sectores que operan de una manera depredadora. Aprovechan las ventajas del clima, del suelo y del agua en las regiones en que se implantan, hasta el momento en que agotan los recursos. El abuso en el uso de agroquímicos y la sobreexplotación de mantos acuíferos, como ha sucedido en el Valle de Arista en San Luis Potosí[17] o en el Valle de San Quintín en Baja California, han llevado a la desertificación de grandes superficies agrícolas, abandonándolas más tarde.

Lo mismo sucede con el uso de la fuerza de trabajo que interviene en las distintas labores de estos productos. La incorporación de nuevas formas de gestión y de organización del trabajo, pero sobre todo el abastecimiento de mano de obra abundante y barata permite a las empresas enfrentar la competencia a la que están expuestas tanto en el mercado interno como en el internacional. Se trata de sectores productivos que consumen una importante cantidad de mano de obra, especialmente para la cosecha y empaque de productos, por lo que la población local no es suficiente para cubrir las necesidades de trabajo, recurriéndose a la contratación de trabajadores agrícolas temporales, la mayor parte de ellos migrantes de las regiones más pobres del país.[18]

---

17. En 1981, la Comisión Nacional del Agua tenía registrados 392 pozos, de los cuales 279 eran de propiedad privada, y el resto para uso de comunidades y ejidos. En 1990, el agotamiento de los mantos acuíferos por sobreexplotación obligó a la introducción de sistemas de riego por aspersión y por goteo, sin embargo, todavía en 1998, más de 50% del sistema de riego utilizado en la región era superficial, es decir, riego rodado (Mora, en prensa).

18. Se carece de fuentes estadísticas para calcular el número de trabajadores migrantes a nivel nacional. Las estimaciones acerca del número de trabajadores empleados en cada región provienen de los propios empresarios, contratistas e instituciones que trabajan en este sector. Así, por ejemplo, para la horticultura en el estado de Sinaloa, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la Sedesol (PAJA, ex Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas) estimó, en 2003, una población de 200.000 jornaleros en los campos agrícolas, cifra que coincide con la proporcionada en 2001 por el Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa; mientras la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa, en su Informe Anual de Actividades 2002-2003 reportó 120.000 migrantes. En Baja California Sur, el mismo Programa

Hoy día, los cambios introducidos en las empresas para lograr contar con una oferta todo el año, incrementar rendimientos, mejorar la calidad y hacer más eficiente el trabajo, se producen sobre una base de formas de empleo precario y condiciones laborales sumamente desfavorables (Lara, 2008). De esta manera, la población local ha buscado otras alternativas, saliendo del sector agrícola y/o migrando a otras regiones, principalmente hacia Estados Unidos, en busca de mejores ingresos. Esta situación ha generado un encadenamiento de nuevos movimientos de trabajadores originarios de regiones de cultivos agrícolas tradicionales, hoy en crisis, donde predomina una población indígena con poca experiencia migratoria, altos índices de marginalidad y de pobreza, quienes encuentran en las regiones de agricultura intensiva una oferta de trabajo y salarios que no obtienen en sus pueblos de origen.

Estos trabajadores migrantes llegan a las regiones de agricultura intensiva a través de contratistas, mejor conocidos como enganchadores, coyotes o capitanes, quienes funcionan como intermediarios entre los trabajadores y las empresas (Sánchez, 2006). A menudo se trata de contingentes de trabajadores formados por familias completas, lo que incluye a niños que desde los seis años de edad ya trabajan, así como a mujeres de distintas edades.

Al llegar a las regiones de trabajo esta población es alojada en campamentos durante toda la temporada de cosechas. Se trata de espacios de vivienda precaria, construida con láminas de cartón, pisos de tierra, sin agua potable ni aprovisionamiento de luz eléctrica, con unas cuantas letrinas y regaderas insuficientes para la cantidad de población allí alojada. Estos trabajadores, la mayoría de ellos campesinos pobres e indígenas, soportan tales condiciones de vida y de trabajo porque los salarios que obtienen en las regiones de agricultura intensiva son más altos que los que pueden conseguir en sus lugares de origen, además de que ya no logran vivir como campesinos en sus tierras.

estimó en 25.000 el número de jornaleros que llegan a esta región. En Jalisco, el DIF estimaba que los migrantes que llegaron al estado entre 1999-2000 ascendían a 8.571 y que en Sayula se concentraban 5.132 de ellos. En Sonora, el mismo Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas calculó en 80.000 el número de jornaleros en todo el estado, de los cuales 45.000 en la Costa de Hermosillo. Datos on base en: SSA (2001); DIF- Jalisco (2000); Pronjag (1999, p. 39) y entrevistas a funcionarios locales.

La gran mayoría de los trabajadores agrícolas son contratados verbalmente; no existe seguridad en el empleo, de modo que siempre están expuestos al desempleo. Tampoco existen prestaciones sociales; los trabajadores laboran seis días a la semana sin obtener una prima adicional por el trabajo dominical, ni son compensados los días perdidos por enfermedad o por problemas propios de la empresa. Los jornaleros no disfrutan de los días festivos, de una prima vacacional, aguinaldo ni de reparto de utilidades que la Ley del Trabajo considera para los trabajadores temporales. A la vez, no gozan de servicios de salud,[19] siendo que están expuestos constantemente a intoxicaciones por agroquímicos (Lara, 2008).

En síntesis, si bien la producción de flores y hortalizas en México constituyen sectores sumamente dinámicos en términos de rendimientos, valor de las exportaciones y empleos que generan, puede decirse que se trata de una agricultura intensiva depredadora, por la manera en la que hace uso de los recursos naturales, así como de la fuerza de trabajo que utiliza, provocando a su alrededor una fuerte movilidad entre los trabajadores que intervienen en estos cultivos.

Caracterización de los circuitos migratorios

De los efectos más visibles que están teniendo lugar en el campo mexicano, como resultado de los cambios en la agricultura, se pueden mencionar los desplazamientos multipolares de la población trabajadora y las nuevas modalidades de ocupación del espacio rural. Esta multipolaridad en los desplazamientos es resultado de la desestacionalización de la producción y de la dispersión geográfica de las empresas, procesos que han tenido lugar como consecuencia de la reestructuración de las empresas agroexportadoras (Lara, 1998), llevando a multiplicar los circuitos migratorios de los trabajadores.

A la vez, es resultado de la pobreza en los lugares de origen de estos trabajadores y de la falta de alternativas laborales, de tal manera

19. Bayón (2006) señala que hacia 1978, en el caso de los servicios de salud, las instituciones de seguridad social solo cubrían *nominalmente* 38% de la población, mientras 45% de la población integrado en gran medida por la población rural, no recibía atención médica.

que la migración se ha vuelto una condición de vida para los que se contratan como jornaleros agrícolas. Mientras las empresas exploran distintos lugares para producir todo el año, cubrir el mercado nacional y exportar, los jornaleros buscan lugares donde puedan encontrar trabajo, aunque únicamente sea en un empleo de carácter temporal y discontinuo. Para estos trabajadores no es solo que las formas de empleo y de trabajo a los que tienen acceso, en general, sean sumamente precarios, sino que el trabajar supone necesariamente un ir y venir, y una vida precaria en sí misma (Lara, 2008a). Esta es la razón por la que algunos, los que tienen mejores recursos económicos o cuentan con redes sociales, dejan de trabajar en el sector agrícola, migran hacia las ciudades o cruzan la frontera. El vacío que genera esta ausencia en la agricultura se cubre, a manera de vasos comunicantes, por otro grupo de trabajadores, normalmente los más desprotegidos, con menos recursos o sin experiencia migratoria.

Los escenarios de la multipolaridad de movimientos que se dan en torno a las regiones de agricultura intensiva son variados y complejos, generándose, así, un entramado de circuitos que enlazan movimientos en distintas direcciones, nacionales e internacionales, como puede observarse en los siguientes casos.

Primer escenario

Se genera en una de las regiones de agricultura empresarial más moderna y dinámica del país, ubicada en los valles de Culiacán, en Sinaloa. Es una región que nace a principios del siglo XX con una vocación exportadora y crece constantemente, expandiéndose a otras regiones en Baja California para ampliar su periodo de oferta en el verano, ya que la producción de Sinaloa es básicamente de invierno. Se trata de una producción que se genera sobre la base de un modelo de producción extensivo: grandes superficies cultivadas a cielo abierto, con tecnologías de producción masiva (tractores, bandas de selección y embalaje, abundante utilización de agroquímicos, riego rodado a través de canales, etcétera) y un uso masivo de mano de obra temporal en todas las tareas, bajo una organización sexual y étnica del trabajo (Lara, 1998). No obstante,

la desregulación del sector agropecuario en 1988, la apertura comercial que inicia en 1989 con la entrada de México al GATT y sobre todo la firma del Tratado de Libre Comercio en 1994, generan un proceso de concentración que lleva a la quiebra a empresas de mediana talla, lo que obliga a una reestructuración que solo un grupo de grandes y modernas empresas logran llevar a cabo. Esta situación genera un fuerte proceso de concentración, del cual solo salen libradas una docena de empresas que hoy día controlan la cadena de distribución tanto del mercado nacional como de lo que se exporta.[20]

Para dar cuenta de ello podemos mencionar que, en términos de superficie, Sinaloa concentra la mayor cantidad de hectáreas dedicadas a la producción de hortalizas. Tan solo en el caso del jitomate, que es el producto de vanguardia, el promedio de hectáreas destinadas a este cultivo entre 1990 y 2000 fue de 72.580 ha lo que representa en promedio 40% de la superficie nacional destinada a este cultivo.[21] La horticultura de este estado ha logrado movilizar entre 120.000 y 200.000 personas en periodos de cosecha, la mayor parte de ellos migrantes de los estados del sur del país (Guerrero, Oaxaca y Veracruz), una parte importante son indígenas (40%). En tanto la población local ha participado en las tareas especializadas en invernaderos y empaques, bajo una división sexual y étnica de tareas (Lara, 1998).

Desde sus inicios, en los años veinte del siglo pasado, se consolidó en este sector una división sexual y étnica del trabajo. La población proveniente de las zonas serranas del mismo estado garantizaba las labores culturales a lo largo del ciclo agrícola (plantado, desyerbes, instalación de estacas y estacones, fertilización, fumigación, por mencionar algunos); las mujeres oriundas de los propios valles se encargaron de las tareas de selección y empaque de productos, y los hombres locales de la supervisión de campos y empaques, así como de trabajos especializados, en tanto que los migrantes de otros estados llegaban particularmente

20. Avendaño (2004) encuentra que la mayor parte de las empresas de la muestra analizada son productoras-empacadoras, más de la mitad de ellas recurren a los servicios de un distribuidor para exportar sus productos o lo hace mediante un *broker*, y 20% comercializa directamente su producción, instalando su propia distribuidora o mediante alianzas con empresas distribuidoras de Estados Unidos.

21. INEGI, *Anuario de Estadísticas por Entidad Federativa*. Cuadro 10.1: Volumen de producción agrícola por cultivos agrícolas seleccionado según año agrícola y entidad (Mora, 2006).

para realizar las cosechas, si bien una población importante de la sierra se quedaba también a participar en dichas labores (Lara, 1998).

En el ciclo agrícola 1980-1990 el Programa de Desarrollo Social con Jornaleros Agrícolas en Sinaloa, a partir de un muestreo que incluía a 50.739 personas, determinaba que el principal estado proveedor de mano de obra en las zonas hortícolas del estado era el propio estado de Sinaloa, aportando 37,3% de los jornaleros en las cosechas de hortalizas, después seguían el estado de Oaxaca, con 21,2% seguidos por Guerrero con 19,2%. Otros estados que aportaron el resto de los jornaleros fueron: Zacatecas, Durango, Guanajuato y Michoacán (López Ruiz, s.f.). Diez años más tarde, la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en zonas hortícolas de México* (C. de Grammont y Lara, 2004) encontró que los porcentajes más altos de los estados de origen de los jefes de los hogares de jornaleros encuestados en Sinaloa correspondían a los estados de Guerrero (33%), Oaxaca (28,4%), Sinaloa (18,2%) y Veracruz (5,3%). Mientras los estados de Zacatecas, Durango, Guanajuato y Michoacán habían reducido considerablemente su aportación, y la migración interna de jornaleros provenientes del mismo estado también había declinado, apareciendo el estado de Veracruz como un estado emergente en las migraciones de jornaleros hacia Sinaloa.

Los migrantes del sur del país han llegado a través de contratistas e intermediarios quienes los van a buscar a sus regiones de origen, desplazándolos en distancias que van de 1.000 a 2.000 kilómetros. Los datos de la encuesta señalada anteriormente nos mostraban que la gran mayoría (80,6%) de los jornaleros llegan a las regiones agrícolas modernas, desde sus pueblos de origen, a través de estos contratistas (mejor conocidos como enganchadores o coyotes) quienes funcionan como intermediarios entre los trabajadores y los empresarios.[22] También, dicha encuesta mostró que la mayor parte de los jornaleros migrantes se movían en diferentes regiones,[23] siguiendo las cosechas de hortalizas.

22. Encuesta levantada a 3.735 hogares en el Valle de Culiacán en 1997 y 2000. Los resultados pueden consultarse en la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones hortícolas del noroeste del país* (C. de Grammont y Lara, 2004).

23. Según la encuesta mencionada, los jornaleros que migran para trabajar en varias regiones, antes de regresar a su lugar de residencia, representan 15,9% del total. La mayoría de ellos trabaja en dos regiones (74,4%), otros pocos trabajan en tres regiones y solo los que ya no tienen residencia fija circulan entre cuatro o más regiones. Los principales estados de recepción son Sinaloa (35,8%), Baja California (32,7%),

De acuerdo con López Ruiz (s.f.), la temporada 1993-1994 fue la última en la cual el propio estado aportó la mayor cantidad de trabajadores agrícolas a esas regiones. A partir de ese momento esos flujos tuvieron un descenso de 50%. De acuerdo con dicho autor, las causas deben buscarse en la instrumentalización de programas gubernamentales y el apoyo focalizado a zonas de pobreza extrema. En tanto Lizárraga (s.f.), señala como causantes principales la pobreza, la violencia y el narcotráfico, generándose una emigración hacia otros estados del país, así como a Estados Unidos. Muchos otros simplemente han salido del sector agrícola y se han incorporado a otras actividades: comercio, servicios, trabajo en maquiladoras, entre otros.

Este fenómeno habría llevado a intensificar la migración proveniente de otros estados del país. Sabemos que de 1970 al 2000 la población total del estado de Sinaloa aumentó en 4,5%, mientras el saldo neto entre inmigrantes y emigrantes fue de -7, ya que la población que llegó a vivir en ese estado fue del 12% y la que salió ascendió a 19,9%. Destacan las ciudades de Culiacán, Ahome y Mazatlán como las que más han crecido recientemente en Sinaloa, siendo Ahome y Culiacán donde se encuentran las regiones hortícolas más importantes. Por su parte los municipios sinaloenses que más migrantes enviaron jornaleros a las zonas hortícolas fueron los de Sinaloa de Leyva, Choix, Mocorito y Badiguarato (Lara y C. de Grammont, 2008).[24]

Al mismo tiempo que las migraciones del sur del país se incrementaban y que la población local partía hacia Estados Unidos o simplemente se salía del sector, un nuevo proceso tuvo lugar, correspondiendo al asentamiento

Sonora (6,6%) y Baja California Sur (6,2%). Sin embargo, además de esos cuatro estados, los flujos se dispersan en más de 15 estados tan lejanos como Jalisco, Chihuahua, Coahuila o Tamaulipas, y otros que siguen hacia Estados Unidos, lo que comienza a ser una opción importante.

24. Sinaloa de Leyva, según datos del Pronjag, en la temporada 93-94, tuvo una migración de 5.881 personas provenientes de 80 diferentes localidades, que, contrastada con su población total –la cual, para 1990 era de 88.002–, significó una migración de 6,68%. El Pronjag, durante tres años, 1993-1996, atendió 9 localidades de este municipio, las cuales se sitúan en la zona serrana y presentan un alto índice de marginación. El segundo municipio expulsor de mano de obra es Choix. Igualmente se sitúa en la región norte de Sinaloa, colindando con el estado de Sonora. Choix, en la temporada 93-94, tuvo una migración de 3.636 personas, lo cual representó 13,9% de su población total. En la actualidad el PRONJAG dirige su atención a siete localidades de este municipio, las cuales presentan los mayores índices de marginación y pobreza. Mocorito y Badiraguato son los otros dos municipios de zonas serranas, que participan en la migración interna. En 1993, ambos municipios arrojaron más de 3.000 jornaleros migrantes a los valles agrícolas.

de trabajadores en torno a los enclaves de producción hortícola del estado de Sinaloa, al igual que sucede en el estado de Morelos (como lo veremos más adelante). Esos migrantes, buena parte de ellos indígenas, llegaron a Sinaloa para laborar esencialmente en actividades agropecuarias (94,4%), muy pocos como obreros (1,3%) y el resto como albañiles, artesanos, etcétera. Pero, de los que se ocuparon en actividades agropecuarias, 85.5% lo hicieron como peones o jornaleros, y 11,3% como empleados u operarios, la mayoría en actividades de agricultura no tradicional (99,8%), es decir, en actividades de agricultura empresarial, tanto en el caso de mujeres como de hombres. Poco a poco fueron sustituyendo a la población serrana de Sinaloa en las labores de cultivo, haciéndose cargo desde el plantado hasta la cosecha, y de poner en marcha las innovaciones tecnológicas que se han introducido (Lara y C. de Grammont, 2008).

Si antes de que se reestructuraran las empresas, el proceso de descentralización había llevado a ampliar las zonas de cultivo en torno a una vasta región que comprende los valles de Sinaloa (Culiacán, Los Mochis, Guasave, etcétera), Baja California (San Quintín, Mandadero, entre otros.), Baja California Sur (Vizcaíno, Todos Santos, La Paz, etcétera); Sonora (Costa de Hermosillo y San Luis Río Colorado), Jalisco (Sayula, Autlán) y Michoacán (Yurécuaro), entre otros estados, hoy día la desestacionalización de la producción, gracias a la introducción de nuevas variedades tempranas o tardías, así como de invernaderos o túneles de plástico, y la diversificación productiva ha ido ampliando la demanda de mano de obra a lo largo de todo el año en los propios valles. En ese sentido, la población que llegaba a laborar en las cosechas y mantenía circuitos de migración pendular (de su pueblo de origen a Sinaloa, para regresar nuevamente a su pueblo de origen) y/o circular (pasando por más de dos lugares de trabajo), encontrándose población que ya no regresaba nunca al lugar de origen y se mantenía viviendo en campamentos o cuarterías en las distintas regiones de trabajo (C. de Grammont y Lara, 2004), ha ido dando paso al asentamiento en torno a dichas regiones. Esta situación se corresponde con el deterioro de la producción campesina tradicional, producto de las nuevas políticas del Estado.[25]

25. Los cambios a la Ley Agraria y de Aguas, así como la firma del TLCAN se enmarcan en una política neoliberal puesta en marcha desde finales de la década de los ochenta que brinda estímulos a la

Las empresas han encontrado en estos trabajadores asentados una manera de eludir la responsabilidad que les significaba otrora ofrecer condiciones de vivienda y de vida dignas a los trabajadores eventuales, a los que debían alojar en campamentos o *cuarterías*. Así, los asentados han conformado un contingente de mano de obra disponible en todo momento sin que las empresas tengan que asumir sus gastos de reproducción social (alojamiento, educación, salud, etcétera). Paradójicamente, esto condujo a una baja en los salarios, pues si antes las empresas se veían obligadas a ofrecer salarios más altos para atraer a la población migrante, el asentamiento de trabajadores ha llevado a un estancamiento salarial en toda la cadena productiva.

Es en este sentido que la población local, oriunda del mismo estado, abandonó poco a poco la agricultura para insertarse en otras actividades fuera del sector. A la vez que la cercanía con la frontera y con otros estados fronterizos y el desarrollo de la industria maquiladora, han propiciado que la población local migre a otros lugares, haciéndose de más en más atractivo el cruce de la frontera (Lara, 2008), sin olvidar que Sinaloa es un estado con un fuerte dinamismo en torno a la producción y venta de enervantes.

Pese a la baja salarial, los asentados consideran que en estas regiones de agricultura intensiva hay mayores oportunidades de empleo que en sus pueblos de origen. Algunos se han hecho de un solar, han construido sus propias viviendas e instalan en sus predios algunas *cuarterías* que alquilan a los jornaleros que llegan a trabajar temporalmente en las cosechas; los que pueden compran camiones que sirven para el traslado de los jornaleros desde las cuarterías a los campos de trabajo ("camioneteros"); los más abren un pequeño comercio donde venden, a crédito ("fiado"), alimentos e insumos necesarios. Así, encuentran un negocio en el circular de familiares, paisanos, o aun de desconocidos, lo que a la vez los mantiene informados sobre los distintos lugares por donde estos transitan, ampliando sus redes de relaciones (Lara, 2008a).

No obstante, el asentamiento de esta población en alguno de los lugares de destino no supone que dejen de migrar. Bien al contrario, la

producción comercial y a las zonas agroexportadoras, mientras ha anulado créditos a los campesinos y apoyos en materia de precios, comercialización y distribución de sus productos, desalentando la producción campesina e impulsando la migración de las zonas rurales.

experiencia migratoria y el conocimiento que ha adquirido esta población para moverse en los espacios fronterizos, sobre todo para aquellos que van a Sonora y Baja California después de Sinaloa, le ha permitido establecer contactos con los distintos agentes que se dedican a cruzar a la gente en la frontera. Así, aun en el caso de los asentados, sus circuitos migratorios incluyen varias regiones del noroeste y varios destinos en Estados Unidos (Lara, 2008a).

Los que migran a Estados Unidos regresan y vuelven al noroeste, en movimientos de vaivén cuya lógica se corresponde con las estrategias de movilidad que cada núcleo familiar desarrolla. Para ellos, el noroeste no es solo un escalón antes de cruzar la frontera, más bien podría decirse que se trata de un *relais*, especie de parador que sirve como lugar de aprovisionamiento, de recambio, relevo, o renuevo, y no solo de tránsito. En tanto la comunidad de origen, su pueblo natal o el de sus padres (ya que muchos ya han ido naciendo en el noroeste) sigue siendo referente identitario de esta población en movimiento (Lara, 2008a).

No obstante, como las labores de cosecha requieren de importantes contingentes de trabajadores, se han creado nuevos flujos migratorios de población originaria de otros estados del país, con poca o nula tradición migratoria, destacándose los estados de Veracruz, Hidalgo, Chiapas y Tabasco, entre otros.

En este aspecto, la horticultura intensiva del estado de Sinaloa configura un espacio por el que transitan diversos grupos, para los cuales este lugar tiene un significado distinto. Para los locales, oriundos del mismo estado, dejó de ser un lugar atractivo laboralmente y han salido del sector e incluso del estado; los viejos migrantes, establecidos ahora, han creado allí colonias y nuevos espacios de socialización donde conviven con otros grupos étnicos y con la población local, construyendo allí nuevas identidades sociales y desde donde articulan su movilidad hacia otros destinos. En tanto que para los nuevos migrantes es lugar de oportunidades laborales desconocidas, y pese a los bajos salarios y condiciones precarias estas regiones de agricultura intensiva les ofrecen trabajo y mejores salarios que lo que obtienen en sus pueblos de origen. Es decir, alrededor de esta zona agrícola confluyen los territorios migratorios de distintos grupos sociales.

Segundo escenario

Es la situación que se crea cuando una región de agricultura intensiva, dinamizada por capitales externos, como ha sucedido en el Valle de Arista, en San Luis Potosí (en este caso sinaloenses) entra en crisis, llevándose a cabo un cambio en las condiciones del mercado de trabajo local y un reacomodo en los circuitos migratorios. Este ejemplo ilustra un movimiento en forma de sifón provocado por la salida de la población local del sector agrícola, y/o su desplazamiento, por lo regular hacia Estados Unidos, generándose un encadenamiento de nuevas migraciones regionales provenientes de zonas indígenas de la región del Golfo de México.

En este lugar, es a principios de los años ochenta que se instalan varias empresas sinaloenses para producir jitomate, a imagen y semejanza del modelo extensivo implantado durante los años de 1960 y 1970 en Sinaloa para producir hortalizas (Mora, 2007). Este desplazamiento hacia San Luis Potosí estuvo relacionado con una estrategia tendiente a ampliar la oferta de dichas empresas en el mercado nacional, ya que en Sinaloa la mayor parte de la producción se orientaba a la exportación. En el conjunto del valle la mayor extensión utilizada para la producción de jitomate se presentó en el ciclo agrícola 1995-1996, con 4.220 ha cultivadas, manteniéndose estable hasta la fecha. No obstante, los rendimientos empiezan a decrecer en el ciclo 1992-1993, después de haber alcanzado un máximo de 40 t/ha en el ciclo 1991-1992. Se puede observar que es Villa de Arista la región que arrastra al declive del valle en su conjunto.[26]

El sistema de producción en esta región, a pesar de las limitaciones de acceso al agua, siguió el modelo "sinaloense", tanto en el tipo de riego utilizado como en la introducción de tecnologías modernas. A partir de los años ochenta el valle se convirtió en un importante centro receptor de miles de migrantes. Llegó a proporcionar 20.000 empleos: 15.000 en las tareas del campo (60% mujeres) y 5.000 en los empaques (80% mujeres). La población local tuvo un papel significativo en el auge de este modelo, participando en todas las labores productivas, incluyendo a las

26. *Anuario Estadístico de San Luis Potosí* (INEGI, 1987-2005).

mujeres, quienes no tenían experiencia laboral, pero se integran en los empaques de jitomate, junto con otras mujeres empacadoras que traían desde Sinaloa para enseñarles el oficio. La introducción de este tipo de agricultura en la región llevó al abandono de muchas actividades tradicionales a las que se dedicaba la población local, combinando el trabajo como jornaleros en las empresas con tareas en sus propios campos o con actividades tradicionales de cría de ganado, caza y recolección.

Este modelo entró en crisis a mediados de los años noventa, relacionado con la apertura comercial, las nuevas políticas de Estado que redujeron los subsidios a la energía eléctrica, la caída de los precios de los productos agrícolas, el aumento en el costo de la energía eléctrica, el agotamiento de los mantos acuíferos y la desertificación de tierras. De tal manera que la mayor parte de las empresas sinaloenses se retiraron del valle. Algunas de ellas se instalan en nuevas regiones, como Yurécuaro, en Michoacán; otras, simplemente introducen nuevas tecnologías que les permiten incrementar rendimientos y regresan a Sinaloa, y muchas quiebran. Así, en 1999, quedaban solo 15 empaques, de los cuales dos eran propiedad de empresarios sinaloenses (Mora, 2007); y en la actualidad operan solamente 11 empresas cuyos propietarios son originarios de distintas partes del país, dos de ellas producen bajo invernadero y con tecnologías muy modernas en el uso del agua, orientándose a la exportación y al mercado interno (Mora y Maisterrena, 2008).

La crisis repercutió negativamente en la demanda de mano de obra. Con el retiro de las empresas sinaloenses dejó de llegar población jornalera de Oaxaca y Guerrero vinculada con esas empresas; también dejaron de llegar las empacadoras y trabajadores especializados que venían de Sinaloa. El ingreso salarial de los jornaleros agrícolas que trabajaban en las cosechas en el Valle de Arista era de 35 dólares,[27] los más bajos a nivel nacional en comparación con los estados del noreste (Monterrey y Tamaulipas) donde oscilaba entre 80 y 100 pesos. Ante la crisis y el bajo salario, la población local emprendió la emigración a otras entidades, algunos "siguiendo el jitomate", pero una gran mayoría emigró hacia Estados Unidos (Mora y Maisterrena, 2008).

27. El peso mexicano en esa temporada variaba entre 10 y 11 pesos por dólar.

El quiebre de la actividad hortícola, así como la pérdida de otras actividades tradicionales, como la ganadería menor, el tallado de lechuguilla, la caza y recolección, actividades propias del desierto, llevaron a la población local a emprender la migración buscando mejores salarios y otras formas de vida. Así, hoy se dirigen hacia Nuevo León, Tamaulipas y Estados Unidos, con destinos en Houston, Laredo, Indiana y Arizona, donde se ocupan principalmente en la jardinería, la construcción, la carpintería, en fábricas ubicadas en zonas fronterizas, y solo unos pocos en el campo. En cuanto a las mujeres que emigran a las ciudades de Monterrey y San Luis Potosí, trabajan como empleadas domésticas. Valle de Arista es su lugar de origen, pero para esta población las oportunidades se encuentran en otro lado (Mora y Maisterrena, 2008).

El éxodo ha sido tal, que una encuesta levantada en 2006 en 68 ejidos del Valle mostró que todos los ejidos presentaron migración, con mayor o menor intensidad, encontrándose algunos totalmente despoblados, sin autoridades ejidales ni municipales. De tal manera que la actividad agrícola en la producción de jitomate ha sido asumida por trabajadores migrantes de nuevas regiones. De acuerdo con datos de Pronjag (2001), la población migrante que llegó al Valle de Arista en el ciclo primavera-verano 2005 fue de 2.759 trabajadores, una mayoría (56%) ahora proviene del estado de Hidalgo; 37% de Veracruz y el resto de Michoacán, Guanajuato, San Luis Potosí y Morelos. La mayor parte de ellos (90%) llega a la región a través de enganchadores o contratistas que van a buscarlos en sus regiones de origen. Si observamos los municipios de procedencia se refleja que 90% de la población trabajadora que llega al Valle de Arista es indígena. Un porcentaje importante de ellos tiene tierra (60%), pero empezaron a llegar al Valle de Arista a raíz de la crisis de la producción de caña de azúcar, cítricos, café y otros cultivos que han perdido dinamismo en las regiones de origen de estos nuevos migrantes. Se trata de antiguas regiones de atracción de mano de obra que se han vuelto expulsoras, convirtiendo a antiguos campesinos en trabajadores agrícolas que se integran a circuitos de migración circular en distintas regiones del país. Para los trabajadores que llegan al Valle de Arista esta región forma parte de un circuito, en el que van siguiendo las cosechas de jitomate, saliendo de sus lugares de origen para permanecer allí durante tres o cuatro meses y seguir después hacia Michoacán, Jalisco y Sinaloa.

Así, Valle de Arista constituye un espacio en el cual se entrecruzan diversos territorios de migración que la producción de tomate ha ido configurando. Porque mientras la población local y los migrantes originarios de Oaxaca y Guerrero, después de la crisis del modelo sinaloense, abandona el valle por falta de alternativas que les resulten atractivas en términos de salarios y de condiciones de vida, llegan nuevos migrantes oriundos de la Huasteca veracruzana o hidalguense para quienes lo que se ofrece justamente en esta región abandonada y deteriorada ecológicamente es atrayente. No solo porque en sus regiones de origen los cultivos que antes les daban empleo ahora están en crisis, sino porque los salarios que allí se ofrecen les resultan comparativamente más elevados que lo que obtienen en sus propios pueblos, además de que desde allí encadenan nuevos circuitos migratorios siguiendo las cosechas de tomate. Valle de Arista es para ellos solo un lugar de trabajo más dentro de un trayecto que incluye diferentes regiones productoras de tomate (Yurécuaro, Michoacán y Culiacán, Sinaloa, entre otras).

Tercer escenario

Un escenario similar al anterior se produce en la región florícola del Estado de México, en cuanto a que la población local migra hacia Estados Unidos y provoca un encadenamiento de nuevas migraciones desde regiones sin tradición migratoria, en las cuales los cultivos tradicionales (café y caña de azúcar) han entrado en crisis. La diferencia en este caso es que ese nuevo flujo que se crea no se inscribe en un circuito de migración circular, sino que se establece en la región de arribo y se inserta en varias actividades productivas.

En esta región se inicia la producción de flores en los años cincuenta, cuando un grupo de japoneses que habían llegado durante la Segunda Guerra Mundial a México se instala en la región con la idea de producir flores, dado que el clima y la luminosidad eran favorables para ello. La familia Matsumoto fue la más importante productora de flores en la región; producía gladiolas, clavel, delfinios y margaritas, pero también producían orquídeas en Cuautla, en el estado de Morelos, y eran dueños de algunas florerías muy prestigiadas en la Ciudad de México.

La llegada de los japoneses a la región coincidió con una estrepitosa caída en las ventas del aguacate y durazno, productos que dinamizaban la economía regional, lo que orilló a los habitantes de Villa Guerrero a buscar otra alternativa que les permitiera una nueva inserción en el sistema regional. Es por ello que, desde principios de los años cincuenta, el trabajo en la producción de flor alteró el mercado de trabajo local y las valoraciones de los jornaleros en cuanto a los sistemas de trabajo; esto es, los japoneses pagaban más por la jornada laboral y contaban con una clara estructuración en los tiempos de trabajo y descanso, situaciones ambas que no estaban presentes en el trabajo del durazno, el aguacate y extracción de pulque. Con estas condiciones de trabajo más favorables se generó una importante oferta de mano de obra de los jornaleros locales, que prefirieron dejar sus antiguos cultivos e involucrarse en las labores de la flor (Castro, 2008).

En sus inicios, la floricultura se dio de una forma muy marginal, pero con el tiempo nuevos productores se interesaron en la producción, sobre todo de la misma región, creándose una asociación local de productores mexicanos, lo que llevó a los japoneses a abandonar la actividad en el Estado de México, eludiendo la competencia. A finales de los años setenta, la floricultura por vez primera figuró en la política agrícola en el país. En 1978 se creó la Asociación Nacional de Productores y Exportadores de Ornamentales de México (Anapromex), con el apoyo del Instituto Mexicano de Comercio Exterior (IMCE) y la Dirección General de Economía Agrícola de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, para incentivar la exportación de flores y plantas ornamentales. Con estos programas gubernamentales la floricultura se expandió aún más, y a finales de los años setenta se empezaron a instalar los primeros invernaderos tecnificados para optimizar todavía más la producción de flores. El primer proyecto empresarial de gran magnitud en la región fue el de la empresa Visaflor, orientada básicamente a la exportación de flores de corte hacia Estados Unidos (Lara, 1998; Castro, 2008).

La producción de flor se extendió así al sur del Estado de México, en los municipios de Tenancingo, Villa Guerrero, Coatepec Harinas, Tonatico, Ixtapan de la Sal y Zumpahuacán, generando una importante demanda local de mano de obra, privilegiándose la contratación de mujeres en las tareas de conducción y corte de flores en los invernaderos,

dada la gran flexibilidad que ofrecía esta mano de obra, adecuándose a los altibajos de la demanda (Lara, 1998).

En los años ochenta se produce un *boom* por el acelerado crecimiento de la inversión en esa rama de la economía. Ciertamente, este rápido crecimiento de la floricultura estuvo acompañado por la expansión de algunas empresas y por la quiebra de otras. A mediados de la década de los años noventa, esta actividad entra en crisis por sobreproducción y saturación de los mercados, así porque no cumplía con los estándares de calidad internacionales para insertarse en el mercado estadounidense al cual se dirige el total de las exportaciones. Para hacer frente a dicha crisis, las empresas llevaron a cabo un proceso de reestructuración que condujo a una reorganización de las formas de trabajo, intensificándose la productividad para incrementar rendimientos y mejorar la calidad de los productos. El número de trabajadores por hectárea en invernadero pasa de 16 a 7,8 con lo que esto supone en términos de desgaste físico (Lara, 1998).

Siendo un sector fuertemente feminizado, tanto en la etapa de producción como de embalaje, movilizaba principalmente mano de obra local o de comunidades cercanas. A mediados de los años noventa se calculaba que la floricultura de esta región generaba aproximadamente 3.000 empleos (Lara, 1998). A finales de la década se presenta un serio problema de rotación de personal y más tarde de carencia de mano de obra, provocados por el agotamiento de los trabajadores debido a los sistemas de trabajo impuestos por las empresas. Lo que conduce a una intensificación de los flujos migratorios de la población local hacia Estados Unidos, principalmente de jóvenes (mujeres y hombres) que se van a ese país a trabajar en empresas de servicios y de alimentos en Los Ángeles, San Francisco y Chicago, desde donde algunos han empezado a crear clubes de migrantes que están teniendo influencia económica y política en sus lugares de origen (Castro, 2003).[28] Este éxodo llevó a los empresarios del lugar a buscar mano de obra en el sureste del país, haciendo venir a algunos trabajadores provenientes de los estados de Chiapas, Tabasco y Veracruz.

28. Cabe aclarar que son los municipios del sur del Estado de México los que presentan las tasas de intensidad migratoria más alta. Entre estos encontramos a Tonatico, Ixtapan de la Sal, Zumpahuacán, Tenancingo, Luvianos, Coatepec Harinas, Tejupilco y Luvianos.

Con el tiempo, esos jornaleros comenzaron a crear redes sociales que consolidaron los flujos de migración desde sus lugares de origen hacia las zonas florícolas del Estado de México. Gracias a esta migración, las empresas florícolas han logrado que estos nuevos trabajadores se encarguen de realizar varias labores a la vez, tales como la preparación del suelo, plantación de los esquejes y bulbos, mantenimiento del suelo, riego y fumigación de los cultivos, así como los procesos de corte, manejo y empaque, labores que antes desempeñaban en forma parcelada los trabajadores locales, bajo una división sexual de tareas.[29] Esta fusión de funciones hace posible la reducción de personal, con lo que se puede sacar adelante la producción de un área de trabajo (una hectárea) con menos personal, por lo que a cada trabajador se le exigen más tareas y más actividades en un mismo horario, mayor disponibilidad y menos descanso, más calidad en el trabajo y en el tipo de organización laboral en busca de mejorar la producción, sin que esto repercuta en una mejora salarial. Aun así, estos migrantes consideran que las condiciones laborales de la floricultura son mejores económicamente, menos peligrosas y que requieren menos esfuerzo que las que realizaban en sus lugares de origen trabajando en el corte de caña de azúcar o de café. En general, consideran que se trata de un trabajo más atractivo que el existente en sus lugares de origen (Castro, 2008).

Cabe mencionar que la participación de estos trabajadores provenientes de los estados de Veracruz, Tabasco y Chiapas en corrientes de migración interna o internacional había sido marginal hasta la década de los años noventa; para esos años participaban de una movilidad regional que se dirigía hacia los campos cañeros de Veracruz. Sin embargo, la degradación de las condiciones de vida de la población rural, provocada por las políticas agrarias, tales como la suspensión de apoyos y subsidios a pequeños productores campesinos, así como la crisis generalizada de la industria azucarera generada en parte por la introducción de fructuosa artificial en los mercados, el monto de los salarios y las jornadas de

29. La reorganización de las empresas, después de la crisis de mediados de los años noventa, permitió reducir el número total de trabajadores por hectárea. No obstante, existía una fuerte división del trabajo entre invernadero y empaques, o entre las tareas de corte y manejo de flor, que desempeñaba mano de obra femenina local en los invernaderos y los trabajadores que se encargaban de la plantación, riego, fumigación y manejos de cortinas.

trabajo exhaustivas en los campos de caña,[30] han desencadenado nuevas migraciones desde estas regiones que antiguamente eran receptoras de mano de obra (Castro, 2008).

La mayoría de ellos indica que el principal motivo de su desplazamiento es que en esta región encuentran trabajo y ganan más, aproximadamente el doble, en relación con sus localidades de origen. Al mismo tiempo, encuentran que en las empresas de flor el trabajo tiene una estructuración bien definida de sus tiempos de actividad y de descanso, al contrario de lo que sucede en el corte de caña. En el cultivo de la flor el horario generalmente es de 7 de la mañana a 4 de la tarde, con una hora de almuerzo a las 11 de la mañana. Esta posibilidad, que deja tiempo libre después de la jornada de trabajo, ha hecho que algunos migrantes tabasqueños además de adaptarse perfectamente a la flexibilidad que demandan las empresas de flor en los periodos de pleno empleo, logren combinar sus jornadas de trabajo con algunas otras actividades para aumentar sus ingresos, por ejemplo, produciendo fresa en pequeños lotes.

La fresa comenzó a producirse desde los años noventa en la región, principalmente entre pequeños productores del Ejido de la Finca, al grado que ha generado un crecimiento del mercado de trabajo local, porque en ciertas etapas de su ciclo productivo requiere de una cantidad de mano de obra que realice tareas puntuales. De esta manera, a la oferta laboral existente en Villa Guerrero por la producción de flor, se le sumó la ofrecida en los cultivos de fresa, representando una opción laboral extra para los jornaleros tabasqueños asentados en el Ejido de la Finca.

A través de las redes familiares o vecinales que los tabasqueños desarrollaron en este ejido, algunos migrantes se insertan en la producción de fresa, primero como jornaleros. Pero, conforme fueron adquiriendo experiencia en las labores de este cultivo, pudieron participar en

30. En la actualidad el pago por tonelada de caña cortada quemada es de 25 pesos y de 35 pesos la caña cruda, siendo que por lo general un jornalero corta en promedio cinco toneladas diarias, en jornadas de 10 a 12 horas de trabajo, que comienzan desde las 5 o 6 de la mañana, logrando un ingreso semanal de 750 pesos en periodos de fuerte actividad. En el Estado de México, hoy día el sueldo promedio de un trabajador en las empresas de flor oscila entre 120 y 150 pesos diarios, y en algunos casos es posible sumar el pago de horas extra de trabajo que en promedio son de 20 pesos por hora, pero en horarios de 7 de la mañana a 4 de la tarde, con una hora de descanso para comer.

un esquema productivo como medieros.[31] Por su parte, los que llegan de Chiapas y de Veracruz encuentran en las empresas florícolas una oportunidad de emplearse con mejores salarios y con la posibilidad de que sus mujeres también trabajen.

En este escenario queda claro que la contratación de trabajadores originarios de regiones con poca experiencia migratoria se convierte en una alternativa de las empresas florícolas no solo para abaratar la mano de obra, sino para crear una nueva organización del trabajo que busca optimizar los tiempos de trabajo e incrementar rendimientos, resolviendo el problema creado por la carencia de mano de obra local que ha optado por migrar hacia Estados Unidos, y/o laborar en otros sectores productivos. De tal manera que esta región de agricultura intensiva se convierte en un *carrefour* (crucero) en el cual coinciden trabajadores de distintas regiones para los cuales este lugar tiene diferentes significados. Mientras la población local abandona su lugar de origen por encontrar agotadas las posibilidades que allí existen, los tabasqueños no solo encuentran trabajo en la flor sino un espacio donde instalarse y convertirse en pequeños productores de fresa. En tanto los veracruzanos y los chiapanecos, ven un lugar con mejores condiciones laborales para ellos y sus familias.

Cuarto escenario

En las zonas de agricultura intensiva del estado de Morelos predomina la pequeña producción que combina mano de obra familiar y local, con la contratación de trabajadores temporales para tareas puntuales, por periodos cortos. La superficie destinada a estos cultivos asciende a 4.700 ha en la región de los Altos (tomate y jitomate), 2.800 en la región Oriente (ejote) y 200 ha de invernadero en la región Sur (angú).

Actualmente el envejecimiento de los ejidatarios, la creciente incorporación de la población local en el sector terciario, principalmente hacia

31. El cultivo de fresa en Villa Guerrero se puede organizar en dos esquemas productivos: a) por medio de un productor independiente (en tierras propias o rentadas); o b) en una asociación de medieros. Este último esquema representa una alternativa para aquellas personas que no tienen un capital inicial suficiente que les permita invertir y trabajar por cuenta propia, pues, en cierta medida, solo poseen su fuerza de trabajo como elemento de inversión, tal es el caso de los migrantes tabasqueños que se han establecido en el Ejido de la Finca.

el sector turístico que predomina en ese estado del país, la migración de jóvenes hacia Estados Unidos, y el desarrollo del mercado de tierras en esta región, ha llevado a intensificar las corrientes migratorias que ya existían en décadas anteriores.

Cabe advertir que existen circuitos migratorios diferenciados por región (Los Altos, región Oriente y región Sur), pero en conjunto se puede calcular que estas regiones movilizan entre 4.000 y 6.000 personas, la mayor parte indígenas. En los Altos de Morelos esta población llega, por sí misma, procedente de la Montaña de Guerrero y de la mixteca oaxaqueña[32] a laborar en forma temporal en la cosecha de jitomate. En la región Oriente, en cambio, predomina la migración guerrerense,[33] pero a través de un sistema de intermediarios tradicionales, llamados *capitanes* (Sánchez, 2006), quienes se encargan de abastecer y administrar la mano de obra para la cosecha de ejote en la región, al punto de tener un control exclusivo del acceso al mercado de trabajo. En tanto que en la región Sur, donde una empresa moderna junto con pequeños productores producen angú, se ha establecido una corriente desde el municipio de Tula del Río, en Guerrero, que cada año llega a laborar en la cosecha de este producto. No obstante, en el transcurso de los últimos cinco años se han dado nuevos procesos: ha aumentado la tendencia a que los trabajadores lleguen por su cuenta; se ha incrementado el asentamiento de los otrora jornaleros estacionales, dando lugar a la formación de nuevas colonias populares como "La Longaniza" en Tenextepango; y se ha creado un flujo entre estos trabajadores que se dirige hacia Estados Unidos.

Esta situación tiene que ver con la expansión de las áreas de cultivo de hortalizas (jitomate y ejote, principalmente), con la diversificación de cultivos (cebolla, fresas, etcétera), así como con la implantación de algunas empresas que producen en pequeñas superficies, productos para exportación (especies, angú, esquejes de flores, yerbas aromáticas, entre otros).

---

32. Principalmente de Zilacayotitlán, Benito Juárez, Santa Cruz y El Rosario del municipio de Atlamajalcingo del Monte; y de comunidades del municipio de Tlapa de Comonfort: Santa María Tonaya, San Pedro Acatepec y Las Pilas, en Guerrero y de Buena Vista y Guadalupe Victoria en el municipio de San Pablo Tijaltepec en Oaxaca.

33. Esta población proviene de los municipios guerrerenses de Chilapa, Atlixtac, Tlapa de Comonfort, Copanatoyac y Metlatonoc.

El arribo de migrantes que llegan por su cuenta está vinculado al asentamiento paulatino de esta población en la región. De tal manera que el sistema de capitanes y contratistas de mano de obra se ve mermado en sus funciones tradicionales, ya que los migrantes que se van asentando crean redes sociales que permiten a ellos y a sus paisanos encontrar mejores oportunidades de trabajo, así como vivir en condiciones más dignas que las que les ofrecen los capitanes en los campamentos y cuarterías donde los alojan. Los asentados logran diversificar sus opciones de empleo no solo en el sector agrícola sino en otros sectores productivos como la construcción, los servicios y el comercio (Martínez, 2005).

Incluso ha permitido a algunos conseguir tierra y, al igual que los tabasqueños en Villa Guerrero, empiezan a cultivar como medieros pequeñas superficies de fresa. Algunos de estos mismos migrantes articulan desde allí su tránsito a otros destinos, principalmente al noroeste del país (Sinaloa) o hacia Estados Unidos, como una estrategia de financiamiento de otras actividades. Tal es el caso de los que salen de Metlatonoc, en la Montaña de Guerrero y llegan a Oacalco, Morelos, donde se han quedado a vivir, insertándose como productores de fresa, a la vez que se van a Estados Unidos, desde donde envían dinero que los ayuda a financiar este tipo de pequeña producción.

No obstante, al lado de este núcleo de migrantes asentados, prevalece la migración temporal de trabajadores que después de laborar en las cosechas en Morelos continúan en un circuito de migración hacia otras regiones productoras de hortalizas en Michoacán, Jalisco y Sinaloa.

Este escenario resulta más complejo porque articula un mercado de trabajo creado por las grandes empresas como la que produce angú en la región Sur, y el que se desarrolla en torno a pequeños y medianos productores, muchos de los cuales trabajan a contrato para intermediarios que compran su producción para comercializarla en la Central de Abastos de la Ciudad de México. Pero lo que resulta de interés resaltar es cómo esta región de agricultura intensiva motiva una fuerte movilidad tanto de la población local como de la que llega del estado de Guerrero, enlaza migraciones nacionales e internacionales y genera nuevos asentamientos de población. A la vez que se vuelve un enjambre de territorios migratorios de distintos grupos. Los locales que pueden ser al

mismo tiempo pequeños productores y trabajadores, los migrantes que se asientan en la región y desde allí se vuelven pequeños productores de fresa, pero también migran a Estados Unidos, así como los migrantes temporales para los cuales alguna de estas regiones de Morelos no es más que uno de los tantos lugares por los que transitan en un circuito de migración siguiendo las cosechas de hortalizas.

Conclusiones

Como podemos ver en los escenarios antes descritos, los circuitos de migración que se generan en torno a estas regiones de agricultura intensiva presentan una gran complejidad de la cual podemos distinguir algunos elementos en común:

1. Las regiones de agricultura intensiva, de grandes empresas modernas o de pequeños productores, generan mercados de trabajo muy dinámicos.

2. El aprovisionamiento de mano de obra local en regiones de agricultura intensiva en general resulta insuficiente, por lo que se crean movimientos de población de distinta naturaleza y temporalidad.

3. Todo movimiento de población que se genera en torno a una región agrícola está relacionado con los cambios que han tenido lugar en la estructura de las unidades productivas que demandan fuerza de trabajo.

4. Todo cambio en la movilidad de los trabajadores que intervienen en estas regiones de agricultura intensiva provoca nuevos movimientos en forma de cascada, encadenando migraciones locales, regionales, nacionales e internacionales.

5. Estas zonas de agricultura intensiva conforman espacios que articulan movimientos de distinta naturaleza (pendular, circular) y temporalidad, así como desplazamientos en diferentes direcciones y la conformación de nuevos asentamientos en torno a dichas regiones agrícolas.

6. Las zonas de agricultura intensiva forman parte del territorio migratorio de poblaciones de distinto origen (mestizos e indígenas de diferentes etnias del país), tanto de los locales que dejan estos espacios para migrar a otros lugares en busca de nuevas alternativas, como de los que

llegan y encuentran en esos espacios mejores opciones laborales que en sus lugares de origen.

7. Cada grupo que circula por estas regiones de agricultura intensiva encuentra u otorga a esos lugares un significado propio, acorde a sus estrategias de movilidad. Mientras para unos conforma un horizonte de oportunidades, para otros es donde se han agotado las posibilidades de construir allí un futuro. Mientras para unos es un lugar que forma parte de un circuito que va siguiendo las cosechas, para otros es de llegada, o al menos de recambio mientras transitan a uno nuevo.

8. En torno a las regiones de agricultura intensiva se enlazan o entrecruzan los territorios de migración de diferentes grupos, convirtiéndose en una especie de *carrefour* que tiene significados distintos para cada grupo que allí coincide.

9. El constante movimiento de poblaciones de distinto origen, así como el asentamiento de migrantes en las zonas de agricultura intensiva, crea nuevas formas de ocupación del espacio rural y de sociabilidad.

Los puntos anteriores nos llevan a reflexionar sobre la pertinencia metodológica de analizar la migración y la movilidad de los trabajadores como un sistema coherente, independientemente de si dicha movilidad lleva a cruzar fronteras o no, dado que se trata de un todo articulado por la dinámica de los mercados laborales y las estrategias que los trabajadores ponen en práctica para acceder a dichos mercados.

Otro aspecto que nos parece importante destacar es que el análisis de estos espacios, considerados como "espacios transnacionales" o como "territorios migratorios", o "de circulación", nos permite observar a los distintos lugares por donde transitan los trabajadores como un *continuum* social estructurado a través de redes de relaciones sociales que los vincula a pesar de su discontinuidad geográfica (Herrera, 2006). A la vez, nos ayuda a considerar en este espacio no solo los lugares por los que han transitado realmente los trabajadores, sino aquellos que están en su imaginario (Faret, 2001) y son sustento para el desarrollo de nuevas identidades (Tarrius, 2000) y formas de sociabilidad. Pero lo que nosotros hemos querido aportar en este trabajo es una visión bajo la cual esos espacios puedan verse como realidades sociales "multiocupadas" por grupos con historias y trayectorias migratorias diversas, para cada uno de los cuales dicho espacio es significado de manera diferente.

Bibliografía

Avendaño, B. (2004). *El impacto de la iniciativa de inocuidad alimentaria de EE. UU. en las exportaciones de hortalizas frescas de México*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Chapingo, CIESTAAM, México.

Bayón, M. C. (2006). Precariedad en México y en Argentina: tendencias, expresiones y trayectorias nacionales. *Revista de la CEPAL, 88*, pp. 133-152.

Bendini, M.; Cavalcanti, S. y Lara, S. (2006). Una mirada sobre el campo de la sociología rural en América Latina, pp. 247-263. En E. de la Garza (Coord.), *Tratado Latinoamericano de Sociología*. México: Anthropos; UAM-IZ

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios y el Estado mexicano*. México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. (2001). El campo mexicano a fines del siglo XX. *Revista Mexicana de Sociología, 43*(4), 81-108, (IIS-UNAM).

C. de Grammont, H. y Lara, S. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones hortícolas del noroeste del país*. México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. y Lara, S. (2007). Características de las empresas y el empleo en la horticultura de exportación mexicana, pp. 165-190. En *Reestructuraciones sociales y cadenas agroalimentarias, Cuadernos GESA*. Buenos Aires: La Colmena.

C. de Grammont, H.; Lara, S. y Sánchez, M. J. (2003, mayo-agosto). Caracteristiques des migrations rurales a l'intérieur du Mexique et vers les Étas Unis. *Migrations & Societé, 15*(87-88), 23-34.

Calva Téllez, J. L.; Schwentesius, R. y Gómez Cruz, M. Á. (2004). La economía mexicana después de 10 años del TLCAN y reflexiones sobre la agricultura. Lecciones de la experiencia del Consenso de Washington y del TLCAN. Ponencia presentada en el coloquio de *Latin American Studies Association*, 7-9 de octubre, Las Vegas, Estados Unidos.

Castro Domingo, P. (2003). *Chayotes, burros y machetes*. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense.

Castro Domingo, P. (2006). Diagnóstico de la zona florícola del Estado de México. En K. Sánchez y A. Saldaña, *Diagnóstico del estado de Morelos*. México: Informe Proyecto Conacyt 44.249, inédito.

Castro Domingo, P. (2008). Floricultura, redes migratorias y mercado de trabajo. En S. M. Lara (Coord.), *Los territorios migratorios como espacios de articulación de las migraciones nacionales e internacionales. Cuatro estudios de caso.* México: Informe Conacyt, inédito.

Cavalcanti, J. y Barbosa, S. (1997, marzo-abril). Frutas para o mercado global. *Estudos Avanzados da USP, 11*(29), 79-93, (San Pablo).

Cavalcanti, J. y Barbosa, S. (1999). *Globalizacao, trabalho, meio ambiente. Mudanzas socioeconomicas em regioes fruticolas para exportacao*. Recife: UFPE.

DIF. (2000). *Censo de Atención a Familias Jornaleras.* Jalisco: DIF, mecanografiado.

Durand, J. y Massey, D. S. (2003). *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas; Porrúa.

Echánove, F. (1998). *El abasto de productos hortofrutícolas a la Ciudad de México: mecanismos de comercialización y estructura de poder*. Tesis de doctorado, UNAM, México.

Echánove, F. (1999). Los empresarios hortícolas y sus procesos de integración y diversificación. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*. México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Faret, L. (2001). Mobilité spatiale et territorialité. De la diversité de formes de construction du rapport aux lieux. Ponencia presentada en el *Séminaire PRISMA*, 10-11 de mayo Toulouse, Francia.

Herrera, F. (2006). *Vidas itinerantes en un espacio social transnacional. Migración y familias entre Puebla-Tlaxcala y Nueva York*. México: UAM-I.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (2008, enero). ¿Es posible hablar de un trabajo decente en la agricultura moderna-empresarial de México? *El Cotidiano*, pp. 25-33.

Lara, S. M. (2008a, enero-febrero). Espace et territorialité dans les migrations rurales: Un exemple mexicain. *Migration & Societé, 1*, pp. 107-124, (París).

Lizárraga, A. (s.f.). Sinaloa, narcotráfico, violencia y emigración. En http://catedras.ucol.mx/transformac/sinaloa.pdf

López Ruiz, A. (s.f.). *Causas y efectos de la migración interna en los lugares de tránsito y destino. Panorámica de la horticultura en Sinaloa.* S.d.: inédito.

Martínez, J. (2005). Redes sociales, intermediarios y mercado de trabajo rural. Estudio de caso en la región centro-sur del estado de Morelos. Tesis de maestría en Estudios Regionales, Instituto J. M. L. Mora, México.

Mora, I. (2007). *Ser trabajadora. El trabajo femenino en los sistemas industriales. El Valle de Arista, S.L.P.* San Luis: El Colegio de San Luis.

Mora, I. y Maisterrena, J. (2006). Diagnóstico del Valle de Arista, S.L.P. En K. Sánchez y A. Saldaña, *Diagnóstico del estado de Morelos*. México: Informe Proyecto Conacyt 44.249, inédito.

Mora, I. y Maisterrena, J. (2008). Movilidad laboral y encadenamientos migratorios en torno a la agricultura industrial del Valle de Arista en San Luis Potosí. En S. M. Lara (Coord.), *Los territorios migratorios como espacios de articulación de las migraciones nacionales e internacionales. Cuatro estudios de caso.* México: Informe Conacyt, inédito.

Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa. (2001). *Diagnóstico de Sinaloa 2001. Presentación de Estados, Jornaleros Agrícolas Migrantes*. México: SSA.

Pronjag. (1999). *Diagnóstico sobre los jornaleros agrícolas migrantes en Baja California Sur, el caso del municipio de La Paz*. La Paz: Programa de Investigación Regional en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Baja California Sur; Sedesol.

Puyana, A. y Romero, J. (2006). *Diez años con el TLCAN. Las experiencias del sector agropecuario mexicano*. México, FLACSO; COLMEX.

Puyana, A.; Horbath, J. y Romero, J. (2006, junio). El sector agropecuario mexicano: un quinquenio con el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica: La pobreza y la desigualdad se intensifican, crece la migración. *Cuadernos sobre relaciones internacionales. Regionalismo y desarrollo, 1*(1), 123-161.

Rello, F. y Saavedra, F. (2007). *Implicaciones estructurales de la liberalización de la agricultura y el desarrollo rural. El caso de México*. S.d.: mecanoscrito.

Sánchez, K. y Saldaña, A. (2006). *Diagnóstico del estado de Morelos*. México: Informe Proyecto Conacyt 44.249, inédito.

Sánchez, K. y Saldaña, A. (2008). Nuevos espacios de articulación migratoria. El caso de la okra en Morelos. En S. M. Lara (Coord.), *Los territorios migratorios como espacios de articulación de las migraciones nacionales e internacionales. Cuatro estudios de caso.* México: Informe Conacyt, inédito.

Tarrius, A. (2000). Leer, escribir, interpretar. Las circulaciones migratorias: Conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones, 21*(83).

Espacio y territorialidad en las migraciones rurales. Un ejemplo en el caso de México*

Introducción

En México, el desarrollo de zonas agrícolas modernas y empresariales, orientadas a la exportación, ha generado una concentración de la demanda de fuerza de trabajo en determinadas regiones en las cuales, a la vez, se concentra una oferta proveniente de distintos estados del país. La mayor parte de los trabajadores agrícolas que llegan a esas empresas deben desplazarse desde sus lugares de origen, encontrando en ellas solo un empleo de carácter temporal, en condiciones de trabajo y de vida precarios.

A medida que la crisis de la agricultura avanza, afectando las zonas de agricultura tradicional, y que el Estado se ha retirado de su función como regulador de la actividad agropecuaria, el número de trabajadores agrícolas crece, en tanto que han salido de este sector alrededor de tres millones de personas.[1] La falta de opciones de empleo en sus propias regiones de origen, así como de apoyo para cultivar en sus tierras, ha convertido a los campesinos pobres en jornaleros itinerantes, casi nómadas. Van de un lugar a otro, ya que las empresas que los contratan han impuesto una flexibilidad extrema en las formas de trabajo, contratándolos y despidiéndolos de acuerdo con sus conveniencias.

---

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2008). Espacio y territorialidad en las migraciones rurales. Un ejemplo en el caso de México, pp.17-38. En P. Castro (Coord.), *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial*. México: UAEM; UAM Iztapalapa; Porrúa. [ISBN 978-970-819-082-4].

1. De acuerdo con datos de la Encuesta Nacional de Empleo (INEGI), los trabajadores habían pasado de representar el 54% del total de los sujetos agropecuarios en 1993 a 57,3% en 2003. Véanse Pacheco (2005) y Florez (2006).

Obligados a circular por diferentes lugares, buscando empleo, estos jornaleros conectan distintos espacios a los que les atribuyen determinadas cualidades en razón de las oportunidades que encuentran en ellos, no solo en términos de trabajo sino de condiciones de vida. Los distintos lugares por donde ellos transitan forman parte de lo que Faret ha llamado "territorios migratorios" (2001).

Este artículo se basa en información empírica recabada en zonas agrícolas de atracción del noroeste de México, principalmente en colonias y barrios de los estados de Sinaloa y Baja California, donde se encuentra asentada, y por donde circula, una población jornalera que labora en las cosechas de hortalizas.

Desestacionalización de la producción e itinerancia jornalera

De los efectos más visibles que están teniendo lugar en el campo mexicano, como resultado de los cambios en las formas de empleo y de trabajo en la agricultura, se pueden mencionar los desplazamientos multipolares de la población trabajadora y las nuevas modalidades de ocupación del espacio rural.

Esta multipolaridad en los desplazamientos es resultado de la desestacionalización de la producción y de la dispersión geográfica de las empresas en una amplia zona ubicada al noroeste del país, procesos que han tenido lugar como consecuencia de la reestructuración de las empresas agroexportadoras (Lara, 1998), llevando a multiplicar los circuitos migratorios de los trabajadores. De acuerdo con la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México* (De Grammont y Lara, 2004),[2] encontramos movimientos de carácter pendular y circular. Sin embargo, la *migración pendular* no solo incluye a aquellos que se mueven entre el pueblo de origen y el lugar de trabajo para regresar al lugar de origen, sino una movilidad que va de un campamento o "cuartería",[3]

2. Encuesta levantada a 8.117 hogares de jornaleros agrícolas migrantes en campamentos y cuarterías de las regiones agrícolas más desarrolladas en los estados de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Baja California Sur, entre 1998 y 2000.

3. Las llamadas "cuarterías" son habitaciones que se alquilan a los jornaleros en las colonias periféricas a los campos de cultivo. Son de particulares y por lo regular no cuentan con baño propio ni regaderas, las

en alguna zona de trabajo en donde se ha afincado temporalmente la población mientras trabaja, para dirigirse a otro lugar y/o regresar nuevamente al primero. A la vez, tenemos la migración de tipo circular que involucra más de dos lugares de trabajo, con residencia en el pueblo de origen o con residencia principal en un campamento o cuartería en alguno de los lugares de trabajo. Finalmente, detectamos una suerte de errancia, de una población que circula entre distintos lugares de trabajo sin tener una residencia fija. Los circuitos por donde transita dicha población están íntimamente relacionados con la dispersión geográfica de las empresas y el carácter intermitente del empleo que estas generan. De acuerdo con la mencionada encuesta, el 74,4% de los jornaleros tiene su lugar de residencia en su estado de origen, el 21,9% vive en un campamento o cuartería en los lugares en donde trabajan y el 3,8% declara no tener ningún lugar de residencia. Los dos últimos grupos (25,7% de la población total de los jornaleros migrantes) viven en constante movilidad buscando dónde emplearse, lo que les confiere un estado de absoluta vulnerabilidad.

A ello hay que agregar que la composición de los flujos migratorios también se ha complejizado, no solo porque ya no predomina la migración individual de hombres solos que salen en busca de trabajo para regresar a sus lugares de origen con la familia, como sucedía antaño. Ahora, encontramos familias completas que viajan de un lugar al otro, teniendo una composición particular. Como lo hemos analizado en otro texto (C. de Grammont, Lara y Sánchez, 2003), se trata de *configuraciones familiares* que se establecen ad hoc para migrar. Familias nucleares y extensas, algunas veces acompañadas de otros parientes y paisanos, familias con jefatura femenina, grupos de parientes y paisanos que se unen para migrar, grupos de hombres o de mujeres solas. La mayoría de las veces, dichas familias comparten un techo y hasta el mismo fogón, lo que nos ha llevado a reconsiderar la manera de concebir un hogar o al

que se comparten entre los diferentes inquilinos y el propietario de la cuartería. En tanto los campamentos son galerones de lámina o de cartón instaladas en los terrenos de las empresas, dentro de los campos agrícolas. En dichos campamentos pueden ser alojados hasta 5.000 trabajadores en temporada alta de cosechas. Los servicios que se ofrecen a los trabajadores son mínimos, va que son habitaciones pequeñas, con pisos de tierra, sin agua corriente, baños ni regaderas, las que por lo regular se tienen que compartir entre la población allí alojada.

grupo doméstico, como estructuras flexibles que se adaptan a los procesos migratorios y se recomponen constantemente en su ir y venir.

También se han complejizado los circuitos migratorios, porque esta itinerancia incluye destinos nacionales e internacionales. Cada vez son más frecuentes los enlaces entre la migración al noroeste del país con la migración hacia Estados Unidos, sea por la cercanía con la frontera o porque allí se ubican los agentes que se encargan de facilitar el traslado al otro país.

Según la encuesta arriba mencionada, los jornaleros que migran para trabajar en varias regiones, antes de regresar a su lugar de residencia, representan 15,9% del total. La mayoría de ellos trabaja en dos regiones (74,4%), otros pocos trabajan en tres regiones y solo los que ya no tienen residencia fija circulan entre cuatro o más regiones. Los principales estados de recepción son Sinaloa (35,8%), Baja California (32,7%), Sonora (6,6%) y Baja California Sur (6,2%). Sin embargo, además de esos cuatro estados, los flujos se dispersan en más de 15 estados tan lejanos como son Jalisco, Chihuahua, Coahuila o Tamaulipas y otros que siguen hacia Estados Unidos, lo que comienza a ser una opción importante. Es notorio que esta migración circular es para trabajar en las hortalizas, o sea que existe una especialización del trabajo de los jornaleros migrantes en ciertos cultivos.

Para los jornaleros la migración se ha vuelto una condición de vida. Se trata de una movilidad que abarca distintos espacios, todos ellos conectados por la secuencia de las cosechas de hortalizas (invierno-primavera y verano-otoño), las cuales se cultivan en diferentes lugares aprovechando las ventajas regionales, en términos de clima, de transporte, de infraestructura y de mano de obra disponible. Algunos jornaleros solo se desplazan para trabajar en un solo lugar, a donde llegan enganchados por un contratista y, al terminar la cosecha regresan a su lugar de origen. Pero, cada día son más los que continúan hacia otros destinos, empujados por la pobreza de sus lugares de origen y la falta de alternativas laborales. Los distintos lugares por donde circulan son, desde el punto de vista de las empresas, espacios a donde estas se han descentralizado para lograr una producción a lo largo de todo el año. Para los jornaleros, son espacios en donde buscan encontrar trabajo la mayor parte del año, aunque solo sea un empleo de carácter temporal y discontinuo, para lograr la sobrevivencia del grupo familiar.

Con el fin de lograr competitividad en el mercado internacional, las empresas agroexportadoras han ampliado su oferta de productos. De esta manera, no solo han diversificado los productos que cultivan, sino que buscan tener una oferta todo el año, desestacionalizando su producción, lo que logran gracias a nuevas variedades tempranas o tardías que se obtienen con técnicas de biotecnología y biogenética, pero también gracias a las nuevas técnicas de producción en invernadero o bajo túneles de plástico. Algunas empresas grandes, productoras de hortalizas de exportación, se ubican en distintas regiones del noroeste del país. Así, mientras en Sinaloa y Sonora se cultivan hortalizas de invierno, en Baja California Norte y Sur el ciclo principal es en primavera-verano. Pero en ambas regiones dichos ciclos se han extendido gracias a las nuevas tecnologías. Este conjunto de cambios en la agricultura moderna ha transformado el mercado de trabajo y la movilidad de los trabajadores.

Los espacios por donde circulan los jornaleros van conformando lo que Faret (2001) llama un "territorio migratorio", en el cual cada lugar tiene un significado basado en la valoración que los trabajadores hacen del mismo, aun antes de ser vivido. En el caso de los jornaleros, esta valoración de los lugares se va haciendo, poco a poco, en función de un sinnúmero de elementos.

En la medida que se va conociendo un lugar y las oportunidades de empleo que allí se encuentran, o que desde allí se encuentran, se construye una relación con cada espacio. El noroeste, por ejemplo, es para los jornaleros un espacio lleno de oportunidades de trabajo en los campos agrícolas, aun si se trata de empleos precarios (de carácter temporal, discontinuo, itinerante, mal pagado y sin prestaciones sociales). Sin embargo, es donde se aprende desde niño a viajar, a trabajar y, para algunos, desde donde se ve más cerca la posibilidad de "irse al otro lado" (Estados Unidos). Al traspasar la frontera se encuentra el lugar emblemático del "éxito" que está en el imaginario de la mayoría de los jornaleros, sobre todo entre los más jóvenes. Por su parte, el lugar de origen, el pueblo, se convierte comúnmente en un espacio mítico, donde residen los ancestros, donde algunos tienen una parcela, aun si ya no se cultiva, el lugar a donde se nació, el de las fiestas patronales, el de los paisanos; es un lugar de reconocimiento colectivo para los que vienen de allá. Así,

el conjunto de lugares reales y aquellos que están en el imaginario, forman parte de un "territorio migratorio" (Faret, 2001).

En sus ires y venires por los distintos lugares por donde circulan los jornaleros se construye una relación con cada lugar, basada en hechos que se vuelven significativos, como por ejemplo: quién es el contratista que les dio un mejor trato, qué patrón les paga lo acordado, qué campos son en los que se puede ganar mejor, en qué campamentos se puede vivir menos peor, en qué lugares conviene más llegar, a qué otros lugares se puede ir a trabajar desde allí, o en qué lugar hay posibilidades de quedarse. Pero estos hechos se convierten en información que se transmite mediante redes, a la vez que va creando redes. Dichas redes son el soporte de un territorio con centralidades múltiples a través de las cuales se da un conjunto de flujos de toda naturaleza (de información, de bienes, de afectos, de solidaridades y de conflictos).

La trayectoria migratoria de los miembros de las familias jornaleras incluye varios destinos nacionales, y en algunos casos internacionales. Dichos destinos se relacionan con los espacios en donde las empresas agrícolas se han ubicado. En este sentido, contar con información precisa sobre las mejores condiciones de trabajo que algunas empresas ofrecen, los montos salariales, la duración del empleo, etcétera resulta de gran utilidad, lo que se logra a través de las redes de relación que se tejen entre parientes, paisanos y amigos.

También la constitución de redes es lo que hace factible la instalación en algún lugar y el arraigo en el mismo, lo que no implica necesariamente el abandono o el olvido del lugar de origen, ni el dejar de migrar, sino la posibilidad de ampliar el territorio que sirve de espacio de circulación para lograr la sobrevivencia de un grupo familiar en su conjunto.

La vulnerabilidad como parte de la condición migrante de los jornaleros

La vulnerabilidad de la población jornalera está vinculada estrechamente a su condición de migrante. Es, justamente, porque tienen que salir de sus lugares de origen para encontrar el trabajo y los recursos que

permiten su sobrevivencia, lo que les confiere a los jornaleros una situación de permanente inestabilidad.

Si bien la mitad de los jefes de familia que llegan a trabajar a las regiones hortícolas del noroeste tienen tierra en sus lugares de origen, estos se ven en la necesidad de salir a trabajar como jornaleros pues no logran vivir de ello. Entre la población jornalera captada por la encuesta arriba mencionada, no todos los que tienen tierra en su pueblo la trabajan mientras que otros no tienen tierra, pero la consiguen prestada, a medias u, ocasionalmente, rentada. Constatamos que la proporción de los jornaleros que trabaja la tierra en su pueblo alcanza 55,6% del total de los jefes(as) de hogar. Sin embargo, la superficie cultivada, en promedio, es muy pequeña y no sirve más que para asegurar un mínimo de autoconsumo a la familia durante los meses de desempleo: 31,7% cultiva menos de una hectárea y 82,9% menos de cinco. Casi todos cultivan maíz y frijol (95%). Los jornaleros que tienen tierra, pero no la cultivan la prestan a algún familiar (25,8%), la rentan (15,4%), o la dan a medias (7,4%), pero es notorio que una parte importante de esta población simplemente abandona su tierra y no hace nada con ella (47,5%).

Para la mayor parte de los jornaleros (73,6%) el único trabajo asalariado es en la agricultura y como jornaleros, participando esencialmente en la cosecha de las hortalizas. Para los que tienen otras actividades, el principal trabajo es la albañilería u otros oficios como la carpintería (38,2%), el trabajo artesanal en sus pueblos de origen (25,5%), el pastoreo (12,1%) y para unos pocos el pequeño comercio (9,6%).

Las condiciones de trabajo en la mayor parte de las zonas de agricultura moderna de exportación son sumamente precarias. La *Encuesta Nacional de Empleo* nos proporciona un interesante dato sobre el ingreso de los jornaleros. En el año 2000, 31% de los trabajadores agropecuarios que percibieron ingresos obtuvieron menos de un salario mínimo, 53% de uno a dos salarios mínimos y 11% de dos a tres salarios mínimos.[4] Actualmente el salario en la región agrícola de San Quintín, en Baja California, ascendía a menos de dos salarios mínimos por una jornada de siete de la mañana a cuatro de la tarde, aproximadamente, con una

4. *Encuesta Nacional de Empleo 2000*, cuadro 3.89.

media hora de descanso para la comida.[5] Los trabajadores no tienen un contrato escrito y cada día puede cambiar su materia de trabajo dependiendo de las necesidades de la empresa que los emplea; son contratados y despedidos, de un día al otro, según los requiera la empresa. No tienen ningún tipo de estabilidad laboral, no reciben pago por séptimo día, ni vacaciones ni aguinaldo. Tampoco tienen cobertura médica aun en casos de accidente en el trabajo, si bien la Ley de Seguro Social ha sido reformada en 1997, para dar mayor protección a los trabajadores.[6] Sin embargo, los patrones incumplen toda reglamentación y se han amparado en contra de estas reformas.

No es solo que las formas de empleo y de trabajo a las que tienen acceso, en general sean sumamente precarias, lo que hace vulnerable a esta población, sino que el trabajar supone necesariamente un ir y venir, y una vida precaria en sí misma. Se agrega, para muchos de ellos (40%), su situación como indígenas. Incluso, a los que no hablan ninguna lengua ni se reconocen como indígenas se los trata con discriminación ("oaxacos" o "oaxaquitas"),[7] porque esa es la forma de naturalizar sus diferencias (Lara, 1998).

La instalación de miles de familias jornaleras en barrios o colonias ubicadas en las periferias de los campos de cultivo de hortalizas, en las zonas agrícolas desarrolladas, corresponde a un proceso de asentamiento de una población itinerante que pasa de una empresa a otra, de una región a la otra, o de un país al otro. Es parte de un proceso que busca un enraizamiento. Es decir, una relación con el espacio vivido que deviene en factor de identificación social, de pertenencia a un grupo, de control de un territorio (Faret, 2001).

Los datos de nuestra encuesta nos muestran que la gran mayoría (80,6%) de los jornaleros llegan a las zonas agrícolas modernas, desde sus pueblos de origen, a través de contratistas (mejor conocidos como

5. El salario mínimo mexicano en promedio está a US$ 4,3 por día.

6. La reforma del 30 de junio de 1997 amplió el seguro de protección a los trabajadores, modificando el esquema de aseguramiento. En vez del sistema de pases por número de jornales que existía anteriormente, ahora el patrón debe afiliar a todos los peones contratados, reportar los días laborados y entregar los recibos de pago a sus jornaleros. Y estos, según el número de cotizaciones pagadas, tendrían derecho a los seguros de invalidez y vida y retiro, cesantía en edad avanzada y guardería (Seefoo, 2006).

7. Así se llama a los indígenas que vienen del estado de Oaxaca, ubicado al sur del país.

enganchadores o coyotes) quienes funcionan como intermediarios entre los trabajadores y los empresarios. El papel de dichos contratistas es de gran importancia para organizar los flujos de mano de obra en cantidad, tiempo y calidad necesaria. Son originarios de las regiones de expulsión, a menudo ellos mismos fueron jornaleros, pero gracias a su capacidad para moverse de un lugar a otro, hablar español y contar con las redes sociales necesarias, se dedican a conseguir la mano de obra para las empresas agrícolas. Es bien conocido que estos contratistas abusan de su capacidad de controlar grandes cantidades de trabajadores para obtener dinero indebidamente. Los empresarios adelantan a los contratistas el pago de los gastos de comida y viaje para el traslado de los jornaleros, pero frecuentemente los contratistas se quedan con ese dinero para incrementar sus ganancias. Otro pequeño grupo de migrantes (16,8%) viaja y consigue trabajo por cuenta propia, gracias a que cuenta con redes sociales en los lugares de destino. Normalmente son jornaleros que tienen algún pariente o conocido en las regiones de trabajo.

Cuando llegan enganchados, por lo regular son alojados en los campamentos de las empresas y desde allí se les lleva a los campos agrícolas; difícilmente pueden salir de los campamentos y no pueden elegir los campos de trabajo, ya que están obligados a laborar con el empresario que pagó su traslado. En los campamentos viven en condiciones sumamente precarias, hacinados en habitaciones pequeñas en donde se aloja a una familia y hasta dos, sin agua corriente, sin drenaje, sin ventilación, con pisos de tierra y frecuentemente sin luz eléctrica, teniendo solo un fogón para cocinar con leña. Su situación itinerante y precaria no les permite acumular, se trasladan de un lugar a otro llevando consigo cuanto mucho una cobija cada quien, tal vez un *comal*,[8] o alguna olla para cocer los frijoles, base de su alimentación. Las regaderas y los sanitarios son escasos para la cantidad de gente que se aloja en dichos campamentos. En tanto los que llegan por su cuenta logran instalarse en una "cuartería", espacios alquilados en las colonias y barrios periféricos a las zonas de cultivo, y desde donde se logra tener mayor independencia frente a los patrones y a los contratistas. Por su parte, aquellos que ya se han asentado

8. Del náhuatl *comatl*. Plato de barro o aluminio que se usa para cocer las tortillas de maíz.

en alguna de las colonias periféricas a los campos de cultivo, pueden, incluso, insertarse en otros mercados laborales como en la construcción y/o el comercio, pero sobre todo buscan, dentro de su pobreza, tener un cierto arraigo en el lugar. Construyen sus casas de materiales baratos, y, poco a poco, van apropiándose del espacio que habitan.

Juana Martínez (2005) muestra cómo la instalación de los jornaleros en dos colonias aledañas a una zona ejotera del estado de Morelos, les ofrece a estos ventajas frente a aquellos que llegan enganchados por los capitanes o contratistas; ventajas no solo en cuanto a las oportunidades de empleo en los campos ejoteros, sino en la medida en que logran ampliar sus opciones laborales a otros sectores productivos. Pero, también, ventajas en cuanto a las formas de vida de los que llegan a vivir en los campamentos, quienes se encuentran sometidos a una precariedad completa.

Laura Velasco encuentra que una cuarta parte de las personas encuestadas en colonias en el Valle de San Quintín, Baja California,[9] habían vivido previamente en algún campamento, propiedad de las empresas ubicadas en la región. Al asentarse obtuvieron mayor libertad de contratarse con distintas empresas, combinar diferentes tipos de cultivos según la temporada, y en algunos momentos combinar la actividad agrícola con otra en el sector de servicios o en el comercio.

Asentarse en uno de los lugares de destino es una manera de ganar independencia y de enfrentar la situación de vulnerabilidad que tienen cuando llegan enganchados. Gracias a las redes de familiaridad y paisanaje, en primera instancia, y más tarde de amistad y vecindad, amplían su universo de relaciones, lo que les permite ampliar sus oportunidades de trabajo. No obstante, las condiciones en las que laboran no son mejores que para aquellos que llegan enganchados, puesto que si bien encuentran libertad de movilidad, a la vez padecen el problema de ser contratados y despedidos al antojo de las empresas, y no cuentan con ningún tipo de protección ni de prestaciones sociales (seguro médico, vacaciones, aguinaldo, etcétera).

9. *Encuesta Sociodemográfica y Migración del Valle de San Quintín* (Conepo-Colef, 2002).

Territorios de anclaje e identidades reconstruidas

Como lo he señalado arriba, hoy en día, las empresas agrícolas consiguen producir hortalizas todo el año, gracias a la introducción de nuevas variedades tempranas o tardías, así como porque han empezado a extender la producción bajo invernadero o en túneles de plástico. Pero, también logran este objetivo diversificando la producción y aprovechando las diferencias climáticas que hay en una amplia región del noroeste del país. Así, varias empresas estimuladas con la apertura comercial han ido ampliando sus operaciones en los valles de Sinaloa (Culiacán, Los Mochis, Guasave, etcétera), en Baja California (San Quintín, Mandadero, etcétera), Baja California Sur (Vizcaíno, Todos Santos, La Paz, etcétera), Sonora (Costa de Hermosillo y San Luis Río Colorado) y Jalisco (Sayula, Autlán), entre otros estados, lo que ha llevado a que la demanda de mano de obra se extienda en estas regiones. Esta situación se corresponde con un deterioro de la producción campesina tradicional, producto de las nuevas políticas del Estado.[10]

En este sentido, se ha ampliado la oferta de mano de obra para trabajar en los campos, lo que ha intensificado la circulación de jornaleros por las distintas regiones en donde se encuentran operando las empresas que los contratan. Esto ha ido propiciando el asentamiento de jornaleros en los lugares de destino, sea mediante la compra de un terreno, después de varios años de trabajo, o por una apropiación ilegal, a través de invasiones de tierra.[11]

Sin duda son las agroempresas las que dinamizan la economía regional, pero son los habitantes de estas colonias los que se adaptan a la flexibilidad del trabajo que exigen dichas empresas, participando en distintas actividades agrícolas a lo largo del año. A diferencia de los que

10. Los cambios a la Ley Agraria y de Aguas, así como la firma del TLCAN, se enmarcan en una política neoliberal puesta en marcha desde finales de la década de los ochenta, que brinda estímulos a la producción comercial y a las zonas agroexportadoras, mientras ha anulado créditos a los campesinos y apoyos en materia de precios, comercialización y distribución de sus productos, desalentando la producción campesina e impulsando la migración de las zonas rurales.

11. Las invasiones de predios se dieron en la década de los setenta y los ochenta en el noroeste del país, alentadas por organizaciones independientes de carácter sindical como lo fue la CIOAC (Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos), primero afiliada al Partido Comunista Mexicano y más tarde, con la desaparición de este, incorporada al PSUM (Partido Socialista Unificado de México).

llegan enganchados para laborar básicamente en las cosechas, los que se quedan son mano de obra disponible todo el año para las empresas agrícolas; logran una especialización e incluso una calificación en las tareas que requieren de ello, particularmente ahora que se han introducido invernaderos y tecnologías sofisticadas (plasticultura, fertirrigación, manejo computarizado de campo y empaques, etcétera). Es una población fija y a la vez "flotante". Están allí cuando se los requiere y se van en cuanto se los despide, en ese sentido, circulan de una empresa a otra buscando ocupación. Tienen empleo a lo largo del año, pero de manera intermitente y en diferentes empresas. De tal manera que no logran estabilidad laboral ni mejores condiciones de trabajo que los que llegan enganchados.

Las empresas han encontrado en estos trabajadores asentados una manera de eludir la responsabilidad que marca la Ley del Trabajo para los trabajadores agrícolas eventuales de ofrecerles condiciones de vivienda y de vida dignas. No obstante, últimamente las leyes de Inocuidad y de Bioterrorismo que se han establecido en Estados Unidos para la importación de productos frescos, están obligando a las empresas agroexportadoras mexicanas a tener un mayor control de la población que participa en las labores agrícolas.[12] En este sentido, se crea una presión para que el alojamiento de los jornaleros migrantes, en campamentos ubicados en predios propiedad de las propias empresas, cuente con agua limpia, regaderas, letrinas y lavaderos. A la vez, los programas sociales de atención a la población migrante inciden para que se instalen en dichos espacios escuelas y guarderías para los niños de los trabajadores, así como clínicas de salud.[13] Lo que por lo regular no acatan los empresarios.

12. En 1997 Estados Unidos anunció su Iniciativa de Inocuidad Alimentaria de Productos Domésticos e Importados y las facultades de su Departamento de Agricultura (USDA) para la inspección y decomiso de alimentos. A esta ley se adiciona la Ley de Bioterrorismo (The Bioterrorisme Act) promulgada en ese país a partir de los eventos del 11 de septiembre de 2001. Esta ley exige que la Food and Drug Administración (FDA) reciba notificación previa de los alimentos importados u ofrecidos para importación a Estados Unidos y le da el poder de detener o retener los alimentos si se presume que estos representan una amenaza para la salud de las personas. De esta manera, se obliga a los establecimientos extranjeros a designar un agente estadounidense para el registro de los alimentos. Dicho agente puede ser un broker o un importador que viva o tenga su domicilio en ese país (Avendaño, 2004).

13. Me refiero a programas de la Secretaría de Educación Pública, como el programa de Atención a Niños Jornaleros Migrantes y el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas de la Secretaría de Desarrollo Social.

En este sentido, el que la población jornalera se vaya instalando en barrios o colonias cercanas a las empresas, resulta más conveniente a las empresas.

Así, no obstante que la instalación de estas familias jornaleras en las regiones de agricultura moderna crea malestar a los lugareños, en gran parte porque son pobres y por su origen étnico (los llaman: indios, oaxacos o oaxaquitas), resulta perfectamente funcional a las empresas agrícolas. Son mano de obra disponible en todo momento sin que tengan que asumir sus gastos de reproducción social (alojamiento, educación, salud, etcétera), a la vez que son los que se encargan de enganchar, alojar, transportar y aprovisionar de bienes a los que llegan "por su cuenta". Algunos de los ya instalados logran construir en sus predios "cuarterías" que alquilan a los jornaleros que llegan a trabajar temporalmente en las cosechas; los que pueden compran camiones que sirven para el traslado de los jornaleros desde las cuarterías a los campos de trabajo ("camioneteros"); los más abren un pequeño comercio en donde venden, a crédito ("fiado"), alimentos e insumos necesarios. Así, los asentados encuentran un negocio en el circular de familiares, paisanos, o aun de descocidos, lo que a la vez los mantiene informados sobre los distintos lugares por donde estos transitan, ampliando sus redes de relaciones.

Los que se quedan son, también, los que se involucran en la compra o adquisición de un predio para vivir, y luchan, a través de comités de barrio, por la regularización de dicho predio, así como para obtener del Estado los servicios de urbanización (agua, drenaje, luz eléctrica, escuelas, centros de salud, etcétera), buscando apropiarse del espacio. Dicha apropiación se encamina a lograr un reconocimiento como agentes activos en la constitución de ese espacio, por dejar de ser vistos como ajenos y encontrar un anclaje en lo que forma parte su territorio migratorio. No obstante, algunos mantienen su casa y/o su parcela en el lugar de origen, al mismo tiempo que, en ocasiones, es gracias a que siguen circulando en otros lugares, en México o en Estados Unidos, que logran los recursos para comprar su predio, construir su vivienda o mejorar sus condiciones de vida.

En lo que a veces se convierte en un mosaico de tradiciones venidas de todas direcciones, esos lugares establecen una nueva geografía que

reconfigura el espacio rural (Bendini y Radonich, 1999). No son comunidades campesinas, y sin embargo la gran mayoría de sus habitantes viven en una región dinamizada por la actividad agrícola. Tampoco son barrios urbanos ya que se encuentran enclavados en los alrededores de zonas agrícolas modernas y carecen de la mayor parte de los servicios urbanos, pero su estructura habitacional es la de una colonia marginada. Podría decirse que son espacios *rururbanos* (Lara, 1996) desde donde sus habitantes se insertan principalmente en la agricultura, moviéndose constantemente de una empresa a otra, según su conveniencia.

En estas colonias se construyen nuevas formas de ocupación del espacio rural, comunidades "imaginarias" (Nueva Era, Buenavista, El Vergel, Villa Juárez, La Choricera, etcétera) que sirven de sustento a la emergencia de nuevas identidades. Son espacios en donde surge un reconocimiento mutuo entre sus habitantes, derivado de su pasado, de una historia común de sacrificios y privaciones que acompañan el proceso de instalación en esos lugares de anclaje, de la precariedad en la que se vive en dichos lugares que sin embargo son percibidos como logros en sus trayectorias de vida, y de su "saber circular" (Tarrius, 2000). Pero, sobre todo, encuentran un "nosotros" ante la discriminación que sufren por parte de los lugareños, por su condición de pobres y de indígenas, en la mayoría de los casos. En ocasiones, esto los lleva a recrearse como comunidades "étnicas", tal como lo reporta Velasco (s.f.) en caso de los indígenas triquis del estado de Oaxaca asentados en el Valle de San Quintín.[14]

Esas colonias son, también, espacios en donde se construye una sociabilidad distinta pero parecida a la de los pueblos de origen. Distinta, porque conviven en un mismo territorio: indígenas mixtecos, zapotecos, tlapanecos, triquis, nahuas, y mestizos, cada uno con sus distintas costumbres. Parecida, porque se entablan redes, se establecen nuevas reglas de convivencia, se reproducen y recrean tradiciones, adecuándolas a este nuevo espacio y a la disponibilidad de recursos.[15] Son lugares

14. Se refiere a las colonias Nuevo San Juan Copala y Nueva Región Triqui, en donde si bien viven colonos de otros estados del país y de otras etnias de Oaxaca, los triquis han logrado el control territorial.

15. Por ejemplo, en las colonias triquis de San Quintín, se reproduce la fiesta del santo patrono de San Juan Copala.

en donde se tejen solidaridades, a la vez que se generan conflictos, y son también espacios desde donde se articulan los desplazamientos hacia otros destinos regionales o internacionales, que forman parte del gran archipiélago (Quesnel y Del Rey 2001, Leonard *et al.*, 2003) por donde se extienden las familias jornaleras.

Para la mayoría de los asentados aún está presente el lugar de origen, en donde se encuentra una parte de la familia; frecuentemente los padres y algunos hermanos. Para otros aún es muy reciente el momento en que llegaron a vivir en campamentos, en distintas regiones agrícolas, y estaban obligados a trabajar solamente para un patrón, viviendo en condiciones aún más precarias que las que tienen en las colonias. Muchos buscan a sus parientes o paisanos que siguen moviéndose en distintas regiones, alojados en campamentos o cuarterías, a los que visitan los fines de semana para convivir con ellos, refrendar sus alianzas y enterarse de lo que pasa por donde transitan. No obstante, algunos de los ya establecidos dejan parte de la familia en ese lugar de "arraigo" para cruzar la frontera en busca de mejores salarios. Como lo señala Tarrius (2000), esas poblaciones móviles "enganchan todos los lugares recorridos por ellas mismas, y otros reconocidos como cercanos, a una memoria de naturaleza colectiva".

Pese a que se mantiene la afiliación con el lugar de origen, se desarrolla una identidad con el lugar de destino. Los que se van al noroeste, adoptan el modo norteño: las botas vaqueras, el sombrero de ala, el pantalón de mezclilla, la camisa de cuadros, el cinturón de hebilla plateada, y la música del lugar (la "tambora" y la "redoba"); incorporan a su dieta nuevos ingredientes (la tortilla de harina, la machaca, el marisco), e integran a su consumo nuevos productos que se obtienen por la cercanía con Estados Unidos (aparatos eléctricos, coches, ropa y zapatos de reuso "segundas"). Pero en los lugares de destino, pese a ser discriminados, reivindican su pertenencia étnica y hacen de ello una bandera que les permite obtener un posicionamiento en el control del espacio que ocupan: la regularización del predio que habitan, su urbanización, escuelas bilingües o maestros especiales. Buscan recrear sus tradiciones, negociando recursos tanto con los gobiernos de los estados de destino como de los de origen para la celebración de sus fiestas patronales y paganas.

Otros, al revés, luchan por su reconocimiento como "lugareños" y por borrar las diferencias que los separan de los "locales". Los jóvenes, sobre todo, dejan de hablar su lengua natal y tratan de no ser identificados como indígenas, con el fin de evitar la discriminación de que son objeto.

En este proceso hemos visto crearse, entre 1994 y 2003, varias organizaciones de migrantes en Baja California y en los valles de Sinaloa.[16] Son asociaciones que, en su discurso, plantean la defensa de los derechos laborales de los jornaleros y se proponen otorgarles asesoría jurídica y laboral. Por lo regular, cada una de estas organizaciones aglutina a pequeños grupos (no más de 350); algunas de estas asociaciones, incluso, mencionan no tener afiliados sino llevar a cabo acciones amplias en las colonias, a partir de las cuales logran una clientela política. Por lo mismo, su existencia es efímera y constantemente hay reacomodos que llevan a la unificación de unas y a la desaparición de otras.[17] No obstante, son instrumentos que buscan intervenir en el control político del territorio (Lara y Ortiz, 2004).

Si bien existen sindicatos de jornaleros que operan en las principales regiones de atracción (Sinaloa, Sonora y Baja California), cabe mencionar que actualmente su actividad no tiene relevancia en la defensa de las condiciones laborales de los jornaleros.[18] Justamente el carácter eventual

16. Surgen en Sinaloa: El Frente Indígena Mixteco Jornalero Sinaloenese A.C., la Asociación Indígena Jornalera Sinaloense A.C., la Unión Indígena Sur del país "La Patria es Primero" A.C., el Consejo Sinaloense para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, A.C, la Asociación de Indígenas Oaxaqueños y el Frente de Unificación de Lucha Trique. Liberación de Pueblos Indígenas. Mientras en Baja California se establecen: el Frente Indígena Migrantes de Huitepec y radicados en Mandadero y Conexos A.C., la Unión Alianza Huitepec, el Frente Nacional Indígena Oaxaqueño, el Grupo Heladio Ramírez A.C., Asistencia Legal Indígena, el Frente Independiente de Lucha Trique A.C., la Asociación de Indígenas Oaxaqueños y la Coordinadora de Comités para el Desarrollo Social A.C. y el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional que ha sufrido varias escisiones.

17. A pesar de que en ambos estados hay experiencia de lucha sindical de los jornaleros desde la década de los setenta y antes, estas organizaciones adquieren mayor fuerza. Los dirigentes sindicales plantean la dificultad que tienen para afiliar y organizar a una población que se encuentra en constante movimiento. De tal manera que, si bien mantienen como retórica su voluntad de apoyar a los jornaleros en sus demandas laborales y otorgarles asesoría e información, pocos son los jornaleros que se acercan a las organizaciones sindicales.

18. En Sinaloa encontramos el Sindicato Nacional de Trabajadores del Campo, Similares y Conexos (SNTCSC), afiliado a la Confederación de Trabajadores de México (CTM). En el Valle de San Quintín, la CTM ha logrado la mayor cobertura social a través del Sindicato Nacional de Trabajadores, Obreros y Asalariados del Campo. También se encuentra operando la Central de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), cuya fuerza principal se ha dado en los estados de Sinaloa y en el Valle de San Quintín, Baja

del trabajo por jornal históricamente ha dificultado la afiliación de los trabajadores agrícolas, pero hoy en día se agrega a ello la itinerancia e inestabilidad a que los obligan las formas flexibles de operación de las empresas agrícolas. En este sentido, la acción sindical en las regiones de trabajo ha perdido la eficacia que en algún momento tuvo y, en su lugar, han cobrado mayor importancia las asociaciones de migrantes, especialmente entre la población asentada.

En sus inicios, dichas asociaciones surgen de la organización a partir del pueblo de origen[19] o de su pertenencia a un grupo étnico,[20] lo que les confiere un arraigo simbólico. A través de estas asociaciones los residentes no solo intentan negociar la consecución de algún predio, la instalación de servicios en las colonias a donde se encuentran asentados, sino que han comenzado a levantar entre sus demandas el respeto a los derechos humanos, como trabajadores y como indígenas (Lara y Ortiz, 2004).

No obstante, la estrategia de algunas de estas organizaciones se ha ido modificando, poco a poco, para volverse más inclusivas e incorporar a colectividades más amplias.[21] En San Quintín, Velasco (s.f.) refiere la importancia que va adquiriendo entre los residentes la lucha por dejar de ser vistos y nombrados como "migrantes" o "paisanos" por parte de los que se reivindican como "nativos" del lugar.

En lo que pareciera ser una ambigüedad, estos trabajadores migrantes movilizan recursos de aquí y de allá, lo que les permite circular dentro de un amplio territorio que integra no solo espacios diferentes sino adscripciones múltiples que se reconcilian.

California. En Sinaloa surge, como uno de sus brazos sindicales, la Federación Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos de Sinaloa, que plantea la constitución del Sindicato Nacional de Obreros Agrícolas Similares y Conexos (SNOASC).

19. Por ejemplo, la Unión Alianza Huitepec, que integra a miembros de la localidad de San Antonio Huitepec, ubicada en el estado de Oaxaca.

20. Por ejemplo, el Frente Independiente de Lucha Trique que aglutina a individuos de distintas comunidades pero de habla trique.

21. Por ejemplo: el Frente Indígena Mixteco Jornalero Sinaloenese A.C., la Asociación Indígena Jornalera Sinaloense A.C., la Unión Indígena Sur del país "La Patria es Primero" A.C., el Consejo Sinaloense para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas A.C.

Conclusiones

En este artículo me ha interesado mostrar cómo la migración de los jornaleros agrícolas que participan en las cosechas de hortalizas en el noroeste del país es un fenómeno que conecta movilidades en distintas direcciones, articula espacios de distinta naturaleza y genera identidades multifacéticas.

De campesinos, anclados en mundos rurales bien delimitados, muchas veces de origen étnico, las familias jornaleras han debido convertirse en "caminantes", buscadores de empleo y pluriactivos, salvando la precariedad mediante estrategias de movilidad que las llevan a escindirse en espacios geográficamente dispersos, pero formando parte de un "territorio migratorio". De acuerdo con Faret (2001), el conjunto de lugares que componen un territorio migratorio no son puntos aislados, aun si geográficamente se encuentran dispersos. Es tanto lo que liga a esos lugares como los lugares mismos.

La movilidad de los jornaleros agrícolas contempla un territorio que está integrado tanto por el lugar de origen como por un amplio campo migratorio que surge en torno de un mercado de trabajo agrícola que crean las empresas agroexportadoras en el noroeste del país. Esos lugares se vinculan entre sí gracias a redes sociales que permiten el intercambio de la información necesaria para insertarse en dicho mercado de trabajo, así como para acceder a nuevos mercados labores, tanto en México como en Estados Unidos.

Faret (ídem) plantea que los grupos con intensa movilidad ponen en práctica estrategias residenciales, lo que contribuye a una calificación relativa atribuida a los lugares, produciendo prácticas y reconocimientos colectivos. Son estrategias basadas en lógicas que permiten sacar ventaja de las desigualdades espaciales, en donde a cada lugar se le atribuye una "utilización" potencial en función de un cierto número de informaciones, donde se combinan datos factuales, percepciones, grado de accesibilidad física y también social y simbólica. Se trata, dice, de una calificación de los lugares, incluso antes de ser vividos. Una significación que no es individual, sino que resulta de procesos colectivos de asignación de sentido. "Todo candidato a un desplazamiento se coloca frente a un conjunto de alternativas en las cuales la variable esencial es el grado de familiaridad del lugar contemplado en relación con el grupo al cual pertenece ese individuo" (p. 3).

Justamente porque se trata de una movilidad que integra a familias y a comunidades campesinas completas, de regiones agrícolas que han dejado de producir lo necesario para retener a su población, estas han establecido circuitos en torno de un conjunto de lugares que han sido recorridos, por unos, y significados por unos y otros, conformando, así, esos "territorios migratorios".

Bibliografía

Avendaño, B. (2004). *El impacto de la iniciativa de inocuidad alimentaria de Estados Unidos. En las exportaciones de hortalizas frescas de México*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Chapingo, CIESTAAM, México.

Bendini, M.; Cavalcanti, J. S. y Lara, S. M. (2006). Una mirada sobre el campo de la sociología rural en América Latina. En E. de la Garza (Coord.), *Tratado Latinoamericano de Sociología*. México: UAM-I; Anthropos.

Bendini, M. y Radonich, M. (1999). *Con las puras manos. Cuaderno GESA 2*. Buenos Aires: La Colmena.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México*. México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H.; Lara, S. y Sánchez, M. (2003, mayo-agosto). Caractéristiques des migrations rurales à l'intérieur du Mexique et vers les États Unis. *Migrations & Société, 15*(87-88), 23-34.

Faret, L. (2001). Mobilité spatiale et territorialité. De la diversité de formes de construction du rapport aux lieux. Ponencia presentada en el *Séminaire Prisma*, 10-11 de mayo Toulouse, Francia.

Florez, N. (2006). Transformaciones del trabajo agrícola en México. Análisis comparativo de los años 1993-2003. Ponencia presentada en el *V Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales (AMET)*, Cocoyoc, México.

Lara, S. M. (1996). El papel de las mujeres en la nueva estructura de los mercados de trabajo rururbanos. En H. C. de Grammont y H. Tejera (Coords.), *La sociedad rural frente al nuevo milenio*, Vol. II. México: IIS-UNAM; UAM-A; Plaza y Valdés

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. M. (1999). Agricultura flexible y empleo en América Latina: un debate con el Postfordismo. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*. México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Lara, S. y Ortiz, C. (2004). *Alternativas organizativas de los trabajadores agrícolas migrantes., Informe de Trabajo*. México: Instituto de Estudios del Trabajo.

Leonard, E.; Quesnel, A. y Del Rey, A. (2003). De la comunidad territorial al archipiélago familiar. Movilidad, contractualización de las relaciones intergeneracionales y desarrollo local en el sur del estado de Veracruz. Ponencia presentada en el *IV Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales*, 20-22 de junio, México.

Martínez, J. (2005). *Redes sociales, intermediarios y mercado de trabajo rural. Estudio de caso en la región centro-sur del estado de Morelos*. Tesis de maestría en estudios regionales, Instituto J. M. L. Mora, México.

Pacheco, M. E. (2005). El trabajo agropecuario en México 1991-2003. En E. de la Garza y C. Salas (Comps.), *La situación del trabajo en México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Quesnel, A. y Del Rey, A. (2001). La construction d'une économie familiale d'archipel. Mobilité et recomposition des relations intergénérationnelles. Ponencia presentada en el *XXIV Congrès Général de la Population*, 18-25 de octubre, Salvador de Bahía, Brasil.

Seefoo, J. L. (2006). *Si tuviera cuatro vidas...* S.d.: documento inédito.

Tarrius, A. (2000). Leer, escribir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones, 21*(83).

Velasco, L. (s.f.). Diferenciación étnica en el Valle de San Quintín: Cambios recientes en el proceso de asentamiento y trabajo agrícola (un primer acercamiento a los resultados de investigación). En M. Ortega Vélez (Coord.), *Jornaleros agrícolas migrantes en el noroeste de México*. México: Plaza y Valdés.

Velasco, L. (2005). Migración y fronteras culturales: la contienda por la identidad en una región transnacional. En O. Hoffman y M. T. Rodríguez (Coords.), *Construir y vivir la diferencia, los actores de la multiculturalidad en México y Colombia*. México: CIESAS; CEMCA; IRD.

Circulación territorial y encadenamientos migratorios de los jornaleros agrícolas en el noroeste del país*

Trayectoria migratoria de la localidad de Coatecas Altas, Oaxaca

Coatecas Altas es una localidad enclavada en la región de los Valles Centrales de Oaxaca, perteneciente al distrito de Ejutla de Crespo, en los límites con la Sierra Sur, colindando con el distrito de Miahuatlán.

La trayectoria migratoria de esta comunidad inicia tarde, al final de los años 60, cuando declinan una serie de actividades de las que se había mantenido su población durante décadas, como es la producción agrícola basada en el maíz, frijol, calabaza, garbanzo y cacahuate, la que combinaban con la explotación de higuerilla,[1] así como con el tejido de petates.[2]

Coatecas fue también un pueblo de arrieros, ya que precisamente por su ubicación mantenía una fuerte actividad con la Sierra Sur oaxaqueña, llevando a vender sus petates, muy apreciados en esa región para el secado del café, y trayendo a su regreso café y otros productos. También criaban vacas, chivos, burros y caballos. Es un pueblo zapoteca, que contó con terrenos comunales desde el siglo XV, según título primordial, y después se benefició del reparto agrario y de la compra de tierras que habían pertenecido a las haciendas colindantes, gracias a lo cual la agricultura prosperó y permitió su crecimiento. No obstante, fue el deterioro ecológico, en gran parte provocado por la siembra de higuerilla, la caída de los precios

---

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2006, julio-diciembre). Circulación territorial y encadenamientos migratorios de los jornaleros agrícolas en el noroeste del país. *Teoría y Pesquisa*, 49, pp. 13-34. [ISSN 0104-0103].

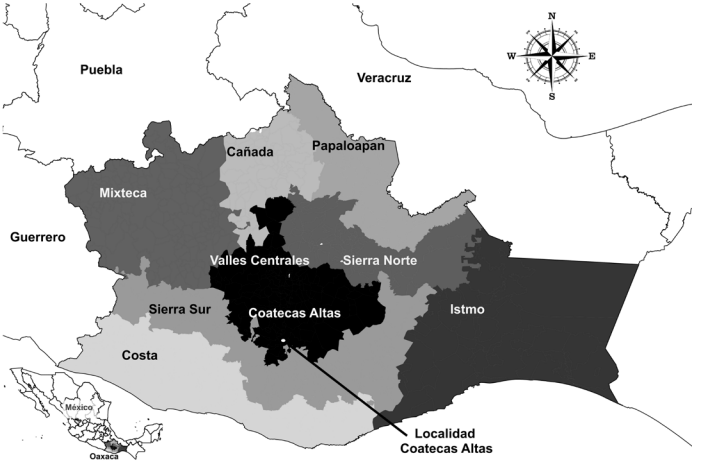
1. Una planta que se utilizaba para la elaboración de aceites industriales y otros productos.

2. Petate (del nombre náhuatl *petatl*) son tapetes o esteras elaborados a partir del tejido de palma o carrizo.

agrícolas y artesanales, el incremento demográfico junto a la pulverización de la propiedad a través de la herencia de la tierra, lo que empujó a los jóvenes a salir de la localidad y a buscar nuevos horizontes.

A diferencia de otros pueblos de los Valles, que comenzaron muy temprano a migrar hacia Estados Unidos, a través del Programa de Braceros,[3] sea por falta de tierras o por la mala calidad que estas tenían, Coatecas pudo sostener a su población activa en la propia localidad hasta los años sesenta cuando la fábrica que les compraba higuerilla quebró y el precio de los petates que elaboraban, así como de los productos agrícolas, declinó enormemente. Fue así que cuando llegaron noticias de que se requerían trabajadores para la pizca de algodón en Tapachula, Chiapas, salieron los primeros hombres, atendidos por algunas mujeres, pero solo para irse por periodos cortos de tres meses, y regresar a la cosecha de maíz en su región. Se trató de una migración que no duró mucho tiempo, pues al caer el precio del algodón los productores empezaron a pagar más bajos los sueldos y a contratar a los guatemaltecos, a quienes se les pagaba menos.

Mapa 1



Fuente: Elaboración propia.

3. Este programa funcionó en México entre 1942-1964, gracia al cual migraron legalmente por esta vía 4,58 millones de trabajadores, sin contar con los ilegales y de esos solo 814.337 optaron por la residencia estadounidense.

Es en este momento que en la familia de Pedro Valtierra se observa el inicio de la migración.[4] Son sus tíos abuelos: Luis y Aurelio, quienes inician la migración hacia Tapachula, Chiapas, en 1968. Si bien estos tenían tierras y las cultivaban, no era suficiente lo que obtenían con ella, por lo que salían unos meses para complementar el sustento. Muy pronto Luis se vuelve enganchador,[5] llevando entre 300 a 400 gentes hacia ese lugar. Esta situación marcó la trayectoria de Pedro, quien a los 10 años empieza a migrar.

Si bien el padre de Pedro tenía tierra, Pedro tuvo que salir a Tapachula, junto con sus tíos Luis y Aurelio, por falta de recursos. No tenían de qué vivir, la tierra no era suficiente y no tenían ganado, habían comprado un burro para cargar leña del cerro y llevarla a vender a Ejutla, o hacían carbón y, también, lo llevaban a vender al mercado de esa ciudad.

Tapachula se convirtió en una alternativa para la gente del lugar que no tenía suficientes tierras ni ganado. No obstante, al bajar el precio pagado en ese lugar para la pizca de algodón se inicia una nueva corriente migratoria hacia el noroeste del país. En este caso, fue Martín Fidel, un paisano de Coatecas, el primero en irse a Mazatlán, Sinaloa, a la finca Las Carolinas; regresó informando que allá había trabajo en el corte de algodón, y mejor pagado. Así es que salieron dos familias, y algunos otros, en tren, pagando el transporte desde Oaxaca hasta Sinaloa, para lo cual tuvieron que pedir prestado a los comerciantes del lugar.

Al poco tiempo, se incorporaron esta ruta entre 200 y 250 hombres, ampliando sus destinos hacia Los Mochis, Sinaloa de Leyva, Corerepe y Guasave (en Sinaloa), o hasta la Costa de Hermosillo (en Sonora), siguiendo la ruta del algodón. Si bien ganaban mejor, cuentan que las condiciones de trabajo y de vida eran muy duras, pues tenían que cargar los bultos de algodón, y la temporada era de mayo a septiembre, justamente durante los meses de más calor. Trabajaban desde las cuatro de la mañana, para almorzar a las 11 o 12 del día y salir cuando ya anochecía. Se dormían en la calle, pues en ese tiempo no había albergues ni campamentos.

4. Pedro Valtierra es *ego* en la genealogía que aquí se analiza. Nace en 1958 y en el momento de la entrevista, durante 2004 y 2005, tenía 46 años y su esposa 43. Tuvieron siete hijos que actualmente migran hacia distintos lugares.

5. Se llama "enganchador" a la persona que se dedica a contratar gente en sus lugares de origen, para llevarla a trabajar a las empresas.

Al iniciarse la década de los setenta empezó a irse mucha gente de Coatecas al noroeste, pues, a pesar de las condiciones de trabajo, allá pagaban mejor. El primer corte de algodón se pagaba a nueve pesos y el segundo a catorce pesos, cuando en Oaxaca un peón ganaba cinco pesos al día y las mujeres tardaban dos días en tejer un petate, por el que les pagaban de cuatro a seis pesos. Al poco tiempo, el algodón se acabó también en el norte, cuando la competencia de las fibras sintéticas puso en crisis a este cultivo y se inicia el *boom* de la producción de hortalizas, generándose un cambio en el patrón de cultivos en esa región.

Al acabarse la demanda para la pizca de algodón en el noroeste, algunos jóvenes de Coatecas, entre ellos Pedro, tomaron rumbo hacia la ciudad de México para trabajar como albañiles en las obras de construcción. A los 16 años, Pedro ya se había casado con Clotilde que tenía 13 años, y si bien algunas mujeres también se habían ido a la ciudad para trabajar en el servicio doméstico, Clotilde se quedó en Coatecas. No obstante, que esta fue una corriente migratoria bastante efímera, algunas parejas se quedaron a vivir en la gran ciudad.

En el estado de Oaxaca ya existía, desde los años sesenta, una vieja corriente de migración que se dirigía al noroeste a trabajar en las cosechas de hortalizas, principalmente de la región de la Mixteca, pero en Coatecas esta migración se inicia hasta los años ochenta. En la genealogía de Pedro, los primeros en irse a trabajar en las hortalizas fueron Luis y Félix Antonio Vázquez, hijos de Luis que había sido contratista en Tapachula. Regresaron vistiendo pantalón, botas vaqueras y sombrero de ala ancha, cuando la gente de Coatecas vestía calzón de manta y huaraches.[6] Traían dinero que enviaban los patrones para pagar el pasaje de tren de los que quisieran irse a Sinaloa, a donde tardaban hasta una semana en llegar. Era tanta la necesidad que había en la región que toda la gente quería irse. Hombres y mujeres salían junto con sus hijos; si bien en esa época aun no contrataban a los niños en las cosechas.

Las tierras ya no daban, no había agua, los conflictos políticos en la comunidad y los problemas de tierra empujaban a la gente a salir. A la vez, la demanda de mano de obra para las hortalizas iba creciendo, de tal

6. Los *huaraches* son sandalias de cuero, confeccionadas artesanalmente. Junto con el calzón de manta constituyó la indumentaria propia de la población indígena masculina.

manera que se multiplicaron los contratistas en la región, ensanchando su radio de acción hacia las rancherías y poblados cercanos. Para facilitar el traslado de la gente, los patrones comenzaron a enviar camiones que llegaban a Ejutla a recoger a todos los que quisieran irse: hombres, mujeres y niños. Las condiciones de traslado eran pésimas, al igual que el trabajo y el alojamiento que se les daba al llegar a Sinaloa. Salían de Ejutla en camiones de redilas,[7] para llegar a Oaxaca y después a la ciudad de México, pasando por Guadalajara, hasta llegar a Sinaloa. Allá todo era sucio, en los campamentos en donde los alojaban no había cuartos suficientes, no les ponían agua potable, ni módulo de salud ni escuela para los niños. Hacia finales de los años ochenta y hasta principios de los noventa la migración hacia el noroeste se extendió tanto que llegó a haber dieciséis contratistas operando en Coatecas y sus alrededores. Cada contratista sacaba entre 1.000 y 5.000 gentes de la región para llevarlas al corte de hortalizas. Salían desde el mes de noviembre, después de la fiesta de Muertos,[8] para regresar en abril, antes de que comenzaran las lluvias.

Pedro y sus hermanos se fueron por primera vez hacia Sinaloa en el año de 1986. Incluso su padre, Leonardo Ríos, que trabajaba en el Municipio como escribano, tuvo que salir durante dos zafras, debido a los problemas de todo tipo que había en la localidad. Él no había sido nunca campesino, porque era de los pocos que sabía leer, escribir y hablar bien el español. Pero los años ochenta fueron de muertes entre familias de distintos bandos políticos, además de las disputas que se dieron por el control y posesión de la tierra. Esto empujó a salir a muchas familias e individuos, como el padre de Pedro.

De esta manera, Pedro y los de su generación, que en ese tiempo tenían entre 20 y 30 años, empezaron a irse al noroeste; la mayoría ya con pareja e hijos. El principal destino fue Sinaloa, que atraía a la mayor cantidad de gente para las cosechas de invierno. Hermanos y primos de Pedro se fueron junto con Luis y Félix Antonio Vázquez hacia el campo El Porvenir, en dicha región.

Pedro, que tenía un poco de tierra que le había heredado su papá, no tuvo más remedio que salir nuevamente de jornalero. Comenta que ganaba

7. El camión de redila es el que usa para transportar al ganado.

8. Es la fiesta de Todos los Santos (1 y 2 de noviembre) en la que cada familia recuerda a sus muertos.

más en la ciudad como albañil si trabajaba él solo, pero ya para ese entonces tenía tres hijos y, junto con su mujer, les convenía más irse a Sinaloa y trabajar todos en las cosechas, incluyendo a los niños, lo que les permitía obtener un poco más de recursos. Aunque Pedro solo estudió hasta el tercer año de primaria, lograba desenvolverse bien, por lo que durante dos años lo contrataron como anotador.[9] En algún momento intentó convertirse en contratista, pero sintió que era mucha responsabilidad, pues muy seguido había accidentes de trabajo, enfermedades y muertes entre los que viajaban, debido a las condiciones de traslado y de vida que allá tenían.

Allá llegaban a alojarse en campamentos, al interior de las propiedades de los empresarios. Todavía recuerdan cómo tenían que sacar el agua de los canales de riego para beber y para bañarse o para lavar sus ropas, y cómo los campamentos eran resguardados por un "campero", quien vigilaba el campamento para que no pudieran salir, ya que estaban obligados a laborar con el empresario al cual pertenece el campamento. Y estas condiciones de vida han cambiado muy poco hasta la fecha.

Poco después tuvo la oportunidad de trabajar como promotor social por parte del, hasta entonces, Instituto Nacional Indigenista, ayudando en programas de salud y de educación en los campamentos a donde se alojaba a los jornaleros. Si bien se trataba de un trabajo temporal, mientras duraban las cosechas, Pedro trabajó en ello durante ocho años, llevando a su mujer y a sus hijos, quienes se empleaban como jornaleros en las cosechas. A él le convenía su trabajo como promotor social porque tenía un salario fijo, hubiera o no cosechas, y porque lo contrataban por más tiempo. Mientras su esposa y sus hijos llegaban con el contratista, a trabajar para una empresa agrícola.

Después de unos diez años de haberse iniciado la migración hacia el noroeste, la gente empezó a quedarse en esa región. No solo era el Valle de Culiacán, en Sinaloa, el destino que los llevaba hacia esas tierras, sino que continuaron ampliando sus rutas hacia Sonora y Baja California, siguiendo las cosechas de hortalizas. Pero una nueva atracción empezó a haber entre los más jóvenes: cruzar la frontera.

9. Se llama "anotador" a quien designa el caporal para ir anotando el número de cubetas que cada persona logra llenar de producto cosechado, principalmente de jitomate. Pueden ganar lo mismo que un peón que corta, pero el trabajo es menos cansado.

Poco a poco, se fueron quedando algunos a vivir en el noroeste. Primero, en los campamentos a donde llegaban. Algunos duraron allí hasta veinte años, trabajando para un solo patrón, pero sin tener ningún tipo de seguridad laboral, ni de prestaciones sociales y viviendo muy precariamente. En este proceso, 25 familias de Coatecas se instalaron en la Colonia Villa Juárez en Culiacán; otros tantos en Nueva Era, en San Quintín, y unas 400 personas en la colonia Oaxaca, en Pesquería, Sonora. Con tierras o sin ellas, se iban quedando para mal vivir, pero tenían trabajo seguro, aunque precario. A algunos les permitió instalarse bien, poner una tienda, comprar un camión para transportar a los jornaleros o rentar cuartos. Según Pedro Ríos (entrevista):

> Allá ya están registrados Eucario, Telésforo, Esteban, Pedro, Joaquín, Eraclio, Carlos, toda la familia de Fabián, todos se fueron. Yo les digo como vivía ese señor, porque es un señor muy humilde y pobre, ora su hijo canta, tiene carro, buenas camionetas y allá buena casa, tienda, teléfono; aquí, antes no tenían nada, aquí no puede uno tener eso, igual Pedro Pablo, el hijo de Severiano, él creo que tiene una manzana completa, de esquina a esquina. Tiene casa allí, en donde llegan muchos migrantes de todos los pueblos de Pochutla, de Peña Brava del municipio de Santo Domingo. Tiene su casa propia, lleva a la gente como mozos a los campos agrícolas y él tiene cuartos, *cuarterillos*, y con eso gana más. La gente aquí ahora dice, vámonos con Pedro Pablo, con Joaquín, con Pedro Vázquez, con José, vamos con Eucario, con el Tigre, así le dicen a Leonardo Antonio, o con el diablo, ese es Demetrio. Ellos viven bien allá, tienen tienda. Un primo mío que vive allá tiene una casa solita, cuando salió de aquí, simplemente no tenía nada, ahora tiene 3 tiendas, tiene teléfono que lo puso a nombre de su mujer, miscelánea Venus, y allí están todos, con otra vida, aquí no hace uno nada.

Hacia mediados de los años noventa la migración se había extendido fuertemente en toda la región hacia distintos destinos en el noroeste del país, involucrando a familias completas. Pero no solo eso, sino que había dejado de ser una migración de corta duración, acotada por los ciclos

agrícolas de la producción campesina tradicional en las zonas de expulsión. En poco tiempo, la mayoría de las familias de Coatecas tenía al menos uno de sus miembros migrando hacia algún lugar, y habían ganado experiencia de movilidad, especialmente como jornaleros agrícolas.

Al poco tiempo, una serie de cambios introducidos por las empresas productoras de hortalizas modificaron fuertemente la demanda de mano de obra, estancaron los salarios e intensificaron las jornadas de trabajo. Además, la desestacionalización de la producción por parte de las empresas agroexportadoras que extendieron sus operaciones en distintas regiones, dispersó dicha demanda. Lo que llevó a las familias a dividirse en distintos lugares. A la vez, la experiencia migratoria y el conocimiento que empezó a adquirirse de los espacios fronterizos, sobre todo para aquellos que iban a Sonora y Baja California, permitió que se establecieran los contactos necesarios con los distintos agentes que se dedican a cruzar a la gente en la frontera. Así, hacia finales de los años noventa, comenzó un nuevo destino hacia los Estados Unidos que atrae principalmente a los jóvenes.

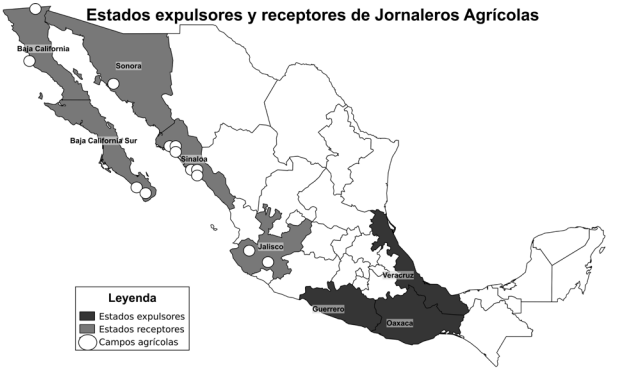
Coatecas dejó de ser el centro de la vida económica y social de sus habitantes, extendiéndose hacia los diferentes espacios por los que circulaban sus miembros en busca de alternativas para la sobrevivencia familiar. A la manera como lo analiza Quesnel y Del Rey (2001), las familias de Coatecas vieron multiplicar sus territorios en una especie de economía de "archipiélago", integrada por pequeños nudos de población que terminan por constituirse en territorios a partir de los cuales logran su reproducción social y cultural.

Desestacionalización de la producción hortícola y nuevos espacios de migración

De los efectos más visibles que están teniendo lugar en el campo mexicano, como resultado de los cambios en la agricultura, se pueden mencionar los desplazamientos multipolares de la población trabajadora y las nuevas modalidades de ocupación del espacio rural (Bendini y Radonich, 1999).

Hoy en día, las empresas agrícolas logran producir hortalizas todo el año, gracias a la introducción de nuevas variedades tempranas o tardías como porque pueden producir bajo invernadero. Pero, también logran este objetivo diversificando la producción y aprovechando las diferencias climáticas que hay en una amplia región del noroeste del país, lo que las lleva a descentralizarse geográficamente. Es así que varias empresas instaladas originalmente en los valles de Sinaloa, estimuladas con la apertura comercial, desplazaron una parte de sus actividades hacia Baja California (San Quintín, Valle de Trinidad, Mandadero, etc.), Baja California Sur (Vizcaíno, Todos Santos, La Paz, etc.), Sonora (Costa de Hermosillo y San Luis Río Colorado), Jalisco (Sayula, Autlán), entre otros estados, y lo que las ha lleva a extender su demanda de mano de obra en estas regiones. Así, la demanda de mano de obra no solo se ha extendido en el tiempo, sino que se ha dispersado geográficamente. Esta situación se corresponde con un deterioro de la producción campesina tradicional, producto de las nuevas políticas del Estado.[10]

Mapa 2



Fuente: Elaboración propia.

10. Los cambios a la Ley Agraria y de Aguas, así como la firma del TLCAN se enmarcan en una política neoliberal puesta en marcha desde finales de la década de los ochenta que brinda estímulos a la producción comercial y a las zonas agroexportadoras, mientras ha anulado créditos a los campesinos y apoyos en materia de precios, comercialización y distribución de sus productos, desalentando la producción campesina e impulsando la migración de las zonas rurales.

Si bien se trata de una demanda que se desarrolla a lo largo del año, esta tiene un carácter intermitente. Se contrata a los trabajadores para tareas precisas (planteo; colocar: hilo, estacas, estacones, plásticos; cosechas, etc.) y por tiempos definidos, pero la demanda se dispersa en distintas regiones del noroeste lo que empuja a los trabajadores a tener una gran movilidad.

Esta multipolaridad de los desplazamientos, resultado de la desestacionalización de la producción y de su dispersión geográfica, ha llevado a multiplicar los circuitos migratorios de los trabajadores. En la *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México* (C. de Grammont y Lara, 2004),[11] encontramos movimientos de carácter pendular y circular. Sin embargo, la *migración pendular* no solo incluye a aquellos que se mueven entre su pueblo de origen y el lugar de trabajo para regresar nuevamente al lugar de origen, sino una movilidad que va de un campamento o cuartería,[12] en alguna de las zonas de trabajo en donde se ha afincado temporalmente la población jornalera mientras trabaja, para dirigirse a otro lugar y/o regresar nuevamente al primero. A la vez, tenemos una *migración de tipo circular* que involucra más de dos lugares de trabajo, con residencia en el pueblo de origen o con residencia principal en un campamento o cuartería en alguno de los lugares de trabajo. Finalmente, detectamos una suerte de errancia, de una población que circula entre distintos lugares de trabajo sin tener una residencia fija. Los circuitos por donde transita están íntimamente relacionados con la dispersión geográfica de las empresas y el carácter intermitente del empleo que estas generan. De acuerdo con la mencionada encuesta, 74,4% de los jornaleros tenían su residencia en su estado de origen, 21,9% residían en un campamento o cuartería en los lugares en donde trabajan y 3,8% declaró no tener ningún lugar de residencia. Los dos últimos grupos (25,7% de la población total de los jornaleros migrantes) viven en constante movilidad buscando donde emplearse, lo que les confiere un estado de absoluta vulnerabilidad.

La movilidad de los trabajadores se ha intensificado en los últimos años, porque los circuitos migratorios, incluyen no solo varios destinos

11. Esta encuesta fue levantada entre 1998 y 2000 en varias regiones de agricultura de exportación de los estados de Sinaloa, Sonora, Jalisco y Baja California Sur a 8.117 hogares de jornaleros migrantes.

12. Las *cuarterías* son habitaciones que se alquilan a los trabajadores migrantes en las colonias o barrios periféricos a los campos agrícolas.

nacionales sino el cruce de la frontera. Cada vez son más frecuentes los enlaces entre la migración que se dirige hacia los estados del noroeste del país, con la migración hacia Estados Unidos, en un movimiento de vaivén.

Según la encuesta arriba mencionada, encontramos que los jornaleros que migraron en varias regiones, antes de regresar a su lugar de residencia, representaban el 15,9% del total. La mayoría de ellos trabajaba en dos regiones (74,4%), otros pocos en tres regiones y solo los que ya no tienen residencia fija circulan entre cuatro o más regiones. Los principales estados de recepción son Sinaloa (35,8%), Baja California (32,7%), Sonora (6,6%) y Baja California Sur (6,2%). Sin embargo, además de esos cuatro estados, los flujos se dispersan en más de 15 estados tan lejanos como son Jalisco, Chihuahua, Coahuila o Tamaulipas y otros que siguen hacia Estados Unidos, lo que comienza a ser una opción importante.

Para los jornaleros la migración se ha vuelto una condición de vida. Se trata de una movilidad que abarca distintos lugares, todos ellos conectados por la secuencia de las cosechas de hortalizas (invierno-primavera y verano-otoño) que se cultivan en diferentes lugares aprovechando las ventajas que ofrecen las diferencias de clima, de transporte, de infraestructura, etc. Algunos jornaleros solo se desplazan en invierno para trabajar en Sinaloa, a donde llegan enganchados por un contratista y, al terminar la cosecha regresan a su lugar de origen. Pero, cada día son más los que se quedan en la región y continúan hacia otros destinos, empujados por la pobreza y la falta de alternativas laborales en sus lugares de origen. Los distintos lugares por donde circulan son, desde el punto de vista de las empresas, espacios a donde estas se han descentralizado para lograr una producción a lo largo de todo el año. Para los jornaleros, son espacios en donde buscan encontrar trabajo la mayor parte del año, aunque solo sea un empleo de carácter temporal y discontinuo, con el fin de lograr la sobrevivencia del grupo familiar. También son lugares en los que se van tejiendo las redes sociales que les sirven en sus estrategias de movilidad.

La composición de los flujos migratorios actualmente involucra a familias completas o a grupos emparentados que viajan de un lugar al otro, teniendo una composición particular. Como lo hemos analizado en otro texto (C. de Grammont, Lara y Sánchez, 2003), se trata de *configuraciones familiares* que se establecen ad hoc para migrar. Familias nucleares y extensas, algunas veces

acompañadas de otros parientes y paisanos, familias con jefatura femenina, grupos de parientes y paisanos que se unen para migrar, hombres o mujeres solas, todos ellos participando en estructuras flexibles que se adaptan a los procesos migratorios y se recomponen constantemente en su ir y venir, y en donde se comparte un techo y hasta el mismo fogón.[13]

En la familia de Pedro Ríos este proceso se muestra muy claramente. Durante la generación de Pedro la mayor parte de los miembros migra hacia Sinaloa a mediados de la década de los ochenta, y la mayoría lo hace a través de contratistas. Llevan a sus hijos cuando estos aun eran pequeños, con el fin de que trabaje toda la familia, y después regresan al pueblo. Hacia la mitad de la década de los noventa comienzan a generarse movimientos hacia Sonora y Baja California, siguiendo las cosechas, pero también con la intención de conectarse con los contratistas y "polleros"[14] que pueden ayudarlos a cruzar la frontera, ya que carecían de redes en las cuales apoyarse. Algunos de los miembros de esta familia se quedan a vivir en el noroeste, principalmente en Pesqueira y San Luis Río Colorado, en Sonora, desde donde inician la migración a Estados Unidos a través del desierto de Altar, o en San Quintín, para pasar del lado de Tijuana. El intento se vuelve exitoso y se extiende hacia un buen número de los miembros de la tercera y cuarta generaciones. Pronto, se diversifican también los destinos en Estados Unidos, incluyendo California, Oregón, Oxnard y Florida.

En 2005, observamos que en la tercera generación, que corresponde a Pedro, sus hermanos y primos, se encontraban nueve individuos en Estados Unidos y siete en algún lugar del noroeste, mientras en la siguiente generación había 23 individuos en Estados Unidos y 34 en el noroeste, asimismo, al menos cuatro de los nietos habían nacido en Estados Unidos. Esto nos muestra cómo en un periodo de diez años se dispara la migración internacional. No obstante, no se trata de una migración definitiva ni unidireccional. Los que migran a Estados Unidos regresan y vuelven a ir al noroeste, en movimientos de vaivén cuya lógica que se corresponde con las estrategias de movilidad que cada núcleo familiar desarrolla.

13. De acuerdo con información del *Censo General de Población* (2000), la composición de los hogares de migrantes originarios de Coatecas, residiendo en ese momento fuera de la localidad, 19% estaban integrados por parejas con hijos, otros parientes y/o paisanos; 5,2% eran mujeres solas con hijos; 4,3% mujeres solas con hijos, parientes y/o paisanos; 39% eran parejas con hijos; 14% eran hogares unipersonales y el resto otras composiciones.

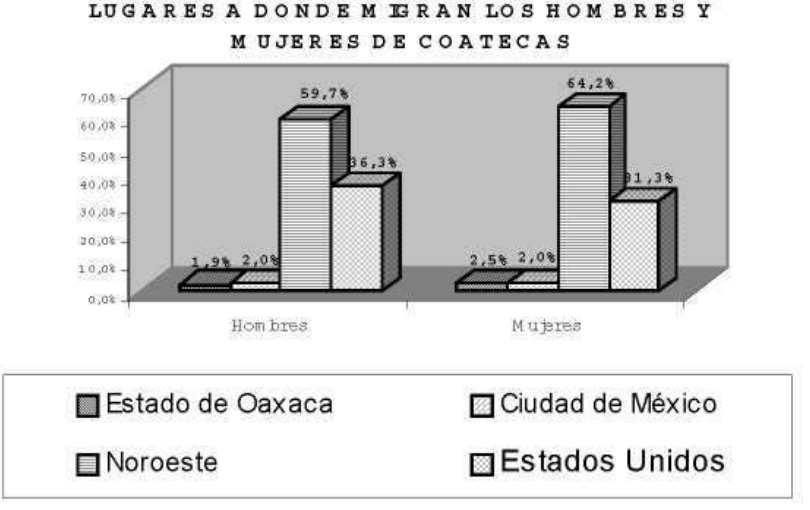
14. Es el nombre que se da despectivamente a la persona que se dedica al tráfico ilegal de personas hacia los Estados Unidos.

Estrategias de movilidad de las familias

De acuerdo con el censo levantado en 2003, en la cabecera municipal de Coatecas Altas, por el Centro de Salud de la localidad, se registraron en esta localidad 440 hogares de los cuales en 98% había algún migrante entre sus miembros. Lo que significa que se trata de un proceso que afecta seriamente a esta localidad. El total de individuos que integraron dichos hogares asciende a 2.294: 1.169 hombres y 1.125 mujeres, encontrándose que 69% de los individuos de esa localidad migran: 52,7% hombres y 47,3% mujeres.

Si observamos los destinos regionales a los que se dirige esta población, por sexo, vemos que la migración hacia el noroeste del país es la más importante (Sinaloa, Sonora y Baja California), seguida de los destinos hacia Estados Unidos; en menor medida van a algún lugar en el propio estado de Oaxaca o a la Ciudad de México. Sin embargo, para las mujeres es relativamente más importante la migración al noroeste que hacia los Estados Unidos, lo que se relaciona con las estrategias de las familias para circular e insertarse en los mercados laborales.

Gráfico 1



Fuente: Elaboración propia con base en el censo del Centro de Salud de Coatecas Altas, Oaxaca (2003).

A diferencia de otros pueblos del Valle de Oaxaca, en los cuales la migración hacia las ciudades ha sido muy importante, sobre todo durante el proceso de industrialización del país (cfr. Sánchez Gómez, 1995), en el caso de Coatecas la migración inicia tarde y se orienta principalmente hacia el noroeste, empujada por la crisis de la producción agropecuaria de la región, pero también por el incremento de la demanda de mano de obra en las regiones hortícolas de Sinaloa, Sonora y Baja California.[15]

Un papel fundamental en el inicio y desarrollo de esa corriente migratoria lo han tenido los contratistas enviados por las propias empresas al Valle, la Mixteca y Sierra Sur, en Oaxaca y más tarde hacia la Costa. Entre 1996-1998 censamos 75 contratistas en las regiones de los Valles Centrales y Sierra Sur (C. de Grammont, 1997-2000). Sin embargo, para el 2003, esos mismos contratistas habían reducido enormemente sus operaciones en la región, desplazándose hacia la Costa, o hacia las regiones indígenas de los estados de Chiapas, Veracruz y Guerrero, porque una parte importante de la población de Valles Centrales y de la Mixteca de Oaxaca viajaban por su cuenta, a través de sus propias redes, o tenían como nuevo destino los Estados Unidos.

En Coatecas mismo, donde llegó a haber hasta 16 contratistas, quince años después de haberse iniciado esta migración, estos se quejaban de la dificultad para juntar a la gente que quisiera irse con ellos al noroeste, en gran parte porque la mayoría ahora se va por su lado o se está yendo hacia los Estados Unidos.

No es que la migración hacia el noroeste haya dejado de ser importante para los habitantes de Coatecas, sino que ahora forma parte de una compleja estrategia de movilidad en la cual cada lugar tiene un significado especial y cada miembro de la familia cumple una función particular, como podemos verlo en la genealogía de la familia de Pedro. Al momento de la entrevista 38,8% de los individuos estaban en algún lugar del noroeste y 32,8% en Estados Unidos, solo 19% estaban en Coatecas, y la mayoría de estos eran de la generación de los padres y tíos de ego, así como de la propia generación de ego, hermanos y primos. El resto de los miembros estaba el algún lugar de Oaxaca o había fallecido. Sin

15. De acuerdo con información del *Censo Nacional de Población* (2000), 85,2% de los hogares de migrantes recientes originarios de Oaxaca estaban en Sinaloa, 12,2% en Sonora y 2,6% en Baja California.

embargo, entre los que estaban en el noroeste algunos ya había ido a Estados Unidos, y de los que estaban en Estados Unidos, previamente habían estado en el noroeste.

Si tuviéramos solamente el dato de los lugares de destino al momento de la entrevista y no las trayectorias de migración, supondríamos que el noroeste es solo un escalón antes de cruzar la frontera, pero no es así; más bien podría decirse que se trata de un *relais*, especie de parador que sirve como lugar de aprovisionamiento, de recambio, relevo, o renuevo, y no solo de tránsito.

Los habitantes de Coatecas construyen una relación con los espacios por donde circulan. El noroeste, por ejemplo, es para ellos un espacio lleno de oportunidades de trabajo en los campos agrícolas, aun si se trata de empleos precarios (de carácter temporal, discontinuo, itinerante, mal pagado y sin prestaciones sociales). Sin embargo, es donde han aprendido, desde niños, a viajar, a trabajar y, para algunos, desde donde se ve más cerca la posibilidad de "irse al otro lado" (EUA). Al traspasar la frontera se encuentra el lugar emblemático del éxito que está en el imaginario de la mayoría de ellos, sobre todo entre los más jóvenes. Por su parte, Coatecas es "el pueblo", un espacio mítico en donde residen los ancestros, donde algunos tienen una parcela, aun si ya no la cultivan, es el lugar a donde se nació, el de las fiestas patronales, el de los paisanos; y es un lugar de reconocimiento colectivo. De acuerdo con Faret (2001), el conjunto de lugares reales y aquellos que están en el imaginario, forman parte de un "territorio migratorio".

En sus ires y venires por los distintos lugares por donde han circulado se va construyendo esta relación con el espacio, basada en hechos que se vuelven significativos, como por ejemplo: quién es el contratista que les dio un mejor trato, qué patrón les paga lo acordado, qué campos son en los que se puede ganar mejor, en qué campamentos se puede vivir menos peor, en qué lugares conviene más llegar, a qué otros lugares se puede ir a trabajar desde allí, o en qué lugar hay posibilidades de quedarse. Pero estos hechos se convierten en información que se transmite mediante redes, a la vez que va creando redes. Dichas redes son el soporte de un territorio con centralidades múltiples a través de las cuales se da un conjunto de flujos de toda naturaleza (de información, de bienes, de afectos, de solidaridades y de conflictos).

La trayectoria migratoria de los miembros de las familias de Coatecas incluye varios destinos nacionales, y en algunos casos internacionales. Dichos destinos se relacionan con los espacios en donde las empresas agrícolas se han ubicado. En este sentido, contar con información precisa sobre las mejores condiciones de trabajo que algunas empresas ofrecen, los montos salariales, la duración del empleo, etc. resulta de gran utilidad, lo que se logra a través de las redes de relación que se tejen entre parientes, paisanos y amigos. A la vez, es la constitución de redes lo que ha hecho factible la instalación de unas familias en alguno de los lugares de migración y su arraigo en el mismo, lo que no implica necesariamente el abandono o el olvido del lugar de origen, ni el dejar de migrar, sino la posibilidad de ampliar el territorio que sirve de espacio de circulación para lograr la sobrevivencia del grupo familiar en su conjunto.

El caso de la familia nuclear de Pedro

Según observamos en el núcleo familiar de Pedro, toda la familia, que incluye a siete hijos, viajó a Sinaloa para participar en las cosechas de hortalizas durante varias temporadas, enganchados por algún contratista. Con el tiempo, algunos parientes suyos se instalaron en una colonia periférica a las zonas agrícolas del noroeste, lo que le permitió a la familia de Pedro ampliar sus redes de relaciones. Durante varias temporadas, y con el trabajo de toda la familia, reunieron el dinero necesario para pagar a un "pollero",[16] quien cruzó hacia Estados Unidos al hijo mayor de Pedro, llamado Guadalupe, llegando primero a California y más tarde hasta Oregón. Estando allá, este hijo mayor tuvo la obligación de enviar dinero para ayudar a pagar el cruce de la frontera de sus hermanos los gemelos. Mientras tanto, toda la familia siguió yendo a trabajar a Sinaloa cada invierno, para vivir y ayudar a pagar el traslado de estos dos hermanos.

Antes de cruzar la frontera, Guadalupe se casó con Victoria y la dejó a vivir en Sinaloa, con su tío Abdón, hermano de Pedro. Ahora va y viene a Estados Unidos, moviéndose constantemente entre Fresno, Oregón,

16. Es el nombre que se da, despectivamente, a la persona que se dedica al tráfico ilegal de personas hacia los Estados Unidos.

Florida, pero regresando constantemente a Sinaloa, a encontrar a Victoria quien trabajaba en las cosechas de hortalizas, hasta que pudo irse con Guadalupe a Estados Unidos.

De los hermanos gemelos, Francisco es soltero y vive en Madera, California, desde hace cuatro años trabajando en el campo, mientras que Pablo, el segundo gemelo, se casó con Elena, originaria de Coatecas, pero cuya familia se instaló a vivir en San Luis Río Colorado, en Sonora. Cuando Pablo regresa, se queda a vivir con sus suegros, y esto le permite ir y venir a Estados Unidos, dejando en ese lugar a Elena y al hijo que ya tienen juntos.

Francisco y Pablo envían dinero a sus padres, para ayudarlos, pero también han invertido en la construcción de su casa, y en la compra de una parcela en Coatecas. Es Pedro el que trabaja la parcela de sus hijos, y quien construye la casa de cada uno de ellos.

La hija mayor de Pedro, Estela, se casó y desde hace dos años vive en Fresno, California, con su marido y sus dos hijos. En tanto Rufina, soltera y de quince años, se quedó a vivir en Sinaloa con la familia del tío Abdón, hermano de Pedro, y trabaja con ellos en el campo. Su estancia allá correspondió a una especie de impasse mientras encontraba a una pareja con quien casarse, o mientras reunía el dinero necesario para cruzar la frontera y reunirse con sus hermanos.

Finalmente, los hijos menores de Pedro: Martha, de once años, y, Beto de siete, viven en Coatecas y estudian en la escuela primaria, en un programa especial para niños migrantes (Monarca), ya que cada año se van con su mamá a trabajar a Sinaloa en el campo, durante temporadas de cuatro a seis meses. De esta manera, estudian medio ciclo escolar en Coatecas y otro medio ciclo en Sinaloa. Mientras tanto, Pedro se queda en Coatecas, sembrando la tierra que han ido comprando sus hijos, o trabajando en la construcción de la casa de estos, para lo cual le envían constantemente dinero. Si bien Clotilde se hace cargo de la cría de los animales que han ido comprando y de las tareas de la casa, no deja de migrar cada año a Sinaloa, llegando a casa del tío Abdón.

Gracias a que Martha, Beto y Clotilde migran como jornaleros a Sinaloa, han conseguido una serie de apoyos gubernamentales, a través del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA). Por ejemplo,

un crédito para pie de casa, con el cual han podido construir su propia vivienda, despensas y ayuda para el traslado a Sinaloa. En tanto Pedro ha ido comprando tierra con el dinero que le envían sus hijos y, gracias a ello, logra recibir el apoyo de Progresa, un Programa de ayuda para sembrar maíz.

Lo que es claro en esta familia, es que la movilidad se convierte en una forma de vida que se aprende desde la infancia, sobre todo a partir de la generación de Pedro. Pero mientras que para él y los de su generación la migración hacia los campos algodoneros de Tapachula y, después, a Sinaloa se hizo necesaria para complementar los ingresos provenientes de una parcela, en el caso de la generación de sus hijos se convierte en una necesidad imprescindible para la sobrevivencia.

Los hijos de Pedro conocen desde niños lo que supone ir y venir, vivir aquí y allá, aprendiendo los códigos de una y otra sociedad por la que se mueven. Si bien "el pueblo" es un espacio de reconocimiento común con sus padres, familiares y paisanos, el noroeste es un espacio a donde se aprende a circular por distintos lugares y en distintas empresas, adaptándose a cambios que se generan en el mercado de trabajo al desestacionalizarse la producción de hortalizas y dispersarse geográficamente por diferentes estados del noroeste. No obstante, para esta generación cruzar la frontera se vuelve el objetivo, tanto porque en términos económicos resulta más atractivo como porque adquiere una significación particular, como lugar del éxito.

Cada individuo de la familia de Pedro ha ido construyendo su propia trayectoria de migración, y cada miembro tiene un papel en la estrategia de movilidad del conjunto familiar. Esta movilidad permite aprender los códigos de una y otra sociedad por las que se mueven, y hacen del "saber circular" (Tarrius, 2000) una forma de vida.

Conclusiones

Apoyándome en un estudio de comunidad, así como en el análisis genealógico de la familia de Pedro, en este artículo muestro cómo la movilidad de los jornaleros agrícolas en México es un fenómeno que articula

espacios de distinta naturaleza y en diferentes direcciones, generando un encadenamiento de migraciones nacionales e internacionales.

De campesinos, anclados en mundos rurales bien delimitados, muchas veces de origen étnico, las familias jornaleras han debido convertirse en "caminantes", buscadores de empleo y pluriactivos, salvando la precariedad mediante estrategias de movilidad que las llevan a escindirse en espacios geográficamente dispersos, pero formando parte de un "territorio migratorio". De acuerdo con Faret (2001), el conjunto de lugares que componen un territorio migratorio no son puntos aislados, aun si geográficamente se encuentran dispersos. Es tanto lo que liga a esos lugares como los lugares mismos.

La movilidad de los jornaleros que salen de Coatecas en busca de oportunidades laborales contempla un territorio que está integrado tanto por su lugar de origen como por un amplio campo migratorio que surge en torno a un mercado de trabajo agrícola que crean las empresas agroexportadoras en el noroeste del país. Esos lugares se vinculan entre sí gracias a redes sociales que se establecen entre familiares y paisanos, permitiendo el intercambio de la información necesaria para insertarse en dicho mercado de trabajo, así como para acceder a nuevos mercados labores, tanto en México como en Estados Unidos.

Faret (*ibid*.) plantea que los grupos con intensa movilidad ponen en práctica estrategias residenciales que contribuyen a una calificación relativa atribuida a los lugares, produciendo prácticas y reconocimientos colectivos. Son estrategias basadas en lógicas que permiten sacar ventaja de las desigualdades espaciales, en donde a cada lugar se le atribuye una "utilización" potencial en función de un cierto número de informaciones, donde se combinan datos factuales, percepciones, grado de accesibilidad física y también social y simbólica. Se trata, dice, de una calificación de los lugares, incluso antes de ser vividos. Una significación que no es individual, sino que resulta de procesos colectivos de asignación de sentido. "Todo candidato a un desplazamiento se coloca frente a un conjunto de alternativas en las cuales la variable esencial es el grado de familiaridad del lugar contemplado en relación al grupo al cual pertenece ese individuo" (2001, p. 3).

Se trata de una movilidad que integra a la mayor parte de los miembros de las familias de Coatecas, poblado que ha dejado de producir lo necesario para retener a su población, llevando a sus miembros a vincularse en circuitos de migración, en torno a un conjunto de lugares que componen un amplio territorio de migración.

Como lo muestran los datos de Coatecas, 98% de los hogares de esta comunidad tenía a algún miembro migrando, sea al noroeste del país o hacia Estados Unidos, encontrándose una leve propensión a que la migración hacia los Estados Unidos sea mayoritariamente masculina y hacia el noroeste principalmente femenina. En especial, en la generación de Pedro, las mujeres solo tuvieron la opción de irse con sus padres, y luego con sus maridos, a trabajar como jornaleras a algún lugar del noroeste. Esta situación cambia en la generación de los hijos de Pedro, no obstante que se da prioridad para que los hombres crucen la frontera.

El noroeste, que comprende un conjunto de lugares dispersos en una amplia región de los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur, se convirtió en un espacio de socialización para esos jóvenes que empezaron a migrar desde niños, y adquirió tal familiaridad para ellos, que aun si no los han recorrido forman parte de un universo que se constituye en una referencia común no solo para todos ellos sino para el resto de los miembros de la comunidad. Quesnel y Del Rey (2001) señalan al respecto que estos lugares representan un lugar de posible acogida o de recibimiento para toda la "diáspora", son la sede de numerosos intercambios con el lugar de origen y entre sí; intercambios de personas, pero sobre todo de la información necesaria para el funcionamiento de una economía de archipiélago.

Bibliografía

Bendini, M. y Radonich, M. (1999). *Con las puras manos. Cuaderno GESA 2*. Buenos Aires: La Colmena.

C. de Grammont, H. (1997-2000). *Restructuración productiva, empleo y migración en las empresas agroexportadoras de México*. Proyecto de Investigación colectiva (PAPIIT-IN303297). México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. (2004). *Encuesta a Hogares de Jornaleros Migrantes en Regiones Hortícolas de México*, IIS-UNAM, México, 2004.

C. de Grammont, H. y Lara, S. (s.f.). *Características de las empresas y del empleo en la horticultura de exportación mexicana*. Neuquén: Cuadernos GESA (en prensa).

C. de Grammont, H.; Lara, S. y Sánchez, M. J. (2003, mayo-agosto). Caracteristiques des migrations rurales à l'intérieur du Mexique et vers les Étas Unis. *Migrations y Societé, 15*(87-88), 23-34.

Faret, L. (2001). *Mobilité spatiale et territorialité*. De la diversité de formes de construction du rapport aux lieux. Ponencia presentada en el *Séminaire PRISMA*, 10-11 de mayo, Toulouse, Francia.

Quesnel, A. y Del Rel, A. (2001). La construction d'une économie familiale d'archipel. Mobilité et recomposition des relations inter-générationnelles. Ponencia presentada en el *XXIV Congrès Gènéral de la Population*, 18-25 de octubre, Salvador de Bahía, Brasil.

Sánchez Gómez, M. J. (1995). *Comunidades sin límites territoriales. Estudio sobre la reproducción de la identidad étnica de migrantes zapotecas asentados en el área metropolitana de la ciudad de México*. Tesis de Doctorado. Centro de Estudios Sociológicos, El COLMEX, México.

Tarrius, A. L. (2000). Escribir, interpretar. Las circulaciones migratorias: Conveniencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. *Relaciones, 21*(83).

Características de las migraciones rurales hacia regiones hortícolas en el noroeste de México*

Introducción

La gran expansión que ha tenido la producción de frutas y hortalizas en los últimos 40 años ha llevado a acuñar el término de *hortoculturización* (Schwentesius y Gómez-Cruz, 2000) en alusión al proceso de ganaderización que tuvo lugar en el campo mexicano en los años setenta. Se trata de un incremento, más que en la superficie cultivada, en el valor y en los rendimientos de estos cultivos.[1] A la vez, se calcula que estos cultivos generaron 48% de las divisas obtenidas por la exportación de productos agrícolas y 10,6% del empleo en la agricultura.

Sinaloa, Sonora y Baja California destacan por su orientación exportadora, mientras que Jalisco, Morelos, San Luis Potosí y Michoacán producen, sobre todo, para el mercado interno, de allí que se trata de los estados de la república que más migración generan para la cosecha de estos productos. Sin embargo, hay coincidencia al señalar que Sinaloa sigue siendo líder en la exportación hortícola por los estándares de calidad y tecnología sofisticada que ha logrado incorporar, inusual en otras entidades del país. Sus exportaciones de berenjena representaron, en

* Extraído de Lara Flores, S. M. (2005). Características de las migraciones rurales hacia regiones hortícolas en el noroeste de México, pp.109-125. En Y. Masssieu Trigo, M. Chauvet Sánchez y R. García Zamora (Coords.), *Los actores sociales frente al desarrollo rural*, Tomo II. México: Asociación Mexicana de Estudios Rurales; Praxis. [ISBN 970-682-225-9].

1. Entre 1960 y 1998. la superficie sembrada de hortalizas pasó de 2,3% a 3,8%, mientras el valor aumentó de 6,7% a 20,4% y los rendimientos llegaron a incrementos de 229%, para el caso del tomate, y de 288%, para el chile verde; ambas constituyen las principales hortalizas de exportación en México.

1991, el 88% del total; de jitomate, el 60%; y de pepino, el 53% (Calvin y Barrios, 2000; Lara, 1997; Lara y C. de Grammont, 1999; Schwentesius y Gómez-Cruz, 2000).

El incremento en la producción de hortalizas se ha visto acompañado de una intensificación de los flujos migratorios. Sin embargo, lo más importante es que se han dado una serie de cambios cualitativos en la composición de dichos flujos y es este tema lo que nos interesa analizar en la ponencia.

El desarrollo de la migración hacia el noroeste del país

Es útil mencionar que la migración hacia el noreste del país no es reciente. Se consolida la migración principalmente a Sinaloa, a finales de la década de los cincuenta, cuando se incrementan las exportaciones mexicanas de tomate y hortalizas a Estados Unidos, después de que, debido a la Revolución cubana, se cancelan las importaciones provenientes de Cuba. Los años sesenta conocen el *boom* de la producción de hortalizas en Sinaloa y el despunte de una agricultura empresarial, que incorpora las tecnologías más modernas de su época (C. de Grammont, 1990; Lara, 1997). Pero, a la vez, es el momento en que se establece una corriente migratoria rural-rural, proveniente del sureste del país, fundamentalmente de Oaxaca y, más tarde, de Guerrero. Se trata de regiones de población indígena por excelencia, que han sido históricamente expulsoras de fuerza de trabajo por los altos índices de pobreza y marginalidad que allí han prevalecido y por los niveles de fecundidad, que se han mantenido relativamente más altos que en el resto de las zonas rurales.[2]

Oaxaca ocupa el segundo lugar nacional entre los estados de la república con mayor índice de marginación y Guerrero ocupa el tercer lugar, considerados a partir de los siguientes indicadores.

2. En Oaxaca, la tasa global de fecundidad es de 2.9 y en Guerrero de 3; mientras que en el nivel nacional esta tasa se mantiene en 2.4 (Morelos, 2000).

Cuadro 1. Población total nacional y Oaxaca. Indicadores socioeconómicos, índice y grado de marginación

Entidad	Población	% de analfabetas menores de 16 años	% de ocupantes en vivienda sin agua entubada	% de viviendas con hacinamiento	% de población ocupada con ingreso menor a 2 salarios mínimos
Nacional	81.249.646	12,44	20,92	54,09	63,22
Oaxaca	3.019.560	27,54	42,21	69,94	78,73
Guerrero	2.620.637	26,87	44,03	69,64	67,81

Fuente: Conapo y CNA (1993).

En Oaxaca, se calcula, en la actualidad, que cuatro de cada 10 campesinos emigran fuera de sus comunidades en busca de trabajo, lo que hace que 302 municipios, de los 570 que lo integran, tengan lasas de crecimiento estacionarias o negativas por los altos índices de expulsión (Sedesol, 2000). La migración de Oaxaca y Guerrero, que se dirigía al noroeste del país, se estableció, en primera instancia, como un flujo de tipo *golondrina*, para laborar en los campos algodoneros de Sonora (San Luis Río Colorado, Costa de Hermosillo, Río Mayo y Río Yaqui) y Sinaloa (Guasave). Para 1969-1970, se calculaba que llegaba a esta región una población jornalera migrante de 67.000 personas, durante junio y agosto, la cual continuaba, durante septiembre y noviembre, en la cosecha de algodón en Baja California (Mexicali) y Sonora (San Luis Río Colorado). Finalmente, continuaba en la cosecha de jitomate y hortalizas en Sinaloa (Culiacán, El Fuerte y Guasave) y parte de Sonora (Guaymas y Río Mayo), para laborar de diciembre a mayo, en donde el contingente superaba alrededor de los 150.000 trabajadores (Paré, 1977, pp. 116-117; citado en Botey *et al.*, 1976).

Por el tipo de migración, de carácter temporal y *golondrina*, y por el trabajo rudo en los campos algodoneros, que exigía cargar costales de unos 300 kg de algodón, este tipo de flujo migratorio estuvo integrado, principalmente, por hombres adultos, que viajaban solos o acompañados de algunas mujeres que *los atendían*, es decir, mujeres que migraban para hacerse cargo de la comida, lavar la ropa y asear el cuarto que se les asignaba a los trabajadores dentro de un campamento o galerón.

Cabe mencionar que la migración proveniente de Oaxaca tiene una larga historia. Desde finales del siglo XIX, indígenas de este estado se dirigían a Valle Nacional, en la misma entidad, para laborar en la pizca de algodón y en el tabaco. A pesar de las limitaciones que imponía la incomunicación de la región sureste del país, entre 1900 y 1930, se consolidó una corriente migratoria, también de carácter *golondrina,* hacia Veracruz, para emplearse en las zafras cañera y cafetalera de Córdoba y del Sotavento. Hacia 1942, con la construcción de la carretera panamericana, que conectó a Oaxaca con el resto del país, se inició un proceso de fuerte expulsión hacia las ciudades de México, Puebla y Veracruz, durante el periodo de industrialización sustitutiva (1940-1960), y hacia Estados Unidos, mediante el Programa Bracero. Hacia finales de la década de los años cincuenta, se inicia el flujo hacia el noroeste del país, para la pizca de algodón en Sonora y Baja California, y a los campos de hortaliza en Sinaloa; más tarde, en la década de los setenta, se establece una corriente que tendrá como destino principal la región hortícola de San Quintín, en Baja California (INI, 1998).

En Guerrero, principalmente en la región de la montaña, se generó un fuerte proceso migratorio en los años cincuenta hacia el centro turístico de Acapulco y la ciudad de México, para trabajar en la industria de la construcción. Otras corrientes migratorias se orientaron a Veracruz y Morelos, para laborar en la zafra de la caña y en el corte del café. Sin embargo, en la década de los setenta, aparece una nueva corriente, que se orienta hacia el noroeste del país, para trabajar en la cosecha de hortalizas de Sinaloa y San Quintín, en Baja California.

Se estima que de 1930 a 1970, la migración neta intercensal en Guerrero aumentó en un 400% (Rubio *et al.*, 2000). San Quintín aparece como una extensión de la horticultura sinaloense en los años setenta. La ventaja de esta región respecto a los valles de Sinaloa (Culiacán y El Fuerte) es que permitía una complementariedad en el ciclo productivo: Sinaloa produciendo hortalizas de invierno y Baja California en el ciclo primavera-verano, en los meses de junio-septiembre. Esta complementariedad generó una nueva demanda de mano de obra y estableció una migración de tipo pendular entre los valles de Sinaloa y San Quintín.

No obstante, a la fecha, estos flujos migratorios, que tienen ya una larga historia, han sufrido cambios significativos como resultado del incremento

en la demanda de hortalizas y de nuevos cultivos no tradicionales y por los procesos de restructuración productiva de las empresas agroexportadoras. Cabe mencionar que restructuración no es sinónimo de modernización; en ese sentido, si bien ha habido innovaciones tecnológicas de gran envergadura en la producción de hortalizas de exportación,[3] este proceso ha incorporado otros cambios significativos, como la diversificación de cultivos (en la actualidad más de 100 tipos de hortalizas) y de mercados (nuevos destinos internacionales y la incorporación de estándares de calidad para mercado nacional de lujo), la ampliación de zonas productivas (un corredor que se extiende por Sonora, Sinaloa, Baja California y Baja California Sur, para mercado de exportación, y Jalisco, Michoacán y San Luis Potosí para mercado nacional), la descentralización de las estructuras empresariales y la flexibilización en el uso de la fuerza de trabajo (Lara, 1998; Lara y C. de Grammont, 1999). Estos cambios han provocado modificaciones en el empleo: en algunos casos, han reducido el número de jornadas de trabajo para ciertas tareas; en otros, al revés, han incrementado las tareas. Sin embargo, los efectos que esto ha provocado en los flujos migratorios han sido relevantes en términos cuantitativos y cualitativos.

Si bien es difícil cuantificar la magnitud del crecimiento de los flujos migratorios, porque no existen estadísticas que permitan conocer el comportamiento de las migraciones temporales, por nuestra investigación encontramos que ha habido modificaciones importantes en la composición y dirección de las corrientes migratorias.

Características actuales de la migración rural-rural hacia el noroeste del país

De acuerdo con la información arrojada por la *Encuesta a Hogares de Jornaleros Agrícolas Migrantes* (AA. VV., 2001), aplicada a 6.987 jefes de familia en tres regiones hortícolas de Sinaloa, Sonora y Jalisco,[4] se encuentra que un primer

3. Por ejemplo: la introducción de sistemas de fertirrigación y de nivelación por láser, la técnica de plasticultura, producción en invernadero, sistemas de riego sofisticados, empaques computarizados. sistemas de enfriamiento y maduración, sin mencionar todos los avances en materia de biotecnología (Lara, 1997; Lara y C. de Grammont, 1999).

4. Esta encuesta se realizó en el marco del proyecto de investigación sobre *Restructuración Productiva, Em-*

cambio significativo en la composición de los desplazamientos hacia esas regiones del noroeste está dado por la diversificación de los lugares de origen de los migrantes. Tradicionalmente, las migraciones de tipo rural-rural provenían de estados altamente expulsores de fuerza de trabajo, de manera principal del sureste de la república (Oaxaca y Guerrero). Ahora vemos, por el lugar de nacimiento del jefe del hogar, que esta migración proviene de 27 estados del país, aunque solo 4 de ellos envían el 84% del total de los migrantes que llegan a la región (Guerrero, 27,7%; Oaxaca, 24,6%; Veracruz, 16,5%; y Sinaloa, 15,8%). Sin embargo, estos porcentajes muestran (ver cuadro 2) que algunos estados que antes fueron polos de atracción de mano de obra (como Veracruz, para el corte de caña y de café, o Sinaloa, para la cosecha de hortalizas, caña y algodón) ahora forman parte de las principales entidades de origen de la población migrante que llega al noroeste del país. También, encontramos que se desarrollan migraciones intrarregionales o interestatales de regiones o zonas más pobres hacia otras más desarrolladas. El ejemplo más claro es el de Sinaloa, en donde la población local, originaria de las zonas serranas de ese estado, genera 15,8% del total de la migración hacia las zonas hortícolas. Pero la población migrante de Sinaloa que llega a los valles hortícolas de ese mismo estado asciende a 18,2%; 15,6% va hacia Sonora y 0,4%, a Jalisco.

Cuadro 2. Lugar de nacimiento de los jefes de hogar que llegan a trabajar a las zonas hortícolas de Jalisco, Sinaloa y Sonora

Estado de origen	Jalisco		Sinaloa		Sonora		Total	
	Casos	%	Casos	%	Casos	%	Casos	%
Guerrero	173	23,8	1.624	33	138	10,3	1.935	27,7
Oaxaca	95	13	1.397	28,4	226	16,8	1.718	24,6
Veracruz	405	55,6	262	5,3	483	35,9	1.150	16,5
Sinaloa	3	0,4	895	18,2	209	15,6	1.107	15,8
Otros estados	52	7,2	702	14,2	288	21,4	1.077	15,4
Total nacional	*728*	*100*	*4.915*	*100*	*1.344*	*100*	*6.987*	*100*

Fuente: *Encuesta a Hogares de Jornaleros Migrantes en Regiones Hortícolas de México* (AA. VV., 2001).

pleo y Migración en el Campo, coordinado por Hubert C. de Grammont, del IIS-UNAM, con financiamiento de la DGAPA-UNAM (PAPIID-IN 303297).

Este cambio en el origen de las migraciones sin duda nos habla de un deterioro en las condiciones de vida de las regiones de producción campesina de todo el país y no solo en el sureste, pero también está relacionado con la crisis de ciertos cultivos, que fueron importantes fuentes de empleo en décadas pasadas, como la producción de caña, café y algodón, por mencionar algunos productos cuyas exportaciones han conocido una fuerte caída en la mayor parte de los países latinoamericanos.[5]

Un segundo cambio significativo, que ya ha sido observado por Barrón (1999), es que los flujos migratorios se especializan en un solo tipo de cultivo. En nuestra encuesta, no hubo trabajadores que participaran, durante todo su ciclo migratorio, como jornaleros en cultivos no hortícolas. También, encontramos coincidencias con los hallazgos de Barrón (*ídem*) en relación con que la expansión de los cultivos hortofrutícolas amplió los mercados de trabajo para la población migrante, ya que si antes se dirigía principalmente a Sinaloa, Sonora y Baja California (San Quintín), hoy vemos que se incluyen nuevas regiones en Baja California Sur (La Paz, Todos Santos y Vizcaíno), Jalisco (Sayula y Autlán), San Luis Potosí, Michoacán y Morelos. Sin embargo, un hecho que constatamos en nuestra investigación es que la especialización no solo se da en un tipo de cultivo, sino en relación con el destino de los productos, es decir, difícilmente encontramos que las corrientes migratorias que se dirigen hacia las regiones agroexportadoras de Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur se entrelacen con aquéllas que se han especializado en la producción para mercado interno, como Jalisco, San Luis Potosí, Michoacán y Morelos. En Sinaloa, de 539 familias que tuvieron migración circular, solo 12 habían pasado a Morelos, 9 a San Luis Potosí, 6 a Jalisco y 3 a Michoacán. La mayoría había circulado de Sinaloa hacia Baja California (361 casos), Sonora (68 casos) y Baja California Sur (52 casos). El resto (34) había pasado por otros estados, sin que se tratara de una migración significativa. Este patrón de circulación se mantiene en los casos en los cuales se trata de segunda, tercera y cuarta migración hacia Sinaloa.

5. Para ejemplificar este fenómeno, puede mencionarse que, entre 1970 y 1992, la participación porcentual de las exportaciones latinoamericanas de azúcar y miel decayó de 19,3 a 12,74%; la de café, té, cacao y especias pasó de 29,84 a 13,72%; y la de fibras textiles, de 8,84 a 2,24%, en el mismo periodo (Rubio, 1999, p. 283).

Una tercera transformación relevante que arroja nuestra encuesta es que la migración llamada *golondrina*, que suponía la existencia de una corriente migratoria que partía de un lugar de origen y pasaba por varios puntos antes de regresar al punto inicial, ha dado lugar a nuevas modalidades. En primera, porque dicho lugar de origen era una comunidad campesina establecida en una de las regiones expulsoras del país; ahora, ese punto de arranque puede ser un campamento o una *cuartería*,[6] situados en alguna de las zonas de atracción, en donde se ubica la residencia de las familias de trabajadores, mientras laboran con una empresa. En segunda, porque esa migración puede ser pendular: desde una comunidad, un campamento o *cuartería* hacia otra región hortícola (por ejemplo, de Sinaloa a Baja California o Baja California Sur) y regresar al lugar de origen; o circular, teniendo también como punto de arranque una comunidad, un campamento o *cuartería*, siguiendo diferentes destinos (por ejemplo, de Sinaloa a Baja California y, luego, a Baja California Sur), para regresar al punto original. La situación más dramática que encontramos, a través de la encuesta, es la migración circular, sin residencia fija en ninguno de los puntos del ciclo migratorio.

Cuadro 3. Ciclo migratorio de los jefes de hogar (pendular, circular o permanente)

Tipo de ciclo	Número de casos	%
Pendular	*4.269*	*86,9*
Pendular con residencia en el pueblo	1.312	26,7
Pendular con residencia en campamento o *cuartería*	2.957	60,2
Circular	*539*	*10,9*
Circular con residencia en su pueblo	351	7,1
Circular con residencia en campamento o *cuartería*	85	1,7
Circular permanente sin residencia	103	2,1
No especificado	107	2,2
Total	*4.915*	*100*

Fuente: *Encuesta a Hogares de Jornaleros Migrantes en Regiones Hortícolas de México* (AA. VV., 2001).

6. Mientras el campamento es un lugar ubicado en los terrenos de la empresa, regularmente dentro de alguna zona de cultivo, en donde se construyen habitaciones muy rudimentarias de materiales frágiles, como láminas de cartón o de aluminio, las *cuarterías* son habitaciones ubicadas en el pueblo más cercano con materiales de construcción más sólidos (cemento, tabique, etcétera). En el campamento, el trabajador no paga un alquiler; en la *cuartería* debe pagar una renta. A veces, la *cuartería* es proporcionada por el mismo enganchador o contratista que los llevó a trabajar a la empresa.

En el cuadro 3 observamos que la mayor parte de las familias encuestadas (86,9%) tuvo un ciclo de migración pendular. Sin embargo, 539 familias tuvieron una migración circular, pasando por distintas regiones antes de regresar al lugar del que partieron (pueblo, campamento o *cuartería*), 96 habían pasado por otro lugar antes de llegar a Sinaloa, 12 pasaron por dos lugares más y cuatro, por tres. Sin embargo, en sus rutas migratorias muy pocas pasaron por regiones de producción para mercado nacional. La mayoría de las zonas de trabajo se especializaba en productos de exportación, lo que significa que es una mano de obra que se ha especializado en la cosecha de productos hortícolas de exportación.

Un cuarto fenómeno en los flujos de migración reciente es la composición en términos del tipo de grupo que migra. La migración individual o en grupo, principalmente de hombres solos y adultos, que caracterizó al asalariado (o proletariado rural) de los años setenta ha dado lugar a una migración de tipo familiar, nuclear o extensa, en la cual las mujeres cada vez tienen mayor presencia como jefas de hogar.

Cuadro 4. Tipo de hogar de los jornaleros migrantes en Sinaloa

Tipo de hogar	Casos	%
Familia nuclear	*3.287*	*66,9*
Parejas solas	361	7,3
Parejas con hijos	2.533	51,5
Jefa sola con hijos	267	5,4
Jefe solo con hijos	126	2,6
Familia extensa	*944*	*19,2*
Pareja sin hijos con parientes y/o paisanos	131	2,7
Pareja con hijos con parientes y/o paisanos	635	12,9
Jefa sola con hijos y parientes y/o paisanos	131	2,7
Jefe solo con hijos y parientes y/o paisanos	47	1
Grupos	*349*	*7,1*
Jefa de grupo de parientes	95	1,9
Jefe de grupo de parientes	223	4,5
Jefa de grupo s/parentesco	1	0

Jefe de grupo s/parentesco	30	0,6
Migración individual	335	6,8
Mujer sola	46	0,9
Hombre solo	289	5,9
Total	*4.915*	*100*

Fuente: *Encuesta a Hogares de Jornaleros Migrantes en Regiones Hortícolas de México* (AA. VV., 2001).

En Sinaloa, casi el 66,9% de la población que migró lo hizo en grupo de familia nuclear, 19,2% migró en familia extensa; 7,1%, en grupo de parientes y paisanos; 6,8%, en migración individual. Lo interesante en estos grupos es la presencia que detectamos de hogares conducidos por mujeres solas con sus hijos (5,4% del total de la migración), de mujeres solas con sus hijos y parientes (2,7%) o de mujeres solas con parientes o con un grupo sin parentesco (1,9%). Finalmente, no es menos significativo que encontramos 46 mujeres migrando solas (0,9%).

Esta situación constituye un cambio importante en relación con la migración que se presentaba hace dos décadas, lo que se explica, en gran medida, por la incapacidad de las unidades domésticas campesinas de retener a sus miembros en torno a la parcela, y nos remite a un quinto cambio importante, que ha tenido lugar en el carácter de las migraciones rurales: observamos una presencia significativa de población femenina en los flujos migratorios. En Sinaloa, del total de la población migrante, el 48,4% es de mujeres que migran desde antes de cumplir un año, casi en la misma proporción que los hombres. Sin embargo, esta presencia no significa un simple acompañamiento del grupo familiar o del varón, para atenderlos en las tareas domésticas. Analizando el cuadro 4 vemos, inclusive, que algunas mujeres migran como cabeza de familia o de grupo y en migración individual. Si bien se trata de un pequeño porcentaje, que alcanza un poco más del 10% de los jefes de hogar, muestra la presencia activa de las mujeres en esas migraciones.

Sin embargo, si analizamos ya no solo a los jefes de familia, sino al conjunto de la población femenina y masculina que trabaja en los campos agrícolas por rangos de edad, tenemos que el 44,6% del total de la población que trabaja lo constituyen mujeres. En el cuadro 5 se analiza a la población trabajadora por sexo y edad. En él, vemos que la participación

de las mujeres es importante en todos los rangos de edad casi en la misma proporción que la masculina y no disminuye, de manera significativa, en la edad reproductiva de esas mujeres, sino a partir de los 40 años, cuando el porcentaje de trabajadoras desciende en comparación con el de los hombres (39,7% y 60,3%, respectivamente), lo que, con seguridad, corresponde a un remplazo de las mujeres más viejas por las más jóvenes y con hijos, que son las que cuidan a los niños y a los enfermos en los campamentos.

Cuadro 5. Población que trabaja en Sinaloa por grupo de edad y sexo (porcentajes)

Grupos de edad	Hombres		Mujeres		Total		Porcentaje acumulado
	Casos	%	Casos	%	Casos	%	
De 6 a 11	1.014	50,8	982	49,2	1.996	100	25,1
De 12 a 14	1.039	50,1	1.033	49,9	2.072	100	
De 15 a 19	1.886	52,9	1.680	47,1	3.566	100	74,9
De 20 a 24	1.427	58,3	1.022	41,7	2.449	100	
De 25 a 29	861	55,8	683	44,2	1.544	100	
De 30 a 34	611	53,9	522	46,1	1.133	100	
De 35 a 39	541	53,8	464	46,2	1.005	100	
De 40 a 44	454	60,3	299	39,7	753	100	
De 45 a 49	375	64,7	205	35,3	580	100	
50 años y más	715	69,5	314	30,5	1.029	100	
No especificado	53	66,3	27	33,8	80	100	
Total	*8.976*	*55,4*	*7.231*	*44,6*	*16.207*	*100*	*100*

Fuente: Trabajo de campo, Proyecto de investigación *Restructuración Productiva, Empleo y Migración en el Campo* (PAPIID-IN 303297).

Un último fenómeno tiene que ver con la presencia significativa de población infantil en los flujos migratorios. El 42,8% del total de la población migrante encuestada en los campamentos y *cuarterías* de Sinaloa tenía 14 años o menos, lo que da cuenta de que la migración actual ya no es de hombres solos, sino de hombres, mujeres y niños que, en grupos domésticos bastante *sui generis*, salen de sus pueblos en busca de nuevos horizontes.

Sin embargo, nos parece importante destacar que la población que migra a los campamentos lo hace para trabajar. Así, resulta impresionante ver, en el cuadro 5, que el 25% de la población que trabaja en los campos tiene entre 6 y 14 años y los porcentajes de participación femenina son apenas un poco menores que los de la población masculina para todos los rangos de edad.

Un tema que no trataré en este trabajo, pero sin duda es muy importante, es que la incorporación temprana al trabajo se está reflejando, indudablemente, en el porcentaje de analfabetismo de la población migrante. Solo el 54,9% de los hombres y 45,1% de las mujeres saben leer y escribir, y observamos que, conforme avanza la edad, el nivel de analfabetismo de las mujeres es mayor que el de los hombres.

La estancia en los campamentos, que en promedio es de 6 meses, significa el retiro de la escuela para un porcentaje significativo de la población en edad escolar. El 72,2% de los hombres y el 73,4% de las mujeres migrantes, de entre 6 y 19 años, no asisten a la escuela mientras se encuentran viviendo en los campamentos.

Como puede verse, los cambios en el tipo de migración rural-rural que se presentan en la actualidad en México son importantes, sobre todo porque son indicativos de una situación que se ha agravado, provocando mayor miseria y precarización entre los que tienen que vivir como jornaleros agrícolas.

Conclusiones

En este trabajo, me ha interesado mostrar el carácter de los flujos migratorios que se generan en torno a las empresas agroexportadoras, ubicadas, principalmente, en el noroeste de México. El planteamiento que aquí se hizo es que la migración hacia las regiones hortícolas del país se ha transformado a lo largo de las dos últimas décadas por el origen de la población que migra y por la composición de los flujos migratorios.

En la actualidad, se observa que la expulsión de fuerza de trabajo se da en todos los estados del país, seguramente como resultado de una crisis prolongada en la producción campesina. Sin embargo, me parece

significativo que ciertas regiones, como Veracruz, que fueron importantes zonas productoras de cultivos de exportación tradicionales o de materias primas para las agroindustrias nacionales, hoy se convierten en polos de expulsión de mano de obra. La producción de caña de azúcar y de café hizo de Veracruz una región que atraía la migración de otros estados del país para el corte y la cosecha de estos productos. La importancia de esta producción se explica en el modelo de sustitución de importaciones y en el desarrollo de un mercado interno que requería de un crecimiento autocentrado. En la actualidad, 16,5% de los jefes de hogar que llegan a trabajar como jornaleros en las empresas hortícolas del noroeste de México provienen de Veracruz.

De la misma manera, se observa un incremento en las migraciones intrarregionales, como las que se dan en Sinaloa, las cuales se generan de las zonas serranas hacia los valles hortícolas. También, se dan importantes desplazamientos de población de Sinaloa hacia otras zonas hortícolas de Sonora y Baja California. Ese fenómeno da cuenta de las disparidades regionales provocadas por el desarrollo de grandes polos de producción empresarial, orientados a la exportación, los cuales cuentan con riego y tecnologías modernas al lado de amplias zonas de producción campesina de temporal, orientadas a la subsistencia familiar.

En gran parte, esto es lo que explica otros fenómenos que resaltamos en este trabajo. La migración rural-rural se integra, de manera fundamental, por familias nucleares y extensas, aunque se observa la conformación de grupos domésticos *sui generis,* que se constituyen, justamente, para migrar y compartir un espacio común durante su estadía en las regiones hortícolas. Esto se vincula a la incapacidad de esas familias para mantenerse como una unidad doméstica campesina potencializando su fuerza de trabajo y sus recursos en tomo a la parcela y al hogar. En este sentido, me interesa resaltar la relevancia que. hoy en día, tienen las mujeres en esos desplazamientos y su participación activa en el trabajo asalariado, con independencia de su rango de edad. Asimismo, es importante observar su presencia como jefas de grupo en ciclos migratorios largos, algunos de los cuales no suponen un retorno al lugar de origen. Considero que este fenómeno muestra un cambio significativo en las condiciones de reproducción de las unidades domésticas

campesinas, puesto que las mujeres no dejan de migrar, ni se retiran del trabajo en la edad reproductiva. Al contrario, mantienen los niveles más altos de participación en el trabajo, como jornaleras, y solo se retiran, cuando son más viejas, para cuidar a los hijos de sus hijas, mientras estas trabajan.

No menos significativa es la presencia de los niños en las corrientes migratorias y en el trabajo como jornaleros, por lo que ello supone para la reproducción a largo plazo de las unidades domésticas. Si bien en lo inmediato estos niños son una fuente de ingresos para las familias, al trabajar en los campos hortícolas –como jornaleros y con cargas igualmente pesadas que las de sus padres–, eso supone que estas familias han renunciado, por completo, a tener una estrategia de movilidad social a través de la educación. Podría decirse que han renunciado a esta opción para dirigir todas sus energías a conseguir la subsistencia inmediata.

Finalmente, es importante reflexionar sobre el hecho de que una cuarta parte de los jefes de hogar ya no siembra la tierra, ni tiene casa en su lugar de origen, al mismo tiempo que la migración de retorno al pueblo de origen va perdiendo peso frente a una migración pendular, que parte desde un campamento o *cuartería* en alguna de las zonas de trabajo para dirigirse a otra, o frente a una migración circular y sin retorno.

Esto último me parece que es indicativo de una situación de grave deterioro en las regiones de donde proviene esa mano de obra que se emplea como jornalera en las regiones hortícolas. Pero, más allá de eso, sin duda pone al descubierto las desigualdades que genera un nuevo modelo de crecimiento que basa sus bondades en las "ventajas comparativas" que se generan al producir cultivos no tradicionales orientados a la exportación, con una mano de obra indígena, femenina e infantil en condiciones de extrema vulnerabilidad.

Bibliografía

AA. VV. (2001). *Encuesta a Hogares de Jornaleros Migrantes en Regiones Hortícolas de México. Proyecto Restructuración Productiva, Empleo y Migración en el Campo*. México: IIS-UNAM.

Barrón, A. (1999). Las migraciones en los mercados de trabajo de los cultivos intensivos en fuerza de trabajo: un estudio comparativo. En H. C. de Grammont *et al.* (Coord.), *Agricultura de exportación en tiempos de globalización.* México: CIESTAAM; IIS-UNAM; CIESAS; RISHORT; Juan Pablos editor.

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado.* México: IIS-UNAM.

Conapo y CNA. (1993). *Indicadores socioeconómicos e índice de marginación municipal, 1990.* México: Conapo; CNA.

Lara, S. (1995). *Jornaleras, temporeras y* bóias-frías*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina.* Caracas, UNRISD; Nueva Sociedad.

Lara, S. (1997). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible en la agricultura.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara, S. y C. de Grammont, H. (1999). Restructuración de las empresas hortícolas en Sinaloa. En H. C. de Grammont, *Restructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Mendoza, D. (1998). Los factores determinantes de la disminución de la fecundidad. *Demos, 11,* (México).

Morelos, J. B. (2000). La mortalidad general a finales del segundo milenio. *Demos, 13,* (México).

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Rubio, B. (1999). Restructuración productiva en la agricultura latinoamericana: las nuevas tendencias hacia la globalización. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, restructuración productiva y empleo en la agricultura latinoamericana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Rubio, M; Millán, S. y Gutiérrez, J. (2000). *La migración indígena en México.* México: INI; PNUD.

Schwentesius, R. y Gómez Cruz, M. Á. (2000). Tendencias de desarrollo del sector hortofrutícola de México. En R. Schwentesius y M. Á. Gómez Cruz. *Internacionalización de la horticultura.* México: CIESTAAM; Mundi Prensa.

Sedesol. (2000). *Resumen. Diagnóstico de los pueblos indígenas de Oaxaca.* En http://www.sedesol.gob.mx/perfiles/estatal/oaxaca/00resumen.html

Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco*

Sara María Lara Flores y Hubert C. de Grammont

Presentación
Universo de la encuesta

Como universo de la encuesta se seleccionaron las cuatro principales zonas productoras de hortalizas de exportación, en las cuales se ubican las empresas más importantes y se genera la mayor demanda de mano de obra temporal. La producción frutícola es otra fuente importante de demanda de jornaleros migrantes; sin embargo, las zonas de producción de hortalizas fueron privilegiadas en esta investigación por su concentración regional y por los circuitos migratorios que provocan.

Se seleccionaron cuatro estados de la república y cinco regiones: Valle de Culiacán y de Guasave en Sinaloa, Costa de Hermosillo en Sonora, La Paz en Baja California Sur y Sayula en Jalisco.[1] Por el carácter cíclico del trabajo agrícola se realizó la encuesta en diferentes temporadas: en Sinaloa el levantamiento se llevó a cabo durante el ciclo de invierno de

---

* Extraído de C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. M. (2004). *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México: Sinaloa, Sonora, Baja California Sur y Jalisco*. México: IIS-UNAM. [ISBN 970-32-2766-X].

1. Una ausencia relevante de esta encuesta lo constituye el Valle de San Quintín en Baja California Norte, en donde los conflictos sociales que se produjeron entre 1996 y 2000 nos impidieron realizar el levantamiento de cuestionarios en las empresas allí ubicadas. Sabemos que la población migrante en esta región ascendía a 35.000 personas al momento en que levantamos la encuesta en los otros estados.

1999, en Jalisco en el invierno de 1999, en Baja California Sur y en Sonora durante el verano de 2000.[2]

Para la selección de las empresas nos valimos de la elaboración de directorios de empresas en cada región. De esta manera nuestra encuesta se levantó en las empresas más grandes y modernas del país, aquellas que contratan la mayor cantidad de jornaleros en cada temporada y, por lo mismo, cuentan con los campamentos que tienen mayor capacidad instalada, pero también se incorporaron empresas con campamentos medianos (cuadro 1).

Cuadro 1. Cobertura de la encuesta por capacidad instalada de los campamentos (número de personas)

Capacidad instalada de los campamentos (número de personas)	**Número total de campamentos (1)**	**Número de campamentos donde se hicieron entrevistas (2)**	**Porcentaje de campamentos donde se hicieron entrevistas (2/1)**
3.000 o más	3	3	100
2.000 a 2.999	4	4	100
1.500 a 1.999			100
1.000 a 1.499	25	17	68
500 a 999	50	23	46
250 a 499	59	21	35,6
Menos de 250	71	10	14,1
Total	*218*	*84*	*38,5*

Fuente: Proyecto de investigación *Reestructuración Productiva, Empleo y Migración en el Campo* (PAPIIT-IN303297).

Como lo muestra el cuadro anterior, trabajamos en todos los grandes campamentos de más de 1.500 trabajadores; en 68% de los campamentos de 1.000 a 1.499 trabajadores; en 46% de los campamentos de 500 a 999 trabajadores; en 35% de los campamentos de 250 a 499 trabajadores, y en 14% de los campamentos de menos de 250 trabajadores.

2. La encuesta se levantaba entre las 16 y las 20 horas, después del regreso de los jornaleros de su día de trabajo.

Al finalizar nuestro trabajo de campo en los cuatro estados, habíamos levantado 8.117 encuestas en hogares de jornaleros migrantes. Estas encuestas incluyen a 32.574 personas que representan, según las regiones, entre 28% y 48% (promedio de 30%) de la población total de jornaleros que arriban a dichas regiones (cuadro 2).

Cuadro 2. Cobertura de la encuesta aplicada a hogares de jornaleros migrantes

Estado y región	Número de encuestas aplicadas en cada región	Capacidad instalada en los campamentos (número de personas) (1)	Número de personas encuestadas (2)	Cobertura de la encuesta (2/1) (en porcentaje)
Baja California Sur: La Paz	1.130	7.700	3.699	48
Jalisco: Sayula	728	.000	2 387	39.8
Sinaloa:	4.915	83.461	23.334	28
Valle de Culiacán	3.735	71.461	18.550	26
Valle de Guasave	1.180	12.000	4.784	39,9
Sonora: Costa de Hermosillo	1.344	11.171	3.154	28,2
Total de los 4 estados	*8.117*	*108.332*	*32.574*	*30,1*

Fuente: Proyecto de investigación *Reestructuración Productiva, Empleo y Migración en el Campo* (PAPIIT-IN303297).

Al realizar este levantamiento no pretendimos sacar una muestra de hogares, dada la dificultad para tener acceso en todas las regiones y/o en todos los campamentos, por lo que optamos por seguir el método antropológico de saturación.[3] De hecho, para mayor seguridad se rebasó ampliamente este punto de saturación para asegurar la validez de nuestros datos. A la vez, tampoco pretendimos que la encuesta tuviera un carácter general y diera cuenta de la situación nacional en toda su diversidad. Más bien nuestra intención es la de ofrecer cuatro estudios de caso a profundidad, que muestren las regularidades y las particularidades que tiene la migración jornalera en las cuatro zonas hortícolas más importantes del país.

Estamos conscientes de que los procesos migratorios son sumamente dinámicos. Las regiones de donde proviene la mano de obra, la manera

3. El punto de saturación es el momento en que el investigador, o el equipo de trabajo, estiman que no aprenden más acerca del objeto estudiado, por lo cual no es necesario levantar más encuestas (o entrevistas).

como llegan a las zonas de atracción, el perfil de los migrantes, etcétera, cambian constantemente y en ello interviene un sinnúmero de factores que se generan tanto en las zonas de atracción como en las de expulsión. Es por ello que la validez de la encuesta consiste en dar cuenta de un proceso migratorio en un lugar específico y en un momento dado.

Esperamos que esta fuente de información, con sus limitaciones, contribuya a dar visibilidad a un sector social en estado de extrema pobreza y precarización, así como a mostrar la complejidad que revisten los procesos migratorios de los jornaleros agrícolas migrantes.

Justificación

Nuestro país tiene una larga historia de migraciones tanto internas como hacia Estados Unidos. No obstante, son estas últimas las que más han llamado la atención de académicos, políticos y funcionarios, por las implicaciones que reviste este fenómeno en términos de relaciones internacionales, de política exterior y de política económica.

El inusitado incremento de las migraciones laborales hacia Estados Unidos en las últimas décadas, el carácter ilegal de parte de los desplazamientos y la criminalización de los migrantes indocumentados, la violación de sus derechos humanos son elementos que han llevado a fijar la atención principalmente en las migraciones internacionales. Pero, más que cualquier otro factor, la importancia que han adquirido los migrantes en Estados Unidos tiene que ver con la importancia de las remesas que envían a México (12.000 millones de dólares) y que representan ahora la segunda fuente del ingreso nacional (después del petróleo y antes del turismo).

No obstante, hoy en día las migraciones internas se han incrementado notablemente y forman parte de un proceso global que involucra un conjunto de movimientos a distintas escalas (local, regional, nacional). Tradicionalmente, estos trabajadores han sido campesinos pobres que se veían obligados a migrar temporalmente en las zonas de gran desarrollo para complementar los magros ingresos de su producción campesina. Eran esencialmente hombres solos, jefes de familia o solteros que

viajaban en cuadrillas, mientras la familia esperaba en su pueblo. Hoy en día, tanto por el incremento de la pobreza en sus pueblos como por la baja de los salarios, ya son familias enteras las que migran para que todos los miembros del hogar trabajen en las empresas agrícolas. Esto significa que la población infantil y de mujeres participa al igual que los hombres en el mercado de trabajo. También la población indígena participa en una proporción cada vez mayor.

Es la población más pobre del país la que migra desde las regiones deprimidas y aisladas hacia los estados agrícolas ricos especializados en la producción de frutas y hortalizas. Se trata de la población que ni el programa de lucha contra la pobreza de la Secretaría de Desarrollo Social ha podido atender.

La modernización en la agricultura de frutas y hortalizas no ha consistido en eliminar la mano de obra por la mecanización, sino en utilizar tecnologías de punta como la biotecnología, la computarización, las cadenas de enfriamiento, los invernaderos, la mercadotecnia, etcétera, para multiplicar los rendimientos y disminuir los riesgos. En la medida en que se sigue utilizando mano de obra, insustituible para obtener un producto de calidad, en diversas labores, pero principalmente en la cosecha, no solo los jornaleros migrantes no están desapareciendo, sino que su número ha aumentado notablemente en las dos últimas décadas.[4] Un estudio de principios de la década de los setenta hablaba de la existencia de poco más de 600.000 jornaleros; hoy los datos estadísticos hablan de tres millones.[5]

Desafortunadamente, se tiene poca información sobre esta población y sus procesos migratorios. Sin duda es difícil captar el fenómeno de la migración rural-rural por la misma naturaleza del proceso: los jornaleros migrantes, o por lo menos la mayoría de ellos, tienen una casa en un pueblo campesino en donde viven algunos meses del año y migran temporalmente el resto del tiempo hacia las zonas de atracción de mano de obra. En su pueblo ya no tienen los medios necesarios para vivir. Su tierra, si tienen, es insuficiente para producir el sustento de su familia,

4. Lara Flores (1998a); C. de Grammont y Lara Flores (1999); C. de Grammont (1999). El antropólogo Juan Vicente Palerm (1998) plantea lo mismo para la agricultura en Estados Unidos.

5. Véanse Botey, Heredia y Zepeda (1975) y *Encuesta Nacional de Empleo* (INEGI, 2000a).

mucho menos para vender su producción en el mercado. Tampoco hay trabajo. Normalmente, por ubicarse en regiones deprimidas no existen alternativas de empleo regional. La migración a la ciudad, por su lado, se ha vuelto demasiado azarosa y no representa más la esperanza de una mejor vida. Quedan entonces dos alternativas: la migración hacia las zonas agrícolas con cultivos intensivos en mano de obra y el gran sueño de ir a trabajar "del otro lado".[6]

Es notorio que a pesar de los esfuerzos realizados por investigadores y algunas instituciones públicas (Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas, Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, Secretaría de Educación Pública), poco se sabe sobre esta población porque existe una dificultad inicial fundamental: su invisibilidad social. Debido al importante proceso de urbanización del país la mayoría de la población, incluso de quienes toman las decisiones en el ámbito gubernamental o en los partidos políticos, ignoran la existencia de esta población y de sus condiciones de vida.

Las dificultades para realizar trabajos de campo con una población tan aislada, pobre e inestable hacen que las investigaciones sobre el tema del empleo y la migración rural normalmente sean estudios de caso locales (una comunidad, una pequeña región) o se limiten al levantamiento de algunas decenas de entrevistas. Sin menoscabar la importancia de dichos trabajos, es necesario reconocer que estamos frente a una grave falta de datos generales para ubicar en sus grandes dimensiones el perfil socioeconómico de estos trabajadores.

Por su lado, los censos y las encuestas nacionales levantadas por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) no captan el fenómeno de la migración temporal rural-rural, por lo cual no permiten dar cuenta de la gran movilidad territorial de esta población, de

6. El estado de California produce la mitad de las hortalizas frescas de Estados Unidos. En ese estado, 8.800 empresas (de las 82.500 existentes) concentran 90% del valor agrícola y 80% de la mano de obra empleada en la agricultura estatal. Alrededor de un millón de jornaleros trabaja en la agricultura californiana. La mitad de estos trabajadores migra cada año desde sus comunidades entre febrero y marzo para regresar entre octubre y noviembre; 10% de ellos es población indígena. La otra mitad son inmigrantes que se han establecido en el medio rural californiano. Además, otro millón de jornaleros trabaja en otros estados de la Unión Americana, principalmente en Texas, Oregón y Washington. En total, cerca de la cuarta parte de los migrantes mexicanos en Estados Unidos trabaja en la producción de frutas y verduras de este país (Palerm, *op. cit.*).

su composición y magnitud. Disponemos de algunas cifras sobre el empleo en el campo, a veces contradictorias, en el *Censo Agrícola-Ganadero*, el *Censo General de Población y Vivienda*, la *Encuesta Nacional de Empleo* (ENE) y la *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares* (ENIGH).

En cuanto al *Censo Agrícola-Ganadero* disponemos solo del VII Censo de 1991 porque el censo de 2001 no fue levantado. Además de ofrecernos datos de hace más de una década, este censo contiene un solo dato sobre la mano de obra ocupada que se refiere a todas las personas empleadas durante la última semana del mes de septiembre de 1991. Para el caso de los jornaleros migrantes está definición tiene serias limitaciones, ya que no hay mucha demanda de trabajadores asalariados eventuales en la agricultura en esa fecha. Solamente para tomar el caso de las hortalizas, que es el que nos interesa aquí, sabemos que en Sinaloa durante la cosecha, entre diciembre y abril, hay unos 200.000 jornaleros eventuales (ver inciso 2.3), pero el censo reporta solo la presencia de 31.949 jornaleros durante la última semana de septiembre; en Baja California sur, donde la cosecha se realiza durante la primavera-verano, se reportan 1.995 jornaleros eventuales cuando son unos 25.000 (ver inciso 2.3); en Sonora, donde la cosecha de las hortalizas ocurre entre octubre y abril y la pizca de la uva en junio y julio, se reportan 32.795 cuando son unos 80.000 (ver inciso 2.3). Si bien esta mano de obra se desagrega en permanente (más de seis meses de trabajo en la empresa) y eventual (menos de seis meses en la empresa) y por sexo, estos datos son de poca fiabilidad.

El *Censo Nacional de Población* nos ofrece una información referida a la semana anterior al levantamiento censal que en 1990 se llevó a cabo durante la semana del 12 al 16 de marzo y en el censo de 2000 del 7 al 18 de febrero, que son fechas más adecuadas para captar el trabajo migrante de los jornaleros del campo porque corresponden a la temporada de invierno, en la que hay mayor demanda de mano de obra en las cosechas de las hortalizas, el corte de la caña, etcétera. Para la migración el censo tiene, por un lado, el lugar de nacimiento y el lugar de residencia de la población al momento del levantamiento y, por el otro, el lugar de residencia en enero de 1995 y el lugar de residencia en el momento del censo. También distingue a la población que se fue a vivir a otro país y a los que no regresaron. O sea que indica procesos de migración definitiva o de

larga duración, pero no da cuenta de la migración temporal cíclica que dura algunos meses.

En cuanto al empleo, este censo aporta algunos datos interesantes sobre la población económicamente activa y la población ocupada según la situación en el trabajo, pero no da información sobre la permanencia o la eventualidad del trabajo.

Por su lado, en la *Encuesta Nacional de Empleo* la información general se refiere a la semana anterior al levantamiento. El periodo de referencia de la ENE es el segundo trimestre del año (abril-junio), pero en las áreas menos urbanizadas se incluyeron otros periodos para considerar los fenómenos de estacionalidad e identificar la movilidad laboral: para captar la combinación de roles ocupacionales se tomó como base el trimestre, y para determinar los distintos vínculos en las actividades agropecuarias se consideró el semestre anterior. Esta situación constituye una ventaja en comparación con el censo de población, pues gracias a ello se tiene información más precisa para el sector agropecuario.

Además, las encuestas que se levantaron de 1991 a 2000 tuvieron la virtud de incluir un cuestionario específico (el módulo agropecuario) para captar el empleo en el campo, el cual ofrece datos novedosos. La principal novedad es que se elaboró el concepto de sujeto agropecuario, que incluye a "todo individuo que en algún momento dentro de un período de seis meses (...) llegó a participar en la obtención de productos de la tierra (...)".[7] Aun así, la ENE plantea una distorsión en cuanto a la población ocupada en labores de cosecha de invierno, cuyo ciclo de trabajo se concentra entre los meses de noviembre a abril, de tal manera que puede haber una subestimación del número de jornaleros porque aquellos que fueron entrevistados en junio no reportaron su actividad como jornaleros cuando se realizó antes del mes de abril. El concepto de sujeto agropecuario permitió captar a una numerosa población que no aparece en el censo de población, por sus criterios de temporalidad inadecuados a la situación eminentemente cíclica y variable del empleo agropecuario.

Otra ventaja de la ENE es que incluye las actividades que tuvieron los productores pobres para complementar sus ingresos (autoconsumo) y, como lo

7. Glosario de la ENE (INEGI, 2000a, p. 390).

veremos más adelante, este grupo de productores conforma un grupo relevante de jornaleros temporales agrícolas. La encuesta también nos ofrece datos sobre otros posibles empleos que desempeñan los mismos jornaleros del campo, así como sobre el nivel de sus ingresos y su composición por género.

Dos fuertes lagunas de la ENE son que no diferencia el trabajo permanente del trabajo temporal y, una vez más, no se capta el fenómeno de la migración cíclica de corto plazo. Con todo y esas limitaciones, el módulo agropecuario de la ENE ha sido la mejor fuente de información sobre el empleo en el campo durante la década de los noventa, pero se canceló la aplicación de este módulo en la encuesta de 2001.

En la *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares* (2000), encontramos algunos datos sobre población ocupada en el sector agropecuario según la posición en el empleo y con una actividad secundaria. Esta encuesta se levantó entre el 10 de agosto y el 17 de noviembre, periodo de baja demanda de mano de obra temporal en la agricultura; además, esta fuente no distingue a los trabajadores permanentes de los temporales ni nos permite captar los movimientos de migración de esta población.

Resumiendo, vemos que las fuentes estadísticas de que disponemos para conocer la magnitud de la población trabajadora en el campo nos ofrecen una información limitada e imprecisa. No dan ninguna información sobre el perfil socioeconómico de los jornaleros migrantes, su relación con la tierra, sus dinámicas y ciclos migratorios, su composición familiar y sus hogares o sus condiciones de vida y trabajo.[8]

Para tratar de subsanar esta situación y darle visibilidad a un problema social a menudo ignorado, tuvimos el interés de levantar una encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes en regiones en donde se concentra una demanda significativa de mano de obra, principalmente para llevar a cabo las labores de cosecha de hortalizas.

8. El Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedeso) elaboró en el año 2000 un libro sobre los jornaleros y las acciones de este programa en su favor. El análisis que se hace de la situación de los jornaleros agrícolas se basa en la ENE de 1991 y 1999, así como en una encuesta (*Encuesta Nacional a Jornaleros Migrantes*), levantada por el mismo programa, con 5.716 cuestionarios, en campamentos de jornaleros, cubriendo una población de 128.084 personas en 23 regiones del país. La limitación de este trabajo es que no da a conocer su muestra (en qué regiones, en qué tipo de empresas, en qué tipo de cultivos) y presenta solo resultados totales para el conjunto de las 23 regiones. Con ello se mezclan situaciones de muy diferente índole debido a la fuerte polarización del desarrollo regional y de las empresas, y a las características de cada cultivo. Véase Sedeso (2001).

Universo de investigación

Sin duda el sector hortícola, junto con el frutícola, es desde hace muchas décadas el sector más dinámico de la agricultura mexicana. Es ahí donde encontramos las empresas más modernas capaces de competir con las empresas norteamericanas, sus directos competidores en el mercado de ese país. Han logrado insertarse con éxito en el mercado mundial gracias al uso de tecnologías de punta (biotecnología y electrónica), a la administración de sus costos de producción, a la organización de sus procesos productivos, al control de sus circuitos de comercialización y a la organización de complejos flujos migratorios para disponer de una mano de obra barata y abundante (C. de Grammont y Lara Flores, 1999).

Si bien ninguna fuente estadística nos permite conocer el número de jornaleros que demandan los distintos cultivos y las diferentes regiones agrícolas, por una serie de criterios que exponemos a continuación podemos confirmar que la principal demanda de mano de obra temporal de jornaleros migrantes se concentra en frutas y hortalizas.

Características del sector hortícola[9]

El dinamismo y el desarrollo del sector hortícola pueden medirse con base en algunos factores clave como son la superficie cosechada, los rendimientos y el valor de la producción. Veremos que no solo ha aumentado la superficie cosechada, sino que los rendimientos se han incrementado notablemente gracias a la modernización de las empresas y a su productividad. Esta situación se refleja obviamente en el incremento de la producción y de su valor, pero se refleja también en el incremento de la fuerza de trabajo utilizada ya que, para lograr altos niveles de calidad, se mantiene el trabajo manual en ciertas labores, muy particularmente en la cosecha.

a) Superficie cosechada

Durante los últimos veinte años, las hortalizas incrementan su superficie (82% en promedio), pasando de representar 1,8% a 2,7% de la superficie

9. Todos los datos de este inciso provienen de http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon.

cosechada total entre 1980 y 2000.[10] Algunas conocen un notable crecimiento (espárrago: 221%, lechuga: 225%, nopalitos: 116%, tomate verde: 165%, zanahoria: 425%, chile seco: 136%, elote: 200%); otras mantienen en promedio la misma superficie (el jitomate, que es la hortaliza más importante por su superficie y su valor, mantuvo la misma superficie de 75.000 ha), y solo dos disminuyeron (chícharo: -46%, col de bruselas: -30%). Además, se diversifica la producción con la introducción de nuevas hortalizas, con objeto de satisfacer nuevos mercados de productos exóticos para el consumo de lujo nacional e internacional, pasando de 39 hortalizas en 1980 a 72 en 2000.[11]

En 1960 la superficie cosechada de hortalizas era de 257.093 ha, para 1980 había aumentado a 303.606 ha y en el año 2000 se registraron 553.112 ha. Durante los primeros veinte años creció 46.513 ha, pero durante los siguientes veinte años el crecimiento fue de 249.506 ha, o sea cinco veces más. En 1980, 73% de esta superficie era de riego, mientras que en 2000 era del 81% del total.

Por su lado, los frutales conocen un importante crecimiento en superficie. En 1980 representaban 4,8% del total de la superficie cosechada y para 2000 ascendieron a 6,4%. Sin embargo, por el carácter perenne de sus plantas, es una producción mucho más difícil de modernizar y adaptarse a las demandas del mercado. Esto se refleja en sus rendimientos, cuyo crecimiento está muy por debajo del crecimiento de las hortalizas.[12] Son cultivos que también generan una importante demanda de mano de obra. Otros cultivos que conocieron cierto crecimiento en el mismo periodo fueron los forrajes (de 15,1% a 25,7%), que por su grado de mecanización ocupan muy poca mano de obra. Mientras que cereales, legumbres secas, cultivos industriales y tubérculos, descienden en superficie (véase cuadro 1).

10. La variación entre superficie sembrada y cosechada es de 2% a 5%, según los años. Para mantener la relación entre superficie y valor de la producción optamos por utilizar la superficie cosechada.

11. Si bien se produce una gran variedad de hortalizas, en 2000 solo 12 de ellas (de un total de 72) representaron 79% de la superficie hortícola cosechada. Estas son: el chile verde (79.590 ha), el jitomate (73.700 ha), el tomate verde (49.945 ha), el chile seco (49.075 ha), la cebolla (40.934 ha), el elote (30.644 ha), la calabacita (30.087 ha), el brócoli (21.000 ha), el pepino (17.474 ha), la zanahoria (16.175 ha), el chile jalapeño (14.924 ha) y el espárrago (13.408 ha). Véanse Lara Flores (1998) y http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

12. Véase http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html.

b) Rendimientos

Si bien la superficie que ocupan las hortalizas aumenta 82% entre 1980-2000, en el mismo periodo los rendimientos crecen en 439%. Particularmente se incrementan los rendimientos de las doce hortalizas más importantes, con excepción del espárrago y de la zanahoria que mantienen un rendimiento estable.

Sin embargo, este incremento está muy lejos de ser idéntico en todas las regiones del país y en todas las empresas. Los rendimientos son mucho más elevados en las zonas de producción desarrolladas, en donde se ubican las empresas hortícolas agroexportadoras. Por ejemplo, el rendimiento medio nacional del jitomate actualmente es de 26 t/ha,[13] pero es de 62 toneladas en el valle de Culiacán (Sinaloa), de 46 toneladas en San Quintín (Baja California), de 38 toneladas en Sayula (Jalisco), de 45 toneladas en La Paz y Los Cabos (Baja California Sur), de 32 toneladas en Michoacán, gracias a las tecnologías modernas que se han adoptado en estas regiones. Las más grandes y modernas empresas introducen técnicas de producción en invernadero que permiten alcanzar una mejor calidad del fruto gracias al control absoluto de las plagas, con rendimientos de hasta 300 toneladas. Mientras que en las zonas de producción para el mercado nacional los rendimientos se mantienen moderados: en Veracruz y Morelos el rendimiento baja a 20 toneladas, en San Luis Potosí a 26 toneladas y en Chiapas 28 toneladas.

c) Valor de la producción

En 1980 las hortalizas representaban 7,8% del valor total de la producción agrícola. Este porcentaje creció regularmente hasta representar actualmente 16,9% del mismo valor total.

Por su lado, 12 hortalizas (brócoli, calabacita, cebolla, chile seco, chile verde, chile jalapeño, elote, espárrago, pepino, tomate rojo o jitomate, tomate verde y zanahoria) representaron 84% del valor total de las hortalizas en 2000, mientras que solo el jitomate representa 29% y el chile verde 16% de este mismo valor. Esta concentración del valor de

13. En 1980 era de 19 toneladas.

la producción se debe principalmente a que una parte importante de la producción de jitomate y chile se exporta a Estados Unidos.

d) Índice de productividad

Si medimos el índice de productividad de cada cultivo (o tipo de cultivo) por la relación que existe entre la superficie cosechada y el valor producido, vemos que tanto en 1980 como en 2000 destacan tres grupos de cultivos: los frutales, las hortalizas y los tubérculos (concretamente la papa) (cuadro 3). Por su lado, la productividad de los cereales (maíz, trigo, soya, sorgo, arroz, etc.), los forrajes, las legumbres secas (frijol, habas, etc.) y los cultivos industriales (algodón, caña de azúcar, tabaco, etc.) es notablemente baja.

Sin embargo, el índice de productividad de los frutales bajó entre 1980 y 2000, mientras que en las hortalizas y los tubérculos se incrementó. Este incremento se debe tanto al aumento de los rendimientos como a la presencia de productos "de lujo", con elevados precios en el mercado nacional e internacional.

Al analizar el índice de productividad para las 12 principales hortalizas que se producen en el país (cuadro 4), constatamos la misma tendencia que para el conjunto de las hortalizas, pero el tomate rojo destaca por el enorme incremento de su productividad (pasa de 6,7 a 18,69).

En el caso de las hortalizas, el valor de la producción por hectárea de los 12 principales cultivos es de los más altos a nivel nacional (entre 11.000 y 107.000 pesos), equiparado solo por el valor de ciertas frutas, pero muy por encima del valor de los principales productos básicos como son el maíz, el frijol, el sorgo y el arroz (cuadro 5).

Cuadro 3. *Índice* de productividad de los diferentes tipos de cultivo, 1980-2000

Cultivos	1980					2000				
	Superficie cosechada		Valor de la producción		Índice de productividad (2/1)	Superficie cosechada		Valor de la producción		Índice de productividad (2/1)
	ha	% (1)	Pesos	% (2)		ha	% (1)	Pesos	% (2)	
Cereales	7..681.896	47,8	75.458.912	30,3	0,63	7.950.960	42,4	32.221.889.276	20,1	0,47
Forrajes	2.423.738	15,1	30.197.879	12,1	0,8	4.816.930	25,7	30.462.448.646	19	0,73
Frutales	770.345	4,8	39.904.457	16	3,33	1.203.997	6,4	30.340.455.258	18,9	2,95
Hortalizas	303.606	1,8	19.498.265	7,8	4,33	553.112	2,9	27.097.440.152	16,9	5,82
Industriales	2.112.786	13,1	47.272.675	19	1,45	2.089.887	11,1	24.206.915.387	15,1	1,36
Legumbres secas	1.689.947	10,5	16.273.084	6,5	0,61	1.673.911	8,9	5.914.057.856	3,6	0,4
Tubérculos	83.294	0,5	5.239.541	2,1	4,2	72.578	0,3	5.546.920.731	3,4	11,33
Otros	973.868	6	14.806.452	5,9	0,98	372.675	1,9	4.184.603.359	2,6	1,36
Total nacional	*16.039.480*	*100*	*248.651.265*	*100*	*1*	*18.734.050*	*100*	*159.974.730.665*	*100*	*1*

Fuente: Siacon, Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera, Sagarpa. Cálculos propios.

Cuadro 4. Índice de productividad de las 12 principales hortalizas, 1980-2000

Cultivos	1980					2000				
	Superficie cosechada		Valor de la producción		Índice de productividad (2/1)	Superficie cosechada		Valor de la producción		Índice de productividad (2/1)
	ha	% (1)	Pesos	% (2)		ha	% (1)	Pesos	% (2)	
Brócoli	566	0,003	22.759	0,009	3	21.000	0,112	2.669.230	0,979	3,38
Calabacita	19.459	0,121	971.684	0,390	3,22	30.087	0,16	1.082.145.577	0,676	4,22
Cebolla	25.563	0,159	1.375.483	0,553	3,47	40.934	0,218	1.395.931.535	0,872	4
Chile seco	20.731	0,129	1.277.052	0,513	3,97	49.075	0,261	2.373.114.671	1,483	5,68
Chile verde	60.652	0,378	3.932.373	1,581	4,18	79.590	0,424	4.332.831.785	2,708	6,38
Chile jalapeño						14.924	0,079	541.733.154	0,338	4,27
Elote	10.208	0,063	218.384	0,087	1,38	30.644	0,163	344.408.558	0,215	1,31
Espárrago	4.174	0,026	254.032	0,102	3,92	13.408	0,071	936.864.764	0,585	8,23
Pepino	11.099	0,069	800.863	0,322	4,66	17.474	0,093	751.603.833	0,469	5,04
Tomate rojo	69.472	0,433	7.223.789	2,905	6,70	73.700	0,266	7.956.687.848	4,973	18,69
Tomate verde	18.814	0,117	1.011.866	0,406	3,47	49.945	0,266	1.763.416.074	1,102	4,14
Zanahoria	3.077	0,019	163.716	0,065	3,42	16.175	0,086	533.371.068	0,333	3,87
Total nacional	*16.039.480*	*100*	*248.651.265*	*100*	*1*	*18.734.050*	*100*	*159.974.730.665*	*100*	*1*

Fuente: Siacon, Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera, Sagarpa. Cálculos propios.

Cuadro 5. Valor de la producción por hectárea, 2000

Cultivo	Superficie cosechada (ha)	Valor de la producción (pesos)	Valor de la producción por ha (pesos)
Brócoli	21.000	607.512.936	28.929
Calabacita	30.087	1.082.145.577	35.967
Cebolla	40.934	1.395.931.535	34.102
Chile seco	49.075	2.373.114.671	48.356
Chile verde	79.590	4.332.831.785	54.439
Chile jalapeño	14.924	541.733.154	36.299
Elote	30.644	344.408.558	11.239
Espárrago	13.408	936.864.764	69.876
Pepino	17.474	751.603.833	43.012
Tomate rojo	73.700	7.951.296.848	107.887
Tomate verde	49.945	1.763.416.074	35.307
Zanahoria	16.175	533.371.068	32.975
Café	701.325	5.297.234.026	7.553
Caña de azúcar	618.282	10.821.278.828	17.502
Piña	12.049	1.030.520.544	85.527
Papa	64.787	4.925.716.269	76.427
Uva (fruta)	17.713	1.411.455.993	79.684
Tabaco	22.674	589.578.163	26.002
Arroz	84.068	515.700.956	.134
Trigo	699.876	5.106.951.124	7.297
Frijol	1.482.215	4.553.798.000	3.072
Sorgo	1.899.201	.143.363.479	3.234
Maíz	7.016.554	26.060.825.876	3.714

Fuente: Siacon, Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera, Sagarpa.

Características de las empresas hortícolas

Tenemos pocas fuentes estadísticas para hacer un balance de la situación de las empresas agrícolas. La principal fuente es el *Censo Agropecuario*, sin embargo, este no se levantó en 2001 por lo que solo disponemos del

censo de 1991. Sus datos son interesantes, pero no pueden ser más que indicativos debido a su antigüedad. Otra fuente es la *Encuesta Nacional de Empleo*, que de 1991 a 2000 incluye un módulo agropecuario con algunos datos referidos a las unidades de producción. Finalmente, tenemos el directorio de las empresas exportadoras de la Secretaría de Comercio y Fomento Industrial (Secofi).[14]

De acuerdo con el *Censo Agropecuario* de 1991, en el subsector agrícola solo 11.744 (0,3%) empresas (capitalista o familiar campesina) reportaron vender su producción en el mercado nacional y/o exportar, mientras que 1.663.308 (43,4%) vendieron su producción en el mercado local o nacional (además de realizar autoconsumo) y 1.757.611 (45,9%) reportaron producir solo para el autoconsumo familiar (cuadro 6).[15]

Cuadro 6. Clasificación de las empresas según el destino de su producción

Destino de la producción	**Unidades de producción**	
	Cantidad	**%**
Solo autoconsumo	1.757.611	45,9
Venta en el mercado local y nacional	1.663.308	43,4
Venta en el mercado nacional y exportación	11.744	0,3
Total nacional	*3 827.587*	*100*

Fuente: *VII Censo agropecuario* (INEGI, 1991).

Sin embargo, si no consideramos los estados productores de café, en donde encontramos esencialmente minifundistas que declararon exportar su producción, vemos que únicamente 4.509 empresas agrícolas producen para la exportación (parte o toda su producción), representando 0,1% del total de unidades de producción agrícola del país (cuadro 7). Estas empresas se dedican a la producción de hortalizas, frutas y flores y

14. Existen otros dos directorios elaborados por Bancomext y por Apoyos y Servicios a la Comercialización Agropecuaria (Aserca), pero son sumamente deficientes porque se integran solo con las empresas que solicitan su apoyo. El directorio de la Secofi se elabora a partir de las guías de exportación elaboradas por la Secretaría de Hacienda y por lo tanto incluye a todas las empresas exportadoras.

15. El 10,3% no reporta el destino de su producción.

compiten con éxito en el mercado internacional, mientras que el futuro para el resto del sector es de lo más incierto.[16]

Cuadro 7. Unidades de producción dedicadas a la hortofruticultura de exportación por entidad federativa

Entidad federativa	Empresas hortofrutícolas y florícolas que producen para el mercado nacional y la exportación	Principales cultivos de exportación*	Porcentaje
Nacional	*4.509*	*F-H*	*100*
Aguascalientes	80	F	1,7
Baja California	356	H	7,8
Baja California Sur	338	H	7,4
Campeche	36	F	0,7
Coahuila	144	F	3,2
Colima	114	F	2,5
Guanajuato	149	H	3,5
Jalisco	554	H	12,3
Michoacán	757	F-H	16,7
Morelos	67	F	1,5
Nuevo León	31	F	0,7
Querétaro	33	H	0,7
San Luis Potosí	129	H	2,8
Sinaloa	591	F-H	13,1
Sonora	660	F-H	14,6
Tabasco	83	F	2,0
Tamaulipas	387	F-H	8,5

Fuente: *VII Censo Agropecuario* (INEGI, 1991); y para los principales cultivos de exportación: trabajo de campo.
* F = frutos; H = hortalizas.

16. En el subsector ganadero (incluyendo todo tipo de ganadería) la polarización es aún más marcada: el 75,4% (2.386.927) de las unidades que declaran tener algún tipo de producción ganadera y autoconsume la totalidad de su producción (conocida como producción de traspatio); el 24,3% (769.941) vende en el mercado local y nacional; y, 0,23% (7.391) también exporta su producción. En el subsector forestal, de las 1.219.166 unidades de producción que declararon tener actividad forestal, 97,4% (1.188.109) es de autoconsumo; 2,5% (30.529) vende en el mercado nacional; y, 0,04% (528) exporta (INEGI, 1991; C. de Grammont, 1998, 2001).

En términos numéricos, aunque no forzosamente por el tamaño o la tecnología utilizada, las empresas hortofrutícolas que produjeron para la exportación se ubicaron principalmente en los estados de Michoacán (16,7%, con aguacate, mango, limón y melón); Sonora (14,6%, con uva, naranja, melón sandía, espárrago, tomate); Sinaloa (13,1%, con jitomate, calabacita, chile, mango); Jalisco (12,2%, con calabacita, jitomate, chile, tomate verde, mango, aguacate y melón); Tamaulipas (8,5%, con cebolla, chile, limón, naranja); Baja California Norte (7,9%, con cebollín, lechuga, espárrago, jitomate, uva); y Baja California Sur (7,5%, con chile, tomate, dátil, naranja, uva).

Aunque para producir y estar en el mercado todo el año las empresas agroexportadoras de hortalizas se han ubicado desde hace dos décadas en nuevas zonas productoras, como es el caso de San Luis Potosí, Jalisco, Michoacán y Tamaulipas, las regiones tradicionales del noroeste se han fortalecido por su cercanía con el mercado norteamericano, al cual se destina la casi totalidad de la exportación de hortalizas (C. de Grammont, 1990; C. de Grammont y Lara Flores, 1999; Lara, 1998).

Otros estados destacan recientemente por la superficie cosechada de hortalizas. Sin embargo, se trata de una producción que se destina al mercado nacional (Morelos) o a productos de industrialización (Guanajuato). Generan también una demanda de mano de obra estacional, pero de menor relevancia que las hortalizas de exportación, y contratan principalmente mano de obra local.[17]

Es importante recalcar que no todas las empresas que producen hortalizas de exportación son grandes empresas capitalistas, ya que encontramos pequeñas unidades de producción familiar integradas a cadenas productivas que funcionan como maquiladoras de las grandes empresas integradoras (cuadro 8).

17. Para el caso del espárrago en Guanajuato, véase Boris Marañón.

Cuadro 8. Número de empresas agroexportadoras por rango de superficie

Rango de superficie ha	Superficie agrícola total (1) ha	Superficie agrícola dedicada a la agricultura de exportación (2) ha	Número de empresas agrícolas exportadoras (3) Número	Superficie media de las empresas agrícolas exportadoras (3/2) ha	Superficie agrícola de exportación % superficie agrícola total (2/1) %
Nacional	*30.573.702*	*445.942*	*11.712**	*38*	*1,5*
Hasta 2	1.461.394	2.688	1.901	1	0,2
Más de 2 hasta 5	367.558	8.612	2.390	4	0,3
Más de 5 hasta 20	10.306.701	43.743	4.422	10	0,4
Más de 20 hasta 50	4.012.821	31.528	1.225	26	0,8
Más de 50 hasta 100	2.817.081	45.850	695	66	1,6
Más de 100 hasta 1.000	.441.001	217.185	983	221	3,4
Más de 1.000 hasta 2.500	1.103.624	70.506	68	1.037	6,4
Más de 2.500	1.127.522	25.831	28**	923	2,3

Fuente: *VII Censo Agropecuario* (INEGI, 1991); solicitud de búsqueda especial. Elaboración propia.
* El total no corresponde a 11.744, por algunos faltantes en ciertos estados federativos.
** Este dato refleja un error en la base de datos del censo. Muy probablemente el número de empresas agroexportadoras está equivocado y el dato exacto debe ser 10 empresas o menos, en vez de 28.

Las empresas más grandes se ubican en los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California y Jalisco. En el estado de Sinaloa, en donde existen 590 empresas agrícolas que cultivan para la exportación, encontramos desde pequeñas empresas familiares hasta grandes empresas capitalistas para surtir 102 empacadoras, propiedad de las empresas hortícolas de mayor tamaño (cuadro 9). También observamos que la mayoría de las empresas agrícolas de más de 100 hectáreas no solo produce sino procesa su producción en agroindustrias, mientras que aquellas que tienen menos que esta superficie trabajan como *agromaquiladoras*,[18] o sea que se insertan en cadenas productivas como abastecedoras de materia prima de la agroindustria.[19]

18. El concepto de *agromaquiladora* fue apuntado por M. A. Gómez Cruz y F. de J. Caraveo (1990).

19. *Directorios de grupos hortícolas* (Asociación de Agricultores Río Culiacán, 1998) y *Directorio de Empacadoras de Sinaloa* (1999).

Cuadro 9. Empresas agroexportadoras en Sinaloa por rango de superficie

Rango de superficie (ha)	Núm. de empresas
Total estatal	*590*
Hasta 2 ha	5
De 2 a 5 ha	50
De 5 a 20 ha	301
De 20 a 50 ha	94
De 50 a 100 ha	63
De 100 a 1.000 ha	70
De 1.000 a 2.500 ha	7
Más de 2.500 ha	0

Fuente: *VII Censo Agropecuario* (INEGI, 1991); solicitud de búsqueda especial.

Características del empleo en la horticultura

a) El empleo en la agricultura según los censos y las encuestas nacionales

El único dato que nos da el *Censo Agrícola-Ganadero* de 1991 es la existencia de 7.765.525 personas empleadas. Los censos de población permiten ver el comportamiento de la población ocupada en el sector agropecuario desde 1921 a la fecha (cuadro 10). Lo que resulta interesante en este cuadro no es tanto medir la disminución relativa de la población agropecuaria ocupada frente a la población ocupada total, sino constatar que esta población crece en términos absolutos hasta la década de los sesenta y luego se mantiene estable hasta la fecha. Es notorio que los asalariados reportados por el censo se mantienen más o menos en su mismo nivel (en 1990 son 1.700.435 personas y en 2000 son 1.779.006), mientras que los trabajadores por su cuenta (pequeños productores familiares),[20] disminuyeron de 2.325.206 a 1.945.923 en las mismas fechas y los patrones[21] incrementaron su número de 58.573 a 88.129. Un fenómeno interesante es que los trabajadores familiares sin pago se incrementaron notablemente, pasando de 449.620 a 769.679 personas.

20. El censo define a los trabajadores por su cuenta como aquellas personas de 12 años o más que trabajaron, en la semana de referencia, en su propio negocio o empresa y que no contrataron trabajadores a cambio de un pago, aunque pudieron recibir ayuda de familiares sin que les proporcionaran un pago monetario o en especie.

21. Persona de 12 años o más que trabajó en la semana de referencia en su propio negocio o empresa, y que contrató a uno o más trabajadores a cambio de un sueldo o jornal.

Cuadro 10. Evolución de la población ocupada en el sector agropecuario, forestal y pesca

Años	Población ocupada Total (1)	Población ocupada agropecuaria (2)	% (2/1)
1921	4.883.561	5.488.102	71,4
1930	5.165.803	5.626.278	70,2
1940	5.858.116	5.830.871	65,4
1950	8.272.093	4.823.901	58,3
1960	11.332.016	6.143.540	54,2
1970	12.955.057	5.103.519	39,4
1980	21.393.250	5.519.979	25,8
1990	23.403.413	5.300.114	22,6
2000	33.730.210	5.338.299	15,8

Fuente: *Censos generales de población* (1921-2000).

De acuerdo con la *Encuesta Nacional de Empleo*, la población ocupada en el campo es mucho más elevada. Esto se debe, como lo vimos en el primer inciso, a la manera diferente de captar esta población (los "sujetos agropecuarios", o sea la población ocupada durante los seis meses anteriores a la encuesta, en vez de una semana, en actividades agrícolas, pecuarias, forestales y pesca). En 1991 ascendió a 9.845.020 personas (cuadro 11), cuando el *Censo Agrícola-Ganadero* del mismo año reporta 7.765.525 personas y el censo de población de 1990 indica solo 5.300.114 personas. Como vemos las variaciones son enormes. En el año 2000 la encuesta reporta 8.661.024 sujetos agropecuarios, lo cual indica cierta disminución, pero es de notarse que en las diferentes encuestas levantadas entre ambas fechas existen ciertas irregularidades en esta tendencia descendente, lo que nos obliga a tomar este dato con precaución (cuadro 11).

En cuanto al número de productores, la tendencia descendente es clara y este es un dato clave para los análisis sobre el empleo y la estructura empresarial: pasa de 4.318.053 productores en 1991 a 3.405.264 en 2000 (cuadro 11).[22] En cuanto a los trabajadores, vemos que son más

22. El dato nos parece especialmente confiable ya que el censo agropecuario de 1991 habla de la existencia de 4.407.880 unidades de producción, de las cuales 3.823.063 tienen actividades agropecuarias o forestales y 584.817 no tienen actividades (*VII Censo Agrícola-Ganadero*, cuadro 1).

numerosos que los productores y que se mantienen entre 5,2 y 6,4 millones según los años.

Cuadro 11. Número de productores y de trabajadores agropecuarios

Años	Total de sujetos agropecuarios		Productores		Trabajadores*	
	Número	%	Número	%	Número	%
1991	9.845.020	100	4.318.053	43,9	5.526.967	56,1
1993	10.469.013	100	4.750.568	45,3	5.718.445	54,6
1995	9.717.247	100	4.074.350	41,9	5.642.897	58,0
1997	10.427.954	100	4.002.966	38,3	6.424.988	61,6
1999	9.465.174	100	3.756.988	39,6	5.708.186	60,3
2000	8.661.024	100	3.405.264	39,3	5.255.760	60,7

Fuente: *Encuesta Nacional de Empleo* (1991), cuadro 51 se suma jornaleros con trabajadores por producto; (1993), cuadro 107 se suma jornaleros con trabajadores por producto; (1995), cuadro 174; (1997), cuadro 3.76; (1999), cuadro 3.76; (2000), cuadro 3.76.

*Según la definición del Glosario de la ENE (*ibid*.) "los trabajadores agropecuarios son todos aquellos individuos que venden su fuerza de trabajo para realizar faenas del campo, más los que al interior de las familias o de los grupos territoriales son movilizados por productores sin que exista un acuerdo de remuneración entre ellos. Comprende tanto a trabajadores directos (jornaleros, mozos y peones) como a empleados, operarios y personal de apoyo".

Si vemos la composición de estos trabajadores, constatamos tres situaciones. La importancia numérica de los jornaleros (asalariados temporales) es notable y es estable: pasan, con ciertas variaciones a lo largo de la década que se pueden explicar por las incertidumbres de los ciclos agrícolas, de 2.236.822 personas (40,5%) en 1991 a 2.347.081 (44,7%) en 2000. En ese mismo lapso el número de empleados (asalariados permanentes) se incrementa sensiblemente pero su importancia relativa sigue muy baja. En cambio, llama la atención la enorme importancia de los trabajadores sin pago (trabajan ocasionalmente para un familiar o conocido sin recibir salario) que, según los años, representan de 53% a 63% del total de los trabajadores (cuadro 12).

Cuadro 12. Número de jornaleros, empleados y trabajadores sin pago

Años	Total trabajadores		Jornaleros y peones*		Empleados y operarios**		Trabajadores sin pago***	
	Número	%	Número	%	Número	%	Número	%
1991	5.526.967	100	2.236.822	40,5	109.738	2	3.180.407	57,5
1993	5.718.445	100	1.909.480	33,3	163.069	2,8	3.645.896	63,7
1995	5.642.897	100	2.196.844	38,9	169.410	3	3.276.643	58
1997	6.424.988	100	2.776.402	43,2	254.852	3,9	3.393.734	52,8
1999	5.708.186	100	2.516.113	44	163.936	2,8	3.028.137	53
2000	5.255.760	100	2.347.081	44,7	141.143	2,7	2.767.536	52,7

Fuente: *Encuesta Nacional de Empleo* (1991), cuadro 51 se suma jornaleros con trabajadores por producto; (1993), cuadro 107 se suma jornaleros con trabajadores por producto; (1995), cuadro 174; (1997), cuadro 3.76; (1999), cuadro 3.76; (2000), cuadro 3.76.

* Según la definición del Glosario de la ENE (*ibid*.) los jornaleros son "los trabajadores directos remunerados (...) siempre y cuando no desempeñen en el agro otra labor que esta; (...) no se incluyen aquí los productores agropecuarios que desempeñan actividades remuneradas en el campo, aun y cuando fuesen las principales para su sustento".

** Los empleados son "aquellas personas que laboran en las actividades de administración y supervisión de las empresas".

*** Los trabajadores sin pago "son las personas que participan en actividades que sirven de apoyo a su sustento o al de sus familiares, sin percibir a cambio alguna remuneración monetaria o en bienes susceptibles de intercambiar en el mercado".

Sin embargo, el número de jornaleros se incrementa notablemente si tomamos en cuenta a los campesinos pobres que trabajan también como jornaleros, e incluso dedican la mayor parte de su tiempo al trabajo asalariado (cuadro 13). En 1991, 1.028.119 (23,8%) productores pobres trabajaron como jornaleros, lo que nos da un total de 3,2 millones de jornaleros. Para el año 2000 fueron 855.091, lo que nos da también un total de 3,2 millones de jornaleros. Entre ambas fechas la cantidad total de jornaleros, según los años, varía entre 3 y 3,6 millones.

Cuadro 13. Número de productores que también trabajan como jornaleros o empleados

Años	Total de productores (1)	Productores que trabajan también como jornaleros o empleados (2)	Porcentaje de productores que trabajan como jornaleros o empleados (2/1)
1991	4.318.053	1.028.119	23,8
1993	4.750.568	1.180.620	24,8
1995	4.074.350	1.066.491	26,1
1997	4.002.966	835.373	20,8
1999	3.756.988	972.748	25,8
2000	3.405.264	855.091	25,1

Fuente: *Encuesta Nacional de Empleo* (1991, cuadro 64); (1993, cuadro 117); (1995, cuadro 183); (1997, cuadro 3.86); (1999, cuadro 3.86); (2000, cuadro 3.86).

Finalmente, otro dato interesante que nos proporciona la ENE tiene que ver con el ingreso. En 2000, de los trabajadores agropecuarios que percibieron ingresos, 31% obtuvo menos de un salario mínimo, 53% de uno a dos salarios mínimos y el resto más de dos salarios (ENE, 2000, cuadro 3.89), lo que nos permite confirmar la situación de precariedad y pobreza en la que vive esta población.

La *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares* (ENIGH) nos da un solo dato, interesante porque confirma el mismo dato de la ENE. De acuerdo con la ENIGH, en el año 2000 el número de asalariados en este sector ascendía a 2.768.940 individuos, mientras que el dato de la ENE para el mismo año es de 2.347.081.

b) El empleo en la horticultura

Calcular el empleo generado en las regiones hortícolas en general es una tarea compleja. Hasta ahora contamos con simples aproximaciones que provienen de los propios empresarios, contratistas e instituciones que trabajan con este sector. Así, por ejemplo, para Sinaloa, el Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA, ex Pronjag) calculó en 2003

una población de 200.000 jornaleros en los campos agrícolas,[23] cifra que coincide con la proporcionada en 2001 por el Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa,[24] mientras que la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa, en su Informe Anual de Actividades 2002-2003, reporta 120.000 migrantes.

En Baja California Sur, el Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas de Sedeso calculó en 25.000 el número de jornaleros que llegan a esta región (Pronjag, 1999, p. 39). En Jalisco, el DIF estimaba que los migrantes que llegaron al estado en la temporada 1999-2000 ascendieron a 8.571, pero que 5.132 de ellos se concentraban en la producción hortícola en Sayula (los demás eran esencialmente cortadores de caña),[25] en tanto que en el mismo año, por trabajo de campo, nosotros calculamos 6.172 migrantes en esa misma región.[26] En Sonora, el mismo Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas calculó en 80.000 el número de jornaleros en todo el estado, de los cuales 45.000 en la Costa de Hermosillo.[27]

Como podemos ver, las estimaciones son imprecisas. Los criterios en los que se basan son diferentes (número de camiones que llegan a la región, cantidad de migrantes que aporta cada contratista, número de personas o familias registradas para atención en programas de salud, educación, etcétera).

Un criterio que ha servido en algunos casos para calcular el empleo en la horticultura ha sido el de contabilizar el número de jornales que requiere cada cultivo y sacar un promedio. No obstante, esta metodología resulta de poco rigor en tanto que los requerimientos de cada cultivo dependen de un gran número de factores, entre los que interviene de manera significativa la tecnología. A manera de ejemplo, en el estado de Sinaloa vemos que la producción de las principales hortalizas tuvo diferentes requerimientos de jornales de acuerdo con el cultivo (incluso la

23. Información de campo proporcionada por el licenciado Arturo López Ruiz, coordinador del PAJA en Sinaloa.

24. *Diagnóstico de Sinaloa 2001* (Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa, 2001).

25. *Censo de Atención a Familias Jornaleras* (DIF-Jalisco, 2000).

26. *Directorio de Empresas Hortícolas en el Municipio de Sayula* (2000).

27. Información proporcionada por licenciado Rubén Ángel Pérez, coordinador operativo del PAJA, Hermosillo, Sonora, y Elsa Adela Gutiérrez Rentería, supervisora de promotoras de la región Costa de Hermosillo, Sonora.

variedad) y la tecnología utilizada que puede medir con los rendimientos obtenidos (cuadro 14). El tomate bola de vara, con un rendimiento de 34 toneladas, necesita 259 jornales mientras que el tomate bola de suelo, de 10 toneladas de rendimiento, solo 91 jornadas. Normalmente el incremento de los rendimientos supone un incremento de los jornales porque las cosechas se hacen a mano, pero esta relación es compleja y encontramos casos de incrementos de rendimiento con el mismo requisito en mano de obra o, al revés, con una disminución de esta.

Cuadro 14. Rendimientos y número de jornales en los cinco productos hortícolas más importantes en el estado de Sinaloa

Cultivo	Rendimiento	Número de jornales		
	t/ha	Totales	Labores	Cosecha
Tomate bola (jitomate) de vara	34	259	146	113
Tomate bola (jitomate) de vara	22,6	258	145	113
Tomate bola (jitomate) de suelo	15,5	114	93	21
Tomate bola (jitomate) de suelo	10,5	91	70	21
Tomate *cherry* de vara	21	210	183	27
Tomate *cherry* de vara	17,4	137	116	21
Tomate *saladette* de vara	40	259	146	113
Berenjena de vara	25,5	221	108	113
Berenjena de vara	20,8	283	156	127
Calabacita de suelo	9,8	98	45	53
Calabacita de suelo	6,5	143	45	98
Chile Bell de vara	21,2	127	109	18
Chile Bell de vara	15,9	128	110	18
Pepino de vara	29,1	162	91	71
Pepino de vara	17,4	159	88	71
Pepino de suelo	22,4	127	56	71
Pepino de suelo	15	168	97	71

Fuente: Confederación de Asociaciones Agrícolas del Estado de Sinaloa, Costos de Producción (1985-1999).

Podemos ejemplificar cómo la tecnología modifica la cantidad y las características de la mano de obra en el caso de la cosecha de las hortalizas. Las nuevas tecnologías, en particular con el uso de nuevas semillas, permiten homogeneizar la maduración de los frutos. Para cosechar jitomate bola con un rendimiento de 21 toneladas, se necesitaba pasar hasta ocho veces en un campo para terminar la cosecha; ahora tres cortes son suficientes para cosechar más de treinta toneladas. De esta manera, con la misma cantidad de jornaleros se logra cosechar un mayor volumen de producto. Sin embargo, en las grandes empresas, en donde los rendimientos de jitomate se dispararon hasta 80 toneladas, se tuvo que duplicar o triplicar el número de los trabajadores para la cosecha. Así, el incremento de trabajadores ha sido menos que proporcional al de los rendimientos, mientras que se incrementó la intensidad y la productividad de su trabajo, lo que ha sido muy importante entre las empresas de punta del sector (C. de Grammont, 1999).

Pese a la dificultad para precisar el número de jornaleros agrícolas, tanto a través de las fuentes censales o estadísticas como por las estimaciones de diferentes instituciones y organismos, el dinamismo de la horticultura, así como del sector frutícola es evidente, y la magnitud de la demanda en las regiones en donde se concentra la producción de exportación es significativa.

Contenido de la encuesta

La encuesta se compone de tres partes. Una primera parte capta las características de los jefes de hogar en términos de: edad, sexo, estado civil, lengua, escolaridad, residencia, relación con la tierra, experiencia migratoria, ciclos de migración, formas de contratación y otras características. Una segunda parte da cuenta de las características de los hogares que integran los jornaleros al momento de migrar y los ciclos de migración por tipo de hogar. Una tercera parte muestra las características de todos los miembros que componen los hogares, en términos de: edad y sexo, estado civil, lugar de nacimiento, lengua, escolaridad y trabajo.

La forma en la que se presentan los datos de la encuesta busca informar, en primer lugar, sobre las características de dicha población en los lugares en los que trabajan, clasificando los resultados por cada uno de los cuatro estados en donde se levantó la encuesta. Esto nos permite dar cuenta de las particularidades que tiene cada región con respecto al tipo de migración que genera, pudiéndose observar semejanzas y diferencias importantes en distintos rubros. En segundo lugar, presentamos la información clasificada de acuerdo con el lugar de origen de los migrantes, considerando los cuatro estados más importantes de expulsión de la mano de obra que se contrata en las hortalizas. Esto nos permite mostrar las distintas características de la población y de sus ciclos de migración de acuerdo con el lugar de procedencia.

Finalmente, incluimos dos anexos. En el primero se registran todos los pueblos y municipios de donde provino la población jornalera migrante que fue entrevistada. En el segundo se registra el lugar de nacimiento de todos los miembros del hogar por estado de procedencia, situación que resulta del todo original en cuanto que observamos hogares que provienen de un estado de la república, pero cuyos miembros han nacido durante los trayectos de migración en distintos estados.

Bibliografía

Asociación de Agricultores Río Culiacán. (1998). *Directorios de grupos hortícolas.* Culiacán: mecanografiado.

Botey, C.; Heredia, J. L. y Zepeda, M. (1975). *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa.* México: Secretaría de la Reforma Agraria.

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado: Sinaloa, 1893-1984.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. (1998). Análisis de la estructura de las empresas agroexportadoras mexicanas en el contexto del TLC. Ponencia presentada en el *V Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural*, 12-18 de octubre, México.

C. de Grammont, H. (1999). La modernización de las empresas hortícolas y sus efectos sobre el empleo. En H. C. de Grammont, H. González, M. A. Gómez Cruz y R. Schwentesius Rinderman (Coords.), *Agricultura de exportación en tiempos de globalización*. México: IIS-UNAM; UACH; CIESAS; Juan Pablos editor.

C. de Grammont, H. (2001). El campo mexicano a fines del siglo XX. *Revista Mexicana de Sociología, 43*(4), 81-108.

C. de Grammont, H. y Lara Flores, S. (1999). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana*. México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

DIF. (2000). *Censo de Atención a Familias Jornaleras*. Jalisco: DIF, mecanografiado.

Directorio de Empacadoras de Sinaloa. (1999). Sinaloa: Trabajo de campo, mecanografiado.

Directorio de Empresas Hortícolas en el Municipio de Sayula. (2000). Sayula: Mecanografiado.

Gómez Cruz, M. A. y Caraveo, F. de J. (1990). La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales. *Comercio Exterior, 40*(12), (México).

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (1990). *Censo Nacional de Población*. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (1991). *VII Censo agropecuario*. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (1991-2000). *Encuesta Nacional de Empleo (ENE). Modulo agropecuario*. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (2000). *Censo Nacional de Población*. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (2000a). *Encuesta Nacional de Empleo (ENE)*. México: INEGI.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). (2000b). *Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares*. México: INEGI.

Lara Flores, S. (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de empleo flexible en la agricultura*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Lara Flores, S. (1998a). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos editor.

Palerm, J. V. (1998). *Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América, a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico*. Santa Barbara: Center for Chicano Studies, University of California, mimeografiado.

Programa de Salud y Apoyo al Migrante de Sinaloa. (2001). *Diagnóstico de Sinaloa 2001. Presentación de Estados, Jornaleros Agrícolas Migrantes*. México: SSA.

Pronjag. (1999). *Diagnóstico sobre los jornaleros agrícolas migrantes en Baja California Sur, el caso del municipio de La Paz*. La Paz: Programa de Investigación Regional en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Baja California Sur; Sedeso.

Siacon y Servicio de Información y Estadística Agroalimentaria y Pesquera (Sagarpa). (s.f.). En http://www.sagarpa.gob.mx:80//sistemas/siacon/siacon.html

Secretaría de Desarrollo Social (Sedeso). (2001). *Jornaleros Agrícolas*. México: Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas.

ANEXO I

Lugar de nacimiento de los(as) jefes(as) de hogar por estado y municipio para los cuatro principales estados expulsores

Estado	Municipio	Número de jefes de hogar	%
Guerrero		2.377	100
	Chilapa de Álvarez	432	18,2
	Metlatonoc	405	17
	Tlapa de Comonfort	227	9,5
	Xochistlahuaca	149	6,3
	Tixtla de Guerrero	148	6,2
	Alcozahuaca de Guerrero	128	5,4
	Xalpatlahuac	121	5,1
	Ahuacotzingo	95	4
	Tlacoachistlahuaca	85	3,6
	Acapulco de Juárez	77	3,2
	Capanatoyac	73	3,1
	Atlamajalcingo del Monte	72	3
	Ometepec	44	1,9
	Chilpancingo de los Bravos	43	1,8
	Zitlala	35	1,5
	Olinalá	20	0,8
	Tlalixtaquilla de Maldonado	18	0,8
	Coyuya de Benítez	15	0,6
	Igualapa	15	0,6
	Azoyu	11	0,5
	Iguala de la Independencia	11	0,5
	San Luis Acatlán	11	0,5
	Atlixtac	9	0,4
	Mochitlán	9	0,4

	Malinaltepec	8	0,3
	Petatlán	8	0,3
	Atoyac de Álvarez	7	0,3
	San Marcos	7	0,3
	Huamuxtitlán	6	0,3
	Quechultenango	6	0,3
	Zapotitlán Tablas	6	0,3
	Coahuayutla de José María Izazaga	5	0,2
	Coyuya de Catalán	5	0,2
	Mártir de Cuilapan	5	0,2
	Tepecoacuilco de Trujano	5	0,2
	Tlacoapa	5	0,2
	Ayutla de los Libres	4	0,2
	General Heliodoro Castillo	4	0,2
	Arcelia	3	0,1
	Cocula	3	0,1
	Copalillo	3	0,1
	Teloloapan	3	0,1
	La Unión de Isidro Montes de Oca	3	0,1
	Cuajinicuilapa	2	0,1
	Cualac	2	0,1
	José Azueta	2	0,1
	San Miguel Totolapan	2	0,1
	Zirándaro	2	0,1
	Ajuchitlán del Progreso	1	0
	Alpoyeca	1	0
	Apaxtla	1	0
	Buenavista de Cuellas	1	0
	Copala	1	0
	Cuautepec	1	0
	Cutzamala de Pinzón	1	0
	Huitzuco de los Figueroa	1	0
	Ixcateopan de Cuauhtémoc	1	0

	Leonardo Bravo	1	0
	Taxco de Alarcón	1	0
	Tecpán de Galeana	1	0
	Eduardo Neri	1	0
	No especificado	5	0,2
Oaxaca		1.966	100
	Santiago Juxtlahuaca	190	9,7
	San Martín Peras	125	6,4
	Coatecas Altas	107	5,4
	San José Lachiguiri	97	4,9
	Miahuatlán de Porfirio Díaz	93	4,7
	Acatlán de Pérez Figueroa	57	2,9
	Ejutla de Crespo	53	2,7
	Santo Domingo Tehuantepec	53	2,7
	Coicoyán de las Flores	50	2,5
	San Mateo Sindihui	46	2,3
	San Francisco Logueche	38	1,9
	San Martín Itunyoso	35	1,8
	Putla Villa de Guerrero	26	1,3
	Santa María Tonameca	26	1,3
	Heroica Ciudad de Tlaxiaco	25	1,3
	San Pedro Pochutla	24	1,2
	Loma Bonita	23	1,2
	Oaxaca de Juárez	23	1,2
	Santiago Amoltepec	23	1,2
	Eloxochitlán	21	1,1
	San Miguel Piedras	21	1,1
	San José del Peñasco	20	1
	Constancia del Rosario	19	1
	Matías Romero	19	1
	San Miguel Coatlán	19	1

	Huajuapan de León	18	0,9
	San Juan Guichicovi	18	0,9
	Villa Sola de Vega	18	0,9
	Calihuala	17	0,9
	San Agustín Loxicha	17	0,9
	Cosolapa	16	0,8
	Cuilapam de Guerrero	16	0,8
	Ocotlán de Morelos	16	0,8
	San Miguel Tilquiapam	16	0,8
	Santo Domingo de Morelos	14	0,7
	Candelaria Loxicha	12	0,6
	San Jorge Nuchita	12	0,6
	San Luis Amatlán	12	0,6
	San Pablo Tijaltepec	12	0,6
	San Francisco Tlapancingo	10	0,5
	San Juan Lachigalla	10	0,5
	San Sebastián Tecomaxtlahuaca	10	0,5
	Tezuatlán de Segura y Luna	10	0,5
	San Juan Bautista Tuxtepec	9	0,5
	San Miguel Ahuehuetitlán	9	0,5
	San Miguel Tlacotepec	9	0,5
	Silacayoapam	9	0,5
	Mesones Hidalgo	8	0,4
	San Pedro Mixtepec	8	0,4
	Santa Cruz Xitla	8	0,4
	Santo Domingo Tonalá	8	0,4
	Asunción Ocotlán	7	0,4
	San Juan Tamazola	7	0,4
	San Miguel del Puerto	7	0,4
	San Pedro Teozacoalco	7	0,4

	Santa Lucía Miahuatlán	7	0,4
	Asunción Nochixtlán	6	0,3
	La Compañía	6	0,3
	Chalcatongo de Hidalgo	6	0,3
	San Andrés Paxtlán	6	0,3
	San Carlos Yautepec	6	0,3
	San Miguel Mixtepec	6	0,3
	Santa Catalina Quieri	6	0,3
	Salina Cruz	5	0,3
	San Baltazar Loxicha	5	0,3
	San Ildefonso Amatlán	5	0,3
	San Juan Ñumi	5	0,3
	San Martín Lachila	5	0,3
	San Miguel Peras	5	0,3
	San Vicente Coatlán	5	0,3
	San Simón Almolongas	5	0,3
	Santa Cruz Mixtepec	5	0,3
	Santiago Yosondua	5	0,3
	San Vicente Coatlán	5	0,3
	Villa de Zaachila	5	0,3
	Cuyamecalco Villa de Zaragoza	4	0,2
	Mazatlán Villa de Flores	4	0,2
	Mixistlán de la Reforma	4	0,2
	Ixpantepec Nieves	4	0,2
	San José Tenango	4	0,2
	San Juan Cotzocon	4	0,2
	San Juan Mixtepec	4	0,2
	San Lucas Ojitlán	4	0,2
	San Mateo Peñasco	4	0,2
	San Pedro Amuzgos	4	0,2

	San Pedro Mártir	4	0,2
	Santa Inés del Monte	4	0,2
	Santa María Mixtequilla	4	0,2
	Tamazulapam del Espíritu Santo	3	0,2
	Juchitán de Zaragoza	3	0,2
	Magdalena Peñasco	3	0,2
	San Antonino Monte Verde	3	0,2
	San Antonio Huitepec	3	0,2
	San Cristóbal Amatlán	3	0,2
	San Francisco Ixhuatan	3	0,2
	San Juan Bautista Tlachichilco	3	0,2
	San Miguel Ejutla	3	0,2
	San Miguel Soyaltepec	3	0,2
	Santa María Jalapa del Marqués	3	0,2
	Santa María Zoquitlán	3	0,2
	Santiago Jamiltepec	3	0,2
	Santiago Pinotepa Nacional	3	0,2
	Santiago Textitlán	3	0,2
	Santo Domingo Nuxaá	3	0,2
	Unión Hidalgo	3	0,2
	Ciudad Ixtepec	2	0,1
	Guadalupe Etla	2	0,1
	Magdalena Jaltepec	2	0,1
	Magdalena Tequisistlán	2	0,1
	Mariscala de Juárez	2	0,1
	Pluma Hidalgo	2	0,1
	San Andrés Dinicuiti	2	0,1
	San Bartolomé Loxicha	2	0,1
	San Bernardo Mixtepec	2	0,1
	San Jerónimo Coatlán	2	0,1

	Ánimas Trujano	2	0,1
	San Juan Juquila Mixes	2	0,1
	San Juan Mazatlán	2	0,1
	San Juan Mixtepec	2	0,1
	San Juan Tabaá	2	0,1
	San Juan Yaeé	2	0,1
	San Marcial Ozolotepec	2	0,1
	San Mateo Piñas	2	0,1
	San Miguel Amatitlán	2	0,1
	Villa Talea de Castro	2	0,1
	San Nicolás	2	0,1
	San Pablo Coatlán	2	0,1
	San Pablo Huitzo	2	0,1
	San Pablo Villa de Mitla	2	0,1
	San Pedro Apóstol	2	0,1
	San Pedro Huamelula	2	0,1
	San Pedro Ixtlahuaca	2	0,1
	San Pedro Tapanatepec	2	0,1
	Santa Cruz Itundujia	2	0,1
	Santa Cruz Xoxocotlán	2	0,1
	Ayoquezco de Aldama	2	0,1
	San Mateo Ecatepec	2	0,1
	Santa María Huatulco	2	0,1
	Santa María Peñoles	2	0,1
	Santa María Tlahuitoltepec	2	0,1
	Santa María Zacatepec	2	0,1
	Santiago Apóstol	2	0,1
	Santo Domingo Ozolotepec	2	0,1
	Santo Domingo Teojomulco	2	0,1
	Santos Reyes Tepejillo	2	0,1

	Tlacolula de Matamoros	2	0,1
	Jerónimo Zaachila	2	0,1
	Valerio Trujano	2	0,1
	Yaxe	2	0,1
	Zimatlán de Álvarez	2	0,1
	Abejones	1	0,1
	El Barrio de la Soledad	1	0,1
	Ciénega de Zimatlán	1	0,1
	Cosoltepec	1	0,1
	Chiquihuitlán de Benito Juárez	1	0,1
	Guevea de Humboldt	1	0,1
	Nejapa de Madero	1	0,1
	La Pe	1	0,1
	San José del Progreso	1	0,1
	San Agustín Etla	1	0,1
	San Agustín Tlacotepec	1	0,1
	San Andrés Ixtlahuaca	1	0,1
	San Andrés Nuxiño	1	0,1
	San Andrés Solaga	1	0,1
	San Andrés Teotilalpam	1	0,1
	San Andrés Yaa	1	0,1
	San Bartolo Coyotepec	1	0,1
	San Cristóbal Amoltepec	1	0,1
	San Francisco Chapulapa	1	0,1
	San Gabriel Mixtepec	1	0,1
	San Jerónimo Taviche	1	0,1
	San José Chiltepec	1	0,1
	San Juan Atepec	1	0,1
	San Juan Bautista Coixtlahuaca	1	0,1
	San Juan Bautista Cuicatlán	1	0,1

	San Juan Cacahuatepec	1	0,1
	San Juan del Río	1	0,1
	San Juan Lalana	1	0,1
	San Juan Ozolotepec	1	0,1
	San Juan Teita	1	0,1
	San Martín de los Cansecos	1	0,1
	San Martín Huamelulpam	1	0,1
	San Miguel Quezaltepec	1	0,1
	San Pedro Jaltepetongo	1	0,1
	San Pedro Molinos	1	0,1
	San Pedro Totolapa	1	0,1
	San Raymundo Jalpan	1	0,1
	San Sebastián Nicananduta	1	0,1
	Santa Ana Tlapacoyan	1	0,1
	Santa Cruz Nundaco	1	0,1
	Santa Inés Yatzeche	1	0,1
	Santa Lucía Monte Verde	1	0,1
	Santa María Ipalapa	1	0,1
	Santa María Lachixio	1	0,1
	Santa María Ozolotepec	1	0,1
	Santa María Sola	1	0,1
	Santa María Zaniza	1	0,1
	Santiago Astata	1	0,1
	Santiago Comaltepec	1	0,1
	Santiago Huauclilla	1	0,1
	Santiago Ixtlayutla	1	0,1
	Santiago Jocotepec	1	0,1
	Santiago Suchilquitongo	1	0,1
	Santiago Tamazola	1	0,1
	Santiago Tapextla	1	0,1

	Villa Tejupam de la Unión	1	0,1
	Santiago Tilantongo	1	0,1
	Santiago Tlazoyaltepec	1	0,1
	Santiago Yaitepec	1	0,1
	Santiago Yucuyachi	1	0,1
	Nuevo Zoquiapam	1	0,1
	Santo Domingo Ixcatlán	1	0,1
	Santo Domingo Tepuxtepec	1	0,1
	Santo Tomás Jalieza	1	0,1
	Santo Tomás Tamazulapan	1	0,1
	Totontepec Villa de Morelos	1	0,1
	Yogana	1	0,1
	Zapotitlán del Río	1	0,1
	San Juan Bautista Valle Nacional	1	0,1
	No especificado	12	0,6
Veracruz		1.426	100
	Tezonapa	277	19,4
	Tantoyuca	137	9,6
	Zongolica	99	6,9
	Mecayapan	77	5,4
	Acayucan	69	4,8
	Córdoba	40	2,8
	Coatzacoalcos	39	2,7
	Omealca	38	2,7
	San Juan Evangelista	37	2,6
	Chicontepec	34	2,4
	Hueyapan de Ocampo	34	2,4
	San Andrés Tuxtla	27	1,9
	Veracruz	26	1,8
	Tempoal	20	1,4

	José Azueta	20	1,4
	Tierra Blanca	20	1,4
	Huatusco	18	1,3
	Soteapan	17	1,2
	Playa Vicente	16	1,1
	Yanga	16	1,1
	Tres Valles	16	1,1
	Las Choapas	15	1,1
	Sayula de Alemán	14	1
	Soledad de Doblado	14	1
	Tlalixcoyan	14	1
	Ignacio de la Llave	13	0,9
	Isla	13	0,9
	Amatlán de los Reyes	12	0,8
	Minatitlán	11	0,8
	Papantla	11	0,8
	Xalapa	10	0,7
	Juan Rodríguez Clara	9	0,6
	Cosamaloapan	8	0,6
	Jesús Carranza	8	0,6
	Agua dulce	8	0,6
	Hidalgotitlán	7	0,5
	Acatlán	6	0,4
	Emiliano Zapata	6	0,4
	Platón Sánchez	6	0,4
	Cuichapa	5	0,4
	Ixcatepec	5	0,4
	Manlio Fabio Altamirano	5	0,4
	Nautla	5	0,4
	Orizaba	5	0,4

	Actopan	4	0,3
	Atoyac	4	0,3
	Catemaco	4	0,3
	Pajapan	4	0,3
	Tecolutla	4	0,3
	Tlacotalpan	4	0,3
	Benito Juárez	3	0,2
	Cuitláhuac	3	0,2
	Chacaltianguis	3	0,2
	Ilamatlán	3	0,2
	Martínez de la Torre	3	0,2
	Mixtla de Altamirano	3	0,2
	La Perla	3	0,2
	Poza Rica de Hidalgo	3	0,2
	Santiago Tuxtla	3	0,2
	Texistepec	3	0,2
	Tomatlán	3	0,2
	Yecuatla	3	0,2
	Alto Lucero de Gutiérrez Barrios	2	0,1
	Altotonga	2	0,1
	Atlahuilco	2	0,1
	Carrillo Puerto	2	0,1
	Cosautlán de Carvajal	2	0,1
	Cotaxtla	2	0,1
	Chontla	2	0,1
	Fortín	2	0,1
	Los Reyes	2	0,1
	San Andrés Tenejapan	2	0,1
	Tantima	2	0,1
	Tuxpam	2	0,1

	Vega de Alatorre	2	0,1
	Zontecomatlán	2	0,1
	Alvarado	1	0,1
	Amatlán Tuxpan	1	0,1
	Ángel R. Cabada	1	0,1
	Atzacan	1	0,1
	Atzalan	1	0,1
	Banderilla	1	0,1
	Camerino Z. Mendoza	1	0,1
	Cazones de Herrera	1	0,1
	Coscomatepec	1	0,1
	Cosoleacaque	1	0,1
	Chiconamel	1	0,1
	Chinampa de Gorostiza	1	0,1
	Gutiérrez Zamora	1	0,1
	Huayacocotla	1	0,1
	Ixhuatlán del Café	1	0,1
	Ixhuatlán de Madero	1	0,1
	Ixtaczoquitlán	1	0,1
	Jáltipan	1	0,1
	Lerdo de Tejada	1	0,1
	Maltrata	1	0,1
	Mariano Escobedo	1	0,1
	Misantla	1	0,1
	Moloacan	1	0,1
	Nogales	1	0,1
	Pánuco	1	0,1
	Paso de ovejas	1	0,1
	Perote	1	0,1
	Sochiapa	1	0,1

	Tamiahua	1	0,1
	Tatatila	1	0,1
	Tehuipango	1	0,1
	Tepetlán	1	0,1
	Tequila	1	0,1
	Tlacojalpan	1	0,1
	Tlacolulan	1	0,1
	Tlaquilpan	1	0,1
	Villa de Aldama	1	0,1
	El Higo	1	0,1
	Nanchital de Lázaro Cárdenas del Río	1	0,1
	No especificado	12	0,8
Sinaloa		1.162	100
	Sinaloa	243	20,9
	Culiacán	208	17,9
	Guasave	137	11,8
	Choix	136	11,7
	Mocorito	132	11,4
	Navolato	122	10,5
	Badiraguato	48	4,1
	Ahome	40	3,4
	El Fuerte	38	3,3
	Cosala	17	1,5
	Angostura	10	0,9
	San Ignacio	10	0,9
	Mazatlán	7	0,6
	Salvador Alvarado	3	0,3
	Concordia	3	0,3
	Escuinapa	2	0,2
	Elota	1	0,1

	Rosario	1	0,1
	Arizpe	1	0,1
	No especificado	4	0,3
Total		*6.931*	

ANEXO II

Lugar de nacimiento de los miembros del hogar por estado

Estado de origen del jefe de hogar	Número de familias migrantes	Miembros que conforman estas familias	Lugar de nacimiento de los miembros del grupo	Número de miembros del grupo que nacieron en cada estado	% de miembros del grupo que nacieron o no en el estado de origen del jefe	
					Sí	No
Guerrero	2.377	10.196	Guerrero	9.819	96,3	3,7
			Sinaloa	190		1,9
			Baja California N.	40		0,4
			Morelos	30		0,3
			Baja California S.	26		0,3
			Oaxaca	23		0,2
			Sonora	20		0,2
			Veracruz	15		0,1
			Distrito Federal	8		0,1
			Jalisco	6		0,1
			Estado de México	6		0,1
			Chihuahua	5		0
			Michoacán	3		0
			Hidalgo	2		0
			Coahuila	1		0
			Durango	1		0
			Zacatecas	1		0
Oaxaca	1.966	8.224	Oaxaca	7.199	87,5	12,5
			Sinaloa	590		7,2
			Veracruz	122		1,5
			Sonora	73		0,9
			Baja California N.	71		0,9
			Guerrero	56		0,7

			Baja California S.	54		0,7
			Distrito Federal	12		0,1
			Chihuahua	7		0,1
			Puebla	6		0,1
			Jalisco	5		0,1
			Estado de México	5		0,1
			Guanajuato	4		0
			Hidalgo	4		0
			Michoacán	4		0
			Morelos	3		0
			Campeche	2		0
			Chiapas	2		0
Oaxaca			Zacatecas	2		0
			EUA	2		0
			Durango	1		0
Veracruz	1.426	4.026	Veracruz	3.657	90,8	9,2
			Sinaloa	151		3,8
			Oaxaca	109		2,7
			Guerrero	28		0,7
			Sonora	12		0,3
			Baja California S.	11		0,3
			Distrito Federal	9		0,2
			Campeche	7		0,2
			Jalisco	7		0,2
			Puebla	7		0,2
			Morelos	6		0,1
			Estado de México	5		0,1
			Chiapas	4		0,1
			San Luis Potosí	4		0,1
			Baja California N.	3		0,1
Veracruz			Hidalgo	2		0
			Guanajuato	1		0

			Quintana Roo	1		0
			Tabasco	1		0
			Tamaulipas	1		0
Sinaloa	1.162	5.357	Sinaloa	5.163	96,4	3,6
			Sonora	49		0,9
			Guerrero	29		0,5
			Oaxaca	18		0,3
			Chihuahua	15		0,3
			Durango	15		0,3
			Baja California N.	12		0,2
			Baja California S.	12		0,2
			Michoacán	11		0,2
			Veracruz	10		0,2
			Zacatecas	5		0,1
			San Luis Potosí	4		0,1
			Aguascalientes	2		0
Sinaloa			Guanajuato	2		0
			Tamaulipas	2		0
			EUA	2		0
			Distrito Federal	1		0
			Hidalgo	1		0
			Jalisco	1		0
			Estado de México	1		0
			Morelos	1		0
			Nayarit	1		0
Chihuahua	184	500	Chihuahua	415	83	17
			Sinaloa	53		10,6
			Sonora	19		3,8
			Baja California N.	3		0,6
			Baja California S.	2		0,4
			Guerrero	2		0,4
			Estado de México	2		0,4

			Puebla	2		0,4
			Chiapas	1		0,2
			Zacatecas	1		0,2
Durango	173	992	Durango	689	69,5	30,5
			Sinaloa	264		26,6
			Zacatecas	10		1
			Sonora	9		0,9
			Chihuahua	5		0,5
			Guerrero	3		0,3
			Veracruz	3		0,3
			Baja California N.	2		0,2
			Guanajuato	2		0,2
			Coahuila	1		0,1
			Michoacán	1		0,1
			Oaxaca	1		0,1
			San Luis Potosí	1		0,1
			EUA	1		0,1
Michoacán	161	702	Michoacán	583	83	17
			Sinaloa	70		10
			Veracruz	13		1,9
			Baja California S.	8		1,1
Michoacán			Guerrero	7		1
			Sonora	7		1
			Oaxaca	5		0,7
			Baja California N.	3		0,4
			Chihuahua	1		0,1
			Guanajuato	1		0,1
			Hidalgo	1		0,1
			Puebla	1		0,1
			Tabasco	1		0,1
			Zacatecas	1		0,1
Zacatecas	152	895	Zacatecas	772	86,3	13,7

			Sinaloa	75		8,4
			Durango	11		1,2
			Aguascalientes	9		1
			Guerrero	5		0,6
			Oaxaca	5		0,6
			Chihuahua	4		0,4
			Sonora	3		0,3
Zacatecas			Coahuila	2		0,2
			Distrito Federal	2		0,2
			Guanajuato	2		0,2
			Tamaulipas	2		0,2
			Jalisco	1		0,1
			Nayarit	1		0,1
			Veracruz	1		0,1
Sonora	103	265	Sonora	192	72,5	27,5
			Sinaloa	58		21,9
			Chihuahua	6		2,3
			Michoacán	6		2,3
			Baja California N.	1		0,4
			Guanajuato	1		0,4
			Guerrero	1		0,4
Guana-juato	85	352	Guanajuato	242	68,8	31,3
			Sinaloa	74		21
			Jalisco	8		2,3
			Michoacán	7		2
Guana-juato			Veracruz	7		2
			Baja California S.	6		1,7
			Oaxaca	3		0,9
			Aguascalientes	2		0,6
			Durango	1		0,3
			San Luis Potosí	1		0,3

			Zacatecas	1		0,3
Puebla	63	220	Puebla	143	65	35
			Veracruz	43		19,5
			Morelos	13		5,9
			Baja California S.	8		3,6
			Sonora	5		2,3
			Oaxaca	3		1,4
			Sinaloa	3		1,4
			Durango	1		0,5
			Guerrero	1		0,5
Chiapas	56	128	Chiapas	87	68	32
			Oaxaca	13		10,2
			Veracruz	6		4,7
			Sinaloa	5		3,9
			Sonora	5		3,9
			Tabasco	4		3,1
			Baja California N.	2		1,6
			Guerrero	2		1,6
			Baja California S.	1		0,8
			Chihuahua	1		0,8
			Distrito Federal	1		0,8
			Hidalgo	1		0,8
Morelos	34	128	Morelos	94	73,4	26,6
			Sinaloa	8		6,3
			Veracruz	8		6,3
			Baja California N.	5		3,9
			Guerrero	5		3,9
			Oaxaca	5		3,9
Morelos			Distrito Federal	1		0,8
			Michoacán	1		0,8
			Puebla	1		0,8
Jalisco	32	113	Jalisco	86	76,1	23,9
			Sinaloa	23		20,4

			Oaxaca	3		2,7
			Baja California S.	1		0,9
Nayarit	20	63	Nayarit	46	73	27
			Sinaloa	15		23,8
			Oaxaca	1		1,6
			Veracruz	1		1,6
San Luis Potosí	19	50	San Luis Potosí	41	82	18
			Sinaloa	6		12
			Baja California N.	1		2
			Guanajuato	1		2
			Jalisco	1		2
Aguascalientes	15	68	Aguascalientes	50	73,5	26,5
			Sinaloa	9		13,2
Aguascalientes	15		Zacatecas	4		5,9
			Coahuila	2		2,9
			Guanajuato	1		1,5
			Jalisco	1		1,5
			Morelos	1		1,5
Tabasco	15	27	Tabasco	19	70,4	29,6
			Veracruz	8		29,6
Baja California N.	13	46	Baja California N.	18	39,1	60,9
			Sinaloa	18		39,1
			Durango	7		15,2
			Baja California S.	1		2,2
			Chihuahua	1		2,2
			Sonora	1		2,2
Distrito Federal	13	44	Distrito Federal	23	52,3	47,7
			Baja California S.	7		15,9
			Veracruz	6		13,6

			Guerrero	4		9,1
			Morelos	2		4,5
			Oaxaca	2		4,5
Hidalgo	12	39	Hidalgo	21	53,8	46,2
			Veracruz	7		17,9
			Baja California N.	3		7,7
			Sinaloa	3		7,7
			Guerrero	2		5,1
			Michoacán	1		2,6
			Oaxaca	1		2,6
			San Luis Potosí	1		2,6
Baja California S.	9	38	Baja California S.	21	55,3	44,7
			Veracruz	6		15,8
			Baja California N.	5		13,2
			Sinaloa	3		7,9
			Jalisco	1		2,6
			Nuevo León	1		2,6
			Sonora	1		2,6
Estado de México	8	30	Estado de México	24	80	20
			Oaxaca	4		13,3
			Guerrero	1		3,3
			Sinaloa	1		3,3
Coahuila	5	14	Coahuila	10	71,4	28,6
			Sinaloa	3		21,4
			Michoacán	1		7,1
Campeche	3	13	Campeche	9	69,2	30,8
			Sinaloa	2		15,4
			Puebla	1		7,7
			Sonora	1		7,7
Querétaro	3	10	Querétaro	8	80	20

			Guanajuato	2		20
Colima	2	8	Colima	3	37,5	62,5
			Sinaloa	5		62,5
Tamaulipas	2	8	Tamaulipas	3	37,5	62,5
			Sinaloa	5		62,5
Tlaxcala	2	2	Tlaxcala	2	100	0
EUA	1	1	EUA	1	100	0
Honduras	1	1	Honduras	1	100	0
No especificado	0	13	No especificado	13		
Total	*8.132*	*32.573*		*32.573*		

Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, EE.UU.)*

Sara María Lara Flores, Hubert C. de Grammont y Martha Judith Sánchez Gómez

Introducción

En oposición a la idea del predominio de un modelo de organización familiar, propio de la época moderna (la familia nuclear),[1] proponemos utilizar la noción de "configuraciones familiares". Dicha noción da cuenta no solo de la existencia de diferentes tipos de familias, sino de que estas, lejos de ser inmutables, se adaptan constantemente a las nuevas situaciones de la vida.[2]

La investigación etnológica ha aportado nuevos enfoques para el análisis de las familias, mostrando que no existe un modelo predominante de organización familiar, sino que este depende del contexto histórico, social, cultural y político en el cual se inserta.[3] Así, el pensamiento etnocentrista, propio de las sociedades occidentales judeocristianas, centrado en la familia nuclear, ha mostrado sus limitaciones y ha hecho necesaria la búsqueda de nuevas categorías.[4]

---

* Extraído de C. de Grammont, H.; Lara Flores, S. M. y Sánchez Gómez, M. J. (2004). Migración rural temporal y nuevas configuraciones familiares. Los casos de Sinaloa, México; Napa y Sonoma, EE.UU., pp. 357-385. En M. Ariza y O. De Oliveira, *Imágenes de la familia en el cambio de siglo. Universo familiar y procesos demográficos contemporáneos*, México: IIS-UNAM. [ISBN 970-32-1812-1].

1. La visión de la familia nuclear (pareja con su prole) como forma dominante de organización de la sociedad moderna se remonta al siglo XIX y fue apuntalada por autores como Comte, Tocqueville y Durkheim.

2. Véanse los trabajos publicados en *Cahiers du Genre* (VV. AA., 2001).

3. Por ejemplo, las investigaciones hechas al respecto por Margaret Mead, Bronislaw Malinowski, C. Lévy-Strauss, Claude Meillassoux y Françoise Héritier.

4. Una crítica al respecto, basada en una amplia revisión de la bibliografía sobre la familia, puede encontrarse en Vania Salles (1991).

La idea del predominio de un modelo de organización familiar propio de la época moderna (la familia nuclear)[5] ha sido ampliamente discutida y rebasada; en tanto que la noción de "configuraciones familiares" permite captar todas las posibles formas que adoptan los hogares hoy en día. En principio, esta noción se utilizó para apuntalar la existencia de familias que no corresponden al estereotipo ni de la familia nuclear ni de la familia extendida, como son las "familias recompuestas" (familias que se crean a partir progenitores divorciados que conviven con sus hijos oriundos de los matrimonios anteriores), las familias monoparentales o las familias de homosexuales (cfr. VV. AA., 2001), dando cuenta no solo de la existencia de diferentes tipos de familias, sino de que estas, lejos de ser inmutables, se modifican constantemente.

En este artículo retomamos el concepto de "configuraciones familiares" adaptándolo a la situación de las migraciones temporales de los jornaleros agrícolas que trabajan tanto en México como en Estados Unidos. Para nosotros, estas configuraciones familiares son hogares que se constituyen de manera flexible y temporal a partir de arreglos (acuerdos) entre los miembros de distintas familias con filiación consanguínea, filiación por afinidad (paisanaje, género, edad, sexualidad, creencia religiosa, etc.) o filiación simbólica (compadrazgo, padrinazgo, etc.). El concepto nos permite ilustrar la complejidad de lazos que unen a un individuo con el conjunto social en el que vive, así como las alianzas y redes sociales de que dispone. Muestra el entorno de relaciones sociales que engloban a las familias de migrantes, la frecuencia de los lazos que las unen a otros individuos y el tipo de ayuda que se procuran entre sí para migrar. Es pertinente para dar cuenta de las formas cambiantes que toman dichas familias y para significar las relaciones que se establecen entre ellas en términos de interacción. Asimismo, nos permite comprender lo social desde un ángulo relacional, donde se ponen en juego movimientos, cambios y tensiones (Heinen, 2001, pp. 5-26).

Las configuraciones familiares juegan un rol fundamental como espacios de mediación entre los diferentes ámbitos de la vida social. Cada tipo de configuración establece una relación particular con su entorno,

5. Para una revisión de esa discusión véase Salles (1991).

pero al mismo tiempo puede decirse que el espacio social prefigura distintos tipos de configuraciones. Son estructuras flexibles y cambiantes que se modifican por su interacción con el exterior, pero también por la dinámica que se establece en su interior. Las relaciones entre los miembros que forman parte de ellas son relaciones de poder y, por lo mismo, son fuente de conflicto. Sin embargo, dichas relaciones también suponen solidaridades y alianzas que se transforman constantemente, modificando el papel que los individuos juegan en su interior en términos de roles y de jerarquías.

Por su parte, concebimos los hogares como espacios de expresión de estas configuraciones familiares. Son el lugar donde se realizan las actividades domésticas que permiten la reproducción de los individuos. Es allí donde tiene lugar una división sexual y generacional del trabajo. Por lo mismo, pueden servir como recurso metodológico para captar las dinámicas de las configuraciones familiares.[6]

El estudio de las migraciones temporales permite mostrar estas dinámicas. Ilustra la manera en que los ciclos migratorios movilizan un conjunto de relaciones y redes, generando una diversidad de configuraciones familiares que permiten a los individuos establecer puentes entre el lugar de residencia (o de origen) y los distintos espacios de trabajo que surgen a lo largo de los ciclos migratorios. Da cuenta, también, de la manera en que se entrecruzan ciclos migratorios y ciclos familiares. Los primeros, sujetos al vaivén entre el lugar de residencia y de trabajo; los segundos, establecidos por las distintas etapas que atraviesan las familias y los individuos.

Observamos que, si bien las migraciones tienden a separar a las familias, la separación geográfica no significa un rompimiento de los lazos familiares. A pesar de la distancia, los vínculos se preservan, se transforman y a menudo se refuerzan. A la vez, esta tendencia que separa a los miembros consanguíneos de una familia a menudo encuentra su contrapunto en el reagrupamiento de miembros unidos por lazos de afinidad o simbólicos, lo que da lugar a un nuevo tipo de configuraciones que se adaptan a las situaciones migratorias. Este fenómeno ha

6. En este artículo, si bien analizamos las configuraciones familiares, nos basamos en encuestas levantadas en hogares de jornaleros agrícolas migrantes.

sido caracterizado por algunos autores como "casas divididas", "hogares transnacionales" o "familias binacionales", lo que da cuenta de configuraciones que se adaptan a estas dos situaciones de vida alternadas a lo largo de los años (temporada de vida en el pueblo-temporada de vida migrando). Dicho de otra manera, para que sus miembros puedan migrar temporalmente, viajar en condiciones difíciles (o francamente peligrosas, como es el cruce ilegal de la frontera a Estados Unidos), conseguir trabajo, vivir durante meses en condiciones precarias y regresar con cierto dinero ahorrado a sus pueblos, se conforman hogares ad hoc capaces de enfrentar estas dificultades. Se trata, en cada caso, de un complejo proceso de organización familiar que responde a las posibilidades concretas de cada grupo y a las condiciones de cada ciclo de migración.

En México, la transformación de las condiciones del mercado de trabajo, por el paso de una economía protegida a una economía abierta, ha dado lugar a nuevas migraciones. No solo porque se han diversificado los lugares de origen y destino de los flujos, por el carácter de los flujos y su temporalidad y por el tipo de población que se integra en ellos, sino también por las formas novedosas como se constituyen actualmente los grupos familiares para facilitar sus desplazamientos y garantizar su reproducción. Estos cambios son diferentes para las migraciones nacionales y para las migraciones internacionales. Por un lado, el cruce de la frontera en las migraciones internacionales crea una situación particular, pero las condiciones del mercado de trabajo en cada país también son diferentes. Algunas de estas diferencias se dan en las características de los migrantes y de sus ciclos migratorios (su origen social y étnico, sus ingresos, sus historias migratorias, sus formas de migración, los costos de la migración y los procesos de conformación de sus redes sociales); otras, en los tipos de hogares que configuran.

En este trabajo queremos ejemplificar estos planteamientos con dos estudios de caso de migración temporal rural-rural. Uno, a nivel nacional, se refiere a hogares de migrantes que se desplazan para trabajar en las grandes empresas agroexportadoras de Sinaloa. El otro, a nivel internacional, se refiere a los jornaleros migrantes que trabajan en las modernas empresas vitivinícolas de los condados de Napa y Sonoma en California.

En un primer apartado haremos una revisión sintética de la evolución de los flujos migratorios que se han dado en México durante el periodo de crecimiento hacia adentro, de su desarrollo a partir del crecimiento hacia fuera y de sus efectos sobre la recomposición de las conformaciones familiares en este proceso de cambio. A continuación, con los estudios de caso, analizaremos los actuales flujos migratorios de los jornaleros agrícolas migrantes a nivel nacional y hacia Estados Unidos, y las conformaciones familiares que les corresponden.

De la migración rural-urbana como patrón tradicional dominante a los desplazamientos múltiples

A partir de los años cuarenta y hasta los setenta, la economía mexicana conoció su mayor dinamismo. Bajo el modelo de sustitución de importaciones, el país tuvo una fase de crecimiento acelerado que permitió el desarrollo de una agricultura comercial y de una industria manufacturera. Este proceso de industrialización propició una estructura económica altamente polarizada que estimuló los movimientos de población del campo hacia las ciudades, especialmente hacia la ciudad de México (Ariza, 1999).

Diferentes estudios dan cuenta de la estrecha relación que se estableció entre el proceso de industrialización y un patrón de migración dominante que tuvo lugar durante las décadas de 1940 a 1970, el cual se constituyó como un desplazamiento masivo de población de origen rural a las áreas metropolitanas (Cabrera, 1982; Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Stern, 1977, 1989). Entre 1930 y 1970, la población nacional se triplicó; sin embargo, durante este periodo, la población rural solo se duplicó, mientras que en las ciudades se incrementó más de diez veces (Alba, 1993, citado por Verduzco, 1998). Entre 1940 y 1970, más de seis millones de personas migraron del campo a la ciudad, pero esencialmente hacia las grandes urbes, particularmente al Distrito Federal, Guadalajara y Monterrey. La ciudad de México absorbió ella sola 60% de la migración y en 1970 estas tres ciudades representaban un 22% de la población total nacional (Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Stern, 1989).

Estas migraciones de origen rural hacia las grandes ciudades se acompañaron, por lo regular, de una inserción definitiva de la población en actividades del sector industrial y en los servicios (*ibid*.).

Los primeros en migrar hacia las ciudades en búsqueda de mejores alternativas de vida fueron hombres y mujeres jóvenes, mestizos, que provenían de las pequeñas ciudades de provincia y de las familias de ingresos altos y medios de los pueblos (Arizpe, 1985); pero, también fueron los hijos de los campesinos pobres que no tenían posibilidades de encontrar tierra o empleo en sus regiones de origen. A medida que esos jóvenes iban encontrando un modo de vida estable, de casarse o conformar un hogar, fueron estableciéndose de manera permanente.[7]

No obstante que la migración definitiva del campo hacia las ciudades constituyó el patrón dominante de desplazamiento en ese periodo, también se desarrollaron flujos de carácter temporal hacia otros destinos, en particular flujos rural-rural tanto a nivel nacional como hacia Estados Unidos.[8]

La migración temporal rural-rural más importante en ese periodo se dirigía hacia Estados Unidos y correspondió al Programa Bracero. Entre 1942 y 1964 se calcula que fueron contratados legalmente 4,6 millones de trabajadores, sin contar a los que se fueron ilegalmente a ese país. Sin embargo, cabe señalar que solo 814.337 de esos migrantes optaron por la residencia, lo que significa que, a pesar de la gran magnitud de esa movilización, pocos se establecieron definitivamente en el vecino país (18%). Estos migrantes no procedían de los estados más pobres del país ni de los estados fronterizos (del norte y occidente), sino de estados del centro del país en donde existía una vieja tradición de migración hacia Estados Unidos: Guanajuato (13,6%), Jalisco (11,2%), Chihuahua (10,7%), Michoacán (10,6%), Durango (9,4%), Zacatecas (9,3%), Nayarit, San Luis Potosí, Aguascalientes y Colima (Verduzco, 2000). La mayoría eran hombres mestizos, jóvenes, de origen rural. Su inserción laboral en ese mercado era esporádica y temporal, principalmente en los campos

7. Se estima que en la década de los setenta la mitad de la población migrante en las áreas urbanas era de mujeres. En cuanto a la edad, 62% de la población tenía entre 10 y 49 años; 29% tenía menos de diez y 9% más de 50, lo que hace suponer que esta población estaba constituida en su mayor parte por familias y no por individuos (Goldani, 1977).

8. Estas corrientes constituyen el antecedente de las migraciones que analizaremos en los siguientes apartados.

agrícolas de California, Texas y otros estados sureños de Estados Unidos (Palerm, 1998; Sherman *et al.*, 1997).

Otro importante proceso de migración rural-rural, de carácter temporal, se dio hacia las regiones agrícolas más desarrolladas del país gracias a la apertura de cuencas hidrológicas y al despunte de una agricultura comercial orientada a la producción de materias primas para la naciente agroindustria (caña de azúcar, algodón, henequén, etc.), así como a la exportación de productos frescos (frutas y hortalizas). Las políticas aplicadas para impulsar la *revolución verde* propiciaron la modernización de la agricultura y la concentración de capitales en los estados escasamente poblados del noroeste, mientras que las regiones campesinas se mantenían en el atraso tecnológico. Es esta situación la que provocó una fuerte polarización entre regiones de agricultura empresarial y zonas de agricultura de subsistencia, y la que indujo a la formación de amplios movimientos migratorios internos en la población rural (Botey *et al.*, 1975; Paré, 1977; Hewitt, 1978; C. de Grammont, 1990).

La migración hacia el noroeste del país se dirigía fundamentalmente hacia los campos algodoneros de los estados de Sonora, Sinaloa y Baja California Norte, y hacia la cosecha de hortalizas en Sinaloa y Sonora. En el ciclo 1969-1970, se calcula que participaban en los flujos migratorios temporales en el país más de 600.000 personas (Paré, 1977, pp. 116-117, citado en Botey *et al.*, 1975). Estos flujos migratorios estaban integrados principalmente por hombres adultos que viajaban normalmente en pequeños grupos de paisanos (las famosas "cuadrillas"), a menudo acompañados por una mujer que preparaba la comida de todos, lavaba la ropa y aseaba el cuarto asignado a los trabajadores en los campamentos o galerones.

Es muy probable que la composición esencialmente masculina de esta migración de tipo rural-rural, tanto hacia Estados Unidos como nacional, se complementara con una migración femenina rural-urbana que se dirigía a las grandes ciudades para emplearse en el trabajo doméstico. Varios estudios que analizaron este tipo de migración dieron cuenta de la lógica de las unidades campesinas para reproducirse recurriendo a la migración temporal de algunos de sus miembros como una estrategia selectiva (Arizpe, 1978, 1985; Muñoz, Oliveira y Stern, 1977). También puede pensarse que se trataba de un mecanismo para allegarse

recursos complementarios a los que se generaban gracias a la producción de cultivos tradicionales orientados al autoconsumo.

Finalmente, mencionaremos un tercer proceso de migración rural-rural, este de carácter definitivo, que se dirigió en particular hacia el sureste del país, impulsado por la reforma agraria. Corresponde al proceso de colonización de tierras agrícolas que se dio a partir de 1964 y hasta la década de los ochenta. En este caso, fueron familias completas las que abandonaron sus pueblos con tal de recibir tierra y la esperanza de mejorar su situación económica.

A partir de la segunda mitad de los sesenta se inician fuertes cambios en las condiciones de crecimiento, ocasionados por los procesos de globalización. Luego, a partir de los años ochenta, la aplicación de nuevas políticas económicas (apertura comercial, disminución de los subsidios, lucha contra la inflación, etc.) modificó profundamente el modelo de industrialización. A consecuencia de esto, los flujos migratorios cambiaron para adaptarse a las nuevas condiciones prevalecientes. El análisis del conjunto de estos cambios rebasa el objetivo de este trabajo, pero podemos afirmar que actualmente los flujos se han hecho más complejos y la conformación de los grupos que migran se ha transformado de manera significativa.

En primer lugar, los flujos del campo hacia las grandes urbes disminuyen y la población indígena se incorpora cada vez más a este tipo de migración. En segundo lugar, crecen las migraciones que se dirigen hacia las ciudades intermedias, en donde se localizan maquiladoras y agroindustrias. En tercer lugar, con el crecimiento de la horticultura de exportación, en particular en el noroeste, la migración temporal crece en una proporción similar al incremento de la producción. Tan solo para los estados de Sinaloa, Sonora, Baja California Norte y Baja California Sur estimamos una migración temporal de 300.000 jornaleros (Proyecto "Reestructuración productiva, empleo y migración", UNAM-PAPIIT IN303297). Pero para todo el país se estima que dicha migración puede involucrar alrededor de un millón y medio de personas, si tomamos en cuenta todos los cultivos que se cosechan a mano (caña de azúcar, café, tabaco, frutas, etc.).[9]

9. Entre 1960 y 1998, la superficie para el cultivo de hortalizas pasó de 2,3% a 3,8% del total nacional, mientras que los rendimientos se incrementaron notablemente. Para el jitomate y el chile verde, las dos

Finalmente, la migración hacia Estados Unidos ha crecido de manera sorprendente. Se estima que actualmente hay alrededor de ocho millones de mexicanos instalados en ese país.[10] Estos migrantes trabajan en todas las actividades económicas, aunque la agricultura sigue siendo una de sus principales fuentes de empleo: 23,8% de los migrantes trabajan en la agricultura, 22,2% en la industria, 15,9% en los servicios públicos, 2,2% en el comercio (EMIF).[11] Taylor y Martín (1997, p. 855) señalan que aproximadamente unos 2,5 millones de trabajadores se emplean normalmente en la agricultura en Estados Unidos (800.000 de ellos en California) de los cuales 90% son de origen mexicano. Palerm (1998), por su lado, estima que esa migración puede ascender a más de un millón, cifra nunca alcanzada anteriormente.

A su vez, no solo las regiones de origen de los migrantes se han diversificado, sino que ahora poco más de la mitad proviene de localidades urbanas (Durand, 1998; Tuirán, 2000; Verduzco, 2000).[12]

A partir de la década de los ochenta se inició una nueva etapa en las migraciones: se modificó la orientación de los flujos y aparecieron nuevos ciclos migratorios. Pero lo que aquí nos interesa resaltar es que cambió el perfil del migrante y surgieron nuevas configuraciones familiares que se adaptan a los diferentes ciclos migratorios. En el siguiente apartado presentamos dos estudios de caso que analizan estos fenómenos en la migración rural-rural de los jornaleros agrícolas, tanto para la nacional como para la que se dirige a Estados Unidos.

---

principales hortalizas tanto para el consumo nacional como para la exportación, los rendimientos se incrementaron en 229% y 288% respectivamente. Por eso, la proporción correspondiente a las hortalizas en el valor total de la producción agrícola pasó de 6,7% a 20,4% en el mismo periodo (Schwentesius y Gómez-Cruz, 2000).

10. Se estima que, con la migración ilegal, puede haber 12 millones de mexicanos en Estados Unidos. Por su lado, Rodolfo Tuirán (2000) plantea que para 1996 había entre 7 y 7,3 millones de mexicanos viviendo en Estados Unidos, de los cuales 500.000 tenían la nacionalidad estadunidense, entre 4,2 y 4,4 millones eran residentes documentados y entre 2,3 y 2,4 eran indocumentados.

11. El 35,9% trabaja en "otros".

12. El 56,5% de los migrantes provienen de localidades urbanas (con más de 15.000 habitantes), 43,5% de localidades rurales (EMIF).

Migración rural-rural y nuevas configuraciones familiares[13]

Migraciones nacionales hacia las regiones hortícolas de Sinaloa[14]

En los últimos 40 años, la gran expansión en la producción de frutas y hortalizas en México se ha expresado, más que en la superficie cultivada, en un incremento en los rendimientos de estos cultivos.[15] Se calcula que estos productos generaron 48% de las divisas obtenidas por la exportación y 10,6% del empleo en la agricultura (Schwentesius y Gómez-Cruz, 2000).

Los estados de Sinaloa, Sonora y Baja California, en el noroeste del país, destacan por la magnitud de sus exportaciones de hortalizas, pero el estado de Sinaloa es el principal productor por el volumen de producción, su avanzada tecnología, sus estándares de calidad y el empleo que genera.[16] El incremento de la producción hortícola en el noroeste ha ido a la par con el incremento de la pobreza en las zonas de producción campesina de tipo tradicional, dando lugar al crecimiento de las migraciones de tipo rural-rural provenientes del sur del país.

La migración que se dirige hacia el noroeste del país no es reciente. Se estableció en los años cincuenta, como un flujo de tipo *golondrino*,[17] para laborar en los campos algodoneros de Sonora, Sinaloa y Baja

13. La investigación en ambas regiones se basa en dos encuestas de muy distinta magnitud, por lo cual no pretendemos llegar a comparaciones cuantitativas, sino mostrar las distintas configuraciones familiares que han tenido lugar en dos contextos migratorios diferentes: el nacional y el internacional. Las dos corrientes se dirigen hacia zonas de agricultura muy moderna y en plena expansión; son migraciones de vieja historia y en las dos últimas décadas han sufrido cambios importantes que se reflejan en el tipo de grupos domésticos a que dan lugar.

14. Los datos de este inciso provienen de la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes*. Esta encuesta se realizó en el marco del Proyecto de Investigación sobre *Reestructuración productiva, empleo y migración* coordinado por Hubert C. de Grammont en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, con la participación de Sara María Lara y de Martha Judith Sánchez, contando con financiamiento de la DGAPA-UNAM (PAPIIT-IN303297). Dicha encuesta fue levantada entre 1997-1999 con apoyo de distintas instituciones que atienden a la población jornalera en el país. Se levantaron 8.117 encuestas a hogares en los principales estados de atracción de jornaleros agrícolas. Los datos utilizados aquí corresponden solo al estado de Sinaloa.

15. Véase *supra* la nota 9.

16. En 1991, 590 empresas en Sinaloa declararon exportar su producción de frutas y hortalizas. Tan solo sus exportaciones de berenjena en ese año representaron 88% del total nacional; de jitomate, 60%, y de pepino, 53%. En términos de empleo, en promedio se calcula que contratan 150.000 trabajadores del campo, la mayoría de ellos migrantes (Calvin y Barrios, 2000; Lara, 1998; Lara y C. de Grammont, 1999; Schwentesius y Gómez-Cruz, 2000).

17. Tradicionalmente se conoce como migración "golondrina" aquella que parte de su lugar de origen para pasar por distintos lugares de trabajo antes de regresar nuevamente a su lugar de residencia. Para

California Norte, y en la cosecha de las hortalizas en Sinaloa y Sonora. Actualmente, de acuerdo con la información arrojada por la *Encuesta a hogares de jornaleros agrícolas migrantes*, un primer cambio significativo en la composición de los desplazamientos hacia esas regiones del noroeste se encuentra en la diversificación de los lugares de donde provienen los migrantes. Antes, las migraciones al noroeste del país provenían principalmente de los estados de Oaxaca y Guerrero. Ahora vemos en la encuesta que esta migración proviene de 27 estados del país, aunque cuatro de ellos envían 84% del total de migrantes que llegan a la región (Guerrero 33%, Oaxaca 28%, Sinaloa 18% y Veracruz 5%).

Otra transformación relevante que la encuesta permite detectar es que la migración circular (o *golondrina*), la cual suponía la existencia de una corriente migratoria que partía del pueblo de origen y pasaba por varias regiones antes de regresar al punto inicial, ha dado lugar a nuevas modalidades. El cambio más importante tiene que ver con el lugar de inicio de la migración. Hasta la década de los ochenta, dicho lugar era la comunidad de origen; ahora, encontramos que ciertas familias de migrantes ya no residen en un pueblo o comunidad, sino en un campamento agrícola o una *cuartería*[18] ubicada en alguna de las zonas de atracción en donde se encuentran las grandes empresas hortícolas. De esa manera, además de la clásica migración pendular desde un pueblo hacia una región de trabajo, encontramos una migración pendular de una región hortícola a otra. Por ejemplo, terminada la temporada de la cosecha, familias que viven en los campamentos de las empresas de Sinaloa viajan a Baja California Norte o Sur, o familias que viven en los campamentos de la costa de Hermosillo viajan a San Luis Río Colorado, en Sonora. Más aún, la encuesta muestra la existencia de familias que han abandonado su pueblo de origen, pero no han encontrado ningún punto

ese tipo de migración preferimos hablar de migración "circular", y hablamos de migración "pendular" para referirnos a la que se dirige a una sola región de trabajo y desde allí regresa a su lugar de residencia.

18. Mientras el campamento es un lugar ubicado en los terrenos de la empresa, regularmente dentro de alguna zona de cultivo, en donde se construyen habitaciones muy rudimentarias (láminas de cartón o de aluminio), las *cuarterías* son habitaciones ubicadas en el pueblo más cercano, con materiales de construcción más sólidos (cemento, tabique, etc.). En el campamento el trabajador no paga un alquiler, en la cuartería debe pagar una renta. A veces la cuartería es proporcionada por el mismo enganchador o contratista que los llevó a trabajar a la empresa.

de arraigo y migran de un lugar de trabajo a otro a lo largo del año. En este caso estamos en presencia de una migración circular permanente, sin residencia fija en ninguno de los puntos del ciclo migratorio.

Cuadro 1. Ciclo migratorio de los trabajadores agrícolas migrantes en Sinaloa

Tipo de ciclo	Núm. de casos	Porcentaje
Pendular	4.269	86,9
Pendular con residencia en el pueblo	2.957	60,2
Pendular con residencia en campamento o cuartería	1.312	26,7
Circular	539	10,9
Circular con residencia en su pueblo	351	7,1
Circular con residencia en campamento o cuartería	85	1,7
Circular permanente sin residencia	103	2,1
No especificado	107	2,2
Total	*4.915*	*100*

Fuente: C. de Grammont y Lara (en prensa).

En el cuadro 1 observamos que la mayor parte de los hogares encuestados en Sinaloa (86,9%) tuvieron un ciclo de migración pendular. Para la mayoría de estos hogares (60,2%) el desplazamiento se dio desde el pueblo de origen de los migrantes, pero 26,7% lo hicieron desde un campamento o cuartería; 10,9% tuvieron una migración circular, pasando por distintas regiones antes de regresar al lugar del que partieron (7,1% desde su pueblo, 1,7% desde un campamento o cuartería). Finalmente, 2,1% de los hogares de migrantes dejaron de tener residencia en algún lugar fijo y migran de manera circular y permanente a lo largo de los ciclos agrícolas.

Estos flujos migratorios que tienen como lugar de arraigo un campamento o cuartería en vez de un pueblo, o que no tienen ningún punto fijo de arraigo, representan 32,7% del total de los hogares de migrantes entrevistados. Se trata de un fenómeno nuevo que ha crecido en las dos últimas décadas y muestra la existencia de una mayor precariedad económica e inestabilidad social. Se trata de una población casi errante, en condiciones de extrema pobreza, que viaja sin recursos o con lo mínimo para lograr vivir.

Por otro lado, es notorio que la migración individual o en grupo de hombres adultos, característica de la migración rural-rural de los años setenta, ha dado lugar a una migración de tipo familiar. Este paso de la migración individual a la migración familiar se debe tanto al agotamiento de la economía campesina como a la disminución de los salarios reales en el campo.[19] Llama la atención la diversidad de las configuraciones familiares que se han generado (14 tipos; véase el cuadro 2).

La mayoría de los migrantes se desplaza para vivir en hogares nucleares (66,9%) o extensos (19,2%) (cuadro 2). Pero también encontramos hogares compuestos (7,1%) por grupos emparentados y "paisanos" con los cuales no se tienen lazos de consanguinidad, sino relaciones que suponen vínculos de afinidad o alianzas simbólicas, lo que permite suponer que son arreglos que rebasan el ámbito familiar para abarcar redes vinculadas con la comunidad de origen. Muy seguido, estas comunidades son pequeñas, y la relación entre individuo, familia y comunidad es muy estrecha. Si bien las situaciones migratorias desestabilizan los grupos familiares, vemos que también contribuyen a la puesta en marcha de nuevas configuraciones, las cuales suponen formas de solidaridad que se extienden más allá de los lazos familiares.

También es notoria la migración individual de hombres solos y mujeres solas (5,9% y 0,9%, respectivamente). El caso de las mujeres, aunque de poca relevancia numérica, llama la atención por ser un fenómeno nuevo que supone grandes cambios en la concepción (más precisamente autoconcepción) de la mujer campesina e indígena y de su ubicación en la sociedad rural.

Por otro lado, si hacemos un análisis más fino al interior de cada una de las configuraciones, constatamos la importancia de las familias monoparentales (con un solo jefe o jefa 18,7%) y la presencia de las mujeres que las encabezan (10%). Puede observarse el caso de mujeres que no solo encabezan a su familia, sino a una configuración que incorpora a familiares y paisanos.

Los hogares de migrantes que analizamos muestran que existe una fuerte solidaridad entre parientes consanguíneos, miembros unidos por

19. Hemos calculado, para el caso del jitomate en el valle de Culiacán, que mientras la productividad del trabajo se incrementó en 65% entre 1985 y 1995, los salarios reales disminuyeron en 50,8%. En este mismo periodo, la caída de los salarios del sector agropecuario fue de 45% (C. de Grammont, 2001, p. 95).

afinidad (paisanaje, género, edad, etc.) y parientes con filiación simbólica o ritual,[20] dando lugar a configuraciones creadas ad hoc para migrar. Estas configuraciones funcionan como estructuras cambiantes y flexibles a lo largo del ciclo migratorio, y permiten potencializar los escasos recursos económicos y culturales de cada individuo y de cada familia. Por ejemplo, permiten juntar dinero para los gastos que tienen que hacerse mientras se recibe el primer salario, o reunir los implementos que servirán en los campamentos para cocinar y dormir. También, se logra aprovechar las ventajas que algunos tienen por hablar mejor el español o por saber escribir, leer y contar, lo que resulta un capital importante cuando se trata de una población con un porcentaje importante de analfabetas (34% del total de la población entrevistada).

Cuadro 2. Tipo de hogar de los trabajadores agrícolas migrantes en Sinaloa

Tipo de hogar	Casos	%
Nuclear	3.287	*66,9*
Parejas solas	361	7,3
Parejas con hijos	2.533	51,5
Jefa sola con hijos	267	5,4
Jefe solo con hijos	126	2,6
Extenso	944	*19,2*
Pareja sin hijos con parientes y/o paisanos	131	2,7
Pareja con hijos con parientes y/o paisanos	635	12,9
Jefa sola con hijos y parientes y/o paisanos	131	2,7
Jefe solo con hijos y parientes y/o paisanos	47	1,0
Compuesto	349	*7,1*
Jefa de grupo de parientes	95	1,9
Jefe de grupo de parientes	223	4,5
Jefa de grupo sin parentesco	1	0,0
Jefe de grupo sin parentesco	30	0,6

20. El parentesco ritual, o compadrazgo, es el que se realiza a partir de un lazo simbólico establecido a partir de un acto religioso (bautizo, comunión, boda).

Unipersonal	335	*6,8*
Mujer sola	46	0,9
Hombre solo	289	5,9
Total	*4.915*	*100*

Fuente: C. de Grammont y Lara (en prensa).

Los hogares son espacios en donde los individuos que constituyen una configuración familiar para migrar comparten un mismo techo en un campamento o cuartería mientras sus miembros trabajan en una misma región. Las configuraciones familiares que conforman dichos hogares pueden fragmentarse cuando una parte de sus miembros se integra a un ciclo circular mientras otros retornan a su lugar de origen, pueden mantenerse durante un ciclo de migración circular y sin retorno, o transformarse al pasar de una región a otra. Muy seguido, al regresar a los pueblos de origen, los migrantes se reinsertan en una configuración familiar tradicional (unida por lazos de parentesco).

Habitualmente, encontramos que en los diferentes tipos de hogares de los migrantes se comparte un presupuesto, sobre todo cuando se trata de familias extensas en las cuales existe un parentesco cercano. Cuando se trata de grupos emparentados, pero con parentesco más bien lejano, o de paisanos que conviven bajo un mismo techo, se comparte una parte del presupuesto que sirve para los gastos de la vida cotidiana y se realizan las tareas del hogar bajo una división sexual y generacional del trabajo.

La estructura que adoptan estas configuraciones familiares a lo largo de los ciclos migratorios da cuenta de una gran flexibilidad para adaptarse a los cambios sociales. Muestra también la presencia de redes que unen a los individuos con su entorno social. Pero es necesario decir que también reproduce estructuras de poder, desigualdades y conflictos entre sus miembros.

Finalmente, si relacionamos el tipo de configuración familiar con el tipo de ciclo migratorio (cuadro 3), constatamos que los hogares nucleares, extensos y compuestos tienen una participación similar tanto en las migraciones pendulares como en las circulares (alrededor de 87% participan en ciclos pendulares y entre 11% y 14% participan en ciclos migratorios circulares), mientras que los migrantes individuales son más propensos

a las migraciones circulares (79,1% llevan a cabo migraciones pendulares y 20,9% migraciones circulares). Esta situación puede explicarse por la mayor complejidad de las migraciones circulares y la dificultad para que familias completas (nucleares, extensas o compuestas) se trasladen a diferentes regiones de trabajo antes de regresar a su lugar de origen.

Cuadro 3. Tipo de hogar por ciclo migratorio de los trabajadores agrícolas en Sinaloa

Tipo de hogar	Migración pendular		Migración circular		Total	
	casos	%	casos	%	casos	%
Nuclear	2.869	87,3	418	12,7	3.287	100
Extenso	835	88,5	109	11,5	944	100
Compuesto	300	86	49	14	349	100
Unipersonal	265	79,1	70	20,9	335	100
Total	*4.269*	*86,8*	*646*	*13,1*	*4.915*	*100*

Fuente: C. de Grammont y Lara, en prensa.

Migraciones internacionales hacia las regiones vitivinícolas de Napa y Sonoma, California [21]

California es el principal productor de frutas y hortalizas de la Unión Americana. Estos productos representan cerca de 60% del valor de la producción agrícola del estado y la mitad de la producción de legumbres frescas del país (52%).[22] Se calcula que 8.800 empresas (de las 82.500 registradas en el estado) concentran 90% del valor agrícola estatal y 80% de la fuerza de trabajo empleada. Gracias al alto valor de las hortalizas, los agricultores de California obtienen mayores ganancias por acre que el resto de los agricultores estadounidenses.[23]

21. Cuando no se cita, los datos provienen del Proyecto UC-Mexus-Conacyt, Universidad de California, Berkeley / IIS-UNAM, 1998-1999, coordinado (para la institución mexicana) por Martha Judith Sánchez Gómez.

22. El resto se ubica principalmente en los estados de Texas, Oregón, Washington e Idaho, entre otros.

23. California cosechó 1,2 millones de acres de verduras y melones en 1990 con un valor de $3,5 billones. Los agricultores de Nebraska, con granjas y explotaciones agrícolas 15 veces mayores en extensión de tierra, solo obtuvieron aproximadamente el mismo nivel de ganancia (Martin, 1992).

Si bien la expansión del cultivo de frutas y hortalizas en California se inició desde la segunda guerra mundial, la producción de algunas ha crecido de manera importante en las tres últimas décadas. La uva para vino, que es el cultivo que ahora nos interesa, se incrementó seis veces entre 1970 y 1980. Para 1983 se cosechó y se vendió en ese estado alrededor de 90% de las uvas producidas en Estados Unidos, y un poco menos de 70% del vino que se consume en ese país (Haley, 1989, p. 3; citado en California Governor, 1985, pp. 45, 47).[24]

Los condados de Napa y Sonoma destacan como regiones productoras de vid. Su importancia reside no solo en la cantidad de tierra que dedican a este cultivo, sino en las ganancias que generan.[25] Conforme la uva ha ganado importancia en la región, se ha necesitado un mayor número de trabajadores que respondan a los requerimientos de su cultivo.[26] Esas necesidades han sido satisfechas desde hace varias décadas con el trabajo de los migrantes mexicanos, quienes mediante las redes de parentesco o paisanaje llegan para participar en la agricultura de esa región.

En Napa, en 1996, 17,9% de los habitantes era de origen hispano (20.855) y 13,4% en Sonoma (56.397) (*Censo Nacional de Estados Unidos*). En ambos condados, los hispanos son principalmente mexicanos. A estos datos hay que agregar una población flotante no cuantificada en los censos.

Varios autores mencionan que, después de la finalización del Programa Bracero, las características de la migración mexicana a Estados Unidos cambiaron en varios aspectos. Entre otros, el origen de los migrantes se ha extendido más allá de las entidades y municipios tradicionales de emigración y se incorpora población de los estados de Puebla, Hidalgo, Estado de México, Distrito Federal, Morelos y Oaxaca.

24. El crecimiento en la producción de estos cultivos estuvo asociado con el incremento que tuvo la demanda de frutas y verduras en la década de 1980. Por otra parte, los estadounidenses consumieron 192% más vino en 1980 que en 1960. El consumo de todas las clases de vinos creció en Estados Unidos 5,6% al año de 1961 a 1981. El consumo de vino de mesa creció 10% al año en el mismo periodo (Haley, 1989).

25. De acuerdo con los datos de *Rural Migration News* (2000, octubre), el condado de Napa es conocido por la producción de vinos y por el turismo asociado con los vinos, y cuenta con 555 viñedos y con 37.500 acres de viñas en 1998. Sus 230 *wineries* producen alrededor de 6,4 millones de cajas (de 12 botellas) de vino.

26. Se requiere un gran número de trabajadores por un periodo de dos a cuatro meses al año para la pizca (de agosto a noviembre); para la poda, durante otros dos o tres meses del año (a partir de enero); y, un número menor de trabajadores, con empleo "estable", de nueve a diez meses al año, para todas las tareas de apoyo necesarias en dicho cultivo.

La segunda característica es la creciente presencia de migrantes procedentes de zonas urbanas (Durand, 1998; Tuirán, 2000; Verduzco, 2000).

Los datos recabados a través de la "Encuesta aplicada a migrantes mexicanos en los condados de Napa y Sonoma en California"[27] nos permiten confirmar esa tendencia. En primer lugar, encontramos una diversificación de los lugares de expulsión de los migrantes. Los mexicanos o hijos de mexicanos que trabajan actualmente en la agricultura en los condados de Napa y Sonoma provienen de 20 estados de la República Mexicana. Los porcentajes más elevados provienen de los estados de Michoacán (47,6%), Jalisco (15,27%), Oaxaca (11,6%), Guanajuato (7,6%) y Zacatecas (5,2%), estados que concentran 87,2% de los migrantes; 98,4% nació en México, y 1,6% en Estados Unidos debido a migraciones anteriores.

De esta manera encontramos en Napa y Sonoma tres situaciones migratorias (cuadro 4). La primera corresponde a los migrantes establecidos (61,6%) que residen de manera permanente en Estados Unidos. Algunos se han nacionalizado y son ciudadanos estadounidenses, otros pueden no tener papeles y residir como ilegales. La segunda corresponde a los migrantes pendulares (29,8%) que son los que acuden al lugar a trabajar temporalmente en las épocas pico de empleo. Por lo regular, se trata de varones que migran solos o en compañía de hijos o parientes, dejando a su grupo familiar en México. Viven algunos meses del año en los condados de Napa o Sonoma y otros meses en México, por lo cual tienen una situación birresidencial estable. Dentro de este grupo encontramos migrantes indocumentados y con documentos ("mica" o pasaporte fronterizo; visa de trabajo, tarjeta verde o *Green Card*). En la tercera situación están los golondrinos o circulares (8,5%), que siguen los ciclos agrícolas en diferentes estados de la Unión Americana. Este contingente está compuesto por varones de distintas generaciones que mantienen entre sí lazos de parentesco y/o de paisanaje. La mayoría de los migrantes circulares son ilegales y no tienen residencia estable en Estados Unidos. Sus familiares se encuentran establecidos principalmente en México, y en menor medida en algún estado de la Unión Americana.

27. Proyecto UC-Mexus-Conacyt, Universidad de California, Berkeley / IIS-UNAM, 1998-1999, coordinado (para la institución mexicana) por Martha Judith Sánchez Gómez.

Entre el primer grupo de migrantes (los establecidos) y el segundo (los pendulares) puede mediar una diferencia de antigüedad en la migración y en los recursos de que disponen. Los migrantes establecidos tienen un movimiento migratorio más antiguo en la zona y, por lo tanto, cuentan con redes de migración más maduras. Con el tiempo los migrantes pendulares pueden llegar a establecerse en el país.

Si bien los migrantes establecidos, o inmigrantes, logran tener empleo en actividades agrícolas por periodos de ocho a diez meses al año y sus mujeres trabajan en los servicios,[28] viven en condiciones de vulnerabilidad y pobreza. Sus condiciones de empleo son precarias y flexibles. La creciente presencia de migrantes ilegales, dispuestos a trabajar por salarios menores y sin ningún tipo de prestaciones, ha afectado seriamente sus condiciones laborales.

Cuadro 4. Ciclo migratorio de los trabajadores agrícolas migrantes en los condados de Napa y Sonoma, California

Tipo de ciclo	Número de casos	Porcentaje
Establecidos (o inmigrantes)	159	61,6
Pendular	77	29,8
Circular	22	8,5
Total	*258*	*100*

Fuente: Sánchez (s.f.).

El otro contingente importante de migrantes, los pendulares, enfrenta una nueva situación. Si bien los migrantes que participaron en el Programa Bracero eran varones que vivían un cierto tiempo lejos de sus familias mientras duraba su contrato, ahora encontramos que este grupo vive permanentemente en una situación que hemos denominado como birresidencial. Se trata de una forma de vida a largo plazo, que se consolida a través de los años, en la cual principalmente los hombres, a veces con algunos de sus hijos varones, viven durante varios meses del año en Estados Unidos y regresan por periodos de uno a tres meses

28. Solo un 9% de los trabajadores agrícolas son mujeres.

para visitar a su familia que reside en México.[29] Mientras se encuentran trabajando en Estados Unidos, viven con familiares (cercanos o lejanos), paisanos o amigos; otros se establecen por largos periodos en los campamentos para trabajadores agrícolas.

El caso más extremo en cuanto a condiciones de vida es el de los migrantes circulares. Por lo regular se trata de varones jóvenes, solteros o casados, que buscan alojarse en cualquier lugar accesible. En el mejor de los casos, varios paisanos se juntan para rentar un cuarto de hotel, otros se instalan en garajes, parques, atrios de iglesias, debajo de puentes, etc.

El objetivo de los migrantes pendulares y de los circulares es el de ahorrar la mayor cantidad posible de dinero para enviarlo a la familia que reside en México, lo que los lleva a aceptar las peores condiciones de trabajo y a vivir en condiciones de extrema precariedad.

Con las diferentes condiciones migratorias surgen diferentes configuraciones familiares. La mayoría de los migrantes vive en hogares nucleares (76%), los hogares extensos ascienden a 20,4%, mientras que los hogares compuestos representan solo 2,4% y los unipersonales 1,2% (cuadro 5).

Cuadro 5. Tipo de hogar de los trabajadores agrícolas migrantes en los condados de Napa y Sonoma*

Tipo de hogar	Casos	Porcentaje
Nuclear (pareja de esposos con o sin hijos solteros; incluye al jefe solo con uno o más hijos solteros)	190	76
Extenso (familia nuclear más algún otro pariente que no sea hijo soltero; este pariente puede ser un hijo casado o cualquier otro en la línea de parentesco vertical o colateral)	51	20,4
Compuesto (familia nuclear o extendida más otra u otras personas no emparentadas con el jefe)	6	2,4
Unipersonal (persona que vive sola)	3	1,2
Total	250	100

Fuente: Sánchez (s.f.).
Nota: No se tiene la información para ocho entrevistas.
* Tomamos la tipología de hogares de García, Muñoz y Oliveira (1982).

29. El 46,4% vive en México de uno a tres meses y el 44,3% de cuatro a seis meses.

Es notorio que, mientras en la etapa del Programa Bracero se desplazaban varones solos, ahora encontramos una diversidad de configuraciones familiares. Si analizamos los datos de tipo de hogar por tipo de migración constatamos algunas tendencias interesantes. Los migrantes establecidos tienden a vivir más bien en hogares nucleares (83,0%) y menos en extensos (14,4%), mientras que los migrantes pendulares optan menos por los nucleares (70,7%) y más por los extensos (26,7%). Entre los migrantes circulares encontramos porcentajes muy cercanos tanto de nucleares (45,5%) como de extensos (40,9%), pero constatamos una mayor proporción de hogares compuestos (13,6%). De estos datos podemos inferir que, a mayor estabilidad residencial y laboral, existe una mayor probabilidad de crear hogares nucleares, mientras que a mayor inestabilidad corresponden los hogares extensos o compuestos. Como ocurre en Sinaloa, constatamos la presencia de configuraciones familiares complejas que responden a la necesidad de crear vínculos de solidaridad en situaciones de inestabilidad.

Cuadro 6. Tipo de hogar por ciclo migratorio de los trabajadores agrícolas en Napa y Sonoma, California

Tipo de hogar	Tipo de migración							
	Migración establecida		Migración pendular		Migración circular		Total	
	Casos	%	Casos	%	Casos	%	Casos	%
Nuclear	127	83	53	70,7	10	45,5	190	76
Extenso	22	14,4	20	26,7	9	40,9	51	20,4
Compuesto	2	1,3	1	1,3	3	13,6	6	2,4
Unipersonal	2	1,3	1	1,3	s.d.	s.d.	3	1,2
Total	153	100	75	100	22	100	250	100

Fuente: Sánchez (s.f.).
Nota: no se tiene la información para ocho entrevistas.

Sin embargo, estas configuraciones no son estables a lo largo del año. Suelen transformar su composición y organización para incorporar en forma temporal a paisanos o parientes que vienen a trabajar en la región

en las temporadas pico de empleo. En esas temporadas, los migrantes establecidos comparten su techo con parientes y paisanos, además de compartir parte de los gastos, tales como la renta, la luz, el teléfono o el agua. En ocasiones, pueden compartir alimentos y realizar conjuntamente las actividades necesarias para el grupo familiar. Esto último depende de las características del hogar que los recibe y del tipo de lazos que une a los individuos dentro de una misma configuración.

En este contexto migratorio tan complejo encontramos situaciones sociales novedosas y proyectos de vida que se definen entre ambos países. Los miembros de una misma configuración familiar presentan una diversidad de situaciones legales; unos poseen documentos de trabajo, otros carecen de ellos, y pueden tener nacionalidades diferentes. Pueden o no compartir el mismo techo y presupuesto, y mantener o no una situación birresidencial estable. Algunos tienen propiedades y proyectos de vida fincados en ambos países. Una parte de los hijos de una familia puede estar estudiando en Estados Unidos y pensar su futuro en ese país, mientras que los progenitores y parte del grupo familiar pueden tener propiedades en México y mantener el anhelo de volver al país de origen. Otros pueden estar iniciando un proceso de adquisición de propiedades (departamento, coche, cuentas de ahorros, etc.) con la idea de mejorar su vida en Estados Unidos y, a la vez, estar en un proceso de compra o construcción de casa en México.

Estas situaciones muestran que las configuraciones familiares en el contexto de la migración internacional adquieren una gran flexibilidad y se adaptan a las necesidades de los migrantes y de sus distintos ciclos migratorios.

Conclusiones

Nuestros estudios de campo con los jornaleros agrícolas de México y Estados Unidos nos permiten constatar que, más allá de numerosas peculiaridades en cada caso, destacan algunas tendencias generales en torno a los procesos de migración y las configuraciones familiares que les corresponden.

En las migraciones rurales actuales observamos que los lugares de donde provienen los migrantes se han diversificado, tanto en las migraciones nacionales como internacionales. Esta expansión de la migración a casi todos los estados del país refleja, sin duda, la falta de oportunidades en los mercados locales de trabajo.

Los ciclos migratorios se hacen cada vez más complejos, porque dependen de numerosos factores que en este texto no hemos analizado (ciclos de vida, estrategias familiares, redes sociales, políticas migratorias, etc.). Además, observamos que la diversificación en los ciclos migratorios tiene una influencia directa en la formación de las configuraciones familiares.

Tanto en las migraciones hacia Sinaloa como hacia Napa y Sonoma, el contingente de migrantes circulares adquiere cierta relevancia, y las migraciones pendulares transforman su perfil en relación con las formas que adoptaban en décadas pasadas.

Hoy en día, la migración, sea a nivel nacional o internacional, no supone el desplazamiento de individuos del lugar de origen hacia un solo lugar de destino. El lugar de origen, para un buen número de migrantes, no es más una comunidad o poblado en donde se encuentran su residencia principal y su familia; para algunos puede ser un campamento, una cuartería, un garaje, un traspatio, un vehículo, el patio de una iglesia, un puente, etc. A la vez, los lugares de destino se vuelven aleatorios, dependiendo de la demanda en los mercados de trabajo, pero también de las redes sociales con que cuenta cada individuo, que le permiten acceder a dichos mercados, así como encontrar un lugar en el cual establecerse. Para algunos, la residencia se convierte en un espacio intermedio entre un destino y otro. Esa residencia puede ser del todo efímera (garaje, vehículo, puente, etc.) o más o menos estable (campamento, cuartería, etc.), durante un tiempo definido, mientras existe una demanda de trabajo. Otros encuentran abrigo con familiares más o menos lejanos, con amigos o paisanos.

También encontramos que el perfil del migrante se ha transformado. El de un hombre joven o adulto, de origen rural, que migraba solo y en forma temporal, para regresar a cultivar su tierra, situación que caracterizó las migraciones de la década de los años setenta y ochenta, no es

más el perfil del migrante rural. Las características de los que migran para trabajar en zonas rurales se transforman. A nivel nacional encontramos que predomina la migración familiar y, a nivel internacional, si bien sigue observándose una importante migración masculina de individuos solos, no todos son de origen rural ni todos participan de una migración pendular. Algunos logran establecerse y otros, en situación de mayor precariedad, migran de manera circular a varias regiones agrícolas mientras consiguen emplearse.

En este texto hemos querido hablar de configuraciones familiares para denominar la multiplicidad de arreglos a que llegan los migrantes para desplazarse, pero también de las modalidades que adquieren los hogares como resultado de dicho desplazamiento. Es decir, las configuraciones familiares son, por un lado, el resultado de las estrategias que ponen en marcha los individuos para poder migrar y, por el otro, efecto de las propias migraciones.

Constatamos que la migración conduce a la separación, incluso a largo plazo, de miembros unidos de manera consanguínea, y hace de esta separación una forma de vida que da lugar a familias birresidenciales o binacionales. Pero, a la vez, permite generar configuraciones que vinculan a los miembros de diferentes familias con individuos que se unen sea por afinidad o por lazos de paisanaje, permitiendo con ello incrementar la capacidad de sobrevivencia del grupo en situaciones de inestabilidad. Asimismo, encontramos una gran capacidad para que estas configuraciones se transformen a lo largo de los ciclos migratorios.

Los arreglos a los que llegan esos grupos para migrar son del todo complejos. Dominan los hogares nucleares, pero son importantes los hogares extensos o compuestos, mientras que los hogares monoparentales son poco importantes. La migración puede dar lugar a la conformación de hogares que dividen familias, pero, a la vez, puede reunir miembros de distintos grupos domésticos que encuentran ventajas en compartir temporalmente un mismo techo y realizar tareas en forma común.

Si bien las migraciones han conllevado siempre el desarrollo de redes de solidaridad que rebasan en mucho el ámbito de las familias unidas por lazos de consanguinidad, en este texto nos ha interesado destacar cómo la migración temporal moviliza redes y solidaridades que dan

lugar a estructuras familiares más o menos estables, pero suficientemente flexibles para facilitar los desplazamientos de los individuos y garantizar su reproducción como grupo social.

Bibliografía

Ariza, M. (1999). Migración interna y políticas de población en México. En Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), *La sociedad mexicana frente al Tercer Milenio.* México: UNAM; Porrúa.

Arizpe, L. (1978). *Migración, etnicismo y cambio económico.* México: CES-COLMEX.

Arizpe, L. (1985). *Campesinado y migración.* México: SEP-Cultura.

Botey, C. J.; Heredia, L. y Zepeda, M. (1975). *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa.* México: Secretaría de la Reforma Agraria.

C. de Grammont, H. (1990). *Los empresarios agrícolas y el Estado: Sinaloa, 1893-1984.* México: IIS-UNAM.

C. de Grammont, H. (2001). El campo mexicano a fines del siglo XX. *Revista Mexicana de Sociología, 4.*

C. de Grammont, H. y Lara, S. M. (s.f.). *Encuesta a hogares de jornaleros migrantes en regiones hortícolas de México*. México: IIS-UNAM, en prensa.

Cabrera, G. (1982). México, política demográfica sobre migración interna. *Demografía y Economía, 51,* (México: COLMEX).

Calvin, L. y Barrios, V. (2000). Comercialización de las hortalizas de invierno en México. En R. Schwentesius y M. A. Gómez-Cruz (Coords.), *Internacionalización de la horticultura.* México: CIESTAAM.

Chávez, A. M. (1997). *La nueva dinámica de la migración interna en México: 1970-1990.* México: Centro de Investigaciones Multidiciplinarias, UNAM.

Conapo. (s.f.). *Encuesta sobre Migración de la Frontera Norte (EMIF)*. En http://www.conapo.gob.mx./migracion_int/3.htm

De Oliveira, O.; Pepin-Lehalleur, M. y Salles, V. (Comps.), (1989). *Grupos domésticos y reproducción cotidiana.* México: UNAM; COLMEX; Porrúa.

Durand, J. (1998). ¿Nuevas regiones migratorias? En *Población, desarrollo y globalización.* México: Sociedad Mexicana de Demografía; El Colegio de la Frontera Norte.

García, B.; Muñoz, H. y De Oliveira, O. (1982). *Hogares y trabajadores en la ciudad de México.* México: IIS-UNAM; COLMEX.

Goldani, A. M. (1977). Evaluación de la población total y de la población migrante. En H. Muñoz, O. de Oliveira y C. Stern (Comps.), *Migración y desigualdad social en la ciudad de México.* México: IIS-UNAM; COLMEX.

Haley, B. (1989). *Aspects and social impacts of size and organization in the recently developed wine industry of Santa Barbara County, California*. Santa Barbara: Center for Chicano Studies, University of California at Santa Barbara, Documento de trabajo.

Harris, O. (1986). La unidad doméstica como unidad natural. *Nueva Antropología, 8*(30), (México).

Heinen, J. (2001). Configurations familiales et vie domestique. *Cahiers du Genre, 30*, pp. 5-26, (París: l'Harmattan).

Hewitt de Alcántara, C. (1978). *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1979.* México: Siglo XXI.

Hondagneu-Sotelo, P. (1994). *Gendererd Transitions. Mexican Experiences of Immigration.* Berkeley: University of California Press.

Jelin, E. (1991). *Family, Houshold and Gender Relations in Latin América.* Londres; París: Kogan Paul International; UNESCO.

Lara, S. M. (1998). *Nuevas experiencia productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura.* México: Procuraduría Agraria; Juan Pablos Editor.

Lara, S. M. y C. de Grammont, H. (1999). Reestructuración productiva y mercado de trabajo rural en las empresas hortícolas. En H. C. de Grammont (Coord.), *Empresas, reestructuración productiva y empleo en la agricultura mexicana.* México: IIS-UNAM; Plaza y Valdés.

Laslett, P. y Wall, R. (Comps.), (1972). *Household and Family in Past Times.* Cambridge: Cambridge University Press.

Lomnitz, L. (1985). *¿Cómo sobreviven los marginados?* México: Siglo XXI.

Martin, P. (1992). *Farm Labor in California: Past, Present and Future. A Suplemental Report for the Farm Worker Service Coordinating Council.* Berkeley: University of California, Informe de trabajo.

Muñoz, H.; De Oliveira, O. y Stern, C. (Comps.), (1977). *Migración y desigualdad social en la ciudad de México.* México: IIS-UNAM; COLMEX.

Palerm, J. V. (1998). *Las nuevas comunidades mexicanas en los espacios rurales de los Estados Unidos de América, a propósito de una reflexión acerca del quehacer antropológico*. Santa Barbara: University of California, mimeo.

Paré, L. (1977). *El proletariado agrícola en México.* México: Siglo XXI.

Pépin Lehalleur, M. y Rendón, T. (1989). Reflexiones a partir de una investigación con grupos domésticos campesinos y sus estrategias de reproducción. En O. de Oliveira *et al.* (Comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana.* México: UNAM; COLMEX; Porrúa.

Quesnel, A. y Lerner, S. (1989). El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos de interacción. En O. de Oliveira *et al.* (Comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana.* México: UNAM; COLMEX; Porrúa.

Salles, V. (1991). Cuando hablamos de familia ¿de qué familia hablamos? *Nueva Antropología, 39*.

Sánchez Gómez, M. J. (s.f.). *Cuestionarios aplicados a migrantes mexicanos en los condados de Napa y Sonoma, California*. S.d.: mimeo.

Sánchez Gómez, M. J. (1998-1999). *Proyecto UC-Mexus-CONACyT*. Berkeley; México: Universidad de California; IIS-UNAM.

Schwentesius, R. y Gómez-Cruz, M. A. (2000). Tendencias del desarrollo en el sector hortofrutícola en México. En R. Schwentesius y M. A. Gómez-Cruz (Coords.), *Internacionalización de la horticultura.* México: CIESTAAM.

Sherman, J.; Villarejo, D.; García, A.; McCurdy, S.; Mobed, K.; Rust, D.; Saiki, C.; Samuels, S. y Schenker, M. (1997). *Finding Invisible Farm Workers: the Parlier Survey.* Davis: The California Institute for Rural Studies.

Stern, C. (1977). Cambios en los volúmenes de migrantes provenientes de distintas zonas geoeconómicas. En H. Muñoz, O. de Oliveira y C. Stern (Comps.), *Migración y desigualdad social en México.* México: IIS-UNAM; COLMEX.

Stern, C. (1989). La industrialización y la migración en México. En P. Peek y G. Standing (Comps.), *Políticas de estado y migración. Estudios sobre América Latina y el Caribe.* México: COLMEX.

Taylor, J. E. y Martin, P. L. (1997). *Poverty amid Prosperity: Immigration and Changing Face of Rural California.* Washington: The Urban Institute Press.

Tuirán, R. (Coord.). (2000). *Migración México-Estados Unidos: continuidad y cambio.* México: Conapo.

Verduzco, G. (1998). Economía, demografía y políticas migratorias en la migración mexicana a Estados Unidos. En *Población, desarrollo y globalización.* México: Sociedad Mexicana de Demografía; El Colegio de la Frontera Norte.

Verduzco, G. (2000). La migración a Estados Unidos: estructuración de una selectividad histórica. En R. Tuirán (Coord.), *Migración México-Estados Unidos: continuidad y cambio.* México: Conapo.

VV. AA. (2001). Configurations familiales et vie domestique. *Cahiers du Genre, 30,* (París: l'Harmattan).

Yanagisako, S. J. (1979). Familily and Houshold: the Analysis of Domestic Groups. *Annual Review Anthropology, 8.*

Wells, M. J. y West, M. S. (1989). *Regulation of the Farm Labor Market: an Assessment of Farm Worker Protection Under California's Agricultural Labor Relations Act.* Davis: The California Institute for Rural Studies.

Sobre las autoras y los autores

Sara María Lara Flores (México)
Investigadora titular en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Dedicó su vida profesional al estudio de la problemática de las y los asalariados agrícolas, con énfasis en México, pero con una visión continental, tanto en el Cono Sur como hacia los Estados Unidos y Canadá. En 1995 coordinó un primer libro sobre las asalariadas agrícolas: *Jornaleras, temporeras y Bóias-frias: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina* (UNRISD-ONU/Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela). En 1998 publicó *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana* (Procuraduría Agraria-Juan Pablos Editores), libro en el que asienta sus hallazgos sobre la inserción del trabajo asalariado femenino en la agricultura. A partir de la segunda década de este siglo, se interesó en las migraciones hacia el norte y, en 2019, coordinó *Las nuevas políticas migratorias canadienses: Gobernanza neoliberal y manejo de la otredad* (Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM/Universidad de Montreal), con Patricia Martin y Jorge Pantaleón. Publicó numerosos artículos en Francia, España, Hungría, Canadá, Estados Unidos y América Latina. Fomentó y participó en redes de investigación en esos mismos países.

Hubert C. de Grammont (México)
Investigador titular en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cursó su doctorado en Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de esa misma universidad. Sus temas de interés son las empresas agrícolas y los trabajadores asalariados en el campo, así como la mundialización y la emergencia de nuevas ruralidades. Ha publicado cuatro libros como autor único, coordinado otros diecisiete y publicado más de ochenta artículos. Entre otros, ha recibido el Premio Universidad Nacional (UNAM) en el área de investigación en ciencias sociales en 2017. Algunas de sus más recientes publicaciones son: "Los efectos de la mundialización sobre las migraciones laborales de la población rural mexicana" (*Interdisciplina*, CEIICH-UNAM); "Desagrarización, una lectura desde la desigualdad social" (*Revista Austral de Ciencias Sociales*, Universidad Austral de Chile), en colaboración con Luis Camarero y Germán Quaranta, y "Hacia una ruralidad fragmentada, la desagrarización del campo mexicano" (*Nueva Sociedad*, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires).

Mónica Isabel Bendini (Argentina)
Doctora en Sociología. Realizó actividades postdoctorales en Sociología Rural y en Estudios Sociales Agrarios. Obtuvo el Diploma de Honor de la Universidad de Buenos Aires y es profesora emérita de la Universidad Nacional del Comahue. Es investigadora principal del Ministerio de Educación y ha sido directora de proyectos avalados por la Universidad Nacional del Comahue, el Ministerio de Ciencia y Técnica, así como de proyectos binacionales con Brasil y México, avalados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina y la Secretaría Nacional de Ciencia y Técnica. Ha sido coordinadora local de proyectos multinacionales de investigación entre universidades de Uruguay y Brasil, y universidades europeas. Ha sido miembro de comités académicos de posgrado en las universidades nacionales del Comahue y de Córdoba, además de directora de becarios, evaluadora académica y autora de numerosas publicaciones en temas de campesinado, trabajo y empleo rural, migraciones, globalización y agricultura.

Es miembro titular del Consejo Nacional de Investigación para la Agricultura Familiar, del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria de Argentina.

Paola Mascheroni (Uruguay)
Doctora en Sociología por la Universidad de Granada, España. Profesora e investigadora del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay. Es integrante del Sistema Nacional de Investigadores. Su investigación se ha desarrollado en el ámbito de la sociología rural, con énfasis en el estudio de las transformaciones agrarias y el mercado de empleo, el género, las desigualdades sociales y el desarrollo rural. Es integrante de la Directiva de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU), y co-coordinadora del Grupo de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) "Trabajo agrario, desigualdades y ruralidades".

Jorge Pantaleón (Argentina)
Doctor en Antropología Social por el Museu Nacional, Universidad Federal de Río de Janeiro. Profesor asociado en el Departamento de Antropología de la Universidad de Montreal. Sus líneas de investigación se relacionan con las movilidades y las migraciones en las Américas, y la socioantropología de las prácticas y representaciones económicas contemporáneas. Sus publicaciones más recientes incluyen los volúmenes *Mobilités, travail, subjetivités et formes d'assujetissement dans les Amériques* (Presses de l'Université de Laval, 2019), coordinado junto a Alexis Martig; *Las nuevas políticas migratorias canadienses. Gobernanza neoliberal y manejo de la otredad* (IIS, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019), coordinado con Sara María Lara Flores y Patricia Martin; *Politics, Culture and Economy Through Popular Practices in the Americas* (Peter Lang Eds., 2016), editado junto a Eduardo González Castillo y Nuria Carton de Grammont, y *Hacia el otro Norte. Mexicanos en Canadá* (CLACSO, 2015), en colaboración con Sara María Lara Flores y Martha Judith Sánchez.

Andrés Pedreño Cánovas (España)
Profesor titular de Sociología en la Universidad de Murcia. Director de la revista *Sociología Histórica* (SH). Ha trabajado en sociología rural y de la agricultura, sociología de las migraciones y sociología del trabajo, y sus resultados se han difundido en publicaciones como: *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales* (1999); *De cadenas, migrantes y jornaleros* (2014); *Los nuevos braceros del ocio* (2008); *Que no sean como nosotros. Trayectorias formativo-laborales de los hijos de familias inmigrantes en el campo murciano* (2013); o *La Condición Inmigrante* (2005). Ha coordinado monográficos en revistas científicas acerca de: la globalización agroalimentaria (*Áreas*, núm. 22); metodología de los estudios sobre migraciones (*Empiria*, núm. 19); dinámicas territoriales de las migraciones (*Áreas*, núm. 28); trabajo, migraciones y cadenas globales agrícolas (*Política y Sociedad*, núm. 45), y la actualidad de Karl Polanyi en la crisis global (*Áreas*, núm. 31). Recientemente (2021), ha publicado "Globalización y territorio: despoblación, geografías de la periferia y ciudadanía" (sobre la cuestión de la despoblación y periferización rural), y artículos acerca del impacto social de la pandemia de la Covid-19, así como de las implicaciones ambientales y territoriales del complejo cárnico.

ANTOLOGÍA ESENCIAL

Sara María Lara Flores

Los olvidados del campo: *jornaleros y jornaleras agrícolas en América Latina*

Este volumen recoge parte de la prolífica obra de Sara María Lara Flores, pionera del pensamiento social crítico y la sociología rural latinoamericana que se dedicó al estudio y la visibilización de la problemática de las y los asalariados agrícolas, con énfasis en México, pero con una visión continental. El libro está organizado en tres ejes principales que recorren casi medio siglo de investigación y se combinan estrechamente en la vasta producción de esta autora: género, mercados de trabajo y migración. Los jornaleros agrícolas en y fuera de México, la división sexual y étnica del mercado de trabajo, la migración y la movilidad intra e internacional han sido campos de acción a los que Lara Flores ha aportado tanto en el orden intelectual como en el quehacer ético, apostando durante toda su carrera a la combinación de las preocupaciones académicas con el compromiso social. A partir de estas tres coordenadas, la presente antología invita a celebrar la vida y la obra de una de las más cruciales innovadoras de las metodologías en sociología rural y del trabajo y tejedora incansable de redes intelectuales entre sociólogos y antropólogos de la región y el mundo.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
CLACSO
ISBN 978-987-722-925-7